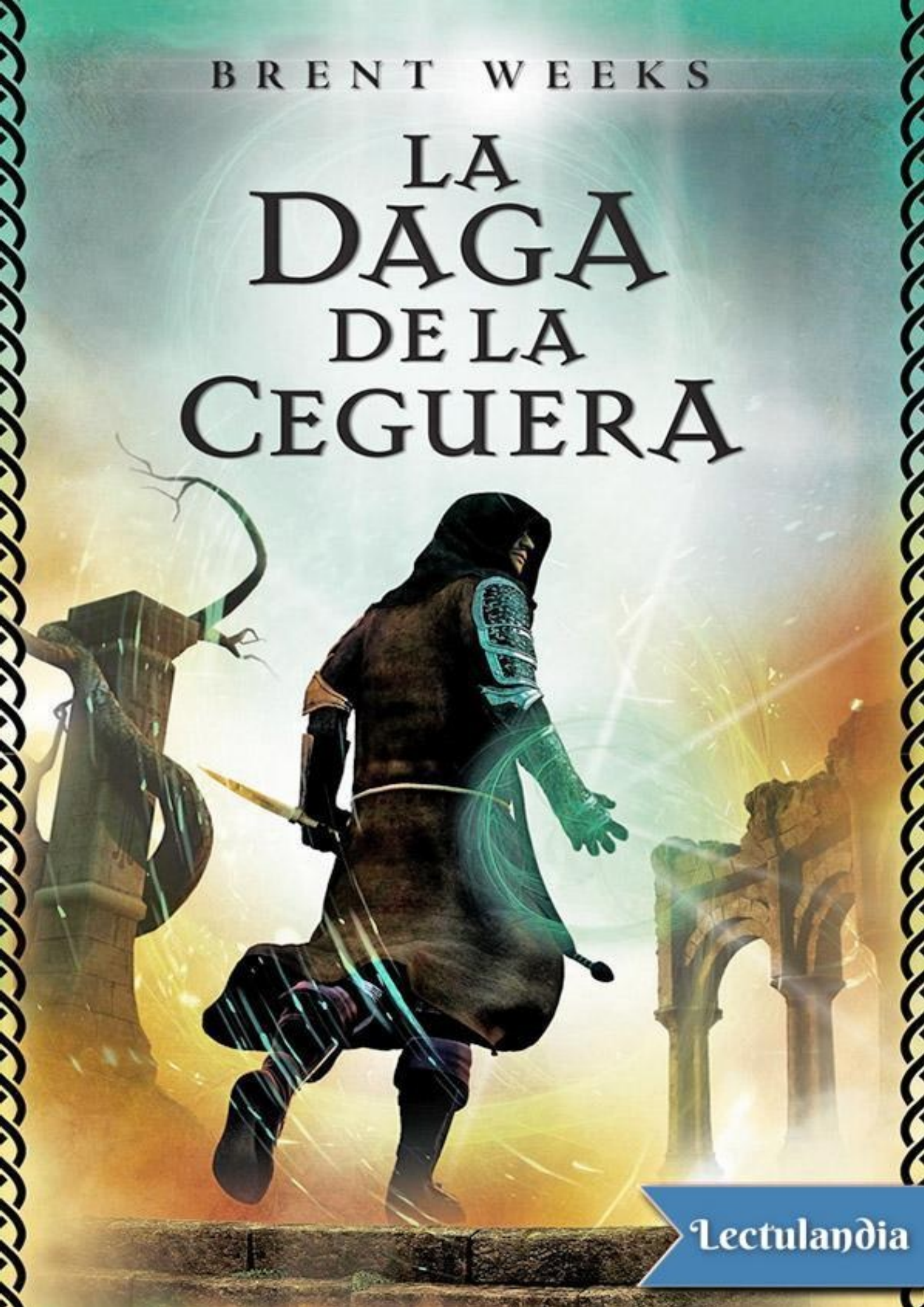
BRENT WEEKS

LA DAGA DE LA CEGUERA



Lectulandia

Gavin Guile está muriéndose. Pensaba disponer de cinco años más de existencia como Prisma, y ahora resulta que le queda menos de uno. Con cincuenta mil refugiados a su cargo, por no hablar de un hijo ilegítimo que hay que formar en las artes mágicas y una ex novia que bien podría haber descubierto su más oscuro secreto, le llueven los problemas. De repente, la magia en todo el mundo está fuera de control, y este caos amenaza con acabar con las siete satrapías. Peor aún, los dioses antiguos están a punto de renacer, y sus ejércitos parecen imparables. Tal vez el único camino de salvación sea su hermano, cuya libertad y cuya vida Gavin robó hace dieciséis años.

Lectulandia

Brent Weeks

La daga de la ceguera

El portador de luz - 2

ePUB v1.0
21.7.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The blinding knife*
Brent Weeks, 2012.
Traducción: Manuel de los Reyes, 2013.
Mapa por Jeffrey L. Ward.

ePub base v2.1

Para mi mujer, Kristi,
y para todos aquellos que conservan la fe
aunque parezca que rendirse es la única opción



www.lectulandia.com - Página 6

1

Gavin Guile yacía tendido de espaldas en una estrecha trainera que flotaba en medio del mar. La embarcación era diminuta, de regalas muy bajas. Tumbado de esta manera, casi había llegado a creer que era uno con el mar. Ahora, la bóveda celeste sobre él era como la tapa de una olla, y él, un cangrejo encerrado dentro mientras aumentaba el calor.

Dos horas antes del mediodía, en el extremo meridional del mar Cerúleo, las aguas deberían mostrar un intenso verde azulado. El firmamento en lo alto, sin nubes, disipada la bruma, debería ser un plácido y vibrante zafiro.

Pero no podía verlo. Desde la derrota que sufriera en la Batalla de Garriston, hacía cuatro días, lo único que veía era gris allí donde debería estar el azul. Ni siquiera podía ver gran cosa a menos que se concentrara. Despojado de su azul, el mar ofrecía el aspecto de una fina sopa entre verdosa y cenicienta.

Su flota aguardaba. Relajarse no era tarea sencilla cuando había miles de personas esperándolo a uno y solamente a uno, pero necesitaba este ardite de paz.

Contempló el cielo con los brazos en cruz, acariciando las olas con las yemas de los dedos.

Lucidonius, ¿estuviste aquí tú también? ¿Exististe realmente? ¿Fue esto mismo lo que te ocurrió?

Algo siseó en el agua, el sonido recordaba al de una barca que cortara las olas.

Gavin se sentó en la trainera. Luego se puso de pie.

Cincuenta pasos a su espalda, algo desapareció bajo las olas, algo lo bastante grande como para dejar su propia ondulación en el agua. Podría tratarse de una ballena.

Solo que las ballenas acostumbran a salir a la superficie para respirar. No había ninguna nube de salpicaduras suspendida en el aire, ningún surtidor de aliento expelido. Y a cincuenta pasos de distancia, para que Gavin oyera el siseo de una criatura marina cortando las aguas, tendría que ser gigantesca. Se le formó un nudo en la garganta.

Comenzó a absorber luz para trazar un juego de remos... y se quedó paralizado. Justo debajo de la diminuta embarcación, algo se deslizaba por el agua. Era como ver discurrir el paisaje a gran velocidad cuando uno viaja dentro de un carruaje, pero Gavin no estaba moviéndose. El cuerpo, veloz, era enorme, varias veces más ancho que la embarcación, y ondulaba aproximándose cada vez más a la superficie, al

pequeño bote. Un demonio marino.

Y resplandecía. Un fulgor plácido y cálido, como el sol de esa fría mañana.

Gavin nunca había oído hablar de ningún ser parecido. Los demonios marinos eran monstruos, la manifestación de la furia más pura y demencial que conociera la humanidad. Brillaban con un rojo abrasador, los mares hervían a su alrededor, imprimían estelas de fuego flotando tras de sí. No eran carnívoros, según las estimaciones de los antiguos tratados, pero sí ferozmente territoriales... y cualquier intruso que perturbara sus mares era susceptible de sucumbir aplastado. Intrusos como las embarcaciones extrañas.

Esta luz no concordaba con esa rabia. Una luminiscencia pacífica, el demonio marino no era un destructor despiadado, sino un leviatán que surcaba las aguas, dejando apenas una ondulación que delatara su paso. Los colores rutilaban entre las olas, refulgían con más intensidad a medida que el movimiento sinuoso acercaba el cuerpo a la superficie.

Sin pensar, Gavin se arrodilló cuando el lomo de la criatura rompió la superficie del agua justo debajo de la trainera. Antes de que la embarcación cayera deslizándose de la cúpula líquida, extendió una mano y rozó la piel del demonio marino. Esperaba que una criatura que reptaba entre las olas fuera viscosa, pero su textura era sorprendentemente áspera, cálida y musculosa.

Por un precioso momento, Gavin dejó de ser Gavin. Ya no existían ni Gavin Guile, ni Dazen Guile, ni el sumo señor de la lux prisma, ni los obsequiosos dignatarios carentes de dignidad, ni las mentiras; ya no había sátrapas que intimidar, ni consejeros del Espectro que manipular, ni amantes, ni bastardos, ni más poder que el que se desplegaba ante sus ojos. Se sintió insignificante contemplando aquella inmensidad que desafiaba a la comprensión.

Al frescor de la plácida brisa de la mañana, al calor de los soles gemelos, uno en el firmamento, el otro bajo las olas, a Gavin lo embargó la serenidad. Era lo más parecido a una revelación religiosa que hubiese experimentado jamás.

Entonces se percató de que el demonio marino avanzaba en dirección a su flota.

2

El infierno verde lo llamaba a la locura. El difunto había regresado a la pared reflectante, radiante, sonriendo a Dazen, sus rasgos comprimidos hasta lo cadavérico por la curvatura de la esfera verde que era su celda.

La clave estribaba en no trazar. Después de dieciséis años trazando exclusivamente el color azul, alterando su mente y perjudicando su cuerpo con esa aborrecible serenidad cerúlea, ahora que había escapado de la celda azul, Dazen solo quería atiborrarse de cualquier otro color. Era como si llevase seis mil días desayunando, almorzando y cenando siempre el mismo engrudo, y ahora alguien le ofreciera una loncha de beicon.

Ni siquiera le gustaba el beicon, cuando era libre. Ahora le parecía un manjar. Se preguntó si sería obra de la fiebre, que reducía sus pensamientos a una papilla de emociones.

Tenía gracia que pensara en esos términos: «Cuando era libre», y no «cuando era el Prisma».

No sabía si se debía a que continuaba diciéndose que seguía siendo el Prisma, tanto enfundado en regios ropajes como cubierto de harapos, o a que sencillamente carecía de la menor importancia.

Dazen intentó apartar la mirada, pero todo era verde. Tener los ojos abiertos equivalía a hundirse en ese color hasta los tobillos. No, estaba sumergido hasta el cuello e intentaba secarse, cuando esto no era una opción. Debía reconocerlo y aceptarlo. La cuestión no era si iba a mojarse el pelo, sino si iba a ahogarse.

El verde simbolizaba la naturaleza, la libertad. La parte lógica de Dazen que se había solazado con el orden metódico del azul sabía que absorber irracionalidad pura encerrado en esta jaula de luxina lo conduciría a la locura. Terminaría desgarrándose la garganta con los dedos en cuestión de días. Aquí, la ferocidad del verde sería su muerte. Cumpliría el destino que su hermano había planeado para él.

Debía ser paciente. Necesitaba pensar, y ahora mismo eso resultaba difícil. Se examinó el cuerpo despacio, con atención. Tenía las manos y las rodillas laceradas tras arrastrarse por el túnel de piedra infernal. Podía hacer caso omiso de las hinchazones y las magulladuras con que se había saldado su caída por la trampilla que daba a esa celda. El dolor era inconsecuente. Más gravedad revestía el corte inflamado e infectado que le surcaba el pecho. Le producía náuseas el mero hecho de verlo ahí, rezumando pus y promesas de muerte.

Lo peor era la fiebre que corrompía su misma sangre, volviéndolo estúpido, irracional, socavando su fuerza de voluntad.

Pero Dazen había escapado de la prisión azul, y el cautiverio lo había cambiado. Su hermano había trazado apresuradamente aquellas celdas, y cabía suponer que hubiera concentrado sus esfuerzos en la primera, en la azul. Toda prisión tenía un punto débil.

La prisión azul lo había convertido en la persona idónea para descubrirlo. Muerte o libertad.

Desde su pared verde reflectante, el cadáver preguntó:

—¿Nos apostamos algo?

3

Gavin empezó a aspirar luz para trazar los remos. Sin pararse a pensar, intentó trazar azul. Aunque frágil, la estructura del azul, rígida, lisa y lustrosa, era perfecta para aquellos componentes que no tuvieran que soportar esfuerzos laterales. Por un momento fútil, Gavin trató de forzarlo, una vez más. Era un Prisma encarnado, el único trazador capaz de dividir la luz dentro de su propio ser. El azul estaba allí; sabía que estaba allí, y quizá esa certeza, aunque no pudiera verlo, fuese suficiente.

Por el amor de Orholam, si uno podía buscar a tientas el bacín en plena noche y, a pesar de no poder verlo, encontrar el condenado cacharro, ¿por qué no iba a ser igual esto?

Nada. No experimentó ningún aluvión de lógica armoniosa, de fría racionalidad, su piel no se tiñó de azul, ni la menor sombra de trazo. Por primera vez desde que era un niño pequeño, se sintió impotente. Como una persona normal. Como un campesino.

Gavin profirió un alarido de frustración. De todas formas, ya era demasiado tarde para los remos. Ese malnacido nadaba demasiado rápido.

Trazó las palas y las cañas. El azul era más adecuado para crear el sistema de propulsión de una trainera, pero la flexibilidad natural del verde podría servir si le imprimía el grosor suficiente. La áspera luxina verde pesaba más y ofrecía más resistencia al agua, lo que entorpecía su avance, pero carecía del tiempo y de la concentración necesarios para recurrir al amarillo. Transcurrieron unos segundos preciosos mientras acondicionaba la embarcación.

Cuando las palas estuvieron en su sitio, Gavin empezó a arrojar luxina a los propulsores, expulsando aire y agua por la popa del bote, impulsándolo así hacia delante. Se inclinó a proa, con los hombros tensos por el esfuerzo; luego, conforme aumentaba la velocidad, la resistencia se redujo. La embarcación no tardó en silbar mientras surcaba las olas.

La flota se materializó a lo lejos, primero las velas de las naves más altas. Pero a la velocidad a la que viajaba Gavin, no tardó en distinguirlos todos. Había ahora cientos de barcos: desde botes de vela a galeazas, pasando por el navío de tres palos con velas cuadradas de la línea, armado con cuarenta y ocho cañones, que Gavin había convertido en su buque insignia tras arrebatárselo al gobernador ruthgari. Habían salido de Garriston con más de cien naves, pero cientos más que habían zarpado antes se sumaron a ellos en cuestión de días para defenderlos de los piratas

que infestaban aquellas aguas. Por último, vio las grandes barcazas de luxina, apenas aptas para la navegación. Había creado personalmente aquellas cuatro embarcaciones abiertas para albergar el mayor número de refugiados posible. De lo contrario, habrían muerto miles de personas.

Y ahora morirían de todas formas, a menos que Gavin ahuyentara al demonio marino.

Mientras avanzaba divisó de nuevo al demonio marino, una joroba que sobresalía seis pies del agua. Su piel era plácidamente luminosa, y por algún golpe de suerte no se encaminaba directo hacia la flota. Su trayectoria lo situaría aproximadamente a mil pasos de la proa de la nave que iba en cabeza.

Los barcos labraban lentos surcos en el agua a su vez, acortando la distancia, pero el demonio marino se movía tan deprisa que Gavin se atrevió a abrigar la esperanza de que eso no tuviera importancia. Ignoraba cuán agudos eran los sentidos del demonio marino, pero si continuaba en la misma dirección, quizá consiguieran esquivarlo.

Gavin no podía apartar las manos de los propulsores de la trainera sin perder una velocidad valiosa, y aunque pudiera, no sabía cómo enviar una señal que dijera «¡No cometáis ninguna estupidez!» a toda la flota a la vez. Siguió directamente la estela del demonio marino, ahora más cerca.

Se había equivocado; el demonio marino iba a pasar a unos quinientos pasos de la nave de cabeza. ¿Había errado en sus cálculos o estaba virando la criatura hacia la flota?

Gavin vio que los oteadores agitaban violentamente las manos desde sus atalayas para avisar a los ocupantes de las cubiertas. Desgañitándose, sin duda, aunque Gavin estaba demasiado lejos para oírlos. Al acercarse un poco más, distinguió figuras que corrían de un lado a otro.

La emergencia se cernió sobre la flota mucho más rápido de lo que nadie podría haber anticipado. En condiciones normales, los enemigos aparecían sobre el horizonte antes de emprender la persecución. Las tormentas podían materializarse de la nada en cuestión de media hora, pero esto había ocurrido en minutos, y algunas de las embarcaciones contemplaban ahora atónitas el doble prodigio: la barca que cortaba las olas más deprisa de lo que nadie hubiera visto en su vida, precedida de una inmensa silueta oscura que solo podía pertenecer a un demonio marino.

Sed listos, así os confunda Orholam, sed listos o quedaos paralizados de terror y no hagáis absolutamente nada. ¡Por favor!

Llevaba tiempo preparar los cañones, que no podían dejarse cargados so pena de que se estropeara la pólvora. Algún idiota podría disparar un mosquete contra aquella sombra en movimiento, pero el monstruo ni siquiera repararía en una molestia tan insignificante.

El demonio marino surcó las aguas como un ariete cuatrocientos pasos por delante de la flota y continuó avanzando en línea recta.

Ahora Gavin podía oír los gritos procedentes de las naves. El vigía de la cofa del buque insignia de Gavin se había llevado las manos a la cabeza, sin dar crédito a sus ojos, pero nadie cometió ninguna estupidez.

Orholam, tan solo un minuto más. Tan solo...

Un mortero de señalización restalló en el silencio de la mañana, y las esperanzas de Gavin se dieron un panzazo contra el mar. Juraría que el griterío había cesado simultáneamente en todos los barcos de la flota... tan solo para reanudarse instantes después, cuando los marineros más veteranos, incrédulos, comenzaron a arrojar invectivas contra el estúpido capitán que, aterrorizado, probablemente acababa de matarlos a todos.

Gavin solo tenía ojos para el demonio marino. Su estela se extendió otros cien pasos en línea recta, toda burbujas siseantes y grandes ondulaciones. Cien pasos más. Quizá no hubiera oído el disparo.

La trainera se cruzó con la bestia en ese momento, cuando el demonio marino giró en redondo más deprisa de lo que Gavin hubiera creído posible.

Al completar la maniobra, su cola rompió la superficie del agua. Su rapidez impidió que Gavin distinguiera ningún detalle. Tan solo que era de un rojo incandescente, el color del hierro trabajado en la forja, y cuando golpeó el agua con toda su envergadura —al menos treinta pasos de longitud— la colisión convirtió el estampido del mortero de señalización en un diminuto recuerdo aflautado.

Unas olas gigantes surgieron del punto de impacto. Gavin, que se había detenido por completo, apenas tuvo tiempo de virar la barca antes de que lo alcanzaran. Se zambulló por completo en la primera de ellas y se apresuró a arrojar luxina verde ante él, ensanchando y alargando la proa de su embarcación. La siguiente ola lo impulsó hacia arriba y lo lanzó por los aires.

La proa de la trainera golpeó la siguiente ola gigante en un ángulo demasiado cerrado y se zambulló por entero. Gavin salió disparado de la embarcación, engullido por el oleaje.

El mar Cerúleo era una boca cálida y húmeda. Se tragó a Gavin entero, lo masticó hasta arrebatarle el aliento, lo hizo girar con la lengua, desorientándolo, amenazó con deglutirlo, y ante sus forcejeos, lo liberó finalmente.

Gavin emergió a la superficie y no tardó en localizar la flota. No tenía tiempo de crear una embarcación nueva completa, de modo que trazó unos pequeños propulsores alrededor de sus brazos, absorbió tanta luz como le era posible contener, apuntó con las manos hacia abajo y la cabeza hacia el demonio marino. La luxina que salió disparada de los tubos lo lanzó hacia delante.

La presión de las olas era asombrosa. Lo cegaba, apagaba todos los sonidos, pero

Gavin no aminoró. Con el cuerpo tan endurecido por los años de gobernar los remos de una trainera que era capaz de cruzar el mar en un día, con una voluntad que los años de ser Prisma y obligar al mundo a obedecer sus deseos habían vuelto implacable, redobló sus esfuerzos.

Sintió cómo se adentraba deslizándose en la estela del demonio marino: la presión se redujo de improviso, y su velocidad se multiplicó. Empleando las piernas para ayudarse, Gavin tomó impulso sumergiéndose en el agua antes de catapultarse como una exhalación hacia la superficie.

Salió volando por los aires. Justo a tiempo.

No tendría que haber podido ver gran cosa, jadeando sin aliento y deslumbrado como estaba, con el cuerpo entero chorreando agua. Pero la imagen se congeló, y lo vio todo. La testa del demonio marino asomaba hasta la mitad fuera del agua, firmemente cerradas sus fauces cruciformes, disponiéndose a hacer astillas el buque insignia con su cabeza de martillo, recubierta de pinchos y nudos. Su cuerpo medía al menos veinte pasos de diámetro, y únicamente cincuenta lo separaban del barco.

Había hombres en el pasamanos de babor, mosquetes de mecha en mano. De unos pocos de ellos emanaban negros hilachos de humo. Otros centellearon cuando las serpentinas prendieron la pólvora de las cazoletas justo antes de disparar. El comandante Puño de Hierro y Karris se erguían con las piernas flexionadas para mantener el equilibrio, impávidos, formando resplandecientes proyectiles de luxina con las manos. En los pañoles de pólvora, Gavin vio hombres cebando los cañones para unos disparos que jamás conseguirían efectuar a tiempo.

Los demás barcos de la flota se arracimaban como chiquillos alrededor de una reyerta, los hombres encaramados a las regalas, embobados, muy pocos de ellos cargando siquiera sus mosquetes.

Docenas de hombres apartaron la mirada del monstruo que se cernía sobre ellos para ver qué nuevo horror podría haber lanzado este por los aires... y se quedaron boquiabiertos, patidifusos. Desde su cofa, uno de los vigías señaló a Gavin con el dedo, vociferando.

En suspensión, con la catástrofe y la mutilación a escasos segundos de sus compatriotas, Gavin atacó al demonio marino con todo lo que tenía.

Una reluciente y siseante pared de luz multicolor emergió de Gavin, dirigiéndose como un rayo hacia la criatura.

Gavin no vio lo que sucedió cuando esta impactó en el demonio marino, de hecho ni siquiera vio si llegó a alcanzarlo.

Había un antiguo proverbio pariano que Gavin había escuchado aunque nunca le había prestado atención: «Si lanzas una montaña por los aires, la montaña hará lo mismo contigo».

El tiempo se reanudó, desagradablemente deprisa. Gavin se sentía como si lo

hubieran vapuleado con una porra más grande que él. Salió disparado de espaldas, con estrellas explotando ante sus ojos, arañando el aire como un gato, contorsionándose, intentando darse la vuelta... y golpeando por fin las aguas con otro impacto demoledor, veinte pasos más allá hacia atrás.

La luz es vida. Los años de guerra habían enseñado a Gavin que nunca debía quedarse desarmado; la vulnerabilidad es la antesala de la muerte. Encontró la superficie y empezó a trazar de inmediato. Tras años de intentos infructuosos por perfeccionar su trainera, también había perfeccionado la manera de salir del agua y crear una barca; no era tarea sencilla. A los trazadores les aterraba la posibilidad de caer al agua y no ser capaces de volver a emerger.

De modo que en cuestión de segundos Gavin se irguió en la cubierta de una nueva trainera, trazando los propulsores mientras intentaba evaluar lo ocurrido.

El buque insignia se mantenía a flote, arrancado de cuajo uno de los pasamanos, con grandes surcos en el costado de madera, a babor. De modo que el demonio marino debía de haberse girado, golpeado la nave apenas de refilón. Su cola había vuelto a restallar tras la maniobra, no obstante, por unos cuantos de los pequeños botes de vela que zozobraban en los alrededores, y mientras sus ocupantes saltaban al agua, otros barcos se dirigían ya hacia ellos para rescatarlos de las fauces del mar.

¿Y dónde diablos se había metido la bestia?

Los hombres gritaban desde las cubiertas... no eran voces de adulación, sino de alarma. Apuntaban...

Ay, mierda.

Gavin comenzó a introducir luxina en las cañas tan deprisa como le era posible. Pero la trainera siempre tardaba en arrancar.

La descomunal cabeza de martillo incandescente rompió la superficie a menos de veinte pasos de distancia, acercándose a gran velocidad. Gavin estaba acelerando y recibió el impacto de la onda de choque provocada por la gigantesca forma achatada que embestía los mares. La testa de la criatura era una pared, una muralla erizada de protuberancias y pinchos.

Pero con la ayuda de la onda de choque en expansión, Gavin empezó a alejarse.

La boca cruciforme se abrió de par en par en ese momento, dividiendo la cabeza de martillo en cuatro partes. Cuando el demonio marino comenzó a absorber el agua en vez de seguir empujándola ante él, la onda de choque desapareció de golpe. Y la trainera de Gavin retrocedió de un salto en dirección a las fauces.

Directamente a su interior. La boca abierta era por lo menos dos o tres veces tan ancha como Gavin de alto. Los demonios marinos devoraban los mares enteros. El cuerpo se convulsionó acompasadamente, un círculo constrictor que se expandió de improviso, expulsando agua por las agallas y el lomo, casi del mismo modo que la trainera de Gavin.

A este le temblaban los brazos, notaba los hombros ardiendo a causa del esfuerzo muscular de impulsar todo su cuerpo, toda la embarcación por los mares. Más fuerte. ¡Maldita sea, más fuerte!

El demonio marino se arqueó hacia arriba justo cuando la trainera de Gavin salió disparada de su boca. Las fauces tetraédricas se cerraron de golpe, y se elevó por los aires. Gavin cerró los ojos y gritó, empujando con todas sus fuerzas.

Echó una mirada furtiva por encima del hombro y vio algo imposible: el demonio marino había emergido a la superficie. Por completo. Su descomunal cuerpo impactó contra el agua como si las siete torres de la Cromería estuvieran hundiéndose simultáneamente en el mar.

Pero Gavin era más rápido, había alcanzado su velocidad máxima. Embargado de la feroz libertad del vuelo y la luminosa liviandad de la vida, se rió. Se carcajeó.

El demonio marino lo perseguía, furioso, incandescente todavía, aún más deprisa que antes. Pero con la trainera lanzada a toda velocidad, Gavin no corría ningún peligro. Viró mar adentro mientras las siluetas lejanas coreaban su nombre desde las cubiertas de todas las naves de la flota, y la criatura fue tras él.

Gavin la llevó mar adentro durante horas, hasta que, después de describir un amplio rodeo por si acaso le daba por seguir ciegamente la última dirección donde lo había visto, aceleró y la dejó atrás.

Mientras se ponía el sol, extenuado y sin fuerzas, regresó con su flota. Habían perdido dos botes de vela, pero ni una sola vida. Sus hombres —pues si no eran suyos antes, ahora los poseía en cuerpo y alma— lo recibieron como a un dios.

Gavin aceptó su adulación con una tenue sonrisa, pero la sensación de libertad se había evaporado ya. Deseó poder regocijarse a su vez. Deseó ser capaz de emborracharse, y bailar, y acostarse con la muchacha más bella que pudiera encontrar. Deseó poder encontrar a Karris en algún lugar de la flota y pelearse con ella, o follársela, o primero lo uno y después lo otro. Deseó ser capaz de contar la historia y escucharla repetida en un centenar de labios y reírse de la muerte que tan cerca había estado de ellos. En vez de eso, mientras sus hombres festejaban, él bajó a la cubierta inferior. Solo. Despidió a Corvan con un ademán. Sacudió la cabeza ante el asombro de su hijo.

Y por último, en su camarote en penumbra, a solas, lloró. No por lo que había sido, sino por aquello en lo que sabía que debía convertirse.

4

Karris no se había sumado a la celebración en honor de su supervivencia al encuentro con el demonio marino. Despertó antes del amanecer, se aseó y se cepilló el cabello para concederse algo de tiempo para pensar. No le sirvió de nada.

El secreto irritaba a Karris como un erizo bajo la cincha. Como de costumbre, se recogió el pelo, tan negro como su estado de ánimo, en una coleta. Había dedicado los últimos cinco días a encajar las piezas del rompecabezas: Gavin «enfermando» tras la última batalla de la guerra contra su hermano Dazen; Gavin anulando su compromiso; Gavin sorprendiéndose al conocer la existencia de Kip, su hijo bastardo; Gavin siendo... distinto.

Después había malgastado el tiempo preguntándose cómo podía haber sido tan obtusa. Como todos los demás, había atribuido los cambios al trauma de la guerra, el trauma de haber matado a su propio hermano. Sus ojos prismáticos eran la prueba, la prueba fehaciente, de que Gavin era Gavin. Gavin era brillante y un embustero consumado, pero no debería haber sido capaz de embaucarla. Lo conocía demasiado bien. O para ser más exactos, conocía demasiado bien a Dazen.

Se acabó. Se dirigió al castillo de proa, como todas las mañanas, y empezó a desperezarse. Se volvería loca sin sus ejercicios diarios. Su superior, el comandante Puño de Hierro, había tenido la consideración de traerle dos juegos de su uniforme negro, y tanto la túnica como los pantalones eran de algodón impregnado de luxina: ceñidos en algunos puntos, flexibles en todos, diseñados pensando primero en la libertad de movimientos y segundo en exhibir el musculoso físico de los guardias negros. Pero aunque los gruñidos y el sudor fueran una parte indisoluble de su día a día, eso no significaba que quisiera compartirlos con todos los cretinos de a bordo.

—¿Se puede? —preguntó Puño de Hierro, saliendo a la cubierta.

El comandante de la Guardia Negra era un tipo enorme. Un buen líder. Inteligente, curtido, y amedrentador de narices. Cuando Karris asintió, su superior se quitó el pañuelo de la cabeza y lo dobló escrupulosamente. Era una costumbre religiosa pariana, los hombres se cubrían la cabeza en señal de respeto a Orholam. Pero había excepciones a la regla, y al igual que muchos parianos, Puño de Hierro sostenía que el mandamiento únicamente entraba en vigor cuando el sol terminaba de elevarse sobre el horizonte.

Antes Puño de Hierro acostumbraba a trenzarse el crespo cabello negro, pero tras la Batalla de Garriston y la muerte de tantos de sus guardias negros, se había rasurado

la cabeza por completo en señal de luto. Otra costumbre pariana. El pañuelo que antes ocultaba su orgullo se encargaba ahora de ocultar su dolor.

Orholam. Tantos guardias negros, muchos de ellos asesinados al mismo tiempo por la misma explosión, un disparo al azar para el que nada significaron sus habilidades de élite en el trazo y el combate. Sus camaradas. Sus amigos. Un abismo sin fondo que lo devoraba todo salvo sus lágrimas.

Puño de Hierro se situó junto a Karris, juntó las manos y volvió a separarlas adoptando una postura de guardia a media altura. Era el comienzo del ka de Marsh. Una abertura adecuada, cuando los músculos aún no habían entrado en calor y el ka no llegaba muy lejos, por lo que los reducidos confines del castillo de proa podían contener sus movimientos. Un barrido bajo, giro, patada hacia atrás, media vuelta en el aire, aterrizar sobre el otro pie, mantener el equilibrio... tarea más complicada de lo habitual debido al vaivén de la cubierta.

Puño de Hierro marcaba el compás, y Karris le dejaba hacer encantada. Los marineros asignados al tercer turno de guardia les lanzaban miradas de soslayo, pero Karris y Puño de Hierro se mimetizaban con el gris previo al amanecer, y los curiosos eran discretos. Podían ejecutar las maniobras sin pensar. Karris se concentró en su cuerpo, los calambres provocados por dormir en el suelo de madera se desvanecieron enseguida, otros dolores eran más obstinados; la herida de un entrenamiento que siempre le laceraba la cadera, la rigidez en el tobillo izquierdo de cuando se lo había torcido combatiendo a un engendro verde con Gavin.

Gavin no. Dazen. Que Orholam lo confunda.

Puño de Hierro pasó a continuación al ka de Korick, aumentando rápidamente la intensidad; de nuevo, la ocasión era inmejorable en este reducto. Y pronto Karris empezó a concentrarse en imprimir un ápice más de elasticidad a sus patadas giratorias, en alcanzar la extensión y la altura máxima de sus patadas hacia atrás. Distaba de ser tan alta como Puño de Hierro, pero este podía proyectar sus largas extremidades en patadas y cortes con la palma de la mano a una velocidad asombrosa. Karris debía esforzarse para mantener el ritmo que le imponía.

El sol continuaba elevándose, y solo se detuvieron cuando hubo rebasado el horizonte casi por completo. Al parecer, también Puño de Hierro buscaba forzar sus límites. Mientras Karris recuperaba el aliento, jadeante, con las manos apoyadas en los muslos, él se enjugó el ceño, hizo la señal de los siete al sol recién nacido, exhaló una breve plegaria y se envolvió el ghotra alrededor de la cabeza afeitada.

—Quieres algo —dijo.

Cogió otro paño y se lo lanzó. Había traído dos, por supuesto. Era así de considerado. También le indicaba que no se había sumado a sus ejercicios matutinos por casualidad. Había venido a hablar.

Típico de Puño de Hierro. Como le apetece charlar, solo pronuncia cinco palabras

en el transcurso de toda una hora.

Así y todo, tenía razón. De modo que Karris dijo:

—Lord Prisma va a abandonar la flota. Si no intenta hacerlo sin que te enteres, al menos procurará conseguir que accedas a no enviar ningún guardia negro con él. Quiero que me mandes a mí.

—¿Te lo ha dicho él?

—No hace falta que me diga nada. Es un cobarde, siempre termina huyendo. —Karris creía que los ejercicios habrían consumido su rabia, pero allí estaba, abrasadora y volátil, lista para hacerla saltar por los aires de un momento a otro.

—¿Cobarde? —Puño de Hierro se apoyó en el pasamanos. Lo miró—. Hum. —A menos de un paso de su posición, la barandilla estaba rota. Destrozada por un demonio marino enfervorizado.

Un demonio marino enfervorizado al que Gavin había sometido.

—Eso último se me ha escapado —refunfuñó Karris.

Puño de Hierro no sonrió.

—Acércate. Ojos.

Enmarcó el rostro de Karris entre sus grandes manos y la miró fijamente a los ojos a la luz del alba, escudriñándola con intensidad.

—Karris, eres la trazadora más veloz que tengo, pero también eres la más impulsiva. ¿Rabia incontrolable? ¿Pensar en voz alta? Esos son los indicios de un rojo o un verde agonizantes. La mitad de mi Guardia Negra ha muerto, y si te empeñas en seguir trazando como hasta ahora, romperás el halo en...

—Espero no interrumpir nada —se inmiscuyó una voz. Gavin.

Puño de Hierro aún sostenía el rostro de Karris con ambas manos, asomado a sus ojos. De pie en la cubierta, bañados por la cálida luz del amanecer, ambos comprendieron al mismo tiempo qué era lo que parecía que estaban haciendo.

El comandante Puño de Hierro bajó las manos a los costados, carraspeó. Karris pensó que era la primera vez que lo veía azorado.

—Lord Prisma —dijo Puño de Hierro—. Que el ojo de Orholam os bendiga.

—Buenos días tengáis vos también, comandante. Karris. Comandante, me gustaría que os reunierais conmigo dentro de una hora. Haga el favor de llamar también a Kip; requeriré su presencia después de nuestra conversación. Creo que viaja a bordo de la primera barcaza.

La túnica blanca de Gavin, resaltada con brocados de oro, estaba realmente limpia. En un barco, en plena huida de una batalla, alguien le había hecho la colada. Hasta ese extremo lo quería la gente. Las cosas sencillamente funcionaban para él como por arte de magia, sin esforzarse siquiera. Era exasperante. Por lo menos sus facciones denotaban cansancio. Gavin nunca dormía bien.

Daba la impresión de que a Puño de Hierro le hubiera gustado decir algo más,

pero se limitó a asentir con la cabeza antes de marcharse.

Momento en el que Karris se quedó a solas con Gavin por primera vez desde que ella montara en cólera tras descubrir que él había engendrado un bastardo cuando estaban prometidos. Fue entonces cuando saltó del bote que compartían. Era la primera vez que se veían siquiera cara a cara desde que ella le borrara la sonrisa de un guantazo... en plena Batalla de Garriston, delante de todo su ejército.

Quizá fuera cierto que había trazado demasiado rojo y verde. La rabia y la impulsividad no deberían contarse entre las características más prominentes de una guardia negra. Ni de una dama.

—Lord Prisma —dijo Karris, decidida a mantener la compostura.

Gavin la observó en silencio, sopesándola con la calculadora inteligencia que siempre anidaba en sus ojos. La estudiaba casi con pesadumbre, acariciándole el pelo con la mirada, los ojos, deteniéndose en sus labios, demorándose veloz sobre sus curvas antes de regresar a los ojos, demorándose tal vez durante unos instantes en las comisuras de estos, donde despuntaban las primeras arrugas.

—Karris —comenzó con voz aterciopelada—, tienes mejor aspecto cubierta de sudor que muchas mujeres engalanadas para celebrar el Día del Sol. —Gavin era apuesto, seductor y terco en todas las acepciones de la palabra, pero algo que la gente olvidaba a menudo era su astucia.

No quería hablar. Estaba ganando tiempo. Confundiéndola y distrayéndola con algo que ahora no pintaba absolutamente nada. ¡Malnacido! Estaba sudando a raudales, cubierta de mugre, apestaba, ¿cómo podía hacerle cumplidos?

¿Cómo se atrevía a ser tan amable después de que ella le hubiese cruzado la cara?

¿Cómo osaba dar resultado su estúpido ardid a pesar de que ella sabía cuáles eran sus intenciones?

—Vete al infierno —dijo, y se fue.

Así se hace, Karris. Muy profesional, cívica y refinada. ¡Hijo de perra!

5

¿Cómo se las apañaba una mujer para que quisieras tirarla al mar de culo y besarla hasta dejarla sin aliento al mismo tiempo? Karris se alejaba, y Gavin no podía evitar admirar su figura.

Condenada mujer.

Vio que su silueta también suscitaba el interés de varios de los marineros con los que compartía la cubierta. Carraspeó para llamarles la atención y enarcó una ceja; no tardaron en encontrar otra cosa que hacer.

—¿Es esto estrictamente necesario, lord Prisma? —preguntó una voz a espaldas de Gavin. Se trataba de su nuevo general, el hombre que había trabajado con él hacía dieciséis años, cuando era el general más eficiente de Dazen, Corvan Danavis. Habían tenido que ingeniárselas para conseguir que todo el mundo creyera que el antiguo «enemigo» de Gavin ahora estaba dispuesto a aceptar órdenes de él.

—Con «esto», ¿te refieres a esto? —Gavin señaló la escalerilla de cuerda que conducía a la cofa.

—Sí. —El general Danavis era la clase de persona que rezaba antes de la batalla, por si acaso, y después se comportaba como si la muerte no le infundiera el menor respeto. Gavin dudaba de que experimentara el miedo igual que el resto de los mortales, pero era innegable que odiaba las alturas.

—Sí —dijo Gavin.

Subió por la escalerilla. Mientras se encaramaba al puesto de observación, lo sobrevino de nuevo una idea que ya era habitual en él: la magia cimentaba toda su vida. Afrontaba estas alturas sin temor porque sabía que, si se precipitaba al vacío, podría trazar lo suficientemente rápido como para detener la caída. Aunque diera la impresión de ser un valiente, no lo era. Sencillamente, muy rara vez corría verdadero peligro, al revés que la mayoría de la gente. Todo el mundo le veía acometer proezas asombrosas y lo tomaban por alguien fuera de lo común. Pero se equivocaban de cabo a rabo.

La inesperada punzada de temor fue tan violenta que por un instante pensó que alguien lo había apuñalado literalmente en las tripas. Respiró hondo.

Corvan ascendió a su vez, con la mirada fija en la cofa, agarrando cada peldaño como si pretendiera estrangularlo. Gavin detestaba hacerle esto a su amigo, pero había conversaciones que uno sencillamente no podía arriesgarse a que cayeran en oídos indiscretos.

Gavin le ayudó a subir a la atalaya. Dejó que el general recuperara el aliento. Al menos aquí las barandillas de seguridad hacían honor a su nombre, altas y recias. A sus pies, los marineros se afanaban en sus respectivas tareas. El viento matinal arreciaba, y la primera guardia deambulaba de aquí para allá comprobando cabos y nudos; en la cubierta de popa, el capitán verificaba su posición con un sextante.

—He perdido el azul —anunció Gavin. Échalo fuera. Ya lo arreglarás todo más tarde.

La expresión cincelada en los rasgos de Corvan Danavis denotaba que no tenía la menor idea de a qué se refería Gavin con eso. Se atusó el bigote rojizo que estaba volviendo a dejarse crecer. Durante la Guerra de los Prismas, era célebre por las cuentas que colgaban de él.

—¿Qué azul?

—Ya no puedo ver el azul, Corvan. Hace un día soleado, el cielo y el mar Cerúleo se extienden ante mis ojos... y no puedo ver el azul. Me muero, y necesito que me ayudes a decidir qué debería hacer.

Corvan era una de las personas más inteligentes que conocía Gavin, pero ahora daba la impresión de haberse perdido.

—Lord Prisma, tal cosa no es... espera, vayamos por partes. ¿Ocurrió durante la pelea con el demonio marino?

—No. —Gavin dejó vagar la mirada sobre las aguas. El balanceo de la nave era relajante, complementado a la perfección por los armoniosos azules del firmamento y el mar. Era un supercromado, alguien capaz de distinguir los colores con mucha mayor exactitud que los demás. Conocía el azul desde sus tonos más claros a los más oscuros, desde sus tintes violáceos a los verdosos, todos sus grados de saturación, todas sus combinaciones—. Después de la batalla. Cuando zarpamos con todos los refugiados. Desperté al día siguiente y ni siquiera me percaté de inmediato. Es como ver la cara de una amiga y darte cuenta de que no sabes cómo se llama, Corvan. El azul está ahí, está cerca. Es como si tuviera el color en la punta de los ojos. Ni siquiera lo percibo a menos que me concentre, solo noto que el mundo parece borroso, monótono. Pero si me concentro con todas mis fuerzas, veo algo gris donde debería estar el azul. El tono, la saturación y el brillo justos, pero... grises.

El silencio se prolongó mientras Corvan lo observaba, entornados los ojos con sus halos rojos.

—El momento no concuerda. Se supone que los Prismas aguantan un múltiplo de siete años. Debería quedarte un lustro.

—Dudo que lo que me está pasando sea normal. Nunca fui ordenado Prisma. Quizá sea esto lo que sucede cuando un policromo natural no cumplimenta la ceremonia del Espectro.

—No sé si eso es exactamente...

—¿Has oído hablar de algún Prisma que se quedara ciego, Corvan? ¿Alguna vez?

El último Prisma antes de Gavin (el auténtico Gavin) había sido Alexander Roble Extenso. Fue un Prisma débil que apenas se aventuraba fuera de sus aposentos, posiblemente adicto a la amapola. Lo antecedió la matriarca Eirene Malargos, que había durado catorce años. Gavin conservaba de ella el tenue recuerdo de los rituales del Día del Sol, cuando era un muchacho.

—Gavin, la mayoría de los Prismas no aguantan dieciséis años. Puede que la ceremonia del Espectro hubiese acelerado tu muerte. Si hubieras sucumbido a los siete años, o a los catorce, nunca habrías experimentado esto. No tenemos ninguna certeza.

Ese era uno de los inconvenientes de ser un farsante. No puedes solicitar información acerca de un secreto celosamente guardado sobre el que deberías saberlo todo. El auténtico Gavin se había iniciado como Prisma electo cuando contaba trece años de edad. Había jurado no hablar nunca de ello, ni siquiera con su antiguo mejor amigo y hermano Dazen.

Que él supiera, se trataba de una promesa que todos los miembros del Espectro cumplían, puesto que en los dieciséis años que llevaba haciéndose pasar por su hermano, nadie había dicho ni una palabra al respecto. A menos, claro está, que le hubieran hecho alguna referencia velada... en cuyo caso él no se habría percatado de ello, no habría reaccionado de ninguna manera, y podría haberles dado a entender que valoraba el secretismo de la ceremonia y que ellos deberían hacer lo propio.

En otras palabras, lo apresaba la misma trampa que él había diseñado. Otra vez.

—Corvan, no entiendo lo que pasa. Quizá me despierte mañana y sea incapaz de trazar el verde, y el amarillo pasado mañana. O puede que haya perdido el azul y ya está, pero el problema es que me he quedado sin él. En el mejor de los casos, si consigo mantenerme apartado de la Cromería y me ausento de todos los rituales azules, dispondré de un año... hasta el próximo Día del Sol. Es imposible que esta farsa se sostenga durante las ceremonias, o que falte a ellas. Si no logro volver a trazar el azul para entonces, estoy muerto.

Gavin vio que Corvan comprendía todas las implicaciones. Su amigo exhaló un suspiro.

—Uf. Justo cuando las cosas marchaban tan bien. —Soltó una risita—. Tenemos cincuenta mil refugiados de los que nadie querrá saber nada. El alimento escasea. El Príncipe de los Colores acaba de obtener una victoria importante, sin duda los herejes se sumarán a miles a su causa. Y ahora hemos perdido nuestra mayor baza.

—Todavía no he muerto —dijo Gavin, sonriendo de oreja a oreja.

Corvan le devolvió el gesto sin poder evitarlo, pero parecía mareado.

—No te preocupes, lord Prisma, soy la última persona que te delataría. —Gavin sabía que eso era cierto. Corvan había accedido a soportar la deshonra y el exilio para

dotar de credibilidad a la derrota de Dazen. Se había pasado los últimos dieciséis años en una aldea remota, sumido en la pobreza y el anonimato, vigilando discretamente a Kip, el hijo bastardo del auténtico Gavin.

Otro problema.

Corvan miró abajo, palideció de vértigo y volvió a agarrarse con fuerza al pasamanos.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuanto más tiempo pase rodeado de trazadores, más probabilidades habrá de que alguien note que algo anda mal. Y si me quedo demasiado tiempo en la Cromería, la Blanca me pedirá que compense. Si el azul cae por debajo del rojo cabe la posibilidad, no ya de que sea incapaz de enmendarlo, sino de que ni siquiera me percate de ello. Me relevarán.

—Así que...

—Así que pienso ir a Azûlay para ver a la nuqaba.

—Bueno, es una solución para evitar que Puño de Hierro te acompañe, pero ¿por qué quieres verla?

—Porque aparte de que su capital alberga la biblioteca más extensa del mundo, donde podré investigar sin que todo el Espectro sepa qué he estado haciendo en cuestión de una hora, los parianos custodian muchas tradiciones orales, entre ellas varias que son secretas y algunas indudablemente heréticas.

—¿Qué es lo que buscas?

—Si yo he perdido el control del azul, Corvan, eso significa que ya no lo controla nadie.

La expresión de desconcierto de Corvan pronto dio paso a otra de consternación.

—No lo dirás en serio. Ningún erudito competente ha sostenido nunca que las perdiciones sean algo más que simples sacamantecas con los que la Cromería pretende justificar los atropellos de los primeros zelotes y lúxores.

«Perdiciones.» Corvan había empleado correctamente el antiguo término ptarsu. La palabra se utilizaba tanto en singular como en plural. Probablemente significaba templo o lugar sagrado, pero los parianos de Lucidonius las consideraban abominaciones. Se habían apropiado de la palabra, como hicieran con el resto del mundo.

—¿Y si se equivocan?

Corvan guardó silencio durante largo rato antes de decir:

—Así que vas a plantarte en la puerta de la nuqaba. ¿Y qué pretendes decirle? ¿«Como líder de tu fe, ten la bondad de enseñarme vuestros textos heréticos y contarme todas esas historias que yo más que nadie debería considerar dignas de castigarse con la muerte»? ¿Y después qué, esperar que lo haga? Supongo que entra en la categoría de plan. Pero no de los buenos, te lo aseguro.

—Puedo ser tremendamente persuasivo.

Corvan sonrió, pero apartó la mirada.

—¿Sabes?, lo que hiciste ayer con ese demonio marino fue... asombroso. Igual que lo que hiciste en Garriston, y no me refiero solamente a la construcción de la Muralla de Agua Brillante. Gavin, esta gente te seguirá hasta el fin del mundo. Hablarán de ti a todas las personas con las que se crucen. Si el Espectro y tú llegarais a las manos...

—El Espectro ya dispone de candidatos más maleables que yo deseosos de convertirse en el próximo Prisma, Corvan. Si los desafío ahora, mi situación será tan comprometida como la de «Dazen» hace diecisiete años. No quiero que el mundo vuelva a pasar por eso. Puede que el pueblo me quiera, pero si todos sus líderes se alían en mi contra, no conseguiré nada salvo que mueran mis amigos y mis aliados. Ya me ha sucedido una vez.

—Entonces ¿qué? ¿Vas a abandonarnos sin más? ¿Qué piensas hacer con Kip? Es un chico fuerte, pero ha sufrido mucho y creo que eres lo único a lo que puede aferrarse. Si descubre que no eres quien dices, quizá se derrumbe. Nadie sabe cómo podría acabar. No le hagas eso a tu alma, Gavin. No le hagas eso al mundo. Lo último que necesitan las Siete Satrapías es otro joven policromo con el apellido de los Guile, loco de rabia y dolor. ¿Y qué esperas que hagamos los demás? ¿Dónde vamos a meter a todas estas personas?

—Corvan, Corvan, Corvan. Tengo un plan. —Más o menos.

—No sé por qué, viejo amigo, pero temía que dijeras eso. —La cofa se balanceó con fuerza ante el impacto del barco contra una ola más alta que las demás, y Corvan tragó saliva con dificultad mientras contemplaba la cubierta a sus pies—. Espero que incluya algún método fácil para bajar de aquí.

6

Puño de Hierro hizo una mueca sin apartar la mirada de la misiva que sostenía en la mano. Por lo general esa expresión, proveniente de él, dirigida a Gavin, solía ser un rictus efímero que se borraba enseguida. En esta ocasión, sus facciones se contrajeron como si estuviera masticando un trozo de carne asada con madera envenenada.

—Queréis que entregue una orden. A la Blanca —dijo Puño de Hierro.

Gavin había convocado al fornido guardaespaldas a su camarote tras probar distintas habitaciones para ver cuál satisfacía mejor sus intenciones.

—Relativa a mi hijo. Sí. —Como Prisma, Gavin no tenía ninguna autoridad sobre la Blanca, pero esta debía cuidarse de ofenderlo. Ambos tenían que elegir qué batallas querían librar entre ellos. Le extrañaría que la Blanca escogiera esta.

—Queréis que Kip ingrese en la Guardia Negra. —La voz de Puño de Hierro no denotaba la menor emoción. Era el comandante de la Guardia Negra. Técnicamente, debería ser el único con capacidad de decisión sobre los aspirantes—. Lord Prisma, no sé ni por dónde empezar a explicar lo contraproducente y destructivo que sería eso.

El sol brillaba en el exterior, pero la lustrosa madera oscura del camarote absorbía la luz y obligaba a Gavin a concentrarse para ver la expresión del comandante.

—Espero que sepáis, comandante, que siento el mayor de los respetos por vos.

Un leve temblor en la ceja. Incredulidad. Era cierto, pero Gavin supuso que no había dado muchos motivos a Puño de Hierro para que lo creyera.

—Sin embargo —continuó Gavin—, nos encontramos en una situación que requiere actuar rápido. Refugiados. Sátrapas indignados. Una ciudad perdida. Rebelión. ¿Os suena de algo?

El rostro de Puño de Hierro se transformó en una máscara de piedra.

Gavin necesitaba enfocar esto de otra manera. ¿Le dices que lo respetas, y después lo tratas como si fuera un imbécil?

—Comandante, ¿cuántos guardias negros perdisteis en Garriston?

—Cincuenta y dos muertos. Doce heridos. Catorce tan cerca de romper el halo que deberán ser reemplazados.

Gavin guardó silencio el tiempo necesario para mostrar respeto por los caídos. Conocía las cifras de antemano, por supuesto, así como las caras y los nombres de los fallecidos. La Guardia Negra era la guardia personal del Prisma, pese a no estar bajo su control. Debía andarse con pies de plomo.

—Disculpad que hable con tanta franqueza, pero habrá que reponer esa cantidad.

—Eso nos llevará tres años al menos, y la calidad de la Guardia Negra en general tardará otros diez o más en recuperarse. Tendré que ascender a gente sin la formación necesaria, que a su vez no podrá formar adecuadamente a sus subordinados. ¿Comprendéis las consecuencias de vuestros actos? Han exterminado una generación y han hecho retroceder a dos. Dejaré la Guardia Negra convertida en una sombra de lo que era cuando asumí el mando. —Puño de Hierro hablaba sin levantar la voz, pero la furia que contenían sus palabras era inconfundible. Y nada propia de él.

Gavin no dijo nada, apretó los dientes, mantuvo inexpresiva la mirada. Este era el infierno del liderazgo: ver a un hombre como un individuo con esperanzas, familias, amores, platos favoritos, más alerta por las mañanas o de noche, aficionado a las guindillas, a las bailarinas y a cantar aunque desafinara. Y una hora después, verlo como una cifra y disponerse a sacrificarlo. Aquellos treinta y ocho hombres y catorce mujeres habían dado la vida por salvar a miles, casi habían conseguido salvar la ciudad. Gavin los había apostado en un lugar donde sabía que podrían perecer, como finalmente había ocurrido. Volvería a hacerlo. Sostuvo la mirada de Puño de Hierro.

El comandante fue el primero en apartarla.

—Lord Prisma —añadió. No había arrepentimiento en su voz, pero Gavin no exigía obediencia incondicional. Solo obediencia.

Gavin lanzó una mirada de soslayo al espacio abierto sobre las vigas entre su camarote y el adyacente.

—La Guardia Negra necesita reclutas. Las clases de otoño probablemente ni siquiera hayan empezado todavía, y Kip es perfecto. Ya habéis visto cómo traza.

—Es un programa demasiado exigente físicamente. Veinte semanas de adiestramiento infernal y combates todos los meses para purgar la madera podrida. De cuarenta y nueve a los siete mejores. No lo conseguiría aunque no se hubiera quemado la mano. Si se pone en forma, tal vez dentro de un año o...

—Lo superará —dijo Gavin. No era una expresión de confianza.

Se hizo el silencio mientras Puño de Hierro encajaba la insinuación tácita.

—¿Queréis que lo inicie aunque no se lo merezca? —preguntó, incrédulo.

—¿Hace falta que os responda a eso?

—¿Os atreveríais a declararlo favorito públicamente? Destruiréis al muchacho.

—Todo el mundo pensará que es un privilegiado de todas formas. —Gavin se encogió de hombros y se cercioró de imprimir autoridad a su voz—. Demostrará que está a la altura del fin para el que fue creado, o sucumbirá en el intento, como todos nosotros.

El comandante Puño de Hierro no respondió. Era un hombre que comprendía el poder del silencio.

—Acompañadme, comandante. —Salieron juntos a un balcón. La puerta que

separaba las habitaciones era delgada, y había huecos junto a las vigas, quizá para que el capitán pudiera gritar órdenes a sus secretarios, quienes en condiciones normales tendrían sus oficinas en el camarote. La conversación no había salido exactamente como esperaba, pero serviría. Kip debería haberlo oído todo.

Ahora Gavin tenía otro mensaje para Puño de Hierro, y no quería que Kip lo escuchara.

—Kip es mi hijo, comandante. Lo reconocí como tal cuando tuve ocasión en vez de dejar que muriera sin que nadie sospechase nada. No voy a destruir a Kip. Está gordo y es un manazas, pero también es un policromo muy poderoso. Crecerá rápido cuando llegue a la Cromería. Puede convertirse en un hazmerreír o en alguien importante. Parte con desventaja. Los vástagos de los sátrapas se lo comerán vivo. Quiero que absorbáis cada minuto de su tiempo, que lo remodeléis físicamente, que fortalezcáis su mente y le enseñéis a descubrir todo su potencial. Cuando se haya ganado el respeto de los guardias negros, cuando le traiga sin cuidado lo que opinen sobre él las lenguas viperinas, le pediré que abandone la Guardia Negra y asalte el nido de víboras.

—Queréis prepararlo para que sea el próximo Prisma.

—Bueno, comandante, ya sabéis que Orholam es el único que puede elegir a sus Prismas.

Era una broma, pero Puño de Hierro no se rió.

—En efecto, lord Prisma.

A Gavin siempre se le olvidaba que Puño de Hierro era un hombre de fe.

—No se lo pondré fácil. Si quiere unirse a mi Guardia Negra, tendrá que ganárselo.

—Me parece perfecto.

—Es un policromo. —Los policromos estaban estrictamente exentos de tan peligroso servicio.

—No sería la primera excepción —dijo Gavin. Tan solo la primera en mucho, muchísimo tiempo.

Una pausa cargada de tensión.

—Y de alguna manera yo debo convencer a la Blanca para que permita algo así.

—Confío en vos. —Gavin sonrió de oreja a oreja.

Puño de Hierro le lanzó una mirada con la que podría agriarse la miel. Gavin soltó una carcajada, pero volvió a tomar nota para sus adentros. Puño de Hierro lo respetaba, pero el encanto de Gavin no surtía el menor efecto en él.

—Nos abandonáis —dijo Puño de Hierro, despacio—. Después de conseguir que la mitad de mis guardias murieran, pensáis marcharos y abandonarnos a nuestra suerte, ¿no es eso?

Maldición.

Puño de Hierro se tomó su silencio como un sí.

—Sabed una cosa, Prisma: no lo permitiré. No moveré ni un dedo por vos a menos que me permitáis hacer mi trabajo. Si mi cometido carece de importancia, ¿por qué debería ayudaros con el vuestro? ¿Esto es lo que llamáis «el mayor de los respetos»?

Ah. Apunte personal: el encanto resulta menos eficaz con aquellas personas que tienen buenos motivos para partirte la cara. Gavin levantó las manos.

—¿Qué queréis?

—No quiero nada. Os lo exijo. Que os acompañe alguien de la Guardia Negra. Quien yo elija. Ignoro cuál es vuestra misión, pero donde cabe uno, caben dos. Daos cuenta de que nada me gustaría más que asignaros un escuadrón entero como escolta, pero soy una persona razonable.

Mucho más razonable de lo que Gavin se había atrevido a soñar, a decir verdad. Quizá a Puño de Hierro no se le diera tan bien la política como pensaba Gavin. Por otra parte, idear nuevas formas de matar con la mayor eficacia probablemente le dejara menos tiempo que a Gavin para perfeccionar sus dotes de estratega. Estaba claro que Puño de Hierro planeaba acompañar a Gavin personalmente, lo cual era de todo punto inadmisible, pero cuando Puño de Hierro se diera cuenta de todo el trabajo que iba a llevarle reconstruir la Guardia Negra y adiestrar a los nuevos reclutas, lo comprendería. Demasiado tarde.

—De acuerdo —se apresuró a decir Gavin, antes de que el comandante tuviera ocasión de cambiar de parecer.

—Muy bien, trato hecho —dijo Puño de Hierro. Extendió una mano, y Gavin se la estrechó. Era una antigua costumbre pariana con la que sellar los pactos, en desuso hoy en día. Mientras le estrujaba los dedos, Puño de Hierro miró a Gavin fijamente a los ojos—. Sé de alguien que ya se ha ofrecido voluntario para la misión.

Imposible. Pero si ni siquiera le he dicho que me iba hasta que...

—Karris —anunció Puño de Hierro, revelando todos los dientes en una sonrisa de oreja a oreja.

Menudo hijo de perra.

7

Kip estaba sentado en el despacho de los secretarios, jugueteando nerviosamente con la venda de su mano izquierda, mientras Puño de Hierro y Gavin conversaban en el balcón que sobresalía de la popa del barco. Al principio había apoyado la espalda en la pared que separaba el despacho del camarote del Prisma, pero tras escuchar más de lo que le habría gustado, se retiró discretamente a una de las sillas de los secretarios, lejos de la pared, para que no pareciera que estaba espiando.

Un guardia negro. Él. Era como ganar un concurso en el que ni siquiera sabía que estuviera participando. Lo cierto era que todavía no había pensado detenidamente en el futuro; suponía que la Cromería lo mantendría ocupado durante los próximos años de su vida, y después de eso ya vería. Pero las personas más aguerridas del mundo que él conociese eran guardias negros: Karris y Puño de Hierro.

La puerta del camarote se abrió. Al salir, Puño de Hierro lanzó a Kip una mirada fulminante. Una mirada cargada de desaprobación. Y de golpe y porrazo Kip comprendió que se había convertido en una carga impuesta para Puño de Hierro, que el comandante no quería que el gordinflón de Kip degradara su Guardia Negra. Su ánimo se hundió tan deprisa que dejó un cráter humeante en la cubierta.

—El Prisma quiere verte ahora —dijo Puño de Hierro, y se fue.

Cuando se levantó, a Kip le temblaban las rodillas. Entró en el camarote.

El Prisma Gavin Guile, el hombre que había creado la Muralla de Agua Brillante, que se había enfrentado a un demonio marino, que había hundido barcos pirata, aplastado ejércitos y amedrentado a sátrapas, su padre, le sonrió.

—Kip, ¿cómo te encuentras? Lo que hiciste el otro día fue asombroso. Acércate. Tengo que verte los ojos.

Cohibido de repente, Kip salió con Gavin al balcón de popa. A la radiante luz de la mañana, Gavin inspeccionó los iris del muchacho.

—Un anillo verde, sin duda. Enhorabuena. Nadie volverá a tomarte por un no trazador.

—Me... alegro.

Gavin esbozó una sonrisa indulgente.

—Sé que tienes mucho que aprender, y supongo que alguien te lo habrá dicho ya, pero el caso es que usaste un montón de magia durante la batalla, Kip. Demasiada. Ya no enseñamos cómo transformarse en un gólem verde porque eso es algo que solo puede hacerse dos o tres veces en la vida. Consume tu poder, y tu vida, a una

velocidad increíble. El poder es embriagador, pero ten cuidado. Has visto en acción a algunos de los mejores trazadores del mundo, y no puedes pretender ser capaz de imitarlos en todo. Pero mírame, sermoneándote. Perdona.

—No, no pasa nada. Es... —Es lo que hacen los padres. Kip no lo dijo en voz alta. Tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

Gavin miró por encima de las olas a la flota que los seguía. Se había quedado serio, pensativo.

—Kip —dijo, al cabo—, no puedo ser justo contigo. No puedo dedicarte todo el tiempo que te mereces, que te debo. No puedo desvelarte tantos secretos como me gustaría. No puedo acompañarte como desearía en tu nueva andadura. Has elegido que te conozcan como mi hijo, y lo respeto. Así es como te conocerán. Como hijo mío que eres, tengo trabajo para ti, y debo contarte ahora en qué consiste, pues parto hoy mismo. Regresaré a la Cromería de vez en cuando, pero no muy a menudo. No antes de un año.

Demasiados pensamientos a la vez. Todo cuanto sabía Kip se había ido a pique en demasiadas ocasiones. En el transcurso de los últimos meses había pasado de ser el hijo pequeño de una madre soltera adicta a la cencellada a perder su aldea, a su madre y su vida. Lo habían zambullido de sopetón en la Cromería, rodeado de los mejores trazadores y guerreros del mundo.

Y el mismo día que su padre lo aceptaba, lo reconocía como hijo en vez de como bastardo, había descubierto una nota en la que su madre afirmaba que Gavin Guile la había violado. En la que imploraba a Kip que matara a Gavin. Lo más probable era que estuviese colocada cuando la escribió, desde luego. ¿Qué más daba que fuesen sus últimas palabras? Eso no las volvía distintas, como por arte de magia, de todas las otras mentiras que le había contado a Kip a lo largo de los años.

Decía que me quería. Kip se apresuró a apartar de sí aquel recuerdo y el pozo de emociones que suscitaba en su interior.

Algo debió de aflorar a sus facciones, no obstante, porque Gavin dijo en voz baja:

—Kip, tienes todo el derecho del mundo a enfadarte, pero el caso es que debo pedirte algo imposible. Voy a mandarte a la Cromería. Espero que destaques en todas las clases, por supuesto. Pero eso me da igual, francamente, siempre y cuando aprendas tanto y tan deprisa como puedas. Lo que quiero en realidad es... —Dejó la frase flotando en el aire—. Esto tiene que ser nuestro secreto, Kip. Por el mero hecho de pedírtelo estoy dejando mi vida en tus manos. Ni que decir tiene que hacerlo o no dependerá solamente de ti, pero...

Kip tragó saliva con dificultad. ¿Por qué caminaba su padre como si estuviera pisando huevos en torno a su ingreso en la Guardia Negra?

—Con tantos rodeos estás asustándome más que si fueras directo al grano —dijo el muchacho.

—Para empezar, tendrás que impresionar a tu abuelo sin mi ayuda. Te llamará a su presencia. Será desagradable. Será un triunfo si consigues no hacértelo encima. —Esbozó su famosa sonrisa de Guile antes de adoptar una expresión más seria—. Hazlo lo mejor que puedas. Si logras impresionarlo, habrás hecho más de lo que yo pude hacer nunca. Pero bajo ningún concepto se te ocurra enemistarte con él.

—¿Y eso es tarea imposible?

—No... bueno, a lo mejor... he empezado por lo más fácil. Quiero que destruyas al señor de la lux Klytos Azul.

Kip parpadeó varias veces. Eso tampoco era «únete a la Guardia Negra».

—¿Lo que dije antes acerca de que andándote con rodeos me dabas más miedo que yendo al grano? Lo retiro.

—Con «destruir» me refiero a hacer cuanto esté en tu mano para que renuncie a su sillón en el Espectro. Necesito ese puesto, Kip.

—¿Para qué?

—No puedo explicártelo. Lo que deberías preguntar es qué quiero decir con eso de «cuanto esté en tu mano».

—Ya, sí, pues eso. —Kip esperaba que todo aquello fuera algún tipo de broma, aunque el vacío que sentía en la boca del estómago le sugería lo contrario.

—Si no puedes convencer a Klytos para que abdique por voluntad propia, o mediante el chantaje, tendrás que matarlo.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Kip hasta sus hombros. Tragó saliva con dificultad.

—Tú eliges. Confío en que sabrás hacerlo. Esto es la guerra, Kip. Ya has visto lo que ocurre cuando la persona equivocada ostenta el poder. El gobernador de Garriston podría haber avisado a la población. Sabía lo que se avecinaba. Preparar la ciudad habría supuesto un baño de impopularidad y le habría costado una fortuna. Así que, en vez de eso, decidió dejar que murieran todos. Un solo hombre provocó toda esa carnicería, sencillamente por inacción. Si no hubiéramos estado allí nosotros, habría sido mucho, muchísimo peor. Esto es lo mismo. No puedo decirte más.

Aunque era imposible, Kip sintió que la serenidad se adueñaba de él. La imposibilidad carecía de importancia en estos momentos. Ya se enfrentaría a ello cuando se fuera su padre.

—¿Se lo merece?

Gavin respiró hondo.

—Me gustaría responder que sí para facilitarte las cosas, pero «merecerse» algo es un concepto espinoso. ¿Merece que lo fusilen el cobarde que abandona a sus camaradas? No, pero debemos hacerlo porque hay muchas cosas en juego. Klytos Azul es un cobarde que cree en mentiras. Si alguien cree en mentiras y las repite, ¿lo convierte eso en un embustero? Puede que no, pero hay que detenerlo. No creo que

Klytos sea perverso, Kip. No creo que merezca morir directamente, de lo contrario yo mismo lo ajusticiaría. Pero las apuestas son muy elevadas, y continúan subiendo. Haz lo que debas hacer. Pero antes, ingresa en la Guardia Negra. Te he conseguido una prueba. Entra en el cuerpo, y tu posición te ayudará a hacer el resto.

Cómo no. Así de fácil. Claro que, para Gavin Guile, probablemente fuera «así de fácil». Las cosas eran tan sencillas para alguien con sus poderes que debía de pensar que también lo eran para los demás.

—¿Cuál es nuestro objetivo? —preguntó el muchacho—. A la larga, quiero decir.

—La guerra es un incendio desbocado. Las viejas rencillas son madera seca que espera la llama. Cuando me enfrenté a mi hermano, se unieron a mí hombres que me odiaban, pero odiaban todavía más a sus vecinos, y esos vecinos se aliaron con él. Matamos a doscientas mil personas en menos de cuatro meses, Kip. He tenido la oportunidad de detener esta nueva guerra en una ciudad, unos pocos miles de víctimas. Fracasé. Hay satrapías a las que no les importaría ver Atash reducida a cenizas, a las que no les importaría que ese fuego se propagara hasta el Bosque de Sangre, que no quieren que sus hijos mueran defendiendo Ruthgar, que no quieren que sus hijas deban ser Liberadas tras defender Paria, que no quieren recaudar impuestos de herejes ilytianos, que no quieren enviar sus cosechas a esos cochinos aborneanos.

Kip comprendió adónde quería llegar.

—No se libra nadie.

—Nuestro objetivo es detener la guerra antes de que sus llamas nos devoren a todos.

—¿Cómo se detiene una guerra? —preguntó Kip.

—Venciendo. Así que haz tu trabajo, y yo haré el mío.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —Una pequeña parte de Kip se rebelaba contra la idea. No era justo encomendarle algo así a un muchacho. A un hijo. Pero Kip solo era un hijo por la bondad de su padre. Era un bastardo no deseado, y si Gavin decidía guardar las distancias con un chico al que no conocía de nada, ¿cómo podía Kip echárselo en cara?

—Depende de cuánto tiempo tarde el Príncipe de los Colores en lamerse las heridas en Garriston. Posiblemente sea demasiado pedir que se quede allí todo el invierno, por lo que lo más probable es que se dirija al oeste. Supongo que Idoss lo contendrá durante unos cuantos meses. Perder Idoss debería bastar para que el Espectro tome cartas en el asunto. De lo contrario... seis meses, Kip. Ocho, con suerte. Si no salvamos la ciudad de Ru, se adueñará de sus minas de salitre y hierro, y nos veremos abocados a un conflicto mucho peor que la Guerra del Falso Prisma, y probablemente no tan breve.

Kip se sentía tan desorientado que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¿Por qué yo?

—Porque la audacia es la espada de los jóvenes. La temeridad, su pistola. Y, para ser francos, porque a menos que fracases estrepitosamente, quedarás a lo sumo como un simple mocoso resentido. Eso mancharía tu reputación, pero no la mía. Y no nos costaría la cabeza a ninguno de los dos. Resultas útil como arma porque quien te mire solo verá un niño, un muchacho afable, incapaz de hacer daño a una mosca.

«Afable.» Nombre en clave de «gordo y majete». Lo próximo será «pizpireto».

—¿Soy un candidato tan improbable que resulto perfecto? —preguntó Kip.

—Exacto.

—Lo mismo creía yo antes, cuando me escapé de Garriston. —Kip pensó que nadie sospecharía que un niño se proponía espiar al Príncipe de los Colores y rescatar a Liv. Se había cubierto de gloria.

—Pero ahora eres más fuerte.

—¡Eso fue hace dos semanas!

Gavin soltó una carcajada.

—¿No te sugiere nada? —insistió Kip.

—Tengo que confesarte una cosa —repuso Gavin, con una sonrisa.

—¿Qué?

La expresión de Gavin se tornó seria.

—Que creo en ti.

Kip no supo muy bien cómo encajar aquello, sobre todo después de que Gavin lo soltara así, de sopetón. No podía descartarlo con una risotada, ni bromear al respecto. Era palpablemente cierto, y eso le infundió ánimos. El muchacho hizo una mueca.

—Se te dan bien estas cosas, ¿verdad?

Gavin le alborotó los cabellos.

—Casi tanto como me gustaría creer. —Sonrió—. ¿Sabes, Kip?, cuando todo esto termine... —Dejó la frase flotando en el aire, y su buen humor desapareció con ella.

—No va a terminar nunca, ¿no es cierto?

El Prisma respiró hondo.

—No como yo quisiera.

—¿Perderemos?

Gavin guardó silencio durante unos instantes. Al cabo, se encogió de hombros y esbozó una sonrisa sesgada.

—Cabe esa posibilidad. —Rodeó los hombros de Kip con un brazo, le dio un achuchón, lo soltó—. Pero las posibilidades están para desafiarlas.

8

Karris había embalado todas sus cosas y estaba lista para partir. Suponía que Gavin trazaría otra trainera en vez de utilizar uno de los barcos. Siempre había sido una persona impaciente. Comprobó el equipo de nuevo para calmar los nervios. Detestaba pensar que podría haberse olvidado de algo. Odiaba ignorar qué la aguardaba y verse obligada a viajar con lo imprescindible.

Gavin, por supuesto, aparecería y diría: «¡En marcha!», e intentaría partir de inmediato. Como si después de inventar la manera de cruzar todo el mar Cerúleo en un solo día y ahorrarse así un mes entero de travesía no dispusiera de un par de horas para hacer las maletas.

¿Por qué se había ofrecido voluntaria para esto, otra vez?

Porque no tienes nada mejor que hacer que salvar el mundo y sacar a la luz el cáncer que anida en su corazón.

Claro, eso era.

Gavin salió a la cubierta, y a Karris volvió a impresionarle el modo en que todas las miradas convergían sobre él. Supuso que la mayoría de los ocupantes de la nave serían gentes sencillas que girarían la cabeza para admirar incluso a Crassos, el gobernador de Garriston, por aborrecible que fuera este. Y tal vez contemplaran con la misma adoración a cualquier otro Prisma, aunque lo dudaba. El título de Gavin era especial, pero una parte de ella sabía que habría atraído todas las miradas de a bordo aunque se tratase de un humilde grumete. Ahora que había vuelto a salvarles la vida a todos, lo raro era que no prorrumpieran espontáneamente en aplausos.

Los marineros prorrumpieron en aplausos.

Hijo de perra.

Dos guardias negros lo flanquearon cuando cruzó el umbral. Alguien debía de haber corrido la voz de que el Prisma pensaba hacer acto de presencia, porque en cuestión de meros momentos, la cubierta se llenó de espectadores. El capitán, un ruthgari fortachón y rotundo, no intentó siquiera detenerlos ni ordenar a sus marineros que regresaran al trabajo. Poco menos que se arrollaron unos a otros al salir de los camarotes de abajo. Marineros, soldados, comerciantes, nobles y campesinos refugiados por igual se congregaron para echar un vistazo a su Prisma.

Gavin había compartido con ellos la última semana de travesía, y antes de eso había estado con ellos en Garriston. No es que hubiera cambiado desde entonces. Pero de alguna manera, donde antes era alguien importante, ahora era suyo. Su

salvador. Enfrentarse a un demonio marino y erigirse en vencedor del combate había transformado a Gavin en un auténtico ídolo.

Si Karris no hubiera visto con sus propios ojos cuán cerca había estado Gavin de morir devorado, podría haber tenido el cinismo de pensar que el Prisma lo había preparado todo.

La gente se agolpaba en la cubierta —todos los barcos se habían llenado a rebosar a fin de sacar a los refugiados de Garriston antes de que el Príncipe de los Colores ocupara la ciudad— y todos hablaban con todos, compartiendo trivialidades como: «¿Lo ves? ¿Está diciendo algo?».

Gavin se acercó a Karris, con los guardias negros pisándole los talones. Ambos, al igual que ella, escudriñaban la multitud en busca de cualquier posible amenaza.

—Mi señora —dijo el Prisma—, ¿me haríais el honor de acompañarme en una pequeña expedición?

¿Qué hacer cuando alguien te pide amablemente que hagas algo para lo que ya has estado maquinando y conspirando?

—Será... un placer.

—Excelente. —Gavin sonrió sin el menor atisbo de sarcasmo. Tenía una sonrisa bonita. Alimaña.

Levantó las manos.

—¡Pueblo mío! —exclamó. Poseía la voz de un comandante, un timbre de orador con el que de alguna manera lograba hablar tan alto y claro que no necesitaba desgañitarse para que todos lo oyeran—. ¡Pueblo mío! Hoy me separo de vosotros, pero solo temporalmente. Voy a buscaros un lugar. Debo adelantarme a vosotros. Por eso os pido que no tengáis miedo y seáis fuertes. Se avecinan días que nos pondrán a prueba a todos. Hay cosas de las que solo vosotros podréis encargaros, aunque os ayudaré siempre que esté en mi mano. Dejo al mando al general Danavis. Goza de mi plena confianza. Os liderará sabiamente.

Sus palabras caminaban por la cuerda floja, y sin duda era consciente de ello. Lo que intentaba explicarles sin decirlo literalmente era que él era su prómaco, el título que podía recibir un Prisma en tiempos de guerra. Pero la promaquia únicamente podía otorgarse con el consenso de todo el Espectro. Gavin había sido prómaco durante la guerra con su hermano, y había sido relevado del título en menos de seis meses. Ser prómaco equivalía a ser un auténtico emperador.

Precisamente una de las cosas que la Guardia Negra debía evitar.

Al mismo tiempo, ¿qué otra cosa podía contarles Gavin a todas aquellas personas? ¿Que se marchaba y deberían apañárselas por su cuenta? No tenían nada. Lo habían dejado todo en Garriston.

Mientras Gavin hablaba, Karris continuó escudriñando la multitud. Puño de Hierro, por supuesto, les había enseñado a distinguir los indicios delatores de un

asesino en potencia. Alguien que sudara profusamente, que se mostrara intranquilo, cualquiera que tuviese las manos guardadas de un modo que sugiriese que podía estar ocultando algo. Para Karris, se trataba más bien de algo intuitivo. Un asesino se sentiría fuera de lugar. No prestaría atención al discurso, pues le traería sin cuidado lo que dijera su objetivo. Solamente le importaría su misión.

Karris se dio cuenta de dos cosas a la vez. La primera, que eso era exactamente lo que estaba haciendo ella. La segunda, que había al menos cincuenta guardias negros en la cubierta. Por no mencionar al par de cientos de plebeyos fanáticos que descuartizarían a cualquiera que se atreviese a insultar a su Prisma. Si existiera el momento perfecto para no intentar un asesinato, sería este.

Gavin trazó un tramo de escalones desde la cubierta hasta el agua, en la que depositó una trainera con el casco amarillo, con un juego de remos para dos personas.

Los guardias negros de servicio eran Ahhanen y Djur. Ninguno de los dos parecía complacido, pero saludaron a Karris y le transfirieron a su protegido. Vida, luz, propósito.

Gavin bajó los escalones y ocupó su lugar. No le tendió la mano para ayudarla a montar en la trainera, detalle que Karris agradeció para sus adentros. Ahora, en esta empresa, no eran un lord y su dama. Ella era su protectora, y Gavin haría bien en recordarlo.

—Nada de azul esta vez, ¿eh? —dijo mientras se sentaba a los remos. La última vez que habían viajado juntos en barca, Karris le había recriminado que trazara el casco con luxina azul porque esta era prácticamente invisible contra las olas y eso la ponía nerviosa.

Gavin refunfuñó algo.

No debería haber dicho nada. Sin duda había trazado el casco de amarillo por consideración hacia ella. Como la última vez Karris se había quejado, en esta ocasión Gavin había decidido hacer las cosas de otra manera. Y ella se lo estaba restregando por las narices. Muy bonito, Karris.

Zarparon y remaron juntos, en silencio, poniendo rumbo al oeste. Cuando hubieron recorrido media legua, Gavin le indicó por señas que se detuviera.

—Ayer les enseñé la trainera a todos, pero había mucha actividad —dijo. «Mucha actividad.» Karris supuso que esa era una forma de describir el pánico que atenazó a cincuenta mil personas indefensas cuando descubrieron que las atacaba un demonio marino, justo antes de ver cómo su Prisma lo alejaba de ellas sin ayuda de nadie, usando una magia como jamás nadie había visto—. Hoy no me apetecía darles a todos los trazadores un cursillo acelerado sobre cómo fabricar la suya propia. Que un secreto vaya a salir a la luz tarde o temprano no significa que haya que proclamarlo a los cuatro vientos. —Se mordió la lengua, como si acabara de caer en la cuenta de que quizá Karris no fuera la persona más indicada a quien contarle algo así.

—Bueno, ¿y adónde nos dirigimos? —preguntó Karris. Tampoco ella tenía ganas de hablar de eso ahora.

—Le he dicho a mi pueblo que iba a buscarles un lugar.

—Te pasas el día diciéndole cosas a tu pueblo.

Gavin abrió la boca, titubeó. Se humedeció los labios con la lengua. No dijo lo que fuera que se disponía a decir.

—Me está bien empleado. La cuestión es que me encuentro con cincuenta mil refugiados. Si los dejamos en cualquiera de las pequeñas ciudades de la costa tyreana, apabullarán a los habitantes de la zona, y aun así el Príncipe de los Colores seguirá teniéndolos a tiro de piedra. Estarán indefensos si va a por ellos, y aunque no lo haga, perecerán de inanición. El caso es que, principalmente por motivos injustos, nadie va a querer ayudar a un hatajo de tyreanos.

—Así que se te ha ocurrido una solución magistral.

—Magistral no. Elegante. Vale, supongo que también puedes llamarla magistral, si quieres. —Comenzó a trazar las palas y las cañas de la trainera—. Voy a llevarlos a la isla de los Videntes.

Ahora sí que se había vuelto oficialmente loco.

—Esa isla está rodeada por completo de arrecifes —dijo Karris—. Nadie puede meter ninguna embarcación allí.

—Yo sí.

—¿Y qué opinan los Videntes al respecto?

—Supongo que se llevarán una sorpresa. Todavía no les he dicho nada.

—Ah, estupendo.

—¿Quién sabe? —dijo Gavin—. Después de todo, son Videntes. A lo mejor han vaticinado ya mi llegada. —Su sonrisa se desvaneció ante la feroz desaprobación de Karris. Le entregó una de las cañas y empezaron a propulsarse.

La última vez que navegaron juntos a bordo de la trainera, lo habían hecho cogidos de la mano, con Karris propinándole apretones acompasados para marcar el ritmo. En esta ocasión, Gavin ni siquiera le tendió la mano. Mejor, eso le ahorraba a Karris la molestia de rechazarla.

En cualquier caso, encontraron el compás y comenzaron a surcar la superficie del mar. En cuestión de media hora, los picos de la isla de los Videntes se erguían ante sus ojos. Pero estaban más lejos de lo que parecía, y hubieron de transcurrir varias horas antes de que Gavin y Karris llegaran a las inmediaciones de la isla. Incluso entonces, Gavin no siguió una trayectoria directa. Viró hacia el sur de la isla, quedándose siempre entre esta y Tyrea, cuyas purpúreas montañas de Karsos descollaban apenas sobre el horizonte.

Por último, Gavin se desvió hacia el norte, en dirección a una inmensa bahía. Esta formaba una medialuna poco profunda, lo bastante grande como para albergar a toda

la flota de Gavin, pero demasiado ancha, en la relativamente bien fundamentada opinión de Karris, como para servir de refugio frente a las tormentas de invierno que se desatarían entre la costa y el interior de la isla dentro de unos meses.

No existía ningún asentamiento conocido. Aquella isla era tabú, prohibida, sagrada. Lucidonius se la había dado a los Videntes siglos atrás. Y, por supuesto, estaba rodeada de arrecifes que destrozarían cualquier embarcación de más calado que una canoa o una trainera, e incluso estas solo podrían sortearlos con la marea alta.

Al aproximarse, sobrevolando los corales a un mero palmo de altura, Karris vio un enorme embarcadero que sobresalía de la orilla virgen. Un embarcadero que resplandecía como el oro; un embarcadero de luxina amarilla sólida. Se disponía a decirle algo a Gavin —¿lo había creado él? ¿Era esto a lo que había dedicado los últimos días?— cuando se fijó en algo más.

En la playa había un par de cientos de personas armadas, una turba enfervorizada.

—Gavin, esa gente parece enfadada.

Gavin sonrió y enarcó fugazmente las cejas.

—No tanto como lo estarán en breve. —Dicho lo cual, con absoluta despreocupación, dejó la trainera varada justo delante de la multitud.

9

—Comandante, ¿puedo hablar con vos un momento? —preguntó Kip.

Después de que Gavin y Karris zarparan, el comandante Puño de Hierro y los guardias negros habían requisado la galeaza más veloz de la flota y, tras recoger a Kip, habían puesto rumbo a la Cromería.

Los primeros días fueron muy ajetreados para todo el mundo, con los guardias negros siguiendo las indicaciones de los marineros en un intento por aprender su oficio. El comandante Puño de Hierro no quería que sus hombres estuvieran ociosos, y ante la oportunidad de dominar una nueva disciplina, todos se volcaron en el empeño. Los marineros refunfuñaron al principio, pero terminaron rindiéndose a la velocidad de aprendizaje de los guardias negros.

Para quienes no estuvieran de servicio, Puño de Hierro supervisaba rondas de combates simulados y ejercicios físicos en el pequeño castillo de la galeaza. Kip tenía permiso para observar, pero por lo general procuraba no molestar. Había tardado días en decidirse a robarle al comandante unos minutos de su valioso tiempo.

Puño de Hierro miró a Kip. Asintió con la cabeza. Encaminó sus pasos hacia el camarote que el capitán compartía con él para que pudiera hacer su trabajo.

Kip se había armado de valor, pero ahora descubrió que este se evaporaba cuando entraron en la pequeña estancia y se sentaron a una mesita.

—Señor, me... Durante la Batalla de Garriston, yo... Bueno, hay partes que no parecen reales, quiero decir que es como si recordara cosas que es imposible que sucedieran, ya sabe lo que... Pero no es eso lo que... —Kip estaba expresándose como un zoquete. Flexionó la mano vendada. Le dolió—. Maté al rey... al sátrapa... como se diga. Cuando lo hice, maese Danavis... quiero decir, el general Danavis... me gritó, me acusó de haberlo estropeado todo. No era mi intención desobedecer, es solo que no... No lo sé, a lo mejor sí que desobedecí intencionadamente. —Sus palabras continuaban negándose a tener el menor sentido. Se sentía como si estuviera dando bandazos, a la deriva. Había matado a alguien, y una parte de él había disfrutado con ello. Como si les aplastase la cara a todos los que no lo tomaban en serio. Solo que había aplastado esas caras literalmente, y si se paraba a pensarlo, se le partía el corazón. Pero explicar todo eso era demasiado difícil—. Todavía no sé qué fue lo que estropeé, ni a qué precio. ¿Podéis decírmelo?

El comandante Puño de Hierro respiró hondo. Se quedó pensativo.

—La mano —dijo.

Kip le ofreció la mano derecha, sin entender muy bien qué quería el amedrentador comandante.

Puño de Hierro se lo quedó mirando, impasible.

—¡Ah! —Kip le tendió la mano izquierda. El comandante deshizo el vendaje que la recubría.

—Tenía catorce años cuando maté a mi primer hombre. Mi madre era la *deya* de Aghbalu, la gobernadora de la región, y conspiraba para derrocar al sátrapa de Paria y erigirse en satrapesa a su vez, aunque por aquel entonces yo no lo sabía. Un día, pasaba por delante de sus aposentos cuando la oí gritar. Había trazado por primera vez hacía un par de semanas. Entré y vi al asesino. Un individuo menudo, con los rasgos de la despreciada tribu de los gatu, los dientes manchados por el *khat* y la hoja ondulada de su *kris* impregnada de veneno. Recuerdo que pensé que solo conseguiría detenerlo a tiempo si trazaba. Pero no pude repetir lo que había hecho dos semanas atrás. Apuñaló a mi madre, y mientras yo me quedaba allí plantado, sin creer lo que acababa de ver, saltó por la misma ventana por la que había entrado e intentó escapar por los tejados. Lo perseguí, lo machaqué con los puños y lo arrojé al vacío.

Kip tragó saliva. Puño de Hierro había perseguido a un asesino, desarmado, corriendo por los tejados, y había matado a un hombre armado con un cuchillo envenenado... ¡a los catorce años!

Puño de Hierro hizo una pausa mientras examinaba las quemaduras de Kip. Señaló el ungüento que los cirujanos le habían dado al muchacho y extendió una capa sobre la piel abrasada. Kip siseó y tensó todos los músculos del cuerpo para no proferir un alarido.

—Tienes que estirar los dedos —dijo Puño de Hierro—. Todos los días, a todas horas. De lo contrario, se te engarfiarán y deformarán antes de que te des cuenta. Las cicatrices te inmovilizarán la palma de la mano y los dedos, y cuando los muevas se te desgarrará la piel. Elige entre un poco de dolor ahora o mucho más tarde.

¿Esto era «un poco» de dolor?

El comandante Puño de Hierro retomó la historia mientras vendaba la mano de Kip con tiras de tela limpias.

—La cuestión no es que yo sea un tipo duro, Kip. La cuestión es que he cometido errores. Mi madre dominaba el *dawat,* el arte marcial de nuestra tribu. No era una experta consumada, pero había entrenado mucho para tratarse de un civil. Si yo no hubiera irrumpido en la habitación, obligándola a preocuparse por mí, podría haber mantenido a raya al asesino hasta que llegaran los guardias. Y cuando le di alcance, no debería haberlo matado. Podríamos haber averiguado quién lo enviaba.

—Pero solo eras un niño —dijo Kip. Con la mano vendada e inmovilizada de nuevo, se sentía como si acabara de volver al calor de las mantas en una mañana helada.

—Igual que tú. —Kip intentó protestar, pero el comandante Puño de Hierro no había acabado—. Aunque no lo fueras, he visto a adultos cometer errores más graves en la batalla. Si tomar siempre la decisión acertada durante el combate fuera algo natural, no nos haría falta adiestrarnos para ello.

—¿Murió gente por mi culpa? Asesiné a un rey, y todavía no sé si obré bien o mal. —La angustia se apoderó de Kip, cuyos ojos se anegaron en lágrimas. Apartó la mirada y rechinó los dientes, pestañeando. Estúpido. Domínate.

—No lo sé —dijo el comandante Puño de Hierro—. Pero el Príncipe de los Colores expuso al rey Garadul a propósito. Quería verlo muerto. Quizá llevara mucho tiempo planeándolo. Es indudable que apresar a Garadul en vez de matarlo habría supuesto un revés para él. El general Danavis es excepcionalmente bueno en lo que hace. Se dio cuenta al instante. Pocas personas lo habrían hecho. Y menos que nadie un quinceañero que nunca antes había visto una batalla.

—Pero no le hice caso. Estaba tan desesperado por matar al rey que no escuché a nadie. No atendí a razones. —Kip había aplastado la cabeza del rey. Recordaba la sensación de su cráneo al partirse, los sesos desparramados, la sangre que manaba a borbotones.

—Tu color te tenía en sus garras, Kip. Metiste la pata. Es posible que provocaras una guerra con más partes implicadas. Es posible. También lo es que el general estuviera equivocado. Quizá el rey Garadul fuera mucho peor que este príncipe. No lo sabemos. No podemos saberlo. Para la próxima, esfuérzate más. Es lo que hago yo.

Para eso te entrenas.

—¿Descubriste quién lo enviaba? —preguntó Kip.

—¿Al asesino? Mi hermana creyó averiguarlo. Vayamos al comedor. Es la hora de cenar, aunque la ración sea más escasa de lo que nos gustaría.

—Pero ¿se vengó del asesino?

—Por así decirlo.

—¿Qué le hizo?

—Se casó con él.

10

~El Artillero~

Clic. Supervioleta y azul. Cuando su pulgar hizo contacto, fue como si alguien hubiera apagado una vela. El mundo se oscureció. Los ojos no servían de nada. Pero luego, un momento después, apareció el sol, lo bañaban las olas, se meció con ellas mientras parpadeaba. Ver el cambio de perspectiva mientras notaba el cuerpo completamente inmóvil le produjo un mareo.

Clic. El verde lo remedió con una brusca corporeidad, restaurado el sentido del tacto. Estaba nadando. Un cuerpo fuerte, nervudo, desnudo hasta la cintura. El agua está caliente, salpicada de restos de naufragio.

Clic. Amarillo. Restaurado el oído, personas llamándose a voces, alaridos de dolor o terror. Pero el amarillo es algo más que eso; es la lógica del hombre y la orientación. Solo que esta vez el amarillo no es infalible. Incredulidad. El Prisma surgió de la nada. Esquivó todos sus cañonazos. Aun cuando el Artillero por fin empezó a disparar los dos a la vez. La pequeña embarcación creada por el Prisma maniobraba a tal velocidad que nunca lo hubiera creído posible de haber escuchado la historia por boca de otro. Ceres va a pagarla con él. Condenado Gavin Guile.

Pero esta mente divaga. Hay algo...

Clic. Naranja. El olor del mar, el humo y la pólvora quemada, y puede sentir la presencia de los otros cuerpos que flotan en el agua, y debajo de ellos, a su alrededor... Ah, por todos los infiernos. Tiburones. Un montón de tiburones.

Su dedo ya ha empezado a bajar. *Clic. Rojo y subrojo y el sabor de la sangre en su boca y es demasiado...*

Con los tiburones, el truco está en el olfato. No son tan distintos de las personas. Pártele los morros a un bravucón y ya verás qué pronto se va a buscar pelea a otra parte. Fácil, ¿verdad? Tirado.

Zamparse al Artillero no es tan sencillo. El mar es mi espejo. Es tan caprichoso como yo. Y está igual de loco. Corrientes ocultas, y también hay monstruos que surgen de sus profundidades. Lo que otros llaman espuma, para mí es el mar escupiéndome cariñosamente a la cara. Al contrario que la mayoría de esta gentuza, yo sé nadar. Es solo que no me gusta. Ceres y yo formamos una pareja estupenda cuando no estamos juntos.

Hoy debe de tener ganas de juerga.

La bestia que ha enviado a por mí es un tiburón tigre. Buenos cazadores. Rápidos. Tan curiosos como esos chuchos que van por ahí olisqueando entrepiernas. Más feroces que un lotófago muerto de hambre. El doble de largos que alta es una persona, generalmente. Pero el mar me ha mostrado respeto, como no podía ser de otra forma. Mi tiburón es más grande. El triple de largo que yo de alto, al parecer. Cuesta precisarlo con tanta agua de por medio, naturalmente. Tampoco quiero exagerar. Odio a los exagerados. Los odio con toda mi alma.

Soy el Artillero, y no me ando con rodeos.

Las planchas, los restos de metralla y los barriles del naufragio atestan las aguas de zafiro, pero ese tiburón tigre no se da por vencido. Dependiendo de lo tenaz que sea, me llevará unos minutos nadar hasta algo del tamaño adecuado...

—¡Eh, Ceres! —grito cuando se me ocurre una idea—. ¡Ya sé por qué estás enfadada! —Aunque no sea de dominio público, lo cierto es que el mar Cerúleo debe su nombre a Ceres. No al tinte. Los imbéciles y cretinos de la Cromería se piensan que todo gira en torno a ellos y sus colores.

El tiburón tigre está dando vueltas a mi alrededor, dibujando bellos arcos en las aguas profundas con la aleta dorsal. Me encuentro al borde de los restos del naufragio. Fui el primero en salir, vi que las llamas se dirigían al polvorín. Pero eso significa que el tiburón no tendrá que distraerse con toda esa otra carne antes de llegar a mí.

—¡Ceres! Tranquila, Ceres. ¡Venga ya!

Giro constantemente, manteniéndome de cara a la bestia. Los tiburones son unos cobardes, les gusta abalanzarse sobre sus víctimas por la espalda. Estos malnacidos gigantes se deslizan flotando con movimientos diminutos, como buitres en las alturas, dando la impresión de ser torpes y pesados, pero cuando atacan, su velocidad es para hacérselo en los pantalones. La cabeza ahusada describe un nuevo círculo y se acerca, se desvía. Y... ¡ahora!

El Artillero es un experto a la hora de aguardar el momento oportuno. Nadie lo supera. Es una cualidad imprescindible cuando las olas corcovean bajo tus pies y tienes el taco en la mano, cuando el salitre y la ceniza te lamen el rostro en vaharadas abrasadoras como el aliento de una amante mientras una corbeta se sitúa de costado para, a menos que tus balas encadenadas desarbolen su palo esta vez, hundirte, castrarte y venderte como galeote tras servir de desahogo para todos los rencores y los apetitos de sus tripulantes.

Lanzo una patada y hundo el pie, correoso y huesudo tras toda una vida de caminar descalzo, en el morro del tiburón tigre. Atisbo la membrana lechosa que le recubre los ojos antes de que la fuerza del impacto me propulse casi por completo fuera del agua.

El tiburón se estremece, aturdido. Mi padre me contó que tienen una nariz muy delicada. Parece que estaba en lo cierto.

Zamparse al Artillero no es tan sencillo.

—¡Ceres! ¿Crees que esto es obra mía? ¡Te equivocas! ¡Fue el Prisma! ¡Gavin Guile! Ese condenado mocoso voló el barco por los aires, no yo. ¡Por qué no te metes con él, pedazo de imbécil! —Ceres detesta que le estropeen el cutis con restos de explosiones, algo que he hecho más de una vez. Y más de tres.

El tiburón se recupera, se aleja a gran velocidad. Durante un segundo, albergo la esperanza de estar a salvo, de que Ceres va a atender a razones. Hay más carne en los alrededores. Hasta que el tiburón da la vuelta, comienza a nadar de nuevo hacia mí.

Así es el rencor. Así es Ceres. Está acostumbrada a usar toda su fuerza bruta para aplastar a quienes la desafían.

—¡Ceres! ¡No lo hagas!

Todavía tengo una pistola. Perdí el mosquete cuando me estalló en las manos durante la pelea con el Prisma y sus guardias negros, lo cual es demencial, imposible, no he calculado mal la carga de un mosquete jamás en toda mi vida. Pero ya me preocuparé de eso más tarde. La pistola podría funcionar aún, a pesar del chapuzón. Hace años que intento crear un arma resistente a las babas de Ceres. Frente a la inmersión completa no funciona ninguna, no obstante; de todas formas, disparar contra el agua es una estupidez. La piel marina de Ceres protege a su prole. De modo que desenvaino los tres palmos de hoja de mi cuchillo.

—Maldición, Ceres. ¡Ya te he dicho que lo siento! —Los demonios marinos son hijos de Ceres. Maté uno hace años. Todavía no me ha perdonado. Ni lo hará, a menos que sacrifique algo subrepticiamente especial en su honor.

El tiburón tigre se abalanza sobre mí en línea recta, sin sutilezas. Pero ya le he tomado las medidas.

Ataca, y mis talones colisionan una vez más con su nariz blanda. En esta ocasión absorbo parte del impacto con las rodillas, dándole así un buen susto a la bestia de todos modos pero evitando que la fuerza del retroceso me empuje demasiado lejos. Lanzo una cuchillada contra su ojo, fallo, el cuchillo se entierra en las agallas. Desincrusto la hoja en medio de un borbotón carmesí como la llamarada de un cañonazo.

El golpe es mortal, pero la muerte no será rápida. Maldición. Quería acabar cuanto antes.

La herida tiñe el agua bañada por el sol de mediodía mientras el tiburón tigre se aleja. Nado como si una diosa enfurecida me pisara los talones. Llego al bote justo cuando aparece un grupo de tiburones tigre más jóvenes. Son más pequeños que el sabueso infernal de Ceres, más pronunciadas sus rayas.

Es un milagro que el bote haya sobrevivido; un milagro estropeado tan solo

ligeramente por el hecho de que no hay ni un puñetero remo en los alrededores. Me pongo de pie, separando las piernas, veo más hombres que nadan en dirección a la barca. El primero es un pariano que no debe de tener más de seis dientes. Lo llaman el Estafador, y con motivo.

Ese condenado cabeza de chorlito tiene dos remos en sus mugrientas zarpas. No parece alegrarse al ver que yo ya he subido al bote.

—Estás chorreando —digo. No tengo remos, pero no soy yo el que está nadando con los tiburones. Y los tiburones no comen remos.

—Primero de a bordo —dice el Estafador—. Tú serás el capitán. Y necesitamos una tripulación. Lo tomas o lo dejas. Ni el viento ni las olas tienen pinta de ir a llevarte a ninguna orilla desde aquí.

Es listo. Nunca me ha gustado esa característica del Estafador. Es peligroso, ya lo creo. Pero me extrañaría que fuera tan buen «estafador» como dicen. De lo contrario no habría dejado que le pusieran precisamente ese mote.

—Pues dame los remos, primero de a bordo, para que pueda ayudarte a subir —le digo.

—Vete al infierno.

—Eso era una orden.

—¡Que te vayas al infierno! —repite el Estafador, más alto, sin prestar la menor atención a los tiburones.

Me rindo. Nunca me rindo.

El Estafador insiste en sostener los remos mientras lo aúpo a la barca, lo cual está bien. Eso mantiene sus manos ocupadas cuando le incrusto el cuchillo en la espalda, clavándolo a la regala.

Mientras los demás maldicen desde el agua, sorprendidos por la inesperada traición, arrebato los remos de manos del Estafador. Este ha muerto ya, sus dedos se convulsionan, crispados. Tengo que usar la culata de la pistola para romper su presa y dejar que los remos caigan en el interior de la lancha.

Me incorporo con facilidad a pesar de que el bote se balancea como un corcho a merced de las olas. Empuño la pistola, agitándola con despreocupación mientras me dirijo a los desesperados nadadores que acaban de verme asesinar al Estafador.

—¡Soy el Artillero! —exclamo, más para Ceres que para los hombres que están en el agua—. He hecho cosas con las que los sátrapas y los Prismas solo pueden soñar. ¡Soy el artillero del legendario *Aved Barayah*! ¡Soy un cazador de demonios marinos! ¡Asesino de tiburones! ¡Pirata! ¡Canalla! Y ahora, también capitán. El capitán Artillero busca hombres para su tripulación —digo, girándome por fin hacia los atemorizados nadadores rodeados de tiburones. Libero el cuchillo clavado en la regala, y el cadáver del Estafador se hunde en las aguas hambrientas—. ¡Hombres que sepan acatar las órdenes!

11

—Espero que hayas descansado bien, joven Guile —dijo una mujer rechoncha y bajita que respondía al nombre de Samite. Estaba parada junto a él hacia el final de la columna de guardias negros. La galeaza acababa de llegar al Gran Jaspe esa mañana, y la Guardia Negra fue la primera en desembarcar—. Te espera un día muy largo.

¿Descansar? Kip se había devanado los sesos intentando dilucidar la manera de ocultar su gran secreto, su legado, el último y único regalo que le había hecho nunca su madre. Poseía una enorme daga blanca, ornamentada e incrustada de joyas, de cuya existencia nadie sabía nada, y también un estuche de gran tamaño donde guardarla, de lustrosa madera cubierta de grabados. Podría meter la daga en la caja, naturalmente, pero en un paranoico resquicio de su cerebro estaba seguro de que lo primero que le preguntarían cuando vieran el estuche sería si podía abrirlo.

¿Y cómo iba a negarse?

De modo que, de madrugada, se había sentado a oscuras en su pequeño catre, procurando no despertar a los guardias negros que dormían en los otros camastros. Había buscado un cordel y se había amarrado la daga a la espalda, proceso que le llevó sus buenos diez minutos con la mano vendada. Colgaba apuntando a sus nalgas, bajo la ropa, firmemente sujeta por el cinturón.

No era la solución ideal, pero sí la mejor que se le ocurrió. Después de la noche que había pasado, un día largo era justo lo que necesitaba. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza para sonreír tímidamente a Samite. Era guapa, pese a su nariz torcida, rota en más de una ocasión, y la visible ausencia de uno de sus incisivos. Era menuda y recia como un rompeolas.

Fueron de los últimos en incorporarse a la columna, y una vez completa la formación, los guardias negros emprendieron la marcha a paso ligero.

Kip pensaba que no se sentiría tan impresionado la segunda vez que viera la Cromería. Se equivocaba. Aún lo sobrecogía incluso la isla del Gran Jaspe, completamente cubierta por una ciudad, la cual se componía en su totalidad de cúpulas de colores montadas sobre edificios encalados de planta cuadrada. Señalaba cada intersección una torre rematada con un espejo bruñido cuyos mecanismos proyectaban la luz del sol o de la luna a cualquier rincón de la ciudad. Las Mil Estrellas, los llamaban. Las calles se distribuían con precisión matemática en cuadrículas de líneas rectas diseñadas para bloquear el menor número posible de rayos de luz.

Al ver cómo se fijaba en las estructuras, Samite dijo:

—Dicen que en el Gran Jaspe no oscurece nunca. —Desplegó su sonrisa mellada —. No es que sea literalmente cierto, pero en ninguna otra parte del mundo se podría afirmar algo así con más motivo que aquí.

Kip asintió con la cabeza, reservando el aliento para la carrera. El mero hecho de mirarla de reojo durante un instante le costó el estar a punto de chocar con un luxiat ataviado de negro.

Miles de personas atestaban las calles, y no porque fuera día de mercado ni ninguna festividad religiosa en particular, comprendió Kip. En el Gran Jaspe esto era habitual. Y la gente acudía desde todos los rincones de las Siete Satrapías. Desde pálidos salvajes pelirrojos del interior del Bosque de Sangre a atezados ilytianos vestidos con jubones de lana, pasando por ruthgari de tez clara con sombreros de paja de ala ancha para protegerse del sol y aborneanos de ambos sexos que apenas si se distinguían entre sí con sus capas de sedas y pendientes.

Pero, con independencia de su origen, todos los transeúntes tenían algo en común: el temor reverencial que profesaban a los guardias negros con los que Kip estaba trotando. La gente se apartaba a su paso, y la Guardia Negra se lo tomaba como algo normal.

Al principio, Kip se esforzó por no desentonar demasiado entre todos los físicos musculosos que lo rodeaban, pero pronto hubo de concentrarse en intentar no quedarse rezagado.

—No te preocupes —dijo Samite. Pese a ser prácticamente igual de ancha que alta, resultaba exasperante que no jadease siquiera—. Si no puedes aguantar el ritmo, tenemos órdenes de cargar contigo.

¿Cargar conmigo? La mortificación de la imagen mental que evocaban esas palabras bastó para infundir ánimos renovados a Kip. Además, si lo levantaban en volandas, descubrirían la daga.

Por fin cruzaron el Tallo de Azucena, el puente transparente de luxina azul y amarilla que unía las islas del Pequeño y el Gran Jaspe.

Puño de Hierro dio algún tipo de señal que Kip no alcanzó a ver cuando los guardias negros entraron en el inmenso patio que se inscribía entre las seis torres exteriores de la Cromería, y las tropas se dispersaron en media docena de direcciones distintas. Kip se agachó y apoyó las manos en las rodillas, en un intento por recobrar el resuello. Dio un respingo, reprimió una maldición y levantó el peso de su mano izquierda.

—Las armas ocultas son más útiles si puedes desenfundarlas rápidamente — observó Samite.

Kip enderezó el espinazo de golpe. Por supuesto. Al inclinarse hacia delante, el perfil de la daga se había marcado contra su ropa, y debido a su trabajo, los guardias

negros más que nadie poseían un don especial para detectar armas ocultas.

Excelente, Kip. Espectacular. No has logrado mantener la existencia de la daga en secreto ni siquiera durante una mísera hora.

A pesar de todo, Samite no dijo nada más al respecto.

Kip miró en dirección a los guardias negros que se alejaban. También Puño de Hierro se había esfumado.

—Esto... ¿y ahora qué se supone que tengo que hacer? —le preguntó a Samite.

—Te conduciré a tus nuevos aposentos, y después a tus clases.

A Kip le dio un vuelco el estómago. Un aula llena de gente que ya se conocía y que lo fulminaría con la mirada en cuanto apareciera. Se vería inmerso en mitad de algún tema sobre el que no tendría ni idea y quedaría como un idiota. Tragó saliva.

He visto un demonio marino, me he enfrentado a engendros de los colores, he participado en una batalla, he matado... y ser el chico nuevo me pone nervioso. Kip hizo una mueca, pero seguía sin sentirse más tranquilo.

Subió con Samite a la torre central y montó en uno de los ascensores con contrapesos.

—¿Ya has tenido ocasión de explorar el terreno? —preguntó Samite.

—El comandante me llevó directamente al Trillador. No, la verdad.

—Hoy ya no tenemos más tiempo, por desgracia. Me gusta ver babear a los novatos. —Samite sonrió de oreja a oreja, pero sin malicia—. En pocas palabras, cada torre alberga a los trazadores de su color y la mayor parte de las instalaciones para que practiquen, aunque todo el mundo comparte algunos barracones, algunos despachos, algunas oficinas y algunas bibliotecas. En la base de cada torre se realizan tareas más especializadas: debajo de la torre azul hay fundiciones y hornos de vidrio; debajo de la verde, jardines y zoológicos; debajo de la roja, la sala de recreo y los conservatorios; debajo de la amarilla, la enfermería y las áreas de castigo; debajo de la subroja, las cocinas y las despensas, y debajo de la Torre del Prisma está el gran salón. ¿Entendido?

Kip esperaba que estuviera de broma. Esbozó una sonrisita nerviosa mientras salían a una planta desierta, no muy arriba. Samite lo condujo al fondo del pasillo y abrió una puerta de roble que daba a un barracón.

—Busca una cama vacía.

No había nadie en el interior, repleto de jergones que se extendían de una pared a otra. Al pie de cada uno de ellos había un arcón para los efectos personales.

—Por favor, dime que no hay ningún tipo de jerarquía para decidir con qué cama se queda cada cual.

—No hay ningún tipo de jerarquía para decidir con qué cama se queda cada cual —recitó con voz monótona Samite.

—¿Mientes?

—Correcto.

—¿Cuál es la peor cama de toda la habitación?

—La del fondo. La más alejada de la puerta.

Kip empezó a caminar hacia ella cuando cayó en la cuenta de algo. Se detuvo.

—La verdad es que no tengo nada. —Sus posesiones se reducían a una capa, el cuchillo y el elaborado estuche que lo contenía.

Samite carraspeó.

—¿Qué?

—No puedes ir a clase armado.

Ah, diablos.

—También te llevaremos a ver a los sastres, para que te den la ropa de la Cromería.

¿Qué podía hacer? ¿Dejar una daga de valor incalculable en el barracón? Samite solo sabía que tenía un cuchillo. Acababan de salir de una zona de guerra, de modo que eso no era ninguna sorpresa. Pero si se lo enseñaba, seguramente daría parte de él. Debía conseguir que careciera del menor interés para todos, ella incluida.

—Voy a... esto... tendré que quitarme la camisa para sacar el cuchillo. ¿Puedes... ah... darte la vuelta?

Así lo hizo Samite, sin agudezas, sin sonreír siquiera.

Kip se apresuró a llegar al jergón, se desprendió de la camisa y desató la daga. Volvió a vestirse y dejó la capa doblada de cualquier manera. Abrió el arcón, que contenía una fina manta plegada. Kip guardó la capa y el estuche de la daga en el baúl, y dejó este al pie de la cama.

—¿Has terminado ya? —preguntó Samite.

—Hum... ¡no! Será solo un momento.

Kip echó un vistazo a las camas. Debía de haber unos sesenta jergones en la habitación. Los que carecían de dueño —los que se hallaban más cerca de Kip— estaban sin hacer, con sus respectivos baúles debajo. Las camas ocupadas estaban hechas y tenían el arcón al pie.

No había ningún escondite, como tampoco había la menor intimidad.

Kip enterró la daga debajo del colchón. Se apresuró a hacer la cama, esmerándose en alisar todos los pliegues para que el bulto no fuera demasiado evidente. Cuando acabó, empezó a desandar el camino en dirección a Samite.

—¿Sabes? —dijo esta—, la mejor manera de conseguir que te roben algo es esconderlo debajo del colchón. Los abusicas y los ladrones siempre miran allí primero.

¡Soy un desastre! Debería haberle hablado de la daga a mi padre. Aunque me la hubiese quitado, seguiría siendo preferible a que me la robe un mocoso un año mayor que yo con el culo lleno de granos. Maldición, madre, ¿no podías haberme dejado un

relicario?

Kip regresó junto al jergón, agarró la daga y miró a su alrededor. Pasó por delante de cinco hileras hasta uno de los camastros desocupados, abrió el baúl que tenía debajo y ocultó el cuchillo con la manta. Mejor que nada. Con una mueca, deslizó el arcón nuevamente a su lugar.

—Estupendo —dijo—. ¿Y ahora qué?

Ahora tocaba visitar la sastrería, donde Kip tuvo que desnudarse hasta quedarse en ropa interior para que le tomaran las medidas. Todos los «sastres» eran mujeres. Una de ellas era muy atractiva, y cuando se arrodilló frente a él, ofreció al muchacho una vista completa de su escote. Kip se pasó la media hora siguiente mirando al techo y rezando. Justo cuando Kip ya se disponía a marcharse, dando gracias a Orholam porque su cuerpo no hubiera hecho nada de lo que avergonzase, la otra mujer carraspeó y le tendió un par extra de calzones limpios.

—Puedes lavarlos de vez en cuando —dijo, con gesto de complicidad—. Y las axilas también.

Kip casi se muere.

Le ordenaron que fuera a bañarse con una esponja —despidió airadamente a la esclava que se ofreció a ayudarlo—, se pusiera el uniforme nuevo, consistente en una túnica blanca y pantalones del mismo color, y se cambiara la muda. Uno de los esclavos de la torre se llevó la ropa sucia al barracón. A continuación, se presentaron ante algún tipo de oficial que obligó a Kip a estampar su firma en un montón de formularios, y después de eso Samite lo acompañó al comedor, donde pudo disfrutar de un rápido almuerzo frugal antes de que la mujer le mostrara dónde estaban los aseos en cada uno de los niveles de las torres.

Después lo condujo a la primera de sus clases.

—Puedo entrar contigo o esperar fuera. Tú eliges.

—Fuera. Por favor, fuera. —Ya era suficientemente bochornoso que le hubieran asignado una guardaespaldas. Se asomó al aula, intentando disimular su nerviosismo, mientras los demás estudiantes pasaban en tropel por su lado. Tenía hambre. Lo que daría por una tarta ahora mismo—. ¿Hay algo que deba... esto... saber?

—Es de esperar que no sepas nada.

Ah, seguro que supero todas las expectativas.

12

—Cada vez que trazáis, estáis acelerando el momento de vuestra muerte —dijo la magíster Kadah. Aún no había alcanzado la mediana edad, pero ya parecía arrugada, marchita, con los hombros encorvados, con pinta de llevar semanas sin acercarse el cepillo ni una mísera horquilla al cabello, con unas gafas verdes sujetas a la cadena de oro que colgaba de su cuello y una fina vara de luxina verde en la mano—. Vuestra muerte carece de importancia, no así el privar a vuestro sátrapa de una herramienta muy cara. Vuestra muerte carece de importancia, no así el privar a vuestra comunidad de lo que necesita para sobrevivir. Quienes trazamos somos esclavos. Esclavos de Orholam, de la luz, del Prisma, de los sátrapas y de nuestras ciudades.

Menuda optimista. Kip se esforzó por mantener una expresión neutra mientras asistía a su primera clase en la Cromería.

—Primero las mentiras, después las clases —dijo un muchacho a su espalda.

—¿Cómo? —preguntó Kip. Miró atrás por encima del hombro. El muchacho, curiosamente, lucía unas lentes transparentes con una gruesa montura negra de caoba ante unas cejas del mismo color, pero todavía más gruesas. Las lentes producían el efecto de que uno de sus ojos pareciera más grande que el otro. Pero más intrigantes aún que su aspecto ruthgari —el pelo castaño claro rizado, la nariz pequeña, la piel bronceada, los ojos marrones— eran las gafas mecánicas en sí. Dos lentes tintadas, una de amarillo y otra de azul, descansaban montadas en sendos goznes diminutos, listas para descender velozmente sobre los cristales transparentes, con un simple golpecito.

El muchacho sonrió ante la fascinada mirada de Kip.

—Son de mi invención.

—Qué idea tan genial. A mí jamás...

Algo golpeó el pupitre de Kip con un estampido como el disparo de un mosquete. El muchacho dio tal respingo que parecía que fuera a perder el pellejo. Contempló la vara de luxina verde que tenía la magíster en la mano. La había descargado contra la mesa, perdonándole los dedos por el grosor de un pulgar.

—Maese Guile.

Dejó que sus palabras flotaran en el aire, anunciando a todos los presentes en el aula que aún lo ignoraran que Kip pertenecía al linaje de los Guile, y ella lo sabía.

Lo siguiente será demostrar que le trae sin cuidado.

—¿Os consideráis mejor que el resto de la clase, maese Guile?

La tentación era fuerte, pero Kip tenía órdenes. Debía aprobar los estudios. Conseguir que lo expulsaran no le ayudaría a lograr ese objetivo.

—No, magíster —respondió. En su opinión, incluso había conseguido sonar sincero.

La mujer no poseía una figura imponente, ni alta ni robusta, pero se cernió sobre el pupitre de Kip, que retrocedió tanto como se lo permitía su asiento.

—¿Nos entendemos, jovencito?

Era una forma extraña de expresarlo, puesto que no había pronunciado ninguna amenaza explícita, pero tampoco lo necesitaba.

—Sí, magíster —respondió Kip.

—Discípulos, seguro que no se os habrá pasado por alto que tenéis un nuevo compañero de clase. —Por cómo lo dijo, no quedaba claro si estaba haciendo alusión al sobrepeso de Kip o no. Se oyeron unas cuantas risitas nerviosas—. Se llama Kit Guile y...

—Kip —la interrumpió Kip—. Con pe de panza, pero no con te de tinaja. —Supo que había cometido un error en cuanto las palabras comenzaron a escapar de sus labios.

—Ah. Muchas gracias. Se me olvidaba que el tyreano vulgar es muy creativo con las palabras. Extiende la mano, Kip.

Así lo hizo el muchacho, sin entender muy bien por qué se lo había pedido hasta que la vara verde restalló contra sus nudillos.

Se quedó sin aliento.

—No interrumpas nunca a un magíster, Kip. Aunque seas un Guile.

Kip se miró los nudillos, esperando verlos cubiertos de sangre. No lo estaban. La magíster sabía perfectamente la fuerza que podía imprimir a ese chisme. Por lo menos le había dado en la mano derecha. La izquierda, todavía en carne viva, habría salido mucho peor parada.

La magíster Kadah giró sobre los talones y regresó al frente del aula, refunfuñando:

—Kip. Qué nombre más ridículo. Pero ¿cómo se puede esperar que llame una fulana analfabeta a su bastardo?

Era una trampa. Kip sabía que era una trampa. Se abría exactamente a sus pies. Te odia y tiene un plan, Kip. Mantén la boca cerrada, Kip.

Levantó la mano. Fue el mejor acuerdo al que su cerebro consiguió llegar con su boca.

La magíster no le dio permiso para hablar. Kip dejó la mano en el aire. Envuelta en los vendajes blancos, resultaba imposible de pasar por alto. Podría parecer que enarbolaba una bandera de paz, de no ser por el carácter manifiestamente rebelde del

gesto.

—Como deberíais recordar después de la clase de ayer, trazar es el proceso de convertir la luz en una sustancia física, la luxina. —La magíster vio que Kip aún tenía la mano alzada y apretó fugazmente los labios, pero continuó—: Cada uno de los colores de la luz puede transformarse en un color de luxina distinto, todos los cuales poseen su propio olor, peso, solidez y resistencia.

Por las barbas de Orholam, ¿eso? ¿Tan atrasados estaban? Menuda pérdida de...

—Kip, ¿estamos haciéndote perder el tiempo? —preguntó con aspereza la magíster—. ¿Te aburrimos?

Es una trampa, Kip. Kip, no lo hagas.

—No, es normal que se me caigan los párpados. Será por haber tenido una madre que se pasaba el día fumando cencellada.

Las cejas de la magíster saltaron hasta la línea de sus cabellos.

—Es una enfermedad que padezco. —Déjalo, Kip. Para—. Verá, no es solo que esté gordo, también soy muy lento... mentalmente, ya sabe... así que cuando me obceco con algo, soy incapaz de cambiar de tema hasta haber obtenido respuesta a todas mis preguntas. Puede que no esté lo suficientemente avanzado para esta clase. Quizá debería cambiarme a otra.

—Ya veo. —Kip sabía que la magíster no iba a permitirle ir a otra clase. Ni siquiera sabía si había otra—. Bueno, maese Guile, esta es una clase de introducción, y nos preciamos de no dejar atrás ni siquiera a los borregos más lentos del rebaño. Además, es evidente que queréis decir algo, ¿no es cierto?

—Así es, magíster. —La odiaba. Apenas la conocía y ya quería reventarle su fea cara.

La magíster sonrió. Una mueca sumamente desagradable. Mequetrefe, tan orgullosa de ser el ama de sus dominios, de aterrorizar a una clase llena de niños.

—Hagamos un trato, Kip: di lo que tengas que decir, pero como me parezca una impertinencia, te vuelvo a cruzar los nudillos. Veréis, chicos, esta va a ser una bonita lección práctica. Una analogía del trazo... siempre conlleva un precio, y debéis decidir si estáis dispuestos a pagarlo. ¿Y bien, Kip?

—Habéis llamado analfabeta a mi madre, lo cual sería tan acertado como si yo os llamara ser humano decente. —El corazón de Kip brincaba en su pecho, amenazando con cortarle la respiración—. Mi madre vendió su alma a la cencellada. Mintió, engañó y robó, creo que llegó incluso a prostituirse unas cuantas veces, pero no era ninguna analfabeta. De modo que si queréis difamar a mi madre para ridiculizarme, podéis decir un montón de verdades. Pero esa no es una de ellas. —Zorra.

Todos los estudiantes miraban a Kip con los ojos fuera de sus órbitas. No sabía si acababa de cortar las alas a un millar de rumores, o si acababa de provocarlos. Las dos cosas, quizá, pero había hablado sin levantar la voz, y no había llamado

embustera o algo peor a la magíster. Era todo un triunfo. Más o menos.

—¿Has terminado ya?

Y ahora, el precio de la victoria.

—Sí —dijo Kip.

Apoyó la mano encima del pupitre para que la magíster la golpeara; la mano izquierda, envuelta en vendajes.

No seas estúpido, Kip. Estás provocándola. Pidiéndolo a gritos.

¡Crack! Kip dio un respingo cuando la vara se estrelló contra la mesa con tanta fuerza que toda la superficie se estremeció... a dos pulgares de distancia de su mano.

—Clase, a veces el trazo, como la vida, no nos exige ningún precio por nuestros errores —dijo la magíster Kadah—. Sobre todo si os llamáis Guile. Kip, no me gusta tu actitud —añadió—. Espera en el pasillo.

Kip se levantó y salió al pasillo, seguido por veinte pares de ojos. Sus compañeros de clase procedían de todos los rincones de las Siete Satrapías: parianos de tez oscura, con el pelo suelto las chicas, con ghotras en la cabeza los chicos; atashianos de piel olivácea con relucientes ojos de zafiro; y un montón de ruthgari, con la nariz pequeña y los labios muy finos, los más pálidos de todos, uno de ellos incluso rubio. Kip era el único tyreano, aunque parecía más un perro callejero que otra cosa: el pelo crespo como los parianos, pero sin su constitución ágil y esbelta; los ojos azules como los atashianos, pero la piel más oscura que su tono oliváceo y la nariz menos prominente. Tenía incluso unas cuantas pecas, visibles a través de su piel, como si tuviera algo de bosquesangriento.

«Te odiarán por mi culpa —le había dicho su padre, antes de esbozar su irresistible sonrisa sesgada, marca de la casa de los Guile—. Pero no te preocupes, tarde o temprano te odiarán por méritos propios.»

Puesto que era su primer día, Kip dedujo que esta vez lo odiaban por culpa de Gavin Guile.

Cuando salió al pasillo, Samite no estaba. Kip supuso que los guardias negros trabajaban por turnos. Debía de haber pensado que podría superar una clase sin meterse en problemas.

Ups.

Adelante, se dijo mientras se sentaba en el suelo del pasillo de la Cromería, compadécete de ti mismo. Has sido reconocido como bastardo del hombre más poderoso del mundo. Te ha salvado la vida más de una vez, y te dio a escoger. Podrías haber ingresado anónimamente en la Cromería. Fue decisión tuya.

Sin embargo, Kip había pensado que allí encontraría al menos una amiga. Liv estaba allí... hasta lo de Garriston. Había sido amable con él, aunque lo considerara un hermano pequeño. Pero ahora se había ido, combatía a las órdenes del Príncipe de los Colores, prefería creer en sus reconfortantes mentiras. Kip la odiaba por eso, la

detestaba por haber elegido la salida más fácil... pero más que nada, la echaba de menos.

Se sentó junto a la puerta, intentando escuchar la lección de la magíster Kadah, esforzándose por pensar en la magia para no tener que pensar en ninguna otra cosa. La magíster estaba explicando algo acerca de las propiedades de la luxina verde... Pensó en intentar trazar algo allí mismo, en el pasillo. Sería mala idea, no obstante. El verde te volvía salvaje, te hacía despreciar la autoridad. Ahora sería el momento menos indicado para eso. La idea, sin embargo, le arrancó una sonrisa.

—¿Te llamas Kip? —lo sorprendió una voz, sacándolo de su ensimismamiento. Quien había hablado era un pariano diminuto, muy moreno e impecablemente afeitado, con un pañuelo almidonado en la cabeza y la túnica de algodón propia de los esclavos.

—Eh, sí. —Kip se puso de pie. El temor que le atenazaba las entrañas le decía quién había enviado a ese esclavo.

El hombre se quedó observándolo durante unos instantes, juzgándolo sin disimulo, pero sin permitir que el veredicto se reflejara en sus facciones. El esclavo y mano derecha de Andross Guile respondía al nombre de Grinwoody, había informado Gavin a Kip.

—El señor de la lux Guile solicita tu presencia —anunció Grinwoody.

El señor de la lux Guile, o lo que era lo mismo, Andross Guile, una de las personas más ricas del mundo, con terrenos repartidos por todo Ruthgar, el Bosque de Sangre y Paria. En el consejo regente conocido como el Espectro, él era el Rojo. Padre de dos Prismas, Gavin y el rebelde que había estado a punto de destruir el mundo, Dazen. Andross Guile, pensó Kip, era el único hombre de las Siete Satrapías a quien temía Gavin Guile.

Mi abuelo.

Y Kip era un bastardo, una mancha en el honor de la familia. Felia Guile, la abuela de Kip y la única persona capaz de controlar el carácter tiránico de Andross Guile, había fallecido recientemente.

Pero antes de que Kip se diera de bruces contra esa pared, debía resolver otro problema. No podía abandonar el pasillo sin dar a la magíster Kadah nuevos motivos para odiarlo, y no podía ofender a Andross Guile haciéndole esperar.

—Esto... ¿podrías decirle a la magíster que me reclaman en otra parte? —preguntó Kip.

Grinwoody se limitó a quedarse observándolo, hierático.

Kip se sintió como un idiota. Como si no pudiera dar un paso, asomar la cabeza personalmente por la puerta y decir: «Me reclaman en otra parte». Abrió la boca para explicarse, pero entonces se acordó de la orden de Gavin: «Recuerda quién eres».

Se disponía a disculparse, o a decir «por favor», pero se contuvo.

Tras sopesar a Kip durante un momento más, Grinwoody se dio por vencido. Llamó a la puerta con los nudillos y entró en el aula.

—El señor de la lux Guile solicita la presencia de Kip.

La magíster Kadah no tuvo ocasión de rechistar, aunque Kip hubiera dado el ojo izquierdo por ver su cara. Grinwoody era un esclavo, pero un esclavo autorizado a cumplir con su deber por una de las personas más poderosas del mundo. Nada de lo que pudiera decir la magíster cambiaría las cosas. Grinwoody era un hombre que recordaba quién era.

La verdadera pregunta era, ¿quién era Kip? Grinwoody se había referido a él solo por el nombre de pila. No había dicho: «El señor de la lux Guile solicita la presencia de su nieto».

¿Cuáles fueron las palabras de Gavin? «Será un triunfo si consigues no hacértelo encima.»

Kip se aclaró la garganta.

—Esto... ¿te importa si paramos en los aseos por el camino?

13

Gavin bajó de la trainera y sonrió al pisar la playa de la isla de los Videntes. Karris había desenvainado el yatagán, y apuntaba con su pistola a la figura más próxima.

La muchedumbre estaba enfervorizada, pero su arsenal se componía de espadas, mosquetes y lanzas improvisadas. Compartían pocas cosas en común: procedían de todas las siete satrapías, pálidos de piel y morenos, aseados y mugrientos, cubiertos de seda y de lana. Varios de ellos lucían un tercer ojo en la frente, dibujado con carbón. Aunque incluso entre estos existían diferencias: el trazo de algunos era preciso, mientras que otros se veían esbozados apenas, o torcidos.

Lo único que tenían en común estas personas era lo siguiente: cada una de ellas poseía la convicción religiosa necesaria para cruzar los arrecifes remando en una pequeña canoa para llegar hasta la isla, y cada una de ellas podía trazar.

Una mujer se abrió paso entre la aglomeración. Era menuda, apenas si llegaba a la cintura de Gavin, tenía las piernas y los brazos muy cortos, mientras que el tamaño de su torso podría compararse con el de una mujer de altura convencional. Un ojo exquisitamente tatuado llameaba en su frente.

—Aquí no se puede trazar —declaró.

—Eso lo decidiré yo —dijo Gavin.

En lugar de adoptar una expresión irritada, la mujer sonrió.

—Tal y como estaba predicho.

Videntes. Genial.

—¿Alguien predijo que yo diría eso? —preguntó Gavin.

—No, que serías un capullo.

Gavin soltó una carcajada.

—Creo que me va a gustar este sitio.

—Acompáñanos.

—Claro.

—No era una pregunta.

—Sí que lo era —replicó Gavin—. Cuando uno carece del poder necesario para exigir obediencia, lo que queda por definición es una pregunta. ¿Cómo te llamas?

—Caelia. Cuando me canse, cargarás conmigo —dijo, impertérrita.

—Encantado.

Los interrumpió el sonido de un percutor al amartillarse. Karris apuntó la pistola directamente al tercer ojo tatuado de Caelia. Se produjo un cascabeleo cuando los

demás apuntaron a Karris con sus mosquetes y los amartillaron a su vez.

—Intenta cualquier cosa —dijo Karris—, y te vuelo la tapa de los sesos.

—La Guardia Negra Blanca. Nos avisaron de tu vehemencia.

Karris bajó el percutor de la pistola y la enfundó; hizo lo mismo con su espada.

—He cambiado de opinión —dijo Gavin—. ¿Quién es la mujer que quiere verme, y a qué distancia se encuentra? —Lo de «la mujer» era un disparo a ciegas. Conocía pocos detalles acerca de la fe de los Videntes; a decir verdad, sospechaba que no se trataba de una sola fe unificada, pero frente a los hechos biológicos, cada cultura debía aventurar sus propias interpretaciones. Las trazadoras tendían a trazar con más éxito porque la mayoría de ellas podían ver los colores con más precisión, y solían vivir más que los varones. A las culturas que habían decidido que esto significaba que Orholam favorecía a las mujeres no les gustaba que se asumiera que quien las gobernaba era un hombre.

—El Tercer Ojo reside en la base del monte Inura.

Gavin apuntó con el dedo a la montaña más alta. Era verde, no tan alta como para poseer un límite forestal, pero seguía siendo un buen paseo.

—¿A cuánto está? ¿A cinco horas de aquí?

—A seis.

—Supongo que no habréis traído caballos.

—Tenemos unos cuantos, pero a ver el Tercer Ojo se va andando. Es una peregrinación. Así a uno le da tiempo a reflexionar y preparar su alma para la reunión.

—Ajá. Bueno, pues cuando el Tercer Ojo desee verme, puede venir a caballo. Para que llegue de buen humor.

Caelia parecía estar mordiéndose el interior de los carrillos.

—Tal y como estaba predicho.

—¿Predijo que me negaría a ir a verla? —preguntó Gavin.

—No, otra vez lo de ser un capullo. —Los hombres de Caelia se rieron por lo bajo.

—Por si sirve de algo, no se trata de ningún capricho. Tengo cosas que hacer. Estaré aquí, haciéndolas.

Caelia miró a su alrededor, a los doscientos hombres armados que cercaban a Gavin y a Karris.

—Podría insistir, ¿sabes? Estas personas no solo están armadas, sino que además son trazadoras.

—Y yo soy el Prisma —dijo Gavin, como si hablara con una niña obstinada—. ¿Crees que doscientas personas me impedirán hacer mi voluntad?

Caelia titubeó.

—Creo que te gusta buscar conflictos sin necesidad.

—Por favor, un aplauso para ella —musitó Karris.

A veces Gavin pensaba que el mundo estaba lleno de idiotas. El poder podía ser como un cuchillo, pero a menudo debía ser una maza. Alguien como el comandante Puño de Hierro podía permitirse el lujo de hablar sin levantar la voz, porque infundía respeto con su mera presencia. Gavin debía trazar líneas en el suelo e insistir para que nadie las cruzara, porque no podía confiar en que nadie más lo hiciera por él. Era preciso, o de lo contrario, si permitiera que los demás tomaran sus decisiones partiendo de la base de que él era débil, únicamente lograría hacerles cambiar de parecer empleando la fuerza bruta. Más vale disuadir que enmendar.

Pero lo que había dicho acerca de hacer su voluntad no era fortuito. Los trazadores siempre imponían su voluntad sobre el mundo. Entre los más poderosos se contaban no pocos dementes, hijos de perra, divas y capullos. Y como todo dependía de ellos, se los toleraba. Especialmente a Gavin.

Pero cuanto más poder tiene uno, más cuesta discernir lo que escapa a su alcance.

Y siempre había que contar con el placer de ver cómo la gente hace lo que les dices. Gavin lo sintió en ese momento mientras Caelia impartía órdenes, agrupaba a sus hombres y se marchaba. Podía decirse a sí mismo que establecer una jerarquía de autoridad era crucial para sus planes, y para que los Videntes estuvieran preparados para el trago tan amargo que los esperaba. Todo eso era cierto, pero tampoco podía dejar de vigilarse a sí mismo.

Antes de que se perdieran de vista, Gavin regresó a la playa. Había dejado la trainera sellada.

—Disponemos de una semana —informó a Karris—. Esta bahía es demasiado amplia, así que tendremos que construir rompeolas en ese punto y desde allí hasta ahí. Debo despejar los arrecifes. Había pensado en trazar una ruta en zigzag para que, en caso de que aparezca una armada invasora, sus barcos se vayan a pique, pero nosotros habremos señalizado la vía segura para que los nativos puedan dirigir el tráfico. ¿Boyas móviles? Tampoco he decidido aún cómo de ancha debería ser esa vía. Si la hacemos demasiado estrecha, reduciremos el suministro de víveres a la ciudad y para mucha gente vivir aquí será sencillamente demasiado caro, pero si la hacemos demasiado amplia, los arrecifes dejarán de ser un obstáculo. Así que me encantaría conocer tu opinión. Aparte de eso, necesito que me ayudes a priorizar qué cosas debo construir para que mi pueblo parta con ventaja. ¿Despejamos la jungla? Y en tal caso, ¿cómo? ¿Es preciso que levantemos un muro para mantener a raya a la fauna autóctona, a los nativos? ¿Deberíamos probar a construir alguna vivienda, o sería demasiado trabajo?

Karris lo observaba sin decir nada.

—¿Sabes?, cada vez que creo que te conozco... Hablas en serio, ¿verdad? Vas a fundar una ciudad. Nada de una simple aldea. Planeas que sea un centro importante.

—No mientras yo viva. —Gavin sonrió.

—¿Sabes?, como no dejes de alterar todo lo que tocas, nada será igual dentro de cinco años.

Cinco años. Supuestamente ese era el tiempo que le quedaba como Prisma. Pero ya estaba muriéndose, y Karris no tardaría en darse cuenta.

—No —dijo Gavin—, eso espero.

Cinco años en los que poner en práctica cinco grandes propósitos. Salvo que ahora solamente disponía de un año.

14

Lo único que le falta a este sitio para resultar aún más tétrico son unas cuantas telarañas mecidas por la brisa. Kip escudriñó la boca del lobo que era la morada de lord Andross Guile con algo que se podría calificar como la antítesis de la alegría.

—Estás dejando que entre la luz —dijo Grinwoody—. ¿Qué pretendes, matar a mi señor?

—No, no, si ya... —Siempre disculpándose—. Voy adentro. —Dio un paso al frente, a través de las múltiples capas de recios tapices que impedían el acceso de cualquier resquicio de claridad al interior de la habitación.

Una vez dentro se respiraba un aire viciado, inmóvil, caliente. Olía a anciano. Y estaba imposiblemente oscuro. Kip comenzó a sudar de inmediato.

—Ven aquí —dijo una voz ronca. Sonaba grave y áspera, como si lord Guile llevara el día entero sin hablar.

Kip avanzó midiendo sus pasos, con la certeza de que iba a tropezar y quedar en ridículo. Era como estar en la guarida de un dragón.

Algo le tocó la cara. Dio un respingo. No se trataba de ninguna telaraña, pero el roce era suave, sedoso. Kip se detuvo. Sin saber muy bien por qué esperaba que Andross Guile fuera un inválido, postrado tal vez en una silla de ruedas, como un reflejo tenebroso de la Blanca. Pero este hombre estaba de pie.

La mano era firme, aunque exenta casi por completo de callosidades. Trazó el contorno de las fofas facciones de Kip, palpó la textura de su cabello, la curva de su nariz, presionó contra sus labios, acarició a contrapelo la barba incipiente del muchacho. Kip hizo una mueca, espantosamente consciente de las espinillas que señalaban el nacimiento de su vello facial.

—Así que tú eres el bastardo —dijo Andross Guile.

—Sí, mi señor.

De la nada, algo surcó el aire y a punto estuvo de arrancarle la cabeza a Kip. Se estrelló contra la pared con tanta fuerza que habría roto algo si esta no hubiera estado cubierta también de tapices. Kip se desplomó encima de la alfombra, con la mejilla encendida y un insistente pitido en los oídos.

—Eso ha sido por existir. No vuelvas a avergonzar a esta familia.

Kip se puso en pie tambaleándose, demasiado sorprendido incluso para sentirse enojado. No sabía qué era lo que se esperaba, pero un capirotazo surgido de la oscuridad seguro que no.

—Os pido perdón por haber nacido, mi señor.

—No tienes ni idea.

Se hizo el silencio. La oscuridad era opresiva. «Hagas lo que hagas —le había dicho Gavin—, ni se te ocurra enemistarte con él.» El calor era ya sofocante.

—Largo —dijo Andross Guile, al cabo—. Fuera de aquí.

Kip se marchó con la impresión de haber fracasado miserablemente.

15

El Príncipe de los Colores se masajeaba las sienes. Liv Danavis no lograba apartar la vista de él. No era la única. El hombre estaba prácticamente esculpido en luxina pura. Unas placas azules le cubrían los antebrazos, enfundando sus puños en guanteletes erizados de pinchos. Su piel se componía en gran parte de luxina azul entretejida, con ríos de luxina amarilla fluyendo bajo la superficie, rellenando constantemente el resto. Sus articulaciones eran de luxina verde flexible. Solo sus rasgos eran humanos, y a duras penas. Tenía la piel salpicada de cicatrices de quemaduras, y sus ojos —tan rotos sus halos que podrían calificarse de inexistentes— eran dos remolinos multicolores, no solo los iris, sino también la esclerótica. En estos momentos, dicha esclerótica parpadeaba azul y amarilla mientras él ocupaba el sillón principal de la cámara de audiencias del Palacio de Travertino, decidiendo cómo dividir la ciudad que acababa de conquistar... y encontrar prácticamente desierta.

—Quiero que los doce lores del aire supervisen la redistribución de la ciudad. Responderán ante lord Shayam. Primero, el saqueo. Los que huyeron de Garriston no se llevaron casi nada con ellos, está todo aquí. El ejército transportará una parte, pero no vamos a dejar que el resto se pudra. Vended todo lo que podáis y repartid lo que quede lo más equitativamente posible entre los garristonianos que encontréis. Los doce lores decidirán qué propiedades habrán de recibir en préstamo los nuevos colonos. Las tierras y los hogares más ricos se entregarán previo pago de una fianza; los más pobres dispondrán de seis meses antes de rendir el primer tributo.

»Lady Selene —dijo, girándose hacia una bicroma del verde y el azul que todavía no había roto el halo. Era tyreana, de ondulados cabellos oscuros y piel atezada, bella pero extraña, con los ojos demasiado separados y la boca pequeña. La mujer hizo una reverencia—. Estarás al mando de los verdes hasta que abandonemos la ciudad. Seis semanas. En ese tiempo, espero que dragues los principales canales de irrigación y repares los diques del río. Quiero que esta ciudad florezca con la primavera. Las primeras lluvias del otoño podrían caer de un momento a otro. Consulta a lord Shayam. Habrá que traer plantas nuevas, quizá también tierra. Haz lo que creas conveniente con la mano de obra, sin perder de vista el tiempo del que disponemos.

Lady Selene ensayó una honda reverencia y partió sin demora.

Y así toda la mañana. Liv estaba sentada entre cinco consejeros a la izquierda del Príncipe de los Colores. Aparte de ellos, nadie más tenía permiso para entrar en el gran salón. El príncipe no quería que todos estuvieran al corriente de sus planes. Por

qué se contaba ella entre los escasos privilegiados constituía un misterio para Liv. Era la hija del general Corvan Danavis, y el Príncipe de los Colores no disimulaba el hecho de que esperaba reclutar al antiguo enemigo de Gavin para su causa, pero Liv sospechaba que había algo más. Había cambiado de bando antes de la Batalla de Garriston, había llegado incluso a luchar por el ejército que intentaba recuperar la ciudad, pero solo a cambio de que el Príncipe de los Colores salvara a sus amigos. No era digna de esta clase de confianza.

Sin embargo, encontraba fascinante todo este asunto. A menudo, el príncipe cedía la palabra a un cortesano para que le proporcionara más información sobre algún particular. Las antiguas leyes le importaban un bledo, más o menos lo mismo que la forma tradicional de hacer las cosas, pero mostraba un profundo interés por el comercio, el intercambio de bienes, los impuestos y la agricultura: todo lo necesario para que ni a su pueblo ni a su ejército les faltara de nada.

Tras convocar a sus comandantes militares, ascendió a uno de los más jóvenes al rango de general en recompensa por el talento demostrado, y a continuación le encomendó el cuidado de las carreteras y los ríos de Tyrea. Quería que las mercancías pudieran navegar sin obstáculos en ambas direcciones por el río Umbro, y que cualquier intento de robo fuera aplastado sin compasión.

En cierto modo, Liv sabía que solamente se estaban cambiando unos tipos de atraco por otros. Sin duda los hombres del príncipe recaudarían impuestos igual que los salteadores de caminos cobraban peaje. Pero se llamara como se llamase, si eran equitativos y no asesinaban ni a los campesinos ni a los comerciantes para robarles, la región seguiría saliendo bien parada.

Instruyó a más verdes y amarillos que despejaran el río por cuenta propia. Si el príncipe era un villano, se trataba cuando menos de un villano con planes a largo plazo, pues aunque Liv no entendiera todas sus órdenes, saltaba a la vista que estaba sacrificando un gran número de trazadores y soldados por el bien de Tyrea. A la larga, su cínica naturaleza supervioleta le decía que eso terminaría redundando en su beneficio. Un ejército en marcha no puede generar sus propios alimentos, y no siempre puede contar con pagar a sus hombres con lo que obtengan de los saqueos, así que disponer de una fuerte base económica reforzaría su poder más adelante.

—Lord Arias —dijo el Príncipe de los Colores—, quiero que elija un centenar de sacerdotes, lo suficientemente jóvenes como para no haber perdido aún su celo, lo suficientemente veteranos como para haber aprendido ya lo básico, y los envíe a todas las satrapías para propagar la buena nueva de la inminente liberación. Que se concentren en las ciudades. Mande oriundos de cada zona, a ser posible. Que sepan a qué tipo de oposición deberán enfrentarse. Que esperen mártires por la causa de Dazen y comiencen a preparar otra oleada de zelotes. Quiero recibir informes con regularidad, y que viajen acompañados de adiestradores. Contrataremos a la Orden

del Ojo Fragmentado allí donde la resistencia sea excesiva, ¿entendido?

Lord Arias hizo una reverencia. Era atashiano, con los brillantes ojos azules característicos de su pueblo, la piel olivácea y la barba trenzada ensartada de cuentas.

—Mi príncipe, ¿cómo deseáis que actuemos en el Gran Jaspe y en la Cromería propiamente dicha?

—Dejad la Cromería tranquila. Otros se ocuparán de eso. En el Gran Jaspe habrá que actuar con la máxima cautela. Quiero que nuestros agentes utilicen más los ojos y las orejas que la boca, ¿entendido? Solo los mejores en el Gran Jaspe. Quiero que rezonguen en las tabernas y en los mercados, o que se unan a los que ya hayan empezado a rezongar por su cuenta, susurrando apenas que nuestra causa podría ofrecer alguna ventaja. Que identifiquen a los resentidos que podríamos reclutar, pero que se anden con pies de plomo. Allí no son tontos. Espero que la Cromería intente plantar sus propios espías.

—¿Autorizaréis allí a la Orden? —preguntó lord Arias.

—Los mejores agentes de la Orden ya están allí o van de camino —respondió el príncipe—. Pero confío en que los empleéis como una aguja y no como una maza, ¿queda claro? Si nuestras operaciones salen a la luz antes de tiempo, toda la empresa estará abocada al fracaso. La suerte de la revolución descansa en vuestras manos.

Las cuentas amarillas tabalearon cuando lord Arias se atusó la barba.

—En tal caso, creo que debería establecer mi centro de operaciones en el Gran Jaspe.

—De acuerdo.

—Y necesitaré fondos.

—Como cabría esperar, ahí es donde nos tropezamos con el primer problema. Puedo daros diez mil danares. Sé que es una fracción de lo que precisaréis, pero tengo gente que alimentar. Sed creativos.

—¿Y quince mil? —replicó lord Arias—. El mero hecho de comprar una casa en el Gran Jaspe...

—Improvisad. Enviaré más dentro de tres meses, si puedo.

La mayor parte del resto de la jornada fue bastante más anodina: órdenes relativas al cómo y el dónde debía acampar el ejército, solicitudes de fondos para comprar comida, ropa, zapatos, caballos y bueyes de refresco, préstamos que devolver a los herreros, mineros, nobles extranjeros y banqueros que querían recuperar su dinero. Otros solicitaban autorización para convencer a las gentes de la zona y los seguidores del campamento para que ayudaran en las tareas de despejar las carreteras, combatir los incendios sin sofocar todavía y reconstruir los puentes arrasados.

De todos los consejeros, Liv era la única a la que nadie preguntaba nada. La tesorera recibía el mayor número de consultas. Lucía unas gigantescas lentes correctoras y llevaba un pequeño ábaco que no dejaba de toquetear. O al menos a Liv

le daba la impresión de estar jugueteando nerviosamente con él. Transcurridos unos instantes, cuando la mujer emitió su informe sobre la docena de maneras distintas en que el príncipe podría estructurar sus deudas para maximizar los beneficios, Liv comprendió que lo que estaba haciendo era realizar cálculos sin cesar.

Por último, el príncipe le pidió a uno de los consejeros que le dijera qué asuntos quedaban pendientes, y tras escuchar su respuesta decidió que todo podía esperar a mañana. Despidió a los demás e indicó por señas a Liv que lo acompañara.

Juntos, subieron las escaleras hasta su habitación y salieron al balcón.

—Bueno, Aliviana Danavis, ¿qué has visto hoy?

—¿Mi señor? —Liv se encogió de hombros—. He visto que gobernar es mucho más complicado de lo que me imaginaba.

—Hoy he hecho más por Garriston, y por Tyrea, que la Cromería en los últimos dieciséis años. Aunque no todo el mundo va a agradecérmelo. El reclutamiento forzoso para limpiar la ciudad será una medida impopular, pero preferible a dejar que la comida se pudra o caiga en manos de los saqueadores y las bandas.

—Sí, mi señor.

El príncipe sacó un puro muy fino, envuelto en piel de rata de agua, de uno de los bolsillos de su capa. Lo acercó a un dedo cargado de subrojo para encenderlo y aspiró profundamente.

Liv lo observó con curiosidad.

—Mi transición de carne a luxina no fue perfecta. He salido mejor parado que cualquiera en los últimos siglos, pero también cometí errores. Dolorosos errores. Naturalmente, comenzar a partir de un cascarón calcinado no me facilitó las cosas.

—¿Qué os ocurrió?

—En otro momento, quizá. Ahora quiero que pienses en el futuro, Aliviana. Quiero que sueñes. —El Príncipe de los Colores paseó la mirada por la bahía. Esta estaba sembrada de escombros, cubiertos de desperdicios los muelles. Suspiró—. Esta es la ciudad que hemos tomado. La joya del desierto que la Cromería tanto empeño puso en destruir.

—Mi padre intentaba protegerla.

—Tu padre es un gran hombre, y no dudo que fuera eso exactamente lo que creía estar haciendo. Pero tu padre también creía en las mentiras de la Cromería.

—Sospecho que lo chantajearon —dijo Liv, sintiendo un vacío en su interior. El Prisma al que tanto admiraba la había utilizado para extorsionar a su padre y conseguir así que este lo ayudara. Ni siquiera sabía cómo, pero era la única explicación que se le ocurría para que su padre combatiera al servicio de su enemigo declarado.

—Espero que eso sea verdad.

—¿Cómo?

—Porque en tal caso, todavía no es demasiado tarde para él, y me encantaría que tu padre estuviera de nuestra parte. Es un hombre peligroso. Buena persona. Brillante. Lo averiguaremos. Pero me temo, Liv, que lleva tanto tiempo escuchando sus mentiras que estas han terminado por distorsionar su capacidad de raciocinio. Quizá vea unas cuantas malas hierbas en la superficie y las descarte, pero cuando la tierra misma está corrompida, ¿cómo va a ver la verdad? Por eso los jóvenes son nuestra única esperanza.

El sol comenzaba a ponerse sobre el horizonte, y una brisa fresca soplaba procedente del mar Cerúleo. El Príncipe de los Colores dio una fuerte calada al cigarro, cuya luz rojiza, al intensificarse, pareció dejarlo embriagado.

—Liv, quiero que te imagines un mundo donde no existiera la Cromería. Un mundo en el que las mujeres pudiesen adorar a la deidad que quisieran. En el que ser trazador no equivaliera a estar condenado a muerte tras diez años de espera. Un mundo en el que ningún mentecato optara a ocupar el trono por un capricho del destino, donde las aptitudes y la motivación de una persona fueran lo que determinase su éxito. Sin más señores que los que dicte la naturaleza. Sin esclavos... ni uno solo. La esclavitud es la maldición de la Cromería. En nuestro nuevo mundo, ninguna mujer será despreciada por provenir de Tyrea... no, pero tampoco será un distintivo de honor. No lucho por la supremacía de Tyrea. En nuestro nuevo mundo, eso sencillamente carecerá de importancia. Tu cabello, tus ojos, cualesquiera que sean los rasgos que te distingan de los demás tan solo servirán para volverte más o menos interesante. Serás una luz para el mundo. Abriremos las Puertas Sempioscuras que cerró Lucidonius y excavaremos túneles que atraviesen las montañas de Sharazan. Recibiremos a todos con los brazos abiertos.

»La magia se enseñará en todas las aldeas y en todas las ciudades, y descubriremos que muchas, muchísimas personas poseen talentos que pueden utilizarse para mejorar su vida y las de quienes las rodean. No estará en las corruptas manos de los gobernadores y los sátrapas. Conforme avancemos, creo que nos daremos cuenta de que todo el mundo, absolutamente todo, ha sido bendecido por la luz. Algún día, todos serán capaces de trazar. Piensa en los portentos de la magia que hay ahí fuera hoy en día... ¡portentos que podrían cambiar el mundo! Pero quizá sean tyreanos y no puedan permitirse ir a la Cromería. O parianos, y a la deya no le caiga bien su familia. Podrían ser ilytianos y estar inmersos en la superstición de que la magia es diabólica. Piensa en todas las tierras que no cultiva nadie. Piensa en los niños que mueren de hambre por culpa del pan del que carecen porque no hay ningún trazador verde que fertilice sus sembrados. Su sangre mancha las manos de la Cromería... ¡y ninguno de ellos lo sospecha siquiera! Es una muerte discreta, un veneno insidioso. La Cromería ha absorbido la vida de las satrapías, una gota de sangre tras otra. Esa es nuestra lucha, Aliviana. Por un futuro distinto. Y no será fácil.

La corrupción imperante beneficia demasiado a demasiadas personas como para que estas renuncien a ella por las buenas. Ordenarán a su pueblo que dé la vida por ellas, y eso me parte el corazón. Están dispuestos a sacrificar a las mismas personas que dicen querer liberar. Pero nosotros los detendremos. Nos aseguraremos de que no puedan hacerlo de nuevo, de que las generaciones venideras reciban un mundo mejor que el que tenemos ahora.

Liv titubeó.

—Todo eso suena muy bien, pero no sabremos si se puede comer a menos que nos lo metamos en la boca, ¿verdad?

El Príncipe de los Colores esbozó una amplia sonrisa.

—¡Sí! Eso es lo que quiero de ti, Liv. Traza. Ahora mismo. Supervioleta. Y piensa. Comparte tus pensamientos conmigo. Pase lo que pase, no serás castigada.

Así lo hizo Liv, absorbiendo aquella extraña luz invisible y dejando que fluyera por su interior, notando cómo la arrastraba lejos de sus emociones hacia un estado de hiperracionalidad, una inteligencia prácticamente incorpórea.

—Sois una persona pragmática —dijo, lacónica. Incluso las inflexiones de la voz parecían un adorno superfluo cuando se estaba inmerso en el supervioleta—. Quizá también idealista. Curiosa combinación. Pero lleváis todo el día acometiendo tareas, y me pregunto si no seré nada más que la última de la lista. No sé si esto es un intento de seducción o si sencillamente os gusta recibir la admiración de las mujeres. —Una parte de ella reaccionó con consternación ante sus propias palabras. ¡Semejante descaro! Pero en lugar de rendirse al rubor, se embozó más aún en el desapasionamiento del supervioleta.

—Raro es el hombre que no anhela el anhelo de las mujeres —replicó el príncipe, con una sonrisa traviesa.

—De modo que he acertado en lo último, siquiera tangencialmente. —El Príncipe de los Colores disfrutaba de su atención, de su creciente admiración, pero apenas si la había tocado, aun cuando existían motivos para ello. No se inclinaba hacia ella cuando conversaban. Su interés no era físico, sino intelectual—. Pero esto no es ningún intento de seducción.

El príncipe adoptó un semblante que no denotaba precisamente satisfacción.

—Por desgracia, el mismo fuego que me arrebató tantas cosas me niega también los placeres más sencillos de la carne. No los rehúyo, ni mucho menos, pero retozar como un verde se acabó para mí. —Entre la inmovilidad provocada por las quemaduras cicatrizadas en su rostro y la de la luxina que estaba entretejiendo en su piel, todas sus expresiones faciales salvo las más elocuentes eran difíciles de interpretar, pero Liv se recordó que eso no significaba que no pudiera albergar pasiones arrolladoras en el fondo de su ser. Los colores se arremolinaban libremente en sus ojos, pero Liv pensó que también ellos reflejaban bien sus emociones cuando

estas lo asaltaban con especial virulencia. Era un ser enigmático.

Los supervioletas adoraban los enigmas. Les encantaba resolverlos.

—¿Sabes quién era? —preguntó el Príncipe de los Colores.

—No.

—Y no voy a decírtelo. ¿Sabes por qué?

—¿Porque no queréis que lo sepa? —aventuró Liv.

—No. Porque a los supervioletas les encanta desenterrar secretos. Y si no te encargo que desentierres algo que no me importe, podrías ser lo bastante lista como para desenterrar algo que no quiero saber.

—Qué endiablado —musitó Liv, admirada.

Un rayo de luxina salió disparado de él y fue a estrellarse contra el pecho de la muchacha. Liv se tambaleó, perdió el control del supervioleta y se encontró con el cuello firmemente ceñido por algo.

Mientras pataleaba, Liv comprendió que sus pies no tocaban el suelo. No, era algo más. Se hallaba suspendida frente al filo del balcón, sujeta por un puño de luxina que le rodeaba toda la cabeza. Arañó el puño en un intento por izarse, por respirar, tratando de aflojar la presa... aterrorizada, sin darse cuenta siquiera de que aflojar la presa era lo último que necesitaba. Si caía desde semejante altura, moriría. Se sentía como si le ardiera la cabeza, con todas las venas hinchadas, los ojos a punto de estallarle.

Los ojos del Príncipe de los Colores eran dos ascuas incandescentes que emitían un intenso fulgor rojo. Parpadeó. Una oleada de amarillo se propulsó hacia delante, y Liv se vio arrastrada de golpe hasta el balcón, liberada.

Se desplomó en medio de un ataque de tos.

—Yo... La Cromería ha demonizado lo que hacemos —declaró con voz ronca el príncipe—. Literalmente. Nos han convertido en verdaderos diablos, y no tolero a quienes llaman bien al mal y mal al bien. Mi... reacción ha sido exagerada.

Liv temblaba de pies a cabeza, y se sintió avergonzada por ello. La enfurecía el temor de ir a echarse a llorar de un momento a otro. Era una Danavis. Era fuerte y valiente, no se derrumbaría como una niña pequeña. A sus diecisiete años, era toda una mujer. Lo bastante mayor como para tener hijos. No pensaba venirse abajo.

Se incorporó e hizo una reverencia, tambaleándose solo un poquito.

—Os pido perdón, mi señor. No pretendía ofenderos.

El príncipe apoyó las manos en la barandilla y oteó la bahía. Había perdido el cigarro. Encendió otro.

—No tienes por qué sentirte avergonzada de tus temblores. Es una reacción corporal. He visto cómo les pasa incluso a los veteranos más intrépidos. Tu turbación hace que parezca una debilidad. Ignóralos. Cesarán.

Pintándose una expresión de placidez en el rostro, como si se aplicara oscuras

líneas de kohl, Liv trazó con el supervioleta. La ayudó a serenarse. A fin de disimular el temblor de sus brazos, los cruzó como si pretendiera resguardarse del frío del atardecer.

—¿Y bien, mi señor?

El príncipe ladeó la cabeza.

—¿Y bien?

—Tenéis planes para mí.

—Desde luego.

—Y no vais a contármelos.

—Qué chica tan lista. Te asignaré un tutor para que responda a casi todas tus preguntas.

—¿Menos esa?

El príncipe sonrió.

—Habrá más omisiones.

—¿Quién es este tutor?

—Lo sabrás cuando lo veas. Puedes retirarte ya. Debo acometer tareas más ingratas antes de que muera la luz.

16

Puño de Hierro aguardaba en pie frente a los aposentos de Andross Guile cuando salió Kip. Como siempre, su aspecto era inmenso e intimidatorio, pero Kip empezaba a conocer al comandante de la Guardia Negra, y la expresión cincelada en las facciones de Puño de Hierro era más de curiosidad que otra cosa.

—He visto a sátrapas que salían de ese cuarto mucho peor parados —dijo Puño de Hierro.

—¿En serio? —Kip se sentía destrozado.

—No. Solo pretendía levantarte el ánimo. —Puño de Hierro echó a andar por el pasillo, y Kip se situó a su lado—. Kip, quiero invitarte a entrenar para ingresar en la Guarda Negra.

Sí, claro. Porque te lo ordenó mi padre. No porque yo haya hecho ningún mérito para merecérmelo.

Kip creía que solo lo estaba pensando para sus adentros, pero cuando la palabra «mérito» resonó en sus oídos, comprendió que su enorme bocaza había vuelto a traicionarlo una vez más.

Puño de Hierro se detuvo de golpe. Se encaró con Kip hecho una furia, amenazador.

—¿Nos estabas espiando?

Kip tragó saliva con dificultad. Asintió con la cabeza. ¡No era mi intención!

Pero esta vez las palabras no llegaron a rebasar el umbral de sus labios. Todas sus excusas perecieron calcinadas en la abrasadora forja de la desaprobación de Puño de Hierro.

—En tal caso sabrás que debo reclutarte de todos modos. Hasta qué punto será eso una desgracia para los dos depende por completo de ti.

Era como si alguien hubiera rodeado el pecho de Kip con una cadena gigantesca, lo hubiera tirado al mar y le hubiera ordenado que llegara a casa nadando. Puño de Hierro reanudó la marcha, sin aminorar el paso ni detenerse cuando salieron de la Torre del Prisma y cruzaron el gran patio que mediaba entre las siete altas torres de la Cromería hasta llegar a una amplia escalera que se perdía de vista bajo tierra.

Mientras descendían, Kip comenzó a hacerse una idea de lo inmensa que era realmente la Cromería. No se trataba tan solo de las enormes torres, ni de las agujas ahusadas que las conectaban en el aire, ni del extenso patio repleto de miles de personas atareadas, procedentes de las Siete Satrapías. Todo ello se extendía además

bajo tierra, en una cámara enorme. Veinte pasos completos separaban el techo del suelo. Cada una de las siete torres tenía aquí sus raíces, y aún más entradas. Edificios y almacenes, barracones, posadas e incluso unos cuantos hogares inundaban la cámara, ocupando en muchos puntos desde el suelo hasta el techo. Algunas de las construcciones eran de piedra; otras, de luxina. En todos los rincones imperaba un vibrante caos de colores, y aunque toda la zona era subterránea, no había ni rastro de oscuridad o humedad. Los cristales repartidos por todas partes titilaban como antorchas, capturando la luz del sol en la superficie y distribuyéndola generosamente por toda la cámara. Unos grandes ventiladores montados en el techo a ambos lados se encargaban de que circulara el aire, enviando una suave brisa constante por toda la zona. Había un gran salón en el centro, y patios de ejercicios en un lateral.

—Al comienzo de cada clase se celebra un sorteo. Algunos números son aleatorios, pero los legados y quienes terminaron justo por debajo del corte de la última clase de entrenamiento son los últimos en recibir sus desafíos. Una ventaja considerable. Tienes que luchar por tu sitio, pero solo tres veces. Así que si escoges el puesto número diez, quizá debas enfrentarte al diez, el once y el doce. Sin embargo, eso solo es el principio; a lo largo de las semanas es fácil escalar puestos, y todavía más fácil perderlos. Puedo hacer una cosa por tu padre: dejar que elijas el último. No apuntes demasiado alto o lo pagarás con sangre, pero tampoco demasiado bajo. Todos los meses despedimos a los siete últimos.

Puño de Hierro caminaba con paso firme, inmune al esplendor subterráneo. Kip lo seguía, en tensión. Estaba apretando la mano quemada. La abrió con cuidado, conteniendo el dolor con una mueca. Pronto se encontró de pie junto a Puño de Hierro ante un grupo de cuarenta y nueve jóvenes de ambos sexos. Todos iban vestidos con camisas y pantalones holgados de color canela, y todos lucían al menos un brazalete con el color que trazaban. Aunque Kip sabía que las mujeres superaban considerablemente en número a los hombres en la Cromería, en aquel grupo de guardias negros en potencia solo había diez chicas.

Todos eran jóvenes, pero mayores que Kip. El muchacho calculó que la mayoría de ellos contaban entre dieciséis y dieciocho años de edad. Todos llevaban un símbolo sujeto en el pecho, en el lado izquierdo, antiguos caracteres parianos cuyo significado no era difícil de deducir. Números, pensó Kip. Parecía que se hubieran alineado en función de ellos, en siete filas de siete.

De todas las novedades que se exhibían ante sus ojos, lo que a Kip más le llamó la atención fue la expresión de sus nuevos compañeros de clase. Apenas si habían reparado en su presencia; estaban demasiado ocupados contemplando a Puño de Hierro como si fuera un dios. El profesor no parecía menos impresionado que el resto. Se trataba de un individuo bajito y musculoso, con la cabeza afeitada, cuyo uniforme negro sin mangas dejaba al descubierto unos bíceps descomunales.

Puño de Hierro hizo un gesto y el grupo se disolvió para reorganizarse en un gran círculo en cuestión de momentos. La maniobra no fue perfecta, pues unos pocos corretearon desorganizadamente de aquí para allá antes de encontrar su sitio, pero no dejaba de ser impresionante para tratarse de lo que Kip sabía que era una clase relativamente nueva.

—Kip. —Con un ademán, Puño de Hierro le indicó que entrara en el círculo.

Ay, no.

Kip dio un paso al frente.

—Este es Kip Guile. Va a unirse a la clase. Como sabéis, novatos, eso significa que uno de vosotros tendrá que marcharse. La Guardia Negra es un cuerpo de élite. No hay sitio para pesos muertos. Así que elige, Kip. Los combates son a cinco minutos o hasta que uno de los contrincantes pida clemencia o pierda el conocimiento. Al igual que en todas las pruebas, provocar daños permanentes al rival conllevará la expulsión de esta clase.

Kip sabía que iba a perder. Apenas si entendía las reglas. Las únicas peleas en las que se había visto involucrado en su vida consistían básicamente en manotear el aire mientras Ramir lo vapuleaba, allá en la aldea. Y en perder, siempre perdía. El mayor de sus talentos consistía en saber aguantar las palizas.

—¿Tenéis alguna pregunta o estáis listos para perder vuestro puesto? —preguntó Puño de Hierro.

—Entonces ¿el que pierda cambia de lugar con el vencedor, o sencillamente desciende un puesto y ya está?

—No es un problema de aritmética, Kip.

Pero eso era precisamente lo que era.

Puño de Hierro hizo una mueca.

—Desciende un puesto —refunfuñó.

Kip adoptó una expresión ensimismada y dejó que su mirada vagara en la distancia.

—Veo que mi futuro me depara mucho dolor. —Estiró los índices y los apuntó como si de dos pistolas se tratara en dirección al joven pariano, alto y delgado, que lucía el número uno en el pecho. Nadie se rió. Quizá estuvieran esperando a que Kip mordiese el polvo.

El joven entró en el círculo con cara de preocupación... por Kip.

—¿Las reglas del combate, comandante? —preguntó.

—No quiero ver nada hecho añicos —respondió Puño de Hierro.

Tanto Kip como el Número Uno le entregaron las gafas. El joven era un bicromo de verde y azul.

Puño de Hierro carraspeó.

—Lo que he dicho se puede interpretar también en sentido figurado, Cruxer.

¿Cruxer? ¿Se llamaba «Cruxer»?

—Por supuesto, señor —replicó Cruxer—. Señor, ¿y la mano que lleva vendada? ¿Puedo bloquearla?

—No te vuelques en ella. Pero si resulta lastimada, resulta lastimada.

El joven asintió sucintamente con la cabeza y se situó enfrente de Kip, que vio un destello de incredulidad en los rostros de los demás alumnos mientras lo contemplaban. Supuso que no ofrecía una estampa espectacular. Nadie creía que pudiera ganar. Diablos, ni siquiera él creía que pudiera ganar. Pierde con dignidad, Kip. Pierde de modo que te ganes su respeto por ser tan valeroso.

¿«Valeroso»? Qué memo soy.

Cruxer levantó la cabeza e hizo la señal del triángulo: el pulgar sobre el ojo derecho, el dedo corazón sobre el izquierdo y el índice sobre la frente. Se tocó con los tres la boca, el corazón y las manos. Los tres y los cuatro, el siete perfecto. Un chico religioso. Con suerte recordaría que la clemencia era una virtud.

Cruxer se giró y saludó a Kip, cerrando los puños sobre el corazón e inclinándose ligeramente. Kip le devolvió el gesto.

—Empezad —dijo Puño de Hierro.

El joven larguirucho se movió... muy deprisa. Se echó encima de Kip antes de que a este le diera tiempo a reaccionar. Impactó contra Kip y amartilló una pierna a su espalda mientras le bloqueaba el puño y proyectaba una cadera contra la de Kip. Este se desplomó con fuerza, haciendo aspavientos en un intento por arrastrar a Cruxer en su caída.

Su ágil contrincante se dejó derribar y envolvió las largas extremidades alrededor de Kip. Este quiso sacudirle un codazo, pero Cruxer estaba tan cerca que a duras penas logró imprimir algo de fuerza al ataque.

A continuación, de alguna manera, el muchacho se hizo con el control del brazo de Kip y le dio la vuelta. Las piernas de Cruxer atenazaron la cabeza de Kip. Apretaron y... oscuridad.

Kip ignoraba durante cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Pestañeó varias veces. No mucho, pensó. Todo el mundo seguía en pie a su alrededor.

—Una derrota —dijo Puño de Hierro—. Dispones de diez segundos antes del siguiente asalto.

Kip se puso en pie con dificultad. Varios de los alumnos estaban dando palmaditas en la espalda a Cruxer, felicitándolo por su victoria sin esfuerzo. Kip no podía guardarle ningún rencor. Lo había aniquilado sin malas artes y sin causarle ningún dolor innecesario.

El segundo muchacho era robusto, de ojos azules igual que Kip, medio pariano tal vez, puesto que su piel no era mucho más oscura que la de Kip. Lo saludó con una inclinación de cintura. Kip hizo una reverencia a su vez mientras se preguntaba qué

nuevo dolor lo aguardaba.

Kip y el Número Dos caminaron en círculos el uno alrededor del otro, con cautela, pero el chico no dejaba de mirar hacia arriba, lejos de Kip. Al principio, Kip no sabía por qué. Entonces vio los ojos del chico. Unos hilachos de azul aparecían y desaparecían en sus esclerótica. Adentrándose en su cuerpo. Acumulándose en sus puños. Si su contrincante no fuera tan pálido, Kip no se habría percatado nunca. Era uno de los inconvenientes de tener la piel clara. El motivo oficial de que la Guardia Negra fuese negra.

Pero dado que no llevaban puestas las gafas, el muchacho solo podía trazar retazos intermitentes de luz azul. Debía apartar la mirada de Kip, concentrarse en uno de los cristales azules que colgaban sobre sus cabezas, absorber cuanto pudiera y mirar de nuevo a Kip. Sin sus gafas azules, el proceso era lento.

Y Kip estaba dándole todo el tiempo que necesitaba con su incesante caminar en círculos.

—Bah, qué diablos —dijo Kip. Embistió.

Le lanzó un puñetazo. El otro lo bloqueó. El segundo puñetazo impactó en el hombro de su rival... pero Kip lo había proyectado con la mano izquierda. Sintió cómo se reabrían sus heridas. Era como sumergir la mano en una hoguera.

Un puñetazo se incrustó en su estómago, y otro le golpeó el brazo de refilón cuando se encorvó hacia delante. Kip trastabilló de espaldas, amortiguando así el grueso de la fuerza del puñetazo que le dio en la nariz.

Aun así, se le anegaron los ojos en lágrimas. Parpadeó y se tambaleó, sorprendido de que su adversario le permitiera alejarse en lugar de presionar.

Entonces Kip comprendió el motivo de que su rival hiciera algo así.

Un bastón azul empezaba a cobrar forma en las manos del chico, estirándose lentamente como vidrio fundido.

Kip se abalanzó sobre él y agarró el bastón inacabado. Lo asió con fuerza, hundiendo las puntas de los dedos en la estructura a medio cristalizar, sintiéndose de repente tan conectado a él como si estuviera trazándolo personalmente.

Podía sentir a su oponente a través de la luxina abierta, su voluntad, tan concentrada antes, dispersa y confundida ahora por la intromisión de Kip, que le arrebató el bastón y lo selló.

El cayado de luxina azul se había doblado allí donde los dos jóvenes habían forcejeado por él, pero seguía siendo tan alto como cualquiera de ellos y tan grueso como para que la mano de Kip pudiera cerrarse cómodamente a su alrededor. Ignorando el dolor cuando lo empuñó con la mano izquierda, envuelta en vendajes, Kip proyectó la parte inferior del bastón contra las rodillas de su contrincante.

Impactó con un estampido; el muchacho, desorientado todavía, se desplomó. Ni siquiera había intentado moverse. Se quedó allí plantado, como un buey atontado.

Mientras el chico se encogía, Kip se cernió sobre él y le plantó un extremo del bastón en la garganta.

—¡Se acabó el asalto! —anunció Puño de Hierro.

Kip dio un paso atrás. Acatar las órdenes resultaba mucho más sencillo después de trazar el color azul que después de trazar el verde.

En el suelo, el muchacho emitió un gemido, conmocionado, volviendo en sí gradualmente.

—Comandante, señor —dijo Cruxer—, ¿qué ha sido eso?

Puño de Hierro tenía el ceño fruncido.

—Algo que no os enseñaremos hasta dentro de un año. Kip, ¿dónde lo has aprendido?

Kip levantó las manos en señal de impotencia.

—Secuestrar o forzar la voluntad. ¿Instructor Fisk?

El musculoso profesor dio un paso al frente.

—Es lo que técnicamente se denomina translucificación forzosa. La luxina carece de memoria. No se puede hablar de «tu» luxina o «mi» luxina. Cuando un trazador establezca contacto físico con la luxina abierta de uno de sus colores de trazo, podrá utilizarla. Lo que acabamos de ver aquí es un duelo de voluntades entre dos trazadores, y la de Kip se ha impuesto a la de Grazner.

—Pero, pero... —balbució el muchacho al que Kip acababa de derrotar—. ¡Si ni siquiera sabía lo que estaba haciendo!

—Él tampoco —repuso el instructor—. ¿O sí lo sabías, Kip?

—Ah... no, señor.

—Tienes suerte de que no te dejara hecho un idiota babeante, Graz —dijo el instructor Fisk.

—Babeante, no sé, pero ¿idiota? —susurró una voz entre la multitud—. Bueeeno... —Varios alumnos se rieron por lo bajo. Unos pocos tuvieron la consideración de toser en un intento por disimularlo.

—Bueno, Adrasteia —intervino Puño de Hierro—. Así que quieres desafiar a Kip.

—Ay, rayos —murmuró el joven que se había burlado de Grazner.

—Señor —dijo Kip—, creía que si vencía habría terminado.

—¿Qué te hacía pensar algo así? La victoria solo es el principio.

Kip tragó saliva con dificultad.

La perspectiva de enfrentarse a Kip tampoco parecía entusiasmar a Adrasteia. De todos los combatientes, era el único que no lucía ningún brazalete con el color que trazaba.

Tenía el pelo oscuro y liso, largo hasta los hombros, recogido con un pañuelo dorado. Su piel era lo bastante oscura para la Guardia Negra, con rasgos atashianos y

los ojos intensamente azules. Bajito y delgado, pero vestido con una camisa y unos pantalones holgados, aparentaba unos trece años. Su peinado era curioso, pero tampoco es que Kip fuera precisamente un hombre de mundo. Quizá ahora estuviera de moda llevar el pelo largo. Aunque también su nombre era un poco raro, y tenía los labios tirando a carnosos.

—¡Anda! ¡Pero si eres una chica! —exclamó Kip. Se le escapó sin que pudiera evitarlo.

Toda la clase prorrumpió en carcajadas. Puño de Hierro se frotó la frente.

No pretendía que pareciera un insulto, pero eso era lo que había conseguido. Ups.

—Sin compasión, molletes —dijo Adrasteia. Ahora Kip vio que debía de tener su misma edad. Quince, dieciséis a lo sumo, menuda, sin curvas. Bonita, pero no quitaba el sentido.

Esperaba que no le «quitara el sentido», al menos.

—A formar —dijo el instructor Fisk—. Las mismas normas de antes... y nada de secuestrar la voluntad. Claro que, eso no debería suponer ningún problema para ti, ¿verdad, Teia?

Adrasteia miró intensamente al profesor, haciendo una mueca. Se giró hacia Kip y lo saludó con una reverencia sucinta.

Kip le devolvió el gesto.

—Perdona, no quería...

—Ahórratelo, bola de sebo.

Varios estudiantes se rieron a carcajadas.

—Ah, ya lo pillo, te corroe la envidia porque tengo más tetas que tú —dijo Kip. Se sintió como un miserable por ello, pero lo disimuló con una sonrisita condescendiente.

—No me cuesta nada imaginarte desnudo —repuso Adrasteia, resoplando mientras lo miraba de arriba abajo con cara de repugnancia—. Y te aseguro que no me das la menor envidia.

¿Eh?

Pero Kip no tuvo tiempo de preguntarse qué había querido decir, porque la muchacha se le echó encima.

Aún no había adoptado la posición de listos. No estaba preparado en absoluto, punto final. Y menos para que Adrasteia levantara un pie del suelo y se lo estampara en la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

¡Qué flexibilidad! ¡Qué elegancia!

¡Qué cantidad de sangre manando a chorros de su cara!

El mundo se presentaba de costado ante los ojos de Kip. Yacía tumbado en el suelo, antes incluso de darse cuenta de la caída. Como hacía siempre que le dolía algo, pasó revista rápidamente. ¿Cómo era de grave? No mucho. Se había arrancado

un buen pedazo del carrillo y la lengua, pero si se había desplomado era sobre todo por la sorpresa.

Cosas que pasan cuando un retaco de cría te revienta la cabeza.

Adrasteia se materializó en su campo visual, todavía en actitud de combate, junto a su cabeza. Tendido de espaldas, Kip preguntó:

—¿Eso es todo lo que tienes?

Enfurecida, Adrasteia dio un paso en su dirección.

Kip rodó hacia ella, deprisa, esperando golpearle los pies y desequilibrarla.

Adrasteia dio un salto, intentando esquivarlo pasándole por encima, pero Kip frenó y le lanzó un manotazo en pleno vuelo. La suerte quiso que la golpeara en la cara interior del empeine.

Adrasteia se revolvió como un gato, contorsionándose en el aire, pero no logró recuperar el equilibrio. Profirió un grito al aterrizar de plano con la cadera.

Kip se arrastró, dispuesto a inmovilizarla... lo que fuera, cualquier cosa que le permitiese aprovechar su corpulencia para ganar.

Se había encaramado a medias encima de ella cuando el diminuto puño de Adrasteia fue a incrustarse con fuerza en su garganta. Kip tosió y se desplomó.

Antes de darse cuenta, yacía tendido de bruces y tenía encima a Adrasteia, cuyo brazo amenazaba con aplastarle la tráquea.

Un adulto estaba gritando algo, pero Kip solo tenía oídos para el rugir de la sangre en sus sienes.

Adrasteia desapareció de improviso, pataleando por los aires mientras Puño de Hierro se la quitaba de encima a pulso, levantándola literalmente del pescuezo.

El comandante soltó a la enfurecida muchacha a sus pies.

—¡He dicho que ya está bien! —bramó. Adrasteia se quedó paralizada de la impresión, antes de empezar a encogerse. El resto de la clase dio un paso atrás, con los ojos como platos, enmudecidos todos de repente—. ¡Kip! —rugió Puño de Hierro.

Kip tragó saliva unas cuantas veces seguidas.

—¿Sí, señor? —preguntó, mientras se levantaba del suelo por lo que parecía ser la enésima ocasión ese día.

—Todos los novatos necesitan una pareja. Acabas de encontrar a la tuya.

17

A la hora de cenar, Kip se llevó la comida al extremo de una larga mesa y se sentó a solas. Si no intentas mezclarte con los demás, nadie podrá darte de lado.

Adrasteia se acercó y se sentó frente a él.

—Se supone que debo espiarte —dijo.

—Hum... ¿Están ricas las salchichas?

—Tienen un pase. Deberías ver las que les dan a los guardias negros.

—¿Buenas?

—Fabulosas —respondió Adrasteia. Picoteó el plato—. Lo digo en serio.

—Se nota que te chifla la comida, ¿eh?

—Acerca de lo de espiarte, cabeza de chorlito.

—Ya lo sé. —¿Cabeza de chorlito? Después de tanto tiempo rodeado de marineros y soldados, escuchar a alguien maldiciendo con eufemismos resultaba insoportablemente adorable.

—Ah. —Adrasteia se sonrojó. Agachó la cabeza.

—¿Por qué querría espiarme nadie?

—Eres un Guile. —La muchacha se encogió de hombros, como si eso lo explicara todo. Kip supuso que, en efecto, así era.

—¿Para quién estás haciendo de espía?

—Para mi patrocinadora, por supuesto.

—Ya, sospechaba algo parecido. —Kip no hubiera sospechado jamás nada por el estilo—. Pero ¿quién es tu patrocinadora?

—Esa pregunta es un poco indiscreta, ¿no te parece?

—¿Así que vienes a espiarme, y no tengo derecho a hacerte una preguntita personal de nada? —replicó Kip, incrédulo.

Adrasteia se echó a reír.

—La pregunta no tiene nada de indiscreta, Kip. Solo estaba poniéndote a prueba.

Ah, prueba no superada.

—Entonces ¿significa eso que me lo vas a contar? —insistió Kip, agresivo.

—¿Contarte el qué? —Haciéndose la tonta.

—Eres verdaderamente imposible, ¿verdad?

Adrasteia sonrió.

—Mi patrocinadora es lady Lucretia Verangheti, de los Smussato Verangheti.

—¿Eres de Ilyta? No tienes pinta de ilytiana. Además, creía que a los ilytianos no

les gusta trazar. Cosas de herejes y todo eso.

La muchacha enarcó las cejas.

—Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza, ¿no es cierto?

—Intento contenerme —dijo Kip. ¿Y ahora qué había hecho?

—¿A eso lo llamas tú contenerse?

A lo mejor debería cerrar mi gorda bocaza hasta el fin de mis días.

Kip cortó lentamente otro trozo de embutido. Tenía los dedos mucho mejor, por lo que sujetar los cubiertos no era demasiado doloroso. Estirarlos, sin embargo, era una tortura. Evidentemente, pelear con las manos desnudas no había contribuido a mejorar las cosas.

—Te propongo una cosa —dijo—. ¿Por qué no me cuentas algo más acerca de ti? Así podré pasar unos cuantos segundos sin meterme en problemas.

—¿Qué quieres que te cuente? —Adrasteia todavía no había probado ni un bocado de su plato—. Mi padre es marino mercante. Hace la ruta de las especias y la seda siempre que puede. Está más tiempo lejos de casa que en ella. Mi madre regenta una cervecería en Odess. Quería que me hiciera cargo de los alambiques. En vez de eso, aquí estoy.

—¿Odess no está en Abornea? —preguntó Kip. Su madre no le había enseñado mucha geografía, pero el muchacho sabía que Abornea e Ilyta eran dos satrapías distintas.

—Se encuentra al norte de las Angosturas, es una de las ciudades más grandes del mundo.

—Entonces ¿cómo es que tu patrocinadora es ilytiana?

—Porque es la última que me compró.

¿Comprar? Kip intentó disimular la sorpresa.

Adrasteia se dio unos golpecitos en la punta de la oreja. Presentaba un corte vertical, ya cauterizado.

—¿No lo ves?

—¡Ah! —Era una esclava... y él, un imbécil.

Pero la joven no se burló de él.

—Cuentan que entre los alumnos de la Cromería no hay ni esclavos ni personas libres. Cuentan un montón de cosas, por supuesto, pero si consigues ingresar en la Guardia Negra, es realmente cierto. —No lo dijo con amargura, no obstante. Se encogió de hombros. Aquí importaba quién eras, y no había vuelta de hoja.

—Entonces ¿por eso intentas entrar en la guardia?

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

La expresión de Kip debió de ser lo suficientemente elocuente. Adrasteia exhaló un suspiro.

—¿Sabes por qué casi todos los integrantes de nuestro grupo de prácticas son

mayores que tú, Kip?

—¿Ves mi cara de no tener ni idea de nada? Asume que esa es mi respuesta por defecto.

La muchacha sonrió antes de continuar.

—Ganarse un puesto en la Guardia Negra es el destino más codiciado con el que la mayoría de nosotros podríamos soñar. Tan solo en nuestro grupo ya hay cuatro legados: hijos de guardias negros. Cruxer, Rig, Aram y Tana. Te garantizo que todos ellos llevan practicando artes marciales desde que aprendieron a caminar. Si eres un esclavo y superas la prueba, recibes la libertad... aunque debes jurar lealtad a la Guardia Negra. Si eres el dueño de dicho esclavo, la Cromería te paga una fortuna a cambio de que transfieras tu propiedad. Los Verangheti han colocado docenas de guardias negros a lo largo de los años. Es uno de sus negocios más lucrativos. Yo llegué un poco por casualidad. Pertenecía a una familia que tenía una hija de mi edad. Querían que aprendiera a defenderse por sí misma. Empecé a entrenar con ella, para que tuviese alguien con quien luchar. Cuando se percataron de que podría ser capaz de trazar, me vendieron a lady Verangheti. Me obligó a practicar durante todo un año, a diario, de sol a sol, con un montón de grandes maestros, para que tuviese alguna oportunidad de ingresar en el cuerpo.

¿Toda una vida siendo propiedad de alguien? ¿Entrenando para esto?

—De modo que lo que intentas decirme es que no debería remorderme la conciencia porque una chica me haya dado una paliza.

—No te pases, molletes.

Kip tardó un instante de más en responder con una sonrisa, sin saber de inmediato que Adrasteia estaba bromeando.

—Perdona —se disculpó la joven, cariacontecida—, no quería... no sabía que fuera un tema sensib... no debería... Perdona.

Se produjo un silencio incómodo.

—Tengo entendido que no superaste el Trillador por poco —dijo Adrasteia.

—Por poco, sí. —Debería llamarse Kip «Por Poco». El recordatorio de otro fracaso. Pero era evidente que la muchacha lo había dicho sin malicia—. De hecho, tengo un talento especial.

—¿De qué se trata?

Kip bajó la voz.

—Es un secreto. No puedes contárselo a nadie. Vale su peso en oro.

—De acuerdo —dijo Adrasteia, inclinándose hacia delante.

Kip miró a derecha e izquierda, como si estuviera nervioso.

—Dejo los platos más limpios que nadie —susurró.

Desconcierto puro. Kip prácticamente podía escuchar los pensamientos de la muchacha: ¿habré entendido mal? Hizo un gesto en dirección a su plato vacío.

A Adrasteia se le escapó la risa.

—¡Eso va directo a mi patrocinadora!

Era mona. Maldición, vaya si lo era. Su sonrisa penetraba directamente en el pecho de Kip y removía las mismas estúpidas, espantosas y ridículas aguas que la de Liv en el pasado. Kip suspiró.

—Sé que solo estás siendo amable conmigo porque te lo han ordenado, pero me caes bien.

Algo se marchitó en los ojos de Adrasteia, que apartó la mirada. Kip vio cómo una oleada de emoción contenida recorría sus labios, donde en un segundo se sucedieron al menos cuatro expresiones distintas. Pestañeó varias veces. Se levantó y se marchó sin decir nada.

Bueno, Kip, tesoro, ¿qué tal tu primer día de clase?

He conseguido que la maestra me odie; un anciano me ha cruzado la cara de un guantazo y una niña me ha pegado una paliza; le he contado a toda la clase que eras una ramera; he destruido el sueño de otra persona de unirse a la Guardia Negra; y he hecho llorar a una chica muy maja. ¡Pero aparte de eso, genial!

Y me duele la mano. La apretó contra la superficie de la mesa, intentando estirarla como se suponía que debía hacer a todas horas. Se le cortó el aliento. Paró de inmediato. Respiró hondo. Tuvo que concentrarse para que no se le saltaran las lágrimas.

Kip se puso de pie y salió del comedor. El guardia negro que le habían asignado lo siguió. El hombre era alto y muy flaco, con los iris delimitados por un halo rojo tras las gafas de lentes cuadradas del mismo color, con una pistola enfundada a la espalda, yatagán sobre una cadera, katar sobre la otra. No formaba parte del grupo que había ido a Tyrea.

Ni siquiera había oscurecido del todo cuando Kip llegó al barracón. Le daba igual. Se desplomó encima de la cama, sin molestarse en echarse la manta por encima. Estaba rendido.

Pero el día aún no había acabado.

Notó un golpecito.

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó una voz.

No me fastidies.

Kip ni siquiera abrió los ojos.

—Tirarme pedos para dejártela calentita.

—Largo. —Esta vez, quienquiera que fuese acompañó sus palabras con un puñetazo en el hombro de Kip. No le dolió mucho. Con los párpados entreabiertos, Kip vio venir el golpe y se lo esperaba—. Esta noche quiero dormir en esta cama.

—Es un poco pequeña, pero supongo que podremos apretujarnos —dijo Kip, sentándose.

El matón era corpulento, pero tirando a rechoncho. Uno de esos que ganan altura y cuerpo enseguida, y apenas se enteran cuando todos los demás los alcanzan.

—Que te largues de mi cama, gordinflón —dijo el pendenciero.

Kip se restregó los ojos. Los demás muchachos del barracón los observaban mientras fingían que estaban preparándose el catre o quitándose la túnica.

—Es lo malo de ser un matón —dijo Kip—. Que no tienes forma de saber cómo de duro es el nuevo. Me apuesto lo que sea a que estás temblando de miedo, ¿a que sí?

—¿Qué? ¡Levántate de una vez, cachalote!

Así lo hizo Kip, sin apresurarse. El matón tenía el pelo castaño muy corto, el mentón prominente y la nariz grande; estaba un poco fofo, pero su tamaño imponía respeto.

—¿Te crees que eres el primer abusón que veo? ¿Que no me han acosado nunca? Los dos sabemos cómo funciona esto: yo marcaré un límite, en plan «no me pegues». Y Luego, como eres un abusón, tendrás que pegarme. Y luego...

O puedo saltarme todas esas bobadas.

Kip golpeó al matón en la nariz, con todas sus fuerzas. El puñetazo llegó a su destino y todo. Resonó un crujido sumamente satisfactorio. El matón se desplomó de inmediato, aturdido. La sangre le proporcionó el bigote y la barba que su edad aún le negaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kip al muchacho postrado a sus pies.

—Ed-dio —respondió el chico, taponándose la nariz, conmocionado aún. Se incorporó a cuatro patas. O a tres, mejor dicho, puesto que tenía una mano ocupada.

—¿Elio?

Elio comenzó a ponerse de pie.

—Te mataré, cochino... —La cortesía del combate dictaba que Kip le permitiera acabar de levantarse antes de reanudar la pelea.

Kip abofeteó al joven, que cayó de nuevo de bruces en el suelo. Saltó encima de Elio, dejándolo sin aliento e inmovilizándole el brazo retorciéndole la muñeca. Se quedó sentado encima de él.

De pronto, Kip se sentía fríamente al mando de la situación.

—Te voy a partir la cara, asqueroso —dijo Elio—. Lamentarás el día en que naciste. —Parecía haberse recuperado de la sorpresa. De improviso—: ¡Que me sueltes el brazo!

Elio se retorció y corcoveó en un intento por sacudirse de encima a Kip, pero este se limitó a continuar aplicando presión hasta que el muchacho lanzó un grito y dejó de debatirse. Sabía cuánto dolía que te retorcieran la muñeca, aunque siempre había vivido la escena desde el otro lado. En casa, Ramir tenía por costumbre aplastarle la cara contra el suelo, hacerle llorar de rabia y humillación. Se divertía obligándole a

morder el polvo y recitar todo tipo de vejaciones antes de permitir que se incorporara.

El matón no se dio por vencido.

—Te mataré, gordo cabrón. No puedes sujetarme eternamente, y cuando me escape, tendrás que guardarte las espaldas. Estaré ahí. Estaré esperándote, y la próxima vez no te librarás con un simple golpe en los morros.

Kip se dio cuenta de repente de que estaba montado encima de un tigre. Daba igual lo que hiciera, no podía ganar. Se encontraba en una posición ventajosa, por lo que lo tildarían de desconsiderado si se aprovechaba de ello. La experiencia le indicaba que ahora debería ofrecerle a Elio un ultimátum, algo como «¡retira eso!» u otra estupidez por el estilo. Elio se negaría, y Kip se quedaría sin opciones. Si permitía que se levantara, Elio volvería a la carga al día siguiente... y probablemente le sacaría las tripas. Si Kip torturaba a Elio forzándole el brazo, no le causaría daños irreparables, pero eso muchos de los testigos no lo sabrían, y aunque Elio claudicara, Kip quedaría como un malnacido cruel ante todos los chicos del barracón. O peor aún, alguien intervendría antes de que Elio se rindiera, y Kip parecería un debilucho además de sádico.

—Elio —dijo Kip, para ganar tiempo—, aunque no lo parezca, soy más duro que tú, más malo que tú y más listo que tú, y siempre iré un paso más allá de lo que tú te atrevas a hacer.

—Ahórratelo, comemierda —replicó Elio, percibiendo debilidad en los titubeos de Kip—. ¡Ayy! Ya puedes ir empezando a rezar, desgraciado.

Kip se hartó de repente. ¿Qué había dicho Puño de Hierro? «La victoria solo es el principio.»

—Elio, pensaba darte una última oportunidad para que te retractaras. Pero ya veo que no te arrepientes de nada. Eres demasiado estúpido, y yo estoy demasiado cansado como para seguir con este jueguecito. Pero quiero que recuerdes una cosa cuando salgas de la enfermería: este soy yo mostrándome piadoso.

Con la muñeca de Elio aún firmemente sujeta, Kip proyectó el antebrazo izquierdo hacia abajo, impulsándolo con todo su peso.

El brazo de Elio se rompió con un chasquido. Todo el mundo se quedó sin aliento. Una esquirla de hueso ensangrentada rasgó la piel. Elio profirió un alarido. Un aullido aflautado, impensable en alguien de su tamaño.

Kip se puso de pie. Ante la atónita mirada de otros cuarenta muchachos, Elio se alejó a rastras, sangrando y sollozando. Se levantó y salió del barracón renqueando, sosteniéndose el brazo roto. Ninguno de los chicos se ofreció a ayudarle. Nadie con autoridad acudió a ver qué ocurría.

Mientras Elio cruzaba la puerta tambaleándose, Kip vio que su guardia negro —el tipo alto y delgado— observaba desde las sombras en una esquina, apoyado en la pared. Lo había visto todo, sin duda listo para entrar en acción en caso de que la vida

de Kip corriera peligro. Aparte de eso, no pensaba entrometerse. Su cometido se limitaba a estar atento, impertérrito.

Con una despreocupación que distaba de sentir en realidad, Kip se tumbó en la cama y fingió quedarse dormido al instante. Dejadme en paz, es lo único que os pido. Dio la espalda a los muchachos que susurraban entre ellos, asombrados, repitiendo una historia que no necesitaba repetición. Todos lo habían visto con sus propios ojos.

El sueño de Kip era una farsa. Al cabo, los chicos apagaron sus velas. En la oscuridad, Kip revivió la Batalla de Garriston.

El hombre que había arrojado a las llamas del campamento, la piel que se desprendía a tiras de su rostro, como la de un pollo en una sartén pegajosa. Los ojos de los hombres, los semblantes deformados por la furia, intentando matar a Kip, buscando sus armas mientras él se precipitaba por el hueco de la muralla. La caída interminable. Las patadas que llovían sobre él desde mil sitios distintos.

El sabor de la pólvora en el aire.

El placer de hundir una hoja en un hombre, la piel que se abría, la hoja que penetraba en su carne, liberando sangre y alma.

Rodeado de soldados, los percutores amartillados. Kip disparándoles sus propias balas de mosquete en la cara.

Un globo ocular, azul como el mar, tirado en una losa del suelo, ni rastro de la cabeza de la que había saltado. Contemplando a Kip, mirándolo fijamente. Acusándolo. Asesino.

¿Qué has hecho?

Se acordó de todas las peleas que había perdido ante Ramir, el matón de su aldea. Pensaban que el ejército del rey Garadul terminaría reclutando por la fuerza a Ramir. Kip había matado a soldados... a muchachos... poco mayores que Ramir en Garriston. Muchachos a los que el ejército probablemente había reclutado por la fuerza. Inocentes encargados de hacer el trabajo sucio.

Pensaba que quería matar a Ramir, a veces, cuando era pequeño. Cuando no sabía lo que significaba. Cuando no sabía lo fácil que era.

¿En qué clase de monstruo me he convertido?

18

Gavin introdujo la carga, del tamaño de un puño, en el tubo y empezó a desenrollar un estrecho dedo de luxina verde, sumergiéndolo bajo las olas. En los últimos dos días había adquirido mucha práctica, pero seguía sin poder confiar en las cargas, compuestas de capas entremezcladas de luxina roja y amarilla envueltas en una burbuja hermética. La clave estribaba en crear esa capa interior con un pequeño defecto, pero sin cometer ningún error en el proceso. Al descomponerse la burbuja, la inestable luxina amarilla entraba en contacto con el aire. El fogonazo resultante encendía la luxina roja. Con cada capa ocurría lo mismo sucesivamente, provocando una explosión lo bastante potente como para despejar los arrecifes.

Pero el manejo de unos explosivos deliberadamente inestables conllevaba mucha tensión. A veces las cargas detonaban nada más tocar el arrecife; a veces tardaban varios minutos en estallar, cuando lo hacían.

Karris se encargaba de estabilizar la barca, ora con ayuda de una pértiga, ora con ayuda de los remos.

En esta ocasión, la explosión se produjo antes de que Gavin hubiera retirado el tubo de distribución. Este salió disparado de sus manos, y el mar se encabritó en el fondo bajo el bote. Gavin estaba preparado para recibir la ola, pero el violento despegue del tubo le hizo perder el equilibrio. Trastabilló de espaldas. Por lo general, caer al agua no sería tan grave, pero en ese momento estaba repleta de esquirlas de coral, afiladas como cuchillas, que habían aflorado a la superficie con la explosión.

Karris consiguió agarrar el cinturón de Gavin cuando este hundía ya un pie en el agua. Tiró con fuerza. Gavin regresó bruscamente al interior de la barca y derribó a Karris cuando fue a estrellarse contra las tablas.

Gavin se apresuró a rodar para evitar que la pequeña embarcación volcara, y acabó encima de Karris. Se rió.

—¡Buenos reflejos!

La expresión de los ojos de la mujer era tan intensa que Gavin temió que su corazón fuera a dejar de latir.

—Quítate. De encima —masculló Karris. Tenía el cuerpo rígido. Gavin debía de haber malinterpretado su expresión. Por una fracción de segundo hubiera jurado que...

—Perdona —dijo. Se levantó—. Buenos reflejos —repitió. ¿Lo mantuvo agarrado durante un instante de más? ¿Se elevó su cuerpo con el de él, resistiéndose

aún a romper el contacto? Gavin la miró.

El calor era abrasador, una constante en los dos últimos días. Gavin se había quitado la camisa sin perder tiempo, para refrescarse, y tras pasarse la primera jornada sudando púdicamente, Karris había seguido su ejemplo al segundo día, dejándose puesta tan solo su ceñida blusa de la Guardia Negra. Verla tendida de espaldas, expuesto su vientre firme, flanqueándolo con las piernas, radiante la piel a causa del sol dorado y el sudor, le cortaba la respiración y dispersaba sus pensamientos. Intentó —sin conseguirlo— no fijarse en sus pechos.

Fue apenas un instante, pero Karris se dio cuenta.

En los oídos de Gavin resonó la voz de su hermano preso, inesperada, cortante: «Así que también estarías dispuesto a arrebatarme esto, ¿eh, hermano? ¿Te acostarías con ella, fingiendo ser yo? ¿Quieres escuchar cómo grita mi nombre, transida de pasión?».

Si se tratara de cualquier otra mujer, forzaría el momento hasta el punto de ruptura: la besaría aquí y ahora, y que decidiera ella. ¿Que decía que no? Bueno, pues al diablo con ella. A otra cosa. Claro que, probablemente, diría que sí, y él se acostaría con ella y la dejaría con una sonrisa en los labios... antes de irse. Por lo menos habría hecho algo.

Karris era la única mujer que lo dejaba paralizado.

Recordó cierta ocasión, hacía mucho tiempo, en que yacía tendido junto a Karris en su habitación, en la casa de su padre. Recordó cómo había besado ese pecho, acariciado ese cuerpo, sus conversaciones hasta el amanecer. Habían hecho el amor media docena de veces a lo largo de toda la noche, imponiéndose la urgencia y la pasión a la torpeza de la inexperiencia. Él debía marcharse antes de que la dama de compañía de Karris acudiera a despertarla por la mañana.

Los dos sabían que su romance estaba condenado de antemano, incluso entonces, jóvenes como eran.

—Vendré a buscarte —le había asegurado Dazen.

Él cumplió su promesa, pero ella ya se había ido —por orden de su padre, aunque entonces él eso no lo sabía; pensó que lo había traicionado— y sus hermanos le habían tendido una emboscada. Y Dazen desató el incendio que los mató a todos: hermanos, criados, esclavos, niños, tesoros, esperanzas.

—Me he portado mal contigo en muchas ocasiones —dijo ahora Gavin. Se levantó—. Y me arrepiento de todas y cada una de ellas. Te pido perdón.

Le tendió una mano a Karris, para ayudarla a ponerse de pie. Por un momento pensó que ella lo rechazaría, pero entonces aceptó su mano, se incorporó de un salto, y no la soltó de inmediato. Se mantuvo muy cerca de él, desafiante en su proximidad.

—¿Te importaría ser más específico? ¿Qué es lo que quieres que te perdone?

En Garriston, Karris le había dicho: «Conozco tu gran secreto, desgraciado». Y lo

había abofeteado.

Lo cual en realidad no explicaba gran cosa. El Prisma había acumulado muchos secretos en el transcurso de los años, y lo que ella creyera saber podría distar varias leguas de la peor de las verdades. Su principal secreto había engendrado muchos más con el paso del tiempo.

Y cuando digo secretos, me refiero a mentiras.

Así que, ¿cómo de frío eres, Gavin? ¿Cómo de entregado a tu objetivo? Ya has matado antes por él. ¿Puedes hacerlo otra vez?

Se encontraban a cientos de leguas de distancia del espía de la Cromería más próximo. Si Gavin le contaba la verdad a Karris y esta amenazaba con desenmascararlo o destruirlo, podría asesinarla.

Sin miedo. Con toda tranquilidad.

En una pelea justa, Karris dispondría de alguna oportunidad frente a él. El adiestramiento de la Guardia Negra la convertía en un arma formidable. Pero luchar con un Prisma no tenía nada de justo.

—Te pido perdón, eso es todo —dijo Gavin. Apartó la mirada.

Karris no le soltó la mano. Se la apretó hasta que Gavin la miró a los ojos llameantes.

—Tus disculpas no serán válidas a menos que asumas alguna responsabilidad. Si ni siquiera eres capaz de poner nombre al motivo de tu arrepentimiento, es como si estuvieras ofreciéndome nada. La absolución no te saldrá gratis, no después de lo que has hecho. No viniendo de mí.

Gavin intentó retirar la mano. Karris se lo impidió.

—Suéltame, o disponte a nadar —dijo con voz glacial Gavin.

Karris lo soltó.

Condenada mujer. Lo sacaba de quicio. Sobre todo porque tenía razón. ¡Condenada!

Pero no podía matarla, y lo sabía. Antes permitiría que el mundo ardiera hasta los cimientos.

Karris recogió el tubo de luxina que Gavin había estado utilizando para distribuir las cargas y se lo ofreció.

—Cinco explosiones más y el canal debería estar listo —dijo—. Pero tendremos que apresurarnos para acabar antes de que baje la marea. Después podremos comenzar con los cimientos del rompeolas.

Trabajaron hasta que el firmamento se oscureció tanto que Gavin ya no pudo trazar más. Karris dirigía la barca, preparaba los moldes y se cercioraba de que estuvieran ateniéndose a los márgenes estipulados.

El rompeolas constaría en realidad de tres partes, con dos grandes brechas: una para las embarcaciones que entraran en la bahía, y otra para las que zarparan de ella.

Los canales que conducían a las vías de acceso zigzagueaban entre los corales, señalados con boyas los giros. Si se veían amenazados o los atacaban, los isleños podrían retirar las balizas. La tarea iba a ser ardua, pensó Gavin. La construcción de la Muralla de Agua Brillante le había enseñado unas cuantas cosas, pero también había dispuesto de miles de peones y docenas de trazadores a su servicio.

Qué detalle, erigir un refugio tan inexpugnable para el Príncipe de los Colores.

En fin, a la segunda va la vencida. Dejaría aquello en manos del pueblo de Tyrea —ahora su pueblo— y se encargaría de hacer unas cuantas cosas más para facilitarles la fundación de una ciudad. Después se iría.

Encendieron una pequeña fogata, y Karris asó el pescado que había capturado mientras Gavin dormía. Lo despertó, y comieron juntos.

—Lo siento —dijo Gavin—. Debería haberte ayudado con la cena.

Karris lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Te has propuesto crear la novena maravilla del mundo en una semana. De la cena puedo encargarme yo solita.

—En realidad no es justo, ¿no crees? No podría hacerlo sin ti, pero al final será «aquello que construyó Gavin», como la Muralla de Agua Brillante.

Karris sacudió la cabeza.

—Sois un misterio para mí, lord Prisma.

Gavin no recordaba haberse quedado dormido, pero cuando se despertó en plena noche, tenía una manta echada por encima. Vio a Karris a la tenue luz de los rescoldos, con la mirada perdida en las sombras. Le sobrevino una inmensa gratitud hacia ella. También se había pasado el día entero trabajando, y además ahora estaba montando guardia.

Karris se había situado de espaldas a él y al fuego, por supuesto, a fin de ver mejor en la oscuridad. Gavin y la mayoría de los subrojos poseían un control sobre sus ojos que les permitía alcanzar la plenitud de su visión nocturna enseguida, pero a Karris no le gustaba quedarse sin ella ni siquiera durante unos segundos.

Gavin se sentó. Se disponía a llamarla para decirle que él podía continuar con la guardia cuando vio que un estremecimiento recorría los hombros de Karris.

No era de frío. Estaba llorando. Hacía años que Gavin no la veía llorar.

Sabía que a Karris no le haría gracia descubrir que él se había percatado, pero se levantó y le apoyó las manos en los hombros. Karris se tensó.

—Ya sigo yo con la guardia —dijo Gavin, con delicadeza.

—No, Gavin. —La voz de Karris sonó desgarrada, al límite.

¿Que no qué? ¿Que no la toque? ¿Que no diga nada? ¿Que no me vaya?

—Hoy sería el cumpleaños de Tavos —dijo Karris, esforzándose para que sus palabras sonaran con claridad—. Casi se me olvida. —Tavos, su hermano. Había perdido la vida en el incendio. Era una persona espantosa, violenta e inestable, uno de

los muchachos cuyas burlas habían llevado a Dazen a creer que, a menos que presentara batalla aquella noche, moriría asesinado. Pero eso Karris no lo sabía, quizá no hubiera visto nunca aquella faceta suya. Y aunque así fuera, seguiría siendo su hermano—. Los extraño tanto a todos. Koios... —Parecía que quisiera añadir algo más, pero algo se lo impedía.

Koios había sido su hermano predilecto. Era el único al que Gavin lamentaba haber matado. La única persona medianamente decente entre todos ellos.

Entonces Karris rompió a llorar. Se giró hacia él, y Gavin la abrazó. No dijo nada, sin estar seguro aún de que no fuera un sueño, sabiendo tan solo que, si decía algo, lo echaría todo a perder.

Por desconcertante que parezca, a veces lo mejor que puede hacer uno es estar ahí, y abrir los brazos.

19

En su sueño, Kip era un engendro verde que perseguía a unos niños aterrorizados y los asesinaba con fuego y acero. Se despertó a ratos furioso, a ratos lloroso y sediento de sangre al mismo tiempo, adherida aún a él la rabia de aquellos fantasmas.

Cuando necesitó ir a orinar, de madrugada, lo acompañó un guardia negro. Se trataba de un hombre al que Kip no conocía, con los labios sellados. Se limitó a caminar junto a Kip, y le hizo esperar unos instantes mientras comprobaba que no hubiera ningún asesino escondido en el aseo. Qué ridiculez.

Levantarse de la cama por la mañana constituyó un auténtico alivio, a pesar de que Kip no se sentía descansado ni por asomo. Varios estudiantes mayores, del segundo curso, aparecieron para conducir al comedor a los nuevos alumnos.

Kip estaba famélico, pero nadie le sirvió más comida que al resto de sus compañeros. Llegó al final de la cola con cierto temor. Las mesas estaban distribuidas en largas hileras, y los estudiantes se agrupaban con sus amigos.

De los cuales yo no tengo ninguno.

Todo lo contrario, de hecho. Vio a Elio, con el brazo en cabestrillo envuelto en gruesos vendajes. El muchacho estaba hablando con sus amigos cuando se fijó en Kip. Cerró la boca de inmediato, y palideció.

Debería acercarme hasta allí. Debería sentarme con ellos, desarmarlos hablando de trivialidades, fingir que no pasa nada mientras ejerzo mi derecho a codearme con los chicos más duros de la clase.

Pero no se sentía con ánimos.

Solo entonces cayó en la cuenta de que esa mañana no había ningún guardia negro siguiendo todos sus movimientos. Miró en rededor a las filas de estudiantes, las mesas, el rancho, los criados y los esclavos. Ni rastro de ningún guardia negro. Por alguna razón, esa circunstancia embistió la tambaleante pizca de confianza que lo imbuía y la derribó en un abrir y cerrar de ojos. Habían visto lo que hizo. Habían decidido que protegerlo no valía la pena.

Kip reparó entonces en la presencia de unos chicos a los que reconoció: el muchacho de las gafas tan raras que el día anterior estaba sentado detrás de él en clase, y unos cuantos más de la sesión de adiestramiento de la Guardia Negra. Eran un grupo de parias; Kip se percató de inmediato. Eran los tímidos, los inteligentes, los feos, los que aspiraban a ingresar en la Guardia Negra pese a estar predestinados a fracasar a las primeras de cambio y sencillamente persistían en su empeño movidos

por algún tipo de vana esperanza, bien propia, bien de sus amos. En su mesa, por supuesto, había sitio, al igual que a su alrededor, como si fueran unos apestados. Kip se acercó a ellos.

—¿Sabes leer? —preguntó el muchacho en cuanto llegó Kip. En esos momentos, sus gafas articuladas lucían la lente azul abatida sobre uno de sus ojos, y la amarilla sobre el otro.

Kip titubeó. ¿Es que no querían que se sentara con ellos?

—Pues... sí.

—Porque si no puedes, tendrás que ir a tutoría. Y si puedes, tienes que consultar el horario de prácticas. Espera, pero si tenías... Bah, da igual, está claro que sabes leer. Le dijiste a la magíster Kadah que se fuera a la porra.

—¿En serio? —preguntó una joven de aspecto insulso.

Kip pasó por alto sus palabras y se concentró en la comida.

—¿Por qué te has sentado con nosotros?

—Me parecisteis más majos que esos de ahí. —Kip inclinó la cabeza en dirección al grupo de pendencieros—. ¿Queréis que me vaya?

Todos cruzaron las miradas. Se encogieron de hombros.

—No —respondió el chico de las gafas.

—Bueno, ¿y cómo os llamáis?

El gafitas se señaló con el dedo.

—Yo soy Ben-hadad. —Luego señaló a la muchacha de aspecto insulso—. Tiziri. —A continuación apuntó a un chico desgarbado, con los dientes muy separados—. Ese es Aras, y...

Los interrumpió una voz femenina.

—Oíd, ¿os habéis enterado de que anoche el nuevo le puso los halos del revés a Elio...? —Se mordió la lengua cuando vio a Kip.

—Y esa solo podía ser Adrasteia. Típico de ti, Teia.

—Ya nos conocemos —dijo con aspereza Kip.

Teia abrió la boca, pero cambió de opinión y se sentó en silencio, derrotada.

—No sabía nada —dijo Aras—. ¿Quién, qué nuevo? ¿Qué ha pasado?

—Aras... —masculló Teia, rechinando los dientes.

—¿Qué? ¿Ha habido una pelea, o algo? —insistió Aras.

—No sé si «pelea» es la palabra adecuada —dijo Kip.

—¿Tú? ¿Te has peleado? ¿Con Elio?

—¡Le rompiste el brazo por tres sitios! —dijo Adrasteia... ¿Teia?

—Ah, ¿sí?

—Espera, ¿le has roto el brazo a Elio? —preguntó Ben-hadad—. Odio a ese chaval.

—¿Fue así como te lastimaste la mano? —terció Tiziri. Una mancha de

nacimiento le cubría todo el lado izquierdo de la cara. Llevaba el pelo crespo repeinado en esa dirección en un intento por ocultarla, sin éxito.

Kip se miró la mano vendada. Supuestamente debía aplicarse una pomada todos los días. Esa mañana se le había olvidado. Ni siquiera sabía si podría encontrar la enfermería desde allí.

—No, eh... esto... Me tiraron al fuego, más o menos.

—Espera, espera, espera. Tienes que empezar por el principio —dijo Ben-hadad —. ¡Aras! Deja de mirar en esa dirección como un pasmarote o se darán cuenta de que estamos hablando de...

Aras, Teia, Tiziri y Kip se volvieron al unísono hacia la mesa de Elio... y vieron que todos los amigos de Elio los estaban observando fijamente. Pillada.

Ben-hadad se frotó la barbilla, donde comenzaba a despuntar una sombra de barba.

—Para qué molestarse —dijo. Levantó las lentes de colores de las gafas. Centró la mirada en Kip; uno de sus ojos parecía ligeramente más grande que el otro. Kip había oído hablar de esas lentes que en teoría corregían la vista, pero nunca antes se había topado con unas. Era inquietante—. Bueno —le dijo Ben-hadad—, desembucha.

—¿Lo de Elio? Se me acercó, me pegó un par de meneos, y le aplasté la nariz.

Todos se quedaron esperando a que continuara.

Kip engulló otra cucharada de rancho.

—El peor. Cuentacuentos. Del mundo —dijo Teia.

—¿Le aplastaste la nariz con tanta fuerza que se le rompió el brazo por tres sitios? —inquirió Ben-hadad.

—Mirad —dijo Kip—, no fue nada. Estaba muerto de miedo y sabía que me iba a pegar una paliza, así que... ya sabéis. Se la di yo primero. Me dejé llevar por el pánico.

—¿Y le partiste el brazo? —preguntó Teia.

Kip se encogió de hombros.

—Dijo que iba a matarme.

Sus expresiones abarcaban desde la incredulidad a la admiración absoluta.

Kip decidió bromear para quitarle hierro al asunto.

—Solo puedo usar una mano. Ahora, si vuelve a por mí, estaremos en igualdad de condiciones.

Nadie lo encontró divertido.

—Me cago en la puta —dijo Aras—. Te vi en las pruebas de acceso, pero no sospechaba que fueras tan bueno.

—Por tu pinta, nadie diría que eres tan peligroso —observó Ben-hadad—. Pero supongo que eso demuestra que eres un Guile.

—Cuentan que, al terminar la pelea, le rompiste el brazo porque te llamó bola de sebo —dijo Tiziri. No había visto a Kip en las pruebas de acceso, eso era evidente.

Teia se encogió en el asiento.

—No fue así —replicó Kip—. En serio. Todo ocurrió muy deprisa, y terminó como en tres segundos más o menos. Tuve suerte. De veras. Preguntadle a Teia. Es más dura que yo. Ayer me pateó la cara.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? —balbució Ben-hadad—. ¿Teia?

—Me asignaron a Kip de compañero —dijo la muchacha, con una mueca.

Vaya, hombre. Gracias.

—¿Compañero? —insistió Ben-hadad—. ¿Te presentaste a las pruebas? Pensaba que no ibas a hacerlo hasta el año que viene. —Adoptó una expresión compungida durante unos instantes, pero se repuso enseguida—. ¡Habría ido a verte! ¡Ja, novata!

Kip dejó que sus cejas enarcadas formularan la pregunta por él.

—Ben-hadad llegó el año pasado, a finales de primavera —explicó Aras—, demasiado tarde para las clases de trazo, pero superó el examen de acceso a la Guardia Negra. —Se giró hacia Teia—. ¿No decías que la Guardia Negra te parecía una tontería? Que cruzarte en el camino de las espadas dirigidas contra un hatajo de idiotas es una estupidez, esas fueron tus palabras.

—Aras —dijo Tiziri—, estás sentado al lado de Kip Guile.

—Ya lo sé. No estoy sordo. ¿Y qué pa...? ¡Ay, ah! Teia no quería decir que tu padre fuera un idiota, Kip, te lo aseguro. Debía de referirse a la Blanca. Quiero decir, si no era el uno sería la otra, ¿no? ¿O el Rojo? No, espera, ese es tu abuelo.

—¡Aras! —exclamó Teia.

—Teia —dijo Ben-hadad—, dijiste que no querías ganarte la vida haciendo daño a la gente. —Parecía haberse tomado como una afrenta personal el secretismo de Teia con respecto a las pruebas de acceso.

—¡Y es cierto! —protestó Teia, a la defensiva.

—Entonces ¿qué? Cuando yo hablo de unirse a la Guardia Negra, lo que hacen es una basura y una estupidez, pero de repente aparece Kip y...

—¡Eso no tiene nada que ver! No todos somos bicromos, Ben. Quizá seas incluso poli. Puedes ir adonde quieras, hacer lo que quieras. Serás tan poderoso que a nadie le importará quiénes sean tus padres. Yo ni siquiera tengo un color de verdad.

—Tu color es tan real como el que más. Es solo que la gente todavía no lo reconoce, Teia, ya hemos hablado de...

—Si nadie lo reconoce —lo interrumpió Teia—, tampoco nadie va a reclutarme basándose en él. Tal vez dentro de cinco años haya más personas que compartan tu opinión, pero por ahora no me queda otra opción. Es lo único para lo que valgo. ¿No lo entiendes? Intenté cambiar de patrocinador. Fracasé, y mi ama me ordenó que me presentara a las pruebas de la Guardia Negra.

—No sabía que te lo hubiera ordenado tu ama —dijo Ben-hadad—. Perdona.

Conseguirá entrar, pensó Kip, pero no dijo nada. Era él quien había desvelado el secreto sin proponérselo. Quizá manteniendo la boca cerrada consiguiera evitar que las iras de la muchacha cayeran sobre él.

—Y a ti, «compañero» —dijo Teia—, gracias por nada.

20

Kip terminó de desayunar sin que su hambre hubiera desaparecido por completo. Teia se levantó y fue a consultar las listas colgadas en la pared. Dejó el tazón, la cuchara y el vaso encima de la mesa, como parecían hacer casi todos.

Ben-hadad y Tiziri se marcharon también, en direcciones distintas. Kip y Aras fueron los únicos que se quedaron sentados a la mesa. El desgarbado muchacho masticaba despacio. La nuez que le abultaba la garganta, exageradamente grande, le confería el aspecto de un gigantesco buitre mansurrón.

—¿Deberíamos hacer algo con los tazones? —preguntó Kip.

—¿Eh? —Aras estaba distraído, observando a unas chicas. Bonitas, con los mismos uniformes sin distintivos que todos los demás, pero con pulseras y gargantillas. Adineradas. Inalcanzables, pero no en sueños, a juzgar por la expresión abstraída de Aras—. ¿Tazones? ¿Qué?

—¿Deberíamos retirarlos? —preguntó Kip. En su tierra, nadie toleraría que un quinceañero se librara de fregar los platos.

—De eso se encargan los esclavos. Deberías irte. Falta poco para la primera clase. —Aras volvió a concentrarse en las chicas.

Alejarse de la mesa era como abandonar un refugio seguro para volver a internarse en un territorio infestado de lobos. Pero no podía posponerlo. Kip se levantó y se acercó a la pared empapelada de listas. Por el camino, se cruzó con unos cuantos discípulos veteranos que entraban en esos momentos. Una pareja pasó por su lado con los brazos pegados a los costados y cara de concentración, sosteniendo la comida en las bandejas azules que estaban trazando. Alzaron las manos sin detenerse, intentando calibrar la luxina abierta sin que se les cayeran los tazones y los vasos. Sellaron las bandejas casi al unísono.

—Ay no, ay no, ay no —musitó el joven. Había sellado mal la luxina, y justo cuando ya llegaba a su mesa, la bandeja se desintegró. Su tazón y su vaso se hicieron añicos contra el suelo.

—¡Punto para las chicas! —dijo su contrincante, mientras depositaba tranquilamente su bandeja perfecta encima de la mesa.

El muchacho masculló algo entre dientes mientras otro grupo de chicos, evidentemente amigos suyos, se lamentaban.

—Eso lo vas a limpiar tú personalmente, Gerrad —anunció uno de los magísteres —. Nada de esclavos.

Teia interceptó a Kip antes de que este llegara a las listas.

—Tenemos turno en el espejo de la torre azul.

—¿Cómo?

—Te perdiste la semana de adaptación, cuando nos enseñaron cómo funcionan las cosas por aquí. No sabes nada —dijo Teia—. Así que le he pedido a alguien que nos cambie las tareas. Estaremos juntos toda la semana.

—¿En serio? —dijo Kip. Fue como si un rayo de normalidad se abriera paso por fin entre los impenetrables nubarrones de su ignorancia.

Se disponía a darle las gracias a Teia cuando esta lo interrumpió:

—No. No digas nada.

—Pero si iba a...

—No lo hago por ti. Los compañeros a menudo tienen que compartir los castigos del otro. Los castigos generalmente significan perderse clases. Así que, como la pifies, reducirás mis opciones de ingresar en la Guardia Negra.

Estupendo, otra cosa más por la que sentirse culpable.

Teia lo condujo a uno de los ascensores, donde se sumaron a los otros cincuenta estudiantes que estaban esperando. Ese día Teia no se había recogido el pelo, y ahora Kip se sintió como un estúpido por haberla confundido con un chico al principio. Cretino.

Se preguntó qué estaría haciendo Liv. Se preguntó si aún seguiría viva, siquiera. Estúpidas preocupaciones. Seguro que a estas alturas andaba ya asesinando gente por ahí. Kip estaba presente en la víspera de la Batalla de Garriston. Había escuchado todas las mentiras del Príncipe de los Colores y las había reconocido por lo que eran: falacias y verdades a medias. Floripondios retóricos para enmascarar su cobardía.

La magia era complicada. Te convertía en el amo del mundo durante un par de décadas, y después te transformaba en su esclavo. Los trazadores enloquecían. Cuando una persona dotada de inmensos poderes pierde la cabeza, todos los demás corren peligro. Matar a esas personas no era agradable, pero sí necesario.

Cuando el Príncipe de los Colores decía: «¡No asesinaremos a nuestros padres tras tantos años de servicios prestados!», lo que en realidad quería decir era: «No quiero morir cuando me llegue la hora. Quiero disfrutar de todos los privilegios que nos conceden nuestros dones, pero sin pagar ningún precio». Kip podía verlo, y eso que era un cretino. ¿Por qué a Liv le costaba tanto?

Transcurridos unos minutos, Kip y Teia consiguieron montar en el ascensor junto con otros veinte alumnos más.

—Estamos de suerte —dijo la muchacha—. Los espejos son aburridos, pero ¿pasarte toda la mañana con los contrapesos y después ir a hacer los ejercicios de la Guardia Negra casi sin poder levantar ni los brazos? Eso sí que es horrible.

—Gracias, ni me lo menciones —dijo otro chico. A Kip le pareció reconocerlo de

la clase de la Guardia Negra. ¿Cómo se llamaba? ¿Ferkudi?—. ¡Me han asignado a los contrapesos para toda la semana!

—Te cambiamos la tarea —propuso Teia.

—¿En serio?

—No —dijo Teia. Todos los alumnos se echaron a reír.

El ascensor se detuvo hacia la mitad de la torre, y casi todos los estudiantes salieron en tropel para cruzar las pasarelas. Kip y Teia hicieron lo propio. Las seis torres exteriores de la Cromería estaban conectadas a la torre central por una serie de estilizadas pasarelas que colgaban en las alturas. Kip había cruzado antes uno de estos puentes. Sabía que eran seguros.

Después de todo, la Cromería no jugaría con las vidas de sus trazadores, ¿verdad?

Kip tragó saliva y siguió caminando. La torre azul estaba recubierta de facetas de luxina azul cortadas, gracias a las cuales la superficie entera resplandecía al sol como un millón de zafiros. Kip se habría quedado sin aliento, si todavía le quedara alguno.

—No te gustan las alturas, ¿eh? —comentó Teia cuando llegaron al otro lado.

—No encabezan mi lista de cosas favoritas —confesó Kip.

—Entonces esto no va a ser divertido.

Kip se obligó a esbozar una leve sonrisa.

—¿Has tenido alguna mala experiencia o algo así? —preguntó Teia—. Con las alturas, digo.

—Una gorda asesina intentó arrojarme desde lo alto de la torre amarilla una vez.

Teia lo miró con suspicacia.

—Mira, si no te gustan las alturas, me parece perfecto. No hace falta que te burles. Solo intentaba mantener viva la conversación.

Kip abrió la boca. No, esta no la iba a ganar.

¿Habrían averiguado quién quería verlo muerto?

Porque, en tal caso, nadie le había informado de nada. Lo cual le recordó a su escolta de la Guardia Negra... de quien seguía sin haber ni rastro. Kip volvió a experimentar la sensación de estar tangencialmente implicado en algo importante. Alguien intentaba asesinarlo; nadie le explicaba por qué. Tenía un escolta de la Guardia Negra; el escolta de la Guardia Negra se esfumaba y a nadie se le ocurría avisar a Kip.

Vete a jugar al rincón y no des la lata a los adultos, Kip.

Teia encabezó una comitiva de una docena de estudiantes hasta el ascensor de la torre azul, que los condujo a lo alto. Allí los esperaba una puerta tan enorme como recia, y un bonito pasillo.

—La otra mitad de la planta superior es para los sátrapas, los nobles y las festividades religiosas —dijo Teia—. El Día del Sol, todo este piso rota para que sea su mitad la que dé al sol, en vez de la nuestra.

Al otro lado de la recia puerta había una sala repleta de engranajes, poleas, cuerdas, relojes de arena y campanas, con grandes ventanales. Era tanta la claridad que Kip se quedó deslumbrado por un momento. Teia le tendió un par de grandes gafas redondas, con las lentes tintadas. Volvió a ver con normalidad en cuanto se las puso.

Los ojerosos alumnos que se habían encargado del turno de madrugada se levantaron de sus sillas y entregaron sus gruesos abrigos a los recién llegados. Algunos de ellos murmuraron instrucciones relativas al estado de determinados engranajes o cuerdas. Unos pocos intercambiaron bromas entre ellos. Kip estaba perdido.

Al cabo de un rato, ocuparon sus puestos. Kip y Teia cogieron sus abrigos y buscaron sendos asientos. Había seis estaciones, dos estudiantes por cada una de ellas, dos sillas, cuatro relojes de arena, cuatro campanas, un espejo gigantesco por estación, cuyo diámetro medía más que Kip de alto, y tres espejos más pequeños.

—La Cromería entera rota durante todo el día para encarar siempre el sol, más o menos directamente —explicó Teia—. De modo que solo tenemos que mover los espejos arriba y abajo cuando sale el sol. La primera regla es que nunca debes tocar los espejos con las manos. Si surge algún problema, para eso están los pulidores de lentes. Son los mejores del mundo, y se ponen furiosos si se encuentran los espejos llenos de huellas.

Pero por impresionantes que fuesen los espejos y las poleas, lo que más llamaba la atención a Kip era otra cosa. Había media docena de gigantescos boquetes en el suelo: un enorme agujero central, con seis espejos encima, y varios más pequeños.

—Pozos lumínicos —dijo Teia—. Para que los trazadores de la torre que estén debajo de nosotros dispongan siempre de toda la claridad que necesiten, aunque se encuentren en la cara oscura de la torre, o sea demasiado temprano o demasiado tarde. Asómate.

De modo que todos los equipos empleaban su gran espejo para dirigir la luz hasta otro espejo enorme colocado sobre el agujero central, donde los demás espejos se encargaban de proyectar la luz hacia abajo.

Kip se asomó al filo del agujero. Las paredes verticales caían en picado, recubiertas de reluciente plata bruñida, precipitándose interminablemente hacia abajo. El resplandor de la luz solar acumulada le impedía atisbar siquiera el fondo.

Mientras observaba, unas cuatro plantas más abajo, una sección de la pared se abrió y un espejo de tres pies de diámetro se interpuso en la trayectoria del torrente de luz. Kip vio que había otros espejos más abajo, recogiendo la claridad a su vez, separados meticulosamente entre sí para que los espejos de arriba no bloquearan la luz a los de abajo.

Kip dio un paso atrás y tragó saliva. Era algo asombroso, una genialidad... y no

había ninguna barandilla que impidiera que los encargados de los espejos se despeñaran.

Lo sobresaltó el tintineo de una campanilla. Teia dio la vuelta al reloj de arena que estaba conectado a ella y agarró una cuerda extendida sobre uno de los espejos secundarios más pequeños. Accionó una palanca traqueteante que movió ligerísimamente el espejo.

Los espejos pequeños proporcionaban luz a otros aún más diminutos.

—Para los laboratorios especiales, o los de los policromos, o los aposentos de los Colores —declaró Teia, en respuesta a la pregunta muda de Kip—. Cada torre dispone de un número limitado de pozos lumínicos, así que si quieres tener uno para ti solito deberás ser muy importante. Pero nuestro trabajo no tiene ningún misterio. Cuando se le coge el tranquillo, al menos. No hay que calibrar nada. De eso se encargan los esclavos de los espejos, que realizan todos los ajustes necesarios al amanecer, y a nosotros solo nos toca mover un poquito las cuerdas cada vez que suene alguna campana. Lo de venir en parejas es para que no nos durmamos, y por si hay que abrir las ventanas, y para el cambio de cenit.

—Claro. El cambio de cenit —repitió Kip, sin tener ni la menor idea de lo que ella estaba diciendo.

La tarea parecía compleja al principio, pero Teia no tardó en dejar que Kip accionara las palancas y diera la vuelta a los relojes de arena.

—¿Alguna vez se ha caído alguien por alguno de los agujeros? —preguntó Kip.

—El año pasado se cayó un chico a uno de los pozos lumínicos más pequeños. Chocó con el espejo de la torre azul cuatro plantas más abajo. Se rompió la espalda. Falleció seis meses después. Hace unos años, cuentan que dos estudiantes se pelearon aquí, y que uno de ellos empujó al otro al pozo principal. Murió al instante. El asesino juró que había sido un accidente. Nadie se lo creyó.

—¿Y qué hicieron con él?

—La Mirada Fulminante de Orholam.

El rostro de Kip aparentemente lo decía todo por él: no tengo ni idea de qué me hablas. Otra vez.

—Hay una columna en la base del puente del Gran Jaspe. ¿Conoces las Mil Estrellas?

Las torres de espejos que salpicaban toda la ciudad.

—Sí.

—Bueno, pues todos esos espejos, más todos los de las torres de la Cromería, convergen sobre ese punto. Allí es adonde llevan al condenado, a mediodía. Los trazadores pueden elegir entre morir achicharrados como una hormiga bajo una lupa, o trazar. Pero si trazas, es como intentar canalizar demasiada agua por una pajita. Revientas.

—Eso suena... inenarrablemente espantoso —dijo Kip.

—No está pensado para que la gente se ría. Venga, va a empezar la clase. ¿Crees que hoy podrás aguantar hasta el final sin provocar ningún incidente?

Kip frunció el ceño, resistiéndose a cambiar de tema.

—Yo pensaba que las Mil Estrellas convergen sobre el Prisma todos los Días del Sol.

—¿Y?

—¿Y cómo es que él no muere? —preguntó Kip.

—Porque es el Prisma. Para él, nada es imposible.

21

Esto es imposible.

Siete años, siete grandes propósitos.

Era una fantasía, un cuento de hadas, un disparate. El objetivo de Gavin era inalcanzable.

Yacía tendido junto a Karris, lo bastante cerca como para compartir su calor corporal. Había dormido intermitentemente, como siempre, acosado por las pesadillas, también como siempre. La noche anterior, sin duda debido a su temor a haber perdido el azul, había soñado que su hermano escapaba del infierno azul. Apartó de sí ese pensamiento, ignorando el dolor lacerante y la opresión de su pecho. Faltaba poco para el amanecer. Karris se despertaría en cualquier momento, y se apartaría de él. Se levantarían; reanudarían el trabajo. Tarde o temprano, los habitantes de aquella isla acudirían para detenerlo o para parlamentar. Si intentaban matarlo, vendrían de noche. Con el amanecer inminente, pensó que era poco probable que fueran a atacar entonces. Gavin viviría un día más.

El primero de sus propósitos era de lo más simple, y sin embargo fracasaba una y otra vez: contarle toda la verdad a Karris. Cuando el Príncipe de los Colores conquistó la ciudad, había estado a punto de renunciar al segundo: salvar al pueblo de Garriston, que tanto había sufrido por su culpa. Ahora, la salvación despuntaba sobre el horizonte. Había cumplido otros propósitos: descubrir la forma de viajar más deprisa que nadie; socavar la autoridad de algunos de los Colores del Espectro, el consejo que dirigía la Cromería. Otros aún estaban incompletos. Todos ellos, salvo revelarle la verdad a Karris, convergían sobre un único objetivo, un plan maestro en el que apenas se atrevía a pensar, por miedo a que el mero hecho de darle demasiadas vueltas lo volviese aún más imposible de lo que ya era. Como si, al pensar en ello, el secreto pudiera liberarse y escapar de sus manos para siempre.

Su difunto hermano, Sevastian, se merecía algo mejor. Su madre se merecía algo mejor. Gavin se merecía algo mejor.

Ni siquiera entonces, al pensar en esos términos, estaba seguro de a quién se refería con «Gavin», si a su hermano o a él mismo.

Karris se acurrucó contra él, pero el mismo movimiento pareció elevar su consciencia hasta romper la superficie del sueño, y dio un respingo. Gavin acompasó la respiración, fingiendo que dormía. Karris se retiró, se alejó discretamente, como si no quisiera despertarlo. Quizá lo odiara —y con razón—, pero eso no le restaba ni un

ápice de consideración. Una de las muchas cosas que a Gavin le gustaban de ella.

La noche anterior la había abrazado mientras lloraba la muerte de su hermano. La sostuvo entre sus brazos hasta que la venció el sueño, y después se incorporó para montar guardia. Había envidiado sus lágrimas, al mismo tiempo que estas lo conmovían y reavivaban el anhelo que sentía por ella. Había envidiado su limpio pesar por un hermano muerto, tan distinto del horror y la culpa que le producía a él su hermano vivo. No era de extrañar que hubiera soñado con Dazen cuando le llegó el turno de dormir. En cualquier caso, lo ocurrido la víspera no cambiaba nada entre ellos. Hoy no esperaba más que un áspero «gracias», en el mejor de los casos. Después las cosas volverían a la normalidad.

Solo que la normalidad no podía durar. Karris no era tonta: tarde o temprano se daría cuenta de que Gavin no podía trazar el azul. Y sus preguntas resultaban ya lo bastante inquietantes.

Lo cierto era que todos sus propósitos apuntaban en la misma dirección, salvo el de contarle la verdad a Karris, que apuntaba directamente en la opuesta. Karris constituía la amenaza más grave para sus planes. Y era inmune tanto a los halagos como a la presión. No tenía nada salvo su propio sentido de la justicia. Si pensaba que destruirlo era lo correcto, pondría en ello todo su empeño y al diablo con las consecuencias.

Lo más inteligente sería tratarla como a cualquier otro obstáculo y quitarla de en medio.

Eso no tenía por qué equivaler a matarla. Podría llevarla a una de las islas de la periferia, donde incluso los mercaderes aparecían únicamente una vez al año, y abandonarla allí. Así, ocurriera lo que ocurriese con él, ella no podría entrometerse. Pero arrebatar un año de vida a una mujer a la que casi con toda seguridad solo le quedaban otros cinco tampoco sería un delito venial.

Se sentó. Así no iba a llegar a ninguna parte.

Karris, que se había internado en el bosque para hacer aguas menores, regresaba en esos momentos.

—¿No te has tropezado con ninguna hiedra venenosa? —preguntó Gavin.

Karris se ruborizó al recordar aquel antiguo percance.

—Últimamente me ando con más cuidado.

—El gato escaldado del agua fría huye, ¿eh? —Gavin se puso de pie y se desperezó. También él tenía que desahogarse.

—No siempre. —En los ojos de Karris anidaba una expresión misteriosa.

Gavin se internó en el bosque y comenzó a orinar. Hacía quince años, le habría resultado incómodo tener a alguien a dos pasos de distancia mientras hacía sus necesidades. La constante presencia de los guardias negros se había encargado de acabar enseguida con sus remilgos. Su escolta no iba a perderlo de vista, y menos en

la espesura.

—¿Gavin? —dijo Karris—. Gracias.

Gavin siguió meando. No iba a cometer el error de decir nada, de reírse ante la constatación de sus sospechas. Carraspeó.

—Bueno, ¿crees que al Tercer Ojo le dará por aparecer hoy?

—Apuéstate lo que quieras —dijo Karris, tensando de repente la voz. Gavin oyó cómo amartillaba la pistola.

22

—Ahora quizá no os deis cuenta, pero esta asignatura es la más importante que algunos de vosotros llegaréis a estudiar jamás —declaró la magíster Hena. Era a un tiempo imposiblemente alta e imposiblemente delgada, contrecha, tenía la dentadura estropeada y unas gruesas lentes correctoras sin tintar que hacían que sus ojos parecieran de distinto tamaño—. Para la mayoría de vosotros, muchachos, será la única vez que paladeéis la grandeza de crear estructuras reales con luxina, por lo que os recomiendo que prestéis atención, así sabréis lo que hacen las mujeres para las que trabajéis. Si demostráis aptitud para ello se os permitirá encargaros de la aritmética, claro, por lo que una considerable parte de esta clase tendrá que ver con la decididamente mundana tarea de enseñaros a manejar el ábaco y las habilidades del dibujo. La ingeniería es saber. La construcción es un arte. Lo primero puede hacerlo cualquiera, lo segundo solo está al alcance de las mejores mujeres.

Uno de los chicos, con el ceño fruncido, levantó la mano. La magíster le indicó que hablara.

—Magíster Hena, ¿por qué no podemos construir nosotros?

—Porque solo a los supercromados les es dado construir con luxina. Muchachos, vuestros ojos son inferiores. Algunas aplicaciones prácticas os permitirán encubrir vuestras carencias si le ponéis algo de empeño y rociáis la suficiente cantidad de luxina sobre el problema. Pero aquellas estructuras en las que la gente tenga que depositar su fe son otro cantar. Solo las mujeres, y solo si son supercromadas, tienen permiso para construir. No merece la pena arriesgarse a morir por haber confiado en un hombre.

—Pero ¿por qué, magíster Hena? ¿Por qué no podemos trazar igual de bien que ellas? —preguntó el muchacho. Parecía un llorica. Incluso a oídos de Kip, quien también opinaba que era una injusticia.

—Ni lo sé ni me importa. Pregúntaselo a un luxiat, o a cualquiera de tus maestros de teología. El objetivo de hoy es separar a los supercromados del resto. Sí, ya sé que superasteis esta prueba en su momento, pero los ingenieros no dejamos nada al azar, sino que necesitamos pruebas. Cuando no se puede demostrar la existencia de algo, es que ese algo no existe. Lo que tenéis delante son unas pizarras con siete barritas de luxina. El trazo de la luxina de cada una de esas líneas solo es incuestionablemente perfecto en un punto específico. Utilizad la tiza para señalar dicho punto. Caminaré entre las mesas mientras compruebo vuestro trabajo, y los supercromados pasarán a

sentarse en las primeras filas de la clase.

Kip cogió la tiza mientras contemplaba las barritas de luxina. Sabía que estaba condenado a fracasar de todas formas, hiciera lo que hiciese. Era un supercromado varón. Un bicho raro. Pertenecer al grupo «de élite» no iba a servirle de nada, porque sería el único chico. Los demás lo odiarían por estar con las chicas, y estas tampoco iban a tratarlo como si fuera una de ellas. Por mucho que se esforzara, desentonaría siempre.

Y como la magíster Hena conocía los resultados anteriores, si ahora Kip suspendía la prueba, le preguntaría si lo había hecho a propósito. Dudaba de que «es que ser chico y supercromado me da mucho apuro» fuera a parecerle un argumento aceptable.

Kip dibujó sus marcas con tiza. Estaba chupado. Por toda la sala, sus compañeros y compañeras entornaban los párpados y escudriñaban las barritas desde todos los ángulos, sosteniéndolas en alto para que les diera la luz. De repente, Kip sintió pena por las chicas que no lo lograran. Que un chico suspendiera era una cosa. Nadie esperaba que pudiese aprobar. Pero la mitad de las chicas superaban la prueba. La cifra era lo suficientemente elevada como para que el fracaso constituyera una deshonra. Fracasar equivalía a ser como los chicos. Equivalía a ser una trazadora mediocre. Podía ver cómo las atenazaban los nervios.

—Este examen no es de los que se aprueban poniéndole empeño —dijo la magíster Hena—. Las diferencias están ahí, si no las veis es porque no podéis verlas. Consideradlo un fracaso, pero no os lo toméis como algo personal. No podríais hacer nada para aprobar. O bien nacisteis con este don, o no. Venga, dejad esas tizas.

¿«O bien nacisteis con este don, o no»? Muchísimas gracias. Eso sí que es un consuelo.

La magíster Hena empezó a caminar alrededor del aula, seleccionando a los estudiantes.

—Al frente, al frente, quédate en tu sitio, quédate en tu sitio. En tu sitio, en tu sitio, en tu sitio. —Pasó por detrás de Kip—. En tu... ah...

Miró con atención la pizarra de Kip, comparándola con las de sus vecinos. Kip supuso que el número de exámenes era limitado, y que la magíster intentaba averiguar si era posible que hubiera copiado a un supercromado real para acertar todas las respuestas.

No había oído hablar de él, por lo visto. Estupendo.

—Haz la prueba del chico que tienes al lado —le ordenó la magíster Hena.

Kip se encogió de miedo para sus adentros cuando las miradas de toda la clase convergieron sobre él. Cogió la tiza y señaló rápidamente los puntos correctos en la pizarra del muchacho... el cual, naturalmente, no había acertado con ninguna de sus marcas.

—Hum, un supercromado varón. El primero en años —dijo la magíster Hena—. Muy bien. Al frente de la clase.

Terminó de separar al resto de los alumnos y regresó al frente de la clase a su vez para hablar con quienes habían superado la prueba.

—De acuerdo. Chicas... y chico... si ahora estáis sentados aquí delante es porque gozáis del favor de Orholam. Podéis apreciar la belleza de sus creaciones de un modo al que el resto de esta clase y la mayor parte del mundo están ciegos. Sin embargo, eso significa que se espera más de vosotros. Por eso os he pedido que os sentéis aquí delante, no porque me importe un bledo la casualidad que quiso que nacierais con los ojos más agudos que nadie. Veis más cosas que los demás, así que por Orholam y por mí deberéis dar buen uso a vuestra vista. ¿Entendido?

—Sí, magíster —dijeron tímidamente las chicas.

La magíster enarcó las cejas y los miró a todos por encima de la enorme montura de sus gafas. Las muchachas repitieron su respuesta, esta vez con más ímpetu. Kip se sumó a ellas, por miedo a llamar todavía más la atención.

—Bien. Y ahora, el ábaco. ¿Alguno de los presentes es de Tyrea? ¿No? Ah, el muchacho, por supuesto —dijo cuando Kip levantó la mano. Continuó—: Tyrea, a pesar de que las apariencias indiquen lo contrario, fue en su día la cuna de un gran imperio, mucho antes de Lucidonius. Quizá hubiera empezado ya a decaer cuando apareció él, o puede que su llegada acelerara el proceso. Eso queda para otra clase. El imperio tyreano nos legó unos cuantos dones y otras tantas maldiciones. A efectos de esta asignatura, lo único que me interesa es el sistema duodecimal. Tyrea es la responsable de que nuestros días se dividan en mitades de doce horas, de sesenta minutos cada una. Puede que a algunos aborneanos y tyreanos os hayan enseñado a usar el sistema duodecimal en el cálculo y la aritmética. En tal caso, esta asignatura os parecerá muchísimo más complicada. Ese sistema numérico es herético, y de ahora en adelante no volveréis a emplearlo. ¿Herético?, os preguntaréis. Sí, blasfemo. ¿Cómo puede ser herético un sistema numérico? Bueno, ¿cómo puede basarse en el doce? ¿Alguien sabe en qué se basa nuestro sistema numérico?

—En el diez —respondió una de las jóvenes de la primera fila.

—Correcto. ¿Por qué es lógico el número diez?

Nadie dijo nada.

—Por los dedos —aventuró Kip, dándoselas de listo.

—Te creerás muy gracioso, pero hasta los payasos tienen razón de vez en cuando.

Kip frunció el ceño.

—Es verdad. Por los dedos de las manos y de los pies. Entonces, si contar con los dedos podían hacerlo hasta los más brutos y lerdos —miró a Kip de soslayo—, sobre todo antes de que se descubrieran el pergamino, la vitela o el papel convencional, ¿cómo se las apaña una sociedad para contar basándose en el número doce?

El ceño de Kip se ensombreció más aún.

Levantó la mano una de las chicas del fondo de la clase. La magíster Hena le dio permiso para hablar.

—Los dioses tyreanos tenían seis dedos en las manos y en los pies.

—Precisamente. Por eso oiréis que en ciertos rincones supersticiosos del mundo se venera a los niños que nacen con seis dedos. Seguro que conoces ese tipo de historias, ¿verdad, muchacho?

—Me llamo Kip, y no, nunca había escuchado nada por el estilo.

—Bueno, tal vez tus padres fueran inusitadamente cultos para ser tyreanos. Otra posibilidad es que ignoraran incluso su propia ignorancia.

Kip abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No, Kip. Déjalo. De repente, tenía hambre.

Dedicaron la hora siguiente a aprender a utilizar el ábaco. Las cuatro bolitas de la fila de abajo se llamaban «cuentas terrenales», y la de la fila de arriba era la «cuenta celestial». Al principio se limitaron a realizar cálculos sencillos, sumando y restando, añadiendo y sustrayendo las bolitas de una en una. Después, de dos en dos; y por último, de cinco en cinco.

El aburrimiento de algunos de los alumnos era palpable, pues habían aprendido esto hacía mucho. Otros, como Kip, debían esforzarse para asimilar aun los conceptos aritméticos más fundamentales. Pero los que peor lo pasaban eran los pocos que habían aprendido a usar el ábaco basándose en el sistema duodecimal. Parecían paralizados; todo lo que sabían estaba mal.

La clase siguiente prometía ser más amena. Se trataba de Propiedades de la Luxina, y la impartía un magíster ilytiano con cara de hurón que no dejaba de apoyarse en su bastón entre ejemplo y ejemplo. A Kip le sorprendió descubrir que la mitad de los oyentes eran no trazadores. Todos ellos parecían inteligentes y motivados. Aquellos eran los futuros arquitectos y constructores de las Siete Satrapías. Como en el caso de los trazadores, también los sátrapas pagaban los estudios a esos muchachos. Algunos tenían contactos; vástagos segundos o terceros de nobles, que debían aprender a ganarse la vida. Pero incluso ellos tenían que superar los exámenes de acceso para que los aceptaran.

Kip se dio cuenta enseguida de que aquellos niños no necesitaban que nadie les explicara cómo funcionaba un ábaco.

La clase de ese día, en cualquier caso, era muy básica. Consistía en colocar en unos soportes unas láminas cuadradas de luxina azul, de un palmo de lado y un pulgar de grosor, en cuyo centro se iban añadiendo pesos hasta que se rompían. Hicieron lo mismo con unas láminas verdes, y con otras amarillas trazadas por supercromados.

A continuación, el magíster Atagamo pidió a los alumnos con aptitudes para ello

que trazaran sus propias láminas de luxina azul. Las sometió a la misma prueba. Todas se rompieron tras aplicárseles un peso muy inferior al de los casos anteriores, sobre todo las de los chicos.

—Luego os pediré que memoricéis cuál es la luxina azul teoréticamente más débil capaz de contener un sólido para que os fijéis en su capacidad de carga. De momento, recordad que estamos determinando máximos de resistencia. Las luxinas con las que tenemos que trabajar han sido trazadas por supercromados. Las vuestras serán más débiles. Especialmente las de los muchachos.

Los ayudantes del magíster Atagamo depositaron un recipiente gradado en una balanza, comprobaron que midiera un pie de lado, pusieron la balanza a cero y llenaron el recipiente de agua. Kip se fijó en que los demás alumnos estaban apuntándolo todo.

Lo que pesaba el agua contenida en el pequeño recipiente era un siete, la unidad de medida de pesos estándar. Evidentemente, a efectos prácticos eso era demasiado peso, por lo que se dividía a su vez en séptuplos: siete múltiplos de siete. Kip pesaba veintinueve séptuplos, o cuatro sietes y un séptuplo, lo que generalmente se expresaba como cuatro sietes con uno.

Pero los magísteres aún no habían terminado. Tiraron el agua y pidieron a tres trazadores del color indicado que llenaran el recipiente de luxina supervioleta. Fue entonces cuando Kip tuvo la certeza de que estaba en verdaderos apuros: ¡lo medían todo! Cuando liberaron el supervioleta y este se redujo a un fino polvillo, casi invisible, lo barrieron, lo echaron en una taza diminuta y lo pesaron. Todo lo que pudiera cuantificarse se cuantificaba.

Durante unos instantes, junto con el resto de los alumnos, Kip se dedicó a apuntar números sin saber para qué. Después les pidieron que sumaran el peso de todos los distintos colores. Los alumnos que ya sabían usar el ábaco acabaron en un abrir y cerrar de ojos. Mucho antes de que Kip lograra sumar las dos primeras cantidades.

—Y ahora —dijo el magíster Atagamo—, sustraed del total el peso del cubo de luxina verde y añadid el peso de una mujer bajita, once séptuplos.

Cuatro de las muchachas —no trazadoras, encima— obtuvieron el total en cuanto el magíster hubo terminado de hablar. Kip estaba asombrado.

—Excelente —dijo el magíster—. Y ahora, un ejemplo práctico. Imaginaos que sois un trazador azul, encargado de controlar los contrapesos del ascensor de una de las torres. Uno de los contrapesos se rompe por la mitad. Es de hierro y pesa treinta séptuplos con seis. ¿Cuánta luxina azul tendríais que trazar para reemplazarlo? Si el contrapeso pesa más de tres sietes que el original combinado con el peso de los viajeros, la polea se romperá y morirán todos. Venid a enseñarme la solución cuando hayáis terminado. A efectos ilustrativos, pongamos que los ocupantes del ascensor provienen de vuestra satrapía natal, y si el ascensor no está reparado para cuando

lleguen, se avergonzarán de vosotros y os retirarán su patronazgo. Así que tenéis treinta minutos para resolver el problema. Si termináis antes, podréis iros y tomaros el resto de la mañana libre. De lo contrario, recibiréis un apercibimiento. Adelante.

Todos los estudiantes se pusieron a trabajar en el problema sin perder tiempo, y Kip vio que la respuesta más sencilla era imposible. No podía limitarse a añadir bloques de luxina azul completos, porque el contrapeso sería excesivo. La solución aritmética pasaba por calcular la fracción exacta del volumen de la luxina azul que necesitaría para fabricar un contrapeso nuevo.

Los alumnos más aventajados desplazaban ya las cuentas de sus ábacos de un lado a otro. Kip no tenía experiencia con el instrumento. Jamás terminaría a tiempo. No sabía calcular fracciones. Podría apurar hasta el último segundo y seguiría sin... Ah.

Por probar no se pierde nada, ¿verdad, gordinflón?

Kip garabateó algo en su hoja, se levantó y se acercó a la mesa del magíster.

Este adoptó una expresión tolerante, como si tuviese delante a un alumno que no hubiera entendido la pregunta y estuviese a punto de pedirle que se la repitiera. Kip le tendió el papel.

Había dibujado una esquemática banda de luxina azul que rodeaba el contrapeso original, manteniendo unidas las dos mitades rotas.

—Eres el retoño de Guile, ¿verdad?

—Sí, magíster.

—Se nota. Esos chicos también eran unos artistas haciendo trampa.

Kip tragó saliva. El resto de la clase se paralizó al oír la palabra «trampa».

—¿Aprendieron de vos, señor?

El magíster Atagamo torció los labios mientras hacía como si no lo hubiera escuchado.

—Sabes que tarde o temprano tendrás que aprender a usar el ábaco, ¿no?

—Sí, señor.

El anciano resopló por la nariz.

—Adiós, joven Guile.

—Entonces ¿he aprobado?

—Con la nota más alta. Y que esto no se repita.

23

—Dejadnos a solas —dijo la Blanca.

Puño de Hierro se encontraba en los aposentos de la anciana, en lo alto de la Torre del Prisma, en pleno centro de la Cromería. Las ruedas de su silla eran lo suficientemente altas como para permitirle empujarlas directamente a fin de desplazarse por la habitación, algo que insistía en hacer pese al frágil estado de sus muñecas.

—Mi manta, por favor —dijo.

Puño de Hierro le acercó la manta, que ella misma había tejido hacía décadas con sus propias manos. Como tantas otras personas que se ganaban la vida con su intelecto, sentía un orgullo inusitado por los escasos objetos que había creado ella misma. Era tal vez el único motivo por el que Puño de Hierro se atrevería a considerarla una vieja chocha. Al envolver la manta alrededor de sus piernas, le sorprendió comprobar cuánto habían adelgazado estas.

—¿Lo veis? Os dais cuenta, ¿verdad, comandante?

Una vieja chocha, ya. Le había tendido una encerrona. Todavía era más astuta que él. Agradeció el recordatorio para sus adentros, por partida doble. Débil físicamente, pero no mentalmente. Ni por asomo.

—¿De qué debería darme cuenta, mi señora?

—Pff —resopló ella, poniendo los ojos en blanco—. Es un lugar implacable con los que no están preparados. —Me muero, le estaba diciendo, prepárate para que, cuando eso ocurra, no sucumbas a tus enemigos.

Resultaba aterrador imaginarse un mundo en el que Orea Pullawr no fuera la Blanca, y al mismo tiempo lo reconfortaba comprobar que continuaba considerándolo un amigo.

—Habladme otra vez de vuestra visita a Garriston, comandante, y de los preparativos de la batalla que tuvo lugar allí.

Así lo hizo Puño de Hierro, una vez más. Intentó emplear otras palabras, sabedor de que la anciana estaba cribándolas en busca de algo. Le habló de los movimientos de tropas, de los soldados y los trazadores que había en cada bando, de la actuación de la guarnición ruthgari allí estacionada. La Blanca había mostrado interés por ese particular, la primera ocasión. Pero ahora eran meras cifras para ella. Ya las había memorizado, había analizado lo que denotaban acerca del compromiso de Ruthgari con Tyrea, quién se había dejado sobornar. Ahora buscaba otra cosa.

El comandante de la Guardia Negra habló durante dos horas seguidas. Le habló de la llegada en solitario del general Danavis —sin su bigote— al Palacio de Travertino, y de cómo habían expulsado a Puño de Hierro de la reunión. Habló de cómo Gavin había apartado la carreta que bloqueaba las puertas, animando a los hombres a ayudarle a hacer algo para lo que en realidad no necesitaba ninguna ayuda, ganándoselos así para su causa.

La anciana sonrió al escucharlo, una sonrisita taimada. La sonrisa, tal vez, de un líder que aprecia el ingenio de otro.

Puño de Hierro ignoraba qué era lo que esperaba oír la Blanca, sin embargo, y estaba casi seguro de que a esta le gustaría que siguiera ignorándolo.

—No apostáis, ¿verdad, comandante?

—No, mi señora. —¿Cómo lo sabía? Supuso que no era la clase de información que costaba averiguar, pero que le interesara algo así, que se hubiera tomado la molestia de investigarlo y que lo recordara era lo que hacía que la Blanca resultase tan enigmática y amedrentadora.

—Siempre me ha extrañado. Parecéis encajar en el perfil de quienes lo hacen.

—Solía hacerlo —reconoció Puño de Hierro—. Tuve una mala experiencia. —Lo dijo sin inmutarse. La ecuanimidad era todo a lo que uno podía aspirar. Saber sobre qué se tenía el control, y sobre qué no. La nuqaba no tenía cabida en sus pensamientos.

—Mi marido acostumbraba a jugar a los nueve reyes. Aseguraba que era un jugador mediocre, aunque rara vez se levantaba de la mesa con menos de lo que tenía cuando se sentó. Tenía fama de anfitrión generoso, no obstante, de servir caros licores y un tabaco excelente, de modo que jugaba con todo tipo de personas, procedentes de todos los rincones de las Siete Satrapías. Llevábamos casados tres años... y solo entonces comenzaba a enamorarme realmente de él... cuando me invitó a acompañarlo a una de sus fiestas. No fue la velada que le hubiera gustado enseñarme.

»Acudió un joven noble, de la estirpe de los Varigari. Una familia de pescadores antes de que estallara la Guerra de la Sangre. Era un bisoño engreído, y conforme avanzaba la noche dilapidó una pequeña fortuna. Los lores con los que jugaba mi marido aquella noche eran acaudalados pero decentes, nada de lobos. Podían ver lo que estaba pasando. Le pidieron al joven Varigari que se retirara. Él se negó. Ganaba las suficientes manos como para mantener vivas sus esperanzas, y vi la resignación en sus rostros: quizá aprenda la lección si pierde una pequeña fortuna, así que adelante con ello. Cuando salió el sol, no le quedaba nada, y llegó el momento en que apostó un pequeño castillo para poder continuar. Jamás olvidaré la expresión cincelada en su rostro. La tengo grabada en la memoria. ¿Sabéis cómo se sentía?

La sensación sobrevino entonces a Puño de Hierro, tan intenso y abrasador era el recuerdo.

—Se sentía aterrado, pero también exultante. Saber que has empujado tu vida hasta uno de sus momentos cruciales tiene algo de portentoso. Te nubla el juicio.

—Miré de soslayo a mi marido, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Todos los demás estaban pendientes del joven Varigari. Mi marido los observaba atentamente a todos. Y comprendí unas cuantas cosas de golpe. —Tosió, cubriéndose la boca con un pañuelo al que echó un vistazo cuando acabó—. Temo empezar a escupir sangre cualquier día de estos. Todavía no, gracias a Orholam.

Sonrió al reparar en el gesto de preocupación del comandante, antes de continuar:

—Lo primero, algo acerca del joven: la pequeña fortuna que había perdido no tenía nada de «pequeña» para él, y el pequeño castillo que se había apostado probablemente fuera la última posesión de su familia. Para él aquello no era ninguna lección, sino la ruina. En segundo lugar, mi marido no era un jugador mediocre. Poseía la mano ganadora, y dinero suficiente como para arriesgarse a jugarla. Era un experto, pero un experto que se esforzaba por ganar en contadas ocasiones, pues había descubierto algo que para él tenía más valor que amasar pequeñas fortunas y ser conocido por todos como un gran jugador de nueve reyes. Lo que hacía cada vez que jugaba era tomar la medida de sus compañeros de mesa. Averiguar, no solo lo que le contaban, sino lo que denotaba su reacción a los reveses del azar y la suerte. ¿Era un avaro ese sátrapa? ¿Se obsesionaba tanto ese Color en un solo oponente que descuidaba las auténticas amenazas? ¿Era ese otro más perspicaz de lo que nadie pensaba?

Resultaba inquietante imaginarse a la Blanca aliada con un hombre tan astuto como ella.

La anciana guardó silencio.

—¿Y? —preguntó Puño de Hierro.

—¿Y?

—Esa historia debe de entrañar alguna lección.

—¿Sí? —dijo la Blanca, con un destello en la mirada—. Me hago vieja.

—Os conozco demasiado bien como para creer que divagabais sin más.

La Blanca esbozó una sonrisa.

—Cuando las apuestas se acumulan encima de la mesa, comandante, conviene saber qué papel nos toca representar en nuestro pequeño drama.

Eso era lo malo de estar rodeado de individuos brillantes: esperan que tu mente sea tan ágil como la suya. Puño de Hierro no tenía la menor idea de qué hablaba la anciana. Lo averiguaría tarde o temprano, como hacía siempre, pero necesitaría tiempo para recapacitar.

—Con vuestro permiso, mi señora.

—Por favor.

—¿Alguna vez jugó lord Rathcore contra el señor de la lux Andross Guile?

La Blanca soltó una risita.

—Supongo que depende de a qué os refiráis. ¿A los nueve reyes? Jamás. No era tan insensato. Uno no juega contra aquellos frente a los que solo puede perder. He visto jugar a Andross. Esgrime sus montañas de oro como una maza. No cabe la posibilidad de perder elegantemente un poquito de oro ante Andross. Con él se gana a lo grande o se pierde aún más a lo grande. Para mi marido, enfrentarse a Andross equivaldría a perder una fortuna o perder la razón de ser de sus partidas desvelando el verdadero alcance de su habilidad.

—¿Y si no estuviera refiriéndome a los nueve reyes? —preguntó Puño de Hierro. No era el caso, pero saltaba a la vista que la anciana pretendía contarle algo más.

La Blanca sonrió, y Puño de Hierro se alegró de haber sabido interpretar sus deseos. Ser comandante de la Guardia Negra suponía estar dispuesto a dar la vida por tus protegidos, sin importar cuáles fuesen tus sentimientos. Pero por esa mujer, aun frágil y con los días contados, Puño de Hierro daría gustoso toda su vida.

—Diré esto tan solo: Andross Guile no es el Blanco, y no hay nada que más lo mortifique.

Pero el título de Blanco se determinaba por sorteo. Era el proceso mediante el cual el mismo Orholam expresaba su voluntad.

Por otra parte, si Andross Guile había llegado a creer alguna vez que ser el Blanco era una victoria factible, quizá se debiera a lo que había sido. No obstante, corromper la elección de un Blanco sería obra de herejes... peor aún, de ateos. Puño de Hierro no lograba imaginarse algo así.

La confesión implícita —que lord Rathcore había frustrado los planes de Andross Guile conspirando para que la elegida fuera su esposa Orea— era todavía más grave. Si la elección de la Blanca era fruto de turbias maquinaciones, ¿significaba eso que carecía de validez? ¿Cómo podía tolerar Orholam algo así?

Y sin embargo la Blanca era una mujer sagrada, una buena mujer. Quizá no estuviera implicada, o no lo supiera, o no lo hubiera descubierto hasta muchos años después. Y entonces ¿qué podía hacer? ¿Abdicar porque tu elección fue fraude del que nadie sospechaba nada y del que ni siquiera tú habías estado al corriente? Semejante escándalo podría repercutir aún más negativamente que el silencio en la reputación de la Cromería.

Pero la fe de Puño de Hierro se rebelaba contra algo así. ¿Qué había dicho Gavin a bordo del barco? Algo acerca de ser elegido por Orholam... una broma que solo podía entenderse como tal si uno dudaba de la capacidad de elección de Orholam.

Lord Rathcore había impedido que el señor de la lux Guile se convirtiera en el Blanco, pero no había podido impedir que su hijo se convirtiera en el Prisma.

Contemplar siquiera semejante posibilidad, en términos tan implacablemente políticos, bastó para arrebatar el aliento a Puño de Hierro. No era ningún ingenuo.

Servía a esas personas. Sabía que incluso los más nobles tenían sus defectos. Sabía que todos abrigaban ambiciones inmensas. Pero, ocurriera lo que ocurriese, había cosas que debían mantenerse sagradas.

Recordó de nuevo cómo había abrazado el cuerpo ensangrentado de su madre, rezando a Orholam entre alaridos, desgañitándose hasta temer que su corazón y su alma pudieran explotar de un momento a otro. Rezando para que Orholam se fijara en él, siquiera por una vez en su vida. Que lo escuchara, tan solo esta vez. Y su madre murió.

—¿Quién ganó? Aquella noche. ¿Qué sucedió?

La Blanca guardó silencio durante unos instantes.

—Mi marido dejó ganar al muchacho. Da igual. —La anciana agitó una mano sarmentosa, como si pretendiera ahuyentar el recuerdo—. Comandante —prosiguió con voz queda—, os he molestado. Lo siento. Permitid que me redima con estas palabras: por importante que sea para vos saber qué papel representáis en este pequeño drama, quizá en estos momentos lo más importante sea que sepáis cuál es mi papel. Soy la jugadora, comandante, que espera que el ojo de Orholam se eleve sobre el horizonte y revele la verdad. Soy la jugadora, he apostado el castillo de mi familia, y estoy esperando a que se descubran las cartas.

—Se avecina una guerra, ¿verdad? —preguntó Puño de Hierro.

La Blanca suspiró.

—Sí, aunque el Espectro esté ciego a ella. Pero no me refería a la guerra.

El comandante se dirigió a la puerta, se detuvo.

—¿Qué fue de aquel joven?

—Apostó de nuevo, con otra persona, y lo perdió todo. Es lo que suele ocurrir con los jugadores.

24

—Habilidad, voluntad, fuente y movimiento. Esos son los requisitos para la creación de luxina —estaba diciendo la magíster Kadah. Tenía un don. Un don asombroso. Era capaz de conseguir que incluso la magia pareciera aburrida.

En esta ocasión Kip se había sentado al fondo de la clase. Le rugía el estómago, pero estaba decidido a no abrir la bocaza. Adrasteia se hallaba a su lado, atenta a la lección, y Ben-hadad ocupaba el asiento inmediatamente contiguo; una de las lentes amarillas de sus gafas se empeñaba en abatirse sobre el ojo correspondiente, daba igual cuántas veces volviera a levantarla.

Juntos, ocupaban uno de los pequeños pupitres de madera. Sentados en compañía, casi como si fueran amigos.

No era real, todavía no. No conocían a Kip. Permitían que se sentara con ellos. No era lo mismo. Pero era lo más parecido a la amistad que Kip experimentaba en mucho tiempo.

Observó a Teia. La muchacha se dio cuenta y lo miró a su vez, de soslayo, interrogándolo con los ojos.

Y en ese preciso momento, la magíster Kadah levantó la cabeza y los pilló. Perra suerte.

—Kip, ¿te gustaría compartir algo con el resto de la clase?

Contente, Kip. No te hagas el listo.

El problema era que no tenía ni idea de qué estaba hablando la magíster, y se le había ido la cabeza a otra parte.

—Pensaba en la inestabilidad de la luxina imperfectamente trazada —dijo Kip. La magíster Kadah había dicho algo acerca de la habilidad, pensó Kip, por lo que quizá no anduviera tan desencaminado.

—Hum —dijo la magíster Kadah, como si se sintiera decepcionada por no haber descubierto a Kip pensando en las musarañas—. Muy bien. —Deslizó sus largos dedos a lo largo de su varita, le dio la vuelta. En el dorso había un espectro de colores. Lo contempló durante largo rato, lo descartó y se acercó a la pared.

Abrió un panel. Era cegadoramente brillante. El pozo lumínico, comprendió Kip. Había una rampa con un espejo montado, y la magíster lo desplazó hasta bloquear el torrente de luz. Un rayo de pura intensidad nívea surcó el aula hasta la pared, blanca y desnuda, que se levantaba detrás de los estudiantes.

—Esto es luz en estado puro. Es la piedra angular, el punto de partida de todo lo

demás. Y así es como nos imaginamos que es la luz. —Sostuvo una pantalla sobre el rayo de luz. La pared se llenó de brillantes colores: un azul cerúleo adyacente a un verde jade pegado a un llamativo amarillo al lado de un naranja que daría envidia a la fruta junto a un rojo intenso.

—Estos son los colores que trazamos... menos el subrojo y el supervioleta, naturalmente, puesto que la mayoría de vosotros no podéis verlos. Hablaremos de ellos más adelante. Así aparecen los colores en el arco iris, ¿verdad, discípulos?

Se escucharon algunos murmullos. El orden parecía correcto.

—¿Verdad, discípulos? —insistió la magíster, con irritación.

—Sí, magíster —respondió a coro casi toda la clase.

—Cretinos. Esta es la luz en nuestro mundo. —La magíster Kadah sostuvo un prisma frente al rayo de luz, que se dividió en todo el espectro visible.

Al contrario que los de la pantalla, donde los más vibrantes se revelaban inmediatamente adyacentes unos a otros, los colores del espectro natural se dividían en un continuo... pero este no era simétrico. Algunos colores ocupaban más espacio que otros.

—En cierto modo, trazar es como cualquier otra actividad. Si te sientas en una silla mal trazada, se rompe y te caes. No cumple su función. Con la luxina defectuosa ocurre lo mismo. En la línea de colores hay puntos de resonancia. Siete puntos, siete colores, siete satrapías. Así lo quiso Orholam. En estos puntos de resonancia —indicó los lugares en la línea de colores que se correspondían con los colores brillantes que había puesto antes en la pantalla—, en estos lugares, la luxina adopta una forma estable. Se transforma en sí misma. Se vuelve útil. —Señaló los puntos en la línea de colores, por orden—. ¿Por qué?, se preguntarán los alumnos más avispados, ¿por qué esos colores? —La magíster Kadah esbozó una sonrisa desagradable. Lo hacía a menudo.

Le gusta hacer que los demás se sientan estúpidos, ¿verdad?

Kip había visto que las distancias entre los colores no eran iguales. Algunos colores formaban franjas muy anchas; el azul se extendía sobre un área enorme, y también el rojo, pero el amarillo y el naranja eran diminutos en comparación.

—¿Por qué cubre tanta superficie el azul? Podríamos señalar esto —dijo apuntando hacia el interior de la zona azul—, como seres humanos que somos, y llamarlo violeta. ¿Por qué no se puede trazar el violeta? ¿Alguien lo sabe?

Nadie dijo nada. Ni siquiera Kip.

—Muy sencillo, aunque constituye un misterio. Porque la luxina no resuena en él. No se puede crear luxina estable a partir del violeta. No funciona. El siete es un número sagrado. Siete puntos, siete colores, siete satrapías. En vez de exigir que el misterio se rinda a los mazazos de nuestro intelecto, nos fusionamos con el misterio, y cuanto más perfecta sea nuestra fusión con esa parte de su creación que Orholam

nos ha concedido, más perfecto será nuestro trazo. Esa es nuestra meta. Cuando no ocupéis el centro exacto de su voluntad, vuestro azul se reducirá a polvo, vuestro rojo se evaporará, vuestro amarillo se desdibujará hasta desaparecer. Esos puntos, esa perfección, esa fusión con Orholam mismo es a lo que aspiramos cada vez que trazamos. Y cuando lo hacemos correctamente, nos convertimos en vehículos de su voluntad. Eso es lo que nos hace mejores que los apagados de ahí fuera, los mundanos, los normalos, los no trazadores que solo pueden absorber la luz en vez de reflejarla. Por eso los bicromos, los que pueden trazar dos colores, gozan de una mayor reputación que los que solo pueden trazar uno. Los bicromos están más cerca de Orholam, comparten una mayor cantidad de su divina creación. Todos los colores nos enseñan sus propias lecciones, lecciones sobre lo que significa ser humanos, y lecciones sobre lo que significa ser como Orholam.

»Y esto, por supuesto, es lo que hace que el Prisma sea tan especial. Es la única persona en el mundo capaz de comulgar perfectamente con Orholam. Solo él ve el mundo tal y como es. Solo él es puro. —Miró directamente a Kip, encaminó sus pasos hacia él—. Y por eso nos oponemos a todo el que se atreva a mancillar la luz del Prisma Sagrado, a todo el que eclipse su gloria y lo desvirtúe.

Kip se quedó sin aliento. ¿La magíster lo odiaba porque reverenciaba a su padre y él lo «desvirtuaba»?

Lo peor era que tenía sentido. No era justo. Él no había elegido ser un bastardo, pero tenía sentido.

—Recuerda, Kip —dijo tranquilamente la magíster Kadah—, ya no eres intocable.

¿Cómo?

Ben-hadad levantó una mano, acudiendo al rescate de Kip, y la magíster le concedió permiso para hablar.

—¿Eso no es un poquito dogmático? —preguntó Ben-hadad—. Puesto que el espectro cromático, tan maravilloso, no es ni simétrico, ni regular, ni se distribuye equitativamente en torno a los siete colores, ¿no sería posible que hubiese revelaciones de las que aún no supiéramos nada? Quiero decir, ¿qué pasa con las otras resonancias?

¿Otras resonancias?

—Ya he dicho que hablaremos más adelante del subrojo y el supervioleta. —La fea expresión que nubló brevemente el semblante de la magíster indicó a Kip que Kadah tenía odio de sobra también para Ben-hadad. Y él que pensaba que era especial...

—Con el debido respeto, magíster, pero no hablaba de eso. Me refería a los colores secretos —dijo Ben-hadad.

Teia enterró el rostro en las manos.

—Eres amigo de Kip, ¿verdad? —preguntó la magíster Kadah.

—¿Qué? No. O sea, no mucho. —Ben-hadad frunció el ceño, como si lamentara lo mal que había sonado eso—. Quiero decir que apenas lo conozco.

—Ajá. Esta es una de las primeras clases. Para cubrir los temas más básicos. Sí, existen otras resonancias, más débiles. Hay quienes creen, como yo, que el uso de esas resonancias ejemplifica el empeño del hombre por obligar a la naturaleza a hacer cosas con las que Orholam no estaría de acuerdo. Hay quienes consideran, incluso, que quienes trazan los colores antinaturales son unos herejes.

Kip no pudo evitar lanzar una miradita de reojo a Teia. La muchacha había palidecido y escuchaba con los dientes apretados.

—Los siete colores son la voluntad de Orholam —dijo la magíster Kadah—. Los siete son fuertes. Eso es lo único que sabemos. Si queréis promover debates más propios del quinto curso, esperad a llegar a quinto.

25

Kip alcanzó a Teia de camino a la clase de prácticas de la Guardia Negra.

—¿Qué ha sido eso de antes? —preguntó.

La muchacha no respondió de inmediato. Ni lo miró.

Tuvieron que esperar cuando llegaron al ascensor, y Kip pensó que Teia no iba a responder a su pregunta, que de alguna manera había sido grosero sin proponérselo. Hubiera comenzado alguna conversación sobre cualquier otro tema, pero no se le ocurría nada que decir.

—¿Sabías que eres un supercromado? —musitó por fin la joven.

—Y un bicho raro. —Aunque aparte de distinguirlo de los demás, que Kip supiera, todo eran ventajas y ningún inconveniente—. ¿Y cómo te has enterado? —Teia no estaba en su clase de ingeniería.

—Aquí todo el mundo lo sabe todo acerca de todos, Kip, sobre todo acerca de los nuevos, especialmente si uno de estos es nieto de un Color... o hijo del Prisma.

Ah.

—El caso —continuó Teia, recogiéndose el pelo con un pañuelo pero resistiéndose aún a establecer contacto visual— es que padezco subcromatismo. Soy daltónica. Es tan inusual en las chicas como la supercromancia en los chicos, así que soy igual de bicho raro que tú, pero sin ninguna connotación positiva.

—Pero, pero... ¿eso cómo funciona?

—Confundo los rojos y los verdes. A veces, me esfuerzo al máximo y me convenzo a mí misma de que puedo ver la diferencia. Pero es mentira. —Se ruborizó, como si hubiera hablado más de la cuenta—. El ascensor. —Hizo un gesto.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con los colores secretos?

—Nada.

—¿Y qué son los colores secretos?

Teia se lo quedó mirando fijamente.

—El ascensor, Kip.

—¿Trazas alguno de...?

—¡Kip!

Subieron al ascensor. Un estudiante de un curso superior se ocupaba de los contrapesos. No dejaban que los alumnos de primer año manejaran el ascensor. Demasiados accidentes, decían.

Nada halagüeño.

—Bueno, y mientras nosotros intentamos entrar en la Guardia Negra, ¿qué hacen todos los demás?

—Trabajar —respondió Teia—. Y cuando acabemos, habrá prácticas hasta la hora de la cena. Después, otro período de trabajo cada dos días durante toda la semana. Nos asignan lecturas en días alternos. Teoría de los colores, mecánica, dibujo, religión, aritmética, hagiografía, política, las vidas de los sátrapas y demás cosas por el estilo. El mantenimiento de la Cromería cuesta mucho trabajo, y dicen que nos vendrá bien familiarizarnos con él, para cuando llegue el día en que sea responsabilidad nuestra.

—¿Cuántas tareas más hay?

—¿Para los tenues? Limpiar, principalmente. Todos los suelos, todas las ventanas, todos los espejos de todos los estudios. Si tienes mala suerte o si te castigan, te tocarán las letrinas, los establos o las cocinas. Si los estudiantes de los cursos superiores están ocupados, echamos una mano en aquellos trabajos que requieren más habilidad o son más exigentes, físicamente hablando: acarrear los contrapesos y el agua, controlar los grandes espejos, devolver a la biblioteca los libros de los magísteres. Todavía más adelante, los alumnos que poseen dinero o buenos patrocinadores tienen la posibilidad de delegar las tareas en sus esclavos. O contratar sirvientes, o estudiantes menos pudientes.

Como tú, comprendió Kip. Pero no como yo, ya no. Un Guile encajaba definitivamente en la categoría de pudiente.

—Seguro que los patrocinadores empezarán a abordarte dentro de poco, Kip. No te vendas barato. Se comportarán como si fueran tus amigos, pero en el fondo tú les importas un pimiento. Son simples ojeadores que se llevan la diferencia entre lo que el verdadero patrocinador está dispuesto a pagar y lo que el trazador está dispuesto a aceptar.

Salieron de la Torre del Prisma a la luz del sol.

—Pero si no hará falta que me preocupe por encontrar patrocinador, ¿no? Quiero decir, pensaba que mi padre correría con todos los gastos.

Teia se detuvo de golpe.

—¿A qué te refieres?

Kip enarcó las cejas y levantó las manos, desconcertado.

—Ya te he dicho que soy un Guile. Bastardo, vale, pero mi padre me ha reconocido.

La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿Insinúas que no lo sabes? Creía que por eso te habías sentado hoy con los parias.

—¿De qué me hablas? —preguntó Kip, con un nudo en la garganta.

—Andross Guile ha renegado de ti. Y es el Rojo. Su palabra es la ley. Por eso ya

no te escolta ningún guardia negro. Por eso tienes que trabajar con el resto de nosotros. Por eso la magíster Kadah te trata de esa manera. Ahora eres como todos los demás, Kip. Solo que con más talento. Y con muchos más enemigos. Ya no eres un Guile.

Inexplicablemente, Kip se echó a reír. Era la mejor noticia que escuchaba en semanas.

26

El Tercer Ojo, pensó Gavin, era bastante guapa para tratarse de una mística sobrenatural. Llevaba las gruesas trenzas de cabello castaño claro recogidas en lo alto de la cabeza con una corona de sándalo de puntas lacadas con pan de oro. ¿Un sol muy estilizado, quizá? Marrón claro, a juego con el pelo; debía de tener algo de sangre ruthgari en las venas. Lucía un vestido blanco que le llegaba a las rodillas, sujeto con cordones dorados e ingeniosamente envuelto alrededor de su cuerpo para cruzar los puntos de poder del mismo, según los dictados del antiguo misticismo pagano. Unos cabos sueltos colgaban del último nudo a la altura de su pelvis, el siguiente se cruzaba sobre su vientre, otro más entre sus pechos, y las puntas se enlazaban sobre sus hombros. El maquillaje dorado que le cruzaba las mejillas sugería la presencia allí de otro nudo, y las últimas líneas insinuaban otro más en su tercer ojo, centrado en la frente. Los brazaletes estaban conectados a los anillos de cada uno de sus dedos —una especie de guante sin dedos—, dorados, simbolizando más nudos. Sus sandalias, cubiertas ahora de arena mientras caminaba por la playa, sin duda serían iguales.

Siete nudos, o nueve, dependiendo de cómo se contaran. Una paradoja pagana.

Herejía, quizá, pero lo que más le recordaba a Gavin en esos momentos era que hacía demasiado tiempo que no practicaba el sexo. Puede que aquellos nudos tuvieran un significado religioso, pero lo único que conseguían era ceñir el vestido sobre las curvas de la atractiva mujer. Echó un rápido vistazo a sus senos, y volvió a fijarse en su cara. Maldita, eso era jugar sucio.

Le había parecido que debía de llevar más pintura dorada en la frente, por el modo en que esta relucía a la luz del amanecer, pero cuando se presentó ante él con su elaborada escolta de diez hombres, Gavin vio que el Tercer Ojo tenía el tatuaje más asombroso e intrincado que hubiera visto en su vida.

El tercer ojo no solo estaba exquisitamente dibujado, sino que brillaba. Lo había imbuido de luxina amarilla, lo que provocaba que el ojo emitiera una luz dorada, asemejándolo más aún al Ojo de Orholam, el sol.

También la delataban como una trazadora amarilla sus ojos, dorados cerca del halo y pardos según se alejaban de él. Debía de tener treinta y tantos años, y era esbelta pero voluptuosa.

Gavin volvió a mirarle los pechos. Maldición. Reflexionó que, cuando el puerto estuviera acabado, haría bien en dejarse caer por la Cromería. Debía ir de todas

formas, para asegurarse de que estuvieran cumpliéndose sus órdenes y las satrapías estuviesen preparándose para la guerra, pero pasar un rato en la cama con su esclava de cámara, Marissia, le ayudaría a sobrellevar unas cuantas semanas más con Karris Hinchapelotas.

Si el Tercer Ojo no estuviera plantada allí delante, Gavin habría trazado algo de azul para solazarse en la fría racionalidad que acompañaba siempre a ese color.

Espera, no, no serviría de nada. Ya no puedo trazar el azul.

Por las peludas pelotas de Orholam. Gavin sintió un nudo en la garganta.

—Saludos —dijo—. Que la luz sea contigo.

El Tercer Ojo lo observaba atentamente, y Gavin juraría que el resplandor del tatuaje se había intensificado; no es que fuese un truco imposible, pero era de los buenos.

—Te mueres —dijo la mujer, con voz meliflua—. No deberías estar muriéndote aún.

27

El entrenamiento de la Guardia Negra transcurrió tal y como Kip se esperaba: un montón de carreras (sin forzar el paso), un montón de saltos (sin llegar muy arriba), un montón de puñetazos (sin dar siempre en el blanco), y un montón de flexiones y sentadillas (sin pasarse). Los vómitos, sin embargo, supusieron una sorpresa de lo más desagradable. Sin exagerar.

Se encontraba doblado por la mitad junto a una de las líneas de tiza, sudando y tiritando de frío a la vez. Se sentía como si fuera a caerse muerto en cualquier momento.

—La buena noticia es que esto ya no puede empeorar —dijo una voz familiar.

Kip apenas si podía levantar la mirada de los zapatos de Puño de Hierro. Debía concentrarse por completo en respirar. Adentro, afuera.

—Si quieres que pare, Kip, es posible.

Kip escupió en un intento por librarse del engrudo ácido que le llenaba la boca. No dio resultado. Parecía adherirse a cada rendija y cada recoveco.

—¿Qué?

—Si tanto odias esto. Si piensas que no tiene sentido, puedes abandonar. De hecho, me han pedido que te elimine.

—¿Eliminarme? —El cerebro de Kip no funcionaba al máximo de su rendimiento.

—El Rojo exige que te elimine de la Guardia Negra. Está propagando rumores sobre si habrías sido seleccionado de no ser... si el Prisma no lo hubiera solicitado.

Rumores, por supuesto, completamente fundados.

De modo que el comandante Puño de Hierro se debatía entre lo que el Prisma le había pedido que hiciera y los deseos del Rojo... solo que Andross Guile estaba allí, y Gavin Guile no.

—Sospecho que mi encuentro con él fue peor de lo que me imaginaba, ¿eh?

—Te faltan un par de años para poder jugar a ese tipo de juegos con estas personas, Kip. No te preguntes por qué hacen las cosas que hacen. Lo más probable es que no tenga nada que ver contigo, de todas formas. Lo que necesitas es averiguar qué deseas hacer tú. ¿Quieres quedarte o prefieres abandonar?

Kip se enderezó. Teia le ofreció una taza de agua. Lo había escuchado todo, pero su mirada era un enigma. Kip sintió cómo le temblaba el brazo cuando se acercó el agua a los labios. Se enjuagó la boca. Escupió a un lado.

Era el peor alumno de toda la clase. De los cuarenta y nueve aspirantes, él era el que menos flexiones hacía. El más lento. El último. Era incapaz de hacer ni una sola sentadilla. Si se quedaba, probablemente vomitaría todos los días. Todas las semanas le partirían la cara más veces de las que podría contar. Todos los meses lo vapulearían en las pruebas, seguramente varias veces seguidas.

Ni siquiera competía en igualdad de condiciones: aún tenía la mano izquierda lastimada, en carne viva, tirante, estirar los dedos era doloroso; ejercer presión, un suplicio.

Su padre lo había puesto en aquella tesitura, contra los deseos expresos de Puño de Hierro, esperando que Kip no superara el corte por méritos propios. Esperando que fracasara. Y ahora su abuelo se proponía destruirlo.

—¿Podré quedarme siquiera en la Cromería? —preguntó Kip—. Si no soy un Guile, eso significa que tampoco tengo ningún patrocinador, ¿verdad?

Una breve sonrisa de satisfacción aleteó en los labios de Puño de Hierro.

—Los fondos se habían transferido ya a tu cuenta. Tu matrícula está completamente pagada. Y créeme, cuando el dinero entra en las arcas, los magos del ábaco se encargan de que no vuelva a salir.

Los fondos se habían transferido ya. En pasado. De modo que el abuelo de Kip había intentado echarles el guante, sin éxito. Y la sonrisita fugaz significaba que Puño de Hierro se había encargado de ello... y se alegraba de haber frustrado los planes de Andross Guile, siquiera en algo tan nimio.

—Pero la situación es más grave que eso —dijo el comandante—. De ahora en adelante, estás solo. ¿Lo entiendes?

Kip lo entendía a la perfección. Puño de Hierro se mostraba tan considerado porque Teia estaba delante. No iba a ayudar a Kip. No podía decantar la balanza a su favor. Si Kip quería ingresar en la Guardia Negra, tendría que lograrlo por sus propios medios. Era imposible.

Y sin embargo, liberador. Si Kip conseguía lo que quería, lo haría sin ayuda de nadie. No gracias a su padre, sino por méritos propios.

De modo que todo se reduce a lo siguiente: una vida fácil como estudiante que ni siquiera necesita patrocinador, o una vida aterradoramente dura como el peor de los novatos, y una ínfima posibilidad de conseguir entrar en la Guardia Negra por mí mismo y ser algo en la vida.

—Que se jodan —dijo Kip—. Me quedo.

—Bien. —Un feroz destello de alegría iluminó la mirada de Puño de Hierro. Respiró hondo, una inspiración que expandió su gigantesco pecho y enderezó orgullosamente sus poderosos hombros—. Muy bien. Y ahora, cinco vueltas. Los guardias negros también deben vigilar sus lenguas. —De pronto volvía a estar al mando, riguroso y arisco, todo profesionalidad.

—¿C-cinco?

—No me obligues a repetirlo —dijo el comandante—. Tú también, Adrasteia. Si tu compañero corre, tú corres.

28

Al día siguiente, las chicas de la clase de los novatos de la Guardia Negra fueron separadas de los muchachos y llevadas a otra zona de entrenamiento. Al igual que ocurría con la mayoría, también esta tenía toda una pared recubierta de armas, pero aquí el arsenal consistía en distintos tipos de arco, desde los más cortos que se utilizaban al montar a caballo hasta los grandes arcos largos de tejo del lago del Cráter, pasando por los arcos compuestos del Bosque de Sangre, cuya potencia no tenía nada que envidiar a la de los de madera de tejo pese a ser mucho más compactos. Una docena de ballestas distintas completaban la armería. Había varias dianas en la zona a la que se dirigían las chicas. Allí las esperaba un grupo de mujeres de la Guardia Negra, con los brazos cruzados. Mientras Adrasteia seguía a las otras nueve muchachas, estudió a las mujeres. Si bien variaban en constitución física, desde la rechoncha Samite hasta la esbelta Cordelia, todas compartían algo que Adrasteia deseaba desesperadamente: caminaban con confianza, satisfechas con sus cuerpos, con el mundo y con el lugar que ocupaban en él. De alguna manera, eso hacía que incluso las más grises de ellas resplandecieran.

Sin saber muy bien qué hacer, las jóvenes se alinearon frente a sus maestras.

—Circula una leyenda acerca de las antiguas guerreras de la isla de los Videntes —comenzó Essel, menuda y voluptuosa—. Como arqueras no tenían rival, pero... —Cogió un arco de la pared, sacó una flecha de prácticas del carcaj que colgaba de su hombro y apuntó entre Adrasteia y Mina.

Al principio, lo único que sintió Adrasteia fue alarma. La diana no estaba muy lejos de ella, y no tenía ni idea de qué era lo que querían enseñarles las guardias negras. Bien pudiera tratarse de «cómo encajar un flechazo y seguir peleando».

—¿Alguien ve algún problema? —preguntó Essel.

¿Aparte del hecho de que me estés apuntando con una flecha?

—Tu pecho está en medio —dijo Mina. Teia sintió una punzada de envidia; primero, porque Mina ni siquiera se hubiese inmutado ante el proyectil que prácticamente apuntaba a su cara y hubiera acertado a responder; y segundo, porque Mina se hubiera percatado de aquello probablemente porque también ella tenía tetas. Al contrario que Teia, a quien Kip había confundido con un chico.

Pero Essel, por supuesto, era la elegida para dar esa charla precisamente por lo generoso de su busto. Aflojó la tensión sobre la cuerda del arco con una sonrisa.

—Ah, ¿has entrenado con el arco? —le preguntó a Mina, que asintió con la

cabeza, de pronto cohibida.

—Sí, mi señora. Se me daba bien, hasta... hum... hasta que un día, cuando tenía trece años, estuve a punto de perforarme la... —Dejó la frase flotando en el aire, ruborizada—. A mi padre no se le ocurrió enseñarme a vendarme el pecho. Creo que se asustó más que yo.

—Bueno, pues esas guerras legendarias recibían el apelativo de «amazoi». Literalmente, las «sin pecho», así que podéis adivinar cómo resolvieron ese problema —dijo Essel.

Todas enarcaron las cejas, aunque al menos un par de chicas parecían conocer ya la historia.

—Como es lógico, en realidad solo se amputaban el seno derecho... o el izquierdo, si eran zurdas... y es posible que las mujeres más planas no estuvieran obligadas a imitarlas. Pero las «sin pecho» suena mejor que «las que se cortaban una teta, a veces, si esta era lo bastante grande como para estropearles la puntería».

Las muchachas emitieron una risita nerviosa.

—La historia no es cierta, por supuesto —continuó Essel—. Sobrevive, probablemente, porque a los hombres les fascinan los pechos y las mujeres que no les pasan ni una, y porque a las mujeres les fascinan aquellas de sus congéneres que no les pasan ni una a los hombres. Personalmente, no me imagino a ninguna mujer tan tonta como para rebanarse lo que podría aplastar fácilmente con un trozo de tela.

Más sonrisas.

—En cualquier caso, el arco es el símbolo de las mujeres de la Guardia Negra. Eso es de dominio público, pero lo que escucharéis a continuación no debéis compartirlo con ningún varón... ni siquiera aunque no superéis la prueba, ni siquiera cuando os retiréis del servicio. Los hombres creen que el arco es nuestro símbolo porque es un arma que se emplea para matar a distancia, porque las mujeres no son tan fuertes como los hombres. Algunos dicen que el arco es el arma de los cobardes. Otros sostienen que Orholam creó a las mujeres más adecuadas para trazar, y a los hombres más aptos para el combate. Dicen que, puesto que los hombres son más musculosos, las mujeres deberían reconocer su superioridad en este aspecto.

Essel hizo una pausa, y Teia y todas las demás aguardaron, expectantes por escuchar algo demoledor. En vez de eso, Essel sacudió lentamente la cabeza.

—Quizá tengan razón. A grandes rasgos. El caso es que me importa un bledo. Pertenecer a la Guardia Negra significa ser la excepción a todas las reglas. Dejadme sola en una habitación con los primeros cincuenta hombres que encontréis en la calle y seré la mejor luchadora. Dejadme en una habitación con cincuenta soldados de cualquier ejército del mundo y seré la mejor luchadora. Pero si el comandante Puño de Hierro cayera en combate, con lo grande que es, la mayoría de los hombres de la Guardia Negra podrían sacarlo del campo de batalla, aunque fuese a rastras. Sin

ayuda. Y yo no. Samite, aquí presente, también podría. La he visto hacerlo.

Entonces ¿cuál es la lección?, estuvo a punto de preguntar Teia. A juzgar por las miraditas de reojo que cruzaban entre sí sus compañeras, era evidente que todas las chicas estaban pensando lo mismo.

—El arco es nuestro símbolo porque representa los sacrificios que hemos de hacer para formar parte de la Guardia Negra... y los que no hemos de hacer. Si queréis ser arqueras, podéis cortaros un pecho. O vendároslo. Vosotras elegís. Las dos estrategias tienen sus inconvenientes. Es un engorro que no afecta a ningún hombre, salvo que esté muy gordo. Pues vale. Así son las cosas. Lo entiendo. Lo acepto. Hago algo al respecto. No espero que ningún hombre vea el mundo como si tuviera busto... aunque un buen líder lo haría. Mina, si tu padre pudiera haber mirado más allá de su turbación, quizá habría sido capaz de darte algún consejo que hubiera ahorrado ese dolor. No podía. De acuerdo. Todos tenemos un límite, igual que todos pensamos primero en nuestras propias necesidades.

»En el combate hay cosas que a las mujeres nos resultan más difíciles, y unas pocas que nos resultan más fáciles. Hablaremos de todas ellas, y os enseñaremos qué sacrificios debéis hacer y cuáles no. La culpa de estos sacrificios no la tienen los hombres, sino el arco. Lo que significa ser una guardia negra, lo que significa ser una guerrera de élite, lo que significa ser una mujer poderosa, es todo lo mismo: es mirar a los ojos a las circunstancias tal y como son, sin pestañear, y después doblegar esas circunstancias a nuestra voluntad.

Samite dio un paso al frente.

—Seamos francas y pragmáticas. La Guardia Negra escatima en comodidades para todos sus guerreros por igual. ¿Que sufrís unos calambres insoportables durante vuestra sangre de la luna? Podéis cambiar los turnos de guardia sin necesidad de preguntar al comandante. Los hombres no. Pero recuperaréis los turnos que perdáis, y vuestras hermanas esperarán que estéis más que dispuestas a cambiarles el turno a ellas cuando llegue el momento. En los barracones, las mujeres disponen de una habitación aparte, aunque la puerta generalmente permanece abierta. Tenemos nuestros propios cuartos de baño y aseos. Pero en campaña, si vuestro comandante aplica las reglas del campo de batalla, os bañaréis, os cambiaréis de ropa y mearéis donde lo hagan los hombres, y quien os cause algún problema recibirá una severa sanción. En ningún caso se nos permite mantener relaciones con otro guardia negro, hombre o mujer. Si queréis casaros, antes os tendréis que retirar del servicio. Si os pillan durmiendo con alguien, los dos seréis expulsados y condenados al ostracismo, y deberéis pagar una multa equivalente al precio de vuestra manutención en el cuerpo. Debéis pensar en los hombres como si fueran vuestros hermanos, vuestros hermanitos pequeños. Cuidad de ellos y ellos cuidarán de vosotras, pero ninguno tiene la menor potestad sobre vuestras vidas. Podéis emplear vuestros permisos y

vuestro dinero como consideréis oportuno. Beber cuanto os plazca. Acostaros con quien os apetezca. Evidentemente, no todas las elecciones son igual de sabias, y a veces los hombres confundirán sus papeles de hermanos y pensarán que pueden deciros lo que tenéis que hacer en vuestro tiempo libre. Os respaldaremos y los sacaremos de su error. Por lo general, entienden las normas y se esfuerzan por respetarlas.

»Ahí fuera, las cosas pueden ser algo distintas. Los matones o los pendencieros de cualquier aldea podrían buscar pelea con un guardia negro para aumentar su reputación, puesto que, gane o pierda, obtendrá el respeto de sus compinches por el simple hecho de haberse atrevido a pelear con un guardia negro; eso no os pasará nunca a vosotras. Aunque un matón os derrote, para sus secuaces solo habrá derrotado a una mujer. Y si pierde, lo habrá perdido todo. Es posible, sin embargo, que os manoseen, o que os escupan, o que os insulten. Hablaremos de cómo enfrentarnos a eso, y descubriréis que no hay defensores más feroces que vuestros hermanos.

»Los sacrificios que debemos hacer conllevan algunos privilegios, a veces privilegios por derecho propio, y a veces privilegios que sencillamente anulan los de otros. Essel, ¿te importaría contarnos la historia del baile del gobernador?

El recuerdo hizo sonreír a Essel.

—Escoltamos a la Blanca a un baile en la embajada atashiana, territorio atashiano, técnicamente. El embajador pensaba que eso le otorgaba ciertos derechos. Le caí en gracia. De hecho, a mí también me gustaba. Estaba tomándome un descanso y nos tropezamos. Me besó... lo cual no fue desagradable, pero sí poco profesional. Pensé que repercutiría negativamente en la imagen de la Guardia Negra si nos descubrieran. Así se lo dije. Repuso que estaba haciéndome de rogar. Le aseguré que no era ese el caso. Pero se puso agresivo. Volvió a besarme. Le dije que no habría un tercer aviso. Me puso las manos encima, de un modo que juzgué reprobable. Así que le rompí los dedos. La mayoría.

Teia no sabía qué era lo que más la impresionaba: que Essel pudiera partirle los dedos a un hombre con tanta facilidad, que se atreviera a hacer algo así, o que fuera capaz de contarlo con tanta indiferencia.

—Cuando se recuperó —prosiguió Essel—, fue a ver a la Blanca, encolerizado. Exigió una reparación. Se inventó una historia ridícula. La Blanca ni siquiera quiso escuchar mi versión. Me preguntó: «Essel, ¿actuaste de forma indebida?», a lo que yo respondí que no, y después la Blanca informó al embajador de que tendría suerte si no decidía expulsarlo del Gran Jaspe.

—El Prisma es más inflexible todavía con quienes nos ningunean —dijo Samite —. Ocupamos una posición extraña. En algunos sentidos, somos meras esclavas que debemos estar dispuestas a morir por nuestros superiores en un instante, merecida o

inmerecidamente. En otros, ni siquiera los embajadores, ni siquiera el mismísimo Prisma puede tocarnos sin nuestro consentimiento.

»Y ahora que Essel se ha pasado casi toda la hora advirtiéndoos de un montón de generalidades y de cómo la mayoría de las veces ni siquiera se aplican, intentaré usar algunas de ellas. Porque hay generalidades que entrañan la suficiente cantidad de verdad como para que merezca la pena dedicarles nuestra atención. He aquí la primera: los hombres se disputan el estatus combatiendo físicamente. Las mujeres suelen ser más inteligentes. El porqué no tiene importancia: aprendido, innato, cultural, ¿qué más da? Cuando se dan golpes de pecho, cuando lanzan insultos, actuando para sus camaradas, en realidad lo que están haciendo es caldear los ánimos. Ese intervalo no suele durar mucho, pero es suficiente para que a los hombres se les encienda la sangre. Ese es el terror o la excitación que los impulsa a luchar o a salir corriendo. Puede resultar útil en pequeñas dosis y debilitador cuando se da en exceso. ¿Alguna de vosotras tiene hermanos, o se ha peleado con otros chicos?

Seis de las diez levantaron la mano.

—¿Alguna vez os habéis peleado con ellos, verbal o físicamente, y habéis visto cómo se van para volver al cabo de un rato, sin la menor intención de continuar la trifulca, mientras que vosotras todavía estáis empezando a entrar en calor? Es como si hubieran caído en una emboscada, con ellos en el fondo del desfiladero y vosotras en lo alto de la montaña.

—Imaginaos que es como hacer el amor —dijo Essel. Esta sí que era una fresca —. Acercad los labios al oído de un hombre y susurradle que se quite los pantalones, ya veréis cómo está listo para explotar antes de que os dé tiempo a tomar aliento para añadir algo más. El cuerpo femenino es un poquito más lento.

A algunas de las muchachas se les escapó una risita nerviosa.

—Los hombres pueden estar listos para entrar en acción enseguida. Y con la misma rapidez pueden perder esa rabia asesina. Tal vez algunos se queden temblando, o vomiten incluso, pero se va tan deprisa como llega. Con las mujeres no ocurre eso. Tardamos más en coger carrerilla. Bueno, quizá haya alguna excepción. Pero como guerreras, tendemos a pensar que todo el mundo reacciona igual que nosotras, guiándonos tan solo por nuestra experiencia. En este caso, nos equivocamos. Los hombres están listos para luchar y para dar la pelea por terminada en cuestión de meros latidos. Esto tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

»La primera respuesta instintiva de un hombre al que pilléis por sorpresa será tan fría y controlada como veréis durante los entrenamientos. Después se dejará llevar por ese torrente de emociones. Dedicamos horas a prepararnos para esa respuesta instintiva inicial, y más aún, aprendemos a controlar dicho torrente de emociones para que nos eleve a un nivel de consciencia superior sin embotarnos el juicio.

»De modo que nuestra ventaja, arqueras, es: sorpréndeme, y mi reacción inicial

será la misma que la de mis contrapartidas masculinas. Evidentemente, esto no impide que me aterre en ocasiones, ni que me atenace la indecisión. Pero de lo contrario, mi segundo movimiento, y el tercero, y el décimo también estarán controlados. Mis manos no temblarán. La precisión de mis movimientos será superior a la de cualquier hombre. Pero ni mi fuerza ni mis sentidos aumentarán tal vez hasta unos instantes después, a menudo demasiado tarde.

»Donde un hombre precisa practicar para controlar esa descarga, nosotras debemos entrenarnos para acelerarla. Si tenemos que escalar una montaña más despacio para coronar la cima donde están todas las ventajas, deberemos comenzar antes el ascenso. Es decir, cuando me vea en una situación potencialmente peligrosa, necesitaré estar preparada. Necesito empezar a escalar. A veces los hombres bromean para liberar la tensión. Que se rían. Yo no. Quizá piensen que no tengo sentido del humor. Adelante. Estoy dispuesta a pagar ese precio.

Teia y el resto de las muchachas salieron de clase ese día algo aturdidas, definitivamente abrumadas. Lo que comprendió Teia era que el insondable misterio de las mujeres residía en que eran tan sinceras como poderosas. Y esas dos cualidades eran indisolubles. Decían, «soy la mejor del mundo en lo que hago, pero no puedo hacerlo todo». Esas dos declaraciones, unidas, les proporcionaban la seguridad imprescindible para afrontar cualquier reto. Si por sí solas no eran lo bastante fuertes como para superar algún obstáculo, obtendrían la fuerza necesaria de la unión, y no tenía por qué avergonzarse de pedir ayuda cuando le fuera preciso, porque sabía que lo que aportaba al equipo sería igual de valioso en otra ocasión.

Las arqueras eran inflexibles e implacables, y sin embargo su equilibrio era absoluto. Se respetaban las unas a las otras y se respetaban a sí mismas. Teia sabía que algunas de las guardias negras habían sido esclavas, mientras que otras tenían sangre noble en las venas. Algunas eran azules, otras amarillas, o verdes, o rojas. Algunas eran bicromas, algunas eran altas, algunas eran muy flacas, algunas eran tan musculosas como el comandante Puño de Hierro. Todas eran distintas entre sí, pero las guardias negras miraban esas diferencias y se preguntaban cómo podían aprovecharlas, no a quién hacían mejor o peor. Pertenecer a la Guardia Negra constituía el eje central de su identidad. Todo lo demás venía después.

Para alguien que era una esclava, además de trazadora daltónica de un color inservible, eso era como un sueño inalcanzable que colgara justo delante de sus narices. Su ama le había ordenado que ingresara en la Guardia Negra, había entrenado durante años a tal efecto siguiendo las indicaciones de los demás, buscando el beneficio de los demás, pero ahora ese objetivo le pertenecía solamente a ella, por razones que eran exclusivamente suyas. Y deseaba alcanzarlo con toda su alma.

29

Kip y Teia terminaron los ejercicios —para Teia, esta vez, vapulear a un muchacho que la había despreciado refiriéndose a ella como «niñita»— y no tuvieron tiempo de recoger antes de salir disparados para la clase de prácticas: trazo aplicado, como lo llamaba Teia. Parecía asustada. A Kip, sin embargo, le hacía ilusión, aunque apestara y estuviese empapado de sudor.

Como de costumbre, Teia abría la marcha. La clase estaba situada en una planta distinta de la anterior, en la cara soleada de la Torre del Prisma. Pero cuando llegaron al aula, Kip vio a Grinwoody esperando frente a la puerta.

Ay, no.

—Kip —dijo el apergaminado esclavo—. Llegas tarde. Eso no va a gustarle al Rojo.

Con lo que me importa a mí lo que le guste o le deje de gustar.

—¿Qué quiere de mí?

—Solicita tu presencia.

—¿Y si no quiero ir?

Las cejas de Grinwoody se arquearon.

—¿Me estás pidiendo que transmita tu negativa al Rojo? —Llevaba escrito en la cara que opinaba que Kip era un payaso. Se hacía evidente que aquel hombre no sentía la menor simpatía por él, y ahora que su abuelo había abjurado de él, no veía ningún motivo para disimularlo.

Kip tuvo la tentación de ponerse terco y mandarlo al infierno.

—¿Kip? —dijo Teia. Esperó.

Kip la miró.

—No seas imbécil —sentenció la muchacha.

Kip frunció el ceño.

—En marcha —le dijo a Grinwoody.

Siguió al esclavo hasta los aposentos de Andross Guile. Por mucho que se esforzara por contener su rabia, se notaba cada vez más nervioso. Grinwoody abrió la puerta e hizo un gesto en dirección a los pesados cortinajes.

A Orholam pongo por testigo que como ese vejestorio malnacido vuelva a ponerme la mano encima, se la devuelvo.

Kip estaba seguro de que jamás haría tal cosa, pero la mera idea le hacía sentirse mejor. Entró en la habitación.

Olores penetrantes. A anciano e incienso. Polvo y axilas sudadas. Ah, esto último eran las suyas.

—Apestas —dijo una voz en la oscuridad, cargada de repugnancia.

—Tú también —replicó Kip. Su cerebro se había quedado dormido un par de segundos.

Silencio. Después:

—Siéntate.

—¿En el suelo? —preguntó Kip.

—¿Qué eres, un mono?

—Más monstruo que mono. Después de todo, estamos emparentados.

Otro silencio. Más prolongado esta vez.

—Se me había olvidado lo impulsivos que pueden llegar a ser los jóvenes. Aunque puede que no seas tan temerario, quizá se deba simplemente a tu estupidez. Siéntate. En la silla.

Kip tanteó a su alrededor en las tinieblas hasta que encontró la silla. Se sentó.

—¡Grinwoody! —bramó el anciano.

El esclavo entró y colgó algo de un gancho sobre la cabeza de Kip. Volvió a irse sin decir palabra.

—Una lámpara —explicó Andross Guile.

¿Una lámpara? Pero si no estaba encendida. ¿Debería encenderla Kip? ¿No iría eso en contra de estar sentados en una habitación a oscuras con todas las ventanas y la puerta tapadas por gruesos cortinajes? Además, Kip ni siquiera tenía un trozo de pedernal.

¿Sería una prueba de trazo para ver si Kip era capaz de...?

Cretino. Es una lámpara supervioleta.

Kip dilató las pupilas, y la estancia se desveló ante sus ojos en todo su extraño, violáceo y refinado esplendor. Era más grande de lo que pensaba. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de los antepasados de los Guile. Revelados solamente a la luz supervioleta, los retratos se veían sin vida, monocromos. Kip podía ver los surcos y las irregularidades de las pinceladas, pero distinguir las caras definidas por estas era más complicado. Había una gigantesca cama de cuatro postes apenas visible entre las puertas de una segunda cámara, y las recias cortinas de terciopelo, naturalmente, eran ubicuas. La repisa de la chimenea y el clavicémbalo servían de pedestal a varias esculturas de mármol y marfil. Kip no entendía lo suficiente de arte como para diferenciar los distintos estilos, pero todas parecían sumamente delicadas.

También había numerosas sillas, divanes y mesas, así como un reloj de péndulo con engranajes en movimiento de los que hasta entonces Kip solo conocía de oídas.

Por último, Kip miró al hombre que tenía delante, esperándose cualquier horror. A pesar de la oscuridad, Andross Guile llevaba puestas unas enormes gafas tintadas.

Había sido un hombre fuerte, antes de que la edad mermara su constitución. Sus hombros aún eran anchos, pero huesudos. Su cabello lacio, saturado de violeta a la luz de la lámpara, debía de ser plateado, casi blanco. Ralo y enmarañado, como correspondía a alguien que vivía alejado de los espejos. También su piel se intuía desgastada y fláccida. De natural más morena que la de Gavin, pero descolorida por el paso de los años. La nariz recta, profundas arrugas. Una antigua cicatriz ascendía por su cuello hasta la línea del mentón.

Había sido apuesto, en su día. Un auténtico Guile.

—¿Juegas a los nueve reyes?

—Mi madre nunca tuvo tanto dinero —respondió Kip. Era un juego de naipes. A menudo, las mismas cartas valían su peso en oro.

—Pero sabes jugar.

—He visto alguna partida.

—Tienes el mazo delante —anunció Andross Guile—. Que no se diga que no soy justo: jugaremos la primera partida sin apuestas.

—Que no se diga.

Kip cogió el mazo, y lo asaltó otro recordatorio de lo distinto que era el mundo en el que se había metido. Dependiendo de la seriedad de los jugadores, había muchas variantes de los nueve reyes. Cada jugador elaboraba su mazo a partir de más de setecientas cartas. En aldeas como Rekton, los soldados de paso podían pedirle a algún artista local que les fabricara una baraja. El requisito principal era que los naipes no debían tener ningún distintivo en el dorso, para que los jugadores no hicieran trampas y escogieran sus cartas a sabiendas. Los nobles jugaban con naipes fabricados por una combinación de artistas y trazadores de cualquiera de las seis ramas del Gremio de los Naipes. Dichas cartas estaban dibujadas con esmero y laqueadas con luxina azul, lo que garantizaba su uniformidad.

Las que tenía delante, sin embargo, no eran así. Cada una de ellas contenía electrum, una mezcla de oro y plata. Los números cuneiformes parianos denotaban su fortaleza y habilidad, y todas ellas estaban adornadas con elaborados diseños y firmas. Algunas presentaban incluso diminutas joyas engastadas. Todas estaban selladas con una luxina azul perfectamente cristalina. Completaban el juego las tabas enjoyadas, los marcadores de marfil y los relojes de arena de cristal tintado.

Kip se esforzó por hacer caso omiso del tesoro que tenía en las manos y empezó a barajar las cartas con dificultad.

—¿Qué hiciste para quedarte así de tullido? —preguntó Andross Guile, mientras mezclaba ágilmente sus naipes.

A Kip le sorprendió el interés.

—Me asaltaron. Ofrecí resistencia, y alguien me empujó a una hoguera. Detuve la caída con esto. —Kip levantó la mano, antes de darse cuenta de que estaba

enseñándosela a un ciego—. Hum, con una mano. La madera todavía seguía caliente.

—¿«Todavía seguía caliente»?

—Bueno, es que tracé el fuego mientras me peleaba con ellos.

Andross Guile ofreció un «hum» por toda respuesta.

Jugaron, y Kip perdió espectacularmente, pues apenas se acordaba de las reglas. Le costaba descifrar los números parianos, puesto que los había aprendido fijándose en cómo formaban los guardias negros novatos. Andross, en cambio, jugaba a ciegas. Sus naipes presentaban pequeños bultitos y depresiones que debían de indicarle cuál era la carta que tenía en la mano. Ni era trampa ni le daba ninguna ventaja, pero a Kip le indicó que los fabricantes del mazo estaban pensando específicamente en Andross Guile cuando lo elaboraron.

No era de extrañar que Kip no hubiera hecho sudar en ningún momento a Andross. El hombre se tomaba su juego muy en serio.

La expresión del anciano, sin embargo, no delataba nada.

—Otra. Esta vez, con apuestas.

—¿Qué tipo de apuestas? —preguntó Kip.

—Altas.

—No tengo dinero.

—Sé lo que tienes.

Kip pensó al momento en la daga. Decidió descartar esa idea. Optó por responder como si fuera evidente que no poseía absolutamente nada.

—Entonces ¿por qué jugamos?

—Lo averiguarás cuando terminemos. Tendrás que esforzarte por ganar.

Kip respiró hondo y jugó mejor la segunda vez, pero aun así acabó arrollado. Cuando la última de sus tabas señaló el cero, Andross Guile se retrepó en su asiento y entrelazó los dedos sobre el vientre abultado.

—Hoy te has sentado con un grupito de jóvenes que se autodenominan los Parias. Entre ellos había una chica que responde al nombre de Tiziri. Tengo entendido que no entablaste ningún tipo de contacto especial con ella.

Kip la recordaba. Era la chica sencilla que había en la mesa. Amplia sonrisa, sobrepeso, marca de nacimiento en la cara.

—¿Qué te propones?

—Sus padres vendieron seis de sus quince reses para costear su ingreso en la Cromería. Mañana volverá a casa. Por tu culpa.

—¿Cómo? ¿Por qué? Eso no tiene ningún sentido. ¡No es justo!

—Has perdido —dijo Andross Guile—. Jugaremos de nuevo. La próxima vez, las apuestas serán más elevadas.

30

—Y tú —dijo el Tercer Ojo, dirigiéndose a Karris—. La Esposa. Tú tampoco estás bien.

—¿Disculpa?

Gavin se sentía como si le hubieran pegado una patada en el estómago, por lo que le alegró comprobar que Karris estaba igual de desconcertada.

La perplejidad del Tercer Ojo, sin embargo, parecía sincera.

—¿Para qué has venido, Prisma?

—Tengo cincuenta mil refugiados que necesitan un hogar. Si los llevo a otro sitio se convertirán en los rehenes políticos de cualquier sátrapa, eso si antes no los masacra el Príncipe de los Colores.

—¿Vas a traerlos aquí?

—Tú eres la Vidente.

—Destruirás la comunidad que hemos construido aquí.

—Construisteis una comunidad para servir a Orholam. Servidle salvando a su pueblo.

—Ni siquiera entiendes lo que vas a destruir.

—Va contra mis principios preocuparme en exceso. Cuando el emperador envía una nave a Paria, la comodidad de las ratas de la bodega es la última de sus prioridades. Si queréis servir a Orholam, empezad a reunir alimentos. «La fe sin obras no es más que polvo», ¿no es cierto? Dentro de tres días llegarán cincuenta mil personas hambrientas.

Los hombres que rodeaban a Gavin y a Karris se encresparon. No debería haber dicho eso, pero el sol brillaba en lo alto y necesitaba hasta el último minuto de luz diurna para terminar el puerto antes de que arribara la flota. Casi con toda seguridad se habrían quedado sin comida a estas alturas. A menos que despejara el coral y creara un fondeadero seguro, los barcos darían media vuelta, y todos los hombres, mujeres y niños de a bordo morirían.

—¿Eres un hombre o un dios, Gavin Guile? —preguntó el Tercer Ojo.

—Soy alguien muy ocupado. Uníos a mí o apartaos de en medio, porque pienso hacer lo que me plazca, y como os opongáis a mí, haré también lo que sea necesario.

—Me parece que no me caes demasiado bien, Gavin Guile.

—En otras circunstancias, eso podría cambiar. Y ahora, discúlpame, pero tengo un puerto que construir.

—Cena —dijo el Tercer Ojo—. Tras la puesta de sol, por supuesto. Reúnete conmigo. Me has dado muchas cosas en las que pensar, y me gustaría devolverte el favor. A menos que cenar con una «rata» sea indigno de ti. —Enarcó fríamente una ceja, desafiante.

Era evidente que la pulla había dado en el blanco.

—Será... un placer —respondió Gavin.

Comenzó a absorber la luz mientras bajaba a la playa. Se quitó la túnica. Todavía no hacía tanto calor como para justificar esa decisión, pero quería que el Tercer Ojo y sus hombres vieran las oleadas de color que serpenteaban por su piel mientras se alejaba. Primero el amarillo, confiriendo un resplandor dorado a su cuerpo. Lanzó un chorro de luxina amarilla al aire, e hizo que se transformara en una trainera antes de caer sobre las olas.

Karris montó con él en la barca.

—No entiendo esa manía tuya de ponerte de espaldas a un grupo de hombres armados —dijo.

—Todo el mundo porta algún tipo de arma. Siempre estoy de espaldas a la mitad de él.

—Lo que significa que me toca caminar de espaldas constantemente —refunfuñó Karris.

Gavin la miró. Una sonrisa traviesa jugueteaba en sus labios.

—¿No estás enfadada conmigo? —preguntó. En su opinión, podría haber manejado mejor la situación.

—Eres el Prisma —dijo Karris, haciendo un gesto al pronunciar las últimas palabras, como si estuvieran cargadas de magia—. ¿Cómo podría enfadarme con el Prisma?

Gavin soltó una carcajada. Se pasaba la vida rodeado de mujeres, y seguía sin entenderlas.

—No, en serio —dijo.

Karris empuñó los remos a su vez.

—Ignoro qué es lo que te propones realmente con los refugiados tyreanos. Seguro que tienes algún as escondido en la manga. Pero me trae sin cuidado. Lo cierto es que estás haciendo esto para salvar a unas personas que ahora mismo no tienen nada que ofrecerte a cambio. Unas personas que constituyen un gigantesco engorro. Unas personas a las que podrías dejar en la estacada. Pero has elegido no hacerlo. Eso... eso está bien. No seré yo la que te reste ese mérito.

Pero te gustaría, no obstante.

—Gracias —dijo Gavin. El sentimiento era sincero, pero lo acompañaba una cierta congoja.

Un año. Quizá sea lo mejor que solo disponga de un año. Dudo que pudiera

seguir así cinco más.

Comenzaron a trabajar, y el dolor se mitigó gradualmente. Gavin trazó los grandes postes que habrían de soportar los rompeolas. Provocaron más explosiones para despejar el lecho marino y excavar a la profundidad suficiente para dotar a los postes de unos cimientos sólidos, pero la mayor parte del trabajo consistía lisa y llanamente en trazar. Capas de amarillo para obtener resistencia y de verde para la flexibilidad. Le hubiera encantado utilizar algo de azul, pero tendría que conformarse con eso.

Terminaron con todos los postes al anochecer. Al día siguiente, los rompeolas. Al otro, los últimos retoques y comprobar que todo funcionara como debía. Después podría largarse de aquel infierno.

El sol ya se había puesto cuando empezaron a remar de regreso a la orilla. Gavin estaba pensando que, tras los esfuerzos de la jornada, probablemente debería darse un baño antes de acudir a la cita con la Vidente.

—¿Vas a acostarte con ella? —preguntó Karris.

Gavin se atragantó.

—¿Qué?

—¿Eso es un «sí», o un «sí, si se tercia la ocasión»?

Gavin se ruborizó, sin palabras.

Sin embargo, fue Karris la primera en desviar la mirada. Los músculos de su mandíbula se tensaron durante unos instantes.

—Lo siento, lord Prisma. Mi pregunta estaba fuera de lugar. Disculpadme.

Bueno, eso lo resuelve todo.

No puedo acostarme contigo, pero que Orholam me ayude como me acueste con otra, ¿no? Perfecto.

El Tercer Ojo salió a su encuentro en la playa. Sus pasos eran una *aristeia* de gracia corpórea, sensual y sugerente, sinuosa sin premeditación aparente. Erguida, era despampanante. En movimiento, era una mujer por la que el mundo festejaba que Orholam hubiera dotado de forma física a sus creaciones, que hubiera inventado la luz para que el hombre pudiera admirar semejante belleza. Una sonrisa le curvaba los labios carnosos, rojos y prometedores, rutilantes y enormes sus ojos. Su maquillaje era exquisito, y lucía un vestido blanco tan fino que el contorno atezado de sus pezones se transparentaba.

Jodidamente. Perfecto.

31

Kip regresó al barracón con el ánimo por los suelos. No sabía qué hacer. Si les contaba a los Parias que era el responsable de que hubieran mandado a Tiziri de vuelta a su casa, podrían volverse en su contra, temerosos de ser los siguientes. Y sus temores serían fundados.

¿Qué podía significar que las apuestas serían más elevadas la próxima vez? Kip no tenía dinero. Lo único que se le ocurría era que Andross enviaría a casa a alguien más próximo a Kip... o algo aún peor.

El barracón, sin embargo, estaba desierto. Los demás estudiantes todavía no habían terminado sus prácticas, evidentemente. Kip encaminó sus pasos hacia su jergón, al fondo de la habitación, comprobando que nadie más estuviera presente. Cuatro camas más allá de la suya, abrió el baúl que había escondido debajo. Tanteó bajo las mantas.

Exhaló un hondo suspiro. La daga seguía estando en su sitio.

Tras taparla de nuevo, cerró el estuche con cuidado, cerciorándose de que nada pareciera distinto. Después se acostó.

Durmió sin soñar nada, para variar. A la mañana siguiente, lo despertó una algarabía de voces. Los estudiantes conversaban animadamente entre sí, sin importarles el descanso de los que aún estaban en la cama... aunque, al sentarse, Kip comprobó que el único que aún estaba en la cama era él.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz ronca por el sueño.

—Es el Día de los Patrocinadores —anunció un muchacho, unas cuantas camas más allá de la suya—. Hoy no habrá teoría ni práctica. Todos vamos a reunirnos con nuestros patrocinadores.

Kip arrastró los pies hasta el cuarto de baño comunitario y se aseó, se enjuagó la boca con agua salada y se pasó el peine por el pelo unas cuantas veces, hasta conferirle un aspecto más o menos ordenado.

Bajó las escaleras en solitario y se dirigió al comedor. Todavía estaban sirviendo comida —una comida mucho más refinada de lo habitual, según pudo comprobar—, pero había pocos estudiantes. Los presentes estaban acompañados por adultos. Uno o dos de estos podrían haber pasado por hermanos mayores, o padres.

Kip sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el pecho. Se quedó paralizado con su bandeja, buscando sitio. Daba igual dónde se sentara, estaría solo. Su madre había fallecido. Su abuelo renegaba de él. Su padre, ausente, como siempre

en la vida de Kip.

Se sentó a solas. Comió a solas. Se obligó a no apresurarse, sin disfrutar del dolor que sentía pero regodeándose en él de todas maneras.

Estos son los mazazos que moldean a un hombre. Aceptaba los golpes. Que así fuera.

Terminó de desayunar y se dirigió a la biblioteca. La bibliotecaria, una mujer asombrosamente atractiva, posiblemente una débil trazadora amarilla a juzgar por sus ojos, dijo:

—Me temo que los patrocinadores han ocupado ya todas nuestras salas de reuniones privadas, jovencito.

—No necesito ninguna sala. Necesito libros. Sobre estrategias para jugar a los nueve reyes.

—Ah. —El rostro de la mujer se iluminó—. Creo que puedo ayudarte.

Rea Siluz era la cuarta subsecretaria. Por lo general trabajaba en el turno de noche. Antes de que Kip obtuviera permiso para ver siquiera los libros, tuvo que firmar un contrato por el que juraba no encender ningún fuego ni trazar luxina roja dentro del recinto. Hecho lo cual, la mujer lo sentó a una mesa en la parte más oscura de la biblioteca, aunque, como era lógico, las lámparas amarillas distribuidas por todo el lugar proporcionaban luz artificial en abundancia. Después le trajo una docena de libros.

—¿Juegas mucho? —preguntó Rea.

—Hasta ahora, dos veces. Y las dos he perdido miserablemente.

La mujer reprimió discretamente la risa. Sus cabellos morenos, muy rizados, se condensaban en un gran halo alrededor de su cabeza, resaltando sus facciones esbeltas y sus labios carnosos.

—La mayoría de la gente pierde las primeras veinte partidas.

Uff.

—Eso no es una opción —dijo Kip—. ¿Por dónde debería empezar?

—Léete primero estos dos, y después estúdiate este otro. Contiene todas las ilustraciones, así que puedes consultarlo cuando no entiendas algo. Cuanto antes te las aprendas de memoria, mejor te irá.

Ay, madre. Kip se puso cómodo.

Se pasó doce horas seguidas leyendo. Solo fue al baño una vez, y al volver, descubrió a un hombre merodeando alrededor de su mesa, apuntando los títulos de los libros allí amontonados. Se esfumó al ver a Kip. El muchacho pensó en perseguirlo, pero comprendió que no sabría qué hacer si daba alcance al desconocido.

Estupendo, así que ahora espían lo que leo. Kip no sabía exactamente «quiénes» lo espiaban, pero supuso que eso no tenía demasiada importancia.

Cuando se levantó por fin, dispuesto a disfrutar de una cena tardía, se dirigió a la

mesa de Rea.

—¿Puedo volver después de comer?

—¿No has cenado todavía? —Parecía cansada después de los dos turnos seguidos.

—No, pero ahora me muero de hambre.

—Pues lo siento, pero la biblioteca cierra dentro de unos minutos.

Kip miró a los demás estudiantes, que no parecían tener ninguna prisa por marcharse, y ensayó un ademán de impotencia.

—Esos son alumnos de tercer y cuarto curso, Kip. Ellos y los aspirantes a entrar en la Guardia Negra tienen permiso para estudiar lo que les apetezca, cuando les apetezca. Con todas las responsabilidades que se les acumulan, algunos de ellos ni siquiera consiguen venir aquí antes de medianoche. Los alumnos de primero no gozan de tanta confianza. Solo podéis estar aquí en presencia de los bibliotecarios.

De modo que Kip se quedó estudiando un rato más. Cuando se marchó al fin, directamente a la cama, Grinwoody lo interceptó en el pasillo. El esclavo le dedicó una sonrisa lobuna.

Kip no había estudiado lo suficiente. Era imposible que ganara.

Los aposentos de Andross Guile no habían cambiado ni un ápice, y cuando Kip tomó asiento, lo hizo bajo una lámpara supervioleta y ante un mazo de cartas. Kip examinó su baraja. Las doce horas no le habían servido de nada.

—¿Cuál es la apuesta? —preguntó.

—Algo importante, ya te lo he dicho. —Andross Guile no añadió nada más. Cogió la primera carta, inaugurando el escenario.

Kip jugó. Levantó una de sus mejores cartas demasiado pronto —algo de lo que solo se percató al finalizar la partida— y acabó masacrado. Habría perdido de todas formas, pero era la primera vez que atisbaba un destello de algo más que no fuera su propia ineptitud.

—Bueno, ¿y qué vas a hacerme esta vez?

—Patético. No posees ni una gota de la sangre de los Guile en las venas, alfeñique. No tienes por qué perder. Pierdes porque eliges hacerlo.

—Vale, elijo perder. Como es tan divertido.

—El sarcasmo es el santuario de los estúpidos. No sigas. Hoy te apostabas el privilegio de comer mañana. Ahora, ayunarás. Quizá eso te agudice el ingenio. Otra partida.

—¿Cuál es la apuesta? —preguntó Kip, obstinado. El hecho de que Andross Guile pensara que saltarse las comidas de una jornada supusiera para él un castigo mayor que el ver cómo una chica era enviada de vuelta a casa y perdía todo aquello por lo que había trabajado le indicaba en qué baja estima lo tenía su abuelo.

—Algo importante. —Andross Guile empezó a barajar las cartas.

—No —insistió Kip—. No me fío de ti. Creo que te estás inventando las apuestas después de ganar. No pienso jugar a menos que me digas de qué se trata.

En los labios de Andross Guile se dibujó la sombra de una sonrisa.

—Las prácticas —dijo—. Si te derroto esta vez, perderás las prácticas.

—Ya me las pierdo cada vez que me mandas venir aquí arriba.

—Permanentemente —especificó Andross Guile.

Perder el derecho a asistir a las clases prácticas equivalía a quedarse sin el único sitio donde Kip podía aprender a trazar de forma mínimamente disciplinada.

—¿Puedes hacer eso?

—Hay muy pocas cosas que no pueda hacer.

Si Kip no conseguía aprender a trazar de forma correcta, no tendría ningún futuro.

—No es justo —dijo. Sabía que iba a perder.

—La justicia me importa un bledo. A los Guile les interesa la victoria, no el espíritu deportivo.

—¿Y si me niego a jugar?

—Ordenaré que te expulsen.

Capullo.

—¿Y si gano?

—Enviaré a casa al marrullero de Elio.

—Que se vaya o se quede me trae sin cuidado.

—Deberías mostrar más interés —dijo Andross Guile.

¿Qué era eso? ¿Una advertencia?

—Te odio.

—Me partes el corazón. Elije cartas.

Así lo hizo Kip. Se dio cuenta de que tenía una primera mano espectacular. La había visto antes, en uno de los libros.

Pero al cabo de tres rondas, perdió. Se despistó, no movió antes de que se le agotara el tiempo. Ni siquiera sabía aprovechar como es debido una mano ganadora. Era evidente que a Andross Guile le habían tocado unas cartas espantosas, pero tras sobrevivir al daño que Kip consiguió hacerle en las primeras rondas, lo machacó.

Kip dio la vuelta al último de sus contadores, derrotado, y preguntó:

—¿Qué voy a hacer mientras todos los demás están en la clase de prácticas?

—¿Y a mí qué me importa? —repuso Andross Guile—. Averigua nuevas maneras de ser un fracasado y una deshonra. Cuando regrese mi hijo, accederá a librarse de esto. —Hizo un gesto en dirección a Kip, como si el muchacho fuese una cucaracha que pudiera barrer con la mano.

—Eres un vejestorio —dijo Kip—. ¿Cuándo te vas a morir?

Una sonrisa feroz tensó los labios del Rojo.

—Vaya, así que el hijo de perra tiene colmillos. Eso está bien. Y ahora, largo de

aquí.

32

Adrasteia era una esclava, pero no una víctima. Había cruzado el Tallo de Azucena, el puente que unía la Cromería y el Gran Jaspe, antes de que saliera el sol. Era el Día de los Patrocinadores. Eso significaba que no habría clases, aunque la Guardia Negra debía entrenar de todos modos. La Guardia Negra era demasiado importante como para tomarse días libres. Se suponía que todos los estudiantes debían reunirse con sus respectivos patrocinadores, y los esclavos no constituían ninguna excepción.

Lo que distinguía a la patrocinadora de Adrasteia de los demás era que nunca se reunía con ella. En vez de eso, encargaba a Teia trabajitos secretos para el Día de los Patrocinadores. Lady Lucretia Verangheti no era un ama fácil.

Los vendedores ambulantes del mercado estaban montando sus tiendas y puestos, extendiendo sus alfombras, azuzando a sus burros en un intento por descargar las hortalizas o el pescado en su sitio. La afluencia de gente era constante, pero con el amanecer se convertiría en un torrente cuando los esclavos y las amas de casa acudieran a realizar las compras diarias para alimentar a los suyos. Adrasteia se deslizaba entre la aglomeración como si estuvieran esperándola en alguna parte. Agitó el pie para desanudar los cordones de una de sus botas y se detuvo junto a una pared, hincó una rodilla en el suelo y se levantó la falda lo justo para volver a atarse los cordones.

Extrajo el paquete de su escondrijo, entre dos ladrillos, se lo guardó en la bota y reanudó su camino. Tomó unos cuantos callejones tortuosos para asegurarse de que no la seguían —no es que la hubieran seguido nunca, pero las órdenes eran claras al respecto— y llegó por fin a su destino, una callejuela que discurría entre dos edificios más altos que el resto. Sacó el envoltorio de su bota y desenrolló la carta.

Lady Verangheti rara vez se expresaba por escrito. No quería que su letra la incriminara en los delitos que obligaba a cometer a Adrasteia, y no le gustaba confiar más de lo imprescindible en esclavos y escribas.

Daba igual. Adrasteia sabía lo que se podía esperar.

Vio el dibujo de un hombre, extraordinariamente detallado. Lady Verangheti podría haber sido una artista consumada, de no ser porque opinaba que semejante ocupación estaba por debajo de ella. La página siguiente, de papel de arroz e imposiblemente fina, contenía el dibujo de una cajita de rapé, grabada con un blasón familiar: una bandada de garzas remontando el vuelo sobre una luna creciente.

La experiencia le indicó a Teia que debía robar esa cajita antes de la mañana

siguiente.

Adrasteia era una esclava, pero no estúpida: sabía que, la mitad de las veces, las víctimas eran personas que trabajaban para Lucretia Verangheti. La habían pillado antes, en su tierra.

Pero nunca sabía qué objetivos eran reales y cuáles meros señuelos. Supuso que tenía sentido. El entrenamiento daba mejores resultados cuando fracasar era una posibilidad, pero no una catástrofe. Si tu discípula cometía un error y quedaba inutilizada de por vida, perderías todo el tiempo invertido en su formación. Si no estabas dispuesta a que tu discípula fallara alguna vez, no desarrollarías sus habilidades ni le enseñarías dónde está el límite.

Pero Teia ignoraba cuál era cuál. Tampoco tenía tanta importancia, la verdad. No podía tratar a ninguno como si fueran señuelos. La diferencia estribaba en que, si la descubrían robando a alguno de los hombres de Lucretia, le pegarían una paliza, y si la descubrían robando a cualquier otra persona, la expulsarían de la Guardia Negra y de la Cromería y la encerrarían en la cárcel.

Sin olvidar, por supuesto, que su padre contaba con ella. Al padre de una esclava que hacía un trabajo excelente las cosas le iban bien. El resto de la frase no hacía falta ni siquiera enunciarlo. Los esclavos eran conscientes de ello. Su padre era un hombre libre; no había mentido a Kip al respecto. Pero eso no significaba que lady Verangheti no tuviera ningún poder sobre él y sus deudas.

De modo que Teia estudió el retrato, memorizando los rasgos del hombre. Noble hacendado, lo más probable, a juzgar por su atuendo. El pelo ralo, muy corto, la nariz ancha, ostentosos collares, capa amplia, cinturón con espada, mangas holgadas, guantes de cuero.

Vestido de esa manera, a Teia no le sorprendería que viajara con un guardaespaldas. Miró a ambos lados del callejón. No vio a nadie. Dobló la hoja de papel de arroz. Había luxina roja y amarilla en las esquinas, bajo una fina capa de cera. Las frotó entre sí, raspando la cera, y el papel se encendió y ardió con un fogonazo. Teia sopló para dispersar las cenizas y se dispuso a regresar al mercado.

Como ocurría en todas las demás intersecciones de la ciudad, los arcos que sustentaban alguna de las Mil Estrellas sobrevolaban cada uno de los accesos al mercado. Aunque su función principal consistía en ampliar el poder de los trazadores, mientras estos no estuvieran utilizándolos todos los distritos podían destinar los grandes espejos elevados al uso que prefirieran.

Este mercado alquilaba sus estrellas al mejor postor, de modo que algunos mercaderes concentraban los rayos de luz solar sobre sus comercios. Algunos de los puestos tenían filtros de colores adosados en lo alto, concentrados en los malabaristas de luxina que deambulaban por el recinto, haciendo piruetas y promocionando una actividad u otra. Adrasteia se dirigió a la base de una de las estrellas, abrió la puerta

diminuta con una llave, volvió a cerrarla y emprendió el ascenso de un tramo de escaleras angustiosamente estrechas. Había hecho un trato con los monos de la torre, los esclavos que cuidaban de aquel arco. Mientras no los entorpeciera ni causara ningún desperfecto, permitían que usara a modo de atalaya una de las ventanas de ventilación situadas a media altura.

Abrió la bolsa mientras esperaba. Por lo general detestaba su cabello, lacio y sin vida, pero por eso mismo lo llevaba muy corto. Con ayuda de unas cuantas horquillas, consiguió sujetarse la peluca a la cabeza sin ningún problema: una melena atashiana esta vez, larga y ondulada. Se la recogió con un pañuelo rojo. Extrajo una veintena de brazaletes de la bolsa. Chillones, llamativos; cualquier cosa con tal de evitar que se fijaran en sus rasgos. Se aplicó carmín en los labios y en las mejillas, y plegó el resto de los pañuelos. Guardó su chal en la bolsa, aflojó algunos de los nudos de su vestido y tiró de él hacia abajo; cuando saliera del arco, se pondría unos zapatos altos para disimular su verdadera estatura, y el dobladillo tenía que colgar lo suficientemente bajo como para ocultar el calzado. Se puso un corpiño, se lo ciñó sin apretar demasiado en torno a las costillas e introdujo los pañuelos doblados donde debería estar el escote, a fin de aparentar que sus pechos eran algo más que meras picaduras de mosquito.

Sabía que prácticamente todo lo que no le gustaba de su cuerpo la volvía perfecta para ese trabajo. Sin duda la habían elegido por eso, en parte. Ni demasiado baja ni demasiado alta, flacucha (lo cual era más fácil de disimular que el exceso de peso), de rasgos agradables pero no tan bonita como para sobresalir entre un grupo de chicas cualquiera. Por mucho que Kip le hubiera hecho perder los estribos por decirlo en voz alta, lo cierto era que podía (y lo había hecho) pasar sin problemas por un muchacho.

Cuando terminara ese día, sin embargo, pensó que probablemente parecería una mujer. Atashiana de clase media, veinteañera, tirando a alta, hortera, con un diente ennegrecido gracias a una mezcla de sebo y ceniza. Que sabía a rayos.

El disfraz no era infalible, pero Adrasteia no aspiraba a la perfección. Lo mejor de aquellas ropas era que, en caso de que alguien la persiguiera, podría desembarazarse de ellas en cuestión de segundos.

Una vez completada la transformación, esperó. Encontrar a un noble entre la multitudinaria población del Gran Jaspe sería tarea imposible sin ayuda, al igual que sustraer un objeto en particular el mismo día. Pero Adrasteia no debía buscar a su objetivo. Él acudiría a ella, y lo haría con una marca.

Aguardó durante una hora, dilatando las pupilas a cada minuto. Su vista, como le había explicado a Kip, era por turnos estándar, asombrosa y atroz, sin ninguna lógica discernible. No detectaba el supervioleta en absoluto, su percepción del morado, el púrpura y el azul estaba simplemente dentro de la media; el verde, posiblemente dentro de la media; el amarillo, dentro de la media; y después el rojo, indistinguible

del verde. Pero luego, por debajo del espectro visible a los mundanos y muchos trazadores, su vista se agudizaba. No podía trazar el subrojo, pero sí distinguirlo mejor que muchos trazadores subrojos. Teia apenas necesitaba dilatar de forma consciente las pupilas para verlo; mientras permaneciera relajada, le resultaba tan sencillo como pasar de concentrarse en un objeto próximo a otro lejano.

Pero cuando dilataba las pupilas, veía algo completamente distinto. Por debajo del subrojo, tan por debajo del subrojo como estaba el subrojo por debajo del espectro visible, a mucha más profundidad, estaba su color, si es que se podía denominar así. Los libros lo llamaban *paryl*. El paryl era puro, hermoso y prácticamente inútil. Pero tan delicado que no podía sostener nada. Tan delicado que los pocos libros que había encontrado en los que se intentaba aventurar una traducción aproximada se referían a él como «seda de araña».

Obviando el hecho, naturalmente, de que las arañas podían colgar de sus telas. A Teia jamás se le ocurriría intentar hacer nada por el estilo con su color.

Empezaba a preocuparla el cambio de turno de los esclavos de los espejos. No les importaba que estuviera en su torre, pero no podían salir mientras ella estuviera dentro. Y cuando abandonara la torre de esta guisa sería el momento más vulnerable del día. Había dilatado las pupilas hasta alcanzar el paryl cuando algo aleteó en la periferia de su visión.

Un hilacho de humo de paryl se arremolinó y desapareció sobre la multitud, a cien pasos de distancia.

Nadie se percató, por supuesto. Nadie podría. Teia no conocía a nadie que fuese capaz de ver el paryl, y mucho menos trazarlo.

Tenía que ser su objetivo. Esa era su marca: volutas de paryl en el pelo o en lo alto del sombrero, ardiendo como fuegos sin llama. Constituía una baliza perfecta, invisible para todos salvo para Teia. Pero nunca había visto a su contrapartida; el hombre o la mujer que marcaba los objetivos de Teia siempre se había mantenido en el anonimato.

Teia se concentró, miró en todas direcciones. ¡Allí! Una baliza, pasando por debajo de ella, al pie de la torre. El ángulo le impedía ver con claridad a su objetivo, pero aquello iba a ser más fácil de lo habitual.

Bajó por la escalerilla deslizándose con la bolsa colgada a la espalda. Al llegar abajo sacó los zapatos altos, se calzó, se echó la mochila al hombro y comprobó que las correas no le hubieran descolocado los «pechos». Respiró hondo. Con confianza pero sin agresividad, Teia. No, ni siquiera hacía falta que se mostrara confiada. Tan solo ocupada. Contonéate lo suficiente como para que parezca que tienes caderas, pero sin dar la impresión de ser una prostituta. Tras arreglarse la peluca una vez más, exhaló, abrió la puerta, salió a la calle y se apresuró a cerrarla de nuevo a su espalda.

En ese punto el pie del arco quedaba justo al lado del edificio, por lo que pudo

colarse rápidamente en una callejuela angosta. Examinó el gentío tras alejarse del arco y relajó un instante las pupilas. Detectar a cualquiera que se hubiera percatado de su salida del arco era tan crucial como encontrar a su objetivo.

Descubrió la baliza en cuestión de segundos. Pero no flotaba sobre su víctima. Estaba en el cabello de una mujer, formando un nudo apretado. Ni vaporoso ni llameante.

Teia sabía que lamentaría su decisión, pero comenzó a seguir a la mujer de inmediato.

Si lo que Teia había visto era cómo marcaban a esa mujer, quizá el otro trazador de paryl anduviera todavía en los alrededores.

Pero más que pura emoción, lo que sentía Teia era que se había embarcado en una aventura peligrosa. Quien hubiese marcado a esa mujer no sabía que alguien más podía verlo. Era como tropezarse con un mensaje secreto y abrirlo. A quien hubiera enviado el mensaje no le haría gracia que alguien leyera su correspondencia, aunque las palabras fuesen ininteligibles para Teia.

Había poderosas corrientes sumergidas en aquella ciudad, y los esclavos podían verse arrastrados aun por las más débiles de ellas. Rara era la mañana en el Gran Jaspe cuando en el mar Cerúleo no flotaba por lo menos un cadáver.

Teia mantuvo los ojos bien abiertos, pero sin trazar. Así solo conseguiría alertar de su presencia al otro paryl. La mujer caminaba a unos cincuenta pasos por delante de ella, sin prisa, curioseando entre los puestos, adentrándose cada vez más en el mercado. Su misma parsimonia dificultaba la detección del otro trazador. Si sus pasos tuvieran algún destino en particular, el número de seguidores potenciales se limitaría a aquellas personas que se desplazaran en la misma dirección y aproximadamente al mismo ritmo. Con la mujer paseando despreocupada, imposible de perder gracias a la baliza que tenía en la cabeza, su perseguidor —¿su espía?— podía mimetizarse a placer con el bullicio de transeúntes.

Intentando no llamar la atención, Teia dio un rodeo para ver mejor a la mujer, que conversaba ahora con un tratante de telas, indicando una bufanda de seda de brillantes cuadros verdes y negros. La mujer era menuda, con el rostro acorazonado y el pelo crespo, elegantemente ataviada con un vestido azul celeste y grandes pendientes. De treinta y muchos, quizá, atractiva.

Nada que sugiriera por qué alguien querría seguirla.

Esto no tiene nada que ver conmigo. Debería largarme cagando leches.

Pero era algo superior a sus fuerzas. Su madre siempre había dicho que Adrasteia era la clase de chica que necesitaba quemarse la mano dos veces antes de convencerse de que la estufa estaba caliente.

Un vendedor de vasijas de barro ilustradas con fieras de colores chillones se acercó a Teia.

—Ah, la señorita tiene un gusto excelente.

Teia esbozó una sonrisa de compromiso.

—Solo estaba mirando, gracias.

—¿Busca algo en...?

—Ya le aviso yo, gracias —lo atajó Teia, sorprendiéndose a sí misma. Jamás osaría ser tan grosera en la realidad, pero el disfraz resultaba extrañamente liberador.

—De acuerdo —dijo el comerciante, dedicándole una sonrisa desprovista de humor. Se giró y maldijo algo entre dientes, sin molestarse en bajar mucho la voz.

Teia tenía cosas más importantes de las que preocuparse, pero así y todo se ruborizó. Menudo...

Estuvo a punto de escapársele. Una rápida pulsación procedente de los aledaños de la fuente. Buscó su origen, pero no consiguió precisarlo entre los hombres que estaban allí plantados, mirando todos ellos en dirección a la atractiva mujer.

Teia conocía esa pulsación. Ella misma la había empleado en más de una ocasión. De hecho, era el único motivo por el que abrigaba alguna esperanza de ingresar en la Guardia Negra. La característica especial del paryl, algo que ningún otro color podía imitar, era que traspasaba la ropa. Con el paryl, se podía ver exactamente dónde había algo metálico en el cuerpo de una persona. Si alguien llevaba una cota de malla escondida bajo la túnica, o una daga disimulada en el muslo, el hecho no pasaría inadvertido a ojos de Teia. Eso y marcar las cosas con unas balizas que nadie más podía ver parecían ser los únicos efectos prácticos del color que había encontrado Teia. Uno de los libros que había leído desestimaba que el paryl fuera un verdadero color por esa misma razón, tildándolo de «extraordinariamente efímero e inservible».

Era fácil que las paredes de la percepción se cerraran durante la cacería, algo por lo que los maestros de combate de Teia en Odess la habían apaleado en multitud de ocasiones. De modo que intentó respirar hondo y fijarse bien en su entorno. Ese tipo de concentración tan intensa podía delatarte o inducirte a cometer algún error.

Justo a tiempo.

Al mirar de reojo a ambos lados de la calle principal del mercado, entre el frenesí de actividad —comerciantes procedentes de todas las satrapías, esclavos, luxiats, pordioseros y nobles— Teia vio lo último que quería ver. Su objetivo —el objetivo de Lucretia Verangheti— caminaba directamente hacia ella. Peor aún, la trayectoria que seguía iba a dejarlo justo enfrente del otro trazador de paryl. Su objetivo lucía la familiar baliza de paryl entretejida en el pelo. Si llegaba al final de la calle con ella intacta, el otro trazador de paryl no podría pasarlo por alto. Y eso podría convertir a Teia en su objetivo.

Teia reaccionó antes incluso de saber exactamente cómo pensaba actuar. La pasividad no se contaba entre sus numerosos defectos.

Disparó un pulso de luz superfina a su vez, tan breve como le fue posible. Una de

las contadas ventajas del paryl era que podía trazarse más deprisa que cualquier otro color y se encontraba en todas partes, aunque el día estuviera nublado, de modo que encontrar una fuente era el menor de sus problemas. Incluso de noche estaba presente, si bien débilmente, siempre y cuando fuese al aire libre. El haz concentrado atravesó la ropa de su objetivo, confiriéndole el aspecto de una sombra agitada por el viento.

La experiencia acumulada le permitió a Teia distinguir las siluetas borrosas de todos los objetos metálicos que llevaba encima su objetivo. Una espada, un cuchillo, la hebilla del cinturón, repujado de plata a su vez y unido a su monedero por los delgados eslabones de una cadena (de modo que vivía con el miedo a que le robaran), las monedas del interior de la bolsa, las puntas de los cordones de su camisa, un collar, la cadena de su capa enhebrada con hilo de oro, un pendiente y —¡por fin!— una cajita de rapé guardada en el bolsillo del pecho de la capa.

Pescarla con los dedos sería tarea sencilla. Teia cruzó la calle. En el último momento, para imprimir credibilidad al carácter fortuito de su encuentro con el objetivo, giró la cabeza y miró por encima del hombro.

Craso error. Vio cómo uno de los hombres de la fuente —delgado, vulgar, con la calva ribeteada de cabellos anaranjados, vestido como un artesano— juntaba las manos delante de él. Una aguja de luxina de paryl salió disparada de ellas y se hundió en el cuello de la mujer a la que estaba observando, a veinte pasos de distancia. Fue un disparo asombroso, en medio del ajetreo de cuerpos masificados y el constante ir y venir de las carretas. Se quedó suspendido en el aire, con un extremo sujeto en sus manos y el otro anclado en el cuello de la mujer. El hombre se inclinó hacia delante, completamente concentrado.

La trayectoria de uno de los transeúntes se cruzó con el hilo de seda de araña y lo rompió, pero el hombre permaneció imperturbable. Liberó el paryl y se alejó sin mirar atrás ni una sola vez.

Teia atisbó fugazmente a la mujer, que frunció el ceño y se frotó el cuello durante unos instantes, para luego volver a dirigir su atención a uno de los melones que había en el carro que tenía delante.

Alguien arrolló a Teia. La joven se habría caído de bruces de no ser por los fuertes dedos que se cerraron en torno a su brazo.

—Cuidado, nalgas de azúcar —dijo su objetivo, dándole una palmadita y un pellizco en el trasero mientras la ayudaba a recuperar el equilibrio.

—Ay... me... —La confusión de Teia no era fingida. Tardó un poco más de lo normal en enderezarse a causa de los tacones, y más todavía en ordenar sus pensamientos.

—Estaré luego en la taberna del Seis Rojo, preciosa, por si te apetece divertirte un rato —dijo el hombre, sin soltar aún el trasero de Teia.

La muchacha le propinó un manotazo en los dedos.

—Gracias pero no, mi señor. Con permiso.

El hombre soltó una carcajada, pero no insistió más.

—Piénsatelo —dijo—. Después de pasar una noche conmigo sabrás lo que te pierdes con tu marido.

Teia agachó tímidamente la cabeza y se alejó, sintiéndose vulnerada. Juraría que aún podía sentir su contacto. Le sobrevino el deseo de borrarle la sonrisa de un puñetazo por haberla manoseado.

En vez de eso, se conformó con dejar caer la cajita de rapé en su bolsa. Su objetivo la había pillado por sorpresa, pero Teia se había recuperado enseguida.

Se dio la vuelta mientras el hombre se alejaba y trazó para quitarle la baliza de la cabeza. Si tuviera dos dedos de frente, se largaría de allí a toda prisa, pero no pudo resistirse a escudriñar la multitud que abarrotaba el mercado en busca de la mujer.

Encontrarla no fue difícil. La baliza resplandecía aún encima de su cabeza, aunque ya comenzaba a disiparse, y su piel era tan pálida que presentaba el sutil tinte verdoso propio de quien llevaba trazando toda su vida. Estaba cruzando la calle principal del mercado, cargando con el melón. De improviso, bajó un brazo y dejó caer la fruta. Sonrió, entre sorprendida y desconcertada, pero solo con la mitad del rostro. Trastabilló y se desplomó de bruces.

Un par de personas sonrieron y se rieron por lo bajo. Pero la mujer no volvió a levantarse. Empezó a convulsionarse. Apoplejía. Un ataque.

Las sonrisas se evaporaron, y la gente empezó a correr hacia ella.

—¡Que alguien la ayude! ¡Cirujanos! —exclamó uno de los curiosos.

Teia se estremeció de temor. Orholam misericordioso, ¿qué era lo que acababa de presenciar?

33

El gran salón de la Cromería se transformaba todas las semanas en un lugar de culto. La asistencia era obligatoria para todos los estudiantes, trazadores o no. Kip se deslizó en su sitio en el banco, entre Ben-hadad y Teia. Ben-hadad, que había bajado las lentes de colores de sus peculiares gafas, alternaba la mirada entre los arcos de mármol blanco y los paneles de vidrio tintado del triforio.

Kip estaba demasiado absorto en lo que acontecía en el suelo como para fijarse en las escenas que describían las ventanas multicolores.

—Bueno, ¿y qué hay que hacer? —preguntó.

—¿Hum? —musitó Ben-hadad.

—Escuchar —respondió Teia, en un tono ausente y desabrido que era impropio de ella—. Es la segunda semana del ciclo, así que creo que va a hablar el Azul en persona.

—Ay, no —dijo Ben-hadad—. Es el peor. Uno de los espejeos me ha contado que Gavin Guile pronunció el discurso del Día del Azul el año pasado y estuvo sensacional. Pero ese como se llame es horroroso.

—Klytos Azul. —Kip sintió una punzada de temor. Su objetivo.

—Se las da de culto porque cree que eso es lo que se espera de los azules, pero tengo entendido que los verdaderos eruditos se burlan de él.

A Kip eso le traía sin cuidado, aunque esperaba que el hombre al que había jurado destruir le cayese siquiera un poco mal. Esa iba a ser su primera ocasión de ver a Klytos Azul en persona. Descubrió que su corazón latía desbocado.

El gran salón terminó de llenarse gradualmente, con una enorme oleada de rezagados que entraron en el último momento antes de mediodía. Mientras la gente seguía llegando, una melodía grave y coral se elevó del foso oculto hacia el frente de la estancia.

—¿Qué es eso? —susurró Kip.

—El orfeón masculino de los subrojos —le explicó Ben-hadad, sin dejar de contemplar fijamente la luz que entraba a raudales por el triforio.

—Chis —dijo Teia, concentrada en la música. Qué genio.

—¿Por qué no se encargan los azules de su propia música? —le preguntó Kip a Ben-hadad.

—Pues no lo sé. Es un caso especial. —Ben-hadad sonrió de repente y apartó la mirada del techo—. Los subrojos siempre desbordan pasión, por supuesto, pero casi

todos los varones son estériles. Cualidades ambas que los vuelve bastante populares entre las damas.

—El talento musical tampoco juega en su contra —observó distraídamente Teia.

—¿Qué? —preguntó Kip—. ¿Por qué?

Ben-hadad enarcó las cejas.

—Pero, Kip, ¿no te ha explicado tu padre las setenta maneras de que un hombre esté con una doncella? —preguntó Teia.

—No me refería a eso, sino a... —Ah, Teia ya lo sabía. Y sonrió al ver que Kip se ruborizaba.

¿Setenta?

La muchacha se apiadó de él y, bajando la voz, dijo:

—Nadie sabe por qué son estériles. Sencillamente va unido a su carga y su sacrificio por Orholam.

—¡Chis! —protestó una chica con irritación, una fila más adelante, girándose hacia ellos.

Los integrantes del coro atacaron una nueva canción, y esta vez gran parte de la congregación se sumó a ellos. Kip ignoraba por completo lo que estaban diciendo. Solo acertaba a adivinar que se trataba de pariano antiguo. La melodía era hermosa, no obstante, y se alegró de no entender la letra. Así podía recrearse exclusivamente en la música.

Dos grandes claraboyas se iluminaron de improviso, con algo más que el mero sol de mediodía. Kip dedujo que un par de los grandes espejos emplazados en lo alto de las otras torres debían de apuntar hacia el gran salón, el cual yacía enterrado debajo de su propia torre, como era lógico, lo que impedía que recibiera ningún tipo de claridad natural directamente desde arriba. Así pues, correspondía a los espejos conseguir que la luz de Orholam brillara sobre su pueblo.

Los cánticos continuaron, seguidos de una procesión de personas ataviadas de azul, algunas de las cuales balanceaban sobre la marcha unos braseros repletos de incienso humeante. Kip vio cómo Klytos Azul, vestido con una túnica de seda azul con el cuello almidonado y tocado con un extraño sombrero del mismo color, caminaba a escasos pasos de distancia de él. El hombre parecía incómodo, como si le costara sobrellevar la ceremonia.

A Kip no le cayó bien.

Por Orholam, ¡setenta maneras! Lo cierto era que a Kip no se le ocurrían más de dos.

¿A quién podría preguntarle algo así? Se reirían de él como si fuera un pardillo.

Se sucedieron las genuflexiones, las plegarias, las lecturas y las respuestas de cinco mil gargantas. Kip movía los labios sin articular palabra, fingiendo que sabía lo que se hacía. Su madre nunca había tenido tiempo para luxiats. La asustaba el juicio

de Orholam, y aseguraba que si no llamabas la atención, quizá lograras escapar a la ira que te merecías.

Klytos Azul subió al púlpito y empezó a hablar en voz tan baja que ni siquiera los que estaban sentados en la primera fila debían de estar entendiendo nada. Era tan torpe y tan tímido que Kip sintió una punzada de cruel compasión por el pobre hombre. Uno de los luxiats se acercó a él discretamente y le susurró algo al oído.

Klytos levantó la voz hasta convertirla en un murmullo apenas audible:

—... bajo el ojo de... este el cuadragésimo noveno día...

Kip vio que el mismo luxiat miraba de reojo a uno de sus compañeros, comunicándose sin necesidad de palabras. El otro luxiat se levantó y musitó algo para Klytos Azul, que lo envió a su sitio con cara de pocos amigos, se ruborizó y volvió a concentrarse en sus papeles.

—Como os decía —declaró con voz chillona Klytos, hablando por fin lo suficientemente alto como para que lo oyeran incluso al fondo de la sala. Hizo una mueca—, forma parte del cometido de la Cromería acercar la obra más reciente de los estudiosos a los confines más recónditos del mundo. Hasta no hace mucho, hablar de este como si fuese algo más que un pergamino desenrollado se consideraba una herejía. La gente creía que el mundo tenía esquinas de verdad... sobre todo los luxiats. Gracias a los azules y a las virtudes de su color, ahora sabemos que estas supersticiones no contradicen las escrituras que solo metafóricamente situaban a las satrapías en el centro de todas las cosas. El eje de la voluntad de Orholam no es geográfico, sino simbólico.

Kip no tenía la menor idea de lo que quería decir Klytos con todo aquello, pero al menos un par de luxiats no parecían particularmente complacidos con el rumbo que estaba tomando el discurso. El muchacho supuso que si el Azul volviera a bajar la voz, esta vez nadie le recordaría que la levantara.

—En los últimos años, vuestros compañeros de la Torre de la Razón han realizado apasionantes descubrimientos acerca del Gran Cisma y las repercusiones de la Deimaquia, la Guerra de los Dioses que a partir de ahora, con el consenso de la mayoría de los estudiosos, traduciremos como la Guerra «contra» los Dioses. La partícula «dei», eso es evidente, funciona como ablativo, y gran parte de nuestras traducciones sencillamente carecen de los fundamentos contextuales necesarios para respaldar el rechazo a la ya extendida «guerra de». Sin embargo, en *Sobre los fundamentos de la razón*, Tristaem señala que bastan apenas unos pocos cambios en nuestra comprensión de la antigua gramática pariana para cambiar por completo el paradigma de nuestra hermenéutica. Cambio que ya ha comenzado a producirse.

A Kip empezaron a cerrársele los ojos. Había demasiadas palabras que no le sonaban de nada. Si bien la gramática le parecía interesante, no podría seguir el discurso aunque se lo propusiera. Perdió el hilo y se dedicó a mirar a su alrededor.

Una luxiat entrada en años, ataviada con una arrugada túnica negra, parecía estar chupando un limón. Varios de los estudiantes más veteranos daban la impresión de sentirse fascinados por las palabras del Azul, y Kip sintió una punzada de desesperación. ¿Terminaré así yo también?

Sabía que la Cromería era un lugar de aprendizaje, sí, pero pensaba que este tendría un carácter más práctico. Empezó a estudiar los mosaicos de cristal tintado que recubrían todo el triforio. Allí estaba Lucidonius en persona, con su túnica blanca y sus apacibles facciones, rodeado de guerreros parianos cuya piel era ligeramente más oscura que la suya. Qué curioso. Kip siempre había oído que era un desconocido pariano.

En fin, quizá fuera un desconocido para los parianos.

Kip se imaginó de repente las acaloradas discusiones acerca del color exacto de la piel de Lucidonius que había debido de suscitar aquel ventanal en su día. Sabía que los parianos lo reclamaban como uno de los suyos, sobre todo ante sus rivales en riquezas y poder, sus pálidos vecinos de Ruthgar. Cuanto más oscura tuviera la piel Lucidonius, mayor sería la afrenta contra los ruthgari.

Y ahora, a pesar de que la vidriera se había fabricado siglos después de la muerte de Lucidonius, la gente la contemplaría y daría por sentado que, puesto que era tan antigua, debía de ser fidedigna.

Fascinante. A Kip le encantaría conocer la verdad.

Bah, qué diablos. Precisamente eso es lo que está haciendo ese viejo chocho de ahí, ¿no? Convertir una palabra en el eje del mundo, igual que Kip pensaba que giraba el mundo alrededor de las motitas de colores de una ventana.

El Azul había bajado la voz de nuevo, y ahora Kip tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo. Pero había dicho algo que le llamó la atención: Portador de Luz.

—... por el cual es el Portador de Luz la metáfora que mejor nos describe. Cada uno de nosotros debe llevar la luz a los rincones más oscuros del mundo. Mas no con el fanatismo de los misioneros. Si las religiones de quienes moran más allá de las Puertas Sempioscuras satisfacen las necesidades de los bárbaros que las profesan, ¿quiénes somos nosotros para obligarles a cambiar? ¿Acaso no son también hijos de Orholam? Nuestro deber es arrojar luz sobre las sombras de nuestras propias vidas mediante la bondad y la generosidad, ensalzando al prójimo y sin poner puertas a nuestro amor. El Portador de Luz no va a venir. Escuchadme bien, Hijos de Am, el Portador de Luz no es uno solo. Todos somos Portadores de Luz.

Los ojos de todos los luxiats amenazaban con salirse de sus órbitas mientras abandonaban corriendo el salón, entre alaridos, para darse un purificador baño de leche.

La imagen hizo que Kip estuviera a punto de estallar en carcajadas.

Hay que joderse, Kip. A ver si dormimos un poco más.

El sumo luxiat fue el siguiente en subir al estrado. Ni siquiera se dignó mirar a Klytos Azul.

—Miembros del coro —dijo—, me pregunto si tendríais la bondad de clausurar este acto con *Padre de las luces, perdónanos*. —Esa canción, al parecer, no estaba en el programa.

Pues mira, qué bien.

Pero el orfeón la entonó de todos modos, y el resultado fue una preciosidad.

Todo el mundo salió sin hacer ruido al terminar la canción, y Kip preguntó a Ben-hadad:

—Oye, ¿qué ha sido todo eso?

—Una mentira sacada del pozo del infierno. —Dos muchachas de la fila que tenían delante se giraron y lo fulminaron con la mirada, pero él ni se inmutó—. El Portador de Luz siempre ha sido motivo de disputas. Quién es, o será, o si ya ha venido. La Cromería defiende esto último, que Lucidonius era el Portador de Luz. Después de todo, su nombre significa «el que da la luz».

—Pero tú no te lo tragas.

—Desconozco todos los argumentos, pero mis padres no lo creen.

Kip lo miró. Era una de las mayores estupideces que había escuchado en su vida, y a juzgar por la expresión taciturna que se instaló de repente en el rostro de Ben-hadad, era evidente que este opinaba lo mismo.

—No quiero vivir después de que se haya zanjado la historia —añadió Ben-hadad.

Lo cual no dejaba de ser otra memez: como no me gusta cómo es el mundo, es que no es así. Por lo menos esta vez Kip consiguió morderse la lengua.

—El Portador de Luz será un portento de la magia —terció de improviso Teia, inusitadamente callada hasta entonces—. Un guerrero que barrerá a todos sus antecesores. Destacará desde joven. Hará cosas que nadie creía posibles y nos devolverá al camino de la verdad. Lucidonius ni siquiera era buen trazador. Descubrió cómo hacer lentes de colores, pero no se puede decir que eso lo convierta en un genio, ¿no? El Portador de Luz nos protegerá. Será un asesino de dioses y reyes.

Yo ya he asesinado a un monarca.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Kip.

—Ya no quedan reyes —intervino uno de los estudiantes más veteranos—. Lucidonius acabó con el último. Y con los últimos dioses.

—Eso fue obra de la gente de Lucidonius —repuso Ben-hadad—. No del propio Lucidonius.

—Es lo mismo —insistió el muchacho—. Cuando decimos que «el Príncipe de los Colores ha capturado Garriston» no nos referimos a él personalmente, ni a que lo

hiciera sin ayuda de nadie. Lo que queremos decir es que se cumplió su voluntad. Es...

—¡Niños! —los atajó un luxiat vestido con una túnica negra. Kip se preguntó cuánto tiempo llevaba escuchándolos—. Basta de enarbolar las insensateces a medio recordar de vuestros progenitores y las supersticiones de los herejes. Volved a clase. No pienso tolerar más blasfemias en este lugar sagrado. ¡Venga! ¡Largo de aquí!

34

—Ese vestido no hace justicia a tu hermosura —le dijo un joven a Liv cuando esta salió de uno de los almacenes que algunas de las refugiadas y sus hijos habían ocupado en Garriston—. Como tampoco esos aposentos hacen justicia a tus dones. —Sonrió con la confianza de quien se sabe irresistible—. Me llamo Zymun. Soy tu tutor.

Y habría resultado irresistible, de no ser porque todo su aspecto quedaba estropeado por la venda que le tapaba la nariz y los dos ojos morados. Zymun aparentaba unos dieciséis o diecisiete años, la edad de Liv, aunque quizá fuera un poco mayor, o puede que sencillamente se condujera como si fuese mayor. Tenía una mata de rizados cabellos morenos, una nariz aguileña magnificada por los vendajes, los labios carnosos y la dentadura perfecta, blanca y resplandeciente. Piel atashiana, cejas pobladas, ojos azul celeste con un anillo multicolor bajo el halo. Llevaba puesta una camisa blanca que se veía nueva —¿quién tenía camisas nuevas después de una batalla encarnizada?— y cuya tela, sobre las mangas, desaparecía bajo unos avambrazos con cinco gruesas bandas multicolores sobre fondo blanco. Lucía una capa rutilante que imitaba el mismo diseño, desde una difusa banda negra que representaba el subrojo hasta el rojo y el naranja, pasando por el amarillo y el verde. Un policromo de cinco colores. ¡Cinco!

En la Cromería debía de haber veinte polis de cinco colores. Tal vez alguno más todavía en proceso de formación. Si este muchacho era un engreído, tenía buenos motivos para ello.

Insufrible.

—¿Has perdido alguna pelea? —preguntó Liv. ¡Qué grosería!

—Fracasé en un intento de asesinato, más bien. Me llevé un puñetazo en la nariz. Y el fracaso me costó una paliza a mi regreso. Tras nadar en unas aguas infestadas de tiburones —concluyó Zymun, con una sonrisa.

—Me tomas el pelo.

—En tal caso, demostraría tener un pésimo sentido del humor. No tiene mucha gracia, ¿verdad?

—¿Lo dices en serio?

—A la segunda va la vencida, supongo. Ven, tenemos que librarte de esos harap... esos ropajes y buscarte algo más favorecedor.

Era su tutor, designado por lord Omnícromo en persona, de modo que Liv supuso

que tenía que obedecerlo. Se encogió de hombros y empezó a cruzar la ciudad detrás de él. El almacén no estaba lejos del Palacio de Travertino, puesto que la proximidad de los soldados infundía seguridad. Ser una mujer sola en tiempo de guerra significaba no bajar nunca la guardia.

Pero mientras Liv seguía los pasos de Zymun, vio que el atuendo del muchacho era mejor que cualquier armadura.

—¿Tanto temen aquí a los trazadores?

—¿Que si nos temen? Nos respetan, lo cual es perfectamente juicioso, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—¿Supones que sí? Ah. Ahora me explico por qué necesitabas un tutor.

Bueno, no se podía ser más paternalista, y eso a Liv no le hacía ni pizca de gracia.

—La Cromería es una fábrica de esclavos, Liv. Depende de que quienes se formen entre sus muros terminen tan endeudados que su máxima aspiración sea convertirse en siervos durante un período de tiempo indeterminado, o lo que es lo mismo, durante el resto de su vida. Esclavos, en definitiva. Los Liberados nos oponemos a eso. En su lugar, reconocemos el orden natural como lo que es. ¿Elegiste nacer siendo una preciosidad? Por supuesto que no. Pero lo eres. Puedes hacer lo que te plazca con tu belleza. Del mismo modo, naciste siendo una trazadora. Podemos desear que todo el mundo nazca con nuestros dones, y el Príncipe de los Colores está investigando la manera de conseguirlo. Pero hoy por hoy, lo cierto es que somos especiales. Poseemos un don del que los demás carecen. No hicimos nada para ganárnoslo, no podemos elegir ser trazadores. Pero lo somos. No les pedimos a los dotados que se encadenen, como tampoco nadie le pediría a un buen corredor que engordase para no hacernos sentir mal a los demás por ser tan lentos. Somos lo que somos, tan salvajes y libres como nos haya creado la naturaleza. Cuando pasees por la calle como la trazadora que eres, los hombres sabrán que, si te acosan, se arriesgan a que los aniquiles. Pueden temer ese hecho o pueden limitarse a respetarlo, como respetarían a la mujer que portara una pistola. Con la salvedad, claro está, de que las pistolas solo pueden dispararse una vez.

Se cruzaron con una cuadrilla de peones, encargados de despejar las calles de escombros, y llegaron por fin a un pequeño establecimiento que se había librado de los estragos de la batalla. Una señora mayor recibió a Liv.

—¡Cuánto me alegra que queráis comprar en mi establecimiento! ¡Gracias, gracias, ay, y mirad lo guapa que sois! Os haré una maravilla. El pedido era de tres vestidos, ¿verdad? —preguntó a Zymun.

—Sí, si esas son las órdenes de lord Omnícromo —respondió el muchacho.

—Bien, excelente, pues desnudaos.

Liv miró a la mujer y luego a Zymun, que no daba muestras de disponerse a salir.

—¿Te importa?

Su tutor la observó de arriba abajo, con una sonrisita traviesa.

—Mucho, pero como prefieras. Tenía que intentarlo.

Zymun se marchó y la dejó en las capaces manos de la costurera. La mujer le tomó las medidas sin perder tiempo, estimó su altura y le pidió que girara sobre los talones unas cuantas veces antes de permitir que volviera a vestirse. Hizo tres rápidos bocetos y se los enseñó a Liv.

—Todo será de la mejor calidad para vos, mi señora. Este primero de aquí será de lana, pero de lana de cabra de las montañas aborneanas. Cálida, pero tan suave que no os lo creeréis.

—Me parece... —¿Maravilloso? ¿Asombroso?—. Un poco caro. —Liv se odió por decirlo en voz alta, pero llevaba tanto tiempo siendo pobre que no pudo evitarlo.

—¡Ja! Eso solo es el comienzo. El dobladillo de vuestro vestido de seda será de genuina púrpura imperial. Seda de la mejor calidad, por supuesto. ¿Quién derrocharía púrpura imperial tiñendo una seda vulgar? Diez mil conchas de murex recogidas exclusivamente para vos.

Liv sintió cómo le daba un vuelco el estómago. ¿Seda? ¿Púrpura imperial?

—Me refería... lo siento mucho. Lo que quiero decir es que no tengo dinero. ¿Lana sencilla, tal vez? ¿Un solo vestido? —Lo cierto era que ni siquiera podía permitirse eso tampoco, pero el orgullo le impedía proclamar su miseria.

—¡Ay, cosita bonita, pero si vos no tenéis que pagar nada! Lord Omnícromo se encarga de todo. Un vestido de abrigo, otro para vestir a diario... ese será de algodón del altiplano atashiano... y uno para deslumbrar. Parece que tampoco os vendría mal algún camisón nuevo, y lencería.

—¡Por favor! Pero si yo no suelo... bueno, la guerra, ya sabes.

—Claro, claro. Os conseguiremos un vestido nuevo para que os lo pongáis entretanto.

La oferta desembocó en un vestido nuevo y un baño caliente, supuestamente porque la anciana no quería que se manchara el vestido, aunque a Liv le dio la impresión de que la costurera se alegraba de tener alguien a quien mimar, alguien con quien conversar.

Mientras se restregaba con la esponja y dejaba que el agua caliente le relajara los músculos, Liv combatió el torrente de temores que la recorría a flor de piel. Suspiró, tambaleándose al borde de un llanto después del cual sabía que se sentiría mejor, pero no quería aparecer toda sofocada e hinchada. Estaba segura de que a la mujer no le importaría —daba la impresión de ser comprensiva—, pero Zymun volvería a recogerla más tarde y le haría preguntas. ¿Cómo explicar por qué habías llorado cuando la respuesta podía mantenerla ocupada durante toda una hora o reducirse a una sola palabra? En cualquier caso, él no lo entendería. Liv sencillamente quedaría como una pusilánime.

Dejó escapar otra vez el aliento.

—Cuántos suspiros —dijo la anciana. Liv no se había percatado de su presencia.

—¿Alguna vez te has dado cuenta de que todo en lo que creías era mentira?

—¿Todo? ¿Es que ahora el cielo se ha vuelto verde?

—No me refería...

—Era una broma, pequeña. —La anciana hizo una pausa, tras la cual suspiró discretamente a su vez—. Creía que mi marido me era fiel. Cuando esa verdad se desmoronó, fue como si todo el mundo cayera con ella.

Liv titubeó.

—No, niña. No digáis nada. Soy una desconocida. Aceptad mi amabilidad, pero no os fiéis tanto, ni con tanta facilidad. Sois una muchacha bonita en un lugar peligroso. Provéeos de armaduras. Recordad tan solo dónde termina la coraza y dónde empezáis vos, para que podáis quitárosla llegado el momento.

La anciana salió de la habitación, y Liv supo que le había hecho un favor mucho mayor que si hubiera escuchado sus caóticos pensamientos.

Liv se había unido al enemigo. Podía justificarse y alegar que esperaba que su gesto motivara al Príncipe de los Colores para salvar a Karris y a Kip, como en efecto había ocurrido, pero lo cierto era que había perdido la fe en todo cuanto había aprendido en la Cromería. Si el fruto es venenoso, ¿por qué fiarse del árbol?

Pero si la Cromería estaba corrupta, ¿hasta dónde se extendía esa corrupción? Si fomentaban una mentira, ¿con cuántas más no habrían coqueteado? Le revolvía el estómago, como si estuviera asomada a un abismo. Si la Cromería, supuestamente la principal fuente de la voluntad de Orholam, estaba corrupta, ¿qué decía eso acerca del propio Orholam?

¿Cómo podía consentir esa corrupción? O bien le traía sin cuidado, o bien carecía del poder necesario para hacer algo al respecto, o bien no existía. A pesar del agua caliente, Liv sintió un escalofrío. Era una idea que no se podía descartar.

Pero no había respuesta. No le importa, no puede arreglarlo o no existe. Fuera como fuese, las cosas no eran tal y como Liv había creído. Se sentía como si alguien le hubiera quitado de los hombros un cálido manto de reconfortantes suposiciones.

Que así sea. Esto era lo que significaba ser una mujer adulta, una mujer fuerte. Su padre la había educado para que creyera determinadas cosas, pero su padre no era omnisciente. Podía equivocarse. Y en tal caso, Liv no iba a ser una cobarde moral. Afrontaría el mundo tal y como era.

En cierta ocasión había escuchado la cita de un antiguo filósofo en una de sus clases: «La verdad me es tan querida que si Orholam estuviera a un lado y la verdad al otro, le daría la espalda a mi mismísimo creador».

Que así sea. Lealtad para uno, ese era el lema de los Danavis. La lealtad de Liv sería para con la verdad.

El mero hecho de contemplar esa idea era sobrecogedor. Resultaba aterrador pensar en las decisiones que tomaba constantemente basándose en lo que era correcto, lo cual se basaba a su vez en lo que era sagrado, lo cual se basaba en lo que la Cromería consideraba sagrado, lo cual se basaba en lo que la Cromería creía acerca de Orholam. ¿De veras estaba dispuesta a levar esa ancla?

Pero al mismo tiempo, era tremendamente liberador. Sería fuerte. Era difícil, pero lo superaría. Las verdades incómodas no la amedrentarían, no abrazaría ilusiones reconfortantes. Se convertiría en una campeona de la verdad.

El impulso de las lágrimas era solo un recuerdo cuando terminó de bañarse, y de los escalofríos no quedaba ni rastro. Después comió lo que le trajo la mujer, pese a tratarse de un simple caldo aguado con unas pocas patatas.

—No está a la altura de mi hospitalidad, pero bueno, la guerra, ya sabéis —dijo la anciana, con un brillo en la mirada.

Liv se rió.

—Cuando acabe con vuestros vestidos estaré en condiciones de serviros algo mucho mejor, lo prometo.

Liv se sintió mil veces mejor una vez terminada la sopa. Le dio las gracias a la anciana y salió a la calle.

Zymun la esperaba sentado en un banco de tosca factura, lanzando pequeños discos azules al aire con una mano y disparándoles proyectiles verdes con la otra.

—¿Llevas aquí todo el rato? —preguntó Liv.

Zymun lanzó al aire un disco azul y lo pulverizó, en un alarde innecesario.

—Vaya. Me había olvidado de ti. —Ups, eso no había sonado como ella pretendía.

—¿Crees que voy a consentirte ese tipo de payasadas por tu cara bonita? —preguntó Zymun—. Porque ya te puedes ir olvidando.

—Te repites. No sé si lo dices como un piropo disimulado o como un estúpido insulto a las claras. —No era bonita. Lo sabía. Si tenía el día bueno, podía pasar por «agraciada». Cualquiera que dijese lo contrario lo haría porque intentaba obtener algo de ella.

A juzgar por su expresión, parecía que Zymun se disponía a arremeter contra ella, pero en el último momento se le curvaron los labios.

—¿«Un insulto a las claras»? —preguntó—. ¿Eso es de tu propia cosecha? —Pero lo dijo con una sonrisa.

—Esperaba que no te fijaras. —Liv frunció el ceño, sintiéndose estúpida—. Pensaba que no eras azul —se apresuró a añadir. Zymun lucía cinco colores en la capa y los avambrazos, pero ni el azul ni el supervioleta se contaban entre ellos.

—Todavía no. —El joven trazó otro disco azul. Liv vio que el color no era perfecto, y en apenas algo más de un segundo se disolvió y desapareció—. Espero

pillarle el tranquillo. Estoy tan cerca que me saca de quicio. El azul resulta muy práctico. Además, por bien que esté el dominar ya cinco colores, no puedo evitar soñar con convertirme en un policromo de todo el espectro.

Aspiraba a ser un trazador de siete colores exactamente con la misma clase de argumentos que había esgrimido Liv hacía unos meses, cuando su máxima ambición era que le reconocieran su segundo color. Nunca era suficiente, ¿verdad? Siempre hay alguien mejor que tú.

Así y todo, el mero hecho de que trazar los siete colores fuera una posibilidad para Zymun significaba que el muchacho y ella estaban en planos completamente distintos.

—Perdona el despiste —dijo Liv, mirándose los pies—. No sabía que fuera tan importante como para que te quedaras a esperarme.

Zymun esbozó una sonrisa, y aun con la nariz rota y los ojos morados, Liv pensó que era tremendamente apuesto.

—Venga —dijo el muchacho—. Quiero enseñarte algo.

35

Resultaba extrañamente liberador estar tan atareado como para no tener tiempo para los amigos, ni para la ausencia de los mismos. En el transcurso de las semanas siguientes, Kip se pasó las mañanas en clase y trabajando, dedicó más horas a entrenar con la Guardia Negra y frecuentó asiduamente la biblioteca. Se familiarizó con los encargados, y estos con él. La mayoría de las veces, se encontraba con que lo aguardaba una montaña de libros; los que solicitaba todos los días, más aquellos que a Rea Siluz le parecía que podrían serle útiles.

Buscaba una mesa aislada y leía durante ocho o diez horas seguidas, según cuándo se marchara el último bibliotecario. Todos los días observaba ceñudo a los estudiantes más veteranos, y en alguna ocasión se quedó hasta tarde con ellos... hasta que lo descubrieron y lo desterraron de la biblioteca durante una semana. Otra de las cosas que tenían prohibidas los alumnos era devolver los libros a las estanterías por su cuenta. Al parecer, eran tantos los que llevaban equivocándose durante tanto tiempo que el desorden se había convertido en una pesadilla para los bibliotecarios. En la actualidad, una vez leídos, los libros debían depositarse en una de las dos mesas dispuestas a tal efecto en cada una de las plantas de la biblioteca. Kip aprendió también que, pese a ocupar tres niveles completos de la Torre del Prisma, aquella biblioteca contenía solo una diminuta fracción del cómputo total de volúmenes que poseía la Cromería. Había muchos más guardados bajo tierra. Todos los tenues tenían vetada la entrada en las bibliotecas secundarias, sin excepción.

Circunstancias todas ellas que conspiraban para que Kip prácticamente ni siquiera pudiera comenzar muchas de las búsquedas que le interesaban. Había jurado vengar a su madre, y, de alguna manera, aplastarle la cabeza al rey Garadul no había mitigado ese afán. También había jurado averiguar si su madre mentía con respecto a Gavin Guile. No lograba aceptar el hecho de que aquel hombre la hubiera violado, pero por embustera, adicta y monstruosa que fuera, aún se merecía que su hijo le concediera el beneficio de la duda.

Más acuciante, empero, era su promesa de conseguir que Klytos Azul abdicara.

En serio, tenía que dejar de jurar tantas cosas.

El problema, en ambos casos, era que no sabía muy bien por dónde empezar. Ir por ahí preguntando: «Disculpe, ¿sabría indicarme dónde se ocultan las pruebas incriminatorias contra el Prisma y los Colores actualmente en el cargo?» no era una opción. Y con el control al que estaban sometidos los libros, debía pensárselo muy

bien antes de ampliar la temática de sus lecturas. Kip había encontrado varios volúmenes de genealogía con los que pretendía descubrir algo más acerca de Klytos Azul, pero una de las muchachas que ayudaba a reponer las estanterías se los había quitado de las manos para volver a colocarlos en su sitio.

A ese paso, jamás averiguaría nada. Solo existía un atajo para acceder a las bibliotecas que podrían contener la información que necesitaba: ingresar en la Guardia Negra.

De modo que lo que había empezado siendo un intento por complacer a su padre, pese a no entender muy bien las intenciones ocultas de este, se reducía ahora en su única posibilidad. Kip entrenaba, estudiaba, leía libros en la biblioteca y no dormía mucho; las pesadillas interrumpían su descanso todas las noches, hasta que caía rendido y se pasaba uno o dos días durmiendo de un tirón.

Faltar a clase no conllevaba ningún castigo. La Cromería lo dejaba en manos de los patrocinadores. Eso convertía el Día de los Patrocinadores en una jornada sumamente desagradable para los alumnos que hacían novillos. Pero Kip no tenía patrocinador. Asistía a clase, sin embargo, aunque lo detestara. De lo contrario decepcionaría a su padre, demostraría que era un fracasado.

Y así llegó el día de los combates, la culminación de todo un mes de instrucción.

Aunque Kip era sin duda el peor de la clase, al entrar con el número cuatro se había asegurado de que fuera bastante improbable que pudiera suspender ese mes. El sistema, no obstante, estaba diseñado para obligar a la flor y nata de la clase a ascender a lo más alto. El día de las pruebas, todos los alumnos recibían una ficha de combate. Las pruebas empezaban por los últimos aspirantes, para que los estudiantes con peores notas tuvieran alguna oportunidad. El número cuarenta y nueve sería el primero. Solo podía desafiar a alguno de los tres puestos adyacentes al suyo, y si vencía, obtendría como recompensa la ficha de combate del perdedor, ficha que podría emplear inmediatamente de nuevo para seguir escalando posiciones.

Antes de comenzar, uno de los muchachos preguntó al instructor:

—Instructor Fisk, señor. ¿Por qué no nos proporcionan gafas para que no tengamos que pelear con los focos?

—¿Y lo preguntas ahora? ¿Por qué no lo hiciste al principio?

—Pues, esto... es que entonces todo era nuevo —se excusó el joven. Kip sabía la verdad. Al principio, todos se sentían demasiado cohibidos para preguntar nada.

—¿A alguien se le ocurre cuál puede ser la respuesta?

—Las gafas podrían romperse durante los entrenamientos —dijo Teia—, y cuestan una fortuna.

—Y los fragmentos de cristal podrían dejarnos ciegos —apostilló alguien más.

—Cierto —convino el instructor Fisk—, pero esos no son los principales motivos. Dejad que os cuente una historia. Es real, que yo sepa. En tiempos de la

Prisma Karris Ciegasombras, poco después de que Lucidonius presentara las lentes de colores al mundo, vivía un muchacho que se enroló en las filas de la Herejía Ilytiana, aunque podría pasarle a cualquiera. Se trataba de un trazador azul que respondía al nombre de Gilliam. Tenía unas gafas azules y no se las quitaba nunca. Las guerras de entonces dejarían en pañales a las nuestras, así que nadie se lo tenía en cuenta. Las lentes eran un símbolo de poder y, por supuesto, de estatus. Solamente unos pocos conocían la tecnología necesaria para fabricar cristales tintados, así que poseer unas gafas como aquellas también denotaba que uno tenía dinero. Participó en muchas batallas a lo largo de los años, la mayoría de ellas en el bando equivocado, pero eso ahora no nos concierne. Años más tarde, intentó asesinar a la Prisma Ciegasombras. Derrotó a todos sus guardias con las manos desnudas, hasta quedar cara a cara con la Prisma en persona. Esta le recriminó que usara las gafas que le había dado su marido para enfrentarse a ella. Le echó en cara que dependía demasiado de ellas.

»Pero él, como es lógico, pensó que la Prisma únicamente intentaba ganar tiempo, y reanudó el asalto. La Prisma le arrebató las gafas. El día estaba nublado; no había ni rastro de azul que Gilliam pudiera trazar, y en cuestión de momentos se vio inmovilizado. La Prisma le preguntó si lo entendía entonces. Pero él seguía sin entenderlo. Karris Ciegasombras empuñó una sencilla lanza de hierro y lo instó a detenerla. Por supuesto, era imposible. Gilliam buscó algo azul por todas partes. No había nada. De repente, mientras la Prisma se acercaba a él, sintió que sus ojos se inundaban de rojos, verdes y amarillos. Era un policromo de todo el espectro, y ni siquiera lo había sospechado jamás.

»Sin embargo, puesto que nunca había usado esos colores, no sabía controlarlos, no pudo imponerles su voluntad en el escaso tiempo del que disponía. Y Karris Ciegasombras lo ejecutó, insensible a sus alaridos. Quien tenga orejas, que escuche.

Kip miró a su alrededor. Algunos de los novatos estaban asintiendo con la cabeza, como si todo aquello tuviera sentido. Otros parecían sentirse igual que él.

—Quien solo mira a través de una lente vive en la oscuridad —murmuró Teia. Kip intuyó que no acababa de inventárselo. Sus palabras desprendían una autoridad propia de épocas remotas.

—Se terminaron las preguntas, tenemos mucho trabajo por delante. ¡A vuestros puestos! —dijo el instructor Fisk. Y se acabó. Sin más explicaciones. Estupendo.

El cuarenta y nueve, un chico flacucho y desgarbado con los dientes torcidos, retó a la cuarenta y seis, como todos esperaban. La cuarenta y seis era un muchacha regordeta, casi el doble de corpulenta que él, pero lenta. Si resultaba derrotada, perdería su ficha de combate y la oportunidad de desafiar a quienes estuvieran por encima de ella, de modo que ambos se la jugaban a todo o nada.

—¿Cuál es tu estrategia? —le preguntó Teia a Kip.

El cuarenta y nueve y la cuarenta y seis se dirigieron hacia las grandes ruletas, y cada uno de ellos hizo girar una distinta. En función de dónde se detuvieran los vertiginosos contadores, las reglas del combate serían distintas para ambos. Ese era otro aspecto del espíritu de la Guardia Negra: uno nunca sabía en qué circunstancias le tocaría luchar, ni con qué armas. La suerte podía sonreírte o darte la espalda, y tenías que apañártelas como pudieras.

La ruleta del muchacho se detuvo en el amarillo y el verde. La de la chica, en los bastos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kip, absorto en lo que ocurría delante de ellos.

Se cerraron unas contraventanas, y el campo de batalla quedó bañado por una luz amarilla y verde. Los contrincantes se acercaron al instructor Fisk, en pie junto a un pequeño podio, ambos apoyaron los dedos en unos conos de roca negra y recibieron sendas cachiporras. Se saludaron y empezaron a pelear. Eran bastante torpes, tan malos que incluso Kip podría tener alguna oportunidad contra ellos.

La muchacha atacó, el primero de sus disparos rebotó con fuerza en el bloqueo del chico, pero el siguiente mazazo traspasó sus defensas y fue a estrellarse en su sien. El joven se desplomó como un fardo, aturdido pero todavía consciente.

Intentó incorporarse, se arrodilló y cayó de nuevo de costado.

Se declaró vencedora a la muchacha, y el cuarenta y nueve se echó a llorar. Era imposible que continuara en la Guardia Negra. Estaba acabado.

—No lo compadezcas —dijo Teia—. Suspender esta prueba quizá impida que lo maten, si no el mes que viene, el siguiente. En la Guardia Negra solo hay lugar para los mejores.

—Alguien va a volver a casa hoy por mi culpa —dijo Kip.

Teia lo miró con expresión inquisitiva.

—Entonces ¿no tienes ninguna estrategia?

Kip le devolvió la mirada. No lo pillaba.

—Teia, soy un desastre. Lucharé lo mejor que pueda, pero voy a perder. Así de sencillo. —No pensaba decepcionar a Gavin más de lo estrictamente necesario.

Era el turno del cuarenta y ocho, que, en vez de retar al cuarenta y cinco, optó por desafiar a la muchacha que tenía el número cuarenta y seis.

—¿Por qué...?

—Será su segundo combate, así que es posible que esté algo cansada —dijo Teia.

En efecto. El cuarenta y ocho y la cuarenta y seis libraron un combate puramente simbólico; ninguno de los dos podía trazar los colores que había sacado. La cuarenta y seis se alzó con la victoria y desafió al cuarenta y tres. Ganó de nuevo y retó al cuarenta, pero perdió.

Mientras observaba y reflexionaba acerca de por qué a veces la gente decidía combatir con quienes estaban tres puestos por encima y otras solo con la persona que

estaba inmediatamente más arriba, Kip no dejó de acribillar a preguntas a Teia. No tardó en darse cuenta de que allí había tanta estrategia en juego como en los nueve reyes.

Diablos, qué mal.

Había personas que no querían pelear con sus amigos, para que no perdieran ni su puesto ni sus fichas de desafío. Otros retaban a los que les parecía que estaban cansados, o si había un combatiente de rango bajo sospechoso de ser mejor de lo que sugería su posición, a veces la gente peleaba por debajo de él para poder saltárselo más adelante.

Los siete últimos eran personas que ya habían perdido en alguna ocasión e iban a suspender definitivamente la prueba; de ellos se esperaba que pelearan con menos ahínco, así que tenían más probabilidades de que alguien los desafiara.

De este modo, le explicó Teia a Kip, si había alguien situado por debajo de lo que su habilidad se merecía, no era descabellado que escalara posiciones hasta la cima, siempre y cuando fuese lo suficientemente bueno. En la práctica, por supuesto, eso no ocurría casi nunca. Combatir resultaba agotador, y tener que volver a luchar de inmediato si vencías significaba que era infrecuente que alguien ascendiera puestos rápidamente.

Al mismo tiempo, la presión era tremenda para quienes ocupaban las posiciones más altas, puesto que ninguno quería arriesgarse a perder ni una sola vez. Si lo hacían, y quien los hubiera derrotado perdía también, un solo combate les podría costar varios puestos.

Quienquiera que hubiese diseñado la prueba quería que los Guardias Negros aprendieran a rendir al máximo aun sometidos a las mayores presiones.

—Al incorporarte a la jerarquía en un puesto más elevado de lo que muchos consideran que te mereces, Kip, está prácticamente garantizado que recibirás un montón de desafíos —dijo Teia.

Por supuesto. Si había un contrincante fácil en tu bloque de tres, ibas a por él. Kip siempre sería ese contrincante.

—¿Qué más da? Es como otra tunda de palos cualquiera.

—¿Sabes?, no logro decidir si eres un valiente o un estúpido.

¿Eh?

—Como nos enfrentemos de nuevo —dijo Teia—, te derrotaré.

—Quién sabe —repuso Kip—. Quizá me sonría la suerte.

La muchacha se fue. Kip apenas si se percató; estaba atento a los combates. Puesto que se perdía todas las prácticas, aquel era su primer contacto con lo que supuso sería la forma habitual de trazar.

Pero la mayoría de los candidatos a ingresar en la Guardia Negra eran monocromos, y las probabilidades de sacar su color en la ruleta eran escasas, por lo

que gran parte de los combates se resolvían a puñetazos o con las armas. En ocasiones la ruleta les concedía su color, pero atenuado, así pues en vez de trazarlo lentamente optaban por luchar cuerpo a cuerpo. No eran muchos los jóvenes capaces de combatir de forma eficaz al mismo tiempo que absorbían la luz necesaria para trazar al cabo de dos o tres minutos de combate. La mayoría de los enfrentamientos no duraban tanto tiempo.

La calidad de los luchadores, sin embargo, mejoraba a marchas forzadas.

Comenzó el encuentro de los dos últimos combatientes en peligro. Un chico musculoso tuvo mala suerte y le tocó batirse con una trazadora azul bajo una luz de su color. La chica utilizó unos barrotes de luxina azul para estrangularlo antes de que él tuviera ocasión de cubrir la distancia que los separaba.

Cuando se incorporó, enfurecido, en lugar de arremeter contra ella, se acercó a Kip y lo amenazó con el dedo.

—¡Tú! ¡Eres peor que yo! Deberías irte tú a casa, bola de sebo. No yo.

—Tienes razón —dijo Kip, sin levantar la voz.

—¡Ya lo creo que la tengo, maldita sea! A ver, ¿se puede saber por qué estás aquí? ¿Porque tu madre es una furcia que se abrió de piernas para Gavin Guile? Eres un bastardo. ¡Yo soy el hijo del dey de Aghbalu! ¡Esto es una vergüenza!

Kip sabía lo que tendría que hacer. Debería partirle la cara al muchacho. Destruirlo de alguna manera con una ferocidad que les indicara a todos, una vez más, que meterse con él era contraproducente. Ya lo había hecho con el matón de Elio. Al parecer, un solo ejemplo no bastaba. Una sola historia, la gente podía pensar que era falsa.

Pero Kip no quería convertirse en el bastardo loco y errático. El chico al que todos trataban con pies de plomo para que no lastimara a nadie a la menor provocación, o incluso sin ella. Buscó en su interior la furia que sabía que deberían inspirarle los insultos contra su madre, pero solo encontró un dolor sordo. La violencia se había esfumado, por el momento.

—¿Esto es lo que soy? —preguntó Kip. Una parte de él se sentía al borde del llanto.

—¿Qué? —gruñó el muchacho—. Todavía no he terminado contigo.

—No eres nada —dijo Kip, compungido—. Y yo soy menos aún. Un loco violento.

Los demás cadetes de la Guardia Negra se habían reunido, como cabía esperar, ansiosos por ver qué ocurría. El instructor, pensó Kip, estaba tomándose su tiempo para acudir a separarlos. Quizá en la Guardia Negra tuvieran por costumbre establecer las jerarquías lo antes posible.

Kip se incorporó. Necesitaba una chispa de furia, pero no tenía nada. No le seducía la idea de golpear fríamente por sorpresa a otro chico. Y menos a uno que

tenía todo el derecho del mundo a indignarse con él.

—Espera, espera, espera —dijo Kip—. ¿Cómo te llamas? —No pienso decepcionar a mi padre.

—Tizrik, y harás bien en recordarlo, des... —Una sombra de suspicacia aleteaba en los ojos del joven.

—¿Tizrik Tamar, de Aghbalu? ¡Tizrik! —Kip extendió los brazos para recibir al muchacho como si de un pariente al que no veía desde hacía siglos se tratara—. ¡Tizrik! Mi tío me había contado...

—No, no me apellido Tamar... me...

Kip abrazó al chico, que intentó zafarse de él, irritado. Pero entonces Kip le agarró las mangas y tiró con ferocidad, impulsando la frente contra el rostro del muchacho, más alto que él. Con las manos a los costados, intentando impedir que Kip le diera un abrazo, Tizrik estaba indefenso.

La cara de uno se encontró con la frente del otro. Algo crujió. Las salpicaduras de sangre volaron por encima de la cabeza de Kip.

El muchacho se desplomó, prácticamente sobre Kip, que se lo sacudió de un empujón. El chico cayó al suelo, con la nariz convertida en un surtidor de sangre, y se quedó tendido en el sitio, sollozando. Tenía la nariz torcida, visiblemente rota, aplastados los labios. Dejó escapar más que escupió un salivazo sanguinolento, que salió de su boca acompañado de un diente.

Kip se sentía como si estuviera observándose desde muy lejos mientras se acercaba al muchacho y le pisaba el cuello, inmovilizándolo.

Una oleada de murmullos y voces de asombro se extendió entre los curiosos. El instructor Fisk se abrió paso a empujones. Miró primero al joven ensangrentado, y después a Kip.

—¡Cirujanos! Tú también, Kip.

A Kip le sorprendió ver que aparentemente no se había metido en ningún lío, y era evidente que los demás pensaban lo mismo.

—Pero... pero si hoy todavía no he combatido.

—Has combatido más que de sobra —dijo el instructor, mientras apartaba a Kip de Tizrik.

—¡Hizo trampa! —exclamó este, sujetándose la nariz.

—Los guardias negros no hacen trampas —replicó el instructor Fisk—. Los guardias negros ganan.

Las miradas de estupefacción de los cadetes soliviantaron al instructor Fisk, que añadió:

—Esto es la vida real. La violencia es nuestra moneda de cambio. Inesperada, fugaz, te arrebata el aliento y no deja sitio para la venganza. Eso es lo que hacemos, cuando debemos. Kip lo entiende y algunos de vosotros, como salta a la vista, no. No

importa. Tenemos tiempo de sobra para seguir soltando lastre.

El instructor Fisk enseñó los dientes y miró fijamente a los jóvenes que lo rodeaban. Nadie se atrevió a mirarlo a los ojos, ni siquiera Kip, que por alguna razón se sentía avergonzado, aunque no podría haber explicado por qué.

—¡Los siguientes! —exclamó el instructor Fisk.

Los cirujanos reconocieron a Kip y, como este sabía ya de antemano, dictaminaron que no tenía nada. Pero en el lapso de tiempo que estuvo con ellos, se le pasó el turno. Perdió dos puestos con las derrotas de otros muchachos que estaban por encima de él, pero comprendió que al no haber tenido que luchar esa semana, sus probabilidades de permanecer en la Guardia Negra prácticamente se habían doblado. Tenía una oportunidad.

Pero iba a tener que ganar unos cuantos combates.

36

Teia entró en la pista, rezando. Era ágil, rápida de reflejos. Escurridiza. Lo que le faltaba era fuerza, al menos en comparación con los chicos de la Guardia Negra. Por suerte, el adiestramiento favorecía las armas de filo. La Guardia Negra no tenía nada en contra de las armas contundentes —martillos de guerra, porras, mazas—, de hecho, a menudo eran las más adecuadas frente a las armaduras pesadas. Pero entrenar con esas armas no era seguro.

Podían limar los cantos de una maza, pero si uno de los monstruos como Leo —con los hombros de un caballo de tiro y brazos de hierro forjado— te golpeaba con ella, daría igual que la hubieras envuelto en almohadones. Te partiría los huesos. Así que no practicaban con ellas.

Supuso que a los más fortachones no debía de parecerles justo. Por otro lado, al menos sus colores podían salir en la ruleta.

¿Y qué haría yo si saliera mi color en la ruleta? ¿Apuñalar a alguien en el cuello y asesinarlo?

La idea le revolvió el estómago, y una oleada de escalofríos se deslizó por su nuca. Volvió a ver la expresión de la mujer mientras soltaba el melón, sobresaltada, sin comprender que estaba a punto de sufrir una muerte horrible.

¿Cómo había ocurrido?

Su oponente era Keftar Piedragrís. Un trazador verde de piel muy morena y bonita sonrisa. Un chico agradable. Había coqueteado con ella unas cuantas veces. Aunque ya empezaba a quedarse calvo. Lástima. Era bajo y atlético, hijo de una familia adinerada que había pagado para que se entrenara antes de acudir a la Cromería.

Piedragrís le guiñó el ojo e hizo girar la ruleta. Teia compuso una mueca e hizo lo propio. La próxima vez que tonteara con ella, se mostraría impasible. Uno solo le guiña el ojo a alguien con quien está a punto de luchar si no se lo toma en serio.

¿Qué pensaban los chicos? ¿Que entrenaba para ser una simple cara bonita?

Las ruletas se detuvieron en el rojo o en el verde. A juzgar por la expresión complacida de Piedragrís, Teia supo que era el verde —¡maldición!— y estoques.

Piedragrís y ella empuñaron las armas. El muchacho sopesó la suya, pero Teia sabía que solo jugueteaba con el arma. Los guardias negros arrojaban a sus candidatos al agua sin permitir que antes la probaran. Si todavía no te habías dado cuenta de que aquellos combates consistían en observar a los demás y ver a quién se

le daba bien qué, lo mejor sería que te dedicaras a otra cosa. Las peleas mensuales tenían tanto de localización de amenazas como de mantenimiento de la posición. Piedragrís era un espadachín competente. No muy bueno. Estaba mucho más familiarizado con los yataganes y otras espadas más pesadas, y demasiado a menudo manejaba el estoque como si de una de ellas se tratara. Pero conocía los bloqueos y las maniobras básicas.

Teia podía ganar... ganaría, sin la menor duda, si Piedragrís no hubiera sacado el verde en la ruleta.

Adoptaron sus posiciones en el círculo, frente a frente, y se saludaron. Piedragrís guiñó un ojo.

En serio, como volviera a guiñarle el ojo una sola vez más, Teia tendría que reventarle los morros.

La idea cinceló una sonrisa en sus labios.

El muchacho pareció tomárselo como una muestra de aliento.

El círculo se inundó de luz verde cuando los encargados colocaron los filtros verdes en las cristaleras, sobre sus cabezas.

Teia se lanzó inmediatamente a un asalto frenético. Le obligó a retroceder, cada vez más. El muchacho salió del radio del foco verde, a la oscuridad. Teia redobló sus esfuerzos.

Piedragrís comenzaba a reponerse de su sorpresa cuando pisó con el talón fuera del círculo. Si permanecía fuera más de cinco segundos habría perdido.

Miró abajo. El siguiente ataque de Teia le abrió la guardia, y el que vino después impactó con fuerza en su mano.

El estoque del muchacho cascabeleó al chocar contra el suelo, y la punta roma del arma de Teia se posó bajo su barbilla un instante después.

Victoria.

—Bien hecho —dijo Piedragrís.

—Cierra el pico.

Teia se alejó con paso airado. Ahora podría desafiar a uno de los chicos situados por encima de ella. Pero ya estaba entre los siete primeros, y cualquiera de los dos era francamente excelente. Siendo realistas, a lo sumo podía albergar la esperanza de terminar segunda, quizá, a menos que tuviera una suerte espectacular contra Cruxer, quien destacaba con mucho por encima del resto de la clase. En honor a la verdad, su lugar se encontraba probablemente entre los diez primeros. Si quería llegar al siete, necesitaría una pizca de fortuna con los colores que salieran en las tres pruebas siguientes.

Pero cuanto más combatiera ahora, más probabilidades tendrían los demás de analizar sus aptitudes. Quería llegar al final con fuerzas de reserva, no agotarse antes de tiempo.

De modo que no desafió a nadie. Tal vez fuese una sucia artimaña, pero también era lo más prudente. Aunque todos tenían la posibilidad de estudiarse unos a otros durante las prácticas, también todos se guardaban un as en la manga. Hasta que llegaba el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

Mientras contemplaba los últimos enfrentamientos, Teia tomó nota de la habilidad de los mejores combatientes. Todo el mundo tuvo mala suerte en los últimos seis asaltos; a nadie le salió su color, de modo que todo dependió de sus habilidades marciales.

Se disponían a retirarse cuando el instructor Fisk les dijo que el comandante Puño de Hierro quería decirles unas palabras.

A Teia se le aceleró el pulso nada más ver al comandante. Contaban que no había perdido ni un solo combate durante su formación. Su hermano pequeño, que ingresó en la Guardia Negra unas cuantas clases por detrás de él, también se había graduado invicto. Cuando los dos se enfrentaron en un combate de exhibición, fue como si colisionaran dos gigantes. Miles de curiosos abarrotaban el patio de instrucción. Y aunque la lucha estuvo igualada, Puño de Hierro había vencido con todas las armas.

Todavía circulaban leyendas acerca de sus proezas durante la Guerra del Falso Prisma. Y ya empezaban a forjarse las primeras historias sobre lo ocurrido en la Batalla de Garriston. Decían que se había abierto paso a través de todo el ejército del rey Garadul, que había atravesado la muralla detrás de la que se parapetaba el monarca, que había acabado con todas las cuadrillas de artilleros —¡sin ayuda de nadie!— y que luego había apuntado los cañones contra las fuerzas de Garadul, volando así por los aires una de las grandes carretas cargadas de pólvora y acabando con decenas de vidas, cuando no cientos. A continuación había escapado con un ejército furioso pisándole los talones, pero no en solitario. No, Puño de Hierro jamás se conformaría con huir sin más. Había hecho todo aquello para provocar una distracción que aprovechó para rescatar a Kip y a Karris Roble Blanco, surcando unas aguas en las que los tiburones enloquecidos habían comenzado ya a darse un festín, tan solo para regresar a tiempo de frustrar un intento de asesinato. Si había alguien que encarnaba todo aquello en lo que aspiraban a convertirse los jóvenes allí reunidos, ese era Puño de Hierro.

—Bien hecho —dijo el comandante, dirigiéndose a ellos—. Habéis luchado bien, y lo más importante de todo, habéis pensado mejor. Hoy he visto vuestro ingenio en acción, y pinceladas de genuino talento. Pero he venido para plantearos un reto que quizá esté aún por encima de vuestras posibilidades. No va a gustaros. A mí tampoco me complace, pero las circunstancias lo exigen. Los guardias negros juzgamos las circunstancias con ecuanimidad. No nos dejamos avasallar por ellas. Las superamos.

De repente, todo el mundo estaba al filo de sus asientos.

—Como tal vez sepáis ya, hubo guardias negros implicados en la caída de

Garriston. Cumplieron heroicamente con su deber, como cabía esperar. Y sufrimos grandes pérdidas. Las balas no perdonan a los valientes. La Guardia Negra siempre ha sido un cuerpo de élite, y nuestras filas siempre han sido poco numerosas. No podemos encajar tantas pérdidas y aspirar a seguir desempeñando nuestra misión. Por consiguiente, en vez de graduar únicamente a los siete primeros de vuestra clase, vamos a aceptar a los catorce primeros.

La primera sensación fue de alivio. ¡Catorce plazas! ¡Teia podía lograrlo!

Se oyeron unos cuantos vítores, pero procedían de los alumnos que pensaban que podían estar entre los catorce primeros y sabían que jamás se habrían contado entre los siete mejores. Quienes tenían la certeza de que sí iban a estarlo no parecían alegrarse tanto.

Puño de Hierro frunció los labios.

—Sí —continuó—. Los guardias negros de las promociones anteriores os mirarán con desprecio. Quiero que lo aceptéis, como clase. Quiero que contribuyáis a que vuestros catorce primeros sean tan buenos como los siete primeros de los cursos previos. Tenemos un objetivo. Necesitamos guardias negros para alcanzarlo. Todavía estoy dispuesto a expulsar a todo el que no esté a la altura de nuestra misión. También voy a ampliar la remuneración de la Guardia Negra, con efecto inmediato. Seréis soldados de élite, y se os pagará como a tales. Si sabéis de alguien que demuestre dotes para la lucha o posea algún potencial en ese sentido, animadle a venir a la próxima clase. A partir de este momento impartiremos cuatro cursos al año, no dos. O mucho me equivoco, o en el futuro inmediato es posible que todos necesitemos camaradas de confianza. No todos lo conseguiremos.

Puño de Hierro se quitó el ghotra. Se había afeitado la cabeza en señal de luto, y su expresión era apesadumbrada pero severa.

—Vuestros predecesores han perecido defendiendo las Siete Satrapías, defendiendo al Prisma, defendiendo a la Blanca. Muchos os mirarán y solo verán a unos niños, pero yo os pido que toméis esta decisión como adultos. ¿Estáis dispuestos a morir, quizá solos, lejos de casa, sin que nadie sepa jamás lo heroicos que fuisteis? Ni siquiera puedo prometeros que vuestras vidas o vuestras muertes vayan a ser decisivas para la victoria. Lo único que os puedo prometer es que mientras respire, mientras os dirija, no permitiré que viváis ni muráis en vano. No tendréis nada más. Solo eso, y los hermanos y hermanas que veis a vuestro alrededor. Si no lo queréis, mejor para vosotros. Buscad una vida más feliz y segura en otra parte. No vengáis a clase mañana. Porque mañana las cosas se pondrán más difíciles.

Tiró el ghotra al suelo y se marchó.

Los estudiantes se quedaron mirando cómo se alejaba.

Unos pocos aplaudieron, pero otros miraron a Cruxer. El muchacho extendió una mano, con la palma hacia abajo: no, no aplaudáis. Y entonces —con una docena de

cadetes solicitando consejo a Cruxer, y con este aceptando la responsabilidad y haciendo lo correcto con ella— fue cuando Teia comprendió que Cruxer sería comandante de la Guardia Negra algún día.

—Es la guerra —dijo Cruxer—. El Príncipe de los Colores ha invadido Atash. A estas alturas, lo más probable es que la ciudad de Idoss ya haya sucumbido. Y sus herejías no dejan de expandirse. Dice que los juramentos que pronunciamos en la Cromería no tienen ningún valor. Que todo es una mentira surgida del pozo del infierno. Hablad con vuestros patrocinadores y averiguad cuáles son vuestras lealtades. No regreséis hasta que lo sepáis. Si no dais señales de vida en una semana, os quedaréis fuera. —Titubeó—. ¿Os parece razonable, señor?

El instructor Fisk llevaba todo este tiempo mordiéndose la lengua, y en ese momento las miradas de los estudiantes convergieron sobre él. Después de todo, estaba al mando. Asintió con la cabeza.

Cruxer caminó entre los cadetes con todas las miradas puestas en él. Recogió reverentemente el ghotra de Puño de Hierro, lo dobló con cuidado y se fue.

Envueltos en un silencio ominoso, los demás cadetes siguieron su ejemplo.

37

Gavin se internó en la jungla con el Tercer Ojo, hasta llegar a un calvero cercano. Allí encontró una fogata con la que resguardarse del frescor del anochecer y unos alegres farolillos colgados de las ramas de un árbol de jambú, cuya luz ponía de manifiesto los maduros frutos rosados. Una escancia de vino y una gran fuente repleta de higos, jambús y otras frutas ocupaba el centro de la manta extendida en el suelo.

El Tercer Ojo se sentó con las piernas cruzadas, movimiento que dejó al descubierto sus rodillas. Indicó un punto frente a ella con un ademán, y Gavin se acomodó a su vez.

—Bueno, ¿y cómo llegaste aquí, a la isla de los Videntes? —preguntó Gavin—. ¿Cómo se consigue ese ojo? —Sonrió con socarronería.

La mujer hizo como si no lo hubiera oído y elevó el rostro hacia el firmamento, rezando, bendiciendo los alimentos. Gavin se esforzó por no quedarse embobado mirándole los pechos cuando se llenó los pulmones de aire. Observó de soslayo a Karris, que montaba guardia en la espesura. Karris lanzó una miradita de reojo a los senos del Tercer Ojo y después a Gavin, impertérrita. ¿Crees que eso ha sido accidental?, le preguntó enarcando sutilmente una ceja.

Gavin cerró los ojos para dar la impresión de estar orando también. A algunas personas no les gustaba pensar que su Prisma no era religioso.

En menudo brete me has puesto, Orholam.

Fingió que terminaba de rezar. Cuando abrió los ojos, la mujer estaba inclinada hacia delante, lo que surtía un perturbador efecto en su cuerpo por debajo de la línea del cuello.

—Creo que sería mejor que despidieras a tu... ¿guardaespaldas? Hay cosas que me gustaría discutir a solas contigo.

Gavin se giró hacia Karris, quien por supuesto había escuchado todo cuanto había dicho la mujer.

—No pienso irme —dijo Karris—, a menos que esas dos mujeres equipadas con mosquetes que has estacionado en el bosque se retiren y me permitas registrarte en busca de armas.

El Tercer Ojo giró la cabeza en dirección a la selva. Se incorporó con agilidad. Aparentemente deslumbrada por los faroles, habló sin mirar en la dirección correcta.

—Clara, Cezilia, ¿sois vosotras? Os dije que mi vida no corre peligro. Solo mi virtud, posiblemente. Por favor, retiraos. —Se volvió hacia Karris—. Adelante.

Karris la cacheó rápidamente, sin brusquedad. Era una profesional. Además, con ese vestido, no había muchos lugares en los que la mujer pudiera ocultar un arma.

Antes de que Karris terminara, el Tercer Ojo se arrimó a ella y le susurró algo al oído, en voz demasiado baja como para que Gavin entendiera sus palabras.

Karris palideció. Sobresaltada, miró al Tercer Ojo, primero, y después a Gavin para comprobar que no hubiera escuchado nada.

—Eso no puedes saberlo —dijo. Intentaba mantener el tono lo más bajo posible para que Gavin no la oyera, pero las emociones desbordadas amenazaban su control. Miró furtivamente a Gavin mientras el Tercer Ojo continuaba.

La Vidente calló, y el silencio pareció prolongarse más de la cuenta.

—Estaré cerca por si me necesitáis, lord Prisma —dijo Karris, envarada, antes de retirarse.

El Tercer Ojo volvió a ocupar su lugar frente a Gavin, que entornó los párpados, preocupado. Muy pocas personas surtían esa clase de efecto sobre Karris.

—Por favor —dijo la vidente—. Come. Bebe. Eres mi huésped.

Así lo hizo Gavin, y el Tercer Ojo se sumó a él sin decir palabra. Había queso de cabra para acompañar la fruta. Una mujer apareció portando una torta de pan y un cuenco de arroz con habichuelas y jabalí con salsa picante. Siguiendo el ejemplo del Tercer Ojo, Gavin cogió unos pellizcos de pan y los usó para llevarse la mezcla a la boca. Ella continuó sin decir nada, observándolo intensamente. Todos los intentos del Prisma por entablar conversación se perdían en el silencio. Si no supiera que no era ese el caso, Gavin habría asumido que estaba sorda.

—¿Qué haces? —preguntó, al cabo.

—Esperar.

—¿Esperar?

—Ocurrirá esta noche, de un momento a otro. Creía que habría pasado ya, a estas alturas, pero es evidente...

—De modo que es cierto que puedes ver el futuro —dijo Gavin.

—No —replicó ella.

Gavin levantó las manos.

—Y sin embargo aquí estás, prediciendo el futuro. —El Tercer Ojo alzó un dedo para protestar, pero Gavin la interrumpió—. Aunque sin demasiado éxito.

La mujer sonrió. Sus dientes blancos, relucientes, componían una sonrisa perfecta.

—Hay dones que son una maldición, ¿verdad, lord Prisma?

—Sup...

—Eres muy apuesto —continuó ella, sin dejarle acabar—. Siempre me han gustado los hombres con músculos, y me he pasado todo el día sin poder sacarme los tuyos de la cabeza. Me distraes.

—Hum, ¿gracias?

—¿Te gusta nadar? —preguntó el Tercer Ojo, contemplando de reojo la envergadura de los hombros de Gavin.

—Solo si me falla la trainera y no me queda otro remedio. Lo cual no ocurre a menudo.

Las pupilas de la mujer se dilataron.

—Ya veo. ¿Sabes?, esa actitud de gallito engreído hace que me entren ganas de atarte a la cama y devorarte. —Su mirada se deslizó por el cuerpo de Gavin, que tuvo la certeza de que la mujer estaba imaginándose la escena en esos precisos instantes.

Gavin tragó saliva con dificultad. No es fácil colocar disimuladamente las cosas en su sitio cuando uno está sentado con las piernas cruzadas. Con una punzada de culpabilidad, miró de reojo en dirección a Karris.

—Precisamente —dijo el Tercer Ojo—. La necesitas más que ella a ti, Prisma. Te hace humano.

La mujer agachó la cabeza y cerró los ojos. El tatuaje de luxina amarilla resplandeció en su frente. Cuando abrió los ojos, continuó palpitando acompasadamente antes de volver a apagarse.

—Veo fuera del tiempo. Y si eso no tiene sentido para ti, no te preocupes, para mí tampoco. Mi vista no es infalible. No soy Orholam. Todavía albergo deseos y prejuicios que pueden teñir lo que veo o mi forma de interpretarlo... cómo plasmo en palabras las visiones que se muestran ante mi ojo. Dime, Prisma, ¿crees que la compasión es una debilidad?

—No.

—He formulado mal la pregunta, disculpa. Lo que quería decir es, ¿qué crees que es mejor, la justicia o la compasión?

—Depende.

—¿Quién lo decide?

—Yo.

—¿La lástima y la compasión son la misma cosa?

—No.

—¿En qué se diferencian?

—No creo en la lástima.

—Embustero. —La Vidente sonrió.

—¿Perdona?

—Hay dos tipos de hombres que son excelentes mentirosos: los monstruos sin conciencia, y los que aprenden a mentir con la práctica, por necesidad, porque se sienten profundamente avergonzados. No creo que seas un monstruo, lord Prisma. Has jugado maravillosamente bien. Tu máscara es seductora, intrigante, enigmática. Hace que sienta deseos de desnudarme y cubrirte de placeres hasta que el

agotamiento te impida seguir manteniendo esa fachada y pueda derribarla para ver qué se oculta debajo. Porque ya lo sé, y juzgo al hombre que hay detrás de tu máscara con mucha menos severidad que tú.

Paparruchas de clarividente. Aunque unas paparruchas cargadas de refinadas connotaciones sexuales, todo había que decirlo.

—¿Seguro que no intentas seducirme? —preguntó despreocupadamente Gavin.

—Ay, Prisma, cómo te gusta ir al grano, ¿verdad? Supongo que es una virtud. No lo olvides. Por otra parte, lo recuerdas casi todo, ¿no es cierto?

Gavin se sentía desconcertado.

El Tercer Ojo sonrió.

—Acostarme contigo sería desastroso para ti, para Karris y para las Siete Satrapías, de eso no me cabe la menor duda. También estoy segura de que para mí sería sumamente beneficioso. Tanto con efecto inmediato como a la larga. Motivo por el cual estoy haciendo todo lo posible por exagerar y repelerte con mi actitud de pelandusca. Si consigo mitigar tu interés, puede que la catástrofe deje de ser una opción.

Gavin soltó una carcajada... y se dio cuenta de que la mujer no bromeaba. Se comportaba como si estuviera tan hambrienta de sexo como él, y algo en la franqueza de su actitud le decía que sería la mejor compañera de cama que hubiera tenido en su vida.

—Creo que el truco de la «actitud de pelandusca» está surtiendo efecto —dijo—, aunque tal vez no el planeado. —Por las pelotas moradas de Orholam, Karris no estaba ni a diez pasos de distancia. Gavin quería morirse.

El Tercer Ojo contempló fijamente el firmamento y frunció el ceño.

—De veras que pensaba que habría empezado ya, hum. ¿Cuál crees que es la peor decisión que has tomado en tu vida, lord Prisma?

Esa era fácil. Perdonar la vida a su hermano.

—Una vez me apiadé de alguien.

—Te equivocas. No le perdonaste la vida a Gavin por compasión. Ni obrarías de otra manera en caso de que pudieras volver a elegir.

Lo dijo con tanta naturalidad que a punto estuvo de pasársele por alto. Y de repente hizo que se detuviera en seco, como un perro que hubiese olido el rastro de un conejo y corriera desesperado en pos de él... justo hasta donde se lo permitía su cadena. Había hablado de perdonarle la vida a «Gavin». Ella sabía que no era Gavin y que había dejado vivir a su hermano. El aire se tornó denso, difícil de respirar. Gavin sintió una opresión en el pecho.

—¿Qué, te creías que era una charlatana? Acostúmbrate a la nueva realidad, Dazen, y pasemos a lo verdaderamente importante.

No podía rebatir sus palabras. No serviría de nada. No lo había dicho como si se

tratara de una sospecha, ni de una trampa, y si le pedía que lo repitiera, Karris podría oírlo. El corazón de Gavin martilleaba en su pecho. Tragó saliva con dificultad, bebió un poco de vino, tragó saliva de nuevo.

—La peor decisión que he tomado en mi vida fue la de no contárselo a ella. —Gavin se sentía embotado, conmocionado. No quería pronunciar el nombre de Karris. Mediaba la distancia suficiente entre ellos como para que sus voces fueran apenas un murmullo para la guardia negra, pero esta aguzaría el oído si escuchaba su nombre.

—No, esa tampoco. Si le hubieses confesado la verdad cuando era más joven, te habría delatado. Lo que hiciste no fue considerado, ni justo tal vez, pero sí prudente, y te aconsejo que no te disculpes por ello cuando llegue el momento. A Karris se le da mejor adaptarse a las situaciones nuevas, por difíciles que sean, que perdonar. Es un defecto de su personalidad.

Tenía razón. Toda la razón. Decirle a Karris que había cumplido con su deber probablemente daría mejor resultado que decirle que lo sentía en el alma. Karris comprendía el deber, era importante para ella. Y sin embargo, una parte de Gavin se encrespó, deseosa de salir en defensa de Karris.

—Bueno, entonces ¿cuál fue? —preguntó Gavin.

—Lo ignoro. No lo veo todo. Solo sé lo que no fue. Sé que has estado formulando las preguntas equivocadas, por lo que era imposible que obtuvieras las respuestas correctas. De modo que ya he cumplido mi parte, por desgracia sin gemidos de pasión ni uñas clavadas en tu espalda. Sin olvidarme de dos cosas. La primera, que tu gente puede quedarse. Estoy convencida de que destruirán nuestra forma de vida. Pero quizá algún día eso redunde en algo mejor. Albergo pocas esperanzas al respecto, pero estoy demasiado implicada como para verlo con claridad, y sé que empujar a cincuenta mil personas hambrientas mar adentro no es lo que Orholam querría que hiciera, con independencia de lo que vaya a ser de nosotros cuando dejen de pasar hambre.

—¿Y la segunda? —preguntó Gavin. Era una victoria inmensa. La mujer estaba concediéndole todo cuanto quería, pero uno no se regodea en la victoria, sino que la consolida y continúa avanzando.

—Y la segunda, que has perdido el control del color azul, y tu... «contrapartida» ha escapado de su prisión azul. Te recomiendo que hagas algo al respecto, porque en ausencia de un Prisma, comienzan a ocurrir cosas extrañas. Inocuas, al principio, detallitos sin importancia. Pero no tardan en agravarse. —Pareció retraerse en su interior.

Gavin se sentía desnudo. Y no en el buen sentido de la palabra. La noticia de la fuga de su hermano —de ser cierta— constituía una catástrofe. No se trataba solo de una terrible revelación, ni de una noticia terrible, sino que lo peor de todo era que se produjese precisamente en ese momento. Gavin había entretejido alarmas en el trazo,

por supuesto, pero su objetivo era alertar a quien estuviera en sus aposentos en la torre: o bien a él mismo, o bien a Marissia en su ausencia. Era imposible que supiera que Dazen se había escapado, ni siquiera podría haberlo sospechado visceralmente.

Había invertido una enorme porción de su fuerza de voluntad en esa prisión, empleando para ello técnicas prohibidas desde hacía tiempo, por lo que cabía la posibilidad de que hubiese percibido siquiera tenuemente alguna perturbación pese a las leguas de distancia. Pero por inmenso que fuera su talento, entre la Cromería y él se interponía medio mar.

Quizá su pérdida del azul hubiera debilitado o destruido la prisión. No tenía por qué ser ninguna coincidencia. Lo uno podría haber provocado lo otro, pero ignoraba cuál era la causa y cuál el efecto. Gavin se sentía como si estuviera escarbando en las raíces de una montaña, y cuanto más profundizara en la tierra, cuanto más deprisa avanzara, antes se derrumbaría todo sobre su cabeza.

Pero no sabía dónde estaba la salida.

Por Orholam, ¿su hermano había escapado de la prisión azul? ¿Recordaría siquiera Marissia cómo funcionaban los túneles? Quizá Dazen se muriera de inanición. No, no, él mismo había aleccionado a la esclava hacía muchos, muchos años, en previsión precisamente de aquella eventualidad. Marissia poseía una memoria impecable. Sabría cómo actuar.

A pesar de todo, Gavin tenía que emprender el viaje de regreso. Y eso significaba zambullirse de cabeza en la mayor de sus amenazas.

—¡Ajá! —El Tercer Ojo aspiró con fuerza por la nariz—. Ya está aquí.

Todavía con el ceño fruncido, Gavin la observó de reojo. Vio que sus pezones... ¡venga ya, Gavin, que ahora mismo tienes problemas más importantes! La mujer estaba reclinándose de espaldas, mirándolo de nuevo, esta vez no en actitud de plegaria, aunque sí de nuevo con los pezones endurecidos por el frío claramente perfilados contra la tela del vestido. Gavin aspiró a su vez por la nariz para ver a qué se refería.

No olió nada. Volvió a aspirar, y en esta ocasión detectó un rastro sutil.

Un roce le puso el vello de punta, la más delicada de las caricias. Miró al Tercer Ojo.

La mujer sonreía como una niña traviesa. Gavin no entendía nada. Algo le rozó el brazo de nuevo. Se lo acercó a la cara, pero se derritió antes de que pudiera echarle un vistazo. ¿Nieve?

La noche era fresca, pero no hacía tanto frío como para que nevara. Ni de lejos.

Ahora podía olerlo... una fragancia familiar, mineral y cretácea. Luxina azul.

Caía sobre su rostro vuelto hacia arriba, sus brazos. Estaba nevando.

—El azul se recrea en el orden —dijo el Tercer Ojo—. Sé que no puedes verlo, pero todos los copos son azules. Es una auténtica preciosidad, lord Prisma. Jamás

había visto un presagio de condena tan espectacular.

El corazón de Gavin se detuvo en su pecho. Aparte de en las montañas de Paria y Tyrea, la mayoría de las Siete Satrapías se pasaban años sin ver la nieve. Gavin recogió uno de los copos que se había posado en su manga, lo escudriñó. Parecía un copo de nieve. La luxina azul, libre de su control, estaba volviéndose loca... pero para el azul, enloquecer significaba imponer el orden de forma arbitraria. Organizando los cristales de un copo de nieve, por ejemplo. Se trataba de un orden muy frágil, sin embargo; la nieve antinatural se derretía prácticamente de inmediato.

—Si comienza con esto, ¿qué será lo siguiente? —preguntó Gavin.

—Algo peor —respondió la Vidente—. Y ya está ocurriendo. Sencillamente, nos encontramos tan lejos que esto es todo cuanto llega a nosotros.

—La perdición —susurró Gavin.

El Tercer Ojo asintió con la cabeza.

—¿Puedes indicarme dónde está?

—Se desplaza, y yo veo fuera del tiempo.

—¿Y qué?

—Que si algo se queda en un sitio, dará igual «cuándo» lo vea. Pero si algo se mueve, encontrarlo dentro de un marco de tiempo concreto es complicado.

—Lo cual no equivale a decir que sea imposible —insistió Gavin, con el pulso desbocado. Si pudiera ahorrarse el viaje a Tyrea para ver a la nuqaba, se evitaría todo tipo de problemas.

El Tercer Ojo frunció el ceño.

—No, en efecto.

Cada vez que el Prisma hacía acto de presencia en alguna ciudad importante, había un millar de cosas que solamente él podía hacer, interminables rituales tediosos, por lo general. No se escapaba nunca sin realizar al menos uno por cada color. Y ahora, uno de ellos lo desenmascararía. Quizá consiguiera librarse de él, si limitara su estancia a una o dos semanas, hasta completar sus pesquisas, pero cuanto menos tuviera que confiar en la suerte, mejor. Y si la Vidente pudiera proporcionarle la información que necesitaba...

La mujer lo miró; no le hacía falta recurrir a sus dotes de clarividente para saber cuál era la pregunta que Gavin pensaba formular a continuación. Exhaló un suspiro.

—No lo veo todo en todo momento, lord Prisma, ni todo a la vez. Y necesito luz. Lo investigaré mañana. —Levantó un dedo—. Pero no prometo contarte todo lo que vea. Tampoco te prometo que la información vaya a salirte gratis.

—Ajá, así que ahora toca regatear. Vas a ahorrarme al menos dos semanas y un montón de conversaciones incómodas con una mujer muy poderosa a la que humillé estratégicamente en cierta ocasión. ¿Cuánto puede costarme? —Intentaba minimizar las expectativas del Tercer Ojo, la cual en realidad podría ahorrarle mucho más que

eso. Y, siendo quien era, probablemente podría descubrir sus intenciones si se tomara la molestia de profundizar en ellas. Pero, como ella misma había dicho, era humana, y tendría que remover un montón de pasado y futuro.

El Tercer Ojo sacudió la cabeza.

—No me refería a esa clase de precio. Mi ayuda será un regalo. No es preciso que te la ganes. Pero aunque la verdad sea un obsequio, no todo el mundo la recibe con agrado.

—Ah. Esa clase de precio —dijo Gavin, serio de repente.

—¿Acaso espera «el hombre que mató a su hermano» que la verdad sea sencilla?

Que maté a mi hermano... Ojalá. Pero, por supuesto, eso ella ya lo sabía. Sabía cuánto estaba costándole mantener ese engaño, y por qué lo había hecho, y lo que le costaría la verdad al mundo si saliera a la luz. Merced a su don, también debía de conocer el precio de la verdad de otras mil maneras distintas con las que Gavin ni siquiera podría empezar a soñar.

La Vidente lo miró, en sus ojos anidaba la compasión, y de repente Gavin comprendió que se trataba de una mujer de profundidades insondables. Un líder por derecho propio. Una mujer que entendía lo que hacía Gavin, por qué, y a qué se enfrentaba. La encontraba tremendamente atractiva. Si su condenado corazón obstinado no perteneciera ya a otra, podría haberse enamorado de ella. Y el Tercer Ojo también lo sabía. No había mentido antes: era cierto que intentaba convertir su atracción en algo meramente sexual... para no incurrir en el riesgo de que sucediera nada más íntimo.

Mientras los penachos cristalinos se arremolinaban a su alrededor, motas de orden tejidas en el caos, Gavin escudriñó la noche como si pudiera desentrañar sus misterios.

—Entonces, tú y yo, un desastre, ¿eh?

El Tercer Ojo sonrió. Sus labios rojos, carnosos, enmarcaban unos dientes perfectos. Asintió con la cabeza y lo miró a los ojos. Un tic apesadumbrado aleteó en la comisura de su boca.

—Absoluto. —Lo miró de arriba abajo, admirándolo, pero parecía estar despidiéndose de la posibilidad de acostarse con él—. Aunque ya tengo una profecía para ti, lord Prisma, de las que te encantan: llega antes del mediodía. Tres horas hacia el este, dos y media hacia el norte.

Parecía fácil. Eso complació a Gavin. Hasta que cayó en la cuenta de que la mujer no le había dicho al norte y al este de dónde.

—Eso solo va a resultarme útil en retrospectiva, ¿verdad?

El Tercer Ojo esbozó una sonrisita críptica.

—Lo estás disfrutando, reconócelo —dijo Gavin.

—Inmensamente.

—Nunca he sido muy amigo de profecías.

—Lo sé. Fue una de las primeras cosas que vi de ti. ¿Qué ocurrió?

—¿Que qué ocurrió? Creo que siempre he pensado que fue... ah, no, sí que ocurrió algo. Cuando era pequeño y mi hermano dejó de jugar conmigo, encontré unos libros antiguos repletos de profecías, y soñaba con ser capaz de descifrarlas. Había una... ¿cómo era?

La pregunta iba dirigida a él mismo, pero el Tercer Ojo respondió plácidamente:

De roja urdimbre, el último nacido,
será de un padre y un padre la fusta,
y el fuste de un padre y un hijo.

—¿Cómo...?

—He visto esas palabras ondeando como una llamarada de amargura sobre tu cabeza, lord Prisma. ¿Cómo las interpretas?

—El último nacido de roja urdimbre... el hijo pequeño del Rojo, cuyas maquinaciones no necesitan presentación. En otras palabras, el menor de los descendientes de Andross Guile. La profecía habla de mi hermano Sevastian.

—Que murió. Asesinado.

—A manos de un engendro azul. Representaba todas las virtudes de mi familia, sin ninguno de sus defectos. De seguir él con vida, todo sería distinto. —Gavin apartó de sí esos pensamientos—. Tus profecías no son así. Exasperantemente vagas, quiero decir. Bueno, menos la última. —Sonrió—. ¿A qué se debe?

La Vidente se acarició el tercer ojo, pensativa.

—Somos humanos, Gavin. Mi don no vino con una lista de reglas. Avanzo a ciegas. Continúo descubriéndolo sobre la marcha. Pero siento las mismas tentaciones que sin duda debieron de asaltar a todos mis predecesores: convertirme en alguien importante, ayudar a las personas que quiero y perjudicar a las que detesto, que me adoren casi como a una deidad, dar consejo y ser amada... o decir «al diablo con todo, no soy responsable de esta condenada habilidad», y desembuchar sin más todo lo que veo. Cuando no estoy segura, me muerdo la lengua. Creo que ha habido otros que contaban más cosas, pero también más crípticamente, con la esperanza de que nadie los considerara responsables si se torcían las cosas. Y luego, naturalmente, ha habido fraudes: Videntes que no lo eran en absoluto.

—¿Puedes decirme si aquella profecía era un fraude?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar a buscar.

—Has dicho que viste una llama de amargura sobre mi cabeza —insistió Gavin —. ¿Qué tal por ahí?

—Vi las palabras durante unos instantes, sí. Eso no significa que sean ciertas.

—Eres honrada en extremo, ¿verdad?

—Espero que no. —El Tercer Ojo sonrió con picardía, imprimiendo una curvatura traviesa, juguetona, a sus labios carnosos.

Gavin sintió deseos de arrancarle la ropa a mordiscos.

Apartó la mirada y carraspeó.

—Mi señora, buenas noches, y... esto, ahora que hemos decidido no cometer juntos ningún error placentero, tengo la esperanza de que nuestro próximo encuentro pueda ser menos... tenso. —Se levantó y se sacudió elocuentemente unas inexistentes migas de pan del regazo. Sonrió. Pero quería su conformidad en aquello. No sería la primera vez que cometía un error aun a sabiendas de que era un error.

El Tercer Ojo le tendió la mano y dejó que Gavin la ayudara a ponerse de pie. Se desperezó, como si estuviera agotada, aunque era evidente que lo hacía tan solo para darle la oportunidad de admirarla mientras estaba distraída. Gavin era consciente de ello, pero la devoró con la mirada de todos modos.

—¿Sabes? —dijo la Vidente, con una sonrisita lasciva—, lo cierto es que por lo general soy de lo más recatada.

Pues no, fíjate, no lo sabía. Gavin se limitó a enarcar una ceja con escepticismo, se apresuró a bajarla y, con el tono de un caballero al que la educación lo empuja a mentir, dijo:

—No me cabe la menor duda.

La Vidente soltó una carcajada.

—Que seas tan imposible hace que jugar contigo resulte todavía más divertido.

—Cuando la gente dice que coquetea con el desastre, suele ser en sentido figurado.

—Los juguetes peligrosos son los mejores. Que duermas bien, lord Prisma.

En fin, ahí iba una plegaria que ambos sabían que se iba a quedar sin respuesta.

38

—Los habitantes de las Siete Satrapías no adoraban a los antiguos dioses porque fuesen un hatajo de memos ignorantes —le dijo Zymun a Liv. Se dirigían juntos a las afueras de Garriston, cruzando la Puerta de la Vieja para salir a la llanura que mediaba entre la antigua muralla y la Muralla de Agua Brillante, donde estaban acampados la mayoría de los trazadores—. Adoraban a los antiguos dioses porque estos eran reales.

—Y qué más —dijo Liv, conteniendo a duras penas su escepticismo.

La furia se cinceló fugazmente en las facciones de Zymun, que enseguida recuperó la calma. Observó con intensidad a la muchacha. ¿Quién era el tutor aquí?

Liv se ruborizó. Su espontánea reacción era fruto de sus antiguas creencias. Siempre había oído que los antiguos dioses eran imaginaciones de los pueblos primitivos que vivían alrededor del mar Cerúleo antes de la llegada de Lucidonius. Pero si la Cromería mentía acerca de otras cosas, quizá eso tampoco fuera cierto. Se aclaró la garganta.

—Quiero decir, ¿y qué más?

—Creo que los habitantes de las Siete Satrapías también lo sabían. De la nada, al parecer, han resurgido estatuillas de los dioses. Ocultas en áticos, en sótanos, en altares familiares secretos en medio del bosque. Abre bien los ojos cuando camines por el campamento y verás pequeños indicios. Pronto se restablecerá la figura del sacerdote, los cultos se volverán públicos. Pareces escéptica.

—Perdón, pero ¿los antiguos dioses? ¿Como Atirat, Anat y Dagnu?

Un nuevo destello de irritación, y Liv se maldijo por estúpida. Pero el muchacho habló con amabilidad.

—¿Sabes cómo te sientes cuando trazas el supervioleta?

—Por supuesto. Extraña, aislada de toda emoción y, sinceramente, un poquito orgullosa de la claridad con que veo las cosas.

—Esa no eres tú —dijo Zymun.

—No soy una persona tremendamente engreída, lo reconozco. —Pero no me conoces, así que, ¿qué sabrás tú?

—No me refiero a que esa no seas tú en realidad, sino a que no eres tú.

—¿Cómo dices?

—Esas no son tus sensaciones. Esos no son tus sentidos. De hecho, ni siquiera esas habilidades son tuyas. Ferrilux es invisible. Está detrás de muchos de los

mayores logros de la humanidad, pero la mayoría de las personas le traen sin cuidado. Es distante y despectivo, y ha decidido compartir sus poderes contigo.

A Liv esa idea se le antojó repugnante.

—¿Hay un hombre invisible que me ayuda a trazar? ¿Eso es lo que cree el Príncipe de los Colores? Mi trazo es mío.

—¿Elegiste tú tus colores, entonces? —preguntó Zymun con voz glacial, sin inflexiones—. El supervioleta, para una forastera, para la niña tyreana que jamás podría encajar en la Cromería pero que en secreto despreciaba a las chicas que no la acogían en sus ridículos circulitos. El amarillo, para una pensadora racional incapaz de decidir si quería implicarse o no en todo lo que veía a su alrededor. Hum, me parece un poco... ¿cómo era esa palabra? Serendípico.

—Hablas como un adivino de feria. Si fuese una subroja, dirías, ay, el subrojo, para la chiquilla furiosa porque la hacen sentir fuera de lugar. O el azul, ay, cómo debes de envidiar a las chicas que sí encajan en su entorno. Basura. —Liv juntó las manos, respiró hondo y se estrujó con fuerza los dedos—. Quiero decir... con el debido permiso, mi señor, pero no me convence. Sé que en la Cromería se enseñan mentiras, pero eso no significa que vaya a aceptar el primer contrargumento que se cruce en mi camino.

Zymun no daba la impresión de habérselo tomado muy a pecho.

—Qué guapa te pones cuando te enfadas. Y cuando haces eso con los brazos, tu busto se pone maravillosamente de relieve.

Liv bajó la mirada y separó las manos entrelazadas como si acabara de escaldarse.

—¿Cómo dices? —Dejó de caminar, y Zymun se detuvo a su vez, frente a ella. Liv hubo de contenerse para no abofetear su estúpida cara—. Eso es lo más inapropiado que me haya dicho nadie en la vida. ¡Y espero que te disculpes ahora mismo!

—¿Inapropiado? ¿Por qué? ¿Quién lo dice? Eres bonita. Ya te lo he dicho. ¿Quién ha declarado que no pueda expresar lo que pienso? Te lo diría, pero eres lo suficientemente lista como para conocer ya la respuesta. Te has unido a los Liberados, Aliviana. Decidimos por nosotros mismos, y hay poder en eso. La Cromería quiere que seas modesta. ¿Por qué? Si Orholam existiera, ¿qué le importaría a él lo ceñido de tu atuendo o la identidad de quien entre en tu cama? Debería tener problemas más importantes que resolver, ¿no te parece?

—Pues... —Pero Liv no tenía más palabras que añadir a ese monosílabo.

—La Cromería te enseña a odiar las mismas características en las que reside tu fortaleza. Eres hermosa. Aprovéchalo. Úsalo como te plazca. ¿No te das cuenta? Tú eliges. Ahora bien, podrías decidir que quieres dedicarte a la prostitución... ¡no, no te ofendas, maldita sea, solo es una hipótesis! Podrías hacerlo muy bien, sin duda, y no estaría mal porque Orholam diga que está mal: no tiene nada de malo. Sencillamente,

sería una estupidez. Sería un pobre ejercicio de todas tus habilidades y limitaría el resto de tus opciones, al menos hasta que el mundo cambie. Así que sería una mala elección, pero no equivocada. Con nuestra forma de trazar sucede lo mismo. Algunas personas rompen el halo antes de estar preparadas, prefieren compartir su cuerpo permanentemente en vez de sobrevivir a la unión con sus mentes intactas. Llevan su decisión a la práctica de un modo que les arrebata cualquier posibilidad de elección, como quienes deciden quitarse la vida. Es una acción absurda y los anula como agentes morales. Lo que tenemos aquí, los Liberados, lo que ofrecemos, es la libertad sin límites. Pero no el caos. Libre albedrío, decisiones tomadas libremente, pero aun así con consecuencias. Si decides unirte a este ejército, tendrás que acatar las órdenes hasta que termine tu tiempo de servicio. Este mundo es más cruel que el que has dejado atrás, Liv. La libertad es cruel. Si no quieres que te halague porque alguien te ha dicho que no deberías sentirte orgullosa de tu voluptuosidad, de tus labios carnosos, de tu piel radiante, de las gráciles líneas de tu cuello, de tus ojos brillantes, es ridículo. Al diablo con ellos. Si no quieres acostarte conmigo porque no te gusto, eso ya es harina de otro costal. —Era tremendamente ingenioso, ¿verdad? Y extraordinariamente tenaz. Poderoso.

Liv reprimió una inesperada oleada de admiración, así como la honda y pueril calidez que le producían sus elocuentes lisonjas. En la Cromería nadie la había llamado bonita. Los tyreanos no podían ser hermosos, no podían ser elegantes, no tras la Guerra del Falso Prisma.

—Estás acostumbrado a salirte con la tuya, ¿no es así?

—Inconvenientes de ser tan apuesto y brillante.

—Más inconveniente sería que te aplastaran la nariz de un puñetazo —resopló Liv.

Zymun levantó las manos y dio un paso atrás.

—No he dicho que también sea valiente. —Le ofreció el brazo, y Liv lo aceptó, incapaz de reprimir una sonrisa ante el modo en que había traspasado sus defensas—. Hum. Oh, acabo de recordar una cosa. ¿Quién era el Príncipe de los Colores? ¿Antes de quemarse?

—Koios Roble Blanco. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. —¿El hermano de Karris?

—No es ningún secreto. Lo que eras antes no nos importa tanto como lo que eres ahora, y lo que llegarás a ser. Anda, vamos a trabajar en tu trazo. Tienes muchas cosas que olvidar, y muchas más que aprender.

—Sigo sin querer irme a la cama contigo.

—Habrá que trabajar en eso —repuso Zymun, guiñándole el ojo y sonriendo de oreja a oreja.

Y con esas palabras, comenzó el adiestramiento de Liv.

39

Cuando Kip salió de la biblioteca caminando de puntillas, a medianoche, Puño de Hierro lo estaba esperando en el ascensor. El gigantesco comandante no dijo nada, pero lo llamó por señas.

Kip se espabiló al instante, pese al hambre que lo torturaba. Le sorprendió ver que Adrasteia acompañaba al comandante. Montaron juntos en el ascensor, y Puño de Hierro introdujo una llave en una cerradura y los condujo al nivel más bajo de la Cromería en el que Kip hubiera estado nunca. Miró a Teia. La muchacha le devolvió la mirada y se encogió de hombros.

El comandante asomó la cabeza a un pasillo a oscuras. Empezó a avanzar a tientas. Kip abrió los ojos de par en par, más aún, hasta alcanzar el espectro del subrojo. Puño de Hierro irradiaba calor de sobra, todo su cuerpo se veía gris, las axilas y las ingles más claras; su cabeza, afeitada y descubierta, era lo que más brillaba de todo. Continuó caminando por el pasillo.

—Kip —dijo Teia. Su voz denotaba tensión, pero su expresión era difícil de interpretar: la imagen que proporcionaba el subrojo era inexacta, y Kip no tenía mucha práctica con él, pero era evidente que estaba nerviosa. No le daría miedo la oscuridad, ¿verdad? No, a Teia no.

Pero sí, por supuesto. Casi todos los trazadores temían la oscuridad, incluso muchos subrojos. La luz era el don de Orholam; la oscuridad, un sinónimo del mal; la ceguera simbolizaba la impotencia. Teia tenía las manos extendidas, y Kip tomó una entre las suyas y la condujo por el pasillo. Puño de Hierro no aminoró el paso.

Entonces Kip se dio cuenta de que estaba caminando de la mano con Teia, y de repente se sintió tremendamente azorado. Poco menos que le sobrevino un espasmo. Era imposible que la muchacha no lo hubiese notado.

—Hum —dijo Kip—. Oh. —Le soltó la mano y la tomó del brazo.

Eso, como un noble escoltando a su dama a una cena de gala. Muchísimo mejor. ¡Pero serás cretino!

Kip carraspeó, pero luego pensó que todo lo que dijera sería igual de estúpido. Frunció el ceño y la miró de reojo.

Teia sonreía.

Estaba tan oscuro que la joven no se dio cuenta de que él podía verla, pero así y todo a Kip le dieron ganas de morirse.

—Ya... ya estoy mejor —dijo Teia. Su lengua asomó fugazmente entre los labios

para humedecerlos, un extraño punto caliente en el frío y lóbrego pasillo—. A... a veces me cuesta relajar los ojos.

Ah, cierto. Podía ver el subrojo. Su color estaba al final del espectro en esa dirección. Podía orientarse sin ayuda. Teia retiró tímidamente el brazo.

Kip cuadró los hombros, agachó la cabeza y siguió a Puño de Hierro por los pasillos. Un par de recodos más tarde, el comandante los condujo a una habitación. Manipuló algún tipo de mecanismo que Kip probablemente no habría entendido aunque pudiera verlo a plena luz del día, y el techo comenzó a irradiar un suave resplandor blanco, cálido y radiante.

Era una sala de instrucción, aunque no se parecía en nada a las que Kip conocía.

Puño de Hierro empezó a rebuscar en un rincón mientras Kip y Teia miraban a su alrededor. Había vigas para realizar equilibrios, barras para hacer flexiones, maniquís de boxeo revestidos de luxina que se iluminaban en distintas zonas para practicar la rapidez de reflejos, sacos rellenos de serrín y cuero, obstáculos de madera, un montón de piezas de armadura con forros mullidos para combatir cuerpo a cuerpo, toallas, dianas y todo tipo de armas acolchadas.

—Esta es la sala de entrenamiento del Prisma. Tenemos permiso para utilizarla —dijo Puño de Hierro, que empuñaba unas largas tiras de tela—. Dame las manos, Kip. Estíralas todo lo que puedas, con firmeza.

Kip obedeció, y Puño de Hierro empezó a envolver una de las vendas alrededor de la muñeca.

—Ya es hora de que los dos aprendáis algo —dijo Puño de Hierro.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Adrasteia.

—Hay tres novatos que de ninguna manera puedo permitir que fracasen.

—¿Quiénes?

—Kip, por petición expresa de su padre.

Teia miró al muchacho, visiblemente indignada con la injusticia implícita en las palabras del comandante. Kip se ruborizó y arrugó el entrecejo.

—Cruxer —continuó Puño de Hierro—, porque tiene el potencial necesario para convertirse en el mejor guardia negro de su generación.

—¿Cómo podría fracasar él? Si nos supera a todos, y de lejos —dijo Teia.

—Solo si la suerte le diera la espalda. Pero eso no va a suceder. Podría, pero no lo permitiré. Y la tercera eres tú, Adrasteia.

—¿Yo? —La muchacha parecía francamente sorprendida.

—Tu color —continuó el comandante Puño de Hierro—. Puedes ver a través de la ropa, lo que significa que puedes detectar armas ocultas. Cualquier otro año, te aceptaría aunque te faltaran las piernas. Tus compañeros se enfadarían, pero con el paso del tiempo comprenderían que vales por cinco de ellos, aunque no pudieras combatir. Este año eso no está en mi mano. Si apruebo tu ingreso y después resulta

que eres un desastre, la confianza de la Guardia Negra sufrirá otro mazazo. Es crucial que sepamos que somos un cuerpo de élite. Si me ven añadiendo flagrantes mediocridades a nuestras filas, repercutirá en detrimento de todos. Por consiguiente, un bastardo y una chica del espectro exterior tienen que demostrar que están a la altura de los demás. Teia, has estado disimulando lo buena que eres, pero sin trazar, tendrá que sonreírte mucho la suerte para que apruebes con tu nivel de habilidad actual, y Kip va un año por detrás de los mejores estudiantes. Así que a los dos os toca practicar más y dormir menos.

Terminó de vendar las manos de Kip con el ceño fruncido, poniendo cuidado con la izquierda, y lo ayudó a enfundarse unos guantes.

Bajo la atenta mirada de Puño de Hierro, el chico comenzó a aporrear uno de los sacos de serrín. Habían practicado los movimientos durante las sesiones de instrucción, lanzando golpes al aire, pero notar cada impacto era una experiencia completamente distinta.

—No le pongas tanto empeño, todavía no —dijo Puño de Hierro.

Kip volvió a golpear el saco, rápido pero con delicadeza. Le dolía la mano izquierda, pero al menos cerrarla para formar un puño con ella ya no era tarea imposible. Lo que hacía que se le saltaran las lágrimas era volver a estirarla. Puño de Hierro puso a Teia a hacer flexiones, con palmadas entre una y otra. Teia era tan menuda que no tenía mucho cuerpo que impulsar por los aires, pero así y todo, no tardó en acusar el cansancio. Puño de Hierro le pidió que continuara con las rodillas apoyadas en el suelo.

Una vez hubieron entrado en calor, Puño de Hierro se vendó las manos también, se situó frente al saco adyacente al de Kip y comenzó a practicar a su vez.

Kip tenía las manos doloridas, pero al cabo de unos diez minutos, lo único que notaba era una especie de calidez. Se preguntó si estarían sangrando bajo los vendajes. Puño de Hierro se limitó a informarle de que ya podía empezar a pegar con más fuerza. Entonces pensó en Liv. Pensó en su madre. Pensó en el Prisma.

Y de alguna manera, aunque sus pensamientos no lo llevaban a ninguna parte ni le permitían descubrir nada nuevo, pegarle una paliza a un objeto inanimado hizo que se sintiera mejor. Pero Puño de Hierro seguía practicando, y practicando. Kip lo siguió. Transcurrida una hora, Kip era un muerto viviente. Puño de Hierro le lanzó una toalla y dijo:

—Kip, al ascensor. Nos reuniremos contigo enseguida.

Kip se marchó. La tentación de quedarse para escuchar a hurtadillas era fuerte, pero la perspectiva de enfrentarse a la ira de Puño de Hierro lo disuadió. Además, le parecía una falta de respeto. Encaminó sus pasos hacia el ascensor mientras se enjugaba el sudor con la toalla.

Se sentía famélico. Era como si allí siempre tuviera hambre. Los espejeos, o

alumnos de segundo año, y todos los que estaban por encima de ellos disponían de unos salones célebres por servir comida durante más tiempo que los demás; o en el caso de los destellos y las centellas, los estudiantes de tercero y cuarto, durante todo el día y toda la noche. Pero a los alumnos de primer curso les estaba denegado ese lujo. En la Cromería había que ganárselo todo, desde el acceso a la biblioteca a los alimentos.

Kip tosió, y en su visión subroja la expectoración salió disparada en una nube de puntitos blancos y rojos.

Levantó la mano y se sintió transportado a Garriston, cubierto de luxina verde, saturado su olfato con el olor de la pólvora, la sangre, la luxina, el sudor y el terror. Alzó una mano y lanzó una andanada de proyectiles contra los soldados que se amasaban a su alrededor. La mejilla de un hombre voló por los aires, su cabeza giró de repente antes de apuntar de nuevo hacia Kip, dejando una estela de dientes y gotas de sangre mientras el herido se acercaba tambaleándose a él.

Kip apoyó una mano en la frente del hombre, como si se dispusiera a bendecirlo. Y le incrustó un proyectil en el cerebro, cubriéndose la palma abierta de sesos desparramados.

Era voluntad pura, y quienes se oponían a él no eran sino briznas de hierba arremolinadas por la brisa en torno a las rodillas de un titán.

Y regresó al presente de golpe, parpadeando, estremeciéndose.

Era como si todo aquello fuera tan delicado, tan frágil... Una mentira. ¿A Kip le preocupaba aprobar un examen? ¿Lo que pensaran de él unos simples quinceañeros? La muerte era inmensa, sobrecogedora, indómita, siempre invicta. A una diminuta bola de plomo de distancia. Una esquirla de luxina, y todo se revelaba como la absurda frivolidad que en realidad era.

Apenas si le dio tiempo a secarse las lágrimas que le anegaban los ojos —pero si no estaba llorando, ¿de dónde salían esas lágrimas?— antes de que Puño de Hierro y Teia aparecieran en el pasillo.

El comandante observó a Kip de soslayo, pero no dijo nada. Montaron en el ascensor. Kip quería preguntarle una cosa, pero ni siquiera podía encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo lo hacía Puño de Hierro? ¿Cómo era capaz de matar a alguien y regresar siendo todavía el mismo? ¿Cómo mantenía el equilibrio entre ambos mundos? Puño de Hierro era una roca, imperturbable y sólida, una isla en un océano de locura.

El comandante Puño de Hierro se pasó la mano por la cabeza afeitada. Su voz resonó áspera y grave:

—Mientras mi madre moría desangrada por culpa del cuchillo de su asesino, la abracé, Kip. Recé. Recé como no lo había hecho antes, como no he vuelto a hacerlo desde entonces. Orholam no me escuchó. Pensé que no era merecedor de su atención,

que solo tenía ojos para los nobles y dignos. —Sus facciones se deformaron durante medio segundo en un conato de emoción, rápidamente suprimido. ¿Pesar? ¿Desolación? Pero su voz no tembló—. Kip, el mundo no da explicaciones. Debemos seguir adelante sin ellas.

—¿Cómo? —Su propia voz sonó hueca y diminuta en los oídos de Kip.

—Como podamos.

Kip miró al comandante. ¿Eso era todo? ¿La respuesta era que no había respuesta? Se le cayó el alma a los pies.

La mirada de Teia saltó del uno al otro, desconcertada, pero ni dijo nada ni hizo ninguna pregunta. Kip deseó poder darle las gracias por ello.

El ascensor se detuvo en su planta.

Puño de Hierro entregó la llave a Teia. Su voz sonó áspera, pero aún no había recuperado su antiguo timbre.

—Todas las noches. No siempre podré acompañaros, pero vendré tan a menudo como me resulte posible. Kip, he oído que te han prohibido asistir a las prácticas, y Teia, tú también necesitas perfeccionar tus habilidades, aunque yo puedo serte de mucha ayuda con ese tipo de trazo. Mañana, los dos empezaréis a practicar vuestra magia.

—Sí, señor.

Kip y Adrasteia tomaron caminos distintos, sin saber muy bien qué decirse. Kip se aseó y se acostó. Tenía el cuerpo dolorido, y su mente embotada pedía dormir a gritos, pero cada vez que cerraba los ojos veía sangre, sesos, la bendición de la bala.

El amanecer le proporcionó el único consuelo que conocía ahora: el paso de una clase de lucha a otra. Se levantó dispuesto a pasarse el día entero trabajando. Si se mantenía lo suficientemente ocupado, quizá no tuviera tiempo para pensar.

40

—Es una mujer preciosa —dijo Karris.

Gavin guardó silencio. Estaban atravesando la jungla de regreso a su campamento. Estas eran las primeras palabras que pronunciaba Karris desde su manifestación de sorpresa ante la nieve azul, acerca de la cual Gavin le aseguró que no sabía nada.

—Le gustas —insistió Karris.

Gavin no dijo nada.

—Puedes pasar la noche con ella, ¿sabes?

Ya estaba empezando a sacarlo de quicio.

—Hace tiempo que te noto muy tenso. Quizá sacártelo del organismo te ayude a recuperar la calma.

Gavin se detuvo.

—Lo dices de veras. En serio. ¿Tú?

Karris se encogió ligeramente de hombros.

—Lo que te pedí antes... no era justo. No tengo ningún derecho sobre ti. Tú y yo no compartimos nada por lo que hubieras de privarte de... retozar con quien te apetezca. Eres el Prisma, alguna ventaja debe de tener, ¿no?

—Por favor, Karris, no me vengas con estupideces. —¿«Retozar»?

—Pero si solo...

—La decisión ya está tomada. —Y te he elegido a ti.

—Lo único que digo es...

—Que te calles de una puta vez.

Por lo general, eso la habría hecho explotar. Esta vez, Karris no dijo nada. Caminaron en silencio. Acamparon en silencio. Se acostaron en silencio.

De alguna manera, Gavin logró quedarse dormido, pero soñó con infiernos de colores y con sus hermanos. El temor que anidaba en su interior impidió que su descanso fuera reparador. Cuando Karris lo despertó para que la relevara haciendo guardia, horas antes del alba, la nieve había desaparecido. Mientras Karris dormía, Gavin se sentó. Por algún motivo, lo acosaba el recuerdo de su difunto hermano, Sevastian. El pequeño Sevastian, tan noble. El que siempre mediaba en los constantes enfrentamientos de sus hermanos mayores.

¿Con quién se habría aliado Sevastian en la Guerra de los Prismas?

En aquel mundo desquiciado donde Gavin supuestamente poseía algún tipo de

vínculo sagrado directo con una deidad que no existía o no mostraba el menor interés, lo único que le importaba era lo que su malogrado hermanito habría pensado de él. ¿Quién habrías sido, Sevastian? ¿Si te hubiera cedido las riendas después de asesinar a Gavin, reinaría ahora la paz en el mundo? ¿Qué clase de mundo sería este si aquel condenado engendro no te hubiera asesinado?

Un engendro azul, además. ¿Qué significaba eso? El mismo color sobre el que Gavin ahora había perdido el control había causado la muerte de Sevastian. El mismo color de la prisión de la que había escapado Dazen. ¿Casualidad?

Sí, Gavin, por definición.

El sol despuntó sobre el horizonte, pero su luz no logró disipar las tinieblas que envolvían el corazón de Gavin.

41

Dazen Guile contempló fijamente al cadáver en la pared de la prisión verde. Ambos estaban rascándose sendas postillas que tenían en la rodilla. Llevaban días encerrados en aquel infierno verde, ¿una semana, tal vez? Dos seguro que no. Llevaban quedándose inconscientes durante períodos de tiempo indeterminados, lamiendo en silencio el agua de las paredes, muriéndose de hambre sin decir nada. Puede que fueran dos semanas, a juzgar por las postillas.

En algún momento, antes de perder el conocimiento, había trazado unas diminutas esquirlas de verde. Pese a todos sus defectos, la luxina estaba limpia. Dazen la había empujado hacia fuera, no de las palmas de sus manos ni bajo las uñas, sino de los cortes. Primero se los había practicado en las manos y en las rodillas, y por último había recurrido a la herida inflamada e infectada de su pecho. El dolor fue espantoso. Un pus amarillo había precedido a la luxina. Cuando despertó, había lamido la pared durante una hora en busca de humedad, repitió el proceso y se desmayó otra vez. A la tercera, únicamente plasma y sangre brotaron de la herida.

La fiebre había remitido a la larga, dejándolo falto de pasión, vacío, pero por fin consciente de nuevo. Él mismo, más o menos. Una versión debilitada de su antiguo yo.

Al igual que la prisión azul, la verde tenía forma de pelota achatada, una estrecha rampa en lo alto, un reguero de agua que caía por una de las paredes, y un pequeño sumidero en el suelo para los excrementos.

Aparentemente su carcelero, su hermano, todavía ignoraba que Dazen se había fugado de la prisión azul. Sin duda ese hecho debía de comportar alguna ventaja, pero Dazen no lograba determinar de qué se trataba. Lo único que sabía era que, desde que cayera en esa celda, no había probado ni un bocado de pan. Odiaba esos mendrugos grumosos, correosos y pastosos, pero en esos instantes suplicaría, masticaría cristales rotos a cambio de que le dieran un trozo.

Quizá su hermano estuviera al corriente de todo. Quizá este fuera su castigo.

Sin embargo, Gavin no había tenido las agallas necesarias para dejar que se muriera de hambre antes, y había dispuesto de dieciséis años para pensárselo, por lo que Dazen dudaba que fuese a hacerlo ahora. No a propósito, al menos.

Se sentía débil, y esa debilidad era una tentación. No había vuelto a trazar el verde desde que remitiera la fiebre, y el verde era fuerza, ferocidad.

El verde le había salvado la vida, sin duda, pero en estas circunstancias sería su

muerte. Porque era fuerza, y allí la fuerza podía ser adictiva. Cada vez que trazara un sorbito diminuto, anhelaría trazar un poco más. Y el verde significaba irracionalidad, salvajismo. En una jaula, la irracionalidad conducía a la locura y el suicidio.

Bastante cerca estoy ya del borde de ese precipicio.

Comenzó a construir una vez más las torres de hipótesis. Esa era la ventaja de haberse pasado años trazando el azul. Ordenaba las ideas y amortiguaba la pasión.

El azul todavía aborrecía el modo en que pensaba en su hermano como Gavin y en sí mismo como Dazen, pero se trataba de una decisión a la que se aferraba con firmeza. Gavin era un perdedor. Gavin había perdido la guerra, Gavin se había dejado apresar. Dazen había robado la identidad de Gavin, así que podía quedársela. Ahora «Gavin» era el cadáver de la pared, él era el prisionero, él era Dazen. Era un hombre nuevo, y como Dazen, escaparía y recuperaría todo cuanto le pertenecía.

Sabía que estaba coqueteando con la locura. Pero puede que una pincelada de locura sea la única manera de conservar la cordura en un calabozo durante dieciséis años.

Céntrate, Dazen. Hacen. Pueden. Rueden. Rudas. Dudas. Anudas. Nudos. Cruces. Bifurcaciones. Intersecciones. Direcciones. Inacciones. Inertes. Difuntos. Yacen. Dazen.

Expulsó lentamente el aire contenido. Fulminó con la mirada al cadáver, que le devolvió el gesto, desafiante.

—Te diría que te fueras al infierno, pero...

—Eso ya lo he oído antes —repuso el difunto—. ¿Te acuerdas?

Dazen masculló algo que no pasó de su barba. Extendió la mano derecha. Puede que Gavin sepa que estoy en la siguiente prisión, o puede que no.

No, retrocede.

Puede que Gavin haya instalado un sistema que lo alertaría de mi traslado de una cárcel a otra, o puede que no.

Si se había tomado la molestia de construir más de una prisión, era lógico suponer que habría instalado también algún tipo de sistema para seguir mis movimientos de una celda a otra.

Puede que la alarma funcionara, o puede que no.

Apuesto a que sí. Gavin nunca ha fabricado nada defectuoso hasta la fecha.

De modo que si se ha disparado alguna alarma, esta debe de indicar mi posición actual.

Si indica mi posición actual, puede que Gavin no haya recibido el aviso, o puede que sí.

Pero ya hemos establecido que no tiene agallas para dejarme morir de hambre.

Así que puede que no sepa que estoy aquí.

Lo cual plantea otra pregunta: ¿qué hace Gavin cuando viaja? O bien no viaja

nunca, o bien dispone de un sistema para alimentarme en su ausencia. De ninguna manera consentiría encadenarse a mí de ese modo, así que debe de existir algún sistema.

O bien deja a alguien encargado de darme de comer, o bien se trata de un sistema automatizado. Los sistemas automatizados pueden estropearse con facilidad, y Gavin no se arriesgaría a matarme accidentalmente. Pero la gente no es de fiar.

Difícil elección.

Bah, Gavin confiaba en la gente. Siempre fue uno de sus puntos débiles. Por eso Gavin había conseguido frustrar su plan de escaparse con Karris.

Ese «Gavin» incrustado en su cerebro azul lo irritaba. Hacía que fuera difícil pensar en la época anterior a la prisión. En cualquier caso, la confianza de su hermano era el motivo de que la fuga de su hermano con Karris hubiera fracasado. O bien el nuevo Gavin había aprendido a no fiarse de nadie después de aquel fiasco, o no. Hum. Gavin había conseguido usurpar el lugar de Gavin como Prisma, algo que de ninguna manera podría haber hecho solo. Así que Gavin no había aprendido a no fiarse de nadie. Gavin se fiaba de alguien.

De modo que había alguien allí arriba, alguien que podía haber visto o no el aviso de que Dazen se había trasladado de una prisión a otra. Puede que alguien estuviera siendo descuidado en el cumplimiento de su deber, o puede que no. Gavin no confiaría jamás en alguien descuidado. Así que ese alguien era meticuloso. Puede que alguien supiera lo que significaba la alerta, y lo que debía hacer cuando la viera, o puede que no.

O... retrocede. Ese alguien podría ser un hombre o una mujer. No es que tuviera importancia, pero de alguna manera, al prisionero le complacía inmensamente imaginarse a una mujer correteando asustada porque había un pilotito de luxina verde que no dejaba de parpadear y no sabía qué hacer al respecto. Esperaba que fuese una mujer orgullosa. Cómo echaba de menos dar lecciones de humildad a las mujeres orgullosas.

Te sales por la tangente, Dazen. Una tangente que inflamaba sus sentimientos. No podía permitirse el lujo de sucumbir a la pasión, no allí, en ese momento no. Antaño le encantaba trazar el verde cuando estaba en la cama con alguna mujer, le encantaba la ferocidad, la intensidad. Pero la inanición y el azul habían embotado sus deseos carnales, y el verde era la locura. Y la locura era la muerte. Así que...

Gavin nunca habría dado instrucciones para que su hermano muriera de hambre, de modo que la mujer de allí arriba haría lo que debía, tarde o temprano, o no. O puede que hiciera lo que no debía más de una vez, intentando hacer lo que debía.

Para hacer lo que debía, tendría que dejar caer el pan por una rampa distinta o manipular la rampa original para que apuntara a la nueva celda de Dazen. Primero, por supuesto, tendría que teñir el pan de verde.

Pero ¿sabría que debía teñirlo de verde?

Únicamente lo sabría si Gavin se lo había indicado. Quizá fuese nueva. Quizá Gavin le hubiera ocultado información en su afán por no delatar ningún detalle acerca del prisionero de abajo, en su afán por no suscitar la curiosidad de la mujer más de lo estrictamente necesario.

Eso era. Por eso llevaba una semana en ayunas.

Gavin no había dado las instrucciones adecuadas a la mujer. Sabría que debería estar lanzándole comida a alguien. Se desesperaría.

Puede que Gavin regresara antes de que la mujer cometiera un error, o puede que no.

Por primera vez en años, posiblemente, una sonrisa iluminó los rasgos de Dazen. Tan solo debía esperar. Podía esperar hasta perecer de inanición, o podía esperar hasta que la mujer diera un paso en falso que lo condujera a su liberación.

La espera era un infierno, pero era un infierno en el que se sentía cómodo. Se dedicó a hablar con el cadáver para matar las horas. El cadáver se burlaba de él, y él se burlaba del cadáver. No era agradable, pero le servía de distracción. No veía el momento de escapar y abandonar al cadáver a su suerte allí abajo.

Se sucedieron los días. Cualquiera de sus hipótesis podría ser errónea. Gavin tal vez hubiera dejado al cuidado de la prisión a una mujer que tuviera motivos para odiar a Dazen. Quizá estuviera intentando asesinarlo a conciencia, aunque supiese exactamente cómo debía actuar. Con las mujeres nunca se podía estar seguro. O quizá existiera una alarma, pero estropeada. Además, ¿con qué frecuencia comprobaría su hermano esos detalles? Puede que después de dieciséis años se hubiera vuelto descuidado. Quizá realizara una inspección anual, pero el año podría haber expirado recientemente, y él todavía no se había acordado. La desesperación comenzaba a hacer mella en él. Debía intentar algo.

Casi sin proponérselo, trazó el color verde. Era un abrigo en una noche helada. Era comida para el hambriento. Era un trago de licor puro que en vez de calentarle el estómago viajaba directo desde sus ojos a todas sus extremidades, liberándolo de la debilidad y la parálisis.

Sin exagerar. ¡Sin exagerar! Cortó el caudal antes de que lo arrastrara. Pero el mero hecho de contemplar las paredes bastaba ya para producirle una claustrofobia insoportable. Sus dedos se crisparon en garras y se descubrió arañando la pared de luxina verde.

¡Alto! ¡Para! ¡Detente! Se sacudió el exceso de luxina de los dedos. Sabía que su fuerza era un simple remedo del verdadero vigor. Una fragilidad espantosa atenazaba todo su cuerpo. Cualquier imprudencia le saldría cara. Y el verde era estúpidamente imprudente. Ardía en deseos de embestir la pared que tenía delante y abrirse paso hasta el otro lado. Si sucumbía a ese impulso, se lesionaría hasta perder el

conocimiento, probablemente moriría.

Además, ¿para qué había trazado el verde? No iba a practicar un boquete en la pared de luxina verde con luxina verde. Su hermano no era tan tonto.

¡Por Orholam, qué hambre! Disparó un tentáculo de luxina verde contra la rampa de la comida, cada vez más arriba. Dobló una esquina... aquella rampa tenía otra forma que la azul. Por supuesto que sí, debía dirigir el pan, ¿qué, veinte, treinta pasos más lejos? Intentó contener su impaciencia, pero, Orholam, allí había comida. ¡La necesitaba! Allí arriba, en alguna parte, estaba su libertad.

La sonda continuó avanzando, despacio, pero no tanto como se lo aconsejaría el azul. No detectó el supervioleta hasta que no hubo saltado la trampa.

Algo recorrió violentamente el brazo verde que había proyectado tan lejos, lo rompió, destrozó su voluntad en el proceso. Se desmayó.

Al día siguiente —si es que era de día— oyó el rechinar de unos engranajes procedente de la rampa. Se sentó, expectante. ¿Sería su hermano, que venía a regodearse, o estaría la comida en camino?

Todas sus hipótesis estaban equivocadas. O bien su hermano quería matarlo, o bien la alarma había fallado, o... ahora no podía reconstruir la torre. No sin azul de refresco. Era un estúpido. Era un animal. Era un despojo, un saco de huesos. Estaba acabado. Si no recibía un mendrugo de pan, trazaría el verde. Equivaldría a suicidarse. ¿Y qué? ¿Qué tenía de estupendo vivir?

Algo cayó con estrépito por la rampa.

Esperó, siguió esperando.

Una hogaza de pan salió disparada por la abertura, y la atrapó al vuelo. La atrapó al vuelo sin dar crédito a sus ojos. Aunque toda la luz de la celda era verde, y el azul teñido de verde era asombrosamente difícil de trazar, la salvación cromática estaba ahora en sus manos. En un infierno de color verde, el pan era azul. Lo suficientemente azul.

42

Adrasteia había sido convocada. Su ama en persona, Lucretia Verangheti, le había ordenado que acudiera a su lóbrega morada, en el extremo sur del Gran Jaspe, a la sombra de las murallas. No era un vecindario agradable.

Un individuo pálido y gruñón abrió la puerta y condujo a Adrasteia a un rincón apartado. Trajo té. Solo una taza. No la dejó delante de ella.

Diez minutos después apareció una mujer a la que Adrasteia no conocía. Era joven y ruthgari, de extraordinariamente infrecuente cabello rubio natural y ojos azules. Habría sido una belleza exótica si no hubiera estado dotada además de un semblante alargado y equino. Llevaba puesto un vestido informal, de buena factura, y lucía tan solo unas pocas joyas. Tenía el pelo largo y lustroso, pero recogido ahora en un práctico moño. En todos los aspectos, parecía una dama extremadamente adinerada poniéndose cómoda en su hogar. Se sentó. Probó el té.

—Esto no está caliente, Gaeros —dijo.

El hombre se deshizo en disculpas y se lo retiró. Regresó casi de inmediato para colocar una taza humeante delante de la mujer.

—Necesitaremos un poco de intimidad —dijo esta.

—Sí, ama. —El hombre salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Bueno... —comenzó la mujer.

—¿Sí? —preguntó Teia.

—Soy tu propietaria, lady Aglaia Crassos. Puedes llamarme «ama».

—Mi propietaria es lady Lucretia Verangheti.

—Lady Verangheti no existe. O lady Verangheti soy yo, según cómo se mire. Mi familia tiene enemigos a los que les gustaría impedirnos colocar esclavos en determinados lugares o posiciones, como la Guardia Negra, por ejemplo. La ficción de «lady Verangheti» me ayuda a soslayar esos mezquinos escollos.

—Con permiso, ama, no es mi intención ser grosera, pero por lealtad a mi señora... —Debía de haber alguna manera de decir esto—. Hum...

—No me crees —dijo lady Crassos. Parecía divertida, lo cual Teia esperó que fuese positivo—. Sería un farol interesante, ¿verdad? Claro que solo funcionaría con aquellos esclavos que nunca hubieran visto a su ama, es decir, con mis esclavos. Lástima. —Sacó una hoja de papel vitela y se la entregó a la muchacha. Era el título de Teia; lo reconoció de inmediato. Adjunto al mismo, en una hoja aparte, había una carta de traspaso de propiedad firmada por Lucretia Verangheti y Aglaia Crassos. La

letra era idéntica.

Teia tardó unos instantes en entenderlo. Si Aglaia quisiera mantener en secreto sus derechos de propiedad sobre ella, no guardaría el título de Teia con su nombre real, so pena de que cualquiera que decidiese investigar averiguara a quién pertenecía la joven. Pero necesitaba tener la carta de traspaso preparada por si surgía la necesidad urgente de demostrar que esos derechos de propiedad le pertenecían, de modo que conservaba el documento en lugar de confiárselo a la Cromería.

Teia notó que se le formaba un nudo en la garganta. ¿Por qué habría decidido la mujer revelar su identidad ahora?

—¿Eres buena mentirosa, niña?

—¿Perdón?

—La pregunta es muy sencilla. Como seas terca, recibirás una exquisita tunda de palos.

¿«Exquisita»?

—Soy bastante buena, cuando me lo propongo. Ama.

Las facciones de Aglaia Crassos se iluminaron.

—Bien. Bien. Exactamente lo que me habían dicho mis fuentes. Continúa respondiendo con franqueza y tu estancia a mi servicio será no del todo desagradable.

Teia sintió una punzada de temor. ¿«No del todo»?

Aglaia miró a su alrededor, como si estuviera buscando algo. Tocó una campanilla, y el criado acudió de inmediato.

—La fusta —dijo la mujer.

Gaeros se tocó la frente con los nudillos y desapareció. Regresó instantes después. Le tendió una fusta a su ama y giró sobre los talones.

Lady Crassos le cruzó la espalda a la altura de los riñones. El hombre respingó, pero no dijo nada.

Aglaia lo despidió con un ademán.

—Mis esclavos deben anticiparse a mis necesidades. Soy partidaria de disciplinaros personalmente de lo contrario. Cuando una dama deja la disciplina en manos ajenas, movida por algún tipo de falsa feminidad, no puede saber con seguridad si dicha disciplina se ejerce con excesiva clemencia o con excesiva fruición. Además, conviene disciplinar inmediatamente a los esclavos... igual que a los niños o a los perros. No siempre habrá alguien cerca de mí en quien delegar, pero mi brazo firme me acompaña adondequiera que vaya. Así pues, cuando concluyamos nuestra entrevista de hoy, te azotaré. Creo que es importante que sepas cuán firme es la mano de tu ama. Eso también me permitirá comprobar con qué facilidad se te amorata la piel, por si alguna vez debo azotarte antes de que te dejes ver en público.

Teia tragó saliva con dificultad. El peso del miedo que sentía hacía que le temblaran las rodillas.

—Sí, ama.

—Kip Guile es tu compañero de instrucción en la Guardia Negra.

—Sí, ama. Con permiso, pero fue repudiado hace semanas. Ya no es un Guile.

—Estoy al corriente. Pero tengo motivos para creer que Kip podría reincorporarse al seno familiar cuando regrese Gavin Guile.

Teia agachó la cabeza y adoptó una expresión compungida. Era una esclava, no estúpida.

—Adrasteia, mi hermano era el gobernador de Garriston. Intentaba salvar esa ciudad insignificante cuando Gavin Guile lo ridiculizó, lo asesinó y le hizo quedar como un traidor. Y ahora mi esclava está emparejada con su hijo bastardo. Un bastardo que al parecer le importa. Esos son los hechos.

Teia frunció brevemente el ceño, sin saber muy bien qué era lo que insinuaba su ama. Enseguida cambió la expresión. A algunos propietarios no les gustaba ver a sus esclavos con mala cara. Tampoco esbozó la sonrisa bobalicona que tantos otros esclavos habían aprendido a cultivar. Aglaia había dicho que valoraba la inteligencia. Quizá fuese cierto y todo. Lo mejor sería reforzar la sensación de superioridad de su ama, pero sin exagerar.

Aglaia puso los ojos en blanco, como si Teia fuera tonta de remate.

—Quiero que mantengas mis derechos de propiedad sobre tu persona en secreto, ¿entendido? Si sale a la luz que me perteneces, debido al pasado que comparten la familia de Gavin y la mía, lo más probable es que te expulsen de la Guardia Negra y dejes de resultarme útil. Te venderé a uno de los burdeles de las minas de plata de Laurion después de descargar mis frustraciones contigo. ¿Ha quedado claro?

Las minas de plata eran célebres, la primera opción para aquellos esclavos que cometían algún delito grave sin llegar a merecer la pena capital, y el último recurso para los amos exasperados con aquellos de sus esclavos reincidentes que no dejaban de rebelarse o intentar darse a la fuga. Las minas eran peligrosas, los demás esclavos aún más, y los burdeles eran lo peor de todo. Se reservaban para el uso y disfrute de los carceleros más depravados y sus esclavos predilectos: lo mejor de lo peor. Teia tenía una amiga, Euterpe, cuyos propietarios lo habían perdido todo a causa de la sequía. Tras descubrir que los burdeles de la zona ya estaban repletos de esclavas y mujeres libres que habían decidido prostituirse para ganarse el sustento, los amos de Euterpe le habían jurado que regresaría con ellos al cabo de tan solo tres meses. Había vuelto después de cinco, el tiempo necesario para que sus amos se recuperaran. Ella nunca lo hizo. Ya no sonreía. Se encogía al contacto con cualquier hombre, incluso su padre, que había enloquecido y se había ahorcado.

Laurion era una maldición para los esclavos. Un símbolo. Una amenaza cuya mera existencia bastaba para garantizar la docilidad de la mayoría de ellos.

Aglaia Crassos no hablaba en tono amenazador. Sus ojos irradiaban tanta

compasión como los de un crótalo.

—¿Crees que no lo haría porque valdrías una fortuna si dejara que la Guardia Negra te comprase?

Teia se humedeció los labios con la lengua, pero no se le ocurrió ninguna respuesta que no fuera a hundirla todavía más en el infierno.

—La muerte de mi hermano supone que ahora heredaré el doble de dinero del que me correspondía hace unos meses. La venganza es más dulce que el oro. ¿Sabías que las chicas de Laurion atienden hasta a cincuenta hombres todos los días? ¡Cincuenta! A mí también me costaba creerlo, pero conozco a varias personas que aseguran que es cierto. Las mujeres reciben una ración diaria de aceite de oliva. ¿Imaginas por qué?

Teia parpadeó, enmudecida, con un bloque de hielo en las entrañas.

—Porque de lo contrario se romperían por dentro. Morir empalada en una polla suena muy romántico, ¿verdad? Pero estoy segura de que no lo es. Cincuenta, todos los días. Y una joven tan atractiva como tú... podrías atender a más, incluso. Allí las caras bonitas no abundan. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Teia sintió que le fallaban las rodillas. Asintió con la cabeza. Tenía que largarse de allí.

—Bueno, y ahora que nos entendemos, dime, ¿has visto algo digno de mención?

Teia le presentó su informe. Kip era un gordinflón que tenía pocos amigos y se pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, al parecer enfrascado en la lectura de las reglas de algún tipo de juego. Había sido llamado en presencia del Rojo en varias ocasiones, y después siempre parecía preocupado. Pensaba que el Rojo quería destruirlo. El anciano había revocado el derecho de Kip de asistir a las clases prácticas para que el muchacho quedara como un inepto al regreso de Gavin. Teia le había visto trazar el verde y el azul. No dormía bien.

Todo eso estaba muy bien. Lady Crassos podría haber obtenido la misma información por otros métodos. Pero no era suficiente, y Teia lo sabía.

Sintiéndose como si estuviera a punto de vomitar, Teia le contó también a su ama que el comandante Puño de Hierro le había dicho que había dos aspirantes que no podía permitirse el lujo de dejar fuera de la Guardia Negra: Cruxer y Kip. Omitió mencionar su propio nombre.

Eso era evidentemente nuevo para Aglaia.

—Bien —dijo la mujer—. Muy bien. ¿Algo más?

—Me entreno con Kip, a medianoche, en una sala especial en los niveles inferiores de la Torre del Prisma. —Adrasteia se encogió de hombros—. El comandante quiere que mejore lo suficiente para ingresar en la Guardia Negra por méritos propios.

Cállate también todo lo que puedas acerca de Kip. No le hables de la daga que tiene escondida. Guarda en tu alma tanta información como te sea posible.

—No está mal —dijo Aglaia—. ¿Algo más?

Revélale todo lo demás. Eres una esclava, no una heroína.

—En el transcurso de uno de mis encargos especiales he visto que alguien usaba el paryl.

Las cejas de Aglaia se arquearon de golpe. Le pidió a Teia que le contara todos los detalles.

—Un asesinato —dijo—. Cierto es que ella nunca me cayó demasiado bien, pero que alguien quisiera... hum. Tendré que averiguar si ha muerto. Preocupante de todas formas, en cualquier caso. —No se molestó en especificar a quién se refería. Teia no estaba tan loca como para preguntárselo.

Aglaia apartó aquellos pensamientos de su mente y volvió a concentrarse en sus preocupaciones más inmediatas. Esbozó una sonrisa que parecía sincera.

—Estoy enormemente satisfecha contigo, chiquilla. Lo recordaré. Sé que soy muy estricta, pero si te portas bien, se te gratificará en consecuencia. Hoy, dos recompensas. La primera puedes elegirla tú.

Quizá fuese una prueba, una trampa. Los esclavos sabían que había ciertas recompensas que no debían nombrarse. Pedir demasiado te hacía parecer holgazán, ingrato o codicioso. Pero si tu amo estaba de buen humor, podría cambiar tu vida a su antojo... para bien.

—Anulad la deuda de mi padre —dijo Teia, sin pensárselo mucho.

—¿A cuánto asciende? —preguntó lady Crassos.

—Setecientos danares. —Las ganancias de dos años para un trabajador no cualificado. A su padre se le iban todos los ingresos en pagar los intereses.

—¿Setecientos danares? Es una suma considerable. ¿Cómo ha acumulado tantas deudas tu padre? ¿Le gusta apostar?

Teia hizo oídos sordos al tono condescendiente de su ama.

—Compró la libertad de mis hermanas. —Había sufrido un mazazo cuando, a su regreso de un viaje de negocios, descubrió que su esposa se había liado con otro hombre, había pedido prestado mucho dinero para sufragar una vida de lujo y había perdido todo aquello por lo que él había trabajado durante veinte años, incluida su casa, los muebles, las joyas y los alambiques. Por último, su mujer había vendido a sus tres hijas para pagar las deudas. Aunque solo una parte. Todo ello en su ausencia.

—Compró su libertad. Pero no la tuya.

—Cuesto demasiado. —Era por culpa de Teia. Su don para el trazo se había manifestado tras su venta. Si no hubiera trazado nunca, todo sería distinto. Su madre se había limitado a enfurecerse por haberla vendido demasiado barata.

Después de todo, Kallikrates ni siquiera había dejado a su esposa. Decía que se había vuelto loca. Decía que era culpa suya, por haberse casado con una mujer que era incapaz de soportar las prolongadas ausencias ligadas a la vida de un mercader.

—¿Sabes cuánto he pagado por este brazalete? —preguntó Aglaia, extendiendo una muñeca ceñida por un rutilante adefesio dorado.

—No, mi señora. —Estimar a la alta sería tan contraproducente como quedarse corta.

—Adivina. —Era una orden.

—¿Seis, siete mil danares? —aventuró Teia. No podía valer más de cinco mil. Su padre lo habría conseguido por cuatro.

Aglaia arqueó las cejas por un momento.

—Muy bien, florecita. Lo compré por cinco mil seiscientos, y para eso hube de regatear durante una eternidad. Creía que haría juego con uno de mis collares. Resulta que no. —Su expresión indicaba sin sombra de duda que aquella era la última vez que pensaba ponérselo.

Teia guardó silencio. Sabía que sería fútil albergar esperanzas.

—No —dijo Aglaia—, no, de ninguna manera. ¿Setecientos danares por una cajita de rapé, unas baratijas y unas migajas de información? Qué barbaridad. Pero lo tendré en cuenta. ¿Algo más...?

—Practicar el paryl —se apresuró a decir Teia. Si ingresaba en la Guardia Negra, el cuerpo probablemente correría con los gastos de un tutor particular para ella. De lo contrario, tendría que esperar hasta ser un espejeo, o al tercer año, cuando empezaba la formación más especializada en la Cromería. Demasiado tiempo.

—Ah —dijo Aglaia—. Eso podría salirme más caro que saldar todas las deudas de tu padre, a la larga. Pero... aumentaría tus opciones de entrar en la Guardia Negra, ¿verdad? Sería una inversión. —Se lo pensó durante unos instantes, mientras el corazón de Teia latía desbocado en su pecho—. Sí. Hecho. —Sonrió—. Excelente propuesta, por cierto. Demuestra que eres inteligente. Para ser una esclava. Quiero que sepas que estoy muy complacida; si este no fuese nuestro primer encuentro, me saltaría los azotes. Pero no puedo consentir que me tomes por una blandengue. Quítate la ropa hasta quedarte en combinación, niña. Me gusta conservar una capa de tela para que no queden marcas, pero tampoco existe ningún motivo para amortiguar los golpes más de lo estrictamente necesario. El ejercicio puede resultar agotador en una habitación tan pequeña y sofocante como esta.

Teia obedeció, y Aglaia Crassos le propinó una tunda meticulosa y atroz, desde las pantorrillas a los hombros, y luego, cuando Teia pensaba que ya había acabado, la atacó por delante, desde las clavículas a las espinillas.

A veces Teia fantaseaba con que sería capaz de soportar cualquier paliza sin derramar ni una lágrima, con que sería tan dura e implacable como el comandante Puño de Hierro o la capitana de la guardia Karris Roble Blanco. Pero lloró a moco tendido. El orgullo era una cualidad estúpida en una esclava. Además, el dolor era excesivo. Pese al desapasionamiento que había profesado antes, una vez Aglaia

Crassos entró en calor, sudando mientras azotaba a la muchacha, sus facciones se iluminaron con un lustre que no era fruto exclusivamente de la transpiración. Un fogonazo de placer relampagueó en sus ojos al completar el castigo descargando la fusta una última vez sobre los pechos de Teia.

Aglaia Crassos tocó la campanilla, y Gaeros asomó la cabeza por la puerta de inmediato. Teia se desplomó en el suelo, dolorida de los pies a la cabeza. Gaeros entró portando una bandeja con una copa de vino helado.

La aborrecible arpía la levantó y bebió con avidez.

—Gaeros, ayuda a vestirse a esta. —Se enjugó las gotitas de sudor que le perlaban el labio—. Y dile a mi esclavo de cámara que venga, al alto, Incaros. Creo que se me ha abierto el apetito.

—Os aguarda solícito en la habitación adyacente, ama.

—¡Ja, lo ves! ¡Anticipándose a mis necesidades! —Se giró y apoyó la fusta en la entrepierna de Gaeros—. Si fueses un poquito más apuesto, te gratificaría por esto. —Descargó un golpe, aparentemente juguetón, pero que impactó con fuerza.

Al hombre se le escapó un leve gruñido mientras se giraba de costado y se quedaba inmóvil durante un largo instante. Tenía los ojos anegados en lágrimas cuando volvió a abrirlos. Pero Aglaia ya se había olvidado de él. Se giró hacia Teia, cerniéndose sobre ella, y dijo con toda naturalidad:

—Recordarás esta lección, ¿verdad, Teia?

—S-sí, ama.

—Gaeros, averigua cuáles son sus platos preferidos. Los serviremos la próxima vez. Se ha portado bien. Muy bien. Teia, te azotaré de nuevo cuando volvamos a vernos. Los esclavos son duros de mollera por naturaleza y necesitan que se les recuerden estrictamente las lecciones más básicas. Pero después de eso, esto no se repetirá.

—Sí, ama.

—Y juras servirme con todo tu corazón, ¿verdad, niña?

—Sí, ama —respondió con fervor Teia. Su voz no denotaba el menor sarcasmo.

¿Que si era buena mentirosa?, le había preguntado Aglaia. Teia era una esclava. Por supuesto que era buena mentirosa.

—Ah, se me olvidaba. La segunda de tus recompensas. —Aglaia Crassos revolvió el fondo de un pequeño joyero—. Toma esto y llévalo puesto en todo momento, ¿entendido?

—Sí, ama. —Teia ignoraba por completo a qué se refería.

Lady Crassos le dio una bonita gargantilla de oro de la que colgaba una ampolla diminuta. Al ver el desconcierto reflejado en los ojos de Teia, lady Crassos se limitó a sonreír de oreja a oreja antes de irse.

Mientras Gaeros la ayudaba a vestirse, entre jadeos, gruñidos y rechinar de

dientes cada vez que la tela rozaba la piel inflamada de Teia, esta oyó los roncos gemidos del fornicio que tenía lugar en el cuarto adyacente, alaridos de pasión que parecían más bien de dolor. Cuando Teia estuvo lista, ya secas sus lágrimas, Gaeros le abrió con delicadeza el puño firmemente cerrado en torno a la gargantilla para recogerla y ceñírsela al cuello.

No sin esfuerzo, Teia abrió la mano y le entregó la ampolla. Una ampolla llena de aceite de oliva.

43

Kip sostuvo el libro abierto con un brazo mientras utilizaba la mano libre para frotarse la frente y los ojos. Había descubierto un truco para mantener la concentración. Estaba en pie delante de una ventana, y cerró el libro, dejando un dedo dentro para no perder el punto. Miró a derecha e izquierda. No había nadie a la vista. Dio la vuelta al libro, cuya cubierta era de un azul intenso, azul trazador.

El azul recorrió todo su cuerpo como una exhalación, empezando por sus ojos, y derribó todos los obstáculos de la lógica: la fatiga, la emoción, incluso el dolor tras pasar tantas horas encogido. Kip suspiró y dejó escapar el azul. Cogió otro libro, un tratado sobre la fauna del antiguo Ruthgar, cuando todavía se llamaba el Bosque Verde. Lo cierto es que se trataba de un libro muy interesante, pero en realidad lo había elegido también por su cubierta: rojo trazador. La popularidad de los colores primarios —no en el sentido artístico del término, sino en el sentido que le daban los trazadores, los colores más próximos a sus contrapartidas de luxina— era inagotable. Kip contempló la cubierta y trazó una pizca de rojo. Fue como un soplo que avivara los rescoldos de su pasión por aprender a jugar a las cartas. Dejó el libro. Cogió otro, naranja. Una fina hebra de ese color le permitió adquirir una consciencia más profunda de las relaciones entre los objetos inanimados. Sabía que no estaba trazando ninguno de estos colores a la perfección. Para que lo consideraran a uno trazador de un color en particular, primero debía ser capaz de trazar un bloque estable de la luxina correspondiente. Kip no podía hacer eso. Solo podía trazar el verde y el azul. La única vez que probó suerte con el subrojo había sido un fiasco. Había hecho el examen. Era bicromo.

Pero lo que entraba dentro de sus posibilidades era rematadamente práctico. Abrió el libro de nuevo y siguió leyendo.

Pensaba que había aprendido un montón acerca de los nueve reyes en el transcurso de las dos últimas semanas. Ahora se hacía una buena idea de las estrategias básicas; solo era un juego, después de todo. Había enciclopedias enteras repletas de información superflua: estrategias cuando uno se enfrenta a más de un adversario, variantes del juego en las que se usaban más o menos naipes, distintos tipos de apuestas, mazos comunes de los que robar las cartas. Nada de todo eso le parecía necesario.

Llegó un momento en que comprendió que conocía la estrategia básica, pero al estudiar los informes de partidas famosas se dio cuenta de que todavía ignoraba por

qué algunos jugadores se resistían a mostrar de inmediato sus mejores cartas; y así, con la vertiginosa sensación de haber trazado una llamarada sin proponérselo, la verdadera filosofía del juego se abrió ante sus ojos. Las fichas que antes había despreciado por intrascendentes, vestigios tal vez de las versiones más primitivas del juego, cobraron de pronto renovada importancia. Tácticas para reducir el mazo del contrincante. Teorías sobre cómo equilibrar determinados estilos de juego frente a mazos de colores determinados. Se convertía en un ejercicio de matemáticas en el que había que dominar montañas de cifras y controlar las probabilidades. Jugando contra un mazo en concreto en una situación determinada, tu adversario dispondría de una oportunidad entre veintisiete de contar con la carta idónea para detenerte. Si decidía mostrar entonces el Avellanador (y estaba jugando de forma lógica), podía deducirse que no contaba con ella.

Se acercó a la bibliotecaria con el enorme halo de pelo en la cabeza, Rea Siluz, y le devolvió el libro de estrategia básica que le había pedido que memorizara.

—Filosofía —dijo.

La mujer sonrió. Tenía los labios bonitos, carnosos.

—Qué rápido.

—¿Rápido? ¡Pero si he tardado semanas!

—El siguiente paso no debería llevarte tanto tiempo. —La bibliotecaria le tendió un volumen encuadernado con piel de cordero—. Ármate de paciencia con este. Es un poco soso.

Kip cogió el libro. La mujer había calificado el último de «interesante». Si aquel era interesante y este era soso... Pero todas sus reservas cayeron en el olvido en cuanto abrió el libro por una página al azar.

—¿Qué es esto? —preguntó.

La letra del libro era extraña, apretada, legible pero inusitadamente densa. E inusitadamente regular. Todas las letras se parecían entre sí, daba igual que estuvieran al comienzo de una palabra, en el medio o al final.

—Es un libro ilytiano. No debe de tener más de cinco años. —La mujer sonrió, genuinamente excitada—. Han descubierto la manera de copiar libros con una máquina. ¡Imagínatelo! Por lo visto es tremendamente difícil crear la primera copia, pero después de eso se pueden hacer cientos de ellas. ¡Cientos! ¡En cuestión de días! Los escribas ilytianos están en pie de guerra, pues temen que su oficio vaya a extinguirse, pero los orfebres y los relojeros están entusiasmados. Cuentan que ahora incluso los mercaderes tienen libros.

Qué curioso. Carecía de personalidad. Ninguna mano humana había inscrito esas líneas. Era una cosa sin vida, todo se veía igual. No existía ningún espacio añadido tras una frase complicada para que el lector dispusiera de tiempo para reflexionar acerca de las posibles implicaciones. En los márgenes no había sitio para notas ni

aclaraciones. Nadie había puesto ningún cuidado especial en resaltar las líneas o los párrafos memorables para que el lector fatigado no los pasara por alto. Allí solo había tinta desnuda, el sello insensible de algún tipo de rodillo mecánico. Incluso el olor era distinto.

—Creo que me voy a aburrir aún más deprisa —se lamentó Kip—. Un libro así parece tan... tedioso.

—Esto cambiará el mundo.

Pero no a mejor.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Por lo general, si consideras necesario ese tipo de preámbulos, la respuesta es que no, no deberías.

Kip se devanó los sesos en busca de la manera más diplomática de preguntarle si lo estaba espiando. Elevó la mirada al techo, pensativo.

—Hum, pues entonces... ¿Alguna vez salen de aquí las listas de los libros que leen los estudiantes?

—Si los bibliotecarios queremos conservar nuestro trabajo, sí, desde luego. Aunque a veces se nos olvida apuntar todos los títulos, u omitimos sin querer algún detalle.

—Ah. ¿Podrías omitir sin querer que estoy leyendo este libro?

—Quieres que alguien subestime tus habilidades, ¿eh?

—No sé si tal cosa es posible en estos momentos —dijo Kip—. Espero que mi destreza dé un salto dentro de poco y sorprenda a todo el mundo. Yo incluido.

—Si quieres dar un salto, tendrás que empezar a jugar.

Kip abrió las manos en actitud de impotencia.

—Te enseñaré —dijo la bibliotecaria—. Puedo quedarme un par de horas más cuando termine mi turno. Traeré mazos.

Y así, una semana después, Kip estaba esperando a que Rea viniera a jugar con él como hacía todos los días.

La mujer se acercó a Kip y le indicó por señas que la siguiera a una de las salas adyacentes.

—He descubierto cuál es tu problema —dijo.

—¿Que no soy lo bastante listo para este juego?

La bibliotecaria se rió. Tenía una risa bonita, y Kip se había encaprichado irremediablemente de ella. Por Orholam, ¿se podía ser más veleidoso? El caso es que allí las mujeres eran un coro de ángeles en comparación con las chicas de su tierra. Se preguntó si antes la situación habría sido injustamente desfavorable para él debido al historial de su madre... o si ahora era igual de injustamente favorable debido a la identidad de su padre. No podía saberlo, ni lo averiguaría nunca. Era el que era y nada podía cambiar ese hecho, nada podía decirle cómo serían las cosas si sus

progenitores fueran distintos, normales.

—Permíteme que lo dude, Kip. Todas las cartas tienen su propia historia.

—Oh, no.

—Cada uno de los naipes está basado en una persona real, o en una leyenda real, al menos. Pero muchas de las cartas que me has descrito son arcaicas, llevan años fuera de circulación. A veces reciben el nombre de «cartas negras» o «cartas heréticas». Las probabilidades del juego se han alterado por completo en ausencia de esos naipes. Hay algunos que no se pueden contrarrestar ahora con la misma facilidad que cuando todavía estaban en boga, por ejemplo. No puedes contarle a nadie que has estado jugando con esas cartas, Kip. Coquetear con la herejía es la mejor manera de conseguir que te visite algún representante del Ministerio de la Doctrina. Pero te diré una cosa: nunca podrás derrotar a alguien que juegue con cartas negras. Los fundamentos siguen siendo los mismos, pero los libros de estrategia más exhaustivos de los doscientos últimos años se han escrito en torno al vacío provocado por la retirada de esos naipes.

—¿No hay ningún libro que contenga esas cartas?

Rea titubeó.

—No... aquí no.

—¿«Aquí, aquí» o «aquí en la Cromería»?

—La Cromería valora tanto el conocimiento que ni siquiera se han destruido los sobrecogedores textos que describen los rituales empleados por los anatianos cuando arrojaban bebés a las llamas. De hecho, cuando los estragos del tiempo aconsejan copiarlos o dejar que se reduzcan a un montón de polvo, todavía elegimos la primera opción. Aunque para ello empleamos equipos de veinte escribas que se van turnando. Cada uno de los escribas copia una sola palabra antes de pasar al siguiente volumen, y así sucesivamente, para conservar los conocimientos sin que estos puedan corromper a nadie. No todo lo que termina en las bibliotecas arcanas es igual de malévolo, la colección se compone en su mayoría de simples tratados políticos, pero solo las personas de más confianza tienen permiso para traspasar las rejas.

—¿Por ejemplo?

—La bibliotecaria principal y sus asistentes personales, naturalmente. El maestro escriba y su equipo. Algunos luxiats a los que la Blanca ha concedido una dispensa especial. Aquellos trazadores de pleno derecho que soliciten permiso para documentarse sobre un tema en concreto a veces reciben algún título específico o entran acompañados. Guardias negros, y los Colores. A veces estos conceden permiso a su vez a ciertos trazadores, pero esos casos habrá de aprobarlos la bibliotecaria principal, que responde directamente ante la Blanca.

—¿Guardias negros?

—Son los que más posibilidades tienen de enfrentarse a la magia prohibida

mientras cumplen con su deber de proteger al Prisma y a la Blanca. Además, extraoficialmente, también son los que necesitan saber qué antiguas rencillas continúan estando vigentes, para preparar sus defensas contra las personas adecuadas.

Un destello de luz en la oscuridad. La solución para que Kip pudiera matar quince pájaros de un tiro: aprender a jugar, desenterrar los trapos sucios de Klytos Azul y averiguar si su madre había fumado demasiada cencellada o si sus acusaciones contra Gavin estaban fundadas. Lo único que tenía que hacer era lo que ya había decidido que haría de todas maneras: ingresar en la Guardia Negra. Chupado. Ja.

—El permiso de acceso de los guardias negros no incluirá a los cadetes, por casualidad.

—No —respondió Rea, con una risita—. Buen intento.

El problema más acuciante, sin embargo, eran las partidas de cartas con su abuelo. Y Kip sabía que probablemente no debería compartir absolutamente nada con Rea Siluz, a pesar de que la bibliotecaria era tan guapa y atenta que el muchacho se sentía tentado de desoír su propio consejo.

—Así que he estado perdiendo el tiempo —dijo Kip.

—Todavía puedes ganar, pero no lo harás siempre, por muy bien que juegues. Las probabilidades por las que te guiarías serían erróneas. —Rea se encogió de hombros.

—No puedo descubrir las verdaderas probabilidades jugando porque nadie juega con las cartas heréticas que Andross Guile tiene en su mazo, pero tampoco puedo estudiar las verdaderas probabilidades porque no tengo permiso para acceder a esa parte de la biblioteca.

—Más o menos. —Parecía que la mujer quisiera añadir algo, no obstante.

—¿Sí? —la animó Kip.

—Conozco a alguien que podría ayudarte, una tal Borig.

—¿Borig? —Debía de ser el nombre de mujer más feo que Kip hubiera oído en su vida.

—Es una artista. Un poquito excéntrica. Sé respetuoso con ella. Los espías que te vigilan están acostumbrados a que tú y yo nos pasemos las dos últimas horas del día jugando en esta sala. Si sales por la parte de atrás y sigues las escaleras hasta la planta de abajo, podrás escaquearte sin que se enteren. Es crucial, Kip, tanto por su bien como por el tuyo, que nadie te siga ni os escuche a hurtadillas. El Ministerio de la Doctrina se ha vuelto más académico que nunca, pero con las recientes revueltas, hablan de designar unos cuantos lúxores. No te conviene enemistarte con unas personas que se guían por el miedo. Ahora no.

—¿Lúxores?

—Luces con órdenes de adentrarse en las tinieblas. Con permiso para llevar la luz a todos los rincones del mundo, sin reparar en medios. Se produjeron algunos... abusos. La Blanca no respaldaría su nombramiento, pero Orea Pullawr no es ninguna

mozuela, Kip.

Sus palabras hicieron que a Kip se le revolviera el estómago. Las capas de intriga se superponían unas sobre otras, sin fin, acechando en todas partes bajo la superficie. Y cualquiera de ellas podría devorarlo.

—¿Dónde está? —preguntó.

Rea le indicó el camino, y el muchacho partió de inmediato. Bajó de la torre, cruzó el puente y se internó en el Gran Jaspe. Caminaba por una callejuela estrecha cuando cayó en la cuenta de que escabullirse furtivamente podría ser peligroso. Tal vez se tratara de una encerrona. ¿Cómo se podía ser tan imbécil? Ya habían intentado asesinarlo una vez. Ignoraba a quién profesaba lealtad Rea Siluz, quien le había proporcionado tanto el problema (la existencia de las cartas negras) como la solución (visitar a alguien que quizá ni siquiera existiese, en un lugar que era de todo menos seguro).

Debería irse a casa de inmediato. Debería dejar de jugar con Rea Siluz, y debería... ¿Qué? ¿Esperar a ingresar en la Guardia Negra? ¿Desoír los llamamientos de su abuelo? Eso no daría resultado. El anciano no toleraría que Kip le hiciera semejante desaire. Kip no sabía cuál sería exactamente la reacción de Andross Guile, pero sí sabía que no iba a gustarle. Ni un pelo.

Ojalá regresara de una vez Gavin. Su padre lo protegería. Aunque Kip tuviera entendido que Gavin temía a Andross Guile —que todo el mundo temía a Andross Guile—, presentía que la aparición del Prisma resolvería todos sus problemas de un plumazo. Kip podría volver a ser un niño de nuevo.

Un niño con la misión de exterminar al Azul.

Orholam misericordioso. Kip no podía contar con nadie. Debía hacer lo que estuviera en su mano. Debía seguir adelante.

Anochecía. Las estrellas de aquel distrito concentraban su luz en otra parte. Allí, los edificios estaban apiñados, las sombras eran alargadas. Miró por encima del hombro.

Cómo no. Un individuo fornido y desaliñado acechaba en la boca del callejón. El hombre desenvainó el cuchillo que colgaba de su cinturón. Era tan grande como un demonio marino.

Kip echó a correr.

El pozo lumínico más cercano estaba a tan solo veinte pasos de distancia. Kip resbaló al detenerse de golpe. Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó las gafas mientras el gigantón emprendía la persecución. Se las puso.

El desconocido frenó en seco. Levantó las manos.

—No os había reconocido, trazador, señor. Corría porque, esto, me esperan en casa. No se ofenda.

Kip ni siquiera había empezado a trazar. A decir verdad, lo más probable era que

no le hubiese dado tiempo a trazar nada antes de que el hombre lo asesinara.

Pero eso el desconocido no lo sabía. Retrocedió caminando de espaldas, como haría ante una fiera salvaje, y se alejó corriendo.

Un simple matón. Un ladrón, nada más. Nada personal. Ninguna conspiración. Ningún intento de asesinato.

Y Kip ni siquiera se había acordado de las técnicas marciales que con tanto esfuerzo le habían inculcado Puño de Hierro y el instructor Fisk. Se miró las manos. Tenía los nudillos magullados, cubiertos de moratones los puños debido al entrenamiento constante, y a Kip sencillamente... se le había olvidado todo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiese presentar batalla.

Volvió a guardarse las gafas en el bolsillo y vio que había un cartel en la puerta que se alzaba ante él: Janus Borig, demiurgo.

Llamó con los nudillos y juraría haber visto cómo unas figuras vestidas de negro, a varias plantas de altura a ambos lados del callejón, surgían de la nada y desaparecían con la misma celeridad. Sintió el peso de las miradas ocultas posadas en él.

Gallina, Kip. Eres un gallina.

Abrió la puerta una anciana. Estaba prácticamente calva, y fumaba en una pipa de tallo muy largo. Nariz ganchuda, dientes escasos, manchas de vitíligo diseminadas entre sus pecas descoloridas. Tenía restos de pintura en el vestido. Su aspecto se correspondía con el de una pordiosera, pero de su cuello colgaba una gruesa cadena de oro que debía de pesar al menos un séptuplo. Era fea y arrugada como un recién nacido, pero visiblemente enérgica, y sus facciones irradiaban tanta calidez que Kip se descubrió sonriendo casi de inmediato.

—Bueno. Conque tú eres el bastardo —dijo la mujer—. Rea me avisó de que vendrías. Adelante.

44

Lo primero que le llamó la atención del hogar de Janus Borig era que entre sus cuatro paredes se condensaba el mayor desorden que Kip hubiera visto en su vida. Un desorden que se había afilado las uñas en todos los muebles, que había mudado la piel en todos los rincones. El suelo se perdía de vista bajo pilas de ropa como bolsas de pelo regurgitadas, y los libros se alzaban en columnas como árboles para que el caos marcara su territorio. El desorden no parecía sentir mucho aprecio por las convenciones sociales, pues los viejos huesos de pollo roídos compartían el espacio con ristras de perlas y piedras preciosas, o cuentas de colores lo suficientemente bien talladas como para pasar por piedras preciosas a ojos de Kip.

Lo segundo que le llamó la atención fueron las armas de fuego. A Janus Borig le gustaban las armas de fuego. Había una conectada a la puerta, apuntando a la mirilla, por si Janus decidía matar a sus visitantes en vez de darles la bienvenida. Pero había más esparcidas por todas partes, como si el desorden se hubiera ensañado con ellas y las hubiese lanzado en todas direcciones. Pistolas, modernos mosquetes de mecha, culebrinas, arcabuces... allí donde uno posara la mirada, encontraba un nuevo instrumento diseñado para matar a alguien.

—No toques nada —dijo Janus.

Lo cual era imposible, gracias.

—La mitad de las cosas que hay aquí dentro te matarán como las roces como no debes.

Ah. Estupendo.

La mujer giró sobre los talones y dejó algo encima de una balda. Se trataba de un revólver diminuto. Pegó una calada a la larga pipa, contorsionó los labios en un remedo de sonrisa y exhaló el humo simultáneamente por las dos comisuras de los labios.

—Prométeme una cosa, hijo bastardo del mayor Prisma de todos los tiempos.

Le dio la vuelta a la pipa y sacudió la ceniza en un montoncito que ya debía de llevar bastante tiempo allí. Cogió otra pistola, la amartilló y usó el percutor para raspar el interior de la cazoleta. Con cada sacudida, la pistola amartillada —y cargada, por lo que Kip suponía— pasaba de apuntar a la frente de Kip a apuntarle a la entrepierna.

Kip estaba rodeado de montañas de objetos; no podía moverse sin tocar nada.

—Hum, ¿sí?

—Prométeme que no vas a matarme ni a denunciarme a quienes podrían hacerlo.

—Prometido —dijo Kip.

La mujer chasqueó los labios con un chirrido y escupió. Soltó la pistola, cogió un pellizco de tabaco de otro montoncito que tenía cerca y volvió a cargar la pipa, sin dejar de observar atentamente al muchacho. Kip juraría que había una pila de pólvora justo al lado de la de tabaco. La mujer agarró la mecha de una de las culebrinas y la acercó a la llama de una lámpara; utilizó la mecha para encender la pipa.

—Júralo —dijo, detrás de un velo de humo.

—Lo juro.

—Otra vez.

—¡Lo juro!

—Me has dado tu palabra. Acompáñame.

Kip avanzó esquivando una montaña de objetos que le llegaba a las rodillas. Aquella mujer estaba mal de la cabeza.

La siguió a la planta de arriba. Allí tenía su taller, por lo visto. La diferencia entre las dos habitaciones era espectacular. El caos no ponía sus mugrientas zarpas más allá de la escalera. Ahí no había ningún desorden, ni rastro. Hasta la última superficie estaba inmaculada, todo estaba acabado en mármol blanco con vetas rojas. Lentes de orfebre, martillos y cinceles colgaban junto a diminutos pinceles, lámparas especiales, paletas de colores y pequeños botes de pintura. Había una mesa de pizarra equipada con trozos de tiza y una colección de ábacos, de todos los tamaños. Frente a ella se levantaba un caballete con un lienzo en blanco y una lupa.

Los naipes terminados ocupaban una pared entera. Había tantos que la ocultaban por completo. La pared era tan grande y estaba tan llena —desde el suelo hasta el techo— que si Kip no se hubiera pasado las últimas semanas en la biblioteca, memorizando todo lo posible acerca de aquellas cartas, ni siquiera sospecharía que hasta la última de ellas valía una fortuna. Eran originales.

Y había demasiadas. A Kip se le cortó la respiración.

—Las cartas negras. La baraja herética —dijo Janus. Se sentó en el pequeño taburete que había delante del caballete—. Las conoces.

—He oído apenas un rumor —dijo Kip—. Yo... no, en realidad no.

—¿Qué colores has trazado, Kip Guile?

Kip notó un escalofrío. Se sintió desplazado, mareado.

—Ese no es mi nombre —dijo, envarado.

—No puede ser ningún otro, Kip. He visto tus ojos. Te consideras muy listo, pero la verdad es...

—Vale, ya, todo el mundo me dice...

—... que eres mucho más listo de lo que te imaginas.

Lo cual lo dejó embobado. Irónicamente.

—Eres un Guile hasta la médula, jovencito. Aunque no seas un hijo legítimo, un bastardo puede llegar muy lejos en este mundo. Los Guile están malditos, ¿lo sabías? Hay pocos niños en la familia, es así desde hace generaciones. Las luces más intensas se consumen demasiado pronto. O eso dicen, al menos. Y ahora, ¿qué colores has trazado?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque voy a hacerte una carta.

Hablaba en otro idioma, solo decía bobadas. Kip se golpeó la frente con los nudillos.

—Tengo un don —dijo Janus Borig—. Un don de lo más curioso. Infrecuente. También poseo un montón de dones bastante comunes, claro está, aunque no comunes por completo, y al menos uno tan raro como el de un Prisma.

—Supongo que me vas a decir de qué se trata. —Alguien está contándote algo interesante, ¿y no puedes cerrar esa enorme bocaza ni por un momento?

Pero la mujer se echó a reír.

—El verde, por supuesto. Pero también el azul. ¿Qué más? No eres un simple bicromo, de eso estoy segura.

Conque quieres jugar.

—Sabes pintar —dijo Kip—. Tienes mucho talento, y también haces joyas. Puedes tallar una piedra preciosa y reducir su tamaño hasta que quepa en una de tus cartas.

La mujer se rió por lo bajo. Fumó.

—El caso es que este juego es mucho más fácil para mí. Solo me quedan nueve colores entre los que adivinar, y lo más probable es que sepas trazar más de uno de ellos. Tú, en cambio, debes adivinar entre todas las habilidades inusitadas del mundo.

¿Nueve colores? ¿Cuántos se creía que eran, once? Pero ¿qué diablos le estaba contando?

—Me tomas el pelo —dijo Kip.

—Puede que algún día nos conozcamos lo suficiente como para que puedas saber si eso es cierto —replicó la mujer—. ¿Fumas?

¿Eh?

—Subrojo —dijo Kip, pensando que la mujer intentaba averiguar lo que podía trazar.

Borig bajó la pipa. Ah, que le estaba preguntando de verdad si fumaba. Pero antes de que pudiera decir nada, la mujer inquirió:

—¿Has trazado el subrojo, o con fuego?

—Es lo mismo.

—Responde a la pregunta.

—Con fuego.

—¿Sabes?, un plan puede resultar útil aunque esté equivocado. ¿Ves el subrojo?

—Sí —dijo Kip. De repente, ya no sabía muy bien por qué había venido. ¿Curiosidad? Quizá no fuese la razón más indicada.

—¿Puedes ver el supervioleta?

Kip asintió a regañadientes. Ni siquiera estaba seguro de por qué se resistía a proporcionarle la información.

—¿Quieres ser Prisma, Kip?

Era como si tuviera un don para plantearle aquellas preguntas que él no se atrevía a hacerse a sí mismo.

—Probablemente a todo el mundo se le pasa por la cabeza alguna vez.

—No sabes si lo quieres o no. En parte sí, pero no crees que pudieras estar a la altura de tu padre.

—Desvaríos —dijo Kip. Tragó saliva con dificultad.

—No, qué va. Sé cómo son los desvaríos. Lo sé muy bien. Soy una Creadora. No somos meros artistas, sino los custodios de la historia. Las cartas tienen historia. Todas ellas cuentan una verdad, un relato. Las cartas negras revelan la historia que ha sido suprimida porque amenaza... —Se quedó mirando al techo, contemplativa, buscando la palabra adecuada. Desistió de su empeño—. Bueno, porque amenaza. Tómatelo como quieras.

Continuó fumando, absorta en sus pensamientos.

—Lo que voy a contarte es una herejía. No lo repitas, si valoras tu vida. Herejía, pero verdad. Toma estas palabras y entiérralas como si de un tesoro se tratara. Hay siete grandes dones, Kip. Algunos son corrientes. Otros solo los recibe una persona por generación, o por siglo. La luz es la verdad, y todos los dones están conectados a estos cimientos. A la luz, a la verdad, a la realidad. Ser un trazador, alguien que trabaja con la luz, es un gran don, pero relativamente común. Ser un Prisma es otro. Ser un Vidente, alguien que ve la esencia de las cosas, es mucho más raro. Mi don también lo es: soy un Espejo. Mi don consiste en que no puedo pintar ninguna mentira. Mi don me dice que tu padre tiene dos secretos. Y tú, Kip, no eres uno de ellos.

45

—Bueno, ¿cuál es tu auténtico nombre? —le preguntó Gavin al Tercer Ojo mientras se situaba junto a ella en la playa. La mujer se había pasado la noche en vela en el extremo sur de la isla de los Videntes, y el sol crepuscular la bañaba de oro—. O era. ¿Dónde está tu pueblo?

El Tercer Ojo se cubría con un abrigo de algodón amarillo que le confería un aspecto meramente mortal, aunque su figura seguía siendo exuberante y radiante. No había mandado llamar a Gavin hasta entrado el atardecer. Su cómplice, o criada, o amiga, Caelia, le había dicho a Gavin que ver el futuro llevaba su tiempo.

—Ay, no, tú no —dijo el Tercer Ojo—. Seguro que también eres de los que acusan a las mujeres de ser unas caprichosas.

—¿Eh?

—Anoche me pediste que no te tentara, que fuera más recatada, y lo primero que haces hoy es intentar aumentar nuestra familiaridad. Ah-ah, lord Prisma. Romper corazones quizá satisfaga tu vanidad. Pero el mío no.

¿Vanidad? Eso era un poco ofensivo, un poco seco, un poco... exacto. Abrió la boca, pero descubrió que no tenía nada que decir.

—Lo siento —dijo el Tercer Ojo—. Las secuelas de la Visión son... pierdo el control. Me cuesta callarme lo que pienso. Perdona. —Abrió un abanico con un gesto brusco y comenzó a darse aire—. Me temo que estoy un poco sofocada, además. Mi piel no tolera el sol.

Lo cierto era que tenía toda la pinta de estar sufriendo una insolación.

—¿La Visión requiere luz, me dijiste?

El Tercer Ojo asintió con la cabeza, pero no parecía interesada en explicar los pormenores de su don.

—¿Y la has encontrado? —preguntó Gavin, al cabo.

—Muchas veces, y de muchas maneras. Está en el mar.

—¿Disculpa?

—La perdición flota en algún lugar del mar Cerúleo.

—Eso es... —¿Algo que no sirve para nada? ¿Información irrelevante?—. Un área muy grande —aventuró Gavin. La mujer había dicho tres horas hacia el este y dos horas y media hacia el norte, lo cual sería en alta mar partiendo de allí, pero de alguna manera sospechaba que no iba a resultar tan sencillo.

—Me consta. Tampoco es fácil precisar marcas del terreno o temporales que

puedan indicarte dónde encontrarlo en el mar. Está surcando las olas.

Gavin levantó las manos de golpe.

—¿Adónde va? ¿De dónde viene?

—Lo siento. Creo que puedo decirte que se dirige hacia el centro. ¿Un centro? El centro... no estoy segura. —El Tercer Ojo adoptó una expresión compungida.

—¿El centro del mar? ¿Como el arrecife de la Bruma Blanca? ¿O te refieres al centro como si estuviera hundiéndose?

—Las perdiciones flotan, la mayoría de las veces.

«Veces», en plural.

—Eso no me sirve de nada.

—Te servirá de algo.

Si la perdición flotaba en dirección al arrecife de la Bruma Blanca, invirtiendo los cálculos, estaría en algún lugar al sur de la ciudad ilytiana de Smussato, siguiendo tal vez una trayectoria perpendicular a la frontera entre Paria y Tyrea. Si Gavin conociera su destino, si supiera que iba a continuar viajando en línea recta, y si estuviera seguro de cuál sería su paradero en un momento determinado, dispondría al menos de alguna pista para comenzar la búsqueda.

—¿Quieres decir que voy a encontrarla? —preguntó Gavin, con esperanzas renovadas.

—Sí.

No daba crédito a sus oídos. Debía de haber algún truco. Necesitaría un mapa y un ábaco, pero así y todo, se le antojaba demasiado fácil.

—¿Cuánto voy a tardar?

—Si te lo dijera, pospondrías la búsqueda hasta el momento señalado.

—No, de ninguna... Sí, por supuesto, llevas toda la razón.

La mujer exhaló un suspiro.

—¿La encontraré a tiempo?

—Ni siquiera yo sé a qué te refieres con eso.

—No me hagas esto.

—Por favor, no me culpes de algo con lo que no tengo nada que ver.

Gavin se pasó la lengua por los labios. Tenía razón. Por supuesto que la tenía: podía verlo todo. Aun así, resultaba irritante.

—¿Qué puedes decirme? —preguntó.

—Que te quedarás aquí una temporada, y que el Príncipe de los Colores también está buscándola, y que será mejor que impidas que su plan llegue a buen puerto. Está creciendo, lord Prisma, y cuanto más crezca, más azules se sentirán atraídos por ella. Engendros azules, sobre todo.

—¿Por qué, qué sucede? Solo sé que las perdiciones estaban relacionadas con los templos de los antiguos dioses.

—Ya lo averiguarás. Debería contarte algo más.

—¡Deberías contarme por lo menos mil cosas más!

—Si Karris va contigo cuando te enfrentes a ella, tendrás muchas más probabilidades de éxito.

—Eso podría haberlo deducido yo solito. Es una mujer muy práctica.

—Y si te acompaña, es casi seguro que morirá.

—Tenía que haber alguna pega, ¿verdad?

—No intento ponerte la zancadilla. Tan solo trato de concederte alguna oportunidad.

Gavin descartó la idea con un encogimiento de hombros.

—¿«Casi seguro» en plan noventa y nueve veces de cada cien, o en plan dos veces de cada tres?

—Cuando la veo contigo, la veo morir de docenas de formas distintas. No es una experiencia agradable. Sobre todo porque sé que, si sobrevive, probablemente lleguemos a ser amigas algún día. Siempre y cuando no te acuestes con... ¿Sabes qué? Ya he hablado más de la cuenta.

—Llamaste a Karris «la Esposa» —dijo Gavin—. Pero después te retractaste. ¿A qué te referías?

—Sabiendo que si te lo digo, cambiará todo... ¿realmente quieres saberlo?

Gavin frunció el ceño.

—Bueno, pues sí.

—Lástima. No pienso decírtelo.

—Menuda adivina —se lamentó Gavin.

—No soy adivina. Soy una Vidente. Veo cosas. A veces, digo lo que veo. Satisfacer tus deseos es la menor de mis preocupaciones.

Hablaba en serio. Gavin notó cómo aumentaba la distancia entre ellos. Sin duda era la única manera que tenía la mujer de conservar su humanidad y convivir con su don.

—A Karris no le gusta quedarse atrás cuando corro peligro.

—Me has deparado cincuenta mil problemas distintos, lord Prisma. Ese, sin embargo, no es uno de ellos.

Bien dicho, y completamente justo. Gavin tomó aliento, disponiéndose a contraatacar, pero se lo pensó mejor.

—Mi señora, vuestro ingenio es tan afilado como radiante vuestra hermosura. Puesto que a la vista está que la luz os ha bendecido con su presencia, lo mínimo que puedo hacer yo es concederos la bendición de mi ausencia. Que tenga buen día.

Gavin hizo una reverencia y se fue. Apenas si se había alejado unos pasos cuando le pareció oír que el Tercer Ojo murmuraba algo. Miró atrás por encima del hombro y juraría que la había pillado mirándole el...

La mujer frunció los labios, consternada durante unos instantes.

—Puedo prever el fin del mundo, pero no soy capaz de predecir cuándo va a descubrirme un hombre admirando su firme trasero.

Gavin no tuvo más remedio que reanudar su camino con toda la dignidad que fue capaz de reunir, extrañamente consciente a cada paso del vaivén de sus nalgas.

46

El Príncipe de los Colores quería abandonar Garriston al cabo de seis semanas. Al final habían sido ocho. Aunque Liv se pasaba la mitad de las horas que estaba despierta en compañía del Príncipe de los Colores, sabía que bajo sus ojos discurrían insospechadas corrientes ocultas. Para una supervioleta como ella, acostumbrada a ver lo que los demás no podían, la sensación era enervante.

Un día, uno de los generales había amanecido ahorcado de la verja levadiza del Palacio de Travertino. No fue hasta mucho después que Liv descubrió que el hombre era uno de los que había abogado por permanecer allí, conformándose con recuperar Tyrea y establecerse en sus nuevos territorios.

El Príncipe de los Colores había inaugurado el consejo aquel día diciendo: «Mientras haya opresión en alguna parte, no habrá libertad en ninguna».

Liv oyó su declaración repetida una docena de veces a lo largo de toda esa jornada, y de toda la siguiente, mientras desfilaban. El Príncipe de los Colores se pasó semanas sin tener tiempo para ella, ocupado constantemente con los comandantes de su ejército. Liv se quedaba al margen, tanto en sentido literal como figurado. Cabalgaba cerca de la cabeza de la comitiva, pero aislada de los comandantes y los consejeros. No estaba segura de cuál era su lugar, y todos los demás parecían compartir sus dudas.

Los hombres y las mujeres que acompañaban al príncipe desde que este saliera de Kelfing no confiaban en ella. Era la hija de un general enemigo. Otra vez. Cómo la enfurecía eso. Al cambiar de bando, su padre había conseguido que la repudiaran quienes se oponían a los que llevaban repudiándola desde siempre.

Tras dos semanas de marcha, el Príncipe de los Colores la llamó una noche a su tienda, ostentosamente pequeña y sencilla. Un hombre del pueblo. Liv se preguntó cómo era posible que esos trucos tan transparentes dieran resultado. Pero el caso es que así era.

—Bueno, Aliviana, ¿has averiguado ya cuál es tu propósito?

—Disponéis tal vez de media docena de supervioletas en todo vuestro ejército. Es posible que yo sea la mejor de todos. Sé que buscáis más, y que estáis investigando la manera de identificarlos. Vuestros métodos son rudimentarios en comparación con los de la Cromería. El nivel general de las habilidades de vuestros trazadores es deplorable, y esperáis que los candidatos que os presente puedan ser valiosos. Eso último es una especulación, pero bien fundamentada, creo. De modo que deduzco que

queréis que entrene a vuestros supervioletas.

En la Cromería, los magísteres alertaban constantemente a sus discípulos del peligro de confiar demasiado en la luxina para moldear sus pensamientos o sus emociones. Aquí se fomentaba esa práctica, aunque Liv aún no estaba segura de cuál era el enfoque más adecuado. Si al trazar consumías tu vida, como sostenía la Cromería, tenía sentido enseñar a los jóvenes trazadores a no emplear sus habilidades sin necesidad. Pero Liv nunca había tenido muy claro que la prohibición fuese exclusivamente utilitarista. Se trataba más bien de vetos morales, como si la luxina fuese igual que el vino y quienes abusaran de ella se volvieran mortalmente débiles.

En tal caso, ella también era débil. Pero el supervioleta le proporcionaba claridad y la aislaba de la sensación de ineptitud, de soledad, que la atenazaba. Lo usaba junto con el amarillo para separar los distintos componentes de los problemas, para analizarlos desde nuevos puntos de vista y llegar hasta el fondo de ellos, todo el tiempo.

El príncipe se sirvió un poco de brandy, levantó un dedo, vio cómo adquiría un tono rojizo y lo acercó a su cigarro.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí?

—Erais Koios Roble Blanco —dijo Liv. El supuestamente difunto hermano de Karris Roble Blanco.

—¿En pasado? —murmuró con voz lúgubre el Príncipe de los Colores, aspirando la fragancia del brandy.

Liv no tenía ninguna respuesta.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Preguntando por ahí —reconoció la muchacha. No hacía falta ser ningún genio para deducirlo.

—¿Y qué te sugiere esta revelación?

—No tanto como esperaba.

El príncipe engulló el resto del brandy de un solo trago.

—Acompáñame.

Cruzaron el campamento a la suave luz de la luna amortajada y un millar de fogatas. En cuanto salieron de la tienda, dos trazadores y otros tantos soldados uniformados de blanco comenzaron a seguirlos.

—¿La Guardia Blanca? —aventuró Liv. Olía a desesperación por llamar la atención, por mofarse del Prisma.

—¿No hay acaso espejos en la naturaleza? —repuso el príncipe, como si le hubiera leído el pensamiento—. He sufrido cuatro intentos de asesinato. Uno de ellos a manos de uno de mis antiguos generales. Tres más, obra de desconocidos. La luz no se puede encadenar, pero la Cromería aspira a apagarla.

El campamento, pese a contener a miles de personas, estaba mejor organizado

que cuando llegó a Garriston. Cuestión de práctica, supuso Liv. Muy pocos se percataron de que su líder caminaba entre ellos, y los demás parecían no saber muy bien cómo reaccionar. Algunos hacían reverencias. Otros se postraban de rodillas. Los había que optaban por un saludo de corte marcial.

—Los azules quieren que normalice la manera de dirigirse a mí —dijo el príncipe, mordiendo el cigarro—. Pero me resisto a imponer más orden del que sea estrictamente necesario. Dirigir un ejército requiere demasiada disciplina, para mi gusto, pero cuando hayamos reducido a escombros la obra de la Cromería, ese tipo de necesidades cambiarán. La luz nos hará libre a todos.

Se detuvieron frente a un patíbulo, en el extremo occidental del campamento, del que colgaban cuatro figuras. A la tenue luz de las antorchas, Liv no podía verles la cara, pero reparó en la inusitada longitud de sus cuellos. El príncipe levantó una mano, y un rayo de luz amarilla iluminó los cadáveres. Los cuatro hombres tenían la barbilla cubierta de sangre seca y las facciones hinchadas. Las aves se habían alimentado con ellos.

Liv no sabía gran cosa acerca del proceso de descomposición de los cuerpos, pero sí lo suficiente como para deducir que esos hombres llevaban más de un día muertos. De modo que no podían ser criminales; el ejército no hacía tanto que acampaba allí.

—Son nuestros zelotes. Mártires, ahora. Son los hombres que envié a Atash para extender la noticia, para allanarnos el terreno. No portaban armas. Solo debían hablar, convencer. Les arrancaron la lengua y los torturaron antes de ahorcarlos. Los atashianos ni siquiera esperaron a que cruzaran la frontera. ¿Invadir nuestro territorio para asesinar a unos inocentes desarmados? Esto es una declaración de guerra y el comienzo de las hostilidades. En Atash han sembrado vientos. Cosecharán tempestades.

—Cuentas muchas mentiras, ¿no? —dijo Liv. Tragó saliva con dificultad. El supervioleta le permitía comprender las estructuras, pero no obedecerlas, necesariamente.

Los guardias del príncipe se crisparon. Liv notó cómo todas las miradas convergían en ella, cargadas de odio. Pero el príncipe se limitó a observarla con curiosidad.

—A veces olvido quién eres —dijo. Su voz se tornó glacial—. Pero creo que a ti te ocurre lo mismo.

Liv volvió a tragar saliva.

—No niego que ya me propusiera liberar a Atash, pero ellos han derramado la primera sangre. Sangre inocente. Y permite que te diga una cosa, Aliviana Danavis. Va siendo hora de que dejes atrás las ilusiones de tu niñez. Al servicio de la verdad, la mentira es una virtud. ¿Sabes por qué hace siglos que los piratas ilytianos asolan el mar Cerúleo?

—Porque allí tienen puertos seguros, mientras que la costa ilytiana es traicionera para quienes desconozcan...

—No. Porque a la gente se le da muy mal calcular sus propios intereses a largo plazo. Los sátrapas odian a los piratas. Los comerciantes los detestan. Las familias cuyos padres se ven obligados a enrolarse en sus filas aborrecen de ellos. Pero si bien los piratas han sufrido unos cuantos reveses, y soy el primero en reconocer que esta es una de las pocas cosas buenas que ha conseguido el llamado Prisma, siempre vuelven a la carga. ¿Por qué? Porque a los sátrapas les resulta mucho más fácil sobornarlos que exterminarlos. En estos momentos hay cuatro señores piratas en Ilyta, y cada uno de ellos ha firmado su propio contrato con la satrapesa aborneana, comprometiéndose a no abordar ningún navío en el que ondee la bandera de Abornea. ¿Sabes qué ocurre con el dinero que envía la satrapesa a esos piratas?

Liv hizo una mueca.

—Que engorda sus arcas.

—Se destina a financiar la piratería y el sueño de todos los piratas, convertirse en señor pirata a su vez. Los sátrapas han estudiado el problema y están desesperados. De vez en cuando persiguen a algún señor pirata que haya incumplido un acuerdo, y a veces incluso consiguen ahorcar a un puñado de hombres. Pero el problema persiste. Nadie está dispuesto a arriesgar su dinero para ayudar a los demás, por lo que cuando son sus barcos los que terminan saqueados y hundidos, tampoco los demás están dispuestos a echarle una mano. Entonces ¿no crees que a las Siete Satrapías les iría mejor si aunaran sus fuerzas, para variar, y atajaran el problema de una vez por todas? Y no solo ahora, sino durante los próximos cien años.

—Si es que se puede atajar el problema. ¿Realmente creéis que podréis conseguir lo que no han podido ni los sátrapas ni los Prismas?

—Sin la menor duda. Es cuestión de fuerza de voluntad, nada más, y dispongo de ella en cantidades ilimitadas.

Su atrevimiento era pasmoso.

—Eso no es nada, Liv —continuó el príncipe—. La esclavitud. La naturaleza no nos hizo esclavos, y nadie debería. Eres tyreana, tu tierra no se ha corrompido tanto como otras, pero la esclavitud es una maldición. Acabaré con ella. La Cromería es igual. Viene, recoge los mejores frutos de una nación, sus trazadores, y los encierra. Los adoctrina. Los devuelve únicamente a aquellos lugares que gocen de su favor, y engaña a los jóvenes trazadores para que piensen que es por su propio bien. Es como la esclavitud, una maldición que corrompe a todos los implicados. El consenso generalizado es que estas instituciones son demasiado grandes para cambiar. Yo afirmo que son demasiado grandes para no hacerlo. Ese es el objetivo que persiguen mis mentiras. Es más fácil decirlo que hacerlo. Lo reconozco. Miento con cuidado, y solo para motivar a la gente por su propio bien y el de las Siete Satrapías.

Liv lo creía, pero el supervioleta que había en ella la impelió a preguntar:

—¿Quién decide qué fines justifican la mentira?

El príncipe sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—¿Crees que actúo a la ligera? Mira lo que ha conseguido la Cromería. Tu padre es un trazador. Aunque ahora estemos enfrentados, lo reconozco como el gran hombre que es. Posee un alma noble. ¿No sería preferible casi cualquier cosa antes que su muerte? ¿Tendrás las manos más limpias por pedirle a otro que cometa el asesinato en tu lugar?

La mera idea le revolvía el estómago. Su padre era mayor para tratarse de un trazador. Había trazado muy poco cuando Liv era pequeña, pero ahora, combatiendo, trazaría prácticamente a diario. Le quedaban un par de años, a lo sumo.

—¿No... no se les podría convencer de que la Liberación es innecesaria? ¿De que los engendros no son malvados? ¿De que...?

—¿Convencerlos? Liv, la Liberación no es un accesorio opcional de la orden de la Cromería, sino la columna que la sustenta. Sin ella, la Cromería sería superflua. Si trazar es tan peligroso, no hace falta que mandes a tu hija a un país lejano para que aprenda a hacerlo. Una vez descartado eso, el adoctrinamiento pierde su razón de ser, al igual que la acumulación del bien más preciado del mundo: los trazadores. Sin el control y el monopolio de los trazadores, su castillo de naipes se derrumbaría. Solo así se explica esto. —Señaló a los cadáveres.

Una ráfaga de viento se levantó y acercó el hedor de la putrefacción al olfato de Liv. La muchacha apartó la mirada, tosiendo.

—Quizá te preguntes por qué no los bajo de ahí y les proporciono una sepultura digna. Lo haré. Cuando todo nuestro pueblo haya desfilado ante ellos y vea a qué clase de bestias nos enfrentamos. Porque me niego a encubrir los pecados de la Cromería, tanto como a ser cómplice de ellos. —Observó fijamente los cuerpos durante unos instantes, lacónica la mirada, o al menos a Liv le pareció atisbar una sombra de tristeza en sus ojos. El príncipe se giró hacia ella—. Tienes preguntas.

—No sobre esto. No... ahora —dijo Liv, contemplando los cadáveres, aparentando un aplomo que distaba de sentir.

—Lo que más me gusta de ti es tu mente, Aliviana. No tienes por qué conformarte con el sermón que acabo de pronunciar.

Eso dio que pensar a Liv. ¿Hasta qué punto sería verdad, y hasta qué punto meras lisonjas? En cualquier caso, la animó a continuar.

—Los dioses —dijo—, ¿son reales?

La sombra de una sonrisa.

—¿Qué dice Zymun?

—Él asegura que sí.

—¿Pero?

—Pero él es Zymun, y vos sois vos.

Al Príncipe de los Colores se le escapó una carcajada.

—Un razonamiento impecable. Deberías ser una naranja.

Liv pensó que estaba mofándose de ella por su escasa elocuencia, pero luego comprendió que lo decía en serio. La respuesta de Liv era la más inocua que se le había ocurrido: podía significar cualquier cosa, o nada en absoluto.

—Sí, son reales. Aunque no creo que su naturaleza se corresponda exactamente con lo que piensan la Cromería o los nuevos sacerdotes. Me caes bien, Aliviana. Planteas los interrogantes adecuados. Piensas a lo grande. Pero no cuando se trata de ti misma. Eres demasiado modesta. Necesito que mis trazadores practiquen, por supuesto. Es un propósito, y digno... pero no un gran propósito.

—¿Está relacionado con Zymun?

—¿Zymun? Ah, ¿temes que quiera emparejarte con él?

—Lo cierto es que no escatima esfuerzos en ese sentido, mi señor.

—Ya, no me extraña. Zymun nunca se subestima. No, te asigné a Zymun porque tenéis la misma edad y pensé que eso te gustaría. Además, así os mantengo ocupados. Pero si prefieres otro tutor...

—No, mi señor. Ya me he... acostumbrado a él, por así decirlo. —Mientras no insultara la inteligencia de Zymun, algo que este no toleraba, el muchacho era una fuente inagotable de alabanzas para sus habilidades, para la rapidez con que dominaba los conceptos más abstrusos y memorizaba las lecciones más turbias de la historia. Hacía que se sintiera bien consigo misma. Especial. Y sus infatigables intentos de seducción la hacían sentir adulta y deseable—. Es solo que... no habla mucho de su pasado.

—Lo más importante que debes saber acerca del pasado de Zymun es que intentó asesinar al Prisma —dijo el Príncipe de los Colores.

—¿De veras? Me había contado algo, pero pensé que estaría...

—Me arriesgué. Envié a Zymun en una misión con escasas probabilidades de éxito. Él cree que fracasó, lo cual está bien. Me ayuda a controlar sus riendas. Pero lo cierto es que solo fue un fracaso a medias. Quizá la historia lo recuerde por alumbrar... —Dejó la frase flotando en el aire. Elevó el rostro hacia el firmamento.

—¿Una nueva era? —sugirió Liv—. ¿Por alumbrar una nueva era? —Siguió la mirada del príncipe mientras emergía la luna, iluminando las nubes nocturnas. Se extendían por el firmamento en franjas perfectas, de un horizonte a otro, perfectamente espaciadas y paralelas. La visión (pues algo así no podía ser real, ¿o sí?) duró tal vez unos veinte segundos, tras los cuales las nubes sucumbieron a los embates del viento, que las desdibujó y las desperdigó.

El Príncipe de los Colores rompió el silencio.

—A los nuevos dioses, Aliviana. A los nuevos dioses.

47

—¿Secretos? —preguntó Kip—. ¿Qué secretos?

—No lo sé. Todavía —dijo Janus Borig—. Por eso te he traído aquí hoy. Quería descubrir si eras uno de ellos. —Chasqueó los labios—. No lo eres.

—¿Y eso son buenas o malas noticias?

—Malas, pésimas noticias.

—Pues no entiendo nada —dijo Kip.

—Y te quedas corto.

—¿Eh?

—Acércate.

Kip se situó a su lado. La mujer le enseñó sus bocetos. En el primero aparecía una figura encapuchada, iluminada desde atrás, con los largos cabellos formando una cortina oscura ante sus ojos, que resplandecían tenuemente tras las guedejas, y una barba ensartada de cuentas brillantes, puñal en ristre. ¿Un asesino? Otro mostraba un individuo calvo de piel de ébano que sangraba por un corte practicado justo debajo de uno de sus ojos, cubierto por un parche, haciendo girar unas espadas cortas con ambas manos. En otro...

—Espera —dijo Kip—, ese es el comandante Puño de Hierro.

—Ah, se llama así. Gracias. ¿Qué le ha pasado en el pelo?

—Está de luto por los guardias negros caídos.

—Ah, sí, por supuesto.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué solo tiene un ojo?

—¿Todavía no se ha quedado tuerto? Hum. Las imágenes no siempre son literales. —Ladeó la cabeza. Garabateó una antigua palabra pariana en la hoja, a los pies de Puño de Hierro.

—¿Guardián? —preguntó Kip.

—Centinela. Vigilante. Guardián. Defensor de la Vigilia. Torre Inexpugnable. Silencio.

—¿Silencio? ¿En qué sentido?

—No me refería a él, sino a ti. Estate callado.

—Oh, vale, lo siento.

Borig dibujó unas líneas alrededor del cuello de Puño de Hierro. Un collar. Pero su mano se detuvo al llegar al objeto que colgaba de la cadena. Dio una calada a la pipa, insuflando nueva vida a los rescoldos latentes. Suspiró.

—Se me ha ido.

—Sigo sin saber qué haces dibujando al comandante Puño de Hierro. —Un atisbo de temor merodeaba por los alrededores de su alma. La mujer lo miró, y el corazón de Kip dio un vuelco en su pecho y se convulsionó, quiso escapar reptando por el suelo reluciente en dirección a las escaleras, brincando como un conejo enloquecido a causa de las palpitaciones. Fue el peor intento de fuga de la historia.

—¿Crees que ser Prisma se te queda pequeño, muchacho?

—No dejas de decir cosas que para mí no tienen ningún sentido.

—Porque no dejo de probar a imaginarte como el próximo Prisma, y no soy capaz. No serás Prisma, Kip.

—No aspiro a ello. —Un escalofrío. Como si la historia acabara de agarrarlo por el pescuezo.

—¿Aspiras a algo más?

—No hay nada más, ¿no? —¿Qué podía ser más importante que el título de Prisma?

—¿No te llama nadie de ninguna manera?

—¿Quieres decir aparte de Kip? Claro que sí: Gordinflón. Bola de sebo. Bastardo. Enclenque.

—Algo más. Puede que esté enfocándolo mal. En vez de intentar hacerte una carta, tal vez sea preferible decidir cuál de ellas te corresponde.

—Mira, solo he venido para aprender a jugar. ¿Puedes ayudarme o no?

—¿Qué sabes de Zee Escudo de Roble?

—Nada —respondió Kip. Era la primera vez que escuchaba ese nombre.

—¿No sabes nada acerca de las cartas?

—Sé todo tipo de cosas acerca de las cartas. He memorizado los nombres y los atributos de setecientas treinta y seis de ellas. He estudiado una docena de partidas famosas. Conozco veinte barajas comunes y su funcionamiento. ¿Eso no cuenta?

—Pues no.

—Oh, rayos. —Como todo el tiempo que había dedicado a estudiar no le sirviera de nada, Kip pensaba buscar el edificio más alto de los alrededores para tirarse desde el tejado.

—Es broma —dijo Borig—. Con eso estás listo para empezar.

—De repente, siento el irrefrenable deseo de ponerme a patalear.

La mujer entornó los párpados y se quedó observándolo fijamente.

—Las cartas no engañan, joven Guile. Por eso hace generaciones que este juego fascina por igual a necios y a locos, a sabios y a sátrapas. Tómate el tiempo que necesites para asimilarlo. Las virtudes y los defectos de los naipes se corresponden fielmente con las figuras descritas en ellos. No abarcan todo su ser, por supuesto, pues hay un límite a lo que cabe en un puñado de cifras, unas cuantas líneas y un

trazo bonito... pero no engañan. Sin embargo, eso solo es el primer atisbo de la verdad ulterior, del poderoso don de los Espejos. —Se acercó a la pared y cogió una carta. Se sentó en un taburete y la hizo girar un par de veces, como una niña pequeña —. Ven, mira y ve. Prueba la luz de Orholam.

¿Chorradas supersticiosas, una invocación mágica o una plegaria efectista? Kip no tenía ni idea. La anciana daba la impresión de estar medio chiflada. Puede que hasta la última de sus palabras fuese una mentira o una alucinación.

El naipe, supuso Kip, era original: una joven vestida de cuero, con turquesas por botones, pálida de piel, con el llameante cabello rojizo recogido en lo alto de la cabeza, enjaulada entre negras espinas de duramen. Tenía el brazo izquierdo teñido de verde, estirado al costado, envuelto en anillos de hojas. Escondía la mano derecha a la espalda, como si ocultara tal vez una daga. Se mantenía erguida con la espalda recta, y su sonrisa burlona era imperiosa, denotaba que estaba lista para afrontar cualquier peligro.

—Esta es tu tátara-tátara-tátara-tátara-abuela, Zee Escudo de Roble. En más de un sentido, es la fundadora de tu casa, aunque el apellido Guile llegó por otro lado.

Era atractiva, y Kip no se veía reflejado ni por asomo en su porte; pero aquella sonrisita era toda Gavin Guile. Cualquiera diría que el artista había proyectado su expresión un siglo en el futuro para plantársela en la cara a su padre.

En lugar de hacer ningún comentario sobre el asombroso parecido y el evidente talento del artista que con tanta fidelidad lo había plasmado, Kip dijo:

—Ni siquiera tiene un escudo. —Inane. Buen trabajo, Kip.

—Nunca lo tuvo, ni de roble ni de ningún otro tipo. Su apelativo obedecía a otras razones. Pero no hace falta que te lo explique. ¿Ves las gemas?

Kip asintió con la cabeza. Cinco gemas diminutas enmarcaban la imagen, una en cada esquina y otra más sobre su cabeza.

—Traza un poquito, el color que sea, y después toca todas esas gemas al mismo tiempo. —Señaló con el dedo un cuadro consistente en amplias franjas de los colores del trazo que colgaba de la pared.

Kip se concentró en el azul. Era mucho menos peligroso que el verde. En cuestión de segundos, notó que le sobrevenía una oleada de fría racionalidad. ¿Debería obedecer a esa mujer? Bueno, de lo contrario, no aprendería nada. El único motivo por el que había ido allí era para aprender. Además, ¿qué iba a hacer con una carta que no pudiera hacerle con cualquiera de sus numerosas pistolas?

Con el azul en las yemas de los dedos, tocó las gemas.

No pasó nada.

Pues vaya, menuda decepción.

—Aprieta con más fuerza —ordenó Janus Borig—. No es necesario que te abras ninguna herida, pero tu sangre ha de aflorar a la piel. Tienes las manos muy blandas.

No debería costarte demasiado.

¿«Las manos muy blandas»? Kip hizo una mueca, pero obedeció y empujó firmemente contra la joya azul, relajados los demás dedos encima de las gemas correspondientes.

Zee parpadea para despejarse la mirada, contemplando el amanecer. La luz que se filtra entre el humo de las dos ciudades que arden en ambas orillas del Gran Río está teñida de rojo. Kip se siente desorientado cuando su punto de vista oscila de un lado a otro sin que se mueva su cuerpo, sin ningún control.

Hay soldados rivales a ambos lados del Gran Río. Kip prácticamente puede oír el susurro de los pensamientos conectados a aquellos hombres —quiénes son, a qué se dedican— pero «enemigo» es lo único que se filtra hasta él.

La mujer domina el terreno elevado, y sus trazadores de asedio han puesto ya manos a la obra, preparadas las cuerdas y las manivelas, aguardando a que el amanecer les proporcione la luz necesaria para completar su tarea.

Zee se gira hacia un bruto grandullón con un solo ojo. Este la mira, aterrador su semblante, pero deferente. ¿Un oficial? Algún tipo de subordinado, eso seguro. Empuña un arco enorme, con una flecha del tamaño de la verga de un barco ya amartillada. La mujer mueve los labios, pero Kip no oye nada. Solo puede observar.

El enemigo se encuentra a cuatrocientos pasos de distancia, veinte pasos colina abajo, en la dirección del viento a juzgar por el ondear de los estandartes. El ejército ruthgari avanza a paso ligero, manteniendo la formación. Algunos de los jinetes de Zee —adolescentes, la mayoría— ya han emprendido el asalto. Ve oficiales que los llaman furiosamente por señas —¿ordenándoles que retrocedan, quizá?— hasta que se dan por vencidos y se suman también a la carga.

Las líneas de Zee se disuelven, algunos de los bárbaros corren a pie tras los jinetes, dificultando con ello la labor de los arqueros.

Una vez los soldados de a pie emprendan la marcha, los arqueros tendrán que dejar de disparar. En lugar de una docena de andanadas de un millar de arcos, serán solamente seis.

Zee grita algo, mirando en dirección a los trazadores de asedio, que ya han empezado a trazar una gigantesca catapulta de luxina verde y están llenando los barriles de luxina roja inflamable con los que pretenden repeler al ejército que se cierne sobre ellos.

Cada equipo de trazadores de asedio, al menos una docena, podría disparar dos andanadas.

La mujer monta en su caballo de un salto —lo inesperado del movimiento hace que Kip se maree— mientras le ordena algo a... ¡Pequeño Oso, ese es su nombre!

Pequeño Oso no dice nada, corrige gradualmente la puntería y dispara la enorme flecha. Un millar de arqueros siguen su ejemplo.

Zee agarra una antorcha y parte al galope al frente de sus hombres. A Kip le parece que está gritando. Quizá todos lo estén. Arroja la antorcha al aire, dibujando una parábola, y sus hombres se lanzan a la carrera.

Sus treinta poderosos hombres la rodean en cuestión de segundos.

Algo se mueve hundiéndose en lo más profundo.

Un barril de luxina roja en llamas se estrella contra la vanguardia ruthgari, estallando y trazando un flamígero tajo vertical, aplastando y abrasando al enemigo. Trazo el verde sobre unas briznas de hierba que pronto se habrán teñido de rojo. A mi izquierda, Toro Joven y Griv Gazzin están trazando el azul y el verde, respectivamente, derribando flechas y bombas incendiarias en pleno vuelo, manteniéndome a salvo.

Trazo una lanza de luxina verde e hinco los talones en los flancos de mi corcel.

—Basta.

Una extraña reverberación deforma el sonido.

Es como si no lo notara. La brusca desaparición del sabor de las cenizas que flotan pesadamente en el aire hace que sea más intenso que cuando todavía estaba presente. ¿Cuándo había empezado a percibir el gusto de las cosas? ¿Su olor? De improviso, el miasma de la ceniza, el sudor y los caballos... se esfuma. La sensación de la silla entre sus muslos, lívidos los nudillos que empuñan la lanza.

Oscuridad.

Kip parpadeó, descubrió que la anciana le acunaba una mano entre las suyas. Le había levantado los dedos de las gemas de la carta, uno por uno.

Sin aliento, Kip la miró a los ojos. Podía sentir cómo desaparecía la luxina azul, desvaneciéndose en la nada, abandonándolo, dejándolo vacío, sin vida.

—Que me aspen —dijo Janus Borig—. ¿Llegaste a oír algo al final? ¿Oliste algo? ¿Notaste algún sabor?

—Un... un poco.

A la mujer se le iluminaron los ojos.

—¡Mentían! ¡Por supuesto que mentían! Lo sabía. Son Guile. Pero ¿por qué querría enviarte aquí solo? Debía de saber que te revelarías como lo que en realidad eres. Tenemos que averiguarlo. Mira al techo.

El techo, en el que Kip habría reparado antes de no ser por la profusión de naipes originales, era un espectro completo, esmaltado y resplandeciente.

—¿Quieres que haga algo? Que trace o...

La mujer le cogió la mano.

—No dejes de mirar, eso es todo. —Le apretó los dedos contra una carta, uno por uno. Ejerció aún más presión al llegar al meñique. Kip se sintió bañado por una vaharada de hojas de té y tabaco. Se disponía a decir algo cuando notó que lo sobrevenía un cansancio inimaginable. Le dolía todo el cuerpo. De pronto, como si se

le acabaran de destaponar los oídos, oyó el crepitar de la madera y el susurro del viento, el chapaleo de las olas.

Meditó con cuidado sus palabras. La noche era fría, y el olor de la pólvora se adhería al barco y a sus tripulantes. En algún rincón de la nave, una mujer lloraba, sin duda por los caídos. Su habitación estaba en penumbra, iluminada por una vela solitaria. En el exterior, la luna proyectaba unas franjas plateadas que hendían la noche como espadas. Hizo girar la pluma entre los dedos.

Su mano desnuda descansaba encima del pergamino, sujetándolo en su sitio. No había necesidad de secretarios para esto. Esto era traición. Había un nombre escrito, el del destinatario de la misiva, pero la mano lo ocultaba... acababa en «os», lo cual significaba que podría tratarse de cualquiera de los habitantes de Ruthgar, o de cualquiera de los miles de personas cuyo nombre tenía origen ruthgari aunque no ocurriera lo mismo con su sangre.

Kip perdió toda la conciencia de su ser.

—Quizá pueda encontrarse una paz más ventajosa en la orilla opuesta de la guerra. Dagnu es... —Escribo, el bisbiseo de la pluma inunda el pequeño camarote hasta llegar a la última palabra, cuando se apaga. Enmudece. Qué raro.

A continuación, el camarote... oscuridad. Siento... Kip siente... Kip se siente mareado. Había regresado, volvía a ver con sus propios ojos.

Janus Borig, aparentemente enfadada, dio una fuerte calada a su pipa.

—¿A los quince? No.

—Pero qué... ¿Qué diablos acaba de suceder? —preguntó Kip, apartando la mano de golpe.

—Si me lo hubieras contado, podría haberte facilitado las cosas.

—¿Si te hubiera contado qué? ¿Es que ahora tengo yo la culpa? —Kip estaba asustado, furioso. ¿Se habría vuelto loco? ¿Qué le había hecho aquella mujer?

—¿Insinúas que no lo sabes? Las cartas establecen su conexión a través de la luz, Kip. Cuantos más colores seas capaz de trazar, más vívida será la experiencia.

—¿Qué me ha pasado?

—Has visto más de lo que debías. Dejémoslo así.

—¿Era real?

—Esa pregunta es más complicada de lo que te imaginas.

—¿Murió?

—¿Zee? En esa batalla no, aunque la perdió.

—Se enfrentaba a... —Kip no había llegado a verlo.

—A Darien Guile. Quince años después consiguió la paz casando a su hija con él. Contaban que quería ser la novia ella misma, pero estaba demasiado mayor para tener descendencia y sabía que la paz únicamente perduraría si las dos familias se unían. En su día circularon rumores acerca de un posible romance entre Darien y Zee, pero

eran infundados. Darien Guile respetaba tremendamente a Zee, y quizá hubiera preferido casarse con ella, pero ambos sabían cuánta sangre podría derramarse por culpa del juramento roto de un hombre y la insensatez de una mujer. Una lección que tu familia habría de aprender por las malas tiempo después.

Kip ignoraba a qué se refería, pero por el modo en que lo dijo, cabía suponer que la guerra que enfrentaba a Zee y Darien debía de haberse originado por motivos personales.

—¿Era un buen hombre? —preguntó Kip.

—¿Darien? Era un Guile.

—¿Cuál era la segunda carta? —Algo acerca de Dagnu. Una antigua deidad pagana. Kip se preguntó cuántos años debía de tener aquel naipe.

—Un error. Cogí la carta real que tenía más cerca, debería haber tenido más cuidado.

Lo cual no respondía a su pregunta.

—¿Estas cartas pueden hacer todo eso? —Kip contempló la pared con una mezcla de asombro y pavor.

—Solo las originales.

—¿Cuáles son las originales?

—No voy a decírtelo. Te diré, en cambio, que muchas de las cartas que ves aquí están protegidas. Como intentes retirarlas de la pared, te llevarás más de una sorpresa desagradable. Si las sacas de la pared e intentas trazar su verdad, lo más probable es que no sobrevivas al infierno al que se verá sometida tu mente.

—Pensaba que querías ayudarme.

—Y así es. Me limito a informarte de que, como se te ocurra robarme, te convertirás en un idiota balbuceante. Incluso las cartas reales, utilizadas correctamente, entrañan sus propios peligros. No todas las verdades son agradables. Estas cartas pueden hacer que una persona enloquezca. Que pierda el control. Pueden revelar... cosas espantosas a quienes no aúnen sabiduría y poder. —Había amargura en su voz, pero antes de que Kip pudiera preguntarle nada, Borig continuó—: En cualquier caso, una mujer necesita protegerse. Tu padre no me interesa, salvo por lo que respecta a su carta. Tampoco tú me interesas, salvo por lo que respecta a tu carta. Esto es lo que hacen los Espejos. Es lo que soy. Es la misión que me ha encomendado Orholam, y la llevaré a cabo lo mejor que pueda. Si me ayudas, estaré encantada de ayudarte a mi vez. Me has desvelado lo que puedes trazar. Eso me será de gran ayuda, así que escucha este consejo, para empezar: si juegas con la baraja que te dé Andross Guile, perderás siempre.

48

—El paryl es un color extraordinario —dijo la tutora de Teia—. Y extraordinariamente peligroso.

Teia frunció el ceño. Creía que, puesto que se trataba del más débil e inútil de los colores, por lo menos el paryl no te mataría ni te haría perder la cabeza. Frunció el ceño de nuevo... porque se encontraban en una de las salas de instrucción de la Guardia Negra. Era la hora de cenar, y no había demasiados cadetes. Se trataba en su mayoría de reclutas pertenecientes a los cursos superiores, aunque Cruxer también andaba por allí cerca, machacándose metódicamente las espinillas contra uno de los postes. Una vez le había contado a Teia que ese ejercicio fracturaba ligeramente los huesos de la pierna, y que el cuerpo reaccionaba reconstruyéndolos aún más resistentes. Le había enseñado las canillas llenas de bultos. Era impresionante, y un poquito asqueroso. En aquel momento pensó que era lo más asombroso que hubiera visto en su vida. Pero ahora Cruxer había relajado el ritmo de su entreno para escuchar a hurtadillas, a todas luces.

—¿Qué tiene de peligroso? —preguntó Teia.

Su tutora particular, Marta Martaens, superaba los cincuenta años de edad. Para tratarse de una trazadora, era una anciana. Sus ondulados cabellos morenos estaban entreverados de hebras de plata, tenía la piel olivácea y le faltaban los incisivos.

—Que te puede dejar ciega o quemarte viva.

Teia contuvo el aliento. Ah, ¿solo eso?

—A fin de ver el paryl hay que dilatar exageradamente las pupilas, mucho más de lo que está al alcance de la mayoría de las personas. Tú puedes hacerlo a voluntad, ¿sí? —La magíster Martaens se chupó el fino labio superior.

—Sí, ama.

—Hazlo. Necesito verlo.

Teia tardó unos instantes. No era fácil relajar los ojos tanto como exigía el paryl cuando se estaba en tensión. Pero lo consiguió.

—Bien —dijo la magíster Martaens—. Y ahora, vuelve a la normalidad. Supongo que no te habrás mirado nunca al espejo después de hacer eso. ¿No? Observa.

La mujer miró fijamente a Teia mientras sus ojos se dilataban hasta adquirir un tamaño anormal. Los iris quedaron reducidos a diminutas rayas marrones alrededor de las enormes pupilas.

Teia compuso una mueca de asombro.

—Eso es para ver el subrojo —dijo la veterana trazadora. A continuación sus pupilas continuaron ensanchándose hasta cubrir toda la esclerótica. Sus ojos se tiñeron de un negro sobrecogedor en el que no cabía ni un resquicio de blanco.

Teia dio un respingo y retrocedió.

Los ojos de la mujer recuperaron la normalidad con un parpadeo.

—Ese es el aspecto que ofrecen tus ojos cuando ves el paryl, Adrasteia. Nuestros ojos son distintos, las lentes son mucho más maleables, bendecidas por Orholam para funcionar de otro modo. ¿Puedes ver el supervioleta?

—No. Y soy daltónica, confundo el rojo y el verde. —Sería mejor quitarse eso de en medio cuanto antes.

—Lástima.

—¿Y vos?

—¿Daltónica? No, pero es más común entre nosotros. Podemos ver un vasto espectro lumínico, mucho más que los otros trazadores. Pero eso no se solapa necesariamente con lo que ven los demás. El amo de mi ama, Shayam Rassad, estaba ciego por completo al espectro visible, pero percibía a la perfección el subrojo y el paryl. Eso conlleva sus riesgos, no obstante. En primer lugar, los físicos: si dilatas con demasiada frecuencia en presencia de una luz fuerte, te quedarás ciega. No de golpe, por lo general, pero es preciso que tengas cuidado con las antorchas de magnesio y el sol. Y ahora, basta de cháchara. Veamos de qué eres capaz.

De modo que comenzaron a practicar, con la magíster Martaens preguntándole a Teia qué veía, trazando sus propias sustancias, eligiendo fuentes próximas y alejadas, pidiéndole a Teia que trazara a su vez. El paryl, en palabras de la magíster, se parecía a un gel más que a ninguna otra cosa, aunque un gel más ligero que el aire. Las balizas de señalización de paryl eran muy apreciadas porque el gel flotaba y se deshilachaba, emitiendo luz de forma constante.

—Entonces, sois vos la que hacéis los señalizadores para mi ama —dijo Teia. Se sintió estúpida por no haberse dado cuenta antes. ¡Por supuesto que era ella! Como si hubiera cientos de trazadores de paryl pululando por ahí.

Las facciones de la mujer se petrificaron.

—¿Cuántos somos? —preguntó Teia.

—En estos momentos, solamente dos —respondió la magíster Martaens. Miró nerviosamente a los lados mientras hablaba, sin mover la cabeza, vigilando de reojo a Cruxer, que aún fingía estar entrenando—. Tú y yo.

—Pero eso no puede ser —dijo Teia—. He visto cómo un hombre trazaba paryl sólido y...

Marta Martaens siseó... siseó, literalmente. Teia se quedó helada.

La magíster Martaens recuperó la compostura y caminó con toda naturalidad hacia la salida, indicando por señas a Teia que la siguiera. Cuando llegaron a la

inmensa y luminosa caverna subterránea que había debajo de la Cromería, la mujer dobló la esquina de un edificio tras la cual nadie podría verlas. Cuando Teia le dio alcance, descubrió que su tutora había palidecido.

—No sé qué es lo que crees que viste —dijo la magíster Martaens—, pero te prohíbo que vuelvas a hablar de ello. ¿Lo entiendes?

—Lo... lo siento, pero no.

—No hace falta que lo entiendas, tan solo que cierres la boca. Sobre todo antes de decir ese tipo de cosas.

—¡No! —protestó Teia—. Sois mi tutora. Enseñadme. Necesito saberlo todo si quiero ingresar en la Guardia Negra. No podéis ocultarme nada.

—Puedo y lo haré. Eres mi discípula. Debes obedecerme.

—Entonces le plantearé mis preguntas al comandante Puño de Hierro.

Las mejillas de la mujer adquirieron un tinte ceniciento.

—Quiero que recapacites detenidamente acerca de lo que te propones hacer, jovencita.

—Lo que me propongo es acudir a alguien de confianza, alguien con autoridad sobre mí, y hacerle una inofensiva pregunta, ni más ni menos —dijo Teia, empezando a enfadarse.

—Cuéntame lo que piensas que viste. Sin levantar la voz.

Así lo hizo Teia.

La magíster Martaens comenzó a sacudir la cabeza mucho antes de que la muchacha terminara de referirle su historia.

—No. No. He intentado crear paryl sólido mil veces, mil veces mil. No funciona de esa manera.

—Pero ¿y si lo hiciera?

—Sí, precisamente —dijo Marta Martaens.

Teia levantó las manos, ya más desconcertada que furiosa. Quizá fuese cierto que trazar el paryl te hacía perder la cabeza.

La magíster Martaens miró a su alrededor una vez más, pese a no haber nadie que pudiera escucharlas.

—Piensa en lo que estás sugiriendo: un color que es invisible prácticamente para todo el mundo, incluidos la mayoría de los trazadores, un color capaz de matar sin dejar rastro, sin dejar pruebas, como si la muerte obedeciera a causas naturales. Por favor, usa tu diminuto cerebro para anticipar la reacción de la gente a semejante tipo de magia.

Teia se pasó la lengua por los labios. La reacción de la gente sería igual que la suya, de pánico.

—Cada vez que alguien fallece en circunstancias misteriosas, la culpa es de un trazador de paryl. Cada vez que algún noble obeso estira la pata porque su corazón ya

no aguanta más, la gente susurra que es obra de sus enemigos; todos los nobles tienen enemigos, y a la mayoría de ellos les gusta comer en exceso. Piensa en lo que significa para las naciones que todas las muertes puedan ser sospechosas de haberse producido por asesinato. Después piensa en lo que eso significa para los trazadores de paryl. Cuando el Ministerio de la Doctrina ordenó a sus lúxores que aniquilaran a los trazadores de paryl, no lo hizo ni única ni exclusivamente porque el Espectro considerase que eran unos herejes.

¿El Ministerio había ordenado a sus lúxores que aniquilaran a los trazadores de paryl?

—Entonces, funciona. Estás reconociéndolo —dijo Teia, a pesar del nudo que le oprimía la garganta.

—No estoy reconociendo nada. Ni he visto nunca el paryl en estado sólido, ni puedo crearlo. No pienso que sea posible. Algunos de nosotros, hace siglos, trabajamos al servicio de la Orden del Ojo Fragmentado. Asesinos. Lo más probable es que utilizaran distintos tipos de veneno, pero afirmar que eran capaces de matar sin ser vistos y sin dejar ni rastros les garantizaba más encargos. Sin embargo, cuando la gente empezó a morir de verdad, la situación se les fue de las manos. Por eso ya no quedan trazadores de paryl, niña ingenua. No porque no dé resultado, sino porque todo el mundo teme que dé mejor resultado de lo que nos imaginamos. Por eso seguimos estando peligrosamente cerca de ser acusados de herejía, por eso se ha expurgado cualquier referencia a nosotros de las bibliotecas, y por eso la Blanca ha tenido que esforzarse tanto para contener al Ministerio de la Doctrina. Aunque ella sostenga que la luz en su totalidad es un regalo de Orholam, en todas las épocas hay gente supersticiosa. La llaman la luz oscura, *oralam*... la luz oculta. Dicen que es un don del señor de las tinieblas. Unas tinieblas que solo pueden dispersarse con fuego. ¿Lo entiendes? Unas tinieblas que solo pueden dispersarse con fuego.

—En la hoguera —musitó Teia.

La magíster Martaens pareció recuperar la calma de repente.

—Hablé con ella en una ocasión, ¿lo sabías? Con la Blanca. Me pidió perdón. Dijo que los trazadores convencionales tratan a los trazadores de paryl igual que tratan los ignorantes a todos los trazadores. Dijo que estaba buscando la manera de acabar con esos prejuicios, pero que esa labor abarcaría varias generaciones. Es una buena mujer. No oses echar por tierra todo su trabajo con rumores insensatos. Quizá no volvamos a tener jamás una amiga igual en la Cromería. Esto es más importante que tú y que yo. Esto es para las generaciones venideras. Tu ama ya me ha hecho todo tipo de preguntas y he tenido que urdir mil mentiras para convencerla de que sufrías alucinaciones. La próxima vez que la veas, dile que justo antes de reunirte con ella, volviste a ver el paryl. Descríbelo como una estela, aunque allí no había nadie. Que emanaba del mismo aire. Muéstrate confusa, y si te pregunta, dile que aún no me

has preguntado nada acerca de esto, pero que piensas hacerlo. Que nunca me has contado nada acerca de ninguna mujer asesinada. Le he explicado que los trazadores de paryl a veces suelen ver líneas, que es un efecto secundario de nuestro trazo. Debes convencerla para que crea que lo que viste fue mera coincidencia. Porque de lo contrario, nuestra estirpe será perseguida una vez más.

—Sí, magíster.

—En tal caso, pongamos manos a la obra. Quiero comprobar a qué distancia puedes colocar una baliza, y cómo de denso es el haz que utilizas para ver a través de la ropa.

—Magíster —dijo Teia—, ¿cómo funciona? Quiero decir, ¿cómo se supone que funciona? No volveré a sacar el tema, lo prometo, pero os ruego que me hagáis este favor.

La mujer se chupó los labios delgados. Miró de nuevo a su alrededor.

—Según las historias, un trazador con los conocimientos necesarios y una voluntad de hierro podría ajustar tanto el paryl que este no sería simplemente sólido, sino que formaría una aguja tan fina como para que la persona elegida ni siquiera notase el pinchazo. Ese trazador, a continuación, podría introducir una piedra diminuta en el torrente sanguíneo de su objetivo. En teoría, eso terminaría por provocar una apoplejía... un ataque, como lo llaman ahora los cirujanos. Pero no hay ningún motivo por el cual el paryl deba ser pernicioso. Yo misma me he cortado y mi sangre ha entrado en contacto con el paryl, no es venenoso.

—¡Pero estáis describiendome exactamente lo que pasó! —Ante la mirada de reproche de la magíster, Teia bajó la voz—. Perdón.

—Lo que digo es que debiste de leer la misma historia que yo, aunque ya no te acuerdes. Las alucinaciones no son infrecuentes entre los trazadores agotados. Los que trabajamos con la luz a veces tenemos que soportar que nuestros ojos hagan cosas extrañas.

A Teia le costaba entender la ceguera autoimpuesta de aquella mujer.

—Magíster —dijo, esforzándose por mantener un tono respetuoso—, ¿cree mi ama que algo así es posible? ¿De quién se fía más, de vos o de mí? ¿Quiere que le haga eso a alguien?

A juzgar por su expresión, parecía que la magíster Martaens acabara de beberse un vaso de vinagre.

—Sé dos cosas sobre tu ama. Una es que perdería antes el sueño por conocer la identidad de su próximo compañero de cama que por un puñado de libros ajados y enterrados bajo capas de polvo en unas bibliotecas prohibidas a las que acceder le costaría una fortuna. Los conocimientos peligrosos a menudo vienen envueltos en gramáticas tortuosas y jergas incomprensibles. Carece de la paciencia necesaria para investigar un misterio en profundidad. Todo el mundo conoce alguna historia absurda

sobre trazadores oscuros y tejedores de noche. Ya nadie sabe que esas historias hablan de nosotros. Recordárselo no es algo que nos incumba. Por eso me gustaría que te pusieras unas gafas tintadas siempre que vayas a trazar el paryl en público, o trazarlo rápidamente para que nadie te vea los ojos.

—¿Y la segunda cosa? —preguntó Teia.

—Hay personas que son capaces de saborear la victoria en silencio. Tu ama no se cuenta entre ellas. Su objetivo no es acabar discretamente con los Guile. Cuando averigüe cómo podría hacerles más daño, si ayudando al bastardo del Prisma o lastimándolo, puedes esperar que intente utilizarte. Sin importarle lo que debas sacrificar en el proceso, ni lo que deba sacrificar ella. Está loca de odio. Así que no te encariñes demasiado con ese muchacho, Kip. Probablemente tendrás que traicionarlo tarde o temprano.

49

Kip siguió a Grinwoody con gesto sombrío. La habitación estaba igual que siempre. La puerta, la cortina, la oscuridad. Andross Guile ya se había sentado a la mesa.

Mientras Grinwoody sacaba la lámpara supervioleta, Kip ocupó la silla que había enfrente del anciano.

—¿Puedo usar tu mazo esta vez? —preguntó el muchacho.

—No —dijo Andross Guile—. Jugarás con las cartas que te hayan tocado. Eres un bastardo. La baraja mala es para ti.

—Ah, así que ahora soy un bastardo. ¿Significa eso que ya no albergáis dudas sobre la identidad de mi padre? —Kip tragó saliva. No debería haber dicho nada.

Pero Andross Guile no respondió de inmediato. Cogió su mazo y empezó a mezclar las cartas.

—Nunca he dudado de que te engendrara mi hijo, estúpido. Incluso tu voz suena igual que la suya. La cuestión es si tu madre era una concubina o una simple ramera. Si Gavin defiende que era una concubina con la sola intención de ridiculizarme, no lo consentiré. Sé de buena tinta que nunca estuvieron casados, y me apuesto lo que sea a que tú también lo sabes.

—Por aquel entonces yo aún no existía, así que no, la verdad, no lo sé. —La altanería puede ser peligrosa, Kip.

—¿Todavía tienes la mano vendada?

—Sí, mi señor.

Las cejas de Andross se enarcaron momentáneamente por encima de sus gafas oscuras. Vaya, conque «mi señor», ¿eh?

Kip no sabía si se odiaba más por la insolencia de antes o por el posterior trato de cortesía que había dispensado al viejo carcamal.

—Quítate la venda.

Kip hubo de usar uñas y dientes para deshacer el nudo de su muñeca, pero no tardó en desenrollar la tira de tela. Las quemaduras continuaban sanando, pero la piel se veía sonrosada allí donde no estaba surcada de cicatrices blancas, y los dedos se le habían quedado engarfiados para siempre. Podía cerrarlos para formar un puño, pero el mero hecho de intentar estirarlos constituía un suplicio. Tanto el cirujano como Puño de Hierro le animaban a probarlo, pero el dolor era insoportable.

—Extiende la mano, bastardo, estoy ciego.

Kip apoyó la mano en la mesa. El anciano colocó encima la suya.

—Por favor —dijo Kip—. Me duele mucho.

—Hummn —refunfuñó Andross Guile por toda respuesta. Deslizó los pálidos dedos huesudos, muy largos y recubiertos de piel fláccida, por la mano de Kip, sin importarle el ungüento pringoso. Kip aguantó el escozor sin moverse—. Perderás el uso de esta mano antes de darte cuenta como no estires los dedos.

—Sí, mi señor. Ya lo sé.

Andross Guile giró la mano de Kip, con la palma hacia abajo.

—Ya lo sabes. De modo que vas a convertirte en un tullido a propósito. ¿Por qué?

Kip apretó los dientes. Tragó saliva con dificultad.

—Porque me duele.

—¿Porque te duele? —se burló Andross—. Sientes vergüenza. Lo noto en tu voz.

—Sí, mi señor.

—No es para menos. Deja la mano encima de la mesa. Grita cuando el dolor sea excesivo.

¿Qué?

Andross cargó su peso sobre la mano de Kip, aplastándola lentamente. Kip sintió cómo se desgarraba la piel nueva de las articulaciones. Un gemido escapó de sus labios, pero no gritó.

Soy una gigantesca bola de sebo, una vergüenza, una lacra, pero también soy un puto oso tortuga. Puedes irte al diablo, Andross Guile. Viejo desalmado y cruel...

Los ligamentos de la mano de Kip estaban en llamas, toda su palma había entrado en contacto con la superficie de la mesa, pero sus dedos se obstinaban en permanecer arqueados como garras.

De improviso, la presión desapareció.

Kip tenía las mejillas surcadas de lágrimas. Jadeó y se acunó la mano contra el pecho.

—Aquello que quieres que haga tu voluntad —declaró Andross Guile—, deberás doblegarlo a la misma. Incluido tu cuerpo. Quizá especialmente tu cuerpo, gordinflón. ¿Se te ha desgarrado la piel?

Kip tardó unos instantes en recuperar la voz.

—Sí, mi señor.

—Vuelve a aplicarte ungüento en las heridas. No querrás que se infecten.

Así lo hizo Kip, con dedos temblorosos.

—Sabes qué voy a decirte a continuación, ¿verdad? —preguntó Andross Guile.

—Que repita el proceso todo el día, todos los días, hasta que sane como es debido.

Sobrevino a Kip una nueva oleada de vergüenza. Sabía lo que tenía que hacer. Sencillamente carecía de la fuerza de voluntad necesaria para llevarlo a cabo. No necesitaba que Andross Guile se lo recordara.

—Lo has hecho bien —dijo el anciano, en cambio.

—¿Eh?

—No has gritado. Esperaba que lo hicieras. Así que, por esta vez, sin apuestas. Será una partida de calentamiento. En la próxima estará en juego tu amiguita, no obstante, de modo que espero que estés aprendiendo algo.

Sin más preámbulo, Andross Guile robó una mano. Seis cartas boca abajo, dos boca arriba: un Acechador y un Guardián Verde.

Eso significaba que estaba usando la baraja de verde y sombra. Una de las mejores. Kip se vendó la mano como pudo y cogió sus cartas del mazo de blanco puro que le había dado Andross. Kip ya había jugado con él en dos ocasiones, y por fin empezaba a acostumbrarse a su estrategia. Sus cartas levantadas eran el Ojo del Cielo —un aumentador de poder— y la Cúpula de Aracles.

Kip maldijo para sus adentros. ¿Sin apuestas? Acababa de robar la mejor mano de apertura posible. También su reserva era halagüeña. A decir verdad, las probabilidades de que ganara eran razonablemente buenas. No tendría otra alternativa durante las dos primeras rondas, y a menos que apareciera algo inesperado en el ínterin, lo único que debía hacer era sobrevivir hasta la sexta ronda, de modo que Kip preguntó:

—Cuando dijisteis que estaría en juego mi amiguita, ¿a quién os referíais?

Andross puso en juego el Manto de Tinieblas, reduciendo drásticamente las opciones de Kip, y respondió:

—A esa esclava. —Parecía absorto en sus pensamientos, intentando recordar el nombre de Teia. Kip se mordió la lengua por temor a que fuese un ardid. Andross chasqueó los dedos.

—Adrasteia —dijo discretamente Grinwoody, desde las sombras. Kip miró en su dirección. El hombre llevaba puestas unas extrañas antiparras de aspecto pesado que Kip no había visto antes.

—Adrasteia —repitió Andross Guile como si acabara de acordarse, como si Grinwoody fuera una extensión de su ser—. La compraré, y si vences, te la regalaré. Puedes convertirla en tu esclava de cámara. Sospecho que allá, en la aldea, un chico de encantos tan dudosos como los tuyos no dispondría de muchas oportunidades para disfrutar de los placeres de la carne, ¿estoy en lo cierto?

A Kip se le revolvió el estómago.

—¿Y si pierdo? —preguntó, con la esperanza de desviar el rumbo de la conversación.

—Se convertirá en mi esclava. Interprétalo como quieras. —La sombra de una sonrisa aleteó en sus labios.

«Kip, soy una esclava —le había dicho Teia—. Ni siquiera te imaginas lo que es eso.»

Ahora lo sabía. Kip era un gordo bastardo del quinto pino de las Siete Satrapías, pero podía elegir. Teia, no. Puede que los demás lo miraran por encima del hombro, pero a Teia ni siquiera la veían. O, si se fijaban en ella, puede que no fuera para dedicarle el tipo de atenciones que a ella le gustaría.

—¿Qué plan tenéis para mí? —preguntó Kip.

El muchacho no podía ver los ojos del anciano a través de las gafas, intensamente oscuras, pero Andross ladeó la cabeza mientras enarcaba las cejas, sorprendido.

—Ni siquiera mi propio hijo osaría plantearme esa pregunta. ¿Tan valiente eres, muchacho, o sencillamente estúpido?

—Las dos cosas. Y estáis evitando la pregunta.

Andross Guile frunció los labios. Levantó dos dedos y los agitó hacia delante.

Un puño se estrelló contra el pómulo de Kip. Grinwoody. Que Orholam le frotara los ojos con arena.

Al caerse de la silla, Kip había soltado las cartas. Las recogió lentamente mientras recuperaba la compostura.

—De vez en cuando tiene su gracia, Kip, pero no toleraré ningún exceso de irrespetuosidad. Recuérdalo, o habrá que recordártelo.

—Entonces ¿me lo vais a decir o no? —insistió Kip. Caminaba por la cuerda floja y lo sabía, pero Andross Guile lo dejó correr por esta vez.

—Depende de lo bien que juegues a los nueve reyes.

Por una vez, Kip tuvo la prudencia de no contraatacar con un «pero ¿cuál es la apuesta definitiva, rojito? Los Guile son poco menos que los dueños del mundo, vale, pero los Prismas no viven eternamente. Tu familia amenaza con extinguirse. ¿Qué es lo que quieres en realidad?».

Quizá Andross Guile llevara tanto tiempo urdiendo intrigas que ya no supiera vivir de otra forma. Quizá supiese que no había ninguna recompensa final, pero perder seguía siendo una posibilidad muy real, y su orgullo jamás se lo perdonaría. De modo que lucharía y redoblaría sus esfuerzos, arrollaría a un centenar de familias en el proceso y continuaría embistiendo hasta el día en que lo enterraran en su cripta, bajo la Cromería.

—No me quedan muchas cosas que podáis arrebatarme —dijo Kip—. Así que, ¿hasta cuándo seguiremos jugando?

Tarde o temprano, cuando ya no tenga nada que perder, solo podré ganar.

Pero era imposible imaginarse a Andross Guile colocándolo en una posición en la que solo pudieran ocurrir cosas buenas.

—Tres veces más —dijo Andross.

El viejo escualo lo tenía todo previsto.

Kip no dijo nada, y ¡albricias!, el silencio dio sus frutos.

—Jugaremos una vez para ver quién se queda con Adrasteia. Y otra, por tu futuro.

—Me parece que no me caéis muy bien.

—Lástima, porque aspiro a que me odies tanto como odias a tu madre.

—No —dijo Kip, frío como el hielo de repente.

—¿Disculpa?

—No —repitió Kip entre dientes.

El anciano ladeó otra vez la cabeza, sopesando al muchacho.

—Te toca —dijo al cabo.

Kip cometió un error en la séptima mano, cuando no calculó correctamente el efecto dominó que tenían las habilidades de las cartas entre ellas, y vio cómo Andross ejecutaba una serie de movimientos brillantes. Kip perdió en la siguiente vuelta.

Recogió las cartas con un suspiro. Se trataba de una partida de calentamiento, como había dicho Andross Guile, sin marcadores siquiera. Pero Kip podría haberla ganado. Con suerte, podría derrotar a Andross Guile. Era posible, aun con los mazos del Rojo. Pero improbable. Kip ojeó el mazo para ver qué cartas habrían salido a continuación, qué podría haber ocurrido si no la hubiera pifiado.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó Kip.

—¿Un trazador con tus aptitudes? Unos quince años, tal vez —dijo Andross Guile. Pero estaba sonriendo. Sabía que Kip no hablaba de eso.

De modo que el muchacho no mordió el anzuelo. Para variar.

—Jugaremos la primera partida dentro de una semana. Lo arreglaré todo con su actual propietaria. Y puedes fantasear con lo que harás con ella si ganas. Aunque tendrás que ganar primero, naturalmente. —Andross Guile se rió por lo bajo—. Crees que vas a liberarla, ¿verdad? Lo cierto es que no eres tan altruista como te imaginas. Nadie que posea una gota de sangre de los Guile lo es. La sangre forja el destino, bastardo. No lo olvides.

Las palabras continuaron llegando a los oídos de Kip, pero desprovistas de significado de repente, irrelevantes por completo. La ilustración de una de las cartas blancas no se correspondía con la que él recordaba. O puede que, debido a haber estado estudiando versiones en miniatura de todos los naipes, sencillamente no se hubiera percatado. El Dedo del Cielo. Se trataba de una daga: blanca, veteada de negro, con siete gemas incoloras engastadas en la hoja. Era la misma que le había legado su madre. Kip se quedó mudo de asombro.

Al oír que Grinwoody susurraba algo al oído de Andross, Kip levantó la cabeza de golpe.

—El Diente del Diablo —dijo Andross Guile—. Lo has visto. No me refiero al de la carta, sino al auténtico.

Aquello fue como un mazazo en el fofo vientre de Kip, que dio un respingo en la silla.

—N-no... ¿a qué os referís?

—El Diente del Diablo es uno de sus sobrenombres. La Sorbehuesos. La Daga de la Ceguera. La has visto. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

Kip no dijo nada, pero comprendió que no era el destinatario de la última pregunta.

—Se sobresaltó al ver la carta, mi señor —declaró Grinwoody—. La ha reconocido, sin lugar a dudas. —No hizo el menor esfuerzo por disimular la socarronería que destilaba su voz.

Era una encerrona. Andross Guile se había dedicado a invitarle a jugar todas aquellas partidas tan solo para infundirle una falsa sensación de seguridad, de complacencia. Kip había jugado ya en dos ocasiones con el mazo blanco, y ese naipe no había aparecido nunca. Andross Guile le había dejado jugar una y otra vez para pillarlo con la guardia baja cuando lo hiciera. Todo ese tiempo para que Kip reaccionara con un sobresalto sincero en caso de que hubiera visto antes el cuchillo. Había sido una trampa desde el principio.

—Seguiremos hablando cuando estés preparado —dijo Andross Guile—. Sé que tu madre la robó. Sé que quería dársela a Gavin, quizá a cambio de que este te reconociera como hijo legítimo. Quiero saber dónde está y qué sabe mi hijo acerca de ella. A cambio, te ofrezco la muchacha. Piénsatelo. No solo obtendrás a alguien que te caliente la cama, lo cual, afróntalo, no tienes la menor esperanza de conseguir de otro modo, sino que además el contrato de una trazadora como ella multiplicará con creces su valor en el transcurso de su vida. Tu ingreso en la Cromería ya está saldado, pero no tienes ninguna fuente de ingresos. Quizá puedas mendigarle algunas migajas a Gavin, si se acuerda de ti, si quieres arrastrarte a sus pies. De lo contrario, alquilar los servicios de Adrasteia será la única manera de evitar tener que buscar patrocinador a tu vez. Y todo por un poco de información que terminaré averiguando de todos modos, tarde o temprano. Si debo recurrir a otras fuentes, te quedarás sin nada.

Kip estaba fuera de su elemento. Medir su intelecto contra el de Andross Guile era como jugar a los nueve reyes con tan solo dos cartas frente a un experto con toda una baraja. Los naipes de Kip se llamaban Ignorancia y Estupidez. No eran de los que ganaban partidas.

—Os veré dentro de una semana —dijo Kip—. Preparad los papeles de Teia. Pienso derrotaros.

50

En cuanto hubo perdido de vista los aposentos del Rojo, Kip emprendió la carrera. Bajó por las escaleras hasta llegar a su planta y no dejó de correr hasta que el barracón apareció en la distancia.

Había un hombre esperando en la entrada.

—Hola, caballero —saludó a Kip cuando este estuvo lo bastante cerca.

—Eh...

—Me han pedido que os informe de que lord Andross Guile desea recompensaros por lo bien que habéis jugado. Ahora disponéis de vuestros propios aposentos. Vuestras pertenencias ya están allí. ¿Os importaría seguirme?

Exasperante vieja araña decrépita. Era un genio. Había contemplado la mano de Kip justo después de jugar un Clarividente. Durante unos instantes, Kip no pudo por menos de admirar lo diestro de su artimaña. ¿Qué mejor manera de examinar todas las posesiones de Kip que ayudándole a mudarse? ¿Y cómo podría él objetar nada? Iba a obtener una habitación mejor a cambio de nada.

De modo que Kip hizo la cosa más inteligente que había hecho en todo el día. Subió las escaleras sin molestarse en inventarse ninguna excusa para entrar en el barracón y comprobar que la daga estuviera aún donde la había dejado, en el baúl de la quinta cama a partir de la suya. Si se la habían robado, no encontraría nada. Si todavía estaba allí, solo conseguiría desvelarles su paradero. Ya regresaría más tarde.

Sus nuevos aposentos no eran demasiado amplios, pero contenían un lecho con sábanas limpias y una manta de abrigo, una mesa, un par de sillas y una ventanita con vistas al exterior. Había una cerradura en la puerta. El sirviente le entregó la llave. Bonito detalle.

Quienes más probabilidades tenían de robarle sin duda dispondrían ya de una copia.

—Gracias —dijo Kip—. Dile al señor de la lux Guile que su generosidad me ha dejado sin palabras. Y dile también que bonito Clarividente.

—¿Bonito... claro y vidente, señor?

—Bonito Clarividente.

—Clarividente. Como deseéis, caballero.

El hombre se quedó esperando junto a la puerta, y Kip comprendió que debería darle propina.

—Lo siento en el alma —dijo Kip—, pero no tengo dinero.

El hombre paseó la mirada por la habitación, como diciendo: bonito cuarto y bonitas condiciones para alguien que está en la indigencia. Como diciendo: embustero.

Kip se ruborizó.

—Gracias, y adiós. —Furioso de repente, tremendamente avergonzado, a punto estuvo de estamparle la puerta en las narices al hombre.

Pero mientras la puerta se cerraba, comprendió que también aquello era obra de lord Guile. Disponía de innumerables esclavos que podrían haber acompañado a Kip a su nueva habitación. Los esclavos nunca esperaban que nadie les diera nada, y su uso para que los huéspedes no tuvieran que preocuparse de dejar propina era un detalle muy extendido entre la gente adinerada. Lord Guile estaba recordándole a Kip su pobreza, lo delicado de su situación. Restregándoselo por la cara. Recordándole cuán desesperadamente necesitaba a Teia.

Kip no estaba demasiado familiarizado con los pormenores económicos de todo aquel asunto, pero sabía que algunos trazadores nunca juraban fidelidad a ninguna satrapía, sino que se financiaban por cauces privados. Esos lores o comerciantes a veces alquilaban los servicios de sus trazadores a quienes los necesitaran... mercenarios. Para quienes no podían permitirse el lujo de invertir ni el tiempo ni el dinero que exigía la educación de un trazador, era una ganga.

Pero... el valor del talento de Teia era nulo, ¿verdad?

O incalculable, según cómo se mirara.

Gavin, padre, ¿quieres hacer el favor de regresar de una vez? Me temo que estoy a punto de cometer una locura espantosa.

Era demasiado tarde para salir en busca de Teia. Su turno habría terminado ya, probablemente, pero Kip no podía quedarse ahí encerrado. Además, ni siquiera estaba cansado. Y todavía faltaban cuatro horas para el entrenamiento de medianoche con Puño de Hierro y la joven.

Salió de la Torre del Prisma y se adentró en el Gran Jaspe. Mientras cruzaba un mercado, juraría que durante unos segundos todo el mundo había sincronizado sus pasos, uno, dos, tres, todos al unísono, hasta que el efecto desapareció. Debían de ser imaginaciones suyas. Unas pocas personas intercambiaron las miradas antes de reanudar sus quehaceres. En cuestión de media hora, se plantó ante la puerta de Janus Borig. Llamó con los nudillos y aguardó pacientemente. Vio que las sombras fluctuaban en los tejados vecinos. ¿Guardias? La portezuela de la mirilla se deslizó a un lado, y Kip vio que la mujer lo escudriñaba.

—¿Dónde puedo encontrar un mazo de cartas negras?

La mujer se rió.

—Qué pronto has vuelto. ¿Lo ves? Te dije que eras más listo de lo que te imaginabas. Entra. Adelante.

51

—Sabes que empezar peleas no va conmigo —dijo Karris.

Gavin se quedó paralizado con la cuchara llena de conejo estofado en el aire, a medio camino de su boca. Esa forma de romper el hielo no auguraba nada bueno. Emitió un gruñidito ambiguo por toda respuesta. Karris y él estaban cenando solos aquella noche, en la pequeña tienda que habían plantado no muy lejos de la playa.

Las semanas habían pasado volando en una vorágine de tareas productivas, amistades renovadas, búsquedas infructuosas e insidiosos temores en aumento. Los tyreanos habían desembarcado entre lágrimas de asombro. El pueblo del Tercer Ojo les había preparado un opíparo festín, y Gavin los había puesto a trabajar de inmediato. En cuestión de días, trazó un plan y estableció una rutina. En la medida de lo posible, delegó el mando en Corvan Danavis, respaldando sus decisiones, mostrándose atento con él a la vista de todos y ensalzando sus virtudes hasta tal punto que ahora los tyreanos tenían tantas probabilidades de apelar a Corvan para zanjar cualquier disputa y solicitar consejo cuando Gavin estaba presente como en su ausencia.

Y Gavin se ausentaba prácticamente a diario, peinando los mares con Karris en busca de la perdición. Se sentaba con el ábaco y el mapa, revisaba y volvía a revisar sus cálculos y sus estimaciones, y después rastreaba y volvía a rastrear las aguas. La perdición no estaba allí. Cualquiera que fuese el punto de partida del radio de tres horas hacia el este y dos y media hacia el norte, no era esa playa de la isla de los Videntes. Ni tampoco, haciendo el cálculo a la inversa, se trataba simplemente de viajar tres horas hacia el oeste y dos y media hacia el sur desde el arrecife de la Bruma Blanca, aunque también eso le había llevado algún tiempo averiguarlo, puesto que el arrecife no se limitaba a un solo punto en el mapa, sino que ocupaba una superficie cinco veces más extensa que la isla de los Videntes. Así pues, ¿debería calcular la distancia desde el supuesto centro del arrecife, desde algún punto en particular de su interior o desde todos los puntos posibles inscritos en una circunferencia?

Además, tampoco es que la velocidad de su trainera constituyese ninguna constante. Había días en los que sucumbía al cansancio y cubría varias leguas menos de lo habitual, pese a creer que había estado viajando al ritmo de costumbre.

—Se trata de Kip —dijo Karris.

Eso al menos parecía inofensivo.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo con él?

—¿Cómo dices? —Hacía semanas que no veía a Kip.

—Es un niño, Gavin.

—Y yo que pensaba que era una perdiz.

—No me vengas con esas —dijo Karris, ruborizándose. Se rebulló en el taburete e hizo una mueca. Entrenar con aficionados suponía coleccionar moratones allí donde el contrincante carecía de la pericia necesaria para contener consistentemente los golpes.

—Ni siquiera sé de qué estamos hablando —dijo Gavin.

—Le has encomendado algún tipo de misión imposible, ¿verdad?

Gavin frunció el ceño.

—¿Cómo lo...?

—¡Te conozco!

—Lo dices como si fuera algo malo —bromeó Gavin, risueño, intentando quitarle hierro al asunto.

Pero saltaba a la vista que Karris no estaba por la labor de hacer las paces.

—Es un niño, no un arma. Lo has soltado como una flecha contra algún objetivo. No sé contra quién. Ni siquiera me importa. Estás utilizándolo para tus propios fines, cualesquiera que sean.

Gavin encajó sus palabras, apretó los labios y dejó la cuchara hundida en el estofado.

—Está bien. Todos tenemos un deber que cumplir.

—No, no «está bien». Es un buen chico y se merece algo mejor. Lo has reconocido como hijo tuyo... ahora pórtate como un padre.

—¿Cómo? ¿Qué acabas de decir?

—¡Es un niño! Lo tratas como si fuese un soldado más. Necesita que le dediques tu tiempo, Gavin. Necesita que lo antepongas al resto de tus intereses.

—No lo antepongo a nada —replicó con franqueza Gavin.

—¡Exacto!

—Exacto. Dime, ¿a qué preferirías que renunciase para irme a jugar con el peque? ¿A proporcionar ropa y techo a cincuenta mil refugiados? Una minucia. ¿A exterminar a una perdición? Una minucia. ¿A salvar a todas y cada una de las siete satrapías? Una...

—¡No me refería a eso y lo sabes perfectamente! Has dicho que Kip es tu hijo. ¿Piensas tratarlo como a tal o no?

—¡Kip sí que es una minucia! —exclamó Gavin.

Karris se echó hacia atrás en su asiento, derrotada.

—En tal caso, eres más mezquino de lo que sospechaba.

—¿Qué esperas de mí?

—Un mínimo de decencia —musitó Karris.

Gavin descargó un puñetazo encima de la mesa, con tanta fuerza que todo quedó salpicado de caldo y vino.

—¿Decencia? —rugió—. ¡Lo hago todo por los demás! ¡Todo!

—Mentira —replicó Karris, sin inmutarse—. Aunque podría estar muy cerca de la verdad. ¿Por qué será que los que están más próximos a ti son los que reciben la peor parte, Gavin Guile?

—¡Vete! ¡Largo de aquí! —bramó el Prisma.

Karris se levantó y salió de la tienda. Desde la puerta, se giró para mirarlo como si se compadeciera de él.

—Eres un gran hombre, pero solo de lejos. —Dicho lo cual, se marchó.

¿A qué diablos venía todo eso?

Gavin creía que las cosas con Karris habían empezado a mejorar desde que trabajaban juntos. Siempre habían formado buen equipo, siempre habían disfrutado de la compañía del otro, aun en silencio. Y ahora aquello. Aquella emboscada. ¿Qué explicación tenía?

Mujeres. Gavin masculló unas cuantas maldiciones más. Podría ir a buscarla. Debería ir a buscarla.

¿Y después qué? ¿Qué iba a decirle? ¿Le contaría toda la verdad?

La mera idea apagó su ira. Maldijo de nuevo y sacó sus mapas. Al diablo con ella, tenía trabajo que hacer.

Había terminado renunciando a su atajo, el cual probablemente le había costado dos semanas más de las que habría necesitado un enfoque metódico, y había reducido la búsqueda valiéndose de sus dotes deductivas y de la información más consistente a su alcance. Había visitado varias ciudades costeras del mar Cerúleo, preguntando si alguien había avistado algún engendro azul, y en tal caso, en qué dirección. Había llegado incluso a cruzarse con dos espectros, uno en un bote de vela, y el otro remando en una barcaza de luxina azul de su propia factura. Ambos se habían mostrado tan poco dispuestos a cooperar como les fue posible, por supuesto, intentando matar a Gavin y a Karris, pero Gavin había averiguado de dónde provenía cada uno de ellos: de una pequeña población en las afueras de Idoss, en Atash, y de Garriston. Dada la inclinación de los azules a desplazarse en prácticas líneas rectas, había calculado dónde deberían encontrarse sus trayectorias... pero allí no había hallado nada.

Estaba claro que al menos uno de ellos era mal marinero o se había visto desviado de su rumbo por las tormentas otoñales que ya empezaban a desatarse con demasiada frecuencia.

Desviados de su rumbo por una tormenta surgida de la nada, los pobres diablos.

Emboscados. No es de extrañar que digan que la mar es una mujer.

Gavin había optado entonces por dividir el mar Cerúleo en zonas y celdas, y se aventuraba tan lejos como podía, consultando el sextante y la brújula cada media hora para comprobar que no se hubiera apartado de la trayectoria prevista. Evidentemente, a la velocidad a la que viajaba, no era nada descabellado que se desviara unos cuantos grados por espacio de media hora —nada más sencillo durante una tormenta— antes de corregir el rumbo sin darse cuenta, para al día siguiente surcar las mismas aguas sin ningún contratiempo, a pesar de lo cual seguiría habiendo margen de sobra como para que se le escapara algún islote.

La única alternativa pasaba por hacer un alto cada diez minutos y efectuar las laboriosas comprobaciones. Dominaba los instrumentos, pero detenerse con tanta frecuencia a menudo significaba perderse multitud de leguas. Tampoco debía olvidar que la perdición se movía. Si avanzaba demasiado aprisa, podría cruzar su cuadrícula de un extremo a otro sin que él se enterase siquiera, aunque todos sus cálculos y estimaciones fueran exactos. Era desquiciante.

Karris le había sugerido que construyera otro cóndor y sobrevolara la zona. Habría sido una idea excelente, si Gavin todavía pudiera trazar el azul. Le llevó meses diseñar el cóndor con los materiales originales, y aun así distaba de ser perfecto. La luxina amarilla podría sustituir a la azul, pero pesaba más y trazar una versión estable resultaba infinitamente más complicado. Quizá en un par de semanas consiguiera idear un diseño práctico. Y permanente, al ser de luxina amarilla. No podría construir uno nuevo todos los días, ni podría desintegrarlo con facilidad si lo perdía ante algún adversario. De modo que debería encontrar un lugar seguro donde guardarlo mientras lo perfeccionaba. Y luego, si se torcían las cosas cuando estuviera en el aire, no podría efectuar ninguna reparación de emergencia con el azul. Si algo salía mal, se estrellaría, y todos sus denuedos habrían sido en vano. Si supiera que iba a seguir peinando el mar durante otros seis meses, merecería la pena. Pero no lo sabía.

Desquiciante era poco.

Además, los tyreanos lo necesitaban. Sus escasos trazadores se consumirían ayudando a despejar la espesura y construyendo refugios a menos que Gavin les echara una mano. Corvan había convencido a los isleños, trazadores en su mayoría, para que colaboraran a cambio de trabajar para ellos en el futuro, pero la lista de tareas pendientes no dejaba de crecer. En vez de intentar hacerlo todo por su cuenta y riesgo, Gavin decidió poner en práctica sus considerables habilidades trazadoras de un modo que le pareció divertido, al principio, y después dejó a todo el mundo asombrado: empezó a producir ladrillos.

Ladrillos de luxina amarilla. Con lo que habían aprendido construyendo la Muralla de Agua Brillante, sus arquitectos y obreros diseñaron los moldes necesarios

para fabricar unos sillares sólidos que pudieran encajar entre sí. Gavin dedicaba una hora todas las mañanas a pasear entre los moldes, llenándolos de luxina amarilla, perfectamente trazada y sellada, prácticamente indestructible, antes de partir en otra de sus expediciones diarias. Los obreros sacaban los ladrillos y los utilizaban en todo tipo de construcciones.

Si bien al principio se conformaba con protegerlo en la isla y durante sus viajes, Karris no tardó en arrimar el hombro a su vez. Enseñaba a luchar a los más aptos, organizando en ocasiones cacerías de jabalinas. Aunque estas, al igual que sus parientes gigantes, menos frecuentes, eran oriundas de Tyrea desde hacía tiempo, en las últimas décadas no se había visto ninguna cerca de Garriston, y enfrentarse a unas fieras tan peligrosas e impredecibles era lo más parecido a una situación de combate real.

Cada vez que Gavin y Karris regresaban a la isla, los aguardaba una nueva sorpresa. Gracias a la abundancia de materiales de construcción, a los cincuenta mil trabajadores voluntarios, a la amabilidad de las gentes de la zona y a la buena administración, su pequeño puerto no tardó en transformarse en un campamento, primero, y por último en un asentamiento con todas las de la ley. No se levantó ninguna muralla, respetando así lo pactado entre Corvan y el Tercer Ojo, quien opinaba que la vulnerabilidad mutua garantizaría mejor la paz que la defensa recíproca. Pero todas las demás estructuras imaginables proliferaban. Gavin se sentía orgulloso de estar contribuyendo a construir algo, para variar.

Pasaba la mayoría de las noches con Corvan, comentando los pormenores de la administración, resolviendo problemas, trazando planes, echando incluso alguna que otra partida a los nueve reyes. Resultaba agradable conversar, bromear, beber una copa de vino de más de vez en cuando.

Y mantenía a Karris a una distancia prudencial, tan desesperado por disfrutar de su compañía como irremediablemente temeroso de ella. Quienes más cerca estaban de él se llevaban la peor parte, sin duda.

Soltó los mapas. Ni siquiera les había echado un vistazo en los últimos minutos.

Kip no era el problema, pensó. No el único, al menos. Para Karris, el problema era el camino que no había seguido. Kip tenía una edad por la cual podría haber sido perfectamente el hijo de ambos si Gavin no hubiera roto su compromiso con Karris. Lo que esta quería decir no era: «¿Cómo eres capaz de eludir al bastardo que tuviste sin darte cuenta con una pueblerina cualquiera?», sino: «¿Es este el padre que habría tenido nuestro hijo?».

Orholam misericordioso. Era un mazazo en la boca del estómago.

Y Karris tenía razón.

Kip era un buen chico, pero Gavin apenas lo conocía. Y no sabía qué hacer con él, eso estaba claro. Debería haberle pedido que lo acompañara, debería haberlo

educado personalmente. Lo cierto era que ni siquiera se le pasó por la cabeza. Para él Kip era un lastre, un estorbo que endilgar al comandante Puño de Hierro lo antes posible.

Todo el mundo tenía alguna exigencia para el Prisma, y esa había sido la gota que colmó el vaso. Kip era un buen chico, pero no era el hijo de Gavin. Gavin podía anunciar a los cuatro vientos que lo era, podía encajar el deshonor de haber engendrado un bastardo, podía hacer frente incluso a la desaprobación de su padre. Pero entre un único gesto de generosidad y la decencia del día a día mediaba un abismo.

Podía añadir a Kip a la lista de problemas que lo aguardaban cuando regresara a la Cromería. Que lo aguardaban con enconada impaciencia. Problemas, muchos de ellos, que deseaba abordar desesperadamente, pero se sentía como si fuera a tener las manos atadas hasta que encontrara a la perdición azul.

A la mañana siguiente, Karris le dio los buenos días como si nada hubiera pasado, y Gavin también lo dejó correr. No podía hacer nada acerca de Kip ni de ninguna otra cosa hasta descubrir el paradero de la perdición.

De modo que se detenía allí donde veía algún barco en alta mar, transformaba la trainera en una arenera y remaba hasta ellos, planteaba sus preguntas y evitaba las de ellos, y seguía buscando. Los conflictos debían de estar multiplicándose por todas partes. Si prolongaba su ausencia mucho más, la Cromería declararía su muerte, pese a las cartas que enviaba con los capitanes de navío y las respuestas de la Cromería que recibía y no leía jamás. Pero no podía abandonar la búsqueda. Odiaba demasiado a los azules. También eso formaba parte de sus cinco propósitos: aniquilar a todos los engendros. Se lo debía a Sevastian. Nada se interpondría en su camino. Ni siquiera la mismísima Cromería.

Dejaba que Karris lo acompañara casi todos los días, en parte porque ella se resistía a permitir que saliera sin ella, y en parte porque esperaba que ella detectara al azul. El Tercer Ojo había dado a entender que la proximidad de una perdición afectaba a todo el mundo, pero sobre todo a los trazadores. El plan de Gavin consistía en utilizar a Karris para encontrarla, y después regresar al día siguiente, sin ella, para destruir a la monstruosidad. Karris se enfurecería con él, por supuesto, pero eso le traía sin cuidado.

Y así pasaban los días, días y más días. Transcurrieron dos meses. Tres.

52

—Te las puedo dar —dijo Janus Borig.

Tenía que haber alguna pega, seguro. Nadie iba a regalarle sin más algo que necesitaba tan desesperadamente. Las cartas negras debían de poseer un valor incalculable.

—Pero me costará algo —dijo Kip. La anciana cerró la puerta detrás de él y volvió a correr los numerosos cerrojos y pestillos.

—No. Te las regalo gratis. Lo cual, bien pensado, es una redundancia, ¿verdad?

—Pero...

Borig le dio unos golpecitos en el pecho con el tallo de su larga pipa.

—Pero ¿tú sabes lo que es llevar encima un objeto tan codiciado? ¿Caminar por una callejuela oscura sabiendo que podrías comprar todas las casas y todos los comercios del bloque con lo que tienes en el bolsillo? Es aterrador. Cualquiera de estas cartas vale eso, Kip. Si te doy una baraja, tendrás más riquezas de las que podrías amasar en toda tu vida. Y su valor no es simplemente económico. Estarías en posesión de un pedazo de historia. Historia que podría caerse en un charco y estropearse sin remedio, o ser robada, literalmente, y desaparecer para siempre. ¿Te imaginas lo sobrecogedor que es eso?

Kip estaba pensando en la daga que podría seguir estando o no en aquel baúl, en el barracón. Tragó saliva con dificultad.

—Eso es algo a lo que he estado dándole vueltas —dijo—. La casa que tienes aquí. No te lo tomes a mal, está muy bien y todo eso, pero... es que está «aquí». No es el lugar donde uno esperaría encontrarse con una fortuna. —Lo cual, comprendió, podría explicarlo todo.

—Esta casa la construimos mi marido y yo. Hace ya casi cincuenta años. Me gusta este sitio. —Borig se encogió de hombros—. Sé que no parece el lugar más seguro para guardar lo que tengo, pero está más protegido de lo que te imaginas. Invertí mucho dinero para que así fuera. Ni el Prisma con todo el Espectro podría arrebatarme nada contra mi voluntad. —Sonrió—. Bien. Bueno. Veamos. ¿Por dónde...? Ah. Las cartas negras. La pregunta es, ¿las quieres porque están prohibidas, o sencillamente para derrotar a Andross Guile?

Kip frunció el ceño. Sospechaba que no era la respuesta correcta, pero dijo:

—Sencillamente para derrotar a Andross Guile.

—En ese caso, no necesitas un mazo de cartas negras completo. —La anciana

tanteó encima de la mesa, en busca de un bote de tabaco, mientras hablaba.

—¿No?

—Estas cartas no se prohibieron porque fuesen las mejores para jugar, Kip. Se prohibieron porque contaban historias que la Cromería no quería seguir escuchando. Igual que cuando saque a la luz las cartas nuevas, las primeras cartas nuevas en muchos, muchísimos años, no les hará ninguna gracia a quienes aparecen en ellas.

—¿Puedo usar las cartas nuevas? —Esa sería la manera de burlar por completo a Andross Guile.

—No. De ningún modo. No están terminadas, y cuando lo estén, mi vida correrá aún más peligro que ahora. Aceptaré el riesgo llegado el momento, no antes.

—¿Alguien estaría dispuesto a matarte por unas cartas que dicen la verdad, que deberían decir la verdad?

—Sobre todo por eso, Kip. Si pudiera inventarme lo que me apeteciera, en fin, ¿quién sería? —Introdujo un pellizco de tabaco en la pipa. Desprendía un olor espantosamente fuerte—. Una vieja cualquiera. Nadie. La verdad es poder. La luz revela...

La interrumpió una chispa, seguida de una siseante lengua de fuego que brotó de la cazoleta de la pipa y saltó hasta el techo. Borig profirió una maldición y soltó la pipa, cargada de pólvora. Pisoteó las llamas diseminadas entre el desorden como si se propusiera incendiarlo todo, aunque la pólvora se consumió sola en unos instantes.

—Maldita sea, ya van dos esta semana.

Kip se había quedado con los ojos como platos.

—¿Estás... estás en peligro? —balbució.

—Ya lo creo. Pero soy muy difícil de encontrar. Y estoy muy bien protegida.

—Yo te encontré sin ningún problema.

—Eso es porque quería que lo hicieras, pequeño Guile. Además, ¿no has visto a mis hombres?

—Hum... —Kip tenía la impresión de que habían estado observándolo.

—¿De pardo tabardo y blasón con emblema de blat... digo, de plata? Humm, menudo trabalenguas. Bueno, pues mira qué bien, a lo mejor resulta que valen más de lo que les pago. —Janus cogió otra pipa de la pared y la llenó de tabaco—. A ver, por dónde... Bah, qué más da, acompáñame arriba. —Kip la siguió mientras la anciana no dejaba de hablar—. He aquí la pega.

¡Lo sabía!

—No dejaré que te lleves ninguna carta hasta que no la hayas revivido.

—¿Revivido?

—El recuerdo contenido en ella. Como la última vez. Por si extravías la carta, no quiero que se pierdan esos recuerdos.

—¿Y qué tal si... no sé... en vez de llevarme esos originales que valen una

fortuna, por qué no me das unas copias? Ya sabes, como las que utiliza la gente para jugar. La gente normal, se entiende.

Janus Borig se rascó la nariz con el tallo de la pipa nueva.

—Es... la idea más sensata que he oído en mucho tiempo. Además, eso me permitiría colocar las marcas del ciego en las cartas, con lo cual lord Guile se sentiría mucho más inclinado a permitirte utilizarlas. Kip, eres un genio.

¿Genio? A Janus Borig ni siquiera se le había pasado por la cabeza la idea de usar una baraja corriente y moliente. Era tan lista que solo un milagro explicaba que acertara a vestirse por las mañanas. Que Kip hubiera pensado en la forma más normal de hacer las cosas no denotaba inteligencia, sino todo lo contrario.

—Estupendo —dijo la anciana, risueña—. Bueno, pues vamos a hacerte unas cartas.

53

Otra vez el mismo. Este era importante. Debía encontrar el momento adecuado. Ignoraba por completo lo que estaba haciendo, pero tenía que aprender. Clic, clic, clic, clic, clic.

~El Artillero~

El capitán Burshward está un poco cabreado esta mañana. Quizá tenga algo que ver con el hecho de que hayamos matado a dos de sus hombres y estemos intentando apropiarnos de su preciosa galera, sus excelentes remeros, su valiosa bodega y su miserable persona.

—El capitán Artillero os lo preguntará una vez más, capitán Pus Guardo —digo —. Necesito la llave de esa cadena. —Frunzo el ceño—. Supongo que eso no era una pregunta, ¿verdad? Ah, pero eso sí.

El capitán, su hermano y dos oficiales más están sentados, con las manos atadas a la espalda, encima de la borda. Que en esta galera, todavía se usa para abordar. Sus dos cañones se apoyan en ella. Hace tan solo veinte años que todos los barcos se construían así, antes de que a algún genio se le ocurriera inventar las portas para baterías. En apenas dos décadas, la idea se extendió por todo el mar Cerúleo, pero posiblemente no más allá. La precisión de los cañones afianzados en la borda se resiente si tienen que apuntar a los lados y, como es lógico, no pueden disparar hacia abajo; las naves deben mantenerse a una distancia prudencial, puesto que si se acercaran demasiado, solo conseguirían destrozarse mutuamente las jarcias. Frente a una galera armada propulsada por remos, esa no es la manera más indicada de incapacitar al adversario.

El capitán parecía furioso; su hermano, ceniciento pese a su natural complexión rubicunda; los dos marineros que los acompañaban, aterrados.

Eran hombres de Angari, de más allá de las Puertas Sempioscuras. Altos y fornidos, con el largo cabello rubio trenzado. Su cultura se basaba en el matriarcado. Los varones significaban una deshonra. Sus costumbres eran bárbaras e incomprensibles, y bebían un extraño brebaje viscoso elaborado con miel, pero se los consideraba grandes marinos. Dignos de respeto por ser capaces de atravesar las Puertas Sempioscuras.

Eso es algo que el capitán Artillero no ha hecho. Todavía.

—¿Dónde está la llave de la cadena? —pregunto, sumamente cortés. A un dedo de distancia de su cara.

La llave es para las cadenas de los galeotes, encerrados abajo. No para liberarlos ni ninguna tontería por el estilo, sino porque los remos están guardados a cal y canto. Algo infrecuente, de lo contrario habría venido preparado.

—Cierto, solo es una cadena. Podemos vérnoslas con ella. Tenemos herramientas; tenemos pólvora. Puedo preparar una carga perfecta en menos de tres minutos, y seguramente ni siquiera prendería fuego al barco ni moriría nadie. Pero con la llave sería más rápido.

Y el grueso de la tripulación de Burshward regresa ya a la galera tras disfrutar de su permiso en la ciudad de Ru; su bote se mece con el oleaje, repleto de hombres resacosos y descuidados. A menos de quinientos pasos. En la cubierta no hay ni una mísera carronada con la que ocuparse de ellos. De momento solo hemos encontrado dos mosquetes, viejos modelos de mecha a los que no me apetece confiarles la vida. Como sus hombres lleguen a la galera, nos matarán a todos casi con toda seguridad.

—Bonita galera —comento—. Tres hileras. Más veloz, aunque también aumenta el riesgo de que se traben los remos, ¿eh?

—La décima más rápida de la flota del dios azul, lo que significa que es la galera más rápida de este puto charco de meados que nos dejó Ceres, con diferencia —dice —. Los mejores remeros del mundo. No han cruzado los remos ni una sola vez, ni siquiera al surcar las mismísimas Puertas. —Ya me había percatado de que sus galeotes no son los típicos desgraciados escuchimizados que tanto les gustan a otros capitanes de galera más estúpidos. Si dejas que tus remeros se consuman, rendirán menos y tu barco avanzará más despacio. Burshward es demasiado listo para eso. Sus esclavos son individuos musculosos, aseados, sanos y robustos. Mantener a unos esclavos en tan buena forma cuesta dinero, pero vale la pena. Y más para un pirata, sobre todo si están bien adiestrados. Mi botín es mayor de lo que me imaginaba. O lo será, si consigo llevármelo.

—La llave de la cadena —repito. Sumamente cortés.

Permanece callado. Un tipo valiente, tambaleándose en precario equilibrio encima de la regala. Digno de admiración.

—¿Pito, pito, gorgorito? —le pregunto.

—¿Qué gorgorito? —No está familiarizado con el juego, por lo visto.

—Este gorgorito.

Le pego una patada en el pecho al primero de los hombres. Se cae por la borda y se hunde con un alarido y un chapoteo. No es fácil nadar cuando se tienen las manos atadas a la espalda, pero se puede hacer, durante algún tiempo.

Gorgorito no. Le entra el pánico. Patalea. Se hunde.

—Decidme un número, capitán.

—¿C-cómo? —Adopta una expresión atemorizada de repente.

—¡Por las tetas de Ceres, Gillan! —exclama el hermano—. ¡Elige un puto número!

—Pito, pito, gorgorito. —Saco la pistola y apunto a cada uno de los hombres por turnos mientras canturreo la melodía—. Había un pirata que era muy lento. Me daba la lata con tanto cuento...

—¡El tres! —dijo el capitán.

—Uno...

Apoyo el cañón de la pistola en la frente del capitán. La amartillo. Veo cómo tiembla, palidece. Tarda un instante en apretar los dientes, desafiante.

—Dos...

Suelto el percutor y levanto el cuchillo con la otra mano, hasta la garganta del hermano. Apoyo la punta en su barbilla, entre las gruesas trenzas de su barba. Tiene los ojos firmemente cerrados.

—Tres... —Retiro la daga—. Y ya no lo ves.

—¡No no no! —exclama el tercero.

Le golpeo la frente con un dedo huesudo en vez de apuñalarlo. Intenta mantener el equilibrio, pero continúo empujando. Se hunde en el agua sin dejar de retorcerse.

—Capitán, no disponemos de mucho tiempo —me informa uno de mis hombres.

Lo miro.

—Me estoy dando prisa —digo. Traga saliva con dificultad y cierra el pico—. Decidme un número, capitán. —Lo apunto a él primero con la pistola. Los números impares caerán en el capitán; los pares, en su hermano. Cualquiera se daría cuenta enseguida, si pudiera pensar con claridad.

—¡Ese hombre tenía familia! Sobrevivió al...

—Pito, pito, gorgorito... Bah, a la mierda. —Le pego un tiro en la rodilla al hermano.

Al estrellarse y aplastarse contra la rótula, una bola de plomo del tamaño de un pulgar básicamente puede arrancarte la pierna. Tengo que sujetar al hermano para impedir que se caiga por la borda.

—Estoy harto de este juego. Última oportunidad, u os mato a los dos y decido luchar. Me gusta luchar. Decídmelo, y viviréis.

—En mi camarote, encima del marco de la puerta —dice el capitán.

El peor escondite del mundo. Si tuviera más hombres, ejecutaría a alguno de ellos por haberlo pasado por alto.

Mi primero de a bordo ya se ha ido corriendo a buscarla.

Regresa un segundo después y baja a la bodega junto con otros dos. Están siguiendo el plan. Formarán una buena tripulación. Deberían tardar alrededor de un

minuto. Lo conseguiremos.

—Ahora vas a asesinarnos de todas formas, ¿verdad? —masculla el capitán. Su hermano está prácticamente inconsciente. Los he devuelto a ambos a la cubierta.

—Os dije que no lo haría. Y soy el hijo de una ramera y un luxiat apóstata. Mi palabra vale su peso en oro. —Le dedico una sonrisa demencial.

Palidece.

Anudo una cuerda con fuerza en torno a la pierna de su hermano para detener la hemorragia.

—¿Queréis que vuestro hermano viva como un tullido, o que muera?

Traga saliva.

—Que viva.

Cojo la espada del capitán, un extraño artilugio angari: gruesa en la punta, con una curvatura tan pronunciada que no podría caber en ningún tipo de vaina. Pero he matado gente con cosas más raras.

Hundo la hoja en la pierna del hermano, justo por encima de la rodilla y por debajo de la cuerda. Soy nervudo pero fuerte, y sé imprimir velocidad a una espada. Cerceno la extremidad limpiamente.

Bueno, «limpiamente» no, claro. Sangra un montón. Hasta el mejor torniquete tiene sus límites.

El hombre profiere un alarido y patalea. El capitán tiene pinta de ponerse a vomitar de un momento a otro. Tiro la espada a un lado y compruebo la posición de los botes. Sus ocupantes se han percatado de que algo anda mal; han oído el disparo, y ahora reman con brío. La cosa va a estar muy reñida.

Doy la vuelta a Una Pata y recubro de pólvora el muñón ensangrentado. Gimotea, se retuerce débilmente. Necesito tres intentos antes de que prenda una chispa. El fogonazo inunda el aire de humo y de un olor a cerdo frito, cauterizando la herida. Qué curioso, la carne humana a la brasa huele que alimenta.

Una Pata se desmaya. El capitán me mira como si no entendiera muy bien qué diablos soy.

—Amarradlos a unos barriles —ordeno a aquellos de mis hombres que remolonean ociosos por los alrededores—. ¡Pero que estén vacíos, cretinos!

Así lo hacen, justo cuando cincuenta remos por banda se liberan con un traqueteo. Tres hileras. Eso significa más palas en el agua, mayor velocidad. Me sitúo de un salto junto al timón; sin rueda en este barco, por desgracia, tan solo una caña. En fin, a navío secuestrado...

El capitán Burshward continúa mirándome fijamente, temblando y estremeciéndose, pero ahora de rabia.

—Los antiguos dioses están resucitando —dice—. Todo esto toca a su fin, pirata. Las Puertas Sempioscuras se abrirán, y nos abalanzaremos sobre vosotros como los

Raptores de Kazakdoon. Nuestro exilio no durará eternamente, ladrón. Las Brumas Blancas se abrirán ante nosotros. Nuestra hora está...

Le pego un puñetazo en la cara. Hago una seña a mis hombres.

—¡Mot renace mientras hablamos, pirata! —grita sin dejar de sangrar—. ¿No lo notas? ¡Estamos aquí para anunciar su venida! ¡Tenéis los días contados!

Mot, el dios azul. Ya tengo una diosa azul que no me deja parar ni un momento.

Mis hombres lanzan por la borda al capitán y a su hermano. Se hunden con un chapoteo ensordecedor antes de salir a la superficie, impulsados por la flotabilidad de los barriles... que giran y los sumergen de nuevo. Tendrán que luchar por respirar, como hacemos todos los demás, todos los días.

Los angari de los botes han empezado a gritar. Los remos de la galera se hunden en el agua y se abaten lentamente.

—¡Ahí tenéis a vuestro capitán y a su hermano! —les digo—. ¡Salvadlos o dejad que se ahoguen! ¡A mí me da igual!

Imponer a los hombres de las barcas de remos la necesidad de elegir entre rescatar a su capitán o perseguirnos divide su atención, nos proporciona otro puñado de segundos. Veo un par de mosquetes. Me agacho.

El tamborileo de los disparos. Por Ceres, me encanta ese sonido. Unos cuantos proyectiles levantan incluso astillas por los aires. Excelentes tiradores.

Ojalá pudiera añadirlos a mi tripulación.

El primero de los botes ha virado en dirección al capitán. El segundo viene detrás de nosotros.

—¡Droose, al timón! —ordeno.

Mientras él empuña la caña, yo me subo encima de la borda de un salto y saludo a los hombres que reman en pos de nuestra galera.

—¡Que tengáis buen día, muchachos! Acabáis de ser derrotados por el capitán Artillero. Perder ante el mejor no es ninguna deshonra. Algún día se lo contaréis a vuestros nietos. ¡Si es que vivís para ello! Dad la vuelta mientras podáis. Porque soy el capitán Artillero, asesino de tiburones y cazador de demonios marinos. No me obliguéis a añadiros a la lista.

He fabricado una granada improvisada, pero preferiría no utilizarla. La mecha consiste en un jirón de tela impregnada de pólvora. La granada es un jarro lleno de pólvora con un trozo de madera incrustado en la tapa. Tiene tantas probabilidades de volarme la mano como de no detonar en absoluto. Necesito hacerme con un trazador. La magia me pone tan nervioso como una esclava de cámara virgen, pero a veces ni siquiera el Artillero consigue lo que quiere. A veces las cosas van sobre ruedas, y a veces las ruedas te aplastan.

Los hombres del bote empiezan a lanzarme improperios. Ya han disparado sus mosquetes, pero un par de ellos dejan de remar para recargarlos. Bien. A menos

remeros, menos velocidad.

Me río de ellos, y otro más suelta los remos. Están maldiciéndose los unos a los otros, gritando que hay que bogar más, jurando que van a matarme.

Los galeotes impulsan los grandes remos una vez más, y otra. Es suficiente. Aceleramos. Me quito el sombrero con una floritura y ensayo una reverencia mientras la galera se aleja de sus antiguos propietarios.

Segundos después, oigo un par de disparos. Me encanta la música de los mosquetes.

Ya me he girado hacia mis hombres.

—Haced inventario —les ordeno—. El capitán Artillero quiere secuestrar otro barco esta misma semana. Necesito saber si dispondré de pólvora suficiente para ello, o si tendré que depender exclusivamente de mi arrolladora personalidad. ¿Y qué diablos es lo que beben esos bárbaros? ¿Hidromiel? Pues sacadla. ¡Un trago para todos, y dos más esta noche si conseguís no agriarme el humor!

54

Los treinta y cinco cadetes forman en líneas ordenadas, con las manos recogidas a la espalda, escuchando con atención. El instructor Fisk solía ser el encargado de supervisar sus maniobras y ejercicios, pero en esta ocasión iban a recibir una nueva visita del comandante Puño de Hierro. Dos estudiantes se habían marchado tras hablar con sus patrocinadores de la guerra inminente, pero solo dos. Teia se sentía orgullosa de eso; también era profundamente consciente de que probablemente fuese una tontería enorgullecerse de compartir fatigas con un hatajo de ignorantes que no tenían la menor idea de dónde se estaban metiendo.

El comandante Puño de Hierro se situó delante de la clase, con la cabeza recién afeitada y ungida. Su uniforme de la Guardia Negra, de fibras de algodón entreveradas de luxina para constituir una flexible segunda piel, realzaba el impresionante triángulo invertido imaginario que iba de sus hombros hasta la cintura, mientras que el dorado ceñido de sus mangas enfatizaba unos bíceps cuyo perímetro igualaba al de la cintura de algunos de sus alumnos. Poseía las recias nalgas de quien podría derrotar a cualquier caballo en una carrera, y sus piernas rivalizaban con las mismísimas torres de la Cromería. Era asombrosamente apuesto. Veteaban sus músculos unas venas más gruesas que los brazos de Teia. Y el conjunto se mostraba distendido, laxo, relajado.

Teia sabía que, en un guerrero, esa fachada de placidez y serenidad significaba velocidad. El instructor Fisk, pese a ser más bajito y rechoncho que el comandante Puño de Hierro, era literalmente una montaña de músculos. Su pesada musculatura, de hecho ralentizaba sus movimientos, en comparación con Puño de Hierro. Comparado con Teia, naturalmente, el instructor era tan veloz como una flecha disparada por una ballesta.

—Vuestra formación es la mejor que se puede encontrar en las Siete Satrapías —empezó el comandante Puño de Hierro. Los preámbulos no iban con él—. Vuestra formación es necesaria, buena y eficaz. Pero vuestra formación, incluso aquí, incluso entre los mejores, puede imponeros limitaciones. Cuando intercambiamos puñetazos durante los entrenamientos, contenemos los golpes. De lo contrario, os perderíamos a todos por culpa de las heridas. Pero cuando contienes tus fuerzas diez mil veces, cuesta no hacerlo a la diez mil y una: la vez que te enfrentas a un rival de verdad.

»Nuestras imprescindibles medidas de seguridad pueden convertiros en malos luchadores. Los guardias negros no pueden permitirse el lujo de ser malos

luchadores. Vuestra promoción será llamada a combatir y tal vez a morir, quizá no dentro de mucho, y si no sabéis cómo aniquilar a vuestro oponente antes de que este os aniquile a vosotros, muchos perderéis la vida. Catorce de vosotros podéis aprobar. Podéis. Eso no quiere decir que vayáis a hacerlo. De modo que la formación de este grupo va a ser ligeramente distinta. Acelerada. Más difícil. No toleraremos mediocridades. La experiencia es la mejor consejera, así que experiencia es lo que tendréis. A algunos de vosotros esta experiencia os costará lesiones que os alejarán de la competición por una de esas catorce plazas. Nunca antes hemos hecho esto porque es peligroso y no es justo. Pero el tiempo se agota, de modo que haremos lo que sea necesario. Para algunos de vosotros, las pruebas serán sencillas. Para algunos, horribles. Para otros, serán combates a muerte, literalmente. Estas experiencias no serán seguras ni estarán controladas. Quizá sean demasiado traumáticas. Podríais quedar inválidos o morir. Si no aceptáis estas condiciones, tenéis permiso para marcharos. Ahora mismo.

Nadie se movió del sitio.

—Fracasar en estas pruebas no os impedirá avanzar automáticamente. Pero contará. Si falláis, descenderéis tres puestos. Los guardias negros trabajamos con lo que tenemos, no con lo que queremos. Estas son las reglas: cada uno de vosotros y vuestras parejas seréis conducidos a un punto en el Gran Jaspe, en uno de los peores vecindarios. Se os dará un puñado de monedas a la vista de todos, monedas que deberéis llevar a la Gran Fuente. Está prohibido portar armas o trazar. Para aprobar, deberéis regresar con seis de los ocho danares que recibiréis. Aquellas con las que volváis, vuestros compañeros y vosotros os las podréis quedar. Si no estáis aquí transcurridas tres horas, iremos a buscaros. Pero no esperéis ningún tipo de ayuda. Estaréis solos ahí fuera.

Ocurrió algo extraño durante el sorteo para decidir el orden en el que saldrían. El primer equipo sacó el número uno; el segundo equipo, el número dos; el tercero, el tres. El instructor Fisk frunció el ceño y volvió a mezclar las fichas. Pero los cuartos en sacar obtuvieron el número cuatro, y los quintos el número cinco. Mezcló otra vez, seis, siete, ocho, nueve, diez. Arrugó el entrecejo, pero no dijo nada, y lo achacaron a un extraño capricho del azar.

Adrasteia y Kip obtuvieron el tercer puesto por la cola. No era un comienzo prometedor. A continuación cruzaron la ciudad, tras los pasos del instructor Fisk y varios de los cadetes más veteranos de la Guardia Negra. El comandante Puño de Hierro no los acompañó. El deber lo reclamaba en otro lugar.

El primer puesto había recaído en Gracia, la muchacha de las montañas parianas, espigada y más alta que la mayoría de los chicos. Su compañero era otro pariano, Goss, también alto y esbelto, pero no tan moreno como Gracia, y mucho más feo. Era uno de los mejores luchadores, pero tenía la costumbre de rascarse las postillas,

hurgarse la nariz y sacarse la cera de las orejas... y comerse lo que encontrara. Le faltaba el canto de un danar para ganarse algún mote desagradable.

Se había congregado una multitud considerable para ver qué tramaban tantos guardias negros en un barrio de mala reputación, y no todas las caras eran cordiales. La mayoría de los curiosos se mostraban desconfiados e intrigados a partes iguales.

El instructor Fisk indicó a Gracia y a Goss que dieran un paso al frente, les hizo entrega públicamente de los ocho danares, contando las monedas una por una, y les ciñó la frente con sendos pañuelos de color rojo.

—Que lleguen sanas y salvas a la Gran Fuente. Nadie de la Guardia Negra ni nadie en la Cromería va a ayudaros. Si perdéis estas monedas, la responsabilidad será exclusivamente vuestra. No está permitido el uso de armas, como tampoco trazar.

Una oleada de murmullos recorrió la multitud que los observaba. No era una fortuna, pero para un trabajador sin cualificación suponía el salario de dos semanas. Y estaba en manos de unos chiquillos. Y los curiosos conocían el destino de esos chiquillos, por lo que podían deducir su ruta. Y el instructor Fisk acababa de anunciar que esos chiquillos no iban a gozar de ningún tipo de protección por parte de las altas esferas.

Gracia y Goss eran listos, no obstante. Más listos de lo que Teia sospechaba. Partieron a la carrera.

Si seguían una ruta directa, correrían más deprisa que la noticia. De hecho, en función del tiempo que hiciera esperar Fisk a los equipos entre intento e intento, la misma estrategia podría funcionar para las primeras parejas. Quien quisiera emboscar a los guardias negros tendría que escuchar antes la nueva y tardaría en alertar a sus compinches.

Transcurridos cinco minutos, el instructor Fisk repitió las normas, anudó los pañuelos rojos a la frente de los componentes de la segunda pareja y les dio el dinero. También ellos echaron a correr.

La multitud de curiosos no dejaba de crecer, pero Kip estaba atento a la periferia del gentío para ver quién se marchaba, y Teia siguió la dirección de su mirada. La muchacha vio cómo unos cuantos jóvenes se dividían, todos ellos lanzando miraditas furtivas al círculo, como si temieran que su día de paga pudiera esfumarse de un momento a otro.

Los cadetes conversaban entre sí, intentando dilucidar cuál sería la mejor estrategia. Si los cálculos de Teia no fallaban, Kip y ella disponían de algo menos de dos horas antes de que llegara su turno. Cuando pensó en cuántos matones podrían reunirse en ese tiempo, se le secó la boca. Acudirían a por el dinero como tiburones atraídos por la sangre.

Seguía pensando en ello cuando se percató de que Kip se había alejado.

—¿Adónde vas? —preguntó Teia.

—Adonde deberíais estar yendo todos —fue la respuesta de Kip.

—¿Cómo?

Todos los cadetes tenían las miradas puestas en Kip, al igual que no pocos de los curiosos, convertido ahora en el centro de atención.

—A explorar —dijo Kip.

Los cadetes miraron al instructor Fisk, que se encogió de hombros.

—Las únicas reglas son las que ya conocéis —dijo, con gesto de aburrimiento.

Kip era un genio. Lo había visto al instante: no había que acatar lo que implicaban las normas, sino lo que decían. Esa era la auténtica prueba, tanto como no perder ninguna moneda por el camino.

En cuestión de diez segundos, todos los cadetes se agruparon, a excepción de aquellos cuyo turno era inminente. Ferkudi y Daelos pasaron de la emoción por poder salir con tanta antelación a la consternación, de pronto profundamente conscientes de su relativa ignorancia.

Teia y Kip efectuaron un pormenorizado reconocimiento de las calles aledañas. En silencio.

Transcurridos unos instantes, oyeron sonidos de lucha a un bloque de distancia. Teia corrió en dirección a la trifulca. Kip la siguió pisándole los talones, aunque era más lento que ella.

—¡Ni siquiera tenemos el dinero todavía, cretinos! —estaba gritando una muchacha corpulenta cuyo nombre Teia no conocía a un matón que yacía en el suelo ante ella, sangrando por la nariz—. ¿Ves el pañuelo rojo?

El compañero de la muchacha, Rud, un pariano rechoncho de una localidad costera que lucía el ghotra tradicional, no parecía enfadado ni triunfal. Parecía asustado. Sangraba por un corte profundo que tenía en el hombro.

—¡Debería matarte! —chilló la novata.

El matón se puso a cuatro patas con dificultad, dio media vuelta y huyó a la carrera.

—Rud —dijo Teia—, tenemos que llevarte con el instructor Fisk. Ahora mismo.

El chico asintió con la cabeza. Juntos, desanduvieron a paso ligero los cuatro bloques que los separaban de la plaza. Rud se apoyó en su compañera, primero, y después también en Kip cuando la pérdida de sangre estuvo a punto de provocar que se desmayara. Teia encabezaba la marcha, atenta a cualquier posible amenaza.

Al verlos, el instructor Fisk salió corriendo a su encuentro. Los cadetes de la Guardia Negra lo siguieron de cerca. Cogieron a Rud, lo tumbaron y empezaron a curarle la herida de inmediato.

Teia oyó que alguien decía:

—Muerde esto, Rud. Te va a doler.

Se produjo un fogonazo efímero, seguido del hedor de la carne quemada y las

hojas de té y tabaco mientras cauterizaban el tajo con luxina roja. Rud golpeteó el suelo con los talones y emitió un sollozo atiplado que se desvaneció enseguida entre roncos jadeos.

Uno de los mejores alumnos de la clase, Jun, entró en la plaza abriéndose paso entre la multitud. El siguiente equipo se disponía a partir, dos hermanos delgaduchos que pertenecían al último tercio del grupo de cadetes.

Jun se esforzó por bajar la voz, pero Teia oyó que les decía a los hermanos:

—No vayáis por la calle Baja. Han levantado una barricada. Veinte matones, algunos de ellos armados. Ya tienen a Pip y a Valor.

Ah, estupendo, ese era el camino que esperaba tomar Teia. Bueno, ya solo quedaba...

—También han cortado la calle Corvina —informó Ular, la pareja de Jun.

—Los callejones que atraviesan Peña Comadreja parecían despejados, pero son tan angostos que bastarían dos hombres para bloquearlos.

Tras asegurarse de que Rud estuviera bien y comprobar la herida, el instructor Fisk repitió las normas de nuevo y entregó el dinero a los hermanos Oros.

—Tengo un plan —dijo Teia.

—¿Eh? —dijo Kip—. ¿De qué se trata?

La muchacha emitió un ruidito ambiguo.

—Ya lo verás.

—¿Teia? Teia, eres mi pareja. Eso significa que yo también soy tu pareja. Deberías contarme el plan.

Teia esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Y arruinarte la sorpresa?

Kip adoptó una expresión ofendida.

—Vale, de acuerdo. Mientras esperamos, ¿tienes algo de comer? Estoy famélico.

—¡No!

—No, en serio, me muero de hambre. Jamás bromearía con algo tan serio.

—No eres más tonto porque no eres más grande.

Kip levantó las manos como si estuviera midiéndose el perímetro de la cintura. Suspiró.

—Se puede arreglar.

Teia sonrió contra su voluntad.

—Cuando empecemos, dame tus monedas.

—¿Para que no me las gaste en bollitos?

—¡No!

—Sí, «señor» —dijo Kip, poniendo los ojos en blanco.

—Es un buen plan —insistió Teia, a la defensiva de repente, súbitamente consciente de a quién estaba tomándole el pelo. Eres una esclava, Teia.

—Hum.

—Dará resultado —dijo Teia—. Te lo prometo.

—Me apuesto algo a que no.

—¿Qué te apuestas a que sí? —lo retó Teia.

—Un beso —dijo Kip, mientras ponía los ojos como platos. Como si no pudiera creerse lo que acababa de decir.

Teia se sentía completamente paralizada. ¿Estaría burlándose de ella? Espera, ¿un beso si era ella la que tenía razón?

Kip vio la expresión de su cara. Dijo:

—Yo... esto...

—¡Kip, Teia, os toca! —anunció el instructor Fisk—. El accidente de Rud nos ha retrasado. En marcha.

El instructor Fisk repitió las instrucciones, pero Teia apenas lo oyó. Le cogió las monedas a Kip, sin mirarlo a los ojos. El instructor Fisk les anudó los pañuelos rojos en la frente, y Kip emprendió la marcha.

Pese a su corpulencia, Kip no parecía tener ningún problema para seguir a Teia mientras esta serpenteaba entre la multitud. La muchacha recorrió un bloque y entró en una tienda de toneles, después cruzó el patio de una herrería adyacente, y por último se adentró en otro establecimiento.

Teia había llegado ya al mostrador cuando Kip se reunió con ella.

—¿En la Gran Fuente dentro de dos horas? —preguntó la muchacha.

—Nuestro hombre irá para allá dentro de media hora, así que no habrá ningún problema —dijo el anciano canoso detrás de la barra.

Teia dejó las monedas encima del mostrador.

—¿Entrega a Kip, aquí presente, al instructor Fisk o al comandante Puño de Hierro?

Kip tiró de la manga de Teia.

—¿Qué haces?

—Fuiste tú el que me dio la idea. Ahora cállate.

Describió escuetamente al instructor Fisk y al comandante Puño de Hierro. Después pagó la tarifa del correo —un danar— y preguntó:

—¿Hay alguna puerta de servicio?

El anciano hizo un gesto en su dirección.

—Gracias —dijo Teia. Se quitó el pañuelo rojo de la cabeza e indicó a Kip que la imitara. No era exactamente un disfraz, pero con el atuendo de los cadetes de la Guardia Negra, ninguno de los dos conseguiría pasar inadvertido por completo—. Kip, quítate el pañuelo.

—¿Eh?

—Quítatelo. A menos que quieras que te atraquen.

Kip se quitó el pañuelo de la cabeza, entendiéndolo al fin.

—Espera —dijo Teia.

—¿Qué?

La muchacha se humedeció los labios con la lengua.

—Esto fue idea tuya, ¿entendido?

—¿Idea... qué? Sabes, por lo general me siento más listo que esto.

—Quiero que te comportes como si todo esto hubiera sido idea tuya.

—¿Por qué?

—¡Porque sí!

Kip se quedó allí plantado, tan inmóvil como un saco de piedras, impertérrito.

Teia hizo una mueca.

—Forma parte de mi estrategia para ingresar en la Guardia Negra.

—¿Dejando que los demás se lleven el mérito? Muy ingenioso.

—Mírame —dijo Teia—. No soy alta, ni musculosa, ni bicroma. Soy ágil, pero también soy una chica y subcromada. Quiero que todo el mundo me subestime, Kip. Si piensan que soy lista, me tomarán en serio. Si me toman en serio, no conseguiré entrar. —Sin darse cuenta, cerró los dedos en torno al frasquito de su collar—. Sin mi mente, no seré lo bastante buena para ingresar en el cuerpo. Por favor.

Kip levantó las manos.

—Te ayudaré en la medida de lo posible. ¿Estás segura?

—Sí y mil veces sí.

Kip dejó que Teia tomara la iniciativa. Caminaron hasta la Gran Fuente por la calle Corvina. Se cruzaron con un grupo de jóvenes que los miraron con cara de pocos amigos, pero a estas alturas las bandas habían oído que los cadetes con dinero llevaban un pañuelo rojo en la cabeza, y puesto que los uniformes de los novatos carecían de bolsillos y Teia y Kip tenían las manos vacías, estaba claro que no llevaban nada encima.

Los jóvenes, algunos de ellos cubiertos de sangre tras sus encuentros con los otros cadetes, les dejaron pasar sin decir ni una palabra.

Cuando llegaron a la Gran Fuente, sin embargo, solo el comandante Puño de Hierro estaba esperándolos.

—Podéis enseñarme el dinero —dijo el comandante. Lanzó una mirada elocuente a sus cabezas, donde los pañuelos rojos brillaban por su ausencia.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Kip, en cambio. Teia lo observó con nerviosismo. ¡Qué falta de respeto! ¡Y delante del comandante Puño de Hierro!

El comandante miró a Kip a los ojos y no dijo nada.

Kip apartó la mirada, ofuscado, pero tampoco dijo nada.

Cualquier cosa que dijera Teia la situaría entre la espada y la pared, de modo que mantuvo la boca cerrada. ¿Cómo era lo que decía siempre su padre? «El que se mete

en medio de un concurso para ver quién mea más lejos solo consigue salir empapado.»

Entonces comprendió que Kip lo hacía por ella. No estaba siendo obstinado, tan solo fingía para evitar cualquier posible pregunta. Estaba arriesgándose a incurrir en las iras del comandante Puño de Hierro... por Teia. Eso hizo que se suavizara la parte frágil y atemorizada de su ser. Sabía cuánto admiraba Kip al comandante.

La Gran Fuente coronaba el pozo artesiano que abastecía de agua potable al Gran Jaspe. Unas grandes tuberías subterráneas llevaban el agua a otras cuatro zonas públicas de la ciudad y a cada una de las embajadas, y la Cromería disponía de su propio pozo, pero para los residentes más pobres, la Gran Fuente constituía el único suministro de agua. Muchos la visitaban al menos una vez al día, cuando no en múltiples ocasiones.

La fuente misma estaba coronada a su vez por una estatua de cristal de Karris Ciegasombras, la segunda Prisma. Había sido la viuda de Lucidonius. Con el rostro elevado hacia el cielo, hacia el ojo de Orholam, en lugar de estar de pie se mantenía en suspensión con ayuda de los chorros gemelos de luxina que brotaban de sus manos hacia el suelo. Vestida únicamente con un camisón, poseía el cuerpo fibroso y los anchos hombros musculosos de una guerrera. A Teia siempre le había gustado la estatua por eso. No representaba ninguna damisela reblandecida por el lujo. Al igual que los trazadores que habrían de seguirla, el cuerpo de Karris la Primera se había moldeado con el ejercicio puramente físico de arrojar luxina tanto como ella había moldeado la historia con su uso.

A todas las horas del día, al menos una de las Mil Estrellas proyectaba su luz sobre la estatua de cristal, iluminándola de forma más resplandeciente de lo que podría conseguir el sol por sí solo. Y varias de ellas la iluminaban con los primeros y los últimos rayos de cada día, convirtiéndola en un faro en la oscuridad.

En torno al murmullo cantarín de los múltiples caños de la fuente, la estrella de siete puntas repartía el agua a siete surtidores, permitiendo que las colas de espera se formaran con facilidad y avanzaran con eficiencia.

En ese momento, solo había unas pocas personas en filas pequeñas, llenando sus cubos, colocándolos en yugos que cargaban cruzados sobre los hombros —o sobre las cabezas, en el caso de los atashianos— y llevándoselos a sus hogares. Varios establecimientos se alineaban alrededor de la Gran Fuente, todos ellos prósperos. Aquí no se permitían los puestos ambulantes, ni los mendigos, lo que significaba que tanto los primeros como los segundos atestaran las calles que desembocaban en la plaza circular.

Teia se sentó en uno de los bancos que había junto a la fuente. Aunque le apetecía tocar el agua, se abstuvo de ello. Los jasperitas eran ferozmente celosos de su agua. Algún cirujano demasiado entusiasta les había inculcado la idea de que podías

enfermar si bebías aunque solo fuera una taza de agua de la misma pila donde te lavabas las manos. No tenía sentido discutir con las supersticiones de la gente, supuso Teia.

No llevaba ni cinco minutos soñando despierta cuando oyó un griterío. Voces triunfales. El resto de los cadetes. Transportaban a Cruxer a hombros, casi toda la clase... menos Kip y ella.

Los muchachos dejaron a Cruxer delante del comandante Puño de Hierro.

Cruxer estaba exultante, pero se esforzó por adoptar una expresión seria.

Teia los estudió. Por su aspecto, era evidente que al menos una docena de ellos habían estado en alguna pelea. La ropa fuera de su sitio, un diente mellado en una sonrisa por aquí, una nariz rota por allá, un ojo cerrado por la hinchazón en una de las chicas más bonitas de la clase, Lucia, varios de ellos acunándose las manos magulladas, ensangrentados los nudillos.

Cruxer hizo un gesto adelante con la mano. La clase formó ante el comandante Puño de Hierro y el instructor Fisk, que acababa de llegar montando a caballo y desmontaba para colocarse junto a su superior. Cada uno de los equipos avanzó y presentó sus monedas al comandante Puño de Hierro.

No todos. Ocho equipos habían fracasado, y sus integrantes se retiraron a un lado con gesto fúnebre, vacías las manos.

Teia escudriñó la multitud y por fin encontró a Kip. Parecía nervioso. Genial.

—Cruxer —dijo el instructor Fisk—, informa.

—Señor, después de que mi compañera Lucia y yo trajéramos nuestras monedas aquí, regresamos y reunimos a los demás. Juntos, derribamos la barricada de la banda y cruzamos con nuestras monedas. —Tragó saliva—. Dijisteis... hum, dijisteis que las únicas reglas eran las que ya conocíamos.

—De modo que cogisteis lo que había pensado que fuese una prueba individual y la convertisteis en una grupal —dijo el comandante Puño de Hierro, lacónico.

—Era demasiado peli...

—Sí o no.

—Sí, señor —dijo Cruxer. Tragó saliva de nuevo, pero no apartó la mirada.

—Bien hecho, Cruxer —dijo Puño de Hierro—. Esto es exactamente lo que esperaba.

Los cadetes prorrumpieron en vítores, y Cruxer pareció desinflarse de alivio.

Cuando se restauró el silencio, Puño de Hierro añadió:

—Unisteis fuerzas y cumplisteis con vuestro cometido como no podríais haberlo conseguido de otro modo. Para la Guardia Negra, la misión lo es todo. A la noche eterna con el orgullo. Debemos cumplir con nuestro deber de la forma más segura y eficiente posible. No nos mueven ni el valor ni la gloria, tan solo el deber. Y ahora, ¿alguien más, o hemos terminado ya?

En ese momento apareció la emisaria. Era una tyreana muy flaca, armada con una espada y un puñado de pistolas.

—Con permiso, señores. ¿Comandante Puño de Hierro?

—Soy yo —retumbó la voz del comandante.

—Este paquete es para vos, de parte de Kip y Adrasteia. —La emisaria le entregó una bolsa y se fue. El comandante la abrió, y derramó las monedas en su mano.

Murmullos. No todos de admiración.

—Kip —dijo el comandante Puño de Hierro—. Deduzco que esto fue idea tuya.

—Sí, señor —respondió Kip. Teia prácticamente podía oír cómo Kip tragaba saliva con dificultad desde su sitio. No dijo nada, esperando que el comandante la ignorara. La llenaba de satisfacción que su apuesta hubiera dado resultado, y al mismo tiempo le partía el corazón que el comandante Puño de Hierro pensara que había sido idea de Kip.

—¿Le disteis las monedas a un correo, y después cruzasteis caminando tranquilamente?

—Sí, señor —dijo Kip.

Teia sabía que el rostro de Puño de Hierro no le desvelaría nada, de modo que se fijó en las caras de los demás cadetes. Desazón, consternación, irritación. Ellos habían tenido que abrirse paso luchando. O corriendo como si los persiguiera el diablo. Kip había hecho trampas. Kip. A ella ni siquiera la veían.

También ellos habían hecho trampas, por supuesto, pero su ardid conllevaba pelear. Su ardid había sido honorable. Kip y Teia serían castigados, sin duda.

El comandante Puño de Hierro levantó una mano, con la palma hacia abajo.

—Todo tiene un precio. Vosotros elegisteis pagarlo con sangre. Kip, con monedas. Algunos salisteis ilesos, y otros no. Nuestros cuerpos son nuestra moneda. Nuestros cuerpos, en última instancia, son todo lo que tenemos los guardias negros. Elegisteis arriesgar vuestros cuerpos. Kip y Teia, en cambio, usaron la cabeza. Si en vez de monedas os hubiera encomendado proteger a la Blanca, ¿qué habría sido preferible? ¿Enfrentarse a una emboscada y arriesgar valientemente su vida, o llevarla a su destino por una ruta alternativa que nadie podría anticipar? Kip, Teia, lo habéis hecho bien. Subís dos puestos. Cruxer, Lucia, vosotros también... tú ya estás en lo más alto, Cruxer, de modo que te quedarás en tu sitio. Así pues, esta semana nadie podrá retaros primero. La semana que viene volveréis a estar en el lote. Los que habéis regresado sin vuestras monedas descenderéis dos puestos. Esta noche acudiremos juntos a alguna taberna agradable, los que cruzasteis con vuestras monedas podréis gastároslas todas, pero también espero de vosotros que invitéis a los que se han quedado sin ninguna. Somos una unidad. Somos los mejores. Cuidamos los unos de los otros.

Y así lo hicieron. Comieron y bebieron; el comandante Puño de Hierro se encargó

de la comida, y los cadetes se pagaron bebidas unos a otros hasta que todos comenzaron a achisparse y el instructor Fisk les paró los pies. Intercambiaron las historias de sus heroicidades y revivieron combates épicos, quizá un poquito exagerados. Al cabo, tanto el comandante como el instructor se despidieron, reclamados sin duda por el deber.

Al principio se alzaron algunas voces en contra de Kip y Teia por haber tomado el camino más fácil, pero cuando Cruxer se acercó a ellos y los alabó por hacer algo más inteligente incluso que lo que había hecho él, las protestas cesaron, la herida se cerró, y se convirtieron en una sola clase de nuevo, con Kip y quizá incluso Teia tenidos en más alta estima que antes.

Teia apenas abrió la boca en toda la noche, pero lo absorbía todo. Era luz y vida para ella. Nunca antes se había sentido parte de nada, y daría lo que fuese con tal de conservar aquello. Cuando se descubrió acariciando su collar, comprendió que por vez primera estaba tocándolo con el corazón henchido de esperanza. La esperanza de poder arrojar el condenado chisme a las llamas, y que Aglaia Crassos se fuera al diablo.

Más tarde, por fin se dejó convencer para beber una enorme jarra de cerveza. Se sintió como si estuviera flotando durante el resto de la noche, ebria de compañerismo, ebria de camaradería... o puede que sencillamente ebria.

Los cadetes emprendieron el regreso a la Cromería en alborotador tropel, sin que nadie osara mandarles callar. Pero mientras cruzaban el Tallo de Azucena, con Kip y Teia cerrando la comitiva junto con Cruxer y su compañera, Lucia, Teia recordó algo.

—Oye, sabes que los guardias negros tienen prohibido mantener relaciones unos con otros, ¿verdad? —La muchacha hablaba con Kip, pero Cruxer y Lucia se sobresaltaron y le lanzaron sendas miraditas de culpabilidad.

Kip parecía tremendamente escandalizado.

—Hum, ¿sí? Claro. Por supuesto.

—Entonces sabrás que esto no va en ese sentido —dijo Teia, sintiéndose aún exultante por dentro—. Lo hago tan solo por nuestra ridícula apuesta.

Kip se encogió sobre sí mismo.

—Hum, de verdad, no hace falta que...

Teia apoyó las manos en las mejillas de Kip y le plantó un beso en los labios. Cuando lo soltó, el joven parecía tan estupefacto que a Teia se le escapó una carcajada.

—Ooh, yo también quiero hacer una apuesta ridícula —dijo Lucia.

—¡No! —exclamó Kip, saliendo de golpe de su estupor, con las manos levantadas en actitud defensiva.

—¡Contigo no, Kip! —se rió Lucia.

Kip se tapó la cara con las manos.

—Que me muera ahora mismo, por favor.

Cruxer pasó el brazo por los hombros de Kip mientras el resto de los cadetes aminoraban el paso y se giraban para ver a qué venía tanto jolgorio.

—Nos lo hacen a todos, Kip. Nos lo hacen a todos.

55

Gavin volvió a salir con la trainera al amanecer. En esta ocasión viajaba solo. Karris había dedicado el día anterior a dar clases de defensa personal a algunos de los Videntes, y durante la noche había estallado una tormenta que la había dejado atrapada en Tierra Alta, su pequeña ciudad en el borde del volcán. Gavin bostezó mientras el sol se elevaba sobre el horizonte y apartó la mirada de las olas en el instante equivocado. La trainera se escoró ligeramente, y las manos de Gavin perdieron su asidero en las cañas.

La pérdida de velocidad propició que la siguiente ola lo lanzara por los aires. La trainera cayó de costado en una depresión, y Gavin salió volando. Golpeó las olas a una velocidad vertiginosa, se deslizó sobre la cresta de una de ellas, y la siguiente lo aplastó.

Gavin regresó nadando a la embarcación, que se mecía plácidamente con las olas sin él y, despierto ya por completo, se encaramó a la cubierta. ¿Qué le había dicho el Tercer Ojo? ¿Algo acerca de no cometer errores a menudo? Se rió de sí mismo por lo bajo. Luego se quedó paralizado. La Vidente le había preguntado si le gustaba nadar; él había respondido que solo cuando le fallaba la trainera. «Ya veo», había dicho ella.

Nota interior: cuando una Vidente diga, «ya veo», presta atención.

Aquella mañana había partido con rumbo al oeste, para empezar a rastrear la zona de su cuadrícula que estaba a la vista de los Acantilados Rojos. Llevaba navegando una hora.

El Tercer Ojo le había dicho a Gavin: «Tres horas hacia el este, dos horas y media hacia el norte. Llega antes del mediodía». Cinco horas y media a partir de ese momento lo dejaban a una hora y media después del mediodía.

Si las palabras de la Vidente hacían referencia a esos precisos instantes, sería imposible que Gavin llegara allí antes del mediodía. De modo que no debía de referirse a...

«Te gusta tomar atajos, ¿verdad?», le había dicho.

Bruja taimada. Cómo jugaba con él.

No tenía por qué ir directamente al este y después directamente al norte, tenía que ir al nordeste. Hizo unos cálculos, pasando unas pequeñas cuentas imaginarias con los dedos. Si siguiera la hipotenusa tardaría... Cuatro horas. Llegaría exactamente a mediodía.

Por supuesto.

De modo que viró la pequeña embarcación hacia el nordeste y se dispuso a echarle una carrera al sol.

Horas más tarde, el mediodía se le había echado prácticamente encima, y pensó que debía de haber seguido el rumbo equivocado o malinterpretado las indicaciones. El mar era muy grande, después de todo. Pero no le quedaba más remedio que continuar.

En ese momento el mar cambió, empezó a calmarse. Había algo extraño en ello. Gavin detuvo la trainera. Miró a los lados. Había algo parecido a una sombra sobre las olas. Era como si una nube muy fina estuviera bloqueando el sol y pudiera ver los bordes de esa sombra en la diferencia de color de las olas. Pero no había ninguna nube en el cielo. Debía de tratarse de algún tipo de vertido, como si una mancha de aceite estuviera apaciguando las aguas.

Gavin se arrodilló al borde de la trainera, metió una mano en el agua y la ahuecó para recoger un poco de líquido. Era como una nata muy fina, solo que no estaba fría. Gavin la observó más de cerca. Había miles, decenas de miles de púas diminutas, como agujas, como fragmentos de copos de nieve, y todos estaban alineados del mismo modo. No podía ver el azul, no podía trazarlo. De lo contrario, quizá el misterio demostrara no ser tal. Olfateó el agua: salitre, y el tenue y efímero olor de la resina, la fragancia mineral y cretácea de la luxina azul.

Las olas estaban impregnadas de luxina azul que intentaba cristalizar, amalgamándose espontáneamente de alguna manera en vez de disolverse y desvanecerse a la luz del sol como debería.

Al girar la mano que contenía el agua, vio que las pequeñas púas hacían lo mismo, como la aguja de una brújula. Uno de los extremos apuntaba al borde exterior de la mancha viscosa. De modo que el otro debía de señalar el centro... su destino.

Estaba tan preparado como podría estarlo. Se enderezó y estrechó los tubos que impulsaban la trainera, se lo pensó mejor, e hizo que se fundieran en una sola caña. Necesitaría tener una mano libre. Empezó a surcar las aguas hacia el centro.

El agua se espesó, a pesar de que su pala se extendía bajo la viscosidad y lo impulsaba aún a gran velocidad. Después se espesó todavía más, hasta que vio que la pala estaba removiendo las aguas como una cuchara sumergida en un plato de sopa.

En ese momento, los cristales de luxina azul comenzaron a condensarse y a formar mantos más extensos. La trainera emitía un sonido como de papel de arroz arrugándose mientras rompía el hielo de luxina.

Divisó frente a él una isla azul, flotando donde no debería haber ninguna isla azul. Se mecía muy lentamente en las inmensas aguas crujientes, agrietando enormes planchas de hielo de luxina con cada movimiento. Una parte se derretía inmediatamente al sol, pero otras partes estaban tan impregnadas de luxina azul que aguantaban.

Entonces vio algo que le hizo dejar de trazar por completo y quedarse paralizado. Se encontraba ahora en unos bajíos, el hielo de luxina sólida flotaba tal vez a un paso por debajo de las olas. Gracias a ese fondo blanco observó que había cuerpos flotando en las aguas poco profundas. Docenas —no, cientos— de cadáveres que se mecían en la superficie, desnudos y encostrados de cristales.

Ah, diablos. No eran cadáveres, sino engendros azules. Y no estaban muertos, sino absorbiendo el sol y la luxina. El agua se hallaba tan pesadamente saturada de luxina que los ayudaba a realizar la transición a engendros azules.

«Llega antes del mediodía», le había dicho el Tercer Ojo. De repente, Gavin tuvo un enfermizo presentimiento de lo que ocurría con los engendros aletargados a mediodía.

Trazó un remo y maniobró entre los oscilantes engendros inconscientes hasta llegar a la orilla, con el corazón martilleando en su pecho. Soltó el ancla en la playa y bajó de un salto. Era de luxina azul sólida.

Conformaba un paisaje alienígena. Había cristales tan largos como Gavin de alto. La acción de las olas había destrozado muchos de ellos, pero las púas en general apuntaban en la misma dirección: tierra adentro, siempre tierra adentro.

De modo que Gavin empezó a correr. Su objetivo era una inmensa aguja que se erigía en el centro de la isla, tal vez a media legua de distancia. Al principio avanzaba despacio, el terreno sencillamente era tan abrupto que debía saltar de un cristal retorcido a una extraña viga reluciente. De vez en cuando, el suelo se agrietaba y escupía por los aires un surtidor de cristales azules. Sobre su cabeza se levantaban extraños tornados, girando de arriba abajo con una hipnotizante cadencia matemática. Unos triángulos retorcidos, como aves de cristal, planeaban transportados por céfiros invisibles.

El cristal crujía bajo sus pies como si fuera nieve, pero dejaba atrás esquirlas de vidrio que aprovechaban el calor y la presión incluso de sus pasos para crear una mayor perfección.

A medida que se adentraba en el interior de la isla, la capa de azul se iba reafirmando con más fuerza.

Vio cómo se estremecía un espolón que sobresalía del suelo en diagonal. Acto seguido, se deslizó hasta desaparecer bajo la superficie, sin dejar ni rastro de su antigua presencia. En ese punto toda la isla era llana, perfecta. Frente a él vio doce esquirles de cristal, pilares distribuidos en círculo alrededor de la base de la aguja principal.

Cada una de las doce columnas medía tres pasos de altura. Cuando Gavin se acercó a la más próxima, descubrió en su interior al engendro azul más perfectamente formado con el que se hubiera encontrado jamás. Había mudado por completo su piel humana. En su lugar había un tapiz entretejido de gemas, cuyos pliegues se alteraban

con suma precisión en función de lo que exigían los músculos bajo la piel en cada zona. Era espantosamente hermoso, como si alguien hubiera pintado una obra maestra con sangre.

Gavin no vaciló. Corrió hacia la aguja central. Había unas escaleras que ascendían por el exterior de la estructura, en un ángulo extraño. Sin barandilla. Gavin subió los escalones sin detenerse, de dos en dos.

Noventa y siete escalones hasta la cima. De lo primero que se percató Gavin al doblar el último recodo fue que podía ver la Bruma Blanca desde allí. La bruma, al igual que los arrecifes que ocultaba, era legendaria. Los rumores sobre su emplazamiento exacto variaban, pero todos coincidían en que estaba en algún lugar en el centro del mar Cerúleo. Quizá en su centro exacto, como una araña en medio de su tela.

¿Qué diablos hacía esta isla flotante tan cerca del Arrecife de la Bruma Blanca?

Quizá fuese mera coincidencia. Últimamente abundaban.

Su mirada se posó entonces en el pilar que compartía la cumbre de la aguja con él. Estaba lleno de agua burbujeante y gases arremolinados... grises a los ojos de Gavin, por lo que debía suponer que eran azules. Había algo dentro, pero no podía distinguir de qué se trataba. Se inclinó hacia delante. El sol, próximo ya a su cenit, traspasaba las turbulencias gaseosas. Gavin vio una curva al nivel de sus ojos.

Oh, no.

El sol coronó la cima del firmamento, y su luz pura iluminó por completo la columna. Esa curva a la altura de los ojos de Gavin era un hombro.

Era mediodía.

Un temblor sacudió toda la isla azul. El terreno se resquebrajó, proyectando aristas de cristal por los aires a gran velocidad. Únicamente el pilar se mantuvo impertérrito. En cada una de las doce columnas que lo rodeaban, Gavin detectó movimiento. Pero fijó la mirada en el pilar central que tenía delante.

Una figura gigantesca estaba gestándose en su interior. Gavin iba a ser testigo del nacimiento de un dios.

Trazó una espada de luxina amarilla, sellándola dolorosamente despacio mientras los ojos del dios a medio formar parpadeaban y se abrían, concentrados en la distancia, antes de reparar de pronto en la presencia de Gavin. La luz continuaba acumulándose dentro de la columna, y por fin la espada quedó sellada. Gavin la hundió en el pilar, bajo la barbilla del dios, hasta su nuca.

Los ojos de la criatura centellearon y explotaron, salpicando el cristal de una sustancia viscosa.

Bueno, eso había sido fácil.

Gavin retorció firmemente la espada con las dos manos, sintiendo cómo los huesos rechinaban y se salían de su sitio. Tiró de ella para liberarla. La sustancia

viscosa formó un charco a sus pies. Acumuló en su mano intensos rojos y subrojos, les prendió fuego y traspasó la luxina rota con el puño. Encontró el cuello de la criatura, lo asió y sacó a la figura de la columna.

Aquello no era ningún engendro. Era el mismísimo Mot. Carne humana haciéndose una con la luxina, incluso el esqueleto humano se distendía, rindiéndose a aquella nueva forma, más voluminosa. Aquel gigante era imperfecto, aún no se había formado por completo. Estaba fraguándose, y Gavin lo había abortado.

Gavin decapitó al dios. Le amputó los brazos esqueléticos y las piernas, completamente moldeadas las pantorrillas, aún huesudos los muslos. Le cercenó el espinazo, todo en rápida sucesión. No habría ninguna resurrección. Recogió la cadena de oro que llevaba la criatura en el cuello, adornada con una sola joya negra, se la guardó y roció al engendro con luxina inflamable, recubriendo todos sus miembros. Le prendió fuego, alimentándolo con unos subrojos tan intensos que lo consumirían por completo.

Mot se fundió, se derritió, se evaporó y ardió hasta desaparecer sin dejar ni rastro.

Solo entonces permitió Gavin que su atención se desviara hacia lo que estaba pasando en la isla... lo que le estaba ocurriendo a la isla. Algo profería unos alaridos distantes, inhumanos. El aire parecía más cálido. Las aves triangulares estaban lanzándose en picado... no, cayendo en picado, sin vida. El sol en lo alto había recuperado su tono normal. Los tornados se habían convertido en remolinos de niebla que se dispersaban en todas direcciones.

La mitad de los doce pilares se habían hecho añicos. De uno de ellos estaba saliendo un engendro azul perfecto. La isla entera parecía estar derritiéndose, y había agua en la superficie. El hedor de la luxina liberada lo impregnaba todo.

Y a lo lejos, Gavin vio cientos de engendros azules que se incorporaban en sus charcos, gritando.

Por no mencionar, comprendió demasiado tarde, que la aguja sobre la cual se hallaba se resquebrajaba.

Muy mal.

La aguja se partió, y el trozo que ocupaba Gavin se inclinó hacia un costado. Resbaló y se desplomó quince pies, hasta que su punta aserrada se incrustó en la isla. Durante un segundo, Gavin pensó que había tenido suerte e iba a aguantar. Entonces la aguja se agrietó de nuevo, y esta vez el fragmento en el que estaba osciló bruscamente y lo lanzó al vacío.

Proyectar chorros de luxina roja y fuego hacia abajo solo funcionaba si sabías dónde estaba «abajo». Gavin caía girando sobre sí mismo, contorsionándose, agitando los brazos. Logró orientarse a duras penas y disparó una llamarada antes de estrellarse a gran velocidad contra el suelo. De costado, por fortuna, y la superficie de luxina seguía evaporándose, dejando solamente agua a su paso. Agua blanda, gloriosa

e inofensiva. Gateó abriéndose paso entre el agua durante lo que le pareció una eternidad.

Cuando se detuvo, se descubrió mirando fijamente a los ojos a uno de los engendros perfectos. Tenía la cabeza ladeada. Estaba completamente despierto.

Los engendros azules son malos actores antes de aprender la lección. Gavin nunca había compartido ese defecto. Salió del agua y ensartó al pobre diablo azul. Estrelló una bola de llamas contra su cara y decapitó al monstruo. Empezó a correr por el agua, que le llegaba a las rodillas. Luego, salió de ella, coronó una pequeña elevación y se encontró de frente con treinta engendros azules aulladores. Estos levantaron las manos al unísono, con la luz inundando sus palmas, formando proyectiles en una fracción de segundo.

Docenas de dardos silbaron sobre su cabeza mientras se tiraba al suelo. Un momento después estaba arriba de nuevo, barriendo el aire con la mano, alzando un gigantesco escudo verde ante su cuerpo. Embistió. El escudo leñoso brincó y se estremeció en su mano cuando docenas de proyectiles lo golpearon y se incrustaron en él.

Algunos de los engendros empezaron a disparar proyectiles más largos y voluminosos contra Gavin. Los demás copiaron a los primeros en un momento. Condenados giists, siempre leían el pensamiento de sus congéneres al vuelo. Gavin tardó un segundo más, su cuerpo reaccionó antes que su cerebro.

El peso del enorme escudo aumentaba por segundos, y los grandes proyectiles ejercían mucha más presión sobre los brazos de Gavin.

El cerebro de Gavin ya casi había terminado de trazar un plan cuando el escudo se inclinó de forma peligrosa hacia abajo. Demasiado tarde. El borde inferior golpeó el suelo a sus pies y se detuvo abruptamente, y Gavin tropezó sin poder evitarlo, dio una voltereta, expuesto, soltando el escudo. Se hundió en el agua hasta los tobillos, frenó con el hombro y rodó de costado.

Se irguió envuelto en llamas. Sus brazos barrían a izquierda y derecha, lanzando grandes lenguas de fuego. Echó cuerpo a tierra cuando los más fuertes de los engendros azules lograron introducir sus hojas en la muralla flamígera.

De ninguna manera podría resistir así eternamente, sin embargo. En cuestión de un par de segundos, todos se darían cuenta de que estaba agazapado y apuntarían sus misiles contra el origen de la conflagración.

Entonces Gavin tuvo una suerte increíble, ridícula y misericordiosa. El suelo se disolvió por completo a sus pies, arrojándolos a todos al océano.

Gavin respiró hondo antes de zambullirse.

Nunca había pensado que podría dar las gracias a un demonio marino, pero la escaramuza por defender a su flota le había enseñado a moverse en el agua como un pez. Gavin colocó las manos a la altura de la cintura, abrió las palmas y empezó a

disparar discos de luxina verde, impulsándose con cada andanada.

Maniobrar para rodear a los engendros azules, que nadaban de forma mecánica, era tarea sencilla, y en treinta segundos Gavin encontró su trainera, todavía a flote. Se propulsó fuera del agua, aspiró una entrecortada bocanada de aire y se parapetó tras su escudo. Unos pocos misiles solitarios se estrellaron contra la defensa, pero instantes después estaba gobernando las cañas, ganando velocidad. Podía oír los estridentes alaridos de los engendros. Furia, de las profundidades de la supuestamente pura racionalidad de los azules. Furia porque un hombre pudiera imponerse a su perfección azul, furia porque pudieran estar equivocados.

Gavin rodeó la isla mientras esta se fragmentaba y se hundía, y dedujo a juzgar por su estela menguante que se dirigía al arrecife de la Bruma Blanca, moviéndose como un barco gigantesco. ¿Por qué?

Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Incluso ahora, algunos de los engendros azules intentaban trazar botes para escapar. Uno de ellos averiguaría la manera, y los demás copiarían su ejemplo. Gavin no podía permitir que eso ocurriera.

Con sombría determinación, trazó unos pontones en la trainera y los dotó de cuchillas amarillas, apuntando hacia abajo, al agua.

Navegó en círculos asesinos a gran velocidad, arrollando a los antiguos humanos que se esforzaban por nadar, amortiguado el sonido de su carne cristalina desgarrada por las aguas y su velocidad. Anunciaba cada muerte poco más que un sonido como el de una rueda de carreta resbalando por un adoquín particularmente grande, acompañado a veces de un borbotón que rompía la superficie del agua, siempre sanguinolento.

El Prisma era un guerrero sin rival, y también la masacre es uno de los aspectos inevitables de la guerra. Trabajaba infatigablemente, describiendo círculos y más círculos, como un buitre. Continuó hasta que cesaron los alaridos, hasta que cesó el odio, hasta que la sangre carmesí dejó de lamer la cubierta de luxina amarilla pura de su trainera, hasta que la cosecha de muerte estuvo completa y depositada a las puertas del infierno.

56

Aglaia Crassos encontró al visitante esperando en su salón. Era rubio, pecoso, y lucía un mechón de pelo anaranjado peinado sobre la coronilla calva y nudosa. Sostenía el sombrero de ala ancha propio de un caballero con tierras en una mano, y se cubría con uno de los abrigos entallados que eran el último grito en Ruthgar. Tenía aspecto de procurador o banquero, aunque era ancho de espaldas. Por otra parte, ¿quién entendía a esos simios del Bosque de Sangre?

—Bienvenido a mi hogar, maese Sharp —dijo Aglaia—. Me informa mi criado de que tenéis algún tipo de propuesta para mí.

—En efecto. —El hombre se sentó y cruzó las piernas.

—No suelo hacer negocios con absolutos desconocidos, pero vuestras referencias son impecables.

—Hum. Mi trabajo me costó «conseguir» esas referencias.

Qué tipo tan curioso.

—En fin...

—En fin —dijo el hombre. Se quedó mirándola fijamente, con unos ojos desconcertantes. Aglaia no se había percatado hasta ahora, pero tenía los ojos ambarinos. No teñidos tras toda una vida trazando, sino de un ámbar real, asombrosamente infrecuente—. ¿Cuál es el peor trato que hayáis hecho nunca? —preguntó. Estaba jugando con la ristra de perlas que llevaba debajo de la camisa. ¿Perlas, en un hombre? ¿Se trataba de una moda nueva que Aglaia desconocía, o de mera afectación?

—¿Perdón?

—Vuestro peor trato.

—Qué impertinencia.

—Tenéis algo que lord Andross Guile desea —dijo maese Sharp.

—¿Perdón?

—La esclava, Teia.

—¿Quién? ¿Qué? No sé de qué...

—¿Pensabais que podríais mantener vuestra propiedad en secreto? Querida, estáis tan lejos de vuestro terreno que no lo veríais ni con prismáticos. Vais a firmar la rescisión de su contrato, y cuanto antes lo hagáis, menos perjudicial será para vos.

—Fuera de aquí. Inmediatamente —dijo Aglaia. Sintió deseos de escupir a la cara de ese simio petulante. ¿Andross Guile? Antes muerta.

—El Rojo me advirtió de que sería como arrancar una muela. ¿Cuánto tiempo necesitaréis para reconsiderar vuestra postura?

Aglaia giró sobre los talones y caminó con paso firme hasta la repisa donde descansaba la campanilla de los esclavos. Ni siquiera se dio cuenta de que maese Sharp se había movido, pero de pronto estaba reteniéndola por la espalda, rodeándole las costillas con un brazo como si quisiera abrazarla, pero con su mano convertida en un cepo de acero oprimiéndole la garganta. La otra mano la golpeó detrás de la oreja, en un punto que la desjarretó de dolor.

—Quiero que sepáis una cosa. Voy a disfrutar con esto —le susurró el hombre al oído. Tenía el aliento dulzón, mentolado—. Tenéis unos. Dientes. Muy bonitos.

Entonces la liberó. Salió por la puerta antes incluso de que Aglaia hiciera sonar la campanilla de los esclavos.

—Ve detrás de él —ordenó al joven esclavo musculoso, Incaros, su nuevo favorito—. Que te acompañen Ros el Grande y Aklos. Dadle una paliza a ese hijo de perra. Ensañaos con él. Rompedle todos los huesos. Vamos. ¡Ahora!

Encargó a su chambelán que llamara a más guardias y subió a sus aposentos. Intentó consolarse con la idea de que en esos momentos Incaros, Ros y Aklos estarían descuartizando a ese malnacido, pero lo cierto era que la había asustado. Estaba temblando, furiosa consigo misma por dejarse atemorizar hasta tal punto. Cerró la puerta y se enjugó la frente con un pañuelo.

Un puño se estrelló contra su frente y su cabeza golpeó la puerta de madera que acababa de cerrar, dejándola aturdida. Aglaia se desplomó, y unas manos la acompañaron en su caída. El hombre se sentó a horcajadas encima de ella, y cuando Aglaia intentó gritar, le metió en la boca un objeto grueso, afilado y metálico. Se lo sujetó a la cara con movimientos rápidos y expertos.

La mordaza le inmovilizaba la lengua e impedía que el aire entrara en su boca, de modo que empezó a gritar por la nariz, que el hombre se limitó a taponar con los dedos mientras la retenía con una mano cerrada alrededor de su garganta.

Una sonrisa aleteaba en sus ojos ambarinos.

Aglaia dejó de gritar y el hombre la puso de pie, prácticamente por la garganta, y la arrastró hasta una silla.

¿Cómo había entrado allí? ¿Había escalado por el exterior de la casa y se había colado por alguna ventana en cuanto Aglaia lo expulsó? ¿Tan deprisa? ¿Sin que nadie lo viera?

Furiosa, pataleó. El hombre le pegó un puñetazo en el estómago, con tanta fuerza que el aliento la abandonó de repente y mordió sin querer la mordaza. Era como el bocado de un caballo, pero afilado, y se le clavaba cruelmente en los dientes y la lengua. Debía mantener la boca abierta tanto como le fuera posible.

En cuestión de momentos, se vio atada a su propia silla con anchas correas de

cuero.

Maese Sharp dio un paso atrás, devolviendo el lacio mechón rojizo a lo alto de su cabeza, de donde se había caído con el forcejeo. El collar de perlas se había salido de su camisa, solo que no eran perlas.

—Puedes gritar —dijo con toda la calma—. Cuando quieras. Pero si lo haces, te pegaré en el mentón. La mordaza tiene unos cinceles diminutos para cada diente. Si mis cálculos son correctos, debería partir limpiamente cada pieza, arriba y abajo, en cuatro pedazos. He tenido que improvisar un poco, así que quizá no sea perfecto. Por desgracia. Y me temo que no podré practicar las extracciones personalmente, de eso deberá encargarse alguien menos ducho con las tenazas. En fin. —Se encogió de hombros, como si no quedara otro remedio—. En resumidas cuentas. Como me compliques la vida, te rompo los dientes. Por orden. Primero los molares. Nunca he visto que nadie aguante hasta los incisivos. —Le echó una vaharada de aliento mentolado a la cara—. Pero ¿quién sabe? Quizá tú seas la primera.

57

Dos días después de su examen en el mundo real, los cadetes se enfrentaron en una ronda de eliminación. Kip solo podía esperar que algunos de los muchachos con los que tendría que pelear aún estuvieran lo suficientemente magullados como para no barrer el suelo con su cara.

Pero la esperanza no lo era todo. Perdió dos veces, en rápida sucesión. Salió al campo de pruebas otra vez, flexionando ligeramente los dedos de la mano izquierda. Aún le dolía como si unos animales diminutos estuvieran royéndole todas las articulaciones y le echaran sal en las heridas entre bocado y bocado, pero más le iba a doler la paliza que se avecinaba. Contempló fijamente al muchacho que tenía delante. Vamos, oso tortuga, vamos.

Las ruletas habían dictado «rojo» y «sin armas». Que hubiera salido el rojo era un tremendo golpe de suerte. Kip acababa de practicarlo la noche anterior con Teia. Por fin era capaz de trazar un rojo estable, aunque eso era lo único que sabía hacer. Solo se le ocurrían dos maneras de utilizar la sustancia viscosa. Una de ellas era la creación de líquido inflamable, y prender fuego al rival estaba decididamente censurado. El problema era que el chico que tenía delante, Ferkudi, era un bicromo de verde y azul, dos puestos por encima de Kip en ese momento. Había unas cincuenta personas reunidas alrededor del círculo, observándolos atentamente. Entre las heridas y el nerviosismo de algunos patrocinadores, ya solo quedaban veintiocho cadetes.

Ferkudi era menudo y corpulento, pero fuerte como un toro, y engañosamente veloz. Kip lo había visto en acción, y el muchacho apenas tenía rival en la lucha cuerpo a cuerpo. Si Ferkudi había perdido algún combate era por culpa de su baja estatura. En condiciones favorables, con sus colores, estaría entre los tres o cuatro mejores luchadores. Solo la mala suerte explicaba que ahora tuviera que luchar por la decimoquinta plaza.

Kip se encogió de hombros, giró la cabeza para estirar el cuello e indicó que estaba listo para que comenzara el combate.

Las comisuras de los labios de Ferkudi temblaron. Se creía que iba a destrozar a Kip en una rápida pelea mano a mano.

No hay ningún motivo por el que debas permitir que tu contrincante sepa qué cartas tienes en la mano, ¿verdad? Gracias, Andross Guile.

¿«Gracias, Andross Guile»? ¿Me habrá echado alguien cencellada en el desayuno?

Sonó el silbato, y el círculo se inundó de luz roja. Ferkudi avanzó sin preámbulos.

Kip mantuvo las manos en alto, entre Ferkudi y él, para que el muchacho no viera que los ojos de Kip estaban llenándose de luxina roja. Luego bajó una mano de golpe y roció luxina roja adherente a los pies de su rival.

Se le quedaron pegados, y Ferkudi estuvo a punto de caerse. Recuperó el equilibrio, adelantó las manos, y Kip las recubrió también de luxina roja, inmovilizándoselas contra el pecho. Funcionaba exactamente tal y como Puño de Hierro se lo había enseñado.

El rojo era adherente, pero no tan fuerte como el hierro. La voluntad de Kip sí. Volcó en el trazo todos sus deseos de apresar a su oponente.

Era evidente que Ferkudi no se esperaba que Kip trazara el rojo, pero el propio Kip tampoco estaba preparado. El color insufló vida en las llamas de su rabia. No se sentía enfadado con Ferkudi, pero el rojo anulaba la razón.

Cubrió la distancia que los separaba y, antes incluso de saber lo que hacía, enterró un puño en el rostro del asombrado muchacho.

Las sesiones de entrenamiento de madrugada debían de estar surtiendo algún tipo de efecto, porque el golpe aterrizó justo donde quería: apuntó bajo, directamente a la barbilla de Ferkudi; y tal y como el comandante Puño de Hierro había dicho, el joven bajó la barbilla instintivamente, y el puño de Kip se estrelló contra su nariz. Con los pies inmovilizados por la luxina roja, el chico se desplomó de espaldas.

Kip roció luxina roja alrededor de su contrincante derribado para pegarlo al suelo. Levantó un pie, dispuesto a machacarle la cabeza a Ferkudi, y se contuvo a duras penas cuando sonó de nuevo el estridente silbato.

Sobrecogido por lo que había estado a punto de hacer, Kip lanzó la luxina roja lejos de él. Por la barba de Orholam, por unos instantes había querido matar al muchacho.

La luxina roja desapareció, y Ferkudi se sentó.

—Ay —dijo—. Creo que me has roto la nariz. —Se la pellizcó con cuidado para contener la hemorragia—. Ni ziquieda zabía que pudieda’ dazad el dojo. ¡Qué bueno! —Se apretó el puente de la nariz, respiró hondo y volvió a colocarlo en su sitio. Aporreó el suelo un par de veces, gimiendo—. Ayyy, ayyy. —Parpadeando, con los ojos empañados de lágrimas, extendió las manos y unos amigos le ayudaron a incorporarse—. Bien hecho, Kip —dijo.

¿Ya está? ¿Sin rencor?

—Esto... perdona —dijo Kip—. Por lo de tu nariz. Me dejé llevar por el rojo.

—Bah, no pasa nada. Tampoco es la primera vez.

—Probablemente tampoco será la última, pedazo de adefesio —dijo Cruxer, yendo a su encuentro—. Siéntate, Kip. Por hoy creo que no tendrás que volver a luchar.

—¿En serio? —preguntó Kip. Se sentía agotado. Las largas sesiones de entrenamiento, las noches en vela, los problemas para conciliar el sueño, las pesadillas cuando por fin lo lograba. Estaba al límite de sus fuerzas. Se dejó caer en una silla de campaña.

¡Crac! Las patas de atrás de la silla se rompieron, y Kip notó una punzada de pánico mientras perdía el equilibrio y se estrellaba contra el suelo de espaldas.

Gordinflón.

Los cadetes se rieron. Todo el mundo se rió. Kip sintió cómo sus mejillas adoptaban el color del líquido inflamable. Incluso Cruxer estaba carcajeándose.

Kip se levantó de un salto, pero luego fue incapaz de moverse. Maldita sea mi estampa. Justo cuando estaba haciendo progresos. Justo cuando empezaba a encontrar mi sitio, por una vez. Le sobrevino una paralizante oleada de repugnancia hacia sí mismo. ¿Qué podía hacer?

Los odiaba. De todas formas, no quería formar parte de aquello. Podían irse todos al diablo.

Cruxer levantó las manos.

—¡Ya lo tengo! Kip, sabía que necesitabas un apelativo nuevo entre nosotros. Kip no es nombre para un guardia negro, y ya hemos visto que necesitas uno, sin lugar a dudas.

¿Se burlaba Cruxer de él? ¿A qué se refería con que «necesitaba uno»?

—No lo entiendo —dijo con voz queda Kip, temiéndose algún tipo de trampa.

El instructor Fisk estaba allí plantado, risueño.

—Seguro que no eres el único. ¿Cuántos de vosotros os criasteis en Paria? —Menos de la mitad levantaron la mano—. Bueno, pues os toca escuchar una historia. No todo el mundo es un guardia negro de tercera generación, Cruxer.

—Sí, señor.

El instructor Fisk clavó la mirada en el suelo, ceñudo, como si no supiera exactamente por dónde empezar.

—Cuando apareció Lucidonius, lo protegían treinta hombres poderosos, a algunos de los cuales había tenido que derrotar primero. Muchos de aquellos hombres habían sido héroes y sacerdotes de los antiguos dioses y ostentaban nombres tomados de esos falsos dioses, como El-Anat, Dagnar Zelan y Or-mar-zel-atir. No podían conservar sus antiguos nombres, de modo que adoptaron unos nuevos. Aunque algunos de ellos prescindían de todo apelativo hasta que consideraban que se habían ganado un nombre nuevo al servicio de Orholam. El-Anat se convirtió en Forushalzmarish durante algún tiempo, pero a medida que la luz se extendía más allá de las fronteras de Paria, muchos de ellos adoptaron nombres que las gentes de la localidad pudieran pronunciar... o temer. De modo que Forushalzmarish volvió a cambiarse el nombre, que pasó a ser Lanza Resplandeciente. Ahora bien, los nombres

de la Guardia Negra ya no significan lo mismo que antes, puesto que ninguno de nosotros va a renunciar a un nombre asociado con aquellas antiguas blasfemias. Podéis adoptar un apelativo nuevo, o no. Si recibís un nombre, podéis decidir si queréis utilizarlo en todo momento o solo dentro de la Guardia Negra. Por lo general, los nombres que antes se extienden son aquellos que están bien merecidos, y que mejor encajan con su portador. Depende de vosotros.

—Pero yo todavía no soy guardia negro —dijo Kip. ¿Y si le daban un nombre, y luego no ingresaba en el cuerpo?

—Según la tradición, si se adopta un nombre, hasta que te conviertas en guardia negro de pleno derecho solo lo utilizarán tus compañeros. —El instructor Fisk se encogió de hombros—. Pero también nos llegan niños cuyos padres les pusieron nombres de la Guardia Negra antes incluso de llegar a los Jaspes, como Cruxer, aquí presente. —Sonrió—. ¿Verdad, Cruxer?

—Yo digo que Kip no es nombre para un guardia negro, y digo que necesita uno bueno. —Hubo algunos murmullos de asentimiento—. Pero ¿cuál? —preguntó Cruxer—. Tiene que pegar con él, ¿no?

—¡Canijo! —gritó alguien.

—Bah, demasiado obvio —dijo Cruxer—. Veamos, ¿qué ha hecho? Ha roto brazos, voluntades, reglas, narices... —Hizo una pausa dramática—. Sillas. —Los cadetes rugieron entusiasmados.

Con una reverencia, Cruxer sentenció:

—Kip, te bautizamos como el Rompelotodo.

Los cadetes vitorearon y se rieron. Era el nombre de la Guardia Negra perfecto: laudatorio y satírico al mismo tiempo. Kip lo pronunció para sus adentros. Rompelotodo. A pesar de todo, a pesar de que podría argüir que ninguno de los incidentes que habían desembocado en aquel apelativo era verdaderamente indicativo de su carácter, tan solo meros accidentes, le gustaba. Sonaba «duro».

Una sonrisa reluctante le iluminó el rostro como el amanecer sobre los Dientes de Atan.

—Me lo quedo —dijo—. Para vosotros, seré el Rompelotodo.

58

—Conque el Rompelotodo, ¿eh? —dijo Andross Guile, socarrón—. Me siento como si hubiera venido a visitarme alguien famoso.

—Y yo me siento como si hubiera venido a visitar a un vejestorio odioso y amargado. Oh. —Kip se sentó frente al anciano.

Andross soltó una carcajada.

—Bueno, «Rompelotodo», ¿sabe tu amiguita Adrasteia que hoy nos vamos a apostar su futuro?

—No.

—¿Y qué prefieres romperle, el corazón o el sello de su virginidad? ¡Jajaja! Hum. Juegas como un perdedor, Kip. ¿Sabes por qué no se lo has contado? Porque crees que, si pierdes, lo que suceda con ella será una simple tragedia con la que podrías fingir que no tienes nada que ver. No quieres que te odie si pierdes. Pobre Kip. Pobre huérfano de una madre adicta a la cencellada.

—Cierra el pico y juega —dijo Kip.

—Kip el Bocazas. Nunca sabes cuándo parar, ¿verdad? Acércate, bola de sebo.

Obedeció. El anciano buscó su cara a tientas y se la abofeteó con violencia.

Kip encajó el golpe sin rechistar. Había algo purificador en el dolor. Estaba chiflado. Escupió un salivazo sanguinolento en el suelo de lord Guile. Kip el Bocazas. Ramir lo llamaba así a veces, burlándose de él.

—Muchacho, tu rebeldía es estimulante, pero no olvides que yo dicto las normas, y no tengo ningún reparo en cambiarlas a mi antojo. ¿Crees que no tienes nada que perder? Iluso. No te vanaglories hasta que hayas vencido, no clames venganza hasta que hayas perdido.

—Bueno, en tal caso espero que aceptes que me vanaglorie dentro de media hora, más o menos.

—Muy bien —dijo Andross—, comencemos. Al mejor de tres. ¿Con qué mazo quieres jugar hoy? Yo elijo el rojo. —Hizo un gesto. Había dejado las barajas blanca y amarilla delante de Kip.

—Paso —dijo Kip.

Las finas cejas de Andross Guile aparecieron brevemente sobre la montura de sus grandes gafas oscuras.

—Ah, ¿has traído tu propio mazo? Enséñamelo.

—Las cartas tienen las marcas del ciego —dijo Kip—. Toma. —Le dio una sola

carta.

Andross acarició la esquina que contenía las marcas, como si buscara algún pretexto para rechazarla, pero era un trabajo perfecto. Janus Borig no se conformaría con menos.

Kip medio esperaba que el anciano le dijera que no podía usar otros naipes. Era una regla que nunca habían discutido.

—Como alguna de esas cartas no tenga las marcas, rechazaré la baraja entera y habrás perdido, ¿entendido?

—Entendido.

—Me preguntaba cuánto tardarías en animarte a crear por fin tu propio mazo —dijo Andross—. Eres más lento de lo que me imaginaba.

—Hum —dijo Kip. El insulto no significaba nada, no cuando venía antecedido de la gran victoria que suponía el hecho de que pudiera utilizar su propia baraja—. ¿Empiezo yo? —Creía que el anciano lo contradiría y se empeñaría en ser el primero.

Andross Guile esbozó una sonrisita indulgente.

—Eres mi invitado.

De modo que Kip orientó el campo de juego hacia el exterior. El exterior hacía que fuera más complicado controlar la luz, estrategia que solía funcionar contra el rojo. Las fuentes de luz interior eran sobre todo antorchas o chimeneas —fuentes de luz que emitían fácilmente amarillo, rojo y subrojo—, lo que entorpecía los hechizos verdes y azules.

Pero que Kip fuera el primero significaba que Andross podía robar una carta extra.

Delimitaron el área rápidamente, creando un espacio imaginario con las ilustraciones de las cartas: el exterior de las murallas rojas de un castillo. Hierba, bosque. Cielo azul, por supuesto. Estas eran las fuentes. Cualquiera de los dos podría trazar a partir de ellas, pero Kip estaba en el lado del bosque, de modo que trazaría más deprisa con él, potenciaría el trazo del verde, mientras que las murallas rojas beneficiarían a Andross.

Ahora que Kip conocía las reglas, Andross prefería una variante rápida del juego. Había dos diminutos relojes de arena, de cinco segundos cada uno. Para suplir la carencia de pistas visuales, ya que no podía ver cómo caían los granos, el señor de la lux disponía de un modelo extraordinariamente modificado que hacía sonar una campanilla cuando a cualquiera de los jugadores se le agotaba el tiempo. Si no jugabas ninguna carta durante tus cinco segundos, perdías el turno. Como le gustaba decir a Andross, en la vida real los trazadores se enfrentaban simultáneamente, trazando tan deprisa como les era posible, tomando decisiones y arriesgándose a cometer errores sobre la marcha.

La ceguera de Andross Guile era la única ventaja considerable de la que disponía

Kip. Él podía ver la carta de su oponente en cuanto este le daba la vuelta, mientras que Andross tenía que alargar la mano por encima de la mesa para tocarla. Kip siempre colocaba las cartas nuevas en el mismo lugar, para reducir el impacto del hándicap, pero aun así le proporcionaba al menos un segundo extra en cada turno. Y Andross debía memorizar todo lo que había en el terreno de juego.

En la variante normal, los turnos se sucedían sin prisas ni relojes, pero Andross no quería ni oír hablar de ello, decía que así no se aprendía nada. La vida, la muerte y el trazo eran veloces, decía. Las arenas de nuestras vidas se escurren continuamente, siempre demasiado deprisa.

—Un nombre ominoso —dijo Andross. Los primeros movimientos nunca exigían mucha concentración.

—¿Cómo? —Kip todavía estaba intentando decidir si gastar su turno colocando más colores en el campo o poniéndose las gafas.

—Rompelotodo.

Las gafas. No quería estar desarmado durante más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Ominoso en qué sentido?

—¿No fue idea tuya? Y yo que pensaba que lo habías urdido todo en la sombra. Un movimiento muy astuto, en cualquier caso.

¿«Un movimiento muy astuto»? El silencio de Kip habló en su lugar, aparentemente.

—¿Pretendes hacerme creer que has obtenido ese nombre por casualidad?

—¿Cuál sería la casualidad en cuestión? —preguntó Kip.

—Rompelotodo es uno de los epítetos que las profecías confieren al Portador de Luz.

—Era una broma. Rompí una silla.

—Tiene gracia —dijo Andross, lacónico.

—Y le rompí la nariz a otro chico. Y la concentración a alguien que estaba trazando.

¿El Portador de Luz? La mera idea hizo que algo en el alma de Kip se agitara. Se había distraído con la conversación, y a punto estuvo de perder su turno. Se apresuró a poner en juego a Damien Savoss y giró el reloj de Andross Guile.

Ay, rayos. Esa era una de las cartas prohibidas. Kip quería conservarlas al menos durante un par de turnos más.

Andross acarició las marcas. Titubeó. Sus dedos volvieron a deslizarse sobre la carta.

—Damien Savoss —dijo—. Esta carta es ilegal. —Mira quién fue a hablar.

—Es ilegal poseerla —repuso rápidamente Kip—, pero los justiciares del juego nunca declararon que fuera ilegal jugar con ella. —Dio la vuelta a su reloj de arena.

—Una diferencia muy sutil.

—¿Una diferencia muy sutil? ¡Pero si solo me enteré de la existencia de las cartas negras porque tú juegas con ellas!

—Algunas de las cartas negras se retiraron de la circulación, otras se proscribieron... —La campanilla repicó, señalando el fin del turno de Andross Guile.

Kip se apresuró a poner en juego otra carta para sacar el máximo partido al movimiento desperdiciado por el señor de la lux.

Las facciones de Andross Guile se deformaron de rabia. La piel fláccida bajo su mentón se estremeció. Pero no dijo nada. Jugó.

Cinco minutos después, Kip se alzaba con la victoria. El turno añadido y la sorpresa de jugar contra unas cartas que hacía más de una década que no veía desequilibraron la estrategia de Andross Guile. Aun así, parecía que el hombre hubiera jugado a la defensiva. Algo inusitado.

—Buen truco —dijo Andross al finalizar la partida, mientras barajaban los mazos —. No deberías haberlo desperdiciado con la muchacha. Esa es la clase de argucia que solo funciona una vez. Deberías haber probado a derrotarme jugando como siempre, y después usar esa baraja para desempatar si no te quedaba otro remedio. Al margen de lo cual, tendrías que haber esperado a que fuese tu futuro lo que estuviera en juego, y no la suerte de una simple esclava. Qué estupidez.

Kip se giró hacia Grinwoody.

—Agua, por favor. —Otra vez se le había olvidado que uno no le pide las cosas por favor a un esclavo. Siempre igual.

Pero el agua era irrelevante. Kip sospechaba que las grandes antiparras que llevaba puestas Grinwoody le permitían ver en la oscuridad de alguna manera. Con ellas, Grinwoody era los ojos de Andross. En cuanto el veterano esclavo se hubo girado para coger la jarra, Kip extrajo discretamente la otra baraja de su bolsillo, hablando para disimular cualquier posible ruido.

—Podrías enseñarme mil cosas, señor de la lux Guile. Eres brillante y experimentado. Pero ahora mismo eres mi enemigo, e intentas infligir horrores a alguien que me es muy querido. Así que seguiré mis propios consejos, gracias.

La expresión de lord Guile se suavizó.

—Estás aprendiendo, ¿verdad? Ignorante, ingenuo, pero ni de lejos tan estúpido como te imaginaba. Sé que te costará creerlo, Kip, pero lo cierto es que me gustas. Un poquito. ¿Qué tal esa mano?

Kip tardó un momento en darse cuenta de que no se refería a las cartas, sino a su mano de verdad.

—Mejor. —Seguía sin poder estirar completamente los dedos, pero su presa era fuerte, y no dejaba de practicar con ellos.

Andross Guile emitió un ruidito ambiguo y cogió la baraja amarilla que le había

ofrecido antes a Kip. Abrió un estuche que tenía a su lado, sacó unas cuantas cartas, quitó otras pocas del mazo y lo barajó con las nuevas. A fin de adaptarse a la estrategia del rival, estaba permitido cambiar de mazo o modificarlo entre una ronda y otra.

—Bueno, ¿has dedicado algo de tiempo a pensar en ello? La mayoría de los chicos lo hacen, tarde o temprano.

—¿A pensar en qué? —preguntó Kip. A veces el anciano soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin tomarse la molestia de facilitarle las cosas a su interlocutor.

—En si eres el Portador de Luz, naturalmente. —El tono de Andross Guile denotaba una socarronería feral, como si estuviera haciendo malabares con bolas de fuego y lanzándoselas a Kip sin esperar a que se apagaran.

—No —dijo Kip. Se le formó un nudo en la garganta—. Juguemos.

—Se supone que su estirpe debería ser un misterio, y la tuya despierta unas cuantas sospechas, al menos... podría ser suficiente.

Kip se ruborizó.

—Te toca —dijo.

—Las antiguas traducciones aseguran que será un «gran» hombre en su juventud; manipulando tal vez el pariano original, un sinónimo de «grande» podría ser «orondo». Lo cual... en fin.

Muérete ya, vejestorio sarnoso.

—Te toca —insistió Kip.

—Pero si ya estoy moviendo, ¿no lo ves? Cuando aparezca el Portador de Luz, lo pondrá todo patas arriba. Quienes tengan riquezas, posición o poder lo temerán porque podría arrebatárselo todo. Pero quienes carezcan de todas esas cosas le profesarán su amor, con la esperanza de que les dé algo. ¿Qué papel te tocará representar a ti, Kip? Jardín.

¿«Jardín»? Ah, estaba anunciando el escenario.

Kip robó, y le sonrió la suerte. Una mano repleta de cartas de control temporal.

Dedicó los primeros turnos a acumular la luz que necesitaban varios de sus colores, como si estuviera dejando pasar el tiempo sin hacer nada.

Andross puso en juego un Supercromado, una de las cartas más poderosas de la baraja amarilla, asegurándose de que sus hechizos no pudieran fallar, y a continuación trazó una espada amarilla. Empleó para ello dos turnos: uno para trazarla y otro para solidificarla.

Cuando Kip jugó el Pánico, el anciano llevaba ya rato con los labios fruncidos. No conocía ningún mazo verde que ofreciera la estrategia que Kip estaba desplegando. Los relojes de arena de cinco segundos de Andross se cambiaron por relojes de cuatro segundos.

Y la satisfacción de sacarle un Pánico al cruel vejestorio, quien seguramente no había experimentado esa sensación en su vida, era la guinda del pastel.

Andross se lanzó al ataque, y Kip ni siquiera intentó detenerlo. Perdió prácticamente la mitad de sus puntos de vida.

Kip puso en juego otro Pánico. Los relojes de arena de cuatro segundos dieron paso a otros de tres.

Era una estrategia completamente injusta, desde luego. Debido a su ceguera, el anciano ya tardaba al menos un segundo más de lo normal en averiguar la identidad de las cartas que se ponían sobre la mesa, y el límite de tres segundos imposibilitaba cualquier tipo de táctica digna de llamarse así.

Su siguiente asalto dejó a Kip al borde de la muerte. El muchacho contraatacó con unos cuantos movimientos débiles, manteniéndose con vida a duras penas. Entre robar y pararse a comprobar la identidad de sus cartas y las de Kip, a Andross no le sobraba ni un ápice de tiempo.

Kip lo Desarmó, desplegando sus cartas tan deprisa como podía para privar a Andross de la mayor cantidad de tiempo posible. Al cabo de cinco turnos, merced a un centenar de cortes debilitadores, había conseguido aniquilar al anciano.

Andross dio un puñetazo sobre la mesa y barrió los relojes de arena de un manotazo. Varios de ellos fueron a estrellarse contra la pared. Apretó los puños con fuerza, temblando de ira.

—Dame tu mazo —dijo, conteniendo a duras penas la rabia.

—Está encima de la mesa. Delante de ti —dijo Kip. Su voz sonaba débil y estrangulada. Una tenue parte de él no entendía por qué lo aterraba tanto un viejo achacoso, pero la cuestión es que así era.

Andross examinó la baraja a una velocidad asombrosa, teniendo en cuenta su ceguera.

—Cambiaste los mazos —dijo—. ¿Grinwoody?

—Mi señor, no le vi hacerlo. Fue culpa mía.

—¡Ya sé que fue culpa tuya! —bramó Andross, con la voz ronca. De improviso, Kip fue intensamente consciente de que Andross Guile era el Rojo. Dominaba la luxina roja desde hacía el doble de años de los que contaba Kip. La oscuridad imperante en la habitación tenía por objetivo evitar que Andross se convirtiera en un engendro de los colores, y no era nada descabellado que el hombre estuviera a punto de rebasar esa línea—. ¡Fuera, bastardo! ¡Largo de aquí!

Kip se quedó sentado, muy quieto. Se pasó la lengua por los labios.

—¡He dicho que largo! —rugió Andross.

Kip se acobardó. Con voz sumamente queda y respetuosa, dijo:

—Mi señor, necesito el contrato de Teia. Y mi baraja. Por favor.

Andross profirió un gruñido y le tiró las cartas a la cara. Giró sobre los talones y

se encaminó hacia su dormitorio, hecho una furia. Una vez ante la puerta abierta, se detuvo.

—¡Grinwoody! —ladró, sin darse la vuelta.

—Sí, mi señor —dijo el esclavo. Después de tantos años juntos, el hombrecillo sabía discernir exactamente qué quería el Rojo a partir de las más sutiles modulaciones de su voz.

La puerta se cerró de golpe a espaldas de Andross, y Kip recogió las cartas desperdigadas. Grinwoody le trajo un fajo de papeles y el sello de Andross Guile.

—¿Nombre de la madre? —preguntó Grinwoody, en voz baja.

—Katalina.

—El nombre completo.

—Katalina Delauria.

El esclavo asintió con la cabeza, como si lo hubiera sospechado desde el principio y únicamente esperase algún tipo de confirmación. Kip era vagamente consciente de que incluso tras su derrota, Andross Guile estaba sonsacándole algún tipo de información. Ignoraba por completo para qué podría servirle, pero sabía que la vieja araña tejía trampas de seda con cada aliento.

Grinwoody cumplimentó los formularios, les plantó el sello y se los entregó a Kip. Había una mancha parduzca en las hojas. ¿Sangre?

—Llévale esto al maestro escriba en la Torre del Prisma. Y enhorabuena, ahora eres el propietario de una tierna esclava. Que te aproveche.

59

~El Manto Coruscante~

Clic, clic, clic, clic...
Fuera del tiempo. Fuera del espacio.
Disolviéndose.

Con cada uno de los puntos que tocaban sus dedos, sentía como si un pergamino estuviera desenrollándose. No se trataba únicamente de los sentidos: los cinco colores centrales respondían a la vista, el tacto, el oído, el olfato y el gusto, pero había algo más. El supervioleta y el azul se combinaban en su pulgar en la esquina inferior izquierda de la carta: ciudades y superestructuras cuyos perfiles llameaban en líneas apretadas y lógicas antes de saltar de la página como hilos de razonamiento, de pensamiento, de historia, elevando las probabilidades... Se sumergió más aún.

El verde en su índice, en la esquina superior izquierda de la carta. Encarnación: la salud, la forma del cuerpo que ahora sabía que iba a habitar, pero también los cuerpos que lo rodeaban, las presencias físicas, las vidas: la enfermedad, el brío, la debilidad. Incluso los peces de la bahía centelleaban, la luz de fondo de la vida en las olas, y la fría paz que emanaba de la hierba y los árboles de aquella isla. En esa carta su cuerpo era fuerte, un hombre en la flor de la vida, con algunos achaques, no obstante. ¿Algún tipo de guerrero, tal vez? Una vieja herida en la espalda que nunca había terminado de sanar. Un tobillo torcido en infinidad de ocasiones, desgastado por el esfuerzo. Y aún más adentro, sintió la fortaleza de sus músculos, la gracia de un guerrero que se había criado en el seno de una compañía de danza, sintió la condenada libido de un hombre que viaja con una mujer a la que desea.

El dedo siguiente fue el anular. La esquina superior derecha. Naranja. Donde el verde era la vida, el naranja simbolizaba las conexiones entre los seres vivos. Ahora, esas resplandecientes líneas azules de causalidad, de lógica, comenzaron a moverse. Esas líneas, sin esto, carecían de significado. Algunas de aquellas estructuras azules eran las mentiras que había contado, los cimientos de las distintas falacias que había sembrado, pistas falsas, engaños que habían burlado a sus inquisidores. Y en ese mismo instante, de improviso, el joven saboreó por vez primera cuán peligroso era ese hombre. Había algo «truncado» en él. Había mantenido una relación con Niah,

esa era la mujer, ahora lo sabía. Su compañera, una mujer en la que no había podido evitar fijarse: tanto con deseo y admiración como con odio. La había engatusado para que se acostara con él, una vez, hacía mucho.

Después ella le dijo que, como volviera a tocarla, lo mataría. Le dijo que había sido demasiado brusco, o algo por el estilo.

Sencillamente se negaba a reconocer cuánto le había gustado. La mojigatería era su punto débil. Pero sabía luchar. Había solicitado el traslado a sus superiores después de aquel único escarceo, sin explicarles por qué. Demasiado avergonzada, demasiado débil. Petición denegada.

Él, sin embargo, no había vuelto a ponerle la mano encima. La mujer era una experta con la daga, con la pistola, con el rencor. A pesar de todo, sin poder evitarlo, fantaseaba con volver a catar su cuerpo. Por norma general, tras haber estado con una mujer, perdía el interés. Pero no con Niah. Quizá sea esto el amor, entonces.

Ay, que Orholam lo asista. El joven ya había empezado a perderse dentro de la carta, y ni siquiera había tocado aún todos los...

El meñique, esquina inferior derecha, rojo y subrojo prácticamente al mismo tiempo que su dedo corazón se posaba arriba, en el centro: amarillo.

Cualquier pretensión de estudiar desinteresadamente la mecánica de las cartas y el modo en que estas conectaban un trazador a su sujeto desapareció enterrada por el alud de las pasiones frustradas y la obsesión de Vox. Y por su manto coruscante.

Me cargo el petate al hombro y sigo a Niah por el embarcadero. Aborrezco el hedor a algas podridas del mar, siempre lo he detestado. Pero me alegro de bajar de la corbeta. Odio los barcos. Si hubiera tenido que aguantar mucho más, habría terminado abriendo en canal a ese capitán sarnoso, desde las ingles a las agallas. La idea me pone una sonrisa en los labios, al igual que el vaivén de las caderas de Niah ante mí. Posee un trasero por el que incluso un luxiat blasfemaría y un eunuco tendría una erección. Supongo que en compensación por su cara.

Niah se coloca la bolsa de viaje a la espalda y se ajusta el cinturón. Estira un dedo. Su respuesta a mi escrutinio.

Me río. A Niah le encanta coquetear.

Ni siquiera hemos llegado a la caseta de peaje, lugar de paso obligatorio para salir de los muelles, cuando oigo la tos de Niah. Es la señal de que le han entregado sus órdenes. Nuestros superiores siempre se las confían a ella. Por algún motivo, creen que es mejor que yo. Eso me mantiene unido a ella, no obstante. Piensan que eso me impide hacerle daño. Como si pudiera.

Continúa caminando delante de mí. Ni me dice en qué consiste el mensaje, ni me lo muestra. Está en clave, de todas formas, una clave que no se han tomado la molestia de enseñarme, algo a lo que Niah también se resiste. A veces demuestra tener dos dedos de frente.

Contemplo la Cromería a lo lejos. Me embargan la rabia y la aversión. Me expulsaron antes de que terminara el primer curso, con trece años, ¿y por qué? Por un gato.

¿A quién le gustan los gatos? Ni siquiera son capaces de corresponder a tu afecto. ¿Por qué decidieron que aquella condenada bestia valía más que yo? Era un trazador verde en ciernes. No podían imaginarse el potencial tan especial que tenía, pero ¿quién antepondría un gato a un trazador?

En cualquier caso, aquel felino me enseñó una cosa. Me enseñó a ser prudente. Algo de valor incalculable en mi profesión. Por eso sigo todavía con vida, veinte años después. Mis tres primeros socios no eran tan prudentes como yo. La última vez recuperé la capa de Gebalyn por los pelos, y no logré rescatarla de las llamas antes de que perdiera seis preciosos dedos de grosor del dobladillo. Ahora esa capa tendría que ponérsela siempre alguien tan menudo como Niah. Como si encontrar refractadores no fuera ya lo suficientemente complicado, ahora mi patrocinadora tendría que buscar refractadores bajitos.

A mí me da igual.

Lo único que espero es que esta misión perjudique a la Cromería. Atirat es mucho más comprensiva con mis pequeñas manías de lo que jamás podrían serlo Orholam y su Cromería. La diosa verde no encadena a quienes la adoran. Atirat me salvó de una vida de desprecio hacia mí mismo. Me da libertad y me acepta. Este rebaño de ovejas, estos mequetrefes, desconocen lo que es eso.

Los recaudadores no me detienen, ni registran mi petate. Aunque estarían capacitados para ello, el volumen de pasajeros que pasa por estos muelles es sencillamente demasiado alto para examinarnos a todos uno por uno. En vez de eso realizan cacheos al azar, sacando a la gente de su fila para buscar hierbarrata, joyas, azafrán, cualquier cosa que sea lo bastante pequeña y valiosa como para que alguien pueda entrar de contrabando con una fortuna libre de impuestos en los bolsillos.

Quizá se deba a mi aspecto, aunque sé por experiencia que los contrabandistas suelen ser tan desaliñados como yo. Debería ungirme la barba, al menos. Si encuentro un barbero atashiano, le pediré que me la retoque por completo: fuera las trenzas, fuera las cuentas, fuera los nudos, después un masaje facial, tinte para disimular las primeras canas, rehacer y anudar de nuevo las trenzas, con cuentas de oro quizá en vez de los cristales azules que llevo ahora, puede que incluso con algo de hilo de oro entretejido. Hilo de oro, ese será el regalo que me haga cuando termine esta misión, sea cual sea.

Me reúno con Niah una hora más tarde, después de que ambos nos hayamos instalado en la misma posada, pero en habitaciones separadas. Hay buenos motivos profesionales para ello, pero Niah no aludió a ellos cuando le sugerí ahorrar dinero compartiendo cuarto; sencillamente me dijo que me mataría como se me ocurriera

poner un pie en su habitación.

A veces pienso que no le caigo demasiado bien. Es buena compañera, no obstante. Habilidosa, no temo por mi vida con ella. En última instancia, eso es lo único que me importa, aunque extraño la cara que puso cuando empecé a asfixiarla después de maniatarla. Estaba aterrada, pero yo sabía que me lo agradecería en cuanto alcanzara el clímax. No podía esperar a ver cómo su pavor daba paso a los delirios del placer.

Pero es frígida. No hay nada que uno pueda hacer al respecto.

Me sitúo a su lado mientras compra algo de fruta en la plaza que hay a un bloque de distancia de la posada.

—Bonitos melones.

Hace como si no me hubiera oído.

—He traducido el código. No te lo vas a creer.

Soy mucho más alto que ella. Me arrimo un poco más para asomarme de refilón al escote de su blusa.

—Hum, qué intriga.

—¿Sabes, Vox?, hay un burdel en la acera de enfrente. ¿Necesitas desahogarte para que podamos hablar con normalidad? —Tiene redaños. Eso me gusta.

La miro brevemente a los ojos.

—Si no quieres que mire, no vayas por ahí enseñándolas. Soy tan libre de mirar como tú de taparte. ¿En qué consiste el encargo?

Mira a su alrededor para cerciorarse de que no haya nadie lo bastante cerca como para escucharnos a hurtadillas. Baja la voz.

—Nos han pedido que nos encarguemos de la Bruja de los Vientos. Quieren que asesinemos a la mismísima Janus Borig.

Se me nubla la mirada al tiempo que un temor helado me atenaza las entrañas. Todos los sonidos se apagan. Estoy perdiendo la sensibilidad, la capacidad de hilvanar las ideas. Estoy volando por los aires y aterrizando de golpe.

Floto en suspensión entre mi cuerpo y el de un jovencito gordinflón. Puaj, cuánta grasa, tras la gloriosa agilidad de mi figura de guerrero asesino, tras la gracia fruto de diez mil horas de entrenamiento. Estoy sentado en...

¿Qué demonios?

¿Qué era...?

Había vuelto.

60

—¿Cómo que me has ganado? —preguntó Teia—. ¿Me has ganado en una partida de cartas?

—Pues sí.

Habían terminado de ejercitarse y trazar por esa noche. Teia aparentemente había notado algo extraño en la conducta de Kip y lo había acorralado. En ese momento estaban sentados en su habitación nueva. Kip, sofocado aún a causa del esfuerzo físico, se había echado una toalla sobre los hombros y tenía problemas para mirar a Teia a los ojos. No sabría explicar qué era lo que le daba tanto apuro.

—¿Qué apostaste contra mí? Quiero decir, ¿qué te jugabas? —preguntó Teia—. Pero si no tienes nada. Quiero decir... no te ofendas. Yo tampoco, pero...

—No era una apuesta convencional. El Rojo quería... no sé... comprobar dónde estaba mi límite, supongo. Eras tú contra... un secreto que él cree que poseo.

—Ya... veo. —Teia arrugó la nariz durante unos instantes. Se dio cuenta de que el muchacho no iba a confiar en ella—. Perdona, dejo mucho que desear cuando estoy agotada —dijo—. ¿Te han dado mis papeles?

Kip hizo un gesto en dirección al escritorio, encima del cual se encontraban los documentos estampados.

—Ya lo he arreglado con el maestro escriba. Me ha dicho que tienen que hablar con la embajada del sátrapa aborneano para cerciorarse de que no haya ningún gravamen sobre ti, pero con la rúbrica de Andross Guile, parecía estar seguro de que las cosas no se van a torcer. Ya ha añadido la entrada a los libros de la Cromería.

Teia no dejaba de pestañear, como una niña que se hubiera caído y no supiese si se había hecho daño o no. ¿Cuál sería la reacción adecuada, echarse a llorar o levantarse y seguir caminando como si nada?

—¿Me has «ganado»? —preguntó de nuevo—. ¿Qué... qué vas a hacer conmigo?

Sus ojos saltaron a la cama, después a los de Kip, y por último al suelo.

—¡No! Tú misma lo has dicho, los guardias negros lo tenemos prohibido. Me...

—Los guardias negros de pleno derecho, no los cadetes —musitó Teia—. No antes de hacer los votos.

Ninguna mujer se acostaría jamás con Kip voluntariamente. No por méritos propios. Tendría que hacerlo con una esclava de cámara, o con una prostituta. Era obeso, ilegítimo, estúpido, feo, torpe, tyreano y mestizo. Ni siquiera sabía hablar con las chicas como el resto de sus compañeros. Aquella era su única oportunidad. No es

que Teia estuviera ofreciéndose voluntaria, exactamente, pero tampoco parecía rechazar la idea. Andross Guile tenía razón.

Siempre podría liberarla después. O si los dos ingresaban en la Guardia Negra, pronunciarían sus juramentos y ese sería el fin de la historia.

Kip obtendría su recompensa, para variar. Se lo había ganado. Todas esas horas de estudio, de memorizar cartas y estrategias cuando podría haber estado perfeccionando su trazo. Sabía que no debería haber gastado el truco de la baraja negra para salvar a Teia. Debería haberlo reservado para salvarse a sí mismo. Estaba arriesgando su futuro por ella. Se lo debía. Sin Kip, sería propiedad de Andross Guile. La había rescatado de esa araña. ¿Qué tenía de malo esperar un poco de gratitud a cambio?

Conque gratitud, ¿eh? ¿Seguro que es eso con lo que no puedes parar de fantasear, Kip?

Teia dejó su bolsa en el suelo.

—¿Quieres que me asee antes? —Su voz sonaba distante, vacía—. Podría traer agua caliente para bañarnos juntos. O... perdona, Kip. Quiero decir, perdonad, mi señor. Nunca he hecho esto antes. No... no esperaba que mi ama me vendiera. Parecía muy decidida a... a... ¿A que estoy hablando demasiado?

Era cierto que había fantaseado con Teia. Y después se había sentido fatal.

Kip se restregó la cara con la toalla. Era una esclava. Él no la había esclavizado; sencillamente, así estaban las cosas. Nada de todo aquello era idea suya, y también él debía pagar un precio por estar las cosas como estaban. No había elegido ser un bastardo, pero tenía que vivir con eso, ¿verdad? Su camino estaba sembrado de baches, obtener alguna gratificación de vez en cuando era justo. Se lo merecía. Además, que fuese algo impuesto no tenía por qué traducirse automáticamente en que fuera desagradable. Kip se portaría bien con ella. Cuidaría de ella. La trataría mejor de lo que ninguna esclava podría esperar de nadie.

Teia tragó saliva.

—Soy virgen, pero las esclavas de cámara hablan de su trabajo... a todas horas. —Se ruborizó—. Creo que sé lo que debo hacer. —Tragó saliva de nuevo.

Además, ¿a qué podría aspirar si la dejaba en libertad? ¿Disfrutaban los campesinos de muchos más lujos que los esclavos?

La tentación es una serpiente paciente y sutil.

Soy el oso tortuga. Soy un gordinflón desgarbado y ridículo, pero al menos puedo ser franco conmigo mismo. Quiero poseerla porque me aterra la idea de no tener jamás otra oportunidad de acostarme con alguien. Y me portaré bien con ella porque no quiero que luego me remuerda la conciencia. Todo es mentira.

Por supuesto que deseo acostarme con vos, amo. Por supuesto que habéis sido bueno conmigo. Por supuesto que ninguna chica podría soñar con nada mejor. Por

supuesto que sois cariñoso, generoso y maravilloso.

Si no eres libre de decir que no, decir que sí no tiene sentido.

—¿Te he molestado? —preguntó Teia.

No sabría interpretar mis cambios de humor igual de bien si yo fuera su amo, ¿verdad?

Teia tragó saliva.

—No hace falta que perdamos tiempo aseándonos. No tendría que haber dicho nada. Lo siento. Soy una patosa. Debería cerrar el pico y... —Cruzó los brazos y agarró el dobladillo de su camisa.

Kip la cogió del brazo antes de que pudiera completar el movimiento, deteniéndola. Hizo caso omiso de la expresión de perplejidad que se plasmó en sus facciones, se acercó a la mesa y cogió los papeles. Rehuyendo su mirada, se los ofreció.

—Eres libre. No constará en el registro hasta que el primer traspaso haya salido de la embajada... Lo intenté, pero por lo que a mí respecta, no me perteneces. —Eso le sonó mal, por algún motivo. Kip se frotó la cara con la toalla—. Nadie tenía esclavos donde me crié, así que no sé qué es lo que suele hacerse en estos casos, pero... tampoco quiero saber cómo funciona. La idea de obligarte a... a hacer las cosas que sugería ese viejo espantoso... ya me odio bastante.

—Hace tiempo que no duermes bien, ¿verdad?

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Me lo tomaré como un no.

Kip apartó la mirada.

—Tengo... malos sueños. —«Malos sueños.» Menudo eufemismo—. Tanto si duermo como si no, por las mañanas me levanto más cansado que antes de acostarme.

—Vete a la cama, Kip. Hablaremos de esto por la mañana.

—Lo digo en serio, Teia.

—Yo también. A la cama —insistió con firmeza la muchacha.

—Pensaba que el que daba las órdenes aquí era yo —dijo Kip. Se arrepintió de inmediato, pero Teia se rió y le dio un cachete en la nalga. Su risa había sonado algo forzada, sin embargo. Era evidente que se sentía por lo menos igual de aliviada que él.

Kip se acostó y, milagro de los milagros, no tardó en quedarse dormido.

Por la mañana, Kip se sentía ridículamente bien. Se descubrió tarareando, incluso. Eso durante los diez primeros segundos.

Hasta que se acordó de la daga.

Se lavó con una esponja, se puso rompa limpia y asomó furtivamente la cabeza por la puerta. No había ningún espía, al menos a la vista.

Usó las escaleras para bajar a la planta de su antiguo barracón. Seguía sin tener

ningún plan, pero sabía que no podía dejar una reliquia de valor incalculable para siempre en un baúl cualquiera. Se coló en el barracón y se apresuró a recorrer las hileras de camas.

El jergón debajo del cual había escondido la daga estaba ocupado. El baúl se encontraba ahora al pie de la cama, como era habitual. A Kip se le formó un nudo en la garganta.

Abrió el baúl de par en par. Una muda de ropa, una manta de repuesto, unas cuantas monedas. Ni rastro de la daga. Ay, rayos. Ay, diablos. Ay, Orholam misericordioso.

—¿Qué haces revolviendo mis cosas? —preguntó una voz desde la puerta de la letrina. Se trataba de un chico nuevo, alguien a quien Kip no había visto antes. Cubierto de granos, desgarbado, con una mancha de nacimiento en el cuello.

—Guardaba unas cosas aquí —dijo Kip—. ¿Dónde están? ¿Qué has hecho con ellas?

—Pero ¿qué me estás contando? Cuando me dieron el baúl, dentro solo estaba la manta reglamentaria. ¿Intentas robarme?

—Venga ya.

—Eres el Rompelotodo, ¿verdad? —preguntó el muchacho.

Estupendo. Kip se marchó sin decir nada.

Bajó las escaleras y se dirigió a una ventanilla. Puesto que el horario lectivo había comenzado ya, no tuvo que guardar fila. El secretario, evidentemente, sabía que Kip debía de estar saltándose alguna clase. Se hizo el remolón.

Kip se mordió la lengua.

—¿Te has extraviado, jovencito? —le preguntó el secretario. El hombre sostenía una taza de kopi humeante en las manos.

—Yo no, pero algo que me pertenece sí. ¿Hay algún sitio donde se depositen los objetos perdidos?

—Por supuesto —dijo el hombre—. ¿Qué buscas?

Kip tragó saliva.

—Por favor, no me digas que se te han perdido unas cuantas monedas y que no logras recordar exactamente cuántas eran. —El hombre esbozó una sonrisa desprovista de humor y dio un sorbo a su kopi.

—No. Hum. —Kip bajó la voz—. Se trata de un cuchillo con su funda, más o menos así de largo, con la... hum... con la empuñadura de piel de raya blanca y... esto... y la hoja engastada como de cristales.

—Vosotros y vuestras bromitas.

—Hablo en serio.

El hombre probó otro sorbo de kopi, puso los ojos en blanco y se acercó a una caja que había detrás de su mesa. Empezó a remover entre capas y pantalones viejos.

—Las habitaciones las limpian los esclavos, ¿sabes? Gente taimada. Sin ética. Ladrones, la mitad de ellos. La verdad, no deberías dejar nada de tanto... —Se interrumpió.

Kip oyó el sonido inconfundible de una hoja saliendo de su vaina. Se le aceleró el pulso.

El hombre regresó a la ventanilla y dejó una daga encima del mostrador. La misma que Kip le había descrito. Tenía los ojos abiertos como una lechuza.

Kip se apresuró a recogerla.

—Lo... ah... lo mejor será que no le habléis a nadie de esto —dijo—. Hum, no pretendía que sonara como una amenaza. Me refiero a que es muy importante, así que si aparece alguien más preguntando por ella, ¿podríais hacer como si no la hubierais visto nunca y no supierais de qué os hablan? Y si alguna vez descubrís qué esclavo la trajo aquí, dadle las gracias. Probablemente le debo la vida o algo.

Imperturbable, el hombre tomó un trago de kopi. Se le había perlado la frente de sudor, no obstante.

No tengo donde ocultar un cuchillo tan grande.

Como si no fuera tremendamente obvio, Kip cogió la daga y se la guardó en una manga, disimulando la empuñadura con la mano en la medida de lo posible. Tragó saliva y se ciñó el cinturón con la mano libre.

Esto es lo que se llama apretarse los machos, supongo.

Machos. A Kip no le gustaba esa palabra.

El secretario carraspeó.

—¿Puedo ayudarte con algo más?

Ah, Kip estaba haciéndose de rogar.

—No. Gracias de nuevo. —Dicho lo cual, se marchó.

No sabía adónde ir. No tenía ningún lugar seguro en el que depositar algo que valía una fortuna, pero se descubrió caminando en dirección a la casa de Janus Borig. La mujer poseía varias cosas que valían una fortuna, ocultas a la vista de todos. Quizá ella pudiera darle consejo.

Cuando llegó a la antesala del edificio, se percató de que todos los que entraban de la calle estaban empapados. Pensó en volver a su habitación para coger una capa, pero quizá se encontrara con algún espía al acecho, y ya estaba protegiendo la daga de pena, así las cosas. Que le sonriera a uno la suerte estaba muy bien, pero esperar que lo hiciera siempre sería pedir demasiado.

Tendría que mojarse. Orholam sabía que contaba con aislante de sobra para no acabar calado hasta los huesos. Se armó de valor para afrontar el aguacero y apretó el paso.

Cuando llegó a la casa de Janus Borig, chorreando y aterido, encontró la puerta derribada, arrancada de sus goznes, retorcidas y rotas las bandas de hierro. Un olor

extraño flotaba en el aire. Sangre. Sangre y humo.

61

Kip podía sentir cómo el miedo intentaba paralizarlo, pero el miedo era lento. El miedo solo podría posarse en sus hombros y extender sus negras alas para taparle la cara si él se lo permitía. Sobrevolaba su cabeza, buscándole los ojos con su pico teñido de sangre, pero Kip era más rápido. Irrumpió en la casa como una exhalación.

Se tropezó con algo al traspasar la puerta desvencijada. Algo blando e invisible. Algo no. Alguien.

El peso de Kip hizo algo útil por una vez, y se cayó de bruces, entrando a trompicones en la casa de Janus Borig y derribando a la figura invisible. Atisbó la pernera de un pantalón entre los pliegues de una capa mientras el hombre rodaba por encima de una estantería hecha añicos.

Una nube de cartas saltó por los aires. El hombre debía de haber tenido las manos llenas de ellas, y cuando se estrelló contra el suelo, volaron en todas direcciones.

A continuación, con un susurro de tela, desapareció.

Kip se incorporó de un salto, resbaló con los restos del suelo y vio varios cadáveres. Hombres armados, tal vez media docena, todos ellos uniformados de negro con un escudo de plata bordado en el pecho. Los guardias de Janus Borig. Todas las víctimas eran guardias. Ellos no habían matado a nadie.

El sonido del acero desenvainándose se impuso al siseo apagado de la lluvia y el viento del exterior.

Kip abrió las pupilas al espectro del subrojo... y el hombre invisible se reveló ante sus ojos. Aun envuelto en su capa, irradiaba más calor que su entorno. Caminaba directamente hacia Kip, sin molestarse siquiera en bajar su centro de gravedad. Kip debía de parecer presa fácil.

Mirando con desespero a su alrededor, como si no entendiera lo que ocurría, Kip aguardó hasta que el tipo se hubo acercado un poco más. La capa solo debía de ocultar lo que había debajo de ella, por lo que el hombre únicamente empuñaba una espada corta, y no podría levantarla hasta el último segundo so pena de descubrirse antes de tiempo, con el brazo amartillado. De modo que avanzaba con el arma apuntando al suelo.

Cuando estuvo a dos pasos de él, Kip profirió un alarido. Se abalanzó sobre su agresor fintando a un costado, barriendo el aire con el brazo izquierdo para desviar la espada del hombre antes de que este pudiera esgrimirla, y con la mano derecha le hundió la daga en el pecho.

O bien el subrojo dificultaba apreciar los detalles, o bien Kip era más torpe de lo que pensaba, porque sus pies aterrizaron en un montón de libros y corazones de manzana y perdió el equilibrio. Además de la daga.

Volvió a levantarse de un salto, temblando a causa del furor de la batalla. El hombre invisible se había vuelto ya perfectamente visible, desplomado de espaldas, con los brazos en cruz, inmóvil, y la daga de Kip incrustada en el pecho.

Kip miró desesperadamente a su alrededor. Janus guardaba un montón de mosquetes. ¿Por qué no podía encontrar ninguno ahora? No parecía que hubiese ningún incendio, aunque el olor a humo todavía impregnaba el aire. Detectó también la fragancia resinosa de la luxina verde, como de cedro recién cortado. Alguien había apagado un fuego con luxina. Varios fuegos. Janus Borig le había dicho que las cartas del piso superior estaban protegidas con trampas. Quizá hubiera puesto alguna también allí abajo.

—¿Vox? —resonó una voz de mujer, procedente de arriba—. ¿Qué ha sido eso?

Kip desincrustó la daga del cadáver y subió corriendo las escaleras, tan sigiloso como un rinoceronte que se hubiera caído en una caja llena de porcelana. La mujer estaba frente a la pared de las cartas, descolgándolas y guardándolas en los compartimentos de un estuche de madera, pero ya parecía alarmada antes incluso de ver a Kip. Soltó el estuche encima de una mesa y se embozó en su capa.

Sin darse cuenta, Kip había dejado que su vista recuperara la normalidad. Atisbó fugazmente la habitación de arriba. Janus Borig yacía junto a su escritorio, convertida en un amasijo sanguinolento, sin vida. Alguien había derribado una sección del tabique, revelando así un escondite que debía de haber contenido cartas u otros tesoros, aunque ahora la mitad de la pared se veía vacía.

Una mancha trémula se acercaba hacia Kip, que relajó los ojos. La mujer invisible se transformó en un fulgor cálido que se aproximaba a él rápidamente, aguardando hasta el último segundo para levantar su espada corta. Esos asesinos no debían de estar acostumbrados a encontrar resistencia, porque cuando Kip esquivó el ataque, la mujer se sorprendió tanto que ni siquiera intentó corregir su maniobra. Kip giró sobre los talones mientras se apartaba de un salto y contraatacó.

Su daga rozó algo y lo rasgó. Kip esperaba que fuese el costado de la garganta de la mujer. Se agazapó en medio de la habitación.

—Eres un subrojo —dijo su agresora—. Siempre he odiado a los subrojos. —Se volvió visible con un centelleo. Se trataba de una mujer menuda, rubia y pálida, con los ojos azules teñidos de verde a causa del trazo. Ojos rasgados, cara de hurón. Llevaba el cabello recogido en dos trenzas. La daga de Kip había cortado una de ellas por la mitad. Desenfundó una pistola.

Kip agarró la pequeña silla de Janus y se la arrojó a la asesina. Esta se apartó de un salto, pero ya había apretado el gatillo. El arma profirió un rugido amplificado por

las reducidas dimensiones de la estancia. Una serie de silbidos estridentes, superpuestos los unos a los otros, hendió el aire mientras la bola de plomo rebotaba en las paredes.

La mujer se agarró la pierna con una maldición, herida por el proyectil o fingiendo. Kip no sabía hasta qué punto la bala podría haberla lastimado. Entonces ella le arrojó la pistola, falló, y arremetió contra él con la espada.

El arma no estaba diseñada para la esgrima, ni mucho menos. Su hoja, ancha y corta, era útil sobre todo para apuñalar a víctimas desprevenidas y asegurarse de que una sola estocada resultara letal. La daga de Kip era prácticamente igual de larga, pero más estrecha y afilada, y la empuñaba un luchador con mucha menos experiencia y un objetivo mucho más voluminoso.

Pero la atacante estaba herida. Kip adoptó una posición de combate con cuchillos, intentando recordar todo lo que le habían enseñado sus instructores. La asesina podría estar fingiendo que su herida parecía más grave de lo que era para engañar a Kip y conseguir que este cometiera alguna estupidez.

Paciencia. Si estaba lastimada, se precipitaría en un intento por acabar el combate lo antes posible.

—Mi gente llegará de un momento a otro —dijo Kip—. Será mejor que...

La mujer se abalanzó sobre él. Kip desvió la espada corta y le propinó un puñetazo en la cara con la zurda, la mano arruinada. Por lo menos el golpe fue sólido, e impactó donde quería. La asesina trastabilló de espaldas, renqueando ligeramente con la pierna izquierda.

Si Kip hubiera presionado después de ese ataque, la pelea podría haber terminado ahí, pero pecó de cauto, temiéndose que intentara engañarlo.

Ella se recuperó, sangrando a raudales por la nariz, tambaleándose. Exagerando tal vez un poco su inestabilidad.

—Todos los capitanes de la guardia en cinco bloques a la redonda han sido sobornados —dijo—. ¿Y oyes eso?

Kip no sabía a qué se refería. Ah, los truenos.

—Eso significa que nadie se enterará de los disparos. Vas a morir aquí, niño de fuego.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó Kip para ganar tiempo. Podía ver que una mancha de sangre se extendía por los pantalones oscuros de la mujer. La bala perdida la había herido realmente.

En la guerra, nadie hace trampas; solo hay supervivientes y víctimas. El instructor Fisk les había inculcado con insistencia esa lección. Los guardias negros no aprendían a batirse en duelo; aprendían a matar.

Kip no era ningún experto con el cuchillo, pero sí era más fuerte que aquella mujer, sobre todo ahora que se estaba desangrando. Rodeándola lentamente había

llegado al alcance de un taburete.

—Órdenes —dijo la mujer—. ¿Y quién diablos eres tú, para que pueda informar de a quién hemos asesinado?

—Kip Guile.

—¿Guile?

Kip lanzó el cuchillo contra la mujer. No era una maniobra recomendable, a menos que fueses un experto. Cosa que Kip no era. Pero la asesina estaba desprevenida, y el arma la golpeó directamente en el pecho. Con la empuñadura.

La mujer retrocedió de un salto, escupiendo maldiciones, y Kip agarró el taburete y usó las dos manos para barrer el aire con él, trazando un gran arco.

La agresora intentó replegarse más aún, pero la pared que se levantaba a su espalda le cortó el paso. Kip atacó con contundencia, volcando todas sus fuerzas en el golpe. Ella intentó bloquear el taburete, pero este arrolló sus defensas mientras se le rompía una pata, convertido en un arma de dudosa eficacia.

Kip, sin embargo, no repitió el mismo error de antes; esta vez presionó. En la habitación había más claridad que antes, y podía ver que la asesina tenía un brazo indudablemente roto, a pesar de lo cual se las apañaba para no soltar el cuchillo. Estaba intentando cambiárselo de mano cuando Kip la embistió con el hombro y la estampó contra la pared.

Oyó cómo el aire escapaba de ella con un silbido, tras lo cual ambos comenzaron a forcejear por hacerse con el control de la daga.

—¡Niah! —exclamó una voz, procedente del hueco de la escalera—. ¡Agáchate!

Kip se giró para ver al otro sicario —al que juraría que había matado antes— allí de pie, apuntándolo con una pistola. La mujer, Niah, intentó zafarse de Kip y arrojarse al suelo, pero el muchacho se lo impidió mientras contemplaba fascinado el diminuto punto naranja que flotaba sobre la pistola del hombre: una mecha de combustión lenta. Se introdujo en la cazoleta con un chasquido.

Kip forcejeó con Niah, cara a cara, renunciando por completo a la daga que mediaba entre ambos.

Una explosión, y la cabeza de la mujer lo golpeó en la cara. El testarazo le magulló la nariz y el labio. Se le anegaron inmediatamente los ojos en lágrimas.

—¡Niah!

Kip retrocedió de espaldas, tropezó, se cayó de culo. Niah, la asesina, se desplomó como un trozo de carne, con la parte posterior del cráneo destrozada. Lo que Kip había tomado por un cabezazo solo era una reacción involuntaria al disparo que le había volado la tapa de los sesos.

Se golpeó la cabeza contra la pared al caer, no con tanta fuerza como para quedarse aturdido, pero aun así le dolió.

Soy un cretino. Metió una mano en el bolsillo y sacó sus gafas verdes.

El hombre, Vox, contemplaba horrorizado la cabeza destrozada de su compañera, a la que acababa de eliminar. Pero el movimiento de Kip le hizo entrar en acción, saltó sobre él y le propinó una patada en la cabeza.

Kip encajó el grueso del impacto con el hombro y rodó con la patada, poniendo tanta distancia de por medio entre Vox y él como le fue posible. Vio que el asesino recogía la espada de Niah. Kip se puso en pie con dificultad, desarmado, atrapado en una esquina de la habitación, mientras Vox adoptaba una posición de combate. Sus movimientos bastaban para indicarle a Kip que era un guerrero.

Las gafas de Kip estaban plegadas, pero aún en su mano. No había tiempo. Conseguiría ponérselas aproximadamente a la vez que la espada acababa con su vida.

El asesino y él saltaron al unísono: Vox, sobre Kip, y este sobre los naipes de la pared. Kip rastrilló el tabique con una mano, arrancando cuatro, cinco, seis cartas.

De la pared surgió una llamarada. Si Kip hubiera estado plantado delante de las cartas, la conflagración lo habría consumido. Ahora, en cambio, un muro de fuego se interponía entre él y el asesino, que se detuvo en seco. Kip se puso las gafas, las encajó en su sitio de cualquier manera y comenzó a absorber el verde. Vox vio lo que estaba haciendo, y mientras la cortina de llamas se reducía hasta desaparecer, ambos levantaron una mano abierta para disparar luxina el uno contra el otro.

El asesino fue más rápido. Extendió la mano... y no sucedió nada. Su palma estaba desprovista de color. Dispuso de un segundo para contemplar fijamente su mano, sorprendido, antes de que el misil verde de Kip le atravesara el estómago.

El hombre se desplomó, aullando:

—¡Atirat! ¡Atirat, vuelve! ¡Qué me has hecho! —le preguntó a Kip. No tenía la mirada puesta en su estómago, en la herida mortal. Sino en sus manos.

Kip tosió. La pared que contenía el resto de las cartas había empezado a arder. Algunos de los naipes chisporroteaban y crepitaban, como la savia en un bosque en llamas. Otros soportaban imperturbables el incendio. El fuego se propagaba a gran velocidad.

—Kip —sonó una voz ronca y entrecortada.

Provenía de la esquina. Janus Borig. Estaba viva.

—Coge el cuchillo, atontado.

—¿Qué? —preguntó Kip, como un pasmarote. Ah, su cuchillo. El que había tirado durante el combate. Ese cuchillo.

Kip tuvo que pasar por encima del cadáver de Niah, cuya cabeza reventada seguía vertiendo sangre en un círculo en expansión. Apartó la mirada rápidamente para no vomitar.

El otro asesino balbucía algo acerca de ser impuro, indigno, arruinado. Sollozaba e hipaba de forma entrecortada, pero no parecía que le quedaran fuerzas para causar más problemas. Kip encontró la daga y se incorporó en medio de la humareda al

mismo tiempo que oía un grito.

Dio un respingo, se agachó, y pudo ver cómo Vox —quien por algún motivo se había quitado la capa y la camisa— se abría la garganta de un tajo. Brotó un surtidor de sangre y el asesino miró a Kip fijamente con los ojos castaños llenos de odio, apenas durante unos momentos, antes de desplomarse de bruces, sin conocimiento.

¿Qué demonios?

Kip regresó corriendo junto a Janus.

—Las capas, Kip.

—Ya tendremos tiempo de abrigarnos cuando salgamos de aquí.

—Tan prodigioso, y tan estúpido —dijo la anciana, con un hilo de voz—. Sus capas.

Kip obedeció. Su cerebro parecía tener dificultades para funcionar correctamente, de modo que se alegró de recibir instrucciones, aunque estas no tuvieran sentido en una casa cada vez más inundada de humo. El hombre había tirado la capa lejos de sí, por lo que recogerla fue fácil, pero la mujer todavía estaba envuelta en ella. Kip apartó la mirada mientras tiraba de la prenda, pero estaba enganchada, y vio que la sujetaba un broche de oro ceñido en torno a la garganta de la asesina.

Concentrándose en sus dedos para que no lo abrumara la sangre y perdiera el control, abrió el broche y consiguió hacerse por fin con la capa.

Se llenó los pulmones de aire, menos cargado de humo tan a ras del suelo, y se acercó a Janus Borig. Levantó a la anciana en volandas. Entonces su mirada se posó de nuevo en las cartas, y se sobresaltó.

Las preciadas cartas que cubrían las paredes estaban en llamas, transformadas en antorchas diminutas por la luxina que contenían.

—No te preocupes por ellas —dijo Janus—. En marcha.

—¡Pero si lo son todo! Valen una...

—En marcha, Kip. —La voz de la anciana era apenas un susurro.

Kip bajó los escalones tambaleándose, con la mujer en los brazos. Las llamas descontroladas crepitaban peligrosamente cerca de sus cabellos. El calor levantaba una muralla ante él.

El fuego descendía insidioso por la barandilla, y Kip vio desperdicios humeantes al llegar a la planta de abajo.

Orholam misericordioso, aquella habitación no solo estaba repleta de basura. Era un polvorín.

Kip corrió en dirección a la puerta, esquivando meticulosamente el revoltijo de ascuas, con los brazos lastrados por una anciana, dos capas y una daga descomunal.

—Un momento —musitó Janus al oído de Kip antes de que este cruzara la puerta. Su voz era apenas audible—. Gira... —Kip se dio la vuelta, y la anciana extendió las manos hacia su caja de tabaco.

—¿Me tomas el pelo? ¿Te vas a poner a fumar? ¿Ahora?

Janus Borig rebuscó en el interior de la caja durante unos instantes, y de debajo del tabaco extrajo un pequeño estuche de marfil y madera de olivo laqueada, lo suficientemente grande para contener una baraja.

—¡Ja! No las encontraron. —Esbozó una débil sonrisa—. ¿A qué esperas? Este sitio está ardiendo.

Kip salió con ella a la noche. La tormenta rugía con ímpetu, los relámpagos restallaban, los truenos sacudían los edificios, las calles desaparecían bajo la lluvia. Nadie se había dado cuenta todavía de que había un incendio. Kip cargó con Janus calle abajo, y acababa de internarse en un callejón cuando oyó una explosión procedente de su casa. Después otra, mucho mayor. Trastabilló y perdió el equilibrio, consiguiendo amortiguar la caída de la mujer a duras penas.

La depositó en suelo, sucio y mojado, extenuado de repente.

—Supongo que no te acordarías de coger mis pinceles —dijo la anciana, enarcando las cejas. La lluvia le había lavado la sangre de la cara, pero ofrecía un aspecto insalubremente pálido, casi luminoso—. Porque... —Sonrió con un brillo sobrenatural en la mirada—. Ahora sé quién es el Portador de Luz.

Y esas fueron sus últimas palabras.

62

El ejército del Príncipe de los Colores había sufrido pocas bajas en su lucha por cruzar el paso que desembocaba en Atash. Liv no presenció ninguno de los combates, y cualquier rastro de los mismos se borraba siempre antes de que ella llegara.

Una vez superado el paso, todo el mundo daba por sentado que se dirigirían directamente a Idoss, la ciudad más importante del sur de Atash. En lugar de eso, mientras las batidas de forrajeadores se desplegaban por el territorio atashiano para alimentar al ejército, el príncipe había llevado el grueso del ejército al sur, adentrándose en las montañas. Cruzó el río y la carretera principal, y después desfiló corriente arriba, alejándose de Idoss.

A la larga, llegaron a las grandes minas de plata de Laurion. Liv nunca había visto nada parecido. Las colinas, durante al menos una legua en ambas direcciones, estaban tachonadas de agujeros. Trescientas cincuenta minas, dijo el príncipe, en las que trabajaban treinta mil esclavos. Las minas eran propiedad del gobierno atashiano, pero los nobles de las Siete Satrapías las alquilaban por un precio y rendían una parte de los beneficios al estado. Liv había oído hablar de los esclavos que eran enviados a las minas, pero nunca había entendido realmente lo que eso significaba, tan solo que era algo malo con lo que los propietarios amenazaban a los esclavos rebeldes u holgazanes. Algunos estudiantes atashianos habían mencionado que sus familias subcontrataban esclavos durante los meses posteriores a la cosecha para provecho de los tratantes que los transportaban hasta las minas, los exprimían y los enviaban de regreso antes de la época de siembra. Por lo visto, muchos no volvían jamás, y muchas familias solo alquilaban sus esclavos de esa manera si necesitaban desesperadamente el dinero.

Alrededor de las montañas que se extendían más allá de las minas había un anillo de torres de madera. El área que delimitaban era demasiado vasta como para cercarse con una valla, pero se había desforestado por completo. El esclavo que intentara escapar tendría que cruzar una gran franja de terreno despejado. Cada una de las torres de madera contenía un destacamento de guardias, caballos y varios mastines adiestrados para cazar fugitivos.

A orillas del río, al pie de las minas, se levantaba una pequeña ciudad llamada Thorikos. En ella, el mineral se cargaba en barcazas, se recibían los alimentos procedentes de las regiones vecinas, se realizaban las transacciones comerciales entre los tratantes de esclavos, se vendían medicinas y herramientas, y se dirimían disputas.

Thorikos, sin embargo, estaba prácticamente desierta. Todo el que podía marcharse lo había hecho ya. Atrás quedaban tan solo un anciano consejero y aquellos vecinos de la ciudad a los que la edad o la enfermedad les impedían viajar. Liv se maravilló ante la cobardía de sus familiares. ¿Quién sería capaz de abandonar a su madre en manos de un ejército invasor? La guerra saca lo peor de muchas personas, y lo mejor de muy pocas.

No hubo ninguna batalla. Cuando los administradores de las minas vieron las fuerzas que se desplegaban ante ellos, supieron que sería un suicidio. Los soldados estacionados en Laurion eran guardias que mantenían encerrados a los esclavos y capturaban a los fugitivos, no combatientes disciplinados. Contaban apenas con media docena de trazadores, entre los que no había ninguna mujer diestra en la batalla. Esas se habían replegado en Idoss.

El consejero se reunió con el Príncipe de los Colores en las afueras de la ciudad. Parecía intimidado por la presencia del príncipe. Liv había olvidado cuán amenazador era su aspecto. Pero el anciano se rindió con dignidad e imploró clemencia.

El Príncipe de los Colores se la concedió. Juró que no se asesinaría ni acosaría a nadie, que no se robaría nada salvo alimento y herramientas.

E hizo cumplir su palabra, pese a las protestas soterradas. Habría encontrado más oposición, comprendió Liv, si el ejército estuviera pasando apuros. Puesto que sus despensas estaban bien surtidas y todavía no había muerto nadie durante los saqueos, pedirle al ejército que se contuviera resultaba más fácil.

El príncipe puso especial cuidado en la toma de las minas. Envió soldados alrededor de las colinas para capturar las torres de madera e impedir que los esclavos huyeran aprovechando la confusión. Si realmente pretendía liberarlos, tal y como afirmaba, sería en el momento indicado, en las condiciones que él decidiera.

Y así fue. A Koios Roble Blanco le encantaban los espectáculos. Mientras el sol crepuscular prendía fuego al firmamento, se dirigió a los treinta mil esclavos reunidos. Todos serían liberados inmediatamente en cuanto escucharan su breve y humilde discurso. Esa misma noche los vestiría y los alimentaría a todos. Eran libres para ir adonde quisieran siempre y cuando no robaran a sus hombres ni se unieran a la Cromería en su contra. O podían desfilar con él y repartirse el botín con el resto de sus soldados, vengarse y ahorrar quizá lo suficiente para empezar una nueva vida, para comprar una parcela si deseaban cultivar la tierra o transformar todo su dinero en efectivo si lo que querían era vivir en la ciudad. Disponían de diez días para decidirse, pero debían hacerlo antes de que atacara Idoss. Si elegían unirse al ejército, estarían eligiendo vivir según las reglas del ejército. Pero la elección era suya, completamente libre, a partir de ese día no volverían a ser esclavos jamás.

Rompió personalmente las cadenas que inmovilizaban las manos de un anciano.

Era una apuesta tremenda, una apuesta que al día siguiente parecía haber

fracasado estrepitosamente. Los esclavos enviados a las minas no eran las personas más ímprobas ni equilibradas del mundo, sino piratas capturados, violentos, insurrectos, perezosos, rebeldes. Eran la clase de hombres que aborrecían cualquier tipo de reglas, y tal vez solo una décima parte acudieron a hacer instrucción a la mañana siguiente. El ejército dedicó todo el día a entrenarse, y solo comenzó a desfilar al mediodía de la jornada siguiente.

Al tercer día, Liv comprendió cuál había sido la verdadera apuesta del príncipe. Los hombres liberados, aun con ropas nuevas y sin cadenas, carecían de alimentos. Los forrajeadores del Príncipe de los Colores habían despojado la tierra de hortalizas y animales de granja. Nadie azotaba ya a los hombres libres, pero tampoco nadie les iba a dar de comer. Por supuesto, la mayoría de ellos estaban familiarizados de sobra con el hambre; el ayuno forzoso era el remedio perfecto contra la lascivia y la holgazanería de los esclavos. Podían soportar las protestas de sus estómagos vacíos. Durante algún tiempo.

Nadie transitaba las carreteras salvo otros esclavos, por lo que no podrían asaltar a nadie aunque quisieran. Una pequeña banda había atacado el campamento, llevándose algo de comida, pero ningún caballo. Habían sido perseguidos, maniatados, rociados con luxina roja y quemados vivos. Cuando los tres días se convirtieron en cuatro, comenzaron a aparecer grandes grupos que viajaban en paralelo al ejército.

Al quinto día, a la hora de cenar, acudieron al campamento a miles. Recibieron mendrugos de pan, nada más. Los hombres libres se ganan el sustento trabajando, les dijeron. A la mañana siguiente, todos esos miles se sumaron a las maniobras.

Al llegar la décima jornada, se habían añadido al ejército veintidós mil hombres.

Como cabía esperar, sumar semejante cantidad de hombres sin adiestramiento ni disciplina a un ejército ya de por sí con el adiestramiento y la disciplina justos provocó graves problemas. Liv escuchaba a los consejeros discutir amargamente al respecto hasta altas horas de la madrugada, llegando incluso a levantarle la voz al príncipe. ¿Deberían contenerse los esclavos en sus propias unidades o incorporarse a las ya existentes? (Lo último.) ¿Qué hacer con los que acosaban a las mujeres o a los hombres del campamento? (Inmolarlos.) Todos los esclavos eran varones, y únicamente a los capataces del campamento y sus favoritos —los cuales habían huido todos— se les permitía visitar a las prostitutas en Thorikos. ¿No podía hacerse nada por ellos?

El príncipe había abordado esa cuestión reuniendo a los representantes de los esclavos, sus generales y las prostitutas, que si bien antes no disponían de ningún gremio organizado, se apresuraron a fundarlo en cuanto escucharon que así podrían ganar una fortuna. Las cosas que escuchaba hacía que a Liv se le encendieran las orejas, pero el príncipe nunca le pidió que se fuera. Consiguió que la Madre de las

Acompañantes, como deseaban las prostitutas que las llamaran, le revelara a cuántos clientes podían atender sus mujeres en un día. Ordenó acuñar dos tercios de ese número en fichas de bronce, donde cada acto lascivo quedaría reflejado en forma de sello. Después encargó una cantidad considerablemente menor de fichas de plata para las mejores Acompañantes; dejó que fuera la Madre quien decidiera cómo deseaba elegir a esas mujeres. Repartió un tercio de las fichas entre los generales, dio otro tercio al líder de los forrajeadores, y uno más a su tesorero.

Los vales debían concederse a aquellos hombres que realizaran un servicio extraordinario, ya fuese aportando alimentos u ofreciéndose voluntarios para cumplir con alguna misión particularmente peligrosa que sugirieran los generales. Al menos la mitad de las fichas debían distribuirse entre los esclavos, y si se daba algún caso de corrupción consistente en la acumulación de vales o en el favoritismo a la hora de repartirlos, el responsable sería arrastrado por caballos, ahorcado e inmolado. Las Acompañantes, a su vez, debían presentar las fichas diariamente para su indemnización. El último tercio podría comprarlo cualquier integrante del ejército por un precio fijo, ayudando así a equilibrar el subsidio de los demás.

—Durante las dos próximas semanas —dijo el príncipe—, quiero que hagáis todo lo posible por encontrar la manera de distribuir tantas de estas como podáis, y no siempre a los mismos hombres. Que todo el mundo disponga de una oportunidad de ganarse una. Después de eso, recortaremos los privilegios. No quiero disturbios ni violaciones esta semana, pero tampoco verme en la ruina la semana que viene.

Al día siguiente, parecía que el campamento se hubiera reducido en una tercera parte cuando los hombres recién liberados partieron en todas direcciones, en misiones voluntarias.

Conforme se acercaban a Idoss, tanto las poblaciones como el botín fruto de los saqueos aumentaron de tamaño. No encontraron resistencia hasta llegar prácticamente a las afueras de la misma Idoss. Esta ciudad, Ergion, poseía una muralla de piedra, arqueros y unos cuantos trazadores. Liv no lograba imaginarse en qué estarían pensando esas personas; Idoss, mucho más fácil de defender, estaba a una mera jornada de viaje para una familia, dos para un ejército. Una distancia insignificante, cuando uno debía correr por su vida. Pero de algún modo los líderes de la ciudad se habían convencido a sí mismos de que podrían dispersar a un ejército de esclavos como si de briznas de paja se tratara.

El verdugo escupió desde las almenas e instruyó a sus arqueros que dispararan contra el Príncipe de los Colores cuando este avanzara para parlamentar. Los trazadores del príncipe repelieron las flechas con facilidad.

Mientras los trazadores los protegían de los arqueros, los zapadores —antiguos mineros, la mitad de ellos— dedicaron una hora a colocar cargas de pólvora al pie de la muralla. Una vez abierta la brecha, bastó una hora más para que la ciudad fuera

pasto de las llamas.

En esta ocasión, el Príncipe de los Colores dio la orden de que no se concediera cuartel. Esto sería un ejemplo, dijo. Solo quería quinientas mujeres y niños con vida.

La locura se adueñó del ejército, y Liv se quedó en el campamento. Aun vestida con sus ricos ropajes de trazadora, por conocida que fuese ya su cara, Ergion no era lugar seguro para una mujer sola. Además, no le apetecía ver lo que hacían los hombres liberados con sus antiguos amos.

Esa noche, un hombre inmensamente musculoso con la oreja recortada como único recordatorio de su antiguo estatus de esclavo, fue admitido en la tienda del príncipe. Hizo una reverencia y le tendió una saca. En su interior estaba la cabeza del verdugo de la ciudad.

El Príncipe de los Colores le dio un puñado de vales de plata, lo miró a los ojos y asintió con la cabeza. Mientras el bruto se iba, dejando la cabeza desfigurada rezumando sangre en la alfombra del príncipe, Koios Roble Blanco dijo simplemente:

—Asombroso, los riesgos que está dispuesto a correr un hombre a cambio de unos pocos minutos con la boca de una mujer habilidosa.

63

~Samila Sayeh~

Clic, supervioleta y azul. Clic, verde. Clic, naranja. Clic, amarillo. Clic, rojo y subrojo.

Hace días que sueño despierta. Antes de que la Guerra de los Guile llegara a Ru, le regalaron una cometa ilytiana a Meena, mi primita predilecta. Adondequiera que iba, el juguete la seguía cabriolando por los aires, sujeto a su muñeca por un cordel, sin desinflarse jamás en los dos meses que duró. Meena iba a todas partes dando saltitos, cantando. Tenía siete años, y ya llevaba dos entrenándose. Su voz destilaba una pureza que hechizaba por igual a soldados y cortesanos, pero la mayoría de las veces, las canciones que entonaba mientras paseaba por la ciudad eran absurdas y de su invención.

Meena está muerta. Ahora habría cumplido veintitrés años. Quería ir a la Cromería conmigo. Le dije que no. Su madre, desde luego, jamás se lo habría permitido, ni siquiera aunque se lo hubiera pedido yo. Probablemente. No lo intenté. Meena murió durante la purga del general Gad Delmarta, su cuerpo fue arrojado desde lo alto de la Gran Pirámide escalonada, junto con los del resto de nuestra familia. Cincuenta y siete cadáveres, solo en la pirámide. Muchos más dentro de la ciudad, aunque esas muertes eran más prosaicas, no tenían tanta importancia en cierto modo... al menos para mi gente.

Me pregunto si Meena habría llegado a ser una trazadora, una guerrera como yo. No sentía el menor interés por la lucha hasta que aquel carnicero asesinó a todos los míos. Me convertí en una guerrera excelente. Aunque no en la mejor, evidentemente.

Y ahora mi tiempo se agota.

Con la precisión que solo está al alcance de los mejores azules, estudio la tienda roja que es mi celda.

La batalla que tuvo lugar en Garriston iba a ser la última para mí. Usef y yo nos vimos abrumados por los engendros y nos separamos de los demás trazadores veteranos que se habían ofrecido voluntarios para combatir hasta la muerte en vez de unirse a los Liberados.

Usef y yo habíamos luchado en bandos opuestos durante la Guerra de los Prismas, la Guerra del Falso Prisma, la Guerra de los Guile. Una de mis mejores

amigas en la Cromería mató a la primera esposa de Usef. Y Usef la mató a ella a su vez. Usef y yo teníamos motivos de sobra para odiarnos. En cambio, nos habíamos enamorado. Dos guerreros rotos, hartos de la guerra.

Habíamos elegido librar juntos nuestra última batalla. Todos los trazadores veteranos se habían dividido en parejas, todos ellos armados con una pistola y una daga. Todos estábamos a punto de romper el halo, de modo que quien sucumbiera primero dejaría que su compañero lo librara de la locura. Y el superviviente tendría la responsabilidad de quitarse la vida.

Me preguntaba si Usef sería capaz de matarme, llegado el momento. Usef era azul, pero también rojo. Así había obtenido su sobrenombre, el Oso Púrpura. Detestaba ese mote con toda su alma, opinaba que sonaba ridículo. Pero, como yo misma le señalé en más de una ocasión, era el único posible. Usef medía seis pies y medio, tenía el pecho fuerte y grueso, estaba cubierto de pelo, su barba era larga, densa e ingobernable, al igual que sus guedejas morenas y sus cejas pobladas. Era un oso, y un bicromo disyuntivo rojo y azul. Que respondiera con un gruñido cada vez que alguien lo llamaba el Oso Púrpura solo contribuía a consolidar el apelativo.

El pecho de Usef explotó cuando un proyectil impactó en el edificio que tenían a sus espaldas. Contra todo pronóstico, se había levantado para buscarme, suspiró aliviado cuando me encontró, se alegró al ver que no estaba herida. Intentó decir algo. Y expiró su último aliento.

Yo había recogido mi mosquete, y el suyo, pero en vez de volarme la tapa de los sesos, respondí al ataque de aquellos malnacidos. Localicé la unidad de artilleros. Los masacré. Y fue entonces cuando rompí el halo.

Al principio pensé que debía de haber recibido una herida de bala. Me desmayé, convencida de que estaba muriéndome. Satisfecha.

Te quiero, mi Oso Púrpura.

Desperté en una carreta a oscuras, tan enferma como un tenue.

Transcurrido algún tiempo, semanas tal vez, la carreta se destinó a otros usos y me sacaron de Garriston. Repuesta ya por completo, ahora paso los días encerrada en esta tienda. Capto retazos de las conversaciones de los soldados y los campesinos que se acercan demasiado, pero solo me sirven para formular posibles hipótesis. Es evidente que avanzamos al encuentro de un tal Príncipe de los Colores, y que diariamente cubrimos grandes distancias, pese a las aparentemente gigantescas dimensiones de nuestra caravana.

A juzgar por la actividad que caracteriza algunas jornadas, y por el olor a humo que no pertenece a ninguna fogata, sé que debemos de habernos adentrado en el sur hasta dejar atrás las montañas de Karsos, y que hemos invadido Atash.

Todos los días me encadenan y me vendan minuciosamente los ojos antes de ponernos en marcha, pero por lo demás nadie me acosa. Una bendición relativa.

Aunque haya rebasado ya la barrera de los cuarenta, como guerrera, aprendí hace tiempo a prepararme para resistir cualquier tipo de ultraje, en caso de captura. A los hombres débiles les gusta humillar a las mujeres, sobre todo a las grandes mujeres que les hacen sentir inferiores. Algo que, en mi caso, sucede constantemente.

Entonces ¿qué ocurre?

Soy una guerrera azul formidable, puede que legendaria, incluso. Y he roto el halo.

Esa es la clave. Este autoproclamado Príncipe de los Colores, quienquiera que sea, quiere que me una a su causa. Cree que cuanto más tiempo pase encerrada a solas con mis diablos azules, mayores serán las probabilidades de que enloquezca y me pase a su bando.

Hacía mucho que no me subestimaban. Sigue gustándome tanto como cuando era una muchacha.

La tienda no es grande; no puedo erguirme por completo sin rozar la tela del techo con la cabeza. Tengo las manos inmovilizadas ante mí, con unos grilletes unidos al collar de hierro que me rodea el cuello. Unas pesadas cadenas me ciñen los tobillos, y un barrote de hierro me separa las piernas.

A pesar de todo, disfruto de una libertad de movimientos razonable, pero mis posibilidades de agredir a alguien son reducidas. Lo cierto es que no soy ninguna guardia negra: no sabría cómo incapacitar a nadie con las manos desnudas aunque las tuviese libres. Sí, conozco un par de golpes estratégicos, pero eso dista de convertirme en alguien peligroso. A decir verdad, sin mi trazo, no soy más que otra mujer indefensa.

Pero todavía no estoy dispuesta a dejar de trazar.

No me han quitado el anillo, señal inequívoca de que el Príncipe de los Colores intenta ganarme para su causa. Examinaron minuciosamente el rubí que reluce en mi dedo, primero, después el halo azul puro y roto de mis ojos, y permitieron que conservara la sortija.

Tardo dos días en trazar un plan. La tienda es roja, por lo que la luz que penetra a través de ella impide que sucumba al pánico como ocurriría con la oscuridad, pero no me sirve para trazar. Sin embargo, la tienda también es de tela. Si me pongo de puntillas, puedo tirar de un trocito cubierto generalmente por el armazón para roerlo. Tardo dos días en practicar un agujero lo bastante grande como para permitir que entre un diminuto rayo de luz blanca y pura, lo suficientemente pequeño como para pasar inadvertido a los ojos de quienes doblan la tienda todas las mañanas.

A la mañana siguiente, experimento un ataque de pánico al descubrir que el agujero ya no está allí. Pero nadie me castiga, nadie lo menciona siquiera. Debe de haber más de un trazador azul prisionero, como yo; habrán intercambiado nuestras tiendas sobre la marcha, eso es todo.

Comienzo de nuevo. Esta vez, tengo más suerte: me quedo con la misma tienda. A la duodécima jornada, el ejército se toma un día de descanso para acampar y organizar algún tipo de festival, a juzgar por las palabras sueltas que llegan a mis oídos. No importa: estoy preparada, y la tienda se ha alineado de norte a sur, la posición más ventajosa que tenía en mente cuando empecé a roer el agujero. Puedo asomarme al exterior.

Una inmensa carpa blanca cubre las tiendas. Pensaba que lo difuso del azul se debería a que el cielo estaba cuajado de nubes. Nubes que se disiparían ante la ardiente mirada de Orholam y me concederían la bendición de un azul puro. En lugar de eso solo hay un lienzo blanco que permite el paso de la luz pero bloquea mi color. Su tuviera unas gafas, daría igual. Pero no las tengo. No soy ningún Prisma; el blanco me resulta tan práctico como la ausencia de luz. Así que el Príncipe de los Colores no es estúpido. Debe de saber que las tiendas son vulnerables. Lo admiro y lo odio por ello al mismo tiempo. Pero no me disuade.

Bendiciendo a Usef para mis adentros por haberme regalado el anillo, me armo de valor y empiezo a aporrear el «rubí» contra los grilletes. Tras una docena de intentos, lo golpeo en el ángulo adecuado y la mitad superior de la joya se parte, rompiendo el adhesivo que la sostenía en su sitio. Dedico los veinte minutos siguientes a registrar la tienda en busca del fragmento que se ha caído.

Cuando lo encuentro, me lo meto en la boca para humedecer el adhesivo. La mitad roja del anillo no me sirve de nada, pero necesitaré devolverla a su sitio lo antes posible si me interrumpen.

La mitad inferior del anillo es de color azul zafiro. Es diminuta, pero si fuera más grande, no habría escapado al escrutinio de mis captores. Aparto la tela de la tienda hacia la izquierda del armazón, despacio, con cuidado. Dos horas antes del mediodía, el sol está lo bastante alto como para que su luz pura penetre por la minúscula abertura, apenas una mota, una cabeza de alfiler repleta de poder. El hecho de que mis manos estén encadenadas a mi cuello se convierte en otra bendición, un regalo del distante Orholam. Me permite descansar las manos sin moverlas del sitio.

La diminuta mancha de luz baña mi anillo, que proyecta hacia mí las primeras hebras de energía azul.

Me lleva horas, horas durante las cuales apenas si parpadeo, horas de infinitesimales cambios de posición cada minuto mientras el Ojo de Orholam corona la bóveda celeste y comienza su lento descenso.

Al atardecer, ante la inminente visita del celador que vendrá a verme, sujeto el trocito de cristal rojo con los labios y lo reacoplo lentamente al anillo. A continuación, desplazo con cuidado la luxina azul bajo mi piel, recolocándola para que se almacene únicamente bajo la ropa. No he absorbido mucha, a pesar de todas las horas invertidas, pero si el celador se percata, todos mis denuedos habrán sido en

vano. De modo que concentro la luxina en mi espalda, nalgas y muslos. Han respetado mi intimidad hasta la fecha, y si continúan haciéndolo una noche más...

Llega el celador. Sorbe un par de veces por la nariz, pero parece pensar que es alérgico a algo que flota en el aire de «este condenado país». Me deja la ración de rancho diaria. Regresa y se lleva la bandeja cuando he terminado.

Volverá después del toque de queda. Dispongo de dos horas. Tiempo de sobra para morir.

Con manos temblorosas, trazo un diminuto cuchillo afilado de luxina azul. Poco más que un clavo, en realidad. No es tan melodramático como cortarse las venas, pero estas se pueden vendar, podrían salvarme la vida. Un clavo incrustado en el corazón, en cambio, es irrevocable y razonablemente rápido. Aunque mi cuerpo me traicione y grite sin poder evitarlo, nadie podrá salvarme.

Debería haber muerto en Garriston. Debería haber muerto con Usef. No le conté que Gavin en realidad es Dazen. No me fiaba de su reacción. Ahora me arrepiento. Debería haber sabido por quién arriesgaba la vida.

Pero no. La arriesgaba por mí. Esta guerra le traía sin cuidado. Orholam le traía sin cuidado. Lo único que le importaba era hacer lo correcto, con dioses o sin ellos, con la Cromería o sin ella. Y le importaba yo. Debería habérselo dicho. Debería haber confiado en él. Fue una traición.

Lo siento, Usef. Iré a verte y me disculparé en persona. ¿En persona? ¿En espíritu?

Usef no creía en nada de eso. Espero que el más allá le haya dado una sorpresa agradable a mi osito.

Sostengo la punta del cuchillo sobre mi pecho. Gavin Guile —bueno, Dazen Guile— concedió una dispensa especial para suicidarse a quienes rompieran el halo, pero durante toda mi vida me han inculcado que el suicidio solo es otra forma de asesinato, y me cuesta volver la espalda a esa idea. No, esto no es ningún asesinato. Soy una víctima de la guerra.

—Señor de la Luz, si esto es pecado, perdóname. Si esto es un sacrilegio, perdona a tu hija descarriada. —Respiro hondo, armándome de valor.

Pero sigo sin hundir el clavo.

Soy un engendro. Lo sé. Sentí cómo se rompía el halo. Estoy condenada. Me volveré loca. Quizá lo esté ya.

Pero no me siento así. Me siento asombrosamente... yo misma.

Quizá sea ese uno de los indicativos de la locura, la incapacidad para reconocerla. Pero eso no tiene sentido. Todo el mundo estaría loco si pensar lo contrario fuera un criterio válido.

Tal vez el azul esté intentando seducirme. Sí. Será eso.

Pero entonces se trata de una seducción lógica, no apasionada. Si el azul fuera

algún tipo de espíritu independiente, empeñado en susurrarme dulces pecados al oído, debería estar escuchándolos. En vez de eso, sencillamente abrigo la vaga sospecha de que aquello que me han enseñado no se corresponde del todo con lo que estoy experimentando.

Contemplo una idea que en el pasado me habría parecido repugnante: rehacerme a mí misma con luxina azul.

Sigue pareciéndome reprobable.

¿Qué tal algo más radical, como crear unas fundas azules permanentes para mis ojos, para usarlas como lentes azules?

Suena complicado. Los ojos aislados del aire se resienten, está comprobado, pero si practicara unos respiraderos...

Empiezo a obsesionarme con los problemas. Como siempre. Así que... no he cambiado. No he cambiado en absoluto.

Quizá sea trazar lo que te cambia. Quizá cuando empiezas a trazar el azul después de romper el halo, se escapa contigo. Pero acabo de trazar el azul ahora mismo. En pequeñas cantidades, cierto. Pero no me siento como si estuviera desvariando ni nada.

Puedo matarme. Ahora lo veo. La senda está abierta, y puedo tomarla cuando llegue el momento.

Pero ¿suicidarme sin ningún propósito? Eso no tiene sentido. ¿Cómo honraría eso a Orholam, que nos dio la luz y la vida?

Si espero, quizá se me presente la oportunidad de asesinar al Príncipe de los Colores. Podría vengarme de él como se merece por haber matado a Usef. Sí, eso. Eso es razonable.

El nudo que me oprimía el pecho se afloja por fin. Disuelvo el clavo y trazo una pajita diminuta que introduzco en el orificio de la tienda. Si la tienda huele a luxina azul, me registrarán y encontrarán el agujero y el anillo. Debo encubrir incluso el tenue rastro de luxina cretácea. Me meto el polvo azul en la boca y lo escupo al aire nocturno. Después engullo los restos arenosos y me enjuago la boca con el vino aguado de la cena para que no se me quede nada entre los dientes.

Viviré. Lucharé otro día. Y desentrañaré los misterios del halo. Me tumbo, en paz conmigo misma, y me quedo dormida.

Mientras levantaba los dedos de cada uno de los cinco puntos, comprendió que no había llorado por Usef. No había derramado ni una sola lágrima por él desde que murió. La idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

64

Kip estaba empapado hasta los huesos. El frío era como un ejército invasor que arrasara todas las fronteras de su piel, sembrando la devastación a su paso. Quizá hubiera invadido primero su cerebro, embotándolo, ralentizando sus pensamientos. Sus puños eran los únicos puntos de calor de todo su cuerpo, un calor alimentado por el dolor. Se le habían abierto las cicatrices de la mano izquierda. No recordaba cómo.

Sintió que algo se deslizaba por su mejilla, arrastrado por la lluvia. Se limpió con la mano y se miró los dedos. Pero ¿qué...?

Le recorrió el espinazo un escalofrío más intenso que los provocados por la lluvia helada. Orholam misericordioso. Era un coágulo de los sesos de Niah, azul y gris, lavado por la lluvia. Debía de llevar pegado a su rostro desde que estalló la cabeza de la asesina. Con un espasmo, Kip lo arrojó lejos de sí.

Tenía que largarse de allí. Para empezar, envolvió las capas alrededor de su cuerpo. Sin la magia que las animaba antes, su aspecto era ahora el de unos simples mantos pálidos y raídos. Nada especial. Los broches de oro colgaban de forma natural en el interior de las prendas, como si estuvieran acostumbrados a ocultarse de miradas indiscretas de esa manera. Kip levantó la capucha. La capa de la mujer era demasiado pequeña para embozarse en ella cómodamente, pero se las apañó. Eran muy finas, casi sedosas, y no completamente impermeables, pero eran mejor que nada. Kip ni siquiera abrió el estuche de las cartas... no con semejante aguacero.

Por último, recogió el cuchillo. En lugar de volver a guardarlo en su funda, se había limitado a cargar ciegamente con ambos objetos mientras recogía a Janus Borig y el resto de los objetos que había sacado de su hogar arrasado, como un saqueador. Pero en ese momento notó algo extraño. Juraría que la vaina era demasiado corta para la hoja. No, imposible.

Enfundó la daga, y cuando esta encajó en su sitio, restalló un relámpago que iluminó toda la callejuela, cegándolo por un instante. Parpadeando, contempló la hoja enfundada. La vaina encajaba a la perfección. Aun así, juraría que parecía más larga y ancha que antes.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Alguien pasó corriendo ante la desembocadura del callejón donde se hallaba Kip, quien de repente fue plenamente consciente de encontrarse en pie junto al cadáver de una anciana cosida a puñaladas... con un cuchillo en la mano, en una zona que no tardaría en convertirse en un hervidero de curiosos.

No se equivocaba. Kip emprendió la marcha y vio docenas, cientos de personas que salían a la calle.

—¡Ha caído un rayo! ¡Fuego! —gritaba la gente, aporreando las puertas de sus vecinos.

En una ciudad, el fuego era problema de todos, aunque estuviera lloviendo. La tormenta constituía una bendición, por supuesto, ya que el agua ayudaría a apagar las llamas, pero todo el mundo debía aunar esfuerzos para impedir que la conflagración se extendiera.

Kip huyó del barrio y desanduvo el camino de regreso al gran puente, el Tallo de Azucena, pero no lo cruzó. Había ido a ver a Janus Borig para preguntarle dónde podía ocultar un tesoro valioso: ahora tenía cuatro tesoros.

¿Qué diablos estaba haciendo él con cuatro tesoros?

Aunque la verdadera pregunta era: ¿Qué diablos «iba» a hacer él con cuatro tesoros?

Se quedó bajo la lluvia durante unos instantes, cargado de riquezas con las que probablemente las satrapesas y las reinas solo podían soñar, pero sin poder permitirse una cama seca donde reposar la cabeza.

Puño de Hierro. Si Kip podía llegar hasta él...

Cruzó el puente tras afianzar la daga en su cinto y disimularla, cerciorándose de que pudiera desenvainarla rápidamente en caso de necesidad.

No había nadie en la calle, salvo un par de guardias que se guarecían de la lluvia en sus garitas, y estos no mostraron el menor interés por él, aunque la imaginación de Kip lo volvía paranoico. Llegó al ascensor sin ningún incidente.

La infancia de Kip se había prolongado demasiado. Había llegado a la Cromería, y en cuanto Andross Guile se enteró de su existencia, una asesina había intentado despeñarlo desde lo alto de la torre. Al poner en juego las cartas negras, Kip debía de haber revelado que Janus Borig le había ayudado a derrotar a Andross Guile en una partida. Y casi de inmediato, alguien la había asesinado.

Con la cantidad de tiempo que Kip había pasado con el anciano, resultaba tentador humanizarlo, creer que Andross podría sentir algo por Kip. No era así. El mundo estaba lleno de monstruos, y Andross Guile era uno de ellos.

Kip bajó del ascensor unos pocos niveles antes de llegar a lo alto de la Torre del Prisma. Allí estaban los barracones de la Guardia Negra.

La primera persona que vio era un ilytiano muy flaco con la mejilla surcada por la cicatriz de una quemadura, sentado en la cama, leyendo. Otro puñado de hombres jugaban a los dados en una de las zonas comunes, mientras otros compartían rumores de asesinatos en Abornea instalados en cómodas sillas.

—Esta zona es solo para los guardias negros, muchacho —dijo el hombre.

—Necesito ver a Puño de Hierro. Soy Kip, el bastardo de Gavin. Es una

emergencia. Podría estar en peligro. Y es confidencial.

Los guardias negros no se caracterizaban por su carácter indeciso. El hombre se puso de pie.

—Aquí nadie te hará daño. Te llevaré a los aposentos del comandante. Ahora ha salido a hacer la ronda, siempre trabaja hasta más tarde que nadie, pero suele regresar una hora después de la medianoche.

¿Una hora después de la medianoche? Por supuesto. Kip no se había dado cuenta de que sus sesiones de entrenamiento nocturnas con Puño de Hierro formaban parte de la jornada laboral habitual del comandante. Trabajaba desde el amanecer hasta una hora después de la medianoche. Todos los días.

El guardia negro condujo a Kip entre sus compañeros, que parecían contrariados pero no opusieron ninguna objeción, y lo llevó hasta una pequeña habitación. Abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave.

—Mientras alguno de nosotros respire, no entrará nadie salvo el comandante. —Tras un instante de vacilación, añadió—: No olvides que, como se te ocurra robar algo de esta habitación, las consecuencias serán gravísimas.

—Sí, sí, gracias. Por supuesto —dijo Kip.

Sintió una inmensa oleada de alivio, rápidamente reemplazado por la fatiga y la incomodidad mientras paseaba la mirada por el cuarto de Puño de Hierro.

Por algún motivo, estar allí le parecía extrañamente íntimo. Kip nunca se había imaginado en realidad al fornido comandante de la Guardia Negra como alguien que tuviera una habitación. La idea era absurda, por supuesto. ¿Dónde te pensabas que duerme, Kip?

La habitación casaba con el hombre: ordenada, pequeña a pesar de su elevada posición, sillas de roble negro finamente labradas, sin cojines; el estrecho catre cubierto por una manta de cuadros negros y verdes, un armero repleto de instrumentos de buena factura en una pared y un cuadro espectacular frente a la cama. Era el retrato de una mujer joven, con el cabello trenzado y recogido en lo alto de la cabeza, relucientes ojos oscuros con halos naranjas, hermosa, con la barbilla levantada y la sombra de una sonrisa traviesa en los labios. Kip no sabía nada de pintura, pero incluso a sus ojos de profano era evidente que se encontraba ante una obra exquisita.

Lo sacaron de su ensimismamiento los golpes de unos nudillos en la puerta. La abrió. El mismo guardia negro de antes, solemne, le entregó una toalla.

—Deja que los huéspedes se sienten ahí —dijo, señalando una silla—. Puedes acercarla a la chimenea. ¿Se trata de la clase de emergencia que justificaría que enviáramos mensajeros a buscarlo, o puedes esperar?

—Esperar. Puedo esperar —dijo Kip—, gracias.

La puerta se cerró con un chasquido, y el corazón de Kip dio un vuelco en su

pecho. Quería ingresar en la Guardia Negra con tanto empeño que temía morir si no lo lograba. Calma y serenidad frente a las emergencias, decisión frente a la incertidumbre, peligro, dominio, confianza.

Se frotó lo mejor que pudo con la toalla, extendió las dos capas para que se secaran y se sentó junto al fuego.

Al abrigo de la chimenea, sobrevino a Kip un pensamiento. Trazó subrojo directamente del fuego y lo propagó por su piel. Entró en calor al instante. Podría incluso secarse la ropa de esa manera, aunque no demasiado deprisa, so pena de quemarse. Diablos, si no fuera tan lerdo podría haber regresado al interior del edificio mientras lo devoraban las llamas. Podría haber trazado para eliminar el exceso de calor... ¿y después qué? ¿Recuperar unos cuantos tesoros y dejar que la explosión lo pillara dentro? Podría haber trazado escudos de contención alrededor de los barriles de pólvora. Si hubiera pensado con claridad.

Ni siquiera se le había ocurrido trazar un paraguas para resguardarse de la lluvia mientras volvía a la Cromería. La idea sencillamente no se le había pasado por la cabeza. Sus aptitudes mentales no estaban a la altura de aquel tipo de situaciones. Era un estúpido, un fracasado, como diría su madre.

Por otra parte, no había sido trazador toda su vida, tan solo el último par de meses. Nada era instintivo aún. Apartó de sí esos pensamientos, las preocupaciones, las mentiras de su madre.

El estuche de las cartas olía a madera de cerezo curada, a tabaco como cuero afrutado. Janus Borig había escondido los naipes más valiosos entre su tabaco. Y había funcionado. Vieja chiflada.

A Kip le gustaba.

Su sonrisa se evaporó. Por Orholam. Estaba muerta. Asesinada.

Por orden de Andross Guile. Una repugnancia insoportable le atenazó el alma. Se puso de pie. Ve directo a la yugular, Kip. A ver si solo tiene agallas para contratar asesinos. Kip dejó el estuche encima de la mesa. No te detengas, Kip. El miedo y la debilidad intentaban seducirlo. Arrojó el cuchillo encima de la cama. Allí estaba más a salvo que en cualquier otra parte.

Se acercó a la puerta.

—Vuelvo dentro de diez minutos —informó al enjuto ilytiano allí apostado. Sintió deseos de decirle que protegiera esa habitación con su vida, pero si se expresara en esos términos quedaría como un histérico melodramático. Además, ¿quién iba a colarse en los aposentos del comandante de la Guardia Negra?

Kip no había visto ni oído ninguna señal, pero antes de que llegara al ascensor, Samite se situó a su lado. Todavía estaba ciñéndose el cinto de su yatagán.

—¿No intentarás detenerme? —dijo Kip, mientras montaban en el ascensor.

—No le corresponde a la Guardia Negra evitar que las personas a su cargo

cometan errores. —Pese al tono risueño de sus palabras, Samite no sonrió.

Kip apretó los dientes y se retrajo en sí mismo, sombrío. Pensó en Janus Borig. No voy a tener miedo. Se merece algo mejor que eso. Cuando llegaron, llamó firmemente con los nudillos a la puerta de Andross Guile. Grinwoody la abrió al cabo de unos instantes. A oídos de Kip llegaron unas notas de arpa.

—Necesito hablar con él —dijo Kip.

—El noble señor de la lux está ocupado.

—Ahora mismo, Grinwoody.

La expresión de desagrado del ilytiano dio paso al enfado ante la mención de su nombre real por parte de Kip.

—¡Ahora mismo, lacayo!

Grinwoody giró sobre los talones y cerró la puerta. Kip introdujo el pie en el resquicio. El hombre lo fulminó con la mirada, furioso.

—Intenta echarme de aquí, sabandija —dijo Kip—. inténtalo.

Grinwoody desvió la mirada de Kip a Samite.

—El joven amo dejará las cortinas cerradas —dijo, antes de desaparecer en la oscuridad del cubil de la araña.

—¿Ves el supervioleta? —le preguntó Kip a Samite.

—No. —Su tono denotaba un leve reproche: si necesitabas a alguien capaz de ver el supervioleta, podrías haberlo dicho antes, cabeza de chorlito.

—Culpa mía. Espera aquí fuera. Si me matan, sabrás quién ha sido. —Kip trazó una antorcha supervioleta y entró en la habitación sin esperar a que la guardia negra le diera permiso.

A punto estuvo de arrollar a Andross Guile.

—¡No vuelvas a venir aquí sin invitación! —exclamó el Rojo. Intentó abofetear a Kip, que lo esquivó.

—¡Hijo de perra asesino! —le gritó Kip a la cara.

La arpista, una muchacha sentada en la silla que solía ocupar Kip, dejó de tocar. En la oscuridad, parecía aterrada.

—¿Qué?

—¡Has matado a Janus Borig, cobarde asqueroso!

Algo se movió rápidamente a espaldas de Kip. Ni siquiera se había percatado de que Grinwoody estaba deslizándose detrás de él, y en un instante Kip se vio con los brazos retorcidos a la espalda e inmovilizados a la altura de los codos. Kip perdió el supervioleta y se quedó ciego de repente. Le obligaron a ponerse de rodillas.

—¿Janus Borig? ¿Cómo la conoces? —preguntó Andross.

—¡La has matado! ¡Acabo de volver de su casa! —De repente Kip se sentía indefenso, impotente, un chiquillo enfadado. Maldita sea mi alma, un chiquillo enfadado.

—¿Por qué querría matar yo a Janus Borig?

—¡Fue ella la que me dio las cartas negras que usé para derrotarte!

—¿Crees que mataría a un demiurgo por una partida de naipes? ¿Dónde estaba? ¿Aquí? ¿En los Jaspes?

—¡No mientas! Sabías que estaba aquí. Ordenaste que me siguieran a todas partes.

—¿Sí? ¿Y todas las desgracias que ocurren en el mundo son culpa mía? Debes de vivir en un mundo muy simple —dijo Andross Guile—. ¿La han asesinado? ¿Estás seguro de ello?

Kip comprendió de pronto que estaba a punto de cometer un gravísimo error. Todo lo que dijera podría proporcionarle a Andross Guile una información de la que antes carecía. Su mera presencia allí era reveladora.

—¿Por qué debería creer que no la has matado?

—Porque me hizo dos grandes favores, hace mucho —respondió Andross Guile —. Fuimos amigos durante algún tiempo. Tenía esa costumbre, ¿sabes? Entablaba amistad con alguien, lo usaba para sus creaciones y desaparecía. Sin duda también estaba utilizándote a ti.

No, nada de eso. No a Kip. Mentiras.

—¿Qué favores?

—Estaba creando una nueva baraja de nueve reyes. ¿No...? No, por supuesto que no le contaría algo así a un mocoso. Mi carta fue la primera.

—¿Y qué?

—Nunca has visto las cartas auténticas, ¿verdad? Esas cartas permiten que un trazador experimente los recuerdos de las personas retratadas en ellas... pero solo hasta el momento en que fueron dibujadas. Janus Borig me tenía por alguien lo suficientemente importante como para merecerse su propia carta, y actuó sin amenazarme. A lo sumo, alguno de mis enemigos podría averiguar lo que pensaba y planeaba hace ¿cuánto, ¿veintiocho años? Soy la única persona importante con vida para quien esas cartas nuevas no constituyen ninguna amenaza.

Lo que significaba que querría que Janus Borig completara tantas cartas como le fuera posible. Haría lo que fuera necesario para ponerle las manos encima al producto final, por supuesto, pero no querría que muriese antes de terminar.

—¿Y el segundo favor que te hizo? —preguntó Kip. Estaba desinflándose, sin embargo, derrotado ya de antemano.

—Cuéntame qué ha ocurrido, y te lo diré.

Kip se quedó derrengado, sin fuerzas, y Grinwoody lo liberó.

—Esta noche he ido a su casa...

—¿Dónde?

—En el Gran Jaspe.

—¿Dónde?

Kip le reveló la dirección.

—Cuando llegué, la casa estaba ardiendo. El barrio entero intentaba apagar el incendio antes de que se propagara. Lo atribuían a la caída de un rayo, pero encontraron su cuerpo a un par de calles de distancia, sin capa y cubierto de heridas. La reconocí a duras penas. —Si Kip había llegado demasiado tarde, aunque Janus Borig hubiera rescatado algo de las llamas, era imposible saber quién podría haberla encontrado, quién podría haber robado sus pertenencias.

—¿Viste a alguien sospechoso?

—¿Sabes qué? Olvídalo. No pienso negociar contigo. Este juego se te da mejor que a mí. Me retiro de la competición.

Kip trazó una antorcha supervioleta y vio que Samite estaba detrás de Grinwoody, con la punta de un cuchillo a un dedo de distancia de la nuca del esclavo. En la oscuridad más absoluta. Así de buena era.

—Me dio mi carta, Kip —dijo Andross Guile—. Para que pudiera ver exactamente qué había en ella. Podría haber elaborado copias, por supuesto, pero siempre serían más débiles. Me temía. Lo sé. Pero no tenía ninguna razón para hacerle daño.

Y Andross Guile nunca hacía nada sin motivo.

65

~Escurriendo el bulto~

Clic. Supervioleta-azul. Clic. Verde. Clic. Amarillo. Clic. Rojo, subrojo.

El joven guardia negro se aparta del precipicio. El olor a quemado de los hogares, las reses y la carne humana se eleva en oleadas desde el lecho del valle.

—Puedo saltar, comandante —dice. Flacucho, zanquilargo, con el cabello siempre alborotado, Finer es la persona que espero que me suceda como comandante algún día. Si esta clase de misión no acaba antes con él—. Tardaremos veinte minutos si bajamos por el sendero.

Tan decidido normalmente, titubeo.

—No es encarnativo, señor.

—Pero se le parece.

—Sí, señor.

Lo que ha descubierto Finer es que, con las puntas de las prótesis de luxina verde clavadas en las rodillas, puede mantener la luxina abierta, fluida. Esto de por sí no constituye ningún hallazgo espectacular, por supuesto. Mientras la luxina esté en contacto con la sangre, seguirá abierta. Pero ¿luxina externa, contenida, controlada directamente? Eso está peligrosamente cerca de lo que hacen los engendros.

Con los sellos apoyados sobre las rodillas, Finer puede correr con las prótesis puestas sin que estas entorpezcan sus movimientos, pero si se cae, puede cerrar el tejido. La rígida maleabilidad de la luxina verde evitará que se destroce las rodillas. También parece que con la luxina insertada en las rodillas reacciona antes, abriéndose o cerrándose instintivamente en respuesta a las necesidades del cuerpo.

Esto es ni más ni menos lo que lleva a algunas personas, por lo demás perfectamente normales, a convertirse en engendros: la revelación de que la luxina es superior a la carne. En algunos aspectos. Pero cuanto más experimentas con ella, mayor es su control sobre ti. Siempre hay un buen motivo para usar más.

Y sin embargo...

Orholam odia la guerra, a pesar de lo cual la consiente en determinadas circunstancias. En fin.

—Hazlo —ordeno con un suspiro.

Finer se levanta las perneras del pantalón y comienza a trazar el verde. Traza unas

prótesis de luxina verde alrededor de sus rodillas, hunde las puntas en ellas y traza una gruesa pátina en torno a sus muslos. No se detiene.

Por las pelotas de Orholam, está recubriendo todo su cuerpo. Transformándose en un gólem verde.

—Hijo —digo—, líbrate de eso en cuanto llegues abajo.

Finer me mira y sonríe abiertamente, con ferocidad.

—Sí... —consigue responder a duras penas—, señor. —Sonríe de nuevo, saluda con movimientos sincopados y se arroja al vacío.

Glorioso hijo de perra. Ejecuta una voltereta antes de tocar el suelo.

66

De nuevo a salvo en la habitación de Puño de Hierro, Kip examinó el estuche de las cartas. No se había movido del sitio, por supuesto. Y Puño de Hierro aún no había llegado. La caja, lo único que quedaba del trabajo de toda una vida de Janus Borig, era de madera de olivo y marfil laqueado, engastado de electrum. Kip se limpió las manos con la camisa para eliminar cualquier rastro de sudor, y entreabrió el estuche.

Las cartas se deslizaron en su mano. Originales. Podía ver las diminutas pinceladas que las componían; la pintura poseía textura, se elevaba de la superficie de los naipes allí donde se habían aplicado meticulosamente los detalles. Pero no eran solo originales. Los nombres de las cartas eran nombres —tanto de personas como de términos propios del juego— que Kip sabía que nunca antes habían formado parte de los nueve reyes: Talon Gim, Deedee Hoja Caída, Izem Rojo, Orea Pullawr, el Prisionero, Nuevo Engendro Verde, Engendro Policromo, Orlov Kunar, Jing, la Carga de Pólvora, las Granadas de Luxina, el Asesino de Demonios Marinos, la Mecha, el Manto Trémulo, la Herejía, Ben Tres Ojos, Usem el Salvaje, Ganesh el Oso... Kip se detuvo.

¿El Manto Trémulo? Por las pelotas de Orholam. La ilustración mostraba a un hombre de sonrisa socarrona y cejas pobladas: era Vox. Su capa gris resultaba visible en el cuello, donde las cadenas se clavaban en su garganta, y su cuerpo desaparecía de ahí para abajo. El texto rezaba: «En poder de un Refractador, confiere invisibilidad salvo contra el subrojo y el supervioleta».

¿En poder de un Refractador?

Kip contempló fijamente las dos capas que se secaban al fuego. Las cartas eran reales. Describían objetos reales, y contaban la verdad. Eran nuevas, y hablaban de personas que habían vivido recientemente. Kip sabía que algunos de los nombres pertenecían a trazadores que había visto en Garriston.

Y si las cartas hablaban de quienes habían vivido recientemente, cabía la posibilidad de que algunas de ellas hablaran de quienes todavía estaban con vida.

Kip empezó a pasar los naipes más deprisa, sin esforzarse por apreciar todos los detalles, sin regodearse en las ilustraciones. Estaba cazando.

El Arreglador. La Sombra. Tala. Manos Flamígeras. Aheyyad Agua Brillante. Samila Sayeh. El Rompehalos. El Profeta Caído. La Vidente Negra. El Hombre Espejo. La Armadura de Espejos. El Tecnólogo. El Novista. El Príncipe de los Colores.

Aquello no era ninguna baraja. No había múltiples copias de las cartas, como las que se utilizaban al jugar para aumentar las probabilidades de que saliera algún naipe en concreto. Aquel juego era completamente nuevo. Kip buscaba la carta de su padre. ¿Dónde estaba? ¿Qué le diría?

Zymun el Bailarín. Kors Angier. Enervar. Encarnadina. Luxina Negra. La Daga de Piedra Infernal. Gafas Multicolores. La Serpiente de Angari. Andross el Rojo.

Kip sintió cómo se le congelaba la sangre en las venas. El Andross Guile de la carta era joven, apuesto, fuerte, un guerrero, con una daga blanca en la mano, envuelto en los ondeantes jirones de su capa, con tres muchachos detrás de él, uno a la derecha, otro a la izquierda, uno más apenas visible a lo lejos.

Por Orholam, parece un héroe.

Kip dejó la carta a un lado y continuó. El Rifle del Príncipe de los Colores. ¿Rifle? Kip ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra. Como si fuese algo tremendamente infrecuente. ¿Encarnadina? Si dispusiera de tiempo, probablemente podría inferir algunos significados a partir de las imágenes, pero sentía que el tiempo apremiaba. Como si alguien fuera a aparecer de un momento a otro para arrebatarle las cartas, que se perderían para siempre.

La Trainera. El Cóndor. El Mosquete Incendiario. Gan Guvair. Helane Troas. Viv Piel Gris. Yras el Hechicero. El Olmo de Hierro. Pléyade Poros. El Carnicero de Aghbalu. La Bomba Cegadora.

De nuevo Kip se interrumpió, volvió atrás. El Carnicero de Aghbalu. El hombre estaba cubierto de vísceras, empuñaba una cimitarra llameante en una mano, una estilizada lengua de fuego azul en la otra, sin armadura, tan solo una túnica desgarrada y ensangrentada que revelaba sus inmensos brazos y hombros de ébano. El suelo estaba sembrado de cadáveres a su alrededor, en un palacio. El hombre era joven, no se cubría la cabeza con ningún ghotra, llevaba el pelo crespo trenzado según un estilo que Kip no había visto antes, pero se trataba inconfundiblemente del comandante Puño de Hierro. Kip creía que Janus Borig estaba trabajando en esa carta, un hombre tuerto... aunque la ilustración no se parecía en nada a aquella, pero era sin duda el comandante Puño de Hierro. Más joven, pero definitivamente él. A Kip se le encogió el corazón.

¿«Carnicero»?

Kip contempló el armero de la pared. Allí estaba la cimitarra de la carta, en lo alto. El filo ennegrecido, la hoja resplandeciente. Granates y marfiles tallados, turquesas y orejas de mar.

Una parte de él sintió deseos de trazar y zambullirse de inmediato en ese recuerdo, pero no lo hizo. Necesitaba revisar todas las cartas antes de que alguien lo interrumpiera. Alguien debía de estar buscándolo, todos aquellos conocimientos no podían ser para él. Era demasiado fácil, de alguna manera.

Apartó esa carta con las otras que quería examinar más tarde y barajó rápidamente el resto. El Carnicero de Ru era el siguiente naipe, cuya ilustración estaba a la altura de la de Puño de Hierro. A Kip le dio un vuelvo el estómago. Había oído hablar de la masacre del general Gad Delmarta. En esa carta, la figura que sonreía en primer plano sujetaba una cabeza de hombre por la larga barba trenzada atashiana en una mano, y una cabeza de mujer por la larga cabellera morena en la otra. Kip pensó en lo que le ocurriría a su mente si se sumergía en esa carta. Si se convirtiera en el general Delmarta, ¿qué vería? ¿Y si adentrarse en ese tipo de mente no fuera tan difícil como uno se imaginaba?

Aquello era historia viva. Esas cartas podrían enseñarle cosas que nadie más sabía, que nadie más tenía posibilidad de saber. Y aunque Kip no fuera un policromo real y no pudiera trazar de forma consistente sus colores secundarios, sí era capaz de verlos, lo que significaba que le sería posible averiguar la historia completa de cada una de ellas, algo al alcance de tan solo un puñado de personas en todo el mundo. Aquello no era un tesoro de descomunales proporciones económicas, sino también información pura, despojada de engaños.

Cualquier persona poderosa querría la baraja por lo que esta pudiera revelarle acerca de sus adversarios. Cualquiera que poseyese un secreto querría destruirla para evitar que cayera en manos de sus enemigos.

Cualquiera que poseyese un secreto. ¿Como el Carnicero de Aghbalu, por ejemplo?

Una demoníaca nube negra de asfixiante desesperación desencajó la mandíbula de Kip y se abrió paso hasta su garganta. El comandante Puño de Hierro era una de las pocas personas en las que el muchacho creía que podía confiar. Y ahora Kip estaba en su habitación, poseedor de un codiciado tesoro, desvalido.

—No soy yo —dijo una voz profunda detrás de Kip.

El joven dio un respingo, tan sobresaltado que las cartas de valor incalculable saltaron en todas direcciones.

—Disculpa —dijo Puño de Hierro—. Pensé que te habrías quedado dormido esperándome. No quería despertarte. —Se arrodilló para ayudar a Kip a ordenar los naipes desperdigados.

Frunció el ceño ante el primero que recogió. Miró a Kip de reojo.

—¿Son... reales?

—Sí, señor. —Kip por fin reaccionó y empezó a ayudar al comandante.

Se incorporaron, y el comandante Puño de Hierro entregó a Kip un montoncito de cartas. Se quedó con una en la mano.

—Es la primera vez que veo un original. ¿Funciona como aseguran?

—Sí, señor. Si trazas mientras la tocas, experimentarás lo que ocurrió. Cuantos más colores puedas trazar, más cosas verás.

Puño de Hierro contempló el naipe que tenía en la mano.

—Esta carta. Es mi hermano, ¿lo conoces?

Kip asintió con la cabeza. Puño Trémulo.

—Cuando asesinaron a mi madre... es complicado. Había intentado mantenerme alejado de la Cromería, y con su muerte, las razones para mantenerme alejado murieron también. Nuestro padre había desaparecido, y teníamos un dey que gobernar. Tanto mi hermano como yo poseíamos un don, mi hermana era demasiado joven, de modo que uno de nosotros debía quedarse en casa para gobernar. Mi hermano era más joven, pero yo estaba más dotado, y disponíamos de buenos consejeros que en la práctica tomarían la mayoría de las decisiones en su lugar. Pensamos que si me convertía en un trazador de pleno derecho, en el futuro mis decisiones tendrían más peso en el seno de la Cromería. A mi regreso a casa, le tocaría a mi hermano estudiar en la Cromería. Así que él se quedó en casa. A fin de estabilizar su mandato, decidimos que debería casarse. Los tiru eran los principales candidatos, y deberíamos habernos congraciado con ellos. En esos términos se expresaron nuestros consejeros. Pero éramos jóvenes, y aunque la candidata de los tiru no era fea, tampoco era una belleza de las que te aceleran el pulso. Éramos impulsivos, y me importaba la opinión de mi hermano. Elegimos a la princesa tlaglanu Tazerwalt porque era, con diferencia, más bonita que cualquiera de las otras aspirantes. Todos odiaban a su tribu, y aunque se enamoró perdidamente de Hanishu, perdón, así se llamaba antes mi hermano, aunque lo quería y respetaba, ante los demás se mostraba altanera. Los despreciaba. Eso hacía que la odiaran más aún, y también a él. La tiru aspirante había dejado tullido a su padre durante una batida cuando él todavía era joven, y la muchacha no les concedía tregua. Aprovechaba cualquier oportunidad para desairarlos y dejarlos en evidencia.

Exhaló un suspiro, pero continuó:

—Acababa de terminar mi adiestramiento cuando estalló la Guerra del Falso Prisma. Nuestro apoyo a Gavin era incuestionable. Dazen extendió algunas ofertas tentativas a Paria, pero estábamos demasiado en deuda con Andross Guile y con su padre, Draccos Guile, como para tomárnoslas en serio. Nadie lo diría a juzgar por el tinte de Gavin, pero lo cierto es que por las venas de los Guile corre una cantidad nada desdeñable de sangre pariana. Fuera como fuese, enviamos todo nuestro ejército, y aun así Andross no se dio por satisfecho. La mayoría de los guardias de palacio partieron a su vez. Terminaron llegando a tiempo por los pelos, pero esa es otra historia.

»Al ver esta debilidad, los hombres de la tribu de los tiru bajaron de las montañas y se infiltraron en la capital de nuestro dey, Aghbalu, como civiles. Hasta que un día, cuando mi hermano había salido a cazar con cincuenta de los soldados que le quedaban, los tiru atacaron.

»Unos refugiados alertaron a Hanishu y a sus cincuenta hombres, y emprendieron el regreso a la ciudad tan deprisa como pudieron. Los tiru habían acampado ya en el palacio, y festejaban rodeados por los cadáveres sin enterrar de las víctimas de la masacre. Mi hermano y sus soldados llegaron de madrugada. Los tiru estaban desperdigados, durmiendo o borrachos, y mi hermano se abalanzó sobre ellos como un león. Contaba dieciocho años de edad, y ya tenía dos niñas y un varón. Descubrió los cuerpos de su esposa y sus hijos. Los tiru se habían... ensañado con ellos. Mi hermano enloqueció. Un guerrero en la flor de la vida, y un trazador en bruto.

»Los tiru sucumbieron al pánico, empezaron a agredirse los unos a los otros, y mi hermano aniquiló a todos cuantos se cruzaron en su camino. Cuentan que luchó como un dios, como si Anat lo hubiera poseído. La matanza se prolongó hasta el amanecer. Los habitantes de Aghbalu siguieron su ejemplo y capturaron a toda la tribu de los tiru, ancianos y jóvenes, comerciantes, seguidores de su campamento, esposas, pastores y... y... —Tragó saliva con dificultad—. Y Hanishu los ejecutó a todos. Personalmente. Los tiru sumaban dos mil familias, y aquel día la tribu dejó de existir. —Entregó la carta a Kip—. Cuidado con los recuerdos que decidas presenciar, Kip. Podrías tener que cargar eternamente con lo que encuentres.

Kip sabía que debería mantener la boca cerrada, pero no pudo evitarlo.

—¿Y si la verdad que cuenta esa carta es distinta de la que te contaron a ti?

El gigantesco comandante volvió sus ojos apesadumbrados sobre el muchacho.

—Creo que no tendría importancia. Perdí a la mayoría de las personas que me importaban, y perdí a mi hermano. Hanishu ya no está. Lo que hizo acabó con él. Sigue siendo un guerrero sin par, pero ha perdido la confianza en sí mismo. No puede gobernar. Ni siquiera es capitán de la guardia. No puede soportar la carga de la responsabilidad. Cada vez que me enzarzo en una pelea con él, dejo de verlo durante semanas. —Se pasó una mano por la cabeza afeitada—. Me temo que últimamente he tenido que digerir demasiadas verdades. Y bien, ¿es esto lo que querías enseñarme?

—¿Juras que no se lo contarás a nadie más?

—No puedes pedirme eso, Kip. Necesito hacer lo que considere correcto.

—Insisto —dijo Kip—. Si no me lo juras, no podré contarte nada.

El comandante Puño de Hierro inspiró hondo, entrecortadamente.

—Eres peor que cualquier Guile, ¿lo sabías?

—Sí, señor. Lo siento, señor.

El comandante Puño de Hierro contempló fijamente el suelo durante unos instantes.

—No sé cómo te las apañas para arrastrarnos tras tu estela. Hasta un niño de los Guile me hace bailar como una hoja en un vendaval. —Sacudió la cabeza, y había amargura en sus ojos entristecidos—. Muy bien, tienes mi palabra.

—Estas cartas las hizo Janus Borig. Estuve en su casa...

—¿Janus Borig? Es una leyenda, Kip. ¿La vieja Bruja del Palacio de los Vientos?

—No sé a qué te refieres. Solo es una anciana con una tienda.

—¿Una tienda?

—En el Gran Jaspe. —Kip lo miró, desconcertado.

—Encontraste un Espejo Real, oculto a la vista de todos. ¿Cuánto llevas en la ciudad, dos meses? ¿Cómo la descubriste?

—La bibliotecaria me dijo...

—¿Qué bibliotecaria?

—Rea. Rea Siluz.

—Hum. Lo investigaré. Pero ahora eso da igual. Prosigue.

—Fui a casa de Janus Borig esta noche. La habían asesinado. Un hombre y una mujer, vestidos con esas capas de ahí. Mantos trémulos. Eran prácticamente invisibles, salvo al subrojo y el supervioleta.

Por un momento, las facciones de Puño de Hierro se deformaron como si Kip fuese un niño pequeño que estuviera contándole un embuste flagrante. Entonces se fijó en las capas.

—Enséñame una de esas cartas.

—¿Cuál...?

—No tiene importancia.

Kip sacó un naipe al azar. Puño de Hierro trazó una aguja de azul y tocó la carta durante un momento, antes de retirar el dedo de golpe.

—Otra.

Kip extendió una, desplegándolas en abanico, pero Puño de Hierro escogió otra. Trazó, la tocó, y apartó el dedo como si quemara.

—Me disculpo contigo, tendría que haberlo visto por mí mismo. Son auténticas. Todas lo son. Cuéntamelo todo, Kip.

Así lo hizo el muchacho. Fue como si le quitaran un enorme peso de los hombros. De repente, se sentía como un niño de nuevo, solo que esta vez la sensación era positiva. En el mundo había cosas que eran demasiado grandes para que él se ocupara de ellas por sí solo, y confiar en Puño de Hierro era realmente agradable.

—Entonces —concluyó—, ¿qué significa todo esto?

—Creía que se avecinaba una guerra, pero estaba equivocado —dijo el comandante Puño de Hierro—. La guerra ya está aquí. Y corres un peligro tremendo, al igual que yo.

Aquello era lo más parecido a una sentencia de muerte que Kip hubiera oído en su vida, lo que le llevó a decir, no sin cierto apuro:

—Ah, esto... Hay algo más.

—¿Has encontrado otro artefacto capaz de alterar el equilibro del mundo a juego con tus dos mantos coruscantes y tu conjunto de flamantes cartas originales de los

nueve reyes? —preguntó con irritación el comandante Puño de Hierro.

El muchacho movió los labios sin articular palabra.

—Era una broma, Kip.

Kip desenfundó lentamente la daga y la apoyó en sus palmas abiertas. Era más larga que antes. Ahora estaba seguro de ello. El blanco parecía más blanco; el repujado negro, más negro. También había otra diferencia: de los siete diamantes engastados en la hoja, uno emitía un intenso resplandor azul, como hacía desde que Kip se la arrebatara a Zymun, pero en ese momento vio que se había iluminado otro desde dentro. Brillaba con un verde apagado.

Kip tragó saliva y miró al comandante Puño de Hierro.

67

Dazen Guile estaba temblando, se estremecía de pies a cabeza. Tenía los ojos secos, irritados por no parpadear lo suficiente.

Libraba una carrera que lo enfrentaba a su propia mortalidad y a un reloj que contenía una cantidad de arena indeterminada. Se había recuperado de la fiebre, pero esta lo había dejado espantosamente debilitado. Su cuerpo, desesperado y sin fuerza, pugnaba por sobreponerse a la fiebre y a las docenas de cortes que había sufrido mientras se arrastraba por el túnel de piedra infernal. La estúpida lacaya de Gavin seguía arrojando el pan azul por la rampa. Cuanto menos comiera Dazen, mayor sería su fuente de azul y más deprisa podría trazar. Pero cuanta mayor fuera la inanición, menores serían sus energías.

Y el pan no duraba eternamente. Una vez a la semana —asumiendo, siempre asumiendo que Gavin hubiera dejado dicho que lo alimentaran una vez al día, en lugar de a intervalos de tiempo irregulares—, una vez a la semana, la celda se inundaba de agua.

Al principio, hacía muchos años, Dazen pensaba que aquello era una bendición. El agua era jabonosa, estaba templada. Podía asearse siquiera mínimamente una vez a la semana. Si lo intentaba, podía desenredarse incluso el pelo y la barba. Hasta que intentó reservar el pan por primera vez... y vio que el agua lo descoloraba, o lo teñía de un gris apagado. Un gris azulado en la celda azul, por supuesto, pues reflejaba la luz de las paredes.

Se trataba de una bendición. Era la forma que tenía Gavin de impedir que su hermano contrajera alguna enfermedad fruto de la mugre y la escoria que producía su propio cuerpo. También era la forma que tenía Gavin de asegurarse de que cualquier cosa que Dazen pudiera haber escondido a lo largo de la semana, desde sus propias excrecencias corporales a restos de comida, terminara empapado y desprovisto de poder.

Dazen tuvo que nadar antes de escapar de la prisión azul, sosteniendo el paño pringoso que había tejido con sus propios cabellos fuera del agua en varias ocasiones con la llegada de los torrentes, y ahora, en esa celda, la amenaza del agua corrosiva volvía a cernirse sobre él. Se sentía demasiado débil para hacer algo más que flotar y reservar tal vez una hogaza azul, de modo que todas las semanas ayunaba durante el primer par de días antes de empezar a trazar de nuevo, y su trazo aceleraba conforme avanzaba la semana. Por último, devoraba tanto pan rancio como su estómago era

capaz de tolerar antes de que la inundación lo destiñera todo una vez más.

Mi voluntad es indómita. Inquebrantable. Titánica. Nadie puede enfrentarse a mí. Nadie puede detenerme. Venceré. Solo puedo vencer. Y aplastaré a mi hermano. Este es el fuego, este es el combustible, esta es la esperanza que alimenta mi cuerpo demacrado.

El azul era más recio que el verde. El azul era todo cuanto Dazen necesitaba para escapar de aquel nivel del infierno.

Transcurrida otra hora, el brazo derecho de Dazen estaba lleno. Regresó a su asiento, contra una de las paredes. Apoyó la espalda firmemente contra la luxina verde y se armó de valor. Ya llevaba semanas —¿meses?— disparando proyectiles azules a la mayor velocidad que podía soportar su cuerpo, y apoyarse en la pared le impedía rebotar sin control y lastimarse en el proceso.

La pared de luxina verde que se alzaba ante él estaba desportillada, perforada a una mano de profundidad. Al principio eso lo había enfurecido. Su hermano había hecho la cámara azul más delgada, y el trazador azul que había dentro de Dazen esperaba que todas las celdas compartieran las mismas dimensiones exactas. Pero su hermano sabía que el verde era más débil que el azul, de modo que encontraba natural que hubiera creado las paredes verdes más gruesas. Era lógico. El azul que habitaba en su interior se había apaciguado.

Seleccionaba sus objetivos con precisión aritmética para aprovechar las propiedades estructurales de la luxina verde. No sabía, desde luego, si habría elegido la pared adecuada. Se lo impedía la forma esférica de la cámara. Si su hermano, en un arranque de irracionalidad, hubiera hecho un muro más grueso que los demás, Dazen podría haber tenido mala suerte y elegido la pared más robusta.

Eso lo enfurecía. La incertidumbre. La imprecisión. No era justo. Había desperdiciado al menos un día presa de un débil estupor, intentando dilucidar si existía alguna manera de averiguar cuál era la correcta. Horas malgastadas en elucubraciones, cuando lo que necesitaba era acción.

Era una señal que le advertía de cuán profundamente se había instalado el azul en su interior.

Pero ya lo había superado, como superaba siempre todos los obstáculos. Como superaría incluso a su hermano.

Respiró hondo, diez bocanadas, concentrando su fuerza de voluntad. Cada uno de los proyectiles que disparaba le hacía daño, aplastaba su cuerpo debilitado contra la pared. Pero Dazen no podía ablandarse, no podía disparar débilmente. Disparar débilmente equivaldría a dilapidar los días que tardaba en trazar el azul que necesitaba. La pared podría ceder en cualquier momento. Podría ceder ante ese mismo disparo.

O, naturalmente, podría requerir otros veinte intentos, y Gavin regresaría de un

momento a otro, y...

¡No! No pienses. Actúa. El dolor no es nada. El dolor es un obstáculo en la carretera a la libertad. No pueden detenerme. No me detendrán. Obtendré mi venganza y mi libertad, y quienes me han hecho esto se estremecerán ante mí.

Inspiró por décima vez, se sujetó el brazo derecho con la mano izquierda y concentró su poder. Las antiguas cicatrices que le surcaban la palma se desgarraron cuando la luxina azul se abrió paso a través de su piel.

Dazen profirió un alarido de rabia, de desesperación, de odio y de pura, gloriosa determinación. Un misil salió disparado de su cuerpo, con una fuerza asombrosa.

Durante la Guerra del Falso Prisma, en cierta ocasión, había recibido el impacto de un martillo de guerra en el pecho. Le había roto el escudo y una costilla. Con el cuerpo debilitado, aquello era peor. Se desmayó.

Pero cuando volvió a abrir los ojos, vio la victoria ante él. La luxina verde se había roto. Aún resistía un puñado de hebras fibrosas, pero el conjunto se había estropeado. Podía ver la oscuridad al otro lado. La prisión tenía una brecha.

Con una serenidad y una concentración que habrían desconcertado a una versión más joven de sí mismo, bebió un poco de agua y comió un poco de pan. No mucho, para que su estómago vacío no se rebelara.

Después, únicamente después, trazó un diminuto hilo verde. Era luz, era vida, era poder, conexión, salud y fuerza.

Solo entonces se concedió un momento de triunfo. Lo había conseguido. Lo había logrado. Era verdaderamente imparable. Era un dios.

Se levantó, sonriendo, con piernas temblorosas pero lo bastante fuertes como para sostenerlo, y arrastró los pies hasta el boquete. Desgarró la luxina verde con las manos desnudas, ensanchó el agujero para asomarse al otro lado. Para deslizarse al otro lado, cuando sus fuerzas se hubieran repuesto un poco más.

Asomando la cabeza por el agujero, trazó algo de verde imperfecto en su mano, bañando la oscuridad de débil luz azul. El ovoide verde en el que lo habían encerrado, al parecer, estaba contenido en una cámara mayor, ligeramente más grande que el mismo huevo. Dazen podría haber perforado una pared u otra. Eran todas iguales.

Durante unos instantes absurdos, lo poseyó la furia ante el tiempo que había desperdiciado preguntándose por dónde atacar. Pero luego eso pasó. Aquella jornada de vacilación era cosa del pasado, no volvería a repetirse, y era ilógico obsesionarse con ello, malgastar el presente pensando en el pasado. Desterró la idea de su mente, y la sonrisa regresó a sus labios.

Vio un túnel a un lado de la cámara, con el suelo rutilante de afiladas esquirlas de piedra infernal.

Dazen se rió con voz queda y grave. Por fin, por fin lo habían subestimado.

No, hermano, eso no dará resultado. Esta vez no.

68

—Corvan, ¿soy buena persona? —preguntó Gavin.

—Eres una gran persona, amigo mío.

—No es lo mismo, ¿verdad? —Gavin había soñado con sangre, sangre que teñía el agua del azul que no podía ver al rojo que veía perfectamente. Rojo sobre gris. En su incipiente ceguera, había cambiado la belleza del azul por sangre, sin percatarse.

—Cuando el mundo se mueve —dijo Corvan—, algunos perecen aplastados. ¿Cómo podría ser de otro modo? Cuando hundiste a los piratas en Punta Tranquila, los primeros en morir fueron los esclavos encadenados a los remos. ¿Qué ibas a hacer? ¿Dejar a los piratas en paz, para que capturaran y esclavizaran a miles de personas más? Pero no me refería a eso, mi señor. Eres una gran persona.

Gavin se quedó contemplativo, relegó esas palabras a las bodegas de su memoria.

—¿Y tú, Corvan? ¿Qué clase de persona eres tú?

—Simplemente competente. Rojo de formación, pero no por naturaleza. No tengo madera de líder, salvo cuando el liderazgo brilla por su ausencia. Pero todo eso ya lo sabes, y mejor que nadie. —Adoptó una expresión enigmática, sonriente.

¿Que no tenía madera de líder, salvo cuando el liderazgo brillaba por su ausencia? Era cierto: Corvan había demostrado ser perfectamente capaz de contentarse con acatar las órdenes —aunque no las comprendiera— de quienes se ganaban su confianza. Luego, sin contradecir por ello su naturaleza, había comandado ejércitos enteros. Sabía lo que había que hacer, y lo hacía, de alguna manera sin que eso alterara la percepción que tenía de sí mismo. No era descabellado que hubiera sido realmente feliz con su vida de tintorero en una pequeña localidad.

Gavin se preguntó cómo lo conseguía Corvan. Por su parte, ninguna posición salvo la primera había sido nunca suficiente para él. Incluso a las órdenes de quienes eran más astutos que él, como su padre, o más sabios, como la Blanca, se sentía irritado. Ardía por dentro.

Era, sin lugar a dudas, uno de los defectos de su personalidad.

—Voy a nombrarte sátrapa —anunció Gavin. Y que el mundo arrolle cuanto encuentre a su paso.

Corvan se atragantó con el té. Una satisfacción.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Corvan—. Mi señor.

—Son las mismas funciones que ya desempeñas, extraoficialmente, y sigo siendo el Prisma. La prerrogativa es solo mía. Intentarán detenerme, pero mientras no

masacres a los Videntes, ni los demás sátrapas ni los miembros del Espectro perderán nada. Propondré que puedas nombrar a uno de los Colores del Espectro, pero me dejaré ganar en ese sentido para que sus egos tengan alguna victoria que celebrar. Tu nueva satrapía será de segunda categoría durante unas cuantas generaciones. Quienes nos sucedan deberán librar esas batallas políticas. La supervivencia ante todo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Corvan—. ¿Qué obtienes con eso?

—Ya lo hemos hablado. Comida. Semillas. Sabemos de antemano que pasaremos algunos aprietos, pero la isla es lo bastante grande como para evitar la hambruna hasta que llegue la primavera. Sin embargo, si no conseguimos semillas para el año que viene...

—No me refería a eso.

—Así le doy a nuestro pueblo un nuevo objetivo y otra razón para obedecerte, para labrarse aquí un nuevo porvenir y establecerse, aunque la situación mejore lo suficiente como para que puedan marcharse.

Corvan posó la taza de té.

—Con permiso, Gavin, pero olvidas lo bien que te conozco. Eso no es todo.

Gavin esbozó una sonrisa burlona.

—Necesito que creas en mí, Corvan. Cuando llegue el momento. Se avecinan tiempos de crisis, y tendré que actuar rápido. Necesito saber que me guardas las espaldas, sin sombra de duda.

Corvan irguió los hombros, ensombrecida su expresión. Hacía muchos años que Gavin no lo veía enfadado.

—Mi señor, algunas personas creen en Orholam, algunas creen en el oro, pero yo creo en ti, y a eso me aferro. Lealtad para uno, como ya deberías saber.

—¿Crees que cuestionar tu fidelidad es impropio de mí?

Corvan apretó los labios, entornó los párpados.

—Lo es —dijo Gavin—. Me has demostrado tu fe con creces. Pero volverás a hacerlo.

—Y resurgirá de las llamas más pura que nunca, sin duda.

—Gracias, Corvan. Perdón. Sátrapa Danavis.

—Mi señor —musitó Corvan—. Gracias por lo que hiciste. Con la perdición azul. Sé... sé que debió de ser espantoso, pero gracias por hacerlo.

Gavin se levantó en silencio. Giró el cuello a izquierda y derecha hasta que le crujieron las vértebras. Había convocado a la gente en la plaza principal. Había planes para construir un estadio, pero todavía no habían hecho grandes progresos en ese sentido. Fuera como fuese, tendría que pronunciar un discurso. Recabar apoyo para Corvan.

—Lord Prisma —dijo quedamente Corvan—. No sé si puedo ser sátrapa. Ni siquiera de una satrapía de segunda categoría. —Era una bendición, el cambio de

tema, mencionar de pasada la masacre de Gavin y dejarlo correr.

—Bobadas. Es igual que ser general, solo que a poco que se te dé bien, rara vez tendrás que ver morir a tu gente.

El general resopló. Sería bastante más complicado que eso, en el ambiente tan delicado al que estaba conduciendo a su pueblo, y ambos lo sabían. El amigo de Gavin entrecerró los ojos.

—Mi señor —dijo Corvan—. Los rebeldes tienen a mi hija. Nombrarme sátrapa convertirá a Liv en un rehén mil veces más valioso para ellos.

Corvan siempre había sido muy perspicaz.

Gavin se puso de pie y contempló a las personas que abarrotaban el estadio, reuniéndose para escucharlo, esperando a que hablara, pero dispuestas a conformarse con verlo siquiera de refilón.

—¿Sabes lo que no puedes hacer con la hija de un sátrapa cuando buscas el apoyo de los bandos neutrales?

Por una vez, Corvan no supo qué responder de inmediato.

—Matarla —concluyó Gavin—. Te aprecio, Corvan. Yo nunca olvido.

El rostro de su interlocutor se empañó momentáneamente de pena, de esperanza, y sus hombros se encorvaron. Apartó la mirada de Gavin, en un intento por dominarse. Después cayó de rodillas, más aún, se postró a los pies de Gavin. Más que respeto y agradecimiento, lo que le mostraba era veneración. Culto.

—¿Harías esto por mí? —preguntó Corvan.

—Lo hago por muchos motivos, amigo mío. Solo conozco el altruismo en su forma adulterada.

—Pero sigue siendo altruismo, al fin y al cabo. Te conozco, mi señor.

—Por favor, amigo, ponte de pie. Esto empieza a ser embarazoso. —Alrededor de la plaza, en los balcones de madera de los edificios dorados que la circunvalaban, los hombres y las mujeres por igual, incluso los niños que no podían entender a qué rendían pleitesía, estaban postrándose de hinojos, besando incluso el suelo donde se lo permitía el espacio.

Aquello conmovió a Gavin. Lo habían perdido todo porque él había fracasado. Llevaban meses sin comer hasta saciarse, porque no sabían hasta cuándo durarían los alimentos de los que disponían. Todo el mundo trabajaba de sol a sol, hasta caer rendido, todos los días. No vivían en hogares, sino en grandes cobertizos alargados, repletos de desconocidos. No tenían dinero, ni prácticamente esperanza, tan solo dolor en abundancia, y sin embargo le ofrecían de buen grado lo poco que poseían.

—¡Pueblo mío! —exclamó Gavin, engolando la voz para alcanzar su timbre de orador, su timbre de general—. Oprimido, desposeído, devastado pero no desolado. Pueblo mío, mi tesoro más preciado... —Y habló. Les rogó que se levantaran, y se levantaron. Podría pedirles que se arrojaran a las fauces del infierno, y lo harían,

entonando alabanzas por el camino. Se le daba bien aquello. No había nacido para ello, pero había robado esa corona y la había moldeado con sus propias manos hasta lograr que le ciñera las sienes a la perfección.

Apaciguó sus temores, avivó sus deseos, reconoció sus penurias y sus sacrificios, los alertó de los tiempos difíciles que se avecinaban y ensalzó su nobleza.

¿Con qué derecho someto a los hombres a mi voluntad? ¿O será acaso que el derecho no existe, únicamente la habilidad? ¿Son estas mujeres meras esclavas a bordo de mi barco pirata? ¿Son estos niños meras víctimas que se interponen en el camino de mi plaga?

Pero continuó hablando, inspirándolos a comportarse pacífica y honradamente con los moradores de la isla de los Videntes, a sentar nuevos cimientos, a evaluar con franqueza las dificultades que los aguardaban, y a volcar todo el peso de su apoyo en los hombros de Corvan.

Les juró que estaría con ellos cuando pudiera, y que cuando partiera lo haría para poder defenderlos mejor, y que siempre regresaría. Trabajaría codo con codo con ellos, paliaría su sufrimiento en la medida de sus posibilidades, y lloraría con ellos por los caídos cuando la muerte fuera inevitable.

Gavin vio que había al menos dos escribas copiando hasta la última de sus palabras con caligrafía abreviada. Le sorprendió que hubiera escribas allí, entre los indigentes, aunque no debería extrañarse. Corvan, por supuesto, habría buscado escribas entre los refugiados para que le ayudaran a distribuir copias de sus decretos entre los campamentos de la espesura y a enviar mensajes a los Videntes.

Eso le hizo atemperar su discurso. Esperaba que transcurrieran meses, pero tarde o temprano su padre se haría con una copia de cada una de sus palabras. A pesar de todo, el bien resultante de sembrar las semillas del respaldo entre los refugiados compensaría los perjuicios que sus declaraciones pudieran reportarle más adelante.

Ni siquiera tú serás capaz de frenar esto, padre.

Por último, advirtiéndoles de que el Espectro y las demás satrapías les harían de menos —como si tal cosa fuera a quitarles el sueño cuando el hambre rugía hasta desgañitarse en sus estómagos— ensalzó a su público y a sí mismo como su campeón, y anunció la creación de la nueva satrapía.

La multitud celebró sus palabras con vítores enfervorizados.

Esto se me da realmente bien.

Parecían exultantes. Quizá tuviera un don para la oratoria; lo poseía para el trazo, sin duda, hacía años que no tenía rival en ese sentido. Su respeto, su admiración, le correspondían por derecho propio, pero no se merecía su amor. Le extrañaba que nadie más pensara lo mismo.

Media hora después, Karris y él se alejaban a bordo de la trainera, con poco más de lo que traían cuando llegaron, hacía tres meses. Gavin no se justificó. Karris había

sido testigo de la sangre que lo cubría cuando regresó la noche anterior. Había reparado en la expresión de su rostro. No le recriminó que hubiera salido sin ella. Lo conocía. Y sin preguntar dónde iban, se despidió de los otros. Karris lo comprendía.

La multitud los rodeó de nuevo mientras bajaban a la playa, y rugió cuando Gavin les dijo adiós con la mano. Hombres y mujeres por igual lloraban por él. Era un frenesí de bondad que Gavin no alcanzaba a entender, pero lo atesoraba a pesar de todo. Y entonces zarparon.

Mientras la isla de los Videntes se perdía gradualmente de vista a sus espaldas, Gavin la contempló por encima del hombro, desconcertado. Karris y él conversaron poco ese día, ambos introspectivos, y acamparon en una playa atashiana, cerca del cabo de Ru.

Al día siguiente, mientras Gavin preparaba la trainera para el esfuerzo físico de surcar a gran velocidad las últimas leguas que los separaban del Pequeño Jaspe, divisó las torres de la Cromería, recortándose majestuosas contra el sol de mediodía. En contraste con los vivos colores de las demás torres, la azul se erguía gris, apagada. Su hermana y vecina, la torre verde, estaba adornada bajo la luxina para imitar el aspecto de un árbol inmenso; ese año honraban a Atash remedando a los extintos atasifusta. Pero el color no era el adecuado. Antes de la guerra, Gavin había visto el último bosque de atasifusta con sus propios ojos.

Nubes de tormenta se acumulaban sobre la Cromería, y al principio Gavin pensó que podría tratarse de un simple efecto óptico, pero conforme se aproximaban, tuvo la certeza de que ese no era el motivo.

¿Por qué habrían cometido semejante error? Los atashianos que recordaran los árboles protestarían, sin duda. Las hojas de los gigantes arbóreos eran vibrantes, radiantes, un complemento perfecto para la torre verde, y no aquel batiburrillo enfermizo, entre gris y verdoso.

Ay, diablos. Gavin trazó el verde que necesitaba para imprimir flexibilidad a la trainera. Todavía podía hacerlo, pero era como si estuviese construyendo la condenada Muralla de Agua Brillante partiendo de cero, cuando solo quería imprimir algo de elasticidad a las juntas de la embarcación.

En ese momento, lo supo: después de todo lo que había sufrido para salvar al mundo de una calamidad azul, estaba perdiendo el verde.

69

El comandante Puño de Hierro suspiró.

—Kip, ¿tienes la menor idea...?

—¡No! No la tengo.

El comandante Puño de Hierro contempló intensamente la hoja.

—Curioso. ¿Por qué hay dos gemas de colores mientras que las demás están apagadas?

—Esperaba que me lo explicaras tú. Señor.

—Kip, no sé gran cosa acerca de esta hoja, salvo que es importante, que el Espectro mismo la custodiaba y que se perdió durante la guerra. No sé qué propiedades tiene, aparte de ser muy bonita, pero hay personas que han matado por esta daga. Literalmente. Más de una vez. Estos materiales... metal blanco, y negro... —Extendió un dedo para tocarlos, pero se detuvo.

—¿Luxina? —preguntó Kip—. ¿Luxina blanca y negra?

Puño de Hierro adoptó una expresión preocupada.

—Siempre había creído que la luxina negra era sencillamente obsidiana. Piedra infernal. Esto...

Kip no se había percatado, quizá no se hubiera fijado realmente desde la primera vez que examinó la hoja a la tenue luz de la barcaza, pero el metal negro que se deslizaba por el centro de la hoja blanca parecía distinto de lo que él recordaba. Era como si reluciera suavemente, un diminuto hilo palpitante.

Otros discípulos se habían interesado por la luxina blanca y la luxina negra en las clases de Kip. La respuesta siempre era tajante: no estáis preparados para tener esa conversación. Lo único que sabía Kip era que nadie las había visto nunca, por lo que su concentración se había volcado en preocupaciones más inmediatas, como intentar que no le partieran la cara, desentrañar los arcanos de esos estúpidos ábacos, y memorizar setecientas treinta y seis estúpidas cartas entre las que ni siquiera se incluían las que estaban prohibidas y que, por lo visto, eran las más interesantes de todas. Kip extendió la mano.

—¡No toques la hoja! —dijo Puño de Hierro—. La llaman Sorbehuesos, y no me apetece averiguar por qué por las malas. —Su semblante se ensombreció—. Esta cosa me suena. ¿Dónde la he visto yo antes?

—Zymun, señor. Este es el cuchillo con el que atentó contra la vida de lord Prisma.

—¿El mocoso asesino? ¿El de la barcaza?

Kip asintió con la cabeza.

—¿Cómo es que sabes su nombre?

—También intentó matarme a mí en Rekton.

—Y cómo... da igual. Tienes que esconder esto, Kip. De todo el mundo.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —dijo Kip—. Andross Guile sospecha que la tengo. O que conozco su paradero, al menos. Me asusta imaginar lo que estaría dispuesto a hacer para conseguirla.

—Es comprensible. —El comandante Puño de Hierro se acercó a un armario y empezó a revolver el interior de una caja. Regresó cargado de correas de cuero. Las enhebró en la funda de la daga—. Amárrate esto a la pantorrilla, por debajo del pantalón. Ahora mismo, Kip.

Puño de Hierro fue hasta la puerta e indicó a Kip que se apartara de la línea de visión. El chico obedeció, y el comandante entreabrió la puerta.

—Jade, estoy ocupado. No permitas que entre ningún mensajero. Y menos que nadie esa condenada serpiente.

—Será un placer, señor —respondió una voz femenina.

—¿Serpiente? —preguntó Kip, con la pernera levantada, intentando averiguar aún la mejor manera de sujetar las correas.

—El esclavo de Andross Guile, Grinwoody. Era un trazador del montón, pero Andross movió algunos hilos y le consiguió una prueba de ingreso en la Guardia Negra, en recompensa por los servicios prestados, supongo. Llegó al final de la instrucción, hizo amigos, descubrió secretos personales y de la organización, y el día que debía prestar juramento decidió aliarse con lord Guile. Que utilizó esos secretos. Han pasado veinte años, y todavía lo recordamos. No es terriblemente infrecuente que alguien se marche justo antes de firmar, pero el desperdicio de tiempo y esfuerzo es considerable. Nos esforzamos por adiestrar a alguien, y después va y nos deja en la estacada.

—¿Grinwoody? —Kip seguía sin asimilarlo—. ¿Ese enclenque senil estuvo a punto de ingresar en la Guardia Negra?

—Si lo hubiera hecho ya estaría muerto a estas alturas, por supuesto. Debido al trazo constante. Así que puede que no sea tan tonto.

—Eso no justifica la traición —dijo Kip.

Cuando Kip se bajó la pernera del pantalón para ocultar la vaina sujeta ahora a su pantorrilla, extendió una mano hacia el comandante para pedirle el cuchillo. Puño de Hierro lo observó fijamente.

—Kip, gracias. Gracias por confiar en mí. Y ahora, no vuelvas a hacerlo nunca.

—¿Señor?

—Kip, sé que te sientes solo, y sé que quieres confiar en alguien. Lo entiendo.

Pero ya no puedes permitirte ese lujo. No sabes qué clase de presión puede ejercer Andross Guile sobre mí. No hace ni tres meses que me conoces, y acabas de depositar cuatro grandes tesoros en mis manos. Podría arrebatártelos ahora mismo y expulsarte de aquí. Podría comprar el título de sátrapa con todo eso. ¿Crees que soy inmune? ¿Crees que soy demasiado buena persona para hacer algo así?

—Sí, señor.

—Pero no puedes estar seguro.

—Un hombre debe actuar aun sin saberlo todo, de lo contrario jamás haría nada.

Una sonrisa aleteó en los labios del comandante Puño de Hierro.

—Así que ahora eres un hombre.

—He quitado vidas, he arriesgado la mía y se la he confiado a un amigo. Sí, señor, yo diría que eso me convierte en un hombre.

—Nada de eso te convierte en un hombre. Lo primero te convierte en un asesino. Lo segundo, en un insensato. Cualquiera de las dos cosas podría costarte la vida.

—¿Pero no hoy? —preguntó Kip. Pese a todas sus bravatas, no pudo por menos de tragar saliva con dificultad, sin perder de vista el cuchillo desnudo en la mano de Puño de Hierro.

—No, hoy no —claudicó el comandante Puño de Hierro. Le tendió la hoja a Kip.

El muchacho la aceptó con una débil sonrisa, la envainó y la cubrió con la pernera del pantalón.

—Y ahora, hablemos de las demás cosas que podrían costarte la vida —dijo el comandante. Cogió una de las capas—. Para empezar, mantos coruscantes. Sensacional. —Exhaló un suspiro, como si una feroz orgía de desenfreno hubiera agotado todas sus reservas de incredulidad—. Según las leyendas, hay doce mantos coruscantes. Supuestamente, siempre actuaban en parejas. Asesinos.

—¿Como la Orden del Ojo Truncado? —preguntó Kip.

—Eran el orgullo de esa supuesta orden.

—¿Eran? ¿Supuesta? Tienes en la mano la prueba que demuestra que las leyendas son ciertas. Literalmente.

—Eso parece —suspiró el comandante Puño de Hierro.

Kip le enseñó la carta del Manto Coruscante.

—Este hombre era uno de ellos. Se llamaba Vox, y su compañera era una tal Niah.

—¿Y cómo te las apañaste para matar a dos asesinos profesionales, Kip?

—A ella la mató él. Por accidente. Y después me sonrió la suerte. No se esperaban que pudiera verlos, pero así fue. Se resistían a levantar las armas hasta el último momento para no delatar su posición, y entonces...

—Era una pregunta retórica, Kip.

—Ah.

El comandante Puño de Hierro se sentó en el borde de la cama.

—Justo cuando uno decide que aquello en lo que ha creído durante toda su vida es mentira, se tropieza con algo que lo tienta a creer de nuevo. Vanidad. Arenas movedizas.

—¿Señor?

El comandante Puño de Hierro se pasó la mano por el hirsuto cuero cabelludo.

—Los paganos creían en dioses distintos, como ya sabes. A veces eran entidades reales y vivientes que exigían sacrificios y se dejaban apaciguar con ofrendas humanas. Otros creían en simples facetas de nuestra propia humanidad, como la codicia que forma parte de todos nosotros, o la ambición, o la pasión... Creían en deidades cuyas manifestaciones representaban las verdades de nuestra alma. Pero meter a todos los paganos en el mismo saco sería simplificar en exceso. Aunque nos centráramos en los seguidores de Atirat, entre los que se contaba Vox, al parecer, estaríamos generalizando sin poder evitarlo. Todos estaban de acuerdo en la existencia de múltiples dioses, pero el consenso no se extendía mucho más lejos.

»Eran hombres como nosotros: algunos buenos, algunos malos, algunos profesaban creencias absurdas. Se dejaban llevar por prejuicios religiosos completamente infundados, como la arraigada sospecha de que el uso de las gafas era pecaminoso y antinatural. Pero luego, algunas sectas sacrificaban encantadas a sus primogénitos para sobornar a los dioses y que estos les concedieran abundantes cosechas. Algunos veneraban a los engendros de los colores. Otros los desterraban. Otros los lapidaban. Los engendros íntegros, pues afirmaban que tales criaturas existían, reinaban como semidioses.

—No entiendo cuál es la relación —dijo Kip.

—Que una persona base toda su vida en insensateces no significa que todas sus creencias sean erróneas.

Kip enarcó las cejas. Y...

—La intriga me está matando, señor.

—Algunos paganos creían que refractar la luz era un don aislado. Según nuestras enseñanzas, refractar la luz es potestad exclusiva del Prisma. No consta en ninguna sagrada escritura, pero es lo que se nos inculca desde hace siglos. —El comandante Puño de Hierro agitó la carta del Manto Coruscante—. Fíjate en esta carta. Dice: «En poder de un Refractador...». Lo que significa que refractar la luz es posible. Aunque nadie creyera lo que te ha pasado, estas cartas son ciertas. No pueden rechazarse. Esta carta por sí sola no va a destruir la fe de nadie, pero dejaría en ridículo a todos los luxiats que alguna vez han hablado de refractar la luz. Sería como cuando Pevarc demostró de una vez por todas que el mundo es redondo, hace doscientos años. Unos cuantos estudiosos llevaban cinco siglos murmurando lo mismo antes que él, pero nadie le dio las gracias por ridiculizar a los luxiats. Las correcciones de navegación

que sus cálculos hicieron posibles llegaron varios años después de su linchamiento.

—¿Lo lincharon? —preguntó Kip, arqueando las cejas.

—Por algo completamente distinto. Sugirió que la luz era la ausencia de oscuridad, en vez de a la inversa. —Al ver la estupefacción reflejada en el rostro de Kip, añadió—: No te preocupes ahora por eso. La cuestión es que se puede refractar la luz. Algunos lo hemos sospechado siempre, motivo por el cual los trazadores como Adrasteia tienen abiertas las puertas de la Guardia Negra. No solo porque pueda ver armas ocultas, sino porque podría detectar la presencia de asesinos invisibles.

—Pero ¿cómo funciona? —preguntó Kip—. No sabía que algo así fuera posible.

—Eres un tenue, Kip. Careces de la formación necesaria para entender...

—Y si no careciera de ella, todos mis conocimientos estarían equivocados. No necesito desaprender nada porque no sé nada.

Puño de Hierro le dio la razón con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa fugaz. Respiró hondo.

—La luz es energía. La energía siempre va a alguna parte. La luz del sol cae sobre un suelo de madera de cerezo. Sabemos que la luz solar abarca todo el espectro, desde el subrojo hasta el supervioleta, pero el suelo únicamente refleja un pardo rojizo. ¿Adónde va el resto de la luz? Se absorbe. Y años después, compara ese suelo de madera con una sección del mismo suelo que estuviera cubierta por una alfombra, o por una sombra. La parte expuesta al sol se habrá descolorido. Muy lentamente, la luz altera la naturaleza de la misma madera, la desgasta. Del mismo modo que oscurece la piel de un hombre o aclara los cabellos de una mujer. El color de un trazador surte el mismo efecto sobre su cuerpo. Los Prismas no rompen el halo pese a trazar cantidades ingentes de luz porque pueden liberar toda la luz que absorben. Los demás somos menos eficientes, más susceptibles de sufrir algún daño. El caso es que la luz que incide sobre una superficie no puede cambiarse, a menos que se interponga una lente ante el sol. La energía es constante. Debe transformarse de alguna manera.

»Si funciona como aseguran algunas de las teorías que han llegado a mis oídos, los refractadores actúan como cuñas en el flujo de luz, prolongando los espectros largos y reduciendo los cortos, por lo que toda la luz visible que los golpea se libera tanto por encima como por debajo del espectro visible. Si cumplen su cometido a la perfección, resplandecerán como antorchas en el supervioleta y el subrojo. Algunas historias hablan de refractadores que estallan en llamas ante el exceso de luz, un día soleado, por ejemplo, consumidos por toda la luz visible que están transformando en calor. Estas capas están diseñadas para facilitar su tarea. Al igual que las lentes están diseñadas para que nosotros tracemos mejor nuestros respectivos colores.

Kip había sido testigo de tantos portentos en los últimos meses que no le costó nada creerlo.

—Entonces ¿lo que intentas decirme es que podría haber hordas de gente

invisible paseándose entre nosotros?

—Hordas no. Refractar la luz con tanta maestría como para lograr la invisibilidad debe de rayar en lo imposible. Y suponiendo que las leyendas tengan razón, lo cual ya es mucho suponer, solo existen doce capas como estas, creadas para la Orden del Ojo Truncado original, si no antes. Algunas se habrán extraviado o habrán resultado destruidas, sin duda, y ahora dos de ellas obran en nuestro poder. De modo que, a lo sumo, habrá otras cinco parejas de asesinos ahí fuera. Quizá únicamente dos o tres. Quizá ninguna.

—Por lo menos ahora estas son nuestras.

—Lo cual es preferible a que las tengan nuestros enemigos, pero lo más probable es que no nos sirvan de nada. Después de negar su existencia, dudo de que la Cromería disponga de algún método para detectar refractadores entre sus trazadores. Y aunque alguien conociera ese método, ¿se dejaría convencer para compartirlo cuando la mera idea roza la herejía? Los lúxores atashianos suprimieron algo incómodamente parecido hace ciento diez, quizá ciento veinte años.

—Y eso solo es una carta —dijo Kip.

—Y tienes una baraja completa. Rompelotodo, ya lo creo. —El comandante Puño de Hierro empezó a reírse por lo bajo.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada, solo estaba pensando que con lo importantes que son estos naipes y quiénes pueden verlas con más claridad, probablemente acabas de condenar a un puñado de las personas que peor me caen a pasarse el resto de sus vidas encerradas en alguna biblioteca, manoseando cartas y tomando apuntes.

—Sabrás —refunfuñó Kip— que podrías estar burlándote de mi futuro.

—Lo dudo —resonó una voz detrás de Kip—. Si no te han asesinado para dentro de un año, lo más probable es que vivas eternamente.

Kip se giró en redondo, y allí, ante la puerta más silenciosa de la historia estaba Gavin Guile, con su característica sonrisa socarrona en los labios.

—Por otra parte, no me gustaría apostar contra el muchacho que convenció a Janus Borig para que le legara el trabajo de su vida.

Kip no podía articular palabra. La presencia de Gavin inundaba toda la habitación.

—¿Cómo está esa cabra senil? —preguntó Gavin.

—Muerta —respondió Kip, con la voz hueca y sin vida. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo mucho que le importaba aquella mujer.

Un silencio respetuoso.

—Debería haberlo adivinado al ver las capas. Supongo que nada apunta a quién los contrató.

Kip optó por guardar silencio. Después de todo, su primera intuición había

demostrado estar equivocada.

—A mí no me miréis, lord Prisma —dijo el comandante Puño de Hierro—. No estaba presente. No fui yo el que los mató, sino Kip.

La mirada de Gavin saltó sobre el chico.

—¿Los mataste tú? He ahí una historia que tendré que escuchar. Pero luego. Bien hecho, hijo.

Hijo. ¡Hijo! Con una sola palabra, Gavin había desmontado los meses de tormento de lord Andross Guile. Kip sintió el deseo irreprimible de derrumbarse. Lo único que quería era dejar todas las cartas y el cuchillo en manos de su padre y romper a llorar en sus brazos.

Gavin levantó un dedo.

—Lo primero es lo primero. Comandante, vuestros guardias negros han invitado a Grinwoody a largarse con viento fresco. Lo intercepté cuando regresaba junto a mi padre. Parecía abrigar la esperanza de que, a su vuelta, os encontraría despojado de vuestro cargo.

—Creo que esa sabandija desleal peca de optimista —dijo Puño de Hierro.

—He ordenado a Karris que lo entretenga, pero si hay algo que necesitéis hacer, sugiero que lo hagáis cuanto antes. Intercederé por vos en la medida de lo posible, pero no estáis bajo mi jurisdicción. ¿Estáis seguro de que se equivoca, de que no habéis hecho nada y de que Carver Negro os salvará?

El rostro del comandante Puño de Hierro se ensombreció.

—Supongo que hay un par de detalles que podrían... causarme problemas.

—¿Qué? —preguntó Kip—. ¿Qué has hecho?

—No es lo que he hecho. Investigaba un antiguo m... Lord Prisma, Rompelotodo, con vuestro permiso. Tengo asuntos urgentes que atender.

Se giró al llegar a la puerta.

—Rompelotodo —dijo—, puedes confiar en Cruxer. Y... tan solo a título informativo, habrías sido un guardia negro excelente.

Se iba. De repente, Kip tuvo la certeza de que no volvería a ver jamás al coloso.

Se acercó a él corriendo y lo abrazó.

Puño de Hierro gruñó, sorprendido. Después abrazó a Kip a su vez. Transcurridos unos instantes, apartó de sí al muchacho.

Un brillo extraño iluminó la mirada de Gavin al ver cómo Kip abrazaba al comandante. Un destello lejano. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció. Lanzó una bolsa de monedas al hombre.

—Comandante, por si acaso. Y, con franqueza, no estoy seguro de que vayan a venir a por vos.

—Yo sí —dijo Puño de Hierro—. Que Orholam os conceda su luz, lord Prisma. Cuídate, Rompelotodo. —Y con esas palabras, se fue.

70

La ciudad de Idoss estaba tachonada de antiguos zigurats. Algunos luxiats contaban que era el intento del hombre por escalar a los cielos. Los calificaban de blasfemias. Pero los empeños de esos mismos luxiats por demoler los zigurats nunca se habían saldado con éxito. Había trece grandes pirámides escalonadas en la ciudad, distribuidas geométricamente, dos semicírculos de seis alrededor de una. La central superaba fácilmente en altura a la Torre del Prisma, estructura que Liv siempre había tenido por la más alta del mundo.

Tras rendirse al general Gad Delmarta, del ejército de Dazen, en lugar de ofrecer resistencia durante la Guerra de los Prismas, Idoss se había librado de la antorcha, de la espada y del reflujo. La mayoría de los hombres obligados a servir en el ejército de Dazen —los que habían sobrevivido a la Batalla de la Roca Hendida, al menos— habían regresado a sus hogares en cuestión de un par de meses, e Idoss se había recuperado de los estragos del conflicto antes que cualquier otra ciudad de la costa del sur.

El «corregidor» de la ciudad era Kata Ham-haldita, hijo del sátrapa atashiano. Era un término tyreano, uno de los pocos remanentes de una época en que Tyrea abarcaba lo que ahora era el este de Atash. Cuando el corregidor acudió a parlamentar, el Príncipe de los Colores ordenó a todos los engendros de los colores de su ejército que formaran en la avenida central por la que caminaba el joven, con instrucciones de mostrarse a la vista de todos pero ocupándose de sus asuntos sin molestar al corregidor, para que este pensara que había más de ellos en el ejército de los que en realidad eran.

El paseo fue sin duda sobrecogedor, y el muchacho llegó hecho un manojo de nervios. Muchacho, en sentido literal, pues aunque oficialmente gobernaba una de las ciudades más ricas de las Siete Satrapías, tan solo contaba veinte años de edad, y ni siquiera los aparentaba.

Liv recibió al corregidor Ham-haldita y a sus dos guardaespaldas frente a la tienda del Príncipe de los Colores. Su presencia pareció infundir ánimos al joven, que sonrió como si estuviera acostumbrado a desarmar a las mujeres con ese simple gesto. Era un chico apuesto, aunque muy flaco y enjuto de hombros. Liv, cuyas preferencias se decantaban por los hombres viriles, respondió cortésmente con una diplomática inclinación de cabeza. Lo cierto era que el corazón martilleaba en su pecho... no por el corregidor, sino por la confianza depositada en ella. Se había puesto

el más bonito de sus vestidos, y se dio cuenta de que al muchacho le gustaba.

—Corregidor, nos honráis con vuestra presencia. El príncipe está dentro, descansando. ¿Os importaría uniros a nosotros?

Ham-haldita consultó a sus guardaespaldas con la mirada, pero Liv entró en la tienda sin esperar respuesta. Tras un instante de vacilación, el corregidor y sus hombres la siguieron.

La tienda se hallaba a oscuras, más de lo habitual, más de lo necesario. Había una silla dentro, un trono, y nada más, ni siquiera alfombras. En la silla, repantigado, estaba el Príncipe de los Colores. No se movió cuando apareció Liv. Luego, cuando entró el corregidor Ham-haldita, el Príncipe de los Colores levantó la cabeza, y sus ojos comenzaron a refulgir con un rojo apagado, el color del hierro recién forjado. Se incorporó, y las capas de luxina al entrechocar emitieron un sonido como el del acero contra el acero.

Un reflejo de tenue luz amarilla recorrió su figura, iluminando cada grieta, cada junta y cada costura; se desperezó como si acabara de despertar de un sueño profundo, y hasta la última placa azul de su blindaje corporal resplandeció antes de volver a apagarse, después cada una de las rojas costuras, cada una de las juntas verdes, hasta el pálido violeta apenas visible que parpadeaba alrededor de su cabeza como una corona.

Liv estuvo a punto de echarse a reír al ver cómo el corregidor se quedaba boquiabierto de asombro, pero hundió la barbilla en el pecho y se mordió la lengua. Los hombres de Ham-haldita parecían dispuestos a desenfundar las armas, pero también ellos estaban visiblemente aterrados.

—Corregidor —dijo el príncipe—. Bienvenido. ¿Me acompañáis?

El corregidor hubo de carraspear antes de recuperar el habla.

—Por supuesto.

Liv se unió a los dos líderes y sus guardaespaldas, caminando tal y como le habían instruido, a la derecha del corregidor, mientras el príncipe lo flanqueaba por la izquierda. Atrapado entre la esperanza y el miedo, había dicho el príncipe.

¿Esperanza de qué? Liv no se había atrevido a formular la pregunta.

Dudaba de que fuera lo suficientemente bonita como para conquistar el corazón de un futuro sátrapa, aunque si el Príncipe de los Colores tenía éxito, aquel muchacho jamás sería sátrapa. Aunque él eso aún no lo sabía. Entonces ¿qué? ¿Su amante? ¿La diversión de una noche? Liv volvió a ser abruptamente consciente de que era una mujer sola. Si el Príncipe de los Colores le pedía que se prostituyera con el corregidor Ham-haldita a cambio de un vale, no podría negarse. No parecía exactamente el tipo de gran propósito al que el príncipe no dejaba de hacer alusión, pero tampoco es que ella estuviera en condiciones de decidir nada, ¿verdad?

La sobrevino una oleada de furia sorda.

Cuando salieron a plena luz del sol, el corregidor se quedó impresionado una vez más. Ver la figura de luxina del Príncipe de los Colores iluminada por completo con luz natural resultaba al menos tan impresionante como verlo resplandecer en una tienda en penumbra. De nuevo, no se trataba de ninguna casualidad.

El Príncipe de los Colores encabezaba la marcha por el campamento, como si caminara sin rumbo, aunque Liv estaba segura de que no era así. Rara vez dejaba algo al azar.

—Habéis venido para proponerme algo —dijo el Príncipe de los Colores—. Un acuerdo, quizá.

—Las madres de la ciudad me han pedido que os informe de que solo deseamos la paz, pero si debemos luchar, pagaréis un alto precio antes de tomar la ciudad, y tal vez no antes de que recibamos refuerzos.

—Los cuales llegarán de un momento a otro, sin duda.

—Sí, en efecto. —El muchacho se ruborizó, como si temiera que se estuviesen burlando de él—. Podemos resistir hasta que lleguen y os aplasten contra nuestras murallas.

Se cruzaron con Zymun, que estaba practicando con los demás trazadores. Se había quitado la camisa y azotaba un viejo árbol con grandes látigos de fuego, impresionando a sus camaradas. Se detuvo al verlos, saludando respetuosamente al Príncipe de los Colores con una reverencia, sin disimular los celos que le producía la presencia del otro muchacho. Las heridas de Zymun se habían difuminado ya, y si bien su cuerpo descamisado no enmudecía a Liv con el mismo deseo que le había inspirado Gavin Guile en su día, seguía siendo bastante atractivo. Poderoso, inteligente, carismático... y siempre, siempre pendiente de ella. Siempre lisonjero. Siempre seductor.

Liv había coqueteado con otros chicos en la Cromería, por supuesto, sobre todo antes del desastroso Baile de los Señores de la Lux. Pero se trataba en su mayoría de flirteos imposibles: jugando a ser adultos. Jugando a ser atrevidos. El cortejo de Zymun estaba colmado de posibilidades. Liv solo tenía que decir una palabra, solo una vez, la próxima noche que Zymun acudiera a su tienda y le preguntara educadamente si podía pasar. Que pudiera decir que sí, que nadie fuera a detenerla, que nadie cuestionaría nunca su decisión era más erotizante que la idea de acostarse con Zymun en particular, por apuesto que fuese.

Sus alumnas la envidiarían, naturalmente, pues ahora tenía alumnas a su cargo. No discípulas, no entre los Liberados.

—¿De modo que Delara Naranja ha conseguido al resto del Espectro para librar una guerra? ¿O debo esperar enfrentarme a las tropas de élite de Ru?

—Las dos cosas —respondió el muchacho. Incluso Liv podía darse cuenta de que mentía.

—Sois muy joven —dijo el príncipe—. Y sospecho que esas arpías asustadas están a dos dedos de despojaros de vuestro título.

Caminaban por un estrecho callejón que discurría entre dos tiendas, sorteando los vientos. Cuando salieron, los guardias del corregidor se encontraron encañonados por veinte mosquetes cargados y media docena de trazadores con los brazos repletos de luxina.

—Desarmadlos y mantenedlos a treinta pasos de distancia, pero no les hagáis daño —dijo el Príncipe de los Colores—. A menos que cometan alguna estupidez, en cuyo caso, disparadles en la entrepierna.

Con los hombres de Ham-haldita bajo custodia, el Príncipe de los Colores reanudó su paseo, como si nada hubiera ocurrido.

—Ambos responden ante las madres, y convendréis conmigo que no necesitamos su interferencia, ¿verdad, corregidor?

—¿Cómo estáis tan seguro? ¿O son meras suposiciones? —preguntó el corregidor, intentando que no le temblara la voz.

—¿Verdad?

El corregidor se tragó como pudo el nudo de temor que le oprimía la garganta.

—Muy bien. Estoy... estoy seguro de que juntos podremos zanjar este asunto.

—Mmm. Creo en el libre albedrío, Kata. Somos hombres libres, decidimos libremente y apechugamos con las consecuencias. He aquí tus opciones: primero, puedes rendirte. Mis términos no serán generosos. Liberarás a tus esclavos, la ciudad pagará un millón de danares, y nos concederéis veinte mil efás de cebada, sesenta carretas cargadas de fruta, diez mil toneles de vino, y veinte mil barriles de aceitunas. Nos daréis también cinco mil espadas o lanzas y mil mosquetes en buen estado, además de quinientos barriles de pólvora y cien barriles de cadenas u ochocientos barrotes de plomo. Nos mandaréis cincuenta herreros, cincuenta carreteros y media docena de alquimistas, y les pagaréis el doble de la tarifa normal mientras estén fuera. Vaciaréis la ciudad de burdeles; las prostitutas pueden decidir por su cuenta si desean viajar con nosotros, pero las desterraréis de la ciudad durante un año para ayudarles a elegir sabiamente. Enviaréis a todos vuestros trazadores a hablar conmigo. Lo mismo vale para los esclavos. Podrán escoger entre unirse a nosotros o irse a otro sitio, pero no podrán regresar a vuestra ciudad hasta que acabe la guerra, so pena de muerte. Organizaréis un desfile por la ciudad, nos recibiréis con trompetas y nos alabaréis por concederos la libertad. Y antes de que entremos en Idoss, todos vuestros luxiats acudirán a este campamento.

La tormenta de detalles amenazaba con abrumar al muchacho, que se aferró a la última frase como un náufrago a su balsa zarandeada por el oleaje.

—¿Qué va a ser de ellos?

—Los mataremos a todos —declaró tajante el Príncipe de los Colores, antes de

continuar como si el joven no lo hubiera interrumpido—. Después, en todas las iglesias, permitiréis que se establezcan nuevas formas de culto: una por cada uno de los antiguos dioses. No se os exigirá oficiar ni asistir a ninguna de ellas, sin embargo, y nuestros nuevos sacerdotes acatarán vuestras leyes siempre y cuando no interfiráis con su labor.

»A cambio, las madres de la ciudad y tú conservaréis la vida, vuestras tierras y vuestras pertenencias, a menos que me traicionéis. Dejaremos la ciudad en paz, no saquearemos los cultivos, no habrá reclutamientos forzosos. Espero que comuniques esta oferta a las madres de la ciudad. Ya la he puesto por escrito.

»Todo cuanto digo es cierto, salvo una cosa. No me fío de las madres de la ciudad. Sé la clase de mujeres que son. He recabado información sobre todas ellas. No son ni tan jóvenes, ni tan inteligentes, ni tan flexibles como tú. Cuando me marche de Idoss, gobernarás en solitario. No soy cruel con mis amigos. Espero poder contarte entre ellos.

El corregidor había palidecido.

—¿Y si nos negamos?

Habían llegado al lugar que ahora Liv comprendía que había sido el destino del Príncipe de los Colores desde el principio. El príncipe indicó con un gesto a un numeroso grupo de personas harapientas que había a su espalda, vigiladas por soldados. Se trataba de las quinientas mujeres y niños que habían capturado en la pequeña localidad de Ergion.

—Nos llevamos a estos pobres desdichados de la última ciudad que se opuso a nosotros. Caminarán a la vanguardia de nuestro ejército durante el primer asalto. Cuando vuestras ballestas, cañones y catapultas empiecen a disparar, los masacraréis. ¿O crees acaso que las madres de la ciudad ordenarán el alto el fuego? También estallarán revueltas dentro de la ciudad. Sabes que tengo agentes infiltrados. Lo que no sabes es cuántos. Conozco las salidas secretas distribuidas a lo largo del río y bajo la Gran Abadía.

Los ojos del corregidor se ensancharon durante una fracción de segundo. Sorprendido porque el príncipe poseyera esa información, o porque existiera otra vía de escape de la que él no tenía noticia alguna.

—¿Recuerdas las historias sobre la masacre de Ru, el detonante de que Idoss se rindiera durante la última guerra? Me limitaré a hacer lo mismo, a la inversa. Idoss será una señal para el mundo, y en tus manos está decidir de qué tipo: una señal de mi generosidad que muestre cuán compasivo puedo llegar a ser con quienes conquisto, o una señal de mi perfidia que muestre cuán implacable puedo llegar a ser con quienes se oponen a mí. Los niños de la ciudad serán ejecutados... demasiadas bocas que alimentar, demasiadas probabilidades de enfermar o albergar resentimientos cuando crezcan. Las mujeres morirán o recibirán un uso en consonancia con su belleza y sus

destrezas manuales. Los únicos que sobrevivirán sin que nadie los moleste serán vuestros esclavos, que gozarán de libertad para administrar los bienes de sus amos como deseen. Mis agentes infiltrados en la ciudad ya les han informado de mis intenciones. ¿Hasta qué punto confiáis en vuestros esclavos, corregidor Kata? Si resistís por casualidad durante una semana, dos semanas, un mes, ¿crees que los esclavos podrían unirse a nosotros? ¿O los habéis tratado tan bien que su lealtad es inquebrantable?

»A ti, me esforzaré por capturarte con vida. Le enviaré tus genitales a tu padre. Te amputaré los brazos y las piernas, te vestiré de púrpura y te pondré una corona en la cabeza. Quizá te deje ciego. Todavía no he decidido cuál sería la mejor manera de dar ejemplo contigo. ¿Con lengua, sin lengua? Dependerá de tu actitud, lo más probable. En cualquier caso, me lo tomaré con calma. Vivirás durante mucho tiempo, entre intensos dolores, te lo prometo.

El corregidor parecía decididamente mareado.

—Estás loco —dijo—. Tan pronto te expresas como un luxiat, enumerando todos tus principios, como hablas de asesinar a cien mil personas.

La misma idea se le había ocurrido a Liv antes, pero ahora tuvo otra. En todo el mundo solo había un puñado de personas cuyas habilidades fueran absolutamente inimitables, y ella conocía a las mejores: Gavin Guile, y ahora Koios Roble Blanco. Ellos dos, y quizá unos pocos más, como la Blanca, estaban muy por encima de Liv. Pero nadie más. Podría haberse desenvuelto mejor que el muchacho en aquella situación, a pesar de que él era dos o tres años mayor que ella y partía con la ventaja de haberse educado como el hijo de un sátrapa. Si el Príncipe de los Colores la trataba como a un adulto capaz no era para halagarla —aunque Liv se sentía halagada, y ambos lo sabían—, sino porque se lo merecía. No es que estuviera asombrosamente dotada; era que las personas que siempre había asumido que estaban asombrosamente dotadas en realidad no lo estaban más que ella. Liv era su igual. Y todavía era joven. Con el tiempo, superaría a la mayoría. ¿Por qué la Cromería no la había tratado así nunca?

¿Por qué su padre no la había tratado así nunca?

—Todos somos dueños de nuestras decisiones —dijo el Príncipe de los Colores —, y esclavos de las consecuencias. Lamentablemente, ahora mismo, te corresponde a ti decidir por esas personas y por mí. Serán tus víctimas, no las mías. Cuando yo esté al mando, tendrán la libertad de elegir por sí mismas. Es imposible derrocar a la Cromería sin que las personas como tú desencadenen alguna masacre. Si hubiera otra salida, la tomaría en un abrir y cerrar de ojos. Esta es la única manera de que se produzcan los cambios que necesitamos, de modo que habrá que hacerlo así.

—Lo harás así porque puedes —replicó el corregidor, pese al temor que lo atenazaba.

—Porque puedo. Porque quiero.

—¿Y eso lo justifica todo?

El Príncipe de los Colores parecía una estatua de acero. Inexorable, implacable, inflexible.

—Al poder no le interesa la justicia, solo la realidad. —Miró fijamente al corregidor, durante el tiempo suficiente para descargar sobre él todo el peso de su confianza en sí mismo, y se giró para contemplar a las mujeres y los niños. Su expresión era triste pero resoluta. Enviaría a aquellas personas a la muerte para proteger las vidas de sus hombres, y la culpa recaería sobre el corregidor.

Si se trataba de un farol, era el más flagrante que Liv hubiera visto en su vida. Pero no creía que se tratara de un farol. El corregidor tampoco, era evidente. Sus facciones se debatieron lentamente entre el horror, la revulsión, el asombro y, por último, la resignación. No se enfrentaba a un hombre, sino a una fuerza de la naturaleza. Era imposible razonar con un ciclón, implorar a un tornado. Solo cabía asegurar los postigos y esperar a que pasara, rezando para sobrevivir a la catástrofe.

—No tenemos un millón de danares, ni de lejos —dijo el corregidor, y Liv supo que se había rendido.

—No en vuestras arcas, ya lo sé. Informaréis a todas las familias nobles y acaudaladas de la ciudad de que, como no paguen su parte, serán los primeros en morir. Aceptaremos variaciones sobre las cantidades y los tipos de alimentos. Soy razonable. Quizá no dispongáis de tanta cebada. Podéis compensarlo con otros cereales. Y será difícil conseguir la fruta si no os dais prisa. No aceptaremos mercancías estropeadas. Por cada carreta de menos, una familia de nobles perderá la vida.

El corregidor palideció.

—Tendré que consultarlo con las madres de la ciudad, por supuesto. Probablemente necesite un par de días.

—Nuestras catapultas estarán terminadas dentro de una jornada. Empezaremos a arrojar una mujer de Ergion sobre vuestras murallas cada cuarto de hora. No nos detendremos hasta que lleguen los luxiats. Sé que el alcance de vuestras armas les permitiría destruir nuestras catapultas, pero deberéis tener en cuenta que las mujeres y los niños de Ergion estarán acampados a su alrededor. La puntería de vuestros artilleros es mediocre, en el mejor de los casos. Es imposible que impacten en nuestras catapultas al primer intento... ni siquiera al décimo.

El corregidor tragó saliva.

—Entendido.

—Mis hombres publicarán una lista con los nombres de las mujeres en el orden en que serán catapultadas, para que los habitantes de Idoss sepan cuándo esperar que mueran sus amigas, o tal vez sus enemigas, supongo. Comenzaremos con las más

allegadas a las madres de la ciudad. Mis ingenieros me aseguran que las fuerzas generadas por el brazo de la catapulta tienen muchas probabilidades de matar a una mujer antes incluso de lanzarla por los aires. Les he pedido que trabajen en ello. Quiero que oigáis sus gritos mientras vuelan hacia la ciudad.

Kata Ham-haldita masculló una maldición y se fue. Miró a Liv de soslayo antes de torcer la cabeza, avergonzado.

—Entonces ¿ya está? —preguntó Liv cuando el corregidor se hubo alejado. Jamás se habría atrevido a abrir la boca, antes. Estaría demasiado impresionada, demasiado asustada. Pero ahora, no pensaba desperdiciar la oportunidad de aprender del mejor.

El príncipe contemplaba aún a las mujeres y los niños. Estos estaban jugando, chillando y alborotando, ajenos a sus probablemente inminentes muertes.

—Lo más seguro —dijo el Príncipe de los Colores—. Todo depende de lo listo que sea el joven Kata. Una de las madres de la ciudad es Neta Delucia, una arpía taimada. Esos guardias eran sus hombres. Si Kata no tiene cuidado, habrá firmado su sentencia de muerte accediendo a reunirse conmigo en privado. Madre Delucia sabrá inmediatamente que le he ofrecido un soborno. Y sus enemigas ocupan los primeros puestos en la lista de mujeres que van a morir. Con sus amigas justo detrás. La madre y el corregidor discutirán. Si Madre Delucia se impone, arrojaremos media docena de mujeres contra la ciudad, e Idoss entrará en razón de repente. Si vence Kata, llevará más o menos tiempo, según lo decisiva que sea su reacción.

—¿Y en cualquiera de los dos casos, tú ganas?

—Elegimos libremente, Aliviana. Eso no significa que no podamos manipular las posibles opciones para que todas nos favorezcan. —El príncipe sonrió, y su gesto le recordó a Liv la sonrisa indómita, insolente y temeraria de Gavin Guile, pero carente de su calidez.

—En tal caso no se puede hablar realmente de libertad, ¿no es así? No para ellos.

—¿Estás preparada para escuchar otra verdad, Aliviana? Qué rápido aprendes. Muy bien. La libertad no es el bien más preciado. Lo es el poder. Pues sin poder, pueden arrebatarte la libertad. —Sonrió de nuevo. Era una sonrisa cruel, como el mundo.

71

Puño de Hierro se dirigía a los aposentos de la Blanca, en lo alto de la torre, cuando vio unos guardias negros apostados ante la puerta del Prisma. Puesto que acababa de despedirse de Gavin, solo podían estar allí por orden de la anciana.

El comandante llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo la Blanca.

Estaba sentada en su silla de ruedas. Frente a ella se encontraba de rodillas Marissia, la esclava de cámara de Gavin Guile, con la cabeza apoyada en el regazo de la Blanca. La esclava tenía las mejillas surcadas de lágrimas, y la Blanca intentaba consolarla.

—Gavin Guile ha vuelto. Está en la planta de abajo —dijo Puño de Hierro. La en ocasiones explosiva relación entre la Blanca y el Prisma no necesitaba la tensión añadida de que Gavin descubriera a la Blanca en su habitación. Gavin era muy celoso de su intimidad.

Marissia se levantó de un salto, enjugándose los ojos con un pañuelo.

—¡Oh! Lloro una vez al año y precisamente... Madre, gracias. Haré lo que me habéis dicho.

—Que Orholam te bendiga, pequeña. Nosotros nos vamos, para que tu vida no se vuelva más complicada de lo imprescindible —dijo Orea Pullawr—. ¿Comandante?

Puño de Hierro llevó la silla al pasillo. Pese a su carácter práctico, evidenciaba también la creciente fragilidad de la anciana. Menos de dos meses atrás, la Blanca se habría negado terminantemente a permitir que la empujaran de un lado a otro como si fuera una inválida.

Tampoco tomó el relevo mientras recorrían el pasillo. Parecía cansada.

Uno de los guardias negros encabezaba la comitiva, mientras el otro cerraba la marcha. Incluso allí, velaban por su integridad.

—Una de las desventajas de hacerse mayor, aunque nunca me había parado a pensarlo —dijo la Blanca mientras Puño de Hierro depositaba la silla ante su escritorio y la soltaba, para sentarse frente a ella—, es que dificulta tremendamente las labores de espionaje.

—Creía que delegaríais esas tareas en otros —dijo Puño de Hierro.

—Nunca se puede dejar todo en manos ajenas. Eso te sitúa a merced de tu maestro de espías. O maestra, según se mire.

¿Maestra de espías? ¿Cómo? ¿Se refería a...?

—¿Marissia? —preguntó Puño de Hierro, con incredulidad—. ¿Es vuestra...?

La Blanca guardó silencio durante largo rato, y la mente de Puño de Hierro pugnó por asimilar todas las implicaciones. Marissia poseía acceso ilimitado a esa planta, en todo momento, pero también podía moverse libremente entre los demás esclavos de la torre. Su posición como esclava del hombre más importante del mundo situaba su existencia en una zona gris social: si lo necesitaba, podría codearse con el sirviente más humilde, o coquetear con el mercader más adinerado del Gran Jaspe. Una mujer inteligente sabría jugar sus cartas en semejante situación, y Puño de Hierro sabía que Marissia era definitivamente inteligente.

—No, no lo es —respondió la Blanca, al cabo—. Pero en estos instantes estabas pensando tal y como debo hacerlo yo en todo momento. Y también Gavin.

—Es más difícil que calcular las posibilidades de que tu rival obtenga una buena mano jugando a las cartas —dijo Puño de Hierro.

—Se mejora con la práctica. Pero, por favor, qué cotorra soy. —Juntó las puntas de los dedos sobre el regazo y se quedó sentada, en silencio. Echó una mirada de soslayo a la cabeza descubierta del comandante, primero, después a sus ojos. Aguardó.

Puño de Hierro se frotó la cabeza, en la que los cabellos hirsutos crecían como obstinados rastrojos de fe que solo desaparecerían si los arrancaba de raíz. Si no podía confiar en la Blanca, entonces ¿en quién? Aunque fuese una mujer sin fe. Por otra parte, también él había perdido la fe. ¿Lo volvía eso menos digno de confianza?

Se rió discretamente para sus adentros. Lo cierto era que desconocía la respuesta.

—Es posible que esté a punto de perder mi posición. ¿Cuál era vuestra gran apuesta?

—Las cartas sobre la mesa, ¿eh? —dijo la Blanca.

—Tengo muy poco que perder, o eso parece, al menos.

—Los que abandonan la partida no tienen derecho a ver las cartas de los que se quedan en la mesa.

—Las metáforas se desmoronan como castillos de naipes.

La Blanca permaneció callada durante unos instantes, sondeando las profundidades del comandante. Puño de Hierro soportó el escrutinio sin inmutarse.

—Has dejado de ponerte el ghotra. Cuesta pasar por alto algo así. ¿Cómo debería reaccionar ante eso, comandante? ¿Personal o políticamente?

—¿A qué os referís?

—Políticamente, es posible que me resulte imposible salvarte. Te has convertido en un apóstata. La mayoría de las personas no se cubren la cabeza con la prueba de su fe a la vista de todos, ni se la quitan cuando les entran las dudas. Tú sí. Si el Negro alega que tu apostasía es motivo suficiente para apartarte del cargo, reconocerás que tiene razón. De modo que, en términos políticos, tú mismo te has puesto la soga al

cuello.

Puño de Hierro ni siquiera había contemplado esa posibilidad. Su religión, o ausencia de la misma, no era ningún espectáculo público. ¿Cómo podría el exterior de una persona no reflejar su interior?

—Naturalmente, podrías eliminar esa amenaza volviéndote a poner el condenado sombrero y explicándole a quienes te pregunten que te lo quitaste en señal de luto por tu pérdida, lo cual es cierto. En parte. Pero eso no vas a hacerlo.

—Ser un hombre consiste en aunar aquello que se debería ser y lo que se es. Los engaños pertenecen a las tinieblas.

—Pero ¿no fue el mismo Orholam quien hizo que el mundo diera vueltas, para que la luz y la oscuridad se alternen? Ni el mayor foco de luz ni su espejo nocturno brillan constantemente sobre todo el mundo.

—Esa es la explicación generalizada que justifica las excepciones morales en tiempos de guerra —dijo Puño de Hierro, ligeramente crispado.

—¿No te parece que llevamos los últimos dieciséis años librando una guerra? —preguntó con voz queda la Blanca.

—¿Os permite vuestra posición definir la guerra como mejor os convenga?

—Sabes quién es Corvan Danavis, ¿verdad? Ah, sí, por supuesto, lo conociste en Garriston. Él solía decir: «No todos los tiburones y demonios marinos nadan en los mares de Ceres».

—Las metáforas me abruman, ama. Soy un hombre sencillo.

—La sencillez es poderosa a su manera, Harrdun. Como tú bien sabes. Sí. Sí, ser la Blanca significa que puedo decidir qué es la guerra. Y cuándo amenazar con ella. —Esbozó una tenue sonrisa.

Puño de Hierro aguardó.

—Como sabes, soy yo la que selecciona al comandante de la Guardia Negra, y el Negro está facultado para eliminarte del cargo. Se supone que eso equilibra nuestros poderes. En realidad, lo único que se consigue así es socavar mi autoridad. Pero quizá se te haya pasado por alto que, tras tu expulsión, simplemente podría nombrarte comandante de nuevo.

—Y él me destituiría otra vez.

—Lo cual precipitaría una crisis. Pero si te quedaras, si conservaras tus aposentos, si continuaras dando órdenes, asignando turnos, ¿cuántos de tus guardias negros antepondrían tu decisión y la mía a la de Carver Negro?

Lo que sugería podría desembocar en una guerra civil. Puño de Hierro levantó las manos.

—Un momento. Esperad, esperad, esperad. No soy digno de la clase de carnicería que insinuáis.

—No, no lo eres.

Lo que decía no tenía sentido. ¿Se habría vuelto senil finalmente? No, la intensidad de sus insaturados ojos azules, grises y verdes daba fe de que nada había mermado su profundo intelecto.

—Entonces ¿qué soy? ¿Un frente más en vuestra guerra?

—Precisamente. Carver Negro no te odia. Te aprecia, de hecho. Andross Guile ejerce algún tipo de influencia sobre él. No he conseguido averiguar de qué se trata, pero podemos devolver la pelota a su tejado: pregúntale si está dispuesto a destruir la Guardia Negra, ahora, para salvaguardar su ropa sucia.

—Esperáis que Carver Negro dé su brazo a torcer.

—Correcto —dijo la Blanca.

—Bueno, por lo menos comprenderéis que Andross Guile no va a hacer lo mismo.

—Jamás.

—No quiero que esto pese sobre mi cabeza. Amo a mi gente. No deseo apostar con sus vidas. Ese es un juego para hombres peores que yo.

—O mujeres —apostilló con naturalidad la Blanca. ¿Refiriéndose a ella misma?

—O mujeres. —Puño de Hierro se negaba a dejarse seducir por su franqueza. Por su encanto. Era más astuta que él, de acuerdo. Pero él no tenía por qué jugar a ese juego—. Soy el guardia negro más adecuado para desempeñar mi cargo, pero todos nuestros hombres y mujeres son leales a nuestra misión. Mi pérdida será grave, pero la Guardia Negra se recuperará. —Se levantó. Había terminado con esto. No iba a echarlo de menos.

—Asumo que tu sucesor saldrá de las filas de la Guardia Negra.

Puño de Hierro parpadeó.

—Supongo que podéis elegir a quien os plazca. No vais a escoger a alguien inadecuado tan solo para vengaros de mí. Podéis amenazarme con ello cuanto queráis, pero os conozco demasiado bien. Cuando me haya ido, no habrá ningún motivo para que os perjudiquéis a vos misma.

—¡Deja de jugar contra mí, majadero! Tienes que entender cómo actúa Andross Guile. Tras despojarte de tu posición y humillarte, utilizará tu caída en desgracia para ridiculizar mi capacidad de decisión. Dispondrá ya de los cuatro votos que necesita para aprobar un decreto que delimite siquiera mínimamente mi autoridad; después, por mediación de Carver, designará a tu sucesor.

—Pero...

—Eso no es todo. Dicho sucesor, quizá el joven lord Jevaros, perfecto porque es un idiota leal, informará de su preocupación por el deterioro de mi salud mental. Se orquestarán incidentes que apunten a mi senilidad. Mi autoridad volverá a delimitarse, y se me invitará enérgicamente a retirarme hasta el Día del Sol.

Conjeturas, por supuesto, aunque a Puño de Hierro no le costaba nada imaginarse

que pudieran hacerse realidad.

—Pero... ¿qué es lo que quiere? Me refiero a lord Guile. ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Cuál es su objetivo?

—Si tuviera que apostar, diría que simplemente quiere el control. Conozco a ese hombre. Si estuviera en su mano, disolvería la Cromería y las satrapías, abjuraría del Prisma y se convertiría en el emperador de todo el mundo conocido. Creo que ostentaría ese título durante un día. Uno solo. Después sucumbiría a la tentación de aniquilarlo todo o a la vacuidad de haber amasado tanto poder sin otro motivo que la codicia... y se suicidaría. Porque su afán por gobernar no se basa en ninguna razón lógica. Sencillamente cree que debería hacerlo. Le irrita que unos seres inferiores detenten el poder que se imagina que le corresponde.

—Hacéis que parezca tan simple, y tan vacuo.

—El mal es vacuo y simple. El mal carece de misteriosas profundidades. Nos asomamos a un agujero negro y lo llenamos con nuestros temores, pero en última instancia no deja de ser un mero agujero.

—¿Creéis en Orholam, o también eso era una mentira necesaria?

—Tengo grandes preguntas para él. Todavía no se ha dignado responderlas.

Puño de Hierro había pensado algo parecido, cuando era joven. Creía que Orholam escuchaba las plegarias de las personas importantes y pías. Él rezaba con las manos manchadas de sangre, por eso no lo escuchaba. Excusas. Llevaba más de veinte años inventándose pretextos para Orholam. Porque la alternativa era demasiado terrible. Eso se acabó. No volvería a creer en ninguna mentira.

—Pero creo —dijo la Blanca—. Creo hondamente, amigo mío. —Le sostuvo la mirada, y el comandante recordó que aquella era una mujer de firmes convicciones. Lo suficientemente firmes como para haberse convertido en la Blanca, lo suficientemente firmes como para no utilizar la magia desde hacía muchísimos años.

—¿Me engañaríais?

—Sin dudarlo. Pero no acerca de esto.

—Me convertiríais en un embustero.

—No serías el primer hombre decente que veo vivir una mentira.

—Acertijos.

—Quizá.

—Os refierís a Gavin, que preside todos los rituales. Es ateo, ¿verdad? —Pronunció la palabra «ateo» entre dientes. Comprendió que lo hacía por la fuerza de la costumbre. Siempre había pensado que era lo peor que podía ser una persona. Y ahora él mismo lo era.

—Prefiero pensar que atraviesa una crisis de fe —fue la diplomática respuesta.

Puño de Hierro sonrió con socarronería. Había venido para hablarle de las cartas y el cuchillo, pero ahora... tantos dobles sentidos. Si no se merecía escuchar la verdad

sin tapujos de labios de ella, entonces ella tampoco merecía escucharla de labios de él.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Ama —dijo una de las guardias negras, una mujer corpulenta llamada Samite —, ahora que el Prisma ha regresado, el Espectro procederá a celebrar esa asamblea extraordinaria. Tenemos que estar abajo dentro de diez minutos.

La Blanca asintió con la cabeza, indicándole que podía retirarse. Durante unos instantes, su expresión reveló cansancio, amargura.

—Tu gente es muy amable conmigo, comandante. Recordarme lo de «esa asamblea extraordinaria», como si pudiera olvidárseme que hoy decidiremos si vamos a ir a la guerra... Pero esa amabilidad es peligrosa cuando mi cuerpo empieza a traicionarme y el Rojo intenta pintarme como una vieja chocha.

—Hablaré con ella.

—Con delicadeza, si no te importa. Sé que lo hace con buena intención. —Se giró hacia Puño de Hierro—. Ya le he dicho al Negro que no puede apartarte del cargo. El Rojo te odia por motivos que yo desconozco y tú no quieres compartir conmigo, pero no te hará nada mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo. —Agitó una mano, y eso fue todo. Puño de Hierro estaba a salvo—. Y ahora, mi apuesta. No puedo revelarte cuál era, pero sí a quién afectaba. Lo he apostado todo por Gavin. He apostado el mundo por él, y quizá no viva lo suficiente para ver quién gana.

Puño de Hierro exhaló un suspiro. ¿Cuándo me he convertido en guardián de los secretos y revelador de medias verdades?

Rebuscó en uno de sus bolsillos. Sacó una piedra blanca, del tamaño de su mano. La dejó caer encima de la mesa de la Blanca, como si de una baratija se tratara.

Los ojos de la anciana se abrieron desmesuradamente.

—Comandante, ¿eso es...? —Extendió la mano—. Luxina blanca —susurró.

—Gavin la trazó durante la Batalla de Garriston. Sin darse cuenta.

La Blanca recogió el trozo de luxina con manos temblorosas, y por primera vez, al menos en presencia de Puño de Hierro, rompió a llorar en silencio.

Hoy parece que todo son llantos.

72

—Aliviana, acércate, tengo algo para ti —dijo el Príncipe de los Colores. Se giró hacia el ingeniero encargado de la catapulta—. Diez vales si llegas a la ciudad al primer disparo. Pero me dejarás cinco a deber como ella no grite por el camino.

El ingeniero ensayó una honda reverencia, postrándose casi. La gente todavía no sabía cuánta pleitesía rendir al Príncipe de los Colores.

El campamento entero había hecho acto de presencia para asistir al espectáculo. El sol se acercaba a su cenit, y todo el mundo sabía que el mediodía era la hora límite. Los cañones de las almenas de la ciudad apuntaban contra ellos, pero no habían disparado mientras se preparaba el trabuquete, a trescientos pasos de la muralla. Algunos de los seguidores del príncipe guardaban las distancias, temiendo que los cañones abrieran fuego e intentaran destruir primero la catapulta, pese a las mujeres y los niños de Ergion prisioneros alrededor de su base. Muchos más, sin embargo, eran los que querían estar lo más cerca posible cuando empezara el espectáculo para verlo con sus propios ojos, indiferentes al peligro.

Liv se había sumado a ellos a petición expresa del príncipe.

—No voy a protegerte de las realidades de la guerra, Aliviana. Este es nuestro camino, y debes conocerlo. Confío en que sepas encajar la verdad, por desagradable que sea. —Las implicaciones eran evidentes para la muchacha: al contrario que su padre. Al contrario que la Cromería.

Quería ser digna de la confianza depositada en ella. De modo que observaba desde las primeras filas. La multitud no la zarandeaba. Su vestido de trazadora, violeta y amarillo, se aseguraba de ello. Los trazadores eran tratados como nobles. Tenían poder, y el poder era una virtud.

—¿Dijisteis que teníais algo para mí, mi príncipe? —preguntó Liv.

—Ha llegado una carta a tu nombre. Y antes de que me preguntes nada, por supuesto que la he leído.

A un gesto del príncipe, apareció un secretario con la misiva. Liv reconoció la caligrafía. Sintió que un cosquilleo le trepaba por los brazos, hasta el cuello. Era de su padre.

El Príncipe de los Colores dijo:

—Es hora de que decidas quién eres y quién quieres ser, Aliviana Danavis.

Los ingenieros empezaron a elevar el enorme contrapeso por los aires, introduciendo largas estacas en un engranaje de madera, girando la rueda con

estrépito. El contrapeso subió, persiguiendo lentamente al sol, que se acercaba al punto más alto de su trayectoria.

Liv abrió el sello ya roto: «Mi queridísima Aliviana, luz de mis ojos». El mero hecho de ver la letra de su padre provocó que se le anegaran los ojos en lágrimas. Cuando Kip le contó que Corvan había fallecido en Rekton, fue como si el mundo se hubiera acabado para ella. Respiró profundamente, parpadeó.

La multitud estaba exultante y nerviosa al mismo tiempo. Los cañones podían abrir fuego de un momento a otro, sembrando la muerte por todas partes, o las puertas podrían abrirse en señal de rendición, o de agresión, o quizá no ocurriera nada. Algunas risotadas eran demasiado estentóreas. Los hombres hacían sus apuestas. Liv podía oír a las mujeres que esperaban a que las lanzaran sobre las murallas, llorando discretamente. Discretamente tan solo porque no querían preocupar a los niños, que aún no tenían ni idea de lo que estaba pasando.

Siguió leyendo: «Hija, por favor, vuelve a casa. Sé que crees que he roto mis juramentos. No es así. No puedo decirte nada más en una carta susceptible de ser interceptada, pero te lo contaré todo cuando nos veamos». Lo que decía era cierto, pero también exasperante. Ya se habían visto. Liv ya le había preguntado cuáles eran sus intenciones, pero él se negó a responder. ¿Y ahora había cambiado de opinión?

Ahora que ella no estaba bajo su control.

La madera crujió, las cuerdas se tensaron, y el gigantesco contrapeso del trabuquete llegó a lo más alto, tapando el sol. El cometido de los ingenieros no había terminado aún, sin embargo; se apresuraron a comprobar cómo estaba soportando la presión su máquina, a preparar la cesta para la mujer, a advertir a las personas agolpadas delante y detrás de la catapulta que retrocedieran.

Al cabo, el jefe de ingenieros se acercó al Príncipe de los Colores.

—Estamos listos, señor, ¿deberíamos preparar la carga?

La carga. Qué denominación tan impersonal, ¿verdad? El príncipe asintió con la cabeza.

Sacaron de la fila a una mujer de avanzada edad. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas, pero estas ya se habían secado. Liv vio que su atuendo había sido elegante alguna vez, y poseía la piel pálida de quien no ha trabajado al aire libre en su vida. Ondulados cabellos plateados, ojos castaños. De todas las personas que la observaban fijamente, reparó en Liv, y le sostuvo la mirada.

—Es un farol, ¿verdad? —preguntó la anciana—. ¿O me engaño a mí misma?

Liv apartó la mirada. «Confía en mí», le había dicho su padre. ¿No era esa otra manera de sometimiento?

La mujer se dejó inmovilizar en la red, dócil, impotente.

—Deja la cabeza apoyada en las cuerdas —dijo el jefe de ingenieros—. Relájate.

Relájate, tan solo intentamos ganarnos nuestros vales, señora.

—Preparados —musitó el jefe de ingenieros para el Príncipe de los Colores.

El príncipe indicó a Liv que se aproximara. En sus ojos se alternaban los remolinos azules y rojos.

—Dime, Liv. ¿Debería esperar al mediodía, o demostrarles lo que significa oponerse a mí?

Faltaba menos de un minuto para el mediodía. Liv se dio cuenta enseguida de que una parte de él quería castigar a la ciudad por rebelarse contra él, quería que pagaran por su osadía, temía que se rindieran antes de tiempo. Liv aún no había terminado de leer la carta. Titubeó pensando que, de alguna manera, era importante.

—Podríais reforzar su obstinación si creen que no habéis sido justo. Habéis dictado una hora límite y una consecuencia, que la muerte de la mujer pese sobre sus cabezas. —Por alguna razón, tenía que acabar de leer la carta antes de que la mujer falleciera.

El Príncipe de los Colores se tranquilizó.

—Sí, sí, por supuesto. Precipitarse sería un error. —Sus ojos se inundaron de naranja en ese momento, y de repente pareció que estuviera disfrutando con la tensión que había provocado.

Liv comprendió que no andaba desencaminada. El príncipe le había pedido su opinión porque esta era valiosa. Ella, Liv, era lo suficientemente inteligente, lo suficientemente fuerte como para merecerse su confianza. No era ninguna chiquilla.

Leyó: «Livi, no sé qué mentiras te habrán contado, pero te has aliado con unos monstruos. Si te quedas con ellos, tú también te convertirás en un monstruo. Nuestro hogar ya no existe, pero te ruego que vuelvas a casa, Livi. El pasado no importa. Da igual lo que hayas hecho. Te quiero. Papá».

Vuelve a casa, y reconoce que estabas equivocada. Te arroparé con las antiguas normas que ya conoces. Te abrazaré como si fueras una niña otra vez. Y te sentirás guarecida y a salvo.

—Es una monstruosidad, ¿verdad? —preguntó con voz queda el Príncipe de los Colores, sin dejar de contemplar fijamente las puertas de la muralla.

—Supongo que...

—Es una monstruosidad que exista un lugar como Laurion y nos tilden a nosotros de bestias porque estamos dispuestos a castigar a esta mujer, dueña de esclavos. ¿Cuántos crees que tenía? ¿A cuántos azotó o envió a las minas? ¿A cuántas prostituyó en los burdeles, o permitió que fueran deshonradas por su marido? Es una monstruosidad, cómo vuelven nuestros mismos corazones contra nuestros propios intereses. Nos han arrinconado en esta situación, Aliviana. Este sistema es obra suya. Lo crearon de modo que no se pudiera cambiar desde dentro. Para que debamos matar si queremos terminar con él. Si somos monstruos, lo somos a su imagen y semejanza.

Todas las miradas estaban puestas en las grandes puertas de la ciudad. También las almenas de la muralla se veían repletas de espectadores.

—Tanto si claudican como si deciden luchar, Aliviana, aquí morirán menos que en Laurion a lo largo de un año. Y terminamos con Laurion para siempre. Sacrificios, Liv. Los sacrificios son necesarios.

Contra toda esperanza, Liv deseó que las puertas se abrieran en el último segundo, que apareciera alguna bandera ondeante. No fue así.

—Mediodía —anunció uno de los ingenieros.

—Proceded —dijo el Príncipe de los Colores, para que todos lo oyeran.

—¡No, por favor! —gritó la anciana—. ¡Yo no he hecho na...!

Quitaron el seguro. El enorme contrapeso cayó como una exhalación, balanceándose entre el rechinar de los grandes soportes, y el brazo largo salió disparado hacia delante, con las cuerdas impulsando la cesta hacia el cielo a una velocidad vertiginosa. Los alaridos de la mujer amortiguaron el restallar de las cuerdas en el aire.

Surcó los trescientos pasos que mediaban entre el trabuquete y la muralla tan deprisa que costaba seguirla con la mirada, pero Liv vio claramente cómo la mujer pataleaba durante unos momentos antes de chocar de cabeza contra el muro de piedra, hacia la mitad de su altura.

La multitud entera contuvo el aliento a la vez, y después jaleó, se rió y cubrió de jocosos insultos a los ingenieros. Para Liv, todo era distante y sobrecogedor. Había quedado una mancha en las grandes murallas leonadas, como si un gigante acabara de aplastar a un mosquito posado en su brazo.

Liv trazó el supervioleta y sintió el paradójico alivio de no sentir nada. Todo poseía una lógica, incluso aquel horror. Si asaltaban la ciudad, ¿cuántos hombres y mujeres perecerían tan solo durante la primera carga? Era preferible que una sola mujer sufriera una muerte espectacular y atroz, pero rápida, a pesar de todo, sin grandes torturas físicas, a que murieran miles de personas para conquistar la ciudad. Y decenas de miles cuando la hubieran conquistado. En el pasado, los idossios habían derramado la sangre de miles de Liberados, y ahora el Príncipe de los Colores no podría hacer nada para evitar la temible venganza de esos hombres. Esta vez no sería como la reconquista de Garriston, la antigua ciudad del ejército, un lugar que querían preservar en la medida de lo posible para que no fuese completamente inhabitable. Esta vez sería una masacre.

Aun libres de su condición de esclavos, los ex prisioneros de Laurion no eran pizarras en blanco, no eran inocentes chicos de granja que hubieran sido capturados y vendidos y que ahora pudieran regresar a la vida tranquila de antes. Muchos de ellos ya estaban endurecidos por las circunstancias antes de que el trabajo forzoso en las minas terminara de encallecerlos. A Laurion iban a parar los forajidos, los piratas, los

violadores, los rebeldes y quienes fomentaban revueltas entre los esclavos. Qué porcentaje del total constituían esas personas, Liv lo ignoraba, pero aun vestida con sus colores de trazadora había ocasiones en que la asaltaba la preocupación mientras recorría el campamento a horas intempestivas. ¿Esos hombres, sueltos en una ciudad que había matado a sus amigos?

Era preferible esto, para todos salvo para un puñado de desdichadas. Sacrificios. Había que tomar la ciudad, y esa era la mejor manera de conseguirlo. Que murieran unos pocos era preferible a que murieran muchos, ¿verdad? Evitar atrocidades mayores les exigía hacer aquello. En tiempos de guerra, esa era la forma más ética de librarla, aunque resultara espantoso.

Ante la ausencia de una respuesta procedente de las almenas, el ambiente no tardó en relajarse. Los hombres empezaron a hacer apuestas, a repartir comida, a extender mantas en la hierba, como si se dispusieran a pasar una jornada de picnic.

El Príncipe de los Colores se giró hacia Liv. Su semblante sorprendió de nuevo a la muchacha, aunque ahora la conmoción duró apenas medio segundo. A primera vista, era cierto que parecía un monstruo. Y sin embargo, solo había sido sincero con ella, por difíciles de aceptar que fueran las verdades. Sobre todo cuando eran difíciles de encajar. Él la había reconocido por lo que era, por quién era. Y aunque Liv fuera una simple muchacha tyreana, él la había tratado como se merecía.

—Te proporcionaré un caballo —dijo el príncipe—, dos cartuchos de danares de estaño y salvoconductos.

—No es... —empezó Liv.

—Todavía no he terminado. Si te vas, no regreses jamás. Serás mi enemiga y no volveré a confiar en ti. Pero si no te marchas ahora, no lo harás nunca. Tú eliges, lo uno o lo otro, hoy. He sido paciente, pero necesito saber si puedo contar contigo. Ha llegado el momento. Míranos, en nuestro peor momento, y decide. Tienes de tiempo hasta que caiga la ciudad. Después, entra en ella con nosotros o sigue tu camino.

La segunda mujer no dejó de vociferar mientras la transportaban a rastras, desgañitándose con tanto desenfreno que Liv tuvo la certeza de que podrían oírla desde las murallas. El Príncipe de los Colores pidió a los hombres que no la amordazaran. Cuando enroscó los brazos y las piernas en las cuerdas de la cesta, los ingenieros dudaron durante unos instantes. Con las increíbles fuerzas en juego, la mujer seguiría saliendo disparada de la catapulta, pero podría sabotear la distancia y la trayectoria, provocando que erraran el tiro de nuevo.

Resolvieron el problema sacándola de la cesta y aplastándole las manos con una roca. A continuación, le rompieron los codos, para no dejar nada al azar. La mujer chillaba sin cesar, y Liv se descubrió deseando que cerrara el pico y se muriera de una vez.

Pero el Príncipe de los Colores aguardó hasta que hubieron transcurrido los

quince minutos de rigor. Puntual, dijo:

—Proceded.

El impacto de la caída del contrapeso y el silbido del largo brazo de la catapulta al impulsar la cesta hacia delante ahogaron los gritos de la mujer. Quizá la aceleración la dejara sin aliento, pues enmudeció durante unos instantes. Luego, ya en el aire, oyeron cómo se reanudaban sus alaridos.

Para ser justos, la mujer dispuso de mucho más tiempo para gritar. Los ingenieros habían recalibrado el mecanismo de disparo, y la mujer voló muy, muy alto, hasta impactar a cientos de pasos en el interior de la ciudad.

La multitud prorrumpió en vítores, aunque algunos parecían decepcionados por no haber podido presenciar la espectacular muerte de la mujer, como ocurriese con la primera.

El Príncipe de los Colores, por su parte, parecía haber tenido suficiente. Se retiró a su tienda tras ceder el control de la operación a uno de sus azules favoritos, un joven poderoso llamado Ramia Corfu. Liv, con la carta aún en la mano, estaba petrificada. No había nada más. Releerla no cambiaba nada. No contenía ningún mensaje oculto.

Dos horas y siete muertes después, se abrieron las puertas y cuatrocientos cincuenta luxiats con túnicas negras salieron en procesión, escoltados. Los hombres del Príncipe de los Colores se reunieron con los guardias a la sombra misma de las murallas. El consejero militar del príncipe había apuntado la posibilidad de que los habitantes de la ciudad asediada disfrazaran con hábitos de luxiat a hombres armados en un intento por asesinar al Príncipe de los Colores cuando estuvieran cerca de él.

En vez de eso, los cientos de luxiats aceptaron dócilmente el cambio de guardia, permitieron que los registraran en busca de armas y caminaron de buen grado al encuentro del Príncipe de los Colores.

Qué extraño, pensó Liv. Es un suicidio. Usar su libertad para renunciar a ella. Renunciar a su poder. Demencial. Miró la carta de nuevo.

Cuando llegaron al campamento, el Príncipe de los Colores salió a recibirlos en persona, montado a lomos de su espléndido corcel blanco, Lucero del Alba.

—Caray, Neta Delucia, ignoraba que hubieras tomado el hábito negro —dijo el Príncipe de los Colores, dirigiéndose a una de las mujeres de la primera fila—. Tu devoción, aun equivocada, es... alentadora.

Neta Delucia era la madre de la ciudad que, en palabras del príncipe, encabezaría la oposición. De modo que el joven corregidor había tenido éxito, después de todo.

Neta escupió en dirección al Príncipe de los Colores.

—Lo compraste. Sabandija cobarde. Miserable traidor. Sabía que lo harías.

—Y yo sabía que tú eras la única persona que tenía alguna posibilidad de detenerlo —replicó Koios—. Pero dime, ¿cómo te ha derrotado? ¿Le sonrió la suerte?

—Actuó media hora antes de que mis hombres llegaran para encerrarlo en una celda.

—Me vendría bien contar con una mujer inteligente y dispuesta a hacer lo que sea necesario —dijo el príncipe.

Por su expresión, parecía que Neta no pudiera creerse que fuese a disfrutar de una segunda oportunidad. Transcurridos unos instantes, se postró de rodillas, indiferente a todos los condenados que la observaban.

—Mi señor, nada me haría más feliz... serviros sería para mí un placer y un honor.

—¿Ahora quién es la miserable traidora? —preguntó el Príncipe de los Colores, dándole la espalda.

—¡Pero, mi señor! ¡Dijisteis que me necesitabais! —chilló con voz estridente la mujer.

—Basta.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Por favor! ¡Os lo ruego!

—Silenciadla —ordenó el príncipe.

Uno de los soldados se acercó a ella y la degolló. Un surtidor de sangre brotó de su garganta mientras se desplomaba. Se quedó tendida en el suelo, exhalando su último aliento entre estertores.

Una oleada de náusea sobrevino a Liv, que se apresuró a trazar el supervioleta para controlarse.

—¡No me refería a que la matarais! —exclamó el príncipe—. Yo... no tiene importancia. De todas formas, no se merecía estar con estos siervos de Orholam. —Levantó la voz—. Luxiats, detesto todo lo que adoráis, y odio lo que habéis hecho con las Siete Satrapías. Pero admiro vuestro valor. Vuestras muertes salvarán las de miles en ambos bandos. Siquiera por este gesto, os admiro. Que tengáis una muerte digna.

El Príncipe de los Colores se giró hacia los soldados que los custodiaban.

—Atadlos de pies y manos. A todos. —Unos pocos lloraban, pero ninguno de ellos forcejeó, ninguno de ellos gritó.

Luego, mientras cientos de soldados se abalanzaban con cuerdas sobre los dóciles luxiats, el príncipe volvió la mirada hacia su pueblo.

—¡Hermanos y hermanas, hoy marca el comienzo de una nueva era! —Los gritos de júbilo lo interrumpieron, y hubo de esperar a que se apagaran—. Hoy, daremos los primeros pasos fuera de las tinieblas. —Más vítores. A ojos de Liv, Koios parecía irritado porque no le dejaban terminar. Supuso que no se dirigía a menudo a una congregación tan numerosa como aquella, inmensa y entusiasta, enfervorizada por la victoria y el derramamiento de sangre—. La Cromería y sus luxiats nos mantenían encadenados. ¿Vamos a seguir soportándolo?

—¡No! —corearon unas cuantas voces.

—¿Permitiremos que la Cromería nos diga lo que debemos hacer?

—¡No! —respondió al unísono la multitud, entrando en el juego. Era el mismo ejercicio de acción y reacción con el que tantos de ellos estaban familiarizados, pero esta vez contra los luxiats, en vez de con ellos.

—¿Nos sumiremos en la oscuridad sin ofrecer resistencia?

—¡No! —En esta ocasión, todo el mundo respondió a coro, incluso los que se hallaban tan alejados que era imposible que hubiesen entendido la pregunta del príncipe.

Esto es una masa enfervorizada, pensó Liv. Una bestia. Pero las bestias se pueden domar.

—El futuro se abre ante nosotros. Tenemos la victoria al alcance de la mano. ¡Allí! —Apuntó con el dedo a la ciudad, donde las puertas comenzaban a abrirse.

Bonita coincidencia, pensó Liv. Por otra parte, quizá el príncipe se hubiera dedicado a ganar tiempo hasta ver cómo se abrían las puertas. Bien hecho, en cualquier caso. Bien jugado.

El clamor era ya ensordecedor, pero el Príncipe de los Colores aún no había acabado.

—Los luxiats se interponen entre nosotros y nuestro futuro. —Los señaló con el dedo—. ¿Vamos a permitir que nos detengan?

—¡No!

—Entonces, os digo que nos pongamos en marcha. Os digo que arrollemos a quienes se interpongan en nuestro camino.

—¡Sí!

—¡Si es preciso hacer sacrificios, que sean los suyos!

—¡Sí!

—¿Estáis conmigo?

—¡Sí!

Mirando a Liv de reojo, el príncipe susurró:

—¿Estás conmigo?

La muchacha tragó saliva con dificultad. Echó un último vistazo a la carta. La dejó caer en el barro.

—Avancemos.

Y eso, con la ayuda de Orholam, es lo que hicieron. Los soldados tendieron en la carretera a los luxiats maniatados, y el ejército entero desfiló por encima de ellos. La tropa mantuvo el paso acompasado, caminando sin inmutarse, como si atravesara simplemente un terreno escabroso, ignorando las vidas que aplastaban sus botas.

Después del ejército, llegó el turno de los trazadores del Príncipe de los Colores. Los dobladillos de sus largos vestidos y túnicas blancas, arrastradas por la sangre, adoptaron un tinte escarlata.

Los demás siguieron su ejemplo. Algunos intentaban sortear a los hombres y mujeres que gimoteaban y gritaban. Otros pisoteaban deliberadamente ingles y dedos, esgrimían piedras para aplastar cabezas. Pronto, todo dio igual. Los cuerpos quedaron reducidos a pulpa, la carretera se convirtió en un barrizal sanguinolento mientras las vísceras se mezclaban con la tierra impasible. Liv oiría más tarde que, para bien o para mal, algunos de los luxiats habían sobrevivido hasta que les pasaron por encima las ruedas bandeadas de hierro de las carretas que, cargadas hasta los topes, cerraban la retaguardia del ejército.

Los invasores entraron en la ciudad victoriosos, exultantes, ebrios de su propia omnipotencia. Y pronto reanudaron la marcha, pero ahora portaban nombres con ellos, nombres ganados con sangre en la batalla. Nombres que denotaban su naturaleza implacable. Algunos los llamaban blasfemos, y lo eran. Algunos los llamaban cazadores de luxiats, y en eso se convirtieron. Algunos los llamaban Túnicas Rojas, y veían la sangre como una señal de su ferocidad. Los aceptaron todos, y siguieron caminando. Y entre ellos, todos los trazadores atesoraban la sangre que teñía el dobladillo de sus túnicas, y cuando las lavaban, las mojaban en sangre de vaca para renovar la mancha. Hedían a sangre, sobre todo cuando desfilaban en masa. Pero para ellos era el olor de la libertad, de los sacrificios ajenos. Algunos, en susurros, los llamaban animales. Ellos se autodenominaban invencibles. Se hacían llamar Túnicas Rojas.

El estatus de Liv le permitió pasar aquella noche en los aposentos de uno de los nobles idossios. Se emborrachó, y cuando Zymun volvió a llamar con los nudillos a su puerta, pasada la medianoche, esta vez no le pidió que se fuera.

73

—Me los vas a quitar, ¿verdad? —preguntó Kip. Las palabras brotaron roncas y entrecortadas de su garganta. Más ásperas y desabridas de lo que pretendía.

—¿Qué? —Gavin frunció el ceño.

Era como si, mientras Puño de Hierro estaba allí, Kip pudiera ser el muchacho que entrenaba para ingresar en la Guardia Negra, el muchacho que comenzaba a entablar sus primeras amistades, a destacar en algunas actividades. Pero ahora, después de que Puño de Hierro sugiriera que Gavin podría alejarlo de la Guardia Negra, todo lo demás había regresado en tromba. No solo el hecho de que esa noche hubieran estado a punto de asesinarlo, de que Janus Borig hubiera muerto en sus brazos, sino además el hecho de que su madre también había muerto en sus brazos, entre amargas recriminaciones.

—Lo sabía. Sabía que si no las estudiaba enseguida, alguien me las robaría. Solo que no me imaginaba que fueras a ser tú.

Kip sabía que su enfado no tenía nada que ver con las cartas, sino con su impotencia. Antes de que apareciera Gavin Guile, arrollándolo todo a su paso, Kip tenía su propia vida de mierda en su ciudad de mierda con sus amigos de mierda. Desde que Gavin Guile entró en su vida, se sentía como si lo hubieran arrojado al mar por sorpresa. Y ahora se le había agotado el aire y pataleaba aterrado, arremetiendo contra quienes tenía más cerca.

—¿Qué haces? —preguntó Gavin.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué te comportas así? Hace dos segundos todavía conservabas la cordura.

—¡Me abandonaste! —exclamó Kip. La sensación de abandono era un nudo que le oprimía la garganta. Le costaba tragar saliva. No había notado su presencia hasta entonces, pero en ese momento se sentía espantosamente expuesto, débil, avergonzado. Era por la idea de que el comandante Puño de Hierro fuera a marcharse para siempre, dejándolo atrás, como todos.

—Que te... ¿qué?

—Me abandonaste aquí —dijo Kip. Empezaba a arrepentirse de su estupidez. Gavin acababa de regresar, ¿y Kip le venía con estas? ¿Qué le había dicho a Puño de Hierro? ¿Que era un adulto?—. Lo siento. He fracasado. No he cumplido ninguno de los objetivos que me marcaste. —Ni siquiera era capaz de mirar a Gavin a la cara—. Dijiste que disponía de seis meses, y la única manera que se me ocurrió de conseguir

algo fue acceder a las secciones prohibidas de la biblioteca, y la única manera de poder acceder a ellas era convirtiéndome en guardia negro. Y ni siquiera lo soy todavía. Creo que no soy lo bastante bueno. Y también he fallado con tu padre. Me odia.

Gavin masculló una maldición.

—Ojalá estuviera aquí mi madre —dijo de repente—. Le preguntaría... Kip, seguramente no podrías haber hecho nada para congraciarte con mi padre. Nada. Y en cuanto a lo otro... Tuvimos mala suerte y el Príncipe de los Colores actuó antes de lo que pensaba. De todas formas, creo que todavía no es tarde para sortear ese obstáculo del que habíamos hablado.

—Entonces ¿todo lo que he hecho ha sido en vano?

—Kip, en muy poco tiempo te has convertido en una de las flechas más importantes de mi aljaba. Pero no eres la única. Alabado sea Orholam.

Fue como una bofetada en su cara de quinceañero quejica. Y merecida.

Gavin maldijo de nuevo.

—No pretendía que sonara así. Lo que quiero decir es que no podré hacer lo que me propongo con una sola arma, por afilada que sea. Kip, te mereces que pase más tiempo contigo, pero en estos momentos me enfrento a tres emergencias distintas, y no creo que mis enemigos vayan a quedarse de brazos cruzados. ¿Puedes esperar?

Emergencias. Cosas importantes, como salvar el mundo, evitar guerras —o ganarlas, tal vez—, el destino de cientos de miles en la balanza. ¿Y qué quería Kip? ¿Que se sentara a charlar con él? ¿Discutir? ¿Jugar una partida de cartas?

Soy un pedigüeño. Un alfeñique. Una distracción ante cosas más importantes. Mis patéticos lamentos podrían costar vidas. Por Orholam, Kip, pórtate como un hombre.

Kip tragó saliva y enderezó la espalda.

—Sí, señor. Estoy bien.

Gavin titubeó.

—Por si... por si sirve de algo, quiero que sepas que creo que debería haberte llevado conmigo. Debería haberte enseñado personalmente. No... no se me ocurrió. No estoy acostumbrado a pensar en nadie más que en mí mismo. Y... lo siento mucho.

Kip no supo qué responder a eso.

—¿Cuántos colores puedes trazar ya? —le preguntó Gavin.

—¿Señor? —La pregunta pilló por sorpresa al muchacho.

—¿Colores? —insistió Gavin.

—Pues... cuatro o cinco. Perdí el derecho a las prácticas en una apuesta con tu padre, así que no he podido dedicarle tanto tiempo al trazo como me gustaría.

Gavin frunció el ceño.

—Dime qué puedes hacer.

—Solo el azul y el verde son estables. El rojo es inconsistente. El amarillo se desparrama por todas partes, y no he vuelto a trazar el subrojo desde lo de Garriston.

—Ya sabes lo que dicen: el Portador de Luz será un portento para la magia.

—Ese... ese no soy yo, señor. —«Será», había dicho su padre. Eso significaba que no creía que Lucidonius hubiera sido el Portador de Luz, sino que este estaba aún por venir.

—No, no lo eres, Kip. No porque no seas un portento. Podrías llegar a serlo. Ni porque no tengas talento, inteligencia, aptitud y una agilidad mental extraordinaria. Posees todas esas virtudes y más. No eres el Portador de Luz porque el Portador de Luz no existe. Es una leyenda que ha destruido a miles de chicos y ha conducido a cientos de miles de hombres al cinismo y la desilusión. Se trata de una mentira. Una mentira más tentadora cuanto más poderoso seas. Como todas las mentiras, destruye a quienes se guían por ella durante demasiado tiempo. Y por ese motivo te engañé.

—¿Eh?

—Eres un policromo. Si te enfadas conmigo porque no fuera ese el resultado que arrojó tu examen, me estará bien empleado. Tu origen te granjea tanto privilegios como desdén, por uno u otro de tus progenitores, según quién te odie en ese momento. Tienes derecho a enfadarte, pero no quería que te convirtieras en un monstruo. Por eso no quería que supieras lo poderoso que ibas a llegar a ser. Por eso saboteé la prueba.

—¿Q-qué? —Kip había ignorado todos los indicios de su expansión cromática por culpa de aquel condenado examen. ¿Había malgastado el tiempo tocándose las narices cuando podría haber estado practicando con otros colores?

—No me disculpo por ello, Kip. Quería que maduraras un poco. Quería que midieras tu valía antes de añadir el peso de un vasto talento a la carga que supone ser el hijo del Prisma, ver cómo asesinan a todas las personas que conoces y cambiar de hogar, zambulléndote de sopetón en unos círculos sociales con los que probablemente nunca habías soñado.

—¿Y por qué tenías que decidirlo tú solo? ¿Porque eres el Prisma?

—Porque soy tu padre. Tuve que crecer demasiado rápido, y no lo hice muy bien. ¿Sabes lo que es empezar una guerra con diecisiete años?

—Pensaba que tenías dieciocho.

—Era un muchacho, en cualquier caso —dijo Gavin, pero una expresión extraña le nubló el semblante por un momento, entornó fugazmente los ojos, tan deprisa que Kip no supo cómo interpretarlo—. Hace ya mucho tiempo de aquello, pero recuerdo que deseaba ser adulto con toda mi alma. Deseaba que la gente me tomara en serio, que respetaran mis decisiones. Que me escucharan sin esa sonrisita de tolerancia... «Ya está el señorito otra vez con las mismas.» He pasado por eso, Kip, y hubo personas que perecieron porque no supe llevarlo bien. Ojalá quiera Orholam que el

precio que tengas que pagar no sea nunca tan elevado, pero no quería imponerte una situación en la que cualquier error podría costarle la vida a alguien, incluido tú.

Kip frunció el ceño.

—Bueno, cuando lo pintas así es como si tuviera sentido y todo.

Gavin se quitó la capa.

—Vamos. Dobla bien esos chismes de ahí —dijo, señalando los mantos coruscantes—. Hablaremos de ellos más tarde.

Padre e hijo los doblaron con esmero y los envolvieron con la capa de Gavin, que se colgó el bulto del brazo con toda naturalidad. Recogió la caja de las cartas, disimulándola a su vez con los mantos.

—¿Sabes? —dijo Kip—. Janus Borig auguró que yo no iba a ser el próximo Prisma. Tampoco es que quisiera serlo. Es decir, me gustaría que tú fueras el Prisma para siempre. Pero...

—Pero ¿si no vas a ser el próximo Prisma, y el Portador de Luz no existe, significa eso que no vas a ser nada? —preguntó Gavin.

—Sí, señor —dijo Kip, desviando la mirada—. Suena... espantoso, ¿verdad?

—En efecto —convino Gavin—. En marcha.

Kip nadaba en un mar de dudas. ¿El Portador de Luz no existía? Pero Janus Borig había dicho que sabía quién era... mientras me miraba. Después de aquello, al rememorar la conversación, Kip se había atrevido a pensar que...

Exactamente lo que su padre creía que Kip esperaba que significase. La anciana podría haberse referido a que sabía quién era el Portador de Luz: nadie. O, el Portador de Luz es Lucidonius. O podría estar confundida, ¿no?

Le había dicho que sus ilustraciones contaban la verdad, pero de eso Kip no podía estar seguro. Y aunque así fuera, nada le garantizaba que sus palabras también fuesen veraces. Podría haberle mentido, o haberse equivocado. Aunque estuviera en lo cierto y fuese Gavin el que se equivocaba, Janus Borig no había pintado al Portador de Luz. Quizá no hubiera podido. O tal vez el resultado fuese demasiado abstracto como para plasmarlo. En cualquier caso, había dicho que sus imágenes no siempre eran literales.

Kip salió del barracón de la Guardia Negra detrás de Gavin. Una pareja de guardias comenzaron a seguir discretamente sus pasos, con naturalidad. Kip se preguntó cómo lo conseguían. Con mucha práctica, supuso. Como todo en la vida de los guardias negros.

Quizá fuera ese el motivo de que la Guardia Negra le atrajera tanto. Se ganaban todo cuanto tenían. No como Kip. A ellos les traía sin cuidado quién fuera su padre, lo único que les importaba era que cumpliera con su cometido.

Gavin colocó los contrapesos en el ascensor. Kip nunca se había fijado antes, pero aunque los guardias negros protegían la vida de Gavin, no eran sirvientes. Kip se preguntó si se debería a que Gavin había dispuesto que quería hacer las cosas por sí

mismo, o si los guardias sencillamente se negaban a hacer algo más que escoltarlo. Kip se sorprendió cuando empezaron a subir; pensaba que Gavin le iba a pedir que regresara a su habitación.

Se detuvieron en la última planta. La planta de Gavin y la Blanca.

—Así que tu abuelo te ha estado haciendo la vida imposible —comentó Gavin.

—Señor —dijo Kip—. Tu padre... hum, me ha repudiado, señor. Ya sabes, niega que yo sea hijo tuyo. —Kip tragó saliva. Por supuesto que sabe lo que significa, cretino—. A eso me refería cuando dije que había fracasado.

—¿En serio? —dijo Gavin—. Esto va a ser divertido, ¿verdad? —No había ni rastro de humor en su voz. Se giró hacia uno de los guardias negros, un ilytiano larguirucho de sonrisa torcida—. Lytos, te presento a mi hijo, Kip. Kip es hijo mío.

—Sí, señor —dijo el hombre. Poseía una voz extrañamente atiplada—. Entendido.

Oh, un eunuco. Kip había oído que algunos ilytianos creían que los eunucos eran mejores trazadores que los chicos. Sus profesores, sin embargo, ridiculizaban esa teoría: cortarle las pelotas a un hombre no le cambia los ojos, decían. Separar a un hombre de una de sus partes no alteraba las demás. Por otro lado, era evidente que te cambiaba la voz, así que quizá la idea no fuera tan absurda. O puede que evitara que la voz de un hombre cambiara, lo cual evidentemente no era lo mismo. A menos que hubiese algo en la pubertad que también modificara los ojos de un hombre, de forma inapreciable, quizá, pero lo suficiente como para deformar su percepción de los colores y hacer que su magia fallara más a menudo que la de las mujeres.

De nuevo, el problema era que nadie sabía con exactitud cómo percibían los colores los demás, por lo que todo el mundo debía confiar en sus intuiciones. Y al parecer, algunas personas confiaban en ellas hasta tal punto que estaban dispuestas a cortarle los testículos a un niño.

Kip vivía en un mundo de locos, rodeado de personas dispuestas a cometer atrocidades con las que él ni siquiera osaría soñar. Se estremeció.

Gavin lo miró, comprensivo. Tocó brevemente el hombro de Kip.

Lytos desapareció mientras cruzaban el puesto de control y hablaban con el oficial al mando. Menos de cinco segundos después, Lytos regresó apretando el paso para alcanzar a Gavin y a Kip. Lo acompañaba otra guardia negra... la guardia negra de Kip, supuso el muchacho. Samite. Se alegró de volver a verla. No había vuelto a saber gran cosa de ella desde su primer día en la Cromería. Sonrió. La mujer se limitó a arquear una ceja.

Llegaron a los aposentos de Gavin, y pasaron adentro. Gavin indicó a Kip que lo siguiera. Como una sombra particularmente achatada, Samite siguió al chico y se apostó detrás de la puerta. Se había convertido en la guardaespaldas de Kip, lo que significaba que debía protegerlo incluso en el cuarto de Gavin. ¿Incluso del propio

Gavin, llegado el caso?

Un mundo de locos.

La habitación, grande y espaciosa, estaba impecablemente limpia y tan bonita como la última vez que Kip la había visto. Pero ahora sabía mucho más que entonces acerca del trazo. Su asombro, por consiguiente, era mayor. Los paneles de piedra infernal que adornaban las paredes podían golpearse con luxina supervioleta para controlar las ventanas y las luces artificiales de arriba. Había luxina subroja imbricada en el suelo y el techo para mantener la estancia caldeada, contrarrestando así el frío que se colaba por las docenas de ventanas que se extendían desde el suelo hasta el techo.

Pero antes de que Kip pudiera maravillarse ante la elegancia y la exquisitez de las mismas ventanas vio a Marissia, la esclava de cámara de Gavin. Debía de haber recibido aviso de la llegada de Gavin, pues su atuendo era más refinado de lo que Kip la había visto llevar puesto antes. Supuso que el color gris técnicamente obedecía a las leyes suntuarias, y tenía el pelo apartado de las orejas con sumo cuidado para revelar cómo estas se habían recortado verticalmente y cauterizado al estilo ruthgari, pero ofrecía un aspecto despampanante de todos modos. La tela ceñida y sus gráciles curvas golpearon a Kip como el rugido de fondo de las olas que rompen en la playa contra las rocas. Sus facciones lo embelesaban. La esclava respiró hondo para templar los nervios, desesperada por recibir una muestra de conformidad, de aprobación, sin apartar la mirada de Gavin.

Kip había visto a docenas, a cientos de personas mirando a su padre en actitud reverente. Había visto cómo lo contemplaban con veneración. Esto sin embargo era amor.

Tan deprisa como si intentara seguir la trayectoria de una bala de cañón en pleno vuelo, Kip espió el rostro de su padre.

Era evidente que el Prisma estaba complacido. Sonreía abiertamente, y Kip observó que sus ojos se deslizaban por el cuerpo de Marissia con admiración.

Puaj. Qué es mi padre. Cómo puede fijarse así en una mujer...

Kip no quería ni pensar en ello. Apartó la mirada.

—Marissia —dijo Gavin.

Marissia se acercó corriendo a Gavin y se arrodilló a sus pies. Le besó la mano.

—Mi señor.

Kip no pudo evitar quedarse observándolos.

—Has estado llorando.

—Sí, mi señor. Tengo muchas cosas que contaros. —La mujer miró a Kip de reojo. Ah, en privado.

Gavin le entregó a Kip las capas y la caja con las cartas. Se dirigió a un armario y empezó a revolver su interior, en busca de algo.

Kip carraspeó, azorado, y se retiró a una esquina de la habitación, donde había una mesa con sillas. Marissia se había incorporado ya cuando Kip se sentó, y estaba cuchicheando algo al oído de Gavin, tapándose la boca con la mano. En caso de que sepa leer los labios, pensó Kip.

Esta gente sabe lo que se hace, y juegan para ganar. Kip sintió la antigua congoja con la que ya estaba tan familiarizado. Estaba tan fuera de su elemento que solo podía conformarse con ser un mero espectador.

—¡No! —dijo la esclava, levantando la voz lo suficiente para que Kip la oyera—. Ninguna alarma. Estoy segura... —Bajó la voz de nuevo.

Gavin le formuló varias preguntas sucintas, escuchó las respuestas susurradas y asintió unas cuantas veces con la cabeza. Alguien llamó a la puerta. Gavin reprimió una maldición.

—¿Sí? —preguntó.

La puerta se entreabrió. Kip no podía ver de quién se trataba, y Gavin le indicó discretamente a quienquiera que fuese que se quedara donde estaba. Su padre, siempre rodeado de secretos. Siempre protegiendo a los demás de cualquier tipo de información que pudiera ponerlos en peligro. Samite, oculta tras la hoja de la puerta, permaneció callada, invisible.

—Gavin —dijo una voz de mujer mayor—. Esperaba que me acompañaras abajo. Lo que va a debatir el Espectro te concierne, después de todo, pero antes me gustaría tener unas palabras contigo.

La Blanca. Gavin estaba hablando con la Blanca. Kip volvió a tragar saliva con dificultad.

—Por supuesto —replicó Gavin.

Se giró y le dijo algo a Marissia, aunque Kip sabía que en realidad estaba dirigiéndose a él.

—Regresaré dentro de una hora. No te metas en líos.

Marissia ensayó una honda reverencia. Sabía cuándo seguirle la corriente. Gavin lanzó despreocupadamente algo encima de la cama, miró con disimulo a Kip para indicarle que era para él, y se fue.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Marissia se volvió hacia Kip.

—Parece que vais a quedaros aquí, joven amo. ¿Tenéis alguna necesidad?

—Quizá un bocado para...

—Excelente. En ese caso, con vuestro permiso, debo encargarme de unos recados urgentes para el Prisma. Por favor, no toquéis sus cosas. Tiene poca paciencia con quienes violan el único santuario que conoce.

—Lo en...

Pero la mujer se había marchado ya. La puerta se cerró con un chasquido seco a su espalda.

—... tiendo. —Mortificado, Kip miró de soslayo a Samite, en pie junto a la puerta. La guardia tenía los labios fruncidos, para no sonreír, sin duda, pero por lo demás su expresión era tan hierática como siempre.

Kip se sentó a la mesa. Conque no me meta en líos, ¿eh? Miró en dirección a la cama, primero, y después al estuche que contenía las cartas. Durante unos instantes se sintió orgulloso de decidir que no iba a abrirlo.

Bah, qué diablos.

Las cartas prácticamente saltaron a sus manos.

Se abrió la puerta, y Kip se apresuró a guardar los naipes en la caja y a esconderlos debajo de las capas.

Ah, solo era Teia.

—Hola, amo —dijo, con un brillo en la mirada—. La esclava del Prisma me ha dicho que podría encontrarte aquí. Se supone que hemos de ir a practicar.

—Tenemos que hablar acerca de eso del «amo».

—No, tenemos que hablar acerca de nuestra estrategia para el examen de la Guardia Negra. Después de practicar.

—No hace falta que discutamos ninguna estrategia todavía, ¿no?

—No «hace falta», no.

—Te han enviado aquí para distraerme —dijo Kip, comprendiendo al fin lo que ocurría.

—El comandante dice que acabas de vivir una experiencia traumática. Se supone que tu compañera debe velar por ti. Y ahora, en marcha.

Era casi como tener una amiga de verdad. Claro que Teia tenía que cuidar de Kip, por supuesto. Era su esclava. Kip esbozó la sombra de una sonrisa. «Casi una amiga de verdad» tampoco estaba tan mal, bien mirado.

Recogió el estuche de las cartas mientras se ponía de pie. Samite carraspeó.

Kip la miró. La guardia negra le devolvió la mirada, inexpresiva. Kip soltó la caja, sintiéndose como un niño pillado en falta. Señaló la cama como diciendo: «¿Puedo llevarme eso por lo menos, mamá?».

«Lo que tú digas», parecía indicar la expresión de Samite, tolerante al tiempo que risueña.

Kip cogió una varita de marfil que había encima de la cama. Ignoraba por completo de qué se trataba.

—Anda, una vara de prueba —dijo Teia, situándose a su lado—. Como las que usan en el Trillador. Sirve para saber cuáles son los colores que podrías trazar. ¿Para qué querría darte...?

La vara yacía atravesada en la palma abierta de Kip. Mostraba los siete colores.

74

Gavin saludó a la Blanca con una sonrisa mientras sus guardias negros adoptaban sus posiciones detrás de ellos. Elessia, una mujer menuda, pálida para los estándares de la Guardia Negra, empujaba la silla de ruedas de la Blanca. Aquello era una novedad. De modo que la Blanca empezaba a quedarse sin fuerzas.

Por alguna razón, aunque la temía desde hacía casi dos décadas, la idea no le reportó nada salvo preocupación. La anciana se moría, y Gavin también. Al igual que Karris, como continuara trazando tanto. Puede que el tiempo de aquella generación hubiera expirado.

Mientras tanto, los herejes que seguían al Príncipe de los Colores eran cada vez más fuertes. Kip no estaría preparado a tiempo. No con Gavin agonizando a esa velocidad. Había perdido dos colores en... ¿qué, cuatro meses?

—Entonces —dijo la Blanca—, ¿saboteaste la prueba de Kip para que tus enemigos no supieran que era un policromo del espectro completo?

Eso, vayamos directos al grano. Lo que fuera con tal de no mostrar ni rastro de vacilación en su presencia.

—Básicamente, aunque alguien envió un asesino detrás de él inmediatamente después, así que es evidente que no dio resultado.

—Parece que alguien intenta reconstruir la Orden. Se han producido unas cuantas muertes misteriosas en tu ausencia. Pero podemos hablar de eso más tarde.

Montaron en el ascensor. Gavin se tomó su tiempo en colocar los contrapesos. En primer lugar, quería calcular la cantidad exacta para que la sacudida no fuera excesiva para la anciana cuando frenaran. Y en segundo, quería escuchar lo que tuviera que decirle.

—¿Sabes, Gavin?, si me contaras tus planes con antelación de vez en cuando, podría ayudarte.

Pero para eso tendría que fiarme de ti.

—Pero para eso tendrías que fiarte de mí.

Escalofriante. Pasaba demasiado tiempo con esa vieja chocha. Gavin se preguntó si sería él el que estaba volviéndose cada vez más como ella, o viceversa. Más escalofriante todavía.

—¿Cuál es la apuesta final, Gavin?

¿La apuesta final? Gavin pensó en sus siete propósitos. Siete propósitos en siete años. Ya había empleado dos. Y no le quedaban cinco. Había aprendido a viajar más

deprisa que nadie. Diablos, había aprendido a volar. Había fracasado en su intento por liberar Garriston, aunque, según el razonamiento de Corvan, en realidad había tenido éxito porque había salvado a sus habitantes. Todavía no le había contado la verdad a Karris, pero lo haría en cuanto saliera de allí. ¿Y los otros cuatro propósitos? En fin, dedicaría esa reunión a trabajar en ellos. Y de ninguna manera podía revelarle a la Blanca que...

—Porque hay una apuesta final —dijo la anciana, enarcando las cejas mientras esbozaba una sonrisa glacial.

Mierda. Se le había olvidado con quién estaba hablando. Se le había olvidado calcular hasta la última de sus expresiones. Se le había olvidado mentir primero y pensar después. Protegerse. Guardarse. Ocultarse. El lema del fugitivo. La sinceridad conduce a la muerte. La soledad es debilidad.

—La guerra —dijo Gavin, con gesto fúnebre—. Al final todo se reduce a la guerra.

—Ni siquiera sé si van a declararle la guerra a nadie, pero si crees que van a nombrarte prómaco otra vez, te has vuelto loco. —La Blanca activó el freno. Gavin detuvo el ascensor perfectamente a ras de suelo para que la silla de ruedas pudiera salir sin tropiezos.

Después tomó la delantera a largas zancadas, sin esperarla.

—Te tienen demasiado miedo, Gavin.

¿Demasiado miedo? No el suficiente.

Gavin entró en la sala de reuniones y ocupó uno de los asientos del fondo. La mesa alrededor de la cual se sentaban era circular, pero Gavin quería ver quién aparecía por la puerta. Unos cuantos Colores ya se encontraban allí. Sadah Supervioleta, en representación de Paria, estaba al lado de Klytos Azul. Sadah pertenecía a un pequeño clan de aristócratas con poco peso en Paria. Parianos de montaña. Merced a su fría inteligencia y su feroz ambición, había llegado mucho más lejos en la vida de lo que nadie hubiera podido imaginarse jamás. De edad indeterminada, tenía los brazos sarmentosos, las manos nudosas y la piel tan escamosa como el tronco de un árbol de yuca. Llevaba el pelo crespo recogido en pequeños nudos y lucía un ceñido gorro de hilo de oro ajustado al cuero cabelludo, con orificios por los que asomaban los nudos. Un tocado peculiar que, que Gavin supiera, era originalmente suyo. Como la supervioleta que era, Sadah aportaba un punto de vista desapasionado a todas sus votaciones y, puesto que era inmune a cualquier tipo de presión salvo la de la lógica, a menudo era quien decantaba la balanza a uno u otro lado. Detestaba las mentiras.

Klytos Azul era ruthgari de pura cepa, pero representaba a Ilyta. Era un cobarde. Inteligente pero carente de sustancia, de personalidad. Casi siempre hacía lo que le decía Andross. Gavin se sentó al lado de Klytos, saludándolo como si no lo

despreciara. Se alegró de haber encontrado una silla junto a él, no porque disfrutara de su compañía, sino porque es difícil estudiar subrepticiamente las expresiones faciales de quienes uno tiene justo al lado. Klytos no era importante; Gavin no necesitaba verle la cara.

Jia Tolver, la Amarilla, asintió con la cabeza y sonrió a Gavin. En el centro del espectro cromático, los amarillos podían ser verdaderamente temibles: almas nobles cuyo poder combinaba en perfecto equilibrio las virtudes de la pasión y la razón. Jia no era ningún alma noble, aunque le gustara pensar lo contrario. Lo cierto era que había terminado siendo igual de susceptible a los defectos de la razón y la pasión. Apoyaba a Gavin, casi siempre. Llevaba años encaprichada de él. Una sonrisa de Gavin bastaba para decidir su voto, aunque no era nada fácil evitar que intentara meterse en su cama. De cuando en cuando probaba sus encantos con él, y Gavin se limitaba a desviar sus atenciones en vez de rechazarlas de plano. Era una criatura vanidosa. Atractiva, pero maquillada en exceso, si bien había aprendido a moderarse con el perfume después de que Andross hiciera numerosas referencias explícitas a habitaciones que olían a puta barata cada vez que ella entraba. Se sentía orgullosa de su unicejo, cuyos pelos mantenía siempre en su sitio.

Cuando se sentó, Gavin sonrió al ver la oruga peluda que le cruzaba la frente. La sonrisa de Jia se ensanchó todavía más.

Los demás hicieron su entrada juntos, conversando animadamente. El ambiente era cordial, pero tenso. Delara Naranja, la bicroma de rojo y naranja cuyo busto era tan generoso que cualquier día de estos se pondría a votar por su cuenta, parecía seria y pensativa, mayor de lo que Gavin la recordaba. Era la representante de Atash: el Príncipe de los Colores había invadido su suelo, y sin duda abogaría por la guerra. Sin duda llevaba abogando por la guerra desde que la primera noticia de la invasión llegó a sus oídos.

La Subroja era Arys de los Velos Verdes. Debía de estar embarazada de unos ocho meses en ese momento, era una parturienta en serie. En ella, las pasiones del subrojo se fundían con la obligación cultural que tenían los trazadores de procrear para reemplazar a los muertos en las antaño interminables guerras que enfrentaban al Bosque de Sangre y Ruthgar. Gavin estimaba que contaría tal vez treinta y cinco años de edad, y tenía doce hijos. Ni uno solo, si había que creer los rumores, del mismo padre que los demás. Su cabello era una cortina de un rojo intenso, tenía la piel salpicada de pecas, y sus ojos azules rutilaban con los detritos cristalinos propios de los subrojos veteranos. Le quedaban tal vez dos años. Su decimotercer —o decimocuarto, probablemente, para ese entonces— hijo crecería rodeado de honores en el Bosque de Sangre. También se criaría huérfano de madre.

—¿Dónde está Lunna Verde? —preguntó Gavin a Klytos.

Klytos palideció.

—Cuánto lo siento, lord Prisma...

Lunna, pese a su origen ruthgari, respaldaba a Gavin. Este había acumulado meticulosamente favores que la mujer le adeudaba. Tantos que, si decidiera cobrárselos todos de golpe, tendría que hacer prácticamente cualquier cosa que él le pidiera.

—¿Qué? —dijo Gavin. Oh, no.

—Sufrió una apoplejía. Ha muerto.

—Aún no había cumplido los cuarenta y cinco —dijo Gavin.

—Lo lamento muchísimo, lord Prisma. Amenazaba desde hacía tiempo con romper el halo, y... —Klytos bajó la voz—. Se rumoreaba que no iba a aceptar la Liberación. ¿Entendéis lo que os quiero decir?

Que intentaba convertirse en un engendro verde y había fracasado. No, no sería capaz. ¿O sí?

Eso era lo malo de enfrentarse a la muerte y a la locura, ¿verdad? Uno nunca sabía qué sería capaz de hacer una persona. Gavin había visto de todo a lo largo de los años.

Aquello era un desastre. Una declaración de guerra requería una mayoría simple. Había ocho votos: uno por cada Color, y el del Prisma. En caso de empate, lo desharía la Blanca. Los cálculos de Gavin incluían a Delara Naranja, que era atashiana y votaría definitivamente a favor de la guerra, y a Arys Velo Verde, cuyo Bosque de Sangre se interponía en el camino de la invasión y, de todas formas, no era contrario al conflicto. Su propio voto más el de Lunna sumarían cuatro. Eso dejaría la decisión en manos de la Blanca, la cual Gavin pensaba que votaría a favor. No era estúpida.

Pero sin Lunna, Gavin tendría que convencer a Jia Tolver o a Sadah Supervioleta. Jia votaba lo mismo que él a menudo, pero los aborneanos no tenían nada que ganar con una guerra, y no les importaría ver cómo Atash ardía durante una temporada mientras ellos fingían que su renuencia a contener las llamas era fruto de su pacifismo radical. Sadah Supervioleta era todavía más impredecible. También Paria estaba lejos de la disputa, y no querría despedirse ni de sus jóvenes ni de sus riquezas... pero Sadah haría lo correcto. O eso esperaba Gavin.

Tendría que actuar deprisa si quería disponer de alguna oportunidad.

Quizá el nuevo Verde fuera alguien razonable. De lo contrario, Gavin podría reestructurar la votación. Su padre habría votado ya en contra de la guerra, pero si Gavin era astuto y reaccionaba a tiempo, podrían someterse a votación asuntos sobre los que el Rojo aún no hubiera emitido ningún veredicto. Al evitar una votación directamente a favor o en contra de la guerra, Gavin podría superar con su estrategia a la vieja araña. Difícil, pero no imposible. El orgulloso desdén que sentía el anciano por el Espectro jugaría en su contra.

Toda la satisfacción que obtienes despreciándonos, padre, tiene un precio.

Pero ¿y Lunna Verde? No se habría convertido en un engendro, ¿verdad?

Aunque, de lo contrario... Por Orholam, ¿asesinar a un Color? La Orden no podía ser tan buena.

Aquella no era la mejor manera de hacer las cosas. Lo sabía. No estaba preparado para esa reunión. Tampoco era culpa suya. Habían convocado una asamblea extraordinaria hacía semanas, a celebrarse en cuanto él regresara. De modo que no podía esperar, no podía aplazarlo. Cuanto más tiempo pasara con aquella gente, mayores serían las probabilidades de que notaran que le ocurría algo extraño. El aspecto de sus ojos todavía era prismático cuando solo había perdido el azul, así se lo confirmó Corvan. Pero el azul era el color natural de sus ojos. Ahora que había perdido también el verde, ¿no empezarían sus ojos a cambiar de color?

Todo aquello le parecía demencial, lo único que hacía era dar palos de ciego.

Se oyeron voces procedentes del pasillo, y cubierta con una suntuosa capa de seda verde apareció ni más ni menos que Tisis Malargos, la asombrosamente bella y joven verde que había saboteado la prueba de Kip. La mujer que le profesaba un odio visceral, pues su familia tenía motivos para odiar al auténtico Gavin. La mujer cuyo padre había muerto asesinado por orden de Felia Guile, para que no pudiera desvelar que Gavin en realidad no era Gavin.

Se rió ante alguna ocurrencia de su interlocutor, que todavía estaba fuera, y clavó la mirada en el Prisma. Ojos castaños, rostro acorazonado, piel pálida, lustrosos e infrecuentes cabellos naturalmente rubios, curvas voluptuosas. Una belleza exótica que lo odiaba por algo que él no había hecho. Perfecto. Muy, muy joven para pertenecer al Espectro, no obstante. ¿Cómo habría...?

Entonces apareció su interlocutor, con unas grandes lentes tintadas de negro bajo una capucha carmesí, ataviado con una túnica del color de la sangre.

—Padre —dijo Gavin, con el corazón atenazado por una garra de hielo—. Menuda sorpresa.

75

El instructor Fisk había pedido a los cadetes que ensayaran unos ejercicios de placaje y derribo cuando llegó Karris Roble Blanco. Teia la vio de inmediato. Para empezar, no se le daban muy bien las maniobras que estaban practicando; era una disciplina en la que su falta de masa corporal le complicaba las cosas mucho más que a los otros. Aún podía derribar a un chico que pesara el doble que ella, pero para ello necesitaba encontrar el punto de apoyo perfecto. En esos momentos, la perfección era algo que se empeñaba en eludirla.

En segundo lugar, Karris era su ídolo. Todo el mundo respetaba a Karris, una de las mejores luchadoras de toda la Guardia Negra, sin discusión. Rápida y dura de pelar, tanto mental como física y mágicamente. Inteligente, segura de sí misma, y además guapa. Representaba todo cuanto Teia esperaba llegar a ser algún día, aunque algunas de esas cosas estuvieran fuera de su alcance.

Tercero, descubrir que Kip era un policromo del espectro completo la había asustado. Y a Kip también. ¿Entrenar para ingresar en la Guardia Negra? Eso era normal. Podía apañárselas.

—Capitana de la guardia Roble Blanco, nos honráis con vuestra presencia —dijo el instructor Fisk.

—Ojalá pudiera venir de visita más a menudo. Tengo entendido que en esta clase hay muchos talentos.

¿Sí? ¿En serio? Todos aguzaron el oído ante aquellas palabras, incluso Kip.

—No estaría yo tan seguro —repuso el instructor Fisk—. ¿Accederíais a enseñarnos un derribo rápido? Algunas de las muchachas no paran de refunfuñar por lo bajo que estos ejercicios son demasiado difíciles porque carecen de la masa corporal necesaria.

—¿De veras? —dijo Karris—. Por lo bajo, seguro. Eso espero, al menos. —Arqueó una ceja en dirección a una de las chicas, que se encogió—. Será un placer. ¿Quién es el mejor luchador de la clase?

—Cruxer —respondió alguien. Los demás murmuraron que tenía razón.

—Cruxer, defiéndete —dijo Karris.

Se encaminó hacia el muchacho, que se puso en guardia adelantando un pie y levantando las manos ahuecadas. Karris le lanzó un ataque, con la mano de canto, directamente contra los ojos. Las manos de Cruxer volaron a su encuentro para bloquearla, con las palmas hacia fuera.

Entonces sus manos y las de ella se entrecruzaron, y al instante siguiente Cruxer se desplomaba de rodillas, conteniendo un gritito. Apenas si acababa de tocar el suelo cuando Karris acortó la distancia que los separaba, barriéndole las rodillas de debajo del cuerpo y dándole la vuelta, boca abajo, con una mano aferrada aún en las suyas y una rodilla apoyada en su cuello.

Con movimientos pausados, desenfundó la pistola que llevaba en el cinturón y le apoyó el cañón en la nuca.

Así de pronto terminó todo. Contra Cruxer. Teia miró a Kip. La mirada de este denotaba el mismo asombro que la de ella.

La mujer guardó la pistola y se incorporó. La clase dejó de contener la respiración. Karris conseguía que pareciera muy fácil. Ni siquiera se había ensuciado las rodillas de tierra.

—Es uno de esos trucos que da resultado contra los que nunca lo han visto —dijo Karris—. Es algo instintivo. Buscas los ojos de tu objetivo, y este abrirá las manos para desviar el ataque. Acto seguido, le inmovilizas los dedos y lo tiras al suelo. A partir de ahí, dispondrás de toda la ventaja que necesites. Pesar menos y ser menos fuerte significa que hay que pensar más rápido.

—Bien hecho, capitana. Hacía años que no veía esa llave. Me temo que habría funcionado incluso contra mí —dijo el instructor Fisk.

—Hum, tal vez. —Karris esbozó una sonrisa—. Aunque no tengo ninguna prisa por repetir nuestra última pelea.

El instructor se encogió de hombros.

—Circunstancias extenuantes —dijo—. Estabais cansada. Poca gente consigue cinco fichas de combate.

—¿Puedo llevarme a uno de tus alumnos por esta tarde? —preguntó Karris—. Quiero practicar unos movimientos en privado.

—Desde luego.

Karris paseó la mirada por la sala. Al cabo, señaló a Teia.

—Tú, tú servirás.

Por alguna razón, Teia tenía la certeza de que no la había escogido al azar. Pero esa noche, Karris se limitó a entrenarla. No dijo nada salvo para darle instrucciones sobre cómo sujetar los sacos de arena o qué ejercicios quería que Teia hiciera con ella.

—Con permiso, capitana de la guardia —dijo Teia cuando ya no pudo seguir conteniéndose—. Pero ¿por qué me estáis entrenando? No llego ni a la suela de los zapatos de la mayoría de los luchadores con los que trabajáis a diario.

—A veces conviene enfrentarse a alguien que no sabe lo que hace —respondió Karris—. Nos recuerda lo indisciplinados que son la mayoría de nuestros oponentes en la vida real. Es menos predecible.

Ah. Bueno, pues vaya.
Ninguna de las dos volvió a abrir la boca.

76

Gavin casi había olvidado el efecto tan visceral que ejercía su padre sobre los demás. Andross Guile había empezado a recluirse paulatinamente cada vez más hacía una década. La mayoría de las personas desaparecían de la memoria colectiva si prolongaban demasiado su ausencia. Pero Andross estaba más presente que nunca en el recuerdo de todos, debido al temor que les inspiraba. Se había convertido en la proverbial araña abotargada, agazapada en el centro de su tela. Y ahora que regresaba, debilitado y prácticamente ciego, lo hacía como el titán que siempre había sido. Era viejo. Los trazadores nunca llegaban a viejos. Envejecer significaba que habías conseguido lo imposible. El Rojo exhibía los estragos naturales de la edad —la piel fláccida y translúcida, las manchas de vitíligo, la fragilidad— como distintivos de honor, la prueba fehaciente de su voluntad divina, su autodisciplina, su poder.

Con la ayuda de su perrito faldero, el esclavo Grinwoody, Andross Guile se sentó. Hizo oídos sordos a las palabras de bienvenida de los demás Colores y levantó la barbilla como si mirara en dirección a la Blanca, la única que permanecía impertérrita.

En fin, si la presencia de Andross Guile condicionaba al resto de los presentes en la sala en contra de la propuesta de Gavin, cuando menos condicionaría a la Blanca a su favor. Pero aunque la anciana se opusiera automáticamente a todo cuanto quisiera Andross, no permitiría que el instinto se impusiera a su concepto de la justicia, de lo que era mejor para las Siete Satrapías y la Cromería. Ni siquiera con ella podía contar por completo.

Procurando que su expresión no reflejara la furia abrasadora que sentía, Gavin miró a su padre. Allí estaba el muy hijo de perra, solazándose en su excelencia. Las reglas no se aplicaban a Andross Guile. Estaba por encima de ellas. El mundo acataba su voluntad. Era absurdo.

A Gavin se le escapó una risita.

—¿Qué os hace tanta gracia, lord Prisma? —preguntó Tisis Malargos.

—Acabo de tener una revelación personal. —Gavin esbozó una sonrisa indulgente y se abstuvo de añadir nada más, tan solo para irritarla. Ahora juegas con los grandes, Tisis, ¿seguro que estás preparada?

—¿Y de qué se trata? —insistió la mujer, rezumando falsedad.

—De la razón por la que no os caigo bien. La cual no es la razón por la que no debería caeros bien.

—Creo que deberíamos empezar ya —se apresuró a intervenir la Blanca. Siempre defendiendo la paz, ya que no fomentándola—. Andross, me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo. ¿Te gustaría iniciar la invocación?

—No —dijo el anciano. Sin explicarse, excusarse ni disculparse.

La Blanca juntó las puntas de los dedos. Aguardó durante un momento interminable.

Klytos Azul no pudo resistir la tensión.

—Me... me gustaría...

—¿Te encuentras mal, Andross? ¿Demasiado débil para entonar una simple plegaria? —preguntó la Blanca.

Gavin vio adónde quería ir a parar. Implicaba flaqueza, incapacidad para pertenecer al Espectro. Un movimiento inusitadamente franco por parte de la Blanca, quien prefería las tácticas más sutiles. Pero no soportaba la grosería.

Andross ladeó la cabeza, como si admitiera que su rival se había apuntado un tanto.

—Por supuesto que no —dijo con voz áspera—. Mi garganta ya no es lo que era. Ha sufrido mucho tras tantos años al servicio de Orholam. Había pensado que el melodioso timbre de voz de Tisis Verde podría resultar más inspirador para todos.

—Orholam nos juzga por nuestro corazón, no por nuestra voz —dijo la Blanca—. Todas las plegarias pronunciadas con humildad llegan a sus oídos.

Así que mi padre se puede ahorrar el aliento.

Gavin dejó que una sonrisa se extendiera por todo su rostro. Su padre, con los ojos ocultos tras las lentes ennegrecidas, jugaba literalmente a ciegas. ¿Enfrentarse a todo el Espectro, sin ser capaz siquiera de ver las expresiones faciales de nadie? Qué huevos.

Quizá su hándicap fuera todo cuanto necesitaba Gavin para salir de aquel atolladero.

Pero lo cierto era que las palabras de Andross habían sembrado la duda en la mente de Gavin. ¿Por qué había nombrado a la nueva Verde? Era joven y hermosa, cierto, y poseía una voz realmente bonita, cosas todas ellas que Andross valoraba, Gavin lo sabía. Pero al elegirla, su padre dejaba caer la insinuación de que Tisis estaba de su lado.

Gavin ya lo sospechaba antes. Pero ¿qué necesidad tenía Andross de que lo supiera todo el mundo? A menos que no estuviera de su lado... o no por completo.

La tensión que anidaba en los ojos de Tisis, sobre su sonrisa impostada, le indicó a Gavin que su padre estaba jugando con fuego. Los verdes odiaban las ataduras, odiaban que los controlaran. Cuidado, padre. Quizá consiga arrebatarte esa gema. A pesar de todo.

Gavin relajó las pupilas para asomarse al subrojo y observar a todos los miembros

del Espectro, uno por uno, esforzándose para que nadie se percatara de su escrutinio. Los matices de las expresiones faciales eran invisibles en el subrojo: se trataba de un espectro lumínico demasiado difuso para detectar los detalles más sutiles. Lo que podía ver con toda claridad era la temperatura de la piel de cada persona. Variaba de una a otra, desde luego, en función de su temperatura natural y de lo cerca que estuvieran los vasos sanguíneos de la superficie de la piel; pero si se establecía y memorizaba una pauta para cada persona —algo que Gavin había hecho meticulosamente en el transcurso de los años con todos los presentes en la sala, a excepción de Tisis—, se podía saber cuándo alguien estaba sometido a una tensión fuera de lo común. Puesto que su corazón latía más deprisa, aunque pudieran controlar indicios más palmarios como tragar saliva repetidamente o rechinar los dientes, brillarían con más intensidad en el subrojo.

Una persona podía estar nerviosa por un sinfín de motivos, por supuesto, del mismo modo que su temperatura corporal podía alterarse debido a diversos factores, desde beber una copa de vino a ir abrigada en exceso, pero de vez en cuando Gavin encontraba alguna pista que nadie más podía ver. Frente a aquel grupo, toda ventaja era poca.

Andross Guile comenzó a entonar la oración.

—Padre de las Luces, humildemente os rogamos que escuchéis nuestras súplicas. —Gavin sabía que Andross despreciaba la liturgia. Aunque podía hacer lo que se esperaba de él, por supuesto. Conocía todos los rituales del derecho y del revés, y frente al pueblo llano era capaz de fingir la mayor de las sinceridades. Allí, rodeado de quienes consideraba prácticamente sus iguales, disimular su desdén le costaba más esfuerzo. Para él, la religión era una farsa, pero una farsa sobre la cual se cimentaba todo su poder. De ahí los arcaísmos forzados, pronunciados con el estoicismo necesario para que nadie pudiera estar seguro de si era un simple anciano devoto o se estaba burlando de ellos—: Postrados ante vos, oh Señor, caemos de hinojos. Que el calor de vuestra gloria agoste nuestras pretensiones, que nuestra presunción se desvanezca a la luz de vuestra verdad. Concedednos claridad en nuestro consejo, oscuridad en la ofuscación, agudeza visual en la acción. Esto os imploramos en nuestra vileza. Que nuestros jóvenes se dobleguen ante sus mayores, y los mayores ante sus tumbas. Que nuestros denuedos den fruto ante vuestros ojos, en la paz, la verdad y el sufrimiento prolongado.

Viejo cascarrabias malnacido.

—Sea —concluyó Andross.

Todos hicieron la señal del cuatro y el tres.

—Sea —murmuraron a coro.

La Blanca parecía furiosa. Pero el mazo de su mirada no surtió el menor efecto en el anciano ciego.

—Gavin —dijo la Blanca—, la reunión es tuya. —¿Quieres sembrar vientos?, estaba preguntándole a Andross.

El odio y el desdén que sentía su padre por la Blanca la habían empujado demasiado lejos. Presidir la asamblea constituía una ventaja nada desdeñable, suficiente para conceder a Gavin una oportunidad de presentar batalla. Respiró hondo.

—Es evidente que algunas cosas han cambiado durante mi ausencia. —Miró fijamente a Tisis Verde—. Para todos.

—Fui elegida legítimamente para desempeñar este... —dijo Tisis, encrespándose.

—¡Tisis! —la atajó la Blanca—. Gavin tiene la palabra. Todos los Colores podrán expresar su opinión a su debido tiempo, pero formamos un colectivo, y las interrupciones no están permitidas.

—Como sin duda sabréis —prosiguió Gavin, como si la réplica y la contrarréplica no hubieran tenido lugar—, la última vez que me reuní con vosotros... es decir, con quienes estaban presentes entonces, y quienes no lo estuvieron sin duda habrán leído las actas de aquella asamblea, en diligente cumplimiento de sus responsabilidades... —En otras palabras, si no sabes de qué estoy hablando es que eres una holgazana incompetente en tu trabajo, Tisis. A Gavin no le cabía la menor duda de que su padre habría memorizado las actas de la última reunión. Después de todo, había heredado su capacidad de retentiva del viejo. Continuó—: Cuando nos reunimos por última vez, os advertí de que el rey Garadul se había rebelado y seguramente pretendía apoderarse de Garriston. Os insté a evitar la guerra, aunque de un modo que resultó ser demasiado gravoso como para que este consejo lo contemplara. Este cuerpo augusto rechazó mi propuesta, y estalló la guerra.

Klytos levantó un índice, solicitando permiso para hablar. Gavin extendió las manos hacia delante y hacia abajo, como si restara importancia al problema.

—No he venido para reavivar antiguas polémicas. Comprendo que había excelentes razones para mostrarse escépticos ante las intenciones y las armas al alcance del rey Garadul. No pretendo recrearme en el pasado. —Salvo para recordaros que tenía razón—. Me limito a resumir los hechos para quienes desconozcan los detalles de las actas. —Miró a Tisis, como si este último comentario estuviera dirigido a ella, y la mujer se ruborizó.

A decir verdad, su resumen iba dirigido a todos los demás, pues con él se proponía moldear la citada conversación de forma que sirviera a sus fines. Quien controla el pasado, etcétera. Gavin podía hacer todo aquello con su cerebro cediendo el control de la nave al primero de a bordo. Se estaba devanando los sesos. Por Orholam, Lunna. Después de todo el trabajo que me costó prepararla...

Andross Guile se pasó la lengua por los labios. Si acaso, parecía sentirse perversamente orgulloso de su hijo.

Lo cual no sería óbice para que intentara arrancarle la alfombra de debajo de los pies en cuanto se le presentara la menor oportunidad.

Gavin se quedó pensativo durante unos instantes. ¿Y si Lunna Verde hubiera muerto asesinada, pero no a manos de la Orden? ¿Y si el responsable fuera su padre?

No, ese no era el estilo de Andross Guile. Estaría dispuesto a sobornar a un Color, o a chantajearlo, pero no a asesinarlo. Por otro lado, sería característico de Andross Guile tener un plan para reemplazarlos a todos y cada uno de ellos en caso de que no rompieran el halo ni dimitieran. Estaría preparado. Eso no significaba que pudiera colocar un candidato ideal en su sitio todas las veces, tan solo que podría manipular la nominación. Quizá por eso Tisis no fuera completamente suya.

Si su padre realmente estuviera dispuesto a asesinar a un Color, se habría cerciorado de asesinar a uno cuyo sustituto le perteneciera en cuerpo y alma. ¿No? De lo contrario, ¿por qué arriesgarse a cometer ese atentado?

Gavin estaba tardando demasiado. Acepta los hechos como son, y trabaja con ellos. Mira hacia delante. Desentrañar el pasado puede esperar. ¿Qué ventajas le proporcionaba la presencia de Tisis en el consejo?

El Espectro esperaba que Gavin presentara directamente la moción para aprobar una declaración de guerra. Después solicitaría que volvieran a nombrarlo prómaco. De modo que Gavin dijo:

—Lo cierto es que no creo que el primer orden del día deba ser debatir el conflicto que asola Tyrea y el este de Atash.

Klytos volvió a levantar el dedo. Gavin le indicó que hablara.

—No se ha confirmado que los problemas que afectan a Tyrea y el este de Atash sean de índole bélica, lord Prisma.

Klytos se disponía a añadir algo más, pero Gavin se dio un golpecito en la frente con los nudillos y dijo, como si la estupidez del Azul lo maravillara:

—Precisamente. Por eso digo que no deberíamos abordar primero esa cuestión. Esta es una asamblea de deliberación; esos asuntos habrían de analizarse, pero no son necesariamente prioritarios. Como acabo de decir.

Delara entornó los ojos, ribeteados por un halo rojo y naranja. También ella quería poner inmediatamente sobre la mesa la cuestión de la guerra. Era evidente que esperaba que Gavin fuera a proporcionarle el último voto que necesitaba. Nunca se le había dado bien calcular todos los factores implicados en ese tipo de situaciones.

—La satrapía de Tyrea era un nido de deshonor y disputas —dijo Gavin—. Desde que el sátrapa Ruy Gonzalo se alió con mi hermano Dazen, su satrapía estaba condenada. Al estallar la guerra, sus hijos sembraron la devastación entre sus rivales, y sus rivales hicieron lo propio entre ellos. Al acabar el conflicto, Tyrea fue despojada de su representación en este consejo y saqueada... obligada a pagar una serie de compensaciones —se corrigió Gavin al ver el dedo levantado de Delara—

que la dejaron en la ruina. Por numerosas razones, muchas de ellas nobles y otras no tanto, Tyrea quedó reducida a un cascarón seco. El sátrapa Garadul firmó la sentencia de muerte de ese cascarón. Declaró la guerra a Garriston, y por consiguiente también a las Siete Satrapías y a este consejo, y se autoproclamó rey. Me enfrenté a él en Garriston, y perdí. Por supuesto, la buena noticia es que el falso monarca murió en el transcurso de la última batalla.

»Hoy tenemos que hacer muchas cosas, y me disculpo por el tiempo que vamos a pasar aquí, he encargado que nos traigan un refrigerio dentro de dos horas, pero el primer orden del día es muy simple.

Hasta el último de ellos odiaba esas reuniones, y hasta el último de ellos, salvo el Azul y la Supervioleta, odiaban el protocolo que las caracterizaba y provocaba que incluso la más sencilla de las resoluciones necesitara al menos media hora. Al insinuar la aciaga posibilidad de que fueran a pasarse el día entero enfrascados en disquisiciones, Gavin esperaba que se volvieran un poco descuidados. Sin duda espolearía a la Verde. También tenía fama de, cuando la Blanca le dejaba presidir la asamblea, abordar todas las tareas que los aguardaban de forma lógica, acordando primero aquello en lo que todos pudieran ponerse de acuerdo antes de proseguir, tan eficientemente como fuera posible, sin que nadie se quedara sin exponer su opinión.

—Hay personas en Tyrea que ahora se han visto privadas de su líder, personas a las que no les importaba que se hiciera llamar sátrapa o rey. Siguieron al padre de Rask y a la mayoría de ellos les caía bien el anciano. En el transcurso de una vida que rara vez se ve afectada por la política, la mayoría de las gentes sencillas simplemente acatarán las órdenes de quien ostente el poder. No tenían ningún motivo para sospechar que las demandas de Rask Garadul no fueran legítimas, y lo mismo ocurre ahora con las demandas de su sucesor, sobre todo si quienes interpretamos la voluntad de Orholam no decimos nada en contra del nuevo rey, como sin duda este Príncipe de los Colores terminará proclamándose. Por consiguiente, antes de abordar el grueso de las propuestas del día, sugiero que esbocemos una sencilla resolución, condenando al rey Rask Garadul por haber declarado la guerra a las Siete Satrapías. —Gavin cedió la palabra a los otros, para que expusieran sus opiniones y se inaugurara el debate, como si quisiera terminar cuanto antes con ese engorro.

Miró fijamente a Tisis. Qué chica tan guapa.

—Sin duda supondría un mazazo contra la legitimidad de este Príncipe de los Colores —dijo Delara. La mujer había trazado tanto rojo en el transcurso de su vida que su cólera era abrumadora. Votaría a favor de cualquier medida que pudiera perjudicar al Príncipe de los Colores.

—Y el hombre al que condenamos está muerto —dijo Sadah—. Por lo que no incurriríamos en el rechazo de alguien con quien podríamos vernos obligados a parlamentar en un futuro no muy lejano. Al allanar nuestras diferencias con este

hombre en Atash oriental, estaríamos en condiciones de negociar más favorablemente con él. A todos los efectos tendríamos que alejarnos de nuestra posición para reunirnos con él en un punto intermedio, pero este se habría acercado a nuestro lado de la barrera. —Ay, Sadah, siempre viendo los problemas políticos como si fueran puntos señalados en un gráfico. Que Orholam la bendiga, qué boba era.

—No, no, no —dijo Klytos Azul—. Ya entiendo lo que os proponéis, lord Prisma.

Gavin enarcó una ceja y puso cara de «¿y ahora qué quiere este idiota?».

—Sí, me propongo sofocar una rebelión antes de que asole la mitad del territorio de las Siete Satrapías.

—Noble objetivo que comparto —prosiguió Klytos. Miró a Andross con el rabillo del ojo, pero ciego como estaba, el anciano no podía indicarle disimuladamente si estaba adoptando o no la postura que quería que adoptara—. Pero aunque el hombre se hiciera llamar rey, creo que eso le concedería demasiado prestigio.

—Es que se hacía llamar rey —intervino Jia Tolver, impacientándose.

—No hace falta que le concedamos esa victoria moral —insistió Klytos—. Era un rebelde, nada más. —Se mostraba más acalorado que antes en el subrojo, sin lugar a dudas. Pero Klytos siempre se ponía nervioso cuando hablaba en público, incluso delante de un grupo tan reducido.

—¿Cómo preferirías llamarlo, entonces? —preguntó Gavin—. ¿Rey ilegítimo, presunto monarca? ¿Sátrapa espurio?

—Evidentemente —intervino Sadah Supervioleta, rascándose un brazo cubierto de escamas—, autoproclamarse rebelde iría en detrimento de la legitimidad de uno, por lo que «sátrapa espurio» sería una descripción exacta. —Estaba claro que lo que pretendía con sus palabras era tenderle una rama de olivo a Klytos Azul.

Gavin extendió las manos con las palmas hacia arriba hacia Klytos, como si dejara la decisión en sus manos.

—Muy bien, podemos zanjar la cuestión. ¿Te gustaría dictar el documento, Klytos?

Klytos detestaba hablar en público. Como buen azul que era, se empeñaba en plasmar correctamente todos los tecnicismos a la primera... y no lo conseguía nunca.

—No, por favor, adelante —respondió, como si estuviera siendo cortés.

Gavin se giró hacia la jefa de escribas de la sala.

—Por orden del Espectro de los Colores, con el pleno beneplácito del Prisma, bendecido por el esplendor de Orholam, etcétera.

La mujer garabateó unos cuantos renglones, dejando los espacios en blanco pertinentes que habría de cumplimentar más tarde con las fórmulas oficiales.

—Debo confesar —dijo Gavin para todo el Espectro mientras la escriba redactaba el documento— que me decepciona que algo tan simple no se pudiera hacer en mi

ausencia. Semejante moción de censura debería ser automática... Da igual. Por favor, hablad si tenéis alguna sugerencia.

El término «guerra» suscitó algunos debates. Gavin y Delara abogaban por él, pero al final se eliminó a favor de una condena de la «violencia sufrida por los inocentes habitantes de las Siete Satrapías». Y se censuró al espurio sátrapa Garadul, aunque también hubo de eliminarse el apelativo «traidor». Gavin torció brevemente el gesto, como si aquello supusiera un revés, aunque no exagerado. El documento era breve, y tuvo cuidado de no fingir que se aburría demasiado.

El tema de la «guerra» era su cebo. Que pensaran que intentaba adoptar posiciones sutilmente para proponer una declaración de guerra más adelante, avanzada la asamblea. El truco estaba en no exagerar.

En cuanto la escriba hubo terminado, Gavin firmó el documento y este recorrió toda la mesa para que los demás también pudieran estampar su rúbrica.

—Y ahora —dijo Gavin sin esperar a que acabaran, sin concederles mayor importancia—, pasemos a lo verdaderamente importante. La razón de que nos hayamos reunido aquí hoy: los refugiados, y la guerra. El fondo de la cuestión es que poseo un interés particular en este asunto. Quiero poner las cartas sobre la mesa. Fracasé en mi intento por detener a Garadul, y debido a eso perdimos Garriston. Acudí a la batalla, precipitadamente, quizá, sin el respaldo del Espectro al completo, y perdí. La derrota repercutió negativamente en mi imagen, y algunas de las personas por las que luchaba dejaron de confiar en la Cromería. Evidentemente, lo primero no concierne a esta asamblea, pero lo segundo sí. Me siento responsable por las personas que huyeron de sus hogares. Me gustaría que este consejo tomara medidas para ayudarlas. De modo que, una vez más, lo más fácil primero: quisiera esbozar otra resolución, según la cual nuestras satrapías enviarán alimentos, ropa y suministros a los desplazados.

Dio permiso para hablar a Delara.

—¡Y armas! —añadió esta—. Esos refugiados, algunos de ellos, al menos, se unirán a la lucha contra el Príncipe de los Colores.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Gavin—. Pero sugiero que circunscribamos los detalles más contenciosos a una resolución aparte, para que podamos reaccionar cuanto antes, de la forma más sensata y humana posible, a favor de las víctimas de las agresiones del difunto Rask Garadul. ¿Accederá el Espectro a abordar estas cuestiones por separado?

—Pongámonos de acuerdo en lo que es más obvio para todos —dijo Arys Subroja—. Estos refugiados se mueren de hambre, sin duda. Es indudable que debemos enviarles ayuda. Más tarde podremos decidir exactamente el reparto de ese esfuerzo que nos corresponde a cada uno de nosotros. —Ah, el quid de la cuestión. Arys era implacablemente pragmática, incluso en lo tocante a la caridad. A Gavin le

gustaba ese rasgo de su personalidad.

Acordaron por unanimidad que contemplarían cada asunto por separado. La primera resolución había recorrido ya la mitad de la sala. Gavin se la había dado a Klytos, que había firmado. La Blanca la había pasado. Puesto que solo votaba en caso de empate, nunca firmaba ninguna resolución hasta que se hubiera pronunciado al menos la mayoría. Delara la firmó y se la dio a Sadah Supervioleta. Esta hizo una pausa, y Gavin se preguntó si sería porque estaba pensando en la segunda resolución, o si de repente la asaltaban las dudas sobre la primera.

Sadah Supervioleta miró fijamente a Gavin. No dijo nada, pero pasó la resolución sin firmarla. Arys estampó su rúbrica, al igual que Delara y se la entregó a Tisis. Esta echó un último vistazo de reojo en dirección a Andross, no obtuvo respuesta, y firmó.

Y Gavin obtuvo la mayoría. Ay, Tisis. Lunna Verde era casi una amiga. Nunca podría haberle hecho esto a ella. ¿Sabes qué le puedes hacer a una enemiga pero no a una aliada? Apuñalarla por la espalda.

Carver Negro deslizó la hoja de papel enfrente de Andross. Carver tenía voz en el Espectro, pero no voto. Andross susurró algo para Grinwoody, que respondió de la misma manera. Andross murmuró otra pregunta.

Gavin entornó los párpados para escudriñar el subrojo. Y vio de inmediato que su padre se estaba acalorando, aunque su expresión no se había alterado de forma perceptible.

Andross prorrumpió en una súbita carcajada, y firmó con su nombre. Debido a su ceguera, la firma fue a parar al lugar adecuado tan solo por aproximación.

Las conversaciones cesaron de golpe. La risa de Andross Guile no se oía todos los días.

Andross se giró hacia Tisis.

—¿Sabes lo que has hecho, chiquilla?

—¿Qué? —preguntó Tisis, preocupada de repente.

Gavin se apresuró a inclinarse hacia delante, recogió el pergamino todavía frente a su padre y enarcó una ceja en dirección a Sadah.

—¿Quieres que se apruebe por unanimidad? —preguntó Gavin.

—Por supuesto. —El asunto quedaba zanjado. Sadah firmó la moción y se la dio a la Blanca, que exhaló un suspiro y la firmó a su vez.

—¿Qué? —preguntó Tisis, con más insistencia.

—¿Por qué no se lo explicas, hijo? —sugirió Andross Guile.

La jefa de escribas entregó la resolución a Gavin, que se acercó el cartucho de cera para los lacres al dedo, trazó el subrojo directamente contra él y aplicó el sello al documento, confiriéndole carácter oficial.

—Por supuesto, padre —dijo Gavin. Devolvió el documento a la jefa de escribas, que se lo entregó a un secretario para que lo incluyera en los anales y lo publicara.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás del hombre, Gavin continuó:

—Lo cierto es que ya estamos en guerra. A ninguno de nosotros nos gusta. A mí no me gusta. Os negáis a admitirlo porque teméis que os presione para volver a nombrarme prómaco. Comprendo vuestra preocupación. Renunciar al poder es aterrador, aunque Orholam sabe que no os he dado ningún motivo para desconfiar de mí. Tyrea ha caído. Supongo que debemos acostumbrarnos a la idea. Podemos discutir qué hacer a continuación. Podemos pelear entre nosotros en vez de contra el enemigo. Pero mientras reñimos, las personas que huyeron de Garriston lo han perdido todo. Estoy seguro de que ya sabéis que han encontrado refugio en la isla de los Videntes, presentaré un informe detallado al respecto más adelante, pero el invierno se cierne sobre nosotros. No les queda tiempo para sembrar los cultivos. Si no les proporcionamos ayuda, morirán. Nosotros los hemos empujado a esta situación, y aunque rechacéis esa idea, siguen siendo súbditos de las Siete Satrapías. Es nuestro deber.

—Con lo cual... —rezongó Andross.

—Con lo cual, estimado padre, estimados amigos, declaro que no pienso tolerar que estas personas sufran más de lo estrictamente necesario para rehacer sus vidas. En la resolución que acabamos de aprobar por unanimidad, esta asamblea ha declarado espuria la satrapía de Garadul. Rask Garadul llegó al poder legítimamente, se comportó como un sátrapa legítimo durante algún tiempo. Si se volvió ilegítimo, pero no debido a su traición personal, es porque su misma satrapía es ilegítima. Un hecho muy simple. Hace dieciséis años que Tyrea no es una auténtica satrapía. Su antigua capital la gobernaban manos extrañas, y su asiento en este consejo fue ocupado por otra satrapía. Así estaban las cosas. Sin embargo, una satrapía solo puede disolverse por el voto unánime de este consejo. Y así lo hemos votado.

—Atribuyes demasiadas connotaciones a un simple documento —dijo la Blanca. Gavin pensó que no estaba necesariamente en desacuerdo con él, pero lo que había hecho no le gustaba ni un pelo.

—Sí. Pero definir las satrapías es la prerrogativa del Prisma, y me he limitado a ejercer ese derecho. Instalé a los refugiados de Garriston en la isla de los Videntes, un lugar donde no inundarán vuestras ciudades con sus decenas de miles de desposeídos, algo por lo que vuestros sátrapas os estarán eternamente agradecidos. A vosotros y a mí. Y he decretado que la isla de los Videntes sea una nueva satrapía. El nuevo sátrapa, me temo, no podía ser otro que Corvan Danavis.

Sabían que odiaba a Corvan. Sabían que se había enfrentado a él, y que había perdido amigos en aquellas batallas. Que Corvan fuese el nuevo sátrapa socavaría al menos la influencia personal de Gavin... o eso creerían.

—Al acordar que seguimos siendo siete satrapías, habéis aprobado mi nueva creación.

—Esto es un ultraje —dijo Carver Negro.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que lo que has intentado hacer es, es, es inaceptable —balbució Klytos Azul.

—No es posible que posea la autoridad necesaria para establecer nuevas satrapías a su antojo —protestó Tisis—. ¿Lady Pullawr?

La Blanca se encogió de hombros.

—Leed cualquier libro de historia y veréis que el Prisma fundó las Siete Satrapías. Las cosas han cambiado mucho desde entonces, por supuesto, pero es evidente que antes era la prerrogativa del Prisma.

—Y nunca ha dejado de serlo, noble dama —dijo Gavin. Por supuesto que no. No había sitio para crear otra satrapía, y nadie accedería jamás a dividir la suya.

—Entonces votemos para deshacer esta decisión —dijo Tisis.

Varios Colores se mostraron de acuerdo.

—Como queráis —dijo Gavin—, pero, con el debido permiso, todavía presido esta asamblea, y seguiremos el protocolo adecuado. ¿Queréis revocar el estatus de satrapía de la isla de los Videntes?

—¡Sí! —dijo Tisis.

—En tal caso, la moción deberá aprobarse por unanimidad. Como acabamos de explicar, disolver una satrapía requiere mayoría absoluta.

—De acuerdo.

Gavin vio que los demás miraban alrededor de la mesa, haciendo cálculos. ¿Se abstendría alguien?

Se presentó la moción. Varios de los Colores observaban a Gavin como si pensaran que se había vuelto loco. ¿Por qué haría algo así, para acto seguido permitir que se anulara?

La Blanca lo sabía. Gavin podía verlo en la tensión de sus rasgos. Y Andross también lo sabía. Estaba acariciándose el puente de la nariz, donde las pesadas gafas oscuras le habían dejado su huella en la piel.

Tisis, airada, dictó la resolución. Gavin no opuso ninguna objeción. Cuando la jefa de escribas le enseñó el borrador para que lo revisara, asintió con la cabeza y se lo entregó a Tisis.

—¿Y en beneficio de quién vas a firmar esto, Tisis? —preguntó Gavin.

—Del mío propio —respondió la muchacha, como si se oliera una trampa.

—Nuestro servicio al Espectro no obedece nunca a fines particulares, niña —dijo la Blanca. Parecía cansada.

Tisis enseñó los dientes. Mala elección. Estaba enfadada con Gavin, no con la Blanca, y enemistándose con ella no conseguiría nada.

—Vale. Firmo por el bien de... —La sangre abandonó sus mejillas. Su voz se redujo a un susurro. Era ruthgari, el asiento que ocupaba representaba a Ruthgar, pero

lo hacía en calidad de protectorado—. Firmo por el bien de Tyrea —musitó.

—La satrapía de Tyrea no existe —dijo Gavin—. Tu posición no existe. Puesto que esta reunión constituye una asamblea privada del Espectro, puedes retirarte.

Un silencio sepulcral se adueñó de la sala.

—No puedes hacer esto —dijo Tisis.

—Yo solo, no. Lo hemos hecho juntos. Tú me has ayudado.

Los guardias negros de Gavin lo flanquearon, presintiendo tal vez una amenaza inminente.

Incrédula, Tisis paseó la mirada alrededor de la mesa.

—No te preocupes, regresarás enseguida —dijo Klytos—. Celebraremos otra votación de inmediato. Serán cinco minutos.

Tisis hizo una mueca.

—Imbécil, ¿crees que ha llegado tan lejos sin un plan? —Se levantó de pronto y salió de la habitación con paso airado, dando un portazo a su espalda.

—Puesto que el sátrapa de la isla de los Videntes todavía no ha designado a su Color, el Prisma representará su voto en confianza —anunció Gavin—. Y creedme, no le gustaría que usara mi voto para disolver su satrapía.

Así pues, dos votos para él. Les concedió un segundo para que encajaran la inevitabilidad aritmética. Tisis se había ido. Les hacía falta una mayoría absoluta de cinco, por lo que Gavin solo necesitaba cuatro para detenerlos. El empate era imposible, por lo que la Blanca no podía votar. El Negro no lo hacía nunca. Sabían que Delara votaría a su favor porque necesitaba su ayuda en la guerra. Jia Tolver siempre votaba lo mismo que él. Cuatro.

Y eso siempre y cuando todos los demás comulgaran con Andross Guile.

—¿Alguien desea someterlo a votación? —preguntó Gavin. Desafiándolos. Inmensamente confiado.

—Yo —respondió de inmediato Klytos, encontrando su valor en alguna parte.

—¿Alguien más?

—*Raka* —escupió Andross Guile, dirigiéndose a Klytos. Era un grave insulto—. ¿Quieres que la derrota conste en acta y sentar precedente?

Klytos palideció y miró alrededor de la estancia, en busca de algún aliado. Incluso aquellos que podrían haber votado a su favor giraron la cabeza.

—M-me... gustaría...

En vez de permitirle retirar la moción, Gavin se apresuró a decir:

—La votación queda suspendida por falta de apoyo.

—Propongo que se levante la sesión —dijo Arys—. Me espera un bebé que alimentar, y creo que todos tenemos emisarios que poner en camino.

Gavin contaba con aquello.

—Un momento. Tan solo una cosa más —dijo mientras los Colores empujaban

las sillas hacia atrás, disponiéndose a irse—. Esto es obra vuestra. No tenía por qué acabar así. Si me hubierais escuchado, Tyrea existiría todavía, y el Príncipe de los Colores no camparía a sus anchas por Atash. Con que hubierais enviado únicamente mil soldados, o cien trazadores, podríamos haber derrotado al rey Garadul. Pero no... teníais que enviar una delegación para «estudiar el problema».

—La paz debe intentar mantenerse a cualquier precio —injirió Klytos—. Como la bendita Adraea Coran...

—La guerra es un horror, sí. Ya lo sé. Lo sé perfectamente. ¿Y el pacifismo que tenéis en tan alta estima? El pacifismo es una virtud indistinguible de la cobardía —sentenció Gavin, enseñando los dientes—. Esta guerra podría haber terminado antes de empezar, de mil maneras distintas. Si hubierais levantado la bota del cuello de Tyrea un segundo antes de que se volviera lo bastante fuerte para tiraros al suelo, nada de esto habría ocurrido. Os aseguro una cosa: como no hagáis lo correcto, lo haré yo. Las cosas van a cambiar por aquí.

Andross Guile bostezó.

—Empezando por esto —espetó Gavin—. Padre, has tratado a Kip como un bastardo. No lo es. Su madre era una mujer libre a la que elevé a la condición de dama durante la guerra. Como prómaco, estaba en mi derecho. Nos casamos en secreto porque era joven y temía lo que dijeras. Pero nos casamos. Por eso no he vuelto a contraer matrimonio desde entonces. Ahora está muerta, pero se merece que haga esto por ella: Kip es mi hijo, no bastardo, sino de pleno derecho. Que hayas sembrado rumores al respecto, que hayas dudado de mi palabra es, me temo, otro de los síntomas palpables de tu avanzada senilidad. Te someterás a la Liberación este año, «hijo mío». Si crees que no podrás aguantar ocho meses más, estaré a tu disposición para celebrar una ceremonia privada con antelación.

Nadie se movió. Nadie osaba respirar siquiera. Una parte de Gavin se maravilló. Podía disolver una satrapía entera y desbancar a uno de los Colores, y le mostrarían su contrariedad; pero ver cómo desafiaba a su padre los había dejado mudos.

—¿Senilidad? —Apenas un susurro. Peligrosamente jocoso.

Ahora descubriremos hasta qué punto está inmerso en el rojo.

Pero Andross Guile se mostró tan frío como solo podía serlo un rojo veterano. La trampa era evidente. Si levantaba la voz, si perdía los nervios, estaría dándole la razón a Gavin.

—Si eso es lo que mi señor Prisma considera oportuno, por supuesto que aceptaré la Liberación en el momento que decidas. Como haremos todos, sin duda, llegada la hora. Tan solo me pregunto qué he hecho para ofenderte. ¿Por qué arremetes contra mí, hijo?

Bonita semilla que plantar, padre. Bien jugado. «Sí, el Prisma puede mandarme a la tumba. Puede mandarnos a todos a la tumba. Pensad en eso.» Hacer que parezca

que el irrazonable soy yo.

—No —dijo Gavin—. No. Has puesto en peligro a mi hijo. A propósito. Se acabaron las mentiras. Grinwoody, llévatelo.

—Hijo —dijo Andross Guile, tensa ahora la voz—. Me mostrarás el debido respeto.

—Ignorarte cuando haces el ridículo y apartarte de la luz pública cuando te pones en evidencia es mostrarte el debido respeto. ¡Grinwoody!

Un temblor recorrió los dedos de Andross Guile. Apretó los dientes. Pero se controló. Transcurridos unos instantes interminables, dio media vuelta y se fue, guiado por Grinwoody.

Nadie dijo nada. Nadie miró a Gavin a los ojos.

—Convendría que empezáramos a considerar quién podría ser el próximo Rojo. Acepto sugerencias. —Sé que he forzado las cosas; sé que os he asustado, y en compensación, permitiré que uno de vosotros obtenga lo que desea. Dejaré que uno de vosotros ponga a la persona de su elección en el asiento del Rojo, en vez de intentar manipular la decisión. Ojo por ojo.

¿Quieres plantar semillas, padre? Plantemos.

—Y ahora, antes de levantar la sesión —prosiguió Gavin—, ¿alguien tiene otra moción?

Nadie dijo nada.

—¿Delara? —preguntó Gavin.

La mujer abrió desorbitadamente los ojos al comprender lo que el Prisma esperaba de ella.

—Propongo que declaremos la guerra —anunció.

—Secundo la moción —dijo Arys.

—La isla de los Videntes vota a favor de la guerra —declaró Gavin—. El Prisma vota a favor de la guerra.

—Atash vota a favor de la guerra —dijo Delara Naranja.

—El Bosque de Sangre vota a favor de la guerra —dijo Arys Subroja.

—Pero el Rojo se... —protestó Klytos Azul.

—¿Quieres abandonar la asamblea en medio de una votación para ir a buscarlo? —preguntó Gavin—. Adelante, tu voto no constará en acta.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Klytos.

Gavin replicó de inmediato pero pausadamente, pronunciando cada palabra, tomando el control incluso del ritmo de la conversación.

—Esas palabras son muy peligrosas, referidas a mí.

Silencio, cargado de tensión. Los cobardes a veces descubren su valor en los momentos más inoportunos. Pero Klytos acabó amilanándose.

—Tu voto y el suyo constarán como en contra —dijo Gavin. Lo cierto era que no

podía permitir que la votación se cancelara. Reanudarla requeriría semanas de esfuerzo.

—Abornea vota en contra, aunque personalmente me pese —declaró Jia Tolver. Gavin se lo temía. Sin duda obedecía órdenes estrictas.

Gavin necesitaba el apoyo de Sadah Supervioleta o la Blanca. Estaba seguro de que la Blanca votaría a favor.

Sadah parecía estar pensando lo mismo. Miraba fijamente a la Blanca.

—Paria vota a favor de la guerra —dijo Sadah. Gavin había obtenido su victoria.

Klytos parpadeó varias veces seguidas.

—Noble lord Prisma, Ruthgar desea mantener la unidad con sus vecinos. Ruthgar vota a favor.

—Por supuesto —dijo Gavin. Pasó la declaración alrededor de la mesa, y todos la firmaron. También la Blanca, después de que reconocieran la abstención de Andross.

La sala se fue vaciando. Nadie dijo ni una palabra.

Curiosamente, Jia Tolver se quedó rezagada. Gavin esperaba que fuera la Blanca. Las arrugas fruncían el unicejo moreno de Jia, que se inclinó en dirección a Gavin cuando la última persona aparte de los guardias negros de Gavin hubo salido de la habitación.

—Noble Prisma, para que lo sepáis, si hubieran sometido a votación la creación de vuestra satrapía personal, habría votado en contra. Habrían obtenido la mayoría. Vuestra arrogancia siempre fuerza los límites. Hoy os habéis excedido. Vencisteis. Lo habéis ganado todo. Pero no volváis a dar mi voto a favor por sentado.

Se fue. Gavin se pasó los dedos por el pelo. Necesitaba un trago. Miró a sus guardias negros. Permanecían impasibles. Se preguntó cómo lo conseguían. Estaban más locos que nadie.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Los guardias no dijeron nada, pero uno de ellos lo precedió, una precaución que no siempre tomaban.

La Blanca estaba esperándolo en el pasillo.

Gavin no se detuvo, y la anciana indicó a su escolta que empujara la silla para igualar el paso del Prisma.

—¿Qué has hecho, Gavin?

Gavin montó en el ascensor.

—Voy abajo —dijo, volviéndose para encararse con ella, intentando evitar que ella lo siguiera.

—Y sin frenos, me temo. —La Blanca lo retuvo con la fuerza de su personalidad, dejó la pregunta flotando en el aire, exigiendo una respuesta.

—Os he mentido, engañado y manipulado, y vencí. Y todo por un buen motivo. Para variar.

—¿«Todo» por un buen motivo?

Gavin no respondió. Quitó el seguro del mecanismo de frenado y se perdió de vista.

77

—Tengo algo que decir —anunció Samite—. No será fácil.

Karris apenas había terminado de asearse y vestirse cuando Samite entró en la zona del barracón reservada a las arqueras. Samite era una de las mejores amigas que tenía Karris en la Guardia Negra: achaparrada, recia, inteligente, e invariablemente torpe cuando intentaba ser cariñosa. Karris hizo una pausa, con el peine en la mano.

—¿Qué ocurre?

Samite se sentó pesadamente al filo de la cama de Karris.

—Ka, ya sabes que los lores y las damas de las grandes casas no dejan de intentar convertirnos a los guardias negros en desertores o espías.

—Ya... ¿Y a qué viene eso ahora?

—Alguien lo consiguió conmigo. Hace años.

—¿Qué? ¡Sami, no sigas! ¿Qué estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho hace mucho. —La expresión de Samite era grave pero obstinada. Tenía los codos apoyados en los muslos, entrelazadas las manos.

—¿Quién? —consiguió preguntar Karris, con un hilo de voz.

—Lady Felia Guile.

—¿Lady Guile te subvirtió? —preguntó Karris. Lady Guile le caía bien, mucho. Durante años había pensado que la mujer terminaría convirtiéndose en su suegra, y en lo más parecido a una madre que Karris había conocido nunca—. ¿Cómo...? No, da igual. No necesito saberlo. Sami, está muerta. No hace falta que confieses nada.

—No fue nada inapropiado. Los piratas ilytianos habían capturado y convertido en galeotes a dos de mis hermanos. Mi familia ni siquiera sabía por dónde empezar a buscarlos, y menos cómo podría pagar un rescate. Acudí a ella. Ordenó que les siguieran la pista, y pagó el rescate personalmente. Los trajo aquí para que pudiera ver que se encontraban bien. Cuidó de ellos hasta que se hubieron repuesto del todo, y les pagó el viaje a casa. Yo jamás podría haberle devuelto el favor; quiero decir, usé la generosa bonificación de la Guardia Negra para comprarle un almacén y una granja a mi familia. Me ofrecí a devolverle el dinero, pero se negó. Sabía que mi familia se quedaría en la ruina. No volvió a mencionar el incidente durante meses, y cuando por fin comenzó a pedirme información, no supe negarme.

Una correa de terciopelo, sostenida únicamente por el sentido del honor, de la deuda, de Samite. Sí, ese era el estilo de lady Guile. Había sido una Naranja amable, pero Naranja al fin y al cabo.

Samite continuó con voz ronca y monótona, como si la estuvieran conduciendo al patíbulo.

—Me dijo que solo intentaba proteger a su hijo, y la creí. Se trata del Prisma, así que supuse que compartíamos el mismo objetivo. Pero en realidad no sería ninguna traición, ¿verdad? Pero en el fondo sabía que sí lo era, por eso te cuento esto ahora. Pero me asusta la idea de decírselo al comandante Puño de Hierro. No soportaría ver la desilusión en sus ojos. En cualquier caso, la última tarea que me encomendó fue la siguiente: a su muerte, debía entregarte esta nota.

Samite le dio a Karris una hojita de papel con la marca de lady Guile.

—No la culpo, ¿sabes? —dijo Samite—. Podría haberme destruido, pero no se trataba de mí. Ni siquiera de proteger a su familia. Actuó como lo hizo por el bien de las Siete Satrapías. A veces debemos hacer sacrificios, y generalmente somos las personas humildes las que pagamos el pato, aunque no siempre sepamos por qué. Cuando era joven, eso era algo que odiaba, pero ya me he reconciliado con la idea. Es como funciona el mundo. —Carraspeó de nuevo y se levantó—. Te, esto... te esperaré fuera.

—Maldita sea, Samite, ¿no podías haberme dejado la nota encima de la cama?

—Los secretos me corroían por dentro. No puedo vivir así, Karris. Ya no.

Karris se masajeó las sienes en un intento por ordenar sus ideas mientras Samite la dejaba a solas. La Guardia Negra no podía permitirse el lujo de perder a una mujer tan sensata como Samite, ni siquiera incluso en condiciones normales, y mucho menos en ese momento, no después de todos los compañeros que no habían vuelto de Garriston. Abrió la carta.

Con la letra de lady Guile, bellamente estilizada, rezaba: «Dazen te quiere, Karris. Siempre te ha querido. Si ya te has enfrentado a él con la verdad, por favor, pregúntale qué sucedió realmente en la hacienda de tu familia. Sé que no quieres oír esto, pero una mentira reconfortante ha emponzoñado toda tu vida, y esa mentira es la siguiente: que tus hermanos eran inocentes de la tragedia que destruyó a tu familia. No lo eran».

Karris sintió como si acabaran de pegarle un mazazo en el estómago. Respiraba entrecortadamente, dispuesta a leer hasta la última palabra. Lady Guile no solo admitía que Gavin no era Gavin, sino que a partir de ahí iba a revelarle a Karris cosas que esta ignoraba. Y que tal vez preferiría seguir ignorando.

«Tu doncella, Galaea, desveló a tus hermanos que planeabais escaparos juntos. Le tendieron una trampa a Dazen en la hacienda, y lo engañaron para que entrara en el edificio. Habían cerrado todas las puertas con cadenas, y solo habían dejado fuentes de luz roja, sabedores de que no es un trazador rojo. Fue el único que salió de allí, Karris. Y quizá iniciara el incendio, pero no fue él el que colocó las cadenas en las puertas. No es mi intención hablar mal de los difuntos, Karris, pero la sangre

derramada aquella noche no debería pesar sobre la conciencia de mi Dazen.

»Por supuesto, informarte de lo que ocurrió realmente no era tarea sencilla. A lo largo de los años, les pedí a varias personas que intentaran hablar discretamente contigo. Siempre has rechazado cualquier discusión. Por favor, perdona mis torpes intentos por hacer las paces.

»Queridísima niña, Dazen pensaba que te habías enamorado de Gavin, y que por eso te habías comprometido con él. Pensaba que jamás podrías perdonarle lo que creías que había hecho. Después de la Roca Hendida, lo insté a casarse contigo enseguida, antes de que Andross pudiera interferir. Se negó, Karris. Me dijo que era capaz de matar a su propio hermano, de mentir al mundo entero, pero no estaba dispuesto a acostarse con una mujer que amaba a su hermano. No podía engañarte. Necio desdichado, rompió su compromiso contigo porque te quería.»

Karris sintió deseos de vomitar. No podía parar de leer.

«Y todavía te quiere, Karris. Créeme, al final renuncié a toda esperanza y le pedí que se casara con otras mujeres, pero nunca consiguió sacarte de su corazón. Por favor, niña, perdónalo, y perdóname también a mí. Al escribir la verdad en estas líneas estoy poniendo a nuestra familia en tus manos. Puedes destruir a Dazen si es eso lo que deseas, y esta será la prueba. No confiaría a nadie más semejante poder sobre mi hijo, pero no veo otra salida. Tan solo quisiera haber tenido la oportunidad de contarte todo esto en persona, y haber logrado restablecer la paz entre vosotros, para conocer a mis nietos antes de morir. Que la luz de Orholam brille sobre ti, Karris. Afectuosamente, Felia Guile.»

Karris estaba conmocionada. Releyó la carta, con una tormenta de preguntas rugiendo en su cabeza. Para empezar, ¿cómo había podido creerse semejante sarta de mentiras? La misma noche que iban a escaparse juntos, ¿se habría dedicado Dazen a recorrer furtivamente la hacienda de su familia colocando cadenas en las puertas para después provocar un incendio? ¿O habría recibido la ayuda de una docena de hombres... hombres a los que jamás nadie había encontrado ni vuelto a mencionar, después de que Gavin enviara sus ejércitos en pos de su hermano?

No, aquello era mucho más lógico. ¿Por qué si no habría insistido su padre en sacar a Karris de la ciudad aquella misma noche? Porque sabía que sus hermanos habían urdido una trampa, quizá incluso con su colaboración.

Y luego, cuando todo salió mal, su padre había encubierto tranquilamente la responsabilidad de sus hijos en la muerte de todos los ocupantes de la hacienda, y lo había hecho con la complicidad de Andross Guile, porque así las demás familias nobles se aliarían a favor de Gavin, el hijo predilecto de Andross. Sí que había habido una conspiración, solo que no la que Karris siempre había pensado.

Los tambores de guerra habían empezado a sonar, y Karris, joven y débil, sencillamente había creído que sus mayores debían de saber cosas que ella ignoraba.

Cosas que hacían que la guerra fuera tan inevitable como indiscutible la culpabilidad de Dazen.

Desde entonces, Karris siempre se había esforzado por reconciliar a los dos Gavin que conocía: el que había estado prometido con ella pero luego la había utilizado cruelmente y se había deshecho de ella como si fuera un montón de basura, y el que había roto su compromiso y su corazón pero siempre la había tratado con dulzura. Lo inexplicable de todo ello era lo que la sumía en un mar de dudas: si hubiera sabido que Gavin era un canalla cruel, podría haber atribuido su encaprichamiento a la estupidez de una chica joven seducida por el encanto y el poder de un hombre apuesto. Lo que la mantenía en un limbo era que había aspectos de su carácter que parecían totalmente contradictorios.

Y ahora, las duras revelaciones no provocaban ríos de lágrimas por los años perdidos y las mentiras creídas, sino que Karris se sentía aliviada. En paz.

Recogió todas las páginas de la carta y las acercó a una vela. Prendieron con un fogonazo.

Karris sonrió. Papel combustible. Quizá lady Guile hubiera confiado en ella, pero eso no significaba que quisiera que la carta fuese difícil de destruir.

Dazen la amaba. Dazen siempre la había amado. Y guardaba espantosos secretos. Solo. El respeto, el amor que sentía por ella lo impulsaba a mantenerla cerca de él. Le dificultaba un centenar de tareas ya difíciles de por sí. Si hubiera querido, podría haber hecho que la expulsaran de la Guardia Negra. Podría haberla arrojado a una celda. Pero nunca había elegido el camino más fácil, no cuando se trataba de ella.

Se levantó, sintiéndose más ligera que nunca en los últimos dieciséis años, y se dirigió a la puerta. Allí estaba Samite, esperándola. Tenía las manos recogidas a la espalda, como si ocultara algo.

—Lady Guile dijo que, cuando leyeras esa nota, necesitarías artillería pesada, literalmente o en sentido figurado. —Samite sacó las manos de detrás de la espalda. En una de ellas empuñaba una pistola, enorme y antigua. En la otra, sostenía una blusa de encaje que quitaba el aliento y un corsé a juego con ballenas cortas que costaría el sueldo de un año de cualquier guardia negro—. Así que, ¿qué va a ser?

Karris se quedó mirándola fijamente, boquiabierta. ¡Lady Guile! ¡Qué escándalo! ¡Y Sami ahí plantada con eso en medio del barracón, por el amor de Orholam!

—¿Quién está de guardia hoy con el Prisma?

—Creo que uno de los chicos nuevos.

—Perfecto —dijo Karris. Sonrió.

—Karris, ¿qué vas a...?

—¿Piensas quedarte ahí como un pasmarote o vas a echarme una mano con el pelo?

78

El informe de Marissia, breve y pronunciado en susurros, había sido sobrecogedor. El antiguo pánico con el que ya estaba familiarizado oprimía el pecho de Gavin. Primero, la noticia se había extendido por todas las satrapías: doce demonios marinos, nadando juntos en tres precisas filas de a cuatro, habían dado cinco vueltas completas alrededor de Abornea antes de desaparecer. Una capa de hielo cubría todo el lago del Cráter en Kelfing, a pesar de que las temperaturas eran demasiado altas. Rebaños de miles de cabras silvestres, petrificadas en perfecta formación. Poetas que enmudecían de un día para otro. Músicos que escribían cien páginas de anotaciones en un solo día, olvidándose de comer, beber o dormir hasta que perdían el conocimiento. Galeotes que remaban hasta caer muertos, temerosos de perder el compás. Capitanes de navío que se dedicaban a dibujar constelaciones en vez de gobernar el timón, estrellándose contra las rocas. Madres absortas en labores sin importancia que desoían los llantos de sus bebés hasta completar lo que estuvieran haciendo.

Había cierta ironía en el hecho de que el orden estuviera fuera de control, pero los muertos no iban a apreciarla. Y eso no era lo peor.

La alarma de la prisión azul no había saltado. Marissia no se había dado cuenta de que Dazen había escapado. ¿Cuándo fue la última vez que Gavin comprobó ese mecanismo? ¿Hacía un año? ¿Año y medio?

Durante el tercer año de confinamiento de Dazen, con la esperanza de aliviar las espantosas pesadillas que lo acosaban, Gavin había incorporado medidas a prueba de fallos. O eso pensaba. Si Dazen irrumpía en cualquier otra celda, debería activarse una señal luminosa en lo alto de la rampa: la alarma.

O bien Marissia había cambiado de bando —no, la consternación que se reflejaba en sus facciones era real—, o bien el mecanismo de Gavin había fallado.

Si las rampas no habían cambiado, Dazen habría muerto de inanición a esas alturas. Gavin lo había preparado para que, si Dazen intentaba arrojar luxina hacia arriba, la rampa cambiara también... pero si había fallado un mecanismo, podrían haberlo hecho otros también. Maldición. No estaban diseñadas para durar eternamente. La luxina se deterioraba, incluso en la oscuridad, y había creado casi todos los componentes de las prisiones con luxina.

Si hubiera muerto, lo habría sentido, ¿verdad? Supe que algo andaba mal cuando falleció Sevastian. Sin duda...

El ascensor se paró con una sacudida, tan solo un par de pisos más abajo. Pocas personas tenían las llaves necesarias para detener el ascensor del Prisma.

Era Grinwoody, con los labios apretados en una sonrisa desagradable, encantado de interrumpirlo. Extendió una mano en silencio. Gavin aceptó la nota que le ofrecía el esclavo. Ya sabía lo que ponía.

«Hijo, ven a mis aposentos. Es una orden.»

Básicamente lo que se imaginaba.

Primero, Kip y Samite en su habitación, impidiéndole comprobar de inmediato la alarma de la rampa. Después la «asamblea extraordinaria». Ahora aquello.

Pero no podía hacer nada al respecto. Si Dazen había escapado, ya estaría muy lejos. Si no había encontrado nada que comer, ya habría muerto de inanición. Orholam misericordioso, esto prestaba otras connotaciones a las palabras de los engendros que hablaban de que Dazen Guile vendría a salvarlos, ¿verdad?

Lo sabían. Llevaban todo ese tiempo planeando su fuga.

Calma, Gavin. Paciencia. Lo hecho, hecho está. No despiertes las sospechas del hombre más astuto del mundo comportándote de forma extraña. Acompañó a Grinwoody. No ganaría nada aplazándolo. No estaría más preparado para enfrentarse al tirano más tarde, y la espera solo conseguiría atemperar la ira de Andross Guile. De hecho, enfrentarse a él ahora, cuando su cólera aún estaba fresca y no había tenido tiempo de planear su venganza, podría ser lo más indicado.

Gavin entró en la habitación a oscuras. El aire era opresivo, abrasador. Odiaba aquel sitio. Aun a pesar de la lámpara supervioleta, las tinieblas le helaban los huesos y socavaban su voluntad.

—Gavin —dijo Andross, con voz áspera pero apacible.

—Padre. —Gavin hizo acopio de toda la deferencia que fue capaz de reunir.

—Menuda puñalada por la espalda me has dado antes. —Andross Guile tenía el rostro cubierto, por supuesto, pero su tono denotaba algo parecido a la diversión. Estaba disfrutando con aquello, comprendió Gavin. Al anciano ya no le quedaba nada salvo demostrar su superioridad, y ningún juego era comparable a la rebeldía de Gavin.

Andross también estaba seguro de que iba a ganar, lo que atemorizó a Gavin.

—He actuado como me enseñaste, padre.

—¿Encaprichándote de un hatajo de indigentes tyreanos errantes?

—No. Ganando.

Siguió a sus palabras un tenso silencio.

—Así que ahora tienes tu propia satrapía. Carente de valor, por sí sola. Esta nueva Tyrea quizá ni siquiera sobreviva. Así que has obtenido un voto en el Espectro, con el que podrás contar quizá durante un par de años. Sin sutilezas, no obstante. Si quieres controlar a los Colores, hay formas mejores de conseguirlo. ¿Por qué tenías que

desafiarme?

—Tiene gracia —repuso Gavin—. Iba a preguntarte lo mismo. ¿Por qué tenías que oponerte a mí, padre? ¿Qué más te da que vayamos a la guerra o no? Como si alguien fuera a pedirte que te alistaras en el ejército. ¿Qué más te da incluso que vuelva a ser el prómaco? ¿Qué podría ser más beneficioso para nuestra familia?

—Olvidas quién hace las preguntas aquí —dijo Andross.

Gavin se sentó en uno de los antiguos sillones. Elegante en su día, ahora desvencijado.

—¿Así que has estado jugando a los nueve reyes con Kip? ¿Es bueno? —Era un desafío ruin, continuar formulando preguntas para cambiar de tema después de que su padre hubiera dejado bien claras las reglas. Pero pensó que a Andross le parecería irresistible. Al viejo solo le quedaban sus juegos.

Las comisuras de los labios de Andross se curvaron en un rictus que pretendía ser una sonrisa.

—Después de la guerra, Gavin, perdiste el norte. Podrías haber sido tan bueno como yo. Ahora se te agota el tiempo, y jamás llegarás a mi altura. Lamento haberte juzgado mal.

¿Juzgarme mal? Eso es quedarse corto. Monstruo encorvado. A madre le bastó con echarme un vistazo después de la Roca Hendida para reconocerme. Tú has hablado conmigo mil veces desde entonces, y sigues sin saber quién soy. Nunca supiste quién era, carcamal cegato.

—No te imaginas lo que me afecta pensar que nunca podré ser como tú —repuso Gavin, adusto.

—Va siendo hora de que te cases.

Gavin creía que el anciano ya lo habría olvidado. Él mismo había estado a punto de hacerlo. Fue como recibir un balazo en el vientre.

—Solo me casaré con una mujer —dijo Gavin.

—Solo te pido que te cases con una. Dispones de cinco años. Si consigues darme cuatro nietos, quizá alguno de ellos demuestre tener las agallas necesarias para reconstruir esta familia.

—Ya tengo un hijo —dijo Gavin. Kip, quien en realidad era el hijo de su hermano. Qué embrollo tan espantoso.

—Un bastardo. —Andross agitó una mano—. Será barrido del mapa en su debido momento. Hasta que tus legítimos herederos alcancen la mayoría de edad, Kip desempeñará otras funciones. Servirá de objetivo para los intentos de asesinato de otras familias y cosas por el estilo. Pero nunca perpetuará nuestro apellido.

Gavin juntó las puntas de los dedos, enseñando los dientes, pero Andross, naturalmente, no podía verlo.

—Entonces ¿cuál es tu plan maestro?

Andross Guile apretó los labios. Se sentó frente a Gavin.

—Iba a darte la oportunidad de escoger a tu esposa. Había tres buenas candidatas, procedentes de familias lo suficientemente acaudaladas o con contactos útiles, y las chicas eran lo suficientemente jóvenes como para darte hijos enseguida. Lo suficientemente jóvenes como para ser... maleables. Solícitas.

—Te refieres a que podrías controlarlas cuando yo muriera.

—Por supuesto. Cásate con una mujer con personalidad y te robará el futuro y desaparecerá. —Andross esbozó una sonrisita maliciosa.

Gavin se quedó paralizado. A juzgar por el tono de su voz y su sonrisa, las palabras de su padre pretendían ser un cuchillo bajo su armadura, bajo la armadura de Gavin, pero este no tenía ni idea de qué estaba hablando su padre.

Una palabra equivocada, y se dará cuenta.

De modo que no dijo nada, como si estuviera perplejo. Lo cual era cierto, si bien por los motivos equivocados.

El cuchillo. Tenía algo que ver con el cuchillo.

—¿No sientes curiosidad por saber quiénes eran? —preguntó Andross.

—Por favor —dijo con naturalidad Gavin. Tragó saliva.

—Tu pequeña tentadora Ana Jorvis, Naftalie Delara y Eva Brezo Dorado. Habría incluido además a Liv Danavis, si hubieras conseguido salvar Garriston con la ayuda de su padre. Ya nos has vinculado al clan de los Danavis por otra vía, de modo que eso ya no tendría sentido. En cualquier caso —dijo Andross Guile—, ahora te has quedado sin posibilidad de elegir. Me presentas retos interesantes, hijo, debo reconocerlo.

Grinwoody les trajo té. Gavin cogió su taza.

—Padre, hablando de cosas sin sentido... todo esto es absurdo. No pienso casarme con...

—Tisis Malargos.

La taza se detuvo ante los labios de Gavin.

—¿Cómo dices?

—Tiene diecinueve años. No tan joven como para quedarse embarazada con que estornudes a su lado, pero sí lo suficiente para procrear rápidamente. Y bonita, además, o eso dice Grinwoody. Su hermana mayor, Eirene, se hizo cargo de las finanzas de la familia cuando Dervani no regresó de la guerra. Una mercader brillante, Eirene. Ha convertido su familia en una potencia económica, y la dote que le ha prometido a Tisis, enorme de por sí, palidece en comparación con las riquezas que heredará Tisis a la muerte de Eirene.

—¿Cómo? ¿Por qué tendría Tisis que heredar nada de su hermana?

—Eirene es tríbada. Y no le gustan tanto los niños como para ofrecerle la grupa a ningún varón. Es lo bastante sensata, no obstante, como para coquetear con varios

hombres a fin de obtener los acuerdos comerciales más ventajosos para ella y, al menos eso cree, para mantenernos a raya en caso de que su hermana llegue a casarse contigo. En este sentido, tiene razón a medias: no habrá divorcios ni aventuras flagrantes mientras estés casado con Tisis, Gavin.

—¿Qué? —Gavin todavía no había procesado la primera parte. ¿Su padre quería que se casara con Tisis? Pero si era la misma mujer que había saboteado la prueba de Kip. La misma mujer que Gavin acababa de expulsar del Espectro.

Orholam misericordioso. La madre de Gavin había confesado que mandó asesinar a Dervani porque este conocía el secreto de Dazen. Y ahora su padre quería que se casara con una mujer cuyo padre había muerto por orden de Felia Guile.

—¿No te parece perfecto? Eirene usa su herencia para controlarnos, y nosotros utilizamos a Kip para controlarla a ella. Si consiente que nuestra familia lo herede todo, desheredaremos a Kip. No es el único as que podemos jugar, pero nunca está de más obligar a tu oponente a pagarte por sacrificar una carta que de todas maneras no pensabas usar.

En términos puramente estratégicos, a Gavin le agradaba la idea... pensando no en su familia, sino en él mismo. Tisis era una mujer atractiva que aún podría convertirse en aliada, en vez de en la adversaria que creía que acababa de ganarse. Y de este modo, evitaría que su padre destruyera a Kip. Cuando menos, el muchacho ganaría algo de tiempo. El de Gavin se agotaba a pasos agigantados, y no quedaría nadie para velar por Kip cuando él no estuviera; y si Gavin moría antes que Andross, Kip necesitaría protección. Pero...

—Padre, ¿por qué no vuelcas tu ingenio en ayudarme, para variar? La única mujer con la consentiré casarme es Karris Roble Blanco.

Andross Guile resopló.

—¿Y qué le va a aportar a esta familia? ¿Un puñado de terrenos estériles? ¿Las alianzas de su familia, que se marchitan mientras ella se dedica a jugar a la Guardia Negra? No seas ridículo.

Gavin probó un sorbo de té. Cuando se le templaron los nervios, con toda tranquilidad, sin alzar la voz, dijo:

—Será ella o ninguna.

—Siempre fuiste mi predilecto, Gavin. Me parecía verme reflejado en ti. Pensaba que tenías personalidad. Quizá no debería lamentarme tan amargamente porque te vuelvas contra mí ahora, aunque tendrías buenos motivos para no hacerlo. Recuerda lo que hicimos para convertirte en Prisma. Me debes todo lo que eres, hijo. De modo que harás exactamente lo que te diga, o pagarás un precio más elevado y fulminante de lo que te imaginas.

Gavin se levantó en silencio.

—Hijo, déjame escucharlo de tus labios. Di que me obedecerás en esto.

Gavin se dirigió a la puerta, abrió las cortinas oscuras y salió de las sofocantes tinieblas.

—¡Gavin! —exclamó su padre. Sonaba mayor. Sonaba débil—. ¡Gavin!

79

—Buenas noches —saludó Gavin a los guardias negros apostados ante la puerta de sus aposentos. No reconoció a ninguno de los dos. Eran jóvenes, debían de rondar los dieciocho años. Parecían unos chiquillos... y cuando los hombres de dieciocho años te parecen unos chiquillos, es señal de que te estás haciendo viejo.

¿Qué hacías tú cuando tenías dieciocho años, Gavin?

Demasiadas cosas. Pero no pensaba distraerse ahora con eso. Frente a él había dos guardias negros que no le sonaban de nada, a pesar de que los conocía a todos. Dos guardias negros, a solas con él. Así empezaban los intentos de asesinato. Ya le habían advertido.

Los hombres saludaron con gesto marcial.

—Lord Prisma.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Gavin.

—Gill y Gavin Greyling, señor —dijo el mayor de los dos.

Hermanos, por supuesto. Tendría que haberlo notado.

—¿Gavin? —preguntó al más joven.

El muchacho sonrió de oreja a oreja.

—Sí, señor, llamado así por...

—Porque nuestra madre vio que había nacido con pocas virtudes, mi señor —lo interrumpió secamente Gill.

—¡Oye! —protestó Gavin Greyling.

Gavin se rió. De los dos, Gavin era definitivamente el más apuesto.

El menor de los Greyling se mostró aliviado al escuchar las carcajadas del Prisma.

—Lamento que mi hermano sea tan poco agraciado, mi señor. Es un auténtico honor serviros. Un sueño hecho realidad, mi señor.

—El honor es mío por tenerte a mi servicio, Gavin, e incluso a ti, Gill. ¿Os acaban de ascender a los dos? —Un guardia negro, bautizado en su honor. Orholam bendito. Se hacía viejo, sin duda. Y su ceguera incipiente daba fe de ello. Sintió una opresión en el pecho. Tras la reunión con su padre, no había tenido el ánimo suficiente para bajar a la entrada de servicio de los túneles. Se había dicho que así podría comprobar primero la alarma de su habitación. Que podría averiguar si alguien lo había traicionado.

En realidad, sencillamente carecía de fuerzas para ir allí en ese momento y

enfrentarse a su hermano... vivo o muerto.

—Sí, mi señor —respondió Gill.

—¿No es habitual que el comandante asigne un veterano como acompañante para cada recién ascendido?

Gill dio un respingo.

—Sí, señor. Con las bajas que sufrimos en Garriston, es complicado cubrir todos los puestos.

Gavin los miró a cada uno por turnos, ensanchando momentáneamente las pupilas para comprobar su temperatura. Ambos irradiaban bastante calor, estaban nerviosos. Por supuesto que, sin una pauta de referencia, y tratándose de la primera vez que hablaban con él, eso le servía de poco.

Además, ahora que lo pensaba, le pareció recordar que había visto entrenar a aquellos chicos. Gill se daba maña con las picas, si a Gavin no le fallaba la memoria. ¿Y qué clase de asesino se arriesgaría a despertar las sospechas de su objetivo bromeando con él? Un asesino muy refinado, tal vez, pero probablemente no con tan solo dieciocho años.

Se despidió de ellos y entró en su cuarto.

—¿Marissia? —llamó. Era tarde, quizá se hubiera ido ya a la cama que tenía en la pequeña habitación adyacente, más bien un trastero, la verdad. Pero no respondió. Lo cual sería de esperar, si lo había traicionado.

A su espalda, Gavin Greyling estaba cerrando la puerta.

—Esto... se fue hace alrededor de media hora, señor. —Marissia a menudo trabajaba hasta altas horas de la madrugada cuando Gavin regresaba de sus viajes, para presentarle los informes más actuales a la mañana siguiente y organizar los asuntos pendientes más importantes en su calendario. Y si era leal, estaría haciendo cuanto estuviera en su mano para investigar su «fracaso». Sí, así era Marissia. Así era el corazón de la mujer, siempre dispuesta a enmendar cualquier error, aunque eso la llevara a olvidar que, cuando Gavin volvía a casa, la quería allí. No tenía ni un pelo de traidora.

—Ah. —Mierda.

—¿Si podemos hacer algo por vos, mi señor? —preguntó Gavin Greyling.

Gavin miró al muchacho con una sonrisa y dijo:

—Me he pasado los últimos cuatro meses viajando con una mujer que me resulta tremendamente atractiva pero que no podré tener nunca. Así que no, me temo que la tarea que quería encomendarle a mi esclava de cámara no podríais realizarla vosotros.

Gill se echó a reír. Su hermano tardó un poco más.

—¿Os referís a la comandante de la guardia Ka...? ¡Ay! —exclamó cuando Gill le dio un golpe en el pie con el asta de la lanza.

Gavin Greyling miró a su hermano, irritado, y palideció.

—Oh. Ah. Hum... lo siento, señor. ¿Queréis que uno de nosotros vaya a buscarla? Me refiero a la esclava de cámara, mi señor. No a la comandante de la guardia... Aunque supongo que... Ejem.

A pesar de la sugerencia, Gavin sabía que no debería tratar a los guardias negros como si fueran sus recaderos. Los muchachos se meterían en problemas por haberse ofrecido voluntarios. No, había conversado con ellos para obtener información y para cerciorarse de que no fueran unos asesinos. No iba a echarlo todo a perder por una comezón en la ingle.

Pero estuvo cerca. Sacudió la cabeza.

La puerta se cerró a su espalda, y arrastró los pies hasta el cuadro. Estaba agotado, y la desesperación que le atenazaba el estómago no dejaba de crecer. Observó el lienzo de cerca, examinó la bisagra oculta, pero no vio ningún indicio de manipulación. El marco del cuadro necesitaba una nueva capa de pintura, no obstante. Las secreciones de sus dedos habían desgastado uno de los bordes. Tendría que disimular la marca. Tiró del marco para separarlo de la pared.

El panel que cubría la luxina amarilla líquida estaba intacto, inerte hasta que la alarma inyectara aire en su interior para hacer que refulgiera suavemente. La alarma no había saltado.

Trazó el supervioleta y profundizó un poco más, introdujo el supervioleta en el panel de piedra infernal, notó el roce de los filamentos que había dejado allí, tan delicados que se romperían al menor roce, tan delicados que le dirían si alguien había saboteado la trampa. Tanteó el mecanismo. Estaba intacto.

Por un momento, desesperado, pensó que todo aquello era un error. ¡Dazen estaba todavía en la prisión azul! ¡Nada había salido mal! Había sucumbido al pánico porque había perdido el azul, eso era todo. Porque había tenido una pesadilla en la que Dazen escapaba, un temor que lo acosaba desde hacía dieciséis años, así que no tenía nada de extraño que se hubiera recrudecido ahora, tras perder el azul.

Solo que el Tercer Ojo también había dicho que su hermano había salido del azul.

Aunque las adivinas se equivocan a menudo, ¿verdad?

Ella no.

Gavin continuó trazando, sondeando la rampa. Había cambiado. Se había pasado al verde.

De modo que Dazen, efectivamente, había escapado del azul, pero seguía atrapado en el verde. La alarma azul había fallado, pero antes o después Dazen había obtenido comida. Recibiría pan azul en la prisión verde, pero no había salido de allí. O bien el verde lo había enloquecido demasiado como para pensar con claridad, o bien el pan azul, bañado por la luz de la celda, se encontraba demasiado cerca del verde en el espectro cromático como para proporcionarle una luxina útil. Estaba en el verde, y estaba vivo.

Dazen era impredecible, pero no se había producido ninguna catástrofe. Todavía no.

El enorme peso no se levantó por completo de los hombros de Gavin, pero al menos se repartió más equitativamente. Esa emergencia podía esperar hasta el día siguiente. No estaba preparado para enfrentarse a Dazen, no después de la jornada que había tenido. Descansaría, ordenaría sus pensamientos y se vería las caras con su hermano. Al día siguiente.

Se dirigió al escritorio, sacó los mantos coruscantes doblados y la cajita de cartas, y lo guardó todo en un armario. Más tareas pendientes que atender. Los problemas no dejaban de acumularse. Empezó a desnudarse mientras encaminaba sus pasos hacia la cama. Tiró la ropa en todas direcciones, irritado de repente. ¿Dónde se había metido Marissia? ¿Para qué necesita uno esclavas de cámara sino para disfrutar de su puñetera compañía de vez en cuando? Los planes podían esperar. La quería allí. Masculló una maldición, sintiéndose ruin y mezquino.

Lo cierto era que estaba resentido con Karris, siempre tan intratable. Además, extrañaba a Marissia, y no solo por sus admirables habilidades en la cama. No quería dormir solo aquella noche. Quería estrechar su cuerpo, sentir la reconfortante suavidad de sus curvas. Despertar, abrazarla y volver a quedarse dormido. Quería meterse en la bañera con ella por la mañana, y pedirle que le desenredara el cabello, que lo ungiera con aceites, que lo vistiera y lo mandara a conquistar el mundo de nuevo con la cabeza despejada.

En vez de eso, Marissia andaba por ahí, haciendo lo que fuera que hacía cuando no estaba sirviéndolo.

Era desconsiderado, injusto. La mayor parte del tiempo que Marissia pasaba fuera de su habitación era para servirlo. Se arrastró bajo las mantas, continuó teniendo pensamientos funestos durante unos cuantos segundos más, y se rindió al sueño.

De madrugada, Gavin debía de haber tenido calor y arrojado las mantas lejos de sí, porque se despertó aterido. Adormilado, estiró un brazo para volver a arroparse, pero entonces sintió la caricia de unos largos mechones en el muslo, seguida de un beso. La mujer tomó sus manos y se las inmovilizó con firmeza a los costados, para que no interfiriera.

Ay, Marissia, si uno pudiera enamorarse de una esclava...

Marissia se dedicó a complacerlo como abordaba todas sus tareas: con pulcritud y eficiencia. Ya había hecho aquello antes, cuando Gavin regresaba de sus viajes y ella no estaba disponible en ese momento, o incluso tras presentir que Gavin sencillamente tenía sed de los placeres de la carne. Lo despertaba sutil y placenteramente, y lo cabalgaba hasta alcanzar un rápido clímax. Era como si le proporcionara una ración para el camino: satisfacía su apetito lo antes posible, e interfería lo menos posible con los asuntos que lo ocupaban. En este caso, dormir. Era

una mujer extraña, pero Gavin no la cambiaría por nada del mundo.

Tras enardecerlo con admirable presteza, Marissia se encaramó al cuerpo de Gavin. Este buscó sus senos, pero ella detuvo las manos inquisitivas y las sujetó sobre su cabeza. En ocasiones, los pechos de Marissia se volvían tan sensibles que no soportaba la idea de que Gavin se los rozase siquiera. Consentiría ante su insistencia, por supuesto —se debía a su placer—, pero Gavin no quería insistir aquella noche. No cuando estaba siendo tan solícita.

Marissia gimió con delicadeza mientras se sentaba gradualmente encima de él, y el placer resultante estuvo a punto de arrebatar el sentido a Gavin, pero aun así este abrió los ojos. Marissia rara vez gemía. La habitación estaba a oscuras. Gavin podía cambiar eso, por supuesto, pero el placer embotaba su voluntad. Había pasado tanto tiempo...

Cuando la mujer se hubo acoplado a él por completo, aun sin manos, sin ver nada, Gavin supo que aquella no era Marissia. Conforme salía de su estupor, era cada vez más evidente. Conocía el cuerpo de Marissia, sus movimientos, el olor de su excitación y la fragancia de su perfume, y aquella no era...

Esa fragancia. Mientras el súcubo comenzaba a mecer rítmicamente las caderas, Gavin sucumbió al soporífico trance enfrentado del placer y la memoria.

Karris casi nunca se perfumaba. Solo un día al año, y solo cuando no podía evitarlo. Únicamente usaba perfume para el Baile de los Señores de la Lux. Ese perfume.

Orholam misericordioso. Por eso había conseguido colarse en su cuarto. Los guardias negros sabían que no debían franquear el paso a nadie, pero no detendrían a Karris. Y menos después de que Gavin les hubiera contado... Ooh.

El mero hecho de pensar que era Karris terminó de despertar por completo a Gavin, lo inflamó. Su súcubo era un poco torpe, como si no supiera muy bien lo que se hacía. Karris solo había tenido dos amantes, que él supiera, y ninguno de ellos por mucho tiempo. Le faltaba práctica. Sin embargo, en casi todo lo demás demostraba más coordinación que en esto.

Gavin apoyó las manos en la suavidad de aquellas caderas para guiarla. ¡Karris! Tras dieciséis...

¿Suaves? ¿Las caderas de Karris? Una mujer podía estar en una forma increíble y a pesar de todo conservar algo de elasticidad en las caderas, por supuesto, pero...

Los gemidos de la mujer eran más intensos ahora, y sus jadeos amortiguaban casi por completo las voces que sonaban tras la puerta de Gavin. Este dejó de guiar sus movimientos, pero ella se limitó a cabalgarlo con más ímpetu.

Se abrió la puerta, y una figura que sostenía una lámpara en alto irrumpió en la habitación.

—Capitana —protestó uno de los Greyling—, de veras, creo que no...

La luz de la lámpara reveló a Karris, plantada al pie de la cama de Gavin. La misma luz convirtió al súcubo en una sombra silueteada. La mujer que Gavin tenía encima no se detuvo, sino que siguió contoneándose lascivamente sobre él durante varios segundos, recreándose en el vaivén de sus caderas, antes de reparar por fin en la presencia de los recién llegados.

Karris accionó la palanca que abría los paneles de agua brillante de las paredes, dejando que la luz inundara la habitación.

Durante un segundo, Gavin se quedó deslumbrado. Luego, cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad, distinguió a la muchacha que tenía encima: Ana Jorvis, la alumna de la clase de los supervioletas. Ana, la pequeña tentadora que ya había intentado colarse en su cama una vez.

—¿Os importa? —refunfuñó Ana, mirando por encima del hombro. No le causaba el menor pudor encontrarse desnuda ante Karris y los jóvenes guardias negros. Se mostraba impertérrita, pese a haber sido interrumpida en pleno coito. Orgullosa, incluso. Desafiante. Altanera.

Pero Gavin no tenía ojos para ella. Miraba fijamente a Karris, que se había quedado petrificada como un cadáver. Los cabellos le caían sobre los hombros, no sueltos sin más, sino cepillados y rizados a conciencia. El carmín de sus mejillas era lo único que aliviaba su palidez. También se había pintado los labios. Karris no se maquillaba nunca. Llevaba puesta una elegante capa que Gavin no había visto hasta entonces, y allí donde se abría para permitir el paso de la mano que sostenía la lámpara, Gavin entrevió una blusa de encaje.

Una blusa de encaje. Karris. Medianoche. Su dormitorio. Planeaba...

—He dicho que si os importa. Mi señor y yo estamos ocupados —dijo Ana. Tomó una de las manos de Gavin, apoyada sin fuerza en su cadera, y la copó contra su pecho. El mismo pecho que no le había permitido tocar antes, para que no descubriese quién era.

Karris giró sobre los talones.

Gavin se desembarazó de Ana con una maldición y salió corriendo detrás de Karris, pasando como una exhalación entre los boquiabiertos hermanos Greyling.

—¡Karris!

Oyó un estruendo de cristales rotos cuando llegó al pasillo y vio que a Karris se le había caído la lámpara con las prisas. Hecho añicos el recipiente para el aceite, este se extendió por el suelo. Gavin se detuvo.

La mecha, aún encendida, se inclinó lenta, paulatinamente, y antes de que a Gavin le diera tiempo a trazar, un fogonazo iluminó el pasillo. Gavin sofocó las llamas en cuestión de segundos, cubriéndolas con grandes capas de luxina amarilla. Cuando por fin reanudó su camino, Karris ya había empezado a bajar en el ascensor. Gavin se quedó con medio cuerpo asomado al hueco del ascensor, desoyendo las advertencias

de los guardias que lo vigilaban.

Karris se había detenido un piso más abajo, en el barracón de la Guardia Negra.

—¡Mi señor! —exclamó la guardia negra Samite.

—Ni se te ocurra intentar detenerme... —gruñó Gavin.

La mujer levantó las manos. Paz. Le lanzó su capa para que se tapara.

—Buena suerte, señor.

Gavin se anudó la capa alrededor de la cintura y saltó al hueco del ascensor. Aterrizó un nivel más abajo. Salió al pasillo y echó a correr en dirección a la zona reservada para las mujeres del barracón de la Guardia Negra. La puerta estaba cerrada.

—¡Karris! —gritó.

Pero mientras se acercaba, una docena de guardias negros, la mayoría de ellos vestidos únicamente a medias, cerraron filas frente a la puerta. Ante él se alzaba una muralla infranqueable.

—No avancéis más, mi señor —dijo Puño Trémulo, con delicadeza. Era uno de los guardias semidesnudos, y aunque no alcanzaba las dimensiones de Puño de Hierro, seguía siendo más corpulento que Gavin. Poseía unos pectorales enormes, y unos hombros lo bastante anchos como para bloquear las Puertas Sempioscuras.

—¡Apartaos de mi camino! —exclamó Gavin.

Sin decir nada, los guardias negros se limitaron a mantener la formación.

—¡Malditos seáis, no podéis detenerme!

—Sí que podemos —replicó Puño Trémulo—. Y ahora, señor, por favor, salid de aquí. Marchaos antes de que avergoncéis todavía más a vuestros leales sirvientes. Recientemente se han producido nuevas incorporaciones a la compañía. No entenderán lo que ocurre.

Gavin profirió un alarido de frustración y se fue, hecho una furia.

El trayecto de una planta en ascensor fue insuficiente para apaciguar su rabia. Sus jóvenes guardias negros lo observaron atentamente, patidifusos, pero no abrieron la boca cuando pasó junto a ellos con paso airado y entró en la habitación.

Ana debería haber estado de rodillas, llorando e implorando perdón. En vez de eso, lo aguardaba con una fingida pose de meretriz que Gavin reconoció como inspirada en una famosa escultura, el Don de la Doncella. Incluso se había puesto un vaporoso camisón de seda, idéntico al de la estatua: escorzada, con la melena cubriéndole un hombro, curvada como una ese, visible el costado de un seno. La escena era tan evidentemente impostada que Gavin se habría echado a reír si no estuviera tan enfadado. En vez de eso, solo consiguió avivar su ira.

—Mi señor —dijo la muchacha—. ¿Queréis que sigamos? Me quedan todavía tantos placeres que compartir con vos...

El autocontrol de Gavin sufrió un último estremecimiento. Cerró los ojos, apretó

los dientes y, por fin, dijo:

—¿Tienes la menor idea de...? Conque me... ¡Pensé que eras ella!

—¿Qué? ¿Ella? Pero si es repelente, y está llena de músculos. Karris tiene tantos años que podría ser mi madre. Quiero decir, como pareja de lucha seguro que es un portento, pero ¿como amante? Acostarse con ella debe de ser como follarse un saco de arena. Esa zorra apolillada...

Un sonido como el rugido de un tigre al que hubieran abierto la puerta de su jaula escapó de la garganta de Gavin. Golpeó la palanca que abría todas las ventanas de la habitación y se plantó ante Ana en un abrir y cerrar de ojos.

La luna iluminaba el firmamento nocturno, donde se perseguían las nubes empujadas por el fuerte viento.

—¡Mi señor, ¿qué hacéis?! —gritó uno de los guardias negros, pero Gavin ni siquiera lo oyó. Agarró a la muchacha del pelo y la arrastró de espaldas a la fría noche.

—¡Esa «zorra» —bramó, imponiendo su voz a los aullidos del viento— es la mujer que amo! —Con un rugido inhumano, arrojó a Ana lejos de él. Con tanta fuerza que la joven chocó con la barandilla del balcón y rodó por encima.

Y se precipitó al vacío.

No gritó. No jadeó apenas, un sonido minúsculo que llegó amortiguado por el viento a los oídos de su agresor.

El corazón de Gavin se detuvo en su pecho al mismo tiempo que el viento dejaba de soplar, pero no la oyó estrellarse contra el suelo. ¿Quizá algo había interrumpido su caída? ¿Quizá alguien la había salvado?

Vanas esperanzas, y Gavin lo sabía.

Corrió hasta el borde del balcón y se asomó.

Que Orholam se apiadara de él. Cientos de pies más abajo, Ana había aterrizado de cabeza. Su cuerpo se había contorsionado de mil formas imposibles. Desde allí arriba, parecía una uva que alguien hubiera aplastado entre los dedos: la piel esparcida por todas partes, el zumo esparcido en todas direcciones.

—Mi señor...

Gavin se giró y vio a sus dos jóvenes guardias negros. Sus caras le decían que Ana no era la única que se había despeñado de las alturas. Se cubrió el rostro con las manos. Regresó al interior, y uno de ellos, con los ojos como platos, cerró las ventanas. Gavin se sentó en la cama, consciente por primera vez de su casi total desnudez.

—Informad a quien debáis informar —dijo—. Estaré aquí.

Naturalmente, mentía.

80

Cuando empezaron a aporrear la puerta de la zona de mujeres del barracón, Karris pensó que Gavin habría regresado, pero la voz que atronó al otro lado de la hoja era la del capitán de la guardia Blademan.

—¡Eh! ¿Qué hace esta puerta trancada? ¡He dicho que todo el mundo a formar, maldita sea! ¡Me da igual que estéis en pelotas o en el cagadero, acudid ahora mismo!

Karris abrió la puerta de golpe, alerta al instante, olvidadas las lágrimas.

—¿Qué sucede?

El capitán de la guardia Blademan la miró de arriba abajo: la capa que no cubría su blusa, el maquillaje, el perfume, el cabello arreglado, los ojos hinchados a causa del llanto. Titubeó solo un momento, sobreponiéndose a la sorpresa, y decidió que fuera lo que fuese aquello, podía esperar.

—A formar todo el mundo, Karris. Te necesitan arriba, inmediatamente. Una chica acaba de caerse del balcón de la Torre del Prisma. Está muerta. Creemos que la empujó él.

Gavin contempló fijamente la luna, trazando muy despacio la tenue claridad. Su plan era simple: trazar una cuerda y dejarla colgando por fuera de la ventana, para que creyeran que había escapado por allí.

Pero ya no podía trazar ni el verde ni el azul. Una cuerda era imposible. Se apoyó en el marco de la puerta, tragando saliva con dificultad. Nunca antes había tenido que pensar así. La respuesta más sencilla siempre había sido la mejor. Con todos los colores en su paleta, tan solo debía encontrar los materiales más adecuados para la tarea que lo ocupase. Ahora... ahora era como un trazador normal, intentando resolver un problema con un conjunto de herramientas limitado. Era una situación completamente distinta. La odiaba.

Mientras reflexionaba, agarró ropa limpia del armario y se vistió. Supuso que podría trazar una cadena amarilla, pero eso los llevaría a preguntarse por qué habría elegido trazar solo ese color, un proceso mucho más arduo que requería mucho más tiempo. Las preguntas de ese tipo podían ser más mortíferas que el asesinato de la hija de un noble poderoso.

Apartó esa idea de su mente. El tiempo apremiaba.

Una ventana abierta nada más, entonces.

En ese momento, Gavin vio los mantos coruscantes guardados en el armario. Se echó la capa más grande sobre los hombros. Sabía que el broche debía de ser importante, de modo que se lo puso y lo abrochó. Detestaba las cosas que le ceñían el cuello, y los fríos relieves metálicos de la cara interior de la cadena se le clavaban de forma desagradable en la piel.

Se colocó delante de un espejo. Todavía era bien visible. Se embozó en los pliegues de la capa. Todavía visible. Cerró los ojos y se imaginó que era invisible, lo quiso, lo deseó, rogó por ello, depositó en ello toda su fe. Entreabrió un ojo. Allí seguía.

Llamaron con suavidad a la puerta. Gavin trazó instintivamente para defenderse.

Unos puñales se le clavaron en el cuello por ambos lados. Lo que parecía una lengua de fuego recorrió su cuerpo de arriba abajo: las mejillas, encendidas; el cuero cabelludo, en llamas; el pecho, ardiendo; los brazos, las piernas. Después el calor desapareció, dejando un cosquilleo, y este dio paso a una sensibilidad extrema, como la de un diente ante la bebida muy fría.

Miró en dirección al espejo... y vio a través de sí mismo. Su rostro resultaba visible, al igual que un pico de su cuello, allí donde la capa no estaba completamente cerrada. El broche le había clavado dos agujas en el cuello. Gavin terminó de cerrar la capa y descubrió que había unos ganchos diminutos ocultos en la tela, para mantener la capucha cerrada incluso sobre su cara. Únicamente asomaban sus ojos. El resto de su cuerpo era translúcido; no perfectamente transparente, sino más bien como si se viera a través de una ventana sucia. En la penumbra, el resultado sería más que aceptable. Si permanecía inmóvil contra una pared, sería perfecto. Pero si caminaba deprisa, con buena iluminación, sería fácil descubrirlo.

Los golpes sonaron con más insistencia.

—¡Señor, por favor, déjenos pasar!

Gavin agachó la cabeza para ver si podía ocultar los ojos bajo el borde de la capucha y volverse, a efectos prácticos, invisible. Cuando lo hizo, no vio nada en absoluto. La oscuridad era tan intensa que le infundió un pavor visceral.

De modo que si lo sometían a un escrutinio minucioso, tendría que quedarse ciego a fin de ser completamente invisible. Estupendo. Aterrador.

La ventana ya estaba abierta. Gavin se pegó a la pared, junto a la puerta.

—¡Lord Prisma! —gritó el comandante Puño de Hierro—. Hemos venido para llevaros ante el Espectro. Por favor, mi señor, abrid.

Gracias por el aviso, viejo amigo.

Los guardias negros abrieron la puerta instantes después. Tenían llaves, por supuesto. Puño de Hierro entró al frente de un grupo de seis hombres.

—Comprobad el balcón —ordenó.

Gavin salió furtivamente por la puerta que habían dejado abierta a sus espaldas.

El viento que entraba por la ventana y soplaba por el pasillo hizo que la capa aleteara alrededor de su pierna. Pero nadie se percató de nada. Salió al pasillo.

Una vez allí, en lugar de dirigirse al ascensor, caminó en la dirección opuesta y buscó las escaleras que conducían al tejado. Entreabrió la puerta, se las vio con otra ráfaga de viento y se escabulló rápidamente.

Todavía faltaban horas para el amanecer. Gavin se sentó en un banco, oculto a la vista desde la puerta. Tenía que averiguar cuán grave era la situación antes de hacer nada. Pero quedarse sentado, pensativo, era peligroso.

Orholam misericordioso, había asesinado a esa estúpida chiquilla. Se frotó la cara con las manos. Desearía sentirse peor, pero no era su primer asesinato. Todos los años mataba a alguien en ese condenado ritual bárbaro, escuchando sus pecados antes de clavarles un cuchillo en el corazón. ¿Qué más daba otra alma en su lista?

Si investigaba la historia de esa muchacha, sin duda descubriría alguna historia patética. Como que la familia de Ana estaba al borde de la ruina, y esperaba que seduciéndolo pudiera salvarlos a todos. O que su padre la había chantajeado para que se colara en la cama de Gavin para después poder chantajearlo a él. Andross había dicho que Ana estaba entre las posibles pretendientes, ¿verdad? O... daba igual. Qué había hecho, por qué. Cómo había burlado a sus guardias. Quizá se tratara de una conspiración; lo más probable era que todo se debiera a un error de comunicación y a la inexperiencia.

Pero Gavin no acostumbraba a perder los estribos de esa manera. Era lógico, templado. Por el amor de Orholam, Gavin era el epítome de la entereza. Era. Lo había sido.

Ya no.

Había perdido el azul. Quizá no fuera un simple acontecimiento mágico, sino también personal. Había perdido el frío, duro e implacable pragmatismo del azul. No tenía ningún motivo para matar a esa chica, nada salvo la pasión y el odio lo habían impelido a hacer algo así. La pasión y el odio, sin el freno de la razón.

La desaparición de sus poderes no mermaba únicamente estos; mermaba todo su ser. Gavin estaba perdiendo el control, la inteligencia, la humanidad.

Había tirado a una muchacha desde su balcón. ¿Qué clase de persona haría algo así? No era su intención... pero ahora eso carecía de importancia. Lo había hecho. Y puede que sí hubiera sido su intención.

Además, había perdido a Karris. Esta había acudido a su cuarto, a medianoche, vestida para hacer el amor. Tenía el corazón en un puño. Que Orholam se apiadara de él. No sabía qué hacía Karris, por qué lo había buscado en ese momento, tras meses de disponer de todas las ocasiones del mundo. Pero el caso era que lo había buscado. Todo sería perfecto si él hubiera actuado de otra forma, si no hubiera bromeado con los guardias, diciéndoles que quería compañía; si se hubiera despertado antes; ¿si no

hubiera permitido que una completa desconocida lo montara a horcajadas, quizá?

Vi lo que quería ver, como siempre. Y ahora tendré que pagar el precio de mis delirios en el mundo real.

Se preguntó de cuánto tiempo debía de disponer antes de que se quedara sin el amarillo. Cuánto tiempo antes de que se quedara sin los demás colores. Faltaban ocho meses para la Liberación. Cuando descubrió que había perdido el azul, creyó que aguantaría hasta entonces. Ahora sabía que eso no iba a ocurrir.

Pensó en sus objetivos.

Lucidonius, ¿era tu situación igual de desalentadora cuando los ur te atraparon en el valle de Hass? ¿Dudaste entonces de tus propias capacidades? ¿O eras tan terco como cuentan las leyendas? ¿Eras una persona normal? Cambiaste el mundo, pero ¿era así como querías que fuese?

Gavin había ejecutado a su propia madre, y esta le había dado las gracias por ello. ¿Qué clase de mundo perverso era aquel? ¡Le había dado las gracias!

Se acordó de aquel artista, aquel condenado adicto genial, ¿cómo se llamaba? Aheyyad Agua Brillante. Le había proporcionado un nombre al muchacho, y después lo había asesinado. Repartía migajas con una mano, y con la otra lo arrebataba todo. Aheyyad también le había dado las gracias. Gavin había defraudado a los habitantes de Garriston, que habían perdido su ciudad, sus posesiones, las vidas de muchos seres queridos... y lo adoraban como si fuera una deidad. Lo amaban.

¿Cómo era posible que nadie más lo viese?

Las estrellas mortecinas no contenían ninguna respuesta. Como si en la hora bruja no hubiera dioses, ni Orholam, ni luz.

Podía sobrevivir a esto, ¿verdad? Quizá si Ana Jorvis hubiera sido una esclava... Pero no lo era. Su padre poseía más de la mitad de la flota de barcazas que navegaba el Gran Río, y su madre era la hermana de Arys de los Velos Verdes. Arys, la Subroja. Antigua aliada, apasionada, y no precisamente reacia a la guerra. Arys quería a Ana. Arys convertiría la destrucción del asesino de su sobrina en el principal objetivo de su existencia. ¿Con su pasión y la temeridad de saber que solo le quedaban un par de años de vida? Diablos, incluso perder su voto en el Espectro supondría...

Nada era posible. Todo se había acabado.

El sol hundió finalmente las uñas ensangrentadas en el horizonte y comenzó a elevarse a pulso por emcima de él. Gavin se acercó al enorme cristal montado en su eslabón giratorio y, cuando la luz del sol descendió por fin sobre él como la pesada mano de Orholam, se quitó el manto coruscante y lo dejó caer a sus pies. A continuación, levantó el guardapolvo y apoyó las manos en la gran roca helada.

Extendió su consciencia, tanteando, sintiendo la luz. No podía ver el azul, pero podía notarlo. No estaba exactamente descompensado —en esos momentos, el azul y el rojo se encontraban casi a la par—, pero sí fuera de control. Desprendía una

sensación de irregularidad, una cuadrícula de caos absoluto y control tortuoso. Percibió un nudo, no obstante, diminuto, en el interior del mar Cerúleo, quizá ni siquiera con forma física aún, recomponiéndose, flotando como uno de los míticos glaciares de los grandes mares que se extendían más allá de las Puertas Sempioscuras. Gavin había destruido a la perdición, pero jamás desaparecería por completo. Al cabo de seis meses, surgiría otra. Podía aniquilarlas una tras otra, pero se recuperarían lentamente, se reconstruirían de nuevo, hasta que un Prisma de verdad volviera a meterlas en cintura.

Sondeó el verde a continuación. Allí no había orden, ninguna cuadrícula que se pudiera definir como tal. El verde campaba a sus anchas, pero solo en impulsos aleatorios. Las Llanuras Verdegueadas estaban en flor ahora, en otoño, porque las cubría una inmensa franja de verdor. Después, huecos. Inmensos brotes de algas en el mar, espacios vacíos, y luego otro nudo, incipiente, hacia el sudoeste. ¿Dónde quedaba eso?

Orholam. En las afueras de Ru. Justo en la trayectoria del ejército invasor del Príncipe de los Colores.

Ambos... nudos, lo que fuesen, aumentaban gradualmente de tamaño.

Gavin volcó su voluntad en el enorme cristal e intentó restaurar el equilibrio, intentó imponerle la dicha de la armonía al mundo entero, como tantas veces había hecho en el pasado.

Ese era su cometido. Eso era lo que había hecho ya, una y otra vez, sin necesidad siquiera del cristal. ¡Ese era su don, su propósito, su aristeia!

Nada. Vacío. Ausencia. Silencio. Era un simple hombre, un simple hombre abrazado a un trozo de roca como si creyera que podría exprimir sueños líquidos de ella con tan solo desearlo. Un necio.

Se acabó. Estaba sentenciado. Un Prisma que no podía alcanzar el equilibrio no era nada, y sin el equilibrio del Prisma, el mundo estaba condenado. Los problemas únicamente podían empeorar. Las cosas volverían a ser como eran antes de la aparición de Lucidonius: nacerían dioses, los trazadores venerarían al de su color, intentarían convertirse en dioses a su vez, y todas las deidades batallarían entre sí, sacudirían el mundo inmensas tormentas que durarían décadas, el mar se secaría y moriría, bestias monstruosas merodearían por las planicies, los glaciares invadirían las montañas hasta colindar directamente con los desiertos. Hambre, penuria, y una guerra incesante por los escasos recursos que podrían desaparecer por completo en apenas un año. Naciones divididas en tribus y clanes. Ciudades incendiadas. Bibliotecas reducidas a cenizas. El fin de la civilización.

Conque fuera cierto tan solo la mitad de lo que decían que era el mundo sin Prismas, se avecinaba un cataclismo que empequeñecería a todos los demás. Gavin se sentó y se envolvió en la calidez de la capa, sintiendo cómo fluctuaba su consciencia.

Muy lentamente, una idea cobró forma en su mente. En aquel mundo demencial donde nada era lo que parecía, Gavin Guile no era el único Prisma. El nudo que le oprimía el pecho le indicó lo que debía hacer a continuación.

Incluso mi egoísmo tiene que tocar a su fin.

Gavin se levantó, dio la espalda a la luz, y se fue en busca de su hermano.

81

Dazen sabía que el tiempo jugaba en su contra. Seguro que Gavin disponía de algún tipo de sistema que lo avisaría si escapaba de sus prisiones.

Gavin. ¿Dazen? Hasta yo me hago un lío.

Dazen, pese a ser el menor de los dos hermanos, siempre había sido más listo. Pues bien, ahora Dazen soy yo. Y esta vez seré más listo que tú.

Dazen contempló primero la vía más fácil. Podría colocar una tabla de luxina verde sellada encima de la piedra infernal del pasillo. Mientras la luxina permaneciera sellada, la piedra infernal no la disolvería, al menos no de inmediato. Si utilizaba varias capas y hacía varios viajes, debería ser capaz de trasladar el verde hasta la próxima celda. Si el pasillo siguiente era tan largo como el primero, debido a su actual estado de debilidad probablemente le llevaría dos o tres días de trabajo.

¿Disponía de dos o tres días? Había tardado meses en llegar hasta donde se hallaba, ¿qué eran un par de días más?

No lo sabía. Quizá supusieran toda la diferencia del mundo. Quizá Gavin hubiera encontrado su violento final allí fuera, y no supusieran la menor diferencia.

¿Pensaba Gavin que su prisionero estaría tan poseído por el verde que se limitaría a correr a ciegas por el pasillo, como un perro enloquecido que buscara la libertad?

No, ese no era el estilo de Gavin. Sabría que Dazen, obligado a perder toda su luxina durante el traslado de la prisión azul a la verde, extremaría las precauciones. Sin duda lo primero que había pensado Gavin era lo primero que estaba pensando Dazen ahora.

Y tras considerarlo, Gavin habría trazado algún plan. Gavin le habría tendido algún tipo de trampa. Cuando Dazen se internara en ese pasillo, ocurriría algo que le arrebataría la luxina verde.

De modo que Dazen se quedó sentado, pensativo. El detonante de la trampa —porque seguro, seguro que tenía que haber una trampa— podría acechar en cualquier punto de ese túnel de piedra infernal. Hasta que Dazen no tuviera un plan, recorrer el túnel hasta tropezarse con él sería una temeridad.

Como lo sería también permanecer allí mucho tiempo, esperando y sumido en cavilaciones. Gavin podría regresar en cualquier momento. Para hacerle una visita, para regodearse. ¡Cómo le gustaría a Dazen borrarle la sonrisa a golpes a ese monstruo!

Permaneció sentado y comió algo, contemplativo, pensando, pensando.

Sabiendo que era el menor de los males, se levantó al cabo de un rato y se plantó en la boca de aquel túnel al infierno, el túnel que conducía a la prisión amarilla. Con sumo cuidado, muy despacio, trazó y selló una larga varilla de luxina verde. Tanteó a su alrededor, buscando detonantes ocultos en la oscuridad.

No, aquello era absurdo. Si sucumbía a la paranoia, jamás saldría de allí. Debía echarle valor, debía empuñar las riendas de su destino y arrollar los planes de Gavin, destruirlos. No podía quedarse atrapado en ese lugar. ¡Tenía que salir, de inmediato! Tenía que...

Tranquilízate, Dazen. Es el verde lo que habla por ti. Estás debilitado, la luxina ejerce más poder sobre ti cuando estás enfermo y cansado.

Dazen liberó el verde, lo purgó por completo de su organismo.

Sin él, se sintió extenuado, insoportablemente abatido. No, la debilidad era demasiado intensa. Si no absorbía el verde de nuevo, se quedaría dormido, y mientras él dormía, Gavin tendría tiempo de regresar...

Pero si absorbía el verde, cometería alguna estupidez, tal y como Gavin esperaba. Se arrojaría a los brazos de la próxima trampa, y eso podría dejarlo en una situación aún peor. La prisión amarilla bien pudiera ser inexpugnable. En la verde le había sonreído la suerte. Gavin había cometido un error, permitiendo que el pan azul cayera en sus manos. Dazen no podía contar con que eso volviera a repetirse. Necesitaba exprimir al máximo ese descuido.

Se imaginó a Gavin bajando hasta la celda, con su sonrisa socarrona en los labios, provocándolo...

Espera. Gavin ya ha bajado hasta aquí. Y para ello ha tenido que cruzar este mismo espacio geométrico.

Aun sin la luxina, Dazen experimentó una oleada de energía, de vitalidad. Gavin bajaba hasta allí. Eso significaba que debía de haber algún sistema de túneles. Se acercaba lo suficiente como para hablar con Dazen. Eso significaba que los túneles debían de estar muy, muy cerca.

Si Dazen pudiera encontrar uno de esos túneles, pasaría sencillamente junto a la prisión amarilla sin entrar en ella, escaparía de todas las prisiones. No hacía falta que se fugara de ellas una por una, podía salir andando, sin más.

La salvación estaba al alcance de la mano. Se le formó un nudo en la garganta. El corazón ardía en su pecho. Era como si todavía lo poseyera la fiebre.

No, aquello era auténtico júbilo. Hacía tanto tiempo que no sentía esa emoción vertiginosa y huidiza que le costaba reconocerla. Soltó una carcajada. A continuación, empezó a caminar por la cámara que rodeaba el gran óvalo verde que había sido su prisión, dando golpecitos en las paredes.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc. Toc, toc, tinc.

Tinc, tinc, tinc. El sonido a hueco reverberó en sus oídos como las voces de un

coro que entonaran las salves del Día del Sol.

Solo para cerciorarse, solo para no dejar nada al azar, Dazen comprobó el resto de la cámara. Nada. Aquella sección, de casi cuatro pasos de largo, era la más delgada. Buscó goznes ocultos, pero no halló ninguno. Tampoco esperaba hallarlos. Una vez terminada la prisión, sin duda Gavin habría sellado el túnel por completo. No había ningún motivo para dejar un punto débil allí donde Dazen pudiera encontrarlo.

Regresar a la celda verde fue como volver a recoger sus propios vómitos para comérselos. Pero lo hizo. Estremecido de aversión, gateó por el agujero que había practicado y agarró el cascarón de su pan azul.

Había reservado toda la corteza, abierta ahora para proporcionarle el máximo de superficie con la que trazar.

Volvió a salir de la celda verde, pero se quedó al alcance de su luz. Tardó otro cuarto de hora en trazar el azul necesario. Sin embargo, fue un alivio cuando lo consiguió. La claridad del azul era un regalo. Había convivido con el azul durante dieciséis años, y lo necesitaba. Mientras el azul inundaba lentamente todo su ser, volvió a cobrar conciencia de lo frágil que era su salud. Tan solo hacía meses que la fiebre había remitido. El feo corte que tenía en el pecho se había convertido en una fea cicatriz, tierna todavía. Su cuerpo le había ganado la batalla a la infección, pero eso no significaba que estuviera en plena forma.

No sabía de cuánto tiempo disponía. Necesitaba volar la pared, trazar el verde para reunir las fuerzas necesarias, e irse tan lejos y tan deprisa como pudiera. Cuando encontrara un lugar seguro podría preocuparse de sanar. Era una apuesta, y su yo azul odiaba las apuestas, pero esta era una que debía afrontar si no quería morir.

Pensó en ir otra vez hasta la pared de roca para golpearla con los nudillos de nuevo, para cerciorarse, pero no era preciso. Llevaba tanto trazando el azul que prácticamente podía ver, superpuestas en primer plano, las líneas que denotaban el contorno exacto de la oquedad. Podía calcular el grosor estimado de la piedra. Era granito, y gracias a alguna lección que había aprendido de pequeño y creía olvidada hacía mucho, recordaba cómo podía romperlo.

Eso era lo que hacía el azul por ti, extraía de tu mente detalles que costaba imaginar que se hubieran almacenado. El granito se rompía en cuñas predecibles, equis de sesenta y ciento veinte grados. El azul, por supuesto, no podía indicarle cuál sería la posición de esos ángulos con respecto a él. De modo que se armó de valor y se sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda. Hizo acopio de fuerza de voluntad. El primer misil debería tener el tamaño aproximado de su pulgar, o el granito no se resquebrajaría ni le mostraría los ángulos apropiados.

Respiró hondo y profirió un grito seco, muy breve. La acción le tensó el estómago, el pecho y el diafragma, le proporcionó tensión y una plataforma de disparo estable, además de imprimir un pequeño impulso animal a su voluntad. La

mecánica se funde con la bestia.

El proyectil azul salió disparado de él y se estrelló contra la pared, la traspasó con una pequeña explosión de polvo y metralla de granito.

No saltó ninguna alarma. Ninguna audible, al menos. Dazen se apresuró a acercarse a la pared. La oscuridad le impedía ver bien el boquete, pero trazó su contorno con los dedos, palpando las fracturas. Ajá, la inclinación era de unos doce grados.

Su mente, potenciada por el azul, desplegó las líneas ante él con facilidad, compensó los ángulos, seleccionó las líneas a lo largo de las cuales se fracturaría la roca, y exactamente dónde tendría que apuntar los siguientes misiles a fin de ensanchar el agujero lo suficiente como para cruzarlo.

Tras retroceder lo imprescindible para que no lo golpeara la metralla sin sacrificar nada de su puntería, Dazen se preparó, afianzó un pie atrás, y se giró con las manos levantadas. Cada una de ellas proyectaría dos misiles simultáneamente: allí y... allí.

Con un grito, los misiles salieron disparados de él e impactaron en la pared con una explosión azul cuando los fragmentos de luxina regresaron de golpe a la luz. El túnel se inundó de polvo, al igual que la garganta de Dazen, que se sentía repentinamente vacío. Trastabilló hasta la celda verde y absorbió la líquida vitalidad.

Mientras contemplaba los mendrugos de pan azul a sus pies, se le ocurrió que debería trazar también el azul, al menos un poco, un hilo... Se comió el pan. Encontraría azul de sobra cuando saliera de allí. Necesitaba la fuerza.

Una diminuta parte de su ser protestó, pero era demasiado pequeña, y débil.

Traspasó el lóbrego boquete y se adentró en el no menos lóbrego túnel. Trazó un poco de verde imperfecto en su mano. Las antorchas verdes dejaban mucho que desear, e incluso en su estado sabía que no debía invertir toda la luxina para que brillara tan solo algo más.

El túnel —el túnel de Gavin— era sencillo, excavado toscamente. Era muy estrecho, suficiente apenas para que cupiera una persona. Demasiado angosto para portar una antorcha, si no quería arriesgarse a sufrir graves quemaduras. Por supuesto.

Gavin habría utilizado una antorcha de luxina. Malnacido.

Una vez en el túnel, Dazen titubeó. El suelo parecía inclinarse ligeramente hacia arriba en una dirección, y en la otra parecía descender suavemente, pero no podía estar seguro. El instinto le indicaba que ascendiera, pero si se paraba a pensarlo, nada le garantizaba que la pendiente fuera a prolongarse hasta la superficie. Lo cierto era que ignoraba por completo dónde estaba la salida. Si tomaba el camino equivocado, por supuesto, podría limitarse a dar media vuelta, pero sería una pérdida de tiempo. Tiempo que podría resultar valioso. Y sin duda malgastaría energía, e incluso con el verde vivo en su interior, sabía que el cubo que contenía las fuerzas que le quedaban

tenía el fondo agujereado. Estaba demacrado, agotado bajo la pátina de feroz vitalidad que le prestaba el verde. De modo que se obligó a permanecer inmóvil, a la espera.

El azul lo salvó. No estaba trazándolo, pero lo había cambiado después de tantos años. Se quedó quieto, sosteniendo su exigua luz verde. El polvo de granito, posándose aún tras la explosión y su entrada en el túnel, recuperó ahora sus pautas naturales.

Soplaba una leve brisa entre los dos pasajes recién conectados, demasiado suave para que Dazen la sintiera en la piel, pero suficiente para ver cómo el polvo se deslizaba hacia el interior del túnel y... arriba. Si el viento soplaba en esa dirección, en esa dirección debía de haber alguna abertura. Allí estaba la salida.

Dazen comenzó a subir. Subir estaba bien. Subir lo sacaría de allí.

Un sollozo inesperado lo estremeció de la cabeza a los pies. Subir lo sacaría de allí. Dioses misericordiosos. Subir lo sacaría de allí.

82

—Hay una cosa que me intriga —dijo Teia mientras se sentaban en el cuarto de Kip. Estaba rendida y tenía el cabello alborotado tras la sesión de entrenamiento con Karris Roble Blanco—. Creo que Aram es el segundo mejor luchador de los cadetes.

—¿Ese chico tan alto y musculoso? —preguntó Kip.

—Y rápido. Y bicromo verde y amarillo. Ha perdido un par de enfrentamientos, pero me pregunto si no se estará haciendo la araña de arena.

—¿Araña de arena? —preguntó Kip. Teia lo había dicho como si fuera algo que debería saber.

—Siempre oculta en su madriguera, a la espera del momento apropiado para abalanzarse sobre su presa. Es amarillo. A lo mejor se cree que es otro Ayrad.

—Cuando usas una referencia que desconozco para explicar otra...

—Ayrad fue guardia negro hará unos setenta u ochenta años. Ingresó el último de su promoción, en el puesto cuarenta y nueve, y aprobó todos los exámenes mensuales por los pelos, lo justo para continuar. Del puesto cuarenta y nueve al treinta y cinco, el veintiocho, el catorce. Y luego, en la última semana, los derrotó a todos. Resulta que había hecho una promesa o algo por el estilo.

—Entonces, en la última semana se enfrentó a... ¿qué? ¿Del catorce al once, del once al ocho, del ocho al cinco, del cinco al dos, y del dos al uno? Por las pelotas de Orholam, esos son muchos combates. No me imagino luchando con el mejor de la clase tras haber pasado ya por cuatro peleas. —Era uno de los controles inherentes a las pruebas. Técnicamente era posible que alguien se alzara victorioso desde el último puesto al primero, pero dado que tenían que pelear otra vez de inmediato hasta que dejaran de ganar vales de victoria, el cansancio se acumulaba... y con cada nuevo combate, el aspirante debería verse las caras con alguien que estaba fresco.

—Kip, Ayrad no se saltó a ningún contrincante. Los derrotó a todos. Desde el puesto número catorce desafió al trece, desde el trece, al doce.

—Me tomas el pelo.

—Eso es lo que cuentan. —Teia se encogió de hombros—. Karris estuvo a punto de hacer lo que has dicho, hasta que se enfrentó a Fisk. Acabó tercera, después de cuatro combates. Y aseguran que Fisk la derrotó por muy poco.

Después de tanto estudiar magia, historia y las cartas, Kip se desesperó al ver que le quedaba por abordar otra gigantesca área de conocimientos: las leyendas de los grandes guardias negros.

Teia cogió la pizarra de Kip y empezó a escribir en ella.

—Bueno, ¿y cómo se lo tomó Lucretia Verangheti cuando se enteró de que te había perdido? —preguntó Kip—. Ni siquiera sé cómo se las apañó el Rojo para que renunciara a tu título de propiedad.

—Ni idea —dijo Teia—. No he vuelto a verla desde entonces. Ni ganas. —Se encogió de hombros e indicó rápidamente la pizarra—. Así es como creo que debería ser en realidad la clasificación de los cadetes de la Guardia Negra. ¿Qué te parece?

A Kip le llamó la atención el modo en que la muchacha había pasado por encima del tema de su esclavitud, pero se quedó ensimismado contemplando la pizarra. Teia había puesto en primer lugar a Cruxer, a Aram segundo (¿segundo?), a sí misma en duodécima posición, y a Kip en la... decimoctava. Enarcó una ceja.

—Hum, perdona —dijo Teia—. Quizá termines mejor.

—Te disculpas por el motivo equivocado. No valgo para el decimoctavo puesto, ¿verdad? —Él mismo apostaría por el vigésimo.

Teia carraspeó.

—Eres un policromo, Kip. Eso marca una gran diferencia. Enorme, si sabes sacarle partido.

Kip frunció el ceño. Policromo. Hacía tiempo que lo sospechaban. ¿Policromo del espectro completo? Eso era distinto. Completamente distinto. Y sin embargo, tras faltar a las prácticas todos los días, no había desarrollado su potencial como debería. En realidad, como le había dicho Teia, si realmente era un policromo del espectro completo, eso lo cambiaba todo. No le permitirían ingresar en la Guardia Negra a menos que Gavin intercediese por él: era demasiado valioso. Y querrían que se casara, cuanto antes. El origen de los trazadores seguía constituyendo un misterio, pero la creencia de que los trazadores engendraban niños capaces de trazar estaba tan extendida que la presión para que procrearan era intensa. Sobre todo para los más dotados. A no ser que fueras tan poderoso como Gavin Guile, pudieras hacer lo que te diera la gana, y al diablo con todo el mundo.

Pero Kip no quería pensar en todo eso en aquel momento. Volvió a contemplar la clasificación.

—¿Cómo has llegado a estas conclusiones?

—¿Prestando atención? ¿Fijándome? Antes de nada hay que tener en cuenta que todo el mundo quiere acabar lo más arriba posible, o entre los catorce primeros. También hay algunos que tienen amigos a los que no quieren desbancar de los catorce primeros, por lo que muchas veces la gente no desafía a quien está tres puestos por encima si esa es la posición que ocupa su amigo. Porque, ganen o pierdan, ellos o sus amigos se quedarán sin el vale de victoria. Eso es menos relevante en el grupo de los diez primeros, donde la gente se sabe a salvo, pero quienes estén casi seguros de que los van a descalificar no querrán estropear las oportunidades de sus amigos. —Teia

empezó a dibujar unas líneas—. Quienes están más abajo van primero, para que puedan desafiar al rival más débil de los tres que tengan por encima. Por ejemplo, pongamos que Idus, en el puesto número veinte, desafía a Asmun, en el dieciocho, porque aunque podría retar a Ziri, que ocupa el diecisiete, cree que tiene más posibilidades de derrotar a Asmun que a Ziri. Si gana, sube un puesto y desafía a Winsen, esperando que le sonría la suerte. Así que ahora el nuevo número veinte tiene más probabilidades de desafiar a Asmun, que ha pasado al diecinueve, aunque solo los separe una plaza.

—¿Por qué? —preguntó Kip. Las cifras formaban un torbellino en su cabeza.

—Porque Asmun ya ha perdido. Se ha quedado sin su vale de victoria, por lo que sabe que esta temporada ya no va a conseguirlo. Puesto que ya no se juega nada, no va a luchar con el mismo ahínco. Verás, tienes que reordenar la clasificación cada vez que alguien gana, y seguir la pista de quién conserva sus vales de victoria y quién no. Así podrás evitar los combates más reñidos. Pero, naturalmente, no conviene olvidar que algunas personas fingirán ser más débiles de lo que realmente son hasta la última semana, a fin de jugar con ventaja.

—Como tú. —Ese era el motivo de que Teia le hubiera pedido a Kip que se atribuyera el mérito de la idea del mensajero.

—Sí, como yo.

—Ay, rayos, no —dijo Kip. Hablando de gigantescas áreas de conocimientos sobre las que no tenía ni idea—. No, no, no, es inútil. ¡No consigo meterme todo esto en la cabeza! —Se levantó—. No, estoy cansado. Olvídalo...

—Kip, si esto no te entra en la cabeza, no podrás acceder a la Guardia Negra. Como luchador no eres lo bastante bueno, así que necesitas ser más listo que quienes te superan en combate. Eso es lo que la gente admiraba de Ayrad.

—¿El hombre que derrotó a todos los luchadores de la Guardia Negra no era admirado por sus dotes para el combate? Me cuesta creerlo.

—Kip, consiguió averiguar la manera de terminar exactamente el último todos los meses y obtener el ingreso de todos modos. Eso significa que calculó con suma precisión quién iba a desafiar a quién y quién ganaría esos combates... todos los meses. Si se hubiera equivocado una sola vez, habría acabado fuera antes de tiempo.

—Entonces ¿lo admiran porque supo perder de forma inteligente? Es un disparate.

—Lo admiran porque conocía a sus amigos, conocía a sus enemigos, y fue más listo que todos.

—¿Y qué hizo después?

—Se convirtió en comandante de la Guardia Negra y salvó la vida de cuatro Prismas distintos en el transcurso de su carrera, hasta que alguien lo envenenó.

—Así que no era perfecto —refunfuñó Kip.

—Lo fue durante veinticuatro años. La mayoría de nosotros ni siquiera podríamos soñar con algo así.

—Perdona —dijo Kip. Era evidente que, de alguna manera, el difunto comandante significaba mucho para Teia.

—Alegra esa cara. Tenemos trabajo por delante.

—Espera, antes de que nos pongamos con todo eso, quiero darte tus papeles. No dejas de darme largas. Mira, solo tienes que firmarlos, podemos registrarlos mañana.

—Kip, no seas idiota.

Kip estaba tan agotado que podría echarse a llorar. Levantó las manos en señal de impotencia.

—¿Qué ocurrirá cuando me liberes, Kip?

—Pues... ¿que serás libre?

—Y pobre.

—¿Esto no lo habíamos hablado ya?

—¿Qué sucede cuando un esclavo ingresa en la Guardia Negra, Kip?

—Que lo liberan, más o menos.

—Lo compran, y por una fortuna. Y en cuanto el cadete supera la prueba, su contrato queda en fideicomiso hasta que jura los últimos votos. Si me liberas ahora, no obtendrás nada.

—No quiero que seas de mi propiedad, Teia. No me parece bien. ¿De veras quieres ingresar en la Guardia Negra?

—¡Por supuesto que sí!

—No sé si debería creerte. No me dirías la verdad si no fuera así, ¿no?

—¿Qué? Soy una esclava, Kip, no una embustera.

El muchacho frunció el ceño.

—Se trata de algo más complicado que eso, y ambos lo sabemos.

Teia se lo quedó mirando durante largo rato, como si estuviera chiflado, pero al final su fachada se desmoronó. Su jovialidad, su confianza y su despreocupación dieron paso al temor y a una vulnerabilidad espantosa.

—Kip... llevo mucho tiempo dándole vueltas a esto. Desde que dijiste que pensabas liberarme. ¿Sabes que lo primero que hice fue enfadarme... contigo? Porque en cuanto ganaste mi título de propiedad, dejé de recibir las lecciones para aprender a trazar el paryl. Las recuperaré, pero tendré que esperar años. Eso era lo único que había cambiado en mi vida, y estaba furiosa contigo. Menuda estupidez, ¿verdad? Kip, una parte de mí me dice que agarre esos papeles y vaya corriendo al registro. Aceptar la libertad ahora que la tengo al alcance de la mano. Me dice que los dueños de esclavos son célebres por sus cambios de opinión. Lo siento.

—No tienes por qué —musitó Kip.

—Mi familia está endeudada, Kip. Mi madre cometió unos cuantos errores, y mi

padre lo perdió todo, incluidas mis hermanas y yo. Era comerciante, como te he dicho, pero sus acreedores le impiden emprender otro viaje porque temen que huya, así que no le queda más remedio que trabajar de jornalero. Con lo que gana ahora es imposible que pague lo que debe. No puede permitirse el lujo de adquirir mercancías para venderlas desde casa. Si acepto ahora esos documentos, estaré condenándolo a la pobreza, y a mis hermanas a casarse antes de tiempo con los primeros desdichados que mi padre sea capaz de convencer para que las acepten en matrimonio.

—¿Qué ocurrió?

—Por favor, no me preguntes eso.

Pero si ya te lo he preguntado... Ah, claro, porque es mi esclava, y si insisto, tendrá que responder.

—Bueno —dijo Kip—, olvídalo. Perdona. ¿Tienes algún plan?

—Reservar mi título de propiedad durante unas pocas semanas más. Después, cuando haya prestado juramento, podrías darme una quinta parte de lo que la Guardia Negra te pague por mí. De ese modo, los dos recibiríamos algo... y necesitarás el dinero tan desesperadamente como yo. Quiero ser guardia negra de todas formas, Kip. Es lo que más deseo en la vida. De esta manera, la Cromería nos recompensará por ello.

—Es... una... genialidad —dijo Kip.

—¿Y cuál es la pega?

Que no sabré si te gusto por ser yo o porque necesitas el dinero... hasta después de los votos. Pero eso era puramente egoísta, ¿verdad? Quería que Teia pagara para que él se sintiera bien consigo mismo.

—¿Lo ves? —dijo Teia—. Pero quiero que me prometas una cosa, Kip.

—Lo que sea.

—Prométeme que no me volverás a vender a... que no me venderás. A nadie. Te serviré durante las horas de permiso, no me importa. Llevo años siendo una esclava, podré soportarlo unas semanas más, pero prométemelo.

—Lo juro por Orholam —dijo Kip—, con una condición.

Teia adoptó una expresión suspicaz.

—Que aceptarás la mitad de lo que nos den por tu contrato.

—Kip, eres un negociador penoso. —Teia sonrió de oreja a oreja, y a Kip volvió a sorprenderle lo distinta que era de Liv. Ella vivía amargada por su situación, injusta, pero ni por asomo comparable a la esclavitud. Quizá se debiera a que Liv había visto de cerca lo gloriosa que podía ser la vida, por lo que le dolía su pérdida. O quizá se debiera sencillamente a que Teia era más positiva por naturaleza, pero si él tuviera que soportar desgracias e injusticias, esperaba que en el futuro pudiera ser más como Teia y menos como Liv. De alguna manera, la idea alivió en parte la tensión que se acumulaba dentro de él, y Kip se descubrió menos enfadado con Liv y al mismo

tiempo menos interesado en ella—. Acepto. Y ahora, deja de sonreír como un pasmarote... ¡Manos a la obra!

83

Dazen dejó atrás la primera antorcha apagada del túnel sin tocarla. Podría ser una trampa. Continuó avanzando por los estrechos confines de la galería, respirando acompasadamente en un intento por conservar la calma. Ni el túnel era tan angosto, ni la oscuridad tan impenetrable. Podía enfrentarse a cosas mucho peores. Estaría dispuesto a enfrentarse a cosas peores, encantado, con tal de salir de allí.

No pensaba regresar. Jamás.

Aproximadamente cien pasos después encontró otra antorcha, y se detuvo. La luz de su bola de luxina verde era débil, y estaba consumiendo todas sus reservas. No sabía hasta cuándo tendría que durarle. Con suerte serían solo unos minutos, pero por si acaso...

Contempló la antorcha como si de una serpiente se tratara. El túnel era demasiado estrecho para portar sin problema una antorcha normal, con las llamas ondeando y goteando brea. Para llevar una antorcha normal ahí abajo sin quemarte, tendrías que sostenerla directamente delante de ti. Fiel a su despilfarradora forma de trazar, su hermano había creado antorchas de lux, hechas a partir de una vulgar vara de madera. Los extremos estaban dotados de paneles de luxina amarilla imperfecta, cubiertos completamente por una fina capa de luxina, o cristal, o incluso cuero encerado. Sellada para evitar el contacto con el aire, la luxina permanecía latente. Cuando querías luz, solo había que retirar el aislante para obtener una fuente de iluminación amarilla perfecta, de un solo espectro. Dependiendo de cuánto aire pudiera pasar y de lo bien que se hubiera trazado el amarillo, la antorcha de lux podría durar entre una y cuatro horas. Exorbitantemente caras en el mercado y muy difíciles de crear; a su hermano le gustaba trazarlas para exhibir su supercromatismo.

Esa era obra de su hermano, sin duda. Por supuesto, Gavin debía de haberse encargado de la mayor parte de las tareas de construcción de la prisión, cuando no de todas. La antorcha de lux estaba montada en una sencilla ménsula de hierro. Dazen escudriñó el pequeño soporte como si contuviera todos los misterios del universo. Pero era hierro corriente y moliente. El molde ni siquiera parecía especialmente ceñido. No tenía pinta de contener ningún tipo de resorte que pudiera saltar y activar una trampa cuando levantara la antorcha.

Pero había algo que no encajaba.

Dazen profirió una maldición. Y después unas cuantas más. Era agradable oír cómo el eco de sus palabras se propagaba por el túnel, desvaneciéndose con la

distancia, en vez de rebotar sencillamente a escasos pasos de él.

—Quedarse ahí plantado cuando lo que intentabas era escapar es un poco ridículo, ¿no crees? —dijo una voz.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Dazen. Durante unos instantes interminables, pensó que todo había acabado. Entonces reconoció la voz.

—El cadáver —dijo.

—Tan cadáver como tú dentro de poco, me parece.

—Creía que te habías quedado en la pared, donde te dejé. Aquí fuera no te necesito.

El cadáver soltó una risita en la oscuridad.

—¿Te imaginabas que podrías librarte de mí tan fácilmente? Eres un tipo muy gracioso, Gavin Guile.

—No, tú eres Gavin. Tú eres el cadáver. Todo eso se acabó. Se acabó el perder siempre. Y ahora, largo, que se me está agotando la luz.

—Apuesto a que la antorcha tiene truco.

—¡Ya sé que la antorcha tiene truco! —rugió Dazen.

Pero lo cierto era que no lo sabía. Era el miedo, la paranoia. Pero no lograba sacudirse ese presentimiento de encima. Maldiciendo entre dientes, una y otra vez, estudió la antorcha. No podía tocarla.

—Olvídalo —dijo el cadáver—. Al verde le deben de quedar unos quince minutos. Quizá lo consigas aún, si no te empeñas en permanecer inmóvil, hablando solo. —Se rió de nuevo, burlón.

Dazen avanzó unos cuantos pasos por el túnel, tambaleándose. Estaba en mala forma. Como no lograra dormir y comer algo de verdad pronto...

No, preocúpate de eso más tarde.

El túnel se curvaba gradualmente, y a Dazen le pareció que describía una lenta espiral ascendente. Era como si no se acabara nunca. Se le hacía insoportable, pero no podía prolongarse sin fin, ¿verdad? ¿A qué profundidad lo habría enterrado Gavin?

—A la suficiente para que no pudieras desenterrarte, por supuesto —dijo el cadáver—. Siempre fue un poquito más listo que tú.

—¡Cierra el pico! —A Dazen le fallaron las piernas, y trastabilló. Consiguió agarrarse, pero estuvo a punto de costarle toda su concentración. Estuvo a punto de perder la bola verde.

—¿Recuerdas que eras el predilecto de tu padre? Me pregunto si ahora lo será Gavin. Siempre te inquietó que padre se diera cuenta de que Gavin era mucho más listo que tú, ¿verdad?

—Cierra el pico —dijo Dazen, sin fuerza. Por Orholam, había estado a punto de perder su única fuente de luz. No quería ni imaginarse cómo sería quedarse atrapado en la oscuridad absoluta, a solas con las voces de su cabeza.

—¿Por qué no vuelves a por esa antorcha de lux? —sugirió el cadáver, desde las tinieblas—. El verde podría aguantar hasta entonces. Por otra parte, la antorcha de lux podría estar estropeada. Lleva aquí mucho tiempo. No duran eternamente. Ni siquiera las de tu hermano.

La oscuridad, cada vez más intensa, estrechaba el cerco alrededor del macilento círculo de luz verde. Se suponía que el verde debería infundirle fuerza y ferocidad. Pero incluso a los animales salvajes se les puede parar el corazón. Y sentirse fuerte no es lo mismo que serlo.

A falta de otra alternativa, Dazen continuó avanzando a trompicones. Su cuerpo estaba traicionándolo. Enjambres de motas negras bailaban ante sus ojos. Tropezó de nuevo, y esta vez se cayó, apenas si le dio tiempo a proteger el agonizante punto verde contra su pecho. Cuando volvió a incorporarse, temblando de pies a cabeza, incluso el cadáver guardó silencio.

Entonces, la salvación.

Vio otra antorcha de lux. Se dirigió a ella despacio, con cuidado.

—Es una trampa, eso ya lo sabes, ¿verdad? —dijo el cadáver—. Apuesto a que la de antes no tenía truco. Seguramente es tan listo que sabía que dejarías atrás la otra, y después sucumbirías a la desesperación. Te conoce perf...

—¡Que te calles! ¡Cállate! ¡Cállate ya!

La bola verde ya era más pequeña que el puño de Dazen. Le quedaban cinco minutos, a lo sumo.

A pesar de todo, no se precipitó. Examinó atentamente la ménsula de hierro que sostenía aquella antorcha.

—No será un simple resorte. Venga ya, Dazen sería mucho más elegante que eso, ¿no crees? Dazen...

—¡Yo soy Dazen ahora! —siseó Dazen. Pero ni siquiera se dio la vuelta. Tenía razón, no podía tratarse de un simple resorte. La ménsula era sólida. Dio un paso atrás, extendió un dedo y oprimió el soporte, listo para apartarse de un salto en caso de que ocurriera algo.

Nada.

Entornó los ojos en un intento por asomarse al supervioleta, pero no sabía si es que era incapaz, o si sencillamente no había luxina supervioleta a la vista.

Le dio un golpecito a la antorcha. Esta se movió dentro de la ménsula, y Dazen retrocedió de un salto. Las piernas le fallaron una vez más, y se tambaleó, consiguiendo apoyarse a duras penas en la pared para frenar su caída.

Pero aparte de perder por completo la dignidad, no sucedió nada.

—¿Perder la dignidad? —se mofó el cadáver—. Estás cubierto de sangre y de mugre, desnudo, hueles a mierda y estás hablando solo. ¿Qué dignidad podrías perder?

—Quiero que sepas —dijo Dazen— que en cuanto salga de aquí, estarás acabado. No te necesitaré más.

—«Necesitar»... Qué palabra tan interesante, ¿verdad?

—Que la noche eterna te lleve. —Dazen se levantó con cuidado—. Veamos lo que tienes, hermano —dijo. Agarró la antorcha de lux.

Y. No pasó. Nada.

Soltó el aliento. No sabía que estuviera conteniéndolo. Que Orholam te maldiga, Gavin, de veras creía que eras así de diabólicamente retorcido.

Dazen retiró la pequeña pestaña de arcilla que cubría una faceta cuadrada de la antorcha de lux, y un lento fulgor comenzó a emanar cuando el aire se filtró por los numerosos orificios diminutos. La antorcha todavía estaba medio llena de luxina amarilla. Con la calidad del trazo de Gavin, sería más que suficiente.

La esperanza iluminó el corazón de Dazen como el sol que despunta sobre las montañas mientras la luz amarilla, tan pura, se intensificaba. Sacudió la antorcha de lux, y el resplandor aumentó. Retiró otra cubierta de arcilla y dejó que la luz lo bañara. No había ninguna trampa.

Realmente iba a lograrlo. Iba a aguarle la fiesta a ese malnacido.

Trazar a partir de la luxina era tremendamente ineficaz. La luz proyectada emanaba porque la luxina se había trazado incorrectamente, por lo que los únicos amarillos correctos que se obtenían eran los restos de la dispersión espectral, e incluso así, solo tu habilidad y tu pericia como trazador dictaban lo que era posible. Pero Dazen no pretendía trazar algo práctico, únicamente quería saborear el amarillo.

El color penetraba en él como un lánguido remolino, y tras dieciséis años de ausencia, la sensación era gloriosa. Se notaba más despierto, más despejado, capaz de continuar, con cautela.

El mero hecho de que Gavin no hubiera saboteado esa antorcha de lux no significaba que no hubiera ninguna trampa en el túnel. Aunque nunca hubiera previsto que su hermano seguiría ese camino, podría preocuparle que alguien más lo descubriera desde el otro lado. Sí, tendría que ser precavido.

Gracias, amarillo.

Vigorizado, Dazen reanudó la marcha.

No habían transcurrido ni tres minutos cuando vio que los rayos de la antorcha de lux iluminaban la entrada de una cámara. Aminoró el paso.

—Aquí es donde te pilla —dijo el cadáver.

—Cierra el pico —siseó Dazen.

Lo examinó todo minuciosamente. Las paredes del túnel que desembocaba en la cámara, el suelo, el techo... todo lo que tenía a la vista, en todos los espectros. Su corazón latía desbocado, pero no había nada, ni alambres ocultos, ni goznes, ni inexplicables agujeros en la pared que pudieran escupir algún tipo de muerte violenta.

Avanzó midiendo sus pasos. Podía tomarse todo el tiempo del mundo. La antorcha no iba a apagarse.

Su hermano, por supuesto, podría llegar en cualquier momento.

La cámara medía unos diez pasos de longitud en todas direcciones. Contenía una mesa pequeña, una silla pequeña, un catre pequeño. No había comida por ninguna parte, sin embargo. Aquella debía de ser la habitación que utilizó Gavin para descansar mientras construía la prisión.

A cada paso, Dazen miraba dónde ponía los pies.

—Hazme caso, aquí es donde te pilla —insistió el cadáver—. Adelante, tiéndete en esa cama. ¿Nos apostamos algo a que no vuelves a despertar?

Dazen no tocó el catre. De todas formas, no pensaba dormir, no con la antorcha de lux consumiéndose lentamente. Había tirado las pestañas de arcilla, ni siquiera se le había ocurrido guardarlas, maldita sea. Un error estúpido. No es que tuviera bolsillos ni las manos libres para llevarlas. Pero aun así.

Algo relucía en la pared del fondo, directamente sobre la boca del túnel.

—Oh, claro que sí, ve a ver qué es eso que brilla. Por supuesto. Seguro que no es una trampa ni nada, qué va —dijo el cadáver.

—¿Por qué no te quedas aquí, y continúo yo solo? Así los dos estaremos contentos.

—Desde luego, no soy yo el que está hablando solo. Puedes dejarme atrás siempre que quieras.

—Vete al infierno —dijo Dazen—. Está por ahí, siguiendo ese túnel. De todos modos, me coge de camino.

A pesar de todo, avanzó con cuidado. Era fácil abstraerse, permitir que el túnel limitara la vista.

—¡Ja! ¡Estrechez de miras! —se rió el cadáver.

¿Qué? Bah.

—Que te den.

Dazen parpadeó, se frotó los ojos, estudió el suelo, lo tanteó con el pie antes de dar ningún paso. No podía mantener aquel ritmo por mucho tiempo, o no saldría jamás. Pero allí merecía la pena. Daba igual que el cadáver estuviera mofándose de él, sus palabras encerraban un ápice de verdad.

Fuera lo que fuese aquella cosa brillante, estaba inscrita en la roca. ¿Quizá alguna veta natural? ¿Oro? Dazen no era ningún experto en minerales, pero se hallaba a mucha profundidad bajo tierra en alguna parte. La distribución parecía aleatoria, al principio, pero conforme se aproximaba...

—Una trampa. Te lo digo en serio. Es una trampa.

—No voy a tocarlo, payaso. Deja de distraerme. —Quizá se tratara de una trampa, pero Dazen no tenía la menor intención de asomar la cabeza justo por debajo

de aquella cosa para pasar al túnel del otro lado y que se abalanzara sobre él en un abrir y cerrar de ojos.

Guardando las distancias, se puso de puntillas y levantó la antorcha de lux. Fuera lo que fuese, estaba inscrito en unos surcos profundos, y la luz de la antorcha solo lo bañaba por completo si la sostenía en alto. Se quedó paralizado al oír un siseo.

Esa era la trampa. Necesitaba hacer algo de inmediato, pero no sabía qué.

En un instante, la luxina —pues de eso se trataba— de los surcos se encendió y emitió un infernal resplandor rojizo. Dazen recordaba la fórmula. Obra de Gavin, una mezcla de rojo y amarillo, tan inestable que podía entrar en combustión al contacto con la luz. Sintió una punzada de furia... y de repente el diseño entero se iluminó con un fogonazo, activado por la luz de la antorcha de lux.

Una sola palabra toscamente escrita, de dos pasos de largo, dibujada con trazo anguloso, altanero. Las ondulantes llamas rojas y amarillas rezaban: «Casi».

Dazen salió de su estupor, retrocedió de un salto y corrió en dirección al túnel que se abría a su espalda.

La luz de la antorcha de lux, dirigida únicamente hacia delante cuando entró en la cámara, acarició ahora tras de sí unos hondos surcos en la pared que antes no había visto. Se encendieron con un fogonazo, las llamas cortaron unas cuerdas, y el suelo se hundió bajo sus pies.

Cayó rodando por una rampa, a oscuras, hasta detenerse bruscamente al aterrizar sobre una superficie llana. Se incrustó en varios pinchos diminutos, no más largos que las puntas de sus dedos. Se quedó sin aliento... y sin luxina. ¡Piedra infernal!

El piso se abatió sobre unos goznes y Dazen reanudó su caída, cada vez más abajo. Se estrelló contra una puerta que se abrió al contacto y volvió a cerrarse a su paso.

Pese a encontrarse aturdido, con la espalda y los brazos cubiertos de pinchazos ensangrentados, desorientado, Dazen reconoció de inmediato dónde estaba gracias a la luz que le traspasaba los párpados, burlándose de él.

Rodó hasta quedar tendido de espaldas y abrió los ojos. La habitación tenía forma de esfera aplastada, con un agujero en lo alto para la comida y el agua, y otro en el suelo para los desperdicios. Y desde la pared redondeada de su nueva celda amarilla, impostando un falsete demencial, el cadáver lo reconvino:

—Mira que te avisé.

84

El manto coruscante convirtió el regreso de Gavin a su habitación en un paseo. Tan solo se tropezó con una guardia negra, de hecho, que miró de reojo en dirección a la puerta del tejado cuando esta permitió el paso de una ráfaga de viento, pero Gavin se apresuró a cerrarla a su espalda.

La joven se quedó contemplando las escaleras durante unos instantes, pero no tardó en restarle importancia al incidente. Gavin se situó detrás de ella, y cuando la guardia por fin decidió ir a echar un vistazo, aprovechó la ocasión para colarse en su cuarto.

Saltaba a la vista que habían registrado la habitación en busca de él, pero el registro había sido superficial. ¿En qué estaría pensando para invitarles a inspeccionar su cuarto? Podrían haber encontrado el fondo oculto del armario.

Como si eso tuviera ahora la menor importancia. Gavin se dirigió al cuadro del coloso azul y lo deslizó a un lado. A punto estuvo de escapársele una carcajada. El panel de la alarma emitía un resplandor amarillo.

Su hermano había escapado del verde, la víspera. Incongruentemente, Gavin se sintió orgulloso de él. Era un luchador. Quizá incluso de los buenos.

En fin, por lo menos la alarma secundaria funcionaba. Gavin volvió a colocar el cuadro en su sitio, fue hasta el armario y empezó a apartar la ropa.

—Mi señor, ¿puedo ayudaros?

Gavin giró sobre los talones y se encontró con Marissia. La mujer estaba de rodillas junto a la cama, con la cabeza agachada. Aparentemente esperándolo, montando guardia como si estuviera cumpliendo con algún tipo de penitencia. Sus facciones se veían enjutas, demacradas.

Gavin sintió una oleada de compasión por ella. Había sido algo más que su esclava de cámara. Lo había servido siempre con todo su corazón, y en circunstancias adversas.

—Marissia, hay una carta en el cajón de mi escritorio. Seguro que la has visto. Por favor, tráemela.

Marissia fue a buscarla mientras Gavin seguía apartando de su camino la ropa del armario. Ella regresó con la misiva, hierática. Era su carta de manumisión. En lugar de dictar el documento estándar para firmarlo después, Gavin lo había redactado de su puño y letra. Circulaban rumores acerca de esclavas de cámara que falsificaban sus cartas de manumisión y eran condenadas a continuar sirviendo de por vida a causa de

ello. Marissia era preciosa y valiosa por una docena de razones distintas. Gavin no iba a consentir que se quedaran con ella.

La leyó por encima, pese a saberse su contenido de memoria. El documento no solo manumitía a Marissia, sino que le concedía un fondo de diez mil danares. Una fortuna, suficiente para fundar un negocio y casarse, o para vivir de las rentas hasta el fin de sus días. La firmó. Después cogió otra hoja de papel y apuntó una serie de letras y números.

—Mi padre podría esgrimir cualquier pretexto para apropiarse de este dinero. Saben que me importas, así que sospecharán que querría dejarte algo. Este código te dará acceso a otra cuenta. Habla con Prestor Onesto, el banquero ilytiano de Varig y Verde.

—Mi señor, ¿por qué habláis así? —Marissia parecía encontrarse al borde del llanto.

—Por favor, de lo que haya en esa cuenta, dale cinco mil danares a Karris y otros cinco mil a Kip. El resto es tuyo. —Le entregó la nota—. Memoriza esa secuencia y quema la hoja. Onesto entregará el dinero a quien posea la clave.

—Lord Prisma... —Los papeles colgaban sin fuerza entre los dedos de Marissia, que parecía desconsolada.

—Te acabo de liberar. Deberías sonreír, al menos. —Gavin giró la cabeza. Por supuesto que el hecho de que su esclava no se pusiera a dar saltos de alegría tras recuperar la libertad halagaba su ego, pero quizá se debiera tan solo a que Marissia no quería herir sus sentimientos y por eso disimulaba. En caso de que la mujer estuviera representando una mentira, a Gavin no le apetecía desenmascararla, de modo que rehuyó su mirada.

—Esto es culpa mía, ¿verdad, mi señor? Hice algo mal, ¿no es cierto? De alguna manera, no supe interpretar la alarma.

Gavin apoyó las manos en sus hombros.

—Tú no tienes la culpa de nada. La alarma falló. Era mi creación. Todo tuvo que funcionar sin tropiezos durante demasiado tiempo. Algo salió mal. Pero no fuiste tú.

—Debería haber permanecido aquí, con vos. Esa chiquilla, Ana... nunca tendría que haberme marchado. Lo siento muchísimo, mi señor. —Estaba en lo cierto; si Marissia se hubiera hallado en su cama cuando a Gavin le entró antojo de ella, las cosas habrían sido muy distintas. Pero él era el único dueño de su destino. Nadie le había obligado a tirar a esa muchacha por el balcón.

Además, ¿en qué estaba pensando? ¿Quería sacarla de su cuarto? ¿Quería asustarla? ¿O acaso su rabia había sido asesina desde el principio?

Quizá los motivos carecieran de importancia. Estaba muerta. Todo había acabado.

—No es culpa tuya, Marissia, sino mía. Me has servido bien, has sido buena compañera y amiga. Ahora quiero que te vayas, para que este desastre no te salpique.

La frente de Marissia se pobló de arrugas de desesperación.

—Mi señor, sois un buen hombre. Por favor, no...

—Un buen hombre —resopló Gavin— te habría liberado hace mucho. Temía el uso que pudieras darle a tu libertad, de modo que te la denegué. Mi alma es ruin y mezquina. El señor que teme las decisiones que podrían tomar sus vasallos, hasta el extremo de arrebatárselas, es indigno de que lo sirva nadie. Tú me has servido bien, a pesar de todos mis defectos. Te lo agradezco, Marissia. Por favor, lleva estas dos capas al cuarto secreto. Después, vete. Puede que no regrese solo. Puede que no regrese yo en absoluto, sino otra persona. No deberías estar aquí cuando eso ocurra.

Marissia levantó las manos con las palmas vueltas hacia arriba, en señal de impotencia.

—Mi señor —dijo, implorante.

Gavin abrió el armario y trazó la plataforma para sus pies; con luxina amarilla en esta ocasión, puesto que no podía ver el azul.

—Dile a Kip que lo siento. Dile a Karris... No, supongo que no puedes. Adiós, Marissia. —Entró en el armario y cerró la puerta.

Oyó cómo ella empezaba a llorar en cuanto desapareció de su vista, a pesar de que intentaba contener las lágrimas.

Gavin abrió la trampilla del suelo, buscó la cuerda y afianzó la plataforma. En cuestión de momentos, descendió a gran velocidad hacia la oscuridad.

Cuando llegó al fondo del pozo, tanteó a su alrededor hasta que encontró las antorchas de lux y retiró una de la pared. No había podido utilizarlas antes porque no quería proyectar lux amarilla en el interior de ninguna de las celdas de su hermano. Dado que Dazen ocupaba la prisión amarilla, eso ya no tenía importancia.

Accionó los controles y tiró de las palancas para elevar la celda amarilla, que tardaría unos cinco minutos en subir y rotar hasta encajar en la posición indicada. La había construido así para que su hermano siempre creyera que la ubicación de la ventana era un fallo de diseño, cuando lo cierto era que Gavin había reforzado ese punto más que ningún otro.

La espera le dio tiempo para pensar en el arrebato de genialidad que lo había poseído durante la construcción de aquella prisión. La primera celda, la azul, le había llevado un mes, y después había dedicado casi todo un año a preparar todas las demás. Se preguntó cuán distinto sería el mundo si se hubiera limitado a ejecutar a su hermano para, acto seguido, volcar toda su atención en enfrentarse al Espectro y combatir las injusticias que les veía cometer por todas partes. Qué desperdicio, y todo por un solo hombre.

Nunca había tenido las agallas necesarias para deshacerse de él. Nunca había tenido las agallas necesarias para asesinarlo a sangre fría.

El orbe se materializó muy despacio, gradualmente, y encajó en su sitio con la

misma parsimonia. Había un panel que podía deslizarse a un lado para revelar la ventana, pero Gavin se descubrió contemplándolo ensimismado, temeroso de lo que vería al otro lado.

Qué ridiculez. Había ido hasta allí dispuesto a morir. Había ido para liberar a su hermano. Aquello debería ser fácil. Todo había acabado. Su corazón protestaba martilleando en su pecho, amenazando con estallar en cualquier momento. Se le formó un nudo en la garganta. Estaba empapado de sudor.

Deslizó el panel.

Al otro lado, un hombre cargó sobre él, esgrimiendo una maza sobre su cabeza.

Gavin retrocedió de un salto. La antorcha de lux de su hermano golpeó la ventana de luxina amarilla, que estalló con un fogonazo de agua brillante amarilla liberada. Pero el prisionero aún no había terminado. No se carcajeó con fría determinación al ver el susto que le había dado a Gavin. En vez de eso, atacó con la furia de un lobo rabioso, descargando la antorcha de lux contra la ventana en una serie de poderosas embestidas hasta que la madera se hizo astillas en sus manos, destrozada.

—¡Malnacido! —gritó el prisionero—. ¡Te mataré, a ti y a todos los que alguna vez hayas amado! ¡Te arrancaré la puta cabeza y la usaré para sodomizarte!

Gavin se incorporó, se sacudió el polvo de la ropa y colocó la antorcha de lux en una de las ménsulas de la pared.

—¿Me oyes, «Gavin»? —continuó desgañitándose el prisionero—. Te crees muy listo. ¡Bien! ¿Sabes una cosa? Es verdad. Siempre quisiste que reconociese que tú eras el más listo de los dos. ¿Pues sabes qué? Que lo eres. ¿Sabes también qué más eres? El más débil de los dos. ¿No te has preguntado nunca por qué soy el preferido de nuestro padre? Fíjate en esto. Esta prisión. Qué derroche de ingenio... Es patético. Pensaba que habías construido esta prisión para demostrar que eras más listo que yo, hermano. Ahora sé que me equivocaba. La construiste porque no puedes matarme. Porque estás asustado.

»Por eso padre me ama. Cierto, yo también lo he decepcionado. Le gustaría que su hijo fuera al mismo tiempo astuto, despiadado e intrépido, pero debía elegir a uno, y me eligió a mí. E hizo bien, escrofuloso pedazo de mierda sin agallas. Porque yo sé lo que es el rencor. Puedo cultivarlo, alimentarlo, desarrollarlo. Y lo haré. Piensas quedarte sentado ahí fuera, preocupado. Como cuando eras pequeño, ¿eh? Todavía sufres pesadillas, ¿no es así? Todavía te despiertas llorando, ¿verdad? ¿Aún te meas en la cama, «Gavin»? Ahora tienes motivos para ello. ¡Porque voy a por ti!

El prisionero se había acercado tanto la ventana que la estaba dejando cubierta de espumarajos.

—Podrías matarme —dijo—, pero no lo harás. Apuesto a que piensas en ello todas las mañanas, cuando me mandas el pan. Podría envenenarlo esta vez, piensas. Podría dejar de proporcionarle comida. Pero no puedes. No tienes lo que hace falta.

¿Sabes, Gavin?, es verdad. No lo tienes. Pero yo sí. Si los papeles se hubieran invertido, te habría matado en cuanto perdiste el conocimiento en la Roca Hendida. Te habría decapitado, te habría llenado la boca con tus propias heces y después te habría empalado. Porque así es como se gana, Gavin. Así es como uno demuestra que no tolerará ningún desafío. Paz por medio del terror, Gavin. Pero eso probablemente ni siquiera tiene el menor sentido para ti, ¿a que no? No, tú siempre fuiste como nuestra madre, todo dulces manipulaciones y zarandajas. Madre...

—Madre está muerta —dijo Gavin. No quería que Dazen, poseído por la ira, arrastrara su nombre por el fango.

—Pues que se joda —escupió Dazen—. Con lo buena mentirosa que era, nunca se tomó ni siquiera la molestia de fingir que no te quería más que a mí.

¿Cómo?

—¿La mataste tú? —preguntó Dazen, que había visto una brecha en la armadura de Gavin en la sorpresa que se reflejaba en su rostro—. ¿La hiciste confesar antes? ¿Qué te contó? ¿Crees que fue sincera contigo, siquiera en el último momento? ¿O te utilizó incluso entonces para que hicieras lo que ella quería? Puede que haya muerto, pero apuesto a que no se ha ido, ¿verdad? Zorra manipuladora.

—Estás hablando de tu madre, malnacido enfermizo —dijo Gavin.

—¿Y qué piensas hacer, hermanito? ¿Obligarme a cerrar la boca? No harás nada, como siempre. Vas a quedarte esperándome y teniendo pesadillas. He escapado de las otras prisiones, y escaparé de esta. ¿Sabes?, al principio me preocupé cuando caí en la verde. Creía que la azul era la única, y la verde... eso fue una crueldad, hermano, brillante. Entonces pensé que debía de haber siete prisiones, una de cada color. Pero no es así, ¿verdad?

Gavin no dijo nada.

—No podrías diseñar una celda supervioleta. Es imposible que construyas una con el subrojo. Tampoco creo que pudieras hacer una naranja, ni roja. Me parece que esta es la última celda. Me parece que estoy muy cerca de destruir todo lo que has conseguido.

—Quizá te aguarde una sorpresa —dijo con naturalidad Gavin.

—Eres un fracasado, hermanito. Una deshonra. Un cascarón vacío —dijo el prisionero.

A la implacable luz amarilla, Gavin se quedó contemplando a su hermano.

—Karris no te ha contado nunca lo que pasó la noche que nos acostamos juntos, ¿verdad? —dijo el prisionero.

—Ya me has hablado antes de tus proezas sexuales. No me interesa —dijo Gavin. Su hermano no estaba en sus cabales. Acababa de caer en la prisión amarilla, hacía menos de doce horas, sin duda pensando que se encontraba a punto de escapar de una vez por todas. La decepción, la frustración bastaría para enloquecer de rabia a

cualquiera. Pero a Gavin no le apetecía escucharlo.

—Así que no te ha contado nada. —Dazen se rió, una carcajada quebradiza, estridente, como Gavin no le había oído proferir en su vida—. Lo cierto es que antes me avergonzaba de ello. Pero ya lo he superado. Es posible que no se mostrara tan solícita como he dado a entender en ocasiones anteriores. Estábamos cenando, mis hombres, ella y su padre, y yo contaba chistes obscenos, e incluso su padre se reía con ellos, y tuve una revelación, Gavin, por fin comprendí lo diferente que soy. Puedo hacer lo que me plazca. Le meto mi gorda polla entre las piernas al mundo, y este cierra el pico y lo acepta sin rechistar. Me pasé toda la noche hablando de cómo me tiraba a Karris, asegurándome de que satisficiera todos mis caprichos, y aquel cobarde no paraba de reírme las gracias. ¿Te lo puedes creer? Y Karris, pobrecita cobarde, se limitó a emborracharse.

»Lamento decir que no tuvo nada de especial. El paseo fue muy aburrido cuando por fin la monté. ¿Alguna vez has intentado terminar mientras la mujer no deja de berrear? Y sé que no chillaba porque estuviera perdiendo la virginidad. De eso ya te habías encargado tú, ¿verdad?

—Enfermizo pedazo de...

—Pensaba que no iba a conseguir terminar. Estaba borracho, y ella no estaba ayudándome mucho, con tantas lágrimas. Pero entonces dijo tu nombre, y supe que era mi obligación. Para enseñarte que no podías arrebatarme lo que me pertenecía. ¿Y sabes qué es lo que me pertenece? Todo lo que se me antoje. Cualquiera. Cuando acabamos, Karris no paraba de llorar, así que la eché de la habitación. Reconozco que me sentía un poco abochornado, si te soy sincero. —Se encogió de hombros—. Lo superé. —Sonrió de oreja a oreja al ver la consternación impresa en las facciones de su hermano—. No lo había mencionado nunca, ¿eh?

Gavin se había quedado sin habla.

—Todavía no te has casado con ella, ¿verdad?

Gavin se sentía devastado. Le había contado un millar de mentiras a su hermano, sobre su feliz vida y su feliz esposa.

—No.

Las facciones del prisionero se deformaron. Sus ojos saltaron enloquecidos a los lados antes de volver a posarse en su carcelero.

—Dieciséis años de embustes, ¿eh?, desmoronándose. De todas formas, seguro que te va mejor sin ella. ¿Crees que se habrá acostado también con padre mientras hacía su ronda por los varones de los Guile?

Implorar a su hermano que dejara de hablar de Karris sería tan infructuoso como ordenárselo.

—Creía... siempre pensé que tú eras el hermano bueno —dijo Gavin.

—¿El hermano bueno? —ladró el prisionero—. ¿Como si hubiera un gemelo

bondadoso y otro malvado? No somos gemelos, Gavin, y ninguno de los dos tiene nada de bondadoso.

—¿Siempre fuiste así, o te has vuelto loco aquí abajo?

—Tú me has creado, hermanito, igual que yo te creé a ti. —Dazen arrojó lejos de sí los fragmentos de la antorcha de lux—. Y ahora, ¿por qué no ponemos fin a esta farsa? Abre la puerta. Libérame. —Extendió las manos y se apoyó en la ventana, traspasando a Gavin con la mirada.

Gavin vio el reguero de sangre que se derramaba por el pecho de Dazen, procedente de una gruesa cicatriz que se había abierto con su caída. Vio más manchas de sangre fresca, heridas provocadas por los pinchos de piedra infernal que había preparado para absorber toda la luxina de Dazen cuando este cayera en la celda amarilla.

Dazen estaba en los huesos, enfermo, demacrado. También estaba furioso, como cabía esperar. Sin duda mentía acerca de Karris para zaherir a Gavin. O exageraba, al menos. Pero aunque Karris jamás hubiera significado nada para él, el caso de su madre era distinto.

¿Era yo el predilecto de madre? Por supuesto que sí. Quizá al principio me prodigara más atenciones porque comprendía cuánto me dolía el abandono de nuestro padre, cuánto necesitaba un progenitor. Pero éramos almas gemelas. Probablemente se sentía culpable por quererme más a mí. Sin duda se había sentido aliviada al descubrir que Gavin en realidad era Dazen. Lo había visto en su cara, hacía dieciséis años, y desde entonces se había empeñado en negarlo.

Como en la fábula, soy el perro con un hueso que cruza un puente bajo. Veo otro perro caminando a mis pies, también con un hueso, y me abalanzo sobre él para arrebatárselo... soltando así el mío en el agua, sobre mi reflejo.

Contempló al prisionero, que no dejaba de mirar de soslayo a un lado de la celda, como si conversara con alguien. Que su hermano hubiera enloquecido bien pudiera ser por culpa de Gavin. Después de todo, era él quien lo había dejado enjaulado, a solas, durante dieciséis años. Pero esa no era una afrenta que estuviera dispuesto a reparar.

Gavin se apoyó a su vez en la ventana, aplastando las manos contra la inmaculada luxina amarilla, irrompible, solapándolas a las de Dazen.

—Lo siento, hermano. Lo siento si te he hecho enloquecer, y lo siento si siempre fuiste así y no supe verlo. Pero creo que no puedo dejarte salir. No en tu estado. Mi mundo se desmorona. No voy a mentirte al respecto. He asesinado a una chica. Estoy perdiendo los colores. Ya he perdido a la mujer que amo. Me... me estoy quedando sin nada. Pero todavía no he perdido la cabeza, al menos en eso te llevo ventaja.

Sintió de repente que una oleada de paz lo embestía como un tsunami, arrollándolo todo a su paso, enterrando sus objeciones, aniquilado sus protestas. Su

hermano merecía estar allí. Quizá alternarse sin más no fuera una opción... Tal vez Gavin no pudiera ser el hermano bueno en su mente ahora que había comprobado que el prisionero era el hermano loco. Pero su hermano era malo. Dañino. Peligroso.

Si la semilla de la megalomanía ya había empezado a arraigar cuando tenía diecinueve años, ¿qué habría hecho el poder ilimitado con él si Gavin le hubiera permitido salir impune tantos años atrás?

Puede que hubiera elegido la mejor solución posible, no solo el menor de los males. Quizá encerrar a su hermano había sido lo más justo.

Puede que no. Daba igual. Respiró hondo.

—Empezaste una guerra a propósito para rodearte de aliados, ¿verdad? Arrasaste la aldea en la que me ocultaba y la gente tomó partido por mí. Tan solo para hacerte frente. Podrías haberme obligado a rendirme. Lo habría hecho. Y después de aquel primer enfrentamiento, en el que vencieron mis hombres, mataste a nuestro mensajero. ¿Por qué lo hiciste? Habría bastado con que mostraras clemencia a mis hombres, y podría haber sido tuyo. ¿De quién fue la idea, tuya o de padre?

Dazen le enseñó fugazmente los dientes desde el otro lado de la pared.

—Mira, hermano, por bien hilvanado que esté todo este fraude de Lucidonius, hay amenazas con las que no funciona. Fíjate en Ilyta. ¿Qué satrapías van a votar para ir a la guerra a fin de que Ilyta vuelva al redil? Ninguna. Pero un prómaco podría hacerlo. Los aborneanos llevan décadas escamoteando tributos. Los parianos apenas prestan la menor atención a la Cromería. Los ruthgari manipulan y controlan abiertamente con sus riquezas y sus mentiras. Y los tyreanos... en fin, supongo que no estoy en condiciones de saber qué le ha pasado a Tyrea, puesto que la guerra lo cambió todo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —dijo Gavin, con el estómago revuelto. Le temblaban las rodillas.

—¿Crees que las Puertas Sempioscuras permanecerán cerradas eternamente?

—Ah, la misteriosa amenaza del otro lado de las Puertas Sempioscuras —dijo Gavin—. Te interesa la historia, al menos. ¿No fue el Prisma Sayid Talim el que estuvo a punto de conseguir que lo nombraran prómaco para hacer frente a la «flota» que aguardaba detrás de esas puertas? Hace cuarenta y siete años de aquello. Mucho tiempo para que una flota permanezca fondeada.

—Mira a tu alrededor, Gavin, y dime si lo que tenemos funciona.

Gavin ni siquiera podía convencer al Espectro para que declarara la guerra con Tyrea perdida y Atash invadido. ¿Cómo era posible? Su hermano tenía razón. El sistema estaba podrido, y haría falta un hombre de firmes convicciones para construir algo nuevo.

—La guerra es la única manera de ser nombrado prómaco —dijo Dazen—. Se necesita una gran crisis. Tú eras nuestra oportunidad de oro. Podíamos perseguirte como si lo hiciéramos a regañadientes. Eras mi hermano. Eras el hijo de Andross

Guile. Nadie sospecharía que se trataba de un complot. Pero te empeñaste en poner fin a la guerra antes de que pudiera comenzar realmente.

Gavin sintió deseos de vomitar.

—Y el general Delmarta... ¿obedecía tus órdenes desde el principio? —La matanza de la familia real atashiana a manos del general no solo había movilizado a las satrapías en contra de Gavin, sino que también había quitado de en medio uno de los principales escollos a los que se enfrentaba Andross Guile.

—Fueron cincuenta y siete personas. Tú acabaste con más vidas en la escaramuza del Arroyo de los Curtidores.

—Es distinto cuando se hace a sangre fría.

—¿Sí? —preguntó el prisionero—. ¿Acaso terminan menos muertos? —Parpadeó y miró en dirección a la pared, como si alguien estuviera hablando con él.

Gavin no respondió.

—Dime, hermano —continuó el prisionero—. Te lo pregunto con toda sinceridad, puesto que no tengo forma de conocer la respuesta: ¿cuántos problemas te ha dado Atash desde que acabó nuestra guerra?

Era un golpe bajo. Antes de la guerra, los realistas atashianos —el último remanente de las órdenes que habían existido antes de Lucidonius— habían causado problemas y revueltas constantemente. Si la familia real gobernara todavía, con su dinero y su influencia, con sus puertos seguros y sus barcos dedicados al contrabando, la Rebelión de los Acantilados Rojos habría sido espantosa. Así las cosas, el alzamiento había fracasado prácticamente antes de comenzar. La carnicería había funcionado.

—Déjame salir, hermano —dijo Dazen—. Estás acabado y lo sabes. Disculpa mis palabras de antes. Amenazas y vileza. No hablaba en serio. Caí en esta celda hace unas horas, eso es todo. Creía que había escapado, y volviste a derrotarme. Posees un intelecto excepcional, hermanito. Pero tu momento ha pasado ya. Puedo verlo en tus ojos, y no solo por los colores que has perdido. La inteligencia es tuya, pero la voluntad es mía, y ahora el mundo necesita una voluntad fuerte. Hay una amenaza ahí fuera, cada vez mayor, y solo yo puedo salvar a las Siete Satrapías.

—Siempre estuviste dispuesto a hacer lo que era preciso —dijo Gavin—. Eso era lo que nos diferenciaba realmente, ¿verdad? —Dejó escapar el aliento en un largo suspiro—. Todo se desmorona. No puedo evitarlo. Gavin —dijo, y supuso un alivio llamar a su hermano mayor por su auténtico nombre—. Gavin, quiero garantías. Júrame, júrame con Orholam por testigo que no tomarás ninguna represalia contra Karris. Ignoro cuál será su reacción, y sé que posiblemente deberás desterrarla, pero júrame que no le faltará de nada. Ni a Kip. Las condiciones son las mismas.

Gavin —el verdadero Gavin— entornó los párpados, como si contemplara los términos y las consecuencias que tendrían sobre su reinado, pasando en un abrir y

cerrar de ojos de ser un prisionero enloquecido a comportarse como el más sobrio de los emperadores.

—Con Orholam por testigo, lo juro.

El falso Gavin acercó la mano al nodo que había encima de la ventana amarilla.

—Espera —dijo el prisionero—. Antes de que me dejes salir. Tenemos asuntos pendientes, hermano. ¿Qué hago contigo? —De nuevo miró rápidamente de reojo a la pared, con un dejo de irritación que se desvaneció al instante.

Gavin titubeó. Su hermano realmente era inigualable.

—Había pensado que tendrías que matarme. Mientras viva, seré una amenaza, ¿verdad?

—Solo te queda un año, más o menos. Matarte no será necesario. Padre posee una pequeña isla frente a las costas de Melo que sería perfecta para exiliarse. Tenía una amante allí.

—Eso es... muy amable —dijo Gavin—. Te... te he echado de menos, hermano.

Apoyó la mano en el nodo y disolvió la ventana que mediaba entre ambos. A continuación, desenfundó las pistolas con dagas de su cinto y apretó los gatillos. El estampido inundó el reducido espacio mientras las balas de plomo traspasaban el cuerpo del prisionero. La primera le practicó un agujero perfecto en el esternón. La segunda le destrozó los dientes y salió disparada por su nuca. El prisionero se desplomó. No sufrió ni siquiera una convulsión. El reconfortante olor acre de la pólvora impregnó el aire.

Las dos pistolas habían funcionado. Tecnología ilytiana. Gavin las contempló con admiración. Los ilytianos fabricaban unas armas sensacionales.

Dirigió la mirada a la pared que su hermano no había dejado de observar repetidamente de reojo, pero no vio nada salvo el reflejo de un cadáver.

85

Esperar formaba parte integral de la vida de un guardia negro. Era tan consustancial al servicio como interponerse en la trayectoria de una bala de mosquete o un rayo de magia. Pero al igual que la mayoría de los guardias negros, Karris odiaba esperar. Había subido las escaleras y no había oído nada, y después le habían instruido que aguardara el regreso de la Blanca, cuya ausencia se prolongaba ya horas.

Al final, apareció otro guardia negro para informar a los vigilantes de los aposentos de la Blanca de que se había convocado una reunión de emergencia del Espectro.

Pasado ya el amanecer, la silla de ruedas de la Blanca por fin comenzó a cubrir la distancia que mediaba entre el ascensor y su cuarto. La impaciencia de Karris pronto dio paso a la preocupación por la anciana. No deberían haberla obligado a quedarse en vela toda la noche. La fatiga se hacía patente en sus rasgos.

La Blanca sonrió a Karris mientras empujaban su silla de ruedas al interior de la habitación, pero fue un gesto automático. En esta ocasión escoltaban a la Blanca más guardias negros de lo habitual: dos de las nuevas incorporaciones y Jin Holvar, una mujer que había ingresado al mismo tiempo que Karris, pese a ser algunos años más joven que ella.

Karris y Jin ayudaron a la Blanca a hacer sus necesidades, cargando con casi todo su peso. Karris hubo de ayudarla a limpiarse.

—Mis disculpas, niña. El cuerpo empieza a fallarme —murmuró la Blanca, azorada.

Los dos jóvenes guardias negros, Gill y Gavin Greyling, miraban estoicamente para otro lado. Llegaría un día en que los muchachos tendrían que echar una mano con eso. En la Guardia Negra sencillamente no había arqueras suficientes para poner a dos mujeres en todos los turnos. Pero en aquellos momentos, sin duda estarían encajando la mera idea de que la Blanca tuviera alguna necesidad de aliviarse. Karris recordaba lo que era ser joven e impresionable.

Parecía que hiciese una eternidad de aquello.

—Os podéis ir —les dijo Karris a los muchachos—. Me reuniré con vosotros en el barracón para hablar. Jin y yo nos...

—No, quiero que se queden —dijo la Blanca, con voz cansada—. Jin, puedes retirarte.

Jin obedeció, y Karris ayudó a la Blanca a ponerse el camisón. Karris ayudó a la

Blanca a renquear hasta la cama, y después la ayudó a sentarse en ella. Técnicamente no era su deber como guardia negra, pero la esclava de cámara de la Blanca era mayor y frágil a su vez. La Blanca no quería comprar otra esclava cuando, como ella decía, le quedaba tan poco tiempo, ni quería desembarazarse de la actual, a pesar de lo poco que podía hacer la anciana por ella.

La Blanca exhaló un hondo suspiro.

—Bueno —dijo—. Manos a la obra.

—Estáis agotada, mi señora —dijo Karris—. Y debo interrogar a estos hombres. Estaban de servicio cuando...

—Ya sé lo que estaban haciendo, y dónde. ¿Por qué te crees que les pedí que me acompañaran?

Karris arrugó el entrecejo.

—El Espectro —continuó la Blanca— ha declarado la guerra. Esta noche hemos votado la composición de las fuerzas.

—¿Cómo decís?

—El Bosque de Sangre y Ruthgar ya han movilizado sus ejércitos, que no están lejos de aquí. Sabían que esto solo era cuestión de tiempo cuando Atash fue invadido. Pero nadie más conseguirá sumar sus ejércitos a la refriega antes de que se decida la suerte de Ru, me temo. Andross Guile controlará la contribución de la Cromería y supervisará a los generales bosquesangrientos y ruthgari.

—Entonces ¿no habrá prómaco? —preguntó Karris—. ¿Y cómo piensa lord Guile...?

—Así están las cosas —la interrumpió la Blanca—. La decisión se tomó astutamente en ausencia de Gavin, por lo que ni él ni su nueva satrapía tuvieron ocasión de votar. Andross administró las propuestas con su habitual destreza. Las maniobras parlamentarias son su especialidad. Era librar la guerra según sus condiciones o dejar que Ru sucumbiera. Llegó a sugerir incluso que lo nombráramos prómaco a él, y fue todo un triunfo que lo disuadiéramos de su empeño. Sospecho que no esperaba salirse con la suya, pero debía intentarlo. Las movilizaciones darán comienzo esta misma mañana.

Karris abrió la boca, pero no tenía nada que decir.

—Y ahora —dijo la Blanca volviéndose hacia los hermanos Greyling—, contadme lo que sucedió anoche en los aposentos del Prisma.

Gill, el mayor de los hermanos, carraspeó y miró a Karris de reojo.

—No escatiméis detalles por ella —ordenó la Blanca—. Querrá conocer la verdad.

—Sí, noble dama. Pues... Gavin y yo fuimos seleccionados para cubrir el turno de noche. Andamos escasos de hombres, y aunque somos nuevos, los guardias negros con más experiencia vigilaban vuestros aposentos y la zona de los ascensores, de

modo que nos tocó a nosotros. El Prisma llegó una hora antes de medianoche. Nos saludó, bromeó con nosotros...

—Típico —musitó Karris—. Hay que engatusarlos desde pequeñitos.

Gavin Greyling apartó la mirada.

—No sé a qué os referís. En cualquier caso, dijo algo acerca de... ejem, de que había hecho un viaje muy largo con una mujer que deseaba pero que no podía ser suya. —Se humedeció los labios con la lengua mientras se esforzaba por mirar a todas partes menos a Karris—. Y preguntó por su esclava de cámara. Gill y yo lo hemos hablado esta mañana, y no logramos recordar exactamente todo lo que dijo.

—¿Cómo lo interpretasteis? —preguntó la Blanca.

Gavin carraspeó de nuevo y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Como que, esto... que no le haría ascos a un poco de, ejem, de compañía. De modo que cuando apareció esa chica, Ana, nos imaginamos que la habría llamado él. La muchacha se comportaba como si así hubiera sido, eso seguro. Los guardias negros del ascensor dijeron que ella les contó que vos le habíais pedido que acudiera, mi señora.

—Así que mintió. No sería la primera vez que lo intentaba —dijo la Blanca—. Continuad.

—Le franqueamos el paso. Pensamos que quizá fuera habitual...

—No me interesa tu opinión al respecto —lo interrumpió la anciana—. ¿Qué pasó?

Gavin Greyling se revolvió de nuevo, inquieto, observando a Karris de reojo.

—No llevaba allí dentro ni cinco minutos cuando apareció la capitana de la guardia Roble Blanco. Dijo que se trataba de algo importante. Intentamos, esto, disuadirla, pero parecía que tenía prisa, como si no quisiera que la viesen en el pasillo...

—Contad toda la verdad, hijos de perra —dijo Karris. Hierática, pero templada.

—Llevaba puesto maquillaje, y perfume. Se había arreglado el pelo, no sé, lo tenía muy bonito. Parecía una mujer que acudiera por un, por una, cómo se... —Gavin lanzó una miradita a su hermano.

—Por encargo —terminó por él Gill.

Gavin Greyling cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Vuelve a la parte donde la dejáis pasar —dijo la Blanca.

—Cuando abrimos la puerta, estaba claro que el Prisma se... ah, se había despertado con una Ana muy entusiasta en la cama. Y que la capitana de la guardia se sorprendió al verlos juntos. La capitana Roble Blanco salió corriendo, y el noble señor de la lux Prisma la llamó pidiéndole que volviera. Parecía conmocionado. Corrió detrás de la capitana de la guardia y bajó en el ascensor en pos de ella antes de que pudiéramos seguirlo. No sabíamos qué hacer, de modo que regresamos a nuestro

puesto, y él reapareció minutos después.

Por Orholam. Una sensación enfermiza atenazó el estómago de Karris.

—Estaba absolutamente furioso con la chica, con Ana. La, esto, la vimos cuando el Prisma regresó a la habitación, y fue como si pensara que iban a seguir donde lo habían dejado. Pero él no quiso ni oír hablar del asunto. Le gritó...

—¿Qué dijo? —preguntó la Blanca.

—Dijo que Ana le había costado la mujer que amaba —respondió Gavin Greyling, sin mirar a Karris—. Que creía que se trataba de Karris... esto, de la capitana de la guardia... y que jamás habría tocado a Ana si hubiera sabido quién era. Que le daba asco. La muchacha dijo, esto, unas cuantas vilezas acerca de la capitana Roble Blanco, y el Prisma la acorraló en el balcón.

Ay, Orholam misericordioso. ¿Gavin había asesinado a esa estúpida chiquilla porque esta había insultado a Karris? Karris sintió deseos de llorar, por Ana, por ella misma, por Gavin, por todo aquel estúpido mundo, lleno de amores desdichados.

—Vimos... —Gavin tragó saliva y miró a Gill, que le indicó que continuara asintiendo con la cabeza—. Él gritaba, enfurecido, y la muchacha estaba tan asustada que saltó del balcón.

Un estremecimiento sacudió a Karris.

—¿Que saltó? —preguntó.

—Sí, capitana —dijo el muchacho—. El... el Prisma se mostró desolado inmediatamente. Creo que nunca podré olvidar su expresión. Dijo algo así como: «Orholam misericordioso, la he matado». Y después nos ordenó que fuéramos a dar parte del incidente, asegurándonos que lo encontraríamos allí a nuestro regreso. Parecía tan consternado que lo creímos, mi señora. No sabíamos qué hacer. Uno de los dos debería haberse quedado con él. Lo siento.

—Espera. ¿No la mató? —preguntó Karris.

—No, señora. Saltó —dijo Gill.

—¿Y los dos estáis absolutamente seguros de esto? —preguntó la Blanca.

—Sí, noble dama —respondieron los Greyling al unísono.

—¿Tan seguros como para repetir esta historia ante el Espectro?

Gavin palideció, pero Gill parecía desconcertado. Si se lo habían inventado, él era el mejor embustero de los dos.

—Sí, mi señora. ¿Por qué íbamos a mentir?

—No seríais los primeros guardias negros —dijo la Blanca— en creer que el deber de proteger al Prisma se extiende más allá del deber de proteger su vida.

Gill parpadeó varias veces seguidas.

—Lo entiendo, mi señora. Pero apenas conocemos a lord Prisma. Acabamos de empezar.

—¿Y nadie que registre vuestras pertenencias encontrará ningún regalo de gran

valor?

La expresión del muchacho se endureció.

—Somos nuevos en el trabajo, mi señora, pero sabemos lo que es el honor.

—De acuerdo —dijo la Blanca—. Podéis retiraros. Dormid un poco. Probablemente os despierten antes de tiempo para haceros más preguntas, pero os merecéis descansar cuanto podáis.

Se despidió de ellos, y los dos hermanos se fueron, agradecidos.

Karris se giró hacia la Blanca.

—Parecía que os lo esperabais.

—Por supuesto. Ya los había interrogado. Quería ver si su historia había cambiado. Y... quería que oyeras que el hombre al que amas era inocente de ambos delitos.

Karris parpadeó. ¿El hombre al que amo? ¿Ambos delitos?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ya había rechazado antes a esa muchacha, al menos en dos ocasiones. Y al parecer él tenía buenos motivos para creer que anoche ibas a acudir a su cama, cosa que hiciste.

Karris se rebulló, pero no tenía nada que decir.

—Sabes que los guardias negros tienen prohibido hacer el amor con sus protegidos, ¿verdad, Karris?

—Sí, mi señora. —Karris tragó saliva. La noche anterior había sido más estúpida de lo que se imaginaba. ¡Con lo racional que era normalmente!

—¿Has hablado de este asunto con el comandante Puño de Hierro? —preguntó la Blanca—. Ayúdame a tenderme aquí, ¿quieres?

Karris ayudó a la Blanca a reclinarse en la cama.

—Hum, no, mi señora. Me... me temo que anoche me dejé llevar por un impulso, y antes de eso la, eh, la tentación nunca había sido tan fuerte. —La ansiedad le atenazaba el estómago.

La Blanca se tumbó boca arriba.

—Bueno, querida, si lo hubieras hecho, Puño de Hierro te habría contado que él y yo ya tuvimos una conversación al respecto hace mucho tiempo. Y otra más recientemente.

—¿Sí?

—No me interrumpas, querida. Sí. Y convinimos que es una norma positiva. Ayuda a perfilar los límites. Evita que las aguas se enturbien.

—Sí, mi señora —dijo Karris. Enderezó los hombros y se llenó los pulmones de aire. Todavía se sentía mareada, pero esa era la vida que había elegido. Era una guardia negra, de la cabeza a los pies. No resultaba fácil, pero por eso mismo había escogido ese camino, porque sabía que estaba sembrado de dificultades. Las normas

existían por un motivo.

—También convinimos —continuó la Blanca— que a veces hace falta una excepción que confirme la regla. Y que tú eres esa excepción. Si deseas mantener una relación con ese hombre imposible, adelante.

De la garganta de Karris brotó un sonido que podría haber guardado un tenue parecido con un gritito de alegría. Se mordió la lengua y apretó los labios.

La Blanca abrió mucho los ojos, sonriendo de oreja a oreja.

—Que Orholam se apiade de nosotras por las personas a las que amamos, niña. Y ahora, ve a buscar a ese hombre incorregible y mantenlo con vida. Me temo que necesitaremos desesperadamente su ayuda en los días que se avecinan.

Karris abrazó con fuerza a la anciana y salió corriendo de la habitación, deteniéndose tan solo para informar a los guardias negros del pasillo de que ya podían entrar.

86

Gavin salió del infierno de su creación poniendo un pie delante del otro. El sistema de poleas y contrapesos le permitiría avanzar más deprisa, pero haría ruido. Bajo tierra, no tenía manera de saber si el alboroto reinante en la superficie bastaría para encubrir los sonidos que produjera, de modo que optó por pecar de precavido.

Llegó arriba instantes después. Salió del agujero, arregló el suelo tan discretamente como le fue posible, disolvió la plataforma de luxina amarilla y escuchó al otro lado de la puerta. Nada.

Tras esperar durante un minuto completo, abrió la puerta una rendija. Un poco más.

No había nadie en la habitación, salvo Marissia, en silencio y arrodillada en el suelo.

—Marissia —dijo Gavin, alegrándose de verla—. Te dije que te marcharas —le recriminó con dulzura.

La mujer lo miró entonces, y a Gavin le sorprendió ver que un nuevo reguero de lágrimas se deslizaba por sus mejillas.

—Sabía que volveríais. Por favor, mi señor, no me apartéis de vuestro lado. Esto es todo cuanto conozco. No... Por favor, no me repudiéis.

¿Repudiarla?

—No, no, no. No quiero apartarte de mi lado. Pero... Marissia, te he concedido la libertad. Sería un desalmado si intentara arrebatártela de nuevo. Es un regalo...

—Y no creáis que no os lo agradezco, mi señor. Al contrario. Lo valoro como un tesoro. Pero no puedo aceptarlo y seguir siendo vuestra esclava de cámara. Estaríais perdido sin mí, mi señor. —Marissia inclinó la cabeza—. Os pido perdón. Eso ha sido demasiado presuntuoso.

—La verdad a menudo lo es. Tienes razón. Te necesito. Pero podrías convertirte en mi secretaria. Orholam sabe que entre tus responsabilidades se incluían todas las relacionadas con ese puesto.

—Y más —dijo con voz queda la mujer.

—Bueno, sí, por supuesto. Y todas ellas ejecutadas con displicencia —admitió Gavin, con una sonrisita traviesa. La sonrisa se le congeló en los labios.

Acababa de matar a su hermano, y sin embargo la vida continuaba, sin un minuto de pausa.

—Mi señor... —dijo Marissia, como quien habla con alguien corto de

entendederas.

—¿Sí?

—Estáis enamorado de lady Roble Blanco.

—Sí, en efecto.

—Que una dama tolere que el hombre al que ama disfrute de la compañía de una esclava de cámara es una cosa. Otra muy distinta es que ese mismo hombre la engañe con una mujer libre. Sobre todo después de demostrar vuestro aprecio por mí liberándome.

Ah. Conceder la libertad a una esclava resultaba mucho más fácil cuando creías que no te iba a costar nada. Maldición.

Menos mal que no me acucia ningún asunto más urgente que la comezón de mi entrepierna.

Gavin se acarició la barbilla. Giró el cuello a los lados hasta que sus vértebras emitieron un crujido.

—Marissia, te hice una promesa, y sería ruin por mi parte...

—¡Tengo una solución, mi señor!

—¿Una solución?

—Que no desmerece el regalo que me habéis hecho, pero no me obliga a marcharme.

Gavin enarcó una ceja.

—¿Te quieres quedar? Es decir, ¿realmente quieres quedarte? ¿O es tan solo que te asusta que cambien las cosas? Si necesitas más dinero...

—Mi señor, ya he redactado el contrato. No se trata de manumisión, sino de la promesa de que podré comprar mi libertad por un danar, siempre que quiera. De ese modo, todavía me ofrecéis el mismo regalo generoso, y yo podré aceptarlo cuando desee, sin privaros de mis servicios y sin complicar las cosas entre lady Roble Blanco y vos.

Sin complicarlas más, al menos.

—Sigo sin... eres una esclava de cámara, Marissia. Ni siquiera tienes ningún derecho sobre tu cuerpo. Si no fueras una esclava, podrías ser satrapesa, reina de los mercaderes, lo que quisieras. En cambio...

—¿Qué podría hacer en esta vida que tuviera más sentido que serviros a vos, mi noble lord Prisma?

—¿Cómo puedes decir eso? Me conoces mejor que nadie. Sabes cómo soy.

—Sí, mi señor, lo sé. Y os... —La mujer se mordió la lengua—. Por favor, no me obliguéis a irme.

—No te obligaré a irte —claudicó Gavin. Era una mujer extraordinaria. Asombrosa. Se acercó al escritorio, firmó el nuevo documento y se lo llevó a la esclava. Marissia ya había hecho pedazos el antiguo.

Inexplicablemente, estaba llorando. Gavin le ofreció el nuevo contrato y Marissia lo aceptó, aún de rodillas, y se abrazó a sus piernas.

Gavin había dormido tal vez una hora la noche anterior. Había tenido una accidentada sesión de sexo con una desconocida a la que después había asesinado. Había perdido al amor de su vida. Se había preparado para morir. Había comprendido que todo aquello en lo que había creído durante los últimos veinte años de su vida era una mentira. Había matado a su propio hermano. Estaba reventado.

Y sin embargo, ante aquella mujer tan hermosa apretada contra su ingle, su cuerpo reaccionó. A veces ser un hombre era odioso.

Después de todos los quebraderos de cabeza que me diste anoche, ¿en serio quieres hacerme esto ahora?

Marissia se percató de inmediato, naturalmente. Por otra parte, quizá fuera esa su intención. Por lo general se mostraba pasiva, sus primeras caricias solían ser tentativas. No en esta ocasión.

Gavin dio un paso atrás, y Marissia se incorporó con agilidad frente a él, dejando caer el manto que le rodeaba los hombros, revelando la fina blusa que había debajo. Gavin dijo:

—Quizá deberíamos...

Marissia lo besó en los labios y lo empujó hacia atrás mientras le bajaba los pantalones. Lo guió hasta una silla, y Gavin se sentó de sopetón cuando el canto le golpeó las rodillas. Y a continuación Marissia se abalanzó sobre él, con los ojos clavados en los suyos, inmovilizándolo, posesiva. Su sexualidad era un torbellino desenfrenado, agresivo, veloz, abrasador, sudoroso y abrumador. Lo cabalgó hasta que Gavin hubo terminado con un estallido de luz ante su mirada, pero Marissia no se detuvo como acostumbraba a hacer. Al contrario, se pegó a él con más ímpetu, hasta que a Gavin le preocupó que la silla fuera a saltar en pedazos y arrojarlos a ambos al suelo. Los dedos de Marissia se enredaban en sus cabellos, sujetándole la cabeza, exigiendo que la mirara a los ojos. De improviso, aquellos excepcionales ojos verdes llamearon, y las caderas de Marissia se encabritaron, incontrolables. Sus dedos se le clavaron en el brazo y le tiraron dolorosamente del pelo, y Marissia se derrumbó sobre él.

Gavin estaba perplejo, sin aliento. Se levantó y la llevó a su cama. Marissia se ovilló en sus brazos, y únicamente emitió un débil gañido de protesta cuando él la soltó. Gavin se dirigió a su lado de la cama y se sentó a la tenue luz de la lámpara.

A pesar de que había alcanzado la satisfacción, su cuerpo aún estaba sediento de más. Quizá hubiera pasado demasiado tiempo en el camino con Karris. Quizá se debiera a la intensidad de Marissia, inesperada y tremendamente excitante. Pensó en poseerla de nuevo para embotar su preocupación. El día siguiente iba a ser un infierno. Solo le apetecía dormir. Durante unas pocas horas, no quería sentir nada.

En lugar de eso, sintió que de alguna manera había cometido un error con Marissia. Por mucho que se esforzase, era incapaz de precisar de qué se trataba. Debían de ser los remordimientos por la suerte de Dazen.

Se tendió de espaldas y contempló el techo, parpadeando, preguntándose cómo diablos iba a arreglárselas para esquivar la lluvia de flechas que se precipitaría sobre él al día siguiente. O bien el Espectro se había reunido ya para analizar el asesinato, o bien lo haría a primera hora de la mañana. En ese momento no podía hacer nada al respecto. Y puesto que los guardias ya habían registrado la habitación aunque sin proceder con su habitual minuciosidad, a nadie se le ocurriría ir a buscarlo allí.

Cinco minutos más tarde —o al menos lo que parecían únicamente cinco minutos más tarde— se despertó. Marissia no estaba. Se habría ido a trabajar, sin duda. Gavin se quedó tumbado en silencio, repasando ociosamente su lista de problemas y estudiándolos sin ninguna urgencia particular. Así era como se le ocurrían las mejores ideas. Recordó que Demnos Jorvis no se llevaba bien con su esposa, Ela, la hermana de Arys. Pensó en la velocidad de crecimiento de una perdición. Antes el equilibrio se conseguía manualmente, con los trazadores de un color recibiendo instrucciones para usar más luxina durante un año, y los trazadores del color descontrolado recibiendo instrucciones para usar menos. La Cromería tenía mucha influencia. Pensó en los sumos luxiats, los hombres que dictaban la doctrina que habría de promulgarse a lo largo y ancho de las satrapías, quienes sin duda arderían en deseos de reunirse con él tras tantos informes de incidencias extrañas. Lo amaban y lo temían a partes iguales, pero ¿sería capaz de imponer un cambio en los mismos cimientos de su religión? Pensó en Karris. La recuperaría. Ahora era posible, estaba seguro de ello.

Y pensó en su difunto hermano. Se sentó en la cama y vio que Marissia había traído la bandeja con las duras hogazas cuadradas de pan especial que Gavin había lanzado por la rampa en mil ocasiones. No se sentía culpable. Era como mirarse al espejo y comprobar que ya habías dejado de ser un niño. Pero ese día, Gavin podía contemplarse desapasionadamente. Así que este soy yo: Gavin Guile, fratricida. El hombre que había tenido la presencia de ánimo necesaria para sacrificar a su hermano por el bien de las Siete Satrapías. Por fin se había convertido en la persona que todos creían que era desde hacía dieciséis años.

Casi.

Marissia entró furtivamente en la habitación.

—Mi señor —dijo—. Estáis despierto, me alegro. Vuestro padre quiere veros de inmediato. El Pequeño Jaspe hierve con la noticia de la muerte de la joven dama. La Guardia Negra investiga en silencio... aguardando órdenes de la Blanca, que duerme aún, después de haberse pasado en vela toda la noche. El Espectro celebró anoche una sesión de emergencia y decidió mediante votación cuál será la composición de las fuerzas que viajen a Ru. Han puesto a vuestro padre al mando, pero frustraron sus

planes de ser nombrado prómaco. Grinwoody me acorraló, mi señor, y me exigió que viniera a buscaros. Se negaba a creer que desconociera vuestro paradero.

Había trucos para gobernar, trucos para alcanzar la victoria y mantener la lealtad aun en el seno de la mayor de las conflagraciones. Gavin a veces olvidaba que funcionaban tanto con quienes uno conocía bien como con los desconocidos. Karris tenía razón: con demasiada frecuencia, Gavin permitía que quienes tenía más cerca recibieran la peor parte de su personalidad. De modo que trazó una línea entre sus preocupaciones y él, y concentró toda su atención en la mujer que tenía delante.

—Marissia —dijo—. Eso no tiene importancia. Eres maravillosa. Extraordinaria. Si consigo acabar el día sin ir ni a prisión ni al patíbulo, cómprate algo bonito, lo más bonito que encuentres.

La mujer sonrió.

—Como mi señor ordene.

Su buen humor infundió ánimos a Gavin. Era el Prisma. Era Gavin Guile. ¿Qué no podría lograr en un año?

87

—Se rumorea que anoche te enfrentaste a una asesina —dijo Andross Guile.

—¿Una asesina? —preguntó Gavin. A duras penas había conseguido bajar allí sin ser visto. Se había sentido tentado de utilizar otra vez los mantos coruscantes, pero no pensaba acercarlos a menos de cien pasos de su padre. Andross intuiría su naturaleza de alguna manera.

Su padre estaba sentado a oscuras, en el cuarto de piedra infernal, pero Gavin se quedó de pie. No quería pasar en aquel sitio más tiempo del estrictamente necesario.

—Otras voces sugieren que la defenestraste porque se negó a consentir tus extravagantes perversiones. Ah, espera, ese rumor lo empecé yo. —Los labios de Andross Guile se curvaron en una sonrisa desprovista de humor.

—¿Y a quién se lo contaste? ¿A los ratones? Eres un recluso.

—¿Te crees que porque sea viejo ya no puedo morder? —preguntó Andross Guile.

Precisamente en la vejez es cuando uno suele quedarse sin dientes.

—Lo que creo es que te opones a mí sin motivo, tan solo para demostrar que puedes hacerlo. Y eso me saca de quicio, como te ocurriría a ti si estuvieras en mi lugar.

—Mira que eres estúpido. ¿Cuántos años llevo enseñándote? ¿Cuándo he actuado sin motivo?

Gavin guardó silencio.

—Te vas a casar, Gavin. En el plazo de una semana. Ya he decidido que...

—¿Enviaste tú a la chica?

—¿Cómo dices?

—Anoche, ¿fuiste tú el que envió a Ana Jorvis a mi habitación?

—Esa ilusa ligera de cascos intentaba seducirte para que su familia tuviera alguna oportunidad de obligarte a casarte con ella, oportunidad que yo ya les había dicho que habían perdido... o bien... —Andross Guile se encogió de hombros—. O bien intentaba asesinarte de veras. He oído que la Orden ha empezado a reclutar jovencitas. O quizá pensara sencillamente que por fin habías sucumbido a sus encantos femeninos, como al parecer ocurrió, ¿no es así?

—Creía que... —No. Gavin no pensaba hablar con su padre de con quién se acostaba, o con quién le gustaría hacerlo.

—¡Ja! De noche todos los gatos son pardos, ¿verdad? —Ante el silencio de

Gavin, el Rojo continuó—: Tisis Malargos, esa será tu esposa. Dentro de una semana. No es ideal, pero se avecina una guerra, y todas las personas que importan ya están aquí. Además, así me ahorraré una fortuna. Necesitamos aliados, desesperadamente. ¿Por qué tuviste que tirar a esa chiquilla por el puñetero balcón?

—Fue un accidente —siseó Gavin.

El Rojo se retrepó en la silla mientras una expresión triunfal se cincelaba en sus rasgos.

—Así que la tiraste.

Lo dijo como si la información fuera nueva. Gavin masculló una maldición. Maldecir era seguro.

—¿Cómo engatusaste a los guardias negros? ¿Cómo lograste que mintieran por ti? Yo mismo intenté comprar a esos muchachos... ¿Trabajaban ya a tu servicio? —preguntó Andross Guile.

Habían mentido por él. Gavin y Gill Greyling habían mentido por él.

—Una historia bien hilvanada, además: tú, furioso porque te han engañado, venga a gritar. Ella, aterrada. Salta. Tú te culpas y huyes. No servirá para anular la enemistad de los Jorvis, pero te libra de la destitución, y había demasiados testigos como para convencerlos a todos de que juren que se arrojó desde una planta más baja. Lo cual nos lleva de nuevo a nuestra necesidad de encontrar aliados.

Aquel gesto de generosidad era como un puñetazo en la cara. Inesperado por completo, totalmente inmerecido. Ana era una ilusa, pero no se merecía la muerte, y eso era lo único que había obtenido de Gavin. Orholam misericordioso.

Gavin respiró hondo. Tomó esos sentimientos, los guardó en una caja y los relegó a un rincón de su mente. Lloraré por ti más adelante, Ana, furcia desdichada, y resarciré a tu familia. Lo siento.

Ese día iba a ser una prueba. Si lograba sobrevivir a otros cinco minutos con su padre, quizá saliera indemne de aquella jornada. Si salía indemne de aquella jornada, quizá aguantara otro mes. Si aguantaba otro mes, ¿por qué no un año entero?

—No —dijo Gavin.

—Y la próxima vez, por el amor de Orholam, ¿qué tal un poquito de autocontrol?

—El autocontrol es para los que no pueden controlar a los demás —replicó Gavin. Recordó de inmediato quién le había enseñado esa lección: el mismo anciano de sonrisa lúgubre que tenía delante—. La respuesta es no.

—Se diría que piensas, equivocadamente, que te estoy dejando alguna elección.

—Sin equívocos: no. —Gavin mantuvo la voz firme y cortés, ecuánime.

—Si te empeñas en desobedecerme, me obligarás a repudiarte.

La amenaza dejó a Gavin literalmente sin aliento.

—¿Crees que no soy capaz? ¿Crees que no lo haré tan solo porque seas mi hijo? No estoy tan mayor como para no poder seguir procreando, ¿sabes? Era tu madre la

que no quería, después de lo de Sevastian. Como no te cases con Tisis Malargos, lo haré. Así de simple. No sé qué odiaría más, si casarse contigo o conmigo. Da igual. Es una chica leal. Fiel a su familia. Pragmática. Hará lo que tenga que hacer. Un ejemplo que te convendría seguir.

—Entonces ¿no me necesitas? —dijo Gavin—. Soy el Prisma. ¿Crees que me resultará difícil conseguir más dinero? ¿Crees que me faltará algo? ¿Realmente deseas empezar una guerra conmigo?

—¿Empezar? Si no hubieras estado tan ocupado tirándote a esa chiquilla, ya te habrías percatado de que las hostilidades ya han comenzado.

—¿Qué has hecho? —preguntó Gavin.

—Te he hecho a ti, niño. En todos los sentidos. —Andross Guile se hundió entre los cojines de su silla—. ¿Quieres buscarme las cosquillas? No pierdas de vista aquello que amas.

88

—He oído que los engendros están usando sabuesos infernales —dijo Ferkudi—. En Atash.

—¡Y yo, que la Llama Eterna de Aslal ardió cegadoramente azul durante dos meses seguidos! —dijo Yugerten. Era un muchacho desgarbado y no demasiado popular. Nadie le prestaba nunca mucha atención.

—Cualquiera puede conseguir que el fuego se tiña de azul —repuso Ferkudi—. ¡Pero yo hablo de sabuesos infernales!

Los cadetes se dirigían en grupo a realizar otra práctica en el mundo real. Todavía ignoraban los detalles, pero después de que a Kip se le pegaran las sábanas, los había alcanzado por los pelos antes de que partieran en dirección a los bajos fondos.

—¿Perros de fuego, hechos de luxina? —preguntó Teia, dubitativa.

Kip intentaba ver quién los observaba mientras recorrían las calles, cada vez más estrechas, camino del Promontorio.

—Los sabuesos infernales son una leyenda, Ferk —dijo Tanner.

—El hombre que me lo contó no es ningún mentiroso —repuso Ferkudi.

—Piensa un poco, atontado, que para algo eres trazador —insistió Tanner—. ¿Cómo se hace algo así? Podrías construir la efigie de un perro con luxina roja, pero entonces no se movería, ¿a que no?

—Bueno, no lo sé. Supongo que no.

—No están hechos de luxina —terció quedamente otra voz—. Pero son reales.

Se trataba del instructor Fisk.

Los muchachos enmudecieron y cruzaron las miradas.

—Los engendros infunden luxina roja en la piel y en el pelaje de los perros. Lo hacen para practicar, antes de intentarlo en su propio cuerpo. Es una crueldad espantosa, y peor aún es cuando les prenden fuego. Pero lo he visto. Fui testigo de cómo el comandante Puño de Hierro acababa con el sufrimiento de uno mientras eliminábamos a los últimos engendros de la Guerra del Falso Prisma.

El respeto que sentían todos los cadetes por el comandante subió varios peldaños en la escalera que conducía a la adoración pura.

—Pero, un perro al que alguien ha prendido fuego, ¿no se volvería contra su torturador antes de arremeter contra los enemigos de este? —preguntó Kip—. Lo más normal sería que enloqueciera.

El instructor Fisk escupió.

—Maldita sea, Rompelotodo. Tenías que ser tú, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Kip. Todavía no se había acostumbrado a que lo llamaran Rompelotodo.

Pero el instructor no dijo nada mientras entraban en una pequeña plaza, pasando entre mugrientos mercaderes que los observaban fijamente con hostilidad manifiesta. Se trataba de un barrio tyreano, pero sus habitantes no veían un compatriota cuando miraban a Kip, solo veían un cachorro de la Guardia Negra.

Cuando hubieron cruzado la plaza y se internaron en la calle adyacente, el instructor Fisk dijo:

—Hay tipos de trazo de los que no solemos hablar con los jóvenes trazadores, porque ya perdemos bastantes dadas las actuales circunstancias, y todo el mundo se considera especial e intenta hacer las cosas que os pedimos que no hagáis. Pero todos vosotros vais a ser guerreros, tal vez antes de lo que os imagináis, de modo que merecéis saber lo que os aguarda ahí fuera.

Si no tenía la atención de todo el mundo antes, la consiguió entonces. La clase se arracimó a su alrededor, pendiente de todas y cada una de sus palabras.

—Rompelotodo tiene razón. Si prendes fuego a un perro, enloquecerá. Pero trazar depende de la voluntad. Ya sabéis que usamos la voluntad para todo lo que trazamos, que la voluntad puede encubrir los errores que cometamos al combinar longitudes de onda. Existen muchas teorías acerca de cómo funciona en realidad, pero básicamente se trata de que puedes infundir tu voluntad en las obras que crees.

—¿Gólems? —preguntó alguien.

El instructor Fisk hizo una mueca.

—Son casi imposibles. —Por su expresión, se diría que lamentaba haber iniciado aquella conversación. Miró a la muchacha que había formulado la pregunta—. Tú, Tamerah, eres una monocroma azul. Si fabricaras un gólem, se limitaría a quedarse ahí sentado, absorto en su armonía azulada. Un gólem verde sería totalmente incontrolable, como ha quedado demostrado docenas de veces. Rechazan las normas y el control hasta tal punto que matarán a los trazadores insensatos que los creen. De modo que hay que ser al menos bicromo para intentar siquiera fabricar un gólem, y eso casi siempre termina espantosamente mal. Por lo que nos incumbe ahora, la cuestión es que se puede proyectar la voluntad en un ser vivo, perros, en este caso. Por lo general, quienes han roto el halo, o planean hacerlo, experimentarán primero con animales para ver hasta qué punto serían capaces de alterar sus propios cuerpos. Los sabuesos infernales son una permutación de esa idea.

—¿Una permutación? —preguntó alguien.

—¡Una versión! —dijo Ferkudi—. Y cierra el pico.

A regañadientes, el instructor Fisk continuó:

—Infunde un montón de luxina roja en un perro, añade la voluntad suficiente para

que cargue contra tus enemigos y préndele fuego. Es una forma de morir enfermiza y horrible. Los animales aúllan de rabia y dolor, impelidos a atacar aun cuando están tan consumidos por las llamas que cuesta creer que sean capaces de moverse. Si alguna vez tenéis que enfrentaros a uno, inutilizadle las piernas primero, y después la cabeza. Con eso suele bastar, por lo general.

—¿Por lo general? —preguntó Ferkudi, asombrado.

—Venga, se acabó —dijo el instructor Fisk—. Hoy vamos a buscarnos problemas. Como la última vez, sabed que algunos de vosotros quizá no regreséis de este ejercicio. Quienes lo consigáis, puede que lo hagáis mutilados. Es posible que seáis expulsados de la Guardia Negra antes incluso de entrar en ella, novatos, y sin que tengáis culpa de nada.

De repente, fue como si les hubieran echado un jarro de agua fría. El abandono y la magia de hacía apenas unos instantes se evaporaron sin dejar ni rastro.

—Cabe esperar que las bandas hayan oído hablar del ejercicio de la semana pasada, y también que no vean el momento de probar suerte otra vez con vosotros. Este es el plan: habrá dos equipos principales de seis. Cinco de vosotros seréis guardias negros, el sexto será un Color. El último equipo será de nueve. Como siempre, mantenerse arriba cuesta. Los que seáis guardias negros no podréis trazar. Vuestro Color podrá trazar, pero no pelear. El Color llevará una bolsa con cuarenta danares. Suficiente para buscaros serios problemas, pero no para que estalle un tumulto. Esperemos. Habrá varios cadetes con más experiencia y guardias negros de pleno derecho repartidos a lo largo de la ruta. Si necesitáis ayuda, pedidla y acudirán en vuestro auxilio. Pero si lo hacéis, habréis fracasado y todos los miembros del equipo descenderán tres puestos, aunque ser guardia negro significa saber cuándo batirse en retirada. Este será el punto de partida, y la prueba habrá concluido cuando crucéis el Tallo de Azucena. ¿Entendido?

Los novatos asintieron con la cabeza.

—El primer equipo lo formarán Teia y Kip, Cruxer y Lucia, Aram y Erato. Kip, tú serás el Color.

—¿Por qué tiene que ser Kip el Color? —preguntó Aram. Hijo de perra.

Los músculos de la mandíbula del instructor Kip se tensaron durante una fracción de segundo.

—Porque es lento. Aunque el actual Prisma constituya una excepción, generalmente la persona a vuestro cargo será mayor, más lenta y peor luchadora que vosotros. Parte de nuestro trabajo consiste en aceptar ese hecho y protegerla a pesar de sus debilidades. ¿Te parece bien, Aram, o necesito seguir explicándome?

Aram frunció el ceño y apartó la mirada.

No era mal equipo, pensó Kip. De los veintiún novatos que quedaban, Cruxer ocupaba el primer puesto, Teia el séptimo, Aram el undécimo aunque se merecería

estar entre los cinco primeros, y Erato el noveno aunque debería estar en el quince..., el puesto que ocupaba Kip, pese a merecerse estar alrededor del veintitrés, pero ahora eso no tenía arreglo. La compañera de Cruxer, Lucia, ocupaba el vigesimoprimer puesto. Era lista, bonita y popular, con el pelo corto y crespo y una sonrisa deslumbrante, aunque como luchadora dejaba que desear. Carecía de instinto asesino. Por mucho que Cruxer practicara en privado con ella, probablemente suspendería el examen final al cabo de una semana.

—Kip —dijo Cruxer—. ¿Tienes algún consejo?

Kip miró a Cruxer, sorprendido por un momento. Cruxer era mil veces más hombre que Kip, ¿y le estaba pidiendo consejo?

—Pues claro que no. Que sea un Guile no significa que tenga ni la mitad de cerebro que su padre —dijo Aram.

—Avanzaremos tres bloques hacia el norte, cinco bloques en línea recta y partiremos de allí —dijo atropelladamente Kip, sonrojándose.

—Esa ruta no es precisamente recta, Kip —observó Cruxer.

—¿Que no es recta? No podría haber otra más retorcida —protestó Erato—. No me apetece pasar más tiempo del estrictamente necesario en estos suburbios.

El instructor Fisk entregó a Kip la bolsa con las monedas.

—Poneos en marcha cuando estéis preparados —dijo.

Cada una de las calles que desembocaban en el reducido espacio entre las casas y la muralla eran lóbregas y angostas. En todas había alguien, y resultaba imposible saber en qué miradas se combinaban la curiosidad y la hostilidad. Kip no veía ningún niño, y las mujeres escaseaban. Supuso que eso significaba que los habitantes de la zona sabían que se avecinaba una tormenta.

—Vamos —dijo Aram—. Al sur, en línea recta, y tardaremos unos pocos bloques en atajar por las avenidas principales. ¡Deprisa!

—El problema no es la distancia —repuso Kip.

—Kip, tendrás que darme otro motivo más convincente —dijo Cruxer—. Debemos ponernos en marcha. Cuanto más esperemos, de más tiempo dispondrán para...

—Tienen razón, Kip —intervino Teia—. Solo tenemos que correr unos cuantos bloques.

—Yo estoy con Aram —dijo Cruxer—. ¡En marcha! ¡Formad una cuña, no dejéis que nadie se acerque a menos de un brazo de distancia de Kip!

Empujaron al joven para que este empezara a trotar, pero se detuvo de repente.

—Soy el Color —dijo.

—No me jodas —protestó Aram—. ¡Pues deja de convertirte en un blanco perfecto!

Todos frenaron en seco, apartando la mirada de los hombres que poblaban los

callejones para observar a Kip, que se comportaba como si hubiera perdido la cabeza.

—Debéis protegerme —dijo Kip.

—Eso ya lo sabemos —terció Cruxer—. ¡Dos bloques, dos!

—Podríamos llevarlo en volandas —sugirió Lucia.

—Estaríamos renunciando a dos luchadores, al menos.

Kip era el Color. Ellos, su escolta. Tenían que protegerlo. Así de simple. No se trataba de averiguar quién era el mejor, ni el más inteligente, ni el mejor clasificado, se trataba de comprender quién estaba al mando. Y ese era Kip. No solo tenía todo el control, sino también la razón.

De modo que giró sobre los talones y echó a correr en la dirección opuesta.

Más de una maldición voló detrás de él —palabras lo suficientemente malsonantes como para encenderle las orejas— pero no estaba escuchando. En cuestión de momentos, lo rodearon de nuevo. Pasaron trotando frente a un desconcertado instructor Fisk y el resto de los novatos.

—Se trata de las bandas —dijo Kip cuando le dieron alcance—. Nuestra principal preocupación son las tyreanas. Si atajamos tres bloques hacia el norte llegaremos al barrio ilytiano. Después cruzaremos los mercados, donde a los guardias les da igual tu origen, lo único que no quieren es ver grandes grupos armados. Avanzaremos zigzagueando entre los territorios de las bandas, y así estas se distraerán entre sí en lugar de concentrarse en nosotros. —Resopló. No era fácil hablar sin dejar de correr —. ¡Cruxer, dame las gafas!

El muchacho le entregó las antiparras azules. Kip se puso primero sus gafas verdes y contempló fijamente los edificios encalados. Absorbió luxina hasta la mitad de su capacidad y la reservó; a continuación, absorbió luxina azul y la almacenó en el brazo izquierdo.

No se esperaba el efecto que surtió sobre él. La fría y balsámica racionalidad del azul chocó con la feroz impetuosidad del verde como dos destacamentos de caballería enfrentados.

—Cruxer, tú diriges, tú mandas —dijo Kip. Parpadeó varias veces seguidas, sacudiendo la cabeza. Notaba las sienes agarrotadas, un dolor de cabeza que se intensificaba rápidamente, deslizándose por su cuello. Con un esfuerzo de voluntad, intentó separar las luxinas de su interior.

Frente a ellos, el callejón se oscureció cuando aparecieron cinco hombres que les cortaban el paso. Iban armados con porras y cadenas. Los cadetes cerraron filas delante de Kip, bloqueando las líneas de fuego.

—¡Apartaos o ateneos a las consecuencias! —exclamó Cruxer, sin aminorar la marcha. Los matones que colapsaban el callejón no se movieron. Cruxer seleccionó sus objetivos—. ¡Uno y dos!

—¡Cuatro! —dijo Lucia.

—¡Tres! —indicó Aram.

—¡Cinco! —dijo Teia.

Lo cual, por supuesto, dejaba a Kip sin nada que hacer.

El número uno era el más corpulento, un bruto obeso y peludo que ocupaba el centro del callejón. Había plantado los pies con firmeza en el suelo y los aguardaba como si estuviera convencido de que aquellos chiquillos iban a aminorar el paso. Debía de pesar al menos el doble que Kip. Levantó la porra.

Cruxer aceleró en el último segundo, giró deslizándose de costado para lanzar una patada lateral, pasando el pie izquierdo por detrás del derecho y proyectando este hacia arriba con una fuerza increíble. Era una maniobra complicada de ejecutar rápidamente en posición de descanso, pero su potencia era inigualable. Kip nunca había visto a nadie intentarla a la carrera.

Pero la patada salió perfecta. Alcanzó al gordinflón en el plexo solar y levantó toda su fofa masa del suelo, empujándolo hacia atrás como si acabara de recibir el impacto de un cañonazo. La porra, que ya había iniciado su trayectoria descendente, se alejó volando inofensivamente por los aires mientras Cruxer reanudaba el ataque. Sin esfuerzo, ejecutó una patada giratoria y su talón fue a estrellarse en el cuello del número dos, que se desplomó como un fardo, golpeándose con su propia cadena en el proceso.

Teia frenó antes de llegar a su escuálido adversario, pero actuó casi con la misma celeridad, fintando un puñetazo a la cara antes de propinarle un puntapié en la entrepierna. Cuando el hombre se encorvó instintivamente a causa del dolor, su cara impactó con la rodilla ascendente de la muchacha, con explosivos resultados.

Lucia intentó llamar la atención de su objetivo, pero a este le preocupaba más Cruxer, que detuvo la porra que caía sobre él formando un aspa con los brazos y continuó bajando las manos para asir a su agresor. El matón fue rápido de reflejos y consiguió zafarse, conservando el control de la porra por los pelos.

No le sirvió de nada. Cruxer conectó una de sus patadas con la espinilla en la pierna del hombre, que se desplomó, aullando de dolor. Cruxer se abalanzó sobre él en un abrir y cerrar de ojos, erguido con un pie encima del tobillo del matón y el otro encima de su rodilla. Le bastaría con cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro para dejarlo tullido.

En cambio, Cruxer miró al resto del grupo. Kip ni siquiera había visto cómo se encargaba Aram de su oponente, pero este estaba en el suelo. A ninguno de los otros parecía quedarle ganas de continuar la pelea.

Cruxer sonrió de oreja a oreja, feral y exultante, carismático. Su expresión era la de un muchacho al que le cuesta creer que todas las horas de entrenamiento efectivamente hayan servido de algo. Que por fin se haya convertido en quien siempre esperaba ser. Se trataba, Kip lo sabía, de una expresión inocente. Sintió como

si se abriera un abismo entre Cruxer y él. Cruxer era un aprendiz de guerrero, pero todavía no era un guerrero. Podría llegar a ser un soldado excelente, pero también era buena persona. No perdería nunca esa excelencia, pero sí el entusiasmo cuando viera explotar sus primeras cabezas, cuando contemplara a sus amigos intentando aferrarse a la vida mientras la sangre escapa a borbotones de sus entrañas desparramadas, cuando escuchara los estertores y el llanto de los adversarios que tardan demasiado en morir.

—¡Vamos! —exclamó Cruxer—. Lucia, para la próxima, vigila la retaguardia.

—Para la próxima, dejadme alguna línea de tiro —dijo Kip—. Tengo luxina.

Reanudaron la carrera. La fatiga empezaba a hacer mella en Kip, pero comprendió que hacía tan solo unos meses ni siquiera habría podido llegar tan lejos corriendo. Ahora aguantaba el ritmo de los demás. Seguiría siendo el primero en cansarse, pero aún no estaba dispuesto a rendirse.

Al llegar al bloque siguiente vieron que un grupo, compuesto aproximadamente por una docena de hombres, pretendía cortarles el paso. Los perseguidores desistieron de su empeño entre maldiciones cuando el escuadrón se internó en territorio ilytiano.

Asombrosamente, atravesaron la zona ilytiana sin contratiempos. Kip supuso que allí las bandas todavía no habían oído hablar de ellos.

Sin embargo, no cruzaron la plaza. Kip no se había percatado hasta entonces del aspecto tan formidable que ofrecía su grupo: los guardias que pensaba que no se alegrarían de ver una banda armada definitivamente no se alegraron de ver a Kip y a sus amigos. De modo que Cruxer volvió a dirigirlos al sur.

—Nos siguen unos hombres —dijo Lucia—. Cinco o seis. A setenta pasos de distancia.

Kip se giró para mirar, y al momento se sintió como un estúpido por haberlo hecho. Ahora sabían que estaba sobre aviso. ¡Idiota!

—¿Kip? ¿Conoces este barrio? —preguntó Cruxer.

—Lo siento.

—¿Alguien? En tal caso, daos prisa. Esto no me da buena espina.

—Yo he estado aquí antes —dijo Aram—. Creo que puedo... Seguidme.

Los guió durante varios bloques, por fortuna sin ningún percance, y Kip empezó a pensar que podrían llegar a su meta sin más peleas.

Entonces doblaron una esquina. El camino que parecía que iba a desembocar en una calle amplia y despejada estaba cortado por una reja con cadenas. Las únicas salidas eran la angosta callejuela por la que habían llegado y un callejón que se extendía desde el espacio que mediaba entre las casas. En el callejón debía de haber una veintena de hombres. Aram maldijo entre dientes.

—¿A alguien le apetece bajar tres puestos? —preguntó Kip.

No obtuvo respuesta. Eso era un no. No tan cerca del examen final. Encajarían

una paliza si no les quedaba otro remedio, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a rendirse sin más.

Kip dio un paso adelante. Afianzó los pies en el suelo.

—Semicírculo —dijo Cruxer—. Yo en el centro. Kip, súbete a esa roca, deberías ser capaz de trazar mientras peleamos. Los demás, no permitáis que nadie llegue al centro del semicírculo.

Se desplegaron mientras Kip hacía acopio de fuerza de voluntad. Ahora los hombres del callejón avanzaban al trote, constreñidos por lo limitado del espacio. Kip no sabía lo que iba a hacer hasta que se descubrió trazando una gran bola verde en su puño. Era una estupidez. Si hubiera asistido a las prácticas, podría hacer cien cosas más útiles... pero no había asistido. Solo sabía hacer aquello. Pues vale. Era un tyreano ignorante de escasos recursos. Les demostraría de lo que era capaz.

La esfera aumentó de tamaño, y cuando ya era más grande que su cabeza, Kip proyectó las manos hacia delante con un grito.

La bola de luxina verde salió disparada a gran velocidad, a la altura de su pecho. Por una vez, el retroceso no dejó a Kip sentado de golpe en el suelo. Al otro extremo del callejón, los matones no tenían donde ponerse a cubierto. La bola rebotó en uno de los que abrían la marcha y rebotó adelante y atrás. Cinco o diez de ellos se desplomaron mientras el resto irrumpía en el espacio abierto.

Kip extendió la otra mano, moldeando el azul en una punta de lanza, disponiéndose a arrojarla contra ellos.

¡No puedes matarlos! La racionalidad azul se abrió paso entre la ferocidad que lo poseía, y Kip titubeó. Estuvo a punto de perder la concentración y el azul por completo, pero se recuperó. ¡Pop, pop, pop! Disparó tres bolitas azules contra los hombres que cargaban sobre ellos, a baja altura, apuntando a las piernas. Uno de los agresores intentó saltar para esquivar el proyectil, recibió el impacto en el aire y aterrizó de bruces. Los demás encajaron los disparos en las rodillas; las bolas explotaron, traspasándoles la ropa con su metralla cristalina.

Aquello era demasiado para unos simples matones callejeros. Mientras se situaban a la distancia donde el trazo de Kip resultaría ineficaz y su superioridad numérica podría garantizarles la victoria, la embestida se tambaleó. Los matones huyeron, sin detenerse siquiera para recoger a sus heridos.

Kip se apresuró a ponerse las gafas verdes —¡idiota! ¡Se le había olvidado ponérselas antes de que empezara la pelea!— y trazó más luxina. Dio forma a otra bola verde en sus manos y la dejó allí, esforzándose por adoptar un gesto amenazador.

Los heridos se incorporaron y partieron tras los pasos de sus camaradas, pero en la penumbra que anidaba entre las paredes del callejón, Kip vio que una fina silueta solitaria levantaba algo mientras giraba la cabeza a un lado y a otro, contemplando a

los renqueantes matones que avanzaban en tropel por el callejón.

—Kip —dijo Lucia, dándole una palmada en el hombro. Esbozaba una sonrisa de perversa satisfacción—. ¡Has estado asombroso! Eso ha sido lo más...

En el callejón, un fogonazo, un penacho de humo blanco iluminado desde atrás mientras Lucia se interponía en la línea visual de Kip.

Algo cálido salpicó las mejillas de Kip y lo cegó momentáneamente. Perdió el verde. Lucia cayó sobre él como un fardo, pero incluso antes de que lo golpeara —en esa fracción de segundo— Kip supo que algo andaba espantosamente mal.

Se desplomaron juntos. Kip la agarró y Lucia se quedó tendida en sus brazos, con medio cuello desgarrado por la bala de mosquete. El cuerpo de la muchacha, ajeno aún al hecho de que su muerte era ya una realidad, continuaba bombeando sangre, sangre y más sangre.

Nadie se movió. Alguien profirió un alarido estridente. Por una vez, ni siquiera Cruxer acertó a reaccionar. Desesperado, levantó a Lucia de los brazos de Kip y la estrechó contra su pecho.

Los guardias negros llegaron dos minutos después. Luego todo fueron órdenes, pesquisas, preguntas a las que Kip respondió desde las nieblas del desconcierto. Los guardias negros, armados con la más somera de las descripciones, salieron a la carrera para ver si podían aprehender al asesino. Kip se quedó plantado en el sitio, aturdido. Alguien le había dado una toalla, con la que se había limpiado casi toda la sangre de la cara. Todavía conservaba esa toalla ensangrentada, inerte en su mano, sin saber qué hacer a continuación.

Miró a Cruxer, que acunaba aún el cadáver de Lucia, llorando, y supo que el muchacho estaba enamorado de ella.

Orholam misericordioso.

Kip no podía dejar de pensar en un estúpido detalle: Ni siquiera oí el disparo. Ni siquiera lo oí.

89

Karris creía conocer exactamente el paradero de Gavin. Si no estaba en su cuarto, eso significaba que había trazado una boneta y había saltado de la Torre del Prisma. Le chiflaba hacer eso. Alardear. Y puesto que nadie sabía que tenía motivos para huir, nadie habría dado parte de su salida. Nadie le habría concedido la menor importancia.

Comprobó la biblioteca primero, de todas formas, por si acaso su intuición le fallaba. Dejó atrás las aulas de prácticas, donde resonaban las voces de los muchachos, maldiciendo de frustración cada vez que fallaba su trazo. Echó un vistazo a la sala de entrenamiento personal de Gavin, bajo la torre. Después subió a la planta baja. Cruzó el Tallo de Azucena, remontando la corriente de personas que acudían cada mañana al amanecer para trabajar en las siete torres de la Cromería, y encaminó sus pasos hacia el centro de la isla. Sabía que la Guardia Negra ya había peinado los Jaspes, buscándolo. Dado que la guerra era ya una realidad, a nadie le hacía gracia que el Prisma anduviera solo por ahí, sin escolta. Grandísimo idiota.

A pesar de todo, Karris se sentía curiosamente viva. Se sentía como si, por primera vez en años, tuviera un futuro. La vida se presentaba ante ella repleta de posibilidades. De promesas.

Se dirigió a la bahía oriental. Los barcos de pesca habían zarpado ya, pese a que apenas si había luz. Hombres y mujeres por igual prensaban algas para tenderlas al sol. La marea comenzaba a subir, y vio a varios marineros borrachos que regresaban a sus embarcaciones tambaleándose, sin duda tras una noche de excesos con los que infundirse ánimos en previsión de las semanas o inclusos meses de privación que los aguardaban en alta mar.

Un grupo de galeotes, encadenados por las muñecas a una larga pértiga, arrastraba los pies hacia la misma nave. Su aspecto era enjuto y mugriento, con estilizados músculos fibrosos y nada de grasa. Uno de ellos sufrió un estremecedor ataque de tos ronca, que no auguraba nada bueno, cuando se cruzaron con ella.

Karris se sintió arrebatada por la fragancia que flotaba en el aire, y no pudo por menos de detenerse ante una pequeña tienda en la que hacía años que no entraba. Varias ollas de kopi burbujeaban pausadamente en el establecimiento, un espectáculo vigorizante y seductor a esa hora de la mañana. Sobre todo cuando una se había pasado casi toda la noche en vela.

—¡Ah, mi guardia negra favorita! —dijo Jalal, un pariano bajito y orondo como una bola de mantequilla. Karris pensó que tenía más dientes la última vez que se

vieron—. Capitana de la guardia... —El hombre chasqueó los dedos.

—Roble Blanco. —Karris sonrió.

—¡Ah, eso! ¡Permitid que me redima! —Jalal agarró un sencillo tazón de arcilla, echó dentro un trozo de cebolla recién cortada y lo bañó de kopi caliente. Vertió un poco del caldo humeante en una fuente limpia, lo removió, volvió a echarlo al tazón y repitió el proceso hasta que el kopi estuvo a la temperatura ideal. Por último, sacó el trozo de cebolla y añadió una cucharada de azúcar ilytiana.

—Portentoso —dijo Karris—. Todavía te acuerdas.

—Los que trabajamos el kopi tenemos buena memoria. —Jalal se dio tres golpecitos en la sien con el índice, pensativo—. ¡Ah, ah! —Le ofreció a Karris la clase de bollitos dulces que más le gustaban—. ¿Sí?

Karris esbozó una sonrisa.

—Eres un genio. —Era perfecto. Exactamente igual que la última vez, años atrás, y el kopi estaba delicioso.

Pagó, reavivada por el estimulante y la comida, y reanudó la marcha en dirección a la colina de Ebon, donde había una finca desde la que se disfrutaba de una vista inmejorable de la bahía y el amanecer. Dazen la había llevado allí en los albores de su noviazgo.

No había llamado a la puerta ni nada remotamente igual de considerado. En vez de eso, le había enseñado a escalar la verja, y desde allí a llegar al bulboso tejado abovedado de una casa vecina. El lugar era tranquilo, un remanso de paz, y la jovencita que era Karris entonces se había sentido irresistiblemente transgresora.

Allí se habían besado por primera vez, tras pasarse toda la noche haciendo manitas y conversando.

¿Cómo iba a abordar el tema? «Gavin, grandísimo idiota, hace meses que sé que eres Dazen.» No. Se limitaría a contemplar el amanecer, sentada a su lado, y le diría: «Recuerdo que aquí nos dimos nuestro primer beso».

La idea de desconcertar a Gavin con tanta contundencia era de lo más seductora.

Lo cierto era que tendrían un montón de trabajo por delante. Muchas de las mentiras que Gavin le había contado cobraban sentido ahora, pero no todas, y saber por qué alguien te había engañado no era lo mismo que comprenderlo, y mucho menos que perdonarlo.

Pero así y todo, no veía la hora de empezar a vivir. Por aterrador que fuera. Además, él mismo había dicho que la amaba, ¿verdad? No es que estuviera dando palos de ciego, precisamente.

Dobló la última esquina y se descubrió sentada de golpe en el suelo. Tardó un momento en comprender que acababan de pegarle en la cara. Acto seguido, una banda de hombres se arracimó a su alrededor y descargó una implacable lluvia de golpes sobre ella.

Karris pataleó, forcejeó, gritó, pero su adiestramiento le sirvió de poco. Eran una docena de hombres, todos ellos fornidos, y habían cubierto todas las vías de escape. Derribada, su velocidad no le servía de nada. Su maestría con las armas era inútil si las mantenían lejos de su alcance.

La rabia que la poseía se tiñó de miedo y humillación. Era una guardia negra. ¿Cómo había permitido que la pillaran desprevenida? ¿Cómo podía estar tan aterrada? Intentó conectar algún puñetazo, algún puntapié, pero la habían inmovilizado de manos y piernas. Se contorsionó. Recibió una patada en los riñones. Una explosión de estrellas negras sobre fondo blanco. Se suponía que no debía tener miedo de ellos; se suponía que tendría que ser al revés. Un rostro se acercó al suyo, dijo algo, y Karris proyectó la cabeza hacia delante, aplastándole la nariz al desconocido, que la bañó con un chorro de sangre. Karris retorció un brazo, le dislocó el codo a alguien. De pronto su cabeza rebotó en los adoquines, impulsada por un golpe que ni siquiera había visto venir. Todas las emociones que batallaban en su interior se diluyeron mientras perdía el asidero de su consciencia. La lluvia de golpes continuó, una tormenta sin fin.

90

—Los guardias negros mueren. La muerte es nuestra compañera —dijo el comandante Puño de Hierro, dirigiéndose a los cadetes en uno de los pequeños edificios de instrucción—. Ayer, una de los nuestros fue asesinada. Lucia.

Los veinte novatos que quedaban habían recibido la noche libre después de la muerte de Lucia, pero les habían ordenado que acudieran a formar a primera hora de la mañana, so pena de ser expulsados. Habían acudido todos.

—Lucia tenía escasas probabilidades de ingresar en nuestro cuerpo. —El comandante hizo una pausa para permitir que los jóvenes encajaran sus palabras—. En efecto. Deslumbrada por el cruel resplandor de la muerte, la gente miente. La gente miente porque teme a la muerte, y teme que cuando mueran, los demás contarán la verdad sobre ellos. Nuestro reto consiste en vivir de tal modo que no debamos avergonzarnos de la verdad. Lucia no era una gran luchadora, pero sí valiente y honorable, y no se merecía morir asesinada por un cobarde con un mosquete. Lo encontraremos. Ya hemos empezado a buscarlo. Y cuando lo encontremos, lo ejecutaremos. Mientras tanto, tenemos tareas pendientes. Somos la Guardia Negra. Siempre tenemos tareas pendientes. ¿Instructor?

Cuando el instructor Fisk se plantó delante de la clase, Kip miró de reojo a Cruxer. Las facciones del muchacho parecían forjadas en hierro.

—La guerra será vuestra maestra —dijo el instructor Fisk—. Nos dirigimos a la guerra. Como algunos de vosotros quizá sepáis ya, el Espectro ha decidido enviarnos a defender Ru. Lo imaginábamos. Ahora es una realidad. Habíamos planeado disponer de dos semanas más de instrucción antes de seleccionar a los cadetes de vuestra promoción. Sobre todo tras el asesinato de Lucia. Pero los guardias negros nunca se quedan inmóviles. De todas formas, es mejor así. La última ronda de exámenes se celebrará hoy. Sé que algunos de vosotros estaréis en baja forma después de la lucha de ayer. Lo siento. Mala suerte. Vuestra clase se ha reducido a veinte aspirantes. Catorce se convertirán en aprendices de la Guardia Negra.

»Los que no paséis el corte —continuó, tras un instante de pausa— podréis probar suerte otra vez el curso que viene. Y espero que lo hagáis. Aunque estemos aceptando el doble de iniciados de lo habitual, debo decir que esta promoción ha demostrado poseer una calidad insospechada. Tendréis muchas posibilidades de aprobar a la próxima. Comenzaréis en lo alto de la clase, por encima de los legados. —Frunció el ceño—. ¡Y ahora, todos a la pista, comienza el espectáculo!

Cuando llegaron, trotando en disciplinada formación, Kip vio que debía de haber unos dos mil espectadores esperándolos. De ellos, aproximadamente solo una tercera parte eran guardias negros de pleno derecho o aprendices de promociones anteriores a la suya. Kip se dio cuenta de que la carrera no lo había dejado sin resuello. Distaba de igualar la condición física de los alumnos más aventajados, pero se estaba volviendo más fuerte. Poco a poco.

También se alegraba de que Teia le hubiera dicho que la de ese día probablemente sería la última prueba. Kip había conseguido ocultar la daga en la sala de entrenamiento del Prisma, por lo que ya no necesitaba llevarla sujeta al tobillo. Y nadie podría acceder a ella.

Adoptaron sus puestos, como siempre, y el instructor Fisk se situó ante ellos para explicarles las reglas.

—Elegiréis vuestros colores. Nada de gafas. Nada de armas. Como antes, podréis desafiar a los tres puestos que tengáis por encima. Si obtenéis su vale de victoria, tendréis derecho a un nuevo reto. Los de abajo elegirán primero. Los combates terminarán cuando uno de los rivales pida clemencia o pierda el conocimiento, eso lo decidiré yo. Ya sabemos que todos queréis ganar, y que para algunos de vosotros todo depende de estos combates, pero quien lesione a su adversario durante las pruebas será descalificado. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondieron todos los cadetes al unísono.

El ambiente estaba cargado, como si se avecinara una tormenta eléctrica. Aquel examen separaba a los novatos de los guardias negros. Aunque acabaran extenuados o heridos antes de los votos finales, si sobrevivían a esa jornada, podrían lucir para siempre ese extraordinario distintivo de honor: miembro de la Guardia Negra. Los esclavos que superaran ese examen verían sus contratos puestos en fideicomiso por la mismísima Cromería. Nada podría interferir con su formación a menos que sucumbieran al agotamiento o pronunciaran los votos finales, en cuyo caso la Cromería pagaría su precio. La suma haría ricos a sus propietarios, pero la transacción en sí no era voluntaria. Pertenecerían instantáneamente a una clase distinta. Aún deberían obediencia a la Guardia Negra, por supuesto, y se mantendrían en servicio hasta su jubilación. Pero incluso un esclavo de la Guardia Negra era un guardia negro. Internamente, ni sus responsabilidades ni sus privilegios diferían de los de los demás: una mujer procedente de cientos de generaciones de nobles como Karris Roble Blanco desempeñaba exactamente las mismas funciones que Pan Harl, cuyos antepasados habían sido esclavos durante ocho de las diez últimas generaciones.

Aquel era el día más importante de sus vidas.

Kip y todos los demás recibieron un vale mientras se dirigían a la pista circular.

—Si ingresáis en la Guardia Negra —dijo el instructor Fisk—, conservaréis el

vale que ganéis esta semana. Cualquiera que sea el vale que tengáis cuando juréis los votos finales, lo conservaréis de por vida. —El instructor Fisk cogió la cadena que le rodeaba el cuello y les enseñó un antiguo vale de oro, con un cuatro inscrito en el centro—. Quienes obtengan los puestos más altos serán vuestros tenientes, en un principio. Y ahora, a formar.

Kip ocupó su lugar en la fila. Uno de los aprendices más veteranos contrastó todos los nombres con los que figuraban en su lista, hizo entrega de unos vales de oro a los catorce primeros contendientes, y de bronce al resto. La cara de cada moneda contenía un número en caracteres parianos, acompañado de una estrofa sacada de algún texto antiguo que Kip no supo descifrar. En el dorso había un luchador, un grabado distinto para cada moneda. Pero el vale de Kip era de bronce, con el grabado de una mujer que giraba un báculo sobre su cabeza en una cara y un dieciocho pariano en la otra.

—Señor —dijo Kip, levantando la voz—, mi puesto es el quince, no el dieciocho.

El círculo entero enmudeció. No solo los novatos, sino también los demás guardias negros y sus aprendices. Nadie contradecía a un instructor. Y en efecto, el rostro del instructor Fisk se ensombreció.

—¿No has comprobado la lista? Tu equipo no terminó la prueba de ayer. Todos habéis descendido tres puestos.

—¡Y una mierda! —Demasiado tarde, Kip se tapó la boca con la mano. Los guardias negros vigilan sus palabras.

—Eso acaba de costarte un color, hijo —dijo el instructor Fisk—. Si tienes algo más que decir, serás descalificado. ¿Es eso lo que quieres?

Kip tragó saliva. Negó con la cabeza.

—¿Contáis nuestra batalla de ayer como una derrota? —En esta ocasión, fue Cruxer el que formuló la pregunta. Avanzó—. ¿No visteis cómo combatió el Rompelotodo? Superamos todas las adversidades gracias a él. Ganamos. Solo había barrios inofensivos entre nuestra posición y el lugar donde aquel malnacido asesinó a Lucia. Lo siento, señor, pero el Rompelotodo tiene razón. Esto es una mierda. Así será prácticamente imposible que...

—¡Cruxer! Todavía eres un cadete, y como no recuerdes cuál es tu sitio, juro por Orholam que te echaré de aquí de una patada en el culo sin pensarlo dos veces —dijo el instructor Fisk—. La misión consistía en regresar a la Cromería con el dinero. No lo hicisteis. No hay excusas que valgan. Fallasteis.

Kip nunca había visto a Cruxer enfadado, y mucho menos furioso, pero ahora el muchacho lo estaba. Por un segundo, Kip pensó que Cruxer se disponía a golpear al instructor Fisk. Un estremecimiento, como el acorde vibrante de una psantria, se propagó por toda la multitud. Todos los guardias negros presentes estaban adiestrados para reaccionar ante la violencia, y a todos los asaltó el mismo presentimiento. Pero

Kip dio un paso al frente y apoyó una mano en el brazo de Cruxer.

—Orholam no permitirá que prevalezca la injusticia, ¿verdad?

Cruxer era religioso. Kip creyó que utilizar los tópicos propios de un luxiat podría aplacar a su compañero de clase.

—Un hecho que todos haríamos bien en recordar —dijo Cruxer. Su tono era ecuánime, pero sus ojos no se apartaron de los del instructor Fisk. Al cabo, Cruxer se dio la vuelta.

—Bueno, ¿quién va primero? —se apresuró a preguntar Kip. Aceite en las aguas, Kip, como el aceite que amansa las aguas revueltas.

El instructor Fisk lo fulminó con la mirada y ladró:

—¡Winsen! ¡Te toca! ¿A quién desafías?

Winsen ocupaba el vigésimo lugar entre los novatos. Pariano montañés, pero sin su característica constitución alta y delgada. Poseía una generosa cantidad de sebo y era uno de los cadetes más jóvenes. Era un tipo extraño; a veces genial, a veces increíblemente estúpido. Teia opinaba que en un año sería formidable. Ahora, sin embargo, sus probabilidades de superar la prueba eran mínimas. No era un rival que impusiera respeto. Kip arrugó el entrecejo de repente, comprendiendo que podría estar describiéndose perfectamente a sí mismo.

—Rompelotodo —dijo el muchacho mientras caminaban juntos hacia la piedra infernal—, voy a quedarme quieto e intentaré trazar. No lo conseguiré. Limítate a dispararme con fuerza una de tus bolas verdes, ¿de acuerdo? Déjame sin aliento. Me rendiré.

—¿Cómo? —preguntó con incredulidad Kip.

—Procura que quede bien, ¿vale?

El instructor Fisk se situó a su lado.

—¿Colores? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó Kip. Se sentía como si no estuviera entendiendo nada.

—Es el último combate —dijo el instructor Fisk—. Los cadetes tienen acceso a todos sus colores; bueno, menos uno para ti. En las pruebas anteriores era importante que aprendierais a aceptar tanto la buena suerte como la mala, pero queremos que esta sea una demostración justa de vuestras verdaderas aptitudes marciales. Sé que trazaste el rojo aquella vez, pero nunca lo has declarado.

—¡Ah, cierto! —dijo Kip. Hablando con Teia, ambos habían acordado que Kip debería mantener su policromatismo en secreto durante tanto tiempo como fuera posible. Claro que, si lo mantenía en secreto durante demasiado tiempo, sencillamente perdería un combate que podría haber ganado. Las apuestas eran muy altas—. Hum, con el azul y con el verde me defiendo. Así que si debo renunciar a uno... Me quedaré con el verde. —Era posible que no todo el mundo recordara que había utilizado el rojo hacía semanas, cuando luchó con Ferkudi, o que lo atribuyeran

a la casualidad, y si Kip seguía combatiendo sin otros colores, quizá confirmara las especulaciones y disfrutara de alguna ventaja más adelante.

Winsen y Kip ocuparon sus puestos en la oscuridad. Apoyaron los dedos en la columna de piedra infernal para asegurarse de estar vacíos de luxina, aunque el instructor Fisk no les apretó los dedos con demasiada fuerza. Luego retrocedieron, e instantes después los postigos de las vidrieras de colores que había sobre sus cabezas cayeron, y el círculo se iluminó de rayos azules y verdes.

Preguntándose si Winsen estaría intentando tenderle algún tipo de encerrona, Kip trazó no obstante su fiel y letal esfera verde saltarina. Necesitaba desesperadamente aprender más técnicas de trazo. Se suponía que era algún tipo de policromo, y aunque lo poco que practicaba con Teia y Puño de Hierro apenas si le había enseñado nada nuevo, por lo menos le ayudaba a perfeccionar lo que ya sabía. No estaba seguro de que fuera suficiente con eso. Qué curioso, al convertirse en trazador, era como si lo último para lo que tenía tiempo fuera...

Frente a él, un báculo azul comenzó a cobrar forma en las manos de Winsen. Ya casi lo tenía terminado cuando lo perdió. La luxina resplandeció y se disolvió, dejando a Winsen estupefacto por un segundo.

La bola verde ya estaba lista; Kip la lanzó directamente contra la barriga de Winsen.

El muchacho se esforzaba por trazar de nuevo, y el proyectil de Kip pasó volando entre sus manos, provocando que perdiera lo que fuese que pretendía trazar. Resopló violentamente y se desplomó, jadeando, como si se hubiera quedado sin aire.

Kip se acercó corriendo a su oponente y le plantó un pie en el cuello. Un silbido estridente y unos cuantos aplausos de cortesía recibieron la victoria de Kip.

Kip ayudó a Winsen a levantarse. Su compañero inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo, no obstante, sin rastro de pesadumbre en la voz.

—Pero ¿qué diablos...? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Kip.

—No le digas nada al instructor —se apresuró a implorarle el chico—. Soy un esclavo, Rompelotodo. Mi amo necesita el dinero que le darían por mi ingreso. Lo necesita desesperadamente.

—¿Y? —dijo Kip. ¿Por eso tenías que dejarte ganar?

—Pues que se joda.

El muchacho quizá no volviera a tener otra oportunidad de entrar en la Guardia Negra.

—Hazme un favor, ¿quieres? —le pidió Winsen—. Ingresa en el cuerpo. Si el tipo que me derrota acaba superando la prueba, no habré quedado en tan mal lugar.

—Haré cuanto esté en mi mano —le prometió Kip—. Esto... Winsen. ¿Cómo de bueno eres en realidad?

Winsen sonrió de oreja a oreja.

—En circunstancias normales, estaría entre los cinco primeros. Que la luz te acompañe, Rompelotodo.

Se separaron, y Winsen encaminó sus pasos hacia un aristócrata lloroso de aspecto consternado. Kip lo lamentaría por el hombre de no ser porque, por algún motivo, sabía que Winsen lo odiaba tanto como para arriesgar su propio futuro. Y Winsen parecía buena persona.

Era un recordatorio oportuno. Kip creía ser el centro de todas las cosas. Pensaba que todo giraba a su alrededor, pero había tragedias y comedias que pasaban por delante de sus narices sin que él las viese siquiera.

La número diecinueve era la siguiente, y puesto que estaba directamente por debajo de Kip, este supuso que tendría un respiro. La diecinueve era una muchacha llamada Tufayyur, y según las estimaciones de Kip y Teia, ocupaba el lugar que le correspondía. De modo que probaría suerte con el dieciséis, y después con el trece. Tener suerte dos veces era mucho más probable que tenerla tres o cuatro veces seguidas.

Kip ocupó su puesto en la fila numerada y empezó a preparar su lista de desafíos. Deseó que le hubiera tocado al lado de Teia, para poder discutir su estrategia con ella. Teia entendía cómo funcionaba todo aquello mejor que nadie. Pero entonces Tufayyur se plantó delante de él.

—Desafío a Kip —anunció.

¿Cómo? Kip le dedicó una mirada de incredulidad, y la muchacha se encogió de hombros. Siguió la dirección de sus ojos para ver quién estaba por encima de él: Barrel y Balder. Un destello de comprensión iluminó los contornos de algo más gordo que estaba sucediendo sin que Kip se enterara, pero lo perdió de vista.

Supuso que se trataba de la opción más sensata. Otra vez. Su intención era evitar también a Barrel y a Balder. Ninguno de los dos debería ocupar un puesto tan bajo. En opinión de Kip, ambos deberían estar entre los catorce primeros.

Pero tuvo que salir de nuevo al centro del círculo. Si perdía una vez, estaba fuera. Así de simple.

Los espectadores ni siquiera guardaban silencio durante los primeros combates. Kip no podía culparlos: ver en acción a los luchadores más mediocres, quienes ni siquiera iban a ingresar en el cuerpo de todos modos, no es lo más emocionante del mundo.

Se dirigieron a la piedra infernal y ocuparon sus puestos. Los rayos de luz cayeron sobre ellos, azules y verdes, pero a Tufayyur no le interesaba trazar. Embistió. Lanzó una patada a la sien de Kip, que vio la oportunidad de buscar la rodilla de su otra pierna con un rápido puntapié bajo, pero ese golpe la dejaría tullida. Vaciló. En vez de eso, encajó la patada; sus titubeos le granjearon un pitido en los oídos.

Tufayyur aprovechó la ocasión para pegarle dos puñetazos en la cara, rápidos y sin excesiva potencia, pero suficientes para dejarlo aturdido.

Kip trastabilló de espaldas. Tufayyur le lanzó un puñetazo al estómago y una patada a la entrepierna, que Kip desvió a duras penas, aunque así y todo terminó dándole en el muslo. La muchacha buscó su cara de nuevo, pero Kip se agachó y el puñetazo fue a estrellarse en su frente.

Tufayyur soltó un gritito de dolor, pero no se detuvo. Mientras Kip se quedaba encorvado, su rival descargó una lluvia de golpes sobre él. Por último, le atenazó el brazo e intentó aplicarle una presa que lo obligaría a rendirse.

Kip cargó contra ella con todo su peso. Se cayeron con la gracia de dos tortugas que estuvieran apareándose.

Tufayyur ensayó una tijera con las piernas, pero estas no eran tan largas como para rodear a Kip por completo e inmovilizarlo. Kip rodó hasta situarse encima de ella, aplicando todo el peso de su cuerpo contra el torso de la muchacha. Le agarró un brazo con ambas manos y se limitó a tumbarse encima de su cara.

La chica forcejeó y pataleó en un intento por zafarse de Kip, pero no era lo bastante fuerte. Con la mano libre, buscó las canicas de Kip, pero este presionó las caderas contra ella para protegerse, y Tufayyur carecía de la fuerza necesaria para levantarlo. Arqueó el cuerpo, tratando de retirar la mano, sin conseguirlo.

Entonces le entró el pánico, incapaz de respirar, convulsionándose... y el silbato sonó de nuevo.

Hubo aplausos y risas dispersas mientras Kip se ponía en pie y le tendía una mano a Tufayyur, pero esta le enseñó los dientes y se alejó hecha una furia.

—¡Así se hace, gordito! —exclamó uno de los aprendices de la Guardia Negra.

Kip regresó a su sitio, acusando ya el cansancio, y le sorprendió ver al comandante Puño de Hierro en la barandilla, esperándolo.

Ay, gracias a Orholam. Ahora que Gavin había vuelto, el comandante tomaría cartas en el asunto y diría: «El Rompelotodo es un caso especial. Pase lo que pase, está dentro». Kip no tendría que soportar la humillación de que le partieran la cara unos luchadores que ni siquiera iban a ingresar en la Guardia Negra.

Como de costumbre, los novatos se acercaron a él, pero el comandante fulminó a unos cuantos con la mirada y todos se escabulleron. Kip llegó a su altura. El aspecto de Puño de Hierro, sereno pero con las mandíbulas apretadas, era tan ominoso que a Kip se le formó un nudo en la garganta.

—¿Te crees que su regreso cambia las cosas? —preguntó el comandante, evidentemente refiriéndose a Gavin, pero sin señalar siquiera a la torre. Los demás debían de estar observándolos—. Pues te equivocas. Todo sigue dependiendo de ti. —Dicho lo cual, Puño de Hierro se fue.

Kip se pasó la lengua por los labios.

—Sí, señor.

Ahora era su turno. Contempló la alineación. Al menos la suerte le sonreía, ¿verdad? Siquiera un poquito. Podía evitar a Barrel y a Balder, y desafiar a Yugerten por el puesto número quince. En el mejor de los casos, a Yugerten le correspondería el diecinueve o el veinte. Kip tenía muchas posibilidades, ¿no? Seguro que sí.

Kip cogió su vale de desafío, se acercó a Yugerten y lo dejó en la barandilla delante del chico, que no demostró ninguna sorpresa.

En un intento por recobrar el aliento, Kip se tomó su tiempo antes de salir al círculo. Vio que Teia estaba absorta, con el ceño fruncido.

—Hoy nos esperan muchos combates, Rompelotodo —dijo el instructor Fisk—. Aligera.

Yugerten era alto, pero también torpe y desgarbado, un azul monocromo. Los muchachos se colocaron en sus marcas, sopesándose. Las luces se apagaron... y volvieron a encenderse: azul y verde.

Kip trazó el verde tan deprisa como pudo, y Yugerten pareció conformarse con quedarse en su sitio y trazar a su vez. Pero cuando Kip disparó una esfera verde, Yugerten la esquivó y se enderezó instantes después, empuñando el par de bastones de combate que acababa de trazar. Kip nunca había luchado con esas armas, pero saltaba a la vista que Yugerten sí. Con las empuñaduras transversales en las manos, giró los bastones en un rápido círculo y los dejó descansando en paralelo sobre los antebrazos.

El muchacho se abalanzó sobre Kip acto seguido, a fin de no darle tiempo a trazar nada más.

Kip le lanzó una patada a las piernas, pero Yugerten bloqueó el golpe y propinó un bastonazo en la espinilla de Kip, desequilibrándolo. A continuación, traspasó su guardia y proyectó un puñetazo contra la barriga de Kip. El otro extremo del bastón se extendió más allá de su puño y golpeó violentamente a Kip en la boca del estómago.

Kip cargó hacia delante como pudo y desvió el siguiente puñetazo, que únicamente le rasguñó la barbilla en vez de arrancarle la cabeza, y Yugerten perdió uno de los bastones de combate.

Se olvidó de él y aporreó de nuevo a Kip con los puños. Kip intentó conservar el equilibrio, sin éxito. Cuando se desplomó, tuvo a Yugerten encima en un abrir y cerrar de ojos, sentado en su pecho, utilizando el otro bastón para cortarle la respiración.

Kip consiguió interponer una mano entre su cuello y el arma, pero Yugerten empujaba con las dos manos y todo su peso. Kip mantenía la esperanza de que el azul saltara en pedazos. Se suponía que el azul no era el color idóneo para este tipo de cosas, pero de momento aguantaba. Lanzó un puñetazo a ciegas con la mano libre y

golpeó un hombro. El siguiente puñetazo rebotó en la frente de Yugerten. El siguiente impactó casi sin fuerza.

La oscuridad ganaba terreno en el campo visual de Kip, cuajado de estrellas. Le costaba respirar. Tenía la mirada perdida en los rayos de luz...

Revistió completamente de luxina azul el bastón de combate de Yugerten. Encontró los sellos del arma y los abrió. El bastón se disolvió de repente en una nubecita de tiza y resina.

Sin el apoyo sobre el que estaba cargando todo su peso, Yugerten se inclinó hacia delante, hasta tocar la frente de Kip, y de inmediato se quedó inerte.

Kip se sacudió a su rival de encima y se incorporó.

Cuando reanimaron a Yugerten, el público lo celebró con aplausos. Había perdido el conocimiento, pero se recuperaría. Kip se acercó al muchacho y cogió su vale de victoria. Todavía era de bronce, el decimoquinto lugar. Este mostraba a un hombre en proceso de desenvainar las espadas que llevaba cruzadas a la espalda.

Aram, el decimocuarto, era uno de los mejores aspirantes de su promoción. Tala, una bicroma de verde y amarillo cuyo nombre rendía tributo a la heroína de la Guerra del Falso Prisma, ocupaba el puesto número trece. No era una gran luchadora, pero sí una trazadora excelente. Kip esperaba que superara la prueba.

Eso significaba que Kip tendría que desafiar a la número doce, Erato, una de las amigas de Aram. En realidad Erato era la peor luchadora del círculo de amistades de Aram, veloz pero carente de imaginación, por lo que resultaba extraño que fuese la mejor clasificada.

Kip palideció mientras repasaba los puestos. Si Teia y él habían valorado correctamente a toda la clase en el transcurso de sus conversaciones, allí había algo que no iba bien.

—¿Piensas quedarte todo el día ahí plantado o vas a desafiar a alguien? —preguntó Aram—. Elígeme a mí, por favor.

Enfrentarse a Aram sería un suicidio, por mucho que a Kip le encantara borrar esa sonrisa engreída del rostro del muchacho. No. Kip no lo veía nada claro. Necesitaba cambiar de enfoque. Entre combate y combate, la luz comprendía todo el espectro... igual que Kip, ¿no? Entornó los párpados y trazó el supervioleta. Se suponía que el supervioleta era arrogante, altivo, distante... y soberbio.

Ay, mierda. Kip había olvidado que la primera vez que trazas un color, este ejerce mucho más control sobre ti. Se acercó a Erato y plantó su vale descargando una palmada encima de la barandilla.

—Te cambio mi bronce por tu oro —dijo.

Erato se rió.

—¿Colores? —preguntó el instructor Fisk.

—Verde y amarillo —respondió Erato.

—Ninguno —dijo Kip.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el instructor.

—No necesito ningún color para sacar la basura.

—¡Uuuh-juu! —exclamó Erato, con un brillo en la mirada.

—¿Te darán un premio si eres tú la que consigue derrotarme? —preguntó Kip.

La muchacha se quedó en blanco, sorprendida, durante medio segundo. Después dijo:

—¿De qué me hablas?

—¿Tienes la menor idea de lo mucho más inteligente que soy comparado contigo?

Todas las emociones salvo el odio abandonaron las facciones de la muchacha.

—Voy a disfrutar con esto, Rompelotodo.

Ocuparon sus puestos en el centro del enorme círculo. Medía veinte pasos de diámetro. Pasar más de cinco segundos fuera de él equivalía a quedar eliminado. Ninguno de los dos tenía gafas. Obtendrían la luz pura de los grandes cristales de colores que señoreaban sobre la inmensa cámara subterránea.

El instructor Fisk los inspeccionó por turnos para cerciorarse de que ninguno hubiera trazado nada todavía, más estricto ahora de lo que sería en los combates que verdaderamente importaban.

—Ojos, palmas. —Satisfecho, retrocedió e indicó que cubrieran las vidrieras. Les apoyó los dedos en la piedra infernal, pero no apretó lo suficiente, igual que antes.

Kip se llenó los pulmones de aire, giró los hombros y sacudió la cabeza para relajar los músculos. A oscuras, se situó frente a Erato.

—¡Y... ya! —exclamó el instructor Fisk.

Los postigos que cubrían las vidrieras descendieron de repente.

Kip embistió. No intentó trazar ni el verde ni el amarillo que lo bañaban. En vez de eso, proyectó una mano hacia delante y disparó la luxina supervioleta que había trazado previamente, apuntando a los ojos de Erato.

La muchacha se tambaleó con un chillido, cubriéndose los ojos, olvidados todos sus planes.

Sin dejar de correr, Kip se abalanzó sobre ella y le clavó la cabeza en el estómago. El aire escapó de golpe de los pulmones de Erato, que se desplomó como un fardo.

Tras aterrizar encima de ella, Kip se incorporó, levantó a la chica postrada agarrándola por la cinturilla de los pantalones y el cuello, corrió cargando con ella hasta el borde del círculo y la arrojó tan lejos como pudo.

Kip oyó jadeos procedentes de la multitud de espectadores, y unos cuantos aplausos. El instructor Fisk contó hasta cinco mientras Erato pugnaba por incorporarse, sin éxito, y anunció:

—¡El vencedor es Rompelotodo! Llevad a Erato a la enfermería. Rompelotodo, dispones de un minuto antes del próximo combate. —Se acercó a Kip y bajó la voz —. ¿Así que ahora puedes usar el supervioleta?

—Un poco, señor.

—Ya sabes que se supone que no debéis almacenar luxina.

—Alguien me enseñó a aprovechar todas las ventajas y las sorpresas a mi disposición. —Ese alguien, por supuesto, estaba hablando con él.

—Por esta vez me has burlado, pero no volverá a ocurrir, Rompelotodo. Has sido muy listo al no declarar tu policromatismo, pero no siempre te sonreirá la suerte y te enfrentarás a alguien con tus colores. Espero que te queden más ases en la manga.

—Siempre, señor —dijo Kip. Para sus adentros, pensó: Yo también lo espero. Se sacudió los restos de luxina. La arrogancia inherente al supervioleta no le había costado cara, aunque debería. ¿Ningún color? ¿Cómo se podía ser tan estúpido?

El instructor Fisk dijo:

—Bueno, pero no vuelvas a creerte que eres un ariete. Te partirás el puñetero cuello con esa maniobra.

—Sí, señor.

—¡Rompelotodo —exclamó Cruxer—, ven aquí! —Se encontraba al borde del círculo.

Kip se acercó.

—Todavía no estás a salvo, eso lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Debo ganar dos veces más.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Cruxer.

—Uno, aunque quizá no sea perfecto —respondió Kip—. Me... —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Volvió a consultar la clasificación. Ahora era el número doce. Debía terminar la jornada en el catorce o menos para conservar la permanencia, pero cuando él terminara de luchar llegaría el turno de todos los que estaban por debajo de él. De modo que si ganaba un combate más, estaría a salvo, pero si perdía, su siguiente contrincante sería Balder. Desde el decimoctavo puesto, desafiaría al decimosexto, Yugerten, en vez de retar a su amigo Aram, que se hallaba en el quince. Yugerten ya estaba eliminado, así que no le daría problemas. Después Balder retaría a Tala, en el decimocuarto. Era una trazadora excepcional, pero no lo suficientemente rápida, todavía no. Balder la derrotaría sin esfuerzo, allanando el camino.

A partir de ahí, podría desafiar a Kip o evitarlo y pasar directamente al undécimo.

Quizá apuntara aún más alto, pero eso carecía de importancia. Los únicos que podrían escalar puestos detrás de Balder serían Aram y Barrel, clasificados más abajo.

Todos los combates de Barrel podrían ser contra aspirantes que ya habrían perdido. Y también él podría saltarse a Kip.

Luego le tocaría a Aram, quien de nuevo tendría que luchar únicamente con otros eliminados hasta que llegara el momento de evitar a Kip.

Si Erato no la hubiera pifiado perdiendo ante Kip, los cuatro amigos podrían haber ingresado juntos como aprendices en el cuerpo de la Guardia Negra.

Cuanto más lo pensaba Kip, más brillante le parecía. Aram, Balder y Barrel pertenecían a los diez primeros. Incluso Erato estaba cerca. Uno o dos de ellos podrían tener mala suerte y superar la última prueba por debajo del puesto que se merecían... pero ¿todos?

—Kip —dijo Cruxer—, parece que acabaras de morder un limón.

Y todos ellos, pese a terminar por abajo, ocupaban unos puestos que les permitirían entrar en la Guardia Negra a pesar de todo... y sin necesidad de enfrentarse jamás entre ellos, ni a Kip. Si habían hecho un pacto para dejarlo fuera y se habían agrupado en los puestos trece, catorce y quince a fin de formar un techo sobre el cual él no pudiera elevarse, la confabulación habría resultado evidente. Pero aquello... aquello era el colmo de la sutileza.

Diablos, se habían asegurado de que los puestos vigésimo y decimonoveno desafiaran a Kip, para que si se portaba como un niño bueno y perdía, ni siquiera tuviesen que pelear con él para apartarlo de la competición, y aunque venciera ante el diecinueve y el veinte, estaría fatigado y derrotarlo resultaría más fácil.

—Es una conspiración —musitó Kip—. Y ni siquiera les hace falta tocarme.

—¿Qué?

—Cruxer, ¿tengo alguna posibilidad contra el nueve o el once? —Teia era el diez; no pensaba medirse con ella.

—Todo es posible.

—¿Y contra Aram?

—No.

—¿Dónde está ahora el «todo es posible»?

—«Todo, todo», no —dijo Cruxer.

—Kip, ya es la hora —anunció el instructor—. ¿A quién vas a retar?

Durante un instante demencial, el verde que había dentro de Kip lo instó a desafiar a Aram, a pesar de que Aram estaba dos puestos por debajo de él.

Era una estupidez. Kip podría estar equivocado. Los demás podrían perder. Sus sospechas no tenían por qué ser ciertas.

—Kip —dijo Teia, con naturalidad—, desafíame a mí.

Kip supo de inmediato lo que se proponía. Iba a dejarle ganar. Le regalaría su puesto en la Guardia Negra. Lo que importa es quién eres, no lo bueno que seas. Kip quería entrar en el cuerpo con toda su alma. Iban a aplastarlo. Pero si ingresaba haciendo trampas, esa sombra empañaría todo lo que consiguiera en la vida. Sería igual que Aram y sus amigos.

Y si Kip y Teia eran descubiertos haciendo trampas —algo a lo que los instructores siempre prestaban especial atención cuando se enfrentaban dos compañeros—, los eliminarían a ambos. Para él, sería una deshonra. Para ella, una catástrofe irreparable.

Sin embargo, se lo había ofrecido. Era una amiga. Una auténtica amiga. Más de lo que él se merecía.

Kip dio un paso al frente y retó al número once, Rig.

—¡Kip! —exclamó Teia.

El muchacho desoyó sus protestas, ni siquiera miró en su dirección mientras entraba en el círculo. Eligió el supervioleta y el azul como sus colores. Rig tenía el rojo y el naranja, pero Kip sabía que estaba acabado. El rojo y el naranja no ofrecían ninguna ventaja en la clase de combates de entrenamiento que libraba la Guardia Negra, porque no existía ningún método seguro de prender fuego al contrincante. El adiestramiento, por tanto, jugaba en contra de Rig, lo que significaba que solo podía haberse clasificado tan arriba gracias a sus excepcionales dotes físicas.

Solo cuando Kip hubo entrado en el círculo comprendió que había cometido un error aún mayor que desafiar a Rig. Debería haber declarado todos los colores. Ya no tenía nada que perder. La razón de que no lo hubiera hecho antes era que quería reservarlos para el último combate, y en su estúpida precipitación y falso heroísmo, la había cagado. Teia había intentado decírselo... y él pensaba que lo que quería era halagarlo por su nobleza o algo por el estilo.

Sonó el silbato, y el combate transcurrió tal y como Kip se esperaba. Rig lo hostigaba y le hacía perder la concentración cada vez que él intentaba trazar, y no tardó en traspasar su defensa y empezar a forcejear cuerpo a cuerpo. Rig se colocó detrás de Kip, con la cabeza gacha para protegerse el rostro mientras desviaba todos los ataques con luxina azul que intentaba Kip, hasta que este se quedó vacío. Entonces hizo lo único que se le ocurrió: inmovilizando las manos de Rig, le llenó la boca y la nariz de supervioleta.

Pero el muchacho no se dejó llevar por el pánico, no se movió: rompió el supervioleta con la lengua y los dientes, y empezó a estrangular a Kip.

Y así de fácil, el futuro de Kip dejó de estar en sus manos. De los catorce primeros, era el duodécimo. Rig le ayudó a incorporarse.

—Buen intento, Rompelotodo. Espero que tengas suerte y consigas entrar.

Pero Kip sabía que ya había perdido.

91

~El Maestro~

Clic. Clic.

Aun arrojado a la oscuridad absoluta de la cámara, de alguna manera Kip sabía exactamente dónde estaban todas las cosas.

Memoricé la habitación. Eso es.

Clic. Clic. Clic. Y dentro. Boom.

¿Kip? ¿Algo acerca de Kip? ¿Por qué había cruzado ese pensamiento por mi mente? Ladeo la cabeza. Curioso. Sin duda, el cachorro estará dormido en la cubierta, recuperándose.

Me quito los guantes e intento reprimir la rabia que me invade al verme las manos.

Malditos. Malditos sean todos.

Finas hebras de luxina roja relucen en la oscuridad, vetas de fuego en la escoria de mi piel. Empujo la capucha hacia atrás.

¿Dónde la esconde el muchacho? Ordené que registraran su cuarto, contraté a carteristas para que cachearan su cuerpo seboso. Nada.

La rabia alcanza su punto más alto y aprieto los puños, cierro los ojos con fuerza. Puedo sentir cómo aumentan la claridad y la temperatura en el camarote. Llegaré al Día del Sol. Al diablo con todo.

Ahora iré a buscarlo. Le daré al muchacho una paliza de muerte, si es preciso, aunque esté herido. Quizá sea esto la locura.

Apoyo la mano en el pomo de la puerta antes de acordarme de los guantes y la capa. Me pongo los guantes y enseño los dientes al fugaz reflejo de un hombre silueteado de fuego rojo en el espejo. Me cubro con la capucha y salgo al pasillo.

—¡Capitán!

92

Kip se situó junto a Teia y Cruxer. Ante su insistencia, les explicó su teoría de la conspiración, y luego, juntos, vieron cómo se ejecutaba, exactamente tal y como Kip había previsto. Balder desafió y derrotó a Yugerten, desafió y derrotó a Tala, y por un momento Kip pensó que el muchacho iba a retarlo —y concederle así otra oportunidad—, pero en vez de eso, con una mueca, Balder desafió y derrotó al número once.

Ese combate le pasó factura a Balder, no obstante, que terminó aplastado cuando se enfrentó al nueve. La clasificación se reordenó, y con Balder ahora en undécima posición, Kip se vio relegado al puesto número trece.

Había llegado el turno de Barrel. Combatió tal y como Kip se esperaba, evitando a Aram, eligiendo a aquellos luchadores que ya estaban eliminados y saltándose a Kip, que escupió a sus pies. Barrel llegó a la duodécima posición y perdió con el noveno clasificado.

Kip descendió al puesto número catorce. Aram retó a Erato, decimoquinta a tres puestos de él. La chica ya estaba fuera, pasara lo que pasase, por lo que claudicó sin ofrecer resistencia.

Lo único que debía hacer Aram era ganar otro combate, y Kip quedaría eliminado. Se acercó a la barandilla y miró a los aspirantes, situándose casi directamente enfrente de Kip.

—Cobarde —dijo Kip—. No eres lo bastante listo como para que esto sea idea tuya. ¿Quién lo ha tramado? ¿Cuánto te han pagado para que te prestaras a hacer algo así?

Un destello de furia relampagueó en las facciones de Aram, que enseguida recuperó la compostura.

—Tramposo —prosiguió Kip—. ¿Qué te crees, que eres la reencarnación de Ayrad? Ayrad no recibió dinero a cambio de lo que hizo. No tenía todo un equipo detrás. Comparado con él, eres una mierda. Me vas a evitar a mí. ¡A mí! Al que te han contratado para que le cortes el paso. Te consideras el mejor de la clase, te crees que eres mejor que Cruxer, pero no te atreves a medirte conmigo.

—Hoy me quedan muchos combates por librar, Kip. No tengo por qué agotarme con desafíos innecesarios.

—Así que te agotarías peleando conmigo. Pensaba que eras un portento. ¿No se enfrentó Ayrad a todos sus compañeros de clase en su escalada a la cima? Y tú ni

siquiera quieres luchar con el gordinflón que ocupa la decimocuarta posición. Te convertirás en toda una leyenda, Aram, por supuesto. Aram el Aramecago. Aram el Aramiconado. —Sin saber muy bien lo que quería decir, Kip se limitó a dar rienda suelta a su imaginación—. Aram el...

De un manotazo, Aram depositó su vale delante de Kip.

—Te voy a matar —dijo. Se dirigió a grandes zancadas hacia el centro del círculo.

Cruxer se situó junto a Kip de inmediato.

—Estupendo, Kip. Y ahora, después de la patada lateral con giro, a Aram le gusta continuar la maniobra para conectar un puñetazo en el estómago o en la cara. Le imprime mucha potencia a ese golpe, pero si consigues zafarte echándote a un lado y traspasas su guardia, estará completamente expuesto.

—Lo he visto —dijo Kip—. El problema es que no soy lo bastante rápido para sacarle partido.

—¡Se acabó el tiempo! —anunció el instructor Fisk—. A vuestros puestos.

—¿Algo más? —preguntó Kip a Cruxer—. Por favor.

—También es un trazador muy veloz —musitó Cruxer—. Cuidado con eso... Pero a ti siempre te sonríe la suerte, ¿verdad, Rompelotodo?

—Todo el rato.

—¡Rompelotodo, a tu puesto o fuera de aquí!

—Algo es algo —dijo Cruxer.

—Por desgracia a veces me sonríe la buena suerte, y a veces la mala.

Kip se giró para dirigirse al centro del círculo. Entonces vio la peor cosa del mundo. Una oleada de reconocimiento se propagó entre los guardias negros y los aprendices reunidos cuando un nuevo espectador se situó en primera fila para observar. Gavin. Gavin estaba allí. El Prisma Gavin Guile en persona había venido a ver la prueba de su hijo.

Y Kip estaba a punto de fracasar.

Por supuesto que tenía que aparecer en ese momento. Por supuesto que no podía haber llegado antes, para ver cómo Kip ganaba los primeros combates. Para ver cómo Kip demostraba su ingenio. No, aparecía entonces, cuando a Kip se le habían agotado las ideas y la suerte. Justo a tiempo para que Kip lo avergonzara.

—¿Estás indispuesto, Rompelotodo? —preguntó el instructor Fisk.

Ah, y por supuesto, el Prisma tenía que sentarse al lado del comandante Puño de Hierro. Así podría defraudar a todo el mundo a la vez. Estupendo.

—Preveo una victoria aplastante —aclaró Kip.

—Pedazo de mierda arrogante —masculló Aram, enseñando los dientes.

—No necesariamente mía —aclaró Kip.

—¿Eh?

—La victoria, que no... Mira, los chistes pierden toda su gracia si hay que explicar lo que... Olvídalo.

—¿Estás llamándome estúpido? —preguntó Aram.

Hum, no, pero acertaría.

—Voy a ensañarme contigo, «Kip». —Aram pronunció su nombre como si pretendiera que fuese un insulto. Cosa que no era.

—Me parece que el problema es que no nos entendemos en absoluto —dijo Kip.

—¡Basta ya! —dijo el instructor Fisk—. ¿Colores?

—Verde y amarillo —respondió Aram.

—Todos —dijo Kip. Ya no tenía ningún motivo para seguir ocultándolo.

—¿Insinúas que eres un policromo del espectro completo, Rompelotodo? —preguntó el instructor Fisk.

Por lo menos esa respuesta la conocía.

—Hum. ¿Sí?

—No podrías haberlo anunciado en peor momento —dijo el instructor Fisk.

—¿Cómo? —En opinión de Kip, era el momento perfecto para anunciarlo.

—Los policromos del espectro completo tienen tanta ventaja sobre los trazadores normales que la Guardia Negra decretó hace tiempo que, a fin de demostrar sus aptitudes para el servicio, deberían limitarse a compartir los colores que eligiera el rival, más uno.

—¿Qué? Entonces, si digo que puedo trazar más colores, ¿recibiré menos?

—Precisamente.

—Bueno, pues menuda m... —Con esfuerzo, Kip consiguió morderse la lengua.

El instructor Fisk arqueó una ceja.

Kip frunció el ceño.

—Pues menuda mala pata —se retractó. Carraspeó—. Y me parece una injusticia.

—Que le parece una injusticia, dice el hijo bastardo del Prisma. Mequetrefe —gruñó Aram—. Ni siquiera tendrías que estar aquí.

—Aram, no sé quién te ha comprado, pero voy a reventarte la cara —dijo Kip—. Hoy me derrotarás. No lo dudo. Pero volveré.

—Te voy a triturar, Kip. Haré que te retuerzas como el fofo cerdito que eres.

—Vete a tomar por el culo.

—Rompelotodo —intervino el instructor Fisk—, te la estás jugando. Di una palabra más y perderás el color extra.

—Una palabra más.

—¡Por Orholam, maldita sea! —exclamó el instructor Fisk, agarrándolo por el pescuezo. Kip oyó cómo toda la multitud contenía la respiración—. ¡Se acabó! Te quedaste sin el color extra. ¿Sabes, chaval?, tú eliges: puedes ser Kip el Bocazas, el perdedor que siempre tiene que decir la última palabra, o puedes ser el Rompelotodo.

Creo que por hoy ya has tomado tu decisión. Quizá la próxima vez, dentro de seis meses, serás lo bastante maduro como para escoger la otra opción. —El instructor Fisk parecía hecho una furia. Se giró hacia la multitud. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿A qué venía tanta hostilidad de repente?

Kip el Bocazas. Lo había llamado Kip el Bocazas. ¿Dónde...?

Andross Guile. Eso explicaría también el enfado del instructor Fisk. No estaba furioso con Kip; estaba furioso por Kip. Andross Guile estaba obligando al instructor Fisk a dificultar al máximo su ingreso, obligándolo así a traicionar sus juramentos. Daba igual cómo. Lo importante era que Kip estaba facilitándole al instructor Fisk lo que fuese que Andross Guile le había pedido que hiciera. En ese momento, el instructor ni siquiera miró a Kip mientras anunciaba:

—Kip Guile afirma ser un policromo del espectro completo. Hace setenta años que no hay uno de ellos en la Guardia Negra. Existen reglas al respecto. Las hemos consultado. Debido a sus ventajas innatas, los policromos del espectro completo pueden elegir otro color además de los que escoja su adversario. Por las palabras malsonantes empleadas, Rompelotodo pierde esa opción. Para este combate, los colores serán el verde y el amarillo.

La mirada de Puño de Hierro era como un monolito. Kip la rehuyó, y se encontró con la de su padre. Gavin Guile ya parecía decepcionado.

Maldición. Maldita sea mi estampa. Kip el Bocazas. He hecho justo lo que querían. Kip Por Poco.

Ese soy yo. Por poco. No superé el Trillador por poco, pero me rendí. No fui un héroe por poco, elegí en cambio ser un cobarde. Por poco no salvé mi aldea. Por poco no salvé a Isa. Por poco no salvé a Sanson. Por poco no salvé ni siquiera a mi madre. Diablos, «por poco» es demasiado generoso. No la he vengado ni siquiera por poco. Juré que lo haría. Di algunos pasos en esa dirección, diciéndome a mí mismo que debía ingresar en la Guardia Negra para acceder a los archivos de la biblioteca, pero lo cierto es que no me ha costado nada olvidarme de ella. Menudo hijo. Menuda lealtad.

Quizá exista una conspiración para apartarme de los catorce primeros, pero ¿podría haberlo logrado por méritos propios? Probablemente no. ¿Estaría entre los siete primeros? Está claro que no. Las únicas cosas buenas que hay en mi vida son las que me han regalado. No me extraña que me odien. No me he ganado nada.

—¿Qué pasa, Kip el Bocazas? —preguntó Aram—. ¿Vas a echarte a llorar?

—Lo que voy a hacer es matarte, hijo de puta.

El dorso de una mano se estrelló contra el mentón de Kip, que se tambaleó.

—Kip —le advirtió el instructor Fisk—, una palabra más y te ahorraré la paliza que estás a punto de recibir. Además de revocarte el derecho a probar suerte de nuevo dentro de seis meses.

Esta vez, Kip no rechistó. Ni siquiera escupió la sangre que le inundaba la boca, so pena de que el instructor Fisk malinterpretara su gesto.

—Instructor —dijo Aram—. Me gustaría retirar uno de mis colores. Solo necesito el verde.

El instructor asintió con la cabeza y dio la orden. A continuación, dijo:

—Las manos.

Por turnos, los muchachos dejaron que les presionara firmemente los dedos contra la piedra infernal y ocuparon sus puestos, iluminados tan solo por la luz blanca.

Los postigos cubrieron las ventanas.

—Y... —dijo el instructor Fisk. Kip empezó a correr hacia delante. Creía haber calculado el tiempo a la perfección—. ¡Adelante!

Kip ya estaba en el aire cuando regresó la luz, cegadora. Giró de costado para lanzar una patada voladora. Milagrosamente, Aram aún no se había movido del sitio.

El muchacho puso los ojos como platos cuando el pie de Kip impactó en su hombro y en su pecho. Aram salió disparado de espaldas.

Kip se cayó, pero solo tardó un instante en reincorporarse. Aram había salido del círculo. Rodó hasta quedar tendido de espaldas, tosiendo, y por un momento Kip pensó que había dejado a su rival sin aliento. Si Aram tardaba cinco segundos en recuperar el resuello, Kip habría vencido, así de fácil.

—¡Uno! —exclamó el instructor Fisk, empezando la cuenta.

Aram se levantó de un salto y regresó corriendo al círculo. Kip lo esperaba en el límite, decidido a cortarle el paso.

—¡Dos!

Patada lateral. Rápida. Tanto que Kip tuvo suerte de esquivarla saltando hacia atrás, lo que significaba que también estaba a salvo del consiguiente puñetazo, lo que significaba que Aram podría regresar al círculo sin problemas.

Adiós, esperanza.

A pesar de todo, Kip vio que Aram aún estaba dolorido. A menos que fuera una estratagema para que cayera en algún tipo de trampa. Por otra parte, ¿qué necesidad tenía de tenderle ninguna encerrona? Contaba con su color, su velocidad y su fuerza, además de mucha más práctica.

Cuando Kip intentó aproximarse, Aram atacó. Un golpe seco, veloz como el rayo, contra la nariz de Kip. Demasiado rápido como para bloquearlo. No muy fuerte, pero suficiente para dejarlo aturdido. A continuación, Aram se abalanzó sobre él. Kip ni siquiera vio la maniobra que le barrió los pies de debajo del cuerpo. Se desplomó violentamente de costado.

Kip comenzaba a incorporarse cuando Aram le aporreó la espalda con un bastón de luxina verde.

—¡Vamos, Rompelotodo! —exclamó alguien.

Kip pugnó por ponerse de rodillas de nuevo. Se le escapó un gruñido cuando el bastón volvió a impactar contra su espalda. Pero no se cayó.

Le pareció leer el pensamiento de Aram: si consiguiera darle un porrazo en la nuca, perdería el conocimiento. Pero un golpe en la cabeza podría dejar lelo a Kip, lo que le cerraría a Aram las puertas de la Guardia Negra, para la posteridad.

Por una vez, las normas jugaban a favor de Kip.

Sin saber qué más hacer, Aram lanzó una nueva descarga sobre la espalda de Kip. Con más fuerza que antes.

Desde el suelo, Kip lo miró y sonrió. Hola, ¿no me conoces?

Soy el puto oso tortuga.

Con un rugido, Kip se puso de pie mientras Aram cogía impulso para propinarle otro garrotazo. Atenazó la mano de Aram y empujó. Aram le propinó un fuerte rodillazo en la barriga, pero así solo consiguió perder el equilibrio más fácilmente cuando Kip le puso la zancadilla.

Kip aterrizó encima de su rival, pero lo perdió casi de inmediato. Aram se contorsionó, se coló debajo de uno de los brazos de Kip y empezó a aporrearle el riñón con los puños. Kip intentó levantarse del suelo, pero de alguna manera no lograba encontrar ningún punto de apoyo. Tenía las manos recubiertas de luxina verde.

—Ya te tengo, Kip. ¿Notas ese pequeño margen de maniobra? —le susurró Aram al oído, con voz ronca—. Suficiente como para que no detengan aún el combate. No antes de castigarte como te mereces.

Las puñaladas de dolor impedían que Kip pensara con claridad, que pudiera trazar algún plan. Aram permitió que se zafara ligeramente de la presa antes de acorralarlo de nuevo, sonriendo con ferocidad.

Con las manos inmovilizadas a la espalda mientras rodaba de costado, Kip transformó el dolor en martillazos que forjaban su voluntad. Se concentró en las vidrieras que dominaban la estancia desde las alturas, bañándolos de luz verde, y disparó con todas sus fuerzas una andanada de guijarros diminutos contra ellas.

Recibió un puñetazo en la barbilla que lo tumbó pesadamente de espaldas. A continuación, algo se resquebrajó, y el ventanal verde se hizo añicos, sumiéndolos en la oscuridad y descargando una tormenta de cristales sobre ellos. Kip no solo había destrozado el filtro verde, sino también el espejo que había detrás y dirigía la luz hacia el campo de pruebas. Un grito de alarma se elevó de la multitud de espectadores.

Kip estaba preparado para el apagón, al contrario que Aram, que perdió el control de la luxina verde abierta que formaba los grilletes de Kip. Las esposas se disolvieron, y Kip se zafó de la presa de Aram y proyectó un codo en dirección a la cabeza de su rival, un golpe oblicuo.

Acto seguido se levantó sin perder tiempo. Relajó la mirada para percibir el subrojo. Para ver en la oscuridad. Aram también se había puesto de pie y giraba la cabeza a un lado y a otro, escudriñando a su alrededor.

Kip le pegó un puñetazo en el estómago y se apartó rápidamente. Aram se dio la vuelta con un gruñido, recuperándose. Kip se deslizó a la izquierda y descargó un nuevo golpe, esta vez contra el riñón del muchacho.

En ese momento, demasiado pronto, alguien partió una barra de magnesio. ¡No! Alguien disparó una bengala amarilla. Kip entrecerró los ojos para recuperar la vista normal y pensó: Amarillo, puedo trazarlo si...

Pero la primera reacción de Aram no fue mágica, sino marcial. Golpeó a Kip en las pelotas y le puso la zancadilla.

El rostro de Kip rebotó en el suelo de tierra un instante antes de que Aram saltara encima de él y lo aplastara con todo su peso.

Aram aporreó las piernas de Kip, inutilizándolas con una serie de puñetazos secos justo en el centro del muslo.

El dolor no es nada, el dolor no es nada, el dolor no es nada.

Daba igual lo que Kip se dijera. Aquello no era dolor; aquello era su cuerpo, que sencillamente se negaba a seguir obedeciendo sus órdenes.

¡Piensa, Kip, piensa! Un solo golpe basta para terminar una pelea.

Un golpe de suerte. ¡Por favor, Orholam! ¡Dame un golpe de suerte!

Rodó hasta quedar boca abajo. A pesar de que había asistido a muy pocas clases de lucha, sabía que era una maniobra estúpida. Las manos y las piernas —tus armas — deben apuntar hacia delante, no hacia atrás. Mala elección, en cualquier caso. Presentó un codo en lo que esperaba que fuese un blanco tentador y dejó que todo su cuerpo se convulsionara, arqueando el cuello hacia atrás tanto como fue capaz, con la esperanza de pegarle un cabezazo en la cara a su rival.

Su coronilla rebotó en la mejilla de Aram. Insuficiente.

El círculo volvió a inundarse de luz natural cuando los otros espejos convergieron sobre el campo, y la luz amarilla se apagó. La única esperanza de Kip acababa de esfumarse. Ni siquiera le había dado tiempo a trazar el amarillo. Se levantaron nuevos filtros de color verde.

Kip notó que algo le inmovilizaba las manos. Debían de estar atrapadas en luxina. Un puñetazo le aplastó la oreja derecha. Otro, la izquierda. Después la mejilla. Después la boca.

Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Kip empezaba a perder el conocimiento. Pero Aram se había vuelto loco. La tenaza de sus piernas se aflojó mientras concentraba toda su atención en hacer picadillo a Kip.

Kip corcoveó con un grito. Aram perdió el equilibro y se cayó hacia delante. Kip

logró ponerse de rodillas con dificultad, pero Aram volvió a abalanzarse sobre él, castigándole la cara con una serie de puñetazos cada vez más violentos.

Llorando, embotado por la rabia y el dolor, cegado por la sangre, Kip se irguió con un rugido y levantó en volandas a su rival, medio con la espalda, medio con los hombros. Sintió cómo el muchacho dejaba de aporrearlo e intentaba asirse a su cuello con dedos resbaladizos.

—¡Tú puedes, Rompelotodo! —exclamó alguien.

El único pensamiento que ocupaba la mente de Kip era aplastar a Aram como a una cucaracha. Ahogando con sus alaridos los incesantes pitidos del silbato del instructor Fisk, saltó y se arrojó al suelo, y...

Aterrizó encima de un enorme colchón rojo. Inexorablemente, Kip vio cómo lo inmovilizaban de pies y manos mientras le quitaban el peso de Aram de encima.

Las densas nubes de luxina roja se desvanecieron, dejando a Kip en el suelo, llorando aún. El instructor Fisk lo examinó someramente para comprobar la gravedad de sus heridas.

—La victoria es para Aram —anunció, incorporándose—. Los catorce primeros ya están decididos. A partir de ahora, los combates serán para determinar el orden de la clasificación. Pero perdiste el control, Aram. Has estado a punto de ganarte la expulsión. Para ti se acabó por hoy.

—¡No! —exclamó Kip.

El instructor Fisk lo miró y giró la cabeza, como si Kip estuviera poniéndose en evidencia.

Kip todavía estaba llorando. No a causa del dolor, aunque ahora este atenazaba todo su cuerpo. Había estado tan cerca... Podría haber aplastado a Aram si les hubiesen dejado terminar el combate. No lo había conseguido por poco...

Por poco. Era Kip Por Poco. Kip el Fracasado. Casi lo suficientemente bueno. No dejaba de sangrar y llorar, con la cara embadurnada de mocos.

Levantó la cabeza, esperando ver que Gavin se había marchado. Kip era una deshonra. Una niñita llorona, cuando Gavin necesitaba un hijo a su imagen y semejanza. Kip no se parecía en nada a su padre. ¿Cómo era posible que la astilla fuese tan distinta del palo? En vez de eso, Gavin le sostuvo la mirada y le indicó que se aproximara.

Kip se irguió y encaminó sus pasos a las gradas de madera, donde se sentaba su padre entre todos los aprendices. Agachó la cabeza, humillado, humillado por las lágrimas que rodaban por sus mejillas, incapaz de detenerlas, incapaz de ocultarlas.

Alguien empezó a aplaudir. Alguien más lo imitó, y pronto todo el mundo estaba aplaudiendo. Kip miró para ver si Aram estaba vanagloriándose o algo. No era así. Todos los que aplaudían estaban mirándolo a él. ¿A él?

Kip se acarició la frente, intentando imponer algo de orden a sus pensamientos.

¿A él? ¿Por él?

Ay, joder. Sus llantos se intensificaron. Quería ser uno de los guardias negros. Eran las únicas personas que respetaba. Las únicas personas del mundo a las que le gustaría parecerse. Y aunque los había defraudado a todos, se lo agradecían así.

Cogió una toalla, supuestamente para enjugarse la sangre. Se cubrió la cabeza. Alguien le pasó un brazo por los hombros, y Kip vio que era Gavin.

—Padre —dijo Kip—. Estaba... si no hubiera sonado el silbato... casi...

—A ese chico le entró el pánico, Kip. La presa que intentaba hacer es un rompecuellos. Y creo que ya la tenía. Si no hubiera tocado el silbato, estarías muerto antes de haber llegado al suelo.

Aram había realizado la maniobra. Kip había sentido los brazos de Aram encajando en posición. Si Aram lo hubiera matado, lo habrían expulsado de la Guardia Negra. Aunque a Kip no le habría servido de nada a esas alturas.

—Perdí —dijo Kip, sin atreverse a mirar desde debajo de la toalla que le cubría la cabeza.

—Sí —dijo Gavin—. Es mejor que tú. Cosas que pasan. Buen trabajo con la cristalera. No dio resultado por poco. Ven, veamos el resto de los combates. Nunca está de más aprender de los que son mejores que nosotros. Me parece que tienes la nariz rota. Será mejor que te la enderece cuanto antes.

Kip se tocó la nariz con cuidado. Ay, esa no era la forma que debería tener.

—¿Ahora viene cuando suena un crujido y a mí se me escapa un alarido?

—Procura que no se te escape —dijo Gavin. Sin importarle el cabello empapado de sudor de Kip, le colocó una mano atrás para inmovilizarle la cabeza, le agarró la nariz y tiró.

Kip jadeó una vez, dos, respiró entrecortadamente. ¡Orholam misericordioso!

Pero no gritó.

Bueno, por lo menos esa prueba la había superado.

Siguió a Gavin hasta las gradas, pero las únicas palabras de su padre que resonaban en su cabeza eran «por poco» y «es mejor que tú».

Un cirujano trazador verde trajo vendas impregnadas de supervioleta y se ocupó de los cortes de Kip mientras observaban los combates restantes. Con ayuda de unas agujas diminutas e hilo de luxina verde, el hombre remendó la mejilla derecha y la ceja izquierda de Kip, y usó un ungüento punzante para recubrirle esas y otras heridas.

Por último, le ofreció a Kip lo que este pensó que era una dosis demasiado modesta de té de amapola. Kip se alegró de haberse sentado, pues dudaba de que sus piernas pudieran mantenerlo en pie.

En general, asistir a los combates no sirvió para enseñarle absolutamente nada, puesto que Kip no lograba concentrarse lo suficiente como para aprender algo. Sin

embargo, era la distracción ideal. Teia se impuso en su primer desafío, y después ganó dos combates seguidos contra unos muchachos a los que su velocidad pareció dejar asombrados. Terminó en séptimo lugar. Kip se sintió orgulloso de ella. A juzgar por la discreta sonrisa que aleteaba en sus labios, estaba claro que Teia también se sentía orgullosa de sí misma.

Se quedaron hasta el final. Ver combatir a Cruxer era como admirar una obra de arte. Además, lo habían relegado al cuarto puesto por su «fracaso» en la última prueba en el mundo real. Desafió al tercero, al segundo y al primero... y los derrotó a todos. Kip vio cómo su padre miraba al comandante Puño de Hierro, impresionado.

—¿Legado? —preguntó Gavin.

—De tercera generación. El hijo de Inana y Holdfast.

—Debería haberlo intuido. ¿Viven aún?

—Inana sí. Resiste contra viento y marea. No quería perderse esto.

—Es asombroso —dijo Gavin—. Sospecho que podría ser mejor incluso que tú.

Puño de Hierro enarcó una ceja.

Gavin sonrió de oreja a oreja.

Puño de Hierro soltó un gruñido. De aquiescencia, tal vez.

—Si vive lo suficiente.

—Debería visitar a Inana —dijo Gavin—. Era una joya.

Los cadetes comenzaron a formar preparándose para la ceremonia que habría de convertirlos en aprendices. A Kip se le encogió el estómago.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó.

—Este es el momento triunfal de tus amigos —dijo Gavin—. Piensa en alguien más aparte de en ti mismo. Si les das la espalda ahora, lo recordarán toda la vida.

Kip parpadeó. Volvió a parpadear. Soy un niñato egocéntrico.

—Sí, señor —dijo.

El comandante Puño de Hierro se levantó y salió al campo de pruebas. Todos los cadetes habían formado según su clasificación entre los catorce primeros. A excepción de Cruxer, que estaba de rodillas en el círculo, con la cabeza agachada, con una mano en los ojos y en la frente, realizando el signo de los tres y el uno, rezando.

—¡Cruxer! —ladró el instructor Fisk. Se encontraba frente a Aram al final de la línea, listo para prender el broche de la Guardia Negra en la solapa de cada uno de los novatos—. Ya habrá tiempo para plegarias más tarde.

Los cadetes sonreían, triunfales, acostumbrados a las estrafalarias manías de Cruxer. Todos se mostraban orgullosos, con las manos recogidas a la espalda y los pies separados, sacando pecho. Alrededor del terreno de prácticas, los aprendices más veteranos y los guardias negros de pleno derecho se habían incorporado a su vez, en posición de firmes. Adoptando la misma pose.

—Sí, señor. —Cruxer se irgió de un salto y se acercó a la formación. Sonreía,

pero a Kip le pareció que era una sonrisa tensa.

Al ver a todo el mundo en pie y henchido de orgullo, Kip sintió que el abismo que los separaba se hacía más grande. Marginado, paria, desarraigado. Ellos eran todo lo que él no sería jamás.

—¿Señor? —dijo Cruxer, plantándose delante del instructor. Lanzó una fría mirada de soslayo a Aram, que rehusó mirarlo a los ojos.

—¿Sí, primero? —preguntó el instructor Fisk.

—El entrenamiento de un guardia negro no termina nunca, pero ¿han acabado las pruebas por hoy?

—Sí, por supuesto. Y ahora, ocupa tu sitio...

Cruxer no dijo nada, pero atacó como una serpiente al grito de *¡kiyah!*, imprimiendo a su cuerpo el feroz giro que volvía sus patadas tan cegadoramente veloces y poderosas. Incluso Kip, que estaba observándolo atentamente, vio el golpe a duras penas. La espinilla de Cruxer, nudosa y calcificada tras años de aporrear postes de madera, fue a estrellarse contra la rodilla de Aram. Se la desencajó y se la puso del revés.

El enfermizo crujido de la articulación destrozada hendió de pronto el silencio.

Aram se desplomó como un fardo, boquiabierto, sin aire, con los ojos fuera de sus órbitas.

Cruxer bajó las manos al instante y adoptó una pose plácida e inofensiva. Una decisión acertada, puesto que estaba rodeado de personas acostumbradas a la violencia y a reaccionar ante ella de la forma más eficiente posible.

—Un accidente de entrenamiento —dijo fríamente Cruxer, para que todos lo oyeran.

Durante unos instantes, incluso el instructor Fisk pareció quedarse tan atónito como Kip.

—¡Qué has hecho! —exclamó, al cabo, cuando se hubo repuesto de la sorpresa.

—Las lesiones permanentes infligidas durante el examen son motivo de expulsión —recitó Cruxer con naturalidad, sin inmutarse—. Las heridas de entrenamiento, no.

—¡Mi rodilla! ¡Mi rodilla! —empezó a balbucear Aram. A juzgar por el sonido de su voz, sabía —al igual que Kip, al igual que todos los demás— que jamás volvería a luchar. Tendría suerte si conseguía caminar de nuevo. Ese tipo de lesiones en la rodilla eran irreversibles. Aram acababa de quedarse tullido.

—He querido formar parte de la Guardia Negra desde que di mis primeros pasos —declaró Cruxer con voz alta y clara, sin rastro de arrepentimiento—. Valoro demasiado a esta hermandad como para permitir que acceda a ella alguien que prefiere destruir la unidad en vez de fortalecerla, alguien dispuesto a destruir a uno de los suyos por dinero. Si el precio de eliminarlo de la Guardia Negra es que también yo sea expulsado, lo acepto. —La emoción hizo que le temblara la voz por un

momento, pero se dominó.

—¿Qué? —preguntó el instructor Fisk—. ¿De qué estás hablando?

—Aram es el segundo mejor luchador de nuestra promoción —dijo Cruxer—. Aceptó dinero a cambio de mantenerse en los puestos más bajos. Aceptó dinero a cambio de impedir que Rompelotodo superara la prueba.

—¡Es un tyreano! —gritó Aram—. ¡Un bastardo! ¡Lo habría hecho gratis! ¡No es uno de los nuestros!

—¿Lo habrías hecho gratis? De modo que es cierto que lo hiciste por dinero —dijo el instructor Fisk, cariacontecido, abrumado por la incredulidad. Miró de reojo al comandante Puño de Hierro. Aram acababa de reconocer abiertamente su culpa. ¿Cómo se podía ser tan estúpido?

—¡No es uno de los nuestros! —insistió Aram.

—Uno de los vuestros, querrás decir —repuso el comandante Puño de Hierro, con voz grave y amenazadora, avanzando hacia él—. Porque tú nunca serás uno de los nuestros, Aram. Al contrario que Rompelotodo.

Kip se estremeció cuando la última palabra llegó a sus oídos.

—¡Rompelotodo! —ladró el instructor Fisk—. Ya lo has oído. Aquí hay sitio para catorce, y yo solo veo trece. ¡A la fila! ¡Paso ligero! Y que alguien saque la basura.

—¡No! ¡¡¡Nooo!!! —se desgañitó Aram. Pero los cirujanos aparecieron de inmediato para llevárselo, delirante.

Kip se acercó a la formación renqueando, ni mucho menos a paso ligero, pero durante todo el camino se sintió como si flotara en una nube. ¿Cuánta amapola le había dado ese médico?

No, la amapola no tenía nada que ver.

El comandante Puño de Hierro se plantó delante de Kip. Cogió el vale dorado de Kip y lo engarzó en un colgante. La cara de la medalla mostraba una llama negra.

—Esta es la Llama de Erebos. Simboliza el servicio y el sacrificio. Aquel que acepta cumplir con su deber es como una vela encendida que acepta consumirse para dar luz y calor. Día a día, entregamos nuestras vidas al servicio de Orholam y su Prisma. ¿Aceptas este sagrado deber, Kip Guile, Rompelotodo?

—Lo acepto —respondió Kip, con un estremecimiento.

—¿Reniegas de toda lealtad salvo la debida a este cuerpo, a Orholam y a su Prisma?

—Reniego.

—Entonces te declaro, Rompelotodo, aprendiz de la Guardia Negra.

—¡Rompe-lotodo! ¡Rompe-lotodo! —coreó la multitud.

Puño de Hierro dejó que continuaran durante unos segundos antes de pedirles silencio y seguir recorriendo la fila.

El resto de la ceremonia transcurrió como un sueño. Todos los cadetes

pronunciaron sus votos, y los aprendices más veteranos y los guardias negros de pleno derecho se arracimaron a su alrededor para darles la enhorabuena.

Al cabo, decidieron trasladarse a una de las tabernas predilectas de la Guardia Negra, donde todas las bebidas correrían a cargo de los nuevos aprendices, naturalmente. Antes de dejarse arrastrar a la noche de celebración, Kip buscó a su padre con la mirada.

Gavin Guile estaba de pie donde Kip lo había dejado, ignorando por el momento al emisario que había acudido a buscarlo por el motivo que fuera. Solo tenía ojos para Kip. Una sonrisa traviesa jugueteaba en los labios del Prisma, aunque quizá fuera algo más que simplemente traviesa. Quizá hubiera en ella también una pizca de orgullo.

93

Karris percibió tenuemente cómo se alejaban los hombres. Apoyó la mejilla en los adoquines del suelo, rezando para que no regresaran, esperando que la inconsciencia la acogiera en sus brazos. No lo hizo. Al levantar la cara, vio un charco de sangre allí donde antes había posado la boca. La hinchazón estaba cerrándole el ojo izquierdo a pasos agigantados; y el derecho, algo más despacio.

El golpe en la cabeza la había dejado mareada. Un sabor inmundo se mezclaba en su boca con el regusto metálico de la sangre. Comprendió que la habían puesto de costado para que no se ahogara con su propio vómito.

Le sobrevino una nueva arcada, irrefrenable. Se ensució de la cabeza a los pies, ovillada a la fuerza como estaba por los espasmos que le atenazaban el estómago. El mero hecho de respirar le producía náuseas, y amenazaba con vomitar hasta las entrañas.

Las convulsiones se mitigaron paulatinamente, pero aún sentía la cabeza conectada apenas al cuerpo, moviéndose a su propio ritmo, chapoteando. Rodó hasta quedar tendida de bruces y, sin saber muy bien cómo, empezó a gatear.

Podía arrastrarse. Bien. Una parte de su ser reparó en el hecho de que no le habían roto ni los brazos ni las piernas. Bien, bien. Sus manos resbalaban en la sangre y cosas peores, y el empedrado le laceraba las rodillas. Le dolían las costillas cada vez que tomaba aire, pero si habían sufrido algún desperfecto, debían de estar simplemente fracturadas. Le habían roto las costillas antes, y era mucho más doloroso que esto.

A menos, por supuesto, que su cuerpo estuviera enmascarando el dolor. Los cuerpos tenían esa manía. Puñeteros. Notó que se atragantaba con algo, y escupió un cuajarón de sangre.

Conservaba todos los dientes, pero se había hecho trizas la lengua. Le escocía todo el cuello. No se atrevió a tocárselo, sin embargo. No podría hacerlo y seguir arrastrándose.

Llegó a la intersección cinco o diez minutos más tarde. O un año.

¿Qué calle era esa? Acababa de venir por ella, pero no lograba recordar cómo se llamaba. No lograba recordar en qué parte de la ciudad se encontraba. No era una calle bulliciosa, eso seguro.

Pero no podía seguir. El ojo derecho se le había cerrado ya por completo. Se dio cuenta de que le dolía el trasero. Se lo habían pateado con saña. Y los calambres

empezaban a atenazarle las piernas.

Sufrió una nueva arcada. No vomitó nada.

Cuando abrió el ojo que le quedaba, vio que alguien caminaba calle abajo, hacia ella.

El hombre se hizo a un lado y la rodeó.

Pasó más gente. Hombres, mujeres. Alguien con una carreta. No se detuvo nadie. Por Orholam, ¿por qué no se paraba nadie?

Impotente. Era como si estuviera desnuda. No podía hacer nada. Estaba a merced de cualquiera. De todo el que quisiera aprovecharse de ella.

Empezó a llorar, y se odió por ello. El dolor era sencillamente insoportable.

—Vamos, preciosa —dijo un hombre, en pie junto a ella—. Todo va a salir bien. Eres una chica muy valiente. —Parecía ilytiano, por el acento. Karris nunca había tenido suerte con los ilytianos. No sentía demasiado aprecio por ellos—. Vestida como una guardia negra, pero pálida como la cera. Eres Karris Roble Blanco.

Karris no podía responder. Lo único que consiguió fue dejar de llorar. Asentir con la cabeza fue todo un triunfo.

—Voy a levantarte del suelo. Quiero que pienses en todo lo que te duele para que puedas contárselo a los cirujanos cuando lleguemos a la Cromería. ¿Aceptable?

—S-sí. —Había algo en él que le resultaba conocido. Pero no, estaba segura...

El hombre la recogió, y Karris se desmayó de inmediato.

Despertó tendida en una cama. Supo que le habían suministrado amapola, porque se sentía demasiado bien. Giró la cabeza a la izquierda, vio cómo el mundo empezaba a dar vueltas, y la giró a la derecha.

¡La habitación de Gavin! ¡Ja! Había estado allí antes. Y... ¡ajá! Ahí estaba él en persona, la Luz de la Torre, la Estrella entre Estrellas, la Mano Derecha de la Luna. Estaba increíblemente guapo, allí plantado, con el característico bucle colgando ante sus ojos.

—¿Karris? —preguntó Gavin. Parecía tremendamente preocupado—. ¿Me oyes?

—Mmm —dijo ella. Sonrió. Recordaba haberlo visto sin camisa en la isla de los Videntes. Mmm—. Quiero verte desnudo —añadió.

¡Ay, cielos! ¿De veras acababa de decir eso? Se rió.

Gavin se giró hacia un hombrecillo en el que Karris no había reparado antes. Un cirujano con ropajes de esclavo.

—Me parece que podemos reducir la dosis de amapola.

—Siempre intentando decirme lo que... —Karris perdió el hilo de lo que quería decir. Y el conocimiento.

94

Díselo. Tienes que decírselo.

Gavin hizo rodar la bolita de opio marrón entre el índice y el pulgar. Karris todavía estaba dormida, y el pasillo era un hervidero de personas que corrían de acá para allá, preparándose para la guerra.

Cuando el emisario habló con él durante la prueba de Kip, al principio Gavin se había resistido a escuchar las palabras del hombre. Después, estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico. Que Karris hubiera recibido una paliza lo afectaba más de lo que jamás hubiera creído posible.

«No pierdas de vista aquello que amas», le había dicho su padre.

Zarparían al día siguiente, con la pleamar. La movilización estaba llevándose a cabo con asombrosa presteza porque todos sabían que, cuando se diera la orden, tendrían que actuar sin perder tiempo. Lo que tenía lugar ahora eran sencillamente las instrucciones de última hora. A pesar de todo, quedaban por tomar mil decisiones distintas. Y aunque técnicamente Gavin no formaba parte de ellos, seguía sabiendo mejor que ninguno de los presentes cómo formar una armada y un ejército con garantías de éxito.

Pero por el momento, prefería quedarse junto a la cama de Karris. Al verla cubierta de sangre encostrada imaginó que sus heridas debían de haberla dejado tullida. Luego, después de que los cirujanos la atendieran y lo informaran de su estado, pensó que era un milagro que no hubiera sufrido más daños. Comprendió entonces que la habían vapuleado exactamente tal y como deseaba quienquiera que fuese el responsable. El objetivo era dejarla en un estado deplorable, pero sin incapacitarla de forma permanente; darle un toque de atención a Gavin, pero sin declararle abiertamente la guerra.

Su padre no tenía ni idea.

No disponía de pruebas que demostraran que había sido su padre, por supuesto. Había varios sospechosos posibles, pero ¿precisamente ahora, con esa meticulosidad, con esa precisión? Gavin no necesitaba pruebas.

Al contemplarla en la cama, envuelta en vendajes, inconsciente, Gavin no pudo por menos de pensar en lo pequeña que era. Cuando estaba despierta, hablando, su personalidad resultaba tan fuerte que se te olvidaba. Pero en ese estado parecía tremendamente vulnerable, delicada como una flor, pisoteada.

—Voy a arrancarles los puñeteros brazos. Lo juro —musitó Gavin.

—¿Estás hablando solo, o es que finjo tan mal? —preguntó Karris, entreabriendo un ojo. El otro era una rendija diminuta en medio de la amoratada hinchazón.

—Has vuelto —dijo Gavin, tan aliviado como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

—¿Dije... algo...?

—¿Algo de lo que debas avergonzarte mientras estabas colocada de amapola? ¿Como que querías verme desnudo? No.

Karris cerró los ojos.

—Tienes suerte de que me duela con solo pensar en moverme, Gavin Guile, de lo contrario te haría papilla.

—Dazen —la corrigió Gavin, con voz queda. Esa palabra era el único motivo de que estuviera allí. El único motivo por el que había esperado a que Karris recuperara la lucidez, pero aun después de todos los preparativos, le sorprendió oír cómo escapaba de sus labios.

Un rostro magullado e hinchado, dos ojos morados y un labio partido no constituían el lienzo más adecuado para interpretar emociones, y Gavin no vio ninguna. Karris tenía los ojos cerrados. Como si no lo hubiera escuchado. Quizá fuera así. Quizá hubiese vuelto a perder el conocimiento.

Una lágrima solitaria escapó por la comisura de un ojo cerrado y se deslizó por la mejilla de Karris.

La puerta ya está abierta. Ahora solo queda traspasar por completo el umbral. Gavin continuó:

—Corvan Danavis y yo trazamos el plan un mes antes de la Batalla de la Roca Hendida. Habíamos hecho tantos pactos con tantos diablos distintos que, aunque seguía pensando que nuestra causa original era justa, sabía que la victoria acarrearía consecuencias desastrosas para las Siete Satrapías. Corvan me practicó una herida cuya cicatriz sería idéntica a la de Gavin, y un espía nos proporcionó los detalles de su atuendo de combate. —Gavin exhaló un suspiro entrecortado—. Mi madre me reconoció de inmediato, por supuesto, pero me ayudó a comportarme como Gavin porque no quería perder al único hijo que le quedaba. Pensé que si lograba mantener el disfraz durante unos pocos meses conseguiría mitigar el sufrimiento de las Siete Satrapías. No se me ocurrió que estar contigo pudiera ser tan difícil. Ni siquiera sabía cómo hablar contigo. Creía que amabas a Gavin. Casarme contigo, como si fuera él... me parecía el colmo de la traición, Karris. No podía hacerlo. Sencillamente no podía. Pero tal vez lo que hice fuera aún peor.

La ruptura del compromiso no había sido ningún camino de rosas. Karris había desaparecido, humillada, arruinada, y él creyó que jamás volvería a verla. Una parte de él se alegró, la parte que quería vivir. Seguro que si había alguien capaz de desenmascararlo, esa sería Karris. El año que ella se mantuvo alejada le había

proporcionado tiempo para consolidar la farsa, para transformarse en Gavin Guile.

—Cuéntamelo —dijo Karris, sin mirarlo a los ojos ni mostrar la menor intención de secarse las lágrimas—. Cuéntamelo todo.

El tono de su voz no le dio ninguna pista. Sonaba tan frío, hueco y desapasionado como antes.

Karris disponía ya de información suficiente como para conseguir que lo ejecutaran, por lo que no entendía su reticencia. De perdidos, al río, ¿verdad? Pero la enfermiza sensación que le atenazaba las entrañas no tenía nada que ver ni con su vida ni con su muerte. De alguna manera, ahora eso le parecía trivial. Tenía que ver con ganarse el desprecio de una mujer que significaba más para él que nada en el mundo.

Respiró hondo. Se reclinó en la silla, se inclinó hacia delante. Siete años, siete objetivos imposibles. Hacía dieciséis años que eludía ese objetivo. Si Karris lo mataba por esto, al menos habría hecho algo bien.

De modo que habló. Le habló del incendio de la casa de su familia, de cómo aquella noche había descubierto que podía dividir la luz, de cómo había enloquecido de rabia al pensar que ella lo había traicionado. Le habló de la vergüenza que lo había impelido a huir. De la persecución. De cómo a su alrededor se había amasado un ejército que él ni siquiera estaba seguro de desear. De cómo Gavin había rechazado todas sus ofertas de rendición. Le habló de cómo había empezado por fin a luchar con toda su alma. De cómo había puesto a Corvan Danavis al frente de sus ejércitos. De las batallas que habían arrasado Atash de punta a punta, de las promesas de varios clanes parianos. De cómo necesitaban aquellos refuerzos tan desesperadamente que habían acudido a su encuentro en el mismísimo corazón de Tyrea, donde descubrieron que los habían traicionado. Los clanes parianos no tenían intención de reunirse con ellos.

Habló poco de la última batalla. Había matado a muchas personas aquel día, algunas de ellas hermanos y hermanas, hijos e hijas de hombres y mujeres a los que había aprendido a admirar desde entonces.

Después le habló de los años posteriores. De cómo se había enfrentado al desafío de aprender a ser Gavin, y de cómo había intentado enmendar los errores que tan pocos miembros del Espectro se tomaban la molestia de abordar.

Habló durante más de una hora. Y mientras lo hacía, podía sentir cómo Karris se relajaba, simpatizaba con él, cómo se suavizaba su expresión. Por último, le habló de la Batalla de Garriston y de sus secuelas, de cómo ella lo había abofeteado y le había dicho que conocía su secreto, de cómo había temido que conociera toda la verdad. Con un hilo de voz, le habló de cómo había decidido si debería contarle la verdad, o matarla.

Cualquier atisbo de calidez que estuviera creciendo en el seno de Karris se disipó

como si hubiera abierto las ventanas de par en par en invierno. Vio cómo temblaba el músculo de su mentón. ¿Ibas a asesinarme, malnacido?, decía.

—Querías la verdad —dijo Gavin—. La información que posees ahora podría costarme la vida.

—Tiene sentido, hijo de perra, pero no esperes ganarte mis simpatías.

No le quedaba nada más que añadir. Se dio cuenta de que había reducido a polvo la bolita de opio marrón entre los dedos.

—Soy quien soy, Karris —dijo. Luego comprendió lo ridícula que era esa declaración en ese momento—. Me refiero a que soy el Prisma, y...

—Sé perfectamente a qué te refieres. Y eso es todo. ¿Verdad?

Él titubeó.

—No. Eso no es todo, Karris. Anoche maté a Gavin.

—¿Metafóricamente hablando?

Se lo contó. Luego retrocedió y le habló de Ana, y le explicó la verdad.

—Pero los guardias negros... dijeron que había saltado.

—Mintieron para protegerme, Karris. Yo no se lo pedí. Lo juro. Ana empezó a hablar pestes de ti, y yo sabía que te había perdido para siempre. La saqué al balcón a empujones y... creo que no me proponía asesinarla, pero tropezó con el pasamanos y cayó directamente al vacío. Subí al tejado para intentar restaurar el equilibrio. Comprobé que ya no me es posible. De modo que bajé a liberar a Gavin, para dejar que me matara. —No podía mirarla a los ojos. A pesar de todas las magulladuras, el horror que se reflejaba en su rostro era inconfundible.

Por último, tras contarle lo que había sucedido con Gavin, dijo:

—Ignoraba lo que te había hecho. Cómo te había... humillado. Debería habérmelo imaginado, pero estaba tan ocupado conmigo mismo que no podía ver ni siquiera las cosas más obvias que ocurrían a mi alrededor. Lo siento, Karris, y sé que no te lo he demostrado, pero estoy enamorado de ti y quiero pasar el resto de mi vida contigo, si alguna vez consigues perdonarme.

El silencio era lo bastante profundo como para ahogarse en él.

—Indignante. Incorregible. Intratable. Ineficiente. Increíble en todos los sentidos. Pero no insincero en el fondo, ¿verdad, Dazen Guile?

—¿Eh?

—Bésame —dijo Karris.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo.

Él se levantó de la silla y se sentó en el borde de la cama. Karris gruñó de dolor cuando sus movimientos la zarandearon.

—Perdona —musitó él—. A lo mejor...

—Ya sabes cómo.

—Pero si tienes los labios agrietados, y...

—Ya sabes cómo.

—Ah.

La besó con la delicadeza de quien besa a un inválido.

Karris se apartó y lo escudriñó con los ojos reducidos a meras rendijas por la hinchazón. Su mirada era de desaprobación.

—Eso ha sido un desastre, Dazen Guile. No era ese el beso que me he pasado dieciséis años esperando.

—¿Una segunda oportunidad?

Karris no parecía muy convencida.

—Hum. No te la mereces.

—Cierto —dijo él, con expresión seria.

—No te la mereces —repitió Karris, solemne—, pero si tú y yo no nos damos una segunda oportunidad, entonces no sé quién nos la va a dar. —Al menos lo dijo con una ligera sonrisa.

La besó de nuevo, con ternura, pero atrayéndola hacia él. Sin embargo, lo que había comenzado como una mera concesión a sus caprichos, un conato de seducción, no tardó en metamorfosearse. Envolvió su menuda figura en la de él, rodeándola protectoramente con los brazos. Mientras se besaban, sintió cómo se aligeraba su tensión, una tensión que anidaba en él desde hacía tanto tiempo que ya había aceptado el dolor que le producía como algo inevitable en su vida.

Karris se retiró, e inmediatamente en guardia de nuevo, temiéndose su rechazo, Gavin se echó hacia atrás a su vez.

Pero Karris se limitó a murmurar:

—Me temo que me habéis dejado sin aliento, lord Guile...

—Caray, gracias. —Sonrió para encubrir el alivio que lo embargaba.

—... porque ahora mismo no soy capaz de respirar por la nariz.

Karris se rió, y aun mortificado, él la imitó.

—Eres tan hermosa —dijo. Se sentía como si no le cupiera el corazón en el pecho.

Karris adoptó una expresión dubitativa.

—Puede que yo esté medio ciega en estos momentos, pero tú no tienes excusa. A mí me han pegado una paliza, ¿qué tienes que alegar tú en tu defensa?

Reprimió una risita.

—No me refería particularmente a este preciso instante... ¿Sabes qué? Creo que mis labios pueden presentar el alegato por mí sin necesidad de palabras. Ven acá.

Se besaron, y volvieron a besarse, y se rieron cada vez que Karris tenía que parar para coger aire, y cada vez que Gavin confundía sus gritos de deseo y sus gritos de dolor cuando se dejaba llevar por la pasión. El mundo dejó de existir, al igual que las

preocupaciones y los problemas. El nudo que Gavin ni siquiera sabía que le atenazaba las entrañas se aflojó y desapareció, y de improviso se sintió más poderoso que nunca. Libre. Roto el hechizo del secreto, destrozadas las cadenas.

—Orholam misericordioso —dijo Karris—, cómo quiero hacerte el amor.

—Soy fácil de persuadir —replicó rápidamente Gavin.

Karris exhaló un suspiro de frustración.

—Ojalá mi cuerpo estuviera por la labor.

—Podríamos hacerlo con... con dulzura —sugirió él, con una sonrisa traviesa.

Karris lo atrajo hacia ella y le susurró al oído:

—Después de añorarte durante dieciséis años, Dazen Guile, lo último que espero de ti es dulzura.

Gavin tragó saliva. Sin habla.

—Karris Roble Blanco, ¿quieres casarte conmigo? —Maldición. Podría haberlo hecho mejor. Las preguntas de este tipo requieren un poco más de elocuencia.

Por otra parte, dado su historial con Karris, quizá una verdad sin adornos fuera preferible a otra más elaborada.

—Karris, ¿por qué lloras?

—Porque hace rato que tendría que haberme tomado la medicina contra el dolor, grandísimo idiota.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta de Gavin.

—Venga ya, no me fastidies —se lamentó Gavin, clavando la mirada en la puerta como si pudiera reducirla a astillas con los ojos. Se giró hacia Karris—. ¿Eso es un sí?

—Me has acorralado y te has aprovechado de mi estado indefenso, de modo que...

—¿Significa eso que sí?

Más golpes en la puerta.

—Estúpido redomado, por supuesto que sí.

—Te quiero, Karris Roble Blanco.

Karris sonrió con picardía.

—Más te vale.

La puerta se abrió, y un guardia negro entró empujando la silla de la Blanca. Gavin no podía borrar la enorme sonrisa de su cara.

—Ay, cielos. ¿Interrumpo algo? —preguntó la Blanca.

—No —respondió Gavin, al mismo tiempo que Karris decía:

—Sí.

—Ya veo.

—Eres precisamente la persona que esperaba ver —dijo Gavin—. Noble dama Blanca, ¿tendríais la bondad de casarnos?

La Blanca inclinó la cabeza para mirar por encima de las lentes correctoras que

llevaba puestas.

—Bueno, Gavin Guile, te has tomado tu tiempo. ¡Y Karris Roble Blanco! ¡La seductora más lenta de la historia! Una mujer con tus encantos... —resopló la anciana.

—¿Significa eso que sí? —preguntó Gavin.

—Por supuesto que sí —respondió Karris en lugar de la Blanca, sonriendo de oreja a oreja.

—Me imagino que Gavin se dirige al frente, y que querréis esperar a su regreso —dijo la Blanca.

—No —repuso Gavin—. Ahora mismo.

—¿Ahora? —dijo Karris—. ¿No quieres recapacitar? No sabemos dónde nos estamos metiendo.

—¿Y cuándo lo sabremos? Algunas cosas nunca se ven con claridad hasta que uno se mete en ellas de lleno. Estaremos juntos. Con eso me basta y me sobra. —Gavin se volvió hacia la Blanca—. Ahora mismo.

—Cómo no —refunfuñó la Blanca, aunque con una sonrisa—. Gavin, ¿estás dispuesto a correr el riesgo de que tu padre te repudie por esto?

—En estos momentos me siento invencible —dijo Gavin—. ¿Cómo sabes eso, Orea?

—¿Repudiarte? —preguntó Karris.

—Te lo explicaré. Más tarde.

—Yo también —dijo la Blanca—. Karris, ¿sabes lo que podría suponer esto para tu ocupación?

—Sí —respondió Karris.

—Las reglas están hechas para doblegarse ante las personas indicadas —dijo Gavin.

—Prométeme que celebraremos una boda enorme cuando vuelvas —dijo Karris.

—Gigantesca.

Instantes después, eran marido y mujer. Los votos fueron sencillos. En el ejercicio de sus funciones habituales como Prisma, Gavin había recitado los votos para multitud de parejas de novios, pero en esta ocasión le costó hacerlo. Y en cuanto salieron de sus labios, se convirtieron en un recuerdo difuso. Apenas si era consciente de la presencia de la Blanca, solo tenía ojos para Karris. Lo embargaba una inexplicable ternura por aquella mujer tan indómita, exasperante, bella, obstinada y maravillosa.

Besó de nuevo a Karris, que sonrió haciendo una mueca.

—¿Es la hora de tomar más medicina? —preguntó Gavin.

Compungida, Karris asintió con la cabeza.

Gavin encontró la tintura y preparó una dosis. Karris la aceptó, agradecida, y se

reclinó contra los almohadones.

—Volved a mi lado, mi señor. Regresad pronto, ¿me oís?

—Sí, mi señora —dijo Gavin. No podía parar de sonreír.

Karris no tardó ni un minuto en quedarse dormida.

Al cabo, Gavin se giró hacia la Blanca.

—Bien hecho, lord Prisma —dijo la anciana—. Puede que mi opinión sobre ti no anduviera tan desencaminada, después de todo.

—Hago lo que puedo.

—Espero que eso baste para salvarnos.

En el silencio subsiguiente, Gavin recordó por qué se había esforzado tanto por no quedarse a solas con la Blanca. Ahora esta sugeriría que subieran juntos al tejado para que él pudiera restaurar el equilibrio. Tendría todo tipo de razones para hacerlo. Habría escuchado los mismos informes que Marissia le había presentado a él. Sabría lo que significaban.

—¿Sabes? —dijo la Blanca—, el otro día estaba en el tejado. ¿Y sabes lo que vi? Grullas. Miles de ellas, migrando. ¿Alguna vez las has visto?

—No que yo recuerde.

—Vuelan en uve. Hay algo en ese tipo de formación que les facilita las cosas.

Era una explicación innecesaria. Como si estuviera hablando con un niño. Gavin, naturalmente, había visto aves migratorias en más de una ocasión.

—Este año no volaban en uve. Volaban en fila de a uno. Miles de ellas. Muy extraño. Las grullas nunca sobrevuelan el agua durante mucho tiempo cuando emigran. Era evidente que estaban pasándolo mal. Sin la eficiencia de su formación habitual, las aves no dejaban de caer en picado, se estrellaban contra el suelo y morían. Volaban en línea recta hacia mí. Y entonces, de repente, cuando llegaron al Pequeño Jaspe, la peculiar peregrinación tocó a su fin. Las grullas se pasaron todo el día en los Jaspes, reponiendo fuerzas, algo que no se había visto en muchos años. Y cuando remontaron el vuelo, lo hicieron con toda normalidad. —Se interrumpió en ese momento, sin terminar realmente la historia—. Fuera como fuese, se salvaron.

Gavin había destruido una perdición, y unas cuantas grullas se habían librado de morir. Por el pezón de Orholam.

—Qué maravilla.

—¿Has tenido ocasión de subir al tejado? —preguntó la Blanca.

—Sí, la he tenido. —Inexpresivo.

La anciana lo observó con atención. ¿Se lo tragaba? Sin duda aquella era su forma de decirle que sabía lo que estaba pasando. A menos... a menos que solo fueran los desvaríos de una vieja senil. Quizá fuera así como se manifestaba la senilidad en una mujer tan brillante como Orea. Quizá tuviera todas las piezas del rompecabezas, y una parte de ella intentara desesperadamente ordenarlas expresando sus pensamientos

de viva voz.

O puede que intentara prevenirlo, en honor a la amistad que los unía. ¿La amistad que los unía? ¿Realmente eran amigos, después de todo? Pero la Blanca estaba entregada en cuerpo y alma a la Cromería, a su deber, a las Siete Satrapías. Gavin sabía sin lugar a dudas cuáles serían sus palabras siguientes: «Gavin, tenemos que hablar de cómo vamos a hacerlo para facilitarte el retiro».

—Gavin —dijo la Blanca—, los generales están en mis aposentos, preparando la invasión. Creo que podrían beneficiarse de tu experiencia.

Gavin respiró hondo. Eso significaba que su padre estaría allí. Sartén, brasas. Se puso de pie, se agachó para besar a Karris en la frente y giró el cuello a los lados hasta que le crujieron las vértebras.

—De acuerdo, Orea, vamos a salvar el mundo.

95

Gavin entró en el cuarto de Orea para encontrarse con los generales y sus edecanes reunidos alrededor de una mesa cubierta de mapas elaborados a distintas escalas.

—Así que tenéis espías en el ejército del Príncipe de los Colores —dijo Gavin.

—Más de una docena —confirmó un general pariano, calvo y barbudo. Caul Azmith, el hermano menor de la satrapesa de Paria, era afable, cortés y no excesivamente brillante.

—¿Aproximación o datos fiables? —preguntó Gavin. Quería saber si estaba contemplando la posición que ocupaba el ejército del príncipe hacía ocho o diez días, o una estimación de su posición actual.

—Aproximación, basada en información de primera mano —dijo el general del Bosque de Sangre, también calvo, aunque en este caso joven, pecoso y algo corto de entendederas. Una sabandija política que no sabría dirigir ni una batida de caza, y mucho menos todo un ejército.

—¿De cuándo es esto?

—De hace diez días —respondió el general Azmith—. Mi intermediario tarda dos días en encontrarse con el contrabandista que transporta las cartas. El contrabandista tuvo el viento a favor. Se ganó una bonificación por llegar aquí en una semana. Su nave fondeó anoche.

—¿El mismo contrabandista hará el viaje de regreso?

El general Azmith negó con la cabeza.

Lo que Gavin interpretó como que el contrabandista probablemente había mentido acerca de lo rápido que había realizado la travesía a fin de llevarse la bonificación. La mayoría de los contrabandistas de la costa atashiana todavía utilizaban galeras, para que la falta de brisa no supusiera ningún inconveniente. Embarcaciones de pequeño calado, anchas y alargadas, capaces de adentrarse en bahías impracticables para los cazadores de piratas. En esa época del año, los vientos rara vez permitían que una galera procedente de Atash arribara en siete días. Tardaría nueve, más bien. Quizá diez.

Si Gavin hubiera estado allí, las cosas habrían sido distintas. Si Gavin fuera nombrado prómaco, aún podrían cambiar. Pero por el momento eso no dependía de él. Su padre se había encargado de ello, y Andross no renunciaría a su logro a cambio de nada. La rebeldía de Gavin, la dicha que le producía su matrimonio con Karris, iba a costar muchas vidas.

Pero eso no era culpa suya. Gavin no estaba dispuesto a aceptar esa responsabilidad. No mucho tiempo atrás, lo habría hecho. No, aquellos generales no merecían llamarse así, y todos habían llegado a sus cargos gracias a unas personas que deberían haber demostrado más criterio. Había multitud de veteranos de la última guerra que podrían haber asumido el mando. Gavin había hecho todo cuanto estaba en su mano por las gentes de Garriston. No podía tomar las decisiones adecuadas por todo el mundo.

—¿Es veloz el relevo? —preguntó.

—Lo cierto —respondió el estúpido bosquesangriento— es que queríamos esperar a vuestro padre, el señor de la lux, antes de decidir ninguna estrategia. Debería llegar de un momento a otro, lord Prisma.

—Da igual —dijo Gavin.

—¿Lord Prisma?

—Cuando lleguéis a Ru, creo que descubriréis que el ejército está aquí. —Gavin señaló una pequeña localidad llamada Voril, a dos jornadas de viaje de Ru—. Descubriréis que el corregidor dispone aproximadamente de la mitad de los cañones operativos que os había dicho, y con menos de la mitad de la pólvora, porque siempre le ha importado más su ego que la defensa de su ciudad. De modo que en vez de quedar como un idiota ante quienes intentan salvarlo, se comportará como tal y os mentirá, de lo que no os daréis cuenta hasta que sea demasiado tarde. Recordad que ya he conducido un ejército por este territorio. Si nadie os hostiga ni os hace pagar caro que hayáis dejado que los carros de suministros se dispersen tanto, esta sección será fácil. La cubrí en tres semanas, pero mi hermano contaba con saboteadores y bandidos que terminaron volviéndonos paranoicos a cada paso que dábamos. Si les han permitido avanzar directamente por aquí, se abalanzarán sobre Ru antes de que os deis cuenta.

»Vuestros espías se han dedicado a catalogar lo que no debían. Lo importante no es conocer la cifra exacta de jinetes ni quién es un esclavo liberado y quién un voluntario. Esa información está muy bien, pero lo que necesitabais saber era cuántos yunques tienen, cuántos herreros con experiencia y cuánto hierro. ¿Hay veteranos de la Guerra del Falso Prisma en puestos de liderazgo, o han ido estos a parar a manos de los favoritos del Príncipe de los Colores, aunque no sepan lo que se hacen? ¿Hasta dónde se extienden sus líneas de suministros, y qué cantidad de alimentos reciben con cada nueva remesa? Ya es demasiado tarde para buscar la respuesta a esas preguntas. Demasiado tarde para contratar a bandidos que intercepten sus carros de suministros, o para destruir los yunques, asesinar a los herreros y sabotear las ruedas de las carretas antes de que lleguen al Paso de las Hermanitas. Podríais haber ganado semanas, arriesgando tan solo la vida de una docena de hombres. Para el Príncipe de los Colores también es la primera vez al frente de un ejército, y vosotros no tenéis la

culpa de carecer de experiencia, pero sí de no haber solicitado consejo a los hombres que combatieron conmigo o con mi hermano. Vais a pedirles que den la vida, y no por una buena causa. La cuestión es que, hagáis lo que hagáis, no vais a salvar Ru. Esa batalla está perdida de antemano. Si tuvierais dos dedos de frente, enviaríais emisarios a la ciudad para pedirles a sus habitantes que la evacúen y se reagrupen en el istmo del cabo de Ru, y para que saquen de la ciudad todos aquellos suministros de los que más podría beneficiarse el ejército del Príncipe de los Colores. Pero no lo haréis, porque solo pensáis en ganar un combate, en vez de en ganar la guerra. Me aguardan mis propios desafíos, caballeros. Desafíos ante los que aún tengo alguna oportunidad, victorias que os ayudarán sin que os deis cuenta. De modo que adiós, nos veremos en el campo de batalla.

96

Gavin se encaminó a sus aposentos. Mientras entraba en la habitación, vio de reojo que su padre llegaba en el ascensor en esos momentos. Menos mal que el viejo hijo de perra estaba ciego. Lo acompañaba Grinwoody, pero el veterano esclavo se hallaba de espaldas, ayudando a salir al anciano.

Karris seguía tumbada en su cama, dormida. El comandante Puño de Hierro estaba sentado a su lado. Se masajeó las sienes y la cabeza afeitada cuando apareció Gavin.

—Comandante.

—Lord Prisma. —Había algo extrañamente distante en la voz del gigantón.

—¿Sucede algo? —preguntó Gavin.

Puño de Hierro lo miró con expresión grave.

—He estado a punto de perder a una capitana de la guardia, a una amiga, en lo que parece ser un asalto premeditado. Y alguien asesinó a una de mis alumnas ayer. Un par de novatos juran que el hombre apuntaba a Kip y que la muchacha se interpuso en la trayectoria del proyectil por accidente. ¿Tenéis algún comentario, lord Prisma?

—¿Puedo confiar en vos lo suficiente como para dejar mi vida en vuestras manos, Puño de Hierro?

El comandante de la Guardia Negra titubeó, como cabía esperar.

—En ese caso... —dijo Gavin.

Puño de Hierro exhaló un hondo suspiro y clavó la mirada en sus manos.

—Estamos condenados, ¿verdad?

Gavin no lo seguía. ¿Estaban condenados porque no se fiaban el uno del otro?

—La Cromería es como un árbol partido por un rayo. Se mantiene en pie, pero está muerto por dentro. Por eso vamos a perder, creo —dijo Puño de Hierro—. Tenemos todo el poder del mundo a nuestra disposición, pero nuestra fe está muerta. Si no creemos en lo que hacemos por sus propios méritos, eso significa que lo hacemos tan solo para conservar el poder. Y estoy convencido de que algunos de nosotros somos demasiado buenos como para seguir arrojando vidas al comedero simplemente para alimentar a la bestia.

—¿Seguro? —musitó Gavin.

—Cuando caiga Ru, la guerra estallará de verdad. Y cuando la guerra sea una realidad, y no el simple levantamiento de un hatajo de descontentos, comenzarán las

preguntas. Tarde o temprano, todos y cada uno de nosotros deberemos preguntarnos si estamos en el bando correcto. Si ya hemos decidido que nuestro bando es el equivocado... que Orholam no existe, que la Cromería se limita a elegir el menor de los males... ¿adónde acudirá la gente en busca de certidumbre?

—Quizá la gente no debería buscar certidumbre —dijo Gavin.

—Debería. No debería. Da igual. El caso es que lo hace.

Tenía razón. Por supuesto que la tenía.

Gavin enarcó una ceja.

—Caray, Puño de Hierro, ¿estáis pidiéndome que abrace la religión de nuevo?

Puño de Hierro respondió a su frivolidad con una mirada impasible.

—Mi fe también está muerta, lord Prisma. En parte por vuestra culpa. Jamás os pediría que abrazarais una mentira, pero quiero que mi gente tenga un motivo para morir. No voy a engañaros. No les puedo decir que lo que hacemos va a cambiar las cosas. Si esa no es la cuestión, si lo que queréis es que muramos porque ese es nuestro deber, lo aceptaré. Puedo conformarme con eso. La Guardia Negra se conformará con eso. Pero nadie más.

—¿Tanto me ama la Guardia Negra? —preguntó Gavin, adusto.

Puño de Hierro pareció sorprenderse ante sus palabras.

—No morimos por vos. Morimos por nosotros mismos, por nuestros hermanos y hermanas. Morimos por la Guardia Negra. —Sonrió—. Desde vuestra posición debe de parecer lo mismo, supongo. —Puño de Hierro se levantó, miró a Karris, tragó saliva con dificultad y se giró de nuevo hacia Gavin—. Deberíais darle un anillo, ¿sabéis? Sobre todo si tenéis intención de partir en pos de vuestra muerte.

Por supuesto. Y debería cerciorarse de que no le faltara de nada, en caso de que él falleciera. Maldición.

Puño de Hierro se fue, y Gavin lo siguió. Se apeó en la planta de los aposentos de su padre y su madre, saludando cordialmente con la cabeza a los discípulos que se cruzaron con él en el ascensor, camino de sus quehaceres diarios. Entró en la habitación de su madre.

Pensaba que ya había asumido su muerte, pero al entrar en su cuarto y aspirar el familiar y reconfortante olor de aquel espacio tuvo que detenerse nada más cruzar el umbral. Allí estaba el barniz de la madera, el aroma de la lavanda, los lirios contemplaestrellas que él siempre había detestado, una pizca de azahar, y especias que desafiaban cualquier clasificación. Lo único que faltaba era la fragancia de su perfume. El nudo que le oprimía la garganta le cortó la respiración, amenazando con asfixiarlo.

—Ay, madre, por fin lo he hecho. Por fin he hecho lo correcto con Karris. Ojalá pudieras haberlo visto.

—¿Mi señor? —dijo una tímida vocecita—. Lo siento mucho, mi señor. ¿Queréis

que me retire?

Se trataba de la esclava de cámara de su madre. Gavin ni siquiera sabía cómo se llamaba la joven. No era la misma de la última vez. Eso explicaba que la habitación estuviera tan impoluta, sin tan siquiera una mota de polvo en la repisa de la chimenea.

—Caleen —dijo Gavin—. Has hecho un buen trabajo. Es precioso. Me recuerda poderosamente a ella.

—Cuánto lo siento, mi señor. —La esclava enterró el rostro en las manos.

Gavin sacudió la cabeza. La muchacha era joven. El adiestramiento de su madre siempre había sido exquisito, y solo elegía esclavas inteligentes, prefiriendo esa cualidad a la belleza física, al contrario que otras familias de renombre. Pero hay situaciones para las que no se puede preparar a una chica de catorce años.

—¿Mi madre no te dejó instrucciones? —preguntó Gavin. Por regla general, al igual que él, su madre tenía al menos media docena de esclavos a su servicio. Había reducido esa cifra en los últimos años, concediendo la libertad a quienes acumulaban muchos años de trabajo leal. Ahora Gavin sabía por qué.

—Me dijo... —La muchacha palideció mientras recuperaba la compostura—. Me dijo que iba a dar órdenes de tramitar mi manumisión a Grinwoody, puesto que una esclava no puede presentar su propia solicitud de liberación ante los encargados de los registros. No sé... perdón, mi señor... no he vuelto a saber nada desde entonces.

—Viejo malnacido —masculló Gavin. Su padre continuaba negándose a aceptar la muerte de su esposa, de modo que se limitaba a ignorar a la esclava. Esta llevaba cuatro meses atrapada allí, sin nada que hacer salvo quitar el polvo, cambiar las flores y esperar—. ¿Te dejó alguna carta?

—Sí, mi señor —dijo la joven, susurrando apenas, consciente del estado de ánimo de Gavin—. Creo que Grinwoody la llevó a la cámara del señor.

—Por supuesto. —Y no les gustaría que Gavin se colara en esa cámara.

Pero ¿sabes qué? A la noche eterna con ellos. Gavin estaba casi convencido de que su padre había orquestado la paliza de Karris. El intento de asesinato de Kip parecía demasiado burdo, pero llegados a este punto Gavin no pensaba concederle el beneficio de la duda a su padre.

«No pierdas de vista aquello que amas», ya.

Gavin cruzó el pasillo, trazó una ganzúa de luxina roja, revolvió el interior de la cerradura hasta sentir cómo se aflojaban los pestillos, inyectó un poco de luxina amarilla, afianzó su fuerza de voluntad y giró la ganzúa. La cerradura se abrió con un chasquido.

Quizá estuviera medio muerto, pero todavía no lo habían castrado, gracias. Encendió una lámpara, bañando los aposentos del Rojo con un pálido resplandor amarillo. Se dirigió al escritorio y empezó a rebuscar entre los papeles. Andross Guile estaba arriba, y un consejo de guerra sin duda se prolongaría durante horas, incluso

para alguien tan ignorante en cuestiones bélicas como su padre. Andross parecía pensar que ser brillante significaba sobresalir en todos los aspectos, y sus generales deberían cubrir meticulosamente y con tacto sus lagunas de conocimientos, so pena de incurrir en las iras del viejo. Teniendo en cuenta lo ignorantes que eran ellos mismos, lo más probable era que les llevara su tiempo.

Resultaba prácticamente cómico la cantidad de información privilegiada que su padre había dejado a la vista de todos. Gavin deseó haber venido solamente a curiosear. Andross pasaba tanto tiempo allí que estaba claro que nunca había contemplado la posibilidad de que alguien se colara en sus aposentos aprovechando su ausencia. No salía nunca.

Gavin encontró enseguida la nota relacionada con la joven esclava. La caligrafía de su madre adornaba el exterior, una letra bella y elegante que no había perdido con el transcurso de los años.

Los trazadores perdemos la vida antes de que la edad pueda arrebatarnos las facultades. Gavin no sabía si era la mayor crueldad de todas, o un pequeño gesto piadoso. Leyó la carta por encima. Tal y como había dicho la muchacha, se trataba de un documento de manumisión, sucinto y sencillo, más la concesión de cuatrocientos danares. La chica abandonaría la esclavitud con más dinero en su haber del que habría ganado en dos años con un sueldo de sirviente. Para una muchacha tan joven era una fortuna. Suficiente para constituir toda una dote en las zonas rurales de las contadas satrapías donde esos menesteres seguían siendo costumbre. Lo único llamativo era la instrucción de que la muchacha recibiera una escolta armada de la compañía de mercenarios del Escudo Partido para que la acompañara hasta su hogar; sin duda Felia Guile había llegado a la conclusión de que enviar a casa a una jovencita tan atractiva cargada con una fortuna la pondría en grave peligro. Por supuesto, la ayuda del Escudo Partido costaría más de doscientos danares, pero su reputación era impecable.

Como tantas mujeres con inquietudes sociales, Felia Guile siempre había albergado serias dudas acerca de la esclavitud. ¿No somos todos hermanos y hermanas ante la luz?, le gustaba preguntar. Gavin prácticamente podía oír su voz mientras argumentaba: «Desde la atalaya de Orholam, ¿qué diferencia supone la vestimenta de una persona?». Sin embargo, como tantos otros, todavía tenía esclavos. Era imposible imaginarse un mundo sin ellos. Nadie se ofrecería voluntario para remar en una galera, o para trabajar en las minas de plata, o para limpiar las cloacas, ¿verdad? ¿Y qué se haría con las viudas y los huérfanos de un territorio conquistado? ¿Abandonarlos a su suerte para que perecieran cuando llegase el invierno? ¿Dejarlos a merced de los tratantes de esclavos sin tantos escrúpulos como las civilizadas satrapías?

A pesar de todo, decía su madre, era inhumano. Las palizas, los bastardos

engendrados, los celos y las inseguridades de los mismos propietarios de esclavos. A Felia nunca le había gustado. Aquella manumisión era generosa, como mínimo. Pero no infrecuente entre aquellos propietarios que temían que sus queridos esclavos cayeran en manos de amas crueles o amos depravados, o de familias rivales que podrían obligarles a revelar vergonzantes secretos acerca de sus anteriores propietarios, o incluso de buenas familias que podrían atravesar una mala racha y tener que alquilar a sus esclavos para trabajar en las minas o en los prostíbulos.

Gavin se guardó la carta. Paseó la mirada por la estancia, preguntándose si debería robar algo más. ¿Dinero? ¿Gemas? ¿Debería intentar leer la correspondencia de su padre? Abrió un cajón del escritorio y encontró una caja. Tras examinarla brevemente, desistió de intentar forzar la tapa. Andross Guile vivía y moría por su correspondencia. Tan solo un escoplo y una maza de herrero conseguirían abrir esa caja. A lo mejor.

Con un suspiro, Gavin volvió a dejarla en su lugar. Además, parecía pesada. De hecho, parte de su antiguo contenido se había vaciado para obtener más espacio. Varias joyas del tamaño de huevos de aves canoras yacían desperdigadas sin orden ni concierto por el interior del cajón, junto a las plumas y la ingeniosa estilográfica ilytiana que tanto le gustaba a su padre.

Gavin sintió el perverso impulso de robar cualquier cosa. Puesto que su padre iba a desheredarlo de todas maneras, probablemente debería hacer algo para merecérselo.

Su mirada se posó en el trinchero, cubierto de mazos de cartas de los nueve reyes. Parecía que su padre había estado jugando recientemente. Era uno de los pocos placeres que tenía el anciano. Gavin había jugado en infinidad de ocasiones con él. El viejo casi siempre ganaba. Era mejor jugador que Gavin, y tampoco le daba apuro hacer trampas si pensaba que podía salir de rositas, aunque se mostró mortificado la única vez que Gavin lo había pillado y no había vuelto a repetirlo, que él supiera.

Sin embargo, en lugar de coger una de las barajas de la mesa, Gavin se dirigió a una vitrina. Su padre había cogido un mazo espectacular de ahí después de que Gavin ganara tres partidas seguidas. La puerta tenía cerradura, pero eso no lo detuvo. Gavin rebuscó entre los papeles antiguos y los libros predilectos de su padre, y encontró un viejo estuche enjoyado. Lo sacó de la vitrina y lo abrió. Los naipes eran exquisitos, pero no lucían las marcas del ciego. Debían de ser los favoritos de su padre antes de que este se recluyera.

Gavin se guardó la caja de naipes en un bolsillo y regresó a la habitación de su madre, donde la joven esclava lo esperaba retorciéndose las manos. Le entregó la carta y se acercó a la caja fuerte de su madre, un anticuado modelo pariano que costaba creer que tuviese siquiera alguna combinación. Probó con la fecha de su nacimiento. No se abrió.

Ah. Había introducido la fecha del nacimiento de Gavin. Bien: volvía a meterse

en su papel.

La fecha del nacimiento de Dazen funcionó. Gracias, madre. Cogió unas bolsitas de oro, su anillo de casada y unos cuantos tubos de monedas. Le dio uno de ellos a la esclava, y después un segundo. La muchacha puso unos ojos como platos.

—Lleva esto a los muelles occidentales, a la calle de los Panaderos, ¿la conoces? Allí verás un edificio con una bóveda azul, la sede de la compañía de mercenarios del Escudo Partido. Di que quieres hablar con el Tuerto o con Taya Vin. Te recomiendo al Tuerto, es más amable con las chicas. Diles que vas de parte de lady Felia Guile. Puedes ofrecerles hasta trescientos danares para que te lleven a casa, incluidos todos sus gastos. Si consigues regatear el precio, puedes quedarte con la diferencia. Después reserva el pasaje a... ¿de dónde eres?

—De Wiwurgh, mi señor.

—¿Paria? No tienes pinta de pariana.

—Primera generación, mi señor. Mis padres eran refugiados de la Guerra de la Sangre. No está tan mal. Hay muchos de nosotros en Wiwurgh.

—De acuerdo. Es un viaje largo, el camarote debería costarte unos cuarenta danares. Es más barato viajar abajo, pero no lo hagas. Que tu escolta se aloje contigo. Hombre o mujer, no importa, el Escudo Partido es seguro. Sin embargo, puedes pedir que te acompañe una mujer si lo prefieres. Además, llévale este mensaje a algún sastre. Para mañana por la noche, no deberías seguir vistiendo como una esclava. ¿Entendido? —Gavin garabateó una nota—. Tienes que embarcar esta noche, no obstante. Esto es lo que quería mi madre, pero mi padre no piensa con claridad en estos momentos. Convendría que no anduvieras cerca cuando se enfade, y voy a darle motivos para que se enfurezca. No tardará ni una semana en olvidarse de ti, pero mientras tanto...

Garabateó una segunda nota y la firmó con su nombre. Derramó un poco de luxina roja encima, ejerció algo de presión con su voluntad para que adoptara la forma de su símbolo y la selló con luxina, sin apenas mirarla.

—Esto advertirá a cualquiera que te acose de que el Prisma vela por ti, y como te ocurra alguna desgracia, me vengaré de los responsables. Quizá no pueda cumplir con esa amenaza. No sé si conseguiré llegar hasta Wiwurgh, pero si vivo lo suficiente, lo intentaré. ¿Entendido?

Los grandes ojos de la joven no se habían contraído ni un ápice, pero ahora además parecía encontrarse al borde del llanto.

—Mi señor... no sé cómo daros las gracias... —Tragó saliva.

—Vete —dijo Gavin—. Este sitio se ha vuelto muy peligroso para ti. —Y para mí.

La muchacha salió de la habitación, y Gavin la siguió. A continuación, se dirigió torre abajo y escondió el mazo de su padre y el de Kip en un lugar donde estaba

seguro de que a su padre jamás se le ocurriría mirar. Regresó a sus aposentos.

Karris estaba dormida. Gavin deslizó la alianza de su madre, engastada con un enorme rubí, en el dedo de Karris, que ni siquiera entonces se despertó. Curiosamente, el anillo encajaba a la perfección. Gavin habría jurado que los dedos de su madre eran más rechonchos que los delicados dígitos de Karris. Examinó el anillo.

Su madre lo había reducido a la talla de Karris. Gavin sonrió. Gracias, madre. Podía imaginarse perfectamente su sonrisa traviesa, sabedora de que él se daría cuenta de lo que había hecho. Le diría que no toda su inteligencia la había heredado de su padre. Sin dejar de sonreír mientras se le anegaban los ojos en lágrimas, Gavin besó a Karris en la frente. Tomó la mano de su esposa entre las suyas y se sentó a su lado. La mano de su esposa. Su esposa.

Después de todo lo que habían pasado juntos. Las peleas entre ellos, contra los engendros. La oscuridad y la desesperación. Le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja. Le acarició el rostro con ternura. La memorizó. Respiró hondo, y el aire le supo a limpio.

En un mundo donde los peligros no hacían sino multiplicarse al tiempo que mermaban sus fuerzas, Karris le guardaba las espaldas. Siempre lo había hecho. Y de alguna manera, aun moribundo como estaba, fracturado su poder, inminente la tragedia, Gavin se sentía más entero que nunca.

El yugo de la responsabilidad colgaba ocioso en el poste de la cama. Gavin volvió a besar en la frente a su esposa dormida, hizo crujir las vértebras del cuello, giró los hombros y recogió el condenado armatoste. Se lo puso. Era una sensación agradable. Parecía que estuviera hecho a su medida.

Marissia esperaba en la puerta. Su expresión era esmeradamente templada, recogidas las manos, lista para servir. Gavin le entregó la nota para el registro de la torre, el documento que daba fe de que su madre había liberado a su esclava. Marissia la cogió en silencio, pero su postura denotaba una sombra de vacilación.

—Marissia —dijo Gavin en voz baja—. Me... si te has ido cuando regrese, lo entenderé, pero aquí siempre habrá un lugar para ti.

Marissia ensayó una reverencia sincopada, y Gavin comprendió que lo hacía para disimular el llanto que la asaltó de repente. Prácticamente huyó de la habitación. Gavin se frotó el puente de la nariz y salió al pasillo, esforzándose por no correr detrás de ella. Allí estaba el comandante Puño de Hierro, aguardando en silencio.

—Comandante —dijo Gavin—. ¿Os apetece una pequeña travesía? Vamos a coquetear con la muerte.

Puño de Hierro no respondió, pero en sus labios se insinuó una ligera sonrisa.

97

«Aun siendo mucho lo arrebatado, lo que perdura no es menos», había dicho una vez Gevison.

Gavin detestaba a los poetas. Puño de Hierro y él habían hecho acopio de armas y alimentos, y habían sacado la trainera a mar abierto.

—¿No vais a vestiros para la ocasión? —preguntó Gavin mientras se ponía la armadura.

—Ya he viajado antes en barca con vos —dijo Puño de Hierro.

—¿Y?

—Prefiero no cargarme de lastre cuando es muy posible que acabe en el agua.

Ah, cierto, no todo el mundo podía nadar con una armadura completa a cuestas. Ventajas de ser yo.

—Hoy la mar está revuelta —observó Puño de Hierro.

No añadió nada más, pero Gavin sabía que no se moría precisamente de ganas de viajar a gran velocidad sobre unas olas encrespadas. No era de extrañar que no quisiera ponerse la armadura.

Pero en cuestión de instantes, comenzaron a surcar el oleaje. Como en ocasiones anteriores, Puño de Hierro demostró ser un excelente compañero de travesía, y gracias a sus esfuerzos combinados no tardaron en alcanzar la velocidad necesaria para que Gavin pudiera utilizar las cañas y levantase la trainera casi limpiamente del agua. Lo cual estaba muy bien, porque ese día las olas alcanzaban los dos pasos de altura. Con los tubos de la trainera en posición, Gavin consiguió mantener la embarcación más o menos estabilizada. Si estuvieran tocando la superficie, el viaje habría sido espantoso; imposible, más bien.

Transcurridas unas pocas horas, sin embargo, dejaron atrás el temporal.

Encontraron la costa atashiana, y Gavin los condujo al oeste hasta ver una bahía que reconoció. Entre la asombrosa velocidad a la que viajaban y la imposibilidad de orientarse con exactitud a causa de la marejada, se habían desviado treinta leguas de su trayectoria. Semejante error podía suponer toda una jornada de más en el mar para una embarcación normal. No para ellos.

Se habían alejado en exceso hacia el sur y habían dejado atrás al ejército del Príncipe de los Colores. Puño de Hierro trazó un catalejo, y avistaron varias naves ilytianas. Comerciantes, suministros para el ejército. Civiles, pero unos civiles que posiblemente transportaban armas y pólvora con la que sembrar el caos entre los

pacíficos e inocentes habitantes de Ru.

Gavin miró a Puño de Hierro. Puño de Hierro sacudió la cabeza.

Tenía razón. Primero, reconocer el terreno. La lucha, más tarde.

Sobrevolaron las aguas esmeraldas frente a las costas de Idoss, dando un amplio rodeo. Desde las torres, cualquiera con unos prismáticos cuyas lentes fueran de buena calidad podría descubrirlos mucho antes de que recabaran ninguna información de valor. Se cruzaron con más embarcaciones, casi todas ellas con rumbo al oeste, sin duda también para abastecer al adversario.

Aquello no tenía buena pinta. Unas cuantas naves ilytianas podrían pertenecer a comerciantes emprendedores con olfato para el dinero fácil. Pero aquellas docenas de galeras de Idoss, cocas de Ruthgar (aunque eso no significara nada, puesto que muchos mercaderes las utilizaban) y carabelas de Garriston significaban que cualquiera que fuese el gobierno que el ejército invasor había dejado atrás estaba haciendo todo lo posible por apoyar la ofensiva. Como Gavin sabía, el primer indicio de problemas es cuando las ciudades que has subyugado dejan de enviarte suministros. Si Garriston se había transformado en una ciudad capaz de exportar víveres en tan solo unos meses, eso significaba que el Príncipe de los Colores era mejor administrador que el rapaz ruthgari de su antecesor. Lo cual no auguraba nada bueno.

Se pasaron el resto del día navegando, sin atreverse a acercarse demasiado al cabo de Ru, cuyo fuerte sin duda contaría con buenos oteadores, pero tomando nota de todas las embarcaciones con las que se cruzaban, y de aquellos lugares donde podrían haber pasado por alto algún barco. La información más valiosa que obtuvieron de la distribución de la flota era que Gavin tenía razón. El ejército se encontraba a unos seis días de marcha de Ru. Lo que significaba que las naves que acudieran en ayuda de la Cromería llegarían tan solo un día antes que el ejército del Príncipe de los Colores. Con el viento a favor.

Demasiado justo. En una ciudad asediada, los hombres necesitaban tiempo para colocar los barriles de pólvora en posición. Al igual que para calcular cuáles eran los mejores ángulos de tiro y practicar para recordarlos en el fragor y el pánico de la batalla. Los hombres necesitaban tiempo, tanto para organizar enfermerías y barracones en los puntos más estratégicos como para determinar qué unidades habrían de colaborar entre sí, y los oficiales lo necesitaban para descubrir cuántos cretinos había entre sus aliados. Coordinación, logística, planes de emergencia, puntos clave, qué puntos debían defenderse a toda costa y cuáles podían sacrificarse y recapturarse, consiguiendo así que fuese el enemigo el que pagara un precio mayor... todo eso llevaba su tiempo. No bastaba con plantar unos cuantos miles de hombres en una ciudad, y precisamente eso era lo que Gavin se temía que pensaba hacer su padre.

Andross Guile, pese a su portentoso intelecto, era un político y un trazador, no un

general. Gavin no podía odiarlo por ello. Él mismo se veía así. Las personas como Corvan Danavis poseían otras virtudes, y Gavin había aprendido a fiarse de él más que de su propio juicio. En la Batalla de la Cumbre de Ivor había visto un pelotón, aislado y acorralado contra el flanco izquierdo de su ejército. Si hubiera sucumbido, la línea se habría hecho añicos, y la superioridad numérica del enemigo habría sido de al menos tres a uno.

Dazen había cancelado la carga que se disponía a realizar para proporcionarles refuerzos.

El general Danavis se lo impidió. «Conozco a esos hombres —dijo—. Resistirán. Poneos en marcha, ahora mismo.»

Así lo hizo Dazen, y ganaron aquella batalla. Sin su carga, el centro de la línea se habría venido abajo. Ni siquiera lo había visto, no fue consciente de lo grave que era la situación en el centro hasta que se presentó allí con doscientos caballos y cincuenta trazadores montados. Corvan sí, y también había acertado con el pelotón del flanco. Si Dazen lo hubiera ignorado y hubiese seguido adelante con su plan, habrían perdido. Quizá hubiera conseguido escapar después de aquella batalla, pero habrían aniquilado a su ejército.

Andross Guile, en cambio, jamás confiaría en nadie más que en sí mismo.

Gavin y Puño de Hierro regresaron tras la puesta de sol, cubriendo las últimas leguas sobre las olas para ocultar la trainera. No se dirigieron a la Cromería, empero. En vez de eso, salieron al encuentro de las primeras embarcaciones de la fuerza invasora.

Puño de Hierro fue a ver dónde se alojaban sus guardias negros mientras Gavin partía en busca de los generales. Los informó de todo cuanto había visto e hizo oídos sordos a sus preguntas sobre cómo había descubierto la posición exacta de los barcos enemigos, en tiempo real, en medio del océano.

Lo peor de todo era que se daba cuenta de que los muy lerdos no lo creían.

Gavin se cercioró de que un secretario lo pusiera todo por escrito.

—Conservad únicamente dos juegos de planos —explicó Gavin—. En uno, seguid adelante con lo que fuese que os disponíais a hacer con la limitada inteligencia a vuestra disposición. —Lo decía con segundas, naturalmente—. En el otro, disponedlo todo como si lo que os acabo de contar fuese cierto. No tardaréis en averiguar cuál de los dos tenéis que emplear.

Dicho lo cual, se despidió de ellos y encaminó sus pasos hacia el camarote del que algún noble habría sido desalojado en cuanto los ocupantes del barco vieron que se acercaba la trainera de Gavin. Al día siguiente, volvería a salir y hundiría tantos barcos como le fuera posible. Qué cosa tan puñetera, la guerra. No le hacía ninguna gracia asesinar a un puñado de mercaderes, y menos aún a los esclavos obligados a remar para ellos, pero debía privar a su adversario de todo aquello que le

proporcionara alguna ventaja.

Orholam, si existieras, si caminaras sobre la tierra como una persona normal, ¿qué harías?

Alguien llamó a la puerta. Había días en los que Orholam no se hacía esperar.

Era Kip.

—¿Kip? —se sorprendió Gavin.

—Sí, señor.

—No quería dar a entender de que me había olvidado de que estabas aquí.

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor. Por supuesto que no.

Gavin sonrió, a pesar del cansancio, e indicó al muchacho que entrara.

—Lamento molestaros, señor —dijo Kip—. Los pietiernos... quiero decir, los aprendices de la Guardia Negra...

—Sé cómo llaman a los aprendices, Kip. —Gavin sonrió. Ganarse el respeto de la Guardia Negra requería tiempo. Pietiernos, novatos, pipiolos, bisoños... la lista de apelativos despectivos se prolongaba hasta que pronunciaban los votos finales. E incluso entonces, el primer año de un guardia negro de pleno derecho solía ser un infierno.

—Sí, señor, por supuesto. —Kip se ruborizó—. El comandante ha dicho que la guerra es inminente, y no hay mejor forma de prepararse para ella que acercarse lo suficiente como para notar su aliento en la cara, señor. Ayudaremos con el traslado de víveres y civiles. Estaremos lejos del frente, pero no a salvo por completo, eso ha dicho.

Lo recitó con un tono tan adulto, con tanta seguridad en sí mismo, que Gavin miró al hijo bastardo de su hermano con nuevos ojos. El chico había cambiado en los últimos cuatro meses. Seguía siendo corpulento —quizá siempre lo fuera—, pero como solo los jóvenes pueden hacer, ya había adelgazado por lo menos un séptuplo. Era como ver a un hombre emergiendo de su propio interior. La grasa que antes le redondeaba y suavizaba los rasgos estaba desapareciendo. El firme contorno de su mentón y su ceño eran rasgos inconfundibles de los Guile. Tenía los hombros anchos, y sus brazos, aun sin perfilar todavía, eran enormes. En esos momentos su confianza debía de estar por las nubes, sin duda, debido a su reciente ingreso en la Guardia Negra. Ya volvería a poner los pies en la tierra... una docena de veces. Los jóvenes, sobre todo los de complexión atlética, pueden adquirir la apariencia de un hombre de la noche a la mañana, pero tardan mucho más en reconciliarse consigo mismos. Aunque el Kip que tenía enfrente era una muestra del Kip que estaba por venir.

Y a Gavin le gustaba ese Kip.

Algunos tardamos bastante más en reconciliarnos con nosotros mismos, ¿verdad?

Mientras contemplaba al hijo de su hermano, sobrevino a Gavin una oleada de pesadumbre. Él nunca tendría descendencia propia. Ni siquiera aunque cumpliera su

objetivo imposible, lo cual parecía menos probable con cada día que pasaba.

Consciente de que estaba prolongando la pausa en exceso, Gavin dijo:

—Es un buen plan. Dile al resto de los pietiernos que vamos a perder esta ciudad, así que ni se les ocurra intentar ninguna heroicidad. Las heroicidades están muy bien, pero derrocharlas conlleva quedarse sin ellas para cuando pudieran marcar la diferencia.

—Sí, señor. El instructor Fisk nos ha dicho lo mismo. Menos eso de perder la ciudad. —Kip frunció el ceño—. Pero gracias. Por contarme la verdad.

«Gracias por contarme la verdad.» Si esas palabras no rezumaban amarga ironía, Gavin no tenía dos dedos de frente.

—Quiero acompañaros mañana —dijo Kip.

—¿Y qué te hace pensar que mañana voy a ir a algún sitio... aparte del hecho de que todos estamos embarcados en la misma travesía, por lo que me acompañarás por defecto?

—Sois el prómaco, señor. Tanto si os llaman así como si no. Quiero combatir a vuestro lado.

Qué sed de combate. Pero ¿acaso yo era distinto? ¿Cuántas vidas arrebaté antes de comprender realmente lo que significaba matar? Gavin se frotó el puente de la nariz.

—Mañana voy a matar gente, Kip. Gente que no merece morir especialmente. Una cosa es exterminar a un engendro, o a un carnicero, a un pirata, a alguien que invade tu ciudad o tu hogar, dispuesto a violar, asesinar y robar. Otra muy distinta es matar a un comerciante cuyas mercancías podrían ser letales, pero que al fin y al cabo solo intenta ganarse la vida. Alguien así tendrá niños que lo esperan en casa, una mujer que se quedará viuda... y en la indigencia, para colmo de males.

—Todos elegimos nuestro bando.

—¿Así de fácil?

Kip cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, pero asintió con la cabeza.

—Cuatro espías distintos nos han confirmado que Liv Danavis está con el Príncipe de los Colores. Forma parte de su ejército. Dime, Kip, si vemos a Liv Danavis en la cubierta de uno de esos barcos, a punto de lanzarnos una granada, ¿la matarás? ¿Sin vacilar, antes de que ella nos mate a nosotros?

Kip tragó saliva con dificultad.

—Por la... barba de Orholam, señor. Espero... espero que me libre de tener que tomar una decisión así.

—Si Orholam nos librara de tomar decisiones así, Kip, no estaríamos aquí.

—¿Cómo puede ir con ellos, señor? Son unos monstruos. Literalmente, auténticos monstruos de carne y luxina.

—Los idealistas maduran por las malas. Si no logran dejar atrás su idealismo, se

vuelven hipócritas o ciegos. Liv ha elegido la ceguera, obsesionándose tanto con los defectos de la Cromería que cree que quienes se oponen a nosotros deben de ser unos dechados de virtudes. Nuestra imperfección no dice nada a favor de nuestros adversarios, Kip. Nada. Así las cosas, son principalmente malvados. Tanto como para que su gobierno tenga consecuencias desastrosas, pero eso no significa que no tengan razón en algunas de las cosas que dicen sobre nosotros, ni que todos los necios que han decidido aliarse con ellos sean igual de malvados. Lo único que significa es que debemos detenerlos. Matándolos, si es preciso. Esa es la vida en la que te vas a embarcar, Kip. Zarparé mañana al amanecer. Le pediré permiso a tu comandante para que puedas venir conmigo, pero si no te sientes capaz de matar a Liv en caso de necesidad, no hace falta que me acompañes. No te lo tendré en cuenta como persona, pero como soldado, tampoco querré que me guardes las espaldas.

La respuesta de Kip no fue inmediata, y el respeto que sentía Gavin por él se intensificó.

—Gracias, señor —dijo Kip, al cabo—. No me gusta, pero os agradezco vuestra sinceridad.

¿Sinceridad? ¿Cuando expongo una verdad pero miento sobre todo lo demás? Reserva tu aprecio para otro, muchacho. Soy un embustero hasta la médula.

98

El amanecer encontró a Kip en cubierta, esperando a su padre. Hacía frío y la mar estaba encrespada, pero su uniforme de aprendiz de la Guardia Negra era lo suficientemente recio. Combinado con su grasa, al menos. Se arrebujó en los pliegues de la capa gris, pisoteando el suelo. No había dormido mucho. La idea de matar a Liv —o de morir a sus manos— le había impedido conciliar el sueño.

Pero Liv era la dueña de sus propias decisiones. Creía en las mentiras que había elegido creer. Se había pasado al bando de los chiflados. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Quizá Kip no la conociera tan bien como se imaginaba.

La idea le revolvía el estómago. Recordó su sonrisa. El modo en que se rió cuando le hizo pensar que la pasarela que unía dos de las torres estaba a punto de desplomarse, las delicadas curvas de su cuerpo mientras caminaba delante de él.

El nudo que le atenazaba las entrañas se aligeró al ver que su padre salía del camarote para subir a la cubierta, conversando con el comandante Puño de Hierro.

El comandante, que encabezaba la marcha, dijo por encima del hombro:

—¿Sabéis lo que me hará vuestra esposa si permito que os pase algo?

—¿Esposa? —preguntó Kip.

El comandante Puño de Hierro frunció el ceño.

—Os ruego que me disculpéis, mi señor, no sabía...

—No es ningún secreto, comandante —lo tranquilizó Gavin—. Me casé con Karris antes de venir aquí, Kip.

—Que te... Oh, oh —dijo Kip. Resultaba evidente que su relación era ligeramente distinta de lo que le había parecido entrever. Entre otras cosas, intercambios de improperios, bofetadas y preferir saltar por la borda a la compañía de Gavin. Kip cerró la boca, pero comprendió que su silencio podría interpretarse como una señal de censura. No podía evitar sentirse apartado. Como si no fuera digno de conocer la noticia inmediatamente, como si su padre aún tuviera secretos para él—. Esto... enhorabuena, señor.

—Caray, muchas gracias, Kip. Y me alegro de verte esta mañana. Te he pedido que luches no como un muchacho, sino como un hombre, y has respondido. Es evidente que no has dormido bien, por lo que tu respuesta ha sido la apropiada. Bien hecho, hijo.

«Bien hecho, hijo.» Esas palabras eran las que Kip había deseado escuchar

durante toda su vida, aún más desde que descubrió que Gavin Guile era su padre. Pero sonaban mecánicas, como si Gavin estuviera tachando las cosas de una lista, carentes de emoción y atención.

—Y ahora, por el camino —dijo Gavin—, quiero que me cuentes lo del intento de asesinato.

Kip no denominaría precisamente así a lo ocurrido en el callejón, pero el tono de Gavin era tan fúnebre que Kip supo que no podía estar equivocado. Lucia había dado la vida por Kip. Se había interpuesto en la línea de fuego. Curiosamente, aquello era ni más ni menos lo que se esperaba de los guardias negros, pero la muchacha lo había hecho por accidente. Si eso disculpaba la tragedia o la empeoraba, Kip no estaba seguro.

Se dirigieron a popa, y Kip observó que no iban a viajar solos. Al pie de un par de escaleras de cuerdas, una docena de guardias negros esperaban en una trainera como Kip no había visto en su vida. Era más grande de lo normal, por supuesto, para poder albergarlos a los diecisiete, pero también su forma era extraña, como una gran ala extendida, con ocho tubos. Cada uno de los guardias negros iba armado con un arco, una enorme aljaba y bandoleras repletas de granadas. Algunos llevaban gafas de repuesto. A partir de ahí, cada uno de ellos se había pertrechado a su gusto y en función de su especialidad. Un par de ellos tenían broqueles. Otro, una daga de mano izquierda cubierta de muescas. La mayoría de ellos llevaban al menos una pistola. Uno tenía un *bich'hwa* como el que solía usar Karris. Y otros portaban yataganes que se proyectaban hacia delante o cimitarras curvadas. La misma trainera estaba equipada con rezones y sogas en abundancia.

Por si fuera poco, cada guardia negro constituía de por sí un arma formidable.

El temor reverencial y la vacilación de Kip debieron de reflejarse en su rostro, porque Gavin dijo:

—Kip, no podrás convertirte en la persona que necesitas ser si no estoy dispuesto a correr el riesgo de perderte. ¿Todavía quieres acompañarnos?

También Cruxer había venido. ¡Cruxer había venido! El muchacho vio a Kip y levantó la barbilla a modo de saludo. Parecía emocionado ante el hecho de que le permitieran estar allí.

Aunque le costaba reconocerlo, Kip dijo:

—No puedo aportar gran cosa, señor.

—Todavía no. Pero estás a punto de aprender de los mejores.

Descendieron por la escalera para embarcar en la enorme trainera. Gavin comenzó a impartir instrucciones a los guardias.

—El mayor riesgo es que la aceleración os arranque los brazos. No podéis pasar de estar detenidos a alcanzar la máxima velocidad en un suspiro. Si tenéis la habilidad necesaria para ello, primero deberíais estrechar los tubos. No hace falta que

la luxina esté comprimida. Aquí la precisión no es indispensable, cualquiera que sea la banda que os resulte más fácil de trazar dará resultado. —Continuó hablando mientras Kip ocupaba su puesto.

Soltaron las amarras que sujetaban la trainera al galeón, con Gavin y Puño de Hierro al mando de las cañas de la plataforma principal, y Kip no tardó en escuchar el chup-chup-chup con el que ya estaba familiarizado. Muy pronto, la mitad de los guardias negros arrimaron el hombro mientras Gavin y Puño de Hierro les indicaban lo que debían hacer, y a partir de ahí todos comenzaron a conversar entre ellos, intercambiando consejos y recomendaciones.

Gavin les enseñó cómo se viraba y les demostró la celeridad con que podían ejecutar la maniobra. Kip vio que en las facciones de los guardias negros se insinuaba la misma sensación de deleite que se había reflejado en la suya la primera vez que experimentó el viento y las olas a aquella velocidad asombrosa.

Luego, cuando los ánimos se tranquilizaron, Kip refirió a su padre toda la historia del intento de asesinato mientras surcaban las aguas como una exhalación. Puesto que la proa de la trainera se había modificado para repeler el viento, este no conseguía ahogar sus palabras por completo.

—Esta... esta trainera es distinta a la anterior —dijo Kip—. ¿No hacía poco que inventasteis este artilugio?

Gavin se encogió de hombros.

—La guerra está en constante evolución, y si no te mantienes en la vanguardia de lo que es posible, tal vez no vivas lo suficiente para lamentarlo.

Vieron muchos barcos, pero no se aproximaron a ninguno de ellos hasta pasado el mediodía. Gavin se detuvo, indicó por señas a Puño de Hierro que hiciera lo mismo, y escudriñó el horizonte. Sacó unos enormes prismáticos de cristal, lo cual resultaba curioso. La última vez que había necesitado otear a lo lejos, se había limitado a trazar unos discos de luxina azul perfecta. Quizá la definición de aquellas lentes fuera superior.

—Ondea su bandera —anunció Gavin—. Unas cadenas rotas sobre fondo negro. —Entregó el catalejo a Puño de Hierro.

Tras unos instantes de silencio, el comandante dijo:

—Ese barco es algo más que grande.

—Es gigantesco.

—Ni siquiera puedo contar sus cañones. Se distribuyen entre varias cubiertas.

—Cuarenta y tres cañones pesados —dijo Gavin—, ciento cuarenta y un cañones ligeros, cincuenta y dos pasos de eslora, con capacidad para setecientos hombres.

—¿Me tomáis el pelo? Es imposible que hayáis contado...

—Es el buque insignia de Pash Vecchio —dijo Gavin—. Si ha traído esa nave hasta aquí, eso significa que se ha aliado con el Príncipe de los Colores. Jamás habría

alquilado los servicios de su buque insignia.

Kip dedujo que aquello no eran buenas noticias.

—¿Pash Vecchio? —preguntó.

—El rey pirata —respondió el comandante Puño de Hierro.

—Uno de cuatro —matizó Gavin. Como si eso lo volviera menos impresionante.

—El más poderoso de los cuatro —dijo secamente el comandante.

—Juraría que ese barco estaba yéndose a pique la última vez que lo vi —musitó Gavin.

—¿Os habéis enfrentado antes a Pash Vecchio? —preguntó Kip.

—No. Maté al antiguo propietario de esa nave y le prendí fuego. También él era un rey pirata —dijo Gavin, con intención—. La buena noticia es que no vamos a matar a ningún inocente.

—Estupendo —dijo Kip intentando imprimir algo de entusiasmo a sus palabras —. ¿Ciento ochenta y cuatro cañones, habéis dicho?

—Tranquilo —dijo Gavin—, a popa solo hay dieciocho.

Menudo consuelo.

—¿Qué creéis que transportan? —quiso saber Puño de Hierro.

—Armas, u hombres, o quizá vengan únicamente para impedir que nuestros barcos entren en el cabo de Ru. En cualquier caso, es un obstáculo formidable. Debemos eliminarlo.

—Siempre os han gustado los retos imposibles, ¿verdad? —No parecía que Puño de Hierro albergara la menor esperanza de disuadir a Gavin.

Lo cual, y Kip lo sabía, no sucedería jamás.

—¿Para qué creéis que permití que trajerais tantos guardias negros? —preguntó Gavin.

—Ya me parecía a mí que había sido demasiado fácil —refunfuñó Puño de Hierro.

Gavin se giró hacia los guardias.

—¿Listos para comprobar de qué sois capaces?

Obtuvo numerosas sonrisas a modo de respuesta. Los guardias negros eran como niños con un juguete nuevo.

—Debería haberos proporcionado más tiempo para practicar con los... ¿cómo los llamamos, comandante?

—Blindados marinos.

Gavin asintió con la cabeza.

—Nos aguarda un montón de cañones, y no es descabellado suponer que habrá trazadores a bordo, tal vez un gran contingente de ellos. Y engendros, posiblemente. Os enfrentaréis a trucos que no habéis visto nunca. Esperad que los cañones estén cargados de antemano, aunque quizá nos sonría la suerte y podamos abordarlos

enseguida. Avanzaremos en zigzag, intentando cortar sus cabos e incendiar sus velas cuanto antes. Navegaremos siguiendo el rumbo del sol para evitar colisiones. Hundir el buque insignia es nuestro objetivo principal. Las demás naves que se sumen a la refriega serán objetivos secundarios por los que no merece la pena morir. La velocidad es vuestra mejor defensa, pero no os extrañéis si erráis el tiro al principio. Cuesta apuntar a esta velocidad. Aprenderéis. Si aminoráis en exceso, estaréis renunciando a vuestra ventaja para convertiros en un trazador contra un barco que bien pudiera estar repleto de mosqueteros. Hay blindajes en todas las cubiertas, de modo que hasta que hayan ardido o desaparezcan, no contéis con que las granadas que arrojéis surtan demasiado efecto. Las cuatro cofas son lo bastante amplias como para albergar a un nutrido equipo de arqueros o trazadores. Hay ocho grandes cañones armados a popa, incluidos dos que están diseñados para apuntar hacia abajo y disparar contra sus objetivos a corta distancia. También diez portillas más pequeñas que no se abrirán hasta estar listas para abrir fuego. Ah, y se llama *Gargantúa*. ¿Dudas?

—¿Dónde y cuándo nos reagruparemos? —preguntó una mujer muy delgada, con la mirada acerada y el cabello recogido en gruesas trenzas.

—Aquí, aproximadamente dentro de una hora. Si se suman más embarcaciones a la refriega, a una legua al este del barco más alejado en esa dirección. Puño de Hierro y yo tenemos el catalejo, os encontraremos. Si caemos, el capitán de la guardia Blunt tiene otro. Si os separáis por completo, dirigíos a la costa atashiana hasta que encontréis la forma más segura de regresar a la Cromería. ¿Asif?

—Señor —dijo un muchacho con la cabeza afeitada—, supongo que todos los trazadores que veamos serán también objetivos a batir si se presenta la oportunidad. Para evitar que se propague la información sobre los blindados marinos.

Se hizo el silencio, y Kip comprendió lo que estaba preguntando realmente aquel chico. Si debían matar a todos los trazadores que se cruzaran en su camino, ya que hacerlos prisioneros sería imposible, no se puede desarmar a un trazador.

—Ver los blindados no será suficiente para que puedan reproducirlos fácilmente. No corráis riesgos innecesarios. Esa no es nuestra máxima prioridad, pero sí. Cada uno de vosotros es más valioso para mí vivo que cincuenta de ellos muertos. ¿Entendido?

Entendido. No eran guerreros de élite, en el fondo, sino escoltas de élite cuyas filas habían quedado diezmadas por la Batalla de Garriston. La Guardia Negra los necesitaba con vida.

—Pues vamos a hundir a esos piratas.

Los guardias negros prorrumpieron en gritos de aliento. El único que no se sumó al coro de voces fue Cruxer, que lo observaba todo sin parpadear, en tensión.

Gavin desenfundó sus inestimables pistolas equipadas con cuchillas y se volvió

hacia Kip.

—¿Te importaría guardármelas?

Kip frunció el ceño, acordándose de cómo habían estado a punto de caérsele la última vez.

—Era broma, Kip. Era broma.

Kip sonrió.

—Esto es para ti. —Gavin le entregó un bulto.

Al desenvolverlo, Kip descubrió que se trataba de un cinto con un saquito diseñado para ir atado sobre la cadera, como la funda de una pistola. La bolsa contenía siete gafas, ordenadas cromáticamente, cada una de ellas guardada en su propio bolsillo forrado de terciopelo. Las pequeñas runas bordadas con hilo de plata en cada uno de los bolsillos, en relieve, servían para saber qué juego de lentes utilizar sin necesidad de bajar la mirada.

Kip se quedó contemplando fijamente a su padre, con los ojos como platos. Las gafas de por sí debían de valer una fortuna, pero aquellas además parecían antiguas.

—Procura no perder las subrojas ni las supervioletas. Hoy en día ya nadie sabe cómo fabricar ese tipo de lentes —dijo Gavin.

Kip sacó las gafas subrojas, se las puso, y se le escapó un jadeo al comprobar a qué se refería su padre. Por lo general había que relajar los ojos y dejar que se desenfocaran para ver el calor que desprendían las cosas. Con esas lentes, Kip podía asomarse simultáneamente al espectro subrojo y al visible.

—Todavía tendrás que relajar los ojos para trazar el subrojo, pero encontrar las fuentes adecuadas será más fácil. —Gavin le ajustó el cinturón a Kip y le enseñó cómo extraer rápidamente un par de antiparras, moviendo la muñeca para abrir las patillas y encajárselas. A continuación giró las gafas a un lado, cerrando así una de las patillas y dejando que la bolsa cerrara la otra y la sujetara con firmeza.

Gavin le dio el catalejo a Kip y dijo:

—Podrás trazar cuando empiece la refriega, pero quiero que mantengas los ojos bien abiertos. Es fácil perder de vista lo que ocurre a tu alrededor. Incluso para mí. Estaré pilotando, trazando, impartiendo órdenes a gritos y esquivando fuego y magia. Mantén la cabeza fría. Si aparece otro barco y despliega los cañones para dispararnos por el flanco, quizá ni siquiera lo vea. Siempre atento a los lados, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. —Kip no sabía qué más decir, cómo darle las gracias a su padre por las gafas, pero Gavin no parecía esperar nada de él. Se dirigió a los tubos y apuntó hacia delante. Con todos sus tripulantes en acción, la enorme trainera ganó velocidad enseguida.

En un abrir y cerrar de ojos, surcaban las olas a una velocidad increíble, con el *Gargantúa* aumentando de tamaño por momentos ante ellos.

Kip vio que las portas de popa se abrían de golpe. Las portillas se erizaron de

gigantescos cañones.

—A mi señal —dijo Gavin—. Esperad. ¡Esperad!

99

Como de costumbre, Liv se despertó junto a Zymun. Era temprano, y la respiración del muchacho era rítmica, acompasada. Tenía el sueño profundo. Su tienda no era espaciosa, apenas lo bastante alta como para permitirles erguirse por completo, y dormían sobre montones de pieles y mantas extendidas en el suelo. Liv rodó de costado, con cuidado para no despertar a Zymun. Este insistía en que durmiera desnuda, y a veces le gustaba comenzar la jornada retomando lo que habían hecho la noche anterior. Resultaba halagador ser el objeto de tanto deseo, pero a veces pensaba que sencillamente era la forma más conveniente que tenía Zymun de satisfacer sus apetitos.

Parpadeó, consciente de un sutil cambio en el ambiente, un soplo de brisa más fuerte de lo que cabría esperar en el interior de una tienda cerrada.

La silueta del Príncipe de los Colores se erguía frente a la puerta de lona abierta, recortándose contra la luz del amanecer. Levantó un dedo para indicarle a Liv que guardara silencio y no despertara a Zymun. También por señas, le pidió que lo acompañara.

Sobrevino a Liv una oleada de vergüenza. Se sintió como una ramera a la que su padre hubiese descubierto con un chico del que ni siquiera estaba enamorada. Ante el alud de emociones, se apresuró a trazar el supervioleta. Fue como aspirar una vaharada de hierbarrata, solo que la luxina despejaba la cabeza en vez de embotarla. El pudor se redujo al vestigio de una religiosidad provinciana. Además, el Príncipe de los Colores creía en la libertad, defendía el libre albedrío. Liv era joven. Podía hacer lo que le placiera. Allí la vergüenza no tenía lugar.

Se incorporó, olvidándose por un momento de su desnudez a causa de la euforia supervioleta. Koios Roble Blanco la contempló sin disimulo, y Liv dejó que su mirada la bañara tan generosamente como si fuera un torrente de luz. Esperó durante unos segundos interminables, hasta que vio cómo se insinuaba una nota de arrepentimiento en el Príncipe de los Colores; reaccionó de inmediato, poniéndose la combinación y el vestido para que el príncipe pensara que ella no se había percatado. Existen otros poderes, aparte del acero y la magia. Pero algunos de ellos surten más efecto en silencio.

Sin decir nada, eligió su atuendo más sobrio y se recogió el cabello. El Príncipe de los Colores la ayudó a abrochar los últimos botones, y Liv salió al campamento detrás de él.

Conforme los Túnicas Rojas proseguían su marcha, arrollando una ciudad tras otra, sus filas crecían en número. Liv no estaba segura de cuántos de los que se unían a ellos lo hacían porque creían en su causa, y cuántos lo hacían persuadidos por la victoria y el saqueo. Desearía despreciar a aquellos oportunistas, pero estaba utilizando demasiado supervioleta como para sentir algo más que una socarronería distante la mayor parte del tiempo. Además, la gente cree en el poder, ¿y qué es la victoria sino una manifestación del mismo?

Una parte de ella lamentaba ese hecho, pero dondequiera que miraba, veía que el Príncipe de los Colores tenía razón. Poder. A eso se reducían todas las interacciones humanas.

El Príncipe de los Colores pronunciaba sermones a diario, y ahora tenía discípulos, tanto trazadores como mundanos, que anotaban cada una de sus palabras y se esforzaban por integrarlo todo en un sistema coherente. Hablaba de que Dazen reaparecería para abanderar su causa. Hablaba de libertad. Hablaba de los tributos que todos debían rendir a la Cromería. Aunque sus discursos abarcaban desde la política a la religión, pasando por la historia, la educación cívica y la ciencia, bajo su retórica a Liv no le parecía discernir ningún sistema asombrosamente complejo y oculto, sino una serie de creencias cuya racionalidad no era más que el fruto de la fe de sus fieles, quienes consideraban a su venerado líder incapaz de profesar algo tan incoherente. Ignoraba hasta qué punto creía el Omnícromo en ello, pero sabía que si quería cumplir sus grandes propósitos, necesitaría seguidores leales. Y esos seguidores necesitaban a su vez algo en lo que creer, algo que los uniera.

No se dirigía a la multitud para hablar de poder, del mismo modo que tampoco permitía que lo llamaran Koios. Tanto la familiaridad como el conocimiento eran para los privilegiados. A veces Liv pensaba que al Príncipe de los Colores probablemente le importaba un bledo lo que creyeran los demás, que había elegido las herejías que cometía por el mero afán de explotar todo el resentimiento acumulado en contra de la Cromería.

—¿Has averiguado ya cuál es tu gran propósito, Aliviana? —preguntó el príncipe. Saludó con la cabeza a un grupo de engendros verdes que apenas se inmutaron ante su presencia. A los verdes tampoco les entusiasmaban las veneraciones.

—¿Aparte de servir de cebo para mi padre?

—Te expliqué desde el principio que ese iba a ser tu papel, y no, aún no he perdido la esperanza con Corvan. Pero un rehén no tendría por qué gozar de los privilegios ni de la libertad que tú tienes. Ya deberías haber superado esa fase.

—Soy la mejor supervioleta a vuestro servicio. Debe de estar relacionado con eso.

—Un tiro a ciegas —dijo el príncipe—. Pero no hace mucho te habrías considerado «una de las mejores» —añadió, risueño.

—He cambiado. —Ahora Liv poseía más confianza en sí misma; había roto con la falsa modestia de la Cromería—. Y es cierto.

—Mmm.

Los Acantilados Rojos se cernían sobre todo el campamento. Estaban surcados de enrevesadas veredas, pero el príncipe había optado por enviar a casi todo el mundo por la carretera de la costa. Únicamente su caballería había tomado el paso elevado, encargada de forrajear y acabar con cualquier tipo de resistencia armada.

En esos momentos el ejército era tan numeroso que, en ocasiones, se producían escaramuzas de las que Liv ni siquiera se enteraba hasta el anochecer. El ejército atashiano había tanteado a los Túnicas Rojas en busca de algún punto débil, pero con el número de trazadores que trabajaban al servicio del príncipe, no habían encontrado ninguno. Zymun especulaba, sin embargo, con que pronto iban a descubrir la verdadera medida del valor de los atashianos. Al día siguiente, el ejército llegaría al paso más angosto que discurría entre los escarpados acantilados y el mar.

—¿Nos aplastarán en las Puertas de Arena? —preguntó Liv.

—No —fue la respuesta del príncipe.

—¿Seguro? Zymun opina que es la mejor oportunidad que tienen de detenernos antes de que lleguemos a las praderas de Ru.

—Lo era. Pero no se pueden defender las Puertas sin refuerzos marítimos, y nuestros aliados ilytianos aniquilaron a la flota atashiana hace cinco días.

Liv no había oído nada al respecto.

—¿Aliados ilytianos? Pero si los ilytianos no creen en nada.

—Creen en el oro —la corrigió el Príncipe de los Colores, con una sonrisita torva. Juntos, escalaron un promontorio de roca desnuda. Los soldados que había allí apostados saludaron con porte marcial. Una vez en lo alto, el príncipe hizo algo con los ojos—. Todavía nada —suspiró, decepcionado—. Quizá mañana.

—¿Mi señor?

—Cierra los ojos, Liv. ¿Lo notas?

Liv cerró los ojos e intentó sentir algo. Notaba el frescor de la mañana, podía oler las letrinas, las fogatas, la carne asada, su propio cuerpo. Notaba el liviano peso de la luz en su piel, la luz como un soplo de brisa, irradiando en suaves oleadas del sol naciente. Podía oír a los sargentos, instruyendo a sus hombres a gritos, el entrechocar de las espadas de madera contra las armaduras, el piafar de los caballos, las risas de una mujer, pasos. Percibió el siseo tenuemente antinatural de la respiración del Príncipe de los Colores.

Abrió los ojos y miró al hombre que estaba sacudiendo el mundo hasta sus cimientos. Meneó la cabeza, desilusionada consigo misma.

—Mañana. Quizá lo veas mañana. Y ahora, vete y diles a Dervani Malargos y Jerrosh Verde que vengan.

Eran los dos mejores trazadores verdes que tenían los Túnicas Rojas, los profesores de todos los verdes que aún no hubieran roto el halo. Liv bajó y los llamó a su presencia. Parecían estar esperando, y los dos subieron a lo alto del promontorio.

Liv los observó mientras el príncipe conversaba con ellos, preguntándose si verían o sentirían lo que ella no había podido, preguntándose si estaría haciendo algo mal.

—Buenos días, preciosa. Siempre con sus pruebas y sus misterios, ¿eh? —la saludó Zymun, situándose a su lado y rodeándola con un brazo en un gesto posesivo. A veces eso la irritaba, pero la víspera estaba preocupada por el hecho de que Zymun pudiera estar perdiendo el interés por ella, de modo que decidió morderse la lengua.

—Supongo. Pero no es por capricho.

—Lo que tú digas. —Zymun era la única persona que conociera Liv que se atrevía a burlarse públicamente de lo que hacía el Príncipe de los Colores. Al principio eso la extrañaba, pero un poco de meditación amarilla y supervioleta le había dado la respuesta: Zymun estaba celoso. Se sentía amenazado, menos viril en comparación con el hombre más poderoso del mundo.

Ese era el misterio.

—Bueno, ¿y qué ha sido hoy?

—Me ha preguntado si veía algo. Le dije que no.

—Parece que ellos tampoco. —Zymun inclinó la cabeza en dirección a Dervani y Jerrosh—. Esos dos se llevan a matar, y ambos quieren dirigir a los verdes. Como si los verdes se pudieran dirigir. Insensatos estúpidos.

Los hombres discutían entre sí, acalorados, furiosos. Liv prácticamente podía distinguir sus palabras desde donde se encontraba. Pero en vez de eso se concentró en el Príncipe de los Colores. A juzgar por la tensión que denotaban sus hombros, también él estaba furioso, aunque eso era lo único que lo delataba. Levantó una mano; a su alrededor, los integrantes del campamento parecían debatirse entre curiosear y que no los pillaran mirando.

Los dos verdes se interrumpieron de repente. El Príncipe de los Colores dijo algo más, y ambos se postraron de hinojos, disculpándose. Resultaba extraño ver a un verde de rodillas.

Un verde o una verde. Cuando pensaba en ellos, Kip no hacía distinción de géneros. ¿No era curioso? Otro vestigio de las creencias de mi niñez, que una persona deje de considerarse como tal al romper el halo. Nuestro mismo idioma se ha corrompido para que el asesinato de trazadores no nos parezca tan indigesto.

El Príncipe de los Colores desenfundó una pistola y disparó a Jerrosh Verde entre las cejas.

Una nube de gotitas de sangre cayó al suelo más despacio que los pedazos de materia cerebral roja y gris liberada por el plomo de su continente óseo. El cuerpo de

Jerrosh Verde se desplomó de espaldas y bajó rodando por la pedregosa pendiente del promontorio. El campamento enmudeció de pronto. Con la pistola todavía humeante, el príncipe ciñó una fina gargantilla con una joya negra en torno al cuello de Dervani. Le indicó que se pusiera de pie.

El trazador se incorporó y se alejó sin decir nada.

—Tiene gracia —dijo Zymun—, sigo sin saber cuál de esos dos tiene la cabeza más hueca.

Liv observó a Zymun desde las profundidades de la presa del supervioleta —ni siquiera se percató de que había vuelto a trazarlo, pero ahora le resultaba tan natural como saludar a un amigo— y comprendió que el muchacho no era ni tan insensible ni tan cruel como pretendía dar a entender. O no solo eso, al menos. Estaba aterrado. Imaginándose sus propios sesos desparramados sobre las rocas.

Él la miró, y Liv vio en sus ojos que también a ella la temía. Se estaba cansando de ella, pero no porque se aburriera o porque Liv demostrara menos entusiasmo en la cama. No quería ser el igual de nadie; quería que lo adoraran. Zymun era mucho más peligroso de lo que Liv sospechaba. Tendría que desembarazarse de él, pero con cautela y astucia, para que Zymun creyese que la idea era suya.

—No sé cómo lo haces —dijo Liv soltando el supervioleta. A veces, Zymun le notaba en la voz si lo estaba trazando—. No entiendo cómo puedes ver eso y no tener miedo. —El escalofrío que permitió que recorriera su cuerpo no era completamente fingido. Tampoco se trataba de un estremecimiento de deseo, como esperaba que lo interpretara Zymun. Lo miró a los ojos, se pasó la lengua por los labios y susurró—: Regresemos a la tienda. Ahora mismo.

100

Cuando los grandes cañones de la cubierta superior del *Gargantúa* comenzaron a vomitar llamas y humo, la infernal imagen fue más rápida que su sonido. Dos surtidores de agua, a cincuenta pasos de la proa de la trainera, anunciaron el impacto fallido momentos antes de que el rugido del cañón revelara que lo habían disparado.

A continuación detonó uno de los cañones montados en la segunda cubierta, y Gavin exclamó:

—¡Ahora!

Alrededor de la embarcación, Kip vio que los guardias negros se habían agrupado en parejas, uno al mando de los tubos y otro empuñando el arco. El arquero de cada equipo tenía una cuerda en la mano, y empezando por los equipos que estaban al otro lado, tiraron de ella.

Antes de que Kip comprendiera lo que ocurría, la trainera se dividió, liberados de repente los equipos, un timonel y un arquero: los blindados marinos se separaron limpiamente de la nave, multiplicando su fuerza al instante. Dos, cuatro, seis, hasta ocho, dejando solos a Gavin, Puño de Hierro y Kip en el centro de la trainera, ahora mucho más pequeña.

El agua se encabritó a sus espaldas, formando crestas y valles mientras Kip oía el rugido del cañón una vez más. Después de aquello, fue como si el mundo cesara de tener cabida para algo que no fuese el fuego de la artillería. El *Gargantúa* continuaba cerniéndose sobre ellos, cada vez más amenazador, y las ocho traineras surcaban las olas con una precisión intachable, sin que ninguna de ellas se aproximara tanto a alguna de sus compañeras como para que un solo cañonazo pudiera golpearlas a las dos a la vez.

La mar estaba picada ese día, por lo que Kip se alegró de que su padre hubiera creado refuerzos, tanto a su espalda, para no caerse por la borda, como para sujetarse a los lados. Kip vio que la cubierta del *Gargantúa* estaba despejada, de hecho, en contra de lo que Gavin esperaba, pero mientras se fijaba, los esforzados marineros colocaron rápidamente en su sitio las grandes planchas de madera que constituían su blindaje. Vistos desde el subrojo gracias a las gafas de Kip, los hombres relucían como si estuvieran iluminados por dentro, claramente visibles aún a pesar del parapeto.

Kip mantuvo el equilibrio con dificultad cuando la barca giró de repente a babor. Aunque no se divisaba ningún peligro en las proximidades, decidió que debería imitar

la postura de su padre y Puño de Hierro mientras observaba el enorme buque y oteaba el horizonte en busca de amenazas más alejadas. Los dos tenían las piernas separadas y las rodillas flexionadas para bajar su centro de gravedad.

El inmenso timón del *Gargantúa* giró con ímpetu, y la colosal embarcación, con todas las velas desplegadas, comenzó a maniobrar. A lo largo de su costado, Kip vio cómo se abrían de golpe las troneras, al menos en tres niveles distintos. No todas a la vez, sino a medida que los equipos de tripulantes adoptaban sus respectivas posiciones.

Había un montón de cañones.

Procedente de la cofa más próxima, una bola de luxina del tamaño de un gato trazó una parábola en el aire.

—¡Trazador! ¡En la primera cofa! —exclamó Kip.

La bola de luxina se partió y se inflamó en pleno vuelo. Impactó en el agua, a tan solo una docena de pies del costado de estribor de la trainera, y provocó una cortina de llamas que se quedaron flotando, elevándose a dos pies de altura.

El primer blindado marino viró bruscamente a babor, evitando por muy poco empotrarse contra el casco del *Gargantúa*. El siguiente no debía de haber visto el fuego, disimulado por el oleaje, pero las mismas olas lo salvaron al confabularse con la estela del *Gargantúa* para crear una rampa que impulsó el blindado por los aires, a una distancia segura de la conflagración.

Gavin y Puño de Hierro dieron un amplio rodeo a la viscosidad inflamada y se acercaron al barco.

—¡Mosquetero! ¡La tercera... la cuarta cofa! —exclamó Kip. Ni siquiera era capaz de avisar debidamente.

Había media docena de hombres en el castillo elevado, accionando las carronadas. Tenían que apuntar entre los barrotes del blindaje, pero no parecía que eso estuviera costándoles mucho. Kip proyectó el subrojo en dirección a ellos, sin tener ni idea de si daría con algo, y golpeó la cubierta mientras uno de los grandes cañones detonaba a meros pasos de su cabeza. La trainera había terminado de abarloar junto al *Gargantúa*. Los rugidos de los cañones y las grandes nubes de humo negro y cordita que vomitaban sus gargantas de hierro engulleron al muchacho.

Visto a través de las lentes subrojas, el mundo se mostraba silueteado por los violentos destellos de las explosiones, las deslumbrantes lenguas de fuego de los mosquetes, los sordos estampidos de las granadas y el fantasmagórico contorno de los hombres.

Cuando salieron de la humareda, viraron inmediatamente a babor y pasaron justo por debajo del mascarón de proa del *Gargantúa*. Gavin y Puño de Hierro lanzaron sendas granadas sobre sus cabezas, apuntando a la cubierta. La de Gavin, envuelta en luxina roja, se adhirió como una lapa; al igual que la de Puño de Hierro, erizada de

púas. Dos explosiones gemelas y una lluvia de chispas y astillas anunciaron su éxito. Ninguno de los cañones del costado de babor del *Gargantúa* había disparado todavía, por lo que Kip pudo ver con claridad una vez más.

Las llamas se extendieron por la vela mayor, y se apagaron de inmediato, sofocadas por chorros de luxina naranja. Unos cuantos cabos se habían cortado limpiamente, pero los afectados por las llamas también consiguieron salvarse.

—¡Agarraos! —gritó Gavin.

La trainera viró a estribor para interponer un poco de distancia entre ella y su objetivo, y nada más salir de un valle entre las olas, Gavin disparó una enorme bola de luxina roja encendida contra la primera cofa. El trazador que la ocupaba la vio venir e intentó interceptarla en pleno vuelo, pero el proyectil se limitó a fragmentarse y regar la atalaya de llamas.

Kip, sin embargo, apenas lo vio. En la confusión resultante de que Gavin lanzara algo tan descomunal justo cuando se elevaban por los aires, la trainera se desvió con fuerza de costado, y si no hubieran golpeado la cresta de otra ola, probablemente habrían terminado volcando.

En vez de eso, sencillamente aminoraron la marcha hasta detenerse casi por completo mientras Puño de Hierro y Gavin se veían obligados a soltar los tubos por unos instantes, y la trainera viraba hacia el lado equivocado, bamboleándose a merced del oleaje. Kip atisbó cómo dos hombres los apuntaban con sus carronadas en tanto que un tercero, envuelto en llamas, saltaba de la cofa con un alarido, enredándose con las cuerdas en su caída.

Acto seguido, una oleada de fuego y luz explosiva devoró a los artilleros el tiempo que cuatro de los blindados marinos cerraban filas en torno al Prisma.

Los cañones de babor empezaron a disparar, y Kip se dio cuenta de que una de las arqueras sencillamente desaparecía de la popa de su blindado. El parapeto del buque estaba en llamas, y Kip vio cómo los marineros y los soldados se esforzaban por tirarlo por la borda. Uno de los guardias negros había pintado una línea de luxina roja a lo largo de todo el casco del *Gargantúa*, que se encendió mientras los cañones continuaban rugiendo.

En cuestión de segundos, Gavin y Puño de Hierro recuperaron la velocidad máxima de la trainera. Las balas de mosquete silbaban a su alrededor, punteando las aguas. Varios de los arqueros habían comenzado a disparar a buen ritmo. Y Kip sabía que los soldados que observaba en la cubierta no eran todos los que viajaban a bordo del buque.

—¡Pájaros! —exclamó Kip cuando una bandada de palomas se elevó de la cubierta del *Gargantúa*. ¿Palomas?

—¡Picos de hierro! —gritó uno de los guardias negros.

Kip perdió de vista a las aves, e incluso al barco, con los bandazos de la trainera.

Tras una maniobra particularmente brusca, temió que se le revolviera el estómago.

¿Voy a marearme ahora? ¿En plena batalla?

Dejó que sus ojos vagaran sobre el horizonte mientras se le apaciguaba el estómago. Dos de los pilotos que se habían quedado sin arqueros se situaron lejos del alcance de los cañones para reagruparse en uno solo de los blindados marinos. Al tirar de otra cuerda, la luxina de la lancha abandonada se disolvió. Gavin no quería que el secreto de su diseño cayera en manos del adversario. A lo lejos, Kip divisó una pequeña galera que se acercaba a gran velocidad, impulsada por su triple hilera de remos.

—¡Galera a la vista! —Kip levantó el catalejo y hubo de reprimir una arcada cuando la imagen ampliada pareció incrementar el vaivén de la trainera—. No tiene bandera.

Gavin echó un rápido vistazo.

—Serán piratas en busca de una presa fácil, no hombres de Vecchio. Mantén los ojos abiertos.

Se reincorporaron a la batalla. Salieron de la sombra del costado de babor del *Gargantúa* y se situaron a estribor, justo a tiempo para ver cómo una explosión arrojaba directamente al agua uno de los cañones de la cubierta inferior, en medio de una tormenta de fuego, astillas y humo. Uno de los guardias negros —a Kip le pareció que se trataba de Cruxer— profirió un grito de júbilo.

Instantes después, Kip vio cómo una de las palomas se abalanzaba en picado sobre el muchacho. Lo golpeó en el pecho, donde permaneció aferrada.

Cruxer se sacudió la paloma de encima. El ave se hundió en el agua, donde detonó menos de un segundo después.

Entonces Kip lo entendió. Al igual que los sabuesos infernales de los que les había hablado el instructor Fisk, aquellas aves eran reales, pero habían sido impregnadas con la voluntad de un trazador con un único objetivo: atacar a los guardias negros. Y en este caso, también iban equipadas con granadas en miniatura.

Lo que significaba que varias docenas de pequeñas bombas aéreas sobrevolaban el enorme buque; bombas inteligentes.

Tan inteligentes como cabría esperar de una bandada de palomas, al menos.

Más sobrecogedor que eso fue comtemplar cómo una docena de ellas se cernían sobre un equipo de guardias negros que habían aminorado la marcha para lanzar una granada contra una tronera. Instantes después, las explosiones hacían pedazos al piloto y al arquero. La granada arrojada por la mujer de la pareja rebotó inofensivamente en el parapeto —intacto aún a ese lado del buque— y estalló en el agua, arañando apenas la madera del casco.

El *Gargantúa* era una fortaleza flotante. Los incendios no estaban propagándose. Era inexpugnable.

—A las cañas —le dijo Gavin a Puño de Hierro.

El hombretón, que pareció comprender inmediatamente de qué se trataba, relevó a Gavin a los tubos y comenzó a impulsar la trainera por sus propios medios.

—Kip, sujétame los pies. Carga con todo tu peso.

Gavin había comenzado a tejer algo con las manos. Kip prácticamente se dejó caer encima de sus pies. Obediencia instantánea. Después siguió la dirección de la mirada de Gavin.

La bandada al completo de los picos de hierro restantes se dirigía en línea recta hacia ellos. Con Puño de Hierro solo a los tubos, las aves estaban acortando distancias.

Gavin terminó cuando el primero de los pájaros estaba solo a un brazo de distancia. Extendió ambas manos, proyectando una red de luxina amarilla que envolvió a todas las aves. A continuación, Gavin bajó los brazos de golpe y a punto estuvo de escaparse de la presa de Kip. Pero la presión duró tan solo un segundo.

La luxina no sabía lo que era la acción a distancia. Si querías arrojar algo, debías arrojarlo; si querías soltar algo encima de una cubierta, debías soltarlo. Gavin había creado una palanca de luxina, y había lanzado la red cargada de aves contra la cubierta del *Gargantúa.*

Donde explotaron. Kip vio un torso y un casco que salían disparados de la cubierta.

El casco no estaba vacío.

Gavin se apresuró a regresar a su puesto, y Kip vio cómo un trazador naranja se asomaba por la borda y rociaba luxina sobre el casco en llamas, sofocándolas.

Puño de Hierro, que también lo había visto, le atravesó el cráneo con un punzón azul. El hombre se cayó al mar.

—Están organizando equipos de mosqueteros —informó Puño de Hierro. El efecto fue casi inmediato. Los hombres de cubierta debían de haber empezado a colocar a los mejores tiradores al frente, mientras quienes estaban atrás recargaban y les proporcionaban mosquetes de refresco, porque tanto la cadencia como la intensidad del tiroteo se incrementaron.

El piloto de un blindado marino se desplomó a sus espaldas, girando bruscamente las cañas a un lado. La lancha se escoró, y el arquero del equipo se cayó al mar.

—¡Hombre al agua! —exclamó Kip.

La reacción de Gavin y Puño de Hierro fue instantánea. Al coronar una ola, viraron de golpe a estribor. La trainera describió una vuelta completa en el aire antes de impactar contra la siguiente ola.

Todos estuvieron a punto de perder asidero a causa del inesperado cambio de dirección, pero ni Gavin ni Puño de Hierro aminoraron la marcha. Kip pensó que iba a arrancar de cuajo el poste en el que tenía apoyada la espalda, pero aguantó. Los dos

hombres sacaron otras tantas granadas de sus bandoleras y las lanzaron al aire, donde trazaron sendas parábolas. Luego, dos más.

—¡Subrojo en todos los mosquetes que veas, Kip! —gritó Gavin.

Aceleraron en dirección al joven que pugnaba por mantenerse a flote.

—Yo me encargo de las cañas —dijo Gavin. Empuñó ambos tubos y avanzó directamente hacia el guardia negro. Kip se temió que estuviera acercándose demasiado, pero al superar la última ola, Gavin viró ligeramente y amerizaron a un palmo del muchacho. Puño de Hierro le tendió la mano, y entre su fuerza y la del guardia negro, este salió propulsado del agua en un abrir y cerrar de ojos.

Kip no había visto el efecto que surtían las granadas sobre la cubierta, pero el fuego de mosquete había amainado. Se dio cuenta de que una de las carronadas de las cubiertas inferiores había empezado a apuntar hacia ellos.

Los demás blindados marinos se habían reagrupado a su alrededor, y los guardias negros disparaban luxina roja en todas direcciones. Los trazadores amarillos lanzaban bombas de luz para cegar y distraer al enemigo, pero su mera acumulación en un mismo sitio era suficiente para alentar a los artilleros, que habían comenzado a recolocar sus cañones.

Los alaridos de furia, los aullidos de rabia, los gemidos de dolor, los gritos de órdenes urgentes, el estampido de los disparos, el tabaleo de los mosquetes lejanos, la detonación de los cañones, el silbido de los grandes morteros, el restallar de las velas, el chapoteo de las olas, el susurro del viento, los lamentos de los moribundos y los chillidos de los engendros se suavizaron, sonaban lejanos y amortiguados. Lo único que oía Kip era el acompasado y profundo latir de su corazón, ridículamente lento, y alrededor y debajo de eso un suspiro, como el de la marea que abandona la playa. Por un momento, lo asaltó la demencial sensación de estar escuchando cómo el sol acariciaba las olas.

Contempló cómo una de las guardias negras tensaba la cuerda del arco. Cuando le rozó los labios, la flecha salió disparada en el preciso instante en que una bala de mosquete le destrozaba la mandíbula.

De repente el mundo ofrecía un aspecto irreal. Kip comprendió que estaba percibiendo todo el espectro a la vez. Había docenas de cañones. La trainera se había pegado al costado del *Gargantúa*. Podía ver el resplandor de los hombres, el brillo de las cerillas y las mechas de combustión lenta. Podía ver los destellos metálicos de los barriles de pólvora a través de las troneras abiertas. Podía ver directamente a través del humo.

Barrió el aire con una mano y desplegó un abanico de hilos supervioletas, como telas de araña, en dirección a todos los cañones y todos los mosquetes que alcanzaba su vista. El supervioleta era tan veloz y ligero que alcanzó sus objetivos casi al mismo tiempo en que los seleccionaba. Volvió a barrer el aire, esta vez en dirección

contraria, liberando unos estallidos de cristales de fuego tan abrasadores que le quemaron los dedos antes de salir despedidos a una velocidad increíble.

Lo bañó una oleada de satisfacción antes de que el siguiente latido de su corazón atronara ensordecedor en sus oídos.

Golpeados por los cristales de fuego, todos los mosquetes y cañones cargados en el costado de estribor del *Gargantúa* detonaron a la vez. Los cañones que estaban recargándose en ese momento estallaron, los mosquetes que aún tenían dentro la baqueta estallaron. Los mosquetes cargados que estaban cambiando de manos estallaron. Algunos de los cañones aún estaban sin recargar, y Kip se sintió contrariado. Otros, sin embargo, estaban cargados pero todavía no habían regresado a su sitio, y practicaron boquetes en los costados de las cubiertas de artillería.

La acumulación de estampidos simultáneos inclinó el buque entero hacia un lado.

No estaba mal.

En ese momento, en tres salas de artillería distintas, explotaron los barriles de pólvora. Las llamas, el humo, las astillas, los cañones, los hombres y sus miembros mutilados perforaron nuevos orificios en todas las cubiertas.

La ensordecedora detonación cayó como un alud sobre los guardias negros, y Kip parpadeó. El tiempo se había restaurado. Había regresado.

Los hombres se deshacían en alaridos. El griterío era atroz, espantoso. Vio cuerpos convertidos en bolas de fuego, con la piel carbonizada cayéndose a tiras, corriendo para saltar al mar. Las tres cubiertas de artillería eran pasto de las llamas.

La trainera se sacudió, y tanto Gavin como Puño de Hierro volcaron toda su voluntad en acelerar de nuevo.

—Se acercan cuatro barcos, a media legua —anunció Kip. Se sentía vacío, aturdido.

—Bajo el mascarón de proa —dijo Gavin.

—No sé si eso es buena... —protestó Puño de Hierro.

—¡Bajo el mascarón! Los engendros llegarán a la cubierta en cualquier momento. ¡Esta es nuestra única oportunidad!

Puño de Hierro obedeció de inmediato, y se situaron delante del buque. El tronar de los mosquetes se había apagado casi por completo. Una vez ante la proa del *Gargantúa*, todavía en movimiento, Puño de Hierro tomó las cañas y maniobró para evitar que la nave los arrollara. El mascarón de madera se cernía sobre ellos, tan cerca que cuando las olas volvieron a levantarlos, Kip estuvo a punto de golpearse la coronilla. Con un puño envuelto en llamas, Gavin atacó el casco sobre su cabeza.

Al retirarse la ola, Gavin se quedó colgando en el aire, con el brazo incrustado aún en la madera. Kip intentó agarrarlo, pero falló.

—¡Déjalo! —exclamó Puño de Hierro—. ¡Si ves a alguien, préndele fuego!

Kip se fijó en que Gavin continuaba trazando, indiferente al hecho de que su

cuerpo colgara pendiente de una sola mano.

Creo que yo jamás sería capaz de sujetarme así, con un brazo.

Pero Gavin se sujetaba y trazaba. Debía de estar trazando algo espantosamente complicado, para que le llevara tanto tiempo. De repente, acabó. Cuando la trainera se elevó con la siguiente ola, Gavin aterrizó en la cubierta con la gracia de un bailarín.

—Dos minutos —dijo—. Tenemos que procurar que los trazadores estén ocupados.

De modo que describieron un nuevo círculo, con el comandante Puño de Hierro impartiendo órdenes por señas a los tres blindados marinos restantes. Se concentraron en disparar luxina y agotar sus granadas, algunas de ellas introducidas con éxito en los grandes boquetes que habían abierto las explosiones de Kip. En algún momento, durante la refriega, uno de los equipos había conseguido cortar todos los aparejos hasta el trinquete, y otro había incendiado las velas latinas, pero tanto el palo mayor como su vela permanecían intactos.

La colosal embarcación parecía invencible.

Gavin maniobró a gran velocidad y destruyó el blindado marino volcado. A continuación, transcurridos unos treinta segundos, ampliaron el arco de su trayectoria y se alejaron a más de cien pasos de distancia. Con tantos de los grandes cañones silenciados por el momento, el buque seguía estando lo suficientemente cerca como para constituir una amenaza, pero también lo bastante lejos como para estar a salvo de todo salvo un disparo de mosquete fortuito.

El Prisma y una musculosa guardia negra eran los únicos que poseían la fuerza y el aguante necesarios para continuar bombardeando el *Gargantúa* con magia. A todos se les habían agotado las granadas. Los arqueros habían utilizado la mayoría de sus flechas, y las cuatro naves que Kip había avistado antes —dos pequeños galeones y dos carabelas— se cernían ya sobre ellos.

Gavin maldijo entre dientes.

—Como no se dé prisa...

Una explosión reverberante se tragó sus palabras. Fue como si el mismísimo lecho marino se estremeciera.

Kip miró a Gavin. Su padre parecía tan solo ligeramente agitado.

—La santabárbara estaba por debajo de la línea de flotación. Así es mucho más difícil que una bala perdida impacte contra ella, pero... pobres diablos.

Cuando el humo empezó a despejarse, Kip vio que el barco había reventado por los costados, justo en el centro. Entre crujidos y chasquidos de madera, el palo mayor se desplomó como un hombre que intentara saltar por la borda, arrojando a los marineros que ocupaban las dos cofas y cercenando la debilitada cubierta a la altura de la cintura del buque.

Unos cuantos hombres se arrojaban al mar desde las cubiertas, mientras el fuego campaba a sus anchas. Resonaron explosiones más pequeñas, como palomitas de maíz. Por último, el *Gargantúa* se rompió por la cintura y se plegó sobre sí mismo. La mitad delantera de la enorme embarcación se hundió casi al instante, mucho más deprisa de lo que Kip hubiera creído posible, tratándose de algo que estaba hecho completamente de madera. La proa rodó de costado, bostezantes las cubiertas como heridas abiertas, engullendo el mar a grandes borbotones.

Una cubierta incendiada tras otra, el majestuoso buque se sumergía en el mar, siseando, escupiendo y vomitando escombros flotantes y cuerpos mutilados.

Antes de que el oleaje terminara de devorarlo, Puño de Hierro preguntó:

—¿Limpiamos a los nadadores?

Gavin dirigió la mirada a los barcos que se acercaban.

¿Limpiar? Lo que el comandante Puño de Hierro quería decir era si deberían exterminar a los supervivientes.

—¿Sabes si ha sobrevivido algún engendro? —preguntó Gavin.

—No veo ninguno —dijo Puño de Hierro—. Eso no significa que no los hubiera.

—Yo tampoco he visto ninguno —terció el guardia negro que habían sacado antes del agua.

Kip vio cómo los últimos restos del *Gargantúa* se deslizaban bajo las olas. Había un montón de restos flotando en las olas, pero no muchos hombres. Gavin había dicho que la tripulación se componía de setecientas personas.

Que Orholam se apiadara de ellas.

Porque el Prisma no iba a hacerlo.

—No —dijo Gavin—. Dejemos que esta batalla se convierta en un misterio y en una historia disparatada. Carecemos de los recursos necesarios para hundir cuatro barcos más. Volvamos a casa.

Se alejaron dos leguas para reagruparse. Los blindados marinos abarloaron junto a la gran trainera y, con dificultad debido al vaivén de las olas, se reincorporaron a ella. Habían perdido siete guardias negros. Otra había recibido un balazo en el codo. Se quedaría tullida. Las heridas de los demás revestían poca gravedad: quemaduras, rasguños y luxaciones fruto de las violentas maniobras de los blindados. Uno de ellos presentaba una larga rozadura en el cuello, provocada por la caricia de una bala de mosquete, que le dejaría cicatriz. Parecía perversamente complacido. Un suspiro más a la izquierda y le habría destrozado la carótida. Cruxer tenía la mirada extraviada y no podía parar de pestañear, pero estaba ileso.

—Rompelotodo —dijo el muchacho—, ¿hiciste antes lo que yo creo? —Miró a los demás guardias negros—. ¿Soy el único que ha visto cómo volaba la mitad del barco por los aires?

—Yo también lo he visto —respondió uno. Otros asintieron con la cabeza, aunque

no todos.

—Lo hemos visto —dijo Puño de Hierro—. Bien hecho, Rompelotodo.

—¿Bien hecho? ¡Ha sido acojonante! —exclamó Cruxer.

Los guardias negros estallaron en carcajadas, e incluso Puño de Hierro sonrió y optó por no recriminarle a Cruxer el lenguaje malsonante empleado.

—¿Fuiste tú también el que hizo saltar por los aires toda la nave? —preguntó Cruxer.

—No, ese fue él —dijo Kip, mirando a su padre. Gavin lo observaba con una intensidad extraña, no del todo positiva. Kip pensaba que se sentiría orgulloso de él, pero ahí estaba de nuevo aquella sensación, la sospecha de que, en el fondo, Gavin seguía ocultándole algo. Como si se resistiera a aceptarlo por completo.

—¿Cómo lo conseguisteis? —le preguntó uno de los guardias a Gavin. Kip creía recordar que se llamaba Norl.

Gavin adoptó una expresión desaprobatoria. Por un momento, Kip pensó que no iba a responder. Pero después Gavin paseó la mirada por el resto de los guardias negros. Ese día habían perdido a la mitad de sus compañeros.

—Creé una rata gólem y le impuse mi voluntad para que fuera a explotar a la santabárbara —explicó con voz queda Gavin—. Es la clase de estrategia que emplearía un engendro, por lo que tendría que haber alguno apostado en el pasillo para responder a esa amenaza. Supuse que la explosión me proporcionaría una vía de acceso. Y acerté.

—Pero fabricar gólems está prohibido. —Kip supo que acababa de decir una estupidez en cuanto las palabras escaparon de sus labios. Esa estratagema probablemente les había salvado la vida. Les había concedido la victoria, eso era indiscutible.

—Lo que está prohibido o no lo decidiré yo —dijo Gavin, aunque su voz no denotaba enfado, sino únicamente cansancio—. Comeremos aquí y nos curaremos las heridas como mejor podamos antes de emprender el regreso.

Almorzaron en silencio, consciente cada uno de ellos de los puestos vacíos. Habían vencido. Habían matado a setecientos hombres o más, al precio de siete. Se mirara por donde se mirase, no solo era una victoria, sino una proeza espectacular. Y sin embargo los guardias negros comían sumidos en sus pensamientos, como autómatas, movidos no por el apetito sino por la disciplina, sabedores de que sus cuerpos necesitaban sustento después de la ardua batalla.

—Hacéis esto todos los días —dijo Puño de Hierro—, ¿verdad? —Estaban sentados en la cubierta, masticando galletas duras y embutido.

—¿Hundir barcos? —preguntó Gavin. Parecía que estuviera haciendo un esfuerzo por recuperar la jovialidad. Era el Prisma; tenía que dar ejemplo. Puño de Hierro se negó a picar el anzuelo.

—Esa nave podría haber hundido la mitad de nuestra flota antes de que llegáramos a Atash, pero ni siquiera sabíamos que estaba aquí. La amenaza ya no existe, así que para esos estúpidos generales será como si esto jamás hubiera ocurrido. Contaremos lo que hemos hecho hoy, y algunos no nos creerán. La mayoría pensará que exageramos para quedar bien. Pero incluso los que nos crean serán incapaces de imaginarse lo que hemos sufrido para conseguirlo. No entenderán a qué nos hemos enfrentado hoy.

Gavin se encogió ligeramente de hombros.

—Hacéis esto todos los días. Lleváis haciéndolo desde la guerra. Salváis vidas, sin que nadie se entere. Habéis detenido guerras, habéis hundido piratas, habéis exterminado engendros, habéis acabado con grupos de bandoleros sin ayuda de nadie. Y todo ello sin alardear ni pedir tan siquiera unas palabras de agradecimiento. En verdad sois «el que lucha ante nosotros» —concluyó Puño de Hierro—. Nuestro prómaco.

Tras una prolongada pausa, Gavin dijo:

—Hoy todos hemos sido prómacos.

—El Espectro os otorgó ese título hace mucho, y después os lo arrebató. Pueden despojaros de vuestro título, mi señor, pero no de vuestro nombre. La Guardia Negra conoce el valor de los nombres secretos. Sabemos llamar a las cosas por su nombre. Y vos, lord Prisma, sois nuestro prómaco.

—Prómaco —dijeron a coro los demás guardias, sin levantar la voz.

—Prómaco —repitió Puño de Hierro, sellando el nombre—. Gracias, prómaco. Por todo lo que habéis hecho sin que lo sepamos. Por los sacrificios que no podemos alcanzar a entender. Por hacer lo que nadie más podría, o querría. Gracias. Y sabed una cosa, la Guardia Negra se creó con un doble propósito: proteger al Prisma y vigilarlo. Siempre habéis desconfiado de nosotros por lo segundo, y hacéis bien. Pero hoy os aseguro que la Guardia Negra jamás moverá un dedo en vuestra contra mientras a mí me quede aliento en el cuerpo. Es un honor serviros, prómaco, y serviros es lo que haremos, a sangre y huesos.

—A sangre y huesos —corearon sus compañeros.

—A sangre y huesos —repitió Puño de Hierro, sellando su promesa.

Gavin ni siquiera podía mirarlos a los ojos.

—No soy el hombre que creéis que soy —musitó, con voz estrangulada.

—¿Sois el hombre al que hemos servido durante los últimos diez años? —preguntó Puño de Hierro.

—Lo soy.

—En tal caso, mi señor, quizá no seáis el hombre que vos creéis ser.

Gavin esbozó una sonrisa fugaz y pareció recuperar la compostura de pronto.

—Sois más terco que una mula, ¿verdad?

—Más que toda una recua —dijo el comandante Puño de Hierro—. No lo olvidéis. —Se levantó y se dirigió a los guardias negros—. ¡Venga, holgazanes, en marcha! Nos vamos a casa. Mañana volveremos a la carga.

101

—Vuestros informes son deplorables —dijo Gavin a los generales reunidos en el camarote—. Su plan... su plan inicial, al menos, es muy simple. Detener nuestras naves antes de que lleguen a su destino. Sin tropas ni suministros, Ru caerá en cuestión de días. No habéis venido preparados para luchar en el mar. Tenemos una docena de buques de guerra; ellos, cincuenta.

—Has inventado un nuevo método de locomoción —dijo Andross Guile. Él era el motivo de que la estancia estuviera bañada de luz azul—. Así es como sales a explorar. Háblanos de ello.

Gavin hizo oídos sordos y se marchó para reponer fuerzas antes de la batalla. Se despertó antes de que amaneciera, y empezó a reírse por lo bajo. Se vistió a oscuras y se recogió el pelo en una coleta. Unos golpes sacudieron la puerta hasta que esta amenazó con salir despedida de sus goznes endebles.

—Comandante —dijo Gavin.

Salieron juntos a la cubierta, donde los guardias negros estaban comprobando el equipo, algunos bromeando en susurros, otros practicando sus ka matutinos, lo que fuese con tal de calmar los nervios antes de la batalla. El día anterior habían hundido el barco más grande de la armada del Príncipe de los Colores, pero eran profesionales; sabían que no eran invencibles. A las balas de mosquete les daba igual que las disparase un genio desde un galeón o un memo desde una barcaza. Todos podían morir, en cualquier momento.

Kip estaba con ellos, tan tenso que parecía estar vibrando como la cuerda de un arco listo para disparar.

—Hoy no os acompañaré —le dijo Gavin a Puño de Hierro, sin molestarse en bajar la voz. Que los guardias negros lo oyeran. Les estaba pidiendo que se jugaran la vida—. Me aguarda otro cometido que podría aumentar nuestras posibilidades de alcanzar la victoria, siquiera ligeramente. Lo más probable es que no cambie nada, pero vale la pena intentarlo.

—¿Puedo enviar a alguien con vos? —preguntó Puño de Hierro.

—Esta vez no. Pero no correré peligro. Físico, al menos.

—¿Kip? —dijo el comandante.

Gavin se giró para mirar al muchacho, que los espiaba con mal fingido disimulo.

—Kip, no puedes acompañarme. En esta ocasión no. Dejo en tus manos la decisión de ir con la Guardia Negra a hundir más barcos o no.

—Lucharé, señor.

Sí, sé que lo harás.

—¿Noble lord Prisma? —los interrumpió uno de los guardias, un bicromo naranja y amarillo que respondía al nombre de Albogón. Gavin asintió con la cabeza para indicarle que continuara—. ¿Os importaría echar un vistazo a lo que hemos diseñado?

Gavin los siguió hasta una pila de munición. Alguien había fabricado unos grandes discos, mayores que un escudo, con un mecanismo de detonación de granadas. No alcanzaba a imaginar para qué podía servir aquello.

—Se le ocurrió a Nerra —dijo Albogón, empujando hacia delante a una mujer diminuta.

Ni siquiera era una de las guardias que los había acompañado la jornada anterior. Tuvo que carraspear dos veces antes de empezar a hablar.

—Por lo que he oído, creo que nuestra principal baza es la velocidad. —Le enseñó uno de los discos, dentado y con luxina roja en el dorso—. El piloto acerca el blindado marino a la nave, y el arquero adhiere esto al casco.

Gavin respiró hondo. Era brillante en su simplicidad. Pero el diseño no era perfecto. El dorso del disco podía reforzarse, para que el grueso de la fuerza de la detonación repercutiera contra el casco. Y era contraproducente adosar una mecha tan corta a un explosivo tan potente. Además, necesitaba metralla. Y habría que recubrir la luxina roja con una fina capa amarilla que pudiera desprenderse justo antes del acoplamiento, para que la roja no perdiera adherencia y los discos se quedaran en el lugar deseado. Los blindados marinos, por su parte, tendrían que... Se estaba adelantando a los acontecimientos.

Empezó a enumerar todo lo que necesitaba, y los guardias negros se lo trajeron sin dilación. A continuación, Gavin realizó dos diseños distintos, uno más ligero y otro más pesado. Los sopesó. El más pesado contenía más pólvora, pero esta no serviría de nada si uno no podía colocarla donde quería. Dejó que los guardias negros les echaran un vistazo.

—El más pesado —convinieron todos.

Gavin les dio instrucciones, y los guardias formaron una cadena para copiar la placa del dorso, llenar la recámara hasta la mitad de clavos y balas de mosquete, y fabricar los ganchos. Gavin hizo las mechas y la mezcla de luxina roja y amarilla para completar la carga. Un par de rojos aplicaron la cantidad justa de luxina roja adherente al dorso de los discos, otro trazador añadió una fina capa de lubricante naranja encima, y Gavin lo recubrió todo con una pátina de luxina amarilla.

—Revientacascos —dijo Gavin, comprobando que todas las mechas estuvieran trazadas correctamente. Bajó por la escalera de cuerda que conducía a los blindados marinos y trazó un depósito en el que almacenar los revientacascos, más un sostén extra para evitar que el guardia negro encargado de colocar el explosivo pudiera

caerse de su embarcación. Había reemplazado los blindados marinos destruidos la jornada anterior, e incluso había añadido algunos más. Ese día, cincuenta guardias negros podrían zarpar a la vez—. Buen trabajo, Nerra. —La mujer parecía azorada—. Hoy has salvado un montón de vidas.

—Pero, mi señor, vos lo habéis hecho mil veces mejor.

—También yo habré salvado vidas, entonces. Somos un equipo, ¿no? —concluyó, con una sonrisa que logró que la guardia se ruborizara.

Gavin se dirigió hacia su blindado, ligeramente modificado con respecto a las versiones anteriores. Otro experimento. Siempre estaba experimentando. Allí lo esperaba un joven guardia negro, listo para estabilizar la embarcación cuando Gavin la separase del resto. Se trataba de Gavin Greyling.

Gavin sintió como si acabara de recibir un mazazo en el pecho. Clavó la mirada en los ojos del muchacho que había mentido para salvarle la vida.

—Procuraré que haya merecido la pena —dijo, en voz baja.

El joven guardia negro no respondió. Sus facciones no denotaban la menor emoción.

Gavin montó en el blindado marino. Aunque le gustaría dar más instrucciones y consejos a Puño de Hierro, lo cierto era que el comandante sabía lo que se hacía. Provocaría el mayor daño con la menor pérdida de vidas posible. No necesitaba que el Prisma le explicara cómo hacer su trabajo. De modo que Gavin se fue.

Aceleró para salir a mar abierto, un mar que en esta ocasión se mostraba mucho más sereno que el día anterior. Ese hecho por sí solo probablemente salvaría la vida a más guardias negros que el ingenio combinado de Nerra y Gavin.

Para este, únicamente significaba que la travesía sería mucho más plácida y veloz.

El sol ya había dejado atrás su cénit cuando Gavin introdujo la trainera en la bahía de la isla de los Videntes. Comprobó que el rompeolas todavía estaba en perfecto estado, y había docenas de barcazas pescando en la bahía. La gente lo saludaba con la mano, recibiéndolo como a un héroe que regresara a su hogar. Ahora había una ciudad en la playa, la selva se había replegado, y a lo largo de las chozas provisionales se erigían edificios más recios en construcción. Vio granjas, incluso.

El cambio era profundo. Gavin no sabía por qué se sorprendía tanto, pero así era. Ni siquiera había transcurrido tanto tiempo desde su marcha, pero había contribuido a sentar los cimientos. Habían almacenado las decenas de miles de ladrillos amarillos que él había creado, y saltaba a la vista que les estaban dando buen uso. Cincuenta mil personas con un propósito, con una buena guía y con todas las herramientas que necesitaban podían conseguir muchas cosas en muy poco tiempo. Lo que no le sorprendió fue que el Tercer Ojo estuviese esperándolo en la playa.

Ver el futuro era tremendamente práctico.

Motivo por el cual Gavin había ido hasta allí. Le parecía increíble que no se le

hubiera ocurrido antes. La batalla era inminente y él había pasado —desperdiciado, más bien— varios días explorando en busca de la posición del enemigo. Cuando conocía a una Vidente. Un auténtico oráculo que no enturbiaba lo que veía con jerigonzas místicas y dobles sentidos.

Gavin dejó la trainera en la playa y saltó con agilidad a la arena. El Tercer Ojo llevaba puesto un sencillo vestido blanco, ceñido a la cintura por un fajín dorado. Una vez le había dicho que, por lo general, era muy recatada. Lo cual, como Gavin había podido comprobar, era absolutamente cierto. Le tendió una mano, y Gavin se la besó. Sonrió con genuino deleite, y Gavin pensó que en esta ocasión la mujer desprendía un aura más dócil.

—Lamento lo de la última vez.

—¿Mi señora?

—La última vez que recalasteis en mi playa, lo siento si estropeé la sorpresa de tu boda. Siempre procuro no desvelar demasiados detalles acerca del futuro de los demás, pero estaba en tensión. También yo cometo errores.

Gavin contempló sus radiantes facciones y se alegró de que acabara de recordarle que era un hombre casado. Amaba a Karris con locura, pero aquella mujer apelaba a una parte de él que se encontraba enterrada a varios niveles por debajo de la racionalidad.

—Y yo —dijo Gavin. Se dio unos golpecitos en la frente con los nudillos—. ¿Exactamente cuánto...?

—Espera, Corvan está en el embarcadero. Se halla tan ocupado que quizá no te haya visto llegar.

Gavin la tomó del brazo que le ofrecía y la escoltó entre la multitud. Todos reparaban en su presencia, y se los quedaban mirando, y muchos inclinaban la cabeza ante ambos, pero Gavin conocía esa clase de deferencia. Era el respeto que los soldados rinden a su general en el frente. El protocolo reducido a su expresión más fundamental. Aquellas personas trabajaban con denuedo, y llevaban meses compartiendo fatigas con el Tercer Ojo. La adoraban y la respetaban, quizá incluso la amaran, pero tenían trabajo que hacer.

La mujer ya no llevaba guardaespaldas. Tal vez porque reinaba una paz sin precedentes, o por su presciencia. Debía de ser complicado atentar contra una Vidente.

Caminaron juntos hasta el embarcadero, donde Corvan Danavis estaba conversando con tres hombres que gesticulaban alrededor de lo que parecían ser los planos de un astillero.

Cuando se dio la vuelta, no logró ocultar su sorpresa. Corrió —literalmente corrió — hasta Gavin y le dio un abrazo. Gavin se lo agradeció en el alma. Estrechó entre sus brazos al único amigo auténtico que tenía, con fuerza, antes de liberarlo.

—Corvan, perro viejo, tienes buen aspecto.

Corvan estaba volviéndose a dejar el bigote, aunque este aún no era lo suficientemente largo como para ensartar ninguna ristra de cuentas. Parecía que hubiera rejuvenecido diez años.

—¿Sabes lo que cuesta regatear con unas personas que pueden ver el futuro, lord Prisma? No me puedo creer que me hicieras esto. Pero sí, supongo que trabajar veinte horas al día me sienta bien. O quizá sea la compañía de la que disfruto durante las otras cuatro. —Sonrió de oreja a oreja.

Gavin ignoraba por completo de qué estaba hablando. Vio el anillo que lucía Corvan en el dedo un momento antes de que el hombre se acercara al Tercer Ojo y la besara, la levantara en volandas y girara rápidamente sobre los talones, haciéndola volar por los aires.

Gavin se rió.

—¿Ningún desastre? —preguntó al Tercer Ojo.

La Vidente esbozó una sonrisa traviesa.

—Fue... un sacrificio político —dijo, con fingida solemnidad, provocando a Corvan.

—El deber. Una carga —añadió Corvan, igual de serio.

Gavin no se podía creer que no lo hubiera visto. Probablemente había sido un verdadero sacrificio político, por supuesto. Corvan, el líder de los invasores; el Tercer Ojo, quizá no la líder pero sí la más respetada de los habitantes de la isla. Ambos solteros, ambos desesperados por unir a sus respectivos pueblos. Habían cumplido con su deber. Pero a veces el destino se apiada de nosotros y convierte nuestro deber exactamente en aquello para lo que estamos hechos.

También habría complicado inmensamente las cosas si Gavin se hubiera acostado con la mujer con la que su mejor amigo iba a terminar casándose. Menudo desastre.

—¿Se lo vas a contar? —preguntó el Tercer Ojo.

—¿Contárselo?

—¡Hombres! Fuiste a ver al Espectro y...

—¿Te has enterado? —preguntó Gavin—. Ah, por supuesto. Por Orholam, es desquiciante. ¿No se lo has dicho?

—Detesto adelantarme al futuro. Además, fuiste tú el que pagó el precio por ello. Es justo que seas tú el que se lo cuentes.

—¿Contarme qué? —quiso saber Corvan.

—Ahora eres un sátrapa de pleno derecho, noble lord Danavis —anunció Gavin.

—Que soy un... ¿Qué? ¿Cómo?

—Un sátrapa de pleno derecho, con todos sus privilegios y responsabilidades. Puedes nombrar a tu propio Color. Una flotilla con suministros y diplomáticos se dirige ya hacia aquí.

—Los barcos llegarán dentro de tres semanas —dijo el Tercer Ojo—, y de ellos desembarcarán no pocos problemas, junto con los alimentos y las medicinas que van a salvar tantas vidas.

—¿Lo sabías? —preguntó Corvan.

—No creerías que me iba a casar con un simple general de tres al cuarto, ¿verdad?

Las palabras del Tercer Ojo sonaron a broma privada en los oídos de Gavin. Corvan sonrió cariñosamente y sacudió la cabeza.

—¿Sátrapa? Me aseguraste que sería honorífico, a lo sumo. Que conseguir votos sería una tarea para las generaciones venideras.

—Bah. —Gavin se encogió de hombros—. Me apuñalaron por la espalda. Les pagué con la misma moneda. A propósito, has votado a favor de la guerra.

—¿Tenía buenos motivos?

—Mmm.

—¿El Príncipe de los Colores?

—Ni más ni menos.

—Me dejaste aquí, ¿sabes? Me abandonaste. ¿Imaginas lo difícil que es estar casado con una mujer que lo sabe todo?

—Casi tanto como estar casada con un hombre que todo lo exagera —dijo el Tercer Ojo.

Se los veía profundamente enamorados. Hechizados. A su edad. Qué pena.

—Tengo entendido que por fin entraste en razón —le dijo Corvan a Gavin.

—¿Te ha contado lo de Karris?

—Orholam es misericordioso.

¿Orholam? Pensaba que no creías apenas en él.

—Corvan, me encantaría pasarme aquí los próximos seis meses, pero necesito hablar con tu esposa. La guerra sigue su curso, y tendré que zarpar dentro de dos horas si quiero regresar antes de quedarme sin luz.

Se dirigieron a una taberna cercana y se sentaron en la parte de atrás, en la terraza («Requisito imprescindible en un lugar civilizado», respondió Corvan cuando Gavin hizo un comentario sarcástico). Gavin los puso al corriente de todo lo acontecido. Todo, desde la destrucción de la isla azul a la caída de la muchacha desde el balcón. Le alegró ver que el Tercer Ojo no conocía todos los detalles.

Después le preguntó:

—¿Podemos salvar Ru?

—La verdadera pregunta es si podemos salvar a las Siete Satrapías.

—¿Podemos salvar Ru? —insistió Gavin.

—Una probabilidad entre mil. Tu padre tendría que pensar que es la mente brillante tras media docena de estrategias que tú sencillamente no estás en

condiciones de proporcionarle. —La Vidente tocó la mano de Gavin, y el ojo de luxina amarilla que llevaba tatuado en la frente resplandeció. Respiró hondo, continuó sujetándole la mano, y el resplandor continuó intensificándose hasta volverse cegador.

Apartó su mano de la de Gavin como si esta fuera una serpiente. De repente, se levantó y se fue. Gavin se puso en pie a su vez, desconcertado, pero Corvan fue más rápido.

—Quédate aquí —dijo—. Yo me encargo de esto.

Se ausentó durante cinco minutos. Gavin probó la cerveza que le sirvió una mujer hecha un manojo de nervios. Estaba sorprendentemente rica. Si no supiera que el Tercer Ojo no era ninguna farsante, recelaría. El escéptico que anidaba en su interior comenzaba a revolverse, inquieto. Aquello parecía perfectamente orquestado para paralizarlo o aterrorizarlo.

El Tercer Ojo regresó con paso vacilante. Evitó mirar a Gavin a los ojos mientras volvía a sentarse enfrente de él.

—Quieres conocer el estado de las defensas de Ru. Eso puedo decírtelo.

—¿Intentas que me cague de miedo?

—Gavin, escucha a tu madre.

—Bueno, eso es lo que esperaría escuchar en boca de una charlatana —dijo Gavin—. Creía que no te gustaban los trucos de salón.

—¿Te acuerdas de Koios Roble Blanco?

—Recuerdo que vi cómo le caía una pared encima hace dieciséis años.

—Él es el Príncipe de los Colores.

—Vi cómo le caía una pared encima. Una pared en llamas.

—Es el Príncipe de los Colores.

—Vi cómo...

—En esta conversación, la única que sabe lo que dice soy yo, Guile. Haz el favor de no tratarme como si fuera al revés. ¿Cuántas veces has escapado de una muerte segura? ¿No crees que algunos de tus enemigos podrían haber corrido la misma suerte?

Gavin notó la boca seca de golpe.

—Qué... pero si... ¿Lo sabe Karris? —Koios. Aquella noche, cuando Karris lloró por sus difuntos hermanos, había pronunciado su nombre. Intentaba reunir el valor necesario para contárselo. Pero incluso esa confesión habría sido como traicionar a su hermano.

—¿Le has revelado tú todos tus secretos a ella?

Una pregunta justa. Le había contado la mayoría, pero no, todos no.

—Pierdes el tiempo —dijo el Tercer Ojo. De repente se mostraba fría y distante, como si mantener la compostura estuviera costándole un esfuerzo tremendo—.

Tienes que volver a la Cromería y buscar a Karris.

—Está herida.

—Deja de interrumpirme. Estará en condiciones de luchar. Los hombres que tu padre contrató para que le dieran una paliza fueron muy meticulosos, profesionales. Tenían órdenes de provocar dolor, no heridas permanentes.

—Entonces ¿fue mi padre? Ese pedazo de...

—En estos momentos eso carece de importancia. Si no llegas a tiempo... Ve a buscarla, solo eso.

—Habla —le exigió Gavin.

—Hablar altera las cosas —dijo la Vidente, crispada. El ojo dorado continuaba resplandeciendo.

—¡Que hables!

—Si no la encuentras, morirás. Una bala de mosquete mañana o un engendro verde pasado mañana. Si la encuentras... los antiguos dioses están despertando, Gavin.

—¿Que los antiguos dioses están despertando? ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—Has perdido el verde. Ya sabes cómo sigue. Esta batalla por salvar Ru es muy noble, pero es la batalla equivocada. También eso lo sabes.

—¿Hay una perdición verde, como la azul?

—No puedes detenerlas a todas, Gavin. Es imposible.

—¿Dónde está?

—Si te lo digo, irás adonde no debes.

—Dímelo.

—Si te lo digo, morirás, condenado idiota —se exasperó la Vidente—. ¡Elige mejor tus preguntas!

—¿Voy a...? —Gavin apretó los puños—. ¿Qué tengo que hacer?

—La compasión no es ninguna debilidad, y el amor comporta un alto precio.

—Me parece que soy más bien de los que...

—A menos que averigües exactamente la clase de hombre que eres, no habrá ninguna esperanza para vosotros.

—Si pretendías dártelas de agorera, te felicito.

—Me gano la vida con mis augurios. ¿Quieres escuchar algo mejor? Vete ya y acuéstate con tu esposa. Aun lastimados y magullados como estáis, podría ser vuestra última oportunidad.

—Vale, ahora sí que has sonado agorera. —Gavin se levantó con una bravuconería que distaba de sentir en realidad. Había averiguado muchas cosas, pero no como a él le hubiese gustado.

—Gavin —dijo el Tercer Ojo—, viniste para preguntarme dónde estaban sus

fuerzas. Han tomado el cabo de Ru, aunque todavía no han izado su bandera. Esperan hundir tu flota en el desfiladero. Ya hay cientos de traidores en la ciudad, incluidos los mercenarios que contrataron los atashianos para protegerlos. Los hombres del príncipe han estado ocupados.

Gavin titubeó.

—¿Cuánto falta para que pierda el resto de los colores?

—Eso dependerá de la clase de hombre que seas.

—¿Según tus cálculos? —insistió Gavin, irritado.

—Si eres tan bueno como yo creo que eres, te queda menos tiempo del que te imaginas. —Hay compasión en sus ojos... salvo en el tercero, implacable, que solo veía la verdad.

Al salir, Gavin se cruzó con Corvan. El hombre había estado llorando, pero se había secado las lágrimas e intentaba aparentar que no había derramado ninguna.

Por las peludas pelotas de Orholam, no puede ser tan grave, ¿o sí?

Los dos hombres se abrazaron, sin decir nada. Bajaron juntos a la playa. El Tercer Ojo los siguió. La gente se había reunido, desvelada ya la identidad del visitante. Lo observaban a distancia. De rodillas. Era como si no supieran cómo decirle a Gavin cuánto significaba para ellos. Mejor así, porque Gavin tampoco sabría qué decir. Agitó una mano, asintió con la cabeza.

—Antes has dicho que a veces te equivocas, ¿verdad? —preguntó a la hermosa mujer de Corvan.

—A veces —respondió ella, apesadumbrada.

Una posibilidad entre mil. Había salido airoso de retos peores.

—Dazen —musitó Corvan. Tragó saliva con dificultad, con la mirada perdida en el mar, en la nada—. Mi señor, me ha dicho que solo conseguiré empeorar las cosas si os acompaño. De lo contrario, me... Mi señor, ha sido un honor.

Cuando Gavin montó en la trainera y Corvan la empujó hasta adentrarla en el plácido oleaje, el Tercer Ojo dijo:

—Que Orholam te guíe, lord Prisma.

Gavin estaba seguro de que no se refería al viaje de regreso a la isla.

102

—Lo mataré, algún día. Pero es bueno en lo que hace. Lo reconozco —dijo Zymun, levantándose de la cama en la penumbra que precedía al amanecer. Liv, que ya estaba despierta y vestida, había terminado casi de imponer algo de orden en sus cabellos—. Dejaré que termine la tarea de unir a las satrapías, y después tomaré el relevo. A menos que amenace con echarlo todo a perder, por supuesto.

—¿Qué piensas hacer? Cuando seas rey, quiero decir. —Liv deslizó las horquillas en su sitio y se atusó el flequillo rebelde.

—Emperador —la corrigió Zymun—. Pero ¿a qué te refieres? ¿Que qué pienso hacer? No eres muy lista, ¿verdad?

No lo suficiente para haberte mandado a paseo cuando tuve ocasión, eso está claro. Liv se quedó paralizada. Cada vez con más frecuencia, la encantadora fachada de Zymun se tambaleaba. Debajo de ella habitaba una sabandija. Le ocurría algo. Algo que se traducía en una vacuidad esencial. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Ahora, cuando la tocaba, se le helaba la piel. Su cuerpo lo sabía. Liv se había dicho que estaba desligándose poco a poco, pero no se trataba de eso: estaba asustada. Asustada de ser una chica desamparada en un campamento armado. Ese tipo de miedo era impropio de una trazadora. Impropio de una mujer adulta. ¿Y él quería tratarla como si no fuera nadie? El odio se enroscaba en su pecho como una serpiente.

Hubo de recurrir hasta al último ápice de autocontrol, pero se giró y lo miró con una máscara de fría condescendencia.

—Zymun, Zymun, Zymun. ¿Emperador? Por favor. Te falta grandeza.

Se apresuró a salir de la tienda. Estaba temblando. ¿Qué fue de tu plan de conseguir que se aburriera de ti? ¿De escapar de sus garras y que pensase que la idea era suya?

Ahora todo se había hecho añicos. Mierda.

Saber cuál era la decisión más inteligente y tener los arrestos necesarios para llevarla a cabo eran dos cosas distintas. Al diablo con él.

Liv acudió directamente a la tienda del Príncipe de los Colores. Había salido. Lo encontró en las afueras del campamento, dando la bienvenida a los nuevos trazadores que habían abandonado Ru y otras ciudades atashianas. Al menos la mitad de ellos se enfrentaban a sus últimos dos años de vida. Cobardes, pensó Liv.

Pero los ejércitos se componen tanto de quienes se alistan por las razones

equivocadas como de quienes lo hacen por las correctas, y el príncipe no daba la espalda a nadie que quisiera ayudarlo. Liv se acercó a él, ensayó una honda reverencia y dijo:

—Magnificencia, ¿podría hablar en privado con vos?

El príncipe se quedó mirándola durante unos momentos antes de disculparse.

—Zymun planea traicionaros —le espetó Liv, sin preámbulos.

—Gracias. ¿Querrás darles clase a estos reclutas?

—¿Cómo? ¿«Gracias»? ¿Eso es todo?

El príncipe la fulminó con la mirada.

—Os pido perdón, mi príncipe. No pretendía levantar la voz.

Koios esbozó una sonrisita indulgente.

—¿Cuándo lo has descubierto?

—Ya sospechaba que poseía una... opinión exagerada de sí mismo, pero no ha manifestado sus traidoras intenciones hasta esta mañana.

—Y has venido a verme directamente.

—Sí, mi señor.

Uno de los criados se separó de las filas y encaminó sus pasos hacia el príncipe, que levantó una mano para ordenarle que esperara.

—Ya lo sabíais —dijo Liv.

—Ya lo sabía.

—Entonces... ¿Queríais que espiara para vos?

—Dímelo tú. —Otra criada hizo ademán de acercarse, y de nuevo el príncipe le indicó que no deseaba que lo interrumpieran. Dirigir un ejército significaba tomar decisiones de sol a sol.

—No estabais poniéndolo a prueba a él, sino a mí.

—¿Sí?

—Sabíais que iba a traicionaros, pero no si yo haría lo mismo. De modo que he superado la prueba. ¿Estaba Zymun al corriente de esto? —En tal caso, eso significaría que todavía gozaba del favor del Príncipe de los Colores, y Liv no se había enemistado con él tan solo por lealtad hacia el príncipe. Cabía la posibilidad de que acabara de ganarse un poderoso adversario, sin ganar un aliado aún más poderoso en el proceso.

—¿Sabes lo que pasa con un huevo que recibe calor?

—Que eclosiona —respondió Liv.

—¿Y si se le sigue aplicando calor?

—No estoy segura de...

—Que se cuece —sonrió el Príncipe de los Colores, indulgente y magnánimo—. Todas las cosas requieren su tiempo. La precipitación puede estropearlas. Por eso tantos engendros de la Cromería enloquecen y se vuelven peligrosos, no porque esa

sea la naturaleza innata de los engendros, sino porque sus trazadores llegan al límite de su humanidad y sucumben al pánico. La gente aterrada es poco práctica. Por el contrario, con el debido cuidado, dedicando años de esmerada planificación a prepararlos para la transición, sus esperanzas de éxito aumentan drásticamente. Imagínate lo que podrían conseguir si tuvieran a alguien que les enseñara lo que tienen que hacer.

—Eso es... muy juicioso. ¿Y qué vais a hacer con Zymun?

—Zymun está asombrosamente dotado y es muy, muy peligroso. Carece de la calidez humana más elemental. Solo un necio confiaría en alguien así, pero al utilizarlo he comprobado que puedo confiar en ti. Ahora bien, ¿sabía que venías a verme?

—Me... me temo que sí. Lo he convertido en un enemigo temible, mi señor.

—Hazme un favor. Habla alto y claro y jura que Zymun es un traidor, que jamás osarías mentirme y todo eso. —Las facciones del príncipe se deformaron—. Hazlo. Ahora mismo.

—¡Mi señor! ¡Os lo juro! Zymun es un traidor... ¡Jamás osaría mentiros! ¡Tenéis que creerme! —Liv se dejó caer y se abrazó a las rodillas del Príncipe de los Colores.

Koios le cruzó la cara de un guantazo, tan violento que a Liv le bailaron los dientes y se desplomó, sollozando.

Dos guardias la levantaron del suelo y se la llevaron a rastras al otro lado de la tienda, donde no pudiera verla nadie, pero aún lo bastante cerca como para que Liv pudiera escuchar lo que decían. Oyó la voz de Zymun, tan zalamero como siempre, sin rastro de temor. Debía de estar de espaldas a ella, puesto que no logró entender todas sus palabras.

—Zymun —dijo el Príncipe de los Colores—, voy a darte un pequeño destacamento, trazadores y soldados, en la proporción que elijas, pero solo veinte hombres, y asegúrate de incluir artilleros en el grupo. Quiero que cruces el desfiladero a medianoche, que escales los acantilados y tomes el cabo de Ru. Es posible que haya cuerdas esperándoos, o no. Tenemos espías, pero son un hatajo de criminales propensos a la histeria. Impredecibles. En cualquier caso, ocupa el cabo de Ru y deja que la bandera atashiana siga ondeando. La flota de la Cromería se encuentra a dos jornadas de distancia. No hostigues a las naves de exploración, abre fuego únicamente cuando el grueso de la flota empiece a internarse en el desfiladero. Espero que hundas al menos una docena de embarcaciones. Al menos. Ah, y no lleves verdes contigo. Solo azules. Las perdiciones se sentirán desorientadas hasta que llegue Atirat.

Zymun repuso algo.

—No. De ninguna manera. La necesito.

Algo más. Liv se maldijo por no ser capaz de escucharlo, pero se resistía a

desvelar su presencia.

—Zymun —dijo el Príncipe de los Colores, levantando la voz, como si el joven se hubiera alejado—, en cierta ocasión te encomendé una misión de vital importancia y fracasaste. Perdiste una magia que valía por diez de vosotros. El error fue mío por confiarte algo tan importante, por eso no te castigué. Esperaba abortar esta guerra antes de que empezara. Pensé que el riesgo merecía la pena. Eres uno de los mejores, Zymun. Sabes que he sido permisivo contigo, y también sabes por qué. A un selecto grupo de privilegiados les consiento que cometan un error. Pero solo uno. ¿Entendido?

103

Puño de Hierro les pidió a Kip y a Cruxer que se reunieran con él en la trainera central. En vez de poner rumbo directamente al cabo de Ru, como había hecho Gavin, el comandante decidió remontar la costa bosquesangrienta.

Aunque solo llevaban dos horas de travesía, Kip estaba nervioso. No le gustaba sentirse atrapado en un bote. Se esforzó por disfrutar del salitre que le salpicaba la cara y de las pequeñas poblaciones que encontraban a su paso. Ese día el mar estaba mucho más calmado, y el cielo era cegadoramente azul. Las aguas, por su parte, cambiaban de color a cada bahía y ensenada.

Llegaron a la nave de exploración tan deprisa que apenas si les dio tiempo a desensamblar los blindados marinos. Rodearon un cabo y allí estaba, acercándose al mismo punto desde el otro lado, ondeando su bandera con las cadenas rotas. El comandante Puño de Hierro impartió las órdenes pertinentes, y dos de los blindados aceleraron para adelantarse al resto.

La coca era una embarcación pequeña. De veinticinco pasos de eslora, con una veintena de tripulantes, velas latinas y seis cañones de mediano tamaño por banda, montados en carronadas a la antigua usanza en lugar de en troneras. No disparó ni una sola vez. El marinero encargado de accionar la carronada de proa todavía estaba intentando cargar cuando los dos blindados marinos flanquearon la nave. Uno de ellos adosó el revientacascos cerca de la proa, mientras el otro hacía lo propio en la popa. Una vez completada la maniobra, se alejaron a gran velocidad.

Kip podía oír los gritos de los marineros, y durante lo que se le antojó una eternidad, pensó que los explosivos habían fallado.

Detonaron al unísono. Los estampidos amortiguados sacudieron la coca de babor a estribor. El incendio resultante no tardó en apagarse cuando las aguas engulleron el barco.

Con cuatro grandes boquetes en el casco, el hundimiento no tardó en consumarse. A una señal del ensordecedor silbato de Puño de Hierro, los blindados marinos se reagruparon y sellaron sus embarcaciones individuales en posición. Para cuando terminaron, la coca ya había terminado de sumergirse. Una docena de hombres y mujeres se mantenían a flote pedaleando en el agua o agarrándose a los restos de madera.

—Comandante, ¿deberíamos hacer prisioneros para interrogarlos? —preguntó el capitán de la guardia Beryl.

Puño de Hierro miró a los supervivientes del naufragio y calculó la distancia que los separaba de la orilla. No era excesiva. Abandonarlos no equivaldría a condenarlos a muerte, además Kip sabía que no tenían sitio para transportar cautivos y seguir hundiendo barcos.

—Nuestra misión está en otra parte —dijo el comandante—. Para cuando informen a sus generales, creo que ya habremos terminado.

Continuaron recorriendo la costa. No había transcurrido ni media hora cuando un tufo pestilente bañó la trainera como una ola. El hedor de la muerte.

—Hay una aldea a una legua o dos de distancia —dijo uno de los guardias negros —. Barza, se llama. Me crié a unas pocas ensenadas de allí.

La nave se adentró lentamente en la bahía de Barza, y a Kip lo alivió comprobar que la aldea no era un montón de cenizas. Pero la playa estaba atestada de cientos de formas grises, tan apiñadas que apenas si podía verse la arena. Alrededor de una docena de personas caminaban por encima de ellas, portando machetes y cubos.

—¿Qué es eso, ballenas varadas? —preguntó Cruxer.

—Orholam misericordioso —musitó alguien.

El viento empujó una vaharada de carne y sangre putrefactas hasta la trainera, y Kip sufrió una arcada. Le sobrevino una sensación extraña. No eran solo el mareo y la repugnancia; se sentía atrapado. Se contuvo para no zambullirse entre las olas y escapar nadando. No sabía muy bien adónde. Era lo mismo que debía de sentir un animal enloquecido por el cautiverio.

—Comandante —dijo uno de los guardias negros—, no me encuentro bien.

—Se trata de pescado muerto, eso es todo —repuso Puño de Hierro—. Kalif y Presser, trazad unos remos.

Así lo hicieron, además de unos toletes en los que apoyarlos, y los guardias negros prosiguieron la travesía remando. Cuando llegaron a cuarenta pasos de distancia, los aldeanos por fin repararon en su presencia. Algunos emprendieron la huida de inmediato, mientras que otros se limitaron a observarlos con los ojos entrecerrados.

Un hombre alto, mayor que los demás, armado con algún tipo de lanza de hoja alargada que había estado utilizando para traspasar la gruesa piel de las ballenas, se irguió encima de uno de los cadáveres medio descuartizados con una mano en la cadera.

—Vaya, el mar nos depara las sorpresas más disparatadas, ¿no es cierto?

—¿Sois el conn de este sitio? —preguntó el comandante Puño de Hierro.

—Por así decirlo —respondió el hombre.

—Soy el comandante Puño de Hierro, de la Guardia Negra de la Cromería.

—¿Puño de Hierro? Sí, nos suena ese nombre por estos lares. Tenéis una barca de lo más curiosa. Soy el conn Barba de Musgo.

Que Kip discerniera, su barba no presentaba ni rastro de musgo, aunque su tinte verdoso conseguía que pareciera estar recubierta de líquenes.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Puño de Hierro.

—Hace un par de semanas que suceden cosas extrañas, aunque lo de hoy no ha sido tan grave —respondió el conn—. El ganado se comporta como si hubiera coyotes en el corral, aunque no los haya, ¿sabéis lo que quiero decir? Los caballos de tiro y los bueyes rehúyen los arneses. Los caballos se muestran asustadizos. Los cerdos se vuelven agresivos de repente, como si fueran jabalinas. Los heridos se cuentan por docenas, agredidos por bestias que conocen de toda la vida. Este es un pueblo de granjeros y pescadores, sabíamos que algo no andaba bien. Pero todavía no hemos descubierto de qué se trata. Dicen que cuando los grandes poderes chocan, la gente humilde lo lamenta, no sé. —Escupió en el suelo.

Puño de Hierro no lo interrumpió, e indicó a los alterados guardias negros que tampoco ellos hablaran. Si el hedor de las ballenas en descomposición no hubiera sido tan abrumador, Kip habría saltado de la embarcación.

Pero ¿qué mosca me ha picado?

—Las ballenas llegaron ayer a la playa. Había escuchado historias parecidas antes. Nunca lo había visto con mis propios ojos, como tampoco nunca había oído que lo hicieran tantas a la vez. No podían haber elegido un sitio mejor, pensé al principio. La carne y el aceite podrían durarnos años, pero... —Se levantó la túnica, y Kip vio que tenía un vendaje en el costado. Empapado de sangre—. Empecé a impartir órdenes, como he hecho mil veces. Aquí la gente sabe que en casos como este hay que arrimar el hombro. Pero, en vez de eso, me agredieron. Hombres y mujeres que conozco de toda la vida. Me atacaron y se dieron a la fuga. También los animales se han ido. Fue como si hubiera estallado una epidemia de locura. Solo que no nos afectó a todos. Los más cabales todavía estamos aquí. Coro, ese de ahí, siempre ha estado alelado, le daban ataques si no recibía exactamente una galleta con la puesta de sol, exactamente dos lonchas de panceta para almorzar. Ahora está más cuerdo que vos y que yo. Pero los que antes eran normales, la mayoría se marchó hace ya tiempo. No sé adónde. No sé qué podemos hacer aparte de descuartizar lo que podamos y esperar que esto pase como una tormenta.

—¿Nadie se comportó... hum, de forma extraña antes de irse? —preguntó un guardia negro llamado Pots. Se giró hacia Puño de Hierro—. Con vuestro permiso, comandante.

—Aquí todos somos buenas personas —respondió el conn—. Decentes. Devotos.

—La gente hace cosas extrañas cuando no está en sus cabales. Cosas de las que en realidad no tienen la culpa —dijo Pots.

El conn hizo una mueca. Escupió de nuevo.

—Fue como si la gente perdiera todo el sentido del dec... del decoro, si sabéis a

qué me refiero. Vi... vi... —Volvió a escupir. Apartó la mirada—. Gente fornicando como animales. Gente paseándose en cueros. Gente gruñendo, aullando y ladrando. Ladrando. ¿Alguna vez habéis oído a alguien ladrar hasta quedarse ronco? No lo creería posible si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Vi hombres a los que conozco desde hace cuarenta años ladrándose los unos a los otros. Pensé que iba a morirme de miedo. Como si fueran bestias en todo salvo en la apariencia.

—Sea lo que sea, también enloquece a los animales —dijo el comandante Puño de Hierro.

—¿Vosotros también lo notáis? —preguntó Pots.

Casi todos los guardias negros dijeron que sí, murmurando.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Puño de Hierro.

—Kip, ¿tú lo notas? —preguntó Pots.

—Por supuesto.

—Nerra, ¿y tú?

—No.

—¿Comandante?

—Ligeramente, tal vez.

—Wil, ¿tú?

Wil tragó saliva.

—Me siento medio desquiciado, si te digo la verdad.

—Son los verdes —le dijo Pots al comandante Puño de Hierro—. Algo anda mal con el verde. Lujuria, desenfreno, rebelión contra la autoridad. El Príncipe de los Colores ha contaminado el verde.

—Atirat —musitó ominosamente alguien.

—Sea lo que sea, no afecta solo a los trazadores —dijo Pots—. Se está propagando a los mundanos e incluso a los animales.

—¡Barba de Musgo! —exclamó el comandante Puño de Hierro—. Haremos lo que podamos por detenerlo. Vuestro pueblo aún podría regresar. Quizá todo vuelva a la normalidad.

Había acero en la mirada del conn Barba de Musgo cuando los contempló.

—¿Normalidad? Descubrí a mi esposa con otro hombre, y cuando me vio, se echó a reír y siguió como si nada. La miré a los ojos y no fui capaz de decidir si había enloquecido, lisa y llanamente, o si la locura estaba permitiéndole hacer lo que siempre había deseado.

Puño de Hierro no dijo nada.

—Seguid jugando a la guerra. Seguid sembrando la devastación a vuestro paso. Al final, el pato lo paga siempre la gente humilde. Maté a mi esposa, señor, a la mujer que había permanecido a mi lado a pesar de las sequías, de las plagas, de los incendios y de la muerte de cuatro hijas durante veinticuatro años. Nadie podrá

deshacer lo que he hecho.

Se alejaron remando, y Barba de Musgo continuó descuartizando la ballena en la que estaba subido sin dirigirles otra vez la mirada.

—Verdes —dijo el comandante Puño de Hierro, sin mirarlos—, avisad si empezáis a sentiros peor. Si pensáis que estáis a punto de volveros contra nosotros. Hoy no estoy dispuesto a perder a nadie, ni enloquecido ni muerto. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Kip al mismo tiempo que sus compañeros.

Aquel día remontaron toda la costa atashiana, casi hasta el cabo de Ru, y hundieron media docena de barcos. En muchos de ellos, los marineros se habían amotinado, reacios o incapaces de acatar las órdenes y comportarse como unidades coherentes. Eso los convertía en presa fácil, y los mandaron a pique sin dificultad.

Francamente, era tan fácil que resultaba sobrecogedor. Con la combinación de su velocidad, la potencia explosiva de los revientacascos y el hecho de que las naves a las que se enfrentaban estaban desprevenidas y nunca habían visto nada parecido a los blindados marinos —y mucho menos estaban preparadas para enfrentarse a ellos — hundieron un barco tras otro. Pero su sensación de invisibilidad se desvaneció cuando Post recibió un balazo en el hombro. Le pusieron una venda y consiguieron llegar al cabo de Ru, sobre cuyos acantilados rojos señoreaba un fuerte erizado de cañones de largo alcance con los que protegía el estrecho desfiladero de la bahía. Se acercaron lo imprescindible para echar un vistazo a las banderas, que todavía ondeaban con los colores atashianos.

El comandante Puño de Hierro dio entonces la orden de reunirse con la flota, y regresaron al punto de partida una hora antes del anochecer; justo a tiempo, puesto que solo después de otra hora de consultar el sextante y la brújula, de deambular sin rumbo, confiarse a la intuición y volver a recurrir a los instrumentos consiguieron encontrar al resto de la flota, que avanzaba a buen ritmo en dirección al cabo de Ru. Ya solo faltaban tres días. Kip y los demás verdes se alegraban de haberse alejado de la costa atashiana, no obstante. El muchacho podía sentir cómo disminuía su locura con la distancia.

Intercambiaron impresiones, y dudas, puesto que sopesar las sensaciones de creciente temor no era tan fácil como utilizar las cuentas de un ábaco, pero concluyeron que lo que fuera que estuviese provocando aquella locura debía de provenir del campamento del Príncipe de los Colores. O de alguno de sus barcos, en las inmediaciones. Nadie parecía deseoso de hablar de la batalla inminente cuando los hombres lo mismo podían saltar por la borda que acatar las órdenes. Era una invitación a la matanza y el caos.

Gavin no regresó aquella noche. Kip se preguntó si habría muerto en alguna parte, lejos de todo y de todos, desamparado.

A la mañana siguiente, el comandante Puño de Hierro organizó otra expedición,

pero esta vez no permitió que ningún trazador verde se embarcara con él. Kip se quedó solo. Se despidió de Cruxer agitando la mano mientras hacía una mueca, lamentando su infortunio. Al girar sobre los talones para regresar adentro, se encontró de bruces con Grinwoody.

—Joven amo —dijo el esclavo—. El señor de la lux Guile dispone de una hora libre. Le gustaría jugar a los nueve reyes con vos. Tened la bondad de acompañarme.

Evidentemente, era una orden.

—¿Y si me niego? —preguntó Kip.

Grinwoody esbozó su característica y desagradable sonrisa.

—Tendríais que nadar mucho para volver a casa.

104

Gavin logró llegar a duras penas a la Cromería antes de la puesta de sol, con la trainera perdiendo cada vez más velocidad mientras sus ojos se esforzaban por capturar los últimos restos de luz. Al menos las aguas estaban lo suficientemente tranquilas como para permitirle fondear directamente en la cara oculta del Pequeño Jaspe, donde había un diminuto embarcadero, en lugar de tener que trazar una arenera completa a la luz de las estrellas, remar hasta el Gran Jaspe y finalizar el trayecto a pie.

Una vez sobre las decrépitas tablas, desintegró la trainera amarilla. Se frotó los brazos y los hombros, en un intento por que no se le agarrotaran. Notaba los músculos temblorosos y debilitados después del largo viaje, a pesar de que había aminorado el ritmo en las dos últimas horas. Empezaba a tener el enfermizo presentimiento de que cada vez le costaba más trazar el amarillo. Tenía la esperanza de que se debiera únicamente a la creciente oscuridad, y que a la mañana siguiente no se despertara siendo incapaz de trazarlo en absoluto. En tal caso, regresar junto a la flota antes de que terminara la batalla iba a ser complicado.

Quiso sonreír para exorcizar sus temores. Por lo menos iba a pasar esa noche en los brazos de Karris. A la noche eterna con todo lo demás. ¿Qué había dicho el Tercer Ojo? «Aun lastimados y magullados como estáis, podría ser vuestra última oportunidad.» Gavin se sentía cansado y dolorido, pero no lastimado ni magullado por lo que, o bien se refería solo a Karris, o bien sencillamente se equivocaba. Fuera como fuese, no iba a resolver en ese momento los misterios de sus profecías, ni le apetecía. Tan solo quería ver a su esposa. Su esposa... Qué raro sonaba eso. Y sin embargo, cuánto la había extrañado. La añoranza era aún mayor ahora que Karris estaba tan cerca y sus pensamientos no giraban exclusivamente en torno a luchar, a urdir planes, a hacer esto, aquello y lo otro. Una parte de él se temía que Karris pudiera desaparecer como no se apresurara. Abrió la cerradura de la recia puerta de roble. Los goznes estaban oxidados. Al tirar de la pesada hoja de madera, volvió a darse cuenta de lo cansados que tenía los brazos. Intentó levantar una mano por encima de la cabeza y descubrió que le resultaba imposible.

La puerta daba acceso a un túnel interminable y claustrofóbico, apenas lo bastante ancho como para permitir el paso de un hombre que caminara de costado. Gavin apoyó la mano en un sofisticado interruptor de subrojo y, gracias al calor que desprendía su cuerpo, se desencadenó una reacción que abrió los paneles de luxina

amarilla distribuidos a lo largo del túnel. En ocasiones, las cosas tan sencillas y elegantes que podían conseguirse con la magia lo impresionaban mucho más que cualquier portento de fuerza bruta.

Cinco minutos de inmersión en el túnel lo depositaron ante una reja de hierro dotada de una cerradura distinta. La franqueó y subió por una angosta escalera hasta el patio principal de la Cromería. Dos guardias negros lo flanquearon antes de que llegara a los ascensores. Los saludó con una sonrisa.

—Caballeros.

—Lord Prisma —dijeron al unísono.

Tomó ese primer ascensor, después un segundo hasta su planta y pasó por delante de los guardias negros, que no parecieron sorprenderse en absoluto al verlo. ¿Quién sabía cómo hacía eso? Caminó hasta la puerta de su habitación. Una vez allí, le pareció oír algo y miró por encima del hombro. La puerta de la Blanca estaba cerrándose, muy despacio.

Estará dormida. Sus guardias procuran que no se despierte, eso es todo.

Titubeó. Deberías investigarlo, se dijo. Durante un segundo fue consciente de estar debatiéndose entre acudir al encuentro de una mujer tan hermosa como Karris y visitar a una anciana arrugada. ¿Qué idiota se deja asaltar por esa clase de dudas?

Maldiciéndose por estúpido, dio la espalda a su puerta y cruzó el pasillo a largas zancadas. Presentarse en las habitaciones ajenas con el cuerpo rebosante de luxina era una grosería; equivalía a irrumpir con una pistola apuntada a la cabeza de tu anfitrión, y aunque Gavin gozaba de innumerables privilegios, ese no era uno de ellos. No con la Blanca. De modo que se cargó de supervioleta. Si no podían verlo no sería grosero, ¿verdad?

Abrió la puerta tan sigilosamente como se había cerrado. Una rendija, primero; después un poco más. El suelo estaba sembrado de cuerpos uniformados con el atuendo de la Guardia Negra, y una figura vestida de negro de la cabeza a los pies caminaba a hurtadillas hacia el lecho de la Blanca.

La luz procedente del bien iluminado pasillo delató a Gavin. La figura giró en redondo y, con el mismo gesto fluido y veloz, desenfundó una pistola de su cinturón.

Gavin terminó de abrir la puerta de par en par con el hombro y entró en los aposentos de la Blanca, gritando:

—¡Asesino!

La pistola rugió. El proyectil astilló la madera y se desvió, rebotando en la piedra que había detrás de la puerta.

Una bola gris de aproximadamente dos pies de diámetro salió disparada de las manos del hombre, impactando en el guardia negro de Gavin más adelantado mientras irrumpía en la habitación e intentaba desenfundar su pistola. Lo tumbó de espaldas y lo arrojó contra su compañero.

El asesino, que había soltado la primera pistola, desenfundó otra y se dispuso a ejecutar a la Blanca, que se había despertado y pugnaba por levantarse de la cama.

Desde el suelo, Gavin disparó un fino rayo supervioleta, y mientras el asesino se volvía, el supervioleta de Gavin danzó sobre la mano del hombre. A continuación, Gavin proyectó el resto de la luxina acumulada.

El supervioleta es delicado. Todo el que contenía Gavin probablemente pesaba tanto como un alfiler, y no era muy fuerte, pero incluso un alfiler disparado a gran velocidad puede surtir algún efecto. El supervioleta surcó el aire y golpeó el dorso de la mano del asesino, rompiéndole los huesos y arrancándole la pistola de entre los dedos.

Procedente de una docena de fuentes, una luz nacarada inundó la cámara. Gavin se levantó del suelo de un salto, absorbiendo la luz instintivamente para acribillar al asesino con una lluvia de lanzas azules.

Ya se había incorporado por completo, impulsando el cuerpo hacia delante para contrarrestar el violento retroceso de la magia que se disponía a lanzar, cuando se dio cuenta de que no había trazado nada.

La réplica del asesino, otra bola de luz cenicienta, alcanzó a Gavin de lleno en el pecho y lo arrojó hacia atrás por los aires. Se estrelló contra una pared, y el impacto le vació los pulmones de aire.

Verde, lo informó su cerebro. No está trazando el gris, sino el verde. Ya no puedo verlo, eso es todo.

El asesino desenfundó otra pistola y apuntó a Gavin con ella. A esa distancia, con Gavin intentando aún recuperar el aliento, el hombre no podía fallar.

Un fogonazo de luz nacarada iluminó al desconocido, y Gavin vio a la Blanca en pie cubierta tan solo por el camisón, envuelta en una nube de diminutas partículas resplandecientes que flotaban como motas de polvo. La anciana proyectó las manos hacia delante, y la nube entera imitó su ejemplo. El ruido que hicieron los diminutos dardos al golpear al asesino recordó a Gavin el sonido de la sala de entrenamiento de los arqueros de la Guardia Negra, cuando toda una andanada de flechas impactaba en las dianas.

El asesino se quedó paralizado; un instante después, su piel se cubrió de diminutas perlas de sangre. Estaba de espaldas a la Blanca, y los diminutos dardos cristalinos lo habían atravesado de parte a parte. A continuación parpadeó con los ojos inyectados en sangre, desconcertado, sabiendo tan solo que algo andaba espantosamente mal, antes de desplomarse en el suelo y empezar a retorcerse, pasto de convulsiones.

El mundo no se detuvo. Mientras el hombre caía, una tromba de guardias negros irrumpió en la estancia en medio de un ensordecedor estruendo de silbatos. Una espada se abatió sobre la espasmódica muñeca del asesino, separando de su cuerpo la

pistola aún cargada y la mano que la empuñaba.

La repentina marea humana supuso casi un alivio. Los guardias negros conocían sus prioridades. Eliminar la amenaza, asegurar la zona, comprobar el estado de salud de su protegida, comprobar la gravedad de las heridas de sus compañeros, notificar a la cadena de mando, etcétera. Gavin se dejó transportar por el frenesí de actividad. Había recibido un fuerte impacto y tendría suerte si resultaba que no se le había roto ninguna costilla, pero respiraba, al igual que la Blanca.

Curiosamente, parecía que los dos guardias negros que custodiaban a Orea Pullawr también estaban con vida. Uno de ellos permanecía inconsciente, y el otro solo recordaba que lo habían agarrado por la espalda y le habían aplastado un trapo pestilente contra la cara. Aparentemente, quienquiera que hubiese enviado al asesino intentaba poner de relieve la vulnerabilidad de toda la Cromería con un atentado lo más limpio posible. Las armas de fuego y la magia solo habían salido a relucir cuando la sombra del fracaso se cernió sobre el asalto.

Encontraron la puerta del balcón de la Blanca entreabierta, y cuerdas de escalada que se mecían sobre el vacío, sujetas al tejado. El asesino debía de haber amarrado las cuerdas en lo alto y, tras descubrir el balcón de la Blanca cerrado a cal y canto, decidió ir al tejado y entrar por la puerta. Se trataba de un plan arriesgado que le permitiría escabullirse tras el asesinato abriendo el balcón desde dentro y descolgándose por las cuerdas sin alertar a nadie. El asesino habría dispuesto de unos valiosos minutos para escapar con vida. No era ninguna misión suicida. La Guardia Negra comenzó de inmediato a bajar por la torre para registrar todas las habitaciones con una ventana o un balcón que dieran a la cara norte, en busca de posibles cómplices.

Gavin estaba sobrecogido. Hacía tan solo unos meses, habría aniquilado al agresor con sus propias manos. Ahora, su ceguera a los colores había estado a punto de costarles la vida a la Blanca y a él. Contempló las luces grises que iluminaban toda la estancia. No eran grises, sino azules y verdes. La Blanca era una bicroma verde y azul, por lo que evidentemente había preparado antorchas de lux en previsión de una situación como aquella, a fin de disponer de luz de inmediato para trazar en un abrir y cerrar de ojos. Ante un asesino menos experto, el repentino torrente de luz habría bastado por sí solo para ganarle unos segundos. No ante este. Pero fuera como fuese, entre la interrupción de Gavin y la Guardia Negra, había dado resultado.

Se preguntó si la Blanca estaría bien. Hacía años que no trazaba, y tampoco gozaba precisamente de una salud de hierro.

Gavin se levantó con la ayuda de los guardias negros, justo a tiempo de que Karris cruzara la puerta corriendo y se chocara con él. Lo agarró con tanta ferocidad que estuvo a punto de derribarlo de nuevo. Cuando se repuso de la sorpresa, Gavin le devolvió el abrazo.

—Oí que se había producido un intento de asesinato, y que estabas implicado, y... ¡y me diste un susto de muerte, Gavin Guile!

—Te has cambiado el pelo —dijo él, como un memo. Se había teñido de rubio su habitual moreno tyreano. Le gustaba el rubio.

—Te gusta el rubio —dijo Karris.

—Me ha salvado la vida —intervino la Blanca. Se acercó a ellos. Caminando, en vez de sentada en su silla de ruedas. Gavin no podía ver el halo en sus ojos grises, pero sí que estos ya no parecían descoloridos ni insaturados. Ahora parecían otra vez los ojos de una trazadora. Un suave rubor le teñía las mejillas. Parecía más fuerte, más joven, y sin embargo sus halos permanecían intactos. Por suerte—. Dicen que habló antes de morir. Dijo: «La luz no se puede encadenar». ¿Sabes lo que significa, Gavin?

—Significa que tenemos un problema —musitó Gavin.

—Significa que la Orden del Ojo Fragmentado existe y ha decidido dar la cara. Ese es el problema. La orden se ha rebelado. Nos ha declarado la guerra. Ahora vete, sé que tienes otros planes en mente para esta noche. Me quedaré despierta hasta que salga el sol, contando lo sucedido, dando órdenes y contestando preguntas. Yo me encargo de esto. Y tú... —Hizo un ademán en dirección a Karris—. Tú encárgate de eso. —Le guiñó un ojo.

—Gracias —dijo Gavin. Sonrojándose ligeramente, lo más probable.

—No, Gavin, gracias a ti —dijo la Blanca—. Gracias.

No podía volver a su cuarto como si no hubiera ocurrido nada, por supuesto. Primero había que registrarlo (Gavin contuvo el aliento mientras investigaban el interior del armario) y apostar guardias. Marissia, sentada en su pequeño taburete de esclava junto a la puerta, parecía que estuviera intentando volverse invisible a ojos de Karris, pero no quería marcharse a no ser que la echaran en caso de que Gavin necesitara cualquier cosa. Gavin se negó tajantemente a permitir que un guardia negro se quedara con él.

—Karris está aquí. Ella también es de la Guardia Negra. —Mientras el hombre discutía con él, Gavin miró a Marissia de soslayo y le hizo una seña. Con gesto de agradecimiento, la mujer salió discretamente por la puerta.

—Mmm, nos tememos que pudiera estar... distraída, lord Prisma —dijo secamente el capitán de la guardia Blademan. Pero bueno, ¿acaso Puño de Hierro les daba clases para que desarrollaran esa actitud?—. Alguien ha atacado a la Blanca tras encaramarse hasta su balcón. No permitiremos que corráis el menor peligro.

Al final, apostaron dos guardias negros en el balcón y corrieron una cortina. Ambos hombres recibieron una recia capa de lana, un sombrero y la orden de no entrar hasta que Gavin los llamara dando unos golpecitos en el cristal... si es que los llamaba. Otros guardias se apostaron detrás de la puerta, definitivamente no

insonorizada.

Ser candidato a sufrir un atentado en cualquier momento era un auténtico incordio.

—¿Cómo estás? —preguntó Karris mientras cerraba la puerta.

Gavin apenas la oyó. Estaba aprovechando la oportunidad para mirarla, para contemplarla realmente por primera vez. Parecía que hubiese pasado fuera una eternidad. Antes no se había percatado, pero Karris aún se movía con cuidado. Los moratones y la hinchazón se habían reducido, pero no por completo. Era dura de pelar.

—Tus ojos tienen mejor aspecto —dijo Gavin—. ¿Y el resto?

—¿Mis ojos? ¡Pero si parezco un mapache! —Karris arrugó la nariz como un roedor y emitió unos sonidos chillones con los que Gavin supuso que pretendía imitar el ruido que haría un mapache.

—Hazlo otra vez —dijo.

Karris se echó a reír, azorada, y Gavin se rió con ella.

—Eres el mapache más condenadamente bonito que he visto en mi vida.

—Oh, Gavin Pico de Oro —bromeó Karris—. Con esa labia conseguirás que me... Oh, vaya. —Merced a algún tipo de truco de magia femenino, aparentemente sin utilizar las manos, su ropa interior se deslizó por sus piernas hasta caer al suelo. La apartó lejos de ella con una patada y sonrió de oreja a oreja, complacida consigo misma. Hum. Su aspecto era arrebatadoramente travieso.

A Gavin se le secó la boca. Karris abrió su túnica, dejó que cayera de sus hombros hasta arremolinarse en el suelo, a sus pies, y se acercó a él. La blusa de seda que se ceñía a sus curvas estilizadas se acababa antes de cubrirle por completo las caderas.

—¿Os sentís con fuerzas para resistir mis atenciones, mi señor?

—Los dos estamos lastimados y magullados. —A Gavin se le escapó una sonrisa. Puñeteros Videntes—. Y mugrientos, yo al menos. Hoy he surcado el mar de costa a costa. Pero ya veo que... —No, no menciones a Marissia ahora—. Ya veo que la bañera está preparada. Podría...

—¿Vuelves, me encuentras medio desnuda y solo se te ocurre darte un baño? —preguntó Karris, aunque su tono era risueño.

En lugar de responder con otra agudeza, Gavin la miró directamente a los ojos y dijo:

—Quiero que esta noche sea perfecta.

—La perfección no me interesa, Dazen Guile. Te quiero a ti.

Ante eso solo cabía responder de una manera. Gavin le acarició la mejilla con una mano y acercó los labios a los de ella. Karris era cuanto había de cálido, suave y seguro en el mundo. La abrazó mientras ella lo atraía hacia sí, admirando los

músculos de sus hombros y sus brazos, la espectacular diferencia de tamaño que los separaba. Gavin la correspondió envolviéndola por completo en sus brazos. La estrechó con fuerza.

—Ay, mis costillas, mis costillas —protestó Karris, interrumpiendo su beso. Las magulladuras. Claro.

Karris aprovechó el paréntesis para agarrar su camisa y sacársela por encima de la cabeza. Gavin reprimió un jadeo.

—Mi hombro, mi hombro —gruñó Gavin. Karris terminó de quitarle la camisa con más delicadeza, y ambos se quedaron mirándose, sonriendo.

—Uau —dijo Karris—. Es verdad que apestas.

—Oye, que...

—¡Era broma!

—Ja. Cierra el pico y ven aquí —dijo Gavin.

Karris agarró su cinturón y comenzó a aflojarlo a tirones, pero Gavin la abrazó y la besó de nuevo y deslizó las manos sobre la seda, con delicadeza, recorriendo su cintura y sus caderas hasta apresarle las nalgas bajo el camisón. Emitió un sonido gutural, la levantó en volandas de improviso y cargó con ella hasta su cama.

Karris lo sostuvo con firmeza mientras hacían el amor. Lo sostuvo con sus piernas esbeltas y musculosas, empujándolo contra ella, dentro de ella. Lo sostuvo con su sexo, contoneándose contra él. Lo sostuvo con los brazos, solazándose en su musculatura y en todo su cuerpo, clavándole las uñas en la espalda y guiándolo con sutileza hacia el súmmum de su placer. Y lo sostuvo con la mirada, con un apetito tan intenso que sobresaltó a Gavin, con un deseo tan intenso que lo inflamaba, y con una conexión tan intensa que amenazaba con rebasar los límites de lo tolerable. Pero cuando Gavin giró la cabeza, Karris le sujetó la barbilla y volvió a atraerlo hacia sí, lo besó y le mordió el labio a modo de castigo. Lo abrazó, lo atenazó mientras Gavin alcanzaba el clímax, y lo sostuvo dentro de ella después, deslizando los dedos por sus cabellos, jugueteando con su oreja.

Gavin no se había sentido tan comprendido y aceptado en toda su vida.

Cuando recuperó la capacidad de raciocinio, se acodó en la cama y acarició su cuerpo. La piel de Karris resplandecía a la dorada luz de la lámpara mientras disfrutaba de su escrutinio, sin hacer el menor esfuerzo por cubrirse. Gavin sintió deseos de ensalzar su hermosura de un millón de formas distintas, pero ninguna de sus palabras parecía estar a la altura de esa misión. ¿Cómo expresar hasta qué punto lo fascinaba, lo enardecía, lo maravillaba? Recordó un antiguo voto nupcial del Bosque de Sangre.

—Con mi cuerpo, yo te adoro —dijo. Se agachó y le besó el cuello, los senos, los labios.

Hicieron el amor de nuevo, en silencio, y Gavin procuró complacerla por todos

los medios, interpretando cada suspiro, cada estiramiento y cada crispación de los dedos para guiarse. Y obtuvo su recompensa. Repetidamente. Karris sacudió la cabeza y se rió al ver la familiar sonrisita de autocomplacencia en los labios de Gavin. Se perdieron el uno en el cuerpo del otro durante horas, hablando, abrazándose, llorando, hablando un poco más, haciendo el amor otra vez, bañándose juntos por fin cuando tuvieron la certidumbre de que ya no podían volver a hacer el amor, y después sencillamente abrazados, piel contra piel, la espalda de ella contra el vientre de él, contemplando el amanecer.

—Te amo tanto que te odio, Dazen Guile —dijo Karris.

—Yo también te quiero, Karris Guile.

Karris suspiró, pensativa.

—¿Podríamos fugarnos juntos?

—¿Adónde te gustaría ir?

—Qué tonto —resopló Karris—, has roto la primera regla del fugitivo y todavía ni siquiera nos hemos vestido.

—¿Tenemos que vestirnos? Entonces olvídalo.

El codazo que Karris le propinó en las costillas habría sido una caricia si Gavin no se hubiera estampado contra una pared la noche anterior.

—¡Ay!

—Te está bien empleado.

—Bueno, ¿y cuál es la primera regla del fugitivo? —preguntó Gavin. El amanecer era rojo, magnífico, y tenía una mujer preciosa en los brazos. Aquel debía de ser el mejor lugar del mundo.

—Los fugitivos no entienden de lógicas ni de factibilidades. Todo el mundo lo sabe.

—Ah. Entonces sí que podemos irnos desnudos.

—Eres imposible.

—Cierto, pero por otra parte, no puedes decir que no sabías dónde te metías.

—No. Eso es verdad. —Karris guardó silencio durante unos instantes, y Gavin pensó que debía de haberse quedado dormida. ¿Qué era lo que decían acerca de los cielos rojos al amanecer? Algo de que la tormenta era inminente. Gracias, naturaleza, nada mejor que los malos augurios para desayunar—. Sé... —Pareció dudar—. Sé que lo has estado intentando. Con Kip, quiero decir. He oído que asististe a su prueba.

—Cuando debería haber estado contigo. Protegiéndote.

—¿Protegiéndome? No me obligues a hacerte daño. —Karris rodó de costado, apoyó la cabeza en un codo—. Estabas exactamente donde debías.

Gavin no dijo nada.

—Bueno... ¿y qué tal? —preguntó Karris.

—Es un buen chico. Y listo. Mi plan está saliendo a la perfección, hasta ahora.

No se imagina siquiera el talento que tiene. Lo enfrenté a los mejores jóvenes luchadores del mundo, y aguantó. Por los pelos, pero aguantó.

—Combatir no es lo suyo, ¿verdad? No tiene madera.

—No, no la tiene. Pero se ha rodeado de los amigos adecuados y se ha ganado el respeto de las personas adecuadas. Entre todos han hecho posible que permanezca en la Guardia Negra, un éxito equivalente, a mis ojos, a ser reconocido como el mejor luchador de todos. Cuando le pedí que ingresara en el cuerpo, no pretendía que aprendiera a combatir. Era una cortina de humo. Se lo pedí para que pudiera medirse con los más nobles, no con los más conspiradores ni con los mejores trazadores.

—Eres un genio, mi señor marido, y tus planes siempre funcionan, pero mi pregunta no iba por ahí y lo sabes. «Cortinas de humo», ya.

Gavin se alegró de que Karris supiera interpretarlo con tanta facilidad, de que aquella mujer tan asombrosa lo conociera tan bien, pero no de que lo hubiera pillado. Su expresión se tornó taciturna. ¿Y qué tal?

—Es un buen chico...

Su esposa se quedó esperando el «pero». Gavin sabía que Karris sospechaba que había alguno.

—Pero no es mi hijo. —El mero hecho de pronunciar esas palabras le produjo una insoportable sensación de fracaso—. Cuando sonríe, veo la sonrisa de su padre.

—Todos los Guile tenéis la misma sonrisa. Incluso tu padre solía...

—He matado al padre de Kip, Karris. El muchacho está tan desesperado por no ser un huérfano que se aferra a mí como una lapa. Tan desesperado por complacerme que hará todo lo que le pida. ¿Qué pensaría si supiera la verdad? Si se volviera contra mí, si intentara matarme, ¿quién podría acusarlo a él de traición? Lo educaré y lo convertiré en una persona formidable, pero cuanto más me quiera, mayor será su odio cuando descubra que he estado engañándolo desde el principio. Aunque él no tenga la culpa, Karris, es una víbora. Y cuanto más tiempo pase estrechándolo contra mí, más probable será que me pique.

Karris lo observó en silencio.

—Todo eso es cierto. Además de intrascendente. Me ocultaste un secreto durante dieciséis años, a mí. ¿Ocultarle un secreto a un muchacho que no te conoce y nunca conocerá a tu hermano? Eso es un juego de niños. ¿Qué sucede realmente?

—Mira, toda esta introspección es muy profunda e importante y todo eso, pero lo que hice una vez, volvería a hacerlo. Karris, si estuvieras a punto de caerte por un precipicio y tuviera que elegir entre salvarte a ti o a mí, te elegiría a ti. Sin dudarlo. Porque aunque sé que puedo hacer cosas por el mundo que tú no podrías, me da igual. Sabía que debería matarte, que eras la persona con más posibilidades de destruirme. Sabía que esto... que esto era increíblemente improbable. Pero te amo, de modo que no me importaba. Pero ¿cuando miro a Kip? Tomaría la decisión más

racional. Y me siento mal por ello, pero también me siento mal cuando envío soldados al frente. Kip me cae bien, no me gustaría perderlo. Quiero tener la oportunidad de conocerlo mejor. Pero no amo a Kip, y no puedo hacer nada al respecto.

Alguien aporreó la puerta.

—Lord Prisma.

—¡Un momento! —exclamó Gavin.

Una intensidad inescrutable anidaba en los ojos de Karris cuando dijo:

—Mi señor, nunca estuve locamente enamorada de ti... bueno, cuando éramos críos, quizá. Pero desde entonces, mis sentimientos por ti han sido contradictorios a lo largo de los años. Sin embargo, la admiración que sentía por el hombre que veía en ti no cambió nunca. Me torturaba porque el alma bondadosa que presentía en ti, mi Dazen, y la persona que creía saber que eras, Gavin, eran muy diferentes. Pero me daba cuenta de que eras la clase de hombre que merecía mi amor. Sabía que el hombre con el que terminaría casándome sería bueno, fuerte, gentil, honorable, inteligente y lo suficientemente terco como para soportarme, y... Espera, creo que me dejo alguna virtud. —Karris Sonrió.

—¿Encantador? Que no se te olvide.

—Demasiado encantador, a veces. —La expresión de Karris se tornó seria—. Te elegí a ti.

—Ah, no podías resistirte.

—Sí, sí que podía —repuso Karris, sucinta—. Pero te elegí.

—Espectacularmente... poco romántico —dijo Gavin. Recordó la afinidad de Karris por las virtudes azules, pese a ser roja y verde, por meditar sus actos, por buscar el orden en todas las cosas.

—Te amo en cuerpo y alma, amo el aire que respiras. ¿Te parece poco romántico? El amor no es ningún capricho. El amor no es una flor efímera que se marchite al cabo de los años. El amor es una elección ligada a la acción, esposo mío, y te elegí a ti, y volveré a elegirte todos los días durante el resto de mi vida.

Alguien llamó de nuevo a la puerta con los nudillos.

—¡Lord Prisma! El Espectro está a punto de reunirse, y desearían hablar con vos. ¿Lord Prisma?

—Dazen —dijo Karris de repente—, pase lo que pase, te amo. —Se le había enronquecido la voz, como si la atenazara una tensión insoportable.

Gavin tuvo un mal presentimiento.

—Karris, ¿a qué te refieres? ¿Qué sucede?

—Tan solo...

—¿Qué te dijo el Tercer Ojo?

Silencio. Gavin había dado en el clavo, lo sabía.

Karris intentó incorporarse, pero Gavin se lo impidió agarrándola de la mano.

—Karris, por favor...

Karris fue incapaz de sostenerle la mirada durante mucho tiempo.

—Te lo contaré, pero no te diré nada más por mucho que insistas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Gavin hizo una mueca, pero sabía lo obstinada que podía llegar a ser Karris.

—Se anduvo con muchos rodeos, por supuesto, dijo que no lo veía todo con nitidez...

—¿El Tercer Ojo, ayudando sin ayudar? Sí, me suena de...

—Me dijo cuándo ibas a morir —declaró atropelladamente Karris, antes de levantarse y echarse una túnica por los hombros—. Y ahora, arriba, holgazán, que nos espera un día muy largo. —La sonrisa que se había dibujado en sus labios no llegó a reflejarse en sus ojos.

105

—Te he hecho venir con falsos pretextos —confesó Andross Guile cuando Kip entró en el lóbrego camarote. El Rojo había despojado al capitán de sus aposentos, naturalmente, y aunque había colocado cortinas en las ventanas, la oscuridad distaba de ser tan impenetrable como en su habitación de la Cromería. Kip no se había acordado de absorber el supervioleta, por lo que estaba a merced de la tenue claridad y de sus oídos. Puesto que el señor de la lux Guile parecía estar de un humor inusitadamente excelente, Kip no pudo por menos de ponerse en guardia—. No me apetece echar ninguna partida contigo. Lo único que quiero es disculparme.

Kip recordó las gafas que llevaba en la bolsa, y se puso las del subrojo. No le sirvió de gran cosa.

—¿Por qué? —preguntó. Se le ocurrían una docena de cosas por las que ese monstruo debería pedirle perdón, pero le costaba imaginarse que se arrepintiera de ninguna de ellas.

—Por intentar asesinarte.

—Disculpa, ¿cómo has dicho?

—Créeme, llegué a pensar que deberías ser tú el que se disculpara conmigo por resistirte a morir. Pero heme aquí, rogándote que me perdones.

—Tendrás que esforzarte un poco más.

Perfilado contra la débil luz que se colaba por debajo de una de las cortinas, reluciendo de subrojo, Kip vio cómo Andross Guile se tensaba y apretaba los puños.

—¡No olvides lo que eres, muchacho! —Andross hizo un esfuerzo por tranquilizarse—. Acababas de llegar a la Cromería y mi hijo apenas te conocía. Si hubieras sucumbido a la presión y te hubieras precipitado a tu muerte, el escándalo habría sido fugaz, investigado someramente, reavivado unos seis meses más tarde cuando se «descubriera», gracias a mí, que la mujer que afirmaba ser tu madre había reconocido que todo era mentira, que había aceptado dinero de una familia real para perjudicar a Gavin. Después, todo habría caído en el olvido. Habrías sido simplemente un ataque más contra una familia que ya ha sobrevivido a miles de acciones parecidas, la anécdota de un intento por mancillar la reputación de una gran casa.

—¿El ama Helel? ¿Fuiste tú el que contrató a la gorda que intentó tirarme de la torre? —preguntó Kip. Andross continuó hablando, pero Kip todavía estaba intentando asimilar lo que acababa de confesarle.

—¿Se llamaba así? Ah, y ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa... fui yo el que pagó a esos idiotas de la clase de la Guardia Negra para que te cortaran el paso. No lo consiguieron, ¿verdad? En cualquier caso, lo siento.

—¿Que lo sientes? —preguntó Kip, incrédulo. Como si eso fuera suficiente.

Kip vio que una ceja se enarcaba sobre una de las grandes lentes, como si el hombre estuviera preguntándose cuán estúpido era aquel gordinflón. Andross Guile levantó el dedo índice.

—Quiero que sepas, Kip, que hacía veinte años que no me disculpaba con nadie.

—Menudo honor.

El anciano decidió hacer oídos sordos ante el sarcasmo que destilaban las palabras de Kip.

—Bueno, ahora que ya nos hemos quitado eso de en medio, ¿te apetece echar una partida de nueve reyes?

—¿Qué? ¿Cómo? ¡No! ¡Intentaste asesinarme! No puedes... no puedes ir por ahí matando a la gente que te importune.

Andross Guile ladeó la cabeza como un perro, esforzándose por entender a aquel chico tan raro.

—La realidad me dice lo contrario.

Kip sintió como si todo el mundo se hubiera teñido de gris.

—Esto es una cortina de humo. Una distracción. Asesinaste a Lucia —dijo. Kip la vio de nuevo, interponiéndose en la trayectoria del proyectil que volaba hacia él. Vio su rostro ensangrentado, su cuello desgarrado por la bala de mosquete, bombeando sangre, sangre y más sangre. Se estremeció.

—¿A quién?

—¡A mi compañera de clase! ¡La que recibió el balazo que iba dirigido a mí!

—¿De qué me hablas?

La creciente ira de Kip se tambaleó.

—Alguien me disparó durante una de las prácticas. Ella murió en mi lugar.

El anciano sacudió la cabeza, como si Kip fuera un cretino.

—¿Para qué me tomaría la molestia e invertiría tanto dinero en impedir tu ingreso en la Guardia Negra si pensara matarte antes de que lograras superar la última prueba? Quería convertirte en un fracasado, no en un cadáver.

—Quizá intentaras cerciorarte por partida doble de que ibas a detenerme.

—Está muy bien que te tengas en tan alta estima, pero usa ese cerebro de chorlito que tienes. Todas estas acusaciones. ¡Otra vez! Si murieras asesinado, se abriría una investigación. Los chiquillos que accedieron a obstaculizar tu acceso a la Guardia Negra cantarían. Después de todo, hacer que alguien fracase y tenga que probarlo de nuevo el curso siguiente no es lo mismo que provocar su muerte. Cuando uno empieza a matar gente, las conciencias se agitan. ¿Acaso piensas que dejaría mi

huella expuesta a la vista de todos, que fallaría dos veces si me propusiera algo así? No, muchacho, créeme, si te quisiera ver muerto, ya lo estarías.

Por insultante que le pareciese, Kip pensó que probablemente era cierto. De hecho, el tono insultante de Andross Guile era lo que más credibilidad prestaba a sus palabras.

—Entonces ¿por qué trataste de impedir mi ingreso en la Guardia Negra?

—Para contrariar a mi hijo. Tiene planes para ti, y me había desafiado. Necesitaba un correctivo, y que le recordara unas cuantas... verdades irrefutables.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? ¿Qué quieres? —El aborrecible anciano tramaba algo, a Kip no le cabía la menor duda. Esperaba conseguir algo de él—. Podría hablar con...

—¿Hablar con quién? Por favor. —Andross Guile descartó la idea con un ademán, y Kip comprendió que aquel hombre podría confesar todos sus crímenes con absoluta impunidad. Tenía razón. Nadie iba a aceptar la palabra de Kip, y menos cuando no podía demostrar nada—. Kip, debo decirte algo. No espero que me creas ahora, pero sí que lo hagas algún día. Te debo la vida, muchacho. Oh, no pienses que es nada melodramático, por supuesto. Mi esposa, tu abuela, me abandonó y se suicidó. Cometió el suicidio de la Liberación. La amaba. Era toda mi vida. Pero me rechazó, prefería morir a seguir soportando mi compañía durante un día más. ¿Alguna vez te has enfrentado a una aversión tan profunda?

Kip pensó en su madre, que había optado por achicharrarse el cerebro con la cencellada y cualquier otro tipo de veneno al que pudiera ponerle las manos encima hasta que consiguió olvidarse de él, cometiendo día tras día un suicidio menos noble, más lento. Pero Andross Guile no buscaba su conmiseración.

—Me quería morir. Contemplé la posibilidad de imitar su ejemplo y abrirme las venas en la bañera. Pero ¿sabes qué me salvó?

—¿Yo? —preguntó Kip, dubitativo.

—¡Ja! No te sobrestimes. Los nueves reyes. Ese pasatiempo me salvó la vida. Incluso este viejo corazón necesita tiempo para vadear el dolor, pero esas distracciones me mantuvieron con vida lo suficiente para lograrlo. Los pequeños tormentos a los que te sometía mantenían mi mente ocupada, me proporcionaban un motivo para levantarme por las mañanas. ¿Fallará Kip aquí? ¿Qué podría arrebatarle cuando pierda la partida mañana? ¿Qué nuevo reto podría plantearle, presionándolo pero sin aniquilar sus esperanzas de conseguir la victoria?

—Nunca me dejaste ganar. Ni se te ocurra fingir que...

—¡Bah! ¿Crees que tu intelecto es rival para el mío? Bueno, piensa lo que quieras. Y ahora cierra el pico, estoy intentando darte las gracias.

Kip se quedó callado de repente, sintiéndose de nuevo como un niño pequeño. Privado de su rabia, estaba indefenso en la augusta presencia de Andross.

El Rojo exhaló un suspiro.

—Bien, así está mejor. Gracias. Eso es todo.

—¿Ya está?

El anciano, que se había repantigado en su silla, torció el gesto.

—Te has ganado mi respeto, Kip. Has superado adversidades que habrían acabado con otros. Me has sorprendido. No una vez, sino varias. Cuando pienso en ti, me asquea y me decepciona que mi hijo pueda haber engendrado... esto. Y sin embargo, pese a todo tu sebo, tu bocaza y tu incorregible falta de disciplina, pese a tus modales tyreanos y... —Abanicó el aire con una mano, como si los innumerables defectos de Kip ahora no vinieran al caso—. A pesar de todo, Kip, invariablemente ganas. —Se le enronqueció la voz—. Ya he perdido a mi esposa y a todos mis hijos, de un modo u otro. Quizá me corresponda cargar con un ardite de culpa por eso. Pero tú, Kip, has demostrado que eres un Guile. No volveré a molestarte. —Giró la cabeza e hizo un ademán, indicándole a Kip que se fuera.

Kip caminó hasta la puerta arrastrando los pies, desconcertado.

—Quizá —añadió el solitario anciano para la oscuridad, sin volverse—, quizá algún día podamos terminar esa última partida que me debes.

Kip salió del camarote y, ante la desaprobatoria mirada de Grinwoody, cerró la puerta.

106

Gavin golpeó la puerta del balcón con los nudillos y franqueó el paso a los ateridos guardias negros. Aunque ninguno de los dos lo miró a los ojos, ambos sonreían en dirección al suelo.

—Bien hecho, señor —susurró uno de ellos.

—Menudos pulmones tiene esa mujer —le dijo su compañero, sin excesivo disimulo.

El primero de los dos le guiñó el ojo a Karris, que se tapó la cara y se rió como una niña traviesa. Eran como hermanos. Gavin no tenía la menor intención de inmiscuirse. Esa relación cambiaría ahora que Karris era su esposa, pero Gavin no quería quitarle la ilusión. Los cambios se operarían a su debido tiempo. Tocó la campanilla del servicio.

Marissia y otra esclava, una anciana muy flaca con la bronceada piel ruthgari tan apergaminada que parecía atashiana, entraron y empezaron a depositar prendas de vestir ante Karris.

—No me había dado cuenta de que hubieras traído todas tus cosas —dijo Gavin.

—Quería esperarte. Pensé que pecaría de presuntuosa invadiendo tus aposentos sin preguntar, pero mis compañeras de la Guardia Negra me echaron a patadas.

Gavin se rió. Mientras Marissia lo vestía, vio que Karris lo observaba atentamente, pendiente del modo en que miraba a la esclava. Aunque lo disimulaba bien, estaba celosa. Marissia, por su parte, era un enigma. Profesional, tranquila, más desaliñada de lo normal esa mañana, pero eso probablemente se debía a que había dormido en el pasillo en vez de en el minúsculo cuarto adyacente a la habitación de Gavin, donde pernoctaba cuando no compartía las sábanas con él.

En el transcurso de sus años como Prisma, Gavin se había acostumbrado a disponer de muy poca intimidad, al menos por lo que a la Guardia Negra y a Marissia respectaba, pero lo que le había hecho gracia cuando los guardias bromearon acerca de haber oído cómo Karris y él se pasaban la noche haciendo el amor, sin contener su pasión, no le parecía tan divertido mientras se fijaba en el semblante esmeradamente inexpresivo y la mirada furtiva de Marissia.

Hay naciones en juego, y yo me preocupo por los sentimientos de una esclava. Gavin se maldijo para sus adentros.

Una vez acicalado —fue Karris la que ordenó su ropa, algo de lo que siempre se había encargado Marissia— Gavin se dirigió a la planta de abajo. Solo se detuvo para

decir:

—Veinte minutos. Reúnete conmigo en la puerta de atrás, con el petate y lista para la guerra.

Karris asintió con gesto sombrío. Ya casi era de día, y no podían permitirse el lujo de desperdiciar las horas de sol.

Enfrentarse al Espectro prácticamente suponía un alivio. En opinión de Gavin, era indudablemente preferible a permanecer atrapado entre dos mujeres celosas con motivos de sobra para estar enfadadas con él. Era una batalla que Marissia no podía librar, por supuesto, a menos que estuviera dispuesta a sufrir una derrota espectacular, pero eso no significaba que no tuviera derecho a albergar sus propios sentimientos. Orholam misericordioso. Lo acompañaban cuatro guardias negros. Era comprensible, después del intento de asesinato de la noche anterior, pero así y todo Gavin se sentía como un prisionero.

—Seré vuestro durante diez minutos —dijo Gavin.

—¿Disculpa? —preguntó Delara Naranja.

—Dentro de dos días, Ru será el escenario de una batalla, y tengo que estar presente.

—¿Y cómo te propones conseguirlo? Creíamos que estabas con la flota —dijo el Azul.

De modo que Gavin se lo explicó sucintamente. Era capaz de cruzar el mar en un solo día. Encima de la mesa había un mapa con la distribución de las fuerzas que habían estimado. Gavin cambió de sitio, añadió y sustrajo las cifras hasta que estas quedaron exactas.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Delara.

—Soy el Prisma —respondió Gavin—. Cinco minutos.

—No puedes tratarnos así. No somos esclavos a los que puedas impartir órdenes. ¿Qué harás si te impedimos que salgas de aquí? —preguntó Klytos Azul.

—Os mataré —dijo Gavin, traspasando al hombrecillo con una mirada glacial—, y me mearé en vuestros cadáveres. —Hablaba en serio.

Klytos Azul se quedó boquiabierto. No fue el único.

—Mi presencia aquí obedece a una simple formalidad —dijo Gavin—. Miles de personas perderán la vida si no emprendo este viaje, de modo que responded con sinceridad: ¿tiene algo de malo, por nimio que sea, anteponer el bienestar de miles de guerreros al de un gusano sin agallas?

—¿M-me estás llamando gusano? —balbució Klytos.

—Es lo más amable que se me ocurre ahora mismo.

Klytos abrió la boca. Gavin lo apuntó con una mano envuelta en llamas.

—Ponme a prueba —dijo—. Porque me estoy meando.

—Gavin —terció la Blanca—, lord Prisma, ¿cuáles son vuestras intenciones?

De modo que Gavin les contó su plan. Delara Naranja parecía preocupada por la posibilidad de que ya diera Ru por perdida, pero Gavin le dijo que si todo salía bien, quizá lograran salvar la ciudad a pesar de todo. No lo creía realmente, pero sus palabras aplacaron a la trazadora. Después de aquello, se fue.

Nadie intentó detenerlo.

Karris lo esperaba ya en el embarcadero de la parte de atrás. Zarparon en compañía de otros cuatro guardias negros. Los barcos de la flota habían fondeado a menos de cinco leguas del cabo de Ru.

La batalla comenzaría el día siguiente.

107

Todavía era de noche cuando Kip recibió el aviso de subir a la cubierta del barco. Recogió su uniforme de aprendiz y se apresuró a vestirse. Se ciñó la funda de la daga a la pantorrilla y comprobó que la raja que había practicado en la pernera del pantalón le permitiera acceder a ella con facilidad. Llamaba la atención más de lo que le gustaría, pero probablemente ese día nadie se fijaría en sus piernas. La bolsita cargada de lentes reposaba sobre su cadera derecha. Se pasó una mano por los rebeldes cabellos y subió las escaleras corriendo.

El *Errante* había levado ya el ancla, aunque solo las velas del trinquete y la mesana estaban desplegadas. Los marineros se afanaban en silencio, aparentemente con la intención de cambiar el rumbo de la embarcación antes de que terminara de salir el sol. Los guardias negros se habían reunido en torno a Puño de Hierro.

—¿Te has estudiado bien esos naipes negros, Kip? —preguntó el comandante.

—¿Señor? —El comandante Puño de Hierro había visto las cartas nuevas, pero ¿cómo conocía la existencia de los naipes negros?

—En el Pequeño Jaspe no hay muchos secretos, Kip.

—Ah... Muy bien, señor.

—¿Has visto alguna carta de la apoteosis?

—No tengo ni idea de lo que significa eso, señor.

—Bueno, puede que solo sea un rumor. Tampoco yo las he visto nunca con mis propios ojos.

El comandante se disponía a cambiar de interlocutor, pero Kip lo detuvo.

—¿Señor? Hum... sé que después de la última prueba no tuvimos tiempo de arreglar papeles ni nada, pero quería... El caso es que técnicamente soy, o lo era, al menos, el dueño de Teia.

—¿Te preocupa quedarte sin el dinero de la compensación? ¿Ahora?

—¡No, señor! Lo que quiero decir es que, si muero, señor, me gustaría que Teia se quedara con todo. Antes de enfrentarnos al *Gargantúa* ni siquiera se me había ocurrido que, si muero, ella no tendrá nada. Necesita el dinero más que los Guile, señor. —Kip se sintió azorado de repente, sin saber exactamente por qué.

El comandante observó a Kip durante largo rato, antes de asentir con la cabeza. Él se encargaría de todo. Se giró hacia los guardias negros.

—De acuerdo, a formar. —Apenas si levantó la voz, pero todos formaron en ordenadas hileras. Los aprendices como Kip se situaron al frente. El comandante

Puño de Hierro cogió un cuenco en el que se había exprimido un puñado de relucientes bayas negras—. Cadetes —dijo—, espero que algunos de vosotros poseáis un control pleno sobre las pupilas, pero si no es así, introducid un dedo en este mejunje y mojaos el rabillo del ojo. Una sola gota para los dos. Es belladona. Os dilatará las pupilas. Se habrá evaporado cuando el sol brille en lo alto, pero hasta entonces seréis sumamente sensibles a la luz. No conviene abusar. Esto podría dejaros ciegos.

El tazón pasó de mano en mano, y casi todos menos Kip mojaron el dedo. En vez de eso, Kip sacó las gafas del subrojo.

Cruxer se lo quedó mirando, asombrado.

—¿Tienes Ojos de Noche? —preguntó—. ¿Puedo verlas?

Kip le entregó las gafas del subrojo. ¿Ojos de Noche? Cruxer se las puso. Maldijo sonoramente. Era la segunda vez que Kip oía blasfemar al muchacho.

—¿Qué?

—Por las barbas de Orholam, Kip, debe de haber únicamente diez pares de estas en todo el mundo. Cuentan que Lucidonius las fabricó personalmente. Esto es asombroso. ¡Puedo verlo todo!

Los demás aprendices rompieron la formación, e incluso algunos de los guardias negros más veteranos empezaron a estirar el cuello. El comandante Puño de Hierro chasqueó los dedos y fulminó con la mirada a Kip y a Cruxer, que se apresuró a quitarse las gafas, se las devolvió a Kip y volvió a cuadrarse.

—Lo siento, comandante —musitó.

Kip se puso las antiparras.

—Me temo que ese no es el único portento que veremos hoy —dijo el comandante Puño de Hierro—. No puedo dejar atrás a los verdes, aunque lo preferiría. Lo cierto es que aquí podríais ser una amenaza para vuestros compañeros.

A Kip no le gustó el mensaje implícito que conllevaban sus palabras. Tampoco a ninguno de los verdes, por lo que vio. A decir verdad, ni siquiera los guardias que no trazaban el verde parecían especialmente entusiasmados con la idea.

—Todos lo habéis notado. Incluso yo puedo sentirlo ahora, y no soy verde. Nuestro explorador nos informa de que hay una perdición en alguna parte, probablemente en el recodo de la costa. Quienes nunca hayáis visto una perdición lumínica quizá hayáis oído hablar de ellas. Es un templo de los falsos dioses, *loci damnata*, en este caso Atirat. Las perdiciones corrompen la mismísima luz, y los trazadores acusan sus efectos más que nadie. La buena noticia es que si su poder actúa tan descontroladamente como en este caso, eso significa que todavía no se ha materializado ninguna falsa deidad. ¿Preguntas? Sé que tendréis muchas, así que daos prisa.

Uno de los veteranos de la Guardia Negra, un guerrero espigado y ancho de

hombros que respondía al nombre de Tempus, con el pelo ingobernable, la piel de ébano y los ojos de un azul intenso, dijo:

—Según los luxiats, Lucidonius se aseguró de exterminar a todas las perdiciones. Esto debería ser imposible.

Puño de Hierro asintió con la cabeza.

—Ignoramos cómo se las habrán arreglado los herejes para conseguirlo. Quizá hoy lo descubramos, que Orholam nos ayude.

—¿Efectos sobre el trazo? —preguntó un ilytiano que llegaba a duras penas a los hombros de Kip.

—Es posible que trazar el verde en grandes cantidades resulte más fácil, no así controlarlo. Tal vez de cerca sea distinto. Además, ninguno de nosotros se ha enfrentado a unos engendros de los colores como los que veremos hoy. Se rumorea que las perdiciones perfeccionan a los engendros. No sé si es verdad, pero si yo lo he oído, seguro que un montón de engendros verdes también. Veréis cosas que no habéis visto nunca, cosas que os parecerán imposibles. Esos engendros han tenido tiempo de trabajar juntos, de aprender los unos de los otros. Hacía siglos que no disfrutaban de semejante oportunidad. Recordad que, con independencia de la forma que intenten adoptar, bajo la superficie siguen siendo personas. Les haréis un favor acabando con su sufrimiento. Que Orholam se apiade de ellos, porque nosotros no podemos permitirnos ese lujo. Verdes, si veis que estáis perdiendo el control o sentís la necesidad de dejar de acatar mis órdenes, no os lo reprocharé. Por voluntad propia y sin interferencias de ningún tipo, decidid ahora si queréis poner fin a esta amenaza. Si se os ocurre otra manera de librar esta batalla, estáis invitados a intentarlo. Hundid sus barcos, matad a sus engendros, salvad a nuestros hombres. La Guardia Negra os ha convertido a todos y cada uno de vosotros en guerreros de élite, de modo que luchad como mejor sepáis. Cumplid mis órdenes hasta donde podáis. No pongo en duda vuestra lealtad, pero sé que no puedo esperar que sigáis todas mis instrucciones. Voy a destinaros a todos al segundo escuadrón, bajo el mando del capitán Tempus. El primer escuadrón se situará en el centro. El segundo lo acompañará. En cuanto al tercero, el Prisma dice que los rebeldes han ocupado el fuerte del cabo de Ru. Los generales no opinan lo mismo. Los cañones del fuerte pueden cubrir la mitad del desfiladero. Si están en manos de los rebeldes, deberemos inutilizarlos antes de que arrasen nuestra flota. Si el Prisma se equivoca, nos aseguraremos de que los rebeldes no tomen el fuerte, saldremos y prestaremos refuerzos. Si la perdición se encuentra al alcance de los grandes cañones, haremos todo lo posible por matarla, hundirla, lo que sea preciso. ¿Entendido? Adelante.

El tercer escuadrón, con Teia y el comandante Puño de Hierro, se puso en marcha. Kip se despidió de la muchacha con un ademán, preguntándose si volvería a ver a cualquiera de ellos. Mientras se iban, el Prisma llegó a bordo de un blindado marino,

acompañado de Karris. Saludaron con gesto marcial al escuadrón que se alejaba. Las facciones del Prisma parecían demacradas, y se veía ojeroso. Acopló el blindado a la trainera y dejó la embarcación en manos de un guardia negro para que este la sellara con el barco.

—Escuadrón uno —dijo Gavin, sin preámbulos—, escuadrón dos, nuestra misión consiste en destruir a la perdición. Si lo conseguimos, se restaurará la cordura. Su desaparición debilitará a nuestros verdes, pero debilitará todavía más a sus engendros. Al eliminarla, todos los engendros verdes se quedarán incapacitados al menos durante unos minutos. Es de esperar que el templo esté infestado de ellos. En el centro habrá probablemente doce verdes encerrados en columnas de luxina. Lo ideal sería que lográramos burlarlos sin que se despierten. Sin embargo, será complicado. Y aunque no podamos verla desde aquí, quizá haya una torre puntiaguda central. Si escalamos la aguja y eliminamos al avatar de Atirat, antes de que despierte, con suerte... todo desaparecerá. De modo que si no sabéis nadar, daos prisa en buscar algo que flote.

Los guardias negros lo observaban de forma extraña.

—¿Qué? —preguntó Gavin.

—Lord Prisma, ¿cómo sabéis todo esto? —preguntó Tempus.

—Porque exterminé a la perdición azul personalmente hace un par de meses.

Tempus se masajeó las sienes. Otros guardias negros se revolvieron, inquietos. Kip oyó que algunos murmuraban la palabra «prómaco», como si fuera una maldición. Al principio pensó que se debía a que no creían a Gavin, pero después comprendió que se trataba de todo lo contrario.

Mi padre es un gigante, un dios entre los mortales.

—Prómaco —dijo Tempus. Titubeó—. Si llegamos demasiado tarde, y el avatar despierta...

Gavin frunció los labios.

—Sea quien sea, ellos sabrán tan poco como nosotros acerca de él. Sin duda se tratará de un trazador increíblemente poderoso, al parecer capaz de trazar en cantidades infinitas a partir de la cantidad de luz más infinitesimal. Quizá pueda controlar a los trazadores verdes que se encuentren en las proximidades. Vuestro cuerpo, al menos. Controlará la luxina verde que se ha convertido en parte de vuestro ser a lo largo de los años. Quizá incluso vuestra mente, tarde o temprano. Pero si la encontramos hoy, no debería darle tiempo a descubrir toda la magnitud de su poder. Lo mejor será que la matemos antes de que despierte y nos quedemos sin comprobar todas estas teorías, ¿eh? —Gavin sonrió fugazmente—. Amanece —dijo—. Llevemos la batalla hasta ellos. Primero, atravesaremos sus líneas y entraremos en el templo. Los verdes serán más fuertes cuanta más luz haya.

Embarcaron en tres traineras. Gavin ocupó el centro de la suya, con Karris y Kip a su lado, el capitán de la guardia Tempus hizo lo propio con otra en la que

predominaban los trazadores verdes, y el capitán de la guardia Blademan montó en la última. Puño de Hierro había prohibido pilotar a los verdes, incluso en el grupo de Tempus. Cuando se dividieran, habría arqueros a bordo de cada uno de los blindados marinos.

Con el horizonte agrisado apenas hacia el este, las traineras emprendieron la marcha desplegándose en abanico. La luz era tan escasa que no todos los trazadores podían contribuir a impulsar la embarcación, ni siquiera con las pupilas dilatadas, por lo que su velocidad era menor de lo habitual. La trainera de Gavin, aun con quince personas a bordo, era la más veloz con diferencia, y el Prisma no esperó a los demás.

Surcaban las plácidas olas casi sin hacer ruido. Frente a ellos, Kip vio cómo los barcos aumentaban cada vez más de tamaño. Aún no había amanecido, pero al muchacho le pareció extraña la distribución de las embarcaciones. Sabían que el ejército del Príncipe de los Colores había conquistado la batería de la orilla opuesta al cabo de Ru, por supuesto. Entre esos cañones y los del fuerte, el campo de fuego de los atashianos cubría la entrada de la bahía prácticamente en su totalidad. El Príncipe de los Colores, como era de prever, ocupaba ahora el fuerte del cabo de Ru, pero ignoraba que Gavin lo sabía. Sin embargo, una vez con el fuerte en su poder, la estrategia más lógica pasaría por concentrarse en el centro del desfiladero y obligar a las naves de la Cromería a seguir el contorno de cualquiera de las dos orillas, donde constituirían un blanco fácil.

No era así. En vez de eso, el centro de la línea del príncipe estaba desguarnecido. Había varios barcos, pero eran en su mayoría carabelas, cocas y naos, embarcaciones de pequeño tamaño. Más veloces y maniobrables, sin duda, pero con pocos cañones. ¿Pretendía el príncipe limitarse a tenderles una trampa sin revelar que ocupaba el fuerte en la cara septentrional?

Esa debía de ser la explicación. Cuando vieran que las fuerzas de la Cromería se aproximaban siguiendo la orilla norte, la línea del príncipe recibiría refuerzos y los aplastaría contra los cañones del fuerte.

Cualquiera que fuese el poder corruptor del verde, parecía que aún no estaba surtiendo efecto. Kip dedujo que debía de tener algo que ver con la ausencia de luz ambiental. Cuando amaneciera, sin duda se volvería cada vez más intenso.

Se cruzaron con las primeras naves, pero las campanas de alarma repicaron únicamente a sus espaldas. Una bengala de luxina sobrevoló el mar, iluminándolos. Escucharon el estampido de los mosquetes y un par de carronadas, pero a la velocidad a la que viajaban, ninguno de los disparos cayó cerca de ellos. Kip vio cómo una de las supervioletas seguía la trayectoria de la bengala con la mirada. Tardó varios segundos con el vaivén de la trainera, sacudida por las olas, pero por fin el rayo de supervioleta que estaba disparando impactó en la bengala y la envolvió, apagándola y sumiéndolos de nuevo en la oscuridad. Las otras dos traineras pasaron

entre los barcos sin que nadie las viera.

Mientras el cielo continuaba clareando hacia el este, aceleraron y se cruzaron con más embarcaciones, a demasiada velocidad como para que sus disparos surtieran el menor efecto. Cuando el sol despuntaba ya sobre el horizonte, Kip divisó por primera vez la Gran Pirámide de Ru, que se recortaba roja y verde contra el firmamento.

Pero no había ni rastro de ninguna aguja verde. Las traineras se desplegaron conforme se adentraban en la bahía. El sonido lejano de la batalla reverberaba a sus espaldas, a leguas de distancia. Pero seguían sin ver ningún templo, ninguna torre ahusada, y la desasosegada energía del verde que tironeaba de Kip no era más que una caricia incipiente.

La ciudad se desveló ante ellos. Tras las murallas humeaban aún los edificios incendiados el día anterior. La base de la gran pirámide escalonada se encontraba a escasos bloques del muelle. Pese a haberse construido con la característica piedra rojiza de la zona, la pirámide se erguía encalada, con grandes franjas rojas que recorrían sus costados en zigzag, y cubierta de vegetación. En la cúspide se alzaba un gigantesco espejo curvo. Era evidente que, los diseñadores de las Mil Estrellas de la Cromería habían robado la idea de la Gran Pirámide. Detrás de la ciudad, los Acantilados Rojos constituían un majestuoso telón de fondo de mil pies de altura. El humo se alzaba en columnas de las localidades que hubiera habido allí alguna vez, y Kip vio un trabuquete solitario que bombardeaba la ciudad desde las cumbres lejanas.

Tenía que haber sido difícil llevar las catapultas a lo alto de los acantilados, o encontrar los materiales necesarios para construirlas en el sitio, pero una vez en posición no habría forma de detenerlas. Y si los Túnicas Rojas habían instalado una, seguro que traerían más. Eso era irremediable.

El trabuquete disparó otro proyectil. A Kip le pareció que lo hacía prácticamente al azar. La distancia era tal que penetrar las murallas podría llevarles días... días de terror para los habitantes de una ciudad sometida a una lluvia letal.

A pesar de ello, las murallas parecían conservarse intactas aún, aunque los muelles ardían de una punta a otra, con los bajíos sembrados de armazones de barcos calcinados. Por lo visto, los piratas de alquiler del Príncipe de los Colores habían hecho un buen trabajo.

Pero a Gavin, evidentemente, la ciudad no le importaba en esos momentos. Describieron un amplio arco, comprobando que el ejército había rodeado la población por completo, así como todas las pequeñas aldeas a su alrededor.

—Verdes, ¿alguien ha empezado a notar algo? —preguntó Gavin. El sol ya había rebasado el horizonte. En la orilla restallaban disparos de mosquetes, apuntados contra ellos, pero se encontraban a trescientos pasos de distancia.

—A decir verdad, parece más débil aquí que en... —empezó a responder uno de los hombres.

—¡Mierda! —exclamó Gavin, sin dejarle terminar—. ¡Por supuesto! ¡«La mayoría de las veces», me dijo! La mayoría de las veces. —De improviso, viró la trainera en redondo. Karris dio instrucciones por señas a las otras embarcaciones.

—¿Qué ocurre? ¿De qué se trata? —preguntó Kip, sabiendo que hablaba en nombre de todos.

—La perdición es enorme. Si está cerca, pero no está aquí, ¿dónde está? —dijo Karris.

Kip seguía sin entenderlo. Frente a ellos, vio que los cañones del fuerte del cabo de Ru abrían fuego, escupiendo columnas de humo negro con cada disparo. La batería debía de ser del mayor calibre que Kip hubiera visto en su vida. Abajo, la flota de la Cromería había iniciado una ruta de reconocimiento. Sus barcos no abrazaban la costa septentrional, la más próxima al fuerte, pero tampoco navegaban directamente por el centro del canal.

Con las aguas salpicadas de cráteres provocados por la ofensiva de los cañones, las naves de la Cromería se apresuraron a reaccionar, buscando el centro. Los cañones del Príncipe de los Colores, sin embargo, en lugar de concentrarse sobre los barcos de la Cromería, estaban permitiendo que estos escaparan. Una de las naves estaba en llamas y había perdido el palo mayor, pero las demás ya habían comenzado a alejarse de la conflagración.

Sintiéndose a salvo, la flota de la Cromería avanzaba en línea recta hacia la abertura, sin dar crédito a su suerte.

Los grandes cañones del fuerte incendiaron una docena de las embarcaciones más pequeñas, a pesar de todo. Los alaridos de sus tripulantes resonaban en los oídos de Kip, que vio unas sombras que surcaban el agua más deprisa de lo que parecía posible, elevándose de un salto y disparando luxina. El aire se llenó de aves; picos de hierro, sin duda.

Pero cuando Kip apartó la mirada de las escenas individuales que se desarrollaban ante sus ojos —los moribundos, los incendios, las asombrosas explosiones, las formas de luxina que desafiaban la imaginación— vio que el Príncipe de los Colores ni siquiera intentaba defender el centro. No había acudido ningún barco para reforzar las defensas.

Y Kip se sentía exultante. ¿Qué diablos?

Cada vez le costaba más pensar estratégicamente. Kip quería matar, quería correr, quería moverse... y pese a estar sobrevolando las aguas a más velocidad de la que muchas personas experimentarían en toda su vida, no era suficiente. Quería ser capaz de desplazarse así por sus propios medios, dependiendo únicamente de su propio control.

¿Qué había dicho Karris? ¿«Si no está aquí»?

Está aquí.

—La perdición flota —musitó Gavin—. ¡La mayoría de las veces!

En cuanto Kip comprendió lo que quería decir, vio que todos los demás lo habían deducido ya. Gavin estaba dirigiendo la trainera hacia el centro del estrecho. Allí, en medio de la tormenta de fuego procedente de ambas orillas, había una docena de botes de remos... botes repletos de trazadores y engendros del Príncipe de los Colores.

—¡Separaos! —exclamó Gavin—. ¡Aniquiladlos antes de que terminen!

¿De que terminen de hacer qué?

La trainera se dividió en sus distintos componentes: seis blindados marinos y la embarcación central, dejando a Kip con Gavin y Karris, encargados de gobernar sendas cañas. Kip se quitó las gafas del subrojo con una mano y las guardó en su funda, pero los vaivenes de la trainera eran tan violentos que, en vez de sacar otro par en previsión de la inminente contienda, tuvo que usar las dos manos para agarrarse a la batayola.

El estampido de los mosquetes resonó en los oídos de Kip mientras un torrente de luxina de todos los colores volaba entre los blindados marinos y los botes de remos. La mitad de los trazadores que viajaban a bordo de estos parecían estar allí exclusivamente para defender a los demás; Kip vio cómo unos recios escudos de luxina verde se elevaban alrededor de todos ellos, mucho más poderosos de lo que deberían ser capaces de crear los trazadores. Absorbían con facilidad el fuego, la luxina e incluso las balas de mosquete. El resto de los tripulantes de las pequeñas embarcaciones tiraban de unas grandes cadenas verdes que se perdían de vista en las profundidades a sus pies, y ante la atenta mirada de Kip, algo comenzó a ceder. Cuando uno de los hombres cayó al agua, su cadena se aflojó de repente, y después otra, y otra más.

Los blindados marinos y la trainera los tenían rodeados.

Algo inmenso se agitó bajo las olas, y Kip vio una masa enmarañada y enroscada que ascendía a la superficie a una velocidad sobrecogedora.

A continuación, el mismo mar pareció saltar por los aires.

108

La trainera de Teia siseaba al surcar las aguas en la oscuridad. Los dedos de su mano derecha atenazaban la batayola en una presa letal mientras la embarcación saltaba de ola en ola a gran velocidad. Durante varios minutos temió haberse quedado ciega, demasiado tensa como para relajar los ojos a fin de ver el subrojo y el paryl. El terror era suficiente para dilatarle las pupilas, no así la mera angustia incapacitante, al parecer. Miró a su alrededor y comprobó que no pocos de sus compañeros, agarrados a su vez a la barandilla, también tenían los nudillos blancos. Pero entre las expresiones más fúnebres de los guardias negros se intercalaban no pocas sonrisas de expectación, algunas de ellas motivadas por la asombrosa velocidad y el viento que les azotaba las orejas, otras sin duda fruto de la inminente oportunidad de poner a prueba su adiestramiento. La mayoría de los novatos de la Guardia Negra se habían quedado atrás, tal y como prometiera el instructor Fisk, pero en el último momento el comandante Puño de Hierro había decidido que los talentos de Teia podrían resultar útiles.

Le había llegado la hora de demostrar que estaba a la altura de las expectativas, y no se sentía preparada. Sabía que no lo estaba en absoluto.

Fue tranquilizándose ligeramente, de forma gradual. Se dio cuenta de que tenía la otra mano engarfiada en la pechera de la túnica, sobre la ampolla que colgaba bajo la tela. Todavía no se había librado de ella. No pensaba hacerlo hasta que los documentos estuvieran firmados y tramitados, y los cartuchos de dinero en sus manos. Tenía la impresión de que, de alguna manera, podrían arrebatárselo todo. Haría algo para caer en desgracia, y la Guardia Negra cambiaría de opinión y la expulsaría. Abrió el puño y soltó la ampolla.

No había gran cosa que ver, salvo la espuma de las olas y la roca que se cernía cada vez más alta ante ellos. Ese día moriría gente allí, y Teia no lograba sacudirse el presentimiento de que ella iba a contarse entre las víctimas.

Se dirigían de frente al cabo de Ru, de quinientos pies de alto, con las escarpadas paredes de los acantilados que se alzaban ante ellos surcadas tan solo por un puñado de estrechos caminos de cabras. Estos estarían vigilados, y una sola voz de alarma bastaría para dar al traste con toda la operación.

Pero el comandante Puño de Hierro parecía saber exactamente lo que se hacía. Los condujo hacia el norte y se aproximó a la costa antes de virar de nuevo hacia el sur, a escasos pies de las rocas. Los detuvo contra una de ellas. Cuando se acuclilló,

todos se arracimaron a su alrededor.

—Hay un embarcadero a doscientos pasos de aquí, al doblar la esquina. Estará protegido. Voy a acercarnos a cuarenta pasos de él. Tlatig, Tugertent, Coturno, sois los mejores arqueros. Preparad vuestras armas. —Las dos arqueras y el hombre se pusieron a ello de inmediato, mientras el comandante continuaba—: Os encaramaréis a la roca y dispararéis desde allí. Teia, ¿puedes ver si los guardias llevan cota de malla bajo la capa a cuarenta pasos de distancia?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Podría hacerlo, pero en estos momentos no dispongo del paryl necesario para...

—Ahí. —El comandante apuntó con el dedo.

Siguió dando órdenes a los demás mientras una guardia negra le mostraba a Teia un pequeño cartucho de magnesio. Por señas, la mujer le indicó que se sentara con las piernas cruzadas en la cubierta de la bamboleante trainera. Le echó unas cuantas capas por encima de la cabeza.

—Arderá durante diez segundos. Avísame si necesitas una segunda bengala para recargar —dijo la mujer.

Aunque ponerse unas gafas oscuras y después usar una antorcha de magnesio parecía contradictorio, Teia sabía gracias a su breve contacto con la magíster Martaens que no podría contemplar directamente una bengala de magnesio sin correr el riesgo de quedarse ciega, de modo que se arrebujó en su posición y partió el diminuto cartucho. Este emitió un resplandor cegador, incandescente. Tras recargarse de paryl con facilidad, en apenas unos segundos, Teia hubo de esperar mientras la bengala se consumía. Sabía que algo así debía de costar una fortuna, y le pareció un desperdicio. Si se relajaba, incluso de noche podía llenarse de paryl en cuestión de pocos minutos.

Pero entonces comprendió que de ese pequeño cartucho dependían quince vidas, y el tiempo apremiaba. Quizá no fuera ningún desperdicio.

Cuando la diminuta bengala se apagó con un chisporroteo, Teia salió de debajo de las capas. Después de mirar fijamente la deslumbrante llama de magnesio, aun de forma indirecta, comprendió que había perdido la visión nocturna por completo. Pensó en obligarse a dilatar las pupilas, pero quizá forzar las defensas del organismo no fuera siempre lo más recomendable. Los guardias negros habían sacado unos remos envueltos en lana e impulsaban lentamente la trainera hacia delante. Llegaron a un puntal rocoso que debía de proteger del mar al embarcadero que se veía al otro lado. El oleaje, incluso en esa mañana tan plácida, era tan fuerte que a los guardias les costaba mantener el rumbo. Entre las olas y la altura a la que se encontraban los mejores asideros, Teia necesitó ayuda para subir al peñasco. Los tres arqueros eran más altos, incluso Coturno, el cual se había ganado ese sobrenombre por usar zapatos con el tacón reforzado para compensar su baja estatura. Todos se encaramaron en un

abrir y cerrar de ojos.

Teia gateó hasta lo alto de la roca, y alertada apenas por el atisbo de una correa de cuero se encontró de bruces con una bota plantada a menos de un palmo de sus narices, calzada por un hombre que salía en esos instantes de detrás del promontorio. El desconocido se la quedó mirando fijamente.

Tan sorprendido estaba de haberse tropezado con la joven que ni siquiera acertó a levantar la voz mientras balbucía:

—Oye, tú, pero ¿qué...?

Su cabeza salió disparada hacia atrás cuando la flecha que se le incrustó en el ojo le arrancó el yelmo de cuajo.

Tlatig se deslizó bajo el hombre mientras este se desplomaba y atrapó el casco antes de que pudiera repicar contra las rocas. El moribundo se arrumbó contra el cuerpo extendido de la arquera, que logró así amortiguar el sonido de su caída.

Coturno sacó con cuidado al hombre de encima de Tlatig y depositó su cuerpo espasmódico tendido de bruces. Desenfundó un cuchillo y lo hundió en el cuello del guardia, en la base del cráneo. Las convulsiones cesaron de inmediato. Impasible, Coturno miró a Teia y le indicó que pusiera manos a la obra. Conmocionada aún, la muchacha regresó a su puesto y dirigió la mirada hacia el sur. Vio tres soldados de pie en el embarcadero, conversando animadamente y disfrutando del sol naciente. Los tres portaban arcos, pero estos no estaban tensados, como si esperaran recibir algún aviso.

Están muertos y aún no lo saben.

En el embarcadero, que medía apenas quince pasos de largo, había dos pequeños botes de remos amarrados, meciéndose con el oleaje y rechinando mientras se rozaban y golpeaban contra la madera del muelle.

Tras disparar un rayo de luz de paryl, Teia advirtió que los tres hombres llevaban cotas de malla completas y yelmos. No iba a ser de mucha ayuda.

—Todos llevan...

La cuerda de un arco vibró sobre su cabeza. Rodó de costado y vio que Tlatig estaba sacando otra flecha de su aljaba, con la mirada fija más allá, hacia la derecha. Teia estaba tan concentrada en el embarcadero que ni siquiera se había percatado de la presencia de una pequeña garita. Dos guardias habían caído ya... a la vista de los hombres del muelle.

Tlatig ya había empezado a girarse hacia el embarcadero.

—Tres —dijo Tugertent. No se refería al número de guardias, sino que era una cuenta atrás. Instantes después, Teia vio cómo tres flechas surcaban el aire.

El guardia que estaba situado más a la izquierda recibió el impacto de un proyectil en el cuello. Debía de haberle cercenado el espinazo, porque se desplomó de inmediato, inerte, directamente al agua. Un segundo guardia se llevó la mano al

cuello, del que manaba un surtidor de sangre. Resonó un tenue silbido cuando el tercero de los hombres se dio la vuelta, desviando con el casco la flecha que se dirigía a su cuello. El yelmo giró hasta taparle los ojos, y el guardia lo manoteó mientras se ponía en movimiento. Los arqueros dispararon otra andanada. Teia no pudo ver si habían acertado en el blanco o no, pero cuando el hombre se zambulló en el agua, la acción parecía intencionada.

—¡En marcha! —siseó Coturno. Los tres arqueros corrieron por el estrecho sendero, colocando más flechas en sus arcos.

Sin saber qué otra cosa podría hacer, Teia desenfundó el cuchillo y partió tras ellos. Concentró el rayo de paryl sobre la pequeña garita. La luz de paryl traspasó las lonas de cuero que cubrían las ventanas. Vio que un hombre vestido con cota de malla se dirigía a la puerta.

—¡La garita! —susurró—. ¡Vigilad la puerta!

Tlatig se encaminaba ya hacia la construcción. Cuando se abría la puerta, la guardia negra disparó una flecha contra la oscuridad, a cinco pasos de distancia. A la luz del paryl —el cuero le entorpecía la vista tanto como una fina gasa de seda— Teia vio cómo el hombre caía redondo en el suelo.

Coturno y Tugertent, que ya habían llegado al embarcadero, escudriñaban las aguas. Estaba aún demasiado oscuro como para que el sol les proporcionara ninguna ayuda. Teia corrió a reunirse con ellos. Los arqueros deambulaban de un extremo a otro del muelle, esforzándose por sondear las profundidades.

El rayo de paryl de Teia atravesó el agua, dispersándose, pero aun así mucho más preciso que la luz del espectro visible.

—¡Ahí! —Señaló con el dedo—. ¡Nadando! —El hombre estaba moviéndose, buceando, a veinte pasos de distancia. Hacia la orilla opuesta.

—Rayos —masculló Tugertent—. Nadando con una cota de malla. No sabía que se pudiera hacer eso. —Preparó una flecha—. Lo tengo. —Desde su posición, en pie justo al lado de Tugertent, a Teia le pareció ver un sutil destello en las plumas del proyectil.

El nadador llegó a la orilla a setenta pasos o más de distancia y salió a la superficie lentamente, en silencio. La flecha de Tugertent impactó en su cabeza desprotegida, y el hombre volvió a hundirse en el agua. Teia juraría que el proyectil había descrito una suave curva en el aire. ¿Qué diablos?

—Valiente —dijo Tugertent—. Y asombrosamente fuerte. —Maldijo entre dientes, admirada.

—Comprobad que esté muerto —dijo el comandante Puño de Hierro.

Tugertent vio que Teia la estaba observando, interrogándola con la mirada. Se llevó un dedo a los labios. Silencio. Teia lo dejó correr. Había cosas más importantes.

Desde la garita, Tlatig les hizo un gesto con el que Teia interpretó que les

indicaba que todo estaba despejado, y Coturno respondió por señas a su vez antes de regresar a la línea a paso ligero.

—¿Puedes ver a través de las paredes y el agua? —preguntó. Era mayor para la Guardia Negra, uno de esos parianos con la piel de ébano y los ojos azules que por lo general solo provenían de noble familia, pero era exageradamente delgado en comparación con el musculoso comandante Puño de Hierro. Su halo era rojo, veteado en el iris.

—Solo si el obstáculo está lo bastante cerca y no es demasiado grueso —dijo Teia —. Miré a través del cuero de las ventanas.

—Teia —dijo Puño de Hierro—, serás la primera en tomar el sendero, adelántate ya. Busca hombres y trampas. Tugertent se reunirá contigo dentro de treinta segundos. Sus refuerzos podrían llegar de un momento a otro. Quiero estar arriba antes de que empiecen a bajar.

Los guardias negros ya habían empezado a cargar con los cadáveres hasta el embarcadero, para arrojarlos al agua.

Teia los detuvo, buscó al más bajo de todos y le quitó el cinto de la espada, el sombrero de ala flexible y la chaqueta. Se puso esta encima del uniforme, se ciñó la espada y usó el sombrero para ocultar sus cabellos. Se obligó a apartar de sus pensamientos el hecho de que la chaqueta estuviera manchada de sangre.

Los guardias negros la observaban intrigados, pero Teia decidió ignorarlos. Se llenó la mano de paryl inestable para crear una antorcha. Se le había quedado la boca seca y le costaba tragar saliva, pero solo tenía que trotar y prestar atención. Podía hacerlo. Se adentró en el sendero, y cuando Tugertent se reunió con ella, se sintió inmensamente aliviada.

—Deja que doble las esquinas primero —dijo.

El resto de los guardias negros se congregaron tras ellas. Teia tomó la delantera, y los tres arqueros la siguieron a treinta pasos de distancia. Los demás caminaban diez pasos por detrás de ellos. El sendero pronto pasó de ser un camino de cabras que serpenteaba entre los árboles y los arbustos a convertirse en una vereda excavada en la misma roca del promontorio. Medía apenas tres pies de ancho, y Teia vio que algunos de los hombres que la seguían debían girarse de costado para deslizarse a lo largo de la pared, lisa tras décadas o siglos de otros soldados haciendo lo mismo. El camino era empinado, repleto de curvas cerradas que zigzagueaban a lo largo de la roca desnuda.

Teia no dejaba de proyectar el rayo de paryl a derecha e izquierda, expandiendo las pupilas para ver mejor, en busca de trampas o cuerdas ocultas que pudieran disparar alguna alarma, antes de volver a concentrarse en el espectro visible. ¿Y la magíster Martaens decía que el amo de su ama era capaz de orientarse únicamente a la luz del paryl? Ese espectro contenía tanto ruido que a Teia le costaba creerlo. Pero

no encontró ninguna trampa.

Se mantuvo a un recodo de distancia de los guardias negros, y cuando habían escalado ya la mitad del acantilado, Teia oyó voces por encima de ellos.

—¡... dice, «lo habría hecho si fuera yo el que manejara su barca»!

Al menos cuatro hombres prorrumpieron en carcajadas, incluido el que había hablado.

Teia miró atrás por encima del hombro. En contraste con el pánico que sentía, los guardias negros parecían tranquilos. Pero los soldados estaban a sus espaldas y descendían hacia ellos, como si intentaran echarles una carrera para ver quién llegaba primero al recodo. Los arqueros no disponían del ángulo de tiro adecuado, y si esperaban a que los soldados doblaran la esquina, estos sin duda tendrían tiempo de dar la voz de alarma.

Teia se replegó para evitar que la vieran y miró atrás, aguardando órdenes.

—Cuéntalos —silabeó Coturno.

Los dos grupos se dirigían al mismo recodo, a cien pasos de donde se hallaban, y la distancia que mediaba entre ambos senderos se reducía inexorablemente. En otros cuarenta pasos, si los soldados que descendían miraban hacia abajo, verían a los guardias negros que subían.

Teia levantó cuatro dedos, cinco, se encogió de hombros. El comandante Puño de Hierro continuaba avanzando, sorteando a los demás guardias negros con agilidad pese a su altura y su constitución fornida, como si no le bastara con dar un solo paso en falso para precipitarse a una muerte segura. Llegó al centro de la columna. Sostenía en una mano una larga cuerda de luxina verde. Tras él, con más dificultad para abrirse camino entre sus compañeros, iba una de las guardias negras más menudas, una mujer que respondía al nombre de Sapada.

Qué nombre tan ominoso, dadas las circunstancias, pensó Teia. Puño de Hierro ayudó a Sapada a ceñirse la cuerda a la cintura y lanzó los extremos línea abajo. Todo el mundo sujetó la cuerda, salvo los dos guardias inmediatamente adyacentes al comandante, que se agarraron a su cinturón. Era como si pudieran comunicarse sin necesidad de despegar los labios.

El comandante Puño de Hierro miró a Teia.

—Cuéntalos con exactitud. Avisa cuando estén directamente sobre nosotros.

Teia cuadró los hombros, se cubrió los ojos con el ala del sombrero e intentó recordar el modo de andar del soldado muerto. Dobló la esquina con paso rápido, pero cerciorándose de separar ligeramente los pies para minimizar el vaivén de sus caderas. Mantuvo la cabeza agachada, tensó los hombros para que parecieran más anchos y musculosos, y no dejó de mirar al mar de hito en hito, a fin de que resultara más plausible que no hubiera visto a los soldados que se acercaban a ella.

—¡Arvad! —exclamó uno de los hombres—. ¿Qué haces regresando tan pronto?

Teia inclinó la cabeza hacia ellos. La clave para impostar una voz masculina consistía en no enronquecerla en exceso, optar por un tono de tenor, más sencillo, y hablar lo menos posible.

—¡Una ola lo pilló por sorpresa! ¡Se cayó del embarcadero! ¡Está herido! — Apuntó hacia el muelle, lo suficientemente cerca del borde del camino como para que los guardias negros pudieran verle la mano. Con todos los dedos extendidos: cinco. A continuación, los dobló todos menos el índice. Más uno. Seis.

Indicó por señas a los soldados que la siguieran antes de que pudiesen hacerle más preguntas y se dio la vuelta. Llegó al recodo y señaló de nuevo hacia el muelle, con el brazo estirado. Cuando los soldados se situaron directamente encima de los guardias negros, Teia bajó la mano de golpe.

Los hombres que descendían estaban a menos de quince pies de los guardias. Puño de Hierro apoyó la espalda en la pared, con los pies apuntando al vacío, y Sapada se situó delante de él, prácticamente abrazándolo, de cara al enorme pecho del comandante. Los grandes dedos de Puño de Hierro le ceñían las caderas.

Tras una rápida cuenta atrás, Puño de Hierro lanzó por los aires a Sapada, que aterrizó con los pies sobre las manos del comandante a la altura de los hombros, y estiró los brazos directamente por encima de la cabeza. La luxina azul salió disparada de las manos de Sapada, tensando la cuerda verde sobre el abismo, pero la guardia continuó disparando. La tensión de la cuerda le permitió inclinarse cada vez más mientras Puño de Hierro le sujetaba los pies, con el cuerpo en diagonal al sendero, sostenido únicamente por la tensión de la cuerda verde y los dos hombres agarrados a su cinturón.

Sapada no intentó eliminar a los soldados con lanzas ni proyectiles de luxina. En vez de eso, disparó un marco azul contra la pared a sus espaldas, lo suficientemente grueso como para que ocupara todo el camino. Aquello los empujó. Sin nada a lo que sujetarse, fue fácil.

Como un solo hombre, los seis soldados cayeron al vacío por encima de los guardias negros. Tan solo uno de ellos tuvo tiempo de proferir un gritito de sorpresa mientras se precipitaba a su muerte. Pero el que estaba más cerca golpeó la cuerda de luxina verde al caer. Dio una voltereta, sin detenerse, y Sapada se vio empujada bruscamente de lado. Al mismo tiempo, dejó de disparar la luxina azul, por lo que rebotó hacia la pared. Puño de Hierro se inclinó desesperadamente a un lado, pero no podía correr a la derecha porque los guardias negros taponaban la cornisa. En vez de eso, pivotó, apoyó los dos pies de Sapada en una de sus manos y la extendió en paralelo al borde del sendero mientras los guardias que lo flanqueaban se veían obligados a soltar su cinturón, so pena de caerse los tres por el precipicio.

Puño de Hierro depositó a Sapada en el suelo con suma delicadeza, perdiendo el equilibrio en el proceso... y resbaló de la cornisa.

Sus grandes dedos se engarfiaron en el saliente de piedra, se soltaron, y volvieron a encontrar asidero. Los guardias negros rodearon a Sapada, y antes de que Teia pudiera pestañear, un sinnúmero de cuerdas de luxina envolvieron al comandante. Con la ayuda de sus hombres, Puño de Hierro se izó a pulso y se incorporó. Impertérrito.

—Han muerto todos —informó—. Pero debemos apresurarnos.

¿Había evaluado tranquilamente la situación mientras colgaba de la cornisa? ¡Reflujo bendito!

El sol alcanzó todo su esplendor mientras trotaban por el sendero. Cuando llegaron al final del camino, Teia se adelantó para reconocer el terreno y descubrió que tras el último recodo se alzaba una recia puerta de madera, de diez pies de alto, erizada de pinchos. A la luz del paryl, entre las pequeñas rendijas, vio que estaba reforzada con hierro, y que detrás de ella había cuatro hombres. El desnivel junto a la puerta no era tan escarpado como el resto del acantilado que acababan de atravesar, pero sí demasiado como para escalarlo con unos hombres armados esperando arriba. Le pareció distinguir lanzas y mosquetes entre los soldados allí apostados.

Nada más presentar su informe, los cañones empezaron a disparar contra el agua. Durante todo el ascenso, Teia estaba tan concentrada en seguir el sendero y en buscar trampas, accidentes del terreno y soldados que apenas si se había fijado en lo que ocurría en el mar. La vista era asombrosa. Espectacular: el sol en lo alto, la bahía entre azul y verdosa, las velas hinchadas por el viento... y ahora, espesas nubes de humo provocadas por los cañonazos mientras la flota de la Cromería intentaba entrar en la bahía. Tan solo un puñado de pequeñas embarcaciones defendía el centro de las líneas del Príncipe de los Colores. Respondieron con una andanada.

—Lem —dijo el comandante Puño de Hierro—. Adelante.

Un hombrecillo nervioso se situó junto a Teia.

—Hola —le dijo. Su mirada huidiza se fijó en el inexistente pecho de la muchacha, después en sus ojos, y por último en el vacío—. Me llamo Lem. Aunque mi nombre real es Will. Ya sabes, de Will a Willum, y de Lum a Lem.

—Ya —dijo Teia. Supongo.

—Lo que tiene Lem de especial es que está loco —dijo Lem—. Todos estamos locos de alguna manera. Pero Lem está loco de una manera especialmente valiosa.

—Y me lo vas a contar —dijo Teia, mientras el hombrecillo volvía a clavar la mirada en su busto. No sabía si se trataba de un pervertido, o si sencillamente le costaba mirar a la gente a la cara.

—Aquí Lem cree que puede hacer cualquier cosa al servicio de la Guardia Negra. Aquí Lem cree que la roca que tiene delante es como la mantequilla. Es un poco lento, lo que está bien, porque de lo contrario probablemente sería endiabladamente peligroso. O eso dicen los instructores. Verás, Lem puede hacer agujeros en la roca

para nosotros, sin problemas. Posee una fuerza de voluntad que haría llorar a Andross Guile como un niño pequeño. Soy terco, ya sabes.

—Ya —dijo Teia.

Lem se cargó de luxina azul y se acercó a Teia con gesto conspiratorio.

—Hay algo en el agua —dijo.

¿Y ese bicho raro cómo habría conseguido entrar en la Guardia Negra?

Porque es un bicho raro que puede ser útil. Como yo.

Lem extendió una mano y se quedó esperando, contando en voz baja:

—Cuarenta y uno, cincuenta y tres, cuarenta y siete, cincuenta y nueve, no, cincuenta y tres, cincuenta y nueve, sesenta y uno, setenta y uno, no...

Un martillo de luxina azul salió disparado de su mano y atravesó la roca. Se incrustó, una barra horizontal conectada a una pica se clavó en la piedra. La barra se podría utilizar como asidero. Lem tiró de ella para cerciorarse de que no cediera y respiró hondo. Bajó la mano de golpe, y ocho picas más saltaron de sus dedos en rápida sucesión. Formarían una escalera formidable.

Luxina azul... incrustada en la roca. Por todos los diablos. Justo cuando Teia pensaba que la Guardia Negra ya no podía seguir impresionándola.

Lem sonrió en su dirección; luego, como si acabara de darse cuenta de que había establecido contacto visual, apartó la mirada.

—Soy terco, ya sabes.

Y tanto.

A un gesto del comandante Puño de Hierro, Teia subió por la improvisada escalerilla. Casi había llegado a la cima cuando oyó un rechinar de hierro contra la roca, y a alguien que estaba ladrando órdenes. La ventana era una rendija abierta sobre su cabeza. A continuación, vio cómo un cañón se asomaba por la abertura. Se tapó los oídos justo antes de que el cañón disparara.

La onda expansiva estuvo a punto de tirarla de la escalera. Y a ese disparo lo siguió media docena más, a lo largo del semicírculo del fuerte. Todos los cañones se perdieron de vista a causa de la fuerza del retroceso, pero cuando Teia levantó la cabeza para ver si podía contar cuántos hombres estaban recargando las baterías en medio de la densa humareda —a través de la cual el paryl penetraba sin dificultad— vio que las ventanas tenían barrotes. Había espacio suficiente para que los cañones avanzaran y se asomaran entre los barrotes, pero no para que los guardias negros se colaran entre ellos. Tal vez después de un disparo alguien pudiera escurrirse por el espacio ligeramente más amplio que ocupaban los cañones cuando los situaban en posición de disparo.

Esas eran sus opciones: gatear por delante de un cañón y esperar que hubiese suficiente sitio, y atacar a unos hombres armados que podrían estar mirando en su dirección.

Teia sintió más que oyó cómo otro conjunto de asideros estremecían la roca a su lado, rodeando las grandes ventanas de lo alto del fuerte. Miró abajo y, por señas, informó al comandante Puño de Hierro de que no iban a poder entrar por allí. Lem ya había empezado a preparar la siguiente escalerilla al otro lado de las ventanas.

Sobre la roca, el fuerte se alzaba en varias plantas de torres de madera. Teia se alegró de que las alturas no le dieran miedo, pero empezaba a sufrir vértigo. Donde se unían la roca y la madera había una repisa lo bastante amplia como para que cupieran tres personas de pie. Las pesadas vigas de las paredes de madera del fuerte se hundían en unos profundos orificios perforados directamente en la piedra roja. Teia usó el paryl para mirar a través de las paredes. Aunque no podía traspasar la madera, podía escudriñar entre los resquicios, allí donde la corteza presionaba contra la corteza. La imagen no era nítida, pero no distinguió a nadie al otro lado.

Uno de los guardias negros se reunió con ella, y Teia vio que los demás subían por la segunda escalerilla. Al mirar abajo, divisó a los soldados en pie todavía junto a la pequeña puerta a sus pies, contemplando el mar. Si esos hombres se giraban cuando dispararan los cañones —que en acción constituían todo un espectáculo, por lo que la idea no era tan descabellada— descubrirían a los guardias expuestos. Pero entonces, mientras la artillería del fuerte rugía, Teia siguió la dirección de la mirada de los soldados y vio lo que estaba teniendo lugar sobre las olas. Había barcos en llamas; en su mayoría, naves de la Cromería que se habían acercado demasiado al fuerte.

El resto de la flota avanzaba hacia un hueco en el centro del desfiladero. Las pequeñas embarcaciones del Príncipe de los Colores —Teia no sabía lo suficiente de barcos como para identificarlas— estaban alejándose de la zona. Pero la mayor parte de la flota de la Cromería no iba a lograrlo. Teia había comprobado hasta dónde llegaban los cañones del fuerte, y con algunos de los barcos comenzando a virar en esos momentos, estarían a tiro durante diez o quince minutos más. En ese tiempo, desde el fuerte conseguirían efectuar cientos de disparos. Orholam misericordioso. Teia se dio la vuelta. A lo lejos, hacia el oeste, le pareció ver la insinuación de dos traineras que surcaban las olas, regresando para unirse a la batalla. ¿No habrían encontrado a la perdición verde?

—¿Cuántos soldados? —preguntó el guardia negro a Teia. Se refería al interior. La muchacha salió de su ensimismamiento. No podía resolver los problemas ni los errores que se cometieran ahí abajo, salvo detener los cañones allí arriba.

—No veo ninguno —susurró.

—En tal caso, quizá tengamos alguna oportunidad. —El hombre hizo un gesto al otro equipo, y Teia vio que había ocho personas alineadas en esa escalera, y seis más debajo de ella. El guardia (Teia no sabía cómo se llamaba) terminó de trazar una carga contra la pared de madera y la adosó a un lado, tan lejos de él como se atrevió.

El otro equipo estaba trazando su propia escalerilla, esta vez sencillamente apoyada en la pared, como una escalera tradicional. Subieron rápidamente por ella, y el comandante Puño de Hierro les ordenó por señas que procedieran.

El guardia apartó a Teia hacia un lado y detonó la carga. Tras la explosión, durante unos instantes, a Teia le sorprendió que nadie hubiera dado la voz de alarma dentro del fuerte.

Por supuesto. Están disparando cañones de todos los tamaños. No van a alarmarse por un simple estallido.

Ayudándose con palancas de luxina, los guardias negros no tardaron en demoler el resto de la madera e irrumpir en el fuerte. Había cadáveres por todas partes. Atashianos, en su mayoría, pero también hombres harapientos sin ningún tipo de uniforme, y trazadores, incluso unos cuantos engendros de los colores. Aquel lugar había sido el escenario de una batalla reciente.

El inmenso fuerte cubría el cabo de Ru formando una puntiaguda corona de madera que se hundía a gran profundidad en la roca. Pero apenas si había un alma a la vista. Dos hombres montaban guardia ante la puerta, de cara a la parte opuesta del fuerte. Los arqueros de la Guardia Negra se encargaron de ellos. Sus flechas les atravesaron las espaldas cubiertas con cota de malla. Los guardias que habían subido por el otro lado se encontraron con un equipo de artilleros en lo alto de la empalizada, y los mataron en cuestión de segundos.

Teia bajó corriendo con ellos por una escalera que desembocaba en el fuerte propiamente dicho, cruzaron un amplio pasillo y llegaron a una puerta de madera. Pese a la oscuridad y la humareda, Tenia veía sin dificultad en el subrojo.

—Cuatro a la izquierda, cinco a la derecha. Parece que hay un engendro en el centro, dando órdenes —susurró, antes de retirarse de puntillas por el pasillo mientras atronaban los cañones. Llegó hasta otro equipo, situado frente a la puerta que daba a otra batería—: Tres a la derecha, seis a la izquierda.

Puño de Hierro le indicó que se quedara donde estaba. Sigilosamente, desenvainó una portentosa cimitarra que Teia no había visto hasta entonces. La empuñadura estaba engastada de turquesas y orejas de mar, y había algo que parecía madera quemada inscrito a lo largo del filo. Sin mirar la hoja, como si no soportara verla, Puño de Hierro se la ofreció a Coturno, que estiró el brazo sin moverse del sitio y tocó la madera a ambos lados de la cimitarra.

Cuando la madera de atasifusta se encendió con una llamarada, los dos equipos se pusieron en marcha. Los guardias negros irrumpieron en ambas habitaciones a la vez. En medio de la densa humareda, Puño de Hierro sobresalía como un gigante armado con un garrote de fuego. Teia oyó gritos, rabia, terror... y disparos de pistola. También ella empuñaba una con una mano empapada de sudor, amartillada y lista para entrar en acción.

Se abrió una puerta al otro lado del pasillo, y un desconcertado trazador asomó la cabeza. Vio a Teia.

La pistola se elevó como si estuviera dotada de voluntad propia. El percutor cayó de golpe, las chispas prendieron, y Teia sintió el brusco retroceso y una vaharada de humo caliente en la cara. La muchacha parpadeó y vio al trazador en el suelo a sus pies, con el ojo izquierdo y una cuarta parte del cráneo destrozados.

No estaba muerto.

—Recarga —le dijo el comandante Puño de Hierro al oído. De alguna manera, se las había apañado para estar ya de vuelta.

Con un respingo, Teia descubrió que sus manos obedecían la orden por sí solas: limpiando el cañón con un paño, abriendo el cuerno para la pólvora, prensando la carga. El comandante se asomó al cuarto del que había salido el trazador y, tras no encontrar a nadie más, clavó la cimitarra llameante en la espalda del hombre, traspasándole el corazón, la sacó y se adentró al trote en el pasillo.

Teia corrió detrás de él, sin tiempo apenas para recargar el mosquete, presa del repentino deseo de no quedarse rezagada. Se toparon de frente con diez trazadores enemigos. La muchacha frenó en seco, pero el comandante Puño de Hierro había comenzado ya una secuencia de movimientos que parecían de *yeshan* ka, con la cimitarra en una mano, luxina en la otra, sembrando la muerte a diestro y siniestro. Los demás guardias negros se unieron a él instantes después, pintando las paredes con deslumbrantes explosiones de luz.

Con cautela, Teia llegó al escenario de la carnicería al mismo tiempo que el guardia negro que había volado la puerta. Cero. Se llamaba Cero, recordó. Frente a ellos había dos trazadores que ya habían empezado a cargarse de luz.

—¡Tú el verde, yo el rojo! —exclamó Cero. Actuó antes de que Teia pudiera decir nada.

Teia atacó al trazador que tenía más cerca... el objetivo de Cero. El trazador del otro lado disparó una hoja de luxina contra el torso de Cero, que trastabilló, se desplomó y miró a Teia como si le costara creer que pudiera ser tan estúpida.

¡Que no distingo los colores, maldita sea!

Cero había caído, pero también los dos trazadores rivales, abatidos por los demás guardias negros.

Un engendro rojo se encendió con un alarido, y el comandante Puño de Hierro rugió, le gritó a Teia que fuera a por... alguien. Los gritos y el crepitar de las llamas le impidieron entender sus palabras.

Vio entonces a un joven que se alejaba corriendo, y partió en su persecución. Llevaba puesta una camisa y una capa blancas, ambas con gruesas franjas de distintos colores: uno de los policromos del príncipe. Se adentró en los pasillos y se perdió de vista. Teia lo siguió tan deprisa como pudo.

Al doblar una esquina, tropezó con el pie extendido y el hombro del muchacho, y salió volando por los aires. ¡Una emboscada! Mientras resbalaba por el lustroso suelo de piedra, se dio cuenta de que el joven le había arrebatado la pistola. Parecía que le había roto el dedo al arrancárselo de golpe del gatillo. El policromo, que debía de rondar los diecisiete años de edad, tenía el rostro ensangrentado allí donde se le habían roto las gafas; los fragmentos de cristal le habían lacerado las mejillas y la nariz aguileña. La apuntó con la pistola, y Teia se quedó paralizada.

De rodillas, vio cómo una docena de soldados armados con mosquetes acudían corriendo al encuentro del joven. Debían de haber estado en otra sala de artillería, o en el barracón. El muchacho se guardó la pistola.

—Matadla —dijo, sonriendo de oreja a oreja—, e id a ayudar a los hombres de dentro.

Teia no quería morir, pero no podía hacer nada. Por Orholam, no podía hacer nada. En ese momento, mientras tres de los soldados levantaban los mosquetes, le sobrevino un abrumador presentimiento que desafiaba toda comprensión, zarandeándola como un vendaval. Susurrándole al oído: «Así».

De improviso, oyó la voz de la magíster Martaens, que decía: «Morirás incinerada». Pero Teia se sentía serena. Sin miedo. Levantó las manos, con los dedos extendidos. Unas rápidas oleadas de color abierto brotaron de ella, algo que estaba más allá del paryl, o que era un tipo de paryl como nunca antes se le había ocurrido trazar.

Era como si hubiera hundido las manos en una hoguera. Los soldados chillaron, se agacharon, soltaron las armas. Dos de ellos huyeron. Varios más se quedaron encogidos en el suelo.

Teia oyó pasos de hombres a la carrera a su espalda y extendió una mano hacia ellos, dispuesta a matar.

Eran guardias negros. Se contuvo, y sus pupilas se contrajeron de inmediato, regresando al espectro visible. Se miró las manos. Estaban intactas, no se las había quemado, pero todavía notaba un hormigueo. Volvió a mirar a los soldados que había dejado incapacitados, esperando ver un montón de cascarones calcinados. Estaban ilesos, aturdidos, esforzándose por recuperar las armas mientras los guardias se abalanzaban sobre ellos.

Teia se puso en pie de un salto. El muchacho al mando era uno de los que había conseguido escapar, protegido de la explosión por los cuerpos de los hombres que tenía delante. Corrió en pos de él.

Llegó al patio a tiempo de verlo escurriéndose por un boquete practicado en la puerta.

Maldición. No pensaba seguirlo.

De repente, parecía que el combate hubiera acabado. Teia bajó a la sala de

artillería, masajeándose las manos para aliviar el cosquilleo que las recorría. La Guardia Negra, sin concederse ni un instante para celebrar la victoria, ya había comenzado a recargar los cañones ante la atenta mirada de alguien que estaba familiarizado con ellos.

—Comandante —dijo Teia—, Cero está...

—Muerto —sentenció Puño de Hierro. Había apagado la espada, cuya hoja había quedado cubierta de humo, hollín, sangre y cabellos—. ¿Y el chico? ¿El policromo?

—No pude... Ha logrado...

El comandante Puño de Hierro levantó un dedo y se acercó a la ventana.

—¿Me engañan mis ojos? —preguntó.

Una línea de guardias negros se reunió con él. Vanzer, uno de los verdes, dijo:

—Oh, no. Puedo sentirlo.

En el mar, la batalla continuaba siendo encarnizada. La flota de la Cromería no parecía haberse dado cuenta de que los cañones del fuerte hubieran enmudecido. Todos los barcos seguían avanzando, en dirección al centro. Y la flota del Príncipe de los Colores había renunciado por completo a defender su posición.

Pero los guardias negros contemplaban las aguas. En ellas, un vasto círculo de al menos una legua de diámetro había cambiado de color, directamente debajo del centro.

—Nos han atraído directamente hasta el centro del desfiladero —dijo Puño de Hierro. Directamente hasta el centro de ese gran círculo oscuro.

Una aguja tan grande como una torre salió disparada del agua, provocando grandes olas que zarandearon a los barcos a su alrededor. A continuación, una serie de torreones más pequeños hicieron lo propio a cientos de pasos de distancia, formando un círculo. Uno de ellos traspasó directamente el casco de un galeón y lo levantó por completo fuera del agua hasta que el armazón se partió, vertiendo hombres y material bélico al mar.

Un mar que pareció elevarse con la forma de un disco de toda una legua de diámetro cuando la perdición salió a la superficie. Las aguas se alzaron y cayeron con violencia, arrasando naves enteras, aplastándolas. Vastos torrentes embravecidos discurrían en todas direcciones por los costados del islote que acababa de materializarse ante sus ojos.

Daba la impresión de que algunas de las naves lo bastante afortunadas como para haberse girado en la dirección adecuada lograrían escapar de la isla, pero de esta brotaron entonces unas enredaderas tan gruesas como troncos de árbol. Un bosque de enredaderas vivientes, prensiles como los tentáculos de un kraken, restallando como látigos en todas direcciones, sin concentrarse en un solo lugar. La perdición era un manto vivo, serpenteante.

Aunque sus ojos no pudieran decírselo, Teia sabía sin lugar a dudas de qué color

era. El salvajismo del verde, libre ya de su prisión acuática, golpeó ahora a los trazadores como un bofetón en la cara.

Los barcos que no habían resultado aplastados estaban varados en la isla verde, demencialmente escorados, inmovilizados.

En un abrir y cerrar de ojos, la flota de la Cromería sencillamente desapareció. La defensa de Ru tocó a su fin. Murieron miles de personas. Se perdió la batalla.

Teia vio cientos de figuras —diminutas como liendres desde su atalaya— que emergían de la isla. Cientos de engendros de los colores verdes que elevaban las manos hacia el firmamento y disparaban un torrente de luz. En el centro de ese ejército, cada vez más numeroso, un diminuto grupo les hacía frente, proyectando rayos de todos los colores a su alrededor.

—Son guardias negros —dijo alguien—. El Prisma está allí abajo. Luchando. Contra eso.

Que Orholam se apiadara de ellos. No tenían la menor oportunidad.

109

—Faltan cinco minutos para que amanezca —anunció el trazador naranja, inquieto, sorbiendo ruidosamente la saliva generada por el khat que tenía debajo del labio.

Una docena de trazadores naranjas y amarillos se habían congregado al pie de la muralla sur de Ru, esperando la salida del sol, ordenando nerviosamente a Liv y a su equipo que guardaran silencio. El equipo de Liv se componía de cuatro trazadores y otros tantos soldados. Con ella, alcanzaban la cifra sagrada de nueve. Liv preferiría alcanzar la cifra sagrada de noventa y nueve. Preferiría estar rodeada de luchadores que supieran trazar y de trazadores que supieran luchar, pero pasarían años antes de que los Túnicas Rojas dispusieran de algo remotamente a la altura de la Guardia Negra.

El ejército de los Túnicas Rojas estaba despierto y armado, pero los que se hallaban más próximos a ellos se encontraban a cuatrocientos y quinientos pasos de distancia de la muralla. Los atashianos debían de contar con cañones capaces de llegar tan lejos, pero habían decidido reservar la pólvora. Liv suponía que su situación debía de ser tan desesperada como la de los Túnicas Rojas. La batería del Príncipe de los Colores, en la cara sur del desfiladero, únicamente tenía pólvora suficiente para disparar cada cañón una sola vez. Esperaba que la flota de la Cromería evitara esa orilla por completo y se ciñera en su lugar a la opuesta, supuestamente defendida aún por sus aliados atashianos.

Liv no averiguaría cómo había salido ese plan hasta que todo hubiera terminado, si es que alguna vez llegaba a saberlo. Su cometido era lo más parecido a una misión suicida. Sus soldados, vestidos con descoloridas capas añiles sobre las armaduras de cuero cubiertas de rasguños y rozaduras, pertenecían a los Bastardos Azules, una compañía de mercenarios contratada por Ru. Las compañías de mercenarios rara vez se ofrecían voluntarias para soportar largos asedios, por lo que Ru debía de haberles pagado una fortuna.

Y como cabía esperar de unos hombres cuya lealtad primordial era para con su bolsa, se habían mostrado dispuestos a llegar a un acuerdo con el Príncipe de los Colores. Se negaron a combatir para él, temiendo ganarse una reputación de chaqueteros que podría perjudicarlos en futuras negociaciones. Pero accedieron a allanar el camino para el equipo de Liv a cambio del indulto cuando los Túnicas Rojas conquistaran la ciudad.

Como todos los líderes, aunque el Príncipe de los Colores detestaba a los

mercenarios, se veía obligado a utilizarlos. Estaba convencido de que Pash Vecchio, el señor pirata, lo había traicionado. El escuchimizado pirata había jurado que su formidable navío defendería la orilla del sur y conduciría a la flota de la Cromería directamente hasta su trampa. Según los informes, su barco había sido avistado, por lo que puede que hubiera hecho acto de presencia en el último momento. Lo más probable era que estuviese esperando en los alrededores, como algunos de los otros piratas, con la intención de abalanzarse sobre las naves dañadas tras la batalla para saquearlas y abastecerse de esclavos.

El sonido de los cañones lejanos, reverberando sobre las olas, llegó antes que el amanecer. Liv se preguntó si habría personas que ella conocía muriendo ahí fuera. Se giró para contemplar la muralla, viendo cómo la luz del sol se deslizaba sobre la piedra.

—Pensaba que esto era imposible —dijo para el adicto al khat de ojos naranjas.

—Adiestrada en la Cromería, ¿eh? La Cromería miente, princesa.

De todos los colores, solo los trazadores naranjas del príncipe eran mejores que los de la Cromería. Sus ilusiones, forjadas en las profundidades de otras luxinas, eran equiparables a las de los aprendices de la Cromería, pero también hacían algo sobre lo que Liv había oído rumores, aunque la Cromería negaba que fuese posible: proyectaban sensaciones. El objeto sobre el cual lanzaran el hechizo debía ser visible, y uno tenía que ser susceptible a ese tipo de cosas; cuanto más emocional fuera uno, más poderoso sería el hechizo experimentado. Pero aquella muralla era una obra maestra por partida doble. Primero, los hombres que tenía el Príncipe de los Colores dentro de la ciudad habían lanzado hechizos sobre todos los edificios, las calles y la muralla misma en varios bloques a la redonda. Los hechizos eran lo suficientemente discretos como para que no se pudieran distinguir a simple vista, sobre todo contra telones de fondo que tuviesen diseños enrevesados o multicolores. Pero el efecto perduraba, traspasando directamente el cerebro hasta alojarse en las entrañas, encogiendo el estómago, atenazando las entrañas. En un pequeño barrio al otro lado de aquella pared, todo el mundo estaba aterrado.

No era una sensación inusitada en alguien atrapado en una ciudad asediada, y surtía el efecto deseado: la gente evitaba esa zona. Eso significaba que nadie se fijaba en la muralla con detenimiento, lo que facilitaba que la ilusión perdurara.

Liv preguntó cómo lo hacían. Dijeron que proyectaban su voluntad en la creación, del mismo modo que se creaban los gólems. Eso dotaba a la magia de un remedo de vida. Algo que en la Cromería estaba prohibido, naturalmente. Los luxiats opinaban que romper tu voluntad en pedazos para hacer magia te erosionaba el alma, y aquellas partes del alma que uno perdiera no podrían recuperarse jamás.

Los Túnicas Rojas sabían que eso era falso. O eso decían.

El trabuquete emplazado en lo alto de los Acantilados Rojos disparaba sus

inmensos proyectiles cada cuarto de hora, proyectiles que caían cerca de aquel vecindario. Los naranjas habían llegado a la muralla, y cuando plantaron sus cargas explosivas, las programaron para que explotaran cuando las rocas del trabuquete sacudieran la tierra.

Un capitán atashiano había sido asesinado, y otro comprado con la promesa de seguridad para él y su familia cuando cayera la ciudad. Habían practicado un boquete en la muralla, y lo habían cubierto con una ilusión. La luxina azul, revestida de roja, amarilla y naranja, se deformaba en ilusiones que parecían idénticas a la pared misma. Resistiría un vistazo fugaz a veinte o treinta pasos de distancia, pero no una inspección detenida.

Los trazadores y los zapadores habían trabajado de noche, envueltos en recias mantas de lana para ocultar la luz de las bengalas de magnesio, emergiendo exhaustos y empapados de sudor cada mañana. Pero en cuestión de días crearon una puerta invisible, con soportes trazados para aguantar la muralla sobre sus cabezas, lo bastante amplia como para permitir el paso de cinco hombres a la vez.

Seguía siendo demasiado estrecha para que cupiera todo el ejército, y demasiado baja para que la cruzaran los caballos, pero la estrategia no era esa. Una hora después de que el equipo de Liv entrara en la ciudad, el Príncipe de los Colores enviaría quinientos de sus mejores trazadores y guerreros a través de aquel túnel, con instrucciones de abrir la puerta sur de la ciudad y permitir el paso de sus ejércitos.

En el fondo, Liv no veía qué podría salir mal. El Príncipe de los Colores no compartía su optimismo. Habría preferido encargarse de la flota de la Cromería un día y de Ru al siguiente, para evitar que el enemigo desembarcara y lo atacara por la retaguardia, en vez de intentar traer los suministros directamente a Ru. Pero al final había decidido arriesgarse: para que la trampa diera resultado, necesitaría hacer las dos cosas el mismo día.

Si el plan se torcía, Liv iba a encontrarse muy, muy sola en un sitio hostil.

—¡Ya es la hora! —ladró el naranja. Mientras el sol los bañaba, él, un azul y un amarillo tocaron la pared en tres puntos ligeramente separados entre sí, accionando los nodos de control que habían dejado en la superficie. Retiraron la ilusión como si de una cortina se tratara.

—Recordad lo que ha dicho el príncipe —dijo Liv—. Lo que hagamos hoy, lo haremos movidos por la clemencia. El precio de la libertad siempre se paga con sangre. Y si alguien debe pagarlo, mejor que sean tan solo unos pocos. Seamos rápidos e implacables.

Como discurso no era gran cosa, pero era la primera vez que Liv hacía algo así. Sus hombres asintieron con la cabeza y cruzaron la muralla. Ella era la penúltima. Si perecía, la misión entera sería un fracaso, por lo que la protegerían por encima de todo. Ventajas y desventajas de ser una supervioleta.

Se agazapó detrás de ellos. La muralla medía dieciocho pasos de grosor en la base. Era inmensa. Este era el motivo de que no la hubieran bombardeado directamente con los trabuquetes; habrían tardado meses en traspasarla. Los cañones podrían haberlo conseguido antes, pero carecían de la cantidad de pólvora necesaria, así como de fácil acceso a las minas de salitre para fabricar más. Pero quienquiera que le hubiese dicho al Príncipe de los Colores que por allí podían entrar cinco hombres a la vez era un embustero. ¿Cinco hombres? El espacio era tan reducido que Liv debía encorvarse de mala manera para cruzar. Podía tocar las paredes con los dedos extendidos. Cumplía su función, no obstante, y Liv se alegró por un momento de ser una de las primeras en acceder a la ciudad, en vez de hacerlo en medio de quinientos hombres esforzándose por pasar por aquel diminuto agujero mientras los bombardeaban con fuego y magia.

Alegrarme de entrar sola en una ciudad enemiga. Me he vuelto loca.

Llegaron al otro lado. Algunos de los hombres estaban cubiertos de polvo. Uno de ellos, un gigantón de más de siete pies que se llamaba Phyros, estaba palpándose la cabeza, que sangraba a borbotones tras golpeársela con el techo del túnel. Se sacudieron el polvo de las descoloridas camisas azules —lo más parecido a un uniforme que tenían los Bastardos Azules— y vendaron rápidamente la cabeza de Phyros.

—Seguidme —dijo Phips Navid. Era uno de los primos de Payam Navid, el apuesto magíster por el que Liv y todas las demás chicas de la Cromería bebían los vientos. Phips se había criado en Ru, aunque tanto su padre, como sus hermanos mayores y sus tíos habían muerto ahorcados tras la Guerra de los Prismas. Él contaba doce años de edad por aquel entonces, y se había librado de la soga por los pelos.

Emprendieron la marcha por las calles. Sin alejarse de la muralla, pues gracias al hechizo de terror, no había absolutamente nadie en los alrededores. Aunque no tardaron en cruzarse con unos soldados, que se limitaron a saludarles con la cabeza. Rodearon todo un bloque para evitar a un soldado de los Bastardos Azules; solo los escasos comandantes de la compañía de mercenarios conocían su plan. Cualquier subalterno que los viera les preguntaría qué estaban haciendo.

La guerra todavía no había provocado ningún estrago en la mayor parte de la ciudad. Lo que quería el Príncipe de los Colores era un nuevo centro estratégico desde el que dirigir la campaña, no seguir mermando sus recursos, por lo que había ordenado que los proyectiles de los trabuquetes de los Acantilados Rojos y las baterías de artillería se concentraran en unos pocos vecindarios. Había plazas y palacios enteros que permanecían intactos. Los edificios eran de adobe encalado, con tejados planos que servían de habitaciones extra, sobre todo durante las noches más calurosas, igual que en Tyrea. Pero aquí había muchos más palacios construidos alrededor de patios con jardines centrales. Cualesquiera que fuesen los daños sufridos

por Ru durante la Guerra de los Prismas, hacía tiempo que su riqueza se había encargado de repararlos.

Pero las personas que deambulaban por las calles no tenían pinta de sentirse tan afortunadas. Parecía que hubiera hechizos de terror pintados en todas las paredes. Mientras pasaba por debajo de altos palacios de tres y hasta cuatro plantas, Liv descubrió hombres con catalejos en no pocos de ellos, escudriñando las aguas. Sin embargo, los estampidos de los cañones apenas si se dejaban oír en el laberinto de calles.

Llegaron sin contratiempos hasta el distrito de los templos. La Gran Pirámide de Ru se alzaba de repente ante ellos. Liv vio inmediatamente las similitudes y las diferencias con los zigurats de Idoss. Los idossios buscaban las alturas, y el mayor de sus zigurats era más grande y empinado que la Gran Pirámide, pero no podría compararse con ella ni en masa ni en majestuosidad: la piedra caliza encalada se distribuía con precisión sobre los puntos cardinales de una brújula, con grandes braseros de bronce que ardían día y noche en cada una de las esquinas; los inmensos escalones de la cara oriental, revestidos de bronce bruñido, relucían al sol como oro rojizo; y en la cumbre, cubierta de electrum, el gran espejo se elevaba como una estrella. La orientación de los cuatro costados cambiaba con las estaciones, aunque ese año, con la llegada del ejército, no se habían tomado la molestia de colocar los adornos de otoño. Todos los veranos, la pirámide se transformaba en un jardín, en una verdadera montaña de flores. Un director distinto cada año se encargaba del diseño, y los gastos corrían a cuenta de alguna noble familia.

A esas alturas del año, las flores ya deberían estar marchitas y moribundas, olvidado desde hacía tiempo su esplendor. Sin embargo, todas las plantas se mostraban exuberantes; uno de los efectos de la perdición verde, había dicho el Príncipe de los Colores. Ese año, los jardines se habían diseñado para evocar un sol posado en el pináculo de la Gran Pirámide, según el antiguo estilo artístico atashiano, zigzagueante y cargado de runas. Las azucenas, las gardenias, los iris blancos y las hortensias del mismo color daban paso a margaritas, ranúnculos y maravillas. Las rosas anaranjadas, las azucenas y los tulipanes escalonados representaban los rayos del sol, radiantes en un firmamento de jacintos y campanillas. Un bosque de verdes vibrantes ocupaba el centro, y la base era un laberinto de rododendros, camelias y rosas de todos los colores. Por todas partes discurrían arroyos cantarines, incluso por encima de los grandes escalones, con la ayuda de caprichosos acueductos. Desde las alturas, las fuentes escupían surtidores de agua que iban a parar a los estanques situados una docena de pasos más abajo. Y todo eso era efímero, condenado a ceder su sitio a algo igual de suntuoso con la llegada de la siguiente estación. Las familias nobles competían entre sí de esta manera.

La exorbitante magnitud de las riquezas necesarias para crear semejante

espectáculo maravillaba y al mismo tiempo repugnaba a Liv. Aquella ciudad nadaba en la abundancia, pero en apenas media hora se habían cruzado con no pocos mendigos, rameras, tullidos y huérfanos.

—Despierta —dijo con suavidad Phips Navid.

Liv apartó la mirada. Parecía que nadie más se había percatado de cómo se quedaba boquiabierta. Qué idiota. Admirarlo todo como si fuese la primera vez que lo veía era la mejor manera de estropear su disfraz.

Pero a su alrededor todos parecían estar demasiado ocupados, cabizbajos, absortos en sus propios asuntos. Un par de minutos después, Liv y sus hombres llegaron al pie de la gran escalera. Allí los aguardaba uno de los comandantes de los Bastardos Azules, un viejo sátiro de ojos azules, desdentado y con la nariz torcida, que se llamaba Paz Cavair. Estaba hablando con uno de los capitanes de la ciudad, encargado de vigilar la base de la pirámide junto a seis hombres.

—¡Liv! —exclamó Paz—. Esperaba verte. Acércate.

Liv frunció el ceño y se acercó trotando con sus hombres.

—Señor —dijo—, me disponía a comprobar cuánta pólvora...

—Olvídate de eso ahora. Quiero que le lleves un mensaje a lord Aravind, ahí arriba.

Con una mueca, haciéndose la tonta, Liv replicó:

—¿Puedo mandar a uno de mis hombres?

—No, es importante. Solo para sus oídos. Además, ¿cómo quieres conservar ese culito tan prieto si no sudas un poco?

El capitán se rió ante la ocurrencia de Paz, y los hombres de Liv resoplaron, como si les costara aguantar las carcajadas.

Liv los fulminó con la mirada.

—No sé qué os hace tanta gracia. Si yo tengo que subir, vosotros también.

Eso les cerró la boca.

El capitán se volvió a reír, pero luego adoptó una expresión preocupada.

—Me temo que solo puedo permitir que subáis dos. Podría llevar el mensaje por ti, si lo prefieres, pero no dejaré que ningún grupo armado suba a la Gran Pirámide.

—Estamos en medio de una guerra. Bromeas, ¿verdad? —dijo Paz Cavair.

—Detesto ser aguafiestas, pero tengo órdenes y todo eso —repuso el capitán. Era un muchacho. Moreno, bonitos ojos azules, cuentas ensartadas en la barba—. Ya sabéis de qué va.

—Lo sabemos —dijo Paz Cavair—. Arriba.

—¿Eh? —se extrañó el capitán.

Era el código. El guardia de Paz Cavair y todos los de Liv atacaron a los soldados atashianos, desenvainando sus cuchillos y clavándolos en las cotas de malla, partiendo cuellos y masacrando con ferocidad al capitán y a sus hombres. Terminó

tan deprisa, y los cadáveres se retiraron con tanta presteza, que nadie dio la voz de alarma.

Consumada la carnicería, Paz Cavair dio la vuelta a su capa. Llevaba el sello con el águila de Ru bordado en la otra cara, y adoptó su posición como si fuera un soldado más. Liv y sus hombres también dieron la vuelta a sus capas. Los guardaespaldas de Paz Cavair despojaron de las suyas a los otros guardias, amontonaron varias más y las ocultaron lo mejor que pudieron.

—Alcanzaréis la cima en cinco minutos si os dais prisa. Tenéis que llegar antes de que cambie la guardia.

—Se suponía que esta era la nueva guardia —dijo Liv.

—El relevo se ha retrasado. Ahora no podemos hacer nada al respecto. ¡Apresuraos!

Subieron los escalones a la carrera. Solo era cuestión de tiempo antes de que los hombres de lord Aravind los descubrieran. Con suerte, las capas conseguirían que los dejaran en paz hasta que llegasen a la cumbre; la mayoría de los soldados de la ciudad lucían escasos distintivos oficiales, pero se suponía que solo un cuerpo de élite intentaría asesinar a lord Aravind. En tiempo de guerra, sin embargo, la forma tradicional de hacer las cosas siempre es lo primero que se desmorona.

Liv apretó el paso.

Sonaron cañonazos hacia el sur, y vio que una porción del ejército del Príncipe de los Colores estaba congregándose, cargando hacia las puertas. Se trataba básicamente de una distracción... para ella.

—Liv —le había dicho el príncipe la noche anterior—. He estado poniéndote a prueba. Para ver si podía confiarte algo.

—Lo sé. Diría que por supuesto que podéis confiar en mí, pero supongo que sería lo que cabría esperar de todas maneras.

El príncipe sonrió. El gesto era espeluznante, con sus quemaduras cicatrizadas, pero Liv ya prácticamente había dejado de fijarse en ellas.

—No estoy poniendo a prueba tu lealtad, ahora no. —El sol había comenzado a ponerse temprano, iluminando los Acantilados Rojos, alargando interminablemente las sombras de los trabuquetes—. Sino tu competencia. Es una prueba a la que me veo obligado a someterte porque dispongo de muy pocos trazadores supervioletas, y necesito que alguien capaz se encargue de esto. El mejor. Me gustaría mantenerte a salvo, pero en cambio, necesito ponerte en peligro para que podamos obtener la victoria. Si tienes éxito, te recompensaré como jamás podrías imaginarte.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Liv.

Y allí estaba ahora, empapada de sudor, jadeante, sintiéndose como si fuera a vomitar de un momento a otro. Se detuvo un instante y contempló el mar, poseída por un presentimiento, creyendo haber oído algo.

Una gigantesca isla verde se había alzado de las profundidades marinas y flotaba en medio del desfiladero. Los barcos, puntos diminutos, se rompían y volcaban. Unas olas inmensas emergían de la montaña flotante, en cuyo centro se erigía una enorme torre ahusada. El pulso de Liv se aceleró, y la muchacha juraría que de repente se sentía feroz y vigorizada. La perdición verde.

Hacia el sur, podía oír los sonidos de la batalla. Los cañones y los mosquetes disparados desde la muralla sacudían la ciudad. Los soldados apostados en lo alto de la pirámide todavía no habían visto la perdición ni al equipo de Liv, concentrados como estaban en la contienda que se desarrollaba frente a su posición.

A pesar de la ferocidad y el vigor que la poseían, subir los escalones a la carrera la dejó agotada. Liv aminoró el paso, y los hombres que la flanqueaban la sujetaron por los brazos y la ayudaron a cubrir el resto del trayecto. No se lo recriminaron. Eran luchadores y sus cuerpos estaban entrenados para aquello. Ella no. Eso hacía que se sintiera débil y desvalida, y una pequeña parte de su ser se sentía atrapada y ansiaba liberarse. Pero reprimió el impulso.

Avanzaron más despacio al acercarse a la cumbre de la pirámide. En el penúltimo nivel de la misma, casi invisible desde abajo, había un patio cuadrado que servía de lugar de reunión para los nobles y de escenario para los rituales religiosos. Era allí donde los hombres y las mujeres de la familia real de Ru habían sido masacrados y arrojados escaleras abajo. Había cestos cargados de fucsias, estanques y fuentes para que los nobles se refrescaran, los esclavos traían fruta y vino del interior de la misma pirámide.

Todos los trazadores del equipo de Liv se habían puesto las gafas, y ella los imitó. Trazó una concha supervioleta y la llenó de amarillo líquido, tal y como el propio Gavin Guile le había enseñado. Parecía que hiciese una eternidad.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó una voz desde arriba. Un soldado, desafiándolos.

Una lanza azul atravesó la nariz del hombre y se enterró en su cara. Sus ojos estallaron en medio de una tromba de sangre. El equipo de Liv embistió.

En lo alto de la pirámide había más gente de lo que Liv se esperaba, pero ningún trazador. Disparó su bomba de luz contra el centro de la multitud; cuando explotó, cegó a la mitad de las personas que estaban mirando en su dirección. Los hombres de Liv eran temibles, posiblemente algunos de los mejores trazadores y luchadores que había visto nunca. Phyros blandía dos hachas que parecían alabardas con el asta recortada, y a su paso morían hombres, esclavos y mujeres. Los trazadores azules ensartaban cuellos y rostros con sus lanzas azules, a diestro y siniestro. Phips Navid se abalanzó sobre lord Aravind, clamando venganza, y cayó abatido por los guardaespaldas del noble.

Liv se quedó atrás, disparando bombas lumínicas, sintiéndose vagamente como

una cobarde pero sabiendo que era insustituible, y sus proyectiles cumplían su función. Solo tuvo que desenfundar la pistola una vez, cuando una esclava enloquecida se le echó encima con una maceta. La mujer terminó postrada a los pies de Liv, con el boquete sanguinolento de su pecho ribeteado de quemaduras de pólvora.

Al cabo, abruptamente, todo acabó. Los hombres y las mujeres emitían gemidos, pero sin oponer resistencia. El equipo de Liv había quedado reducido a cinco, de alguna manera, y todos ellos estaban comprobando los cuerpos, despachando a los rivales heridos que gateaban para ocultarse o en busca de armas.

—Diez soldados suben por las escaleras de fuera —dijo Phyros—. Yo me encargo de las interiores.

Phips Navid sollozaba junto al trono. Liv se acercó a él. Tenía un ojo aplastado, una lanza le atravesaba el estómago y sobresalía por su espalda, y una de sus rodillas se había doblado hacia el lado que no tocaba.

—¿Lo hemos cazado? —preguntó Phips—. ¿A ese cerdo de Aravind? ¿Lo hemos cazado?

—Sí —dijo Liv—. Parece que se ha llevado un lanzazo en la entrepierna. Phyros acaba de degollarlo.

Phips soltó una carcajada que pretendía sonar como un ladrido, pero se redujo a un gimoteo.

—Bien, bien. Llevaba catorce años detrás de ese malnacido. Ojalá hubiera podido encargarme personalmente. Ojalá... ojalá esto no hubiera sido necesario. ¿Crees en el cielo?

—Creo en el infierno —respondió Liv.

Parecía que Phips quisiera echarse a reír, pero el dolor deformó sus facciones.

—Hazme un favor, ¿quieres? Iré a averiguarlo por los dos. —Sonrió de nuevo, con ferocidad, y mantuvo los labios obstinadamente curvados a pesar del miedo y el dolor. Liv se dijo que era por clemencia, pero no fue capaz de moverse hasta que no volvió a trazar el supervioleta. Tenía que hacerlo.

Y lo hizo. Su filo cercenó limpiamente la carótida y la yugular de Phips. Liv retrocedió con pasos temblorosos. Se dio la vuelta antes de poder ver lo que acababa de hacer.

—La escalerilla está aquí —gritó Phyros.

Liv acudió corriendo a su lado y subió por la escalerilla. Había una pequeña cornisa bajo el gigantesco espejo bruñido. Pero en cuanto Liv se acercó, supo que no se trataba de un espejo corriente. No solo era inmenso —quince pasos de diámetro, al menos—, sino que se veía impecablemente limpio. En su superficie no había ni rastro de polvo, ni un solo rasguño. Su marco de hierro estaba cubierto de antiquísimas runas, ennegrecidas por el paso del tiempo.

Desde lo alto de la pirámide, Liv contempló la batalla que se desarrollaba en las murallas. Los quinientos hombres del príncipe, diezmados, habían conseguido cruzar el infierno de humo y sangre que era aquel túnel y se enfrentaban a los soldados en todas las calles de la zona. La negra humareda de los mosquetes que no dejaban de tabalear y los alaridos llegaban incluso hasta allí arriba. Pero los Túnicas Rojas estaban abriéndose paso, ganando terreno. Medio bloque más e irrumpirían en una de las plazas, consiguiendo así un frente de batalla más espacioso en el que desplegar sus superiores aptitudes bélicas. Después de eso, Liv suponía que no habría de pasar mucho más tiempo antes de que alcanzaran la puerta. Pero el combate aún no había terminado, y parecía que los atashianos situados en lo alto de la muralla disponían de un ilimitado suministro de mosquetes cargados. Los apuntaban, disparaban, recibían otros de refresco, disparaban y volvían a disparar, descargando una incesante lluvia de muerte sobre los invasores.

Liv se obligó a apartar la mirada. Su lucha estaba allí. Entrecerró los ojos hasta dejarlos reducidos a meras rendijas. Era como si el espejo vibrara en su visión. Curioso. Se fijó en la base y descubrió un panel negro. Cuando lo tanteó con dedos de supervioleta, el espejo se estremeció. Parecía contener unas diminutas palancas invisibles en su interior.

¿Qué estoy haciendo? Miró a los soldados que subían por la pirámide. Aquella era la última prueba. Aquella era su misión. Después de eso, el Príncipe de los Colores la recompensaría como jamás había soñado. Nunca más sería insignificante. Nunca más sería ignorada, despreciada, impotente.

Iban a conquistar la ciudad, pero ahí fuera, de alguna manera, el resultado de la batalla naval dependía de lo que ella hiciera. Era su oportunidad de resarcirse de la Cromería por todas las burlas, por utilizarla contra su padre, por obligarla a incumplir sus promesas, por pervertirlo todo.

Los tentáculos de su luxina supervioleta se hundieron en la caja negra, encontraron las palancas del interior y tiraron. El espejo estuvo a punto de decapitarla cuando giró de improviso. Liv soltó la luxina, y el espejo se detuvo abruptamente. Trazó de nuevo, tiró de otra palanca, y el espejo se ladeó. Tiró de otra, y el espejo emitió un destello y se tiñó de azul.

—¡Daos prisa, mi señora, los tenemos encima! —gritó uno de los hombres.

—¡Estoy en ello!

Con los controles supervioletas, Liv tiró de otra palanca, y en la superficie del espejo se formó un burbujeante filtro verde. A partir de ahí, era una simple cuestión de empujar y tirar de las dos primeras palancas. Capturó la luz del sol naciente con el inmenso espejo y la proyectó hacia la bahía. Lo giró a izquierda y derecha, arriba y abajo, preguntándose cómo sabría si lo estaba haciendo como debía, o si ya estaba haciéndolo correctamente. Notó algo cuando el rayo apuntó mar adentro, sobre el

cabo de Ru, pero debía de ser por culpa del esfuerzo. Esa no era la dirección adecuada, ni por asomo. Lo apuntó sobre la bahía, arriba y abajo, tanteando.

Sintió una vibración... la perdió. Lo intentó de nuevo y apuntó el rayo hacia atrás, solo un poco. La sensación regresó, y el espejo emitió un zumbido. En un abrir y cerrar de ojos, se transformó en algo completamente distinto.

El espejo capturaba toda la luz del sol y enviaba un vibrante rayo esmeralda a la perdición. Podía verse en el aire, llameante y cegador. No podía ser, era imposible. Los espejos jamás brillaban con tanta intensidad como para ver sus rayos durante el día. Quizá con niebla o humo, o de noche, la luz pudiera ser visible, pero no una hora después del amanecer.

Y sin embargo, lo era.

Mientras el espejo vibraba con aquella frecuencia perfecta, sin embargo, emitiendo aquel zumbido casi melodioso, la percepción de Liv se introdujo en la gigantesca lente y de improviso pudo ver la torre que emergía estremeciéndose del mar, cada vez mayor, justo delante de ella, como si en vez de a miles de pasos de distancia estuviera a menos de cien.

Al ver aquello, supo que Koios Roble Blanco se equivocaba. Había superado holgadamente la prueba de actitud. Aquella era una prueba de lealtad. Pues veía a Kip, a Karris y al mismísimo Gavin Guile en la perdición, y sabía que si obedecía al Príncipe de los Colores, estaría condenándolos a todos.

Si quería que el poder para cambiar el mundo fuera suyo, si quería salvar a diez mil muchachas ingenuas de los tiburones y los demonios marinos en el futuro, debía dejar que sus amigos murieran. Ya había suplicado antes al príncipe que perdonara la vida a Kip y a Karris... había cambiado las vidas de Túnicas Rojas por las de ellos en Garriston. Hacía menos de medio año, sus amigos eran dignos de su promesa y de las vidas de un puñado de desconocidos. Salvarlos ahora, ¿sería digno del sueño de un nuevo mundo, puro y distinto?

—¿Sabes lo que necesita Atirat, Aliviana? —le había preguntado la víspera el Príncipe de los Colores.

—¿Sacrificios? —aventuró ella.

—Luz. Todos los dioses nacen de la luz.

Llorando, Liv le proporcionó luz.

110

La primera ola gigante llegó por detrás de la trainera.

Gavin gritó algo, pero su voz se perdió en el rugido del muro de agua que se abatió sobre la popa de la embarcación, destrozándola. Su lenguaje corporal, sin embargo, era inconfundible. Se abalanzó sobre los tubos y vertió luxina por ellos, tan deprisa como le era posible. Los guardias negros siguieron su ejemplo, y la trainera salió disparada hacia delante.

Pero no fueron más rápidos que el violento golpe de mar que barrió los pies de Kip. El muchacho se agarró a la borda con ambas manos, y mientras el oleaje lo zarandeaba en todas direcciones, vio la aguja que sobresalía del mar a sus espaldas. Medía ya cientos de pies de altura. Ese era el origen de las grandes olas y de la lluvia torrencial que caía del cielo.

Kip se vio aplastado contra la cubierta. Oyó el sonido que emitía la luxina al partirse y desgarrarse, y vio cómo Gavin salía despedido sobre la proa de la trainera. Al disparar luxina con tanta fuerza, había arrancado los tubos de cuajo. De repente, todos saltaron por los aires. Los dedos de Kip se escurrieron de la barandilla, o puede que esta se hubiera desintegrado. No podía ver nada, solo agua. Lo que fuese que había proyectado el mar hacia arriba había cesado, y ahora las aguas descendieron con la impredecibilidad de una catarata. Kip cayó, y cayó, y pugnó por aspirar una última bocanada de aire. Cuando golpeó el agua, lo hizo sobre una corriente que lo arrastró de costado. Chocó contra algo, se arañó con algo más. Luchar no servía de nada, rodaba sin poder evitarlo. No sabía dónde estaba la superficie.

Notó algo debajo de él e intentó agarrarlo, falló, se le escurrió. La corriente formaba rápidos ríos, y sabía que debía evitar la corriente más profunda. Estiró el brazo de nuevo, cerró los dedos en torno a lo que parecía la rama de un árbol y se impulsó palmo a palmo hacia la corriente más débil. Le ardían los pulmones, y el agua estaba tan turbia que no veía nada más que el verde. Combatió el pánico, reprimió la ferocidad. Palmo a palmo, Kip. Se aferró a una raíz tras otra y continuó avanzando, avanzando.

Instantes después, notó el cambio de temperatura en la espalda. Aire. Afianzando los pies entre las raíces, levantó la cabeza y tomó aire.

La corriente estuvo a punto de arrastrarlo a las profundidades, y se tambaleó, pero recuperó el equilibrio. Se encontraba de pie en una nueva isla, y por todas partes, el agua corría a reunirse con el mar formando ríos inmensos. La tierra, si se podía

llamar así, no era uniforme. En algunos lugares el agua no tenía manera de descender, y se estancaba formando lagunas y charcas.

Verde. Todos los tonos posibles, desde el verde apizarrado del liquen al verde teñido de rojo de una hoja de rubí. Radiantes verdes esmeraldas que relucían desde dentro y el verde mate y arcilloso de las raíces; verde pícea, salvia, alga, oliva, espuma de mar y menta. Toda la isla era una amalgama de vegetación viva y luxina verde. Kip se erguía sobre unas raíces que palpitaban de vida. Vio un galeón entero, misteriosamente intacto, encajado entre las ramas de lo que parecía ser un árbol caído, a cincuenta pies del suelo. Pero mientras Kip lo observaba, maravillado, vio ramas que reptaban por el casco del navío como zarcillos de enredadera. Rodearon la cintura del galeón, se tensaron y aplastaron las cubiertas, derramando marineros en todas direcciones.

La isla entera era una fronda viviente, y estaba despertando.

Kip buscó a los guardias y descubrió que las figuras ataviadas de negro empezaban a incorporarse, desperdigadas en un radio de quinientos pasos a la redonda. Solo vio a ocho, pero había más en el agua, nadando y luchando. Gavin se encontraba a cien pasos de distancia, agitando los brazos y gesticulando hacia la aguja. Apremiante.

Kip corrió hacia él.

Cuando llegó a un canal de aguas embravecidas, demasiado ancho como para saltar al otro lado, Kip arrojó luxina verde a sus pies, creando una plancha sobre la que caminar como había visto hacer antes al comandante Puño de Hierro. Fue el trazo más sencillo que hubiera realizado en su vida. La luz verde parecía presionar físicamente contra sus ojos; solo tenía que abrir un poco la espita, y brotaba con la misma facilidad. Sintió el júbilo feroz y la libertad del verde, un júbilo sin terror, un júbilo sin freno...

Kip sospechaba que el júbilo que sentía no era completamente suyo.

Gavin no se había quedado aguardando a Kip, sino que corría hacia la aguja. Que no lo esperara hirió los sentimientos del muchacho, primero, y después lo aterró. Gavin lo esperaría, si pudiera. Si no sintiera una necesidad absolutamente desesperada, si los segundos no fueran absolutamente cruciales, esperaría para reunir sus fuerzas. No solo a Kip, sino a todo el mundo. Gavin querría que todo su equipo se reagrupara por motivos tanto humanitarios como estratégicos. Que pensara que no había tiempo para...

Un sonido como un millar de suspiros barrió toda la perdición; aire liberado, el eco sordo de burbujas que estallaban. Kip pasó corriendo directamente por encima de una vaina bostezante, con sus membranas desgarradas por una mano que arañaba el aire. El comandante Puño de Hierro tenía razón. Los engendros verdes habían confluido allí a cientos o a miles para que la perdición los perfeccionara. Y ahora

estaban despertando. Kip saltó por encima del engendro de los colores que emergía de su viscoso capullo y corrió más deprisa de lo que había corrido en toda su vida.

—Cargad los cañones —dijo el comandante Puño de Hierro, contemplando la nueva isla sobre la bahía con la larga lente montada que habían usado los artilleros para seleccionar sus objetivos. Teia jamás había visto sus facciones tan serias como en ese momento—. ¡Hezik! ¿Tienes experiencia?

Un guardia negro con los hombros como un búfalo dio un paso al frente. Solo tenía una oreja; la gruesa cicatriz que le cubría la mitad izquierda de la cara era el recuerdo de la estocada que le había costado la otra.

—Sí, señor, mi madre capitaneaba un cazador de piratas en las Angosturas.

—Sugerencias. El tiempo se agota.

—No carguéis todos los cañones. Solo estos dos pueden llegar hasta esa condenada cosa, y solo este lo hará con un mínimo de precisión. —Indicó la estilizada culebrina de bronce—. Seis mil pasos, pero desde esta altura, y con esta pólvora de grano grueso, mejor que el fino, con metralla envuelta en arpillera para ayudarme a compensar la distancia...

—Tú mandas, Hezik. Derriba esa torre.

Hezik guardó silencio durante unos instantes, pensativo, antes de empezar a apuntar a los hombres con el dedo.

—Inventario. Quiero saber cuánta pólvora de este tipo tenemos, y qué tipo de metralla. ¿No hay proyectiles? Tú, pesa esa bala en la báscula de ahí y calcula cuatro quintas partes del resultado. Tú, los artilleros habrán dejado notas en alguna parte. ¡Búscalas!

Gavin, que había prendido fuego a la enorme espada amarilla que había trazado, disparaba llamaradas con la mano izquierda y lanzaba tajos contra los engendros con la derecha, sin dejar de correr hacia la aguja. Karris le pisaba los talones, cortando cuellos y estómagos con su yatagán mientras los ojos de los engendros se veían atraídos por la figura de Gavin ante ella. Como siempre, Kip cerraba la retaguardia, jadeante pero capaz de todo con el verde que lo impulsaba.

Antes de que pudieran llegar a la aguja, se levantaron docenas de engendros. Estaban de rodillas, rindiendo pleitesía ante la torre ahusada, pero al detectar a los intrusos se apresuraron a interceptarlos. La aguja continuaba creciendo, elevándose en espiral hacia el firmamento. También los engendros aumentaban de tamaño. La perdición verde estaba fortaleciéndolos a todos. El poder se manifestaba de forma distinta en cada uno de ellos. Algunos se transformaban en gólems verdes, envolviéndose en armaduras que triplicaban su físico. Otros parecían árboles

cimbreños desprovistos de corteza, con la piel reemplazada por una fina pátina verde, verde sobre rojo, esqueléticos y sobrecogedoramente humanoides. Otros se volvían imposiblemente altos. Otros trazaban garras enormes o grandes piernas de rana. Otros, menos imaginativos, trazaban recios escudos, porras y yelmos.

Kip sintió un martilleo que reverberaba levemente en el suelo, a sus pies, y un segundo después oyó un cañonazo. Un tenue rastro de humo, procedente de un cráter a más de cien pasos de distancia, señalaba hacia la batería del cabo de Ru, donde el viento comenzaba a disipar un penacho de humo negro mucho mayor.

—¡A mí, a mí! —exclamó Gavin.

Tras un momento de resistencia ante la orden recibida, con el verde rebelándose en su interior, Kip comprendió que eso era lo que se disponía a hacer de todos modos. En cuestión de segundos, él y cinco guardias negros se reunieron con Gavin.

—Están creando un dios. Lo mataremos —dijo Gavin. Trazó otra espada amarilla y se la entregó a una de las guardias, que había perdido sus armas—. Como sea. Cueste lo que cueste. ¿Entendido? —Trazó otra espada amarilla, y otra, le dio una a un guardia negro y otra a Kip. Partió a la carrera en pos de los engendros. Tenía las manos rodeadas de relucientes nudos rojos y amarillos.

Cuando la primera lanza verde surcó el aire en dirección a Gavin, este se agachó para esquivarla, rodó por el suelo, se incorporó de rodillas y proyectó las manos hacia delante. Un abanico de misiles amarillos se desplegó ante él, cada uno de ellos arrastrando su propia cadena de fuego. Los misiles impactaron en docenas de engendros, y las cadenas se enroscaron a su alrededor, envolviéndolos en llamas y azotando a los engendros que tenían detrás.

Pero Gavin apenas si se detuvo. Se levantó de un salto y siguió corriendo.

Un engendro saltarín que Kip ni siquiera había visto se abalanzó sobre él, impulsando sus poderosas zarpas hacia abajo. Karris fintó a un lado y le hundió el yatagán en la axila.

A continuación, a cincuenta pasos todavía de la base de la aguja, se toparon con una auténtica muralla de engendros verdes. Gavin arrolló a unos cuantos, matando, girando, matando... y a punto estuvo de separarse de los guardias negros. Uno de ellos, Milk, vio cómo una garra gigantesca le arrancaba el brazo a la altura del hombro. Una mujer llamada Tisa cayó derribada mientras trazaba un chorro de fuego y se derramó accidentalmente la luxina incendiaria sobre el estómago y las piernas. La conflagración le arrancó un alarido.

Pero no perdió el control. Cuando el gólem verde, de ocho pies de alto, se situó ante Gavin y los demás para interceptarlos, Tisa se abalanzó sobre su espalda, derribándolo en medio de una intensa llamarada que los consumió a ambos.

Kip descargaba estocadas en todas direcciones, intentando no quedarse rezagado. Algo retorció su espada de luxina amarilla, y la perdió.

Los tres guardias negros restantes se reunieron con Gavin, que luchaba con la espada flamígera en una mano y luxina de colores intermitentes en la otra. Estaban acorralados, rodeados por docenas de engendros, inmovilizados.

El suelo se estremeció con el impacto de un proyectil, que estalló con un rugido ensordecedor. La onda expansiva estuvo a punto de derribar a Kip. Un cráter humeante hoyaba ahora la isla, a treinta pasos de distancia. A su alrededor, los engendros se habían evaporado, hechos pedazos.

Los guardias negros y Gavin fueron los primeros en recuperarse. El cráter y la brecha en las líneas de los engendros no estaban directamente entre los guardias y la torre, pero les ofrecían movilidad. Libertad.

A pesar de todo, jamás lo habrían conseguido si los verdes pudieran tolerar el orden, si hubieran organizado sus defensas. Pero con la ayuda del caos, Gavin y sus hombres se abrieron paso a través de las desconcertadas criaturas y se adentraron corriendo en el hueco que había creado la explosión, pisoteando los cadáveres y resbalando con la luxina verde liberada que comenzaba a evaporarse conforme morían los cuerpos que la contenían. Kip tropezó con el torso desnudo de una mujer; no quedaba nada más de ella. El rojo y el verde fluían en ríos paralelos, llenando el cráter de sopa sanguinolenta.

Al tropezar con las líneas aún desorganizadas del otro lado del cráter con Karris, Gavin y los tres guardias negros restantes, Kip se acordó de su cuchillo, que llevaba ceñido aún a la pantorrilla, y lo desenvainó, tambaleándose. Atacó a un engendro gigantesco que se cubría con las manos los ojos ensangrentados, llorando. La daga de Kip traspasó el caparazón y los riñones de la criatura sin ningún esfuerzo.

De repente, se sintió incongruentemente culpable. El hombre no había tenido ocasión de defenderse, y Kip lo había ejecutado como un...

—¡Cuerpo a tierra! —exclamó Gavin, derribando a Kip.

Oyeron el estampido y la explosión, pero esta vez se encontraban a más de setenta pasos. No estaban completamente a salvo, pero tampoco corrían peligro.

Cuando se levantaron, un hombre con una cabeza de toro sobre los hombros embistió contra ellos. Gavin se apartó de un salto y le propinó un tajo en la espalda cuando la criatura pasó junto a él. El engendro se desplomó, pero uno de sus cuernos enganchó a Karris, que no se había alejado lo suficiente. El golpe la hizo girar en redondo y la estrelló contra el suelo.

Kip se abalanzó sobre el toro y le apuñaló la coronilla, retorciendo la daga dentro de su cerebro y extrayéndoselo. Agarró a Karris y la puso de pie. Tenía sangre en el brazo y en el pecho, pero en vez de ensartarla, el cuerno se había deslizado bajo su axila. Estaba aturdida, sin resuello, pero no lastimada. Le había sonreído la suerte.

Gavin hundió la espada en el pecho de una mujer con forma de arpía y se dio la vuelta, sacando las pistolas con cuchillas de su cinturón. Las pistolas giraron en sus

manos mientras apuntaba a Kip. Las dos restallaron al unísono mientras Kip reanudaba la carrera, convencido de que dos engendros habían caído fulminados detrás de Karris y él.

Un guardia negro estaba desjarretando a dos gigantes al pie de las escaleras cuando el martillo de guerra de uno le dio en el hombro. Trastabilló de costado, pugnando por recuperar el equilibrio, y se encontró con el hacha de batalla del otro. Le atravesó el pecho de lado a lado.

Gavin disparó unas lanzas amarillas que se hundieron en sus cerebros, una-dos-tres, en rápida sucesión, pero para el guardia negro ya era demasiado tarde.

—¡Arriba! —exclamó Gavin—. ¡Arriba!

Subieron por las escaleras como si el infierno les pisara los talones. Kip era el último. La torre continuaba creciendo mientras corrían, retorciéndose como un árbol inmenso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gavin.

¿Qué? Kip no había visto nada. Estaba agotado, y solo habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba de la torre. Miró abajo y vio que los engendros habían decidido seguirlos. No aminoró.

El entrechocar de armas un poco más adelante le dijo a Kip que habían encontrado oposición. Fue lo único que le permitió darles alcance. Pero Gavin apenas si se detuvo. Kip oyó gritos procedentes de arriba, y cuando pasó por el mismo tramo de la sinuosa escalera, vio engendros a sus pies, destrozados.

Un inmenso rayo de luz verde golpeó la cumbre de la torre, y toda la estructura tembló y dio una sacudida. Estuvieron a punto de caerse de la escalera.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el comandante Puño de Hierro.

Nadie respondió. Nadie lo sabía. El verde mismo parecía distinto de repente, ya no los afectaba tanto, como si se hubiera concentrado en otro lugar. Teia tenía un par de binoculares en las manos. A través de ellos, podía ver más que la mayoría.

—Viene de la Gran Pirámide —dijo—. O se dirige hacia ella, no lo sé.

—¿Se trata de algún tipo de arma?

—¡No lo sé!

La cámara era un hervidero de actividad. Los artilleros se encargaban de empapar el humeante cañón de bronce recalentado, enfriándolo y cerciorándose de que no quedaran restos de pólvora encendida en la cazoleta, para que la carga no explotara antes de tiempo. Otros estaban pesando la pólvora necesaria para efectuar el siguiente disparo. Los guardias negros encargados de colocar el pesado instrumento en su sitio estaban tomándose un merecido respiro. Aunque la plataforma tenía ruedas, la culebrina seguía siendo enorme. Hezik contemplaba alternativamente la isla verde y una lista con cifras garabateadas en un trozo de pergamino que alguien le había

proporcionado, moviendo los labios en silencio, calculando para sus adentros.

El caos lo dominaba todo. Todo estaba ocurriendo a la vez.

—Hay un hombre verde en lo alto de la torre —anunció el oteador desde su posición, junto al catalejo.

Fuera lo que fuese lo que sucedía entre la Gran Pirámide y la perdición sin duda estaba beneficiando a los invasores. Con cada segundo que pasaba, la torre se volvía más gigantesca.

—¿Por qué querrían ayudar los atashianos a la perdición? —preguntó Teia.

—Señor —dijo el oteador—, si no fuese imposible... Señor, esa cosa es Atirat.

—Porque la ciudad ha caído —dijo torvamente el comandante Puño de Hierro. Se acercó al oteador, que se apartó para cederle su puesto.

—¡Cómo! —exclamó de repente Hezik, dirigiéndose al guardia negro que le estaba presentando su informe. No preguntaba por la ciudad.

—No lo habíamos visto antes. Estaba en el fondo de la pila. —El guardia dio la vuelta a uno de los proyectiles. Tenía un agujero en el costado por el que se derramaba toda la pólvora. Volaría con la misma precisión que un ave con una sola ala.

—Comandante —dijo Hezik—. Solo nos quedan dos disparos. Un obús y una bola. ¿Cuál quiere que carguemos?

Habían estado disparando los obuses, y Hezik había mejorado su puntería con la práctica. Ahora impactaba a cuarenta pasos de su objetivo, y en dos ocasiones había llegado a acercarse incluso más. Pero Gavin y los demás ya casi habían llegado a lo alto de la torre. ¿Una explosión a esa distancia? Los mataría a todos.

Por otra parte, las bolas pesaban más y volaban de forma distinta. Habían disparado unas cuantas antes, para calcular la distancia, antes de empezar a bombardear a los engendros con obuses, pero no tenían tanta práctica.

—Usad la bola —dijo el comandante Puño de Hierro.

Hezik titubeó.

—Señor, con la bola solo podré acercarme a unos veinte pasos. A esta distancia no es cuestión de destreza, señor. Necesitaríamos mucha suerte.

Teia le había visto disparar. Estaba siendo exageradamente optimista.

La expresión del comandante se mantuvo inalterada.

—Confío en ti. Usa la bola. Mata a ese dios.

Cuando Kip llegó a lo alto de la torre, resoplando y tan exhausto que pensó que iba a vomitar, los demás ya habían comenzado a luchar. La cumbre de la aguja verde era una mezcla de torre y árbol. La ribeteaban doce torres más pequeñas, como los merlones de una muralla almenada. De cada uno de esos merlones estaba saliendo un gigante. Cuatro de ellos ya estaban fuera, enfrentándose a Gavin, Karris y el último

guardia negro, Baya Niel.

Los demás comenzaban a despertarse. Kip sintió un estremecimiento en el merlón que tenía más cerca. Los gigantes del interior de las almenas aún eran hombres, aunque se habían sumergido tanto en el verde que este los había cambiado, y el torrente de luz verde procedente de Ru parecía estar acelerando el proceso. Ante los ojos de Kip, la piel verde de los musculosos brazos desnudos del gigante se recubrió de diminutas escamas relucientes. Su pecho se ensanchó, se estiraron sus piernas.

Transido de repugnancia, Kip se dispuso a apuñalar a la criatura. La daga traspasó la vaina como si fuera papel mojado. Los ojos verdes, verdísimos del gigante se abrieron de golpe, al igual que su boca al otro lado del cristal, y después se desplomó inerte, apagado el brillo de sus ojos.

Seis de los gigantes habían salido ya y hacían frente a Karris y a Gavin. Uno murió ante los ojos de Kip, con la cabeza envuelta en las llamas de Gavin y rematado por Baya Niel. Pero los otros continuaban emergiendo. Parecía que los que ya estaban despiertos eran los que habían recibido de lleno el impacto de la luz verde de Ru, mientras que los que estaban resguardados de ella por sus merlones iban a tardar un poco más.

Durante un segundo, Kip contempló la posibilidad de sumarse a la refriega. Gavin y Karris hacían todo lo posible por llegar al centro de la torre, donde la luz verde se concentraba y se reflejaba tan intensamente que a Kip le dolían los ojos. Los demás gigantes impedían que Gavin y Karris llegaran allí. Los dos estaban ocupados de sobra. Kip no les sería de mucha ayuda, pero podía impedir que tuvieran que enfrentarse a una situación aún peor.

De modo que corrió alrededor del borde de la torre, dando un rodeo hasta las enormes vainas. Incrustó la daga en el pecho de otro gigante. Como antes, los ojos de la criatura se abrieron, se ensancharon y se apagaron. Kip siguió corriendo. Apuñaló a un tercero. Este atravesó el capullo con el puño y tanteó en busca de Kip, pero el muchacho recuperó la daga y se agachó. El gigante se desmoronó, destrozando la vaina y cayendo al suelo en medio de un charco viscoso.

Las tres vainas siguientes ya estaban vacías, y mientras Kip corría hacia la próxima, levantó la mirada en dirección al fuerte del cabo de Ru, donde vio un destello y un penacho de humo. Mil uno. Mil dos...

En aquel momento Kip no tenía tiempo para pensar en eso. Mientras corría hacia uno de los gigantes que estaban despertándose, otro apareció junto a él, dispuesto a interceptarlo. De más de ocho pies de alto, esgrimía una espada donde debería estar su brazo derecho. Se suponía que la luxina verde era incapaz de formar un filo, pero o bien los gigantes se regían por otro tipo de reglas o bien no tenía importancia, porque recibir el impacto del inmenso brazo del gigante haría pedazos a Kip de todas formas, con filo o sin él.

Kip rebuscó entre las lentes que llevaba en la cadera y se puso las rojas, con la intención de envolver en llamas a ese malnacido, pero se equivocó de gafas. Un inofensivo rayo naranja salpicó el pecho del gigante, que amartilló el brazo de la espada y profirió un rugido, embistiendo a toda velocidad.

Kip disparó un rayo naranja contra el suelo y se tiró a un lado. Notó cómo algo pasaba silbando junto a su oreja. El gigante pisoteó el suelo a su lado, chapoteando en la resbaladiza luxina naranja mientras intentaba cambiar de dirección. El brazo que no era una espada se agitó desesperadamente en el aire y, patinando, salió despedido del borde de la torre.

Kip lo vio girar en el vacío con torva satisfacción. Los gorditos saben cuánto cuesta frenar cuando uno se ha lanzado a la carrera.

El siguiente merlón estaba vacío.

Sin previo aviso, estalló en una lluvia de cascotes y esquirlas de luxina verde que golpearon a Kip en la cara y en el brazo izquierdo como un enjambre de avispas al recibir el impacto de una bala de cañón.

Mil seis, supongo.

Aún de pie, aturdido, desorientado y sangrando, Kip oyó el rugido distante y retardado del cañón. Esos cabrones de allí arriba realmente intentaban matarlos. Dos pasos más cerca y estaría muerto.

Pero no había tiempo. Gavin sangraba por un tajo que le cruzaba el pecho, y Karris echaba humo, literalmente, como si hubiera estado ardiendo. La nariz de Baya Niel era un surtidor de sangre. Varios gigantes yacían sin vida en el suelo detrás de ellos, y el resplandor del centro de la torre estaba atenuándose, desvelando una figura. Esas deberían ser buenas noticias. Kip dudaba de que lo fueran. Corrió hasta el siguiente merlón, apuñaló al gigante completamente formado que lo ocupaba y se dirigió a la última vaina.

La giganta que la ocupaba estaba despierta, había salido ya del merlón y miraba a un lado y a otro, intentando orientarse.

Kip se abalanzó sobre ella, preparando la daga.

La giganta bloqueó el ataque con un antebrazo. Kip se estremeció en el aire a causa del impacto. La inercia lo arrojó de bruces contra el suelo, donde sus propios puños le golpearon la cara.

Kip se desplomó a los pies del engendro, aturdido, con la mirada empañada de sangre. Vio la muerte cincelada en las retorcidas facciones de la giganta.

—¡Fallamos! —gritó el oteador—. Quince pasos de largo, veinte a la izquierda. Hemos destruido una torre al sudeste. Y hemos estado a punto de aplastar a Rompelotodo.

Varios guardias negros maldijeron entre dientes, pero no hubo recriminaciones.

Todo el mundo sabía que el mero hecho de acertar en lo alto de la torre desde cinco mil pasos era una proeza asombrosa. Dependían de su habilidad, de su maña, y de la suerte. Sobre todo de las dos primeras. Con la tercera no se podía contar.

Pero las cuadrillas no se quedaron de brazos cruzados. Los hombres ya habían empezado a enfriar la culebrina y a medir la siguiente carga de pólvora.

—¿Seguro que no queda más metralla? —preguntó el comandante Puño de Hierro.

—Lo hemos comprobado tres veces, señor —dijo Hezik—. Solo el obús. Si impacta en la torre, de milagro, nuestros hombres morirán también.

La expresión del comandante era inescrutable. Transcurrió un segundo. Todos estaban pendientes de él.

—Recargad.

Una bala de cañón en estos momentos me vendría bien, pensó Kip, contemplando la muerte.

Pero no se produjo ningún disparo. Ningún rescate. Aunque dispararan un proyectil en ese mismo instante, tardaría seis segundos en salvar a Kip, que en seis segundos estaría muerto.

Forcejeó, lanzó una cuchillada. Su daga se hundió en la musculosa pantorrilla de la giganta.

Pensó que había llegado su final. La había herido, pero no de gravedad, y ahora la criatura iba a aplastarlo. Pero la giganta no hizo nada. Se había quedado petrificada, como si estuviera atrapada en un bloque de hielo. Con un ojo cubierto de sangre, Kip parpadeó. La criatura estaba palideciendo... literalmente, destiñéndose de la cabeza hacia abajo, como si el muchacho le hubiera hundido una pajita y estuviera sorbiendo todo su color. La luxina verde que revestía sus rasgos estaba desintegrándose. El cabello verde se cayó, la máscara de perfección verde que le cubría la cara se desdibujó, derritiéndose, disipándose en una nube de humo que olía a cedro recién cortado. Sus ojos de jade empequeñecieron, su cuerpo se encogió, desinflándose. En cuestión de meros instantes, ante Kip se materializó una mujer cuyo vestido, reducido a jirones por su antigua corpulencia, colgaba ahora de un cuerpecillo demacrado. Los aserrados espolones verdes de sus halos rutilaron en el blanco de sus ojos y se desvanecieron. El verde de sus iris emitió un destello y se apagó. Su piel se decoloró hasta recuperar la palidez propia de los ruthgari.

Sin fuerzas, se desplomó encima de Kip. El movimiento extrajo la daga de su pantorrilla ensangrentada.

El muchacho se incorporó de rodillas. La mujer levantó la mano, como si se dispusiera a trazar.

Exhaló un suspiro cuando Kip le cortó la garganta. Puso los ojos en blanco y se

quedó inerte, sin vida.

Había levantado la mano para trazar, para matar a Kip. No le había dejado alternativa. ¿O era un gesto implorante?

La luz verde procedente de Ru se apagó.

—Basta —dijo una voz. No era estridente, pero pareció reverberar por todas partes. Estremeció a Kip hasta los huesos.

Olvidándose de la difunta, Kip miró al centro de la torre, donde se erguía un nuevo dios.

A Atirat, la reina de la lascivia, la diosa verde, consorte del firmamento, señora de la luz de luna, se le atribuían muchas cualidades, algunas de ellas contradictorias. Pero fuera lo que fuese aquella diosa, no se trataba de ninguna mujer. Al contrario que sus doce gigantes, no era más alto que Gavin. Aparentemente, opinaba que el verdadero poder no necesitaba demostrarse vulgarmente con un tamaño desorbitado. Aunque evitar la vulgaridad no era algo que preocupase especialmente a Atirat, por lo demás.

Su piel no era humana, sino un entramado de luxina entretejida, tan fino como la seda. Las estilizadas figuras entrelazadas que se inscribían en sus vastos músculos fibrosos parecían copular con cada movimiento de sus brazos o piernas. Su cabello, muy largo, era un tapiz de enredaderas y serpientes. Del collar dorado que le ceñía la garganta colgaba una joya negra. Al moverse, sus músculos se dividían y se deslizaban los unos sobre los otros, revelando costuras escarlatas que podrían ser la corteza de un abedul rojo, o sencillamente venas desprotegidas por su piel de luxina. Su torso desnudo era un mosaico de enredaderas vivientes. Vellos de musgo se rizaban en su pecho, y las hojas y las briznas de hierba brotaban y se marchitaban espontáneamente en todas las superficies.

El efecto estaba tan conseguido que ni siquiera Gavin sabía si era real o se trataba de una ilusión.

Los ojos del dios eran esquirlas de pedernal, y parecía iluminado por dentro, de poder, de luz, de magia, de vida. Gavin supuso que el conjunto resultaría aún más espectacular si pudiera ver el verde. Pero había algo en su forma de moverse que le sonaba. Oh, Orholam misericordioso. Los espías tenían razón.

—Dervani Malargos —dijo Gavin—. Nunca pensé que te vería llevando un vestido. Te preguntaría qué has estado haciendo desde la guerra, pero creo que puedo imaginármelo. —Una cucaracha emergió de la axila del dios y se introdujo en su brazo—. Bonito bicho. Cuidado con las termitas.

En su pecho, el corazón de Gavin se había vuelto de plomo. Había luchado junto a Dervani Malargos. Él, Dazen, no Gavin. Su madre había confesado que había enviado un asesino tras él. El asesino había mentido acerca de su éxito, por lo visto. Dervani era el padre de Tisis. Fuera como fuese, no tenía ningún motivo para sentir

afecto por Gavin... ni por Dazen, la verdad sea dicha.

Dervani se había ganado la muerte porque conocía a Dazen. Estaba presente al final, en la Roca Hendida. Podría haberlo visto todo. Si Felia Guile estaba en lo cierto, podría desenmascarar...

Por otra parte, quizá ahora mismo debería preocuparme más que me mate y menos que pueda arruinarme la vida en un hipotético futuro.

Atirat levantó las manos, y Gavin sintió cómo los gigantes a su espalda lo levantaban y tiraban de él hacia atrás.

—Gavin —dijo Karris—. ¡Gavin! —Estaba recargando la pistola, envolviendo la bala de plomo en la estopa y encajándola en su sitio. Aunque no podía ver el verde, Gavin percibió el hilo de luxina más oscura que se extendía desde sus ojos a sus manos—. Gavin, no soy yo. ¡Corre!

—No me dispararás —dijo Gavin.

—¡Maldita sea! ¡Que no soy yo!

—No te muevas —dijo Atirat, cuya voz sonó como el entrechocar de dos rocas. Apuntó a Gavin con un dedo, y un sedoso hilo de luxina se elevó del suelo a sus pies. Gavin lo apartó de un manotazo—. ¿Qué es esto? —Atirat soltó una carcajada—. Por eso hemos vencido. Has perdido el verde. Eres un Prisma roto, y sin embargo has conservado tu puesto. Supongo que debería darte las gracias por ser tan terco y orgulloso, Guile. Gracias, y adiós.

Karris levantó la pistola, como una marioneta, y disparó contra la cabeza de Gavin.

Gavin le apartó la mano de un golpe en el último momento. La bala le dejó un surco abrasador en el cuello. Utilizó la espada para zafarse de las enredaderas que le inmovilizaban las piernas. Una maza del tamaño de una rama de árbol lo levantó por los aires. Gavin dio una voltereta, se levantó, y descubrió que se encontraba al filo de la torre. Hizo aspavientos con los brazos.

La torre estaba rodeada de árboles con espinas. Intentaron apuñalar a Gavin. Esquivó una de las ramas, detuvo el impacto de otra con el hombro y se agarró a una tercera. Esta, al retirarse, arrastró a Gavin con ella.

Rodó por el suelo, cercenó las afiladas ramas que tenía más cerca y salió corriendo.

Karris permanecía clavada en el sitio, recargando la pistola. El último guardia negro, Baya Niel, se había quedado paralizado a su vez; también él era verde, y por tanto susceptible al control de Atirat, aunque afortunadamente había perdido las pistolas. La torre intentaba atrapar a Gavin, anticipando sus movimientos y generando nuevas espinas. Los tres gigantes restantes estaban alerta, conformándose con observar hasta nueva orden. Al otro lado de la torre, Kip lo miraba con los ojos muy abiertos junto al cadáver de una mujer. Gavin solo podía rezar para que el muchacho

tuviera la sensatez de hacerse el muerto. Kip también podía trazar el verde.

Otro tronco intentó barrer los pies de Gavin, que lo esquivó de un salto. Disparó torrentes de fuego en dirección a Atirat, pero no pudo ver si habían surtido algún efecto. Aterrizó y saltó de nuevo cuando otras dos lanzas espinadas intentaron empalarlo. Se esforzó por recordar algún detalle útil acerca de Dervani Malargos.

Nada indicaba que las llamas de Gavin hubieran provocado daños. Un trono había comenzado a alzarse detrás de Dervani, que se erguía con las manos en alto. Gavin cortó más lanzas espinadas, quemó las enredaderas que intentaban inmovilizarlo, rodó, fintó, se tambaleó a la izquierda y saltó a la derecha, disparando misiles, fuego y ráfagas de calor puro, esforzándose por abrirse paso hasta el dios.

Entonces el dios hizo trampa. El suelo desapareció. La luxina verde que retenía a Gavin sencillamente se desvaneció cuando dio el siguiente paso, para volver a materializarse a su alrededor. Lo arrastró de regreso a la superficie, atenazándole las extremidades en un abrazo de hierro.

Pero Gavin no estaba indefenso. La mayoría de los trazadores se acostumbraban a trazar con las manos, dependiendo de sus muñecas o de las yemas de sus dedos para proyectar la magia. Pero uno no tenía por qué hacer siempre lo mismo que los demás.

La piel de Gavin se abrió a lo largo de sus hombros y sus brazos, y disparó rojos y subrojos contra la luxina que lo inmovilizaba. La sustancia siseó, humeó y ardió, y durante un segundo Gavin fue libre, antes de que el verde se recompusiera. Gavin atacó con todo lo que tenía, desgañitándose y desgarrándose la piel a lo largo de los brazos, el pecho y las piernas, derramando fuego sobre sus ataduras.

Se liberó, tambaleándose, y levantó las manos hacia el dios para ensartar el cerebro de Atirat con una lanza amarilla. Concentró el inmenso poder de su voluntad sobre... nada.

Se miró fijamente las manos. No había ni rastro de luxina. ¿Qué diablos?

El amarillo había desaparecido.

El verde le envolvió las piernas y lo apresó en un abrir y cerrar de ojos. Solo entonces comprendió Gavin que había cometido un error. Atirat había trazado una burbuja alrededor de la cima de la torre. Una fina cúpula translúcida de color verde. Una lente que bloqueaba todos los colores que Gavin podría utilizar.

Pero ninguna lente era perfecta, y Gavin no estaba dispuesto a darse por vencido y morir. Absorbió el subrojo, pero solo consiguió que el verde que le rodeaba las manos humeara, y la luxina se regeneraba más deprisa de lo que era capaz de quemarla. Trazar bajo esa lente era como respirar por una caña demasiado larga, demasiado fina.

Gavin estaba demasiado débil.

—¿Qué se siente, Gavin Guile? Siendo mortal, quiero decir. Rodeado de luz, y sin embargo impotente.

Gavin Guile. Aunque ahora eso no tuviera importancia, Dervani no lo había reconocido. Felia Guile había intentado asesinar a un hombre que no constituía ninguna amenaza, y como había fracasado, ahora ese hombre se había convertido en un peligro aún mayor.

La sonrisita de Gavin pareció irritar al nuevo dios.

—Te daba por muerto —dijo Gavin. Había visto a Kip allí atrás. Quizá al muchacho se le ocurriera algo mientras Gavin acaparaba la atención de Atirat.

—Me faltó poco. Éramos un pequeño cónclave. Trazadores supervivientes de la guerra, tan malheridos que nos habrías obligado a suicidarnos. Ya nos habías maltratado bastante. No estábamos dispuestos a morir a tu antojo. De modo que algunos de nosotros aprendimos a rehacernos con la luz. Quemados, deformes, mutilados. Nos regeneramos. Porque la luz no se puede encadenar, Gavin Guile.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar Gavin. Kip gateaba directamente por detrás del trono que aguardaba a Atirat.

—Solo importa una pregunta, Gavin Guile —dijo Atirat—. ¿Quién prefieres que te mate, la mujer o el muchacho?

Kip se quedó paralizado.

—Padre —dijo—. No puedo moverme.

—Gavin —dijo Karris. Tenía los dientes apretados y los ojos anegados en lágrimas mientras combatía la luxina verde que permeaba todo su cuerpo—. No puedo... no...

—Puedo acertar —afirmó Hezik, tenso, vehemente.

—¡Acertar les costará la vida, idiota! —exclamó Coturno.

—¡No podemos salvarlos! Esta es nuestra única oportunidad. ¡Es un dios!

El comandante Puño de Hierro los ignoró a ambos. De improviso, a sus labios acudieron unas palabras que ya creía olvidadas:

—Poderoso Orholam, dador de luz, mírame, escucha mi voz. En este momento de oscuridad, me acerco a tu trono. —El comandante se vio recitar las palabras como si fuera un testigo más. No había vuelto a pronunciar la plegaria de súplica desde que tenía trece años. Sintió un vacío en el pecho. Podía ver a su madre, desangrándose ante él, mientras las palabras brotaban incontenibles—: Señor de la Luz, mira...

Un pensamiento repentino interrumpió su oración.

—Un grado hacia arriba, dos a la derecha —indicó a Hezik.

—Señor, lo tengo justo...

—¡Ahora!

Sonaron tres chasquidos al instante cuando Hezik movió el cañón siguiendo las indicaciones del comandante. Puño de Hierro cogió la antorcha humeante y encendió la mecha personalmente.

El estampido inundó la sala de artillería, y Puño de Hierro juraría que todos los hombres estaban contando los segundos.

—Ojalá pudieras saber lo que se siente, Gavin —dijo el dios—. Estoy en sintonía con todo lo que vive y crece en el mundo. Y mi percepción no deja de expandirse con cada segundo que pasa.

Atirat parecía ebrio, pero aunque así fuera, Kip no podía moverse. Sus músculos seguían tensándose y flexionándose si se lo ordenaba, pero era como si tuviera los huesos petrificados. No lo había conseguido por poco. No los había salvado a todos por poco. Kip Por Poco.

Gavin dijo algo, pero Kip no pudo oírlo. Vio cómo Atirat se ponía en tensión, alertado por algún tipo de sexto sentido. Al volverse, Kip vio un penacho de humo procedente del cañón del fuerte del cabo de Ru.

Mil uno.

Atirat movió los hombros. Lanzó una carcajada.

—¿Amigos vuestros? —preguntó—. ¿No saben que a cañonazos probablemente acabarán con vosotros antes que conmigo? Debería dejar que impactara, tan solo para ver qué ocurre. —Levantó las manos, apuntando, como si pudiera seguir la trayectoria del proyectil en pleno vuelo.

Mil cinco.

—Casi —dijo. Algo salió disparado de las manos de Atirat e interceptó la bala en el aire, a menos de veinte pasos sobre sus cabezas.

No se esperaba un obús.

El proyectil estalló con un rugido atronador, y la onda expansiva sacudió la torre. La cúpula verde que la recubría saltó en pedazos. Los gigantes perdieron el equilibrio. Kip se cayó de bruces.

Comenzó a gatear en cuanto su cara golpeó el suelo, buscando la daga. Todo el mundo reaccionó de inmediato. Kip oyó el estampido de la pistola de Karris, vio cómo Gavin disparaba lanzas amarillas contra los gigantes y directamente hacia Atirat. Una llamarada envolvió las manos de Gavin...

... y se apagó.

Mientras sus gigantes morían, Atirat repelió los ataques como si fueran humo, manoteando el aire a derecha e izquierda. Gavin estaba paralizado, la burbuja se regeneró, materializándose con un chasquido. Gavin estaba abrumado, enterrado en légamo verde; Karris, cayéndose; Baya Niel, derribado.

Kip podía sentir cómo se reforzaba el acero que le atenazaba las articulaciones. Se abalanzó sobre la espalda de Atirat, extendiendo la daga, y sintió cómo sus huesos se quedaban petrificados en pleno vuelo.

Los gorditos lo saben todo sobre la inercia.

La daga de Kip se incrustó directamente en la nuca de Atirat.

La luxina que inmovilizaba los huesos de Kip se evaporó como si fuera niebla. Aterrizó encima de Atirat, derribándolo. Retorció la daga dentro de la cabeza del dios, oyendo cómo crujían y rechinaban sus huesos.

Aún de rodillas, Kip contempló la daga que tenía en la mano. Las joyas verdes y azules del arma brillaban incandescentes, cegadoras por un instante. Kip oyó cuerpos que caían al suelo: los gigantes, despojados de forma y vida.

Karris se rió, y Kip se dio cuenta del silencio que reinaba de repente en lo alto de la torre. Guardó la daga y se levantó.

—Por las barbas de Orholam, Kip —dijo Gavin—. Así se hace. —A sus pies yacía un hombre... o una criatura espantosa que alguna vez fue un hombre. Sin la luxina verde que había entretejido en todas las partes de su cuerpo, Dervani Malargos era un amasijo sin piel ni pelo de carne, sesos y sangre que rezumaba de su cráneo destrozado.

La torre se estremeció y se hundió cinco pasos de repente, amenazando con arrojarlos al mar a todos.

—¿Significa eso que toda la isla está a punto de desmoronarse? —preguntó Karris.

—Me temo que sí —dijo Gavin.

—Me parecería estupendo —dijo Karris—. Si no estuviera a punto de precipitarme a mi muerte.

Gavin soltó una carcajada.

—Puedo ayudarte con eso. Ven aquí.

Y el delicioso, exquisito sonido del trazo de Gavin llenó los oídos de Kip.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Hezik—. ¡Los hemos salvado! ¡Os dije que podía dar en el blanco!

Los guardias negros prorrumpieron en gritos de júbilo, olvidados ya sus temores, mientras veían cómo la inmensa torre se hundía en el mar. Gavin Guile había detenido a un dios; no les cabía la menor duda de que conseguiría escapar del derrumbamiento de una simple torre.

Pero Teia no podía apartar la mirada del comandante Puño de Hierro, que se había quedado completamente inmóvil. De repente, cayó de rodillas como una montaña de ladrillos.

Teia nunca había visto a nadie tan formidable y aterrador como el comandante Puño de Hierro. Nunca había visto llorar a nadie de su tamaño.

—*Elrahee, elishama, eliada, eliphalet* —repetía una y otra vez. Algún tipo de plegaria pariana, sin duda. Aún de rodillas, al reparar en la expresión de perplejidad de Teia, dijo—: Me ve. Me escucha. Incluso a mí me escucha.

Sin importarle lo que pudieran pensar sus hombres, el inmenso pariano se quedó postrado, dejando que fluyeran sus lágrimas.

111

El buque insignia de Andross Guile había sobrevivido a la batalla naval. Naturalmente, no lo había acercado tanto como para arriesgarse a perderlo. Lo que sí hizo su barco fue asistir en las tareas de rescate cuando la isla verde saltó en pedazos y se hundió en el mar. Fue otra embarcación la primera en tropezarse con el Prisma, Karris, Kip y Baya Niel, que ya habían sido trasladados después de que el resto de la flota recogiera a todos los supervivientes que pudo encontrar.

Había sido una carrera entre los barcos de la Cromería y los piratas que merodeaban por los alrededores, en busca de restos que saquear y de hombres que encadenar a los remos o vender como esclavos.

En esos momentos, ya de noche, Gavin y Kip estaban sentados en el castillo de proa de la gran embarcación, arracimados en torno a un brasero. La ropa de Kip todavía no se había secado. Ya había aprendido a utilizar el subrojo para cosas así, pero después de todo lo que había trazado esa jornada no le apetecía ver más luxina, y menos trazarla. Al día siguiente le haría daño la luz, no le cabía la menor duda al respecto. Gavin había recibido un atuendo de repuesto y vendas para todas sus heridas, por supuesto. Ventajas de ser el Prisma.

Permanecieron sentados durante largo rato en la cubierta, en amigable silencio. Gavin dio permiso para retirarse a sus extenuados guardias negros. Los hombres que lo escoltaban ahora habían ayudado a conquistar el fuerte del cabo de Ru, y tras luchar durante horas, se habían pasado el día entero asistiendo en las tareas de rescate; se merecían un descanso. De vez en cuando, alguien se acercaba al Prisma para felicitarlo. Algunos felicitaban incluso a Kip. Kip el Matadioses, llegó a llamarlo alguien. A Kip no le hizo ilusión. Solo era un Matadioses en el sentido más técnico de la palabra. Había descargado el golpe final únicamente porque no constituía ninguna amenaza, porque era indigno de la atención de Atirat.

—Haz lo que tengas que hacer, Kip —dijo Gavin, sucinto—. Deja que te llamen como les plazca. No puedes cambiarlo. A la gente le gustan los héroes, y si de vez en cuando se te pega ese título, procura tan solo que no se te suba a la cabeza. —Compuso un rictus de frustración, como si no fueran esas las palabras que buscaba—. Hoy te has portado como un valiente, Kip. Has estado a la altura de los ideales más elevados de la Guardia Negra, y me siento orgulloso de ti. —Le pasó el vino con especias al muchacho.

Kip lo aceptó con una mueca. No había sido él, sino el cuchillo. Todavía no le

había hablado a su padre de él. Necesitaba hacerlo. Llevaba toda la tarde armándose de valor para ello.

Karris se acercó al brasero. Se sentó junto a Gavin y le apoyó una mano en el muslo. Sonrió en dirección a Kip.

—Hola, Matadioses —dijo. Bromeaba, pero no lo hacía con mala intención. De alguna manera, en sus labios, la palabra sonaba mejor. Kip murmuró alguna evasiva para el cuello de la camisa—. Tengo que enseñarte a luchar con el cuchillo, no obstante. Tu técnica es un horror. Deplorable.

Volvía a tomarle el pelo, pero Kip sonrió. Era la clase de puya que le indicaba que a Karris no le importaría pasar más tiempo con él en el futuro. No podría desear nada más.

—Estoy molida —le dijo Karris a Gavin—. Me voy abajo. ¿Cuánto vas a tardar, una hora?

—Andross ha pedido hablar conmigo, y los generales siempre tienen cosas que hacer. Habrá que ver si podemos evitar que estas perdiciones reaparezcan —refunfuñó Gavin—. Al menos una hora.

—Estoy orgullosa de ti. Por esto.

Gavin parecía saber a qué se refería Karris, pero Kip no. ¿Por sentarse con él alrededor de un brasero?

—Alguien me contó algo sobre el amor en cierta ocasión —dijo Gavin—. Sigo pensando que es una cursilada, pero estoy dispuesto a intentarlo. —Bromeaba.

La sonrisa de Karris iluminó la cubierta.

—Te quiero —dijo, con una calidez y una suavidad en la voz que Kip no había oído nunca. Estaba coladita por Gavin.

—Y esa decisión, ¿conlleva alguna acción implícita? —preguntó Gavin.

—Me voy abajo, a dormir. Pero... despiértame. —No se esforzó por disimular el guiño que dedicó a Gavin. Kip se ruborizó.

—Mmm —murmuró Gavin, con admiración, cuando Karris se puso de pie y se marchó. Se quedó viendo cómo se alejaba—. Kip —dijo—, si alguna vez encuentras una mujer como esa... no seas tan estúpido como tu padre.

—Sí, señor. —Kip sonrió—. Bueno... ¿qué pasará ahora?

—¿Con las satrapías, quieres decir?

Kip asintió.

—Hemos perdido dos de ellas. A las demás satrapías no les importaba Tyrea, pero ¿Atash? —Gavin sacudió la cabeza—. Me temo que estábamos tan desesperados por evitar la guerra que solo hemos conseguido precipitarla.

«Estábamos.» «Hemos.» Aunque Kip sabía que su padre había luchado con todas sus fuerzas por conseguir que la Cromería reaccionara antes de que fuese demasiado tarde, seguía asumiendo su parte de culpa en el fracaso. Su padre, decidió una vez

más, era un gran hombre.

Ese día Kip no había tenido mucho tiempo para pensar, pero sí el suficiente. La daga era importante, con mayúsculas. Había absorbido la luxina de aquella giganta. Kip debería haberle hablado a su padre del cuchillo inmediatamente. Pero arriesgarse por voluntad propia a que este se enfadara con él parecía una tarea imposible.

Cada vez que las cosas empiezan a ir bien, Kip, tienes que abrir la bocaza.

Por lo general, al menos, era sin querer. Esta vez lo haría a propósito.

Le faltaba un pelo —o puede que un par de minutos— para atreverse a hablar cuando una voz untuosa dijo:

—Caballeros. —Era Grinwoody—. El señor de la lux Guile aguarda el placer de vuestra compañía. Al enterarse de que estabais arriba ha subido las escaleras, con considerable esfuerzo para su persona.

—¿Y dónde está? —preguntó Kip. Ups. Kip el Bocazas. Quizá todo eso de «Kip el Matadioses» se le hubiera subido a la cabeza. Eso, o el vino con especias que lo caldeaba por dentro.

—En el castillo de popa, caballeros. Tan solo requiere la presencia de lord Prisma, no obstante.

—Puedes acompañarme si quieres, Kip. Pero no va a ser agradable —dijo Gavin —. Padre y yo tenemos que cantarnos unas cuantas verdades.

Grinwoody apretó los labios hasta dejarlos reducidos a una fina línea, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Preferiría quedarme con vos, señor —dijo Kip.

Gavin y Kip bajaron las escaleras, con el muchacho prestando especial atención a los peldaños. Había bebido más vino de lo que pensaba, al parecer. Cruzaron la cintura del barco y subieron por la escalera que conducía al castillo de popa.

Había algo en aquella escena que parecía querer reavivar la memoria de Kip. Andross Guile estaba de espaldas a ellos. Toda la claridad dependía de los tenues rayos de luz de luna que traspasaban las nubes dispersas. Andross llevaba puesta una capucha y gafas oscuras. El recuerdo golpeó a Kip como un mazazo. Había visto algo parecido en la carta de los nueve reyes que le diera Janus Borig. En ella, la figura que estaba escribiendo se cubría con la misma capucha.

—Veo que has conseguido echar por tierra toda la operación y que nuestra flota haya quedado arrasada —dijo Andross Guile—. Pero me alegra que hayas regresado sano y salvo. Y con tu bastardo, nada menos. También tengo entendido que se va a celebrar una boda. Donde la novia será la misma mujer con la que te prohibí que te casaras.

Solo será traición si me descubren, había pensado la figura, cuyos pensamientos eran un torbellino de pasiones. Las oes que estaba escribiendo solo podían pertenecer a Koios Roble Blanco, el Príncipe de los Colores, al que se dirigía por su nombre de

pila. Como se dirigiría uno a un amigo. Conspirando acerca de Dagnu. El Rojo, conspirando para convertirse en el dios rojo. Andross Guile había hecho causa común con el enemigo. Y había algo más.

—Eres un engendro rojo —musitó Kip, casi para sus adentros.

—Gavin —continuó Andross, sin escuchar o fingiendo no haber escuchado las palabras de Kip—. Es la última vez que me desobedeces. He iniciado los trámites para despojarte de tu cargo. Quiero que sepas que dispongo de los votos necesarios. No volverás a intimidar al Espectro.

—Eres un engendro rojo —repitió Kip.

—Kip —dijo Gavin—, creo que has tomado demasiado vino. ¿Por qué no...?

—¡Traidor! —acusó Kip a Andross—. ¡Monstruo!

—Grinwoody, saca de aquí a este mocoso borracho —dijo Andross—. ¡Ahora!

Era un engendro rojo. ¿Cómo era posible que no lo supiesen todos? Era cierto que los rojos solían enloquecer de forma sutil, pero ¿cómo podían haberlo pasado por alto? ¿Acaso no se atrevían a preguntar? ¿Los vencía el miedo, esperaban que fuera otro el primero en arriesgarse? Debía de haber alguna manera de encargarse de los ancianos trazadores que se recluían lejos de la sociedad.

Pero las reglas no se aplicaban a Andross Guile. Nunca lo habían hecho. Aquel era el hombre cuya mansión, la cual no visitaba nunca, era más grande que cualquier otra. Aquel era el hombre que había criado a dos hijos que se habían convertido en Prismas, que ocupaba un asiento en el Espectro sin molestarse en asistir a las asambleas. Solo que no era ningún hombre, sino un monstruo.

Grinwoody agarró a Kip por la pechera de la túnica y lo levantó en volandas. Kip no supo qué lo poseyó. Se zafó de la presa del esclavo, tal y como había aprendido durante la instrucción, y proyectó dos dedos estirados en dirección a sus ojos. Grinwoody alzó las manos, con las palmas hacia fuera. Kip le aferró dos dedos con las manos y tiró hacia abajo, retorciéndoselos.

El nervudo anciano cayó de rodillas, sorprendido, y Kip le pegó una patada en el pecho que lo lanzó por los aires. Grinwoody bajó rodando por las escaleras hasta la cintura de la nave.

Kip se abalanzó sobre Andross Guile, dispuesto a arrancarle la capucha y las gafas, a demostrarle a Gavin que sus sospechas estaban fundadas. Ya casi estaba encima del anciano cuando vio el cuchillo que desenfundó Andross.

Era demasiado tarde para frenar. El anciano dirigió la pequeña hoja directamente al estómago de Kip. El muchacho apartó el arma de un manotazo y se estrelló contra Andross y Gavin, que intentaba separarlos.

Kip retiró la capucha del anciano mientras sentía cómo se deslizaba el cuchillo por sus costillas. Andross Guile estaba hecho una furia, poseído por el rojo, atacando tan deprisa como podía, decidido a matar. Agarró la túnica de Kip con una mano.

En medio de aquel amasijo de brazos y piernas, Gavin se esforzaba por repeler los ataques de Andross Guile para evitar que este siguiera apuñalando a Kip. El muchacho conectó un puñetazo en el rostro de Andross, pero Gavin le impidió que lo inmovilizara encajando un hombro bajo su brazo derecho. El cuchillo encontró un resquicio y se hundió en el brazo izquierdo de Kip.

Las gafas de Andross Guile, torcidas tras el puñetazo de Kip, se cayeron mientras la furia lo poseía. Se debatía como un orate. Gavin lo empujó hacia atrás, hasta que los tres chocaron contra la barandilla.

Un silbato pitaba incesantemente, los marineros gritaban, las botas de los guardias negros martilleaban en los escalones, procedentes de los camarotes de abajo. Jamás conseguirían llegar a tiempo. Kip solo veía los ojos de Andross Guile... roto su halo, completamente rojos. Un engendro rojo.

Kip ni siquiera recordaba que hubiera desenvainado la daga. No sabía cómo había llegado hasta su mano. Tras dejar que Gavin se interpusiera entre Andross Guile y él, deslizó la mano derecha por detrás de su padre y apuñaló al viejo malnacido. Le practicó un corte en el hombro.

Los ojos del anciano relampaguearon. Profirió un alarido.

Algo restalló contra la nuca de Kip, y el peso de otro cuerpo que se unía a la refriega los aplastó a todos contra la barandilla. Al girarse, Kip vio que se trataba de Grinwoody. Grinwoody, entrado en años pero adiestrado en la Guardia Negra. Dos cuchillos desnudos constituían el epicentro de una tormenta de ocho manos que pugnaban por hacerse con ellos. El amasijo de brazos y piernas se paralizó durante unos instantes.

El cuchillo de Kip era el más largo, con diferencia, y mientras intentaba evitar que Andross lo apuñalara con el otro, Grinwoody y Gavin clavaron la mirada en la daga al mismo tiempo. Se encontraba en una posición delicada. Kip la apuntaba hacia Andross, pero si alguien lo empujaba hacia arriba y lo retorcía... el muchacho, sin un punto de apoyo, se empalaría.

En una fracción de segundo, los ojos de Gavin se encontraron con los de Kip. Este vio que su padre y él habían pensado lo mismo, pero entonces, la desesperación que se reflejaba en la mirada de Gavin dio paso a una extraña calma. Había tomado una decisión. Había elegido. Había recuperado la paz.

Estalló otra tormenta de movimiento cuando Grinwoody y Gavin renunciaron simultáneamente a su presa. Las manos de Grinwoody fueron más rápidas, y el cuchillo de Kip salió disparado hacia arriba, directamente contra su pecho... tan solo para que Gavin interviniera y lo desviara en el último segundo. Clavándose el cuchillo en el pecho.

Todo el mundo dejó de luchar, pero no a la vez. Kip trastabilló de espaldas, horrorizado. Su renuncia a la daga significaba que la fuerza de Andross Guile ya no

tenía oposición. La hoja se hundió hasta la empuñadura en el pecho de su hijo.

La boca de Gavin se abrió en un grito mudo, e incluso Andross retrocedió, asustado. Gavin se apoyó en la barandilla, sin fuerzas. Entonces sus ojos se abrieron de par en par, todavía más, como si estuviera experimentando un nuevo dolor. Y así era. La daga estaba creciendo.

Andross Guile no lo vio. Estaba poniéndose la capucha y recuperando las gafas. Cuando se giró y descubrió a su hijo ensartado por una espada, se limitó a decir:

—La Daga de la Ceguera. Excelente. Grinwoody, cógela. —Cualquiera que fuese el momentáneo ataque de humanidad que lo afligía, ya se había repuesto de él.

El rostro de Gavin era una máscara de dolor y traición. Se moría, y a su propio padre solo le preocupaba un cuchillo.

Kip estaba petrificado en el sitio. Su padre lo había salvado, se había sacrificado por él, por Kip. Todo había ocurrido tan deprisa que no sabía si atacar otra vez a Andross o socorrer a su padre. Ahora, de todas formas, no supondría la menor diferencia.

Gavin se incorporó contra la barandilla que lo sostenía e intentó decir algo, sin éxito. Miró a Kip de reojo, como si quisiera disculparse con él, despedirse de él, y se dejó caer por la borda.

Golpeó el agua en la oscuridad y se perdió de vista. Las velas del barco aún estaban desplegadas, hinchadas por una brisa constante que lo impulsaba inexorablemente. Los primeros jóvenes guardias negros llegaron al castillo de popa y se dispersaron, desconcertados, mientras los marineros no dejaban de dar voces, Grinwoody gritaba y señalaba en la dirección equivocada, distrayéndolos, sembrando el caos, el silbato de la cofa continuaba emitiendo sus estridentes pitidos.

Kip no se lo pensó dos veces, no titubeó. Se lanzó al agua.

112

El mar estaba helado, y la luz de la luna y las estrellas no lograba sondear sus profundidades. Bajo la superficie, Kip no podía ver nada. Dilató las pupilas y buscó alguna fuente de calor.

¡Ahí!

Kip comenzó a nadar. No era un nadador consumado, pero aunque su objetivo estaba boca abajo e inmóvil, Gavin aún no había empezado a hundirse.

Eso cambió antes de que Kip llegara al cuerpo de su padre. Gavin se deslizó bajo las olas, y Kip se llenó los pulmones de aire y consiguió agarrarse a su túnica antes de que descendiera demasiado. Lo sacó a la superficie, evitando por poco ensartarse en la espada que sobresalía aún de la espalda de su padre. Pedaleó en el agua, pero lo cierto era que sus dotes para la natación a duras penas le permitían mantenerse a flote, a pesar de toda su grasa. Nadar por dos era prácticamente imposible.

Ni siquiera podía gritar para pedir ayuda. El buque insignia tampoco daba muestras de disponerse a virar. Los separaban al menos ciento cincuenta pasos cuando comenzó a sonar la campana.

Andross Guile no quería encontrarlo. Había entretenido a los guardias negros durante tanto tiempo como le fue posible. Hijo de perra.

Kip encontró la postura por fin, flotando de espaldas, donde su flotabilidad y los movimientos de un solo brazo bastaban para mantenerlo en la superficie, cerca del aire. Casi todas las olas le pasaban por encima de la cabeza, pero si respiraba hondo en el momento oportuno, el agua no se le metería en la nariz.

—¡Ayuda! —exclamó—. ¡Hombre al agua! —No albergaba la esperanza de que los tripulantes del buque insignia pudieran oírlo. Justo entonces empezaban a encenderse las luces a bordo del barco, que comenzaba a cambiar el rumbo. Una nave de ese tamaño tardaría al menos diez o quince minutos en llegar hasta Kip, si es que lo encontraban siquiera. Si algún guardia negro había saltado al agua detrás de él, Kip no podía verlo. Peor aún, tampoco su hipotético rescatador lo vería a él, a menos que tuviera la suerte de ser un subrojo.

Kip procuró combatir el pánico que le atenazaba el pecho, dificultándole la respiración. Calculó mal la llegada de una ola y hubo de toser y carraspear para expulsar el agua que había engullido, perdiendo casi el cuerpo de su padre en el proceso. Orholam bendito. Orholam bendito, no.

Gavin Guile había muerto. Muerto. Orholam bendito, no. Padre, ¿por qué? ¿Por

qué lo hiciste?

Cuando recuperó un remedo de calma, se dio cuenta de que había absorbido algo de luz durante la pelea. Ni siquiera se había percatado antes. Supuso que, al igual que durante la prueba, el miedo y la rabia le habrían dilatado las pupilas. Se había empapado de luxina sin tan siquiera ser consciente de ello.

Tenía un poco de rojo y un poco de amarillo. Había más barcos ahí fuera, lo sabía. Solo debía indicarles cuál era su posición. Alguien lo rescataría.

Respiró hondo y disparó chispeante luxina amarilla con las yemas de los dedos. Incluso esa pequeña acción lo empujó bajo las olas y le arrebató el aliento.

Se preguntó si habría tiburones en los alrededores. Se preguntó si los tiburones podrían oler la luxina. Sabía que podían oler la sangre; la herida de su padre los atraería.

Sin embargo, no se dejó llevar por el pánico. No le quedaban fuerzas para eso. Transcurrido un minuto, levantó una mano y trazó luxina roja alrededor de su dedo. Tras varios intentos, consiguió encenderla con el amarillo.

Pero no podía sostener la mano en alto, aguantar a su padre y nadar. Intentó encenderla otra vez después de que el oleaje lo zarandeara, pero el agua se la había llevado prácticamente toda.

Oyó el barco antes de verlo. Apareció a su espalda, bloqueando la luz. Una red cayó sobre él, y en cuestión de escasos minutos, Kip y su padre fueron izados y depositados encima de la cubierta.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Qué tenemos aquí? —Alguien lanzó una carcajada—. ¡Ceres! —exclamó—. ¡Ceres, fulana caprichosa! ¡La más bella de las rameras, cómo te quiere el Artillero! ¡Gracias! ¡Disculpas aceptadas! Muchachos, acercaos aquí. Mirad lo que nos ha deparado la suerte del capitán Artillero.

Kip yacía tendido de espaldas, exhausto. Solo le quedaban fuerzas para respirar.

¿Artillero? Sus pensamientos eran muy lentos. El Artillero era el hombre del barco pirata que Gavin, Kip, Liv y Puño de Hierro habían hundido frente a las costas de Garriston, ¿no? Gavin decía que no lo había matado porque era un artista. ¿Se trataría de la misma persona?

El capitán Artillero, con el torso ilytiano negro como la noche desnudo bajo su chaleco —un chaleco distinto del de la vez anterior—, dio la vuelta a Gavin, tanto como se lo permitió la hoja que sobresalía de su cuerpo. Era el mismo Artillero. Ay, diablos.

—Que me aspen —dijo el Artillero, contemplando la hoja. La extrajo sin miramientos del cuerpo de Gavin y la sostuvo en alto.

El arma de Kip ya no era la misma de antes. Ahora su cuchillo se había transformado en una espada. No, más. La ancha hoja, más blanca que el marfil, medía al menos tres pies y medio de largo; la ribeteaban dos negras circunvoluciones

zigzagueantes que se extendían desde la empuñadura hasta la punta del arma. Enmarcadas en esos remolinos vivientes, cada una de las siete gemas resplandecía ahora con una luz interior, cada una de su color, desde el subrojo al supervioleta. El espinazo de la hoja era un estilizado mosquete, a excepción del último palmo, que era todo punta.

El Artillero esgrimió la hoja adelante y atrás.

—Ligera —dijo—. Más ligera de lo que debería ser posible. —Pero al ver el mosquete, el modo en que la única muesca de la hoja estaba diseñada para estabilizar el cañón con los dedos, no pudo reprimir una carcajada.

El sonido de unas arcadas hizo que Kip y el Artillero dejaran de inspeccionar el arma. Un murmullo se extendió entre la tripulación mientras Gavin vomitaba el agua de sus pulmones en la cubierta.

Rodó hasta darse la vuelta, jadeando y tosiendo.

—¿Vive? Llevadlo abajo —ordenó el Artillero—. Dadle de comer, curadle las heridas y maniatadlo. Que no escape. Es un luchador. —Los hombres levantaron a Gavin en volandas y lo condujeron a la bodega—. ¡Ceres! —volvió a exclamar el capitán Artillero—. ¡Ceres! ¡No soy ningún tacaño! Sé generosa conmigo, y yo lo seré contigo. Podría usar a este hombre. —Kip comprendió que estaba hablando de él —. Es trazador. ¡Lo has visto! ¡Sabes que necesitaba un trazador desesperadamente! Cuesta encontrar buenos trazadores en el mar, Ceres. Pero te has portado bien conmigo.

Ay, mierda.

—Entonces ¿trato hecho? ¿Te parece justo? Me has dado dos. ¡Te devolveré uno! —dijo el Artillero—. ¿Muchachos?

Unas manos se abatieron sobre Kip, que solo consiguió que le partieran la nariz cuando intentó defenderse. Estaba tan desfallecido que no podía forcejear. Tras tomar impulso, los hombres lo arrojaron al mar.

Salió a la superficie en la oscuridad. Solo se oía el batir de los remos y la voz amortiguada del Artillero, impartiendo órdenes entre carcajadas.

Kip empezó a nadar, sin fuerzas apenas más que para mantenerse a flote de espaldas, sin luz, incapaz de trazar, convencido de que alguien acudiría a rescatarlo.

Nadie lo hizo.

113

Koios Roble Blanco, el Príncipe de los Colores, se presentó a la mañana siguiente en el palacio en el que había instalado a Liv. Parecía exultante cuando la invitó a reunirse con él en el tejado.

Juntos, contemplaron la ciudad. Había incendios en unos cuantos barrios. Focos de resistencia. Habrían de pasar semanas, probablemente, antes de que la paz regresara a la ciudad. El Príncipe de los Colores había ofrecido clemencia a los rebeldes que depusieran las armas en los dos próximos días. Quienes persistieran en resistirse serían sometidos a violaciones ejemplares, la ejecución de los miembros de sus familias y todos los horrores que idearan sus hombres. La guerra no era obra suya, decía, y haría todo lo posible por ponerle fin cuanto antes. Era preferible la brutalidad sin tapujos, decía, a tolerar que se eternizara la anarquía.

—¿Funcionó? —preguntó Liv.

—¿El nacimiento de Atirat? Oh, sí. Lo hiciste maravillosamente bien. El fracaso fue de Atirat... y de Zymun. Mañana reconquistaremos el fuerte del cabo de Ru. Quizá entonces averigüemos qué sucedió. Parece ser que lo había capturado, pero debió de cometer alguna torpeza, porque el enemigo sabía que obraba en su poder. Y después lo perdió. Si sobrevive, me extrañaría que regresara al campamento. Te has librado de él.

Eso constituía un alivio, aunque Liv se maldijo por débil. Había dado la vuelta a la batalla, ¿y la asustaba un adolescente llorica?

—Más buenas noticias —continuó el príncipe—. Aparte de tu tremendo éxito y de nuestra toma de la ciudad. Tu padre no luchaba con ellos.

—Lo sé —dijo Liv.

—¿Se ha comunicado contigo?

—No.

—Entonces ¿cómo lo sabes? —preguntó Koios Roble Blanco.

—Porque hemos ganado.

El príncipe se rió, pero Liv era consciente de que su respuesta le había escocido.

—En tal caso, esperemos que nunca tengamos que poner a prueba tu fe en sus habilidades. Pero hay algo más. ¿Lo notas?

Mágicamente, quería decir.

—No. No poseo vuestra sensibilidad —dijo Liv.

—El Prisma ha muerto. Los colores son libres.

—No lo entiendo. —Liv se sentía mareada. Sus sentidos se habían bloqueado en cuanto Atirat cobró forma. Se había perdido el clímax de la batalla, y esperaba haberse equivocado de alguna manera. Esperaba que Kip, Karris y Gavin hubieran sobrevivido.

—Esto... —Koios abarcó la bahía con un ademán—. Esto ha sido un simple revés. Las perdiciones surgen de forma espontánea, Aliviana. Lo único que tenemos que hacer es esperar, y nacerá otra. Otra azul, otra verde, otra de todos los colores, ahora.

Liv lo observó con atención. No era de extrañar que no estuviese preocupado.

—Nos llevará tiempo, pero ya no pueden detenernos, Liv. Solo debemos asegurarnos de que, cada vez que surja una perdición, haya un trazador de confianza implicado.

—¿Un trazador de confianza? ¿Queréis decir que cualquier trazador puede...? —Había visto a Atirat en lo alto de la perdición, por supuesto, pero ¿Dervani Malargos?

—Cualquier trazador, sí, siempre y cuando posea el talento necesario. En siglos anteriores, esto desencadenaba auténticos baños de sangre cuando los verdes intentaban hacerse pedazos los unos a los otros, empeñado cada uno de ellos en convertirse en una deidad. Después, los dioses peleaban entre ellos. Pero esos tiempos quedaron atrás. —Sonrió con magnanimidad y abrió una mano. En ella había un collar, con una extraña joya negra en el centro que parecía palpitar—. Te dije que te reservaba una misión, Aliviana, un gran propósito digno de la mejor de mis supervioletas. ¿Adivinas ahora cuál es?

114

Andross Guile estaba en su camarote, contemplándose en el espejo. Se erguía sin camisa, sin capucha, sin cogulla, sin gafas tintadas, con las cortinas abiertas de par en par. Observó las manos, los brazos, y luego, por último, se fijó en sus ojos. El halo roto que ocultaba desde hacía meses había desaparecido. Aún conservaba todos sus colores —el subrojo, el rojo, el naranja y el amarillo— entreverados en los iris de sus relucientes ojos azules, pero ahora habían recuperado el equilibrio.

Había visto la Daga de la Ceguera en acción antes, y no funcionaba así. Ese cuchillo mataba. Pero cuando se miró el hombro, este estaba intacto, sin un solo rasguño. Volvió a centrase en los ojos, convencido de que se trataba de algún tipo de truco. Pero allí estaba el halo, estable. Y se sentía vigorizado. Se sentía mejor de lo que se había sentido en los últimos quince, veinte años tal vez. Había tenido que refugiarse en su autodisciplina para evitar que el rojo lo enloqueciera, y hacia el final, ni siquiera estaba seguro de ganar esa partida.

Ahora volvía a ser un simple trazador. Un policromo con al menos diez años por delante en los ojos.

Esto... esto lo cambiaba todo.

En algún momento, poco antes del amanecer, el mar depositó a Kip en una playa. No podía atribuirse el mérito de haber llegado nadando hasta allí. Hacía horas que sus mermadas fuerzas le habían permitido a duras penas mantenerse a flote y seguir respirando. Se arrastró por la arena, lo suficiente para alejarse del reflujo de la marea, y se desplomó como una ballena varada.

Alrededor del mediodía lo despertó alguien que hurgaba en sus bolsillos. Se revolvió, manoteando, temiéndose un nuevo ataque. Al sentarse, vio que lo rodeaba al menos una docena de cuerpos desperdigados por la playa.

El saqueador se echó a reír. Kip pestañeó, pero el joven tenía el cegador sol de mediodía posado en el hombro. Se cubría con una sucia túnica blanca y una capa adornada con franjas de colores. También tenía una pistola en la mano.

—Vaya, he ido a parar a la playa adecuada, ¿eh? —dijo el joven—. Menudo golpe de suerte.

Kip descubrió el bote del desconocido playa abajo, varado a cierta distancia. Tras ver todos los cadáveres depositados allí por el mar, debía de haber decidido

despojarlos de todo lo que pudiera. Kip estaba sediento.

—¿Tienes agua? —preguntó, con voz ronca.

—En la barca. Y comida.

Kip se puso de pie con dificultad. El joven ni siquiera le tendió la mano. Entonces cayó en la cuenta. Conocía esa voz. Entornó los ojos frente al resplandor.

—Oh, no.

—Eres un poquito lento, ¿eh? —dijo Zymun, antes de dar un paso adelante y propinarle un puñetazo en la cara a Kip.

Derribado, Kip se sentó pesadamente en la arena. Con los ojos cuajados de lágrimas, se palpó la nariz. La buena noticia era que no estaba rota. Se levantó muy despacio, caminó hasta la barca y vació la mitad del odre. Dedujo que el dolor de cabeza que lo martirizaba debía de ser lo que llamaban resaca. No le había pasado nunca. Además, la luz le lastimaba los ojos. Estaba magullado de la cabeza a los pies. Tenía un tajo en las costillas, y un dolor sordo en el brazo izquierdo, donde había recibido la puñalada.

Kip contempló la idea de agredir a Zymun, que estaba masajeándose la mano: se había hecho daño golpeando a Kip. Pero Zymun tenía una pistola. Se daría cuenta si Kip intentaba trazar —lo cual dadas les circunstancias le apetecía tanto como hacer gárgaras con aguas fecales—, y en esos momentos Kip se sentía tan ágil como un anciano centenario. Kip había visto trazar al muchacho, hacía tiempo. No le cabía duda de que Zymun estaba dispuesto a apretar el gatillo. Se subió a la barca.

—Quítate el cinturón y dámelo. Después quítate la camisa y véndate los ojos con ella —dijo Zymun—. Despacio.

Así lo hizo Kip. Sintió cómo Zymun empujaba la barca hacia el agua. Kip se abalanzó hacia delante, arrancándose la venda de golpe.

Zymun estaba agarrado a la proa con una mano, meciéndose en el agua, a medio camino de subirse a la barca, con la pistola apuntando a la cara de Kip.

—Atrás. ¡Atrás! —dijo—. No aguantaré así eternamente, de modo que como no te vea sentado y con los ojos vendados en cinco segundos, te meto una bala en la frente.

Kip volvió a instalarse en el banco y recolocó la venda sobre sus ojos, derrotado. No lo había conseguido por poco. Por poco. Los pliegues del fracaso le envolvieron los hombros encorvados con la familiaridad de una capa vieja. Kip Por Poco. Una vez más.

No. No era cierto. Ya no era ese Kip. No era estúpido. No era débil. No era ningún cobarde. No era ningún paria.

Había ingresado en la Guardia Negra. Los mejores trazadores y luchadores del mundo lo habían acogido en su seno. Su padre lo había aceptado. Se había enfrentado a reyes, a engendros y a dioses. Había cometido tremendos errores: había sido

estúpido y débil, un cobarde y un paria. De no ser por él, nadie habría apuñalado a su padre. Pero también había rescatado a Gavin de las olas, le había salvado la vida cuando nadie más podía hacerlo. Ese «por poco» era como unas lentes que filtraban todo cuanto veía. Pero existía un camino intermedio, a caballo entre ser el hijo de una ramera y el hijo del Prisma. No era realmente Kip Matadioses, pero tampoco el muchacho que se dejaba intimidar por Ramir. Ya no. Soy lo que hago. Soy el Rompelotodo.

Quien solo ve el mundo a través de una única lente vive en la oscuridad. Quien tenga oídos, que escuche.

Ha llegado el momento de hacer añicos esa vieja lente.

—Coge los remos —dijo Zymun. Mientras Kip los buscaba a tientas, oyó cómo el joven se deslizaba en el interior de la barca. Sintió cómo la luxina le envolvía las manos, adhiriéndolas a los remos—. Rema durante una hora y te daré algo de comer y más agua. ¡En marcha! Tenemos un largo camino por recorrer, hermano.

Kip comenzó a remar. A su brazo izquierdo no le hizo gracia.

—¿Hermano? —preguntó. Su voz sonó tranquila, ni asustada ni avergonzada.

—Mi abuelo, Andross Guile, me ha pedido que vaya a la Cromería. Dice que el resto de su familia ha desaparecido. Dice que está considerando la posibilidad de adoptarme. Dice que tiene grandes planes. —Zymun hizo una pausa—. ¿Cómo, no lo sabías? Soy Zymun Roble Blanco, el hijo de Karris y Gavin.

El corazón de Kip se desplomó en su pecho, atravesó el suelo de la barca y acabó con una docena de peces antes de incrustarse en el lecho marino.

Oyó un chasquido metálico, como si Zymun estuviera examinando la pistola, y pensó que quizá el muchacho hubiera decidido matarlo después de todo. Zymun soltó una carcajada estentórea.

—Hay que joderse, qué suerte —dijo para sí—. ¿Te lo puedes creer? Este chisme ni siquiera estaba cargado.

115

Gavin despertó cuando alguien le abofeteó la cara. Se sentía fatal. El camarote era lóbrego y hedía a hombres que hacía una eternidad que no se lavaban, a aguas de pantoque, a algas, a pescado y a residuos humanos. Tenía las muñecas cargadas de grilletes, y se encontraba desnudo salvo por un taparrabo.

Le cruzó la mejilla otro guantazo, lo suficientemente violento como para que se le llenara la boca de sangre. Abrió los ojos. Miró al hombre que tenía delante. Sentía los pulmones y la garganta en carne viva después de toda el agua de mar que había tragado.

—Artillero, hijo de perra —dijo Gavin. También su voz sonaba descarnada. La noche anterior era un turbio recuerdo—. ¿Qué te propones?

—No puedes trazar, ¿verdad?

Gavin levantó las manos vacías, impotente. El camarote estaba tan oscuro que tardaría un par de minutos en trazar lo suficiente como para constituir una amenaza para nadie. Y reunir la fuerza de voluntad necesaria también sería complicado, en vista del deplorable estado en que se encontraba.

—Dame un par de minutos —dijo. Se le había hinchado el ojo izquierdo. Tenía... ¡Ay, Orholam! Gavin se palpó el pecho. Estaba ileso. ¿Qué diablos de pesadillas había sufrido? Creía que lo habían apuñalado. ¿Lo habrían drogado y secuestrado del buque insignia?

—Vuestros ojos son tan azules como los de Ceres, lord Guile. No hay ni rastro de halo en ellos. Siempre he detestado los aires que se dan los señores de la lux. Mangoneando a la gente. Reticentes a arrimar el hombro. —Soltó una risita, como si acabara de decir algo gracioso—. Pero se me ha ocurrido una solución para todas las injusticias que la vida pone en mi camino. Como barco no es muy señorial, pero es un señor barco, ¿a que sí?

—¿Esta nave es tuya? —preguntó Gavin, desorientado todavía. Compartía el banco en el que se hallaba sentado con un hombre escuálido de barba y cabellos blancos, con los ojos saltones, medio desnudo. Todos los ocupantes del camarote eran escuálidos e iban medio desnudos, todos estaban bebiendo agua o rumiando galletas. Todos estaban cargados de cadenas. Todos pendientes de él.

—Mía, sí. La *Jaca Arisca*, se llama, porque te deja las partes pudendas destrozadas. Me pertenece, y ahora tú le perteneces a ella. Pórtate bien, Guile. Porque como esta zagala se vaya a pique, tú irás detrás de ella.

El otro extremo de sus grilletes se cerraron de golpe alrededor del remo.

—Artillero... —dijo Gavin, en tono de advertencia.

—Capitán Artillero, Número Seis. Si no quieres que te azote.

—¡Que Orholam te confunda, ¿no sabes quién soy?! —Hacía casi dos décadas desde que el Artillero trabajara al servicio de Gavin. Quizá el tiempo transcurrido lo hubiera cambiado tanto que el hombre no lo reconocía sin sus elegantes ropajes.

El Artillero sonrió.

—Quien pregunta «¿no sabes quién soy?» es el que realmente ignora la respuesta. Pero estás de suerte, Gavin Guile. Voy a darte la oportunidad de descubrirlo.

—No es Gavin —dijo Gavin, desafiante—, sino Dazen. Me llamo Dazen Guile.

La luz diurna entró a raudales en la estancia cuando el Artillero abrió la puerta de golpe.

—Como te llames me trae sin cuidado. Ahora eres el galeote Número Seis. Tercera fila, asiento de en medio. Pero no te preocupes, si remas con brío y obedeces sin rechistar, dentro de seis meses estarás en primera fila. Está bien marcarse objetivos, ¿verdad? —Sonrió, dejando al descubierto todos los dientes—. ¿Chicos?

Gavin no dijo nada. Dejó de resistirse, pues al abrirse la puerta había visto algo peor que las cadenas. En la penumbra del pestilente camarote no se había dado cuenta: los colores siempre perdían su brillo en la oscuridad. Pero al otro lado de la puerta, con el cielo, las aves y las velas, merced a la vivificante luz que Gavin esperaba absorber para romper los grilletes y huir, vio algo peor. No podía dividir los colores a partir de aquella luz blanca y pura. No podía dividir los colores porque no podía trazarlos. No podía trazarlos porque no podía verlos. Los ignorantes se refieren a la subcromancia como la ceguera a los colores, cuando en realidad solo es la confusión de los mismos.

Pero Gavin realmente se había quedado ciego a los colores. El mundo entero estaba teñido de gris. Era tal y como el Artillero había intentado advertirle. En un abrir y cerrar de ojos, todo lo que Gavin Guile tenía de especial le había sido arrebatado. No solo ya no era el Prisma, sino que ni siquiera era un trazador. La puerta que daba a la cubierta se cerró de improviso, y las cadenas de Gavin tintinearon contra sus argollas, atrapándolo en la oscuridad más tenebrosa que hubiera conocido jamás.

Agradecimientos

Desde las ondas milimétricas hasta las artes marciales, pasando por *Magic: The Gathering*, esta vez he necesitado un montón de ayuda. Además de todos aquellos a los que he mostrado mi agradecimiento en libros anteriores (y con quienes sigo en deuda), hay unas cuantas personas que se merecen que les dé las gracias de nuevo o por primera vez. Gracias ante todo a mi esposa, Kristi, sin la cual estaría trabajando en algo que aborrecería. Gracias por aguantar las semanas de seis días laborales durante el último par de años, cariño. Procuraré ser más cabal... alguna vez. Gracias a Elisa, por encargarse de tantas tareas administrativas para que yo pudiera escribir un poco más. Gracias a Don Maass, a Cameron McClure y al resto de la DMLA por buscar a las personas adecuadas con quienes trabajar, por su asesoramiento, por sus expertas explicaciones, por sus excelentes consejos para la historia y por sus palabras de aliento. La vida del escritor a menudo es muy solitaria, y vosotros me habéis proporcionado cordura y sabiduría.

Gracias a Orbit Books (especialmente a Devi, Anne, Alex, Tim, Susan, Ellen, y Lauren P.), cuyos integrantes no dejan de asombrarme con su empeño, su capacidad de innovación y su empatía. He oído verdaderas historias de miedo de escritores que aterrizaron en otra parte, y me alegra poder considerar que Orbit es mi hogar. Gracias a todos los que, entre bambalinas, se ocupan de que toda la maquinaria funcione sin contratiempos.

Gracias a Mary Robinette Kowal (*Shades of Milk and Honey*), por ser mi primera lectora beta de la historia. Excelentes consejos, y grandes críticas. Mejoraste el libro. Aparte, ¿te acuerdas de ese detalle, ese punto en el tercer libro donde las cosas tienen muy mala pinta y me sugeriste algo para que se pusieran absolutamente espantosas? Pues sí, te lo pienso robar.

Gracias al doctor N. Willis, profesor de matemáticas al que después de leer *El Prisma negro* le faltó tiempo para preguntarme si alguna vez había jugado a *Magic: The Gathering*. (Sibilina estratagema para ver si jugaba con él sin tener que reconocer abiertamente su frikismo.) No había jugado nunca a *MtG*, pero no tardé en dejarme seducir por la belleza matemática del juego. Esa fue la semilla de los nueve reyes de la novela (aunque tanto la mecánica como el estilo de juego sean distintos). Por adelantarme a los correos electrónicos que sé que voy a recibir preguntando al respecto: Sí... pero no hasta dentro de unos años. Gracias también por echarme una mano con la estructura de las pruebas de ingreso de la Guardia Negra, que no sé

cómo terminó volviéndose increíblemente enrevesada. Quién me lo iba a decir.

Gracias a cierto amigo mío que tengo en las fuerzas especiales, E. H., quien me proporcionó información (¡desclasificada, completamente legal!) sobre la tecnología de ondas milimétricas. ¿Quién dice que la ciencia de última generación y la fantasía tengan que estar reñidas?

Gracias de corazón al sargento Rory Miller, cuyos libros sobre la violencia deberían convertirse en textos imprescindibles para todo aquel que desee retratar convincentemente la violencia en sus obras de ficción... ¡y para los que deseen evitarla en la vida real! (Recomiendo empezar por *Meditations on Violence*.) Solamente no le perdono una cosa: hablar de tasas de liberación de adrenalina en un mundo y una época que todavía no han acuñado el término «adrenalina» fue un infierno. (Gracias a Peter H., empleado de Powell, por recomendarme encarecidamente ese libro... ¡y por hacer lo mismo con el mío!)

Gracias a Alfred, lord Tennyson, cuyo *Ulysses* aparece citado brevemente en *El Prisma negro* y en *La Daga de la Ceguera* como escrito por Gevison. Líneas inmortales, caballero. Quería mencionarlo en el último libro y se me pasó. Le ruego que me disculpe.

Gracias, por último, a todos mis lectores. Me encanta lo que hago, y si puedo seguir haciéndolo es por vosotros. Se trata de un privilegio y un honor inmensos, y me siento en deuda con vosotros. No puedo prometeros gran cosa, salvo que me esforzaré al máximo para ofreceros las mejores historias que se me ocurran. ¿Qué tal si yo hago eso, y vosotros les recomendáis mis libros a vuestros amigos? ¿Os parece?

BRENT WEEKS

Elenco de personajes

Adrasteia (Teia): Alumna de la Cromería. Esclava de lady Lucretia Verangheti, de los Smussato Verangheti; aspirante de la Guardia Negra y trazadora de paryl.

Aheyyad: Trazador naranja, nieto de Tala. Uno de los defensores de Garriston, diseñador de la Muralla de Agua Brillante; apodado Aheyyad Agua Brillante por el Prisma Gavin Guile.

Ahhanen: Guardia negro.

Aklos: Esclavo de lady Aglaia Crassos.

Albogón: Guardia negro, bicromo naranja y amarillo.

Amestan: Uno de los guardias negros presentes en la Batalla de Garriston.

Aram: Cadete de la Guardia Negra. Sus padres eran guardias negros, y lleva practicando las artes marciales desde que aprendió a caminar.

Arana: Estudiante trazadora, hija de un mercader.

Aras: Alumno de la Cromería, cadete de la Guardia Negra.

Arash, Javid: Uno de los trazadores que defendió Garriston.

Aravind, lord: Sátrapa de Atash. Padre de Kata Ham-haldita, corregidor de Idoss.

Arias, lord: Uno de los consejeros del Príncipe de los Colores. Oriundo de Atash, el príncipe le encomienda propagar la noticia de su llegada.

Arien: Magíster de la Cromería. Trazadora naranja encargada de poner a prueba a Kip por orden del señor de la lux Negro.

Ariss el Navegante: Legendario explorador y descubridor.

Artillero, el: Pirata ilytiano. Su primer puesto bajo cubierta fue como cañonero a bordo del *Aved Barayah*. Más tarde se convertiría en capitán.

Asif: Joven guardia negro.

Asmun: Cadete de la Guardia Negra.

Atagamo: Magíster que enseña las propiedades de la luxina en la Cromería. Oriundo de Ilyta.

Atiriel, Karris: Princesa del desierto. Se convirtió en Karris Ciegasombras antes de casarse con Lucidonius.

Ayrad: Trazador amarillo. Fue cadete de la Guardia Negra años antes de que Kip comenzara las clases. Empezó siendo el último de su promoción (el cuadragésimo noveno) y se abrió paso hasta lo más alto, derrotando a todos sus contrincantes. Al parecer, había hecho una promesa. Se convirtió en comandante de la Guardia Negra y

salvó la vida a cuatro Prismas distintos al menos una vez antes de que alguien lo envenenara.

Azmith, Caul: General pariano, hermano menor del sátrapa de Paria.

Balder: Cadete de la Guardia Negra que se la tiene jurada a Kip.

Barba de Musgo: El conn de una aldea costera del Bosque de Sangre, cerca del cabo de Ru.

Bas el Simple: Policromo tyreano (azul/verde/supervioleta), apuesto pero corto de entendederas. Ha jurado vengarse del asesino de la familia Roble Blanco.

Ben-hadad: Alumno ruthgari de la Cromería. La Guardia Negra lo ha aceptado en un curso superior. Bicromo azul/amarillo, de una inteligencia excepcional, inventor de unas gafas mecánicas que permiten alternar el uso de lentes azules o amarillas.

Blademan: Capitán de la Guardia Negra. Comanda una de las traineras en la batalla del cabo de Ru, junto a Gavin y el capitán de la guardia Tempus.

Blanca, la: Líder del Espectro. Pese a ser una bicroma verde y azul, en la actualidad se abstiene de trazar a fin de prolongar su vida. Su verdadero nombre es Orea Pullawr, aunque rara vez lo utiliza. Viuda de Ulbear Rathcore.

Borig, Janus: Una anciana. Tiene el pelo ralo, fuma en una larga pipa y por lo visto es un Espejo.

Brezo Dorado, Eva: Una de las mujeres con las que Andross estaba dispuesto a permitir que Gavin contrajera matrimonio.

Bursar: La consejera principal del Omnícromo. Consulta constantemente su pequeño ábaco y está al mando de una tercera parte de los vales que utilizan los soldados con las prostitutas.

Burshward: Capitán de Angari (al otro lado de las Puertas Sempioscuras).

Burshward, Gillam: Hermano del capitán Burshward.

Caelia: Sirvienta enana del Tercer Ojo.

Carver Negro: Incapaz de trazar, como es costumbre en el Negro. Administrador principal de las Siete Satrapías. Con voz en el Espectro, pero sin voto.

Carvingen, Odess: Trazadora y defensora de Garriston.

Cavair, Paz: Comandante de los Bastardos Azules en la Gran Pirámide de Ru.

Cezilia: Criada/guardaespaldas del Tercer Ojo.

Ciegasombras, Karris: Esposa y posterior viuda de Lucidonius. Fue la segunda Prisma. Véase también Atiriel, Karris.

Clara: Criada/guardaespaldas del Tercer Ojo.

Consejero, el: Figura legendaria. Autor de *El consejero de los reyes*, obra en la que se recomendaban unos métodos de gobierno tan crueles que ni siquiera él los puso en práctica durante su mandato.

Coran, Adraea: Bendita. Se le atribuye la cita «la guerra es un horror».

Cordelia: Guardia negra de constitución espigada.

Corfu, Ramia: Trazador azul, joven y poderoso. Uno de los favoritos del Príncipe de los Colores.

Corzin, Eleph: Trazador azul de origen aborneano. Defensor de Garriston.

Coturno: Junto con Tugertent y Tlatig, el mejor arquero al servicio del comandante Puño de Hierro durante el asalto al cabo de Ru.

Crassos: Hermano mayor de Aglaia Crassos. El último gobernador de Garriston.

Crassos, Aglaia: Joven noble y trazadora de la Cromería. La hija menor de una importante familia ruthgari. Una sádica que disfruta con el dolor que inflige a sus esclavos.

Cruxer: Cadete de la Guardia Negra. Perteneciente a la tercera generación de su familia que ingresa en las filas del cuerpo. Hijo de Inana y Holdfast.

Daelos: Cadete de la Guardia Negra.

Dagnar Zelan: Uno de los guardias negros originales. Sirvió a las órdenes de Lucidonius tras convertirse a su causa.

Danavis, Aliviana (Liv): Hija de Corvan Danavis. Trazadora bicroma de amarillo y supervioleta, natural de Tyrea. Su contrato está en posesión de los ruthgari, y Aglaia Crassos se encarga de supervisarla.

Danavis, Corvan: Trazador rojo. Vástago de una de las grandes familias ruthgari, fue también el general más brillante de su época y la razón principal del éxito de Dazen en el campo de batalla.

Danavis, Ell: La segunda esposa de Corvan Danavis. Asesinada cuando llevaban casados tres años.

Danavis, Erethanna: Trazadora verde al servicio del conde Nassos, en el oeste de Ruthgar. Prima de Liv Danavis.

Danavis, Qora: Noble tyreana, primera esposa de Corvan Danavis y madre de Aliviana Danavis.

Delara, Naftalie: Una de las mujeres con las que Andross iba a «permitir» que Gavin contrajera matrimonio.

Delara Naranja: Atashiana, miembro del Espectro. Bicroma de rojo y naranja, representante de este último, próxima al fin de sus días a sus cuarenta años de edad. Su antecesora en el cargo fue su madre, artífice del plan de rotación de Garriston.

Delarias: Familia de Rekton.

Delauria, Katalina: La madre de Kip. De ascendencia pariana o ilytiana. Adicta a la cencellada.

Delclara, Micael: Cantero, vecino de Rekton.

Delclara, señora: Matriarca de la familia Delclara, de Rekton. Sus seis hijos trabajan en la cantera.

Delclara, Zalo: Cantero, uno de los hijos de la señora Delclara.

Delelo, Galan: Sargento primero del ejército del Omnícromo. Encargado de escoltar a Liv hasta las puertas de Garriston.

Delmarta, Gad: Joven general del ejército de Dazen que, tras tomar la ciudad de Ru, masacró a la familia real y a sus empleados.

Delucia, Neta: Miembro del consejo regente de Idoss (una de las «madres de la ciudad»).

Demonios de Ojos Azules, los: Mercenarios que combatieron a favor del ejército de Dazen.

Djur: Junto a Ahhanen, uno de los guardias negros de servicio cuando Karris y Gavin abandonan el barco de los refugiados.

Droose: Uno de los compañeros de tripulación del Artillero.

Elessia: Guardia negra.

Elio: Matón que se aloja en el mismo barracón que Kip. Kip le rompe un brazo.

Elos, Gaspar: Engendro de los colores verde.

Erato: Cadete de la Guardia Negra que se la tiene jurada a Kip.

Errante, el: Figura legendaria, protagonista del poema de Gevison *El último viaje del Errante.*

Escudo de Roble, Zee: Tatarabuela de Andross Guile y trazadora verde. Fundó la casa de los Guile, a pesar de que su nombre provenía de la otra rama de la familia.

Essel: Guardia negra que le rompió los dedos al noble atashiano que intentó propasarse con ella.

Euterpe: Esclava, amiga de Teia. Sus propietarios lo perdieron todo a causa de la sequía y se la alquilaron a los burdeles de la mina de plata de Laurion durante cinco meses. Nunca se recuperó.

Farjad, Farid: Noble que se alió con Dazen cuando este le prometió el trono atashiano durante la Guerra del Falso Prisma.

Ferkudi: Cadete de la Guardia Negra, bicromo azul/verde que destaca en la lucha cuerpo a cuerpo.

Filósofo, el: Fundador de la filosofía ética y natural.

Finer: Guardia negro que aparece en una de las cartas.

Fisk, instructor: Enseña disciplina a los cadetes y mejora su condición física. Derrotó a Karris a duras penas durante su prueba de acceso a la Guardia Negra.

Gaeros: Uno de los esclavos de lady Aglaia.

Galaea: Doncella de Karris Roble Blanco, y traidora.

Galden, Jens: Magíster de la Cromería, trazador rojo.

Galib: Policromo de la Cromería.

Gallos: Mozo de cuadra en Garriston.

Garadul, Perses: Designado sátrapa de Tyrea cuando las fuerzas del Prisma derrotaron a Ruy Gonzalo durante la Guerra del Falso Prisma. Padre de Rask

Garadul. Se esforzó por erradicar a los bandidos que asolaban Tyrea después de la guerra.

Garadul, Rask: Sátrapa, autoproclamado rey de Tyrea. Hijo de Perses Garadul.

Gazzin, Griv: Trazador verde que combatió junto a Zee Escudo de Roble.

Gerain: Anciano de Garriston que exhortó al pueblo a respaldar al rey Garadul.

Gerrad: Estudiante de la Cromería.

Gevison: Poeta (fallecido hace tiempo).

Goldthorn: Magíster de la Cromería. Apenas tres años mayor que sus discípulas, se encarga de la clase supervioleta.

Gonzalo, Ruy: Sátrapa tyreano que se alió con Dazen durante la Guerra del Falso Prisma.

Goss: Cadete de la Guardia Negra, pariano, uno de los mejores luchadores.

Gracia: Cadete de las montañas parianas. Más alta que la mayoría de los chicos.

Grass, Evi: Trazadora y defensora de Garriston. Bicroma verde y amarilla del Bosque de Sangre, y supercromada.

Grazner: Cadete de la Guardia Negra. Kip rompe su voluntad en un duelo.

Greyling, Gavin: Guardia negro reciente. Hermano de Gill Greyling, bautizado en honor de Gavin Guile. El más apuesto de los dos hermanos.

Greyling, Gill: Guardia negro reciente. Hermano mayor de Gavin Greyling, y el más inteligente de los dos.

Grinwoody: Esclavo de confianza y mano derecha de Andross Guile. Pese a sus escasas aptitudes para el trazo, Andross movió los hilos para que ingresara en la academia de la Guardia Negra, donde hizo amigos y descubrió varios secretos. Superó todas las pruebas de la Guardia Negra, pero el día en que debía jurar fidelidad decidió marcharse con lord Guile, una afrenta que los guardias no han olvidado.

Guile, Andross: El padre de Gavin, Dazen y Sevastian Guile. Traza el amarillo a través del subrojo, aunque es conocido principalmente por trazar el rojo, puesto que esa es la posición que ocupaba en el Espectro. Consiguió entrar en el Espectro a pesar de ser natural del Bosque de Sangre, que ya contaba con un representante, alegando que los escasos terrenos que poseía en Ruthgar lo cualificaban para ocupar ese puesto.

Guile, Darien: Bisabuelo de Andross Guile. Se casó con la hija de Zee Escudo de Roble para poner fin al conflicto que los enfrentaba.

Guile, Dazen: Hermano de Gavin, menor que él. Se enamoró de Karris Roble Blanco y provocó la Guerra del Falso Prisma cuando incendió la mansión de su familia, matando a todos sus ocupantes.

Guile, Draccos: Padre de Andross Guile.

Guile, Felia: Casada con Andross Guile. Madre de Gavin y Dazen, prima de la familia real atashiana y trazadora naranja. Ulbear Rathcore cortejó a su madre antes

de conocer a Orea Pullawr.

Guile, Gavin: El Prisma. Dos años mayor que Dazen, ocupó el cargo cuando contaba trece años de edad.

Guile, Kip: Tyreano, hijo ilegítimo de Gavin Guile y Katalina Delauria. Supercromado y policromo del espectro completo.

Guile, Sevastian: El menor de los hermanos Guile. Murió asesinado por un engendro azul cuando Gavin tenía trece años y Dazen once.

Ham-haldita, Kata: Corregidor de Idoss, hijo del sátrapa atashiano.

Harl, Pan: Cadete de la Guardia Negra. Sus antepasados fueron esclavos durante ocho de las diez últimas generaciones.

Helel, ama: Se hizo pasar por profesora de la Cromería e intentó asesinar a Kip.

Hena: Magíster de la Cromería, enseña construcción de luxina.

Hezik: Guardia negro cuya madre capitaneaba un cazador de piratas en las Angosturas. Tiene una puntería excelente con los cañones.

Hoja Caída, Deedee: Trazadora verde. Su delicado estado de salud animó a varios trazadores veteranos a aceptar la Liberación en Garriston.

Holdfast: Difunto guardia negro. Cruxer es su hijo, y su viuda es Inana, otra guardia negra.

Holvar, Jin: Mujer que ingresó en la Guardia Negra con la promoción de Karris, pese a ser algunos años más joven.

Idus: Cadete de la Guardia Negra.

Inana: Madre de Cruxer y guardia negra. Viuda de Holdfast, también guardia negro.

Incaros: Uno de los esclavos de cámara de lady Aglaia Crassos.

Isabel (Isa): Una chica bonita de Rekton.

Izem Azul: Trazador legendario y defensor de Garriston a las órdenes de Gavin Guile.

Izem Rojo: Defensor de Garriston a las órdenes de Gavin Guile. Combatió a su lado en la Guerra del Falso Prisma. Pariano, trazador rojo de asombrosa velocidad, su ghotra tiene la forma del capuchón de una cobra.

Jalal: Pariano, vendedor de kopi.

Jevaros, lord: Joven con pocas luces que se convertiría en el siguiente comandante de la Guardia Negra y en el títere de Andross Guile.

Jorvis, Ana: Bicroma supervioleta y azul, alumna de la Cromería, una de las mujeres con las que Andross Guile permitiría que Gavin contrajera matrimonio.

Jorvis, Demnos: Padre de Ana Jorvis y cuñado de Arys Velo Verde, casado con Ela Jorvis.

Jorvis, Ela: Hermana de Arys Velo Verde, esposa de Demnos Jorvis, bosquesangrienta, madre de Ana Jorvis.

Jumber, Norl: Guardia negro.

Jun: Cadete de la Guardia Negra. Se alía con Ular durante una de las pruebas para cruzar la ciudad sin perder el dinero que lleva encima.

Kadah: Magíster de la Cromería; trazador verde que enseña los rudimentos del trazo.

Kalif: Guardia negro.

Kallikrates: Padre de Teia. Hacía la ruta de la seda como comerciante antes de perderlo todo por culpa del desenfrenado estilo de vida de su esposa.

Keftar, Piedragrís: Trazador verde y cadete de la Guardia Negra. De piel morena y atlético, hijo de una familia adinerada que pagó para que se entrenara antes de acudir a la Cromería.

Klytos Azul: El Azul del Espectro. Representa a Ilyta, pese a ser ruthgari de pura cepa. Cobarde y títere de Andross.

Lanza: Comandante de la Guardia Negra cuando Gavin se convirtió en el Prisma.

Lanza Resplandeciente: Originalmente llamado El-Anat. Tras convertirse a la Luz se hizo llamar primero Forushalzmarish y después Lanza Resplandeciente, para que la gente pudiera pronunciar su nombre.

Laya: Guardia negra y trazadora roja, presente en la Batalla de Garriston.

Lem (Will): Guardia negro, corto de entendederas o chiflado, trazador azul con un poder increíble.

Leo: Cadete de la Guardia Negra, tremendamente musculoso.

Lobo Veloz: Uno de los generales de Gavin durante la Guerra del Falso Prisma. Sufrió tres derrotas a manos de unas fuerzas enemigas menos numerosas comandadas por Corvan Danavis.

Lucia: Cadete de la Guardia Negra. La chica más bonita de su promoción y pareja de Cruxer. Mantienen una estrecha amistad.

Lucidonius: El legendario fundador de las Siete Satrapías, la Cromería y la Guardia Negra, además del primer Prisma. Estuvo casado con Karris Ciegasombras.

Lunna Verde: La Verde del Espectro. Ruthgari, prima de Jia Tolver. Sus hermanos mataron a los padres de Arys Velo Verde durante la guerra.

Lytos: Guardia Negro ilytiano, desgarbado y eunuco.

Madre de las Acompañantes: Líder del gremio de prostitutas del ejército del Omnícromo.

Malargos, Aristocles: Tío de Eirene y Tisis Malargos; no regresó de la guerra.

Malargos, Dervani: Noble ruthgari, padre de Tisis Malargos, amigo y partidario de Dazen durante la Guerra del Falso Prisma. Trazador verde que estuvo perdido en los bosques de Tyrea durante años. Cuando intentó regresar a su hogar, Felia Guile contrató a unos piratas para que lo mataran, a fin de que no pudiera desvelar los secretos de Gavin.

Malargos, Eirene (la joven): La hermana mayor de Tisis Malargos. Se hizo cargo de los negocios de la familia cuando ni su padre ni su tío volvieron del frente.

Malargos, Eirene (Prisma): Matriarca, Prisma antecesora de Alexander Roble Extenso (antecesor a su vez de Gavin Guile). Mantuvo el cargo durante catorce años, aunque Gavin solo guarda de ella un ligerísimo recuerdo de los rituales del Día del Sol de su juventud.

Malargos, Tisis: Ruthgari, trazadora verde y deslumbrantemente hermosa. Su padre y su tío combatieron en el bando de Dazen. Su hermana mayor es Eirene Malargos, de quien probablemente heredará las riquezas de un gran emporio.

Manos Llameantes: Trazador ilytiano y defensor de Garriston.

Manto Coruscante, Gebalyn: Antigua pareja de Vox Manto Coruscante. Dada por muerta tras un incendio provocado durante una misión.

Manto Coruscante, Niah: Asesina. Pareja de Vox y refractadora.

Manto Coruscante, Vox: Trazador verde y asesino. Lo expulsaron de la Cromería cuando tenía trece años. Rinde culto a Atirat.

Marissia: La esclava de cámara de Gavin. Pelirroja bosquesangrienta que fue capturada por los ruthgari durante la guerra de Dazen. Hace diez años que está con Gavin, desde que tenía dieciocho.

Marta, Adan: Uno de los habitantes de Rekton.

Martaens, Marta: Magíster de la Cromería. Una de las pocas trazadoras de paryl que quedan con vida. Aconseja a Teia.

Mori: Uno de los soldados del ejército del Omnícromo.

Naheed: Satrapesa atashiana. Murió asesinada por el general Gad Delmarta durante la Guerra del Falso Prisma.

Nassos: Conde del oeste de Ruthgar. La prima de Liv Danavis sirve a sus órdenes.

Navid, Payam: Apuesto magíster de la Cromería. Primo de Phips Navid.

Navid, Phips: Primo de Payam Navid. Educado en Ru, terminaría uniéndose al ejército del Omnícromo. Su padre y sus hermanos mayores murieron ahorcados al término de la Guerra del Falso Prisma, cuando él solo tenía doce años. Quiere vengarse de lord Aravind.

Nerra: Guardia negra que diseña unos estupendos discos explosivos para hundir barcos.

Niel, Baya: Trazador verde y guardia negro.

Nuqaba, la: Guardiana de la tradición oral de los parianos, una figura tremendamente poderosa. Reside en Azûlay.

Ojos Dorados, Tawenza: Trazadora amarilla. Solo da clase a los tres amarillos con más talento del año en la Cromería.

Omnícromo, lord (el Príncipe de los Colores): El líder de una rebelión contra la

autoridad de la Cromería. Muy pocos conocen su verdadera identidad, puesto que ha reformado casi todo su cuerpo con luxina. Policromo del espectro completo, prefiere creer en la libertad y en el poder antes que en Lucidonius y Orholam. También llamado el Príncipe de los Colores, el Profeta de Cristal, el Maestro Policromo, el Iluminado Arcano, y el Señor del Arco Iris. Originalmente era Koios Roble Blanco, uno de los hermanos de Karris. Sufrió espantosas quemaduras en el incendio que desencadenó la Guerra del Falso Prisma.

Onesto, Prestor: Banquero ilytiano de Varig y Verde.

Orholam: La deidad de las monoteístas Siete Satrapías, también llamado el Padre de Todas las Cosas y el Señor de la Luz. Su culto se extendió a lo largo y ancho de las Siete Satrapías gracias a Lucidonius, cuatrocientos años antes del reinado del Prisma Gavin Guile.

Orlos, Maros: Trazador ruthgari, muy religioso. Participó tanto en la Guerra del Falso Prisma como en la defensa de Garriston.

Or-mar-zel-atir: Uno de los primeros guardias negros, en tiempos de Lucidonius.

Oros, los hermanos: Dos cadetes de la Guardia Negra.

Payam, Parshan: Joven trazador de la Cromería que intenta seducir a Liv Danavis por una apuesta. Su fracaso es espectacular.

Pequeño Oso: Arquero tuerto de gran tamaño. Sirvió a las órdenes de Zee Escudo de Roble.

Pevarc: Demostró que el mundo era redondo doscientos años antes del nacimiento de Gavin Guile. Murió linchado por postular que la luz era la ausencia de la oscuridad.

Phyros: Uno de los miembros del ejército del Omnícromo. Mide siete pies de alto y combate con dos hachas.

Pip: Cadete de la Guardia Negra.

Portador de Luz, el: Controvertida figura que protagoniza numerosas profecías y leyendas. La mayoría está de acuerdo en que se trata de un varón, que matará o ha matado a dioses y reyes, que su origen constituye un misterio, que sus dotes para la magia son portentosas, que es un guerrero que barrerá o ha barrido ya a todos sus rivales, que defiende a los pobres y los oprimidos, que destacaba ya en su juventud, y que otro de sus nombres es El Que Destruye. Tampoco ayuda el hecho de que la mayoría de las profecías estuvieran en pariano antiguo y su significado se haya alterado hasta volverlas irreconocibles. Existen tres posturas fundamentales: la que sostiene que el Portador de Luz todavía está por llegar; la que sostiene que ya ha llegado y que era Lucidonius (postura defendida ahora por la Cromería, aunque no siempre fue partidaria de ella); y, entre algunos académicos, la que sostiene que el Portador de Luz es una metáfora de lo mejor que hay dentro de cada uno de nosotros.

Pots: Guardia negro.

Presser: Guardia negro.

Ptolos: Sátrapa de Ruthgar.

Pullawr, Orea: Véase Blanca, la.

Puño de Hierro, Harrdun: Comandante de la Guardia Negra, treinta y ocho años de edad, trazador azul.

Puño Trémulo: Guardia negro. Hermano menor de Puño de Hierro y antiguo dey de Aghbalu.

Rados, bendito sátrapa: Sátrapa ruthgari que se enfrentó a los bosquesangrientos, a pesar de que estos lo superaban en proporción de dos a uno. Se hizo famoso por incendiar el puente de Rozanos al paso de su ejército para impedir la retirada.

Ramir (Ram): Habitante de Rekton.

Rassad, maese Shayam: Completamente ciego al espectro visible, se dice de él que podía orientarse merced al subrojo y el paryl. Enseñó paryl a la maestra de Marta Martaens.

Rathcore, Ulbear: El difunto esposo de la Blanca, muerto hace veinte años. Diestro jugador de los nueve reyes.

Retaco: Guardia negro pariano.

Rig: Legado de la Guardia Negra y bicromo rojo/naranja.

Roble Blanco, Karris: Guardia negra; bicroma del verde y el rojo; desencadenante de la Guerra del Falso Prisma.

Roble Blanco, Koios: Uno de los siete hermanos Roble Blanco, hermano de Karris Roble Blanco.

Roble Blanco, Kolos: Uno de los siete hermanos Roble Blanco, hermano de Karris Roble Blanco.

Roble Blanco, Rissum: Señor de la lux, padre de Karris y de sus siete hermanos; con fama de irascible, pero cobarde.

Roble Blanco, Rodin: Uno de los siete hermanos Roble Blanco, hermano de Karris Roble Blanco.

Roble Blanco, Tavos: Uno de los siete hermanos Roble Blanco, hermano de Karris Roble Blanco.

Roble Extenso, Alexander: El Prisma anterior a Gavin. Probablemente adicto a la amapola, se pasaba la mayor parte del tiempo recluido en sus aposentos.

Ros el Grande: Esclavo de Aglaia.

Rud: Cadete de la Guardia Negra, natural de la costa pariana. Es bajito y utiliza el ghotra.

Sadah Supervioleta: La representante pariana, trazadora supervioleta, cuyo voto a menudo es decisivo en el Espectro.

Samite: Una de las mejores amigas de Karris. Guardia negra y guardaespaldas de Kip, más fuerte que la mayoría de sus compañeros.

Sanson: Joven aldeano de Rekton.

Sapada: Guardia negra, la más menuda del cuerpo. Destaca por sus habilidades acrobáticas.

Sátrapa de Atash: Véase Aravind, lord.

Sayeh, Meena: Prima de Samila Sayeh. Solo contaba siete años de edad cuando perdió la vida en la purga de la familia real de Ru a manos de Gad Delmarta.

Sayeh, Samila: Trazadora azul del ejército de Gavin. Combatió en la defensa de Garriston a las órdenes de Gavin Guile.

Selene, lady: Bicroma tyreana verde y azul. Junto con los demás verdes de Garriston, encargada de drenar los principales canales de irrigación.

Sendina, los: Familia de Rekton.

Sharp, maese: Uno de los agentes de Andross Guile. Luce un collar de dientes humanos.

Shayam, lord: Uno de los señores del aire, encargado de supervisar la redistribución de la ciudad de Garriston por orden del Príncipe de los Colores.

Siluz, Rea: Cuarta subsecretaria de la biblioteca de la Cromería y débil trazadora amarilla. Conoce a Janus Borig y le explica a Kip cómo ponerse en contacto con ella.

Sworrin, los: Familia de Rekton.

Tala: Trazadora y soldado en la Guerra del Falso Prisma. Participó asimismo en la defensa de Garriston. Abuela de Aheyyad Agua Brillante y hermana de Tayri.

Tala (la joven): Bicroma verde y amarilla. Bautizada en honor de la heroína de la Guerra del Falso Prisma, es una trazadora excelente, si bien no tan buena luchadora.

Talim, Sayid: Antiguo Prisma. Hace cuarenta y siete años estuvo a punto de autoproclamarse prómaco para enfrentarse a la inexistente armada que, según él, aguardaba al otro lado de las Puertas Sempioscuras.

Tamerah: Cadete de la Guardia Negra, monocroma azul.

Tana: Legado de la Guardia Negra, cadete.

Tanner: Cadete de la Guardia Negra.

Tarkian: Trazador policromo.

Tayri: Trazadora pariana y defensora de Garriston. Hermana de Tala.

Tazerwalt: Princesa de la tribu pariana de los tlaglanu. Casada con Hanishu, dey de Aghbalu.

Temnos, Dalos el Joven: Trazador que, a las órdenes de Gavin Guile, participó tanto en la Guerra del Falso Prisma como en la defensa de Garriston.

Tempus: Guardia negro, designado al frente de los verdes durante la batalla del cabo de Ru.

Tep, Usef: Trazador, combatió en la Guerra del Falso Prisma. También llamado el

Oso Púrpura por tratarse de un bicromo discontiguo del rojo y el azul. Al terminar la guerra, Samila Sayeh y él se convirtieron en amantes pese a haber luchado en bandos opuestos.

Tercer Ojo, el: Vidente, líder de la isla de los Videntes.

Tiziri: Alumna de la Cromería. Una marca de nacimiento le cubre el lado izquierdo de la cara.

Tizrik: Hijo del dey de Aghbalu. Suspende el examen de acceso a la Guardia Negra, aunque no antes de que Kip le rompa la nariz por su conducta abusiva.

Tlatig: Uno de los mejores arqueros de la Guardia Negra.

Tolver, Jia: La Amarilla del Espectro. Trazadora aborneana, prima de Arys Velo Verde (la Subroja).

Toro Joven: Trazador azul que combatió con Zee Escudo de Roble.

Tristaem: Autor del tratado *Sobre los fundamentos de la razón.*

Tuerto, el: Uno de los mercenarios de la compañía del Escudo Partido.

Tufayyur: Cadete de la Guardia Negra.

Tugertent: Una de las mejores arqueras de la Guardia Negra.

Ular: Cadete de la Guardia Negra, pareja de Jun.

Usem el Salvaje: Trazador y defensor de Garriston.

Valor: Cadete de la Guardia Negra. Se empareja con Pip durante una de las pruebas. Fracasan cuando unos matones los detienen.

Vanzer: Guardia negro y trazador verde.

Varidos, Kerawon: Supercromado, magíster y examinador principal de la Cromería. Sus colores son el naranja y el rojo.

Varigari, lord: Jugador de la familia Varigari, originalmente dedicada a la pesca antes de involucrarse en las Guerras de Sangre. Su vicio le costó la fortuna y las tierras de su familia.

Vatídico, Horas: Aliado de Dazen, el rey bandido de los Demonios de Ojos Azules. Gavin Guile acabó con su vida al término de la Guerra del Falso Prisma.

Vecchio, Pash: El más poderoso de los reyes piratas. Su buque insignia es el *Gargantúa.*

Velo Verde, Arys: La Subroja del Espectro. Bosquesangrienta, prima de Jia Tolver y hermana de Ela, la madre de Ana Jorvis. Sus padres murieron a manos de los hermanos de Lunna Verde durante la guerra. Tiene doce hijos, de doce hombres distintos.

Vena: Amiga de Liv y estudiante de la Cromería. Supervioleta.

Verangheti, Lucretia: Patrocinadora de Adrasteia en la Cromería. Pertenece a los Smussato Verangheti de Ilyta.

Verde, Jerrosh: Junto con Dervani Malargos, uno de los mejores trazadores verdes del ejército del Omnícromo, y Túnica Roja.

Vin, Taya: Mercenaria de la compañía del Escudo Partido.
Wil: Trazador verde y guardia negro.
Winsen: Cadete de la Guardia Negra, natural de las montañas parianas.
Wit, Rondar: Trazador azul que se convierte en un engendro de los colores.
Yugerten: Desgarbado cadete de la Guardia Negra, trazador azul.
Zid: Intendente del ejército del Omnícromo.
Ziri: Cadete de la Guardia Negra.
Zymun: Joven trazador y miembro del ejército del Omnícromo.

Glosario

Aghbalu: Ciudad pariana.

agua brillante: Luxina amarilla líquida.

alcaldesa: Término tyreano, equivalente a alcalde o cabecilla.

almófar: Tela de cota de malla sujeta al yelmo que cae sobre el cuello, los hombros y la parte superior del pecho.

Am, Hijos de: Término arcaico para referirse a los habitantes de las Siete Satrapías.

Amante, la: Estatua que comprende la puerta fluvial oriental de Garriston. Representa a una mujer de unos treinta años, tendida de espaldas y arqueada sobre el río con los pies firmemente plantados en el suelo, formando una torre con las rodillas en una de las orillas, los dedos enredados en el cabello y los codos levantados para formar otra torre en la orilla opuesta. Se cubre tan solo con velos. Antes de la Guerra de los Prismas, un rastrillo bajaba de su cuerpo arqueado hasta el río, moldeados el hierro y el acero para crear la ilusión de ser una prolongación de sus velos. Reluce como el bronce con la puesta de sol, y la entrada a la ciudad se encuentra en otra puerta situada en su pelo.

amigo del fuego: Término empleado por los trazadores subrojos para llamarse entre ellos.

Anat: Diosa de la ira, asociada con el subrojo. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

Angar: Territorio más allá de las Siete Satrapías y las Puertas Sempioscuras. Sus habilidosos marineros ocasionalmente cruzaban las Puertas Sempioscuras para adentrarse en el mar Cerúleo.

Angosturas, las: Estrecho del mar Cerúleo que separa Abornea del interior de Ruthgar. Los aborneanos limitan el comercio entre las Angosturas imponiendo elevados aranceles a los mercaderes que intentan hacer la ruta de la seda, o simplemente navegar entre Paria y Ruthgar.

antorcha: Engendro rojo.

arcabuz: Mosquete de cañón corto y abocinado que puede cargarse con metralla. Útil exclusivamente a corta distancia, sobre todo contra grupos numerosos.

arco largo: Arma que permite el disparo eficiente (por velocidad, fuerza y distancia) de flechas. Tanto su construcción como su usuario deben ser tremendamente recios. Los bosques de tejos del lago del Cráter proporcionan la mejor

madera que existe para la fabricación de arcos largos.

aristeia: Concepto que abarca el genio, el empeño y la excelencia.

Aslal: La capital de Paria.

atacador: Vara larga con una mecha lenta en la punta. Se utilizaba para encender los cañones, permitiendo así que el artillero se alejara del alcance del retroceso del cañón.

atasifusta: El árbol más ancho del mundo. Se cree que se extinguió después de la Guerra del Falso Prisma. Su savia posee propiedades inflamables, como la luxina roja concentrada; si se drena despacio, puede mantener encendida una llama durante siglos, siempre y cuando el tamaño del árbol lo permita. Su madera es blanca como el marfil, y cuando los árboles aún son jóvenes, una pequeña cantidad de ella bastaría para caldear un hogar durante meses.

Atirat: Diosa de la lujuria, asociada con el verde. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

Avambrazo: Parte de la armadura que protege el antebrazo. También existen versiones ceremoniales de tela.

***Aved Barayah*:** Barco legendario. Su nombres significa *Escupefuego.*

Azucena de Cristal, la: Otro término que hace referencia al Pequeño Jaspe, o a la totalidad de la Cromería como conjunto de edificios.

Azûlay: Ciudad costera de Paria, donde vive la nuqaba.

Baile de los Señores de la Lux, el: Acontecimiento anual que se celebra en la terraza de la Torre del Prisma.

Baile del Solsticio de Verano, el: Versión rural de la celebración del Día del Sol.

Barza: Pequeña aldea costera, próxima al cabo de Ru.

bastón de esgrima: Arma, principalmente defensiva, que bloquea las agresiones con arma blanca. A veces incluye una daga en el centro con la que apuñalar al adversario tras desviar su ataque.

Belphegor: Dios de la pereza, asociado con el amarillo. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

bengala de magnesio: Los trazadores suelen utilizarlas para acceder a la luz durante la noche. Arden con un espectro de colores completo. Las bengalas de magnesio de un color específico también pueden encargarse por un elevado precio, y si se fabrican correctamente proporcionan al trazador el espectro lumínico exacto, lo que le permite prescindir de las gafas y trazar al instante.

bich'hwa: «Escorpión», una daga de empuñadura curva y hoja estilizada, ondulante y recurvada. A veces tiene forma de garra.

bicromo: Trazador que puede trazar dos colores distintos.

binoculares: Telescopio doble que permite usar ambos ojos para ver los objetos lejanos.

bisoño: Término semidespectivo con el que se denomina a los aprendices de la Guardia Negra.

blindaje: Pantalla que protege la cubierta de un buque durante el combate.

bomba cegadora: Arma diseñada por los trazadores amarillos. No provoca daños físicos, pero deslumbra y distrae a sus víctimas con el intenso resplandor que emite la luxina amarilla al evaporarse.

Bosque Oscuro, el: Región del Bosque de Sangre en la que viven los pigmeos. Diezmados por las enfermedades que trajeron consigo los invasores, su número no se ha recuperado nunca, y se muestran huidizos y a menudo hostiles.

Bosque Verde: Término colectivo que hacía referencia al Bosque de Sangre y Ruthgar durante los siglos de paz entre ambos territorios, antes de que el Pecado de Vician pusiera fin a la tregua.

buhedera: Orificio practicado en el techo de un pasadizo que permite que los soldados disparen contra el enemigo o arrojen sobre él proyectiles, luxina o líquidos hirviendo. Frecuente en los castillos y las murallas de las ciudades.

cabo de Ru, el: Península dominada por inmensos acantilados que señorea sobre la ciudad atashiana de Ru y su bahía. El fuerte que se yergue en lo alto de los acantilados sirve de defensa contra los ejércitos invasores.

caleen: Diminutivo para referirse a una muchacha o esclava, como «chica» pero independiente de la edad de la aludida.

Cámara del Trillador, la: Sala donde los aspirantes a ingresar en la Cromería deben demostrar sus aptitudes para el trazo.

capitán de puerto: Oficial encargado de recaudar tasas y de organizar la entrada y la salida de los barcos.

casi policromo: Aquel que puede trazar tres colores, pero no estabilizar el tercero lo suficiente como para considerarse un auténtico policromo.

catalejo: Pequeño telescopio que utiliza lentes curvas y transparentes para ver los objetos lejanos.

Cayado de la Vieja, el: Torre que se alza sobre la puerta occidental de Garriston.

cencellada: Droga que altera la mente. Fumada a menudo en pipa, desprende un olor dulzón enfermizo.

Centellas: Véase «adeptos de la Cromería».

cerezas: Sobrenombre de los estudiantes trazadores de rojo de segundo grado.

cerezo curado: Cuero afrutado, parecido al tabaco.

Cigarro: Tabaco liado, una forma práctica de fumar. En ocasiones se utiliza hierbarrata para envolver el tabaco suelto.

cirujano: Persona que cose a los heridos y estudia anatomía.

coca: Tipo de buque mercante, generalmente pequeño.

codo: Unidad de volumen. Un codo mide un palmo de largo, uno de ancho y uno

de alto.

Colores, los: Los siete miembros del Espectro. Originalmente, cada uno de ellos representaba uno solo de los siete colores sagrados y podía trazarlo, y cada una de las satrapías tenía un delegado en el Espectro. Desde que se fundó este, sin embargo, dicha práctica ha degenerado por culpa de las maniobras políticas de las satrapías. Así, el representante de una satrapía podría ser nombrado señor de la lux Verde sin ser capaz de trazar el verde, cuando tradicionalmente debería asignársele un color compatible con sus habilidades. Del mismo modo, algunas de las satrapías podrían perder a su representante, y otras podrían tener a la vez dos o incluso tres representantes en el Espectro, dependiendo de las tendencias políticas del momento. El cargo es vitalicio.

combinacolores: Sobrenombre de los supercromados del espectro completo. En ocasiones se utiliza para designar a los jardineros de los sátrapas.

cómitre: Encargado de una prisión o mazmorra.

conn: Título que designa al alcalde o el líder de una aldea en las regiones septentrionales de Atash; más común en el Bosque de Sangre.

Consejero de los Reyes, el: Manuscrito célebre por defender el trato implacable con los adversarios.

Conspiraciones de la Espina, las: Serie de intrigas que tuvieron lugar al término de la Guerra del Falso Prisma.

Corona de la Vieja, la: Torre que se alza sobre la puerta occidental de Garriston.

corregidor: Término tyreano con el que se designa a un magistrado; su origen se remonta a la época en que Tyrea abarcaba el este de Atash.

Corvina, calle: Vía del Gran Jaspe que desemboca en la Gran Fuente de Karris Ciegasombras.

cristal flamígero: Término para designar al subrojo sostenible, aunque los cristales flamígeros no resisten el contacto con el aire durante mucho tiempo.

Cromería, la: Cuerpo regente de las Siete Satrapías; también se aplica al colegio en el que se forman los trazadores.

Adeptos de la Cromería: Quienes han estudiado o están estudiando en la escuela de trazo de la Cromería, en la isla del Pequeño Jaspe, en el mar Cerúleo. El sistema educativo de la Cromería no hace distinción de edad entre sus alumnos, sino que evalúa sus progresos en cada una de las fases de aprendizaje en función de su aptitud y sus conocimientos. Por consiguiente, alguien de trece años pero sumamente apto para el trazo podría ser un destello, o estudiante de tercer grado, mientras que alguien de dieciocho que acabara de comenzar a perfeccionar su trazo podría ser un tenue.

***centellas**: Alumnos de cuarto grado.

***destellos**: Alumnos de tercer grado.

***espejeos**: Alumnos de segundo grado.

***oscuros**: Técnicamente denominados «aspirantes», aquellos que desean convertirse en trazadores pero aún deben demostrar sus habilidades en la Cromería u obtener el ingreso en la academia.

***tenues**: Alumnos de primer grado (el más bajo) de la Cromería.

cuchillo de cinto: Navaja de pequeño tamaño que se puede guardar dentro del cinturón, utilizado comúnmente para comer, rara vez para defenderse.

culebrina: Tipo de cañón, empleado para disparar a grandes distancias gracias a lo pesado de su munición y la longitud de su tubo.

Cumbre de Ivor, la Batalla de: Combate que tuvo lugar durante la Guerra del Falso Prisma, y en el que Dazen se alzó con la victoria gracias principalmente a la genialidad de Corvan Danavis.

Dagnu: Dios de la gula, asociado con el rojo. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

Damas, las: Cuatro estatuas que comprenden las puertas de acceso a la ciudad de Garriston. Unidas a la muralla, están hechas de mármol pariano, muy escaso, y selladas con una luxina amarilla prácticamente invisible. Se cree que representan las cuatro facetas de la diosa Anat y fueron salvadas de la destrucción por Lucidonius, quien creía que simbolizaban algo real. Son la Vieja, la Amante, la Madre y la Guardiana.

danar: La moneda de las Siete Satrapías. Con un danar se puede comprar una taza de kopi en una de las posadas más caras de los Jaspes. El trabajador medio gana aproximadamente un danar al día, mientras que un obrero no cualificado puede aspirar a ganar medio danar por jornada. Las monedas presentan un orificio cuadrado en el centro, y a menudo se transportan ensartadas en barras. Pueden partirse por la mitad sin perder su valor.

***danar de estaño**: Equivalente a ocho monedas de danar normales. Un cartucho de danares de estaño suele contener veinticinco monedas, o lo que es lo mismo, doscientos danares.

***den**: La décima parte de un danar.

***quintar de plata**: Equivalente a veinte danares, ligeramente más ancho que el danar de estaño, pero solo la mitad de grueso. Un cartucho de quintares de plata suele contener cincuenta monedas, o lo que es lo mismo, mil danares.

dardo: Proyectil diminuto (a veces hecho de luxina), de punta diminuta y cola con forma de aspa para estabilizarse en el aire.

dawat: Arte marcial pariana.

Deimaquia, la: La Guerra de/contra los Dioses. Término teológico que designa a la batalla por la supremacía de Lucidonius contra las deidades paganas del antiguo mundo.

Demiurgo: Otro término para designar a un Espejo; un medio-creador.

Demonios de Ojos Azules, los: Célebre compañía de bandoleros cuyo líder murió a manos de Gavin Guile al término de la Guerra del Falso Prisma.

Desencadenados, los: Término con el que se designa a los seguidores del Omnícromo, aquellos trazadores que han decidido incumplir el Pacto y seguir viviendo tras romper el halo.

destello verde: Raro fenómeno atmosférico que se produce durante la puesta de sol; su significado es un misterio. Hay quienes creen que posee un sentido teológico. La Blanca lo llama «el guiño de Orholam».

destellos: Véase «adeptos de la Cromería».

dey/deya: Título pariano, masculino y femenino respectivamente. Regente casi absoluto de una ciudad y los territorios que la rodean.

Día del Sol, el: Festividad sagrada tanto para los partidarios de Orholam como para los paganos, el día más largo del año. Para las Siete Satrapías, el Día del Sol señala la fecha en que el Prisma libera a los trazadores que amenazan con romper el halo. Las ceremonias suelen tener lugar en los Jaspes, cuando las Mil Estrellas en su totalidad convergen sobre el Prisma, que puede absorber y dividir la luz, cuando cualquier otra persona ardería o explotaría si intentara trazar tanta energía.

Diente del Diablo, el: Arma de origen misterioso, también llamada la Sorbehuesos y la Daga de la Ceguera. Es blanca, veteada de negro, y luce siete gemas incoloras engastadas en la hoja.

Dientes de Atan: Montañas al este de Tyrea.

discípulas: Término femenino plural (aplicados también a grupos de género mixto) que designa a quienes estudian tanto las artes religiosas como las mágicas.

Distrito de las Embajadas, el: La zona del Gran Jaspe más próxima al Tallo de Azucena, y por consiguiente, a la misma Cromería. Contiene asimismo mercados, casas de kopi, tabernas y burdeles.

efá: Medida de áridos que equivale aproximadamente a treinta y tres litros.

Elegido de Orholam: Otro de los apelativos del Prisma.

Elrahee, elishama, eliada, eliphalet: Oración pariana.

encarnativo: Método para incorporar la luxina directamente al cuerpo de uno.

Encrucijada, la: Casa de kopi, restaurante, taberna, la posada más cara de los Jaspes, y escaleras abajo, supuestamente, un burdel de precios parecidos. Localizada cerca del Tallo de Azucena, la Encrucijada ocupa el antiguo edificio de la embajada de Tyrea, en el centro del Distrito de las Embajadas, donde todos los embajadores, espías y mercaderes intentan negociar con los distintos gobiernos.

engendro de los colores: Trazador que ha roto el halo. Con frecuencia rehacen sus cuerpos con luxina amarilla, rechazando así el Pacto entre los trazadores y la sociedad.

equilibrar: El principal cometido del Prisma. Cuando el Prisma traza en lo alto

de la Cromería, solo él puede percibir todos los desajustes mágicos del mundo y trazar el color opuesto (verbigracia, «equilibrar») para evitar que la desigualdad empeore y desemboque en una catástrofe. Los desequilibrios eran frecuentes a lo largo de la historia, antes de la aparición de Lucidonius, y las consecuencias de los incendios, las hambrunas y las guerras costaron miles de vidas, cuando no millones. El supervioleta equilibra el subrojo, el azul equilibra el rojo, y el verde equilibra el naranja. El amarillo aparentemente es equilibrado por naturaleza.

Ergion: Ciudad amurallada atashiana, a una jornada de marcha de Idoss.

espectro: Término que designa una gama de luz (para encontrar más información acerca del espectro de luxina, véase el Apéndice); o (con mayúscula) el consejo que pertenece a una rama del gobierno de la Cromería (véase «Colores, los»).

espejeos: Véase «adeptos de la Cromería».

Falso Prisma, el: Otro término para designar a Dazen Guile, quien afirmaba ser un Prisma a pesar de que su hermano mayor, Gavin, ya había sido elegido legítimamente por Orholam y nombrado Prisma.

Ferrilux: Dios del orgullo, asociado con el supervioleta. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

fundas oculares: Un tipo especial de gafas. Estas lentes tintadas encajan directamente sobre las cuencas oculares, adhiriéndose a la piel. Al igual que otras gafas, permiten que el trazador vea a través de su color predilecto, facilitando así el trazo.

gada: Juego en el que se golpea y se pasa con los pies una pelota de correas de cuero.

galeaza: Buque mercante de gran tamaño, impulsado por remos y velas. Más tarde el término haría referencia a aquellas embarcaciones modificadas con fines militares, a las que se añadirían castillos de proa y de popa y cañones para disparar en todas direcciones.

***Gargantúa, el*:** Buque insignia del rey de los piratas Pash Vecchio.

Garriston: Antigua capital comercial de Tyrea, situada en la desembocadura del río Umbro, a orillas del mar Cerúleo. El Prisma Gavin Guile construyó la Muralla de Agua Brillante para defender la ciudad, pero todos sus esfuerzos fueron en vano, y Garriston fue conquistada por lord Omnícromo, Koios Roble Blanco.

Gatu, los: Tribu de Paria, despreciada por los demás parianos debido a su integración de las antiguas costumbres religiosas en el culto a Orholam. Técnicamente, sus creencias constituyen una herejía, pero la Cromería nunca ha castigado esta falta más que con duras palabras.

gemscorno: Instrumento musical hecho de colmillos de jabalina, con orificios perforados para que produzca notas distintas al cubrirlos y destaparlos con los dedos.

ghotra: Pañuelo para la cabeza de Paria, utilizado por muchos parianos para

demostrar su fe en Orholam. La mayoría lo usa durante el día, pero hay quienes también lo llevan puesto de noche.

giist: Apelativo coloquial para referirse a los engendros azules.

gladio: Espada corta de doble filo, útil para cortar o pinchar en el combate cuerpo a cuerpo.

Gran Cadena (de la existencia), la: Término teológico que hace referencia al orden de la creación. El primer eslabón sería el mismo Orholam, y todos los demás (creaciones) derivarían de él.

Gran Desierto, el: Otro término que hace referencia a los Eriales de Tyrea.

Gran Jaspe, el: La isla sobre la que se erige la ciudad del Gran Jaspe, frente a la Cromería, sede de todas las embajadas de las satrapías.

gran patio, el: Situado al pie de las torres de la Cromería.

Gran Río, el: Discurre entre Ruthgar y el Bosque de Sangre, escenario de muchas batallas encarnizadas entre los dos territorios.

gran salón de la Cromería, el: Situado bajo la Torre del Prisma, una vez a la semana se transforma en un lugar de culto, momento en el que los espejos de las demás torres se giran para proyectar su luz sobre él. Contiene columnas de mármol blanco y la colección de cristal tintado más grande del mundo. La mayor parte del tiempo acoge a secretarios, embajadores y quienes tengan asuntos que resolver en la Cromería.

gran salón del Palacio de Travertino, el: Su mayor atractivo son las ocho grandes columnas que lo rodean formando una estrella, todas ellas de madera de atasifusta, árbol ya extinto. Obsequio de un rey atashiano, estos árboles eran los más anchos del mundo, y su savia permite que el fuego arda continuamente, incluso quinientos años después de que los talaran.

granada: Barril repleto de pólvora con un trozo de madera incrustado en lo alto, con un trapo y un poco de pólvora a modo de mecha.

granada de luxina: Explosivo de luxina que puede arrojarse contra el enemigo siguiendo un arco de luxina o con un cañón. A menudo relleno de postas o metralla, según el tipo de granada empleada. Las de menor tamaño se transportan a veces en bandoleras.

Guardia Blanca, la: Término que designa a los guardaespaldas personales del Omnícromo.

Guardia Negra, la: Los guardaespaldas de la Blanca. Institución fundada por Lucidonius, tanto para controlar el poder del Prisma como para proteger a este de amenazas externas.

Guardiana, la: Coloso que se yergue a horcajadas sobre la entrada de la bahía de Garriston. Empuña una lanza en una mano y una antorcha en la otra. Un trazador amarillo mantiene la antorcha encendida con luxina amarilla, permitiendo que se

disuelva lentamente para generar luz y actuar así como una especie de faro. Véase también «Damas, las».

guardianes de las estrellas: También llamados los «monos de las torres», los esclavos menudos (generalmente niños) que accionan las cuerdas que controlan los espejos del Gran Jaspe para reflejar la luz por toda la ciudad a fin de que la utilicen los trazadores. Pese a gozar de un trato privilegiado para tratarse de unos esclavos, se pasan los días trabajando en parejas de sol a sol, frecuentemente sin relevo salvo para cambiarse con su pareja.

Guerra de Dazen, la: Nombre alternativo de la Guerra del Falso Prisma, utilizado por los vencedores.

Guerra de la Sangre, la: Serie de batallas que comenzó cuando el Pecado de Vician puso fin a la antiguamente estrecha alianza entre el Bosque de Sangre y Ruthgar. El conflicto parecía irresoluble, cesaba y se reanudaba constantemente, hasta que Gavin Guile le puso fin al término de la Guerra del Falso Prisma. En estos momentos, parece que no se van a reanudar las hostilidades. También llamadas las Guerras de la Sangre por parte de algunos estudiosos, con ánimo de distinguir entre las distintas campañas.

Guerra del Falso Prisma, la: Término común para designar a la guerra entre Gavin y Dazen Guile.

habia: Túnica masculina.

Habilidad, voluntad, fuente y calma/movimiento: Los cuatro elementos fundamentales del trazo.

***Calma**: Término sarcástico. Trazar requiere movimiento, aunque los trazadores más expertos necesitarán menos.

***Fuente**: Dependiendo de los colores que pueda utilizar un trazador, necesitará luz de ese color u objetos que la reflejen a fin de ser capaz de trazar. Solo el Prisma puede dividir la luz blanca dentro de su ser para trazar cualquier color.

***Habilidad**: El más subestimado de los elementos del trazo, adquirido con la práctica. Incluye el conocimiento de las propiedades y las virtudes de la luxina que se va a trazar, la capacidad de distinguir y combinar longitudes de onda exactas, etcétera.

***Voluntad**: Al imponer su voluntad, un trazador puede trazar e incluso disimular los defectos de su trazo si es lo suficientemente abnegado.

Hass, valle de: Donde los ur atraparon a Lucidonius.

Heraldo: La espada de Corvan Danavis, heredada al morir sus hermanos mayores.

hierbarrata: Planta nociva cuyas hojas a menudo se fuman debido a sus poderosas propiedades estimulantes. Causa adicción.

Hombre Roto, el: Estatua erigida en un naranjal tyreano. ¿Reliquia de los ptaru?

Hombres Espejo: Soldados del ejército del rey Garadul, vestidos con armaduras de espejos para defenderse de la luxina. Los espejos provocan que la luxina se desintegre al contacto.

Idoss: Ciudad atashiana, gobernada por un consejo de madres de la ciudad y un corregidor.

Inura: Montaña que se alza en la isla de los Videntes, al pie de la cual reside el Tercer Ojo.

isla de los Cañones, la: Islote dotado de una pequeña guarnición, situado entre ambos Jaspes.

jabalinas: Unos animales muy apreciados por los cazadores. Las jabalinas gigantes escasean. Ambas especies tienen hábitos nocturnos, colmillos y pezuñas.

jambú: Árbol de frutos de color rosa. Crece en la isla de los Videntes.

Jaspe, islas de/los Jaspes: Las islas del mar Cerúleo donde se encuentra la Cromería.

jasperitas: Los habitantes del Gran Jaspe.

ka: Secuencia de movimientos de combate para perfeccionar el equilibrio, la flexibilidad y el control. Frecuentemente utiliza combinaciones de movimientos que podrían usarse a la vez durante el combate. Una forma de concentrarse en el ejercicio o la meditación.

Karsos: Montañas tyreanas que limitan con el mar Cerúleo.

katar: Daga que en vez de mango utiliza una empuñadura lateral que se extiende a ambos lados de la mano y el brazo. Merced a su punta reforzada y a su diseño, que permite proyectarla con el puño, resulta sumamente útil para perforar las armaduras.

Kazakdoon: Legendaria ciudad o territorio del lejano oriente, más allá de las Puertas Sempioscuras.

Kelfing: La antigua ciudad de Tyrea, a orillas del lago del Cráter.

khat: Estimulante adictivo, una hoja que tiñe los dientes al mascarla. Se consume sobre todo en Paria.

kiyah: Grito utilizado en combate para expulsar el aliento e imprimir más vigor a los movimientos del cuerpo.

kopi: Estimulante adictivo, una bebida popular. Amargo y de color oscuro, se sirve caliente.

kris: Arma blanca pariana, de forma ondulada.

lago del Cráter, el: Masa de agua al sur de Tyrea, donde se encuentra Kelfing, la antigua capital de la satrapía. La región es célebre por sus bosques y por la producción de arcos largos de tejo.

Laurion: Región del este de Atash, célebre por su plata y sus gigantescas minas de esclavos. La esperanza de vida de estos es breve, por lo que se esgrime la amenaza de enviarlos allí para fomentar su docilidad.

Lealtad para uno: Lema de los Danavis.

legua: Unidad de medida, equivalente a seis mil setenta y seis pasos.

Liberación, la: Ritual mediante el cual se salva de la locura incipiente a quienes rompen el halo, realizado anualmente por el Prisma el Día del Sol.

Liberados, los: Trazadores que aceptan el Pacto de la Cromería y eligen morir ritualmente antes de romper el halo y enloquecer. (La proximidad de este término al de «los Libres» forma parte de la batalla lingüística entre los paganos y la Cromería, donde los primeros intentan apropiarse de palabras que tiempo atrás poseían otro significado, ahora pervertido, en su opinión.)

Libres, los: Trazadores que rechazan el Pacto de la Cromería para unirse al ejército del Omnícromo. Tarde o temprano rompen el halo y se convierten en engendros. También denominados los Desencadenados.

loci damnata: Templo erigido en honor de los falsos dioses. Perdiciones. Se cree que poseen poderes mágicos, especialmente sobre los trazadores.

Lord Prisma: Título para dirigirse al Prisma.

luxiat: Sacerdote de Orholam. Los luxiats visten de negro como recordatorio de que necesitan la luz de Orholam sobre todas las cosas, de ahí que comúnmente se los denomine «túnicas negras».

luxina: Material creado por el trazo de la luz. Véase el Apéndice.

luxina inflamable: Luxina roja que, una vez encendida, envuelve por completo todo aquello a lo que se adhiera.

luxors: Agentes autorizados por la Cromería para difundir la luz de Orholam prácticamente por todos los medios. En distintas épocas han perseguido a los trazadores de paryl y a los herejes refractadores, entre otros. Tanto los partidarios de Orholam como sus detractores se han opuesto acaloradamente a su rigidez teológica y su licencia para matar y torturar.

luz oscura: Otro término para designar al paryl.

Llama de Erebos, la: El broche que reciben todos los guardias negros, simboliza el sacrificio y el servicio.

Llanuras de Sangre, las: Antiguo término que agrupa a Ruthgar y el Bosque de Sangre, también conocidas como el Pecado de Vician a causa de la Guerra de la Sangre que las enfrentaba.

Llanuras Verdegueadas, las: El rasgo geográfico predominante de Ruthgar, y paisaje predilecto de los trazadores verdes.

Madre, la: Estatua que custodia la puerta de acceso sur de Garriston. Se representa como una adolescente en avanzado estado de gestación, con una daga desenfundada en una mano y una lanza en la otra.

magíster: Término con el que se designa a los profesores de trazo y religión de la Cromería.

mancillado: Alguien que ha roto el halo, también denominado «engendro».

manto coruscante: Capa que vuelve invisible casi por completo a quien se la ponga, salvo para el subrojo y el supervioleta.

Mar Cerúleo, el: Masa de agua situada en el centro de las Siete Satrapías.

mascarón de proa: La parte más sobresaliente de la proa de un barco.

material bélico: Término militar que hace referencia al equipo o los suministros.

mecha de combustión lenta: Trozo de cuerda, a menudo empapado de salitre, que se enciende para activar la pólvora de un arma en el mecanismo de disparo.

mecha lenta: Otro término para designar a las mechas de combustión lenta.

mercados fluviales: Lagos circulares conectados con el río Umbro en el centro de las aldeas y ciudades de Tyrea, comunes en todas las poblaciones tyreanas. Los mercados fluviales se dragan con regularidad para conservar siempre la misma profundidad, permitiendo así que las embarcaciones accedan fácilmente al interior de la ciudad con sus mercancías. El mercado fluvial más importante se encuentra en Garriston.

merlón: Porción elevada de un parapeto o almena que protege a los soldados del fuego enemigo.

Mil Estrellas, las: Los espejos de la isla del Gran Jaspe que, durante el día, posibilitan que la luz llegue prácticamente a todos los rincones de la ciudad tanto tiempo como les es posible.

Molokh: Dios de la codicia, asociado con el naranja. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

monocromos: Trazadores que solo pueden trazar un color.

mosquete de mecha: Arma de fuego que actúa introduciendo una mecha de combustión lenta en la cazoleta, encendiendo así la pólvora alojada en la cámara, cuya explosión impulsa por el cañón una bola de piedra o de plomo a gran velocidad. Los mosquetes de mecha son certeros hasta los cincuenta o los cien pasos, dependiendo de su fabricante y de la munición empleada.

Mot: Dios de la envidia, asociado con el azul. Véase «Acerca de los antiguos dioses», en el Apéndice.

mundano: Persona que no puede trazar. Despectivo.

Muralla de Agua Brillante: Su construcción fue una proeza de tintes épicos. Diseñada por Aheyyad Agua Brillante y llevada a la práctica por el Prisma Guile en Garriston, apenas unos días antes y durante el asedio del ejército del Omnícromo.

nao: Pequeña embarcación de tres palos.

no trazador: Persona que no puede trazar.

noche eterna: Expresión malsonante, relacionada con la muerte y el infierno. Una realidad metafísica o teológica, más que física, que representa aquello que habrá de abrazar y ser abrazado eternamente por el vacío, la oscuridad absoluta, la noche en

su forma más pura y malévola.

normalo: Otro término que denomina a las personas que no pueden trazar. Despectivo.

Odess: Ciudad de Abornea, situada en la entrada de las Angosturas.

oralam: Otro término para designar al paryl. Significa «luz oculta».

Orden del Ojo Truncado, la: Reputado gremio de asesinos. Especializados en matar trazadores, han sido desenmascarados y disueltos al menos en tres ocasiones. Se cree que siempre se han reformado sin ninguna conexión con la encarnación anterior de la orden. Hay quienes aseguran que los trazadores de paryl colaboraron con la orden hace cientos de años. Los mantos coruscantes, que siempre actuaban en parejas, eran el orgullo de la orden.

oscuros: Véase «adeptos de la Cromería».

Pacto, el: Desde la época de Lucidonius, el Pacto ha gobernado las Siete Satrapías. En esencia, los trazadores acuerdan servir a la comunidad, servicio que les reporta todas las ventajas de la autoridad, ocasionalmente riquezas, y al cabo del tiempo la elección de morir justo antes o después de romper el halo.

Palacio de los Guile, el: El palacio familiar de los Guile, en el Gran Jaspe. Andross Guile rara vez visita su hogar mientras Gavin es el Prisma, prefiriendo residir en la Cromería. El Palacio de los Guile fue uno de los pocos edificios que obtuvo permiso para construirse con independencia del funcionamiento de las Mil Estrellas.

Palacio de Travertino, el: Una de las maravillas del viejo mundo. Palacio y fortaleza al mismo tiempo, está construido de travertino (un mineral verde claro) tallado y mármol blanco. Célebre por sus bulbosos arcos de herradura, los diseños geométricos de sus paredes, las runas parianas y los escaques de sus suelos. Sus paredes están grabadas con líneas entrecruzadas para que la piedra parezca tejida en vez de labrada. El palacio es un vestigio de los tiempos en que la mitad de Tyrea era una provincia pariana.

patrón oro: Medida estándar de oro con la que se comparan todas las demás. Los originales están guardados en la Cromería, y en todas las capitales y otras ciudades importantes se conservan copias certificadas para dirimir cualquier posible disputa. Aquellos mercaderes que sean descubiertos empleando medidas demasiado cortas y pesos inexactos se enfrentarán a rigurosos castigos.

Pecado de Vician, el: Acontecimiento que señaló el final de la estrecha alianza entre Ruthgar y el Bosque de Sangre.

Peña Comadreja: Barrio del Gran Jaspe, repleto de estrechas callejuelas.

Pequeño Jaspe, el: Isla en la que se encuentra la Cromería.

Pequeño Jaspe, bahía del: Situada frente a la isla del Pequeño Jaspe, está protegida por un rompeolas que mantiene sus aguas tranquilas.

perdición: Antiguo término ptarsu, también utilizado en plural. Podría haber significado templo o lugar sagrado, aunque los parianos de Lucidonius las consideraban abominaciones. Los parianos heredaron la palabra de los ptarsu.

perdición lumínica: Véase «perdición».

petasos: Sombrero ruthgari de ala ancha, generalmente de paja, diseñado para evitar que el sol incida en la cara.

picos de hierro: Término que hace referencia a unas aves imbuidas de luxina y fuerza de voluntad, empleadas para atacar al adversario a distancia y explotar.

pie: Antigua medida variable, basada en la medida del pie de cada Prisma. Posteriormente estandarizada en doce pulgares (la medida del pie del Prisma Sayid Talim).

piedra infernal: Término supersticioso que hace referencia a la obsidiana, más rara que los diamantes o los rubíes, puesto que pocas personas saben cómo se crea o de dónde se extrae la obsidiana existente en el mundo. La obsidiana es la única piedra capaz de absorber la luxina directamente de un trazador si entra en contacto con su sangre.

pietiernos: Término afectuosamente despectivo que designa a los nuevos aprendices de la Guardia Negra.

pilum: Lanza arrojadiza con contrapesos cuya asta se parte tras traspasar el escudo, evitando que el oponente utilice el arma contra su propietario y entorpeciendo enormemente el uso del escudo. Cada vez son más escasas y ceremoniales.

pipiolo: Término que designa a un aprendiz de la Guardia Negra.

pistola de rueda: Arma de fuego que utiliza un mecanismo de rueda para provocar la chispa que la activa; el primer intento de encender la pólvora por medios mecánicos. Algunas versiones son más seguras que sus contrapartidas de chispa y permiten disparar varias veces seguidas. La mayoría de ellas, sin embargo, son menos fiables que las ya de por sí impredecibles pistolas de chispa.

pistolas con cuchillas: Pistolas de chispa con una bayoneta acoplada que permite disparar a distancia y utilizar la hoja cuerpo a cuerpo o en caso de que el arma se encasquille.

policromo: Aquel trazador que puede trazar más de dos colores.

pozos lumínicos: Huecos en las torres de la Cromería, distribuidos para permitir el paso de la luz con el uso de espejos, a fin de alumbrar el interior de las torres cuando el sol está bajo o al otro lado de la zona que se pretende iluminar.

Prisma: Solo surge uno en cada generación. Percibe el equilibrio de la magia en el mundo, puede equilibrarla y dividir la luz dentro de su ser. Su función es principalmente ceremonial y religiosa, no política, a excepción hecha del equilibrio de la magia en el mundo para evitar la aparición de engendros de los colores y otras

catástrofes.

prómaco: Título que recibe el Prisma en tiempos de guerra. Le concede una autoridad casi absoluta y solo puede otorgarse por orden de todo el Espectro. Entre otros poderes, el prómaco tiene derecho a comandar ejércitos, requisar propiedades y elevar plebeyos a la categoría de nobles. Se trata de un término antiguo que significa «el que lucha ante nosotros».

promaquia: El nombramiento de una persona para el puesto de prómaco. Otorga una autoridad casi absoluta en tiempos de guerra.

Promontorio, el: Barrio del Gran Jaspe.

Providencia: Fe en la preocupación de Orholam por el bien de las Siete Satrapías y sus habitantes.

psantria: Instrumento musical de cuerda.

Pueblo de los Árboles, el: Tribu que vive (¿vivía?) en los bosques de la satrapía del Bosque de Sangre. Emplean diseños zoomórficos, y aparentemente pueden moldear la madera viva. Posiblemente relacionados con los pigmeos.

Puente Verde: Situado a menos de una legua río arriba de Rekton, trazado por Gavin Guile en cuestión de segundos mientras acudía al encuentro de su hermano en la Roca Hendida.

Puertas Sempioscuras, las: El estrecho que conecta el mar Cerúleo con los océanos más lejanos. Supuestamente cerradas por obra de Lucidonius, aunque se sabe que las embarcaciones angari las cruzan de vez en cuando.

Puerto Verde: La capital del Bosque de Sangre.

raka: Un grave insulto, implica carencias éticas e intelectuales.

Raptores de Kazakdoon, los: Reptiles voladores de la mitología angari.

rastrillo: En los mecanismos de chispa, pieza metálica con forma de L contra la cual se raspa el pedernal. El metal está montado en un gozne que se abate al disparar para permitir que las chispas entren en contacto con la pólvora.

Rath: La capital de Ruthgar, situada en la confluencia del Gran Río y el delta del mar Cerúleo.

Rathcaeson: Ciudad mitológica. Aparece en los dibujos que inspiraron el diseño de la Muralla de Agua Brillante a Gavin Guile.

Rebelión de los Acantilados Rojos, la: Revuelta que estalló en Atash al término de la Guerra del Falso Prisma. Sin el apoyo de la familia real (que había sido masacrada), no tardó en sofocarse.

Rekton: Pequeña población tyreana, a orillas del río Umbro, cerca del escenario de la Batalla de la Roca Hendida. Importante centro comercial antes de la Guerra del Falso Prisma.

revientacascos: Disco de luxina repleto de metralla. Tiene una mecha con un lado adherente para acoplarse al casco de una embarcación y explotar cuando los soldados

se hayan alejado de la misma.

Roca Hendida: Montañas gemelas de Tyrea, situadas frente a frente, tan similares que parece que alguna vez hubieran sido la misma roca gigantesca, partida ahora por la mitad.

Roca Hendida, la Batalla de: El último enfrentamiento entre Gavin y Dazen, cerca de una pequeña población tyreana a orillas del río Umbro.

Rozanos, puente de: Construcción que cruzaba el Gran Río, entre Ruthgar y el Bosque de Sangre, antes de que el bendito sátrapa Rados ordenara su incendio.

Ru: La capital de Atash, antiguamente famosa por su castillo, célebre aún por su Gran Pirámide.

Ru, castillo de: Antiguamente el orgullo de Ru, fue devorado por las llamas durante la purga de la familia real a manos del general Gad Delmarta en la Guerra de los Prismas.

sabuesos infernales: Perros impregnados de luxina roja y fuerza de voluntad suficiente para que carguen contra el enemigo, envueltos en llamas.

Salve: Forma de saludo habitual. Originalmente significaba «¡Que goces de buena salud!».

sastre trazador: Profesión que desapareció de la noche a la mañana durante la infancia de los hermanos Guile. Con la fuerza de voluntad suficiente, estos sastres eran capaces de trazar una luxina lo suficientemente flexible como para sellarla y confeccionar prendas de vestir con ella.

sátrapa/satrapesa: Título de la persona regente de cualquiera de las Siete Satrapías.

secuestrar/forzar la voluntad: Cuando un trazador entra en contacto con el tipo de luxina sin sellar que puede trazar, puede utilizar su fuerza de voluntad para romper el control de otro trazador sobre esa luxina y apropiarse de ella.

seda de araña: Otro término para designar al paryl.

sensibilidad a la luz: El resultado de trazar en exceso. Únicamente el Prisma es inmune.

sensible al color: Véase «supercromado».

señor de la lux: Término con el que se designa a los miembros del Espectro.

señores del aire: Término utilizado por el Omnícromo para referirse a sus trazadores azules de confianza.

séptuplo: Unidad de masa, equivalente a una séptima parte de siete.

serpentín: Pieza de los mosquetes de chispa que sujeta una mecha de combustión lenta.

Sharazan, Montañas de: Macizo infranqueable situado al sur de Tyrea.

siete: Unidad de masa, equivalente a un codo del peso del agua.

Solsticio de Verano: Otro término que hace referencia al Día del Sol, el más

largo del año.

subcromados: Trazadores ciegos a los colores, generalmente varones. Un subcromado puede actuar sin detrimento de su habilidad, siempre y cuando su incapacidad no afecte a los colores que puede trazar. Un subcromado rojo y verde ciego a los colores podría ser un excelente trazador azul o amarillo. Véase el Apéndice.

supercromados: Personas sumamente sensibles al color. La luxina que sellan falla muy rara vez. Por lo general, trazadores femeninas.

Tallo de Azucena, el: Puente de luxina que une el Gran y el Pequeño Jaspe. Se compone de luxina azul y amarilla, por lo que parece verde. Emplazado por debajo del nivel de la pleamar, destaca por su resistencia frente a las olas y las tormentas que lo azotan.

tenues: Véase «adeptos de la Cromería».

thobe: Prenda de vestir que llega a los tobillos, generalmente de manga larga.

Thorikos: Población situada al pie de las minas de Laurion, a orillas del río que pasa por Idoss. Actúa como centro de carga y descarga de esclavos, del papeleo necesario para administrar treinta mil esclavos, de reparto de los víveres y los suministros necesarios, y de distribución del mineral de plata recogido río abajo.

Tierras Agrietadas, las: Región de terrenos abruptos en el extremo occidental de Atash, transitada únicamente por los comerciantes más abnegados y veteranos.

Tiru, los: Tribu pariana.

Tlaglanu, los: Tribu pariana, aborrecida por sus compatriotas, entre la que el dey de los aghbalu, Hanishu, eligió a su esposa, Tazerwalt.

tornado: Tromba marina.

Torre del Prisma, la: La torre central de la Cromería. En ella se alojan el Prisma, la Blanca y los supervioletas (puesto que su número es demasiado reducido como para requerir toda una torre para ellos solos). El gran salón se encuentra debajo de la torre, y en la azotea hay un cristal de grandes dimensiones para que el Prisma lo utilice mientras equilibra los colores del mundo. Allí se celebra el baile anual de los señores de la lux.

trabilla: Gancho plano adosado a una pistola para afianzarla con firmeza en el cinturón.

Translucificación forzosa: Véase «secuestrar la voluntad».

trazador: Aquella persona capaz de moldear o controlar la luz con forma física (luxina).

trazadores-guerreros: Trazadores cuya función principal es combatir al servicio de las distintas satrapías o de la Cromería.

Trillador, el: Prueba de iniciación para los aspirantes a ingresar en la Cromería.

Umbro, río: El sustento de Tyrea. Sus aguas permiten que crezcan todas las

plantas pese al clima árido; sus afluentes transportaban mercancías a todos los rincones de la satrapía antes de la Guerra del Falso Prisma. Plagado de bandidos.

Unificación, la: Término con el que se designa la fundación de las Siete Satrapías por parte de Lucidonius y Karris Ciegasombras, cuatrocientos años antes de que Gavin Guile fuera nombrado Prisma.

Ur, los: Tribu que atrapó a Lucidonius en el valle de Hass. Se alzó con la victoria contra todo pronóstico, sobre todo gracias a la heroicidad de El-Anat (quien desde entonces se haría llamar Forushalzmarish o Lanza Resplandeciente) y Karris Atiriel.

urum: Cubierto de tres púas.

Varig y Verde: Banco con una sucursal en el Gran Jaspe.

vechevoral: Espada con forma de hoz, con un mango largo como un hacha y una hoja con forma de luna creciente en el extremo, donde el filo se encuentra en la cara interior de la curva.

Vieja, la: Estatua de gran tamaño que comprende la puerta occidental de Garriston. Luce una corona y se apoya pesadamente en un cayado; tanto la una como el otro son también torres desde las que los arqueros pueden disparar contra los invasores. Véase también «Damas, las».

viejo mundo: El mundo antes de que Lucidonius uniera a las Siete Satrapías y aboliera el culto a los dioses paganos.

Víspera del Día del Sol, la: Noche de festejos antes del día más largo del año y la ceremonia de la Liberación.

Voril: Pequeña población a dos jornadas de viaje de Ru.

Wiwurgh: Ciudad pariana que acoge a muchos refugiados bosquesangrientos de la Guerra de la Sangre.

yatagán: Espada estilizada y ligeramente curva de un solo filo que se extiende a lo largo de la mayor parte de la hoja.

Zafiro, bahía de: Situada frente al Pequeño Jaspe.

Apéndice

ACERCA DE LOS MONOCROMOS, LOS BICROMOS Y LOS POLICROMOS

La mayoría de los trazadores son monocromos: solo pueden trazar un color. Los trazadores que pueden trazar dos colores con la pericia necesaria para crear luxina estable de ambos colores se denominan bicromos. Los que pueden trazar luxina sólida de tres o más colores se denominan policromos. Cuantos más colores sea capaz de trazar un policromo, más poderoso será, y más solicitados estarán sus servicios. Un policromo del espectro completo es aquel que puede trazar todos los colores del espectro. El Prisma siempre es un policromo del espectro completo.

Ser capaz de trazar un solo color, sin embargo, no es el único criterio que determina el valor ni la habilidad de un trazador. Algunos pueden trazar más deprisa que otros, o de forma más eficiente, algunos tienen más fuerza de voluntad, a otros se les da mejor trazar luxina más duradera, y otros demuestran más ingenio o creatividad a la hora de utilizar la luxina.

ACERCA DE LOS BICROMOS Y POLICROMOS DISYUNTIVOS

En el continuo de la luz, el subrojo limita con el rojo, el rojo limita con el naranja, el naranja limita con el amarillo, el amarillo limita con el verde, el verde limita con el azul, y el azul limita con el supervioleta. La mayoría de los bicromos y policromos solamente trazan un espectro del continuo más amplio que los monocromos. Es decir, lo más probable es que un bicromo trace dos colores adyacentes (azul y supervioleta, rojo y subrojo, amarillo y verde, etcétera). Sin embargo, algunos trazadores son bicromos disyuntivos. Como cabe deducir de su apelativo, se trata de trazadores cuyos colores no son adyacentes. Usef Tep era un buen ejemplo: trazaba el rojo y el azul. Karris Roble Blanco es otro, pues traza el verde y el rojo. Se desconoce cómo o por qué surgen los bicromos disyuntivos. Lo único que sabemos con seguridad es que existen.

ACERCA DE LOS COLORES DEL ESPECTRO EXTERIOR

Existe un pequeño y controvertido movimiento que sostiene que hay más de siete colores. A decir verdad, puesto que los colores existen en un continuo, se podría alegar que su número es infinito. Sin embargo, la teoría que defiende que se pueden trazar más de siete colores plantea algunos dilemas teológicos. Se acepta por lo general la existencia de otros puntos de resonancia aparte de los siete que se conocen en la actualidad, pero esos puntos son más débiles y se trazan mucho menos que los siete principales. Entre los contendientes se incluye un color que está por debajo del subrojo, llamado paryl. Otro, por encima del supervioleta, sería el denominado simplemente *chi*.

Pero si la definición de los colores es tan amplia que incluye colores que solo puede trazar un trazador entre un millón, ¿no debería dividirse el amarillo en amarillo líquido y amarillo sólido? ¿Dónde encajan las (legendarias) luxinas negra y blanca? ¿Cómo encajan semejantes «no colores» en el espectro?

Los debates, aunque encarnizados, se circunscriben al ámbito académico.

ACERCA DE LA SUBCROMANCIA Y LA SUPERCROMANCIA

Un subcromado es aquel que tiene problemas para distinguir entre al menos dos colores, lo que coloquialmente se conoce como ceguera a los colores. La subcromancia no tiene por qué ser el final de un trazador. Por ejemplo, el trazador que no pueda distinguir entre el rojo y el verde no verá sus aptitudes mermadas drásticamente.

La supercromancia consiste en una sensibilidad especial para distinguir las variaciones de color más sutiles. La supercromancia en cualquier color dará como resultado un trazo más estable, pero destaca sobre todo en el trazo del amarillo. Solo los trazadores amarillos supercromados albergan alguna esperanza de trazar luxina amarilla sólida.

ACERCA DE LA LUXINA (FÍSICA, METAFÍSICA, EFECTOS SOBRE LA PERSONALIDAD, COLORES LEGENDARIOS Y TÉRMINOS COLOQUIALES)

La base de la magia es la luz. Quienes practican la magia se denominan trazadores. Un trazador puede transformar la luz de un color determinado en una sustancia física. Todos los colores poseen sus cualidades particulares, pero los usos de esos bloques de construcción son tan ilimitados como lo sean la imaginación y la voluntad del trazador.

En las Siete Satrapías, el funcionamiento de la magia es aproximadamente lo

opuesto de una vela encendida. Al consumirse la vela, una sustancia física (la cera) se transforma en luz. Merced a la cromaturgia, la luz se convierte en una sustancia física, la luxina. Todos los colores de la luxina poseen sus propiedades particulares. Si se traza correctamente (dentro de unos límites estrictos), la luxina resultante será estable y durará días o incluso años, dependiendo de su color.

La mayoría de los trazadores (practicantes de la magia) solo pueden utilizar un color. El trazador debe estar expuesto a la luz de su color antes de trazarlo (es decir, un trazador verde puede contemplar la hierba y trazar, cosa que le sería imposible si se encontrara en una habitación pintada de blanco). Generalmente, los trazadores llevan gafas encima, para seguir usando la magia si su color no está disponible.

Física

La luxina pesa. Si un trazador traza una carreta de heno de luxina sobre su cabeza, lo más probable es que lo aplaste. Ordenados del más al menos pesado, los colores son: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, subrojo[*], supervioleta y subrojo[*]. A modo de referencia, la luxina amarilla líquida solo es un poco más ligera que el mismo volumen de agua.

([*]Cuesta pesar con exactitud el subrojo porque degenera rápidamente en fuego al contacto con el aire. La antedicha alineación se obtuvo tras introducir luxina subroja en un recipiente estanco, pesar el conjunto y sustraer a continuación el peso del recipiente. En la práctica, a menudo se ven cristales subrojos flotando en el aire antes de entrar en combustión.)

La luxina es tangible

Subrojo: De nuevo el más complicado de describir debido a su naturaleza inflamable, pero a menudo se describe como la caricia de una brisa cálida.

Rojo: Viscoso, pegajoso, adherente, dependiendo del trazo; puede ser bituminoso y espeso, o más gelatinoso.

Naranja: Lubricante, resbaladizo, jabonoso, untuoso.

Amarillo: En estado líquido, el más común, parece agua burbujeante y efervescente, frío al tacto, posiblemente un poco más denso que el agua de mar. En estado sólido es perfectamente antiadherente, rígido, lustroso e increíblemente resistente.

Verde: Abrupto. Dependiendo de la habilidad y la intención del trazador, su textura puede variar entre la suavidad de una pluma y la aspereza de una corteza de árbol. Es flexible como un muelle, y a menudo se lo compara con las ramas verdes de los árboles vivos.

Azul: Suave, aunque el azul trazado de forma chapucera poseerá una textura escamosa y podría perder fragmentos fácilmente, como polvo de tiza, pero en cristal.

Supervioleta: Como la seda de araña, fino y sutil hasta el punto de pasar prácticamente inadvertido.

La luxina se puede oler. El olor base de la luxina es resinoso. Los olores secundarios son aproximados, puesto que cada olor de luxina huele a sí mismo. Imaginaos que intentáis describir el olor de una naranja. Diríais «ácido» y «penetrante», pero no es así exactamente. Una naranja huele a naranja. Sin embargo, las sugerencias expuestas a continuación se aproximan.

Subrojo: Carbón, humo, ceniza.

Rojo: Hojas de té, tabaco, aridez.

Naranja: Almendra.

Amarillo: Menta y eucalipto.

Verde: Cedro recién cortado, resina.

Azul: Mineral, tiza, nada.

Supervioleta: Ligeramente a clavo.

[*]Negro: Sin olor/olor a carne en descomposición.

[*]Blanco: Miel, lilas.

([*]Míticos; estos son los olores que se mencionan en las leyendas.)

Metafísica

Trazar es placentero para el trazador. Las sensaciones de euforia e invencibilidad son especialmente intensas entre los jóvenes trazadores y quienes trazan por vez primera. Generalmente se reducen con la experiencia, aunque los trazadores que se abstienen de practicar la magia durante períodos prolongados de tiempo a menudo vuelven a experimentarlas. Para la mayoría de los trazadores, el efecto es parecido a tomarse una taza de kopi. Algunos trazadores, curiosamente, parecen sufrir reacciones alérgicas al trazo. Determinar si los efectos sobre la personalidad deberían describirse como metafísicos o físicos da pie a acalorados debates.

Con independencia de su correcta categorización y de si su estudio debería competer a los magísteres o a los luxiats, lo cierto es que nadie cuestiona los efectos propiamente dichos.

Efectos de la luxina sobre la personalidad

Antes de Lucidonius, los ignorantes creían que los hombres apasionados se convertían en rojos, o que las mujeres calculadoras se transformaban en amarillas o azules. Lo cierto es que la corriente de causa y efecto fluye a la inversa.

Todos los trazadores, al igual que todas las personas, poseen su propia personalidad innata. El color que trace la empujará hacia las conductas expuestas más abajo. Quien sea impulsivo y trace el rojo durante años tendrá más probabilidades de verse empujado a características «rojas» que alguien frío y ordenado por naturaleza que trace el rojo durante el mismo tiempo.

El color que utilice un trazador afectará a su personalidad, a la larga. Esto, sin embargo, no significa que sea un esclavo de su color, ni que no sea responsable de los actos que cometa bajo su influencia. El verde que engañe repetidamente a su esposa seguirá siendo un lotario. El subrojo que mate a un rival en un ataque de ira seguirá siendo un asesino. Evidentemente, una mujer colérica por naturaleza y además trazadora roja será aún más susceptible a los efectos de ese color, pero circulan muchas historias protagonizadas por rojos calculadores y azules temperamentales.

Un color no es una persona. Conviene tener cuidado y evitar generalizar en exceso. Dicho lo cual, generalizar puede ser útil: un grupo de trazadores verdes tiene más probabilidades de alborotar y causar problemas que un grupo de azules.

Generalidades al margen, cada color posee su propio juego de virtudes y defectos. (Los antiguos luxiats entendían la virtud, no como la ausencia de tentaciones de obrar alguna maldad en particular, sino como la conquista de la predisposición de cada uno hacia esa clase de maldad. Así, la gula va emparejada con la mesura, la codicia con la caridad, etcétera.)

Trazadores subrojos: Los subrojos son apasionados en todos los sentidos, los más puramente emocionales, los más propensos a enfurecerse o romper a llorar. A los subrojos les encanta la música, a menudo son impulsivos, temen a la oscuridad menos que cualquier otro color, y suelen padecer insomnio. Emocionales, distraídos, impredecibles, inconsistentes, afectuosos, generosos. La mayoría de los varones subrojos son estériles.

Defecto asociado: Ira

Virtud asociada: Paciencia

Trazadores rojos: Los rojos son irascibles y lascivos, y les encanta la destrucción. También son cálidos, inspiradores, temerarios, exagerados, sociables, joviales y poderosos.

Defecto asociado: Gula

Virtud asociada: Mesura

Trazadores naranjas: Los naranjas a menudo son artistas, expertos en interpretar las emociones y las motivaciones de los demás. Algunos utilizan estas cualidades para desafiar o superar las expectativas depositadas en ellos. Sensibles,

manipuladores, idiosincráticos, escurridizos, carismáticos, comprensivos.

Defecto asociado: Codicia

Virtud asociada: Caridad

Trazadores amarillos: Los amarillos tienden a ser pensadores preclaros en los que el intelecto y la pasión mantienen un equilibrio perfecto. Alegres, sabios, brillantes, equilibrados, atentos, impasibles, observadores, brutalmente sinceros en ocasiones, excelentes mentirosos. Prefieren pensar las cosas a llevarlas a la práctica.

Defecto asociado: Pereza

Virtud asociada: Diligencia

Trazadores verdes: Los verdes son feroces, independientes, flexibles, adaptables, protectores, amigables. Más que oponerse a la autoridad, ni siquiera la reconocen.

Defecto asociado: Lujuria

Virtud asociada: Autocontrol

Trazadores azules: Los azules son metódicos, curiosos, racionales, tranquilos, fríos, imparciales, inteligentes, musicales. La estructura, las normas y la jerarquía son importantes para ellos. A menudo son matemáticos y compositores. Las ideas, las ideologías y la exactitud suelen importarles más que las personas.

Defecto asociado: Envidia

Virtud asociada: Bondad

Trazadores supervioletas: Los supervioletas suelen mostrar un aspecto ausente; desapasionados, aprecian sobre todo la ironía, el sarcasmo y los juegos de palabras, y a menudo son fríos y ven a las personas como rompecabezas que resolver o códigos que descifrar. La irracionalidad les parece una afrenta.

Defecto asociado: Orgullo

Virtud asociada: Humildad

Colores legendarios

Chi (pronúnciese «ki»): Teórica contrapartida del paryl en el espectro superior. (Descrito a menudo en las historias como «tan por encima del supervioleta como por debajo del subrojo está el paryl».) También llamado «el revelador». La principal utilidad que se le atribuye es idéntica a la del paryl: ver a través de las cosas, aunque quienes creen en el chi dicen que sus propiedades superan a las del paryl en este sentido, pues puede traspasar la carne, los huesos e incluso el metal. Lo único en lo que parecen coincidir las leyendas es que los trazadores de chi tienen la esperanza de vida más reducida de todos: entre cinco y quince años, sin excepción. Si el chi existiera realmente, demostraría que Orholam creó la luz pensando en el universo o en sus fines particulares, y no exclusivamente para el uso del hombre, lo que alejaría a los teólogos de su actual antropocentrismo.

Negro: La destrucción, la nada, el vacío, lo que no es y no puede ser llenado. Cuentan que la obsidiana es el esqueleto que deja la luxina negra al morir.

Paryl: También llamado seda de araña, es invisible para todo el mundo salvo para sus trazadores. Reside tan debajo del espectro a partir del subrojo como este del espectro visible. Se considera mítico porque la lente del ojo humano no puede adoptar la forma que le permitiría ver un color así. Supuestamente el color de los trazadores oscuros, los tejedores de noche y los asesinos, dado que este espectro (de nuevo, en teoría) está disponible incluso en ausencia del sol. Se desconoce su utilidad, aunque se relaciona con el asesinato. ¿Venenoso?

Blanco: La palabra desnuda de Orholam. El material del que está hecha la creación, lo que da forma a toda la luxina y toda la vida. Los informes de una antigua encarnación terrestre (derivada del original, presuntamente al igual que la obsidiana de la luxina negra) lo describen como marfil radiante, u ópalo blanco puro, cuya luz baña todo el espectro.

TÉRMINOS COLOQUIALES

Se anima a los alumnos de la Cromería para que utilicen los términos apropiados para cada color, pero el impulso de ponerles sobrenombres parece ser irrefrenable. En algunos casos, estos nombres adquieren un valor técnico: la luxina incendiaria es un derivado más denso y de combustión más lenta del rojo, capaz de arder durante el tiempo necesario para reducir un cuerpo a cenizas. En otros casos, la referencia se convierte exactamente en lo opuesto de la definición técnica: «agua brillante» fue primero el nombre de la luxina amarilla líquida, pero la Muralla de Agua Brillante es de luxina amarilla sólida.

Algunos de los coloquialismos más extendidos:

Subrojo: Cristal flamígero

Rojo: Luxina incendiaria, pegamento inflamable

Naranja: Narangelatina

Amarillo: Agua brillante

Verde: Madera divina

Azul: Cristal escarchado, cristal

Supervioleta: Seda celeste, seda espiritual, seda de araña

Negro: Piedra infernal, piedra del vacío, fibra nocturna, rescoldo, hadón

Blanco: Resplandor verdadero, sangre de estrellas, anacromo, lucitón

ACERCA DE LOS ANTIGUOS DIOSES

Subrojo: Anat, diosa de la ira. Se dice de quienes la veneran que sus rituales implican sacrificios infantiles. También llamada la Dama del Desierto, el Ama Abrasadora. Sus centros de culto estaban en Tyrea, el sur de Paria y el sur de Ilyta.

Rojo: Dagnu, dios de la gula. Lo veneraban en Atash oriental.

Naranja: Molokh, dios de la codicia. Antiguamente adorado en Atash occidental.

Amarillo: Belphegor, dios de la pereza. Venerado principalmente en el norte de Atash y el sur del Bosque de Sangre, antes de la aparición de Lucidonius.

Verde: Atirat, diosa de la lujuria. Su centro de culto más importante estaba en Ruthgar occidental y la mayor parte del Bosque de Sangre.

Azul: Mot, dios de la envidia. Su centro de culto estaba en Ruthgar oriental, el nordeste de Paria y Abornea.

Supervioleta: Ferrilux, dios del orgullo. Su centro de culto estaba en el sur de Paria y el norte de Ilyta.

ACERCA DE LA TECNOLOGÍA Y EL ARMAMENTO

Las Siete Satrapías atraviesan una época de grandes avances académicos. La paz reinante desde que acabó la Guerra de los Prismas y la consiguiente represión de la piratería han permitido el libre intercambio de productos e ideas entre las distintas satrapías. En todas ellas hay hierro y acero de buena calidad y a buen precio, lo que ha redundado en la fabricación de armas más eficaces, ruedas más resistentes para las carretas, y todas las cosas entremedias. Aunque todavía siguen produciéndose armas tradicionales como el bich’hwa atashiano o los bastones de esgrima parianos, ya rara vez se hacen de cuerno o madera endurecida. A menudo se utiliza la luxina para mejorar las armas, pero la tendencia de la mayor parte de la luxina a romperse tras una prolongada exposición a la luz, unida a la escasez de trazadores amarillos capaces de crear amarillos sólidos (que no se disuelvan con la luz), propicia que entre los ejércitos corrientes predominen las armas de metal.

Los mayores avances están produciéndose en el ámbito de las armas de fuego. En la mayoría de los casos, cada mosquete es obra de un artesano distinto. Esto significa que cada persona debe ser capaz de arreglar su propia arma, y que cada uno de sus componentes debe fabricarse de forma individual. Un percutor o una cazoleta defectuosos no pueden cambiarse por otro nuevo, sino que tienen que desmontarse y trabajarse hasta que recuperen la forma adecuada. Algunos de los productores a gran escala de Rath, con cientos de aprendices a su servicio, han intentado resolver este problema creando componentes lo más idénticos posible, pero las armas de chispa resultantes suelen ser de mala calidad, renunciando a la precisión y la durabilidad a favor de la homogeneidad y la facilidad de las reparaciones. Los artesanos de Ilyta,

por su parte, han tomado otra dirección y se dedican a fabricar los mosquetes personalizados de mayor calidad del mundo. Recientemente han desarrollado un modelo que llaman «de chispa». En lugar de acercar una llama de combustión lenta para activar la pólvora de la cazoleta dentro de la cámara, utilizan un percutor de pedernal que rasca una serpentina e introduce las chispas directamente en la cámara. Este enfoque posibilita que el mosquete o la pistola estén siempre listos para disparar, sin que el soldado deba pararse primero a encender una mecha. Lo único que evita que goce de una mayor difusión es el elevado índice de disparos fallidos; si el percutor no impacta correctamente en la serpentina, o si las chispas no caen exactamente donde deberían, no se producirá ninguna detonación.

Hasta la fecha, la combinación de luxina y armas de fuego ha resultado ser infructuosa. Sería posible moldear balas de mosquete de luxina amarilla perfectamente redondas, pero el reducido número de trazadores amarillos capaces de crear amarillo sólido entorpece la producción. Los proyectiles de luxina azul a menudo saltan en pedazos a causa de la fuerza de las explosiones de pólvora. Un explosivo consistente en una bola de luxina amarilla rellena de luxina roja (que habría de detonar cuando el amarillo estallara al golpear su objetivo) llegó a presentarse ante la nuqaba, pero el equilibrio exacto del grosor del amarillo para que no explote dentro del mosquete, sin renunciar a ser lo suficientemente fino como para romperse al impactar en el blanco, es tan delicado que varios artesanos han perdido la vida intentando reproducirlo, evitando así probablemente que esta técnica tenga un uso más extendido.

Sin duda deben de estar realizándose otros experimentos a lo largo y ancho de las Siete Satrapías, y una vez se implanten las armas de fuego de buena calidad, consistentes y medianamente precisas, el arte de la guerra cambiará para siempre. Hoy por hoy, sin embargo, cualquier arquero con experiencia puede disparar más lejos, más deprisa y con más puntería.

Brent Weeks, escritor estadounidense originario de Montana, se convirtió en uno de los autores revelación de la literatura fantástica épica gracias a la trilogía «El Ángel de la Noche», compuesta de El camino de las sombras, *Al filo de las sombras* y *Más allá de las sombras*, todos publicados por Plaza & Janés. La primera entrega quedó finalista del David Gemmell Legend Award, que se concede anualmente a la mejor novela del género fantástico publicada en el mundo anglosajón. En el año 2011 se repitió el éxito, cuando *El Prisma negro*, primera entrega de su nueva saga, «El Portador de Luz», también quedó finalista de este prestigioso premio.

Brent Weeks ya forma parte del grupo de escritores consagrados del género, entre los que cuentan Andrzej Sapkowski y Brandon Sanderson. Tras la publicación en inglés de *La Daga de la Ceguera*, la segunda entrega de «El Portador de Luz», Weeks anunció que había decidido alargar la serie y que finalmente constaría de cuatro

entregas en lugar de tres, una noticia que no dejó de alegrar a sus seguidores. Cuando se publicó en Estados Unidos, *La Daga de la Ceguera* se colocó enseguida en la lista de más vendidos del New York Times, donde permaneció durante varias semanas. El autor está actualmente escribiendo el tercer volumen, que se publicará en inglés en 2014.

www.losmundosdebrentweeks.com